LA TORRE OSCURA VII

STEPHEN KING

La Torre Oscura





Todo lo bueno se acaba, Lector Constante, y ni siquiera Stephen King es capaz de narrar una historia que nunca termina. El autor teme que los lectores que han seguido todas las aventuras de Roland desde su principio puedan llegar a cansarse. Sin embargo, ahora queda poco y lo último a veces es lo mejor.

Los compañeros del ka-tet de Roland se encuentran separados en el espacio y en el tiempo y su primera meta es volver a juntarse. Susannah ha sobrevivido al parto del ser monstruoso. Jake, Ancho y el padre Callahan luchan contra sus enemigos en Nueva York. Roland y Eddie siguen en el año 1977 en Maine; allí buscan la puerta de regreso a donde están sus amigos.

Y así comienza nuestra historia, una nueva incursión de Stephen King en los mundos de la fantasía más desbordada. Si has llegado hasta aquí, lector, sigue un poco más, no temas llegar al final del camino.

¡Bienvenido a la Torre Oscura!

Stephen King

La Torre Oscura

La Torre Oscura - 7

ePub r1.5
Titivillus 31.05.2022

Título original: *The Dark Tower VII*
Stephen King, 2004
Traducción: Verónica Canales
Ilustraciones: Michael Whelan

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LA TORRE OSCURA

LA TORRE OSCURA VII

STEPHEN KING

LA TORRE OSCURA



ILUSTRADO POR
MICHAEL WHELAN

TRADUCCIÓN DE
VERÓNICA CANALES

epublibre

Quien habla sin que le presten atención es mudo.
Por tanto, Lector Constante, este último libro de la saga
de la *Torre Oscura* está dedicado a ti.
Largos días y placenteras noches.





ILUSTRACIONES

1
¡EL PODER DEL BLANCO OS LO ORDENA!

2
MOVED EL CULO, HIJOS DE PUTA

3
TE IMPORTARÍA…

4
INTENTÓ VOLVER A COGERLO

5
A SUS PIES,
ILUMINADO POR UNA FILTRACIÓN DE LUZ,
ESTABA EL PUEBLO

6
SE COLOCÓ ENTRE JAKE Y EDDIE



ILUSTRACIONES

7
EL LUGAR DONDE SE DETUVO ROLAND AL FIN
TENÍA MÁS ASPECTO DE IGLESIA
QUE DE CLARO

8
SENTADO EN SU TRONO…
ECHO DE CALAVERAS

9
POBRE DEL QUE SE CRUZARA EN SU CAMINO

10
NO VOLVERÍA A ABRIRSE JAMÁS

11
SU ROSTRO SE IMBUYÓ
DE UNA ESPECIE DE ÉXTASIS

12
LA TORRE OSCURA



¿No escuchas? ¡Si había ruido por doquier! Tañía
con creciente fuerza, como una campana. En mis oídos,
los nombres de los aventureros desaparecidos, pares amigos,
que tal tenía fuerza, y cual valentía,
y el otro fortuna, pero en los pasados días
¡perdidos!, ¡perdidos! Un momento de tañido
por los años de desdicha.

Ahí se encontraban, alineados, en las laderas, congregados
para verme por última vez, un marco viviente
¡para un cuadro más! En un lienzo ardiente
les vi y les reconocí a todos. Y sin embargo,
impávido, llevé el cuerno a mis labios;
«Childe Roland a la Torre Oscura llegó», toqué.

ROBERT BROWNING,
«Childe Roland a la Torre Oscura llegó»

Nací
con un revólver en la mano.
Detrás de un revólver
libraré mi última lucha.

BAD COMPANY

¿En qué me he convertido?
Mi más dulce amigo
todo cuanto conozco
desaparece al final
podrías haber tenido todo
mi imperio de polvo
te decepcionaré

te haré daño.

TRENT REZNOR

19

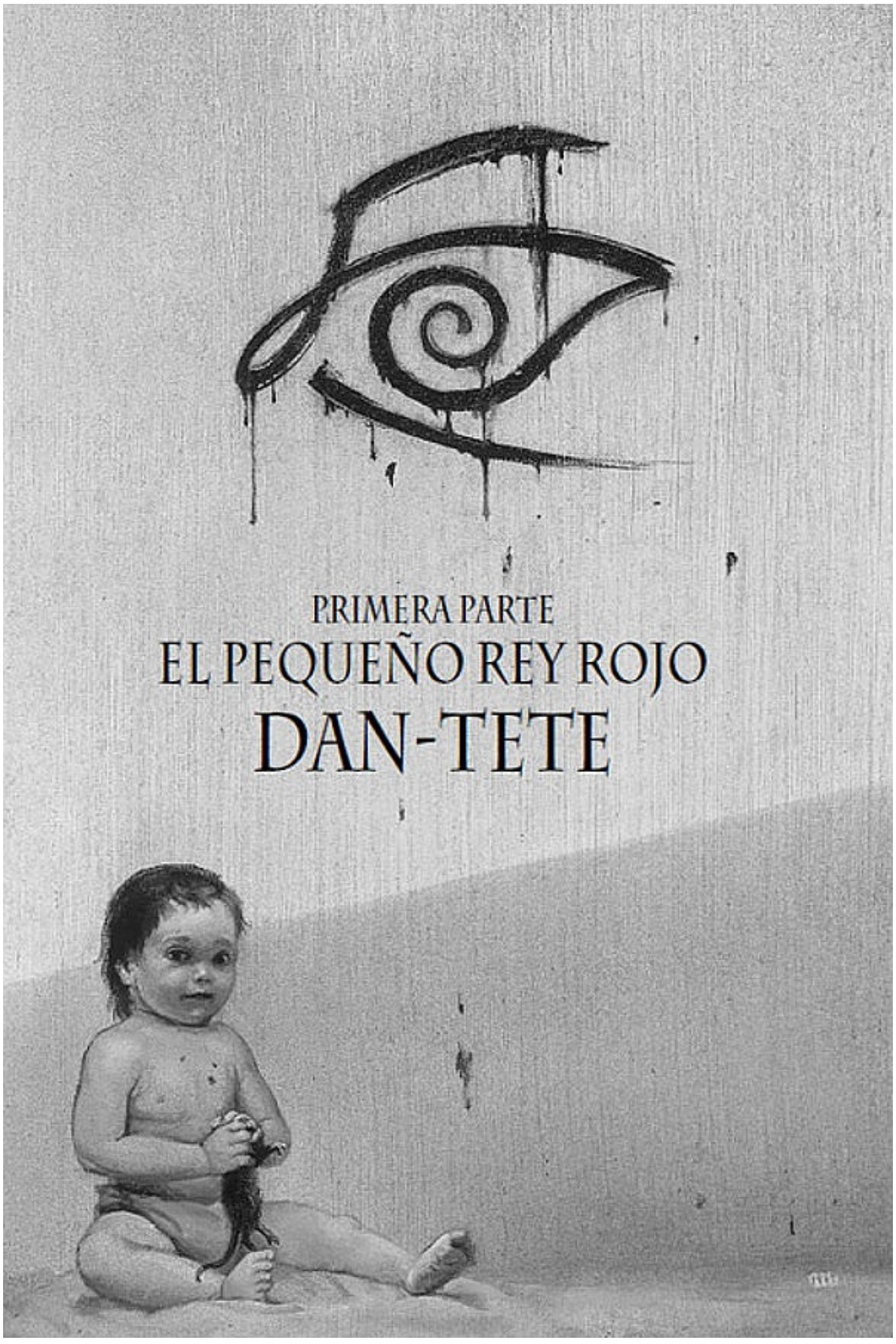
99

REPRODUCCIÓN

REVELACIÓN

REDENCIÓN

REANUDACIÓN



PRIMERA PARTE
EL PEQUEÑO REY ROJO
DAN-TETE

CAPÍTULO I
CALLAHAN Y LOS VAMPIROS

UNO

El padre Don Callahan había sido en otro tiempo el párroco de un pueblo, un pueblo llamado Salem’s Lot, borrado ya de cualquier mapa. A él eso le era indiferente. Conceptos como la realidad habían dejado de importarle.

Este antiguo párroco sostenía ahora un objeto pagano en la mano: una tortuga tallada en marfil. El animal tenía una muesca en el pico y un rasguño en el caparazón, con forma de signo de interrogación. Pese a ello, era un objeto hermoso.

Hermoso y poderoso. Callahan sentía su energía en la mano como si se tratase de una descarga voltaica.

—¡Qué bonita es! —le susurró al muchacho que estaba con él—. Es la tortuga Maturin, ¿verdad?

El muchacho era Jake Chambers y había dado un gran rodeo para regresar prácticamente al punto de partida: Manhattan.

—No lo sé —respondió—. Ella la llama *sköldpadda*, y puede ayudarnos, pero no puede matar a los devastadores que nos están esperando allí. —Hizo un movimiento de cabeza en dirección al Dixie Pig, al tiempo que se preguntaba si se había referido a Susannah o a Mia al utilizar de forma deliberada el pronombre «ella». En el pasado habría considerado que no tenía importancia porque ambas mujeres estaban estrechamente unidas. Sin embargo, en la actualidad creía que sí importaba, o que importaría pronto.

—¿Y usted? —preguntó Jake al padre, queriendo decir: «¿Aguantará? ¿Luchará? ¿Matará?».

—Desde luego —respondió Callahan con tranquilidad. Se metió la tortuga de marfil de ojillos sabios y caparazón arañado en el bolsillo de la pechera, donde llevaba las balas de reserva para la pistola, luego le dio una palmadita al ingenioso objeto para asegurarse de que viajaba seguro—. Dispararé hasta que se agoten las balas, y si me quedo sin munición antes de que me maten, los aporrearé con… con la culata.

La pausa fue tan breve que Jake ni siquiera se percató de ella. Sin embargo, durante ese silencio, el Blanco habló al padre Callahan. Se trataba de una fuerza que él conocía hacía tiempo, incluso desde niño, pese a haber experimentado unos años en los que le flaqueó la fe, años en que su entendimiento de esa fuerza elemental primero se había ido difuminando para acabar esfumándose por completo. No obstante, esos días habían pasado, el Blanco volvía a ser suyo, y dijo a Dios gracias.

Jake estaba haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza, diciendo algo que Callahan apenas entendió. Y lo que Jake decía no importaba. Lo que esa otra voz decía —la voz de algo

(«*Gan*»)

quizá demasiado imponente para ser llamado Dios— sí importaba.

«El muchacho debe continuar —le dijo la voz—. Ocurra lo que ocurra aquí, sea como fuere, el muchacho debe continuar. Tu parte de la historia ha llegado casi a su fin. La de él no».

Pasaron por delante de un cartel que había en un poste de acero inoxidable (CERRADO POR FUNCIÓN PRIVADA), el amigo especial de Jake, Acho, iba trotando entre ambos, con la cabeza elevada y el hocico coronado por una de sus habituales sonrisas que eran todo dientes. Al final de la escalera, Jake encontró la bolsa de cáñamo que Susannah-Mia había traído desde Calla Bryn Sturgis y cogió dos de los platos, los ‘Rizas. Los entrechocó, asintió con la cabeza al oír el sordo zumbido y luego dijo:

—Veamos la suya.

Callahan levantó la Ruger que Jake había traído desde Calla Nueva York para llevarla de vuelta al mismo sitio; la vida es una rueda y todos decimos gracias. Durante un instante, el padre tuvo el cañón de la Ruger a la altura de la mejilla, como un duelista. Entonces se palpó el bolsillo de la pechera, repleto de balas y donde estaba la tortuga, la *sköldpadda*.

Jake asintió en silencio.

—En cuanto entremos, permaneceremos juntos. Siempre juntos, con Acho entre ambos. A la de tres. Una vez que empecemos, no pararemos.

—No pararemos.

—Bien. ¿Está listo?

—Sí. Que el amor de Dios esté contigo, muchacho.

—Y con usted, padre. Uno… dos… tres. —Jake abrió la puerta y avanzaron juntos hacia la tenue luz y el sabroso y penetrante aroma a carne asada.

DOS

Jake se dirigió a lo que estaba seguro que sería su muerte al tiempo que recordaba dos cosas que Roland Deschain, su verdadero padre, había dicho. «Las batallas que duran cinco minutos propagan leyendas que perviven durante miles de años», y «No morirás necesariamente feliz cuando llegue tu hora, pero debes morir satisfecho, porque has vivido la vida desde el principio hasta el fin y el ka siempre es atendido».

Jake Chambers recorrió el Dixie Pig con la mirada y con las ideas claras.

TRES

Además, lo veía todo con una gran nitidez. Tenía los sentidos tan a flor de piel que podía oler no solo la carne asada, sino el romero con el que la habían adobado; podía oír no solo el ritmo tranquilo de su respiración, sino el murmullo de marea de su sangre, que ascendía hacia el cerebro por un lado del cuello y descendía hacia el corazón por el otro.

También recordó a Roland diciendo que incluso la batalla más breve, desde el primer disparo hasta el último cuerpo caído, parecía larga a quienes tomaban parte en ella. El tiempo se volvía elástico; se estiraba hasta el punto de desaparecer. Jake había asentido como si lo entendiera, pero no lo entendió.

Ahora sí lo entendía.

Su primer pensamiento fue que eran demasiados; más que demasiados, muchísimos. Calculó que serían casi una centena, la mayoría, sin duda, de la clase a la que el padre Callahan llamaba «hampones». (Algunas eran hamponas, pero Jake no tenía duda de que la esencia era la misma). Diseminados entre

ellos, todos menos fornidos que las yentes hamponas y algunos tan delgados como floretes de esgrima, con la piel cetrina y el cuerpo envuelto por auras de un tenue color azul, estaban los que debían de ser vampiros.

Acho permanecía pegado a los talones de Jake, con su carita zorruna en tensión, emitiendo un gemido grave.

Ese olor a asado que flotaba en el aire no era de carne de cerdo.

CUATRO

«Debemos dejar tres metros entre los dos siempre que podamos, padre», eso había dicho Jake en el exterior, e incluso cuando se acercaron al *maître* del atril, Callahan se desplazó hacia la derecha de Jake para la distancia requerida entre ambos.

El muchacho también le había dicho que gritase lo más fuerte que pudiera y durante todo el tiempo que pudiera. Callahan estaba abriendo la boca para hacerlo cuando la voz del Blanco volvió a hablar en su interior. Solo pronunció una palabra, pero fue suficiente.

«*Sköldpadda*», dijo.

Callahan seguía con la Ruger levantada a la altura de la mejilla derecha. En ese momento metió la mano izquierda en el bolsillo de la pechera. La sensación que le provocó el panorama que tenía ante sus ojos no fue tan reveladora como la de su joven compañero, aunque vio bastante: las anaranjadas antorchas eléctricas de las paredes, las velas en todas las mesas, enclaustradas en unos recipientes de un naranja más chillón, tipo Halloween, y las impecables servilletas. En la parte izquierda del comedor había un tapiz donde se veía a unos caballeros y sus damas sentados a una mesa de banquete alargada. Daba la sensación —Callahan no estaba seguro de cuál era la razón, pues los distintos estímulos y revelaciones eran demasiado sutiles— de que los allí presentes se estuvieran reacomodando después de cierto revuelo: tras un pequeño incendio en la cocina, por ejemplo, o un accidente automovilístico en la calle.

«O después de que una mujer haya tenido un niño —pensó Callahan al tiempo que acercaba la mano a la tortuga—. Eso siempre viene bien para hacer una pequeña pausa entre el aperitivo y los entrantes».

—¡Ahora! ¡Venga, ka-mais de Gilead! —gritó una voz exaltada y nerviosa. No era una voz humana, Callahan estaba casi seguro de ello. Zumbaba

demasiado para ser humana. Callahan vio una especie de híbrido monstruoso entre pájaro y hombre que estaba de pie en el fondo de la habitación. Llevaba unos vaqueros de pierna recta y una camisa blanca sin estampados, pero la cabeza que emergía del cuello de aquella camisa estaba decorada con elegantes plumas de amarillo oscuro. Sus ojos eran como gotas de alquitrán líquido.

—¡A por ellos! —gritó esa horrible y ridícula cosa, y apartó de golpe una servilleta. Debajo había una especie de arma. Callahan supuso que se trataba de una pistola, aunque parecía una de esas que se ven en *Star Trek*. ¿Cómo se llamaban? ¿Fasers? ¿Paralizadores?

Daba igual. Callahan tenía un arma mucho mejor y quería asegurarse de que todos la vieran. Apartó las sillas y el recipiente de cristal con la vela de una de las mesas más cercanas, luego retiró el mantel como un mago haciendo un truco. Lo último que deseaba era tropezar con un trozo de tela en el momento crucial. Entonces, con una agilidad que le hubiera parecido increíble hacía tan solo una semana, se subió a una de las sillas y de allí a la mesa. En cuanto estuvo encima de la mesa, levantó la *sköldpadda*, con los dedos en el vientre terso de la tortuga, para que todos le echaran un buen vistazo.

«Podría cantar algo con voz suave —pensó—. Tal vez "*Moonlight Becomes You*" o "*I Left My Heart in San Francisco*"».

En ese momento llevaban exactamente treinta y cuatro segundos en el Dixie Pig.

CINCO

Los profesores de instituto que deben lidiar con un numeroso grupo de alumnos en una sala de estudio o en una reunión de clase dirán que los adolescentes, incluso cuando están recién duchados y peinados, apestan a las hormonas que sus cuerpos se afanan en fabricar. Cualquier grupo de personas en tensión emana un hedor similar, y Jake, con los sentidos despiertos en grado sumo, lo olió en aquel lugar. Cuando pasaron junto al *maître* del atril («Central del Chantaje», así le gustaba llamar a su padre a ese puesto de trabajo), el aroma de los comensales del Dixie Pig se disipaba, era el olor de las personas que volvían a la normalidad después de una especie de pelea. Sin embargo, cuando el ser que era medio pájaro gritó desde su alejado rincón, Jake captó el olor más intenso que desprendían los clientes. Era un aroma metálico, lo bastante parecido a la sangre

como para estimular su genio y sus emociones. Sí, vio a Piolín retirar de golpe la servilleta de la mesa; sí, vio el arma que había debajo; sí, entendió que Callahan, subido a la mesa, era un blanco fácil. Eso preocupaba mucho menos a Jake que el arma con poder de movilización que era la boca de Piolín. El muchacho estaba echando hacia atrás el brazo derecho con la intención de lanzar el primero de sus diecinueve platos y amputar la cabeza que albergaba aquella boca, cuando Callahan levantó la tortuga.

«No funcionará, aquí no», pensó Jake, pero antes de que la idea hubiera alcanzado a formarse en su mente, entendió que sí estaba funcionando. Lo supo por el olor que emanaban los presentes. En él se palpaba la agresividad. Y los pocos que habían empezado a levantarse de su mesa —a los hampones se les agrandaba el orificio rojo de la frente, y a los vampiros se les retraía y se les intensificaba el aura azul— se volvieron a sentar de golpe, como si de pronto hubieran perdido el control de los músculos.

—A por ellos, esos son los que Sayre… —Entonces Piolín dejó de hablar. Tocó la culata de su pistola de alta tecnología con la mano izquierda (si es que se podía llamar «mano» a esa espantosa garra) y luego la dejó caer. El brillo parecía haber abandonado sus ojos.

—Esos son los que Sayre… Sa-Sa-Sayre… —Una nueva pausa. Después, ese ser con aspecto de pájaro dijo—: ¡Oh, sai!, ¿qué es esa hermosura que sostenéis?

—Ya sabes lo que es —respondió Callahan. Jake se estaba moviendo y Callahan, pensando en lo que le había dicho el joven pistolero en el exterior («Asegúrese de que siempre que yo mire a la derecha pueda verle la cara»), bajó de la mesa para desplazarse junto a él, sin dejar de sostener la tortuga en alto. Prácticamente podía paladear el silencio de la habitación, pero…

Pero había otra habitación. Se oían risas socarronas y gritos roncos, de juerga; se trataba de una fiesta, a juzgar por los ruidos, y cercana. A la izquierda, justo detrás del tapiz donde se veía a los caballeros y sus damas en un banquete. «Algo pasa ahí detrás —pensó Callahan—, y apuesto a que no se trata de la noche de la partida de póquer de Elk».

Oyó la rápida y pesada respiración de Acho, que se colaba por su perpetua sonrisa: era un motorcillo perfecto. Oyó algo más: un traqueteo violento con el sonido de fondo de un tic-tac grave y acelerado. La combinación hizo que le rechinaran los dientes y se le puso la piel de gallina. Algo se ocultaba bajo las mesas.

Acho fue el primero en ver a los insectos que avanzaban, y se quedó inmóvil como un perro de caza, con una pata levantada y el hocico apuntando hacia delante. Durante un instante, la única parte del cuerpo que movió fue la oscura y aterciopelada piel del morro: primero la arrugó para dejar a la vista las apretadas agujas que tenía por dientes, después la relajó para ocultar las fauces y por último volvió a arrugarla.

Los bichos salieron. Fueran lo que fuesen, la tortuga Maturin levantada en la mano del padre no les afectaba. Un tipo obeso con esmoquin de solapas a cuadros escoceses habló con un hilo de voz, en tono casi interrogativo, a los seres con aspecto de pájaro:

—No podían pasar más allá, Meiman, ni podían irse. Nos dijeron que…

Acho salió a la carga, lanzando un gruñido a través de los dientes apretados. Sin duda alguna era un sonido atípico en Acho, a Callahan le recordó a la onomatopeya de un bocadillo de cómic: «¡Arrggg!».

—¡No! —gritó Jake, alarmado—. ¡Acho, no!

Al oír el grito del muchacho, los chillidos y las risas que procedían de detrás del tapiz cesaron de forma abrupta, como si las yentes que estaban allí se hubieran dado cuenta de pronto de que algo había cambiado en la sala principal.

Acho no escuchó el grito de Jake. Aplastó a tres bichos uno tras otro, el crujido de sus caparazones rotos retumbó con una asquerosa nitidez en el nuevo silencio. El brambo no hizo intento alguno de comérselos, sino que se limitó a lanzar al aire sus cadáveres, del tamaño de un ratón, con un golpe de cuello y las mandíbulas abiertas como en una sonrisa.

Los demás bichos se retiraron y regresaron debajo de las mesas.

«Nació para esto —se dijo Callahan—. Puede que todos los brambos nacieran hace tiempo para esto mismo. Nacieron para esto al igual que un terrier nace para…».

Un grito ronco procedente de detrás del tapiz interrumpió esos pensamientos:

—¡Son hum! —gritó alguien, y luego algo más—: ¡Ka-hum!

Callahan tuvo el estúpido impulso de gritar: *Gesundheit!*[1]

De pronto, antes de poder gritar eso o cualquier otra cosa, la voz de Roland le invadió la mente.

—Jake, vete.

El muchacho se volvió hacia el padre Callahan, desconcertado. Iba caminando con los brazos cruzados, listo para lanzar los ‘Rizas en cuanto se moviera el primer hampón o hampona. Acho había regresado a sus pies, aunque balanceaba la cabeza sin cesar de un lado para otro y tenía los ojos brillantes ante la perspectiva de otra presa.

—¡Vamos juntos! —sugirió Jake—. ¡Están intimidados, padre! ¡Y estamos cerca! La han hecho pasar por aquí… por esta habitación y luego por la cocina…

Callahan no prestaba atención. Seguía sosteniendo la tortuga en alto (como se sostendría una linterna en una gruta profunda) y se había vuelto hacia el tapiz. El silencio que provenía de allí detrás era mucho más terrible que los gritos, las risas enfebrecidas y los gorgoritos. Era un silencio como un arma punzante. Y el muchacho se había detenido.

—Vete mientras puedas —ordenó Callahan, luchando por mantener la calma —. Llega hasta donde ella esté si puedes. Es la orden de tu dinh. Esta es también la voluntad del Blanco.

—Pero usted no puede…

—¡Vete, Jake!

Los hampones y hamponas del Dixie Pig, al margen de que estuvieran o no subyugados por la *sköldpadda*, murmuraron con disgusto al escuchar ese grito, y sus buenas razones tenían, porque la voz que salió por boca de Callahan no era la suya.

—¡Tienes esta única oportunidad y debes aprovecharla! ¡Encuéntrala! ¡Como dinh, yo te lo ordeno!

Jake abrió los ojos de par en par al oír que la voz de Roland fluía de la garganta de Callahan. Quedó boquiabierto y miró a su alrededor, estupefacto.

Un segundo antes de que el tapiz que tenía a la izquierda fuera arrancado de cuajo, Callahan entendió la macabra broma que contenía, lo que el ojo desatento no habría captado de un primer vistazo: el asado, que era el entrante principal del banquete, tenía forma humana; los caballeros y sus damas estaban comiendo carne humana y bebiendo sangre humana. El tapiz era la representación de una comunión caníbal.

En ese momento, los antiguos que estaban cenando arrancaron el obsceno tapiz y lo quemaron, mientras chillaban a través de los enormes colmillos que dejaban siempre entreabierta su boca deforme. Tenían los ojos negros como la ceguera, la piel de las mejillas y las cejas —incluso la del dorso de las manos—

plagada de dientes bestiales. Como los vampiros del salón, estaban envueltos en auras, pero estas tenían un ponzoñoso color violeta tan oscuro que era casi negro. Una suerte de humor les supuraba por el rabillo de los ojos y las comisuras de los labios. Se reían con nerviosismo y muchos, a carcajadas: no parecía que ellos emitieran esos ruidos, sino que los atrapaban del aire como algo desgarrado en vida.

Callahan los conocía. Por supuesto que los conocía. ¿Acaso no lo había enviado uno de su calaña? Allí estaban los verdaderos vampiros, los Tipo Uno, guardados como un secreto y ahora soltados a los intrusos.

La tortuga que Callahan levantaba no los apaciguó lo más mínimo.

Callahan vio a Jake observando, pálido, con los ojos vidriosos y saliéndose de las órbitas por el terror; la visión de esos monstruos le había nublado cualquier propósito que tuviera en mente.

Sin saber lo que iba a salirle de la boca hasta que lo escuchó, Callahan dijo:

—¡Matarán a Acho primero! ¡Lo matarán delante de ti y se beberán su sangre!

Acho ladró al oír su nombre. A Jake se le aclaró la vista al escucharlo, pero Callahan no tenía más tiempo para seguir su trayectoria.

—La tortuga no los detendrá, pero al menos está reteniendo a los otros. Las balas no los detendrán, pero…

Con una sensación de *déjà vu* —y ¿por qué no?, ya había vivido todo eso antes, en la casa de un chico llamado Mark Petrie—, Callahan se metió la mano por la camisa abierta y sacó el crucifijo que llevaba. El objeto golpeó con un ruido metálico contra la culata de la Ruger y luego quedó colgando debajo del arma. El crucifijo relucía con un destello blanco azulado. Los dos seres antiguos que iban a la cabeza tenían la intención de agarrar al padre y llevarlo hasta donde estaban los demás. Sin embargo, retrocedieron en ese mismo instante, lanzando alaridos de dolor. Callahan vio que se les resquebrajaba la piel y empezaba a licuarse. Esa visión lo llenó de un júbilo desenfrenado.

—¡No os acerquéis a mí! —exhortó—. ¡La fuerza de Dios os lo ordena! ¡La fuerza de Cristo os lo ordena! ¡El ka de Mundo Medio os lo ordena! ¡El poder del Blanco os lo ordena!

No obstante, uno de ellos se abalanzó de forma precipitada hacia delante, era un esqueleto deforme vestido con un antiguo y mohoso traje de gala. Llevaba una especie de condecoración antigua colgada al cuello… ¿La Cruz de Malta, tal vez? Intentó dar un zarpazo con una de sus manos de largas uñas al crucifijo que

sostenía Callahan. El padre lo bajó en el último momento, y la garra del vampiro pasó dos centímetros y medio por encima del objeto. Callahan se echó hacia delante sin pensarlo y clavó la punta del crucifijo en la apergaminada y amarillenta piel de ese ser. La cruz de oro se hundió como una brocheta candente en la mantequilla. El ser con el ajado traje de gala lanzó un grito de acuosa sonoridad y de dolorosa consternación, y cayó de espaldas. Callahan volvió a meterse el crucifijo por dentro de la camisa. Durante un instante, antes de que el anciano monstruo se palmoteara la frente con sus zarpas, Callahan vio el orificio que había hecho su crucifijo. A continuación, una sustancia espesa, cremosa y amarillenta empezó a supurar por entre los dedos del antiguo. Le flaquearon las rodillas y cayó al suelo entre dos mesas. Sus compañeros se apartaron de él, gritando de indignación. El rostro del ser empezó a hundirse bajo sus manos retorcidas. Su aura echó el tufillo de una vela apagada y después no quedó más que carne amarillenta y licuada que se extendía como el vómito por las mangas de su chaqueta y las perneras del pantalón.

Callahan avanzó con grandes zancadas hacia los demás monstruos. Ya no tenía miedo. La sombra de la vergüenza, que pesaba sobre él desde que Barlow le había quitado el crucifijo y lo había roto, se había esfumado.

«Libre al fin —pensó—. Libre al fin, Dios todopoderoso, por fin soy libre. —Y luego—: Creo que esta es la redención. Y está bien, ¿verdad? Bastante bien, de hecho».

—¡Parta eso! —gritó uno de los seres con las manos levantadas para protegerse la cara—. ¡Baratija del dios de los deros, pártala ya, dita sea!

«Sí que es una baratija del dios de los corderos. De ser así, ¿por qué te encoges?».

De haberse enfrentado a Barlow no se hubiera atrevido a responder a ese desafío, habría sido su perdición. En el Dixie Pig, Callahan volvió el crucifijo hacia el ser que había osado hablar.

—No necesito poner a prueba mi fe por el desafío de un ser como vos, sai —espetó, y las palabras resonaron en la habitación. Había obligado a los antiguos a retroceder prácticamente hasta el arco de entrada por el que habían aparecido. A los que iban delante les habían aparecido en las manos y en la cara unos enormes tumores negros que les consumían, como el ácido, su antigua y apergaminada piel—. Y jamás apartaría a un viejo amigo como este en ningún caso. Pero ¿ocultarlo? Sea, si así lo deseáis. —Y volvió a meterse el crucifijo por dentro en la camisa.

Varios vampiros se abalanzaron hacia Callahan de inmediato, sus fauces preñadas de garras tenían dibujada lo que podría haber sido una sonrisa. El padre extendió las manos hacia ellos. Los dedos (y la culata de la Ruger) resplandecían, como si los hubiera sumergido en fuego azul. En cierta forma, los ojos de la tortuga se habían inundado de luz; le brillaba el caparazón.

—¡Apartaos de mí! —gritó Callahan—. ¡La fuerza de Dios os lo ordena!

SIETE

Cuando el terrible chamán se volvió para encararse con los Abuelos, Meiman de los taheen sintió que el encantador poder de atracción de la tortuga disminuía un poco. Vio que el muchacho había desaparecido, y eso lo llenó de desesperación, aunque seguramente habría logrado avanzar y no salir a hurtadillas. De ser así, todo iría bien. Pero si el muchacho encontraba la puerta a Fedic y la utilizaba, Meiman podría verse metido en un buen lío. Porque Sayre daba cuentas a Walter o' Dim, pero Walter solo daba cuentas al mismísimo Rey Carmesí.

Daba igual. Cada cosa a su tiempo. Primero había que arreglar el lío del chamán. Conseguir que los Abuelos dieran media vuelta. Luego seguir al muchacho, tal vez podría funcionar el gritar que, después de todo, su amigo lo quería…

Meiman (el Hombre Canario para Mia, Piolín para Jake) avanzó sigilosamente, agarró a Andrew —el gordo con el esmoquin de las solapas de cuadros escoceses— con una mano y con la otra a la jilly aún más regordeta. Hizo un gesto hacia Callahan, que estaba de espaldas.

Tirana sacudió la cabeza con decisión. Meiman abrió el pico y le silbó. Ella se apartó de él. Detta Walker ya había puesto los dedos en la máscara que llevaba Tirana y colgaba, hecha jirones, de su mandíbula y cuello. En el centro de la frente se abría y cerraba una herida roja, como la agalla de un pez muerto.

Meiman se volvió hacia Andrew, lo soltó durante el tiempo suficiente para señalar al chamán, y pasó la garra que le servía como mano por su cuello plumífero con un gesto forzadamente expresivo. Andrew asintió en silencio y apartó las rechonchas manos de su mujer cuando esta intentó retenerle. La expresión de humanidad fue lo bastante clara para transmitir que el hampón con el esmoquin chabacano estaba reuniendo valor. A continuación dio un salto hacia delante con un grito ahogado y agarró a Callahan por el cuello, no con las

manos, sino con sus rechonchos antebrazos. Al mismo tiempo, su jilly se lanzó hacia delante, propinó un golpe a la tortuga que el padre tenía en las manos, y gritó al hacerlo. La *sköldpadda* cayó sobre la alfombra roja, llegó rebotando bajo una de las mesas, y allí (como un barco de papel, de esos que muchos de vosotros recordaréis) desaparece de esta historia para siempre.

Los Abuelos seguían sin avanzar, al igual que los vampiros Tipo Tres que estaban cenando en el comedor principal, pero los hampones y hamponas percibieron la debilidad y avanzaron, primero de forma dubitativa y luego con una seguridad creciente. Rodearon a Callahan, se detuvieron, y luego se abalanzaron sobre él todos a una.

—¡Soltadme, en el nombre de Dios! —gritó Callahan, pero, por supuesto, no sirvió de nada. A diferencia de los vampiros, los seres con la herida roja en la frente no reaccionaban ante el nombre del dios de Callahan. Lo único que le quedaba era esperar que Jake no se detuviera, ni que decir tiene que volviera sobre sus pasos; que Acho y él volaran como el viento hacia Susannah. Que la salvaran si podían. Que murieran con ella si no lo conseguían. Y que mataran a su bebé, si tenían oportunidad. Que Dios se apiadase de él, pero se había equivocado al pensar esto último. Tendrían que haber acabado con la vida del bebé en el Calla, cuando tuvieron oportunidad.

Algo le golpeó con fuerza en el cuello. Ahora los vampiros podrían acercarse, con o sin crucifijo. Se abalanzarían sobre él como los tiburones que eran en cuanto les llegara el primer tufillo de su sangre vital. «Dios mío, ayúdame, dame fuerzas», pensó Callahan y sintió el flujo de la fuerza en su interior. Se movió hacia la izquierda cuando las zarpas le desgarraron la camisa y la dejaron hecha jirones. Durante un instante logró liberar la mano derecha, y todavía sujetaba la Ruger. La dirigió hacia el rostro de gesto esforzado, sudoroso y congestionado por el odio del gordo llamado Andrew y colocó el cañón de la pistola (que, en un pasado lejano, el padre de Jake, ejecutivo de televisión bastante obsesivo, había comprado para proteger su hogar) contra la blanda y roja herida de la frente del hampón.



—Nooo, ¡no l’agas! —gritó Tirana, y al tiempo que se acercaba a la pistola, la pechera de su vestido reventó y sus enormes pechugas quedaron al aire. Estaban recubiertas por una burda pelambrera.

Callahan apretó el gatillo. La detonación de la Ruger en el salón fue ensordecedora. La cabeza de Andrew estalló como una vasija llena de sangre, y salpicó a las criaturas que se habían amontonado tras él. Se escucharon gritos de horror y estupefacción. Callahan tuvo tiempo de pensar: «Se suponía que no tenía que ser así, ¿verdad? —Y también—: ¿Con esto basta para que me hagan miembro del club? ¿Ya soy un pistolero?».

Tal vez no. Pero allí estaba el hombre pájaro, de pie, justo delante de él, entre dos mesas, abriendo y cerrando el pico, el cuello se le hinchaba y se le deshinchaba visiblemente por la agitación.

Callahan sonrió, se apoyó en un codo mientras la sangre de su garganta desgarrada se derramaba sobre la alfombra y apuntó con la Ruger de Jake.

—¡No! —gritó Meiman, llevándose las maltrechas manos hacia la cara con un vano gesto de protección—. No, no, no puedes…

«Claro que puedo», pensó Callahan con regocijo infantil, y volvió a disparar. Meiman dio dos pasos tambaleantes hacia atrás, luego un tercero. Chocó con una mesa y se desplomó sobre ella. Tres plumas amarillas salieron revoloteando hacia arriba, con una perezosa oscilación.

Callahan escuchó aullidos desaforados, no de rabia ni de miedo, sino de hambre. El olor a sangre por fin había penetrado por las hastiadas fosas nasales de los antiguos, y ya nada los detendría. Así que, si no quería acabar siendo uno de ellos…

El padre Callahan, otrora padre Callahan de Salem’s Lot, volvió el cañón de la Ruger hacia sí mismo. No perdió tiempo buscando la eternidad en la oscuridad del cañón, sino que se lo apoyó con fuerza debajo de la barbilla.

—¡Salve, Roland! —exclamó, y supo

(*la ola los eleva la ola*)

que lo habían escuchado.

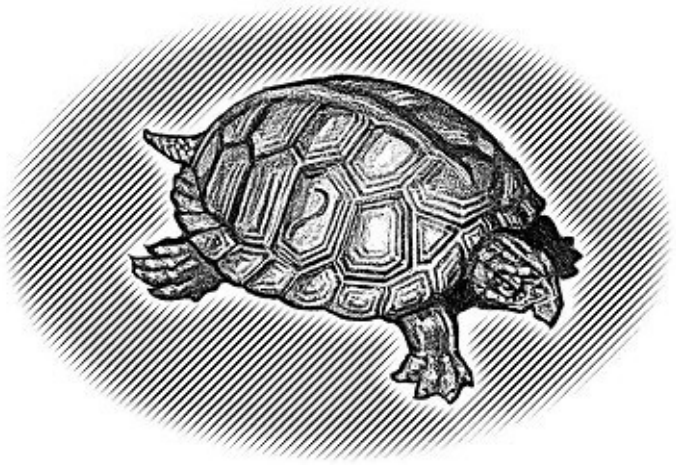
—¡Salve, pistolero!

Apretó el dedo del gatillo cuando los monstruos ancestrales cayeron sobre él. Quedó enterrado por el hedor de su aliento frío y exangüe, pero no se dejó intimidar por él. Jamás se había sentido más fuerte. Los años más felices de su existencia habían sido los que vivió como mero vagabundo, no como sacerdote, sino simplemente como Callahan de los Caminos, y sintió que pronto sería

liberado para retomar esa vida y vagar a placer, con los deberes cumplidos, y eso estaba bien.

—Que encuentres tu Torre, Roland, y que penetres en ella, y ¡que subas hasta lo más alto!

Los dientes de sus viejos enemigos, esos viejos hermanos y hermanas de un ser que se hacía llamar a sí mismo Kurt Barlow, se clavaron en él como lancetas. Callahan no lo sintió. Estaba sonriendo mientras apretaba el gatillo y escapaba de ellos para siempre.



CAPÍTULO II
ELEVADOS POR LA OLA

UNO

Mientras se alejaban por la carretera de montaña que los había llevado hasta la casa del escritor en la ciudad de Bridgton, Eddie y Roland pasaron junto a una ranchera de color naranja con las palabras SERVICIO DE MANTENIMIENTO DE LA CENTRAL ELÉCTRICA DE MAINE pintadas en un lateral. Por allí cerca, un hombre con casco y chaleco reflectante de color naranja estaba talando las ramas que amenazaban con caer sobre los tendidos eléctricos. ¿Acaso en ese momento Eddie notó algo, una especie de fuerza creciente? ¿Tal vez precursora de la ola que descendía desde el Camino del Haz hacia ellos? Eso se le ocurriría más tarde, aunque no podía asegurarlo. Dios sabía que ya se había sentido bastante raro, y ¿por qué no? ¿Cuántas personas llegaban a conocer a sus creadores? Bueno… Stephen King no había creado a Eddie Dean, un joven cuya Co-Op City resultaba estar en Brooklyn en lugar de en el Bronx; todavía no, no en el año 1977, aunque Eddie tenía la sensación de que, pasado cierto tiempo, King lo crearía. ¿Cómo si no iba a estar él allí?

Eddie se detuvo delante de la furgoneta de mantenimiento, bajó del vehículo y le preguntó al hombre sudoroso con la podadora en las manos cómo ir a Turtleback Lane, en la ciudad de Lovell. El tipo de la Central Eléctrica de Maine le dio la indicación de muy buena gana y añadió:

—Si de verdad quieren llegar a Lovell hoy, tendrán que ir por la Ruta 93. Algunos la llaman el Camino de la Ciénaga.

Levantó una mano hacia Eddie y sacudió la cabeza como anticipándose a una réplica, aunque Eddie no había dicho ni una palabra desde que había formulado

la pregunta.

—Son once kilómetros más, lo sé, y la muy puñetera está llena de baches, pero hoy no se puede pasar por East Stoneham. La poli lo ha bloqueado todo. Están los guardas forestales, los paletos de por aquí, e incluso el Departamento del Sheriff del Condado de Oxford.

—Está de guasa —dijo Eddie. Parecía una respuesta bastante prudente.

El electricista sacudió la cabeza con gravedad.

—Nadie sabe qué ha ocurrido exactamente, pero ha habido tiros, puede que con armas automáticas, y explosiones. —Se dio una palmadita en el radiotransmisor maltrecho y lleno de serrín que llevaba prendido en el cinturón —. Esta tarde he escuchado esa palabra que empieza por t una o dos veces. No es que me pille por sorpresa, vamos.

Eddie no tenía in idea de qué era «esa palabra que empieza por t», pero sabía que Roland quería irse. Percibía mentalmente la impaciencia del pistolero; casi podía ver el impaciente gesto de girar la mano de Roland, el que significaba «venga, vamos».

—Me vengo a referir al terrorismo —dijo el electricista, y a continuación habló en voz baja—: La gente no cree que esa mierda pueda ocurrir en los Estados Unidos, amigo, pero yo tengo noticias frescas: sí que puede ocurrir. A lo mejor no ocurre hoy, pero sí tarde o temprano. Alguien va a volar por los aires la estatua de la Libertad o el Empire State Building, eso creo yo; los fachas, los rojos o los putos árabes. Hay demasiados chiflados.

Eddie, quien tenía un ligero conocimiento histórico que superaba en una década al de ese tipo, asintió.

—Seguramente tiene razón. En todo caso, gracias por la información.

—Yo solo lo decía para que se ahorrasen tiempo. —Y, cuando Eddie abrió la puerta del conductor del Ford sedán de John Cullum—: ¿Ha estado en una pelea, señor? Tiene la nariz como tapada. Además, cojea.

Eddie había estado en una pelea, claro: lo habían herido en el brazo y le habían golpeado la pantorrilla derecha. Ninguna de las dos heridas era grave, y con el precipitado devenir de los acontecimientos casi las había olvidado. En ese momento volvieron a dolerle. ¿Por qué puñetas habría rechazado el frasco de píldoras de Percocet de Aaron Deepneau?

—Sí —respondió—, por eso voy a Lovell. El perro de un tío me ha mordido. Él y yo vamos a tener unas palabritas sobre eso. —Una historia extravagante, no serviría como argumento de una trama, pero Eddie no era escritor. Ese era el

trabajo de King. En cualquier caso, era lo bastante buena para devolverlo al volante del Ford Galaxie de Cullum antes de que el electricista le hiciera más preguntas, y Eddie consideró que eso la convertía en un éxito. Se alejó conduciendo deprisa.

—¿Te ha indicado cómo llegar? —preguntó Roland.

—Sí.

—Bien. Se está resquebrajando todo al mismo tiempo, Eddie. Tenemos que llegar hasta Susannah lo antes posible. Jake y el padre Callahan también. Y el bebé ya llega, sea lo que sea. Puede que ya haya llegado.

«Gire a la derecha cuando vuelva a salir a la carretera de Kansas», le había dicho el electricista a Eddie (Kansas, la de Dorita, Toto y la tía Emm, se está resquebrajando todo al mismo tiempo), y así lo hizo. Eso los puso rumbo al norte. El sol se había ocultado tras los árboles que quedaban a su izquierda, lo que dejó envuelto en sombras el asfalto de dos carriles. Eddie había tenido una sensación casi palpable de que el tiempo se le escurría entre los dedos como una tela carísima, demasiado sedosa para atraparla. Pisó el acelerador del viejo Ford de Cullum, que, pese a sus válvulas espasmódicas, aceleró un poco. Eddie consiguió ponerlo a noventa y lo clavó ahí. Podría haber aumentado la velocidad, pero la carretera de Kansas tenía muchas curvas y no estaba en buen estado.

Roland se había sacado del bolsillo de la camisa una hoja de libreta, la había desdoblado y la estaba estudiando (aunque Eddie dudaba de que el pistolero supiera leer todo el documento; las palabras escritas de ese mundo siempre serían, en gran medida, un misterio para él). En el encabezado de la hoja, encima de la letra bastante temblorosa, aunque del todo legible, de Aaron Deepneau (y de la importantísima firma de Calvin Torre), estaba el dibujo de un sonriente castor y la frase QUE NO SE ME OLVIDE CON LAS PRESAS. Era el juego de palabras más absurdo del mundo.

«No me gustan las preguntas tontas, no pienso participar en juegos tontos», pensó Eddie, y sonrió de pronto. Era una opinión que Roland todavía mantenía, Eddie estaba bastante seguro de ello, pese al hecho de que, mientras iban montados en Blaine el Mono, unas cuantas preguntas tontas les habían salvado la vida. Eddie abrió la boca para comentar que lo que podría convertirse perfectamente en el documento más importante de la historia mundial —más importante que la Carta Magna o la Declaración de Independencia de los Estados

Unidos o la Teoría de la Relatividad de Albert Einstein— tenía el encabezamiento de un estúpido juego de palabras, ¿cómo le dejaría eso el cuerpo a Roland? Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar ni un solo vocablo, la ola los golpeó.

DOS

Se le resbaló el pie del acelerador, y fue para bien. De haberlo dejado allí, tanto Roland como él habrían salido heridos, puede que hubieran muerto. Cuando llegó la ola, mantener el control del Ford Galaxie de John Cullum desapareció de la lista de prioridades de Eddie Dean. Fue como ese momento en que la montaña rusa ha culminado la primera ascensión, duda durante un instante… se inclina… y cae en picado… y uno cae sintiendo una ráfaga repentina de aire caliente estival en la cara, presión en el pecho y el estómago flotando en algún lugar de por allá atrás.

En ese instante, Eddie se dio cuenta de que todo el contenido del coche de Cullum estaba suelto y flotando: cenizas de tabaco de pipa, dos lápices y un clip del salpicadero, el dinh de Eddie y el ka-mai de su dinh: el bueno de Eddie Dean. ¡Pues claro que había perdido el estómago! (No se dio cuenta de que el propio coche, que se había desviado hacia el arcén hasta detenerse, también estaba flotando, cabeceando con pereza hacia atrás y hacia delante, a unos doce o quince centímetros del suelo, como una barquita en un mar invisible).

Después, la carretera de montaña flanqueada por árboles desapareció. Bridgton desapareció. El mundo desapareció. Eddie escuchó el sonido de las campanillas de exotránsito, repulsivo y nauseabundo, y sintió el deseo de apretar los dientes como gesto de protesta… pero sus dientes también desaparecieron.

TRES

Al igual que Eddie, Roland tenía una clara sensación de que lo habían elevado para dejarlo colgado, como un objeto que había perdido su anclaje con la gravedad terrestre. Escuchó las campanillas y sintió que ascendía y atravesaba el muro de la existencia, pero entendió que no era un exotránsito real; al menos, no del tipo que habían experimentado antes. Este era, casi con total seguridad, lo

que Vannay llamaba *aven kal*, palabras que significaban «elevado por el viento» o «elevado por la ola». Salvo que la forma *kal*, en lugar de la más común *kas*, se refería a una fuerza natural de proporciones desastrosas: no el viento, sino un huracán; no una ola, sino un *tsunami*.

«El mismísimo Haz desea hablaros, Charlatán —dijo Vannay en su cabeza; Charlatán, era el apodo sarcástico que Vannay le había puesto porque el chico de Steven Deschain era muy reservado. Su renqueante e inteligente tutor había dejado de usarlo (seguramente por insistencia de Cort) el año en que Roland había cumplido once años—. Harías bien en escucharlo si te habla».

«Lo escucharé con atención», respondió Roland, y lo dejaron caer. Le dieron arcadas, se sentía ingrávido y mareado.

Se oyeron más campanillas. Entonces, de súbito, volvía a estar flotando, esta vez por encima de una habitación llena de camas vacías. Una mirada bastó para asegurarle que ese era el lugar al que los lobos llevaban a los niños que raptaban en los Callas de las tierras fronterizas. Al fondo de la estancia…

Una mano lo agarró del brazo, algo que Roland habría considerado imposible en ese estado. Miró hacia la izquierda y vio a Eddie junto a él, flotando desnudo. Ambos estaban desnudos, sus ropas habían quedado atrás, en el mundo del escritor.

Roland ya había localizado lo que Eddie señalaba. Al fondo de la habitación, habían juntado dos camas. Una mujer blanca yacía sobre una de ellas. Tenía las piernas —las mismas que Susannah había utilizado en su visita de exotránsito a Nueva York, a Roland no le cabía duda— abiertas de par en par. Una mujer con la cabeza de rata —una de los taheen, el pistolero tuvo la certeza— estaba inclinada entre las extremidades.

Junto a la mujer blanca había otra de piel oscura cuyas piernas acababan justo por debajo de las rodillas. Sin importar si estaba o no flotando desnudo, con ganas de vomitar o no, en exotránsito o no, Roland jamás se había sentido tan feliz de ver a alguien. Eddie sentía lo mismo. Roland lo oyó gritar de felicidad en su cabeza y alargó una mano para calmar al joven muchacho. Tenía que calmarlo, porque Susannah los estaba mirando, casi con total seguridad los había visto, y si les hablaba, Roland tenía que escuchar todas las palabras que les dijera. Porque aunque esas palabras salieran de su boca, sería muy probable que quien hablara fuera el Haz; la voz del Oso o la de la Tortuga.

Ambas mujeres llevaban capuchas metálicas en la cabeza. Estaban conectadas por una alargada manguera de acero segmentado.

«Debe de ser una especie de fusión mental de Vulcano —comentó Eddie, ocupando nuevamente el centro de la cabeza de Roland y apartando todo lo demás—. O puede que…».

«¡Chitón! —le interrumpió Roland—. ¡Chitón, Eddie, por la gloria de tu padre!».

Un hombre que llevaba una bata blanca agarró un par de fórceps de aspecto cruento de una bandeja y apartó de un empujón a la enfermera taheen con cabeza de rata. Se inclinó hacia delante y echó un vistazo entre las piernas de Mia, mientras levantaba los fórceps por encima de su cabeza. Por allí cerca, con una camiseta que llevaba estampadas unas palabras del mundo de Eddie y Susannah, había un taheen con la cabeza de una feroz ave marrón.

«Advertirá nuestra presencia —pensó Roland—. Si nos quedamos el tiempo suficiente, sin duda advertirá nuestra presencia y dará la alarma».

Sin embargo, Susannah lo estaba viendo con la mirada enfebrecida bajo la sujeción de la capucha. Tenía la mirada iluminada por la comprensión. Los veía, sea, digo verdad.

Dijo una sola palabra, y en un segundo de intuición inexplicable aunque del todo fiable, Roland entendió el vocablo pronunciado, no por Susannah, sino por Mia. Aunque también era la voz del Haz, una fuerza lo bastante sensible para entender la grave amenaza de la que era víctima, y para desear autoprotegerse.

«Chassit» fue la palabra que pronunció Susannah; Roland la escuchó en su cabeza porque eran ka-tet y an-tet; también vio cómo se formaba sin emitir sonido alguno en sus labios mientras ella alzaba la vista hacia el lugar donde estaban flotando. Eran espectadores de algo que estaba ocurriendo en otro donde y otro cuando en ese preciso instante.

El taheen con cabeza de halcón alzó la vista, tal vez siguiendo la mirada de Susannah, tal vez al escuchar las campanillas con su agudeza auditiva, predeterminada por la naturaleza. Entonces, el médico bajó los fórceps y los metió por debajo de la túnica de Mia. Ella chilló. Susannah chilló con ella. Y como si la fuerza de la suma de esos gritos hubiera podido empujar el ser esencialmente incorpóreo de Roland, como una vaina de algodoncillo que viaja en brazos de una ráfaga de viento de octubre, el pistolero sintió que se elevaba de forma violenta, que perdía el contacto con ese lugar mientras ocurría, pero se aferró a aquella única palabra. Le trajo el claro recuerdo de su madre inclinada sobre él mientras estaba en la cama. Había sido en la habitación multicolor, en la sala cuna, y, por supuesto, ahora entendía el porqué de los colores que solo había

aceptado de niño, como los niños de pecho lo aceptan todo tras un tortazo: con un asombro ciego, con la suposición tácita de que todo es mágico.

Las ventanas de la sala cuna eran unas vidrieras de colores con las Bandas del Arco iris, claro. Recordó a su madre inclinándose sobre él, con el rostro coloreado por una encantadora y variopinta luz, con la capucha echada hacia atrás, de forma que él podía recorrer la curva de su cuello con sus ojos de niño

(«todo es mágico»)

y el alma de un amante; recordó haber pensado que la cortejaría y se la quitaría a su padre, si ella lo hubiera aceptado; que se casaría con ella, tendrían hijos y vivirían juntos para siempre en un reino de cuento llamado Todoesresplandor. Y que ella le cantaría, que Gabrielle Deschain le cantaría a su niñito de los ojazos que la miraban con solemnidad, con la cabeza apoyada en la almohada, y la cara ya tintada por los muchos y confusos colores de su vida errante, una cancioncilla cadenciosa que sonaba así:

Mi hortelanito, mi niñito,
Mi pequeño, trae las bayas, presto.
¡Chussit, chissit, chassit!
¡Trae bastantes para llenar tu cesto!

«Bastantes para llenar mi cesto», pensó Roland, ingrávido, surcando la oscuridad y escuchando el terrible tintineo de las campanillas de exotránsito. Las palabras no eran una simple tontería, sino números antiguos. *Chussit, chissit, chassit*: diecisiete, dieciocho, diecinueve.

«*Chassit* es diecinueve —pensó—. Claro, todo es diecinueve». A continuación, Eddie y él volvían a estar en la luz, una luz anaranjada y enfebrecida, y allí estaban Jake y Callahan. Incluso vio a Acho junto al talón izquierdo de Jake, con el pelaje erizado y la piel del hocico arrugada para enseñar los dientes.

«*Chussit, chissit, chassit* —pensó Roland mientras miraba a su hijo, ¡un niño tan pequeño y terriblemente superado en número en el salón comedor del Dixie Pig!—. *Chassit* es diecinueve. Bastantes para llenar mi cesto. Pero ¿qué cesto? ¿Qué significa?».

En el arcén de la carretera de Kansas, en Bridgton, el Ford de doce años de John Cullum (con 2560 kilómetros en el cuentakilómetros, y eso que no había empezado más que a calentar, como le gustaba decir a Cullum) se balanceaba con languidez hacia delante y hacia atrás sobre el blando arcén. Las ruedas delanteras primero tocaban el suelo y después se levantaban, de forma que las ruedas traseras besaban durante un breve instante el polvo. En el interior, dos hombres que no solo parecían inconscientes, sino transparentes, se dejaban voltear con languidez por el movimiento del coche, como cadáveres en un barco hundido. Y a su alrededor flotaban los escombros que se acumulan en cualquier coche viejo de uso intensivo: las cenizas, bolígrafos y libretas, el cacahuete más antiguo del mundo, un penique en el asiento trasero, agujas de pino de las alfombrillas del suelo e incluso una de las alfombrillas. En la oscuridad de la guantera, los objetos traqueteaban con timidez contra la puertecilla cerrada.

Sin duda, alguien que pasara por allí se habría quedado de piedra al ver todas esas cosas —¡y a esas personas! ¡Unas personas que podrían estar muertas!— flotando en el coche como los restos ingrávidos en el interior de una cápsula espacial. Pero no pasó nadie por allí. Los que vivían a la orilla del Long Lake, en su mayoría, estaban mirando al otro lado del lago, hacia East Stoneham, aunque, en realidad, ya no había nada más que ver. Incluso el humo había desaparecido casi por completo.

El coche flotaba con ociosidad y, en su interior, Roland de Gilead levitó con lentitud hacia el techo, y su cuello quedó presionado contra la sucia tapicería de la capota y las piernas abandonaron el asiento delantero para quedar tras de sí. Eddie se quedó en su sitio en un principio, gracias al volante, pero luego, unos movimientos aleatorios del coche hacia los lados lo liberaron y también se elevó, con la cara fláccida y adormecida. Un hilillo plateado de baba se le escapó por la comisura de los labios y salió flotando, brillante y lleno de burbujitas diminutas, pegado a una mejilla manchada de sangre.

CINCO

Roland sabía que Susannah lo había visto, seguramente también habría visto a Eddie. Por eso se había esforzado tanto por pronunciar aquella única palabra. Sin embargo, Jake y Callahan no vieron a ninguno de los dos. El muchacho y el padre habían entrado en el Dixie Pig, una acción que podía considerarse o bien

valerosa o bien descabellada, y ahora toda su concentración estaba centrada en lo que habían encontrado allí.

Sin importarle que hubiera sido imprudente o no, Roland sentía un feroz orgullo por Jake. Vio que el muchacho había dejado *canda* entre Callahan y él: esa distancia (nunca la misma en dos situaciones distintas) que garantiza que un par de pistoleros superados en número por el enemigo no puedan caer derribados por un mismo disparo. Ambos se habían preparado para la lucha. Callahan empuñaba la pistola de Jake… y había algo más: una especie de talla. Roland estaba casi seguro de que era un can-tah, uno de los dioses menores. El muchacho tenía los ‘Rizas de Susannah y su bolsa de cáñamo, recuperada de saben los dioses dónde.

El pistolero descubrió a una mujer obesa cuya humanidad acababa en el cuello. Por encima de su trío de rechonchas papadas, la máscara que llevaba le colgaba hecha jirones. Al mirar a la que tenía cara de rata, Roland entendió, de pronto, bastantes cosas. Algunas se habrían aclarado antes de no haber tenido la atención centrada —como el muchacho y el padre en ese mismo instante— en otras cuestiones.

Los hampones de Callahan, por ejemplo. Bien podrían haber sido taheen, criaturas que no eran ni del *Prim* ni del mundo de la naturaleza, sino seres mal concebidos de algún lugar entre los dos. Sin duda no eran la clase de seres que Roland llamaba mutantes lentos, porque esos habían aparecido como resultado de las guerras desacertadas y los experimentos desastrosos de los antiguos. No, podían ser taheen auténticos, en ciertas ocasiones conocidos como pueblo tercero o can-toi, y sí, Roland tendría que haberse dado cuenta antes. ¿Cuántos taheen servían en ese momento al ser conocido como Rey Carmesí? ¿Unos cuantos? ¿Muchos?

¿Todos?

Si la tercera era la respuesta correcta, Roland consideró que el camino a la Torre sería tortuoso. Sin embargo, mirar más allá del horizonte no era típico del pistolero y, en este caso, su falta de imaginación resultaba, sin duda, una bendición.

Vio lo que necesitaba ver. Aunque los can-toi —los hampones de Callahan— habían rodeado a Jake y al padre por todas partes (ninguno de los dos había visto siquiera a la pareja que se encontraba tras ellos, los que habían estado vigilando las puertas de la calle Sesenta y uno), Callahan los había paralizado con la talla. Ocurría lo mismo que la vez en que Jake había logrado paralizar y fascinar a la gente con la llave que había encontrado en el solar vacío. Un taheen amarillo con el cuerpo de hombre y la cabeza de pájaro tenía una especie de pistola a su alcance, pero no hizo esfuerzo alguno para agarrarla.

Con todo, había otro problema, un problema que la vista de Roland, entrenada para captar cualquier posible trampa o emboscada, percibió de inmediato. Vio la blasfema parodia de *La última comunión de Eld* en la pared y entendió su importancia un segundo antes de que fuera arrancada. Y ese olor: no era simplemente carne, era carne humana. Esto también lo habría entendido antes de haber tenido tiempo para pensar en ello… si la vida en Calla Bryn Sturgis le hubiera dejado un poco más de tiempo para pensar. En el Calla, como en una novela, la vida había sido una maldita sucesión incesante de acontecimientos.

Sin embargo, ahora estaba bastante claro, ¿verdad? Los hampones podrían no ser más que taheen; los ogros de un niño, si a bien tienes. Los que estaban detrás del tapiz eran los que Callahan llamaba vampiros Tipo Uno y a quienes Roland conocía como los Abuelos, quizá los supervivientes más repulsivos y poderosos de la antigua retirada del *Prim*. Y mientras esos taheen podían mantenerse contenidos tal como estaban, mirando boquiabiertos el sigul que levantaba Callahan, los Abuelos no perderían ni un minuto en echarle un segundo vistazo.

En ese momento, los ruidosos bichos empezaron a salir de debajo de la mesa. Eran de una clase que Roland ya había visto antes, y cualquier duda que pudiera haber albergado todavía sobre lo que había detrás de aquel tapiz se disipó al verlos. Eran parásitos, chupasangres, ladillas: las pulgas de los Abuelos. Sin duda inofensivos mientras hubiera un brambo presente, pero, claro, cuando se veía a los matasanos en esa cantidad, los Abuelos no podían andar muy lejos.

Mientras Acho arremetía contra los bichos, Roland de Gilead hizo lo único que se le ocurrió: se sumergió en Callahan.

Penetró en Callahan.

SIETE

«Padre, estoy aquí».

«Sea, Roland. ¿Qué…?».

«No hay tiempo. SÁQUELO DE AQUÍ. Tiene que hacerlo. ¡Sáquelo de aquí mientras haya tiempo!».

OCHO

Y Callahan lo intentó. El muchacho, por supuesto, no quería irse. Roland, mirándolo a través de los ojos del padre, pensó con cierta amargura: «Debería haberlo educado mejor en la traición. Aun así, todos los dioses saben que lo hice lo mejor que pude».

—Vete mientras puedas —aconsejó Callahan a Jake, luchando por encontrar la calma—. Llega hasta donde está ella si puedes. Es la orden de tu dinh. Es también la voluntad del Blanco.

Esto debería haber hecho que se moviera, pero no fue así, protestó —dioses, ¡era casi tan cabezota como Eddie!— y Roland no podía esperar más.

«Padre, permítame».

Roland tomó el control sin esperar una respuesta. Ya podía sentir que la ola, la *aven kal*, empezaba a retroceder. Y los Abuelos llegarían en cualquier momento.

—¡Vete, Jake! —gritó, utilizando la boca del padre y sus cuerdas vocales como un altavoz. Si hubiera pensado en cómo se puede hacer algo así, se habría perdido por completo, pero pensar en las cosas no había sido nunca algo típico de él, y se sintió agradecido de que el muchacho abriera los ojos de par en par. «Tienes esta única oportunidad y debes aprovecharla. ¡Encuéntrala! ¡Como dinh, yo te lo ordeno!».

A continuación, como en la sala del hospital con Susannah, se sintió una vez más propulsado hacia delante como un objeto sin peso, expulsado de un soplo de la mente y el cuerpo de Callahan, como un fragmento de tela de araña o una pelusa de diente de león. Durante un instante intentó sacudirse para retroceder, como un nadador que intenta resistirse a una corriente fuerte el tiempo suficiente para llegar a la orilla, pero fue imposible.

«¡Roland! —era la voz de Eddie y estaba llena de desesperación—. ¡Jesús bendito, Roland! ¡¿Qué son esas cosas, por el amor de Dios?!».

Habían arrancado el tapiz. Las criaturas que salieron a toda prisa de allí eran ancianas y monstruosas, sus rostros endemoniados estaban cubiertos de dientes que iban creciendo de forma desenfrenada, se les abría la boca por unas garras que tenían el grosor de las muñecas del pistolero. Tenían las mejillas arrugadas y con barba de tres días, con sangre y jirones de carne.

Y aun así —¡dioses, oh, dioses!—, ¡el muchacho seguía allí!

—¡Matarán a Acho primero! —gritó Callahan, salvo que Roland no creía que fuera Callahan. Creía que se trataba de Eddie, utilizando la voz de Callahan, como ya había hecho él mismo. De algún modo, Eddie había encontrado corrientes más fáciles o más fuerza. La suficiente para introducirse después de que Roland fuera expulsado—. ¡Lo matarán delante de ti y se beberán su sangre!

Al final fue suficiente. El muchacho se volvió y escapó con Acho corriendo tras él. Ahuecó el ala justo delante del taheen pájaro y dos de las yentes hamponas, pero ninguno de ellos hizo esfuerzo alguno por atraparlo. Seguían quietos mirando la tortuga levantada en la palma de la mano de Callahan, hipnotizados.

Los abuelos no prestaron atención al muchacho a la fuga, como Roland sabía con certeza que harían. Sabía por la historia del padre Callahan que uno de los abuelos había llegado a la pequeña ciudad de Salem’s Lot, donde el padre había predicado durante algún tiempo. El padre había sobrevivido a la experiencia —nada común para las personas que se enfrentaban a esa clase de monstruos después de perder sus armas y siguls de poder—, pero el ser lo había obligado a beber su sangre contaminada antes de dejarlo marchar. Lo había marcado para esos otros monstruos.

Callahan sostenía su sigul en forma de cruz hacia ellos, pero antes de que Roland pudiera ver nada más, volvió a sentirse absorbido por la oscuridad. Las campanillas empezaron a sonar de nuevo, lo estaban enloqueciendo con su espantoso tintineo. En algún lugar, a un volumen bajo, pudo oír a Eddie gritar. Roland se dirigió hacia él en la oscuridad, rozó el brazo del chico, lo perdió, encontró su mano y la agarró. Dieron vueltas y más vueltas, cogidos de la mano, intentando no separarse, esperando no perderse en la negrura sin puertas entre los mundos.



CAPÍTULO III
EDDIE HACE UNA LLAMADA

UNO

Eddie volvió al viejo coche de John Cullum como solía despertar en algunas ocasiones de las pesadillas cuando era adolescente: hecho un lío y temblando de miedo, totalmente desorientado, sin la certeza de saber quién era, ni qué decir tiene dónde estaba.

Tuvo un segundo para darse cuenta de que, aunque pareciera increíble, Roland y él estaban flotando uno en brazos de otro como gemelos no natos en el útero, solo que no estaban en un útero. Un bolígrafo y una libreta se balanceaban delante de sus narices. También una caja amarilla que, según vio, era una cinta de ocho pistas. «No pierdas el tiempo, John —pensó—. Esto no tiene continuidad, es el trasto con menos porvenir de la historia».

Algo le raspaba la nuca. ¿Sería el piloto de la luz de cortesía del viejo y ajado Galaxie de John Cullum? ¡Por Dios!, se le ocurrió que podía ser…

La gravedad se restableció y ellos cayeron, con una lluvia de objetos fútiles sobre sus cabezas. La alfombrilla que había estado flotando en la cabina del Ford aterrizó doblada sobre el volante. Eddie se golpeó la cintura con el respaldo del asiento delantero y un ronco quejido salió propulsado de sus labios al aire. Roland aterrizó junto a él, sobre la cadera mala. Lanzó un único grito enloquecido y empezó a volver al asiento delantero.

Eddie abrió la boca para hablar. Antes de poder hacerlo, la voz de Callahan le inundó la cabeza: «¡Salve, Roland! ¡Salve, pistolero!».

¿Cuánto esfuerzo físico le habría costado al padre hablar desde ese otro mundo? Al fondo se oían, con vaguedad pero se oían, unos gritos bestiales y

triunfantes. Aullidos que no eran exactamente palabras.

Los ojos abiertos como platos y deslumbrados de Eddie se encontraron con los de Roland, de un azul desvaído. Alargó la mano para alcanzar la izquierda del pistolero, pensando: «Va a irse. Dios mío, creo que el padre va a irse».

«Que encuentres tu Torre, Roland, y que penetres en ella…».

—… y que subas hasta lo más alto —dijo Eddie en un suspiro.

Habían regresado al coche de John Cullum y Eddie había aparcado —torcido, pero con la suficiente tranquilidad— en el arcén de la carretera de Kansas, en las sombrías y primeras horas de una tarde de verano. Sin embargo, lo que Eddie vio fue la infernal luz anaranjada de ese restaurante que no era tal, sino un antro de caníbales. La idea de que esas cosas pudieran existir, de que la gente pasara junto a su escondite todos y cada uno de los días sin saber lo que había dentro, sin sentir la mirada de los ojos codiciosos que tal vez los marcaban y los evaluaban…

Entonces, antes de que pudiera seguir pensando, gritó de dolor cuando unos dientes fantasmales se le clavaron en el cuello, las mejillas y el diafragma; las ortigas le besaron con violencia en los labios y le ensartaron los testículos. Chilló, asiéndose al aire con la mano que tenía libre, hasta que Roland se la agarró y lo obligó a bajar.

—Basta, Eddie, basta. Se han ido. —Silencio. La conexión se cortó y el dolor se mitigó. Roland tenía razón, por supuesto. A diferencia del padre, ellos habían escapado. Eddie vio que Roland tenía los ojos vidriosos por las lágrimas —. Él también se ha ido. El padre.

—¿Los vampiros? Ya sabes, ¿los caníbales? ¿Han… han…? —Eddie no podía concluir el pensamiento. La idea del padre Callahan como uno de ellos era demasiado espantosa para verbalizarla.

—No, Eddie. No, en absoluto. Él… —Roland sacó la pistola que todavía llevaba. Los laterales de acero relucían bajo la luz vespertina. Se hundió el cañón bajo la barbilla durante un instante, mirando a Eddie mientras lo hacía.

—Ha escapado de ellos —dijo Eddie.

—Sea, y deben de estar muy cabreados.

Eddie asintió en silencio, repentinamente agotado. Las heridas volvían a dolerle. No, rabiaban de dolor.

—Bien —dijo—. Ahora vuelve a poner eso donde toca antes de que te pegues un tiro. —Y mientras Roland lo hacía, añadió—: ¿Qué acaba de ocurrirnos? ¿Hemos entrado en exotránsito o ha sido otro Hazrremoto?

—Creo que ha sido un poco de ambas cosas —respondió Roland—. Hay algo llamado *aven kal*, que es como la ola de un maremoto que corre a lo largo del Camino del Haz. Fuimos levantados por ella.

—Y se nos permitió ver lo que quisimos ver.

Roland pensó en ello durante un rato, luego sacudió la cabeza con gran determinación.

—Vimos lo que el Haz quiso que viéramos. Donde quiere que vayamos.

—Roland, ¿esto lo estudiaste cuando eras niño? ¿Tu viejo colega Vannay daba clases de… no sé, de Anatomía de Haces y Bandas del Arco Iris?

Roland estaba sonriendo.

—Sí, supongo que nos enseñaron estas cosas en Historia y *Summulae Logicales*.

—¿Logicacuáles?

Roland no respondió. Estaba mirando por la ventana del coche de Cullum, intentando todavía recuperar el aliento, tanto física como figurativamente. No era tan difícil conseguirlo, no en ese lugar; estar en esa parte de Bridgton era como estar en el vecindario de cierto solar vacío en Manhattan. Porque había un generador por allí cerca. No sai King, como Roland había creído en un principio, sino el potencial de sai King… o de lo que sai King podría ser capaz de crear, si había mundo y tiempo suficientes. ¿King también estaba siendo arrastrado por la *aven kal*, generando tal vez la misma ola que lo levantaba?

«Un hombre no puede levantarse sin ayuda, no importa lo mucho que lo intente», les había sermoneado Cort cuando Roland, Cuthbert, Alain y Jamie no eran más que niños de pecho. Cort, el que hablaba con un tono que denotaba seguridad en sí mismo y que poco a poco se había endurecido hasta convertirse en severidad, cuando su último grupo de muchachos había madurado hasta acercarse a sus pruebas de hombría. Aunque, puede que Cort se equivocase con lo de levantarse sin ayuda. A lo mejor, en determinadas circunstancias, un hombre sí que podía levantarse sin ayuda. O dar a luz al universo por el ombligo, como se decía que había hecho Gan. Como escritor de historias, ¿no era King un creador? Y, en esencia, ¿no trataba la creación de obtener algo de la nada… de ver el mundo en un grano de arena o de levantarse sin ayuda?

Y ¿qué estaba haciendo, sentado ahí y teniendo largos pensamientos filosóficos mientras dos miembros de su tet estaban perdidos?

—Que este carruaje no se detenga —sentenció Roland, al tiempo que intentaba pasar por alto el tenue rumor que estaba escuchando; no sabía si era la

Voz del Haz o la Voz de Gan, el Creador—. Tenemos que llegar a Turtleback Lane, en Lovell, y ver si podemos encontrar la forma de llegar hasta donde está Susannah.

Y no solo Susannah. Si Jake lograba burlar a los monstruos en el Dixie Pig, también se dirigiría hacia donde ella yacía. A Roland no le cabía duda.

Eddie alcanzó la palanca de la transmisión —pese a todos los giros, el viejo Galaxie de Cullum no había dejado de funcionar— y luego alejó la mano de ella. Se volvió y miró a Roland de forma lúgubre y deprimente.

—¿Qué te aqueja, Eddie? Sea lo que sea, escúpelo pronto. El niño ya llega; puede que incluso ya haya llegado. ¡Pronto no la utilizarán más!

—Lo sé —afirmó Eddie—. Pero no podemos ir a Lovell. —Hizo una mueca como si lo que estuviera diciendo le causara dolor físico. Roland supuso que, efectivamente, así era—. Todavía no.

DOS

Permanecieron sentados en silencio durante un rato, oyendo el armonioso zumbido del Haz, un zumbido que a veces se convertía en voces de júbilo. Se quedaron sentados contemplando las sombras que iban agrandándose en los árboles, donde merodeaban un millón de rostros y un millón de historias. Se puede decir puerta ignota, se puede decir perdida.

Eddie esperaba que Roland le gritase —no habría sido la primera vez— o que le diera un capón en la cabeza, como el anciano profesor del pistolero, Cort, estaba acostumbrado a hacer cuando sus alumnos eran lentos o replicaban. Eddie casi tenía la esperanza de que lo hiciera. Un buen puñetazo en la mandíbula le hubiera aclarado las ideas, por Shardik.

«Solo que las ideas turbias no son el problema y tú lo sabes —pensó—. Tienes la mente más despejada que él. Si no fuera así, podrías dejar este mundo e ir a buscar a tu esposa perdida».

Al final, Roland habló:

—Entonces ¿qué te ocurre? ¿Esto? —Se agachó y cogió el pedazo de papel plegado, escrito con la mala letra de Aaron Deepneau. Roland se quedó mirándolo durante un instante, luego se lo plantó en el regazo a Eddie con un leve gesto de disgusto.

—Ya sabes cuánto la quiero —dijo Eddie en un tono grave, crispado—. Ya lo sabes.

Roland asintió con la cabeza, pero sin mirarlo. Por lo visto, estaba mirando sus botas ajadas y polvorientas, y el suelo sucio de la alfombrilla que tenía debajo. Esos ojos alicaídos, esa mirada que no se volvería hacia él, quien había llegado prácticamente a idealizar a Roland de Gilead, le rompían el corazón a Eddie Dean. Aun así, siguió insistiendo. Puede que alguna vez hubiera lugar para los errores, pero ya no era así. Eso era el final.

—Iría a donde se encuentra ella en este mismo instante si creyera que es lo correcto. Roland, ¡ahora mismo! Pero tenemos que acabar nuestra misión en este mundo. Porque este mundo solo es de ida. En cuanto nos hayamos marchado hoy, el 9 de julio de 1977, no podremos volver jamás. Nosotros…

—Eddie, ya hemos pasado por todo esto. —Seguía sin mirarle.

—Sí, pero ¿no lo entiendes? Solo una bala que disparar, un ‘Riza para lanzar. Para empezar ¡por esto vinimos a Bridgton! Dios sabe que yo quería ir a Turtleback Lane en cuanto John Cullum nos habló de ese sitio, pero creí que teníamos que ver al escritor, y hablar con él. Y tenía razón, ¿no? —En ese momento hablaba casi rogando—. ¿No?

Roland lo miró por fin, y Eddie se sintió contento. Aquello ya era lo bastante difícil, doloroso, para tener que soportar la mirada de rechazo y alicaída de su dinh.

—Y puede que no importe si nos quedamos un poco más. Si nos concentramos en esas dos mujeres tumbadas una junto a otra en esas camas, Roland (si nos concentramos en Suze y en Mia tal como las vimos la última vez), entonces es posible que podamos meternos en su historia justo en ese punto. ¿Verdad?

Después de un largo y reflexivo momento durante el que Eddie no fue consciente de realizar una sola inspiración, el pistolero asintió en silencio. Eso no podría ocurrir si en Turtleback Lane descubrían lo que el pistolero había llegado a imaginar como una de las «puertas antiguas», porque esas puertas estaban dedicadas, y siempre aparecían en el mismo lugar. Pero si encontraban una puerta mágica en algún lugar de Turtleback Lane, en Lovell, una puerta que pudiera haberse conservado tras la retirada del *Prim,* entonces sí, podrían meterse donde querían. Sin embargo, esas puertas podían ser dificultosas. Lo habían descubierto por sí mismos en la Cueva de las Voces, cuando la puerta que se encontraba allí había enviado a Jake y a Callahan a Nueva York en lugar de a

Roland y a Eddie, desbaratándoles entonces todos sus planes en la Tierra del Diecinueve.

—¿Qué más debemos hacer? —preguntó Roland. No había enfado en su voz, aunque a Eddie le pareció tanto cansado como inseguro.

—Sea lo que sea, va a ser difícil. Eso te lo aseguro.

Eddie cogió el contrato de venta y lo miró con tanta gravedad como lo hubiera hecho cualquier Hamlet de la historia del teatro al contemplar la calavera del pobre Yorick. A continuación volvió a mirar a Roland.

—Esto nos da derecho a regresar al solar vacío con la rosa dentro. Tenemos que llevárselo a Moses Carver de Holmes Dental Industries. Y ¿dónde está? No lo sabemos.

—En cuanto a eso, Eddie, ni siquiera sabemos si sigue vivo.

Eddie soltó una estridente carcajada.

—Dices verdad, ¡digo gracias! ¿Por qué no doy la vuelta, Roland? Volveremos a la casa de Stephen King. Podemos gorronearle veinte o treinta pavos; porque, colega, no sé si te has dado cuenta, pero no tenemos ni un puñetero centavo entre los dos. Lo que es más importante, podemos conseguir que cree a un detective privado de esos tan listos y duros, alguien tipo Bogart y que vaya rompiendo caras como Clint Eastwood. Dejemos que él le siga la pista a ese tal Carver por nosotros.

Eddie sacudió la cabeza como para aclararse las ideas. El zumbido de las voces sonaba con suavidad en sus oídos; el antídoto perfecto para las horribles campanillas de exotránsito.

—Quiero decir, mi esposa está en un buen lío en alguna parte del camino, por lo que sé, se la están comiendo viva unos vampiros o unos bichos vampirescos. Y aquí estoy yo, sentado en el arcén de una carretera comarcal con un tipo cuya máxima habilidad es disparar a la gente, intentando descubrir ¡cómo coño voy a abrir una puta empresa!

—Cálmate —le advirtió Roland. Ahora que se había resignado a quedarse en ese mundo durante un tiempo más, parecía bastante tranquilo—. Dime qué crees que tenemos que hacer antes de sacudirnos el polvo de este donde y este cuando de los zapatos de una vez por todas.

Y eso hizo Eddie.

Roland había escuchado gran parte de aquello antes, pero no había entendido del todo la difícil postura en la que se encontraban. Eran propietarios del solar vacío de la Segunda Avenida, sí, pero la prueba de su posesión era un documento holográfico que podría no resultar convincente en un tribunal, sobre todo si las autoridades pertinentes de Sombra Corporation empezaban a echarles a sus abogados encima.

Eddie quería llevar la orden de venta a Moses Carver, si podía, junto con la información de que su nieta Odetta Holmes —desaparecida desde hacía trece años, desde el verano de 1977— estaba viva y bien, y que quería, sobre todas las cosas, que Carver asumiera la custodia, no solo del solar vacío, sino de cierta rosa silvestre que crecía en su terreno.

Moses Carver —si seguía vivo— tenía que sentirse lo bastante convencido de lo que escuchara para incorporar la llamada Tet Corporation en Holmes Industries (o viceversa). ¡Más aún! Tenía que dedicar lo que le quedaba de vida (y a Eddie le parecía que Carver podría tener en ese momento la edad de Aaron Deepneau) a construir un gigante empresarial cuyo único propósito real sería frustrar los planes de otros dos gigantes empresariales, Sombra y North Central Positronics, siempre que tuviera oportunidad. Asfixiarlas si era posible, y evitar que se convirtieran en un monstruo que dejara su huella destructora en toda la extensión moribunda de Mundo Medio e hiriese de muerte a la mismísima Torre Oscura.

—Tal vez deberíamos haber dejado la orden de venta con sai Deepneau —musitó Roland una vez que hubo escuchado a Eddie hasta el final—. Al menos él podría haber localizado a ese tal Carver, lo habría buscado y le habría contado nuestra historia por nosotros.

—No, hicimos bien en quedárnosla. —Esa fue una de las pocas cosas de las que Eddie tenía una certeza absoluta—. Si hubiéramos dejado este pedazo de papel con Aaron Deepneau, ahora estaría reducido a cenizas.

—¿Crees que Torre podría haberse arrepentido de su negociación y haber dicho a su amigo que lo destruyera?

—Lo sé —afirmó Eddie—. Pero aunque Deepneau pudiera haber soportado el come-come de oreja de su amigo durante horas hasta el final («quémalo, Aaron, me han obligado y ahora quieren joderme, lo sabes tan bien como yo, quémalo y llamaremos a la poli para denunciar a esos hijos de puta»), ¿crees que Moses Carver se tragaría una historia así de disparatada?

Roland sonrió con sobriedad.

—Me parece que no importa lo que él crea, Eddie. Porque, pensadlo un momento, ¿cuánto de nuestra disparatada historia ha escuchado en realidad Aaron Deepneau?

—No lo suficiente —admitió Eddie. Cerró los ojos y se los presionó con los pulpejos de ambas manos. Con fuerza—. Solo se me ocurre una persona que de verdad pueda convencer a Moses Carver de que haga lo que tenemos que pedirle, y esa mujer está ocupada. En el año 1999. Y en esa época, Carver estará tan muerto como Deepneau y puede que como el mismísimo Torre.

—Bueno, ¿qué podemos hacer sin ella? ¿Qué te satisfaría?

Eddie estaba pensando que quizá Susannah podría regresar a 1977 sin ellos, puesto que ella todavía no lo había visitado. Bueno… había llegado hasta allí entrando en exotránsito, pero Eddie no creía que eso contara. Supuso que solo podían impedirle entrar en 1977 alegando que formaba ka-tet con él y con Roland. O por alguna otra razón. Eddie no lo sabía. Leer entre líneas nunca había sido su fuerte. Se volvió para preguntar a Roland su opinión, pero Roland habló antes de que tuviera oportunidad de hacerlo.

—¿Qué pasa con nuestro dan-tete? —preguntó.

Aunque Eddie entendió el término —quería decir dios menor o pequeño salvador—, no entendió en un primer momento lo que Roland quería decir. Pero supo a quién se refería. ¿No les había prestado su dan-tete de Waterford el mismísimo coche en el que se encontraban sentados, digamos gracias?

—¿Cullum? ¿Te refieres a él, Roland? ¿El tipo con la vitrina llena de pelotas de béisbol autografiadas?

—Dices verdad —respondió Roland. Habló con ese tono seco que indicaba no diversión, sino una ligera exasperación—. Por favor, no te entusiasmes tanto con la idea.

—Pero… ¡tú le dijiste que se largara! ¡Y él accedió a irse!

—¿Y te pareció que le hacía mucha ilusión ir a visitar a su amigo a Vermong?

—«Mont» —corrigió Eddie, incapaz de reprimir una sonrisa. Aun así, con sonrisa o sin ella, lo que sentía con más intensidad era desesperación. Creía que ese espantoso rasguño que escuchaba en la imaginación era la mano derecha con dos dedos de Roland, escarbando hasta el último recurso.

Roland se encogió de hombros como si le diera igual que Cullum hubiera hablado de ir a Vermont o a la Baronía de Garlan.

—Responde a mi pregunta.

—Bueno…

En realidad, Cullum no había expresado mucho entusiasmo por la idea, en absoluto. Desde el principio había actuado como uno de ellos y no como uno de los paletos entre los que vivía (Eddie reconocía a los paletos con bastante facilidad, pues había sido uno de ellos hasta que Roland lo raptó por primera vez y empezó sus lecciones para convertirse en asesino). Cullum se había mostrado visiblemente interesado por los pistoleros, e intrigado por su misión en el pueblecito. Pero Roland había puesto mucho énfasis en lo que quería, y la gente acostumbraba a cumplir sus órdenes.

En ese momento hizo su giro de la mano derecha, su conocido gesto de impaciencia. «Deprisa, por la gloria de tu padre. Caga o sal del váter, y da una oportunidad a los demás».

—Supongo que en realidad no quería ir —respondió Eddie—. Pero eso no significa que siga en su casa, en East Stoneham.

—Pero sigue allí. No se ha ido.

Eddie consiguió evitar quedar boquiabierto solo porque hizo un esfuerzo.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Puedes tocarlo, es eso?

Roland sacudió la cabeza.

—Entonces ¿cómo…?

—El ka.

—¿El ka? ¿El ka? ¿Qué coño significa eso?

Roland tenía el rostro ojeroso y cansado, la piel pálida bajo el bronceado.

—¿A quién más conocemos en esta parte del mundo?

—A nadie, salvo…

—Entonces es él. —Roland habló de forma inexpresiva, como si afirmara una realidad evidente para un niño: arriba es por encima de tu cabeza, abajo es donde tus pies tocan el suelo.

Eddie se dispuso a decirle que eso era una estupidez, que no era más que una intuición descarada, pero no lo hizo. Dejando a un lado a Deepneau, Torre, Stephen King y el detestable Jack Andolini, John Cullum era la única persona que conocían en esa parte del mundo (o en ese nivel de la Torre, si se prefiere pensar de esa forma). Y, después de las cosas que Eddie había visto en los últimos meses, ¡joder!, en las últimas semanas, ¿quién era él para desdeñar una intuición?

—Está bien —admitió Eddie—. Supongo que será mejor que lo intentemos.

—¿Cómo nos ponemos en contacto?

—Podemos llamarle desde Bridgton. Pero en un relato, Roland, un personaje secundario como John Cullum jamás dejaría el banquillo para solucionar la trama. No se consideraría realista.

—En la vida —dijo Roland—, estoy seguro de que ocurre a todas horas.

Y Eddie rio. ¿Qué otra cosa se podía hacer, joder? ¡Era algo tan perfectamente típico de Roland!

CUATRO

CALLE MAYOR DE BRIDGTON 1
LAGO HIGHLAND 2
HARRISON 3
WATERFORD 6
SWEDEN 9
LOVELL 18
FRYEBURG 24

Acababan de pasar por delante de este cartel cuando Eddie dijo:

—Rebusca un poco en la guantera, Roland. Mira a ver si el ka o el Haz o lo que sea nos ha dejado un poco de calderilla para el teléfono.

—¿Guante…? ¿Te refieres a esta consola de aquí?

—Sí.

Roland intentó primero girar la pieza de cromo que había en la tapa, luego entendió su funcionamiento y la apretó. El interior era un batiburrillo, que no había mejorado con el breve período de ingravidez del Galaxie. Había recibos de tarjetas de crédito, un tubo muy antiguo de algo que Eddie identificó como «dentífrico» (Roland pudo adivinar las palabras **HOLMES DENTAL** en él con bastante facilidad), una fotografía en la que se veía a una niñita —quizá la sobrina de Cullum— montada en un poni, un palo que en un primer momento tomó por un explosivo (Eddie le dijo que era una bengala de socorro en carretera, para las emergencias), una revista que al parecer se llamaba YOYANKY… y una caja de puros. Roland no logró entender con claridad la palabra que había en ella, aunque pensó que podría ser *pelajes*. Le mostró la caja a Eddie, a quien se le iluminó la mirada.

—Ahí dice PEAJES —dijo—. A lo mejor tenías razón con eso de Cullum y el ka. Ábrela, Roland, hazlo si a bien tienes.

El niño que había entregado esa caja como regalo le había hecho un encantador (y bastante tosco) pestillo para mantenerla cerrada. Roland descorrió el pestillo, abrió la caja y le mostró a Eddie un montón de monedas plateadas.

—¿Con esto basta para llamar a la casa de sai Cullum?

—Sí —respondió Eddie—. Parece suficiente hasta para llamar a Fairbanks, en Alaska. Aunque no nos servirá de nada si Cullum está de camino a Vermont.

CINCO

La plaza del pueblo de Bridgton estaba delimitada por una licorería y una pizzería por un lado; un cine (La Linterna Mágica) y unos grandes almacenes (Reny’s) por el otro. Entre el cine y los grandes almacenes había una placita equipada con bancos y tres cabinas de teléfono.

Eddie rebuscó en la caja de calderilla de Cullum y le dio a Roland seis dólares en monedas de cuarto.

—Quiero que vayas hasta allí —dijo, y le señaló la licorería— y me compres un bote de aspirinas. ¿Lo reconocerás si lo ves?

—Astina. Ya sé.

—Quiero el tamaño más pequeño que tengan, porque seis pavos en realidad no es mucho dinero. Luego ve al lado de la tienda, a ese lugar que dice Pizza y Bocatas Bridgton. Si todavía te quedan como mínimo dieciséis de esas monedas, diles que quieres un bocata completo, con carne, queso y lechuga.

Roland asintió en silencio, lo que a Eddie no le bastaba.

—Veamos cómo lo dices.

—Un tocata completo.

—Bo-ca-ta.

—To-ca-ta.

—Bo… —Eddie se rindió—. Roland, a ver cómo dices «pobrecillo».

—Pobrecillo.

—Bien. Si te quedan al menos dieciséis monedas de cuarto, pide un Pobrecillo. ¿Puedes decir «con un montón de mayonesa»?

—Con un montón de mayonesa.

—Sí. Si te quedan menos de dieciséis, pide uno de salami y queso. Un bocata, no un popkin.

—Tocata de salome.

—Se parece bastante. Y no digas nada más, a menos que sea absolutamente necesario.

Roland asintió con la cabeza. Eddie tenía razón, más le valía no hablar. La gente no tenía más que mirarlo para saber, en el fondo de su corazón, que no era de por allí. También acostumbraban a alejarse de él. Era mejor no empeorar la situación.

El pistolero se echó una mano a la cadera izquierda al volverse en dirección hacia la calle, una antigua costumbre que no le reportó ningún consuelo en esa ocasión; los revólveres estaban en el maletero del Galaxie de Cullum, metidos en sus cartucheras.

—Tenemos un dicho en nuestro mundo, Roland. A quien le toca, le ha tocado.

—¿Y qué significa?

—Esto —respondió Eddie sombríamente—. Lo que estamos haciendo. Deséame suerte, tío.

Roland asintió.

—Sea, para mí también. Para los dos.

Empezó a volverse y Eddie lo llamó para que regresara. En esta ocasión, Roland tenía una expresión de ligera impaciencia.

—Que no te maten al cruzar la calle —le advirtió Eddie, e imitó durante un instante la forma de hablar de Cullum—. Por quí hay nos tíos que van metiendo palos en los culos de los chuchos. Y no van a caballo.

—Haz tu llamada, Eddie —comentó Roland y a continuación cruzó la calle principal de Bridgton con apaciguada seguridad, avanzando con esos andares que lo habían llevado por otras miles de calles mayores en miles de pueblecitos.

Eddie lo observó, luego se volvió hacia el teléfono y consultó las instrucciones. Después de aquello levantó el auricular y marcó el número de información telefónica.

El pistolero había dicho que no se había ido, refiriéndose a John Cullum con una certeza categórica. Y ¿por qué? Porque Cullum estaba al otro lado de la línea, no tenían a otra persona a quien llamar. Era el puñetero y viejo ka de Roland de Gilead, en otras palabras.

Tras una breve espera, la operadora del centro de información telefónica le espetó el número de Cullum. Eddie intentó memorizarlo —siempre se le había dado bien recordar números, Henry a veces lo llamaba pequeño Einstein—, pero esta vez no podía fiarse de su habilidad. Por lo visto, algo le había ocurrido o bien a sus procesos mentales en general (lo que no creía) o a su capacidad de recordar ciertos objetos de este mundo (lo que más bien sí creía). Mientras preguntaba el número una segunda vez —y lo escribía sobre el polvo acumulado en la pequeña repisa de la cabina telefónica—, Eddie se preguntó si sería capaz de leer una novela, o seguir la trama de una película por la sucesión de imágenes de la pantalla. Lo dudaba bastante. Y ¿qué importaba? En el Linterna Mágica daban *La guerra de las galaxias*, y Eddie pensó que si llegaba al final de su camino vital y al claro sin volver a ver a Luke Skywalker ni volver a escuchar la ruidosa respiración de Darth Vader, podría seguir estando bastante bien.

—Gracias, señora —le dijo a la operadora, y estaba a punto de volver a marcar cuando se produjo una serie de explosiones tras él. Eddie se volvió, con el corazón en la boca, bajando la mano derecha, esperando ver a los Lobos, a los devastadores o a ese hijo de puta de Flagg…

Lo que vio fue un descapotable lleno de estudiantes de instituto sonrientes y con cara de pasmados, con las mejillas tostadas por el sol. Uno de ellos acababa de sacar una tira de tracas que le había sobrado de la fiesta del Cuatro de Julio; eran como los petardos de los chicos de su edad en Calla Bryn Sturgis.

«Si tuviera una pistola en el cinto, podría disparar a un par de esos tontainas —pensó Eddie—. Queréis hacer el idiota, pues vamos allá». Sí, bueno. Y a lo mejor no podría. Fuera como fuese, tenía que admitir la posibilidad de que ya no se estaba seguro ni en los lugares más civilizados.

—Aguántate —murmuró Eddie, luego añadió el consejo favorito del gran sabio y yonqui eminente para los pequeños contratiempos de la vida: «P’os falen».

Marcó el número de John Cullum en el antiguo teléfono de discador y cuando la robótica voz —quizá de la tatara-tatara-tatara-tatara-tatara-abuela de Blaine el Mono— le pidió que depositara noventa centavos, Eddie metió un dólar. ¡A la mierda con todo! ¡Estaba salvando el mundo!

El teléfono sonó una vez… dos veces… y alguien lo cogió.

—¡John! —Eddie casi gritó—. ¡De putísima madre! John, soy…

Pero la voz al otro lado del aparato ya estaba hablando. Como niño de finales de los ochenta, Eddie sabía que eso era mala señal.

—… estás llamando a John Cullum de Mantenimientos y Vigilancia Cullum —dijo la voz de Cullum con su conocida y lenta cadencia del norte del país—. Man llamao sin avisar, ya te digo, y no tengo ni idea de cuando volveré. Si eso le causa problemas, yo lo siento, pero puede llamar a Gray Crowell, al 926-5555, o a Junior Barker, al 929-4211.

La consternación inicial de Eddie había desaparecido —«desapacido», según habría dicho Cullum— justo en el momento en que la temblorosa voz grabada del hombre le decía a Eddie que él, Cullum, no podía decir con certeza cuándo volvería. Porque Cullum estaba justo ahí, en su pequeño cobertizo para los hobbies en la orilla oeste del estanque Keywadin, o bien sentado en su sofá repleto de los cachivaches de sus aficiones, o bien en una de sus sillas también repleta de cacharros. Estaba ahí sentado escuchando los mensajes de su contestador, sin duda un trasto viejo de mediados de los setenta. Y Eddie lo sabía porque… bueno…

Porque lo sabía.

La antigua grabación no podía ocultar por completo la maliciosa comicidad que había teñido la voz de Cullum hacia el final del mensaje.

—Poque, si todavía estás empeñao en rajar con un servidor, puedes dejar un mensaje cuando oigas el pito. Que sea cortito. —La última palabra sonó «cotito».

Eddie esperó el pitido y entonces dijo:

—Soy Eddie Dean, John. Sé que estás ahí, y creo que has estado esperando mi llamada. No me preguntes por qué lo creo, porque en realidad no lo sé, pero…

Eddie escuchó en la oreja un fuerte clic, y luego la voz de Cullum —su voz en directo— y dijo:

—Cómo estás, hijo, ¿tás cuidando bien de mi carro?

Durante un instante Eddie quedó demasiado desconcertado para contestar, porque el acento de la costa de Nueva Inglaterra de Cullum se había convertido en algo distinto: «¿Tás cuidando bien de mi carro?».

—¿Muchacho? —preguntó Cullum, preocupado de repente—. ¿Sigues al aparato?

—Sí —respondió Eddie—, y tú también. Creí que te ibas a Vermont, John.

—Bueno, te diré algo. Aquí no hemos visto un día con más movida desde que se quemó la Fábrica de Calzado de South Stoneham en 1923. La poli ha bloqueao todas las carreteras que salen del pueblo.

Eddie estaba seguro de que dejaban pasar a la gente si enseñaban su identificación en regla, pero pasó por alto esa cuestión a favor de otras cosas.

—¿Quieres decir que no has encontrado otra forma de salir del pueblo sin ver ni a un solo poli, si te apetecía?

Se hizo un breve silencio. Durante el cual, Eddie se dio cuenta de que tenía a alguien a la altura del codo. No se volvió para mirar; era Roland. ¿Qué otra persona tendría el olor —sutil pero incuestionable— de otro mundo?

—Oh, bueno —soltó Cullum al final—. Puede que conozca uno o dos bosques y caminos para salir de Lovell. Ha sido un verano seco, y supongo que no me podrían seguir la pista.

—¿Uno o dos?

—Bueno, digamos, tres o cuatro. —Se hizo un silencio que Eddie rompió. Se lo estaba pasando de maravilla—. Cinco o seis —rectificó Cullum, y Eddie decidió no responder tampoco a ese comentario—. Ocho —dijo Cullum al final, y cuando Eddie rio, Cullum se unió a él—. ¿Qué tienes en la cabeza, hijo?

Eddie miró a Roland, que sostenía un bote de aspirinas con los dos dedos que le quedaban en la mano derecha. Eddie lo tomó agradecido.

—Quiero que vengas a Lovell —anunció a Cullum—. Por lo visto tenemos que garlar un poco más, después de todo.

—Y que lo digas, y tengo la sensación de que ya lo sabía —comentó Cullum —, aunque nunca fue lo que más pensé; en lo que más pensaba era: «Pronto estaré de camino a Montpellier», y seguía encontrado más y más cosas que hacer por aquí. Si m’ubieras llamado hace cinco minutos, lo habrías encontrado ocupado, taba hablando con Charlie Beemer. Las que palmaron en el súper eran su mujer y su cuñada, ya ves. Y entonces pensé: «Qué puñetas, voy a darle una buena barrida a este sitio antes de meter mis cosas en el maletero y largarme». En lo que más pensaba era en lo que he dicho, pero en el fondo supongo questaba esperando que me llamaras desde que volví. ¿Dónde taréis? ¿En Turtleback Lane?

Eddie le quitó la tapa al bote de aspirinas y miró con codicia la formación de pastillas. El que ha sido yonqui, muere yonqui, pensó. Incluso para esas cosas.

—Y que lo digas —dijo con la lengua hacia un lado; se había convertido en

todo un imitador de los acentos regionales desde que había conocido a Roland en un avión Delta que aterrizaba en el aeropuerto Kennedy.

—Dijiste que ese camino no estaba más que pasando un tramo de curvas de tres kilómetros después de la Ruta 7, ¿no?

—Eso es. Hay un par de casas bastante bonitas en Turtleback. —Breve silencio para la reflexión—. Y un montón están en venta. Ha habido muchos visitantes en esa parte del mundo últimamente. Como puede que ya haya dicho. Esas cosas ponen a la gente de los nervios, y la gente rica, al menos, se puede permitir alejarse de lo que les quita el sueño.

Eddie no podía esperar más; cogió tres aspirinas y se las echó a la boca, degustando la acidez mientras se le disolvían en la boca. Pese a lo fuerte que era el dolor en ese momento, aguantaría el doble de dolor si pudiera haber escuchado a Susannah. Pero ella estaba callada. Le parecía que la línea de comunicación entre ellos, arriesgada en el mejor de los casos, había dejado de existir con la llegada del maldito bebé de Mia.

—Muchacho, si vais para Turtleback, en Lovell, será mejor que tengáis las pipas a mano —le advirtió Cullum—. Por mi parte, creo que echaré la escopeta en la ranchera antes de largarme.

—¿Por qué no? —admitió Eddie—. Busque su coche en la curva, ¿vale? Allí lo encontrará.

—Y que lo digas, es difícil no ver al viejo Galaxie —comentó Cullum—. Dime algo, hijo. No voy a Vermont, pero me da en las tripas que quieres enviarme a algún sitio, si yo me dejo. ¿Quieres decirme dónde?

Eddie pensó que Mark Twain podría haber decidido titular el siguiente capítulo de la pintoresca vida de John Cullum «Un yanqui de Maine en la Corte del Rey Carmesí», pero decidió no decirlo.

—¿Has estado en Nueva York?

—Y que lo digas, sí. Estuve allí durante un permiso de cuarenta y ocho horas, cuando estaba en el Ejército. —La última palabra sonó como un ridículo acento desafinado—. Fui al Radio City Music Hall y al Empire State Building, de eso sí que me acuerdo. Aunque hice un par de visitas turísticas más, porque me faltaban treinta dólares en la cartera y un par de meses después me diagnosticaron un caso bastante grave de gonorrea.

—Esta vez estarás demasiado ocupado para pillar gonorrea. Llévate las tarjetas de crédito. Sé que tienes alguna, porque eché un vistazo a los recibos de

la guantera. —Sintió una necesidad casi malsana de alargar la última palabra, arrastrando las vocales como Cullum: «guanteeeraaa».

—Menuda pocilga, ¿a que sí? —preguntó Cullum con serenidad.

—Y que lo digas, era como los restos que deja el perro cuando se come unos zapatos. Nos vemos en Lovell, John. —Eddie colgó. Miró la bolsa que llevaba Roland y enarcó las cejas.

—Es un tocata pobrecillo —informó Roland— con un montón de mayonesa, sea lo que sea. Yo hubiera preferido una salsa que no tuviera tanto aspecto de corrida, pero que a bien tengas.

Eddie entornó la mirada.

—¡Dios! Esto sí que despierta el apetito.

—¿Lo dices en serio?

Eddie tuvo que recordar una vez más que Roland prácticamente carecía de sentido del humor.

—Lo digo en serio. Venga. Puedo comerme el bocata de corrida y queso mientras conduzco. Además, tenemos que hablar de cómo vamos a arreglar esto.

SIETE

La forma de arreglarlo, ambos estuvieron de acuerdo, era contarle a John Cullum la parte de la historia que, en su opinión, podría soportar por su credulidad (y salud mental). Entonces, si todo iba bien, le confiarían la vital orden de venta y lo enviarían hasta Aaron Deepneau. Con órdenes estrictas de que se asegurase de hablar con Deepneau, apartado de Calvin Torre, que no era del todo de fiar.

—Cullum y Deepneau pueden trabajar juntos para dar con el paradero de Moses Carver —dijo Eddie—, y creo que puedo darle a Cullum información suficiente sobre Suze (detalles confidenciales) para que convenza a Carver de que sigue viva. Sin embargo, después de hacerlo… bueno, gran parte de lo que suceda depende del poder de convicción que puedan tener esos dos. Y de las ganas que tengan de trabajar para la Tet Corporation en el ocaso de sus vidas. Oye, ¡puede que nos sorprendan! No me imagino a Cullum con traje y corbata, pero ¿recorriendo el país y fastidiando los negocios de Sombra? —Lo pensó, con la cabeza ladeada, luego asintió en silencio y sonriendo—: Sí. Eso sí que me lo imagino, y muy bien.

—Puede que el padrino de Susannah sea un vejete —observó Roland—. Salvo que de otro color. Esos tipos suelen hablar su propia lengua cuando son an-tet. Quizá pueda dar a John Cullum algo que lo ayude a convencer a Carver de unirse a nosotros.

—¿Un sigul?

—Sí.

Eddie estaba intrigado.

—¿De qué tipo?

Sin embargo, antes de que Roland pudiera responder, vieron algo que hizo que Eddie pisara a fondo el pedal del freno. En ese momento estaban en Lovell, en la Ruta 7. Ante ellos, mirándolos de modo inseguro en el arcén, había un anciano con el pelo canoso, enmarañado y descuidado. Llevaba un harapo sucio que de ninguna manera podía llamarse túnica. Sus brazos y piernas escuálidos estaban llenos de arañazos. Además, los tenía cubiertos de llagas de un intenso rojo oscuro. Iba descalzo y tenía unas desagradables garras amarillas con aspecto peligroso en lugar de dedos de los pies. Agarrado bajo el brazo llevaba un objeto de madera astillada que podría haber sido una lira rota. A Eddie se le ocurrió que no podría existir nadie que estuviera más fuera de lugar en esa carretera, donde los únicos peatones que habían visto hasta el momento eran deportistas, que evidentemente venían «de lejos», con un aspecto en extremo conjuntado: con sus pantalones cortos de nylon para hacer footing, gorras de béisbol y camisetas (un corredor llevaba una camiseta que decía: **NO DISPAREN A LOS TURISTAS**).

El ser que caminaba con dificultad por el arcén de la Ruta 7 se volvió hacia ellos, y Eddie soltó un grito involuntario de terror. Se le entrecruzaron los ojos sobre el tabique nasal, lo que le dio aspecto de huevo frito con dos yemas en una sartén. Al extraño ser le colgaba un colmillo de una fosa nasal, como un moco seco. Aun así, lo peor de todo era el resplandor verdoso que emanaba del rostro de la criatura. Era como si le hubieran pintado la piel con una especie de mejunje fosforescente.

Los vio y de inmediato salió corriendo hacia el bosque, momento en que se le cayó la lira astillada.

—¡Jesús bendito! —gritó Eddie. Si eso era un visitante, esperaba no volver a ver otro.

—¡Para, Eddie! —gritó Roland, luego apoyó el pulpejo de una mano sobre la guantera al tiempo que el viejo Ford de Cullum iba deteniéndose cerca del lugar donde había desaparecido la cosa.

—Abre el portador trasero —dijo Roland mientras abría la puerta—. Dame el hacedor de viudas.

—Roland, tenemos un poco de prisa y todavía quedan casi cinco kilómetros hacia el norte para llegar a Turtleback Lane. De verdad creo que tendríamos que…

—¡Cierra ese pico insensato y dámelo! —rugió Roland, luego corrió hacia la linde del bosque. Inspiró hondamente y cuando gritó a la solitaria criatura, a Eddie se le erizó el vello de los brazos. Había escuchado hablar así a Roland en una o dos ocasiones, pero en el ínterin había sido fácil olvidar que la sangre de un rey corría por sus venas.

Dijo varias frases que Eddie no entendió, pero luego dijo una que sí entendió:

—¡Mostraos, vos Hijo de Roderick, vos malcriado, vos errado, e inclínate ante mí, Roland, hijo de Steven, del linaje del Eld!

Durante un instante no hubo nada. Eddie abrió el maletero del Ford y le entregó su arma a Roland. Roland la agarró sin dedicarle siquiera una mirada a Eddie, ni mucho menos una palabra de agradecimiento.

Puede que pasaran treinta segundos. Eddie abrió la boca para hablar. Antes de poder hacerlo, la polvorienta arboleda que flanqueaba el camino empezó a temblar. Pasados uno o dos minutos, el ser mal concebido reapareció. Se quedó mirando cabizbajo. En la parte delantera de su túnica había una enorme mancha húmeda. Eddie olió la hediondez de la orina de un ser enfermo, acre e intensa.

Con todo, el ser hincó una rodilla en el suelo y levantó una maltrecha mano hacia su frente, un maldito gesto de lealtad que a Eddie le dio ganas de llorar.

—Salve, Roland de Gilead, ¡Roland del Eld! ¿Me enseñaréis un sigul, querido señor?

En un pueblo llamado Cruce del Río, una anciana que se hacía llamar Tía Talitha le había entregado a Roland un crucifijo de plata con una delgada cadena del mismo metal. Él la había llevado colgada al cuello desde entonces. En ese momento se metió la mano en la camisa y se la mostró a la criatura arrodillada —un mutante lento que estaba muriendo por la enfermedad de la radiación, Eddie estaba bastante seguro— y el ser soltó un ronco grito de estupefacción.

—¿Tendréis paz al final de vuestra jornada, vos Hijo de Roderick? ¿Tendréis la paz del claro?

—Sea, mi querido señor —dijo la cosa, sollozando, y luego añadió algo más en un galimatías que Eddie fue incapaz de entender. El muchacho miró en ambas

direcciones de la Ruta 7, esperando ver algo de tráfico (al fin y al cabo estaban en plena temporada alta de verano), pero no vio nada en ninguna de las dos direcciones. Por el momento, al menos, la suerte seguía de su parte.

—¿Cuántos como vos sois por estos lares? —preguntó Roland, interrumpiendo al visitante. Cuando habló, cogió su revólver y levantó el viejo artilugio de la muerte hasta apoyárselo sobre la camisa.

El hijo de Roderick extendió la mano hacia el horizonte sin levantar la vista.

—*Dela*, pistolero —dijo—, porque aquí los mundos son ralos, digo *anro con fa; sey-sey desene fanno billet cobair can. Yo Chevin devar dan do*. Porque me siento tristeee por ellosss. *Can-toi, can-tah, can Discordia, aven la can mah can. May-mi? Iffin lah vainen, eth.*…

—¿Cuántos *dan devar*?

El ser se pensó la pregunta de Roland, luego separó los dedos (había diez, Eddie lo vio) cinco veces. Cincuenta. Aunque Eddie no sabía cincuenta de qué.

—¿Y Discordia? —preguntó Roland de forma repentina—. ¿Lo dices en serio?

—¡Oh!, sea, yo lo digo, Chevin de Chayven, hijo de Mail, trovador de las Llanuras del Sur que otrora fueron mi hogar.

—Di el nombre del pueblo que se encuentra cerca del Castillo Discordia y te dejaré ir.

—¡Ah, pistolero!, allí todos están muertos.

—Creo que no. Dilo.

—¡Fedic! —gritó Chevin de Chayven, un músico errante que jamás habría sospechado en toda su vida que acabaría en un lugar tan extraño y lejano; no en las llanuras de Mundo Medio, sino en las montañas del oeste de Maine. De repente alzó su horripilante y refulgente rostro hacia Roland. Abrió los brazos de par en par, como un ser crucificado. «Fedic, en el otro extremo de Tronido, ¡en el Camino del Haz! ¡En Shardik V, Maturin V, el Camino de la Torre Osc…!».

El revólver de Roland habló una sola vez. La bala le dio al ser arrodillado justo en el centro de la frente, completando la ruina de su ajado rostro. Mientras caía de espaldas, Eddie vio que su piel se tornaba en un humo verdoso tan efímero como el vuelo de un avispón. Durante un instante, Eddie vio los dientes flotantes de Chevin de Chayven como un fantasmagórico aro de coral, y a continuación desaparecieron.

Roland volvió a poner el revólver en la cartuchera, luego juntó los dos dedos que le quedaban en la mano derecha y los hizo descender por delante de la cara,

un gesto de los más sacramentales que hubiera visto Eddie.

—Te doy la paz —dijo Roland. Luego se desabrochó el cinto y empezó a meter el arma dentro una vez más.

—Roland, ¿eso era… un mutante lento?

—Sea, suponía que lo preguntarías, ¡pobre bicho! Pero los Roderick son de más allá de cualquier tierra que haya conocido, aunque antes de que el mundo se moviera honraron a Arthur Eld —Roland se volvió hacia Eddie, sus ojos azules ardían en su faz cansada—. Fedic está donde Mia ha ido a tener a su bebé, no me cabe ninguna duda. Donde se ha llevado a Susannah. Por el último castillo. Al final tendremos que desandar el camino hasta Tronido, pero Fedic está donde tenemos que ir primero. Es bueno saberlo.

—Ha dicho que se sentía triste por alguien, ¿por quién?

Roland se limitó a sacudir la cabeza y no respondió la pregunta de Eddie. Pasó, disparado, un camión de Coca-Cola y provocó un gran estruendo en el lejano oeste.

—Fedic del Discordia —murmuró el pistolero en lugar de responder—. Fedic de la Muerte Roja. Si podemos salvar a Susannah y a Jake, desandaremos el camino en dirección a los Callas. Pero nosotros regresaremos cuando nuestra misión esté completa. Y cuando regresemos al sudeste…

—¿Qué? —preguntó Eddie con disgusto—. Entonces ¿qué, Roland?

—Entonces no nos detendremos hasta llegar a la Torre. —Levantó las manos, las miró y le temblaban ligeramente. Luego alzó la vista hacia Eddie. Tenía la expresión cansada, pero sin temor—. Jamás he estado tan cerca. Escucho a todos mis amigos perdidos y a sus padres perdidos cuchicheándome. Cuchichean sobre el mismísimo aliento de la Torre.

Eddie se quedó mirando a Roland durante un minuto, fascinado y asustado, y tuvo que hacer un esfuerzo, casi físico, para dejar de sentirse así.

—Bueno —dijo, regresando hacia la puerta del conductor del Ford—, si cualquiera de esas voces te dice lo que tenemos que contarle a Cullum, lo mejor para convencerlo de lo que queremos, no dejes de decírmelo.

Eddie subió al coche y cerró la puerta antes de que Roland pudiera responder. Mentalmente siguió viendo a Roland apuntando con su enorme pistola. Lo vio apuntado a la figura arrodillada y apretando el gatillo. Ese era el hombre al que llamaba tanto dinh como amigo. Pero ¿podía decir con alguna seguridad que Roland no le haría lo mismo… o a Suze… o a Jake… si su corazón le indicaba que así estaría más cerca de su Torre? No podía asegurarlo.

Pese a ello, lo acompañaría. Habría seguido adelante aunque tuviera el presentimiento —oh, ¡Dios no lo quisiera!— de que Susannah estaba muerta. Porque tenía que hacerlo. Porque Roland se había convertido en algo mucho más importante para él que su dinh o su amigo.

—Es mi padre —murmuró Eddie entre dientes justo antes de que Roland abriera la puerta del acompañante y subiera al coche.

—¿Has dicho algo, Eddie? —preguntó Roland.

—Sí —respondió Eddie—. «Es más adelante», eso he dicho.

Roland asintió en silencio. Eddie volvió a poner la transmisión en la posición de conducir y dirigió el Ford hacia Turtleback Lane. Todavía en la distancia, aunque un poco más cerca que antes, volvió a retumbar un trueno.



CAPÍTULO IV
DAN-TETE

UNO

A medida que la hora del bebé se acercaba, Susannah Dean miraba a su alrededor, contando una vez más sus enemigos como le había enseñado Roland. «No debes desenfundar hasta que no sepas cuántos tienes en tu contra, o si estás convencida de que no podrás averiguarlo, o si has decidido que te ha llegado la hora de morir». Susannah deseó no tener que enfrentarse, además, a ese casco que llevaba puesto, que se entrometía en sus pensamientos. Sin embargo, fuera lo que fuese ese artilugio, no parecía alterarse con el esfuerzo que estaba haciendo Susannah por contar a los presentes para la llegada del chaval de Mia. Y eso estaba bien.

Allí estaba Sayre, el hombre al mando. El hampón con una de esas manchas rojas latiendo en el centro de la frente. Estaba Scowther, el médico entre las piernas de Mia, preparándose para oficiar el parto. Sayre le había dado una paliza al doctor cuando este había mostrado demasiada arrogancia, aunque seguramente no suficiente para interferir en su eficiencia. Había otros cinco hampones además de Sayre, pero Susannah solo distinguió dos nombres. El que tenía la parte inferior de los carrillos como un bulldog y la barriga caída era Haber. Junto a Haber había un ser con aspecto de pájaro, con la cabeza de plumaje marrón y los maliciosos ojos de un ave rapaz. El nombre de esa criatura era Jey, o puede que fuera Gee. Eso hacía un total de siete, todos armados con una especie de pistolas automáticas en agarraderas. La de Scowther asomaba por debajo de su bata blanca cada vez que se agachaba. Susannah ya se había adjudicado esa para ella.

Había otros tres seres pálidos, vigilantes y con aspecto de humanoide más allá de donde estaba Mia. Estos, envueltos en auras de color azul oscuro, eran vampiros, Susannah estaba bastante segura. Debían de ser los que Callahan llamaba Tipo Tres. (El padre se había referido en una ocasión a ellos como tiburones). Con esos hacían diez. Dos de los vampiros llevaban bahs, el tercero llevaba una especie de espada eléctrica que en ese momento estaba apagada y no era más que una mecha de luz parpadeante. Si conseguía hacerse con la pistola de Scowther («cuando la consigas, cariño», se corrigió. Había leído *El poder del pensamiento positivo* y creía todo lo que había escrito el reverendo Peale), iría primero a por el hombre con la espada eléctrica. Dios sabe cuánto daño podría infligir un arma así, aunque Susannah Dean no quería averiguarlo.

También había una enfermera con la cabeza de una enorme rata marrón. El latiente ojo rojo en el centro de su frente hizo pensar a Susannah que la mayoría de los demás hampones llevaban máscaras humanizadas, seguramente para no asustar a sus presas cuando iban por las aceras de Nueva York. Quizá no tuvieran aspecto de ratas sin la máscara, aunque Susannah estaba bastante segura de que ninguno de ellos se parecía a Robert Goulet. La enfermera con cabeza de rata era la única presente que no llevaba un arma visible para Susannah.

Eran once en total. Once en esa enorme y casi desierta enfermería que no estaba, se sentía bastante segura de ello, bajo el municipio de Manhattan. Y si los iba a poner en su lugar, tendría que ser mientras estuvieran ocupados con el bebé de Mia… su querido chaval.

—¡Ya llega, doctor! —gritó la enfermera con excitación nerviosa.

Ya llegaba. Susannah dejó de contar cuando el dolor más intenso seguía recorriéndola. Las recorría a ambas. Las quemaba. Gritaron a dúo. Scowther estaba ordenando a Mia que empujara, que ¡empujara ya!

Susannah cerró los ojos y también empujó, porque también era su bebé… o lo había sido. Cuando sintió que el dolor emanaba de ella como el agua absorbida en remolino por un sumidero oscuro, experimentó la pena más honda que hubiera sentido jamás. Porque era el bebé de Mia lo que se estaba vertiendo; las últimas frases de un mensaje viviente cuya transmisión era, en cierto modo, el porqué de la creación del cuerpo de Susannah. Se estaba acabando. Fuera lo que fuese que ocurriera a continuación, esa parte se estaba acabando, y Susannah Dean dejó escapar un grito con una mezcla de alivio y lamentación; un grito que era en sí mismo una canción.

Entonces, antes de que empezara el horror —algo tan terrible que lo

recordaría hasta el último detalle, como si estuviera bajo un destello de luz brillante, hasta el día de su entrada en el claro— sintió una manita caliente que la agarraba de la muñeca. Susannah volvió la cabeza, moviendo con ella el desagradable peso del casco. Podía oírse respirar con dificultad. Su mirada se encontró con la de Mia. Mia separó los labios y pronunció una sola palabra. Susannah no la escuchó por los gruñidos de Scowther (en ese momento estaba agachado, mirando con detenimiento entre las piernas de Mia y sosteniendo los fórceps a la altura de la frente). Aun así, sí la escuchó, y entendió que Mia estaba intentando cumplir su promesa.

«Te liberaré, si hay oportunidad», le había dicho su raptora, y la palabra que Susannah escuchó en ese momento, mentalmente, y que leyó en los labios de la parturienta fue *chassit*.

«Susannah, ¿me escuchas?».

«Te escucho muy bien», respondió Susannah.

«¿Y entiendes nuestro pacto?».

«Sea. Te ayudaré a salir de esta con tu chaval, si puedo. Y…».

«¡Mátanos, si puedes! —terminó diciendo la voz con furia. Jamás la había escuchado a un volumen tan alto. En parte había ocurrido por el cable que las unía, Susannah estaba segura de ello—. ¡Dilo, Susannah, hija de Dan!».

«Os mataré a los dos si tú…».

Dejó de hablar en ese momento. Sin embargo, Mia parecía conforme, y eso estaba bien, porque Susannah no podría haber seguido adelante si sus vidas hubieran dependido de ello. Su mirada se había topado con el techo de aquella vasta habitación, sobre los pasillos de camas que estaban en medio. Y allí vio a Eddie y a Roland. Se les veía borrosos, flotando y entrando y saliendo del techo, mirando hacia abajo, a ella, como peces fantasmales.

Un nuevo dolor, pero no fue tan intenso. Sentía cómo se le tensaban los muslos, le presionaban, aunque parecía algo alejado. Sin importancia. Lo que importaba era si estaba viendo en realidad lo que veía. ¿Podía ser que su agotamiento mental, su deseo de que la rescataran, hubiera generado esa alucinación para consolarla?

Prácticamente lo creía. Podría haberlo creído de no haber estado los dos hombres desnudos, rodeados por un extraño conjunto de basura flotante: un cartoncito de cerillas, un cacahuete, cenizas, un penique. Y una alfombrilla, ¡por Dios! Una alfombrilla de coche con la palabra *FORD* impresa.

—Doctor, veo la cabe…

Se oyó un chillido ahogado cuando el doctor Scowther, para nada un caballero, le dio un codazo en absoluto ceremonioso a la enfermera Ratita para apartarla y se agachó para situarse incluso más cerca de la coyuntura de los muslos de Mia. Como si pretendiera sacarle el chaval con los dientes. El ser con aspecto de halcón, Jey o Gee, estaba hablando con el que se llamaba Haber en algún dialecto, con tono emocionado y zumbante.

«Están ahí de verdad —pensó Susannah—. La alfombrilla lo demuestra». No estaba segura de por qué lo probaba la alfombrilla, solo sabía que así era. Y pronunció la palabra que Mia le había dicho: *chassit*. Era una contraseña. Abriría al menos una puerta y puede que muchas. A Susannah no se le pasó por la cabeza plantearse si Mia le había dicho o no la verdad. Estaban unidas, no solo por el cable y los cascos, sino por el acto más primitivo (y mucho más intenso) del alumbramiento. No, Mia no había mentido.

—¡Empuja, por el amor de Dios, mala puta vaga! —Scowther estuvo a punto de aullar, y Roland y Eddie desaparecieron a través del techo para siempre, como si los hubieran barrido de un soplo. Por lo que sabía Susannah, habían desaparecido.

Se puso de lado, sintió cómo se le pegaba el pelo a la cabeza en mechones, consciente de que su cuerpo estaba transpirando a chorros. Se acercó un poco más a Mia; un poco más cerca de Scowther; un poco más cerca de la rayada y oscura culata del arma automática de Scowther.

—Estate quieta, hermanita, escúchame, te lo ruego —dijo uno de los hampones, y le tocó el brazo a Susannah. La mano era fría y fofa, cubierta de toscos anillos. La caricia le puso la piel de gallina—. Esto se habrá acabado en un minuto y luego todos los mundos cambiarán. Cuando este se una a los disgregadores de Tronido…

—¡Cierra el pico, Straw! —soltó de pronto Haber, y empujó hacia atrás a quien podría haber prestado consuelo a Susannah. Luego se volvió con ansia hacia la parturienta.

Mia arqueó el cuerpo hacia atrás, gimiendo. La enfermera con cabeza de rata puso las manos sobre las caderas de Mia y las volvió a bajar con delicadeza hacia la cama.

—Nena mala, nena mala, empuja con esa barriguita.

—¡Que te den por culo, puta! —gritó Mia, y mientras tanto, Susannah sintió una ligera punzada de dolor, eso fue todo. La conexión entre ellas estaba

desapareciendo.

Cobrando fuerzas para concentrarse por su cuenta, Susannah gritó al pozo de su propia mente. «¡Oye! ¡Oye! Mujer de Positronics, ¿sigues ahí?».

—El vínculo… está apagado —dijo la agradable voz femenina. Como en ocasiones anteriores, habló en la cabeza de Susannah, pero a diferencia de otras veces, parecía un hilo de voz, no más amenazante que las hondas radiofónicas que se oyen mal debido a alguna interferencia atmosférica—. Repito, el vínculo… está apagado. Esperamos que piense en North Central Positronics para todas sus necesidades de fortalecimiento mental. ¡Y en Sombra Corporation! Líder en comunicación de mente a mente ¡desde los diez mil!

Se escuchó un castañeteo con un «BIII-BIIIP» en las profundidades de la mente de Susannah, y luego el vínculo desapareció. No se trataba únicamente de la ausencia de esa voz femenina en extremo agradable; era todo. Sintió como si la hubieran dejado salir de una trampa dolorosa que le comprimía el cuerpo.

Mia volvió a gritar, y Susannah soltó un chillido. En parte lo había hecho porque no quería que Sayre y sus colegas supieran que el vínculo entre ellas se había roto; en parte fue verdadera pena. Había perdido a una mujer que se había convertido, en cierta forma, en su hermana.

«¡Susannah! Suze, ¿estás ahí?».

Empezó a apoyarse sobre los codos al escuchar esa nueva voz, durante un instante olvidó a la mujer que estaba a su lado. Ese había sido…

«¿Jake? Eres tú, cielo, ¿verdad? ¿Me escuchas?».

«¡SÍ! —gritó Jake—. ¡Al fin! Dios, no parabas de gritar y por eso no podía localizart…».

La voz se cortó, pero no antes de que ella pudiera escuchar la fantasmal matraca de un tiroteo distante. ¿Jake estaba disparando a alguien? Susannah creía que no. Creía que alguien le estaba disparando a él.

DOS

—¡Ahora! —gritó Scowther—. ¡Ahora, Mia, empuja! ¡Por tu vida! ¡Con todas tus fuerzas! ¡EMPUJA!

Susannah intentó acercarse más a la otra mujer —«Oh, estoy preocupada y quiero consuelo, mira lo preocupada que estoy, preocupada y quiero consuelo,

eso es lo que quiero»—, pero el que se llamaba Straw volvió a ponerla en su sitio. El cable de acero segmentado se balanceó y se extendió entre ellas.

—Mantén las distancias, puta —dijo Straw, y por primera vez Susannah pensó en que iba a conseguir hacerse con la pistola de Scowther. O con cualquier pistola.

Mia volvió a chillar, le gritaba a un extraño dios en una extraña lengua. Cuando intentó levantar la cintura de la camilla, la enfermera —Alia, Susannah creía que el nombre de la enfermera era Alia— volvió a obligarla a bajar, y Scowther soltó un breve y cortante grito como de satisfacción. Apartó los fórceps que había sostenido hasta ese momento.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Sayre. Las sábanas que Mia tenía bajo las piernas separadas estaban en ese momento empapadas en sangre, y el jefe parecía aturullado.

—¡No los necesitamos! —respondió Scowther con toda tranquilidad—. Ha nacido para tener niños, podría tener doce del tirón y no perder ni uno. Aquí llega, ¡más fantástico imposible!

Scowther hizo el gesto de coger la palangana más bien grande que estaba sobre la otra cama, pero decidió que no tenía bastante tiempo, y deslizó sus manos rosadas y desprovistas de guantes entre los muslos de Mia. Esta vez, cuando Susannah se esforzó por acercarse a Mia, Straw no la detuvo. Todos ellos, los hampones y vampiros por igual, estaban contemplando la última fase del nacimiento con total fascinación, la mayoría de ellos, agrupados a los pies de las dos camas que habían juntado para hacer una. Straw seguía cerca de Susannah. El vampiro con la espada de fuego acababa de ser degradado; Susannah decidió que Straw sería el primero.

—¡Una vez más! —gritó Scowther—. ¡Por tu bebé!

Al igual que los hampones y los vampiros, Mia había olvidado a Susannah. Sus ojos heridos y llenos de dolor estaban clavados en Sayre.

—¿Puedo tenerlo, señor? Por favor, diga que sí puedo, aunque solo sea durante un tiempo.

Sayre la cogió de la mano. La máscara que cubría su verdadero rostro sonrió.

—Sí, querida mía —respondió—. El chaval será tuyo durante años y años. Tú empuja ahora por última vez.

«¡Mia, no creas sus mentiras!», gritó Susannah, pero el grito no llegó a ninguna parte. Era posible que eso fuera lo mejor. Lo mejor era que, de momento, la olvidase por completo.

Susannah orientó sus pensamientos en una nueva dirección. «¡Jake! ¡Jake!, ¿dónde estás?».

No hubo respuesta. Eso no era buena señal. Por favor, Dios, haz que siga vivo.

«A lo mejor es que está ocupado. Escapando… escondiéndose… luchando. El silencio no significa necesariamente que esté…».

Mia soltó una sarta de obscenidades al tiempo que empujaba. Los labios de su vagina ya distendida se separaron aún más. Manó un nuevo borbotón de sangre y ensanchó la mancha en forma de delta de la sábana que tenía debajo. Y, entonces, a través del mar carmesí, Susannah vio una coronilla en blanco y negro. Lo blanco era piel. Lo negro era pelo.

La mancha en blanco y negro empezó a retirarse hacia el carmesí y a Susannah se le ocurrió que el bebé estaba regresando a su interior, porque no estaba del todo listo para llegar a este mundo, pero Mia ya estaba harta de esperar. Empujó con toda su considerable fuerza, con las manos levantadas sobre los ojos hechas un puño apretado y tembloroso, con los ojos entrecerrados y enseñando los dientes. Le latía una vena de forma alarmante en el centro de la frente; otra sobresalía de su cuello.

—¡AAAAHHH! —gritó—. ¡COMMALA, PRECIOSO BASTARDO! ¡COMMALA, VEN, VEN!

—Dan-tete —murmuró Jey, el ser con aspecto de halcón, y los demás lo captaron como una especie de susurro reverencial: «Dan-tete… dan-tete… commala dan-tete». La llegada del dios niño.

En esta ocasión la cabeza del bebé no solo dio un cabezazo, sino que avanzó con rapidez. Susannah vio unas manos apoyadas sobre el pecho salpicado de sangre, unos puñitos que temblaban llenos de vida. Vio unos ojos azules, abiertos de par en par y deslumbrantes por su vivacidad y su semejanza con los de Roland. Vio unas pestañas negras como el hollín. Pequeñas perlitas de sangre las ornamentaban, las mejores galas de un salvaje recién nacido. Susannah vio —y jamás lo olvidaría— que el labio inferior del bebé quedaba atrapado durante un instante por el labio interno de la vulva de su madre. La boca del bebé quedó abierta por un momento y dejó al descubierto una perfecta hilera de dientes en la mandíbula inferior. Eran dientes —no colmillos, sino dientes perfectos—; aun así, verlos en la boca de un recién nacido dio escalofríos a Susannah. Lo mismo le ocurrió con la visión del pene del chaval, que era desproporcionadamente

grande y estaba del todo erecto. Susannah calculó que era más largo que su dedo meñique.

Aullando de dolor y triunfo, Mia se levantó apoyándose en los codos con los ojos saliéndosele de las órbitas y lágrimas que manaban a borbotones. Se estiró y tomó la mano de Sayre con puño de hierro mientras Scowther agarraba con destreza al bebé. Sayre soltó un gañido y trató de zafarse, aunque también podría haber intentado… bueno, zafarse de un ayudante del sheriff de Oxford, Mississippi. El canturreo se había acallado y se produjo un momento de silencio chocante. En él, el agudizado oído de Susannah captó con toda claridad el sonido de los huesos que crujían en la muñeca de Sayre.

—¡¿ESTÁ VIVO?! —le chilló Mia a la cara sorprendida de Sayre. Le salían escupitajos de los labios—. ¡PUÑETERO HIJO DE PUTA, DIME SI MI CHAVAL ESTÁ VIVO!

Scowther levantó al chaval hasta que ambos quedaron cara a cara. Los ojos color avellana del médico se encontraron con los azules del bebé. Y mientras el chaval permanecía agarrado por Scowther con el pene apuntando de modo desafiante hacia arriba, Susannah distinguió con claridad la marca carmesí en el talón izquierdo del bebé. Era como si alguien hubiera sumergido ese pie en sangre antes de que la criatura abandonase el útero de Mia.

En lugar de dar un cachete en las nalgas al pequeño, Scowther inspiró hondo y echó el aliento al chaval justo en los ojos. El chaval de Mia parpadeó con una sorpresa cómica (y sin duda humana). Él mismo inspiró hondo, aguantó la respiración durante un rato y luego volvió a soltarla. Podría ser el rey de reyes, o el destructor de los mundos, pero se había embarcado en la vida como tantos otros antes que él, berreando con indignación. Mia rompió a llorar de alegría al escuchar el llanto. Las criaturas diabólicas reunidas en torno a la madre primeriza eran sirvientes del Rey Carmesí, pero eso no los hacía inmunes a lo que acababan de presenciar. Empezaron a aplaudir y a reír. Susannah no se sintió ni lo más mínimo disgustada por unirse a ellos. El bebé miró a su alrededor por el ruido, con expresión de claro asombro.

Mientras lloraba, con las mejillas empapadas de lágrimas y un transparente moco colgándole de la nariz, Mia alzó los brazos.

—¡Dádmelo! —gimoteó; también gimoteó Mia, hija de nadie y madre de uno—. Dejad que lo coja en brazos, os lo ruego, ¡dejadme que agarre a mi hijo! ¡Dejadme tomar a mi chaval en brazos! ¡Dejadme a mi tesoro!

El bebé volvió la cabeza al escuchar la voz de su madre. Susannah habría

dicho que algo así era imposible, pero, claro está, también habría dicho que era imposible que un niño naciera tan despierto, con la boca llena de dientes y el pene erecto. Aun así, en todos los demás aspectos, el bebé le parecía totalmente normal: regordete y bien formado, humano y, por ello, encantador. Estaba la marca roja del talón, sí, pero ¿cuántos niños, normales en todo lo demás, nacían con alguna marca de nacimiento? ¿Acaso su propio padre no había nacido con las manos rojas, según la leyenda familiar? Esa marca ni se vería, a menos que el niño fuera a la playa.

Mientras sostenía todavía al recién nacido a la altura de su cara, Scowther miró a Sayre. Se produjo una pausa momentánea durante la que Susannah podía haberse hecho con facilidad con la pistola automática de Scowther. Ni siquiera pensó en hacerlo. Había olvidado el grito telepático de Jake; también había olvidado la extraña visita de Roland y de su marido. Estaba tan embelesada como Jey, Straw, Haber y todos los demás, embelesada en ese momento de la llegada de un niño a un mundo agotado.

Sayre asintió en silencio, de forma casi imperceptible, y Scowther bajó al niño Mordred, que todavía manoteaba (y que todavía seguía mirando hacia un lado, buscando a su madre), hasta los brazos expectantes de Mia.

Mia le dio la vuelta enseguida para poder mirarlo, y a Susannah se le heló el corazón de desesperación y terror. Porque Mia se había vuelto loca. Se veía en el brillo de sus ojos; se veía en la forma en que conseguía roncar y sonreír al tiempo que la baba, sonrosada y espesa por la sangre de la lengua mordida, le corría por la barbilla; pero en lo que más se apreciaba era en su risa triunfante. Tal vez volviera a recuperar el juicio en unos días, pero…

«La muy zorra no va a volver nunca más —dijo Detta, con algo de lástima —. Haber llegao hasta aquí y luego esta puta mierda ha acabao con ella. ¡T’á acabá y tú lo sabes como yo!».

—Oh, ¡es tan precioso! —cantó con voz suave Mia—. ¡Oh, mirad esos ojitos azules, esa piel tan blanca como el cielo antes de la caída de las primeras nieves en la Tierra Ancha! ¡Oh, mirad esos pezones, qué bayas tan perfectas son, mirad ese capullo y esas pelotas tan suaves como melocotones frescos! —Miró a su alrededor, primero a Susannah (paseó la mirada por el rostro de Susannah sin reconocerla en absoluto) y luego a los demás—. ¡Mirad a mi chaval, desgraciados, bastardos, mi preciosidad, mi bebé, mi niño! —les gritó Mia, les exigió, riendo con sus ojos de loca y chillando con la boca torcida—. ¡Mirad por

lo que he renunciado a la eternidad! ¡Mirad a mi Mordred, miradle muy bien, porque no volveréis a ver a otro como él!

Resollando con dificultad, cubrió el rostro sanguinolento y sorprendido del bebé de besos, y se embadurnó la boca hasta parecer una borracha que hubiera intentado pintarse los labios con carmín. Se reía y besaba la papada regordeta de su niño, los pezones, el ombligo, la empinada punta del pene y —levantándolo cada vez más alto con sus brazos temblorosos, mientras el niño a quien llamaba Mordred le dedicaba esa cómica mirada de asombro— le besó las rodillas y luego los piececitos. Susannah escuchó la primera succión en ese cuarto: no era de la boca del bebé en el pecho de su madre, sino la boca de Mia en cada uno de los deditos perfectos de sus pies.

TRES

«Tu niño es la maldición de mi dinh —pensó Susannah con frialdad—. Si no hago nada más, podría agarrar la pistola de Scowther y disparar. Eso me llevaría un par de segundos».

Teniendo en cuenta su velocidad —su asombrosa velocidad de pistolera— seguramente lo conseguiría. Pero vio que era incapaz de moverse. Había imaginado muchos finales para este acto de la obra, pero no la locura de Mia, eso nunca, y la había pillado del todo desprevenida. Se le pasó por la cabeza que, de hecho, tenía suerte de que el vínculo de Positronics se hubiera cortado cuando había ocurrido. De no haberse cortado podría estar tan loca como Mia.

«Y ese vínculo podría volver, hermana… ¿no crees que sería mejor que te movieras mientras todavía puedes?».

La cuestión era que no podía. Estaba paralizada por el asombro, subyugada.

—¡Basta ya! —le soltó Sayre con brusquedad—. ¡Tu misión no es pegarle sorbetones! ¡Si quieres quedártelo, date prisa! ¡Dale de mamar! ¿O tengo que llamar a una nodriza? ¡Hay muchas que darían los ojos por tener esta oportunidad!

—¡Jamás… en toda… tu… VIDA! —gritó Mia, riendo, pero bajó el niño hasta su pecho y con gesto impaciente se apartó el canesú de la sencilla túnica blanca que llevaba para descubrirse el pecho derecho. Susannah entendió por qué los hombres querían poseerla; incluso en ese momento, ese seno era un globo perfecto con gotas de coral que parecía más apto para la mano y la lujuria

de un hombre que para el alimento de un bebé. Mia bajó al chaval hasta el seno. Por un instante el niño hozó de forma tan cómica como la mirada que le dedicaba a su madre, con el rostro golpeando el pezón y luego rebotando hacia atrás. Sin embargo, cuando volvió a agachar la cabeza, la rosa de su boca se cerró en el brote erecto del pecho y empezó a mamar.

Mia pasó la mano por los rizos enmarañados y empapados de sangre del chaval mientras seguía riendo. A Susannah esa risa le sonaba a gritos.

Se oyó un traqueteo en el suelo cuando se aproximó un robot. Se parecía un poco a Andy el Robot Mensajero; tenía la misma altura de dos o dos metros y medio, los mismos ojos de color azul eléctrico y el mismo cuerpo resplandeciente de múltiples articulaciones. En los brazos llevaba una enorme caja de cristal llena de una luz verde.

—¿Para qué es esa puta cosa? —dijo con brusquedad Sayre. Parecía a un tiempo cabreado e incrédulo.

—Es una incubadora —informó Scowther—. He creído que sería mejor prevenir que curar.

Cuando se volvió para mirar, la pistola que llevaba al hombro quedó en dirección a Susannah. Era una oportunidad incluso mejor que la anterior, la mejor que tendría jamás, pero antes de poder aprovecharla, el chaval de Mia se transformó.

CUATRO

Susannah vio una luz roja recorrer la sedosa piel del niño, desde la coronilla hasta el talón manchado del pie derecho. No era un rubor, sino un destello, que iluminaba al niño desde fuera: Susannah lo habría jurado. Entonces, mientras yacía sobre el vientre deshinchado de Mia con los labios cerrados en torno a su pezón, el destello rojo fue seguido por una oscuridad que creció y se propagó, convirtiendo al niño en un gnomo opaco, un negativo del bebé sonrosado que había salido del útero de Mia. Al mismo tiempo, su cuerpo empezó a resecarse y a arrugarse, las piernas se le encogieron y se le fundieron con el vientre, la cabeza se le hundió —y absorbió con ella el pecho de Mia— en el cuello, que salió disparado como el pescuezo de un sapo. Sus ojos rojos se volvieron de color alquitrán, y luego volvieron a ser azules.

Susannah intentó gritar, pero no pudo.

A esa cosa empezaron a salirle tumores por los costados y después una explosión de patas protuberantes. La marca roja del talón seguía siendo visible, pero se había convertido en un coágulo como la mancha carmesí del vientre de una viuda negra. Pues eso era ese ser: una araña. Aun así, el bebé no había desaparecido del todo. Del lomo de la araña salió una excrecencia. En ella, Susannah logró distinguir una diminuta cara deformada y unos destellos azules que eran ojos.

—¿Qué…? —preguntó Mia y se apoyó sobre los codos una vez más. Había empezado a manar la sangre de su pecho.

El bebé la bebió como si fuera leche, sin desperdiciar ni una gota. Junto a Mia, Sayre permanecía de pie, quieto como una estatua, con la boca abierta y los ojos saliéndosele de las órbitas. Esperara lo que esperase de ese nacimiento —fuera lo que fuese que le hubieran dicho que debía esperar— no era aquello. La parte de Detta que había en Susannah encontró un infantil y malicioso placer en la expresión desconcertada del hombre: parecía el humorista Jack Benny sacando de donde podía una risa.

Solo durante un instante, Mia se dio cuenta de lo que había ocurrido, porque su rostro empezó a alargarse a causa de un terror indiscutible; y, quizá, de dolor. Luego regresó la sonrisa, angelical como la de una virgen. Extendió la mano y acarició al monstruo aún cambiante que estaba sobre su pecho, la araña negra con la diminuta cabeza humana y la marca roja en el hirsuto vientre.

—¡¿A que es hermoso?! —gritó—. ¡¿A que mi hijo es hermoso, tan claro como el sol de estío?!

Esas fueron sus últimas palabras.

CINCO

Su rostro no se paralizó, no exactamente, sino que se relajó. Las mejillas, la frente y la garganta, oscurecidos de repente por los esfuerzos del parto de unos minutos antes, se apagaron hasta adquirir la cerúlea pátina de los pétalos de orquídea. Sus brillantes ojos se quedaron sin movimiento y se clavaron en las órbitas. De pronto fue como si Susannah estuviera mirando no a una mujer tendida en una cama, sino el dibujo de una mujer. Un dibujo de gran maestría, aunque no dejaba de ser algo creado sobre papel con trazos de carboncillo y unos cuantos colores pastel.

Susannah recordó el momento en que había regresado al hotel Hyatt Plaza-Park después de su visita al adarve del Castillo Discordia, y que había llegado a Fedic después de su última garla con Mia, al cobijo del merlón. Recordó que el cielo y el castillo y hasta la piedra del merlón se habían abierto. Y luego, como si lo hubiera provocado ella con la mente, el rostro de Mia se había desgarrado desde la cabellera hasta la barbilla. Sus ojos quietos y apagados cayeron torcidos por ambos lados. Sus labios se partieron con una enloquecida sonrisa, partida en dos mitades exactamente iguales. Y no fue sangre lo que manó de aquella grieta que se iba ensanchando en su rostro, sino un polvo blanco con olor a añejo. Susannah recordó un verso de T. S. Eliot

(«hombres huecos, rellenas de paja las cabezas»)

y otro de Lewis Carroll

(«no eres más que una baraja de cartas»)

antes de que el dan-tete de Mia levantara su indescriptible cabeza tras su primer ágape. Su boca cubierta de sangre se abrió y se levantó solo, buscando un lugar donde apoyarse con las piernas traseras y agarrarse al vientre deshinchado de su madre, con las piernas delanteras casi boxeando con Susannah.

Chilló de forma triunfal, y, si en ese momento hubiera decidido atacar a la otra mujer que le había dado la vida, Susannah Dean habría muerto, sin duda, junto a Mia. Sin embargo, el monstruo regresó al deshinchado saco del pecho del que había tomado su primera mamada y lo desgarró. El ruido que produjo el mordisco fue de algo húmedo que se soltaba. Al minuto siguiente empezó a excavar en el agujero que había hecho, mientras el rostro humano de color blanco desaparecía, al tiempo que Mia quedaba cubierta por el polvo que salía bullendo de su cabeza deshinchada. Se oyó un ruido de succión violento y casi maquinal y Susannah pensó: «Le está absorbiendo toda la humedad, toda la humedad que ha quedado. ¡Mira eso! ¡Mira cómo se hincha! ¡Como una pulga en el cogote de un caballo!».

Entonces, alguien con una ridícula voz de acento británico —era la entonación pija del eterno dandi— dijo:

—Discúlpenme, caballeros, ¿necesitarán la incubadora? Porque la situación parece haber mutado ligeramente, si se me permite mencionarlo.

Eso interrumpió la parálisis de Susannah. Se dio un impulso hacia arriba con una mano y agarró la pistola automática de Scowther con la otra. Tiró de ella, pero la pistola estaba atada por la culata y no se soltó. Rebuscó con el dedo

índice, encontró el seguro del arma y lo soltó. Volvió la pistola, con cartuchera y todo, hacia las costillas de Scowther.

—Pero ¡¿qué coño…?! —empezó a decir, y Susannah apretó el gatillo con el dedo corazón al mismo tiempo que tiraba hacia atrás de la sobaquera con todas sus fuerzas. Las tiras que sujetaban el arnés atado al cuerpo de Scowther aguantaron, pero la más delgada que sujetaba la pistola automática se rajó y, cuando Scowther se desplomó tambaleándose hacia ambos lados, intentando mirar hacia abajo en dirección al agujero negro humeante en su batín blanco, Susannah se apoderó de la pistola. Disparó a Straw y al vampiro que estaba junto a él, el que tenía la espada eléctrica. Durante un instante el vampiro estaba allí, mirando todavía a la divinidad arácnida tan parecida, en un principio, a un bebé, y entonces su aura desapareció soltando cierto tufillo. La carne de la cosa se desintegró con ella. Durante un instante no quedó nada más que una camisa vacía metida en un par vacío de tejanos. A continuación, la ropa cayó al suelo.

—¡Matadla! —gritó Sayre, alcanzando su pistola—. ¡Matad a esa zorra!

Susannah se alejó rodando de la araña agazapada sobre el cuerpo de su madre, que se desinflaba por momentos, rebuscando en el casco que llevaba incluso en el momento en que ella cayó por un lado de la cama. Susannah vivió un instante de dolor lacerante en el que pensó que no iba a poder quitarse el casco y entonces se golpeó contra el suelo y se liberó de él. Quedó colgando por un costado de la cama, agarrado a su pelo. El ser con aspecto de araña, que perdió la sujeción durante un minuto cuando el cuerpo de su madre cayó, chilló de rabia.

Susannah rodó hasta colocarse bajo la cama mientras una serie de disparos pasaban por encima de su cabeza. Escuchó un fuerte «boing» cuando una de las balas rebotó contra un resorte. Vio los pies de la enfermera con cabeza de rata y tobillos peludos y le metió una bala en una rodilla. La enfermera soltó un grito, se volvió, y empezó a alejarse, cojeando y berreando.

Sayre se inclinó hacia delante y apuntó con la pistola a la cama doble de fabricación casera justo por detrás del cuerpo desinflado de Mia. Ya había tres agujeros humeantes y ardientes en la sábana bajera. Antes de que pudiera añadir un cuarto, una de las patas de la araña le acarició la mejilla, desgarró la máscara que llevaba y dejó a la vista el cachete peludo que había debajo. Sayre retrocedió, gritando. La araña se volvió hacia él y lloriqueó. La cosa blanca erguida en su lomo —que asintió con rostro humano— miró, como para advertir a Sayre que se alejara de su comida. Entonces se volvió hacia la mujer, a quien

en realidad ya no se podía reconocer como mujer; era como los restos de una momia increíblemente antigua, hecha jirones y desintegrada hasta convertirse en polvo.

—¡Por todos los santos que esto es algo confuso! —comentó el robot con la incubadora—. ¿Puedo retirarme? Tal vez podría regresar cuando la situación se haya aclarado.

Susannah cambió de dirección, salió rodando de debajo de la cama. Vio que los dos hampones habían salido corriendo. Jey, el hombre halcón, no parecía capaz de decidirse. ¿Se quedaba o se iba? Susannah lo decidió por él, le metió una sola bala en la cabeza marrón, lacia y brillante. La sangre y las plumas salieron revoloteando.

Susannah se levantó lo mejor que pudo, sujetándose del lateral de la cama para mantener el equilibrio, al tiempo que sostenía la pistola de Scowther levantada delante de sí. Había alcanzado a cuatro. La enfermera con cabeza de rata y otro habían escapado. Sayre había tirado su pistola y estaba intentando ocultarse tras el robot con la incubadora.

Susannah disparó a los dos vampiros que quedaban y al hampón con la cara de bulldog. Ese —Haber— no había olvidado a Susannah; se había mantenido firme y estaba esperando para tener un blanco despejado. Ella lo consiguió antes y observó, con profunda satisfacción, cómo caía de espaldas. Pensó que Haber había sido el más peligroso de todos.

—Señora, me preguntaba si usted podría decirme… —empezó a decir el robot, y Susannah le descerrajó dos tiros rápidos en su cara de acero y apagó los ojos eléctricos de color azul. Este truco lo había aprendido de Eddie. De inmediato se disparó una estruendosa sirena. Susannah tuvo la sensación de que si la escuchaba mucho rato se quedaría sorda.

—¡HE SIDO CEGADO POR UN TIRO! —gritó el robot, todavía con ese absurdo acento de «señora, ¿desearía usted otra taza de té?»—. ¡VISIÓN CERO, NECESITO AYUDA, CÓDIGO 7, SOCORRO!

Sayre se alejó de él con las manos levantadas. Susannah no podía oír lo que decía por el ruido de la sirena y los gimoteos del robot, pero pudo leer las palabras pronunciadas por los labios de ese bastardo: «Me rindo, ¿aceptas dejarme en libertad?».

Susannah sonrió con esa divertida idea, sin ser consciente de que sonreía. Fue una sonrisa sin humor y sin piedad, y solo significaba una cosa: que deseaba que Sayre le lamiera los muñones al igual que él había obligado a Mia a lamerle

las botas. Pero no había tiempo suficiente. Sayre descubrió su condena en la sonrisa de Susannah y se volvió para escapar, pero ella le disparó dos veces en la nuca: una por Mia, otra por el padre Callahan. El cráneo de Sayre se despedazó con una explosión de sangre y sesos. Se cogió a la pared, tocó a tientas una estantería cargada con equipamiento y suministros y luego cayó muerto.

En ese momento, Susannah se puso como objetivo la divinidad arácnida. La diminuta cabeza blanca y humana que tenía en el lomo negro y pinchudo se volvió para mirarla. Los ojos azules, de un parecido tan asombroso con los de Roland, resplandecían.

«No, ¡no puedes hacerlo! ¡No debes hacerlo! ¡Porque soy el único hijo del Rey!».

«¿Que no puedo? —respondió ella mientras sostenía el arma automática—. ¡Vaya, cielito, estás tan… EQUIVOCADO!».

Aunque antes de poder apretar el gatillo, se oyó un tiro tras ella. Una bala le pasó como el rayo por el costado del cuello. Susannah reaccionó al instante, se volvió y se tiró hacia un lado, al pasillo. Uno de los hampones que había escapado se había cambiado el corazón y había vuelto. Susannah le metió dos balas en el pecho y consiguió que se arrepintiera mortalmente.

Se volvió, con sed de más —sí, esto era lo que ella quería, para lo que había nacido, y siempre había venerado a Roland por enseñarle—, pero los demás estaban o bien muertos o bien habían huido. La araña descendió corriendo por un costado de su lecho de nacimiento con sus numerosas patas, y dejó atrás el cadáver de papel maché de su madre. Volvió su cabeza blanca e infantil hacia Susannah durante un breve instante.

«Más te valdría dejarme pasar, negrita, o…».

Susannah le disparó, pero tropezó con la mano estirada del hombre halcón al hacerlo. La bala que podría haber matado al abominable ser describió una trayectoria algo desviada y, en lugar de dar en el blanco, le amputó una de sus patas peludas. Un fluido rojo amarillento, más parecido al pus que a la sangre, manó del lugar donde la pierna había estado unida al cuerpo. El ser gritó de dolor y sorpresa. La parte audible de ese grito fue difícil de escuchar por el interminable gimoteo cíclico de la sirena del robot, pero Susannah lo escuchó y lo escuchó alto y claro.

«¡Me las pagarás por esto! ¡Nos las pagarás a mi padre y a mí! ¡Te haremos suplicar a gritos la muerte!».

«No tendrás la oportunidad, cielo», respondió Susannah, intentando

transmitir toda la confianza de la que era capaz, pues no quería que el ser se enterase de lo que ella estaba pensando: que el arma automática de Scowther podía haberse quedado sin munición. Apuntó con una deliberación innecesaria, y la araña se escabulló a toda prisa de ella, primero salió disparada hasta ocultarse tras el robot de la sirena interminable y luego desapareció a través de la oscura puerta.

Vale. No era una solución genial, ni siquiera la mejor, pero Susannah seguía viva y eso sí que era genial.

¿Y el hecho de que toda la tropa de sai Sayre estuviera muerta o hubiera huido? Eso tampoco estaba mal.

Susannah tiró a un lado la pistola de Scowther y escogió otra, se trataba de una Walther PPK. La cogió del agarradero que Straw llevaba, luego rebuscó en uno de los bolsillos del muerto, donde encontró una docena de cargadores de reserva. Pensó por un momento en añadir la espada eléctrica del vampiro a su armamento, pero decidió dejarla donde estaba. Mejor utilizar armas conocidas.

Intentó ponerse en contacto con Jake, pero no se escuchaba pensar a sí misma, y se volvió hacia el robot.

—Oye, ¡chavalote! Apaga esa puta sirena, ¿cómo lo ves?

No tenía ni idea de si eso funcionaría, pero sí funcionó. El silencio fue inmediato y maravilloso, con la sensual textura de la seda de muaré. El silencio podría serle útil. Si se producía un contraataque, lo escucharía llegar. ¿Y cuál era la asquerosa verdad? Deseaba que se produjera un contraataque, quería que vinieran, y no le importaba si eso tenía o no sentido. Tenía una pistola y la sangre hirviendo. Eso era lo único que importaba.

(«¡Jake! ¡Jake! ¿Me escuchas, mi niño? ¡Si me escuchas, contéstale a tu hermana mayor!»)

Nada. Ni siquiera el rumor de un tiroteo lejano. Estaba fuera de…

Entonces, se escuchó una única palabra, ¿era una palabra?

(«wimeweh»)

Lo que era más importante, ¿era «Jake»?

No lo sabía con certeza, pero pensó que sí. Y, en cierta forma, la palabra le sonaba.

Susannah se concentró cuanto pudo, con la intención de llamar con más fuerza esta vez. Entonces se le ocurrió una extraña idea, una idea demasiado intensa para llamarla intuición. Jake estaba intentando permanecer callado. Se estaba… ¿escondiendo? ¿A lo mejor se estaba preparando para lanzar una

emboscada? La idea parecía una locura, pero puede que la sangre de Jake también estuviera hirviendo. Susannah no lo sabía, pero creía que Jake le había transmitido esa única y extraña palabra

(«wimeweh»)

de forma intencionada, o se le había escapado. Sea como fuere, sería mejor dejar que él llevara la voz cantante durante un rato.

—Por cierto, ¡me han cegado con un tiro! —insistió el robot. Su voz seguía sonando a un volumen alto, aunque había descendido hasta un nivel que al menos se aproximaba a lo normal—. No veo nada, diantre, y tengo esta incubadora…

—Suéltala —sugirió Susannah.

—Pero…

—Suéltala, Ambrosio.

—Disculpe, señora, pero me llamo Nigel el Mayordomo y en realidad no puedo…

Susannah había ido acercándose a rastras durante ese breve intercambio —una no olvida los antiguos medios de locomoción, aunque haya tenido unas breves vacaciones con piernas, eso era lo que había descubierto— y leyó tanto el nombre como el número de serie impresos en la cintura de acero cromo del robot.

—¡Nigel DNK 45932, tira esa puta caja de cristal, digo gracias!

El robot (tenía la palabra **DOMÉSTICO** estampada justo debajo del número de serie) tiró la incubadora y luego gimoteó cuando se hizo añicos a sus metálicos pies.

Susannah se abrió paso hasta Nigel, y tuvo que superar un segundo de miedo cuando se levantó y agarró una de las manos con tres dedos de acero. Necesitó recordarse que ese no era Andy de Calla Bryn Sturgis, y que Nigel no podía conocer a Andy. El robot mayordomo podría o no ser lo bastante sofisticado para desear venganza —sin duda, Andy sí lo había sido—, pero no se puede desear lo que se desconoce.

Eso esperó Susannah.

—Nigel, levántame.

Se escuchó un gemido de servomotores cuando el robot se agachó.

—No, cielito, tendrás que acercarte un poco. Allí donde estás hay cristales rotos.

—Disculpe, señora, pero estoy ciego. Creo que ha sido usted quien me ha

inutilizado los ojos de un tiro.

¡Ah! Claro.

—Bueno —dijo Susannah, con la esperanza de que su tono de irritación ocultase el miedo que sentía—. Si no me levantas, no te podré conseguir unos ojos nuevos, ¿no crees? Y ahora muévete un poco, si a bien tienes. El tiempo pasa.

Nigel dio un paso hacia delante, pisando los cristales rotos, y se aproximó hacia el sonido de la voz de Susannah. Ella tuvo que contener el impulso de retroceder, pero en cuanto el robot doméstico la tomó, su tacto resultó amable. La levantó entre sus brazos.

—Ahora, llévame hacia la puerta.

—Señora, disculpe, pero hay muchas puertas en Dieciséis. Más aún bajo el castillo.

Susannah no pudo evitar sentir curiosidad.

—¿Cuántas?

Se hizo una breve pausa.

—Yo diría que hay quinientas noventa y cinco operativas en la actualidad. —Susannah se dio cuenta de inmediato que cinco más nueve más cinco hacían diecinueve. Hacían *chassit*.

—¿Te importaría llevarme hasta la puerta por la que he pasado antes de que empezara el tiroteo? —Susannah señaló al fondo de la habitación.

—No, señora, no me importa en absoluto, pero siento decirle que eso no le haría ningún bien —dijo Nigel con su acento pijo—. Esa puerta, NUEVA YORK #7/FEDIC, es de una sola dirección. —Silencio. Se oían los relés en marcha en la cúpula de acero de su cabeza—. Además, se quemó tras su último uso. Como usted diría, se ha ido al claro del final de la senda.

—Oh, ¡eso es maravilloso! —gritó Susannah, pero se dio cuenta de que no le sorprendía del todo la noticia que le había dado Nigel. Recordaba el irregular zumbido que había escuchado justo antes de que Sayre la hubiera empujado con brusquedad para que la cruzara, recordó haber pensado, aun sintiéndose perturbada, que era algo mortal. Y sí, había muerto—. ¡Maravilloso!

—Percibo que está molesta, señora.

—Tienes toda la puñetera razón, ¡estoy molesta! ¡Ya era lo bastante malo que la maldita cosa solo se abriera para un lado! ¡Y ahora, para colmo, está cerrada del todo!

—Salvo por la alternativa —añadió Nigel.

—¿La alternativa? ¿A qué te refieres con eso de la alternativa?

—Se trata de NUEVA YORK #9/FEDIC —le informó Nigel—. En una época hubo más de treinta puertas de una sola dirección de Nueva York a Fedic, pero creo que la número 9 es la única que queda. Todas las órdenes pertenecientes a NUEVA YORK #7/FEDIC ahora serán redirigidas al número 9.

«*Chassit* —pensó Susannah… fue casi una plegaria—. Está hablando de *chassit*. Eso creo. ¡Oh, Dios!, espero que sí».

—¿Te refieres a contraseñas y cosas así, Nigel?

—Pues sí, señora.

—Llévame a la puerta número 9.

—Como usted desee.

Nigel empezó a moverse rápidamente por el pasillo entre el centenar de camas vacías, con sus tirantes y pulcras sábanas blancas bajo las deslumbrantes lamparillas de cabecera. Susannah imaginó de pronto la sala llena de niños chillones y asustados, recién llegados de Calla Bryn Sturgis, puede que también de los Callas vecinos. No imaginó a una enfermera con cabeza de rata, sino a un batallón de ellas, ansiosas por colocar los cascos en las cabezas de los niños raptados y empezar el proceso que… ¿que hacía qué? Los arruinaba en cierta forma. Les sorbía la inteligencia, eliminaba las hormonas del crecimiento de golpe y porrazo y los arruinaba para siempre. Susannah supuso que al principio se alegrarían al escuchar una voz tan agradable en la cabeza, una voz que les daba la bienvenida al maravilloso mundo de North Central Positronics y el Grupo Sombra. Sus llantos se detendrían, su mirada se llenaría de esperanza. Tal vez, pensarían que las enfermeras con sus blancos uniformes eran buenas pese a sus caras peludas y terroríficas y sus colmillos amarillos. Tan buenas como la voz de la mujer agradable.

Entonces empezaría el zumbido, aumentado rápidamente de volumen mientras se dirigía hacia el centro de sus cabezas, y aquella sala se llenaría de nuevo de gritos de terror…

—¿Señora? ¿Se encuentra bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas, Nigel?

—Creo que ha temblado.

—Da igual. Tú llévame a la puerta que conduce a Nueva York, la que todavía funciona.

SEIS

En cuanto salieron de la enfermería, Nigel la llevó a toda velocidad primero por un pasillo y luego por otro. Llegaron a unas escaleras mecánicas que parecían haber permanecido en la misma posición durante siglos. Cuando iban bajando por una de ellas, una bola de acero con patas hizo brillar sus ojos de color ámbar en dirección a Nigel y gritó: «Hop, hop». Nigel respondió: «¡Hop, hop!» y luego le dijo a Susannah (con el tono confidencial que determinados cotillas adoptan al chismorrear sobre los desafortunados): «Es un Capataz Mecánico y lleva ahí parado más de ochocientos años; se le habrán fundido las placas, imagino. ¡Pobrecillo! Aun así, intenta estar lo mejor que puede».

Nigel le preguntó dos veces si creía que podrían sustituirle los ojos. La primera vez, Susannah le dijo que no lo sabía. La segunda vez —puesto que sentía algo de lástima por él (que definitivamente ahora era un ser, y no una cosa)— le preguntó qué creía él.

—Creo que mis días de servicio han llegado prácticamente a su fin —respondió, y luego añadió algo que a Susannah le puso la piel de gallina—: ¡Oh, Discordia!

«Los Diem Brothers están muertos —pensó ella, recordando (¿había sido un sueño?, ¿una visión?, ¿un avistamiento de su Torre?) algo de su época con Mia. ¿O había sido en su época en Oxford, Mississippi? ¿O en ambas épocas?—. Papa Doc Duvalier está muerto. Christa McAuliffe está muerta. Stephen King está muerto, famoso escritor muere mientras daba un paseo vespertino, ¡Oh, Discordia! ¡Oh, pérdida!».

Pero ¿quién era Stephen King? En realidad ¿quién era Christa McAuliffe?

Pasaron por delante de un hampón que había estado presente en el nacimiento del monstruo de Mia. Yacía enroscado en el suelo de un pasillo polvoriento, como una gamba humana, con su pistola en una mano y un orificio en la cabeza. Susannah pensó que se habría suicidado. En cierto sentido, supuso, era algo lógico. Porque las cosas habían salido mal, ¿verdad? Y, a menos que el bebé de Mia encontrase el camino hasta el lugar al que pertenecía, el Gran Papi Rojo se iba a volver loco. Podría volverse loco incluso si Mordred encontraba el camino a casa.

Su otro padre. Porque ese era un mundo de gemelos e imágenes reflejadas en el espejo, y Susannah entendió más en ese momento sobre lo que había visto de lo que le hubiera gustado. Mordred también era un gemelo, una criatura como

Jekyll y Hyde con dos «yo», y él —o eso— tenía los rostros de dos padres para recordar.

Llegaron a otro montón de cadáveres; a Susannah le parecieron todos suicidas. Le preguntó a Nigel si podía averiguarlo —por el olor o algo así—, pero él afirmó que le era imposible.

—¿Cuántos crees que siguen aquí? —preguntó ella. Su sangre había tenido tiempo de enfriarse un poco y ahora se sentía algo nerviosa.

—No muchos, señora. Creo que la mayoría se ha ido. Con seguridad al Devar.

—¿Qué es el Devar?

Nigel dijo que lo sentía muchísimo, pero esa información era confidencial y solo se podía acceder a ella con la contraseña adecuada. Susannah lo intentó con *chassit*, pero no era la correcta. Ni tampoco era diecinueve ni, su último intento, noventa y nueve. Supuso que tendría que conformarse con saber que la mayoría de ellos se había ido.

Nigel giró a la izquierda, entró en un nuevo pasillo con puertas a ambos lados. Susannah lo hizo detenerse durante el tiempo suficiente para probar con una de ellas, pero no había nada de especial interés en su interior. Era un despacho, y abandonado hacía tiempo, a juzgar por la gruesa capa de polvo. Susannah se interesó por un póster de unos adolescentes que bailaban como locos, colgado de una pared. Debajo del póster, en enormes letras azules, estaba escrito lo siguiente:

¡GATITOS FARDONES Y GATITAS BAILONAS,
YO LE DABA AL ESQUELETO CON ALAN FREED!
CLEVELAND, OHIO, OCTUBRE DE 1954

Susannah estaba bastante segura de que el artista invitado era Richard Penniman. Las pichoncitas asiduas a los clubes, como ella, gustaban de despreciar a cualquiera que no rockanroleara con más fuerza que Phil Ochs, aunque Suze siempre había tenido un lugar en su corazoncito para Little Richard; a buena hora, sí señora, seguro que te quieres menear. Supuso que era algo de Detta.

«¿En otra época, esta gente usaría las puertas para irse de vacaciones a los distintos donde y cuando que eligieran? ¿Utilizaban el poder de los Haces para convertir ciertos niveles de la Torre en atracciones turísticas?».

Se lo preguntó a Nigel, quien le dijo que estaba seguro de no saberlo. En la voz de Nigel seguía notándose la tristeza por la pérdida de sus ojos.

Al final llegaron a una rotonda donde había eco, con puertas alrededor de su vasta circunferencia. Las baldosas de mármol del suelo estaban dispuestas como un tablero de ajedrez, que recordó a Susannah ciertos sueños incómodos en los que Mia había alimentado a su chaval. Arriba, muy pero que muy arriba, las constelaciones de estrellas eléctricas parpadeaban en un firmamento azul que ahora estaba lleno de grietas. Aquel lugar le recordaba a la Cuna de Lud, e incluso con mayor intensidad a la Gran Estación Central. En algún lugar de las paredes, aparatos de aire acondicionado o renovadores de aire funcionaban a trompicones. El olor de la atmósfera le resultaba extrañamente conocido y, tras un breve esfuerzo, lo identificó: líquido limpiador de la marca Comet. Era la marca patrocinadora de *El precio justo*, programa que a veces veía si estaba en casa por la mañana. «Soy Don Pardo, den la bienvenida a nuestro presentador: ¡el señor Bill Cullen!». Susannah sintió un momento de vértigo y cerró los ojos.

«Bill Cullen está muerto. Don Pardo está muerto. Martin Luther King está muerto, le dispararon en Memphis. ¡Discordia, manda!».

Oh, Jesús bendito, esas voces, ¿no se callarán nunca?

Abrió los ojos y vio puertas con letreros de SHANGAI/FEDIC y BOMBAY/FEDIC, y una que decía DALLAS (NOVIEMBRE DE 1963)/FEDIC. Los carteles de otras estaban escritos con runas que a Susannah no le decían nada. Al final, Nigel se detuvo delante de una que ella reconoció:

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTD.
Nueva York/Fedic
Seguridad máxima

Susannah reconoció que todo aquello se refería al otro lado, pero debajo de SE REQUIERE CÓDIGO VERBAL DE ENTRADA estaba el siguiente mensaje, escrito en un rojo chillón que no auguraba nada bueno:

NÚMERO 9
ÚLTIMA ALTERNATIVA

SIETE

—¿Qué desea hacer a continuación, señora? —preguntó Nigel.

—Bájame, cielito.

Tenía tiempo para pensar en una reacción si Nigel se hubiera negado a hacerlo, pero no lo dudó ni por un instante. Se dirigió hacia la puerta a saltos, como solía hacer antes, y puso las manos sobre ella. Creyó poder escuchar un zumbido muy leve. Pensó en intentarlo con *chassit* —su versión del Ábrete Sésamo de Alí Babá—, pero no se molestó en hacerlo. La puerta no tenía manecilla. Una sola dirección significaba una sola dirección, pensó; no iba de coña.

(«¡Jake!»)

Lo envió con todas sus fuerzas.

No hubo respuesta. Ni siquiera la tenue

(«wimeweh»),

esa estúpida palabra. Esperó un poco más, luego se volvió y se sentó con la espalda apoyada contra la puerta. Tiró los cargadores de reserva entre las rodillas separadas y luego levantó con la mano derecha la Walther PPK. Era una buena arma para cuando una había apoyado la espalda en una puerta cerrada, pensó; le gustaba su peso. Hacía tiempo, otras personas y ella habían recibido formación sobre una técnica de protesta llamada resistencia pasiva. Tirarse en el suelo del comedor, y taparse las partes nobles, la entrepierna. No responder a los que te pegan y vilipendiaban e insultaban a tus padres. Cantar encadenado como el mar. ¿Qué pensarían sus viejos amigos al ver en qué se había convertido ella?

Susannah dijo:

—¿Sabes qué? Me importa una mierda. La resistencia pasiva también está acabada.

—¿Señora?

—Nada, Nigel.

—Señora, ¿puedo preguntar…?

—¿Qué estoy haciendo?

—Exacto, señora.

—Esperando a un amigo, Ambrosio. Esperando a un amigo, eso es todo.

Pensó que DNK 45932 le recordaría que se llamaba Nigel, pero no fue así. Pero sí le preguntó cuánto tiempo iba a esperar a su amigo. Susannah le dijo que hasta que a las ranas les saliera pelo. Esto provocó un largo silencio. Al final, Nigel preguntó:

—Entonces ¿me puedo retirar, señora?

—¿Cómo verás?

—He cambiado a la modalidad de infrarrojos. Es menos satisfactoria que la triple macrovisión con rayos X, pero será suficiente para llegar a la plataforma de reparaciones.

—¿Hay alguien en la plataforma de reparaciones que pueda arreglarte? —preguntó Susannah con una ligera curiosidad. Apretó el botón que liberaba el cargador de la culata de la Walther, y luego lo volvió a meter. Sintió una especie de placer primitivo al escuchar el sonido aceitoso y metálico que produjo.

—Tengo la certeza de no poder asegurarlo —respondió Nigel—, aunque la probabilidad de que eso ocurra es muy baja, sin duda menor que del uno por ciento. Si no sale nadie, entonces, yo, como usted, esperaré.

Susannah asintió, y se sintió de pronto cansada y muy segura de que ese era el lugar donde acababa la larga búsqueda; allí, apoyada contra esa puerta. Pero una no abandona, ¿verdad? Abandonar era de cobardes, no de pistoleros.

—¡Que a bien tengas, Nigel!, gracias por llevarme a cuestas. Largos días y placenteras noches. Espero que recuperes tus ojos. Siento habérmelos cargado de un disparo, pero estaba un poco tensa y no sabía de parte de quién estabas.

—Y yo deseo que todo le vaya bien, señora.

Susannah asintió en silencio. Nigel se alejó pisando fuerte y ella se encontró sola, apoyada contra la puerta hacia Nueva York. Esperando a Jake. Escuchando para ver si oía a Jake.

Lo único que escuchó fue el resuello oxidado y moribundo de la maquinaria en las paredes.



CAPÍTULO V
EN LA SELVA, LA PODEROSA SELVA

UNO

La amenaza de que los hampones y los vampiros pudieran matar a Acho fue lo único que evitó que Jake muriese con el padre. No hubo que darle vueltas a la decisión; Jake gritó

(«¡ACHO, VEN A MÍ!»)

con toda la fuerza mental que pudo reunir, y Acho corrió rápidamente a sus pies. Jake pasó por delante de unos hampones que permanecían hipnotizados por la tortuga y con los brazos estirados, en la puerta marcada con el cartel de SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Desde el brillo tenue de rojo anaranjado del restaurante, Jake y Acho habían penetrado en una zona de brillante luz blanca y una cocina carbonizada y acre. El vapor le daba en la cara, caliente y húmedo,

(«la selva»)

tal vez era una preparación del escenario de lo que iba a ocurrir a continuación

(«la poderosa selva»)

tal vez no. Se le aclaró la visión y las pupilas se le dilataron, y vio que estaba en la cocina del Dixie Pig. Y no es que estuviera allí por primera vez. En una ocasión, no mucho tiempo antes de la llegada de los lobos a Calla Bryn Sturgis, Jake había seguido a Susannah (solo que en aquella época ella había sido Mia) hasta un sueño en el que ella había buscado comida en una gigantesca y desierta cocina. Era la misma cocina, solo que ahora estaba hirviendo de vida. Había un

cerdo enorme ensartado en un pincho de hierro sobre un fuego a la vista; las llamas salían propulsadas a través de una rejilla de acero para horno con cada gota de grasa. A ambos lados había dos hornillos gigantes sobre los que había unas ollas humeantes casi tan altas como Jake. Una criatura removía el contenido de una de ellas, era un ser de piel gris tan espantoso que Jake apenas sabía cómo mirarlo. Le salían comillos por las comisuras de sus gruesos labios de color gris. Las mejillas rechonchas le colgaban en grandes guirnaldas verrugosas de carne. El hecho de que la criatura llevara un delantal de cocinero manchado de comida y un típico gorro de cocinero, en cierta forma, era la guinda de la pesadilla, le daba brillo con una pátina de barniz. Además de esa aparición, que casi quedaba oculta por el vapor, había otras dos criaturas con delantales blancos que estaban lavando los platos una junto a otra en un fregadero de dos pilas. Ambos seres llevaban pañuelos atados al cuello. Uno era humano, un muchacho de unos diecisiete años. El otro era una especie de monstruo tipo gato faldero con piernas humanas.

—*Vai, vai, los mostros pubes, tre cannits en founs!* —gritó el chef de los colmillos a los friegaplatos.

No había visto a Jake. Uno de ellos —el gato— sí lo había visto. Echó hacia atrás las orejas y pegó un bufido. Sin pensar, Jake lanzó el Oriza que sostenía en la mano derecha. El plato cruzó zumbando el aire vaporoso y le rebanó el cuello al ser con aspecto de gato con la suavidad de un cuchillo cortando una tarta de manteca. La cabeza cayó en el fregadero y provocó una salpicadura jabonosa, sus ojos verdes todavía centelleaban.

—*San fai, can dit los!* —gritó el chef. O bien no se había dado cuenta de lo ocurrido o bien era incapaz de comprenderlo. Se volvió hacia Jake. Los ojos que se veían bajo su frente almenada e inclinada eran de un gris azulado y borroso, eran los ojos de un ser sensible. Al verlo con la cabeza levantada, Jake se dio cuenta de qué era: era una especie de jabalí verrugoso, monstruoso e inteligente. Lo que quería decir que estaba cocinando a un ser de su especie. Algo que parecía del todo lógico en el Dixie Pig.

—*Can foh pube ain-tet can fah! She-so pan! Vai!* —Esa frase estaba dirigida a Jake. Y entonces, para que la locura fuera total—: ¡Y si no talimpias, ni te socurra empezar!

El otro friegaplatos, el humano, estaba gritando una especie de advertencia, pero el chef no prestó atención. Al parecer, el chef creía que Jake, tras haber

matado a uno de sus ayudantes, estaba obligado, por deuda de honor, a ocupar el lugar del gato muerto.

Jake lanzó el otro plato y este cortó el cuello del jabalí verrugoso, y puso fin a su palabrería. Puede que salieran cinco litros de sangre que fueron a parar a los fogones que quedaban a la derecha del ser, que chisporrotearon y produjeron un espantoso olor a chamusquina. La cabeza del jabalí giró con brusquedad hacia la izquierda sobre el cuello y se dobló hacia atrás, pero no cayó. El ser —que debía de medir unos dos metros— dio dos pasos tambaleantes hacia la izquierda y abrazó al cerdo chisporroteante que daba vueltas en su asador. La cabeza se desgarró y se soltó un poco más, y quedó apoyada en el hombro derecho del chef Jabalí Verrugoso, con un ojo mirando hacia arriba, a las luces fluorescentes entretejidas de vapor. El calor pegó las manos del cocinero al asado y empezaron a fundírsele. Entonces, el ser cayó hacia delante, sobre las llamas que quedaban a la vista y la túnica empezó a arderle.

Jake se volvió rápidamente para apartarse de allí, justo a tiempo para ver al otro mesonero avanzar hacia él con un cuchillo de cocinero en una mano y uno de carnicero en la otra. Jake cogió otro ‘Riza de la bolsa aunque contuvo su lanzamiento, pese a la voz de su cabeza que protestaba para que siguiera adelante, que siguiera adelante y lo hiciera, que le diera a ese bastardo lo que Margaret Eisenhart había llamado en una ocasión, según escuchó Jake: un «corte de pelo apurado». Esta expresión hizo que las otras Hermanas del Plato se rieran con ganas. Pese a lo mucho que deseaba lanzarlo, contuvo el movimiento de la mano.

Lo que vio fue un joven cuya piel era de un gris amarillento pálido bajo las brillantes luces de la cocina. Parecía a un tiempo aterrorizado y desnutrido. Jake levantó el plato como gesto de advertencia y el joven se detuvo. Sin embargo, no miraba el ‘Riza, sino a Acho, quien se encontraba entre los pies de Jake. Al brambo se le había erizado todo el pelaje, y eso lo hacía parecer el doble de grande, y estaba enseñando los dientes.

—¿Sabes…? —empezó a preguntar Jake y, entonces, la puerta del restaurante se abrió de golpe. Uno de los hampones entró a toda prisa. Jake lanzó el plato sin dudarlo. Cruzó el aire vaporoso y brillante con un gemido, y rebanó la cabeza del intruso con una sangrienta precisión, justo a la altura de la nuez. El cuerpo degollado se tambaleó primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, como un cómico en escena que recibe una ovación con un movimiento juguetón, y al final se desplomó.

De forma casi inmediata, Jake tuvo dos platos más en las manos, uno en cada una. Volvía a estar con los brazos cruzados sobre el pecho en la posición que sai Eisenhart llamaba «la carga». Miró al friegaplatos, que todavía llevaba el cuchillo de cocinero y el de carnicero. Sin embargo, a Jake no le parecía muy amenazante. Volvió a intentarlo y esta vez logró formular toda la pregunta:

—¿Sabes hablar mi idioma?

—Sí, señor —respondió el muchacho. Tiró el cuchillo de carnicero para poder poner un dedo pulgar enrojecido por el agua y un índice con el mismo aspecto separados por unos dos centímetros—. Pero sol un pocos. Yo habla desde que llega aquí. —Abrió la otra mano y el cuchillo de cocinero se reunió con el de carnicero en el suelo de la cocina.

—¿Eres de Mundo Medio? —preguntó Jake—. Eres de allí, ¿verdad?

Consideró que el friegaplatos no era precisamente un lumbreras («no es un muchacho de respuestas rápidas», habría dicho con sorna, y sin duda, Elmer Chambers), pero al menos era lo bastante inteligente para sentir morriña; pese al terror que lo invadía, Jake descubrió un inconfundible destello de esa nostalgia en los ojos del muchacho.

—Sí, señor —respondió—. Yo viene de Ludweg.

—¿Cerca de la ciudad de Lud?

—Al norte de allí, si te gusta y se no te gusta —dijo el friegaplatos—. ¿Me matas tú, chico? No quiero morir, triste como estoy.

—No seré yo quien te mate si me dices la verdad. ¿Ha pasado una mujer por aquí?

El friegaplatos dudó, pero luego dijo:

—Ea. Sayre y sus allegados la tenían a ella. Ella estaba fuera de sus pies, esa sí, con cabeza suelta… —Lo demostró, dándole vueltas a la cabeza y adoptando un aspecto de tonto del pueblo más claro que nunca, Jake pensó en Sheemie de la historia de Roland en su época de Mejis.

—Pero no muerta.

—Ni hablar. Yo escucha ella me llama.

Jake miró hacia la puerta, pero no apareció nadie. Todavía. Debía avanzar, pero…

—¿Cómo te llamas, piltrafilla?

—Jochabim, ese soy yo, hijo de Hossa.

—Bien, escucha, Jochabim, hay un mundo fuera de esta cocina llamado ciudad de Nueva York, y los chavales como tú son libres. Sugiero que te largues

mientras tengas la oportunidad.

—Me traerían otra vez y me destriparían.

—No, no entiendes lo grande que es. Es como Lud cuando Lud era…

Observó el rostro de Jochabim y su mirada apagada, y pensó: «No, soy yo el que no lo entiende. Y si me quedo aquí intentando convencerlo de que escape, sin duda conseguiré lo que…».

La puerta que llevaba al restaurante volvió a abrirse de golpe. Esta vez, dos hampones intentaron pasar a la vez y por un momento quedaron atascados en el umbral, hombro con hombro. Jake les tiró los dos platos y contempló cómo surcaban zigzagueando el aire vaporoso, y decapitaban a los dos recién llegados justo en el momento en que entraron. Cayeron hacia atrás y la puerta volvió a cerrarse. En la Piper School, Jake había aprendido algo sobre la batalla de las Termópilas, donde los griegos habían resistido a un ejército persa que los superaba en número en una proporción de diez a uno. Los griegos llevaron a los persas a un desfiladero; él tenía la puerta de la cocina. Mientras siguieran entrando de uno en uno o de dos en dos —como debían hacer a menos que pudieran rodearla de alguna forma—, los atraparía.

Al menos hasta que se quedara sin orizas.

—¿Pistolas? —le preguntó a Jochabim—. ¿Aquí hay pistolas?

Jochabim sacudió la cabeza, pero debido a esa irritante mirada que denotaba falta de luces, era difícil saber si con eso quería decir «no hay pistolas en la cocina» o «no te entiendo».

—Está bien, me voy —dijo Jake—. Y si tú no te vas mientras tienes la oportunidad, Jochabim, es que eres aún más tonto de lo que pareces. Es decir, muy tonto. Ahí fuera hay videojuegos, chico, piensa en ello.

Sin embargo, Jochabim siguió dedicándole a Jake esa miradita, y Jake desistió. Estaba a punto de hablarle a Acho cuando alguien le habló del otro lado de la puerta.

—Oye, chico. —Con dureza. Con aseveración. Con complicidad. Fue la voz de un hombre que podía tumbarte o acostarse con tu novia siempre que quisiera, pensó Jake—: Tu colega, el padre, ha palmado. En realidad, el padre está *dinnah*. Ahora sal, basta de tanta tontería, a lo mejor puedes evitar quedarte solo.

—Abre la puerta y mete el culo —gritó Jake. Esto derribó el muro de estupidez de Jochabim; parecía sorprendido.

—Última oportunidad —dijo el tipo de la voz ronca y confiada—. Sal.

—¡Entra! —contraatacó Jake—. ¡Tengo un montón de platos! —En realidad,

sintió una enloquecida prisa por salir corriendo hacia delante, salir disparado por la puerta, y enfrentarse a los hampones y hamponas del comedor. La idea tampoco era tan descabellada, como habría sabido Roland; era lo último que hubieran esperado, y al menos habría existido la posibilidad de asustarlos con media docena de platos lanzados con rapidez y provocar una huida en desbandada.

El problema eran los monstruos que habían estado comiendo detrás del tapiz. Los vampiros no se asustan, y Jake lo sabía. Sabía que si los abuelos hubieran conseguido entrar en la cocina (tal vez fuera la falta de interés lo que les mantenía en el comedor; eso y los últimos restos del cadáver del padre), él ya estaría muerto. Era bastante probable que Jochabim también.

Hincó una rodilla en el suelo y murmuró: «Acho, busca a Susannah», y reforzó la orden con una rápida imagen mental.

El brambo le dedicó a Jochabim una última mirada de desconfianza, luego empezó a olfatear el suelo. Las baldosas estaban húmedas de un fregado reciente, y Jake temía que el brambo no pudiera encontrar el rastro. A continuación, Acho soltó un único grito agudo —más similar a un ladrido de perro que a una palabra— y empezó a correr hacia el centro de la cocina, entre los hornillos y las mesas humeantes, con el hocico pegado al suelo, desviándose solo lo justo para esquivar el cuerpo chamuscado del chef Jabalí Verrugoso.

—Escúchame, ¡pequeño bastardo! —gritó el hampón que estaba al otro lado de la puerta—. ¡Se me está agotando la paciencia contigo!

—¡Bien! —gritó Jake—. ¡Entra! ¡Veamos si vuelves a salir!

Se llevó un dedo a los labios para indicar silencio mientras miraba a Jochabim. Estaba a punto de volverse y correr —no tenía ni idea de cuánto tiempo pasaría antes de que el friegaplatos gritara que el chico y su bilibrambo ya no estaban resistiendo en el paso de las Termópilas— cuando Jochabim le habló con un hilillo de voz, apenas un susurro.

—¿Qué? —preguntó Jake, mirándolo con inseguridad. Parecía como si el chico hubiera dicho «cuidado con la trampa de la mente», pero eso no tenía mucho sentido, ¿no?

—Cuidado con la trampa de la mente —dijo Jochabim, esta vez con mucha más claridad, y se alejó de sus cacerolas y del agua jabonosa.

—¿Qué trampa de la mente? —preguntó Jake, pero Jochabim fingió no escucharlo y Jake no podía quedarse más tiempo para interrogarlo. Corrió para

alcanzar a Acho, mirando constantemente hacia atrás. Si irrumpían un par más de hampones en la cocina, Jake quería ser el primero en saberlo.

Pero eso no ocurrió, al menos no antes de que hubiera seguido a Acho a través de otra puerta para entrar en la despensa del restaurante, una habitación poco iluminada, repleta de pilas de cajas, con olor a café y especias. Era como la despensa de la trastienda del Almacén de East Stoneham, solo que estaba más limpio.

DOS

Había una puerta cerrada en el rincón de la despensa del Dixie Pig. Más allá había una escalera embaldosada que descendía hasta Dios sabía dónde. Unas bombillas de bajo voltaje iluminaban el ambiente tras unas ventanas correderas de cristal, empañadas y llenas de moscas. Acho empezó a bajar sin dudarlo, descendiendo con una especie de balanceo regular, bastante cómico, que lo llevaba de delante hacia atrás. Mantenía el hocico pegado a los escalones, y Jake sabía que estaba buscando a Susannah; lo leía en la mente de su amiguito.

El muchacho intentó contar los escalones, llegó hasta ciento veinte y luego perdió la cuenta. Se preguntó si seguirían en la ciudad de Nueva York (o bajo ella). En un momento creyó haber escuchado un traqueteo tenue y conocido, y decidió que si eso era el metro, sí, seguían en Nueva York.

Por fin llegaron al final de la escalera. Allí había una amplia y abovedada zona que parecía el gigantesco recibidor de un hotel, solo que sin hotel. Acho se abrió paso y lo cruzó, seguía con el hocico pegado al suelo y moviendo hacia atrás y adelante su rabo en forma de tirabuzón. Jake tenía que correr para seguir a su lado. Ahora que la bolsa ya no estaba llena, los ‘Rizas iban dando tumbos. Había un quiosco al fondo de la bóveda-vestíbulo, con un letrero, en una polvorienta ventana, que decía: ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA LOS RECUERDOS DE NUEVA YORK y otro que decía: ¡VISITEN EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001! ¡ENTRADAS TODAVÍA DISPONIBLES! ¡PROHIBIDO EL PASO A ASMÁTICOS SIN AUTORIZACIÓN DE SU MÉDICO! Jake se preguntó qué tendría de maravilloso el 11 de septiembre de 2001, aunque luego decidió que tal vez no quisiera averiguarlo.

De pronto, escuchó en la cabeza, al mismo volumen que si le hubieran hablado al oído: «¡Oiga! ¡Oiga! ¡Señora de Positronics! ¿Sigue ahí?».

Jake no tenía ni idea de quién podría ser la señora de Positronics, pero reconoció la voz que hacía la pregunta.

«¡Susannah! —gritó, deteniéndose en el quiosco para turistas. Una sonrisa de oreja a oreja, sorprendida y de júbilo, arrugó su rostro tenso y volvió a darle aspecto infantil—. Suze, ¿sigues ahí?».

Y la escuchó gritar de alegría, sorprendida.

Acho, al darse cuenta de que Jake ya no lo seguía de cerca, se volvió y lanzó un grito impaciente de «¡Ake, Ake!». Al menos por el momento, Jake no le prestó atención.

—¡Te escucho! —gritó—. ¡Al fin! ¡Dios!, ¿con quién has estado hablando? Sigue gritando para que pueda localizart…

Desde detrás de él —tal vez en el extremo superior de la larga escalera, tal vez, ya en los escalones—, alguien gritó: «¡Ahí está!». Se oyeron disparos, pero Jake apenas los escuchó. Para su espanto, algo se le había metido en la cabeza. Una especie de mano mental. Se le ocurrió que debía de ser el hampón que había hablado con él desde el otro lado de la puerta. La mano del hampón había encontrado los diales en una especie de Dogan de Jake Chambers, y estaba jugueteando con ellos. Intentando

(«dejarme paralizado, dejarme los pies pegados al suelo»)

detenerlo. Y esa voz había entrado porque mientras él estaba enviando y recibiendo, estaba abierto…

«¡Jake! ¡Jake!, ¿dónde estás?».

No hubo tiempo para responderle. En una ocasión, cuando intentaba abrir la puerta ignota de la Cueva de las Voces, Jake había tenido la visión de miles de puertas que se abrían de par en par. Ahora las vio cerrándose de golpe, provocando un ruido similar al mismísimo estruendo de Dios.

Y justo a tiempo, además. Sus pies permanecieron pegados al suelo polvoriento durante un rato más, y luego algo gritó de forma agónica y se alejó de él. Lo dejó ir.

Jake empezó a moverse, primero con torpeza, luego tomó velocidad. Dios, ¡se había librado por los pelos! Escuchó a Susannah llamándolo por su nombre una vez más a un volumen muy bajo, pero no se atrevió a abrirse lo suficiente para responder. Solo esperaba que Acho siguiera su rastro y que ella siguiera retransmitiendo.

Decidió, más adelante, que tendría que haber empezado a cantar una canción de las que escuchaba en la radio de la señora Shaw tras el último grito tenue de Susannah, aunque no había manera de saber si hubiera sido lo mejor. Habría sido lo mismo que intentar descubrir el origen de un dolor de cabeza o el momento exacto en que uno es consciente de que está pillando un resfriado. De lo que Jake sí estaba seguro era de que se produjeron más tiros y, en una ocasión, se oyó el gemido zumbante de una bala que rebotó, pero que todo ocurría a una distancia que quedaba muy atrás, y al final no se preocupó en seguir agachándose (ni en seguir mirando a sus espaldas). Además, Acho se movía con rapidez, meneaba a conciencia su culito peludo. La maquinaria enterrada golpeaba y resollaba. Se veían unos raíles en el pasillo, lo que hizo que Jake supusiera que, otrora, un tranvía u otra clase de transporte había pasado por allí. A intervalos regulares, había comunicados oficiales (PATRICIA A TODA MÁQUINA; FEDIC; ¿TIENES TU PASE AZUL?) pintados en las paredes. En algunas partes, las baldosas habían saltado; en otras, los raíles del tranvía ya no estaban, y en varios lugares, charcos de agua estancada y verminosa llenaban lo que a cualquiera le parecerían cuevas subterráneas. Jake y Acho pasaron dos o tres vehículos parados que eran una mezcla de coche eléctrico para el golf y vagón abierto. También pasaron por delante de un robot con cabeza de nabo, que hizo destellar las bombillas poco intensas de color rojo de sus ojos y lanzó un graznido que podría haber sido un «alto». Jake levantó uno de los Orizas, sin tener ni idea de si serviría de algo contra una cosa así, pero el robot no se movió. Ese único destello tenue había agotado la batería que le quedaba, o células de energía, o la ficha atómica o fuera lo que fuese que lo hacía funcionar. Jake veía grafitis por todas partes. Dos de ellos le resultaron conocidos. El primero era QUE TODOS ACLAMEN AL REY CARMESÍ, con el ojo rojo sobre la única «i» del mensaje. El otro era BANGO SKANK, 1984. «Tío —pensó Jake de forma distraída—, ese Bango sí que se mueve». Y luego se escuchó, claramente por primera vez, cantando entre dientes. Era algo sin letra, aunque no exactamente, era un verso antiguo y que apenas recordaba, de una de las canciones de la radio de la cocina de la señora Shaw: «A-wimeweh, a-wimeweh, a-weee-ummm-immm-oweh…».

Dejó de cantar, asustado por la naturaleza de murmullo y talismán del cántico, y ordenó a Acho que se detuviera.

—Tengo que echar una meadita, muchacho.

—¡Acho! —Con las orejas levantadas y la mirada encendida comunicó el resto del mensaje: «No tardes demasiado».

Jake salpicó de orina una de las baldosas de la pared. Detritos verdosos se filtraban por las junturas de las cuadrículas. Jake prestó atención para escuchar el sonido de la persecución y no se sintió decepcionado. ¿Cuántos había ahí detrás? ¿Qué tipo de partida era? Roland seguramente lo habría sabido, pero Jake no tenía ni idea. El eco hacía que parecieran un regimiento.

Mientras se la estaba sacudiendo, a Jake Chambers se le ocurrió que el padre no volvería a hacer aquel gesto jamás, ni a sonreírle de oreja a oreja, ni a señalarle con el dedo, ni a santiguarse antes de comer. Lo habían matado. Le habían quitado la vida. Su respiración y su pulso se habían detenido. Tal vez reservado para los sueños, el padre había desaparecido de la historia. Jake empezó a llorar. Al igual que su sonrisa, las lágrimas le hicieron parecer un niño. Acho se había vuelto, ansioso por seguir el rastro, pero en ese momento miró hacia atrás con una expresión inconfundible de preocupación.

—Estoy bien —afirmó Jake, abrochándose la bragueta y secándose a continuación las mejillas con el pulpejo de la mano. Pero no estaba bien. Estaba más que triste, más que enfadado, más que asustado por los hampones que le iban a la zaga de forma implacable. Ahora que la adrenalina había remitido, se dio cuenta de la rabia y la tristeza que sentía. También del cansancio. ¿Cansancio? Estaba al borde del agotamiento. No lograba recordar cuándo había dormido. Había sido absorbido por la puerta que llevaba a Nueva York, eso sí lo recordaba, y a Acho casi lo había atropellado un taxi. También recordaba al predicador de la bomba de Dios con el nombre que le recordaba a Jimmy Cagney en el papel de George M. Cohan, en esa antigua película en blanco y negro que había visto en la tele de su habitación cuando era pequeño. Porque, se dio cuenta en ese momento, había una canción en esa película sobre un tipo llamado Harrigan: «H-A-doble R-I; Harrigan así me llaman a mí». Recordaba esas cosas, pero no cuándo había comido por última vez algo…

—¡Ake! —ladró Acho, implacable como el destino. Si los brambos tienen un límite, pensó Jake con cansancio, Acho estaba todavía muy lejos del suyo—. ¡Ake! ¡Ake!

—Sí, sí —respondió, apartándose de la pared—. Ake-Ake ahora correrá y correrá. Adelante. Busca a Susannah.

Jake quería caminar lenta y pesadamente, pero ese paso no sería conveniente. Ni tampoco un mero paseo. Se golpeó las piernas para correr y una vez más

empezó a canturrear entre dientes, esta vez la letra de la canción: «En la jungla, la poderosa jungla, el león duerme esta noche… En la jungla la poderosa jungla el león duerme esta noche, oooh»[2].

Y luego volvió a las palabras sin sentido, wimeweh, wimeweh, wimeweh, que emitía la radio de la cocina que siempre estaba sintonizada en el programa de viejos éxitos de la WCBS… ¿no serían recuerdos de alguna película entremezclados con esa canción en particular? ¿No era una canción de la película *Yankee Doodle Dandy*, sino de otra película? ¿Algo que había visto cuando era solo un niño, cuando todavía llevaba sus

(«trapos»)

pañales?

«Cerca del poblado, el tranquilo poblado, el león duerme esta noche… Cerca del poblado, el pacífico poblado, el león duerme esta noche… HUH-oh, a-wimeweh, a-wimeweh…»[3].

Se detuvo, respiraba con dificultad, y se rascó un lado de la cara. Sentía un picor en ese lugar, pero no era grave, no le había molestado lo suficiente para detenerlo. Aunque ese pringue… ese pringue verdoso que chorreaba por las juntas de las baldosas… rezumaba por el antiguo cemento blanco y la cerámica estropeada porque eso era

(«la jungla»)

lo más profundo de la ciudad, profundo como unas catacumbas

(«wimeweh»)

o algo así…

—¡Acho! —exclamó Jake, hablando a través de los labios agrietados. Jesús, ¡tenía tanta sed!—. ¡Acho! Esto no es bueno, esto es hierba. O algas… o…

Acho ladró el nombre de su amigo, pero Jake apenas se dio cuenta. El eco de los perseguidores continuaba (de hecho, se escuchaba un poco más cerca), aunque por el momento no les hacía caso.

Hierba que crecía por la pared embaldosada.

Que invadía la pared.

Jake bajó la vista y vio más hierba, de un verde brillante que era casi violeta bajo las luces fluorescentes, que se elevaba desde el suelo. Y trozos de baldosas rotas desmenuzados hasta convertirse en cascotes y fragmentos como los restos del Pueblo Antiguo, los antepasados que habían vivido y construido antes de que los Haces empezasen a romperse y el mundo empezara a moverse.

Se agachó. Tocó la hierba. Levantó unos afilados fragmentos de baldosa, sí, pero también de tierra, tierra de

(«la jungla»)

cierta catacumba profunda o tumba, o tal vez…

Recogió una cucaracha que corría entre el polvo, una cucaracha con una marca roja en el lomo, como una sonrisa sangrienta, y la tiró con un grito de asco. ¡La marca del Rey! ¡Digo verdad! Recobró la compostura y se dio cuenta de que estaba apoyado en una rodilla, practicando arqueología como el héroe de una película, mientras los perros se acercaban a su rastro. Y Acho lo estaba mirando con los ojos brillantes de impaciencia.

—¡Ake! ¡Ake! ¡Ake!

—Sí —respondió Jake, poniéndose en pie—. Ya voy. Pero, Acho… ¿qué es este lugar?

Acho no tenía ni idea por qué percibía ansiedad en la voz de su ka-dinh, lo que veía era lo mismo que antes y lo que olía era lo mismo que antes: el olor de Susannah, el olor del muchacho que le había ordenado que buscara y siguiera el rastro. Y ahora era más intenso. Corrió tras su clara huella.

CUATRO

Pasados cinco minutos, Jake volvió a detenerse y gritó:

—¡Acho! ¡Espera un minuto!

El picor del lado de la cara había vuelto, y era más intenso; aun así, no era el picor lo que lo había detenido. Todo había cambiado. O estaba cambiando. Y, Dios le asistiera, creyó saber en qué se estaba convirtiendo ese lugar.

Las luces fluorescentes que tenía sobre la cabeza seguían alumbrando, pero las paredes embaldosadas estaban cubiertas del verdor. La atmósfera se había vuelto húmeda, le empapaba la camisa y se la pegaba al cuerpo. Una bella mariposa de color naranja, de un asombroso tamaño, le pasó por delante de los ojos. Jake intentó atraparla, pero el insecto lo evitó con facilidad. Casi con alegría, tal como le pareció al muchacho.

El pasillo de baldosas se había convertido en una senda selvática. Ante ellos, la senda ascendía hasta un agujero irregular en la exuberante hierba, seguramente se trataba de una especie de claro. Más allá, Jake pudo divisar unos viejos e imponentes árboles que crecían entre la bruma, con los troncos cubiertos

de una gruesa capa de musgo, y las ramas abrazadas por enredaderas. Vio gigantescos helechos que se propagaban en todas direcciones y a través del verde lazo de las hojas, un ardiente cielo selvático. Sabía que estaba debajo de Nueva York, tenía que estar debajo de Nueva York, pero…

Se oyó un chillido como de chimpancé, tan cerca que Jake se estremeció y levantó la vista, seguro de que vería al animal justo encima de su cabeza, sonriendo desde detrás de un tablero de luces. Y a continuación, escuchó algo que le heló la sangre: el grave rugido de un león. Un león que, sin duda alguna, no estaba dormido.

Estaba a punto de batirse en retirada, y a toda máquina, cuando se dio cuenta de que no podía; los hampones (seguramente seguidos por el que le había dicho que el padre estaba *dinnah*, que había palmado) estaban en esa dirección. Y Acho lo estaba mirando con sus brillantes ojos de impaciencia, con el deseo indudable de marcharse. El brambo no era tonto, aunque no demostraba señal alguna de alarma, por lo menos no con relación a lo que les esperaba en el camino.

Por su parte, Acho seguía sin entender qué le ocurría al muchacho. Sabía que estaba cansado —lo olía—, pero también sabía que Ake estaba asustado. ¿Por qué? Había olores desagradables en ese lugar, el olor de un montón de hombres era el que más destacaba, pero a Acho no le parecía que implicasen un peligro inminente. Y, además, el olor de Susannah se percibía allí. En ese mismo momento, de forma muy fresca. Casi reciente.

—¡Ake! —volvió a ladrar.

Jake respiró.

—Está bien —dijo, mirando a su alrededor—. Está bien. Pero despacio.

—Cio —dijo Acho, pero incluso Jake pudo detectar la sorprendente falta de aprobación en la respuesta del brambo.

Jake se movió por la única razón de que no le quedaba otra alternativa. Ascendió por la cuesta de la vía invadida por la hierba (a ojos de Acho, el camino era totalmente plano, y así había sido desde que terminaron las escaleras) hacia el espacio abierto, cubierto de enredaderas y helechos, hacia el enloquecido gañido del mono y el acojonante rugido del león predador. La canción no paraba de rondarle la mente

(«en el poblado… en la jungla… silencio, cariño, no te muevas, cariño…»)

y entonces se acordó del título, incluso del nombre del grupo

(«hemos escuchado a los Tokens y su *The Lion Sleeps Tonight*, que ha

abandonado las listas, pero no nuestro corazón»)

que la cantaba, pero ¿cuál era la película? ¿Cómo se titulaba la puñete…?

Jake llegó al final de la cuesta y al borde del claro. Miró a través de una maraña de hojas verdes entrelazadas y flores de color violeta chillón (y un gusanito verde que se encaminaba hacia el centro de una de ellas), y, mientras observaba, se acordó del título de la película y se le puso la piel de gallina desde el cogote hasta los pies. Unos minutos después, el primer dinosaurio salió de la jungla (la poderosa jungla) y se dirigió hacia el claro.

CINCO

Hace mucho, mucho tiempo

(lejos, muy lejos de aquí)

cuando no era más que un niño pequeño;

(hay un poquito para ti y un poquito para mí)

érase una vez, cuando madre se fue a Montreal con su club de arte y padre se fue a Las Vegas para la ceremonia inaugural de los espectáculos de primavera;

(mermelada de mora y té de mora, ¡sí!)

érase una vez, cuando ‘Bama tenía cuatro años…

SEIS

‘Bama es la forma en que la única persona buena

(la señora Shaw, la señora Greta Shaw)

lo llama. Le quita la corteza del pan de molde, pone sus dibujos de parvulario en la nevera con imanes con forma de frutitas de plástico, lo llama ‘Bama y ese es un nombre especial para él

(para ellos)

porque su padre le enseñó a cantar, un sábado por la tarde que estaba borracho: «¡Hazte fuerte, hazte fuerte, te pilla la marea, no corremos ni nos escondemos, somos la Marea Roja de ‘Bama!», *y por eso ella lo llama ‘Bama. Es un nombre secreto y el hecho de que ellos sepan lo que significa y nadie más lo sepa es como tener una casa a la que puedes ir, una casa segura en el*

terrorífico bosque, en el exterior de la cual todas las sombras parecen monstruos y ogros y tigres.

(«Tigre, tigre, que te enciendes en luz *—le canta su madre, porque esa es su idea de una nana, junto con—*: Escuché una mosca zumbar… el día que iba a palmar», *que le da a 'Bama Chambers mucho escalofrío, aunque nunca se lo dice; a veces se queda en la cama por la noche, y otras veces durante la hora de la siesta por la tarde, pensando:* «Escucharé a una mosca, y será mi mosca de la muerte, se me parará el corazón y se me caerá la lengua por la garganta como una piedra que cae a un pozo» *y estos son unos recuerdos cuya existencia niega*).

Está bien tener un nombre secreto y cuando descubre que su madre se va a Montreal por el arte y su padre se va a Las Vegas para colaborar en la presentación de los nuevos programas de la cadena en el inicio de temporada, le ruega a su madre que le pida a la señora Greta Shaw que se quede con él y al final su madre acepta. El pequeño Jackie sabe que la señora Shaw no es madre y que, en más de una ocasión, la misma señora Greta Shaw le ha dicho que ella no es madre.

(«Espero que sepas que no soy tu madre, 'Bama —le dice, dándole un plato, y en el plato hay un sándwich de mantequilla de cacahuete, plátano y beicon con la corteza recortada como solo Greta Shaw sabe recortarla—, porque mi trabajo no consiste en eso»)

(Y Jackie —que solo es 'Bama aquí, es 'Bama entre ellos— no sabe exactamente cómo decirle que lo sabe, lo sabe, lo sabe, pero se contentará con ella hasta que la de verdad aparezca o hasta que se haga lo bastante mayor para superar ese miedo de la Mosca de la Muerte)

Y Jackie dice no se preocupe, estaré bien, *pero sigue contento de que la señora Shaw acepte quedarse en lugar de su última niñera, que lleva minifaldas y siempre se está toqueteando el pelo y pintándose los labios y él le importa una mierda y no sabe que en el fondo de su corazón él es 'Bama, y, bueno, esa señoritinga*

(que es como su padre llama a todas las niñeras)

es tonta, tonta y tonta. La señora Shaw no es tonta. La señora Shaw le da un tentempié de vez en cuando y lo llama Té de la tarde o incluso Té de clase, y no importa lo que sea —requesón con fruta, un sándwich sin la corteza, natillas y pastel, canapés sobrantes de un cóctel de la noche anterior—, siempre canta la misma cancioncilla cuando lo sirve: «Un tempempié de pitiminí, hay un poco para ti y un poco para mí, mermelada de mora y té de mora, ¡sí!».

Hay una tele en su habitación y todos los días, mientras sus padres no están, se toma la merienda de después del cole allí y la mira y la mira y la mira y escucha la radio de la señora Shaw en la cocina, siempre con los viejos éxitos, siempre en la WCBS, y siempre la escucha a ella, escucha a la señora Greta Shaw cantando con los Four Seasons, Wanda Jackson, Lee «Yah-Yah» Dorsey, y algunas veces imagina que sus padres mueren en un accidente de avión y en cierta forma ella se convierte en su madre y lo llama pobre muchachito *y* pobre briboncete perdido *y luego, por obra de alguna transformación mágica, ella lo quiere en lugar de limitarse a cuidarlo, lo quiere y lo quiere y lo quiere como él la quiere a ella, ella es su madre (o tal vez su mujer, no tiene clara cuál es la diferencia entre ambas), pero ella lo llama 'Bama, en lugar de cielito*

(su madre)

o tipejo

(su padre)

y aunque él sabe que la idea es estúpida, pensar en ello le divierte, pensar en ello hace que deje de pensar en la acojonante Mosca de la Muerte que vendría y zumbaría sobre su cadáver cuando muera con la lengua metida en la garganta, como una piedra que cae a un pozo. Por la tarde, cuando llega a casa de la guarderiíta (en el momento en que ya sea mayorcito para saber que se dice guardería habrá salido de ella) ve Million Dollar Movie. *En ese programa emiten exactamente la misma película a la misma hora exacta —las cuatro de la tarde— cada día durante una semana. La semana antes, sus padres se habían ido y la señora Greta Shaw se había quedado a dormir en lugar de irse a su casa.*

(¡Oh, qué bendición, que la señora Greta Shaw niegue Discordia!, ¿verdad?, amén)

había música que llegaba de dos direcciones cada día, estaban los viejos éxitos de la cocina

(WCBS se podía decir bomba de Dios)

y en la tele, James Cagney va pavoneándose con un bombín y cantando sobre Harrigan —H-A-doble R-I, Harrigan, así me llaman a mí—. *También esa peli de un verdadero primo vivo de mi Tío Sam.*

Entonces llega otra semana, la semana en que sus padres se han ido, y otra película, y la primera vez que ve algo que le corta la respiración por el miedo. Esa película se titula Atlantis, *y empieza con el señor Cesar Romero, y cuando Jake vuelve a verla (a la avanzada edad de diez años) se preguntará cómo puede*

haberse asustado con una película tan tonta como esa. Porque trata de unos exploradores que se pierden en la jungla, sabes, y hay dinosaurios en la jungla y, a los cuatro años, él no se daba cuenta de que los dinosaurios no eran más que MONIGOTES, *iguales que Piolín y el gato Silvestre y Popeye el Marino soy, comiendo espinacas voy, tutúuu, dame aceite, Oliva. El primer dinosaurio es un triceratops que sale dando tumbos de la jungla, y la exploradora*

*(*Bodacious Tetetona, *habría dicho su padre sin duda, que era lo que su padre siempre decía sobre lo que la madre de Jake llamaba Cierto Tipo de Chicas)*

se deja los pulmones en un chillido y Jake también gritaría si pudiera, pero tiene el pecho paralizado por el terror, ¡oh, aquí está Discordia en persona! En los ojos del monstruo ve la profunda nada que significa el final de todo, porque la súplica no funcionará con ese monstruo y gritar no servirá con ese monstruo, es demasiado tonto, lo único que hacen los gritos es atraer la atención del monstruo y eso es lo que ocurre. El monstruo se vuelve hacia Daisy Mae con la tetetonas y en la cocina (la poderosa cocina) escucha a The Tokens, que han desaparecido de las listas, pero no de nuestros corazones. Están cantando algo sobre la jungla, la pacífica jungla, y allí, ante los ojazos aterrorizados del niñito, hay una jungla que es de todo menos pacífica, y no es un león, sino una cosa que avanza pesadamente y que parece una especie de rinoceronte, solo que más grande, y tiene una especie de collar de huesos en el cuello, y más adelante, Jake sabrá que esa clase de monstruo se llama triceratops, *pero, por el momento, no tiene nombre, lo que empeora las cosas, sin nombre es peor. «Wimeweh», cantan The Tokens, «wee-ummma-weh», y, claro, Cesar Romero le dispara al monstruo justo antes de que descuartice, extremidad a extremidad, a la chica de las tetetonas, que es bueno en ese momento, pero esa noche, cuando el monstruo regresa, el* triceratops *regresa, está en su armario, porque incluso a las cuatro él entiende que, algunas veces, su armario no es su armario, que su puerta se puede abrir en distintos lugares en los que hay cosas peores a la espera.*

Empieza a chillar, por la noche puede chillar, y la señora Greta Shaw entra en la habitación. Se sienta al borde de la cama, con la cara cubierta con un mejunje de belleza de color gris azulado, parece un fantasma, y le pregunta qué te pasa 'Bama y él puede contárselo. Jamás se lo habría contado ni a su padre ni a su madre, si hubieran estado allí para empezar, que no estaban, pero se lo puede contar a la señora Shaw porque aunque no es muy distinta al resto de

personas que se encargan de él —las niñeras, las canguros, las cuidadoras, las profesoras—, es diferente, suficientemente diferente para poner sus dibujos en la nevera con los imanes pequeñitos, para marcar la diferencia, para preservar el buen juicio de un niño bobalicón, digamos aleluya, digamos no nos encontramos perdidos, digamos amén.

Ella escucha todo lo que él tiene que decir, asintiendo en silencio, y lo hace decir tri-CER-a-TOPS hasta que logra decirlo bien. Decirlo bien es mejor. Y luego ella dice: «Esas cosas fueron reales antes, pero se extinguieron hace millones de años, 'Bama. Puede que hace más tiempo. No me molestes más, porque tengo que dormir».

Jake mira Atlantis *en* Million Dollar Movie *todos los días de esa semana. Todas las veces que la ve, le asusta un poco menos. Una vez, la señora Greta Shaw entra y ve parte de la película con él. Le lleva la merienda, un gran cuenco de bizcocho hawaiano (también uno para ella) y le canta su maravillosa cancioncilla: «Un tentempié de pitiminí, un poco para ti y un poco para mí, mermelada de mora y té de mora, ¡sí!». Por supuesto no hay moras en el bizcocho hawaiano, y se toman lo que queda de mosto Welch's para acompañar en lugar de té, pero la señora Greta Shaw dice que la intención es lo que cuenta. Le ha enseñado a decir* Arriba al centro y p'adentro *antes de beber, y a chocar los vasos. Jake cree que es lo más de lo más, lo más molón.*

Muy pronto llegan los dinosaurios. 'Bama y la señora Greta Shaw están sentados uno junto a otro, comiendo bizcocho hawaiano y mirando cómo uno de los grandes (la señora Greta Shaw dice que es un Tiranosorbete Egs) se come al explorador malo. «Dinosaurios de mentira —dice con desdén la señora Greta Shaw—. ¿No crees que podrían hacerlo mejor?». Por lo que a Jake respecta, esa es la crítica cinematográfica más inteligente que ha escuchado en toda su vida. Inteligente y útil.

Al final sus padres regresan. Sombrero de copa *es la película de pase semanal en* Million Dollar Movie *y las noches de terror del pequeño Jackie jamás se mencionan. Al final olvida su miedo a los triceratops y al Tiranosorbete.*

En ese momento, tumbado entre la verde y alta hierba y echando un vistazo al neblinoso claro desde detrás de las hojas de un helecho, Jake descubrió que algunas cosas nunca se olvidaban.

«Cuidado con la trampa de la mente», había dicho Jochabim, y mirando hacia abajo, en dirección al tambaleante dinosaurio —un triceratops animado en una jungla de verdad, como un sapo imaginario en un jardín real—, Jake se dio cuenta de que ya había llegado. Esa era la trampa de la mente. El triceratops no era real, pese a lo terrible de sus rugidos, pese a que Jake pudiera incluso olerlo —la vegetación pudriéndose en los blandos pliegues en los que sus rechonchas piernas se unían al vientre, la mierda pegada a su enorme culo acorazado, el incansable rumiar entre sus mandíbulas acabadas en colmillos— y escuchase sus jadeos. No podía ser real, era un dibujo animado, ¡por el amor de Dios!

Y, con todo, sabía que era lo bastante real como para matarlo. Si bajaba hasta allí, el triceratops de pega lo desmembraría, como habría hecho con la Daisy Mae de las tetetonas si Cesar Romero no hubiera aparecido a tiempo para meterle una bala en el único lugar vulnerable de ese ser, con su escopeta de caza mayor. Jake se había deshecho de la mano que había intentado tontear con los controles del motor —había cerrado de golpe todas esas puertas, con tanta fuerza que había cercenado los entrometidos dedos de esa mano—, pero esto era distinto. No bastaba con cerrar los ojos e irse; era un monstruo real que su traicionera mente había creado, y podía descuartizarlo de verdad.

Tampoco había ningún Cesar Romero por allí para evitar que ocurriese. Ni tampoco estaba Roland.

Solo estaban los hampones, siguiendo a toda prisa su rastro y acercándose minuto a minuto.

Como para hacer hincapié en ese aspecto, Acho echó un vistazo al camino por el que habían llegado y lanzó un ladrido en un tono muy agudo.

El triceratops lo escuchó y rugió como respuesta. Jake esperó que Acho retrocediera apoyándose en él al escuchar el portentoso sonido, pero Acho siguió mirando hacia atrás, colocado a espaldas de Jake. Eran los hampones lo que preocupaba a Acho, no el triceratops que tenían debajo ni el Tiranosorbete Egs que podría aparecer a continuación, ni…

«Porque Acho no lo ve», pensó Jake.

Coqueteó con esa idea y no podía quitársela de la cabeza. Acho no lo había olido ni lo había escuchado. La conclusión era inevitable: para Acho, el terrible triceratops en la poderosa jungla de allá abajo no existía.

«Lo que no cambia el hecho de que sí existe para mí. Es una trampa que se tendió para mí, o para cualquiera que posea una imaginación que pudiera caer en ella. Es un aparato del Pueblo Antiguo, sin duda. Es una lástima que no esté estropeado como casi todo lo demás. Veo lo que veo y no puedo hacer nada al respecto…».

No, un momento.

Espera un segundo.

Jake no tenía ni idea de lo buena que era en realidad su conexión mental con Acho, pero se le ocurrió que no tardaría en averiguarlo.

—¡Acho!

Las voces gritonas de los hampones se escucharon en ese momento terriblemente cercanas. No tardarían en ver al muchacho y al brambo, parados allí, y se lanzarían a la carga. Acho los olía acercándose, aunque miraba a Jake con bastante tranquilidad. A su amado Jake, por quien moriría si tuviera que hacerlo.

—Acho, ¿puedes sustituirme?

Resultó que sí podía.

OCHO

Acho se irguió con Ake en brazos, tambaleándose hacia atrás y hacia delante, horrorizado por el descubrimiento del ínfimo equilibrio del muchacho. La idea de andar, aunque fuera una corta distancia, solo con dos piernas era terriblemente intimidante; aun así, habría que hacerlo. Y habría que hacerlo sin más dilación.

Por su parte, Jake sabía que tendría que haber cerrado los ojos que había tomado prestados y a través de los que estaba mirando. Estaba en la cabeza de Acho, pero todavía veía al triceratops; ahora también veía a un terodáctilo que surcaba el cálido cielo por encima del claro, con sus curtidas alas extendidas para aprovechar las corrientes ascendentes de aire caliente de los renovadores de aire.

«¡Acho! Tienes que hacerlo tú solo. Y si tenemos que seguir delante de ellos tienes que hacerlo ahora».

«¡Ake!», respondió Acho, y dio un paso de prueba hacia delante. El cuerpo del chico se tambaleó de un lado para otro, hasta perder prácticamente el equilibrio y luego continuó. El estúpido cuerpo bípedo de Ake se tambaleó hacia

los lados. Acho intentó evitar la caída, pero lo único que consiguió fue tambalearse más, se cayó hacia el lado derecho y golpeó la peluda cabeza de Ake.

Acho intentó ladrar de frustración. Lo que salió de la boca de Ake fue algo estúpido, que fue más parecido a una palabra que a un sonido: «Guá, ¡au!, ¡mierda!, guau».

—Lo he escuchado —gritó alguien—. ¡Corred! Venga, paso ligero, ¡inútiles hijos de puta! ¡Antes de que ese pequeño bastardo salga por la puerta!

El oído de Ake no era muy agudo, pero, gracias a que las paredes embaldosadas magnificaban el sonido, eso no fue ningún problema. Acho pudo escuchar las pisadas aceleradas.

«¡Tienes que levantarte y salir corriendo! —intentó gritar Jake, y lo que le salió en cambio fue una frase ladrada e incomprensible—: ¡Ake, Ake, tate y riendo!». En otras circunstancias podría haber resultado divertido, pero no en esa situación.

Acho se levantó apoyando la espalda de Ake contra la pared e impulsándose hacia arriba con las piernas de Ake. Al final se había hecho con los controles del motor; estaban en un lugar que Ake llamaba *Dogan* y el funcionamiento era bastante simple. Sin embargo, a su izquierda había un pasillo de arcos que conducía a una enorme sala llena de maquinaria brillante como un espejo. Acho sabía que si se metía en ese lugar —la cámara en la que Ake guardaba todos sus pensamientos maravillosos y su reserva de palabras—, estaría perdido para siempre.

Por suerte, no tuvo que hacerlo. Todo lo que necesitaba estaba en el Dogan. Pie izquierdo… hacia delante. (Y pausa). Pie derecho… hacia delante. (Y pausa). Agarra la cosa que parece un bilibrambo, pero que en realidad es tu amigo, y utiliza el otro brazo para mantener el equilibrio. Resístete a la necesidad de ponerte a cuatro patas y gatear. Los perseguidores te alcanzarán si lo haces; ya no puede olerlos (no con la estúpida naricilla de Ake), pero está seguro de ello.

Por su parte, Jake puede olerlos con intensidad inconfundible, son al menos una docena y puede que hasta dieciséis. Sus cuerpos eran máquinas perfectas de fabricar peste y su hedor llegaba antes que ellos en una asquerosa nube. Olía los espárragos que uno de ellos había comido; olía la peste sustanciosa y rancia del cáncer que se estaba desarrollando en otro, seguramente en la cabeza, aunque luego le pasaría a la garganta.

A continuación volvió a escuchar el rugido del triceratops. Este recibió la

respuesta de un ser volador que surcaba el aire.

Jake cerró los ojos; bueno, cerró los ojos de Acho. En la oscuridad, el movimiento tambaleante del brambo empeoró. A Jake le preocupaba que si tenía que aguantar mucho (sobre todo con los ojos cerrados), vomitaría hasta la primera papilla. ‘Bama el marino mareado soy.

«Adelante, Acho —pensó—. Ve lo más rápido que puedas. No vuelvas a caerte, pero… ¡Ve lo más rápido que puedas!».

NUEVE

Si Eddie hubiera estado allí, se podría haber acordado de la señora Mislaburski, que vivía al final de la calle: la señora Mislaburski en febrero, después de una tormenta de aguanieve, cuando la acera estaba congelada por el hielo y todavía no habían echado sal. Con hielo o sin hielo, nadie evitaría que comprara su chuleta fresca o un poco de pescado en el mercado de Castle Avenue (ni que fuera a misa el domingo, porque la señora Mislaburski quizá fuera la católica más devota de Co-Op City). Así que ahí llegaba, con las piernotas separadas, con medias de calceta de color rosa chicle, con el monedero apretado bajo el brazo, apoyado en su inmenso busto, y el otro libre para mantener el equilibrio, con la cabeza gacha, los ojos buscando las islas de ceniza, aparecidas gracias a la labor del portero responsable de algún edificio, que ya había salido a la calle (Jesús, María y José, Dios bendiga a esos buenos hombres). También buscaba partes traicioneras de la acera que pudieran ponerla en peligro, que la enviarían a la luna separándole las enormes rodillas rosas, y caería al suelo sobre el trasero, o se daría en la espalda, una mujer podría romperse la columna, una mujer podría quedar paralítica como la pobre hija de la señora Bernstein, que se vio implicada en el accidente de coche de Mamaroneck, esas cosas ocurrían. Así que no hacía caso de los silbidos de los niños (Henry Dean y su hermano pequeño, Eddie, siempre estaban entre ellos) y seguía su camino, con la cabeza gacha, el brazo estirado para mantener el equilibrio, con el tenaz bolso negro de vieja enrollado y apoyado contra la cintura, con la determinación de que, si salía disparada hacia la luna, protegería su bolso y su contenido a cualquier precio, aunque tuviera que abalanzarse sobre él como Joe Namath al caer sobre el balón después de un saque.

Así que Acho de Mundo Medio llevaba caminando el cuerpo de Jake por el tramo de pasillo subterráneo que se parecía (al menos, a él se lo parecía) bastante a todos los demás. La única diferencia que él apreciaba eran los tres agujeros a cada lado, unos enormes ojos de cristal que los observaban, unos ojos que emitían un zumbido grave y constante.

En sus brazos llevaba algo que parecía un brambo con los ojos bien cerrados. Si hubieran estado abiertos, Jake se habría dado cuenta de que esas cosas eran cañones de proyección. Aunque era probable que ni siquiera los hubiera visto.

Caminando con lentitud (Acho sabía que los perseguidores estaban cada vez más cerca, aunque también sabía que caminar despacio era mejor que caerse), con las piernas separadas y arrastrándolas, mientras sostenía a Ake pegado al pecho, como la señora Mislaburski cogía el bolso los días de helada, logró pasar por delante de los ojos de cristal. El zumbido remitió. ¿Estaban lo bastante lejos? Eso esperaba. Caminar como un humano era demasiado difícil, demasiado exasperante. También lo era estar tan cerca del mecanismo de pensamiento de Ake. Sentía la necesidad de volverse y mirar —¡todas esas superficies de espejos brillantes!—, pero no lo hizo. Mirar podría haber provocado la hipnosis. O algo peor.

Se detuvo.

—¡Jake! ¡Mira! ¡Fíjate!

Jake intentó contestar «vale», pero le salió un ladrido. Fue bastante divertido. Abrió los ojos con cautela y vio paredes embaldosadas a ambos lados. Había hierba y pequeños ramilletes de helecho que brotaban de ella, parecían bastante reales, pero eran baldosas. Era un pasillo. Miró hacia atrás y vio el claro. El triceratops los había olvidado. Estaba enzarzado en una batalla a muerte con el Tiranosorbete, una escena que recordaba con total claridad de *Atlantis*. La chica tetetona observaba la batalla desde el cobijo de los brazos de Cesar Romero y, cuando el Tiranosorbete de pega había cerrado su bocaza sobre la cara del triceratops con un mordisco letal, la chica había hundido su propia cara en el varonil pecho de Cesar Romero.

—¡Acho! —ladró Jake, pero el ladrido se le quedaba corto y cambió al pensamiento.

«¡Vuelve a cambiar de lugar conmigo!».

Acho estaba ansioso por obedecer —jamás había deseado algo con tantas ganas—, pero antes de que pudieran realizar el cambio, los perseguidores los localizaron.

—¡Allistán! —gritó el que tenía acento de Boston; el que había proclamado que el padre estaba *dinnah*—. ¡Allistáaan! ¡A por ellos! ¡Disparadles!

Y, cuando Acho y Jake cambiaron sus mentes a los cuerpos correspondientes, las primeras balas empezaron a cruzar el aire en torno a ellos como dedos que chascaban.

DIEZ

El tipo que iba en cabeza de los perseguidores era un hombre llamado Flaherty. De los diecisiete que formaban la partida, él era el único hum. Los demás, salvo uno, eran hampones y vampiros. El último era un taheen con la cabeza de un armiño inteligente y un par de enormes y peludas patas, que salían como protuberancias de unos pantalones cortos. Bajo las piernas tenía unos pies estrechos que terminaban de forma abrupta en afiladas espinas. Una sola patada de uno de los pies de Lamla podía partir por la mitad a un hombre adulto.

Flaherty —criado en Boston, y que durante los pasados veinte años había sido uno de los hombres del Rey en una veintena de Nueva Yorks de finales del siglo XX— había reunido a su partida lo más rápido que había podido, con una exasperante agonía de miedo y furia. «Nada entra en el Pig». Eso había sido lo que Sayre le había dicho a Meiman. Y nada que entrara, en ninguna circunstancia, tenía permiso para salir. Esa afirmación era doblemente cierta para el pistolero o para cualquiera de su ka-tet. Su intromisión hacía tiempo que había superado la condición de mera molestia, y era inadmisible que eso llegara a oídos de la élite. No obstante, Meiman, a quien sus contados amigos llamaban el Canario, estaba muerto, y el crío había conseguido, de alguna forma, evitarlos. Un crío, ¡por el amor de Dios! ¡Un puto crío! Pero ¿cómo sabrían si esos dos tenían un tótem tan poderoso como esa tortuga? Si esa maldita cosa no hubiera caído bajo una de las mesas, podría seguir reteniéndolos.

Flaherty sabía que era cierto, pero también sabía que Sayre jamás lo aceptaría como argumento válido. No, estaría muerto mucho antes, y los demás también. Desparramados en el suelo con los bichos matasanos atracándose con su sangre.

Era fácil decir que el crío no podría ir más allá de la puerta, que no sabría —era imposible— ninguna de las contraseñas que la abrían, pero Flaherty ya no se fiaba de esas ideas, pese a lo tentadoras que fueran. Estaba todo perdido, y el

hum sintió una creciente sensación de alivio cuando vio al crío con su amiguito peludo detenido más adelante. Varios miembros de la partida le dispararon, pero fallaron. A Flaherty no le sorprendió. Había una especie de zona verde entre el crío y ellos, una puta parte de jungla bajo la ciudad, eso es lo que parecía, y se estaba levantando la niebla, lo que dificultaba el tiro. Además de unos ridículos dinosaurios de pega. Uno de ellos levantó la cabeza empapada de sangre y les rugió, al tiempo que apoyaba sus diminutas zarpas delanteras sobre el escamoso pecho.

«Parece un dragón», pensó Flaherty y, ante sus ojos, el dinosaurio se convirtió en un dragón. Rugió y escupió un chorro de fuego que prendió varias enredaderas colgantes y una maraña de musgo. Mientras tanto, el crío había vuelto a ponerse en marcha.

Lamla, el taheen con cabeza de armiño, se abrió camino hasta situarse en primera fila y levantó uno de sus mugrientos puños hacia la frente. Flaherty le devolvió el saludo con impaciencia.

—¿Qué tá pasando ahí, Lam? ¿Lo sabes?

Flaherty nunca había estado debajo del Pig. Cuando iba de viaje de negocios, siempre era entre los Nueva Yorks, lo que suponía utilizar o bien la puerta de la calle Cuarenta y siete, entre la Primera y la Segunda, la que está en la ferretería siempre vacía de Bleecker Street (solo que en algunos mundos era un edificio medio ocupado), o bien la de la puerta en el barrio residencial de la calle Noventa y cuatro. (La última no funcionaba gran parte del tiempo y, por supuesto, nadie sabía cómo arreglarla). Había otras puertas en la ciudad —Nueva York estaba plagado de portales a otros dondes y otros cuandos—, pero esas eran las únicas que funcionaban.

Y la que llevaba a Fedic, claro. La que tenían delante.

—S’un hacedor de milagros —dijo el ser con aspecto de armiño. Tenía una estruendosa voz de timorato, distaba bastante de ser humana—. Sa máquina sinventa lo que te da miedo y lo hace real. Sayre la enchufó cuando su tet y él pasaron con la jilly de piel negra. Para seguirles el rastro, si te consta.

Flaherty asintió. Una trampa mental, ¡muy inteligente! Aunque, en realidad, ¿qué utilidad tenía? De alguna forma, ese mocoso de mierda había logrado librarse, ¿no?

—Sea lo que sea que ha visto el crío se convertirá en lo que nosotros tememos —dijo el taheen—. Funciona en la imaginación.

«Imaginación». Flaherty se aferró a la palabra.

—Ta bien. Me da igual lo que veáis, diles que pasen.

Levantó un brazo para dar la orden de seguir adelante a sus hombres, bastante aliviado por lo que Lam le había dicho. Porque tendrían que presionar a la presa, ¿verdad? Sin duda alguna, Sayre (o Walter o' Dim, que era incluso peor) mataría a todos los hombres que no lograran detener al mocoso. Flaherty sentía verdadero temor por los dragones, eso había que tenerlo en cuenta; les había tenido miedo desde que su padre le había leído un cuento sobre ellos cuando era niño.

El taheen se detuvo antes de poder completar el gesto para indicar que su partida se pusiera en marcha.

—¿Qué ocurre ahora, Lam? —dijo, rezongando.

—No lo entiendes. Lo que hay ahí abajo es lo bastante real como para matarte. Para matarnos a todos.

—Entonces, ¿qué es lo que ves? —No había tiempo para ponerse a hacer preguntas, pero ese siempre había sido el defecto de Conor Flaherty.

Lamla agachó la cabeza.

—No me gusta tener que decirlo. Es bastante malo. La cosa es, sai, que moriremos allí abajo si no nos andamos con cuidado. Alguien normal y corriente creerá que nos da una embolia o un ataque al corazón, pero nos matará lo que veamos ahí abajo. Cualquiera que crea que la imaginación no puede matar es un idiota.

Los demás se habían agrupado detrás del taheen. Estaban intercambiando miradas en el brumoso claro, eran miradas dirigidas hacia Lamla. A Flaherty no le gustaba lo que veía en sus caras, ni un pelo. Matar a uno o dos de los menos dispuestos para acabar con sus miradas sombrías podría restaurar el entusiasmo del resto, pero ¿de qué serviría eso si Lamla tenía razón? Maldito Pueblo Antiguo, ¡siempre dejando sus juguetes tirados por ahí a su paso! ¡Juguetes peligrosos! ¡Cómo le complicaban la vida a un hombre! ¡Mal rayo parta a todos los que queden!

—Entonces, ¿cómo pasaremos? —gritó Flaherty—. Por cierto, ¿cómo coño ha pasado el niñato?

—No tengo ni idea de qué ha hecho ese niñato —respondió Lamla—, pero lo único que tenemos que hacer es disparar a los proyectores.

—¿Qué mierda de proyectores?

Lamla señaló hacia abajo… o al tramo del pasillo, si lo que decía el feo bastardo era cierto.

—Allí —aclaró Lam—. Sé que no los ves, pero confía en mi palabra, están ahí. A ambos lados.

Flaherty seguía mirando con cierta fascinación mientras el claro de la jungla brumosa de Jake seguía cambiando ante sus ojos hasta convertirse en lo más profundo de un oscuro bosque, como en «Érase una vez, cuando todo el mundo vivía en lo más profundo de un oscuro bosque y nadie vivía en otro sitio, un dragón llegó para destruirlo todo».

Flaherty no sabía lo que estarían viendo Lamla y los demás, pero, ante sus ojos, el dragón (que había sido un Tiranosorbete Egs hasta no hacía mucho tiempo) lo destruyó todo, como mandaba el guión, pegando fuego a los árboles y buscando a pequeños niños católicos para zampárselos.

—¡No veo NADA! —le gritó a Lamla—. ¡Creo que te has ido de la puta OLLA!

—Yo he visto cómo los apagan —dijo Lamla con tranquilidad—, y recuerdo dónde estaban. Si me dejas cuatro hombres y ordenas que disparen a ambos lados, no creo que tardemos mucho en darles.

«¿Y qué dirá Sayre cuando le diga que nos hemos cargado a tiros su querida trampa mental? —podría haber dicho Flaherty—. ¿Qué dirá Walter o' Dim, por cierto? Porque lo que está arruinado no se puede reparar. Desde luego no lo pueden reparar los que saben frotar dos palitos para hacer fuego, pero no mucho más».

Podría haberlo dicho, pero no lo hizo. Porque atrapar al chico era más importante que cualquier ajado aparatejo del Pueblo Antiguo, incluso más importante que un objeto tan deslumbrante como la trampa de la mente. Y Sayre era el que la encendía, ¿no? ¡Digamos ea! ¡Si había que dar explicaciones, que las diera Sayre! ¡Que fuera él quien se pusiera de rodillas delante de los peces gordos y hablara hasta que lo hicieran callar! Mientras tanto, el puto cabrón de mocoso seguía avanzando a la distancia que Flaherty y sus hombres (que habían imaginado recibir honores por acortar la separación con tanta habilidad) habían reducido de forma tan radical. ¡Si al menos uno de ellos hubiera tenido la suerte suficiente de darle al chico cuando él y su pequeña bola de pelo estaban a la vista! Ah, ¡pero una cosa es lo que se desea, y otra es la puta realidad!

—¡Dadme vuestros mejores tiros! —dijo Flaherty con su acento de Back Bay y John F. Kennedy—. Dadle.

Lamla ordenó a tres hampones y a un vampiro que montasen guardia, puso a dos a cada lado y habló con ellos a toda prisa en otra lengua. Flaherty reunió a

un par de individuos, que ya habían estado abajo y que, al igual que Lam, recordaban lo de los proyectores escondidos en las paredes.

Mientras tanto, el dragón de Flaherty —o, mejor dicho, el dragón de su papi — seguía destruyéndolo todo en lo más profundo del oscuro bosque (la jungla había desaparecido por completo) y prendiéndole fuego a todo.

Al final —aunque a Flaherty le pareció un momento muy largo, fueron seguramente menos de treinta segundos—, los tiradores de primera empezaron a disparar. De forma casi inmediata, tanto el bosque como el dragón palidecieron ante los ojos de Flaherty, se convirtieron en algo parecido al metraje sobreexpuesto de una película.

—¡Ese es uno de esos capullos! —gritó Lamla con una voz que desafortunadamente sonaba a ovina cuando se elevaba de volumen—. ¡Fuego a discreción, a discreción por la gloria de vuestros padres!

«La mitad de esta pandilla jamás ha tenido padre», pensó Flaherty con aire taciturno. Luego se oyó claramente el ruido de cristales rotos y el dragón se quedó paralizado en el sitio, con columnas de fuego que le salían de la boca y el hocico, así como de las branquias laterales de su cuello acorazado.

Envalentonados, los tiradores de primera empezaron a disparar más deprisa y, unos segundos más tarde, el claro y el dragón paralizado habían desaparecido. Donde habían estado no había más que un pasillo embaldosado, con las marcas de los que acababan de pasar dibujadas sobre el polvo. A ambos lados estaban los cañones de proyección hechos añicos.

—¡Está bien! —gritó Flaherty tras dedicarle a Lamla un gesto de asentimiento como aprobación—. ¡Ahora vamos a por el crío, y vamos a hacerlo a paso ligero, y vamos a pillarlo, y vamos a traerlo de vuelta con la cabeza ensartada en una estaca! ¿Estáis conmigo?

Expresaron su acuerdo con un rugido salvaje, ninguno más potente que el de Lamla, cuyos ojos brillaban con el mismo torvo amarillo anaranjado del aliento del dragón.

—Entonces ¡bien! —soltó Flaherty y cantó con bronquedad una melodía que cualquier marino de una plataforma de perforación habría reconocido—: «Nos da igual lo lejos que huyas…».

—NOS DA IGUAL LO LEJOS QUE HUYAS —vociferaron mientras trotaban en filas de cuatro por el lugar donde había estado la jungla de Jake. Sus pies machacaban los cristales hechos añicos.

—¡Te cogeremos, no te saldrás con la tuya!

—¡TE COGEREMOS, NO TE SALDRÁS CON LA TUYA!

—Puedes huir a Cain o a Lud…

—¡PUEDES HUIR A CAIN O A LUD!

—Nos comeremos tus huevos y nos beberemos tu sangre, aunque no quieras tú.

Gritaron como contestación y Flaherty apretó un poco más el paso.

ONCE

Jake los escuchó acercarse nuevamente, ven, ven, commala. Escuchó que prometían comerse sus huevos y beberse su sangre.

«Fantasmadas, fantasmadas, fantasmadas», pensó, pero intentó, de todas formas, correr más deprisa. Se asustó al ver que no podía. Hacer el cambio de mente con Acho lo había dejado bastante agotad…

No.

Roland le había enseñado que el autoengaño no era otra cosa que orgullo disfrazado, una complacencia que debía evitarse. Jake había hecho lo mejor posible para seguir su consejo y, como resultado, admitió que «estar cansado» ya no servía para describir su situación. El picor que tenía en el costado se había convertido en unos colmillos que se le hundían en la axila. Sus perseguidores estaban más cerca; también sabía por la cadencia de su cántico que estaban recuperando la distancia que habían perdido. Pronto volverían a dispararles, a Acho y a él, y, aunque esos hombres disparaban con el culo mientras estaban corriendo, siempre podía haber algunos que tuvieran suerte.

En ese momento vio algo delante de él, algo que bloqueaba el pasillo. Una puerta. Mientras se acercaba a ella, Jake se permitió preguntarse qué haría si Susannah no estuviera al otro lado. O si estuviera al otro lado pero no supiera cómo ayudarlo.

Bueno, Acho y él resistirían, eso era lo que había. No tenían a nadie que los cubriera, no tenía tiempo de emular el paso de las Termópilas en esa ocasión, pero lanzaría platos y cortaría cabezas hasta derribarlos.

Si era necesario.

Puede que no hiciera falta.

A Jake le latía el corazón con fuerza mientras se acercaba a la puerta, sentía la cálida respiración en la garganta —casi ardiendo— y pensó: «No pasa nada.

De todas formas, no podría haber llegado mucho más lejos».

Acho llegó primero. Puso las zarpas delanteras sobre la fustánima y levantó la vista como para leer las palabras impresas en la puerta y el mensaje que resplandecía bajo las mismas. A continuación, volvió a mirar a Jake, que llegó resollando con una mano apoyada en la axila y los Orizas que le quedaban resonando, pues iban dando tumbos en su bolsa.

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTD.
Nueva York/Fedic

Seguridad máxima
SE REQUIERE CÓDIGO VERBAL DE ENTRADA
ÚLTIMA ALTERNATIVA NÚM. 9

Intentó girar el pomo, aunque no fue más que una formalidad. Cuando el gélido metal se negó a girar con su gesto, Jake no se molestó en volverlo a probar, sino que apoyó los pulpejos contra la madera.

—¡Susannah! —gritó—. ¡Si estás ahí, déjame entrar!

«No, lobo, no te dejo entrar en mi casita, por los pelos de mi barbita», escuchó decir a su padre, y a su madre, con un tono mucho más serio, como si lo de contar cuentos fuera algo que no se toma a broma: «Escuché una mosca zumbar… el día que iba a palmar».


NEW YORK-FEDIC
ENTRY
CODE

No se escuchaba nada del otro lado de la puerta. Detrás de Jake, los cánticos de la partida del Rey Carmesí lo llenaban todo, y cada vez más de cerca.

—¡Susannah! —vociferó, y cuando no hubo respuesta, se volvió, apoyó la espalda contra la puerta (¿acaso no había sabido desde siempre que acabaría justo así, con la espalda contra una puerta cerrada?), y cogió un Oriza con cada mano. Acho se quedó entre sus pies y tenía el pelaje erizado, y la tersa piel aterciopelada de su hocico arrugada para enseñar los dientes.

Jake cruzó los brazos, adoptando la postura de «la carga».

—Venga, venid, bastardos —dijo—. Por Gilead y el Eld. Por Roland, y por Steven. Por Acho y por mí.

Al principio estaba concentrado con demasiada fiereza en morir como tocaba, en llevarse por delante al menos a uno de ellos con él (el tío que le había dicho que el padre había palmado, que estaba dinnah, sería el primero de su lista) y a más, si podía, para darse cuenta de que la voz que estaba escuchando procedía del otro lado de la puerta y no de su mente.

—¡Jake! ¿De verdad eres tú, cielito?

Se le abrieron los ojos como platos. ¡Oh, por favor, que no sea un truco! Si lo era, Jake pensó que no volverían a hacerle otro en su vida.

—¡Susannah, ya llegan! ¿Sabes cómo…?

—¡Sí! Tendría que seguir siendo *chassit*, ¿me has escuchado? Si Nigel está en lo cierto, la palabra tendría que ser *cha.*…

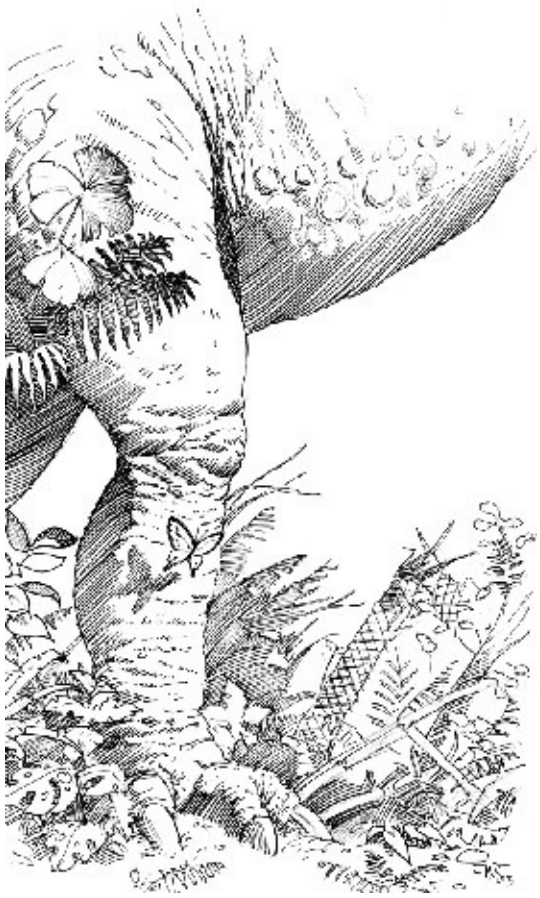
Jake no le dio tiempo a que lo repitiera hasta el final. En ese momento vio que sus perseguidores se acercaban a toda prisa, corriendo a toda pastilla. Algunos blandían sus pistolas mientras disparaban al aire.

—¡*Chassit!* —gritó—. ¡*Chassit*, por la Torre! ¡Ábrete! ¡Ábrete, hija de puta!

Tras su espalda apoyada, la puerta entre Nueva York y Fedic se abrió con un clic. Flaherty, que iba a la cabeza de su partida, vio cómo ocurría, lanzó la blasfemia más rotunda de su vocabulario y disparó una sola bala. Era buen tirador, y toda la fuerza de su voluntad, nada desdeñable, viajó con ese proyectil, era su guía. Sin duda habría penetrado por la frente de Jake, justo encima del ojo izquierdo, le habría llegado al cerebro y habría acabado con su vida, de no ser por la fuerte mano morena que agarró a Jake por el cuello de la camisa en ese mismo instante y tiró de él hacia atrás. Todo esto ocurrió mientras sonaba el pitido estridente de hueco de ascensor que se oye siempre entre los niveles de la Torre Oscura. La bala le pasó zumbando junto a la cabeza en lugar de penetrar en ella.

Acho entró con él al tiempo que ladraba en un tono agudo el nombre de su amigo —«¡Ake! ¡Ake! ¡Ake! ¡Ake!»—, y la puerta se cerró de golpe tras ellos. Flaherty llegó a ella treinta segundos después y la golpeó hasta que le sangraron los puños (cuando Lamla intentó detenerlo, Flaherty lo apartó con tanta ferocidad que tumbó al taheen de un golpe), pero no había nada que pudiera hacer. Aporrear la puerta no servía de nada; blasfemar no servía de nada; nada servía de nada.

En el último momento, el muchacho y el brambo los habían burlado. Así pues, durante un tiempo más, la esencia del ka-tet de Roland permanecería intacta.



CAPÍTULO VI
EN TURTLEBACK LANE

UNO

Contemplad este lugar, os lo ruego, y contempladlo bien, pues es uno de los más bellos espacios que todavía quedan en Estados Unidos.

Os enseñaré una acogedora vía de tierra, que recorre una cresta montañosa de curvas pronunciadas y alberga un bosque frondoso. Sus extremos norte y sur llegan a la Ruta 7 y están separados por once kilómetros de distancia. Justo al oeste de esa cresta, como el engarce de un joyero, hay un hoyuelo de un verde intenso en el paisaje. En su base —la piedra del engarce— está el lago Kezar. Como todos los lagos de montaña, este puede mudar de aspecto al menos una docena de veces en el transcurso de un mismo día, porque su clima es más que caprichoso; si dijéramos que es un clima prácticamente chiflado, no estaríamos mintiendo. Los oriundos estarán encantados de contaros sobre ventiscas heladas que llegaron a esta parte del mundo en una ocasión, a finales de agosto (eso ocurrió en 1948), y una vez los azotó el Cuatro de Julio (en 1959). Se mostrarán incluso más ufanos a la hora de hablaros sobre el tornado que llegó en enero de 1971, pasó arrasando la superficie helada, succionó la nieve y creó una ventisca de pequeña escala, cuyos truenos retumbaban en su epicentro. Resulta difícil de creer que haya un clima tan enloquecido, pero, si no me creéis, podéis hacerle una visita a Gary Barrer; tiene las fotos que lo demuestran.

En la actualidad, el lago en la base del hoyuelo es más negro que un pecado, no solo refleja las columnas de nubarrones que se agolpan sobre él, sino que amplifica su atmósfera. Cada cierto tiempo, una esquirla de plata golpea contra ese hielo con aspecto de obsidiana cuando los rayos caen como cuchillos desde

las nubes. El estruendo de los truenos surca el firmamento de oeste a este, como las ruedas de una ciclópea biga de piedra que avanza por un pasadizo del éter. Los pinos, los robles y los abedules permanecen quietos, y el mundo en su totalidad contiene la respiración. Todas las sombras han desaparecido. Los pájaros han enmudecido. En el cielo, otra de esas cuádrigas gigantescas avanza con solemnidad, y a su paso —¡escuchad!— se escucha un motor. No mucho después, el polvoriento Ford Galaxie de John Cullum aparece con el impaciente rostro de Eddie Dean al volante y los faros delanteros brillando en la oscuridad, que se presenta de forma prematura.

DOS

Eddie abrió la boca para preguntar a Roland hasta dónde iban a llegar, aunque sin duda lo sabía. El extremo sur de Turtleback Lane estaba indicado por una señal con un enorme uno pintado de negro. Cada uno de los caminitos de entrada a las casas que llegaban hasta el lago de la izquierda tenían un número mayor. El agua se vislumbraba a través de los árboles, pero las casas quedaban más abajo, en la ladera, y les tapaban la vista. A Eddie le parecía saborear el olor a ozono y a lubricante con cada bocanada de aire que inspiraba, y en dos ocasiones se toqueteó los pelillos de la nuca con la seguridad de que estarían erizados. No lo estaban, pero saberlo no variaba la sensación de nerviosismo y embrujamiento, de euforia que no paraba de recorrerle todo el cuerpo, aligerándole el plexo solar como un cortocircuito sobrecargado y se extendía desde allí. Era la tormenta, por supuesto; resulta que era una de esas personas que perciben su aproximación en las terminaciones nerviosas. Aunque jamás había sentido aproximarse una tormenta con la intensidad de esta.

«No es solo por la tormenta, y tú lo sabes».

No, por supuesto que no. Aunque sabía que, en cierta forma, todos esos voltios salvajes podrían haber facilitado su contacto con Susannah. Iba y venía como las emisiones que llegan de estaciones de radio lejanas por la noche, pero como se habían encontrado con

(Vos, hijo de Roderick, vos mimado, vos perdido)

Chevin de Chayven, se había vuelto mucho más intensa. Pues, toda esa parte de Maine era rala, según intuía, y estaba cerca de muchos mundos. Al igual que su ka-tet volvía a aproximarse a la totalidad. Puesto que Jake estaba con

Susannah, y los dos parecían estar lo bastante seguros de momento, con una sólida puerta entre ellos y sus perseguidores. Aunque había algo por delante de ellos dos también; algo que Susannah o bien no quería hablar o bien no tenía claro. Aun así, Eddie había percibido el terror de ella por eso y el miedo de que pudiera volver, y creyó saber de qué se trataba: el bebé de Mia. Que también había sido de Susannah en una forma que él no llegaba a entender del todo. Por qué una mujer armada debería tener miedo de un niño, Eddie no lo entendía, pero estaba seguro de que si era así, debía haber una buena razón para ello.

Pasaron por delante de una señal que decía FENN, 11 y de otra que decía ISRAEL, 12. Luego llegaron a una curva y Eddie pisó el freno del Galaxie, lo que hizo que el coche se detuviera con brusquedad y levantando una nube de polvo. Aparcó en el arcén junto a una señal que decía BECKHARDT, 13. Allí había una ranchera Ford que les sonaba y un hombre, que les sonaba incluso más, apoyado con aire despreocupado en la oxidada parte trasera, vestido con unos vaqueros con el dobladillo a la vista y una camisa azul de algodón, planchada y abotonada hasta el cuello con papada y bien rasurado. También llevaba una gorra de los Red Sox de Boston, ladeada solo un poco, lo que le daba un aire de estar pensando: «Te tengo calado, colega». Fumaba en pipa, el humo azulado se elevaba y parecía quedar suspendido en torno a su rostro marcado y de buen talante en la atmósfera de ansia previa a la tormenta.

Eddie vio todo esto con la claridad de sus nervios amplificados, consciente de que estaba sonriendo como uno es consciente cuando se encuentra con un viejo amigo en un lugar inesperado: en las pirámides de Egipto, en el mercado del antiguo Tánger, o tal vez en una isla en la costa de Formosa, o en Turtleback Lane, en Lovell, en una tarde tormentosa del verano de 1977. Y Roland también estaba sonriendo. ¡El viejo, alto y feo… sonriendo! Por lo visto no ganaban para sorpresas.

Bajaron del coche y se acercaron a John Cullum. Roland se llevó un puño a la frente y dobló ligeramente una rodilla.

—¡Salve, John! ¡Te veo muy bien!

—Y que lo digas, también te veo bien —respondió Cullum—. Claro como el día. —Esbozó un saludo por encima de la visera de su gorra y sobre la maraña de sus cejas. Luego inclinó la barbilla en dirección hacia Eddie—. Joven.

—Largos días y placenteras noches —respondió Eddie, y se llevó los nudillos a la frente. No pertenecía a ese mundo, ya no, y era un alivio dejar de

fingir lo contrario.

—Qué bonito eso que has dicho —comentó John. Añadió—: Os he ganado. Me daba la impresión de que podría.

Roland echó un vistazo al bosque, a ambos lados del camino, y a la masa de oscuridad creciente que se acumulaba en el cielo.

—No creo que este sea el lugar… —En su voz había un leve toque de interrogación.

—No, no es el lugar donde uno querría acabar —accedió John, dándole una calada a su pipa—. Yo he muerto donde a uno le gustaría acabar al entrar y os diré algo: si queréis garlar, será mejor que lo hagamos aquí y no allí. Cuando subes, no puedes hacer más que quedarte boquiabierto. De verdad, no he visto ni una pizca de ese lugar. —Por un instante, el rostro se le iluminó como la cara de un niño que ha atrapado a su primera luciérnaga en un tarro y Eddie entendió que todo lo que decía era cierto.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué hay allá arriba? ¿Visitantes? ¿O es una puerta? —Se le ocurrió la idea… y luego lo obsesionó—. Es una puerta, ¿verdad? ¡Y está abierta!

John empezó a sacudir la cabeza, luego dio la impresión de que lo reconsideraba.

—Podría ser una puerta —dijo, prolongando la palabra hasta que se convirtió en algo sensual, como un suspiro al final de una larga y dura jornada: pueeertaaa —. No parece exactamente una puerta, pero… ¡y que lo digas! Podría ser una puerta. ¿En algún lugar de esa luz? —Fue como si calculara—. Y qué lo digas. Pero creo que queríais garlar, y si subimos a Cara Laughs, no habrá garla, lo único que habrá seréis vosotros dos con la boca abierta. —Cullum echó la cabeza hacia atrás y se rio—. ¡Y yo también!

—¿Qué es Cara Laughs? —preguntó Jake.

John se encogió de hombros.

—Hay un montón de tíos con casas en primera línea del lago que le ponen nombre a sus propiedades. Creo que es porque pagan una pasta por ellas, y quieren algo más a cambio. Bueno, sea como sea, Cara está vacía ahora mismo. Es de una familia que se apellida McGray de Washington, pero se la compraron para venderla. Han tenido una mala racha. El tío palmó de un ataque y ella… —Hizo un gesto de empinar el codo.

Eddie asintió en silencio. Había muchas cosas de todo ese asunto de la búsqueda de la Torre que no entendía, aunque había otras cosas que entendía sin

preguntar. Una era que el epicentro de la actividad de los visitantes de esa parte del mundo era la casa en Turtleback Lane que John Cullum había identificado con el nombre de Cara Laughs. Cuando llegaron allí, descubrieron que el número perteneciente a la vivienda que estaba en el camino de la entrada era el diecinueve.

Eddie levantó la vista y vio las nubes de tormenta que avanzaban sin pausa hacia el oeste sobre el lago Kezar. En esa misma dirección se encontraban las Montañas Blancas —a las que llamaban Discordia en un mundo no muy lejos de allí— y el Camino del Haz.

Siempre por el Camino del Haz.

—¿Qué propones tú, John? —preguntó Roland.

Cullum asintió con la cabeza en dirección a la señal que decía BECKHARDT.

—He cuidado la casa de Dick Beckhardt desde finales de los años cincuenta —afirmó—. Es un tipo genial. Ahora está en Washington, haciendo algo con la Administración Carter. —«Caaarteeer»—. Tengo una llave. Creo que podríamos ir hasta allí. El ambiente es cálido y seco, y no creo que haya nadie hasta dentro de mucho tiempo. Vosotros podéis contarme vuestra historia, yo puedo escuchar, que es algo que se me da de maravilla, y luego podemos acercarnos todos a Cara. Yo… yo nunca… —Sacudió la cabeza, se sacó la pipa de la boca, y los miró con un asombro evidente—. Nunca he visto ni una pizca de ese lugar, de veras. Es como si ni siquiera supiera cómo mirarlo.

—Vamos —dijo Roland—. Iremos todos en tu carromóvil, si a bien tienes.

—A bien tengo —respondió John y subió a la parte trasera.

TRES

La casa de montaña de Dick Beckhardt estaba a unos ochocientos metros de donde se encontraban, estaba rodeada de pinos, y resultaba acogedora. Había un antiguo y panzudo calentador en el salón y una alfombra trenzada en el suelo. La pared que daba al oeste estaba acristalada de lado a lado, y Eddie se sintió obligado a quedarse contemplando el paisaje durante un instante, mirando el paisaje, pese a la urgencia de su misión. El lago se había convertido en la sombra de una muerte de ébano que en cierta forma resultaba aterradora; «como el ojo de un muerto viviente», pensó el muchacho, aunque no tenía ni la menor idea de por qué lo había pensado. Le daba la impresión de que, si el viento se levantaba

(como ocurriría con seguridad cuando llegase la lluvia), las olas de blancas crestas alterarían la superficie y sería más fácil contemplarlo. Se esfumaría esa sensación de que te estaba devolviendo la mirada.

John Cullum se sentó a la mesa pulida de madera de pino de Dick Beckhardt, se quitó la gorra y la sostuvo juntando las puntas de los dedos de la mano derecha. Miraba a Eddie y a Roland con seriedad.

—Nos tenemos bien calados para ser unos tipos que no se conocen desde hace mucho, ¡puñeta! —dijo—. ¿No estáis de acuerdo?

Ambos asintieron. Eddie seguía esperando que el viento empezase a levantarse en el exterior, pero el mundo seguía conteniendo la respiración. Podría haber apostado que, cuando estallase, iba a ser una tormenta infernal.

—Los tíos llegan a conocerse así en el Ejército —dijo John—. En la guerra. —«Ejeercito». Y «guerra» sonó con un acento demasiado norteño para resultar llamativo—. Como ocurre a la hora de la verdad, diría yo.

—Sea —accedió Roland—. «Los tiroteos estrechan los lazos», decimos nosotros.

—¿Ah, sí? Sé que tenéis cosas que contarme, pero antes de que empecéis, hay algo que yo tengo que contaros. Y si no os gusta lo que oís, besaré a cualquier marrano, más contento que unas castañuelas.

—¿Cómo? —preguntó Eddie.

—El sheriff del condado, Eldon Royster, se llevó a tres tipos bajo custodia en Auburn hace un par de horas. Parece que estaban intentando saltarse un control en la carretera del bosque y los han pillado. —John se puso la pipa en la boca, cogió una cerilla de madera del bolsillo de la pechera y puso el pulgar en la punta. Sin embargo, durante un instante no la encendió; se limitó a dejarla ahí—. La razón por la que intentaban escapar es porque, al parecer, tenían bastante arsenal —«aaarsenaaal»—. Metralletas, granadas y unas cosas que llaman C-4. Uno de ellos era un tipo que me pareció que habíais mencionado, un tal Jack Andolini. —Y tras decir eso encendió el fósforo de cabeza azul de la marca Diamond Bluetip.

Eddie cayó desplomado en una de las aseñoradas mecedoras de sai Beckhardt, levantó la cabeza hacia el techo y lanzó una risotada en dirección a las vigas. Cuando le hacían cosquillas, pensó Roland, nadie podía reírse como Eddie Dean. Al menos, no desde que Cuthbert Allgood había entrado en el claro.

—¡El guapo de Jack Andolini, con el culo en una trena de pueblo, en el estado de Maine! —dijo—. Que me glaseen ahora mismo y me llamen rosquilla.

Ojalá mi hermano Henry estuviera vivo para verlo.

Entonces Eddie se dio cuenta de que, seguramente, Henry estaba vivo en ese momento; alguna versión de él. Suponiendo que los hermanos Dean existieran en ese mundo.

—Y que lo digas, ya sabía yo que a bien tendrías —dijo John, dirigiendo la llama del fósforo que se ennegrecía con rapidez en la cazoleta de su pipa. Estaba claro que a él también le complacía. Su sonrisa de oreja a oreja era demasiado pronunciada para conseguir que el tabaco prendiera.

—¡Madre mía, madre mía! —dijo Eddie, secándose los ojos—. Eso sí que me alegra el día. Casi me alegra el año.

—Tengo más noticias frescas para vosotros —dijo John—, pero por ahora ya está bien. —La pipa por fin tiraba como a él le gustaba y volvió a arrellanarse, paseando la mirada entre los dos hombres extraños y errantes que había conocido aquel día. Hombres cuyo ka estaba ahora entrelazado con el suyo, para bien o para mal, y en la riqueza o en la pobreza—. Ahora mismo me gustaría escuchar vuestra historia. Y qué es lo que queréis que haga.

—¿Cuántos años tienes, John? —le preguntó Roland.

—No soy tan viejo como para no sacarle lustre al mástil de vez en cuando —contestó John, con algo de frialdad—. ¿Y tú, colega? ¿Cada cuánto tensas la pértiga?

Roland le dedicó una sonrisa: la clase de sonrisa que quería decir «mensaje recibido, ahora vamos a cambiar de tema».

—Eddie hablará por los dos —dijo. Lo habían decidido cuando iban para allá desde Bridgton—. Mi propia historia es demasiado larga.

—No me digas —comentó John.

—Sí te digo —contestó Roland—. Deja que Eddie te cuente su historia, mientras tenga tiempo para hacerlo, y ambos te contaremos lo que queremos que hagas. Luego, si estás de acuerdo, él te dará algo para que se lo lleves a un hombre llamado Moses Carver… y yo te daré otra.

John Cullum pensó en aquello, luego asintió en silencio. Se volvió hacia Eddie.

Eddie respiró hondo.

—Lo primero que tienes que saber es que conocí a este tipo que está aquí en pleno vuelo desde Nassau, las Bahamas, en dirección al aeropuerto Kennedy de Nueva York. En esa época yo estaba enganchado a la heroína, y mi hermano también. Estaba haciendo de contacto para pasar una carga de cocaína.

—¿Y de qué época estaríamos hablando, hijo? —preguntó John Cullum.

—Del verano de 1987.

Observaron la mirada de asombro de Cullum, pero ni una pizca de desconfianza.

—¡Así que venís del futuro! ¡La madre del cordero! —Se inclinó hacia delante a través del perfumado humo de la pipa—. Hijo —dijo—, cuenta tu historia. Y no te dejes ni una puñetera palabra.

CUATRO

A Eddie le costó casi una hora y media, y para ser breve, sí que se saltó algunas cosas que les habían ocurrido. Cuando hubieron terminado, había caído la noche antes de tiempo sobre el lago que tenían a sus pies. Y la amenazadora tormenta seguía sin estallar ni avanzar. De vez en cuando, sobre la casa de montaña de Dick Beckhardt los truenos retumbaban y a veces restallaban con tanta intensidad que todos se sobresaltaban. Un rayo incidió directamente en el centro del angosto lago, e iluminó durante un breve instante toda la superficie con un delicado violeta anacarado. En una ocasión se levantó el viento, lo que hizo que las voces viajasen entre los árboles, y Eddie pensó: «Ahora llega, ahora sí que llega». Pero no llegó. Tampoco ese inminente descanso que se había tomado la tormenta, ni su extraña suspensión, como una espada que cuelga pendida del más delgado de los hilos, lo hizo pensar en el extraño embarazo de Susannah, hacía tiempo concluido. A eso de las siete se fue la luz y John buscó unas velas por los muebles de la cocina mientras Eddie seguía hablando; el Pueblo Antiguo de Paso del Río, la gente loca de la ciudad de Lud, el pueblo aterrorizado de Calla Bryn Sturgis, donde habían conocido a un ex sacerdote que parecía salido directamente de un libro. John colocó las velas sobre la mesa, junto con unas galletas de soda y algo de queso y una botella de té helado de la marca Red Ziger. Eddie concluyó relatando la visita que le habían hecho a Stephen King y le contó que el pistolero había hipnotizado al escritor para que olvidara que habían estado allí, y que habían visto por un instante a su amiga Susannah, y que habían llamado a John Cullum, porque, como Roland había dicho, no había nadie más en esta parte del mundo al que pudieran recurrir. Cuando Eddie se quedó callado, Roland habló de su encuentro con Chevin de Chayven cuando se dirigían hacia Turtleback Lane. El pistolero puso el crucifijo de plata que le

había enseñado a Chevin sobre la mesa, junto al plato con queso, y John toqueteó los finos eslabones de la cadena con la gruesa uña de su dedo pulgar.

Después se quedaron en silencio durante bastante tiempo.

Cuando ya no lo pudo soportar más, Eddie le preguntó al viejo cuidador cuánto se creía de la historia.

—Me lo creo todo —respondió John sin dudarlo—. Tenéis que ocuparos de esa rosa de Nueva York, ¿verdad?

—Sí —respondió Roland.

—Porque eso es lo que mantiene a salvo uno de esos Haces mientras gran parte de los demás han sido destruidos por esos que llamáis telépatas, los Disgregadores.

Eddie estaba sorprendido de la rapidez con que Cullum lo había entendido, aunque tal vez no hubiera razón para sorprenderse. «Los ojos nuevos ven con claridad», le gustaba decir a Susannah. Y había muchas posibilidades de que Cullum fuera uno de esos que los del pelo canoso de Lud llamaban «genioso».

—Sí —respondió Roland—. Dices verdad.

—La rosa cuida del Haz. Stephen King se ocupa de lo otro. Al menos, eso es lo que creéis.

Eddie dijo:

—Habría que vigilarlo, John, tiene algunas malas costumbres, pero en cuanto dejemos este mundo de 1977, no podremos volver jamás ni vigilarlo.

—¿King no existe en ninguno de los otros mundos? —preguntó John.

—No, con casi total seguridad —respondió Roland.

—Y aunque existiera —añadió Eddie—, lo que haga en esos mundos no nos importa. Este es el mundo clave. Este y el mundo del que Roland proviene. Este mundo y ese son gemelos.

Eddie miró a Roland en busca de una confirmación. Roland asintió en silencio y encendió el último de los cigarrillos que John le había dado antes.

—Podría echarle un ojo a Stephen King —dijo John—. Además, no tiene por qué saber que lo estoy haciendo. Lo haré, claro, si es que vuelvo de hacer la puñetera misión que me habéis encomendado en Nueva York. Me he hecho una idea bastante clara de qué va, pero será mejor que me lo dictéis. —Del bolsillo trasero del pantalón se sacó una ajada libreta con las palabras Mead Memo escritas en una tapa verde. Pasó casi todas las hojas, encontró una en blanco, sacó un lápiz del bolsillo de la pechera, chupó la punta (Eddie reprimió un

escalofrío) y los miró con la expectación de cualquier novato en su primer día de instituto.

—Bien, queridos —dijo—, ¿por qué no le contáis al Tío John lo demás?

CINCO

Esta vez, Roland se encargó de gran parte del relato y, aunque tenía menos que decir que Eddie, estuvo media hora hablando, porque lo contó todo con mucha cautela. Cada dos por tres se volvía hacia Eddie para que le echara un cable con alguna palabra o expresión. Eddie ya había visto al asesino y al diplomático que Roland de Gilead llevaba dentro, pero esta era la primera vez que contemplaba al enviado, un mensajero que pretendía dar siempre con la palabra correcta. En el exterior, la tormenta seguía resistiéndose a estallar o a alejarse.

Al final, el pistolero se sentó. Bajo el fulgor amarillo de las velas, su rostro parecía a un tiempo anciano y de un encanto extraño. Al mirarlo, Eddie sospechó, por primera vez, que podría tener más defectos aparte de lo que Rosalita Muñoz llamaba «el chasquido seco». Roland había perdido peso, y las bolsas negras bajo sus ojos auguraban enfermedad. Se bebió un vaso entero de té rojo de un solo trago y preguntó:

—¿Entiendes lo que te he contado?

—Y que lo digas. —Eso fue todo.

—¿Te consta muy bien? —insistió Roland—. ¿Ninguna pregunta?

—Me parece que no.

—Entonces cuéntanosla tú a nosotros.

John había llenado dos hojas de notas con sus garabatos serpenteantes. En ese momento pasó las hojas hacia atrás y hacia delante, y asintió con la cabeza un par de veces. Luego gruñó y metió de nuevo la libreta en el bolsillo. «Puede que sea un tío de pueblo, pero no es para nada un paleto —pensó Eddie—. Y conocerlo no ha sido solo cuestión de suerte; fue porque el ka tenía un buen día».

—Ir a Nueva York —dijo John—. Encontrar a ese tal Aaron Deepneau. Que el tío se mantenga al margen. Convencer a Deepneau de que cuidar la rosa del solar vacío es prácticamente el trabajo más importante del mundo.

—Puedes ahorrarte el prácticamente —puntualizó Eddie.

John asintió con la cabeza, como si eso se diera por supuesto. Cogió la hoja de libreta con el castor en el encabezado y se la metió en su voluminosa cartera.

Entregarle la orden de venta había sido de las cosas más difíciles que Eddie había tenido que hacer desde que la Puerta Ignota lo había succionado para pasar a East Stoneham. Estuvo a punto de recuperarlo de un tirón antes de que desapareciera en la desvencijada y antigua Lord Buxton del cuidador. A Eddie se le ocurrió que entendía mucho mejor, en ese momento, cómo se había sentido Calvin Torre.

—Porque ahora el solar es vuestro, muchachos, la rosa es vuestra —dijo John.

—Ahora la rosa es propiedad de la Tet Corporation —aclaró Eddie—. Una empresa en la que estás a punto de convertirte en vicepresidente ejecutivo.

John Cullum no pareció impresionado con su supuesto nuevo cargo. Dijo:

—Se supone que Deepneau tiene que redactar los estatutos para la constitución de la sociedad y asegurarse de que la Tet es legal. Luego tenemos que ir a ver a ese tal Moses Carver y asegurarnos de que se sube al carro. Esa puede ser la parte más difícil —«la paaarteee más difícil»—, pero lo haremos lo mejor posible.

—Ponte el crucifijo de la Tía en el cuello —sugirió Roland— y cuando te encuentres con sai Carver, enséñasela. Puede costar mucho convencerle de que dices la verdad. Pero primero debes soplarla, así.

Cuando se dirigían allí desde Bridgton, Roland le había pedido a Eddie que pensara en cualquier secreto —sin importar lo trivial o trascendental que fuera— que Susannah y su padrino compartieran. De hecho, Eddie sí conocía un secreto de esas características, y se quedó de piedra al escuchar que Susannah hablaba a través del crucifijo que se encontraba sobre la mesa de madera de pino de Dick Beckhardt.

—Enterramos a Pimsy bajo el manzano, donde podríamos ver caer las flores en primavera —dijo la voz de Susannah—. Y Papi Mose me dijo que no llorase más, porque Dios cree que llorar a una mascota durante tanto tiempo…

En ese punto, las palabras se desvanecieron, convirtiéndose primero en un murmullo y luego en silencio total. Pero Eddie recordaba el resto de la frase y lo repitió en ese momento.

—«… llorar a una mascota durante tanto tiempo es un pecado». —Susannah dijo que Papi Mose le había prometido que podría visitar la tumba de Pimsy de vez en cuando y susurrar: «Sé feliz en el cielo», pero que nunca se lo contara a nadie, porque los sacerdotes no comulgan mucho con la idea de que los animales vayan al cielo. Y ella lo mantuvo en secreto. Yo era el único a quien se lo había

contado jamás—. Eddie, tal vez recordando la confidencia poscoital en la oscuridad de la noche, sonrió con nostalgia.

John Cullum miró el crucifijo, luego levantó la mirada en dirección a Roland, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué es? ¿Una especie de grabadora? Es eso, ¿verdad?

—Es un sigul —dijo Roland con paciencia—. Un sigul que puede ayudarte con Carver, si resulta ser lo que Eddie llama «un tío duro de pelar». —El pistolero sonrió con timidez. La expresión «duro de pelar» le gustaba. La entendía—. Póntela.

Sin embargo, Cullum no se la puso, al menos no de inmediato. Por primera vez desde que habían conocido al viejo —incluido el período en que habían estado en el tiroteo en el Almacén—, parecía verdaderamente desconcertado.

—¿Es mágica? —preguntó.

Roland se encogió de hombros con impaciencia, como para decirle a John que la palabra no tenía un sentido útil en ese contexto, y se limitó a repetir:

—Póntela.

Con cuidado, como si creyera que la cruz de Tía Talitha pudiera ponerse al rojo vivo en cualquier momento y hacerle una buena quemadura, John Cullum hizo lo que le habían ordenado. Agachó la cabeza para mirar el objeto (al hacerlo se le formó una divertida papada doble que le dio aspecto de burgués comilón a su alargada cara de yanqui), y luego se lo metió por dentro de la camisa.

—La madre del cordero —dijo, con mucha cautela.

SEIS

Eddie Dean, consciente de que estaba hablando en ese momento como le habían hablado a él en una ocasión, dijo:

—Repite el resto de la lección, John de East Stoneham, y di verdad.

Cullum se había levantado de la cama esa mañana siendo un mero guardabosques, un cuidador de lo desconocido y lo invisible del mundo. Se metería en la cama esa noche con la posibilidad de convertirse en una de las personas más importantes del mundo, un verdadero príncipe de la Tierra. Si le asustaba la idea, no lo parecía. Quizá no lo hubiera entendido del todo todavía.

Aunque Eddie no lo creía. Ese era el hombre que el ka había puesto en su camino, y no solo era genioso, sino valiente. Si Eddie hubiera sido Walter en ese

momento (o Flagg, como Walter se hacía llamar en algunas ocasiones), pensó que podría haber temblado.

—Bueno —dijo John—, no os importa ni un pelo quién dirija la empresa, pero queréis que la Tet absorba Holmes, porque, desde ese momento, el trabajo no tendrá nada que ver con fabricar dentífrico, aunque durante un tiempo tiene que seguir pareciendo que sí.

—¿Y qué…?

Eddie no continuó. John levantó una mano nudosa para acallarlo. Eddie intentó imaginar una calculadora científica de Texas Instruments en esa mano y se dio cuenta de que podía, y con bastante facilidad. Qué raro.

—Dame una oportunidad, jovencito, y te lo diré.

Eddie volvió a sentarse, e hizo el gesto de cerrar la cremallera sobre los labios.

—Mantener la rosa a salvo, eso es lo primero. Mantener al plumilla a salvo, eso es lo segundo. Pero después de eso, ese tal Deepneau, el otro tipo, Carver, y yo se supone que tenemos que fundar una de las empresas más poderosas del mundo. Estaremos en el negocio inmobiliario, trabajaremos con… esto… —Sacó la maltrecha libreta verde, la consultó rápidamente, y la volvió a guardar—. Trabajaremos con «desarrolladores de software», signifique lo que signifique, porque ellos serán lo más rompedor en la tecnología del futuro. Se supone que tenemos que recordar tres palabras. —Les puso un visto a cada una—. Microsoft. Microchips. Intel. Y no importa cuánto crezcan, ni lo rápido que crezcan, nuestros tres verdaderos objetivos son los mismos: proteger a la rosa, proteger a Stephen King e intentar joder todas las oportunidades que tengan las otras dos empresas. Una se llama Sombra. Y la otra… —Dudó durante un instante—. La otra es North Central Positronics. Sombra está interesada sobre todo en la propiedad, según vosotros. Positronics… bueno, en ciencia y aparatejos, eso es evidente incluso para mí. Si Sombra quiere un pedazo de la parcela, la Tet intenta adelantarse. Si North Central quiere una patente, intentamos llegar primero, o al menos joderles la oportunidad. Si es necesario, se la damos a un tercero.

Eddie asentía en silencio con gesto de aprobación. Al final no había tenido que decírselo a John, el tío lo había dicho solito.

—Somos los tres mosqueteros desdentados, los Carrozones del Apocalipsis, y se supone que debemos evitar que esos trajeados consigan lo que quieren, con medios legales o ilegales. Los trucos rastreros están del todo permitidos. —John

sonrió de oreja a oreja—. No he ido a la facultad de económicas de Harvard —«facultáaa deconómicas de Haarvaard»—, pero soy capaz de dar un patadón en la entrepierna a cualquiera como el que más.

—Bien —asintió Roland. Empezó a levantarse—. Creo que ha llegado la hora de que nos…

Eddie levantó una mano para detenerle. Sí, quería ir a por Susannah y Jake; no podía esperar a tener a su amor entre los brazos y cubrirle la cara de besos. Le parecía que habían pasado años desde la última vez que la había visto en el Camino del Este en Calla Bryn Sturgis. Aunque no podía irse de allí con tanta facilidad como Roland, que se había pasado la vida siendo obedecido y se había acostumbrado a dar por sentada la lealtad hasta la muerte de completos desconocidos. Lo que veía Eddie al otro lado de la mesa de Dick Beckhardt no era otro medio más para alcanzar su fin, sino un yanqui, un norteño independiente que era tozudo e inteligente como un látigo… aunque, en realidad, era demasiado mayor para lo que le estaban pidiendo. Y hablando de ser demasiado mayor, ¿qué había de Aaron Deepneau, el Niño de la Quimioterapia?

—Mi amigo quiere irse y yo también —dijo Eddie—. Nos quedan kilómetros por recorrer.

—Lo sé. Se te ve en la cara, muchacho. Como una cicatriz.

Eddie estaba fascinado por el concepto del deber y el ka como algo que había dejado huella, algo que podía parecer supletorio a los ojos de algunos y una deformación a ojos de otros. En el exterior, los truenos restallaban y los rayos destellaban.

—Pero ¿por qué vas a hacerlo? —preguntó Eddie—. Tengo que saberlo. ¿Por qué vas a cargar con todo esto por dos hombres que acabas de conocer?

John lo pensó. En ese momento acarició el crucifijo que llevaba puesto y que llevaría hasta el día de su muerte en el año 1989; el crucifijo que una anciana le había dado a Roland en un pueblo perdido de la mano de Dios. Lo acariciaría de esa misma forma dentro de unos años, mientras estuviera pensando en tomar una importante decisión (la más importante podría haber sido la de interrumpir la relación de la Tet con IBM, una empresa que había demostrado una voluntad siempre creciente de hacer negocios con North Central Positronics) o preparándose para alguna acción de incógnito (el ataque con bombas incendiarias de Sombra Enterprises en Nueva Delhi, por ejemplo, un año antes de morir). El crucifijo le habló a Moses Carver y no volvió a hablar jamás en presencia de Cullum sin importar lo mucho que lo soplara, aunque a veces, al

irse a dormir con él metido en la mano, pensaba: «Esto es un sigul. Esto es un sigul, cielos… es algo que viene de otro mundo».

Si se arrepintió de algo hacia el final (que nada tenía que ver con las jugarretas que había hecho, que fueron rastreras y costaron la vida a más de un hombre), fue de no haber tenido nunca la oportunidad de visitar el mundo del otro lado, que vislumbró una tarde tormentosa en Turtleback Lane en la ciudad de Lovell. De vez en cuando, el sigul de Roland le enviaba sueños de un campo lleno de rosas, y una torre de color negro como el hollín. Algunas veces lo visitaban terribles visiones de dos ojos de color carmesí, que flotaban desligados de un cuerpo y escudriñaban sin cesar el horizonte. Algunas veces tenía sueños en los que escuchaba a un hombre que sin pausa tocaba un cuerno. De estos últimos sueños se despertaba con las mejillas empapadas de lágrimas, lágrimas de nostalgia y de pérdida y de amor. Se despertaba con la mano cerrada en un puño en torno al crucifijo, pensando: «Me han denegado Discordia y no me arrepiento de nada; he escupido en los ojos incorpóreos del Rey Carmesí y me regocijo de ello; me uní al ka-tet del pistolero y del Blanco y jamás me he cuestionado esa decisión».

Aun así, lo único que deseaba era haber podido viajar, solo por una vez, a esa otra tierra: a la que estaba al otro lado de la puerta.

En ese momento dijo:

—Todo lo que queréis es lo correcto. No puedo decirlo más claro de lo que lo acabo de decir. Os creo. —Dudó un instante—. Creo en vosotros. Lo que veo en vuestros ojos es la pura verdad.

Eddie pensó que ya había terminado, y entonces Cullum sonrió como un niño.

—Además, me parece que me estáis ofreciendo las llaves de una máquina gigantesca. —«Máaaaquinaaa»—. ¿Quién no iba a querer ponerla en marcha y ver lo que puede hacer?

—¿Estás asustado? —preguntó Roland.

John Cullum se pensó la pregunta y asintió en silencio.

—Y que lo digas —respondió.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Bien —accedió.

Volvieron a Turtlebak Lane en el coche de Cullum bajo un cielo negro y bullente. Aunque era la temporada alta del verano y la mayoría de las casas en el Kezar seguramente estaban ocupadas, no vieron ni un solo coche pasar en ninguna de ambas direcciones. Todas las barcas del lago hacía tiempo que habían corrido a guarecerse.

—Esto… tengo algo más para vosotros —dijo John, y se dirigió hacia la parte trasera de la ranchera, donde había una caja fuerte de metal encajonada contra la cabina. En ese instante el viento había empezado a soplar. Le arremolinó el ralo pelo canoso que tenía en la cabeza. Introdujo la combinación, abrió el candado y echó para atrás la tapa de la caja fuerte. De dentro sacó dos bolsas polvorientas que los errantes conocían bien. Una parecía casi nueva comparada con la otra, que era la de cuero raspado incoloro como el polvo del desierto y acordonada en toda su longitud con un lazo de cuero sin curtir.

—¡Nuestra artilla! —gritó Eddie, tan encantado, y tan maravillado, que las palabras casi le salieron gritando—. ¿Cómo demonios…?

John les dedicó una sonrisa que auguraba algo bueno para su futuro como embaucador: desconcertado en apariencia y ladino en el interior.

—Bonita sorpresa, ¿no? Eso es lo que pensé. Volví para echar un vistazo al almacén de Chip, qué quedaba de ella, mientras todavía había muchísima confusión. La gente corría de aquí para allá y eso es lo que quería decir; tapando los cuerpos, poniendo esa tira amarilla, sacando fotos. Alguien apartó esas bolsas a un lado y parecían un pelín solas, así que yo… —Levantó un huesudo hombro —… las recogí.

—Eso debió de ser mientras nosotros estábamos visitando a Torre y a Aaron Deepneau en su cabaña de alquiler —comentó Eddie—. Después de que tú volvieras a casa, supuestamente para irte a Vermont, ¿verdad? —Se estaba recorriendo el costado. Conocía esa superficie suave muy bien; ¿acaso no le había disparado al ciervo de la que procedía y lo había despellejado con el cuchillo de Roland y lo había cosido él mismo, con la ayuda de Susannah? Había sido no mucho tiempo después de que el gran oso robot Shardik hubiera estado a punto de arrancarle las tripas a Eddie. Parecía como si hubiera ocurrido en algún momento del siglo pasado.

—Y que lo digas —afirmó Cullum, y cuando la sonrisa del viejo se suavizó, las últimas dudas de Eddie desaparecieron. Habían encontrado al hombre adecuado para este mundo. Decís verdad y gracias Gan gran-gran.

—Guarda tu pistola, Eddie —dijo Roland, tendiéndole el revólver con el

ajado mango de madera de sándalo.

«Mía. Ahora dice que es mía». Eddie sintió un ligero escalofrío.

—Creí que íbamos a ir a por Susannah y Jake. —Pero cogió el revólver y se lo puso en el cinto con bastante agrado.

Roland asintió en silencio.

—Pero creo que tenemos un trabajito que hacer primero, contra los que mataron a Callahan y luego intentaron matar a Jake. —La expresión no le mudó mientras hablaba, pero tanto Eddie Dean como John Cullum sintieron un escalofrío. Durante un instante fue casi imposible mirar al pistolero.

Así llegó —aunque ellos no lo sabían, lo que era seguramente más misericordioso de lo que ellos se merecían— la sentencia de muerte de Flaherty, Lamla el taheen y su ka-tet.

OCHO

«Oh, ¡Dios mío!», intentó decir Eddie, pero no le salió la voz.

Había visto la luminosidad que aumentaba ante ellos mientras avanzaban hacia el norte por Turtleback Lane, siguiendo el único foco trasero que funcionaba en la ranchera de Cullum. Al principio creyó que podrían ser los faros de iluminación del caminito de entrada de la casa de algún ricachón, luego pensó que a lo mejor eran reflectores. Pero el fulgor seguía intensificándose, vio un brillo azulado a su izquierda, donde las pronunciadas curvas descendían hasta el lago. Mientras se aproximaban a la fuente de luz (la ranchera de Cullum en ese momento apenas se arrastraba), Eddie soltó un grito ahogado y señaló cuando una esfera de radicación se liberó del cuerpo principal y se dirigió hacia ellos, cambiando de color a medida que se acercaba: pasó de dorado a rojo, de rojo a verde, de dorado otra vez a azul. En medio había algo que parecía un insecto con cuatro alas. Cuando se posó sobre la parte trasera de la ranchera de Cullum y entró en el oscuro bosque por el lado este de la carretera, miró hacia ellos y Eddie vio que el insecto tenía rostro humano.

—¿Qué… por el amor de Dios… Roland, qué…?

—Taheen —dijo Roland, y no dijo nada más. Con el claror creciente su rostro permaneció calmado y cansado.

Se liberaron más círculos de luz del cuerpo principal y recorrieron la carretera con el esplendor de un cometa. Eddie vio moscas y diminutos colibríes

de color rubí y lo que parecían ranas aladas. Más allá…

El foco trasero de la ranchera de Cullum brillaba con intensidad, pero Eddie estaba tan ocupado mirando que le habría dado por detrás si Roland no le hubiera hablado con brusquedad. Eddie aparcó el Galaxie sin preocuparse ni de meter el freno de mano ni de apagar el motor. Luego bajó del coche y se dirigió hacia el negro asfalto que descendía en picado por la ladera del bosque. Con los ojos abiertos como platos bajo la delicada luz, con la boca abierta. Cullum se unió a él y siguió mirando hacia abajo. El camino estaba flanqueado por dos señales: CARA LAUGHS a la izquierda y **19** a la derecha.

—¡Menuda visión! ¿No? —le preguntó Cullum con tranquilidad.

«Desde luego», intentó responder Eddie, pero seguía sin palabras, no soltó más que un resuello entrecortado.

Gran parte de la luz llegaba del bosque al este de la carretera y la izquierda del camino de entrada a Cara Laughs. En ese lugar, los árboles —en su mayoría pinos, piceas, abedules se balancean por una ventisca helada de finales de invierno— estaban bastante separados, y cientos de figuras caminaban con solemnidad entre ellos como en un antiguo salón de baile, con los pies descalzos dejando marcas bajo las hojas. Algunos de ellos eran sin duda alguna Niños de Roderick, tan arruinados como Chevin de Chayven. Tenían la piel cubierta de llagas por la radiación y muy pocos tenían algo más que una maraña de pelo, pero la luz bajo la que caminaban les daba una belleza que era casi demasiado grande para contemplarla. Eddie vio una mujer con un solo ojo que llevaba en brazos lo que parecía un niño muerto. Ella lo miró con expresión de pena y se le movió la boca, pero Eddie no puedo escuchar nada. Se llevó el puño a la frente e inclinó la pierna. Luego se tocó el rabillo del ojo y señaló hacia la mujer. «Te veo» quería decir con ese gesto… o eso esperaba él. «Te veo muy bien». La mujer que llevaba el niño muerto o dormido le devolvió el gesto y luego se esfumó de su vista.

Sobre sus cabezas, los truenos restallaban con fuerza y los rayos destellaban en el centro del fulgor. Y un antiguo abeto, con el lozano tronco rodeado por musgo, absorbió el relámpago y se partió en dos por el centro, y cayó la mitad hacia un lado y la otra mitad hacia el otro. El interior estaba en llamas. Y un montón de ráfagas de chispas —no fuego, este no, sino algo con la calidad etérea de la luz de una ciénaga— empezaron a ascender en espiral hacia las guirnaldas de nubes que colgaban del cielo. En esas chispas, Eddie vio diminutos cuerpos

danzantes y durante un instante se quedó sin respiración. Era como contemplar un escuadrón de Campanillas, estaban allí y luego desaparecieron.

—Pero mira eso —dijo John con tono reverente—. ¡Visitantes! La madre del cordero, ¡hay centenares! Ojalá estuviera aquí mi amigo Donnie para verlo.

Eddie creyó que seguramente estaría en lo cierto: cientos de hombres, mujeres y niños atravesando el bosque a sus pies. Atravesaban la luz, aparecían y desaparecían y luego volvían a aparecer. Mientras lo contemplaba, sintió una gota fría que caía sobre su cuello, seguida por una segunda y una tercera. El viento barría entre los árboles, provocando otro borbotón de esas criaturas con aspecto de hadas y convirtiendo el árbol que había quedado partido por la mitad por el rayo en un par de gigantescas antorchas que crepitaban.

—Vamos —dijo Roland, cogiendo a Eddie por el brazo—. Va a caer un aguacero y esto se apagará como una vela. Si seguimos en este lado cuando ocurra, nos quedaremos atrapados aquí.

—¿Dónde…? —empezó a decir Eddie y luego lo vio. Cerca de la entrada del camino, donde el manto del bosque dejaba paso a una quebrada de rocas que llegaba hasta el lago, estaba el núcleo del fulgor, que de momento era demasiado brillante para mirar en esa dirección. John Cullum permaneció hipnotizado durante unos minutos más por los visitantes, luego intentó seguirlos.

—¡No! —gritó Roland mirando hacia atrás. La lluvia caía con fuerza en ese momento, las gotas frías le caían sobre la piel y tenían el tamaño de monedas—. ¡Tienes tu misión, John! ¡Ve con Dios!

—¡Y vosotros también, chicos! —respondió John. Se detuvo y levantó una mano para despedirse. Un relámpago de electricidad cruzó el cielo, e iluminó momentáneamente el rostro de Cullum con un azul brillante y un profundísimo negro—. ¡Y vosotros!

—Eddie, vamos a dirigirnos hacia el centro de la luz —dijo Roland—. No es una puerta del Pueblo Antiguo, sino del *Prim*, eso es magia, si te consta. Nos llevará al lugar que queremos, si nos concentramos lo suficiente.

—¿Dónde…?

—¡No hay tiempo! ¡Jake me ha dicho dónde, con el toque! ¡Tú agárrame de la mano y mantén la mente en blanco! ¡Yo puedo llevarnos!

Eddie quería preguntarle si estaba del todo seguro de eso, pero no había tiempo. Roland empezó a correr. Eddie se unió a él. Bajaron la pendiente a toda pastilla y penetraron en la luz. Eddie sintió cómo respiraba sobre su piel como un billón de pequeñas bocas. El grueso manto de hojarasca crujía con las pisadas

de sus botas. A su derecha estaba el árbol ardiente. Podía oler la savia y el chisporroteo de su corteza. En ese momento se aproximaban al núcleo de la luz. Al principio, Eddie podía ver el lago Kezar a través de ella y entonces sintió una tremenda fuerza que lo atrapaba y tiraba de él hacia delante a través de la lluvia fría y hasta un fulgor zumbante y brillante. Durante solo un instante vislumbró la forma de una puerta. Entonces agarró con el doble de fuerza la mano de Roland y cerró los ojos. El suelo cubierto de hojas se retiraba de sus pies y se pusieron a volar.



CAPÍTULO VII
REENCUENTRO

UNO

Flaherty se quedó en la puerta de Nueva York/Fedic, que había quedado marcada por varios tiros, pero, a pesar de todo, seguía a sus espaldas, una barrera impasible que el mocoso de mierda en alguna forma había traspasado. Lamla permanecía en silencio detrás de él, esperando que se agotase la ira de Flaherty. Los demás también esperaban, y mantenían el mismo silencio prudente.

Al final los soplidos que Flaherty había estado lanzando hacia la puerta empezaron a disminuir. Administró un último manotazo por encima de la cabeza, y Lamla hizo una mueca de dolor cuando la sangre saltó de los nudillos del humano.

—¿Qué? —preguntó Flaherty, al ver su mueca—. ¿Qué? ¿Tienes algo que decir?

A Lamla le daban igual los círculos blancos alrededor de los ojos de Flaherty y las rojeces de las mejillas de Flaherty. Ni mucho menos por la forma en que Flaherty había llevado la mano a la culata de la automática Glock que llevaba colgando bajo la axila.

—No —respondió—. No, sai.

—Adelante, di lo que piensas, si te place —insistió Flaherty. Intentó sonreír y le salió una espantosa mueca en vez de eso; la sonrisa lasciva de un loco. En silencio, con apenas un susurro, los demás se retiraron.

—Otros tendrán mucho que decir; ¿por qué no empiezas tú, compañero? ¡Se me ha escapado! Sé el primero en quejarte, ¡feo hijo de puta!

«Estoy muerto —pensó Lamla—. Tras una vida al servicio del Rey, una expresión desafortunada en presencia de un hombre que necesita un chivo expiatorio, y estoy muerto».

Echó un vistazo a su alrededor, para asegurarse de que ninguno de los demás iba a tomar cartas en el asunto por él, y entonces dijo:

—Flaherty, si te he ofendido de alguna forma, te pido…

—¡Pues claro que me has ofendido! —le soltó Flaherty, con su acento de Boston marcándose cada vez más—. Estoy seguro de que pagaré por lo ocurrido hoy, y que lo digas, pero me parece que tú pagarás ant…

Se oyó una especie de jadeo en el aire que los rodeaba, como si el pasillo hubiera respirado hondamente. Tanto a Flaherty como a Lamla se les puso el pelo de punta. La partida de hampones y vampiros de Flaherty empezó a dar la vuelta. De pronto, uno de ellos, un vampiro llamado Albrecht, gritó y salió disparado corriendo, lo que permitió a Flaherty ver a dos de los visitantes, hombres cubiertos con gotas de lluvia todavía frescas que oscurecían sus tejanos, botas y camisas. Tenían la artilla con polvo del camino a sus pies y los revólveres colgaban de sus caderas. Flaherty vio las culatas de sándalo un instante antes de que el más joven se acercase, como un bólido, y entendió de inmediato por qué Albrecht había corrido. Solo había una clase de hombre que llevara pistolas con ese aspecto.

El joven disparó una vez. El pelo rubio de Albrecht saltó como si una mano invisible se lo hubiera apartado y luego se cayó hacia delante, y desapareció dentro de la ropa al tiempo que lo hacía.

—Salve, siervos del Rey —dijo el mayor. Habló en un tono de conversación total. Flaherty, con las manos todavía sangrando por su extravagante aporreamiento de la puerta por la que el mocoso había desaparecido, parecía no entender qué quería decir. Era del que le habían advertido, sin duda era Roland de Gilead, pero ¿cómo había llegado hasta allí y sin que los hubieran visto? ¿Cómo?

Los fríos ojos azules de Roland los estudiaron con detenimiento.

—¿Quién en esta penosa horda goza llamarse dinh? ¿Nos honrará dicho ser dando un paso al frente o no? ¿No? —Sus ojos los estudiaron; alejó la mano izquierda de las proximidades de la pistola y se la llevó a la comisura de la boca, donde había florecido una leve sonrisa sarcástica—. ¿No? Qué lástima. En realidad, no sois más que un cobarde, lo siento. Habéis matado a un sacerdote y

perseguido a un muchacho pero no os alzáis para haceros responsable de los trabajos que habéis cumplido en el día de hoy. Sois un cobarde y un hijo de…

Flaherty dio un paso al frente con la mano derecha sangrando aferrada a la culata de la pistola que llevaba colgada bajo la axila derecha en el agarradero.

—Ese soy yo, Roland de Steven.

—Sabes cómo me llamo, ¿verdad?

—Sea, conozco tu nombre y tu rostro, y tu rostro por tu boca. Es la misma boca que la de tu madre, que se la chupaba a John Farson con regocijo hasta que a él le brotaba la lech…

Flaherty avanzaba mientras hablaba, un truco de las emboscadas que sin duda había practicado antes y utilizado, lo que estaba a su favor. Y aunque fue rápido y Roland todavía tenía el dedo índice de la mano izquierda en la comisura de la boca cuando Flaherty empezó a avanzar, el pistolero lo venció con facilidad. La primera bala pasó a través de los labios del principal devastador de Jake, y le explotó los dientes de la mandíbula superior convirtiéndolos en fragmentos de hueso que Flaherty se tragó con el hálito de la muerte. La segunda bala le perforó la frente a Flaherty entre las cejas y cayó hacia atrás contra la puerta de Nueva York/Fedic con la Glock no disparada cayendo de su mano y disparándose una última vez en el suelo del vestíbulo.

Gran parte de los demás cayeron unos segundos después. Eddie mató a los seis que estaban delante, tras tener tiempo para recargar la cámara con que había disparado a Albrecht. Cuando el revólver estuvo vacío, dio la vuelta hasta situarse detrás de su dinh para recargar, como él le había enseñado. Roland se encargó de los cinco siguientes, luego rodó con cautela hasta colocarse detrás de Eddie, que se había encargado de los demás salvo por uno.

Lamla había sido demasiado astuto para intentarlo con él así que fue el último que quedaba de pie. Levantó las manos vacías, los dedos afelpados y las palmas lisas.

—¿Me concederéis la libertad, pistolero, si os prometo la paz?

—En absoluto —respondió Roland, y levantó su pistola.

—Maldito seas, entonces, maniático-ka —dijo el taheen, y Roland de Gilead le disparó desde donde estaba. Lamla de Galee cayó muerto.

La partida de Flaherty yacía apilada delante de la puerta, como un montón de leños para el fuego; Lamla estaba ante la pila, boca abajo. Ni una sola mano tuvo tiempo de disparar. El pasillo embaldosado apestaba a pólvora, que pendía del aire en una capa azul. Entonces saltaron los purificadores, y las paredes resoplaron ligeramente. Los pistoleros sintieron, primero, que el aire se ponía en marcha y, luego, que les hacía efecto de ventosa en la cara.

Eddie recargó la pistola, esta vez era suya, eso le habían dicho, y la volvió a poner en su cartuchera. A continuación se dirigió hacia los muertos y apartó a cuatro de ellos, con despreocupación, para poder llegar hasta la puerta.

—¡Susannah! ¡Suze! ¿Estás ahí?

¿Acaso cualquiera de nosotros, salvo en sueños, de verdad espera reencontrarse con sus amores más verdaderos, incluso cuando nos han dejado por solo unos minutos, y en las misiones más mundanas? No, para nada. Cada vez que desaparecen de nuestra vista, en lo más hondo de nuestro corazón es como si estuvieran muertos. Tras haber recibido tanto, razonamos: ¿cómo podemos esperar no caer tan bajo como Lucifer por la sorprendente suposición de nuestro amor?

La cabeza de Eddie, que había parecido perfectamente normal solo unos segundos antes, de repente fue demasiado pesada para sostenerse. La apoyó contra la puerta. Los ojos también le pesaban, así que los cerró. El peso debía de ser por las lágrimas, porque, de repente, estaba nadando en ellas. Las sentía caer por sus mejillas, cálidas como la sangre. También sintió la mano de Roland que le tocaba la espalda.

—Susannah —dijo Eddie. Seguía con los ojos cerrados. Y los dedos desplegados sobre la puerta—. ¿La puedes abrir?

Respondió Jake.

—No, pero tú sí puedes.

—¿Qué palabra? —preguntó Roland. Había estado mirando tanto hacia la puerta como a sus espaldas, como si tuviera la esperanza de que llegaran refuerzos de sus enemigos (porque le hervía la sangre), pero el pasillo embaldosado estaba vacío—. ¿Qué palabra, Jake?

Se produjo una pausa, breve, aunque a Eddie le pareció demasiado larga, y luego ambos hablaron a la vez.

—*Chassit* —dijeron.

Eddie no estaba seguro de poder decirlo; sentía la garganta ahogada por el llanto. Roland no tenía ese problema. Apartó muchos más cuerpos de delante de

la puerta (incluido el de Flaherty, cuyo rostro todavía conservaba la expresión del último gruñido) y luego pronunció la palabra. Fue Eddie quien abrió la puerta de par en par. A continuación los cuatro volvieron a estar frente a frente, Susannah y Jake en un mundo, Roland y Eddie en otro y, entre ellos, una membrana transparente y resplandeciente como mica viva. Susannah extendió las manos y estas aparecieron a través de la membrana, como si emergieran en la superficie de un cuerpo acuático que, de alguna forma mágica, había sido puesto de canto.

Eddie las cogió. Dejó que sus dedos se entrelazaran con los de él y lo condujo hasta Fedic.

TRES

En el momento en que Roland entró, Eddie ya había levantado a Susannah y la tenía cogida en brazos. El muchacho levantó la vista para mirar al pistolero. Ninguno de los dos sonrió. Acho estaba sentado a los pies de Jake y sonrió por los dos.

—Salve, Jake —dijo Roland.

—Salve, padre.

—¿Así es como me llamarás?

Jake asintió en silencio.

—Sí, si puedo.

—Eso me haría muy feliz —respondió Roland. A continuación y con lentitud, como cuando se realiza una acción a la que no se está acostumbrado, levantó los brazos. Mirándolo con solemnidad, sin apartar la mirada de Roland, Jake, el muchacho, se situó entre esas manos de asesino y esperó hasta que lo rodearon por la espalda. Había tenido sueños sobre ese momento, pero ni siquiera se había atrevido a contarlos.

Mientras tanto, Susannah cubría a Eddie de besos en la cara.

—Casi se cargan a Jake —estaba diciendo—. Yo estaba sentada en mi lado de la puerta… y estaba tan cansada que me quedaba dormida. Debe de haber llamado tres o cuatro veces antes de que yo…

Más adelante escucharía lo que ella tenía que contar, palabra por palabra y hasta el final. Ya habría tiempo más tarde para garlar. Por el momento, puso la

mano sobre su pecho, el izquierdo, para poder sentir el latido de su corazón, y luego la hizo callar con los labios.

Mientras tanto, Jake no decía nada. Se quedó con la cabeza ladeada, y la mejilla apoyada sobre el pecho de Roland. Tenía los ojos cerrados. Olía la lluvia, el polvo y la sangre en la camisa del pistolero. Pensaba en sus padres, que estaban perdidos; en su amigo Benny, que estaba muerto; en el padre Callahan, a quien habían atacado todos aquellos seres de quienes había huido hacía tanto tiempo. El hombre al que abrazaba lo había traicionado en una ocasión por la Torre, lo había dejado caer, y Jake no podía asegurar que no volviese a ocurrir. En realidad, quedaban kilómetros por recorrer, y serían kilómetros duros. Aun así, por el momento, estaba satisfecho. Tenía la conciencia tranquila y su dolorido corazón estaba en paz. Le bastaba con abrazar y que lo abrazaran.

Le bastaba con estar ahí de pie con los ojos cerrados y pensar: «Por fin ha llegado mi padre».




SEGUNDA PARTE
CIELO AZUL
DEVAR-TOI

CAPÍTULO I
EL DEVAR-TETE

UNO

Los cuatro viajeros que se habían reencontrado (cinco, contando con Acho de Mundo Medio) permanecían a los pies de la cama de Mia, mirando a lo que quedaba de la *twim* de Susannah, es decir, de su gemela. De no ser por la ropa vacía, que le daba al cadáver cierta definición, ninguno de ellos podría haber asegurado lo que había sido con anterioridad. Ni siquiera la maraña de pelo sobre la calabaza partida de la cabeza de Mia parecía algo humano; podría haber sido una pelusa de polvo gigantesca.

Roland bajó la vista para contemplar los rasgos desvanecidos, pensando en lo poco que quedaba de una mujer cuya obsesión —el chaval, el chaval, siempre el chaval— había estado tan cerca de echar por tierra toda su misión. Y sin ellos, ¿quién resistiría ante el Rey Carmesí y su canciller endemoniadamente listo? John Cullum, Aaron Deepneau y Moses Carver. Tres viejos, uno de ellos afectado por la enfermedad de la boca negra, que Eddie llamaba «tu humor».

«¡Has hecho tanto! —pensó Roland, mirando cautivado el rostro polvoriento que se esfumaba—. ¡Has hecho tanto y habrías hecho tantas cosas más! Sea, y todo sin control ni escrúpulos, y así acabará el mundo, creo, víctima del amor y no del odio. Porque el amor siempre ha sido el arma más destructiva, sin duda».

Se inclinó hacia delante, inspiró un perfume que podría haber sido de flores secas o de especias antiguas, y espiró. Lo que parecía más o menos una cabeza se desintegró en el aire, como algodoncillo o como pelusilla de diente de león.

—Ella no quería hacer daño al universo —dijo Susannah, con la voz temblorosa—. Lo único que quería era disfrutar del privilegio del que goza

cualquier mujer: tener un bebé. Alguien a quien amar y criar.

—Sea —accedió Roland—, dices verdad. Que es lo que le ha hecho acabar tan mal.

Eddie añadió:

—Algunas veces creo que a todos nosotros nos iría mejor si la gente con buenas intenciones se limitase a desaparecer con sigilo y morir.

—Ese sería nuestro fin, Gran Ed —señaló Jake.

Todos pensaron en ello, y Eddie se preguntó a cuántas personas habrían matado ya con su entrometimiento bienintencionado. Los malos le daban igual, pero había otras personas; el amor perdido de Roland, Susan, no era más que una de ellas.

A continuación, Roland se apartó de los polvorientos restos del cadáver de Mia y se acercó a Susannah, quien estaba sentada en una de las camas cercanas, con las manos reposadas sobre los muslos.

—Cuéntame todo lo acontecido desde que te dejamos en el Camino del Este, después de la batalla —dijo—. Tenemos que…

—Roland, nunca he tenido la intención de dejaros. Era Mia. Ella tomó el control. Si no hubiera tenido un sitio adonde ir, un Dogan, ella podría haber tomado el control por completo.

Roland asintió en silencio para demostrar que lo entendía.

—De todas formas, cuéntame cómo llegaste a este devar-tete. Y Jake, me gustaría que tú me contaras lo mismo.

—Devar-tete —repitió Eddie. La expresión le sonaba ligeramente. ¿Tenía algo que ver con Chevin de Chayven, el mutante lento al que Roland había librado de su desgracia en Lovell? Eso creía—. ¿Qué es eso?

Roland hizo un gesto con la mano, con el que recorrió la habitación llena de camas. Sobre todas ellas había un artilugio con aspecto de casco y un cable de acero fragmentado. Eran las camas donde solo los dioses sabían cuántos niños de los Callas habían yacido, y habían sido arruinados.

—Quiere decir pequeña prisión, o cámara de tortura.

—A mí no me parece tan pequeña —dijo Jake. No sabía cuántas camas debía de haber, pero supuso que serían trescientas. Trescientas como mínimo.

—Puede que lleguemos a una sala más grande cuando hayamos terminado. Cuenta tu historia, Susannah, y tú también, Jake.

—¿Adónde iremos después? —preguntó Eddie.

—Tal vez lo sepas gracias a tu historia —respondió Roland.

DOS

Roland y Eddie escucharon con silenciosa fascinación mientras Susannah y Jake relataron, por turnos, sus aventuras. Roland hizo callar a Susannah por primera vez cuando estaba contando lo de Mathiessen van Wyck, quien le había dado su dinero y le había reservado una habitación de hotel. El pistolero le preguntó a Eddie sobre la tortuga que había en el forro de la bolsa.

—No sabía que era una tortuga. Creí que sería una piedra.

—Si vuelves a contar esa parte, escucharé —dijo Roland.

Así que, pensando con cautela, intentando recordar todo (pues tenía la sensación de que hubiera sucedido hacía mucho tiempo), Eddie contó que el padre Callahan y él habían ascendido hasta la Cueva de la Puerta y habían abierto la caja de fustánima con la Trece Negra en el interior. Habían esperado a que la Trece Negra abriera la puerta, y así había ocurrido, pero antes…

—Pusimos la caja en la bolsa —dijo Eddie—. La que decía MEDIO MUNDO JUEGA EN ESTAS PISTAS, en Nueva York, y MUNDO MEDIO JUEGA EN ESTAS PISTAS, en el lado de Calla Bryn Sturgis. ¿Recordáis?

Todos lo recordaban.

—Y noté algo en el forro de la bolsa. Se lo dije a Callahan, y él dijo… —Eddie lo meditó—: Dijo «no es momento de investigarlo», o algo parecido. Yo estuve de acuerdo. Recuerdo haber pensado que ya teníamos suficientes misterios entre manos, dejaríamos ese para otro día. Roland, por el amor de Dios, ¿tú quién crees que pondría eso en la bolsa?

—En realidad, ¿quién dejó la bolsa en el solar vacío? —preguntó Susannah.

—¿O la llave? —añadió Jake con voz de pito—. Encontré la llave de la casa de Dutch Hill en ese mismo solar. ¿Qué es la rosa? ¿Es que en cierta forma, la rosa… no sé… los creó?

Roland lo pensó.

—Puestos a hacer suposiciones —dijo—, yo diría que sai King dejó esas señales y siguls.

—El escritor —comentó Eddie. Sopesó la idea y luego asintió en silencio y con parsimonia. Apenas recordaba el concepto aprendido en el instituto, el dios de la máquina, lo llamaban. También había un cultismo latino que quería decir lo mismo, pero de eso sí que no se acordaba. Seguramente había estado escribiendo

el nombre de Mary Lou Kenopensky en su pupitre mientras los demás niños se aplicaban tomando apuntes. El concepto esencial era que si un dramaturgo se ponía a sí mismo contra las cuerdas, hacía descender a un dios, que llegaba de los cielos en una biga cubierta de flores y rescataba a los personajes que estaban metidos en un lío. Sin duda era un recurso que encantaba a los aficionados al teatro más religioso, quienes creían que Dios —no la versión de efectos especiales que descendía desde alguna plataforma superior que el público no podía ver, sino el que estaba en el Cielo— de verdad salvaba a las personas que se lo merecían. Esas ideas habían quedado obsoletas en la época moderna, aunque Eddie creía que los novelistas más populares, o el tipo de escritor en que se estaba convirtiendo sai King, todavía utilizaban esa técnica, solo que lo disimulaban mejor. Pequeñas tramas para la huida. Tarjetas que decían: «TE LIBRAS DE IR A LA CÁRCEL» o «ESCAPAS DE LOS PIRATAS» o «UNA TORMENTA ALUCINANTE CORTA LA LUZ, SE RETRASA LA EJECUCIÓN». El dios de la máquina (que, en realidad, era el escritor), trabajaba con paciencia para mantener a los personajes a salvo y para que, de esta forma, su historia no acabase con una frase injustificada como: «Y de esta forma el ka-tet fue devastado en Jericho Hill y los malos ganaron, gobernaron Discordia, lo siento, mejor suerte para la próxima vez (¿qué próxima vez? ¡Ja, ja!). FIN».

Pequeñas redes de seguridad, como una llave. Por no mencionar cierta talla con forma de tortuga.

—Si escribió esas cosas en su historia —dijo Eddie—, fue mucho después de que nosotros lo viéramos en 1977.

—Sea —afirmó Roland.

—Y no creo que nos inventara —continuó Eddie—. En realidad, no. No es más que un, un… bueno, no sé, un…

—¿Un insincero? —preguntó Susannah, sonriendo.

—¡No! —respondió Jake, que pareció algo sorprendido—. Eso no. Es un emisor. Un presentador. —Estaba pensando en su padre y en el trabajo que realizaba en la cadena de televisión.

—¡Bingo! —respondió Eddie y apuntó con un dedo al muchacho. Esa idea le llevó a otra: si Stephen King no seguía vivo el tiempo suficiente como para escribir esas cosas en la historia, la llave y la tortuga no existirían cuando las necesitaran. Jake habría sido engullido por el guardián de la puerta en la casa de Dutch Hill… suponiendo, claro, que hubiera llegado hasta allí, lo que

seguramente no habría hecho. Y si hubiera escapado del monstruo de Dutch Hill, se lo habrían comido los abuelos (los vampiros Tipo Uno de Callahan) en el Dixie Pig.

Susannah pensó en hablarles sobre la visión que había tenido cuando Mia estaba iniciando su último viaje desde el hotel Plaza Park hasta el Dixie Pig. En la visión, la habían metido en una celda carcelaria en Oxford, Mississippi, y allí escuchó voces que procedían de una televisión encendida en alguna parte. Chet Huntley, Walter Cronkite, Frank McGee: presentadores de telediario que recitaban los nombres de los muertos. Ella conocía algunos de esos nombres, como el del presidente Kennedy o el de los hermanos Diem. Otros, como el de Christa McAuliffe, no los conocía. Uno de los nombres había sido el de Stephen King, estaba bastante segura de ello. El compañero de Chet Huntley

(«Buenas noches, Chet. Buenas noches, David»)

diciendo que Stephen King había sido atropellado y había muerto a causa de un accidente con un monovolumen, mientras daba un paseo cerca de su casa. King tenía cincuenta y dos años, según Brinkley.

Si Susannah les hubiera contado eso, podrían haber cambiado muchas cosas, o podrían no haber ocurrido jamás. Estaba abriendo la boca para introducirlo en la conversación —como una esquirla que cae por una ladera, que golpea a una piedra que golpea contra una piedra más grande que luego golpea a otras dos y se inicia una avalancha—, cuando se oyó el ruido de una puerta que se abría y los pasos de alguien que se aproximaba. Todos se volvieron, Jake cogió un ‘Riza, los demás cogieron sus pistolas.

—Tranquilos, amigos —murmuró Susannah—. No pasa nada. Conozco a este tipo. —Y entonces le dijo a DNK 45932, **DOMÉSTICO**—: No esperaba volver a verte en tan poco tiempo. De hecho, no esperaba volver a verte nunca. ¿Qué pasa, Nigel, viejo amigo?

En esa ocasión, se omitió algo que podría haber sido dicho, y el *deus ex machina* que podría haber descendido a rescatar al escritor que tenía una cita con un monovolumen Dodge, un día de finales de primavera, en el año 1999, se quedó donde estaba, muy por encima de los mortales que interpretaban sus papeles allí abajo.

Lo bueno de los robots, según opinaba Susannah, era que la mayoría de ellos no eran rencorosos. Nigel le dijo que nadie había sido capaz de arreglar su equipamiento visual (aunque podía hacerlo él mismo, dijo, pues tenía acceso a los componentes, discos y tutoriales de reparación adecuados), así que había vuelto hasta donde estaban, guiándose por los infrarrojos, para recoger los restos de la incubadora despedazada (y totalmente innecesaria). Le agradeció el interés a Susannah y se presentó a sus amigos.

—Encantado de conocerte, Nigel —dijo Eddie—, pero querrás empezar con esas reparaciones, me consta, así que no te entretendremos. —La voz de Eddie era agradable y volvió a ponerse la pistola en la cartuchera, aunque dejó la mano en la culata. En realidad, le espeluznaba un poco el parecido de Nigel con cierto robot mensajero de la ciudad de Calla Bryn Sturgis. Ese sí que era rencoroso.

—No, quédate —dijo Roland—. Podríamos tener un par de tareas para ti, pero de momento, preferiría que te quedaras callado. Apágate, si a bien tienes. —«Y aunque no tengas a bien», quería decir con su tono.

—Sin duda, sai —respondió Nigel con su remilgado acento de dandi—. Puede reactivarme con las palabras: «Nigel, te necesito».

—Muy bien —respondió Roland.

Nigel cruzó sus brazos escuálidos (aunque sin duda poderosos) de acerocromo sobre el pecho y se quedó quieto.

—Ha vuelto para recoger los cristales rotos —comentó Eddie, maravillado —. A lo mejor la Tet Corporation podría venderlo. Todas las amas de casa de Estados Unidos querrían tener dos, uno para el hogar y otro para el jardín.

—Cuanto menos nos metamos con la ciencia, mejor —dijo Susannah de forma misteriosa. Pese a la breve siesta que se había echado, mientras estaba apoyada contra la puerta entre Fedic y Nueva York, parecía demacrada, exhausta casi hasta la muerte—. Mira dónde ha llegado este mundo.

Roland asintió en silencio a Jake, quien contó sus aventuras y las de Callahan en el Nueva York de 1999, empezando con el taxi que había estado a punto de atropellar a Acho y terminando por el ataque de los dos hombres a los hampones y los vampiros en el salón del Dixie Pig. No se abstuvo de contar que se habían deshecho de la Trece Negra y que la habían dejado en una consigna de almacenado en el World Trade Center, donde estaría a buen recaudo hasta principios de junio de 2002, y que habían encontrado una tortuga, que Susannah había tirado, como un mensaje en una botella, en la alcantarilla que estaba a la salida del Dixie Pig.

—¡Qué valiente! —dijo Susannah y despeinó a Jake. Luego se agachó para acariciarle la cabeza a Acho. El brambo estiró su alargado cuello para intensificar la caricia, achinó los ojillos y apareció una sonrisa de oreja a oreja en su cara de zorrillo—. Pero ¡qué valiente, puñeta! Os decimos gracias, sai Jake.

—¡Gracias, Ake! —repitió Acho.

—Si no llega a ser por la tortuga, nos habrían pillado a los dos —Jake hablaba con voz firme, pero se había puesto pálido—. En realidad, el padre… él… —Jake se secó una lágrima con el pulpejo de la mano y miró a Roland—. Utilizaste su voz para transmitir. Te escuché.

—Sea. Tuve que hacerlo —admitió el pistolero—. Era, nada más y nada menos, lo que él quería.

Jake dijo:

—Los vampiros no lo cogieron. Utilizó mi Ruger antes de que pudieran chuparle la sangre y transformarlo en uno de ellos. De todas formas, no creo que lo hayan hecho. Deben de haberlo descuartizado y habérselo comido. Estaban locos.

Roland asentía con la cabeza.

—Lo último que retransmitió, creo que lo dijo en voz alta, aunque no estoy seguro, fue… —Jake se lo pensó. En ese momento lloraba con toda libertad—. Dijo: «Que encuentres tu Torre, Roland, y que penetres en ella, y ¡que subas hasta lo más alto!». Luego… —Jake soltó un resoplido con los labios juntos—. Se esfumó. Como la llama de una vela. Se fue a esos mundos que quiera que existan.

Se quedó callado. Durante bastante rato, nadie dijo nada, y daba la sensación de que el silencio era algo deliberado. A continuación, Eddie dijo:

—Está bien, ya volvemos a estar juntos. ¿Qué coño hacemos ahora?

CUATRO

Roland se sentó haciendo una mueca de dolor, luego le echó a Eddie una mirada con la que decía, con más claridad de lo que podría haber conseguido cualquier palabra: «¿Por qué pones a prueba mi paciencia?».

—Está bien —dijo Eddie—, es la costumbre. Deja de mirarme así.

—¿Qué es la costumbre, Eddie?

En esos días, Eddie pensaba cada vez con menos frecuencia en su doloroso último año de adicción con Henry, aunque lo recordó en ese momento. Solo que no lo dijo, no porque le avergonzase, Eddie consideraba de verdad que podría dejarlo atrás, sino porque achacó la creciente impaciencia del pistolero a su forma de explicar las cosas desde el punto de vista de su hermano mayor. Y puede que estuviera en lo cierto. Henry había sido la fuerza determinante y definitoria de la vida de Eddie, claro. Al igual que Cort había sido la fuerza determinante y definitoria en la vida de Roland… pero el pistolero no hablaba de su viejo maestro a todas horas.

—Hacer preguntas cuando ya sé la respuesta —aclaró Eddie.

—¿Y cuál es la respuesta esta vez?

—Vamos a desandar el camino hasta Tronido antes de seguir hacia la Torre. O bien vamos a matar a los Disgregadores o bien los vamos a liberar. Haremos lo necesario para proteger los Haces. Mataremos a Walter o a Flagg, o comoquiera que se llame ahora. Porque él es el mariscal de campo, ¿no?

—Lo era —rectificó Roland—, pero ahora ha entrado a escena un nuevo intérprete. —Miró al robot—. Nigel, te necesito.

Nigel desplegó los brazos y levantó la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Trayéndome algo para escribir. ¿Hay algo por ahí?

—Estilográficas, lápices y tiza, en el cubículo del supervisor, al fondo de la Sala de Extracción. O allí estaban la última vez que tuve la ocasión de visitar el lugar.

—La Sala de Extracción —musitó Roland, estudiando las apretujadas hileras de camas—. ¿Así la llamáis?

—Sí, sai. —Y luego añadió casi con timidez—: Las elisiones vocales y los fricativos que percibo sugieren que está usted enfadado. ¿Es así?

—Traían a los niños aquí por centenas y millares, estaban sanos en su mayoría, procedían de un mundo donde hay muchos que todavía nacen contrahechos, y les absorbían el cerebro. ¿Por qué iba a estar enfadado?

—Sai, tengo la certeza de que no lo sé —respondió Nigel. Tal vez, empezara a arrepentirse de haber regresado—. Pero yo no tomé parte en los procedimientos de extracción, se lo aseguro. Yo me encargo de servicios domésticos, incluido el mantenimiento.

—Tráeme un lápiz y un trozo de tiza.

—Sai, no me destruirá, ¿verdad? Era el doctor Scowther quien se encargaba

de las extracciones durante los pasados doce o catorce años, y el doctor Scowther está muerto. Esta señora sai lo mató, y con su propia pistola. —Había un toque de reproche en la voz de Nigel, que resultaba bastante expresiva en su limitada variedad.

Roland repitió:

—Tráeme un lápiz y un trozo de tiza, y hazlo deprisita.

Nigel fue a cumplir el recado.

—Cuando has dicho nuevo intérprete, te referías al bebé —dijo Susannah.

—Sin duda. Ese bah-bo tenía dos padres.

Susannah asintió en silencio. Estaba pensando en lo que le contó Mia durante su visita de exotránsito a la ciudad abandonada de Fedic, abandonada, salvo por Sayre, Scowther y los lobos que merodeaban por el lugar. Dos mujeres, una blanca y otra negra, una embarazada y otra no, sentadas en unas sillas a la salida del Salón Gin-Puppy. Allí Mia le contó muchas cosas a la mujer de Eddie Dean, más de las que cualquiera de ellos quería saber, quizá.

«Allí es donde ellos me cambiaron», le había dicho Mia, con ese «ellos» supuestamente se refería a Scowther y a los demás médicos del equipo. ¿Además de magos? ¿Un pueblo como los manni, salvo que se habían pasado al otro bando? Era posible. ¿Quién podría saberlo? En la Sala de Extracción la convirtieron en mortal. Luego, con el esperma de Roland ya inseminado en ella, había ocurrido algo más. Mia no recordaba mucho de esa parte, solo una oscuridad rojiza. Susannah se preguntó si, en ese momento, la habría poseído el mismísimo Rey Carmesí en persona, si la habría montado con su antiguo cuerpo de araña, o si su indescriptible esperma se había transportado de alguna forma para mezclarse con el de Roland. En cualquier caso, el bebé se había convertido en un espantoso híbrido que Susannah había visto: no era un hombre lobo, sino un hombre araña. Y ahora estaba allí fuera, en algún lugar. O tal vez estaba allí mismo, observándolos mientras garlaban y Nigel regresaba con distintos útiles de escritura.

«Sí —pensó Susannah—. Nos está observando. Y nos odia… pero no a todos por igual. El dan-tete odia sobre todo a Roland. Odia a su primer padre».

Se estremeció.

—Mordred quiere matarte, Roland —dijo Susannah—. Es su misión. Para eso fue concebido. Para acabar contigo, con tu búsqueda, y con la Torre.

—Sí —afirmó Roland— y para gobernar en lugar de su padre. Porque el Rey Carmesí es viejo, y yo estoy cada vez más convencido de que, de algún modo,

está encerrado. Si es así, ya no es nuestro verdadero enemigo.

—¿Iremos a su castillo al otro lado del Discordia? —preguntó Jake. Era la primera vez que hablaba en media hora—. Iremos, ¿verdad?

—Eso creo. Sí iremos —respondió Roland—. *Le Casse Roi Russe*, así lo llaman en la vieja leyenda. Iremos allí como ka-tet y segaremos la vida de quien lo habite.

—Que así sea —dijo Eddie—. ¡Por Dios, que así sea!

—Sea —asintió Roland—. Pero nuestro primer objetivo son los Disgregadores. El Hazrremoto que sentimos en Calla Bryn Sturgis, justo antes de llegar aquí, sugiere que su misión ya está casi completa. Y aunque no lo esté…

—Acabar lo que estén haciendo es nuestro objetivo —dijo Eddie.

Roland asintió en silencio. Parecía más cansado que nunca.

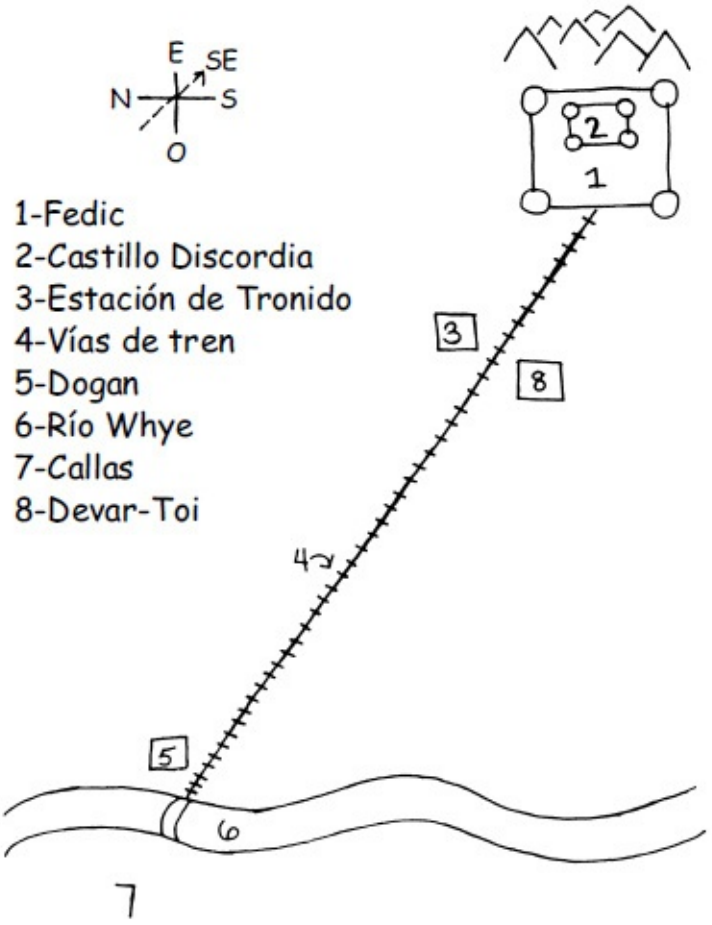
—Sea —admitió el pistolero—. Matarlos o liberarlos. Una cosa u otra, debemos acabar su misión con los dos Haces que quedan. Y debemos acabar con el dan-tete. El que parte del Rey Carmesí… y de mí.

CINCO

Nigel acabó resultando bastante útil (aunque no solo para Roland y su ka-tet). Para empezar trajo dos lápices, dos estilográficas (una de ellas era una maravillosa antigüedad que no habría desentonado en manos de un copista de Dickens), y tres pedazos de tiza, uno de ellos con un mango plateado, que le daba aspecto de barra de carmín. Roland escogió ese y le dio a Jake otro pedazo.

—No sé escribir las palabras que tú entiendes con facilidad —dijo el pistolero—, pero nuestros números son iguales, o bastante parecidos. Escribe lo que digo en un margen, Jake, y escríbelo con claridad.

Jake cumplió lo ordenado. El resultado fue austero aunque suficientemente comprensible, era un mapa con una leyenda.



—Fedic —dijo Roland, señalando el número 1, y luego trazó una corta línea de tiza hasta el 2—. Y aquí está el castillo Discordia, con las puertas de debajo. Por lo que sabemos, es un imponente laberinto de puertas. Habrá un pasaje que nos llevará de aquí hasta aquí, por debajo del castillo. Bien, Susannah, cuenta otra vez cómo van los lobos hasta allí y qué hacen. —Le pasó la tiza con el mango.

Ella la cogió, y se dio cuenta, con cierta admiración, de que se había afilado por el uso. Era un truco sencillo, aunque genial.

—Pasan por una puerta de una sola dirección que los lleva hasta aquí —dijo, trazando una línea del 2 al 3, que Jake había llamado Estación de Tronido—. Seguro que reconoceremos esa puerta cuando la veamos, porque debe de ser ancha, salvo que pasen en fila india.

—Puede que lo hagan —dijo Eddie—. A menos que me equivoque, se quedarán bastante atascados con lo que les ha dejado el pueblo antiguo.

—No te equivocas —afirmó Roland—. Continúa, Susannah. —No estaba en cuclillas, sino sentado con la pierna derecha estirada por completo. Eddie se preguntó cuánto le dolería la cadera, y si llevaría aceite de gato de Rosalita en su recién recuperado bolsón. Lo dudaba.

Susannah dijo:

—Los lobos salen de Tronido siguiendo las vías del tren, al menos hasta que abandonan las sombras… o la oscuridad… o sea lo que sea eso. ¿Lo sabes, Roland?

—No, pero pronto lo sabremos. —Hizo su impaciente gesto de girar la mano izquierda.

—Cruzan el río hasta los Callas y se llevan a los niños. Cuando regresan a la Estación de Tronido, deben de cargar los caballos y a sus prisioneros en un tren y volver a Fedic por ese camino, porque la puerta no les sirve.

—Sea, creo que así es como ocurre —accedió Roland—. Por el momento, evitan el paso por el devar-toi, la prisión que marcamos con un 8.

Susannah dijo:

—Scowther y sus médicos nazis solían poner esas cosas con capucha en esas camas para extraer algo a los niños. Es esa cosa que le dan a los Disgregadores. Los alimentaban o los inyectaban con eso, supongo. Los niños y esa cosa del cerebro volvían a la Estación de Tronido por la puerta. Los pequeñines eran devueltos a Calla Bryn Sturgis, puede que también al resto de Callas, y a lo que tú llamas devar-toi…

—Maestrooo, el papeo está servido —dijo Eddie con un tono sombrío.

Nigel intervino en ese momento, y parecía radiante de contento:

—¿Les apetecería tomar un bocado, sais?

Jake lo consultó con su estómago y se dio cuenta de que le sonaban las tripas. Era horrible tener tanta hambre después de la muerte del padre, y después de las cosas que había visto en el Dixie Pig; no obstante, estaba hambriento.

—¿Hay comida, Nigel? ¿De veras?

—Sí, desde luego, joven señor —respondió Nigel—. Solo hay comida en lata, me temo, pero les puedo ofrecer más de doce alternativas, incluidas las alubias con tomate, atún, varios tipos de sopa…

—Para mí tún-tún —dijo Roland—, pero trae un poco de todo, si quieres.

—Desde luego, señor.

—Supongo que no podrías improvisarme un Especial Elvis —dijo Jake con nostalgia—. Lleva mantequilla de cacahuete, plátano y beicon.

—Cielos, hijo —comentó Eddie—. No sé si lo verás con esta luz, pero estoy a punto de vomitar.

—No tengo ni beicon ni plátanos, por desgracia —dijo Nigel (pronunciando el último ingrediente con las vocales alargadas y arrastrando la «s» final: plaaataaaanooossss)—, pero sí tengo mantequilla de cacahuete y tres tipos de mermelada. Y mantequilla de manzana.

—La mantequilla de manzana me va bien —dijo Jake.

—Continúa, Susannah —dijo Roland mientras Nigel iba a cumplir su mandado—. Aunque supongo que no necesito meterte prisa; después de comer, tendremos que descansar. —Parecía bastante satisfecho con la idea.

—No creo que haya más que decir —dijo ella—. Suena confuso, y parece confuso, sobre todo, porque nuestro pequeño mapa no está hecho a escala. Pero bueno, en resumen, es un salto que dan cada veinticuatro años, aproximadamente: desde Fedic a Calla Bryn Sturgis, luego vuelven a Fedic con los niños, para poder realizar la extracción. Luego devuelven a los niños a los Callas y la comida para el cerebro va a la prisión donde están los Disgregadores.

—El devar-toi —dijo Jake.

Susannah asintió en silencio.

—La cuestión es ¿qué hacemos nosotros para interrumpir el ciclo?

—Pasamos por la puerta hasta la Estación de Tronido —dijo Roland—, y desde la estación hasta donde tienen a los disgregadores. Y allí… —Miró, uno a uno, a los de su ka-tet, luego levantó un dedo e hizo un expresivo y brusco gesto de disparo.

—Habrá guardias —comentó Eddie—. Quizá sean muchos. ¿Y si nos superan en número?

—No sería la primera vez —respondió Roland.



CAPÍTULO II
EL OBSERVADOR

UNO

Cuando Nigel regresó, llevaba una bandeja del tamaño de una rueda de diligencia. Sobre ella había pilas de bocadillos, dos termos llenos de sopa (de ternera y de pollo), además de latas de refrescos. Había Coca-Cola, Sprite, Nozz-A-La y algo llamado Chispa Verde Chispa. Eddie probó esta última y dijo que era una verdadera asquerosidad.

Todos se dieron cuenta enseguida de que Nigel ya no era el mismo tipo de buena disposición y con voz de pito que había sido durante solo Dios sabía cuántas décadas y siglos. Su cabeza romboidal no paraba de dar bandazos de un lado para otro. Cuando se movía hacia la izquierda susurraba: «*Un, deux, trois!*». Hacia la derecha era «*Ein, zwei, drei!*». Había empezado a oírse un repiqueteo constante en su diafragma.

—Cielo, ¿qué te ocurre? —preguntó Susannah mientras el robot doméstico dejaba la bandeja en el suelo, entre ellos.

—La serie de pruebas de autodiagnóstico sugiere un error total del sistema durante las seis próximas horas —dijo Nigel, y parecía apesadumbrado, aunque tranquilo—. Fallos lógicos ya existentes, cuarentena hasta ahora, han penetrado en los SGAM. —Entonces hizo girar la cabeza con brusquedad hacia la derecha —. *Ein, zwei, drei!* Vive libre o muere, es lo que hay, se te ha metido Greg en el ojo, ¡ay!

—¿Qué son los SGAM? —preguntó Jake.

—¿Y quién es Greg? —añadió Eddie.

—SGAM son las siglas de Sistemas Generales de Actividad Mental —aclaró Nigel—. Hay dos sistemas de ese tipo, racional e irracional. El consciente y el subconsciente, como dirían ustedes. En cuanto a Greg, se trata de Greg Stillson, un personaje de una novela que estoy leyendo. Es bastante entretenida. Se titula *La zona muerta,* de Stephen King. En cuanto a por qué lo saco a relucir en este contexto, no tengo ni idea.

DOS

Nigel explicó que los fallos lógicos eran frecuentes en lo que él llamaba los Robots Asimov. Cuanto más inteligente era el robot, más fallos lógicos tenía… y antes empezaban a manifestarse. El Pueblo Antiguo (Nigel los llamaba los Creadores) compensaba este fallo estableciendo un estricto sistema de cuarentena, y trataban los problemas técnicos mentales como si fueran viruela o cólera. (A Jake le pareció una buena forma de enfrentarse a la locura, aunque suponía que a los loqueros no les interesaría mucho la idea; los dejaría sin trabajo). Nigel creía que, en cierta forma, el trauma de haber perdido los ojos de un disparo había debilitado sus sistemas de supervivencia, y, en ese momento, se había liberado en sus circuitos toda una serie de factores negativos que afectaban a su capacidad de razonamiento deductivo e inductivo, y habían anulado los sistemas de lógica a diestro y siniestro. Le dijo a Susannah que no la culpaba en absoluto de ello. Susannah se llevó un puño a la frente y se lo agradeció mucho, pero muy mucho. En realidad no había creído por completo al bueno de DNK 45932, aunque ¡que la aspasen si sabía por qué! Puede que no fuera más que una actitud adquirida en su época en Calla Bryn Sturgis, donde un robot no muy distinto a Nigel se había descubierto como un ser embaucador asqueroso y rencoroso. Y había algo más.

«Veo, veo, ¿qué ves?», pensó Susannah.

—Extended las manos, Nigel.

Cuando el robot lo hizo, todos vieron los hirsutos cabellos que tenía atrapados en las articulaciones de sus dedos de acero. También había una gota de sangre en un… ¿se le podía llamar nudillo?

—¿Qué es eso? —le preguntó Susannah, levantando varios de los pelos.

—Lo siento, mami, no puedo…

No podía ver. No, claro que no. Nigel tenía infrarrojos, pero en ese momento carecía de visión, por cortesía de Susannah Dean, hija de Dan, pistolera del Ka-Tet del Diecinueve.

—Hay pelos. También veo algo de sangre.

—¡Ah, sí! —afirmó Nigel—. Ratas en la cocina, mami. Estoy programado para deshacerme de los bichos cuando los detecto. En la actualidad hay un montón, siento decirlo; el mundo se está moviendo. —Y, a continuación, con un brusco movimiento de la cabeza hacia la izquierda—: *Un, deux, trois! Minnie Mouse est la mouse pour moi!*

—Mmm… ¿Has matado a Minnie y a Mickey antes o después de hacer los bocadillos, Nige, viejo amigo? —preguntó Eddie.

—Después, sai, se lo aseguro.

—Bueno, de todos modos podría pasar —dijo Eddie—. Me comí un pobrecillo en Maine y tengo al hijo de puta pegado a las paredes del estómago.

—Deberías decir: *un, deux, trois* —le dijo Susannah. Las palabras salieron antes de que ella se diera cuenta de que iba a pronunciarlas.

—¿Te ruego perdón? —Eddie estaba sentado rodeándola con un brazo. Desde que los cuatro habían vuelto a reunirse, tocaba a Susannah en cuanto tenía una oportunidad, como si necesitara confirmar el hecho de que era algo más que una ilusión.

—Nada. —Más adelante, cuando Nigel hubiera salido de la sala o estuviera estropeado del todo, ella le contaría su corazonada. Pensaba que los robots de la clase de Nigel y Andy, como los de las historias de Isaac Asimov que leía de pequeña, no podían mentir. Tal vez, Andy o bien había sido modificado o bien se había modificado a sí mismo, así que ese era el problema. En el caso de Nigel, Susannah pensaba que era un problema: puede usted decir un problema muy, pero que muy gordo. Le daba la impresión de que, a diferencia de Andy, Nigel tenía, en esencia, buen corazón, aunque pensaba que podía haber mentido o que había adornado la verdad sobre las ratas de la despensa. Puede que también lo hubiera hecho con otras cosas. Lo de *Ein, zwei, drei* y *Un, deux, trois* era su método para liberar tensiones. Al menos, las liberaba durante un rato.

«Es Mordred —pensó Susannah, mirando a su alrededor. Cogió un bocadillo porque tenía que comer. Al igual que Jake, tenía el estómago vacío, aunque se le había quitado el hambre y sabía que no iba a disfrutar de lo que se metiera a regañadientes por el pescuezo—. Ha estado en Nigel y ahora nos observa desde algún lugar. Lo sé… lo siento».

Cuando dio el primer bocado de una misteriosa carne de ternera, conservada durante largo tiempo en un paquete de envasado al vacío, pensó: «Una madre sabe esas cosas».

TRES

Ninguno de ellos quiso dormir en la Sala de Extracción (aunque podrían haber escogido entre trescientas o más camas recién hechas) ni tampoco en el pueblo abandonado del exterior, así que Nigel los llevó a sus dependencias, deteniéndose de vez en cuando para dar una sacudida de cabeza esclarecedora y para contar, o bien en alemán o bien en francés. A este conteo empezó a añadir números en otras lenguas que ninguno de ellos conocía.

Su recorrido los hizo pasar por la cocina, llena de máquinas de acero cromo y un tenue zumbido, bastante distintas a las de la antigua cocina que Susannah había visitado durante el exotránsito, que estaba bajo el castillo Discordia. Aunque vieron el moderado revoltijo que había creado Nigel al prepararles la comida, no había ni rastro de ratas, ni vivas ni muertas. Ninguno de ellos lo comentó.

A Susannah le iba y venía la idea de que los estaban observando.

Pasada la despensa había un aseado y pequeño apartamento de tres habitaciones, donde, supuestamente, Nigel tenía su hogar. No había dormitorio, pero, a continuación del comedor y una antecocina llena de material de vigilancia, había un pulcro estudio empapelado de libros, con un escritorio de roble y una poltrona bajo una lámpara con luz halógena para la lectura. El ordenador que estaba sobre la mesa era de la marca North Central Positronics, lo cual no fue ninguna sorpresa. Nigel les sacó mantas y almohadas que les aseguró estaban recién lavadas.

—Puede que tú duermas de pie, pero supongo que te gusta sentarte para leer, como a todo el mundo —comentó Eddie.

—Oh, claro, clarito, uno, dos y tresito —respondió Nigel—. Me gusta disfrutar de un buen libro. Forma parte de mi programa.

—Dormiremos seis horas y luego seguiremos —les informó Roland.

Mientras tanto, Jake miraba los libros más de cerca. Acho se movía junto a él, siempre pegado a sus pies, mientras el muchacho leía los lomos de los volúmenes y de vez en cuando sacaba uno para echarle un vistazo.

—Por lo visto tiene todo lo de Dickens —comentó—. También de Steinbeck… Thomas Wolfe… mucho de Zane Grey… un tipo llamado Max Brand… un tal Elmore Leonard… y el clásico Steve King.

Todos se tomaron un tiempo para mirar las dos baldas de libros de King, treinta en total, ni más ni menos, al menos cuatro de ellos eran bastante voluminosos y dos tenían el tamaño de topes de puerta. King había sido un escritor muy ocupado desde sus días en Bridgton, al parecer. El volumen más nuevo se titulaba *Corazones en la Atlántida* y, al parecer, se había publicado un año que les resultaba familiar: 1999. Se dieron cuenta de que los únicos libros que faltaban eran los que hablaban sobre ellos. Suponiendo que King hubiera seguido escribiendo y los hubiera creado. Jake miró las páginas de créditos, pero había unos pocos vacíos evidentes. Sin embargo, eso no tenía por qué significar nada, puesto que había sido un autor muy prolífico.

Susannah le preguntó a Nigel, quien dijo que jamás había visto ningún libro de Stephen King relacionado con Roland de Gilead ni con la Torre Oscura. Entonces, tras decir esto, giró la cabeza con brusquedad hacia la izquierda y contó en francés, esta vez hasta diez.

—Silencio —dijo Eddie cuando Nigel se había retirado, emitiendo todo tipo de ruidos metálicos al salir de la habitación—. Apuesto a que hay un montón de información aquí que podemos aprovechar. Roland, ¿crees que podemos cargar con las obras de Stephen King y llevárnoslas?

—Quizá —dijo Roland—, pero no lo haremos. Podrían confundirnos.

—¿Por qué lo dices?

Roland se limitó a sacudir la cabeza. No supo por qué había dicho eso, pero sabía que era cierto.

CUATRO

El centro neurálgico de la Estación Experimental Arco 16 estaba cuatro niveles más abajo que la Sala de Extracción, la cocina y el estudio de Nigel. Se entraba a la Sala de Control pasando por un vestíbulo con forma de cápsula. El vestíbulo solo podía abrirse desde fuera, utilizando tres tarjetas de identidad, una después de otra. La estridente melodía del hilo musical en ese nivel más bajo del Dogan de Fedic era como escuchar a los Beatles en la versión del Cuarteto Comatoso de Cuerda.

En el interior de la Sala de Control había más de una docena de habitaciones, pero la única que nos interesa es la que estaba llena de monitores de televisión y aparatos de vigilancia. Uno de estos aparatos ponía en marcha un ejército reducido, aunque maligno, de robots predadores y asesinos equipados con sneetches y pistolas láser; se suponía que otro de esos artilugios lanzaría gas venenoso (el mismo que Blaine había utilizado para acabar con el pueblo de Lud) en caso de una invasión hostil. Lo que, según opinaba Mordred Deschain, ya había ocurrido. Había intentado activar tanto los predadores asesinos como el gas venenoso; ninguno de los dos había reaccionado. Ahora, a Mordred le sangraba la nariz, tenía un moratón en la frente y el labio inferior hinchado, porque se había caído de la silla en la que estaba y había rodado por los suelos, lanzando gritos aflautados e infantiles que de ninguna manera reflejaban la verdadera intensidad de su furia.

¡Mira que poder verlos en al menos cinco pantallas diferentes y no ser capaz de matarlos ni de herirlos siquiera! ¡Pues claro que estaba hecho una furia! Había sentido cómo se le acercaba la oscuridad viviente, la oscuridad que anunciaba su mutación, y se había obligado a estar tranquilo para que no se produjera el cambio. Ya había descubierto que la transformación de ser humano a ser arácnido (y también en el sentido inverso) consumía una pasmosa cantidad de energía. Más adelante, eso podría no importar, pero, de momento, debía andarse con cuidado para no morir de hambre como una abeja en una parte calcinada del bosque.

Lo que voy a mostraros será más estrambótico que cualquier cosa que hayáis visto hasta ahora, y os advierto, de antemano, que vuestra primera reacción puede ser la risa. Eso está bien. Reíd si tenéis que hacerlo. Pero no quitéis ojo a lo que veáis, porque, aunque esté en vuestra imaginación, nos encontramos ante una criatura que puede haceros daño. Recordad que tiene dos padres, ambos asesinos.

CINCO

En ese momento, solo cinco horas después de su nacimiento, el chaval de Mia ya pesaba nueve kilos y tenía el aspecto de un bebé sanote de seis meses. Mordred llevaba una sola prenda, un pañal de toalla de fabricación casera que Nigel le había puesto al llevarle su primer bocado de fauna del Dogan. El niño necesitaba

un pañal, porque todavía no controlaba los esfínteres. Entendía que no tardaría en adquirir ese control —tal vez, antes de que terminase el día, si seguía creciendo a ese ritmo—, aunque hubiera preferido que ocurriera antes. Por lo pronto, estaba atrapado en ese estúpido cuerpo de bebé.

Estar atrapado de esa forma era horrible. Caerse de la silla y solo ser capaz de quedarse allí tirado, agitando sus amoratados brazos y piernas, sangrando y chillando. DNK 45932 podría haber ido a recogerlo, ya no podía resistirse a las órdenes del hijo del Rey Carmesí, como el peso que se tira desde una ventana a cierta altura no puede evitar la fuerza de la gravedad, pero Mordred no se molestó en llamarlo. La zorra negra ya sospechaba que algo no iba bien con Nigel. La zorra negra tenía un malicioso poder de percepción, y el mismo Mordred era tremendamente vulnerable. Podía controlar todas las máquinas que estaban en la estación Arco 16, trastear con la maquinaria era uno de sus muchos talentos, pero mientras yacía en el suelo de la habitación con el cartel de CENTRO DE CONTROL en la puerta (hacía tiempo, antes de que el mundo se moviera, habían llamado a esa sala «La Cabeza»), Mordred estaba empezando a darse cuenta de las pocas máquinas que había para controlar. ¡Pues claro que su padre quería derribar la Torre y empezar desde cero! Este mundo ya no funcionaba.

Tendría que convertirse en araña para volver a la silla, donde, una vez que hubiera recuperado su forma humana… pero, cuando lo consiguió, le rugían las tripas y tenía mal sabor de boca por el hambre. Lo que le absorbía energía no era solo el cambio, según había empezado a sospechar; la araña era más parecida a su verdadera esencia y, al adoptar esa forma, su metabolismo corría a toda máquina. Sus ideas también cambiaban, y eso tenía cierto atractivo, porque sus pensamientos humanos estaban teñidos de emociones (sobre las que, al parecer, no tenía ningún control, aunque suponía que, con el tiempo, podría tenerlo) que eran en su mayoría desagradables. Como araña, sus pensamientos no eran pensamientos reales, en absoluto, al menos no en el sentido humano; eran cosas oscuras que gruñían, que salían de un pantanoso terreno interior. Iban a

(«COMER»)
y
(«ERRAR»)
y
(«VIOLAR»)
y

(«MATAR»)

Las diversas y placenteras maneras de perpetrar esos actos resonaban en la primitiva conciencia del dan-tete, como enormes locomotoras iluminadas cuya velocidad aumentaba ajena a la climatología más aciaga del mundo. Pensar de esa forma —desentenderse de su parte humana— le resultaba en extremo interesante, aunque pensó que hacerlo en ese momento, cuando prácticamente carecía de defensas, lo habría matado.

Y ya casi lo había hecho. Levantó el brazo derecho, rosado, terso y del todo desnudo, para poder mirarse la cadera derecha. Ahí era donde le había disparado la zorra negra y, aunque Mordred había crecido bastante desde entonces, pesaba y medía el doble, la herida seguía abierta y de ella manaba sangre y algo con aspecto cremoso, una sustancia de color amarillo oscura y pegajosa. Se le ocurrió que esa herida en un cuerpo humano jamás se curaría. Al igual que resultaría imposible que con su otro cuerpo volviera a crecerle la pierna que la zorra le había mutilado. Y si ella no se hubiera tropezado —había sido cosa del ka, sea, no le cabía ninguna duda—, el tiro le habría rebanado la cabeza en lugar de la pierna, y entonces el juego se habría terminado, porque…

Se escuchó un zumbido violento y ronco. Mordred miró al monitor que emitía la imagen del otro lado de la entrada principal y vio al robot doméstico, allí de pie, sujetando una bolsa. La bolsa se movió y el bebé de pelo negro con el pañal torpemente puesto, que estaba sentado en la consola de los monitores, empezó de inmediato a salivar. Extendió una encantadora manita rechoncha y apretó una serie de botones. La puerta curva más externa se descorrió y Nigel entró al vestíbulo, que estaba construido como una cámara estanca. Mordred también fue directo a los botones que abrirían la puerta interior tras introducir la secuencia 2-5-4-1-3-1-2-1. Sin embargo, Mordred apenas tenía control sobre su motricidad y fue recompensado con otro zumbido violento y exasperante de una voz femenina (exasperante porque le recordaba a la voz de la zorra negra) que decía: «EL CÓDIGO DE SEGURIDAD QUE HA INTRODUCIDO ES INCORRECTO. PUEDE REINTENTARLO EN LOS PRÓXIMOS DIEZ SEGUNDOS. DIEZ… NUEVE…».

Mordred habría dicho «que te jodan» si hubiera sabido hablar, pero no sabía. Lo máximo que le salía era un balbuceo infantil que, sin duda, habría hecho que Mia se enorgulleciese como madre. Hizo caso omiso de los botones; deseaba con demasiada ansia lo que el robot tenía en la bolsa. Esta vez, las ratas (supuso que

eran ratas) estaban vivas. ¡Vivas!, ¡por Dios, la sangre todavía corría por sus venas!

Mordred cerró los ojos y se concentró. La luz roja que Susannah había visto antes de su primera mutación volvió a encenderse bajo la blanca piel, desde la coronilla hasta el talón marcado del pie derecho. Cuando esa luz pasó por la herida abierta de la cadera del niño, el lento fluir de la sangre y la sustancia con aspecto de pus se intensificó un poco, y Mordred lanzó un ronco grito de desesperación. Se llevó la mano a la herida y se esparció la sangre sobre el montículo de su tripita con un gesto reconfortante e inconsciente. Durante un instante se produjo una sensación de oscuridad creciente que reemplazaría al rubor rojo, acompañada por el estremecimiento del cuerpo del niño. Sin embargo, en esta ocasión no se produjo la transformación. El bebé se desplomó en la silla, entre resuellos, mientras un fino hilillo de orina transparente le caía del pene y humedecía la parte delantera de la toalla que llevaba puesta. Se oyó un golpe sordo debajo del panel de control que había delante de la silla, donde el niño había quedado desplomado y torcido, jadeando como un perro.

Al otro lado de la habitación, la puerta con el letrero de ENTRADA PRINCIPAL se descorrió y quedó abierta. Nigel entró con ademán impasible, girando, casi sin parar, la cabeza con forma de cápsula, contando no en dos ni en tres lenguas, sino tal vez en una docena de ellas.

—Señor, de verdad no puedo seguir…

Mordred soltó un par de gorgoritos de bebé y levantó las manos hacia la bolsa. La idea que transmitía era clara y rotunda: «**Cierra el pico. Dame lo que necesito**».

Nigel puso la bolsa en su regazo. Se oyó un chillido prácticamente igual al habla humana y, por primera vez, Mordred se dio cuenta de que era una sola criatura la que se retorcía en el interior. ¡Entonces no era una rata! ¡Era algo más grande! ¡Más grande y con más sangre!

Abrió la bolsa y le echó un vistazo. Dos ojos ribeteados de dorado le devolvieron la mirada. Durante un instante, creyó que se trataba del pájaro que volaba por la noche, el pájaro ú-ú, no sabía cómo se llamaba, pero luego vio que la cosa tenía pelo, no plumas. Era un *throcken*, conocido en varias partes de Mundo Medio como bilibrambo. El que estaba en la bolsa era tan pequeño que apenas tenía la edad de destete.

«**Venga, ya está, venga** —pensó Mordred al mirarlo, con la boca a rebosar de saliva—. **Estamos en el mismo barco, mi pequeño compañero; somos niños sin madre en un mundo duro y cruel. Estate quieto y te daré consuelo**».

Tratar con una criatura tan pequeña y de mentalidad tan simple como aquella no era muy distinto a tratar con las máquinas. Mordred hurgó en su mente y localizó el nodo que controlaba su simple voluntad. Estiró hacia ella una mano hecha de pensamiento —hecha de su propia voluntad— y la agarró. Durante un instante pudo escuchar las reflexiones tímidas y esperanzadas de la criatura

(«no me hagas daño por favor, no me hagas daño; por favor, déjame vivir; quiero vivir y divertirme y jugar un poco; no me hagas daño por favor, no me hagas daño, por favor déjame vivir»)

y Mordred respondió:

«Todo va bien, no temas, compañero, todo va bien».

El brambo de la bolsa (Nigel lo había encontrado en el aparcamiento, separado de su madre, de sus hermanos y hermanas tras el cierre de una puerta automática) se relajó; no creía lo que escuchaba, sino que deseaba poder creerlo.

SEIS

En el estudio de Nigel, la intensidad de las luces había disminuido hasta un cuarto de su brillo. Cuando Acho empezó a gemir, Jake se despertó de inmediato. Los demás siguieron durmiendo, al menos por el momento.

«¿Qué ocurre, Acho?».

El brambo no contestó, se limitó a gemir desde lo más profundo de la garganta. Sus ojos ribeteados de dorado miraban con detenimiento el fondo del estudio, como si vieran algo terrible allí. Jake recordaba haber mirado con el mismo detenimiento el fondo de su habitación al despertar de una pesadilla a primera hora de la mañana, tras un sueño sobre Frankenstein o Drácula o

(«Tiranosorbete Egs»)

el coco, ¡quién sabe! Ahora, al pensar que los brambos tal vez también tuvieran pesadillas, intentó, incluso con más intensidad, tocar la mente de Acho. Al principio no percibió nada, pero luego recibió una imagen intensa, borrosa

(«ojos ojos que miran en la oscuridad»)

de algo que podría haber sido un brambo en un saco.

—Silencio —le susurró Jake a Acho al tiempo que lo rodeaba con los brazos —. No los despiertes, necesitan dormir.

—Mir —repitió Acho en voz muy baja.

—Solo has tenido una pesadilla —musitó Jake—. Algunas veces yo también las tengo. No son reales. Nadie te ha metido en un saco. Vuelve a dormir.

—Mir. —Acho apoyó el hocico sobre la pata derecha—. Acho tá lladito.

«Eso es —le dijo Jake con el pensamiento—. Acho está calladito».

Los ojos con el círculo dorado, que conservaban la mirada de preocupación, permanecieron abiertos durante un rato más. Luego, Acho le hizo un guiño a Jake y cerró los ojos. Pasado un minuto, el brambo volvía a estar dormido. En algún lugar cercano, un miembro de su especie había muerto… pero la muerte formaba parte del devenir del mundo; era un mundo duro y siempre lo había sido.

Acho soñó que estaba con Jake bajo la gran esfera naranja de la Luna del Buhonero. Jake, quien también dormía, lo recogió con el toque y soñaron juntos con la Luna del Tío del Viejo y Chapucero Rover.

«Acho, ¿quién ha muerto?», preguntó Jake bajo el cómplice guiño de un solo ojo del Buhonero.

«Acho —dijo su amigo—. Delah». Muchos.

Bajo la mirada vacía y naranja de la Luna del Tío del Viejo y Chapucero Rover Acho no dijo nada más; de hecho, había descubierto un sueño dentro de su sueño, y en esa ocasión, Jake estaba con él. Este sueño era mejor. En él, los dos estaban jugando juntos bajo la brillante luz del sol. Se les acercaba otro brambo; un ser de mirada triste. Intentaba hablarles, pero ni Jake ni Acho sabían lo que decía, porque estaba hablando en inglés.

SIETE

Mordred no era lo suficientemente fuerte para levantar al brambo y sacarlo de la bolsa, y Nigel o no podía o no quería ayudarlo. El robot se limitó a permanecer en el umbral de la puerta del Centro de Control, girando la cabeza hacia un lado y hacia otro, contando y traqueteando con más intensidad que nunca. Un olor caliente y a cocido empezó a emanar de su interior.

Mordred consiguió dar la vuelta al saco y el brambo, que seguramente medía la mitad que un añojo, cayó sobre su regazo. Tenía los ojos entreabiertos, pero

las órbitas amarillas y negras se veían opacas e inmóviles.

Mordred echó la cabeza hacia atrás, con una mueca de concentración. El resplandor rojo descendió por su cuerpo, y el pelo intentó permanecer en su sitio. Antes de que pudiera empezar a levantarse siquiera, ese pelo y el cuerpo infantil al que había estado adherido desaparecieron. Apareció la araña. Enganchó cuatro de sus siete patas en el cuerpo del brambo y las levantó, sin ningún esfuerzo, hasta la boca ansiosa. En veinte segundos había dejado seco de un chupón al brambo. Clavó las fauces en el tierno bajo vientre de la criatura, lo desgarró, levantó aún más el cuerpo, y se comió las tripas que empezaron a derramarse: deliciosos y vigorizantes montones de carne, empapada de grasa y sangre. Raspó bien hasta el fondo, lanzando maullidos sordos de satisfacción, dando golpes a la columna del brambo y chupando el fino hilillo de médula. Gran parte de la energía estaba en la sangre —sea, siempre en la sangre, como muy bien sabían los Abuelos—, aunque también había fuerza en la carne. Como bebé humano (Roland había utilizado la vieja expresión de cariño de Gilead: bah-bo), no podría haberse alimentado ni de los jugos ni de la carne. Más bien habría muerto de asfixia al comérselo. Pero como araña…

Terminó y lanzó el cadáver a un lado, al igual que había hecho con los cadáveres succionados y disecados de las ratas. Nigel, el diligente y bullicioso mayordomo, se había deshecho de ellos. No se desharía de ese. Nigel permanecía de pie en silencio sin importar las veces que Mordred gritase «**Nigel, ¡te necesito!**». En torno al robot, el olor a plástico chamuscado se había intensificado de tal manera que se habían activado los ventiladores del techo. DNK 45932 permanecía de pie con su rostro sin ojos vuelto hacia la izquierda. Le lanzó una fea mirada reprobatoria, como si estuviera muriendo justo en el momento de hacer una pregunta importante: «¿Cuál es el sentido de la vida?», tal vez, o «¿Quién metió los pelos en la sopa de la señora Murphy?»[4]. En cualquier caso, su breve trayectoria como cazador de ratas y brambos había terminado.

Por el momento, Mordred estaba lleno de energía —la comida había sido fresca y maravillosa—, pero eso no podía durar demasiado. Si hubiera seguido con la forma de araña, habría utilizado esa nueva reserva incluso con mayor rapidez. Sin embargo, si volvía a convertirse en bebé, ni siquiera podría bajar de la silla en la que estaba sentado, ni volver a ponerse el pañal; que, por supuesto, se le había caído del cuerpo durante la mutación. Sin embargo, tenía que

cambiar, porque en su forma de araña no podía pensar con claridad. ¿Y el razonamiento deductivo? Esa idea era como una broma pesada.

El nódulo blanco del lomo de la araña cerró sus ojos humanos, y el cuerpo negro que tenía debajo se enrojeció hasta la congestión. Las patas se retrajeron hacia el cuerpo y desaparecieron. El nódulo que era la cabeza del bebé creció y adquirió diversos rasgos cuando el cuerpo que estaba debajo se hizo borroso y adoptó forma humana; los ojos azules del bebé —ojos de bombardero, ojos de pistolero— se encendieron. Estaba todavía lleno de fuerza por la sangre y la carne del brambo, la sentía a medida que la transformación se precipitaba hasta el fin, pero una inquietante cantidad de esa vitalidad (algo como la espuma que corona una jarra de cerveza) ya se había disipado. Y no solo por el movimiento hacia delante y hacia atrás. El hecho era que estaba creciendo a un ritmo precipitado. Esa clase de crecimiento requería una alimentación constante, y había muy poca comida, ¡puñetas!, en la Estación Experimental de Arco 16. O, para el caso, en Fedic. Había comida en conserva y comida en paquetes de plástico y bebidas energéticas en polvo, sí, señor; había un montón de esa clase de alimento, pero nada de todo eso lo alimentaría como necesitaba. Necesitaba carne fresca e, incluso más que carne, necesitaba sangre. Y la sangre de un animal le serviría, solo por el momento, para arrostrar la avalancha de su crecimiento. Muy pronto iba a necesitar sangre humana, o el ritmo de su desarrollo primero se ralentizaría y luego se detendría. El dolor del hambre llegaría, pero ese dolor —que le perforaría como un taladro y sin tregua los órganos vitales— no sería nada comparado con el dolor mental y espiritual de ver a Roland y a los demás en las diversas pantallas de televisión: todavía vivos, unidos en su fraternidad, con el consuelo de tener una causa.

El dolor de verle a él. A Roland de Gilead.

Se preguntaba cómo sabía las cosas que sabía. ¿Por su madre? Algunas de ellas sí, porque sintió un millón de ideas y recuerdos de Mia (una gran cantidad de ellos arrebatados de Susannah) que lo invadieron al alimentarse de ella. Pero el hecho de saber que a los Abuelos les ocurría lo mismo… ¿cómo sabía eso? ¿Cómo sabía que, por ejemplo, un vampiro alemán que se bebió la vida a través de la sangre de un francés podría hablar ese idioma durante una semana o diez días, hablar como un nativo y que, después de ese tiempo, esa habilidad, al igual que los recuerdos de la víctima, empezaría a desaparecer?

¿Cómo podía saber algo así?

¿Importaba?

En ese momento contemplaba cómo dormían. Jake, el muchacho, permaneció despierto, aunque solo durante un instante. Antes, Mordred los había contemplado comer, cuatro idiotas y un brambo —llenos de sangre, llenos de energía— comiendo en círculo, juntos. Siempre se sentaban en círculo, formaban ese círculo incluso cuando se detenían a descansar cinco minutos en el camino, lo hacían sin darse cuenta; el círculo que dejaba apartado al resto del mundo. Mordred no tenía círculo. Aunque era nuevo, ya entendía que «quedar apartado» era su ka, al igual que era el ka del viento invernal soplar solo en una mitad de la brújula: del Norte al Este y luego de vuelta al gris y deprimente Norte. Lo aceptaba, aun así contemplaba la escena con el resentimiento del extraño, sabiendo que les haría daño a los integrantes y que la satisfacción sería amarga. Era de dos mundos, la antes mencionada combinación de *Prim* y *Am*, de *gadosh* y *godosh*, de *Gan* y *Gilead*. En cierta forma era como Jesucristo, aunque, también en cierta forma, era más puro que el cordero de Dios, porque el cordero de Dios tenía un solo padre verdadero, que estaba en lo alto de un cielo hipotético, y un padre adoptivo que estaba en la Tierra. ¡Pobre José!, cornudo por culpa del mismísimo Dios.

Mordred Deschain, por otro lado, tenía dos padres verdaderos. Uno de los cuales dormía en ese momento en la pantalla que tenía delante.

«Eres viejo, padre», pensó. Le produjo un maligno placer el pensarlo; también le hizo sentir pequeño y malvado, no más que… bueno, no más que una araña, mirando hacia abajo desde su red. Mordred era gemelo, y seguiría siéndolo hasta que Roland del Eld estuviera muerto y el último ka-tet roto. ¿Y la nostálgica voz que le decía que fuera a por Roland, y lo llamara padre? ¿Que llamara hermanos a Eddie y a Jake, y a Susannah hermana? Era la voz crédula de su madre. Lo matarían antes de que pudiera pronunciar una sola palabra (suponiendo que hubiera llegado al punto en que pudiera articular algo más que un balbuceo de bebé). Le cortarían las pelotas y se las echarían de comer al brambo del renacuajo. Enterrarían su cadáver castrado y se cagarían sobre esa tierra, y luego seguirían adelante.

«Al fin estás viejo, padre, y ahora cojeas, y al final del día te veo frotarte la cadera con una mano que ha adquirido un ligero temblequeo».

Mirad, si podéis. Aquí se sienta un bebé con sangre que mancha su clara piel. Aquí se sienta un bebé que gime con lágrimas silenciosas y lúgubres. Aquí se sienta un bebé que sabe tanto poco como mucho y, aunque debemos mantener nuestros dedos alejados de su boca (este muerde, muerde como una cría de

cocodrilo), tenemos permiso para compadecerlo durante un rato. Si el ka es un tren —y lo es, un vasto y veloz mono, tal vez juicioso, tal vez no—, este asqueroso licántropo es el rehén más vulnerable, no atado a las vías como el pequeño Nell, sino atado al mismísimo faro de cabecera de la locomotora.

Puede decirse a sí mismo que tiene dos padres, y puede que en eso haya algo de verdad, pero aquí no hay padre ni madre. Se comió a su madre viva, digo verdad, se la comió muy, pero que muy mucho, ella fue su primera comida, y ¿qué placer obtuvo de ello? Él es el último milagro que generará jamás la Torre Oscura, la unión imborrable entre lo racional y lo irracional, lo natural y lo sobrenatural, y, aun así, está solo, y tiene jambre. El destino podría haber decidido que gobernase una cadena de universos (o que los destruyera todos), pero hasta ahora solo ha conseguido establecer su dominio sobre un viejo robot doméstico, que se ha marchado al claro que se encuentra al final de la senda.

Mira al pistolero dormido con amor y odio, con aversión y añoranza. Pero ¿supongamos que acudiera a donde se encuentran ellos y no lo mataran? ¿Y si le dieran la bienvenida? Una idea ridícula, sí, pero admitámosla por el bien del argumento. Incluso en ese supuesto se esperaría de él que aceptase que Roland es superior a él, que lo aceptase como dinh, y eso no podría ser jamás, jamás, jamás de los jamases.



CAPÍTULO III
EL ALAMBRE RESPLANDECIENTE

UNO

—Lo estabas mirando —dijo una dulce y risueña voz. Luego adoptó una cadencia de canción de cuna que Roland recordaba bien de su más tierna infancia—: «Oído, silbido, Jack es un entrometido. ¿Eso dices? ¡Eso digo! ¡Es mi taimado, mirón, corazón, bah-bo!». ¿Te ha gustado lo que has visto antes de dormir? ¿Los has visto moverse con el resto del mundo defectuoso?

Tal vez habían pasado diez horas desde que Nigel el robot doméstico había realizado su última tarea. Mordred, quien, de hecho, se había quedado profundamente dormido, volvió la cabeza hacia la voz del desconocido sin rastro de confusión mental ni sorpresa. Vio a un hombre con tejanos y una sudadera con capucha, de pie sobre las baldosas grises del Centro de Control. Su artilla —que no era más que un ajado macuto de marinero— se encontraba a sus pies. Tenía las mejillas sonrosadas, un rostro hermoso y los ojos encendidos. En la mano llevaba una pistola automática y, mientras contemplaba la negra boca del arma, Mordred Deschain se dio cuenta, por segunda vez, de que incluso los dioses podían morir una vez que su divinidad se había diluido con sangre humana. Pero no estaba asustado. No de ese. Volvió a mirar los monitores en los que se veía el departamento de Nigel, y confirmó que el recién llegado tenía razón: estaba vacío.

El sonriente extraño, que parecía haber salido del mismísimo suelo, levantó la mano en la que no llevaba la pistola hacia la capucha de su sudadera y la retiró un poco hacia atrás. Mordred vio un destello metálico. Una especie de malla metálica era el forro del interior de la capucha.

—Lo llamo mi gorro de pensar —dijo el extraño—. No puedo escuchar tus pensamientos, que es una lástima, pero tú no puedes entrar en mi cabeza, que es una…

(«es una ventaja, sin duda. ¿No te parece?»)

… que es una ventaja, sin duda. ¿No te parece?

Llevaba dos parches en la sudadera. Uno decía: EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS, y tenía un ave dibujada; un águila, no un pájaro ú-ú. El otro parche decía: RANDALL FLAGG. Mordred descubrió (sin sorpresa) que podía leerlo con facilidad.

—Porque si te pareces en algo a tu padre, es decir, al rojo, tus poderes mentales pueden ser superiores a la mera comunicación. —El hombre de la sudadera soltó una risa ahogada. No quería que Mordred viera que estaba asustado. Tal vez se había convencido a sí mismo de que no estaba asustado, de que había ido hasta allí por su propia voluntad. A lo mejor lo había hecho. A Mordred le daba igual. Tampoco le importaban los planes del hombre, que se revolvían y discurrían por su cabeza como sopa caliente. ¿De verdad creía el hombre que la «gorra de pensar» había clausurado sus pensamientos? Mordred miró más de cerca, suplicó con más fuerza y vio que la respuesta era afirmativa. Muy conveniente.

—En cualquier caso, creo que algo de protección es muy prudente. La prudencia siempre es el camino más inteligente; ¿cómo si no habría sobrevivido a la caída de Farson y la muerte de Gilead? No me gustaría que te metieras en mi cabeza y me tirases desde un edificio alto, ¿verdad? Me necesitas o necesitas a alguien, ahora que se te ha quedado la olla vacía y ¡no eres más que un bah-bo que no puede ni recomponerse el pañal en la raja de su cagado culo!

El extraño —que en realidad no era ningún extraño— se rio. Mordred se quedó sentado en la silla, mirándolo. El niño tenía un verdugón rosa en una mejilla, pues se había quedado dormido con una manita apoyada en la cara.

El recién llegado dijo:

—Creo que nos podemos comunicar muy bien si yo hablo y tú asientes con la cabeza para afirmar y la meneas para negar. Da un golpe en la silla si no lo entiendes. ¡Es bastante simple! ¿Te parece?

Mordred asintió en silencio. El recién llegado opinaba que el fulgor azul y constante de sus ojos era inquietante —*très* inquietante—, pero intentó que no se notara. Se volvió a preguntar si ir a ese lugar había sido lo correcto, aunque había seguido los pasos de Mia siempre, desde que ella había despertado, y ¿para

qué, sino para esto? Era un juego peligroso, eso lo tenía claro, pero en ese momento había solo dos criaturas que pudieran abrir la puerta a los pies de la Torre antes de que la Torre cayera… Esto ocurriría, y pronto, porque al escritor no le quedaban más que unos días en su mundo, y los últimos libros de la Torre, tres de ellos, seguían sin ser escritos. En el último que sí estaba escrito en ese mundo clave, el ka-tet de Roland había desterrado a sai Randy Flagg de un palacio de sueños en una carretera interestatal, un palacio que a Eddie, Susannah y Jake les había parecido el castillo de Oz el Grande y Terrible (Oz el rey Esmeralda, si a bien tenéis). De hecho, casi habían matado a ese viejo y malvado insincero de Walter o' Dim, llegando así a una conclusión que, sin duda alguna, algunos considerarían un final feliz. Sin embargo, más allá de la página 676 de *La bola de cristal*, Stephen King no había escrito ni una sola palabra ni de Roland ni de la Torre Oscura, y a Walter ese final sí que le parecía un verdadero final feliz. El pueblo de Calla Bryn Sturgis, los niños arruinados, Mia y el bebé de Mia, todas esas cosas todavía dormían de forma incipiente en el subconsciente del escritor, criaturas sin hálito, hacinadas tras una puerta ignota. Y, ahora, Walter consideraba que era demasiado tarde para liberarlos. Pese a lo terriblemente rápido que había sido King durante su trayectoria —un escritor con verdadero talento que se había convertido en un artista chapucero (aunque rico) de pluma rápida, un Algernon Swinburne sin maña para la rima, si a bien tenéis—, ni siquiera podría pasar de las primeras cien páginas en el tiempo que le quedaba, ni aunque escribiera día y noche.

Demasiado tarde.

Había habido un día decisivo, como muy bien sabía Walter: había estado en *Le Casse Roi Russe* y había visto en la bola de cristal la Vieja Cosa Carmesí todavía poseída (aunque en ese momento sin duda permanecía olvidado en el rincón de algún castillo). En el verano de 1997, King tenía clara la historia de los lobos, los gemelos y los platos voladores llamados Orizas. Pero todo eso le parecía demasiado trabajo. Había decidido escribir un libro de relatos con cierta relación entre sí, titulado *Corazones en la Atlántida*. Incluso en ese preciso momento, en su casa de Turtleback Lane (donde no había visto siquiera un solo visitante), el escritor estaba malgastando sus últimas horas escribiendo sobre la paz y el amor y Vietnam. Era cierto que, posiblemente, un personaje de lo que sería el último libro de King tendría un papel que desempeñar en la historia de la Torre Oscura, pero ese tipo —un carrozón con cerebro— no tendría ninguna oportunidad de pronunciar las frases que realmente importaban. ¡Genial!

En el único mundo que de verdad importaba, el verdadero mundo donde el tiempo nunca vuelve atrás y donde no hay segundas oportunidades (digo verdad), era 12 de junio de 1999. El tiempo que le restaba al escritor había quedado reducido a menos de doscientas horas.

Walter o' Dim sabía que no tenía tanto tiempo para llegar a la Torre Oscura, porque el tiempo (como el metabolismo de determinadas arañas) corría más rápido y con más intensidad en este lado de la existencia. Digamos cinco días. Cinco y medio, a lo sumo. Tenía ese tiempo para llegar a la Torre con el pie amputado de Mordred Deschain, el pie con la mancha de nacimiento, en su artilla… para abrir la puerta de la parte inferior y subir por esa escalera murmurante… para eludir al Rey Carmesí, que estaba encerrado…

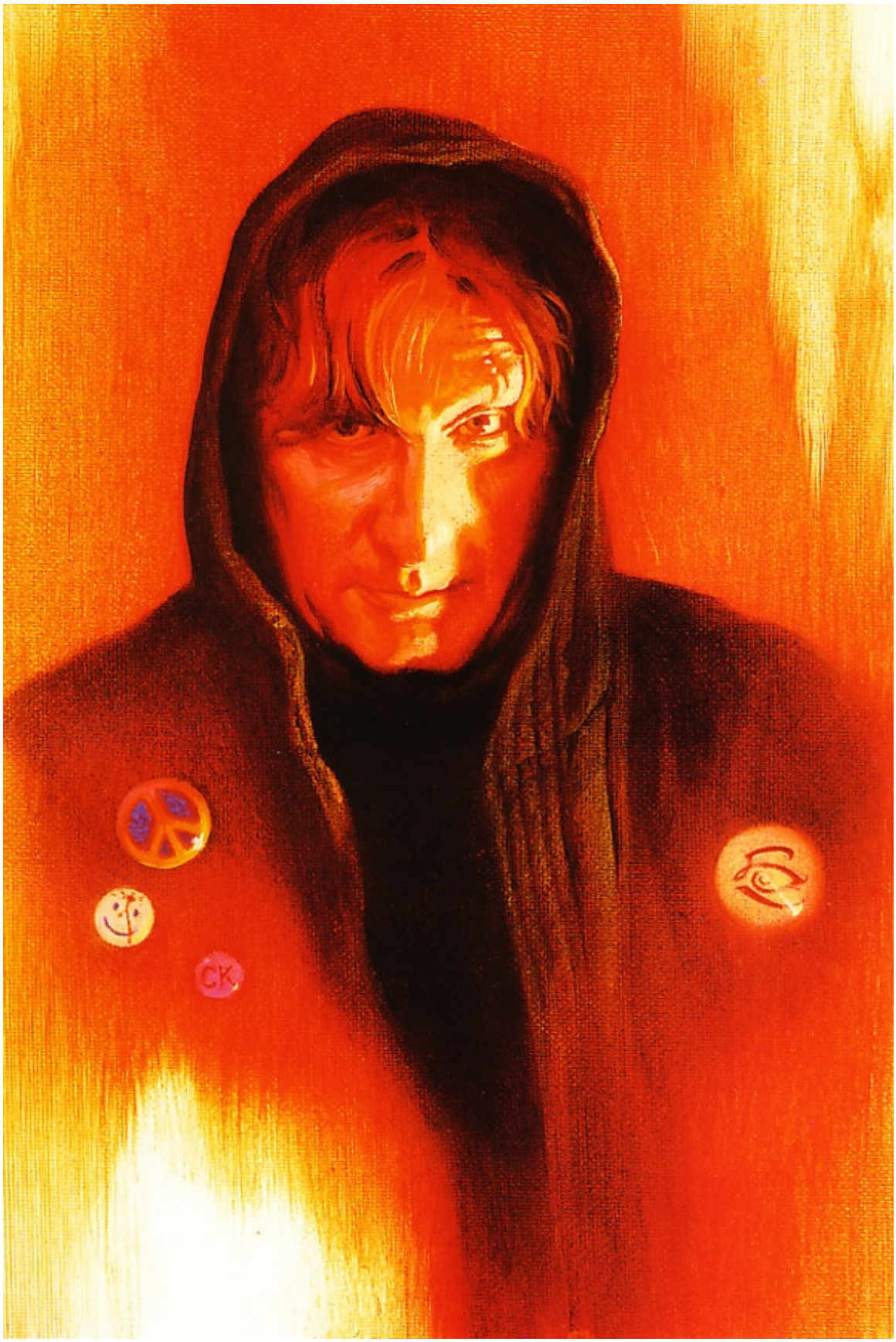
Si pudiera encontrar un vehículo… o la puerta adecuada…

¿Era demasiado tarde para convertirse en el Dios de Todo?

Tal vez no. En cualquier caso, ¿qué había de malo en intentarlo?

Walter o' Dim había errado durante mucho tiempo y con cientos de nombres, pero la Torre siempre había sido su objetivo. Como Roland, quería ascender por ella y ver lo que vivía en lo alto. Si es que vivía algo allí.

No había pertenecido a ninguna de las camarillas ni cultos ni fes ni facciones que habían surgido en los confusos años desde que la Torre empezó a tambalearse, aunque se ponía alguno de sus siguls cuando le convenía. Su servicio al Rey Carmesí fue una actividad tardía, como lo fue el servicio prestado a John Farson, el Hombre Bueno que había sumido Gilead, último bastión de la civilización, en una oleada de sangre y crímenes. Walter había tenido su participación en los asesinatos de esos años, había disfrutado de una vida larga y de semi mortal. Había sido testigo del fin de lo que había creído que era el último ka-tet de Roland en Jericho Hill. ¿Había sido testigo? Eso era un tanto inmodesto, ¡por todos los dioses y los peces! Con el nombre de Rudin Filaro, había luchado con el rostro pintado de azul, había gritado y se había lanzado a la carga con los demás bárbaros apestosos, y había derrotado al mismísimo Cuthbert Allgood, al clavarle una flecha en el ojo. No obstante, durante todo ese tiempo, había mantenido la mirada fija en la Torre. Tal vez era esa la razón por la que el maldito pistolero —cuando se puso el sol esa jornada de trabajo, Roland de Gilead se había convertido en el último de ellos— había conseguido escapar: se había enterrado en un carromato lleno de muertos y luego se había escabullido de la pila de cadáveres en el ocaso, justo antes de que ardieran todos los cuerpos.


OK

Había visto a Roland hacía años, en Mejis, y allí también había echado de menos tener control sobre él (aunque eso lo achacaba, en gran medida, a Eldred Jonas, el de la voz trémula y el largo pelo canoso, y Jonas había pagado por ello). El Rey le había dicho en aquella época que no habían terminado con Roland, que el pistolero iniciaría el fin de las cosas y que, al final, provocaría la caída de lo que quería salvar. Walter no había ni empezado a creerlo hasta llegar al desierto de Mohaine, donde había echado un vistazo un día y había descubierto a cierto pistolero al retroceder —un pistolero que había envejecido con el paso de los años—, y no lo había creído del todo hasta la reaparición de Mia, quien cumplió una antigua y grave profecía al dar a luz al hijo del Rey Carmesí. Sin duda, la Vieja Cosa Carmesí ya no le era de utilidad, pero, pese a su confinamiento y locura, esa persona —cosa— era peligrosa.

Con todo, hasta que no tuvo a Roland para que lo complementara —para hacerlo más grande que su propio destino, tal vez—, Walter o' Dim había sido poco más que un desecho errante de los viejos tiempos, un mercenario con una vaga ambición de penetrar en la Torre antes de que fuera derribada. ¿Acaso no había sido eso lo que le había llevado hasta el Rey Carmesí desde un primer momento? Sí. Y no era culpa suya que el gran rey arácnido cagón se hubiera vuelto loco.

Daba igual. Allí estaba su hijo con la misma marca en el talón —Walter la podía ver en ese mismo instante— y todo quedaba compensado. Por supuesto que tenía que andarse con cuidado. El ser de la silla parecía indefenso, tal vez estuviera indefenso, pero no sería conveniente subestimarlo solo porque tuviera apariencia de bebé.

Walter se metió la pistola en el bolsillo (por el momento; solo por el momento) y sacó las manos, vacías y con las palmas hacia arriba. Luego cerró una en un puño, y se lo llevó a la frente. Lentamente, sin apartar la mirada de Mordred, cauteloso por si cambiaba (Walter había visto esa mutación, y lo que le ocurría a la madre de la bestiecilla), el recién llegado hincó una rodilla en el suelo.

—Salve, Mordred Deschain, hijo de Roland del antiguo Gilead y del Rey Carmesí, cuyo nombre fue pronunciado desde Mundo Final hasta Mundo Exterior; salve, hijo de dos padres, ambos descendientes de Arthur Eld, primer rey que ascendió al trono tras la retirada del *Prim*, y Guardián de la Torre Oscura.

Durante un instante no ocurrió nada. En el Centro de Control no había más

que silencio y el olor de los circuitos chamuscados de Nigel.

Entonces, el bebé levantó sus puños regordetes, los abrió y levantó las manos: «Levántate, esclavo, y ven a mí».

DOS

—En cualquier caso, es mejor que no «pienses con fuerza» —dijo el recién llegado al tiempo que se acercaba—. Saben que has estado aquí, y Roland es tremendamente poderoso; es delah genioso. En una ocasión tuvimos un encontronazo, ya sabes, y creí que estaba acabado. De verdad que lo creí. —De su artilla, el hombre que en ocasiones se hacía llamar Flagg (en otro nivel de la Torre, había aportado todo un nuevo mundo que arruinar con ese nombre) había sacado mantequilla de cacahuete y galletas de soda. Había pedido permiso a su nuevo dinh, y el bebé (aunque estaba un poco enfadado) había asentido con majestuosidad. Ahora, Walter estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, comía a toda prisa, sintiéndose seguro con su gorra de pensar, sin ser consciente de que había un intruso en el interior y que estaba hurgando en lo único que sabía, pero después…

Mordred levantó una mano regordeta en el aire y la dejó caer en picado y con gracilidad al tiempo que dibujaba un signo de interrogación.

—¿Cómo escapé? —preguntó Walter—. Bueno, hice lo que cualquier impostor que se precie habría hecho en esa situación: ¡le conté la verdad! Le enseñé la Torre, al final fueron varios niveles. Se quedó de piedra, es de justicia, y mientras estaba abierto de esa forma, cogí una hoja de su propio libro y lo hipnoticé. Estábamos en una de las fístulas del tiempo que a veces salen como un remolino de la Torre, y el mundo se movía a nuestro alrededor mientras garlábamos en ese osario, ¡sea! Yo llevé más huesos, humanos, y, mientras él dormía, los vestí con lo que me quedaba de ropa. Entonces podría haberlo matado, pero ¿qué hubiera ocurrido con la Torre si lo hubiera hecho? Mejor dicho ¿qué hubiera sido de ti? Jamás habrías llegado a existir. Es justo decir, Mordred, que al permitir que Roland viviera y reuniera a sus tres compañeros, te salvé la vida antes de que tu vida ni siquiera se hubiera despertado, eso hice. Me acerqué sigilosamente hasta la costa, sentía la necesidad de tomarme unas vacacioncillas. Entonces llegó Roland. Él iba en una dirección, hacia las tres puertas. Yo iba en la otra dirección, Mordred, querido, y aquí estoy.

Rio con la boca llena de galletas y se echó todas las migas en la barbilla y la camisa. Mordred sonrió, aunque le parecía vomitivo. Se suponía que tenía que trabajar con ese tipo, ¿con ese? Con un idiota zampagalletas y escupemigas que estaba tan pagado de sus hazañas pasadas que no veía el peligro del presente, ni sabía que sus defensas habían mermado. ¡Por todos los dioses!, ¡merecía morir! Pero antes de que eso pudiera ocurrir, había dos cosas más que necesitaba. Una era saber dónde habían ido Roland y sus amigos. La otra era alimentarse. Ese idiota le serviría para ambas cosas. ¿Y qué lo facilitaría? Bueno, que Walter también se había vuelto viejo —viejo y mortalmente seguro de sí mismo— y demasiado vanidoso para darse cuenta de ello.

—Puede que te preguntes qué hago aquí, y por qué no me estoy encargando de los asuntos de tu padre —dijo Walter—. ¿Es así?

Mordred no se lo preguntaba, pero, de todas formas, asintió en silencio. Se le revolvió el estómago.

—En realidad, yo soy su asunto —aclaró Walter, y le dedicó la más encantadora de las sonrisas (estropeada en cierta forma por la mantequilla de cacahuete que tenía entre los dientes). Seguramente, en algún tiempo supo que cualquier frase que empezara con la expresión «En realidad» es casi siempre una mentira. Ya no lo sabía. Era demasiado viejo para saberlo. Demasiado vanidoso para saberlo. Demasiado estúpido para recordarlo. Sin embargo, de todas formas, se anduvo con cuidado. Sentía la fuerza del niño. ¿En su cabeza? ¿Hurgando en su cabeza? Sin duda no era así. La cosa atrapada en el cuerpo del bebé era poderosa, pero estaba claro que no tanto.

Walter se inclinó hacia delante a conciencia, juntando las rodillas.

—Tu padre carmesí está… indispuesto. No me cabe ninguna duda de que ha sido a consecuencia de haber vivido tan cerca de la Torre y de haber pensado en ella con tanto detenimiento. Depende de ti acabar lo que él empezó. He venido a ayudarte en tu misión.

Mordred hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, como si le complaciera la idea. Y estaba complacido, pero sobre todo, estaba hambriento.

—Tal vez te preguntes cómo te he encontrado en esta supuesta cámara de seguridad —dijo Walter—. En realidad, yo colaboré en la construcción de este lugar, en lo que Roland llamaría el tiempo atrás.

De nuevo esa expresión, tan evidente como un guiño.

Se había puesto la pistola en el bolsillo izquierdo de la sudadera. Ahora, del bolsillo derecho, sacó un aparato del tamaño de una cajetilla de cigarrillos,

extendió una antena plateada y apretó un botón. Una parte de las baldosas grises se retiró en silencio, dejando al descubierto un tramo de escalera. Mordred asintió con la cabeza. En realidad, Walter —o Randall Flagg, si era así como se hacía llamar en aquel momento— había salido del suelo. Un truco fantástico, no cabía duda de que había servido en alguna ocasión al mago de la corte de Gilead, a Steven, padre de Roland, ¿no era así? Con el nombre de Marten. Walter o' Dim era un hombre de múltiples rostros y múltiples trucos fantásticos, pero no sería jamás tan inteligente como al parecer él creía. Ni por asomo. Porque en ese momento, Mordred obtuvo respuesta a su última duda: cómo habían salido de allí Roland y sus amigos. Al final no hubo necesidad de tirar de esa idea para sacarla de su escondite en la mente de Walter. Lo único que necesitaría sería seguir el rastro del idiota.

Antes, sin embargo…

La sonrisa de Walter se había desvanecido ligeramente.

—¿Habéis dicho algo, sire? Porque he creído escuchar el sonido de vuestra voz, en lo más profundo de mi mente.

El bebé sacudió la cabeza. Y ¿quién es más sincero que un niño? ¿Acaso sus rostros no son la mismísima definición de la candidez y la inocencia?

—Te llevaré conmigo e iremos a por ellos, si quieres venir —anunció Walter —. ¡Menudo equipo formaremos! Se han ido al devar-toi de Tronido, a liberar a los disgregadores. Yo ya he prometido reunirme con tu padre (tu padre Blanco) y su ka-tet si es que osan seguir adelante, y es una promesa que pienso cumplir. Porque, escúchame bien, Mordred, el pistolero Roland Deschain se me ha resistido en todas las ocasiones, y no voy a permitirlo nunca más. ¡Nunca más! ¿Me oyes? —La furia iba aumentando en su voz.

Mordred asintió con candidez, abriendo sus hermosos ojitos de bebé con una expresión que podría haber sido interpretada como miedo o fascinación, o ambas cosas. Sin duda alguna, a su parecer, Walter o' Dim se estaba pavoneando, lo único que importaba en ese momento era cuándo atacarlo, ¿en ese preciso instante o más tarde? Mordred estaba hambriento, pero podía contenerse un poco más. El observar a ese idiota rascando hasta el fondo los últimos centímetros de su destino con tanto fervor tenía cierto atractivo.

Una vez más, Mordred dibujó la forma de un signo de interrogación en el aire.

Cualquier vestigio duradero de una sonrisa desapareció del rostro de Walter.

—¿Qué es lo que quiero en realidad? ¿Es eso lo que preguntas?

Mordred asintió con la cabeza.

—No es la Torre Oscura, para nada, si quieres que te diga la verdad; es Roland el que sigue estando en mi mente y en mi corazón. Lo quiero muerto. —Walter hablaba con una determinación inexpresiva y seria—. Por todas las interminables y polvorientas leguas a lo largo de las que me ha perseguido; por todos los problemas que me ha provocado; y por el Rey Carmesí también; el verdadero rey, te consta; por su prepotencia al negarse a abandonar su búsqueda sin importar los obstáculos que se le presentasen en el camino; y, sobre todo, por la muerte de su madre, a quien una vez amé. —Y en un tono más bajo—: O al menos deseé. En cualquier caso, fue él quien la mató. No importa qué papel pueda haber desempeñado él o Rhea de Cöos en esa cuestión, fue el mismo niño quien interrumpió su respiración con sus malditas pistolas, su lenta cabeza y sus rápidas manos.

»En cuanto al final del universo… yo digo que sea como tenga que ser, en forma de hielo, fuego u oscuridad. ¿Qué ha hecho el universo por mí para que pueda importarme su bienestar? Lo único que sé es que Roland de Gilead ha vivido demasiado y que yo quiero a ese hijo de puta bajo tierra. Y también a quienes arrastra.

Por tercera y última vez, Mordred describió la forma de un signo de interrogación en el aire.

—Hay una sola puerta en funcionamiento que lleva de aquí al devar-toi, joven maestro. Es la que usan los lobos… o usaban; creo que han hecho su última carrera, como yo. Roland y sus amigos han pasado a través de ella, pero no pasa nada, habrá muchas cosas que los mantengan ocupados justo donde han salido; ¡puede que el recibimiento que les den sea un tanto caluroso! ¡Quizá podamos ocuparnos de ellos mientras tienen que encargarse de los disgregadores, de los niños de Roderick que quedan y de los verdaderos guardianes! ¿Te gustaría?

El niño asintió en silencio, sin dudarlo. Luego se llevó los dedos a la boca y se los mordisqueó.

—Sí —dijo Walter. La sonrisa le iluminó la cara—. Claro que tienes hambre. Pero estoy seguro de que podemos conseguir algo mejor que unas ratas y bilibrambos a medio desarrollar para comer. ¿No crees?

Mordred volvió a asentir en silencio. También estaba seguro de que podían conseguir algo mejor.

—¿Quieres que haga de papá bueno y te coja en brazos? —preguntó Walter

—. Así no tendrías que cambiar a tu forma de araña. ¡Puaj! Debo confesar que no es fácil sentirse atraído por esa forma, ni siquiera conseguir que te guste un poco.

Mordred estaba levantando los brazos.

—¿No te me cagarás encima, no? —preguntó Walter de manera informal al tiempo que se detenía a medio camino. Se metió una mano en el bolsillo y Mordred se dio cuenta, con cierta alarma, de que el ladino bastardo le había estado ocultando algo; daba igual: sabía que la supuesta «gorra de pensar» no estaba funcionando. En ese momento, al fin y al cabo, estaba decidido a usar la pistola.

TRES

De hecho, Mordred le concedió a Walter o' Dim demasiada consideración, pero ¿acaso ese no es un rasgo de los jóvenes, incluso una habilidad para la supervivencia? Para un muchacho espabilado, los chabacanos trucos del prestidigitador más desmañado del mundo parecían milagros. En realidad, Walter no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta bastante avanzado el juego, aunque era un superviviente artero, os digo verdad, y cuando entendía algo, lo entendía bien.

Existe una expresión en Estados Unidos, «tener un elefante en el comedor», que sirve para describir lo que es vivir con un yonqui, un alcohólico, un adicto. Las personas que están al margen de esas relaciones a veces preguntan: «¿Cómo has podido dejar que este asunto dure tantos años? ¿No veías el elefante en el comedor?». Y es muy difícil para cualquiera que viva en una situación más normal entender la respuesta más aproximada a la verdad: «Lo siento, pero ya estaba allí cuando llegué. No sabía que era un elefante, creí que era parte del mobiliario». Entonces llega el momento de revelación para algunas personas, las afortunadas, cuando se dan cuenta de la diferencia. Y ese momento llegó para Walter. Llegó demasiado tarde, aunque no por poco.

«No te me cagarás encima, ¿no?», esa fue la pregunta que hizo, pero entre el verbo cagar y la palabra encima, se dio cuenta de pronto de que había un intruso en la casa… y había estado allí desde el principio. Aunque no era un bebé; se trataba de un adolescente desgarbado, con la cabeza gacha, la piel marcada por el acné y una mirada ligeramente curiosa. Podía ser la imagen más acertada que

Walter podía tener de Mordred Deschain tal como existía en ese momento: un ladronzuelo adolescente, seguramente colocado con algún producto de limpieza en aerosol.

¡Y había estado allí desde el principio! ¡Dios!, ¿cómo no se había dado cuenta? ¡El ladrón ni siquiera se había estado escondiendo! Había estado ahí mismo, al descubierto, apoyado contra la pared, boquiabierto y quedándose con todo.

Sus planes de llevarse a Mordred consigo, o de utilizarlo para acabar con la vida de Roland (es decir, si los guardianes del devar-toi no lograban hacerlo antes), luego matar al pequeño bastardo y quedarse con su valioso pie izquierdo, se fueron al garete en ese instante. «No debo dejar que lo sepa. Un disparo, solo me puedo arriesgar a eso, y solo debo hacerlo. Luego me largo. Si muere, vale. Si no, puede que antes muera de inanición…».

Entonces Walter se dio cuenta de que su mano ya no se movía. Cuatro dedos apretaban la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo de la sudadera. Uno estaba muy cerca del gatillo, pero tampoco lo podía mover. Era como si lo tuviera enterrado en cemento. Entonces, Walter vio con claridad el deslumbrante cable de la primera vez. Emergió de la boca desdentada de rosadas encías del bebé que estaba sentado en la silla, cruzó la habitación, destellando bajo las luces, y lo rodeó a la altura del pecho, y le dejó los brazos atados a ambos lados del cuerpo. Comprendió que el cable no estaba en realidad allí… aunque, al mismo tiempo, sí estaba…

No podía moverse.

CUATRO

Mordred no vio el cable resplandeciente, tal vez porque no había leído *La colina de Wathership*. Sin embargo, sí había tenido oportunidad de analizar la mente de Susannah y lo que vio era en extremo parecido al Dogan de Susannah. Salvo que en lugar de reguladores con inscripciones del tipo CHAVAL y TEMP. EMOCIONAL, vio los que controlaban a Walter, sus movimientos (ese lo giró enseguida hasta colocarlo en la posición OFF), su pensamiento y su motivación. Sin duda, era un montaje más complejo que el de la cabeza del joven brambo —allí no encontró más que un par de simples nodos, como nudos corredizos—, aun así no era difícil de manejar.

El único problema era su condición de bebé.

Era un maldito bebé encajado en una silla.

Si de verdad quería convertir esa delicia con piernas en unos fiambres, tendría que moverse deprisa.

CINCO

Walter o' Dim no era demasiado mayor para ser crédulo, lo entendió en ese momento —había subestimado al monstruito, había confiado demasiado en su apariencia y no lo suficiente en lo que él sabía que era—, aunque, al menos, estaba por encima de la trampa de pánico total del joven.

«Si pretende hacer otra cosa que no sea quedarse sentado en esa silla y mirarme, tendrá que cambiar. Cuando lo haga, puede perder parte del control. Esa será mi oportunidad. No es gran cosa, pero es lo único que me queda».

En ese momento vio una reluciente luz roja que recorría la piel del bebé desde la coronilla hasta los dedos de los pies. A su paso, el cuerpecito rosa del bah-bo empezó a oscurecerse y a hincharse, las patas de la araña salieron por los costados. En el mismo instante, el cable brillante que salía de la boca del niño desapareció y Walter sintió que la banda sofocante que lo había estado reteniendo por la cintura también desaparecía.

«No hay tiempo para arriesgarse, ni siquiera a pegar un solo tiro, ahora no. Escapa. Escapa de él… de eso. Es lo único que puedes hacer. Para empezar, jamás tendrías que haber venido. Dejaste que tu odio hacia el pistolero te cegara, aunque puede que todavía no sea demasiado tar…».

Se volvió hacia la trampilla mientras ese pensamiento le pasaba a toda prisa por la mente, y estaba a punto de poner el pie en el primer escalón cuando el cable resplandeciente reapareció. Esta vez no se le enrolló en los brazos y el pecho, sino en el cuello, como un garrote vil.

Walter se sacudía dando vueltas, le daban arcadas, se asfixiaba, arrojaba saliva y los ojos se le salían de las órbitas. La lazada del cuello no se soltó ni un milímetro. Al mismo tiempo, sintió que algo muy similar a una mano invisible le pasaba casi rozando por encima de la frente y le retiraba la capucha de la cabeza. Siempre había ido vestido de esa forma, cuando podía; en determinadas provincias de la llanura sur de Garlan lo habían conocido como *Walter Hodji*, la última palabra significaba «oscuro» y «capucha». Sin embargo, ese casquete en

particular (que tomó prestado de cierta casa abandonada en la ciudad de French Landing, Wisconsin) no lo había ayudado mucho, ¿verdad?

«Creo que quizá haya llegado al final de la senda», pensó cuando vio a la araña acercándose con el paso ufano de sus siete patas; un ser hinchado y animado (más animado que el bebé, sea, y cuatro mil veces más feo) con un monstruoso coágulo en forma de cabeza humana que le asomaba por la chepa del lomo. En el vientre del bicho, Walter vio la marca roja que estaba en el talón del bebé. Ahora tenía forma de reloj de arena, como el que marca el lomo de la viuda negra hembra, y entendió que se trataba de la misma marca que había estado buscando. Seguramente, matar al bebé y amputarle el pie no le habría servido para nada. Al parecer, se había equivocado desde el principio.

La araña se alzó sobre sus cuatro patas traseras. Las tres de delante manosearon los vaqueros de Walter, y produjeron un rasgueo grave y espectral. Los ojos de ese ser lo miraban saliéndose de las órbitas, con la desanimada curiosidad de un intruso que ya había imaginado con demasiado detalle.

«**Oh, sí, creo que ha llegado el final de la senda para ti**. —Resonaba con intensidad en su cabeza. Retumbaba como las palabras de un altavoz—. **Pero tú pretendías hacer lo mismo conmigo, ¿verdad?**».

«¡No! Por lo menos, no enseguida…».

«Pero ¡lo has hecho! No quieras burlar a un burlador, como diría Susannah. Bien, ahora le haré un pequeño favor al que tú llamas mi Padre Blanco. Puede que no hayas sido su mayor enemigo, Walter Padick (como te llamaban cuando partiste, allá por el tiempo atrás), pero sí eras su enemigo más viejo, te lo garantizo. Y ahora te apartaré de su camino».

Walter no se dio cuenta de que se había aferrado a la vana esperanza de escapar, incluso con el espantoso ser delante de él, erguido, mirándole con apagada avidez mientras le caía un hilillo de baba de la boca, hasta que escuchó por primera vez en miles de años el nombre al que en una ocasión había respondido un muchacho de una granja de Delain: Walter Padick. Walter, hijo de Sam el Molinero de la Baronía del Este. Un chico que se había escapado de casa a los trece años, a quien otro vagabundo había dado por culo un año después y que, aun así, había resistido la tentación de volver arrastrándose a casa. En lugar de hacer eso, había avanzado hacia su destino.

Walter Padick.

Al escuchar esa voz, el hombre que se había llamado Marten, Richard Fannin, Rudin Filaro y Randall Flagg (entre muchos otros grandes), desdeñó

toda esperanza salvo la de morir bien.

«**Tengo jambre, Mordred tiene jambre** —dijo la implacable voz que resonaba en plena cabeza de Walter, una voz que le llegaba por el resplandeciente alambre de la voluntad del pequeño rey—. **Pero comeré bien, empezando por el aperitivo. Tus ojos, creo. Dámelos**».

Walter luchó con todas sus fuerzas, pero no logró más que un éxito momentáneo. El cable era demasiado fuerte. Vio sus manos levantarse y mantenerse en el aire delante de su cara. Vio que sus dedos se doblaban como garfios, que le levantaban las pestañas como si fueran persianas venecianas y le sacaban las órbitas, agarrándolas por la parte superior de las cuencas. Escuchó el ruido que hacían al desmembrarse de los tendones que las hacían girar y de los nervios ópticos que transmitían sus maravillosos mensajes. El ruido que marcó el final de su sentido de la vista fue grave y húmedo. Puntos rojos de luz le llenaron la cabeza, y luego se hizo la oscuridad de sopetón y para siempre. En el caso de Walter, «para siempre» no podía durar mucho, pero si el tiempo es subjetivo (y la mayoría de nosotros sabemos que así es), entonces era demasiado.

«Dámelos, ¡te digo! ¡Se acabaron los titubeos! ¡Tengo jambre!».

Walter o' Dim —ahora Walter o' Scuro— le dio la vuelta a las manos y tiró sus globos oculares. Al caer, las órbitas llevaban un lastre de filamentos, lo que les daba un ligero aspecto a renacuajos. La araña agarró uno al vuelo. El otro hizo «¡plaf!» al caer en la baldosa, donde la garra sorprendentemente ágil de una pata lo levantó y lo embutió en la boca de la araña. Mordred lo hizo explotar como una uva, pero no se lo tragó; más bien dejó que le corriera el delicioso juguillo flemático por la garganta. ¡Encantador!

«Y ahora, la lengua, por favor».

Walter apretó una mano obediente en torno al músculo y tiró de él, pero no consiguió más que desgarrarlo de forma parcial. Al final resultó demasiado resbaladizo. Habría llorado de agonía y frustración si las cuencas sangrantes donde habían estado sus ojos pudieran haber fabricado lágrimas.

Volvió a agarrarse la lengua, pero la araña era demasiado codiciosa para esperar.

«¡Agáchate! Saca la lengua como lo harías para comerle el coño a tu amorcito. Deprisa, ¡por la gloria de tu padre! ¡Mordred tiene jambre!».

Walter, todavía demasiado consciente de lo que le estaba ocurriendo, luchó contra ese nuevo horror sin más éxito que contra el último. Se agachó con las manos en las caderas y sacó la lengua sangrante y torcida entre los labios. Los

músculos que sangraban sin cesar en la parte trasera de la boca intentaban sujetarla, esto la hacía temblar. La araña cerró sus peludas fauces sobre la lengua de Walter, la succionó como una piruleta durante uno o dos segundos de regocijo, y luego la arrancó con un único y poderoso tirón. Walter —que ahora estaba tan mudo como ciego— lanzó un inflamado grito de dolor y se desplomó. Se llevó las manos a su rostro deforme, y empezó a rodar hacia atrás y hacia delante sobre las baldosas.

Mordred hincó los dientes en la lengua, ya dentro de su boca. Reventó en una orgía de sangre que por un instante le nubló el pensamiento. Walter se había puesto de lado y estaba palpando a ciegas la trampilla, algo en su interior gritaba que no debía abandonar todavía, sino que debía seguir intentando escapar del monstruo que estaba comiéndoselo vivo.

Con el sabor de la sangre en la boca, Mordred perdió todo interés en los prolegómenos. Se limitó a su principal preocupación, que era, ante todo, su apetito. Se abalanzó sobre Randall Flagg, sobre Walter o' Dim, es decir, Walter Padick. Hubo más gritos, pero solo unos cuantos. Entonces, el viejo enemigo de Roland dejó de existir.

SEIS

El hombre había sido casi inmortal (una expresión prácticamente tan tonta como «casi extraordinario») y se había convertido en una comida de las que hacen historia. Después de atiborrarse, la urgencia más importante de Mordred —intensa aunque no del todo insalvable— fue vomitar. Controló las ganas, al igual que hizo con la segunda urgencia, que fue incluso más intensa: volver a su forma de bebé y dormir.

Si quería encontrar la puerta de la que Walter había hablado, el mejor momento para hacerlo era ese, y con una forma que le permitiera avanzar a toda velocidad: la forma de araña. Así que, tras pasar junto al cadáver disecado sin echarle ni un vistazo, Mordred se largó con agilidad a través de la trampilla y bajó la escalera hasta el pasillo de abajo. Ese pasadizo olía intensamente a álcali y parecía escarbado en el lecho de roca del desierto.

Todo el conocimiento de Walter, al menos quinientos años del mismo, le bramaba en el cerebro.

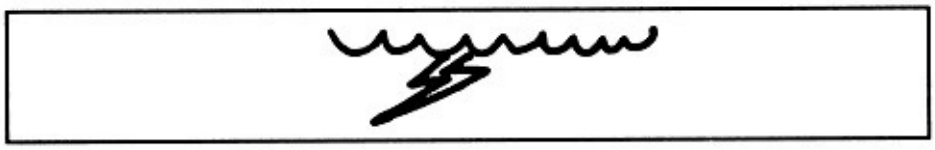
El rastro que había dejado el hombre de negro lo llevó hasta el hueco del ascensor. Cuando una zarpa hirsuta apretó el botón de SUBIR no se oyó más que un zumbido a lo lejos y salió un olor como de zapato de piel chamuscado de detrás del panel de control, Mordred se apoyó en la pared interior de la cabina, empujó la trampilla del ascensor con una delgada pata y pasó a duras penas. Que tuviera que pasar a duras penas no lo sorprendió; ahora era más grande.

Subió por el cable

(«la araña subió y subió, trepó por el canalón»)

hasta que llegó a la puerta por la que Walter había entrado al ascensor y lo había enviado a realizar su último viaje, se lo decía un pálpito. Pasados veinte minutos (y todavía lleno de vida por toda esa maravillosa sangre; le habían parecido litros y litros), llegó a un lugar donde el rastro de Walter se dividía. Esto podría haberlo confundido, puesto que, ante todo, seguía siendo un niño. Sin embargo, el olor de los demás y la sensación de su presencia se confundían con el rastro de Walter y Mordred siguió ese camino. En ese momento seguía a Roland y a su ka-tet más que el rastro que había dejado el mago. Walter debió de haberlos seguido durante un rato y luego debió de haber regresado para encontrar a Mordred. Para encontrarse con su destino.

Otros veinte minutos después, el tipejo llegó a una puerta con una señal sin palabras pero con un sigul que entendía bastante bien:



La cuestión era si abrirla en ese momento o esperar. La impaciencia infantil clamaba por que hiciera lo primero; la prudencia del adulto, por lo segundo. Se había alimentado bien y no necesitaba más alimento, sobre todo si recuperaba su forma de hum durante un rato. Además, Roland y sus amigos podían seguir al otro lado de esa puerta al fondo de la habitación. ¿Y si estuvieran allí y sacaran sus armas al verlo? Eran endemoniadamente rápidos, y podían matarlo de un disparo.

Podía esperar; no tenía una urgencia que fuera más fuerte que la impaciencia de un niño que lo quiere todo y lo quiere ya. Sin duda no sentía la clara intensidad del odio de Walter. Sus sentimientos eran más complejos, teñidos de

tristeza y soledad y, sí, mejor sería admitirlo, sentía amor. Mordred quería disfrutar del placer de esa melancolía durante un rato. Habría comida a mansalva al otro lado de la puerta, estaba seguro de ello, así que se la comería. Y crecería. Y miraría. Miraría a su padre, y a su madre-hermana, y a sus ka-hermanos, Eddie y Jake. Los miraría acampar de noche, y encender sus hogueras, y formar su círculo en torno a ellas. Los miraría desde su posición, que lo dejaba «apartado». Tal vez sentirían su presencia y mirarían incómodos hacia la oscuridad, preguntándose qué había ahí fuera.

Se acercó a la puerta, se levantó ante ella sobre las patas traseras, y la golpeó con una zarpa de manera inquisitoria. En realidad, era una lástima que no hubiera mirilla. Probablemente sería seguro pasar por ella. ¿Qué había dicho Walter? Que el ka-tet de Roland quería liberar a los Disgregadores, sin importar lo que fuesen (eso estaba en la mente de Walter, pero Mordred no se había molestado en buscarlo).

«Habrá muchas cosas que los mantengan ocupados justo donde han salido; ¡puede que el recibimiento que les den sea un tanto caluroso!».

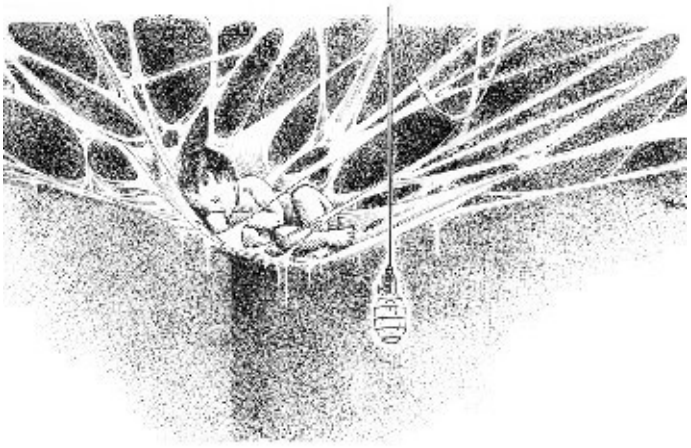
¿Podía ser que hubieran asesinado a Roland y a sus chicos en el otro lado? ¿Que les hubieran tendido una emboscada? Mordred creía que, de haber ocurrido, se habría enterado. Lo habría percibido mentalmente como un Hazrremoto.

En cualquier caso, esperaría antes de atravesar a rastras la puerta con el sigul de la nube y el rayo. Y ¿cuando la hubiera atravesado? Bueno, pues los encontraría. Y escucharía su garla a escondidas. Y los observaría, tanto despiertos como dormidos. Sobre todo, observaría al que Walter había llamado su Padre Blanco. Su único padre real, si Walter estaba en lo cierto al decir que el Rey Carmesí había perdido el juicio.

Y ¿en cuanto al presente?

«Ahora, durante un ratito, puede que duerma».

La araña subió a toda prisa por la pared de la habitación, que estaba llena de enormes objetos colgantes, y tejió una tela de araña. Pero fue el bebé —desnudo y con aspecto de niño de un año— quien durmió en ella, acurrucado y muy por encima de cualquier predador que pudiera acercarse a cazar.



CAPÍTULO IV
LA PUERTA A TRONIDO

UNO

Cuando los cuatro trotamundos despertaron de su sueño (Roland fue el primero, después de seis horas exactas), había más popkins, apilados sobre una bandeja cubierta con un mantel, y también había más bebidas. Sin embargo, del robot doméstico no había ni rastro.

—Vale, ya basta —dijo Roland, tras llamar a Nigel por tercera vez—. Nos ha dicho que estaba en las últimas; por lo visto, mientras dormíamos, se ha consumido del todo.

—Estaba haciendo algo que deseaba —dijo Jake. Tenía el rostro pálido y abotargado. Lo primero que pensó Roland fue que ese aspecto se debía a lo profundo que había dormido el muchacho, y luego se preguntó cómo podía haber sido tan idiota. Jake había estado llorando por el padre Callahan.

—¿Haciendo qué? —preguntó Eddie al tiempo que se echaba el fardo a un hombro y se colocaba a Susannah sobre una cadera—. ¿Para quién? ¿Y por qué?

—No lo sé —respondió Jake—. No quería que yo lo supiera, y no me pareció bien exigirle que me lo dijera. Sé que era solo un robot, pero con su bonito acento británico y todo, parecía algo más.

—No deberías tener ese tipo de miramientos —comentó Roland, con la máxima amabilidad posible.

—¿Te peso mucho, cielo? —le preguntó Susannah a Eddie con alegría—. ¿O sería mejor que preguntara cuánto echas de menos la vieja silla de ruedas? Por no hablar de la sobaquera.

—Suze, odiabas eso de ir a cuestas desde el principio y los dos lo sabemos.

—No te estaba preguntando eso, y tú lo sabes.

Siempre fascinaba a Roland cuando Detta se colaba sin ser oída en la voz de Susannah, o, lo que era incluso más espeluznante, en su rostro. Ella misma parecía no darse cuenta de esas intromisiones, como lo percibió su marido en ese momento.

—Te llevaría al fin del mundo —dijo Eddie con sentimentalismo y la besó en la punta de la nariz—. Siempre que no engordes unos cuatro o cinco kilos, eso sí. Entonces tendría que dejarte y buscar una mujer más liviana.

Ella le pegó un puñetazo, no precisamente con amabilidad, y luego se volvió hacia Roland.

—¡Joder! Este lugar de aquí abajo es grande de verdad. ¿Cómo vamos a encontrar la puerta que lleva a Tronido?

Roland sacudió la cabeza. No lo sabía.

—¿Y tú qué, Cisco? —le preguntó Eddie a Jake—. Tú eres a quien se le da mejor eso del toque. ¿Puedes utilizarlo para encontrar la puerta que buscamos?

—Tal vez, si supiera cómo empezar —comentó Jake—, pero no lo sé.

Y con eso, los tres volvieron a mirar a Roland. No, fueron los cuatro, porque incluso el brambo maldito por los dioses estaba mirando. Eddie habría hecho una broma para aliviar la tensión que podría sentir el pistolero con esa mirada conjunto. De hecho, Roland buscó la broma a tientas. ¿Algo así como «demasiados ojos golositos estropean el platillo»? No. Esa expresión era aplicable a los cocineros y sus caldos. Al final se limitó a decir:

—Buscaremos un poco, como hacen los sabuesos cuando han perdido el rastro oloroso, y veremos lo que encontramos.

—Puede que otra silla de ruedas para que yo me traslade —dijo Susannah con ánimo—. Este blanco asqueroso me ha puesto las manazas en mis partes puras.

Eddie le lanzó una mirada sincera.

—Si de verdad fueran puras, cielito —dijo—, no tendrían una raja.

DOS

En realidad fue Acho quien se adelantó y se situó en cabeza, pero no hasta que regresaron a la cocina. Los humanos estaban echando un vistazo con una especie

de falta de rumbo, que Jake consideró bastante desconcertante, cuando Acho empezó a ladrar su nombre: «¡Ake! ¡Ake! ¡Ake!».

Se reunieron con el brambo en una puerta con cuña en la que se leía: NIVEL C. Acho recorrió un tramo del pasadizo y luego volvió la mirada hacia atrás, le brillaban los ojos. Cuando vio que no lo estaban siguiendo, ladró de disgusto.

—¿Qué opináis? —preguntó Roland—. ¿Deberíamos seguirlo?

—Sí —respondió Jake.

—¿Qué rastro sigue? —preguntó Eddie—. ¿Lo sabes?

—A lo mejor es algo del Dogan —respondió Jake—. El verdadero, al otro lado del río Whye. Donde Acho y yo escuchamos al padre de Ben Slightman y al… ya sabéis, al robot.

—¿Jake? —preguntó Eddie—. ¿Estás bien, chico?

—Sí —afirmó Jake, aunque lo había pasado un poco mal al recordar el grito que había lanzado el padre de Benny. Andy el Robot Mensajero, al parecer, cansado del refunfuño de Slightman, había pinchado o clavado algo en el codo del hombre (un nervio, seguramente), y Slightman había «ululado como un búho», como habría dicho Roland (y seguramente con un ligero desprecio). Por supuesto, Slightman el Joven ya no podía sentirse afectado por esas cosas ahora, pero fue la conciencia de esa realidad (un chico, una vez lleno de alegría y ahora frío como la arcilla de la ribera) lo que había dejado en silencio al hijo de Elmer. Hay que morir, sí, y Jake esperaba poder hacerlo moderadamente bien cuando llegase su hora. Al fin y al cabo, tenía algo de preparación sobre la forma de hacerlo. Fue la idea de la sepultura lo que lo dejó helado. Ese tiempo de inactividad. Ese tiempo de estar inmóvil y seguir estando muerto.

El olor de Andy —frío, aunque aceitoso e inconfundible— había impregnado todo el Dogan en el lejano río Whye, puesto que Slightman el Viejo y él se habían reunido allí muchas veces, antes del ataque de los lobos, al que Roland y su partida improvisada habían dado la bienvenida. Ese olor no era exactamente el mismo, aunque resultaba interesante. Sin duda, era el único olor conocido que Acho había encontrado hasta el momento, y deseaba seguir su rastro.

—Espera un poco, espera un poco —le rogó Eddie—. Veo algo que necesito.

Bajó a Susannah, atravesó la cocina y volvió empujando una mesa de acero cromo que seguramente servía para transportar pilas de platos o utensilios más grandes recién lavados.

—¡Arriba, arriba, que te como la barriga! —dijo Eddie y puso a Susannah

encima del carrito.

Ella se sentó con bastante comodidad y se agarró a los lados del carrito. Sin embargo puso cara de tener ciertas reservas.

—¿Y cuando lleguemos a un tramo de escalera? ¿Entonces qué, cielito?

—Tu cielito quemará ese puente por ti cuando llegue a él —respondió Eddie y empujó la mesita con ruedas hasta el pasillo—. ¡Vamos, Acho! ¡Adelante, mis huskies!

—¡Acho! ¡Husk! —El brambo aceleró el paso con brío, inclinando la cabeza cada cierto tiempo para hundir el hocico en el rastro, aunque sin molestarse mucho. Era demasiado fresco e impregnaba demasiado espacio como para requerir mucha atención. Había descubierto el olor de los lobos. Tras una hora de paseo, pasaron por una puerta del tamaño de un hangar con el cartel «HACIA LOS CABALLOS». Después de aquello, el rastro los condujo hasta una puerta que decía: ZONA DE ENLACE y SOLO PERSONAL AUTORIZADO. (Que Walter o' Dim los había seguido durante parte de su recorrido era algo que ninguno de ellos sospechaba, ni siquiera Jake, pese a lo bien que se le daba el toque. Al menos con el chico, la «gorra de pensar» del hombre encapuchado había funcionado bastante bien. Cuando Walter estuvo seguro de que el brambo los estaba guiando, había retrocedido para garlar con Mordred; craso error, aunque fue un error con premio de consolación: no volvería a cometer otro).

Acho se sentó delante de la puerta cerrada —que era de esas puertas que se baten hacia ambos lados—, con su rabo de garabato como de dibujos animados bien metido entre los cuartos traseros, y ladró: «Ake, ¡bre!, ¡bre!, ¡bre, Ake!».

—Sí, sí —dijo Jake—, dentro de un minuto. No seas impaciente.

—ZONA DE ENLACE —leyó Eddie—. Al menos suena algo esperanzador.

Seguían llevando a Susannah en la mesita de acero cromo, tras capear con la única escalera que habían encontrado (un tramo bastante corto) sin demasiados problemas. Primero, Susannah se había sentado de culo en el suelo —que era la forma en que acostumbraba a descender— mientras Roland y Eddie empujaban la mesita detrás de ella. Jake iba entre la mujer y los dos hombres con la pistola de Eddie levantada, con el alargado y ornamentado cañón apoyado en el omóplato del hombro izquierdo, posición conocida como «la guardia».

En ese momento, Roland cogió su pistola, la apoyó en el hueco del hombro derecho y empujó la puerta para abrirla. Pasó casi en cuclillas, listo para tirarse hacia cualquier lado o retroceder de un salto si la situación lo exigía.

La situación no lo exigió. De haber sido Eddie el primero en entrar, podría haber creído (aunque solo fuera de forma momentánea) que unos lobos voladores lo estaban atacando, algo parecido a los monos voladores de *El mago de Oz*. Sin embargo, Roland no se dejaba abrumar por la imaginación, y aunque una buena parte de las hileras de fluorescentes del techo estaban fundidas en ese enorme espacio con aspecto de granero, no perdió ni un minuto —ni adrenalina — en confundir los objetos suspendidos con algo distinto a lo que eran en realidad: robots asaltantes averiados, esperando una reparación.

—Adelante —dijo, y sus palabras le fueron devueltas por el eco. En algún lugar, en lo alto, entre las sombras, se escuchó el batir de unas alas. Golondrinas, o tal vez herrumbreros de granero que habían encontrado una forma de penetrar desde el exterior—. Creo que todo va bien.

Entraron y se quedaron mirando hacia arriba con silencioso asombro. El único que no estaba impresionado era el amigo cuadrúpedo de Jake. Acho estaba aprovechando la pausa para acicalarse, primero el flanco izquierdo y luego el derecho. Al final, Susannah, que todavía estaba sentada en la bandeja con ruedas, dijo:

—Os diré algo, he visto muchas cosas, pero jamás había visto nada como esto.

Ni tampoco lo habían visto los demás. La basta habitación estaba repleta de lobos que parecían suspendidos en el aire. Algunos llevaban sus capuchas verdes del Doctor Muerte y las capas; otros colgaban desnudos salvo por sus trajes de acero. Algunos estaban decapitados, a otros les faltaban los brazos y a unos pocos les faltaba una u otra pierna. Sus grises rostros metálicos parecían gruñir o sonreír, según cómo incidiera en ellos la luz. Tirado en el suelo había un montón de capas verdes y guantes verdes desechados. Y, a unos treinta y cinco metros más allá (la habitación en sí debía de medir unos ciento ochenta metros de lado a lado), había un único caballo gris, tendido de espaldas con las patas apuntando al techo. No tenía cabeza. Del cuello le salía una maraña de cables forrados de amarillo, verde y rojo.

Caminaron con lentitud detrás de Acho, que iba trotando con despreocupada vivacidad por la sala. El ruido de la mesa con ruedas se oía muy alto, el eco retumbante era un estruendo truculento. Susannah no dejaba de mirar hacia arriba. Al principio, y solo porque en ese momento había muy poca luz en lo que una vez debió de haber sido un lugar de resplandor, pensó que los lobos estaban flotando, sostenidos por una especie de mecanismo antigravitatorio. Luego

llegaron a un lugar donde todavía funcionaba la mayoría de fluorescentes y vio los cables de acero que los sujetaban.

—Tienen que haberlos reparado aquí —dijo Susannah—. Es decir, si quedaba alguien para hacerlo.

—Y creo que allí está el sitio donde los recargaban —dijo Eddie mientras señalaba con el dedo. En la pared del fondo, que justo en ese momento podían empezar a ver con claridad, había una hilera de plataformas. Sobre algunas de ellas había lobos erguidos. Otras plataformas estaban vacías y, en esas, divisaron una serie de tomas de electricidad.

Jake rompió a reír de forma repentina.

—¿Qué? —preguntó Susannah—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió Jake—. Es que… —Volvió a escapársele la risa, y eso lo hizo parecer tremendamente joven en esa cámara sombría—. Es que parecen trabajadores de los que hacen trasbordo en Penn Station para llegar a la oficina, de esos que hacen cola en las cabinas de teléfono para llamar a casa o al despacho.

Eddie y Susannah lo pensaron durante un instante, y también rompieron a reír. Roland pensó que la visión de Jake debía de ser cierta. Después de todo lo que habían pasado, esto no le sorprendía. Lo que le alegraba era escuchar la risa del muchacho. Estaba bien que Jake llorase por el padre, que había sido su amigo, pero también estaba bien que todavía pudiera reír. Estaba muy bien, de hecho.

TRES

La puerta a la que querían llegar estaba a la izquierda de las plataformas de recarga. Todos reconocieron el sigul de la nube y el rayo por la nota que «R.F.» les había dejado en el reverso de una hoja de *El zumbido diario de Oz*, pero la puerta era muy distinta de las que habían encontrado hasta ese momento; salvo por la nube y el rayo, era, ante todo, práctica. Aunque la habían pintado de verde se veía el acero, no era de fustaferro ni de la más resistente fustánima. A su alrededor tenía un marco gris, también de acero, con gruesos y aislados cables de alimentación que salían de ambos lados. Estos cables se metían en una de las paredes. Del otro lado de la pared se oía un tosco zumbido que Eddie creyó reconocer.

—Roland —dijo en voz baja—. ¿Recuerdas el Portal del Haz al que llegamos, cuando estábamos en la estrella? Incluso antes de que Jake se uniera a nuestra alegre pandilla.

Roland asintió con la cabeza.

—Donde disparamos a los pequeños guardianes. La comitiva de Shardik. Los que seguían vivos.

Eddie asintió.

—Pegué la oreja a esa puerta y escuché. «Todo está en silencio en las salas de los muertos —pensé—. Estas son las salas de los muertos, donde hilan las arañas y los grandes circuitos enmudecen, uno a uno».

En realidad había dicho aquello en voz alta, pero a Roland no le sorprendió que Eddie no recordara haberlo dicho; estaba hipnotizado o a punto de estarlo.

—Entonces estábamos fuera —dijo Eddie—. Ahora estamos dentro. —Señaló la puerta que llevaba a Tronido, luego con un dedo siguió el trazado de los gruesos cables—. La maquinaria que transmite la electricidad a través de estos cables no parece estar en muy buen estado. Si vamos a usar esta cosa, creo que deberíamos hacerlo ya. Se podría cerrar para siempre en cualquier momento, y entonces ¿qué?

—Tendríamos que llamar a la agencia de viajes —dijo Susannah en tono soñador.

—Va a ser que no. Recibiríamos un buen calentón… ¿cómo es eso que dices, Roland?

—Un buen calentón en un horno de lúpulo. «Estas son las salas de la ruina». También dijiste eso, ¿lo recuerdas?

—¿Lo dije? ¿En voz alta?

—Sea. —Roland los condujo hacia la puerta. Extendió una mano, tocó el pomo y retiró la mano.

—¿Está caliente? —preguntó Jake.

Roland sacudió la cabeza.

—¿Electrificado? —preguntó Susannah.

El pistolero volvió a sacudir la cabeza.

—Entonces, adelante y a por ella —dijo Eddie—. Vamos a darle marcha al cuerpo.

Se apelotonaron detrás de Roland. Eddie estaba una vez más con Susannah sobre la cadera y Jake había cogido a Acho en brazos. El brambo resollaba con

su habitual sonrisa alegre y en el interior de sus círculos dorados tenía los ojos tan brillantes como ónice pulido.

—¿Qué hacemos…? —«… si está cerrada», era la frase con la que quería terminar Jake, pero antes de poder hacerlo, Roland giró el pomo con la mano derecha (tenía la pistola que le quedaba en la izquierda) y abrió la puerta. Detrás de la pared, el engranaje circular de la maquinaria avanzó una muesca, y el ruido se tornó casi apremiante. A Jake le pareció oler a chamusquina: tal vez fuera un sistema de aislamiento que se quemaba. Estaba intentando no imaginar cosas cuando se activó una serie de ventiladores del techo. El ruido que hacían era casi tan potente como el de los aviones de combate en una película de la Segunda Guerra Mundial, y todos se sobresaltaron. De hecho, Susannah se llevó una mano a la cabeza, como para protegerse de la caída de algún objeto.

—Vamos —ordenó Roland con brusquedad—. Deprisa. —Atravesó el umbral sin echar la vista atrás. Durante el breve instante en el que estuvo a medio camino, fue como si se rompiera en dos pedazos. Delante del pistolero, Jake pudo ver una enorme y lúgubre sala, mucho más grande que la Zona de Enlace. Y plateadas líneas entrecruzadas que parecían rayas de prístina luz.

—Venga, Jake —dijo Susannah—. Tú eres el siguiente.

Jake respiró hondo y pasó. No hubo corriente de resaca, como la que habían experimentado en la Cueva de las Voces, ni ruido de campanillas. Ni sensación de entrar en exotránsito, ni siquiera durante un instante. En lugar de todo eso, sintió una espantosa sensación de que lo ponían del revés, y el ataque de las náuseas más violentas que jamás había experimentado. Dio un paso hacia abajo y se le dobló la rodilla. Un minuto después estaba arrodillado. Acho salió volando de sus brazos. Jake apenas se dio cuenta. Empezó a hacer arcadas. Roland estaba a cuatro patas cerca de él, haciendo lo mismo. De algún lugar llegaban ruidos constantes, graves y como de resoplidos, el persistente «tilín-tilín-tilín-tilín» de una campanilla, y el eco de una voz amplificada.

Jake volvió la cabeza para decirle a Roland que ahora entendía por qué enviaban a robots asaltantes a través de su maldita puerta, y entonces volvió a vomitar. Los restos de su última comida corrían humeantes por el asfalto agrietado.

De repente, Susannah se puso a gritar:

—¡No! ¡No! —con voz angustiada. Luego gritó—: ¡Bájame! Eddie, bájame antes de que… —Su voz quedó interrumpida por violentas arcadas. Eddie

consiguió dejarla sobre el asfalto agrietado antes de volver la cabeza y unirse al Coro de las Vomitonas.

Acho cayó de lado, tosió con voz ronca, y volvió a ponerse en pie. Parecía perplejo y desorientado. O tal vez Jake estuviera atribuyendo al brambo la forma en que él mismo se sentía.

Las náuseas empezaban a remitir en cierta forma cuando el muchacho escuchó el eco de unas pisadas. Tres hombres se acercaban a toda prisa hacia ellos, todos vestidos con vaqueros, camisas azules de algodón, y un calzado de aspecto extraño y de fabricación casera. Uno de ellos, un caballero anciano con una mata de pelo canoso enmarañado, iba delante de los otros dos. Los tres llevaban las manos levantadas.

—¡Pistoleros! —gritó el hombre del pelo cano—. ¿Sois pistoleros? Si lo sois, ¡no disparéis! ¡Estamos de vuestra parte!

Roland, que no parecía estar en condiciones de disparar a nadie («no sería a mí a quien le gustaría comprobarlo», pensó Jake), intentó levantarse, casi lo consiguió, luego volvió a hincar una rodilla en el suelo e hizo otro ruido de arcada ahogada. El hombre del pelo blanco lo cogió por una muñeca y lo levantó sin ceremonias.

—El mareo es malo —dijo el anciano—, lo sé mejor que nadie. Por suerte, se pasa deprisa. Tiene que venir con nosotros enseguida. Sé lo poco que le apetece, pero, verá, ha saltado una alarma en el estudio de ki’-dam y…

Dejó de hablar. Sus ojos, casi tan azules como los de Roland, se estaban abriendo cada vez más. Incluso en la penumbra, Jake vio que el rostro del viejo perdía color. Sus amigos habían llegado hasta donde se encontraba, pero, al parecer, él no se había dado cuenta. Estaba mirando a Jake Chambers.

—¿Bobby? —preguntó con una voz que fue apenas un susurro—. ¡Dios mío!, ¿eres Bobby Garfield?



CAPÍTULO V
PUNTA-TETE

UNO

Los acompañantes del caballero del pelo cano eran bastante más jóvenes que él (a Roland uno le pareció recién entrado en la adolescencia), y ambos parecían muertos de miedo. Miedo a que les disparasen por error, por supuesto, por eso salieron a toda prisa de la penumbra con las manos en alto. Sin embargo, debían de temer algo más, porque debió de quedarles claro en ese momento que no iban a asesinarlos de inmediato.

El hombre mayor hizo un movimiento brusco, casi espasmódico, para salir de algún espacio personal.

—Por supuesto que no eres Bobby —murmuró—. No tienes el color del pelo que toca, para empezar… y…

—Ted, tenemos que salir de aquí —dijo con rapidez el más joven—. Y quiero decir *inmediatamente*[5].

—Sí —dijo el hombre mayor, pero su mirada seguía fija en Jake. Se puso una mano en los ojos (a Eddie le pareció un astuto mentalista preparándose para su habitual numerito de leer el pensamiento), luego volvió a bajarla—. Sí, claro. —Miró a Roland—. ¿Usted es el dinh? ¿Roland de Gilead? ¿Roland del Eld?

—Sí, yo… —empezó a decir Roland, luego se inclinó hacia delante y volvieron a darle arcadas. No le salió más que un hilillo plateado de saliva; ya había vomitado lo que había comido de la sopa y los bocadillos de Nigel. Luego levantó un puño ligeramente tembloroso hacia la frente para saludar y dijo:

—Sí. Tiene ventaja sobre mí, sai.

—Eso no importa —respondió el hombre de pelo cano—. ¿Vendrán con nosotros? ¿Usted y su ka-tet?

—Puede tener esa certeza —contestó Roland.

Detrás de él, Eddie se agachó y volvió a vomitar.

—¡Maldita sea! —gritó con una voz ahogada—. ¡Y yo que creía que viajar en los autobuses Greyhound era un horror! ¡Esto hace que el autobús parezca… un… un…!

—Un camarote de primera clase en el *Queen Mary* —dijo Susannah con voz débil.

—¡Venga… ya! —dijo el hombre más joven con tono de urgencia—. Si el Comadreja viene de camino con su partida de taheen, llegará dentro de cinco minutos. ¡Ese tipo corre que se las pela!

—Sí —admitió el hombre del pelo cano—. De verdad que debemos irnos, señor Deschain.

DOS

No habían salido a una estación de tren, sino más bien a una especie de tramo colosal y techado donde se encontraba el cambio de agujas. Las plateadas líneas que Jake había visto eran raíles entrecruzados, puede que hubiera hasta setenta vías distintas. En un par de ellas, había unas locomotoras anchas y retaconas que iban de atrás hacia delante para realizar tareas que debían de haber quedado obsoletas hacía siglos. Una tiraba de un vagón abierto lleno de oxidadas vigas. La otra empezó a chirriar con voz de autómata: «Por favor, que un Camka-A se dirija al Puerto 9. Camka-A al Puerto 9, si a bien tiene».

El estar sobre la cadera de Eddie empezaba a ser como ir dando botes con un palo saltarín y eso hizo que Susannah sintiera que se le revolvía el estómago otra vez. Sin embargo, se le había pegado, como un resfriado, la impaciencia del hombre de pelo cano. Además, ahora sabía qué eran los taheen: criaturas monstruosas con cuerpo de ser humano y cabeza o de pájaro o de bestia. Le recordaban a los seres de ese cuadro del Bosco: *El jardín de las delicias*.

—A lo mejor tengo que volver a potar, cielito —dijo—. Ni se te ocurra caminar más despacio si lo hago.

Eddie soltó un gruñido que ella interpretó como una afirmación. Susannah vio el sudor que le corría por la pálida piel y sintió pena por él. Se encontraba tan

mal como ella. Ahora ella también sabía cómo era pasar por un aparato científico de teletransportación que, sin ninguna duda, ya no funcionaba muy bien. Se preguntó si alguna vez reuniría el valor suficiente para volver a pasar por otro.

Jake levantó la vista y vio el techo fabricado de millones de placas de distintas formas y tamaños; era como contemplar un mosaico de baldosas, pintado con un uniforme gris oscuro. Un pájaro salió volando por una de las baldosas, y Jake se dio cuenta de que no eran baldosas, sino paneles de cristal, algunos de ellos, rotos. Ese gris oscuro era, al parecer, el aspecto que tenía el mundo exterior en Tronido. «Como un eclipse constante», pensó, y se estremeció. Junto a él, Acho lanzó otra serie de esas toses roncas y luego empezó a trotar, sacudiendo la cabeza.

TRES

Pasaron junto a un montón de maquinaria desechada —generadores, tal vez—, luego entraron en un laberinto caótico de vagones que eran muy distintos de los que arrastraba Blaine el Mono. A Susannah algunos de ellos le recordaban a los trenes de cercanías de la Estación Central de Nueva York, que podría haber visto en la Gran Estación Central de su propio cuando, en 1964. Como para subrayar esta idea vio un coche que tenía el letrero VAGÓN CAFETERÍA en el lateral. Con todo, había otros que parecían mucho más antiguos que ese; fabricados de oscuro latón ribeteado o de acero, en lugar de cromo pulido, eran como los vagones de pasajeros que se ven en una antigua película del Oeste, o en una serie de televisión como *Maverick.* Junto a uno de ellos había un robot con unos cables que le salían de forma desordenada del cuello. Bajo el brazo tenía su propia cabeza, en la que llevaba un sombrero con una banda que decía: CONDUCTOR DE CLASE A.

Al principio, Susannah intentó llevar la cuenta de los giros a izquierda y derecha que iban dando en ese laberinto, luego lo dejó por imposible. Al final salieron a unos cuarenta y cinco metros de un cobertizo de listones de madera con el aliterado mensaje PAQUETES Y PORTES PERDIDOS, en la puerta. El espacio que los separaba del cobertizo era un aparcamiento de asfalto agrietado con carritos para el equipaje abandonados, pilas de cajones de embalaje y dos lobos muertos. «No —pensó Susannah—, que sean tres». El tercero era uno que estaba

apoyado contra la pared en las sombras más distantes, justo a la vuelta de la esquina del cartel de PAQUETES Y PORTES PERDIDOS.

—Vamos —dijo el anciano con la mata de pelo cano—, ya no está muy lejos. Pero tenemos que darnos prisa, porque si los taheen de la Casa del Desengaño nos cogen, les matarán.

—También nos matarán a nosotros —dijo el más joven de los tres. Se apartó el pelo de los ojos—. A todos menos a Ted. Ted es el único indispensable de nosotros. Es demasiado modesto para decirlo.

Después del cartel de PAQUETES Y PORTES PERDIDOS (lo que era bastante lógico, pensó Susannah) estaba el que decía: OFICINA DE ENVÍOS. El tipo del pelo blanco intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. Esto pareció alegrarle más que disgustarle.

—¿Dinky? —dijo.

Dinky, al parecer, era el más joven de los tres. Agarró el pomo y Susannah escuchó un chasquido en alguna parte del interior. Dinky retrocedió. Esta vez, cuando Ted intentó abrir la puerta, se abrió con facilidad. Pasaron a un despacho en penumbra dividido por un alto mostrador. Sobre él había un cartel que casi hizo sentir nostalgia a Susannah: COJA UN NÚMERO Y ESPERE SU TURNO, decía.

Cuando la puerta se cerró, Dinky volvió a agarrar el pomo. Se produjo otro rápido chasquido.

—La has vuelto a cerrar —dijo Jake. Su tono era acusador, aunque sonreía, y el color volvía a sus mejillas—. ¿Verdad?

—Ahora no, por favor —pidió el hombre canoso… Ted—. No hay tiempo. Síganme, por favor.

Levantó una parte del mostrador y los dejó pasar. En la trastienda había una oficina, donde encontraron dos robots que parecían muertos hacía tiempo, y tres esqueletos.

—¿Por qué puñetas no paramos de encontrar huesos? —preguntó Eddie. Al igual que Jake, ya se sentía mejor y solo estaba pensando en voz alta. En realidad, no esperaba una respuesta. Sin embargo, recibió una, de Ted.

—¿Sabe algo del Rey Carmesí, joven? Claro que lo sabe. Creo que en una época cubrió la totalidad de esta parte del mundo con gas venenoso. Seguramente porque estaba harto. Mató a casi todos. La oscuridad que ve es el resultado persistente. Está loco, por supuesto. Es una parte importante del problema. Aquí.

Los condujo por una puerta con la señal PRIVADO y entraron en una habitación que en algún tiempo debió de pertenecer a un chupatintas de alto rango del maravilloso mundo de los envíos y las cargas. Susannah vio huellas en el suelo, lo que sugería que alguien había visitado el sitio hacía poco. Tal vez, esos mismos tres hombres. Había un escritorio con una capa de varios dedos de suave y esponjoso polvo, además de dos sillas y un sofá. Detrás del escritorio había una ventana. Otrora había estado cubierta con persianas venecianas, pero estas habían caído al suelo, y habían dejado a la vista una panorámica tan imponente como fascinante. A Susannah la tierra que se veía más allá de la Estación de Tronido le recordaba sus llanas y desiertas tierras baldías del extremo más remoto del río Whye, aunque era todo más rocoso e incluso más imponente.

Y, claro está, era más oscuro.

Las vías (trenes detenidos desde siempre permanecían sobre algunas de ellas) se expandían como los ramales de una telaraña de acero. Sobre ellas, las nubes del más oscuro gris pizarra estaban tan bajas que casi podían tocarse. Entre el cielo y el suelo, el aire era, en cierta forma, denso; Susannah achinó los ojos para ver mejor, aunque en realidad no había ni bruma ni niebla en la atmósfera.

—Dinky —dijo el hombre canoso.

—Sí, Ted.

—¿Qué has dejado como rastro para que lo encuentre nuestro amigo el Comadreja?

—Un robot de mantenimiento —respondió Dinky—. Parecerá que consiguió pasar por la puerta de Fedic, apretó la alarma y luego se quedó frito en alguna de las vías que están en la zona de cambio de agujas. Hay un par que todavía están calientes. Por allí siempre se ven pájaros muertos, fritos al punto. Sin embargo, incluso un herrumbrero de buen tamaño es demasiado pequeño para tropezar con la alarma. Aunque un robot… estoy bastante seguro de que se lo tragará. El Comadreja no es idiota, pero lo que he preparado parece bastante creíble.

—Bien, eso está muy bien. Miren allá a lo lejos, pistoleros. —Ted señaló un puntiagudo montículo rocoso en el horizonte. Susannah lo distinguió con facilidad; en ese país oscuro, todos los horizontes parecían cercanos. Sin embargo, no vio nada digno de mención en él, solo pliegues de sombras más intensas y laderas yermas, cubiertas de cantos rodados—. Eso es Can Punta-Tete.

—La Pequeña Aguja —dijo Roland.

—Excelente traducción. Allí nos dirigimos.

A Susannah le dio un vuelco el corazón. La montaña, o tal vez lo que podría llamarse colina o pico aislado, debía de estar a unos doce o dieciséis kilómetros. En cualquier caso, estaba justo en el límite de lo visible. Eddie y Roland, y los dos hombres más jóvenes de la partida de Ted no podían llevarla hasta tan lejos, ella creía que no. Y, de todas formas ¿cómo sabían si podían confiar en esos nuevos tipos?

«Por otra parte —pensó—, ¿qué otra elección tenemos?».

—No necesita que nadie la lleve —le dijo Ted—, pero a Stanley le iría bien su ayuda. Entrelazaremos las manos, como se hace en una sesión de videncia. Quiero que visualice esa formación rocosa cuando la atravesemos. Y que retenga el nombre en el primer plano de la mente: Punta-Tete, la Pequeña Aguja.

—¡Quieto parao! —exclamó Eddie. Se habían acercado a una nueva puerta, era la puerta abierta de un armario. Había perchas de acero y una vieja americana de color rojo colgados en el interior. Eddie agarró a Ted por el hombro y le dio la vuelta—. ¿Atravesar el qué? ¿Pasar por dónde? Porque si esa puerta es como la última…

Ted levantó la vista y miró a Eddie, tuvo que levantar la vista, porque Eddie era más alto, y Susannah vio algo sorprendente y preocupante: parecía que a Ted le temblasen los ojos en las cuencas. Pasado un instante, Susannah se dio cuenta de que no era lo que ocurría en realidad. Al hombre se le dilataban y se le contraían las pupilas a una velocidad espeluznante. Era como si no pudieran decidir si aquel lugar estaba iluminado o a oscuras.

—No vamos a atravesar ninguna puerta, en absoluto, al menos, no del tipo al que están acostumbrados. Debe confiar en mí, joven. Escuche.

Todos ellos permanecieron en silencio, y Susannah escuchó el rugido de los motores que se aproximaban.

—Ese es el Comadreja —les dijo Ted—. Llevará un grupo de taheen con él, al menos a cuatro, puede que hasta seis. Si ven que estamos aquí, Dink y Stanley morirán casi con total seguridad. No necesitan cogernos, sino divisarnos. Estamos arriesgando la vida por ustedes. Esto no es un juego y necesito que dejen de hacer preguntas ¡y me sigan!

—Lo haremos —dijo Roland—. Y pensaremos en la Pequeña Aguja.

—Punta-Tete —accedió Susannah.

—No volverán a marearse —comentó Dinky—. Se lo prometo.

—Gracias a Dios —respondió Jake.

—Cias-ios —admitió Acho.

Stanley, el tercer miembro de la partida de Ted, siguió sin decir nada.

CUATRO

No había más que un armario, un armario de oficina, en ese estrecho y húmedo… La antigua americana de color rojo tenía una etiqueta de identificación de latón prendida en el bolsillo de la pechera, con las palabras CONSIGNATARIO impresas. Stanley los hizo entrar hasta el fondo del armario, que no era más que una pared en blanco. Las perchas traquetearon. Jake tuvo que caminar mirando al suelo para no tropezar con Acho. Siempre había tenido una ligera tendencia a sufrir claustrofobia y ahora empezaba a sentir los regordetes dedos del Hombre Pánico acariciándole el cuello: primero por un lado y luego por el otro. Los ‘rizas entrechocaban con suavidad en la bolsa. ¿Siete personas y un bilibrambo apelotonados en un armario de oficina abandonado? Era de locos. Todavía escuchaba el rugido de los motores que se acercaban. El que iba al mando se llamaba el Comadreja.

—Cójanse de las manos —murmuró Ted—. Y concéntrense.

—Punta-Tete —repitió Susannah, aunque a Jake le pareció que tenía sus dudas.

—Pequeña Agu… —empezó a decir Eddie y luego se calló. La pared en blanco del fondo del armario había desaparecido. En su lugar había un pequeño claro con rocas por un lado, y una escarpada y una colina con un montón de matorrales por otro. Jake habría apostado que eso era Punta-Tete, y si había una forma de salir de ese espacio cerrado, estaría encantado de averiguarlo.

Stanley lanzó un pequeño gemido de dolor y de esfuerzo, o por ambas cosas. El hombre tenía los ojos cerrados y le corrían las lágrimas por debajo de las pestañas.

—Ahora —ordenó Ted—. Haznos atravesar, Stanley. —Dirigiéndose a los demás, añadió—: ¡Y ayúdenle si pueden! ¡Ayúdenle, por la gloria de sus padres!

Jake intentó retener la imagen del afloramiento rocoso que Ted había señalado por la ventana de la oficina y caminó hacia delante, agarrado de la mano de Roland, que iba por delante, y de la de Susannah, que iba por detrás de él. Sintió un hálito de aire frío en su piel sudorosa y, entonces, pasaron a través

de la ladera de Punta-Tete hacia Tronido, y pensó, solo por un instante, en el señor C. S. Lewis y en el maravilloso armario que te conducía hasta Narnia.

CINCO

No salieron a Narnia.

En la ladera del pico aislado hacía frío, y Jake no tardó en ponerse a temblar. Cuando miró hacia atrás no vio ni rastro del portal que habían atravesado. La atmósfera estaba neblinosa y el aire tenía un olor acre y no precisamente agradable, era como queroseno. Había una pequeña cueva excavada en el flanco de la ladera (en realidad no era más que otro armario), y de ella, Ted sacó un montón de mantas y una cantimplora que contenía un agua de sabor fuerte y alcalino. Jake y Roland se envolvieron con mantas individuales. Eddie cogió dos y se envolvió junto con Susannah. Jake, mientras intentaba que no le castañetearan los dientes (en cuanto empezaba no había forma de parar), los envidió por el calor extra que se proporcionarían.

Dink también se había envuelto con una manta, pero ni Ted ni Stanley parecían sentir frío.

—Miren allá abajo —sugirió Ted a Roland y a los demás. Estaba señalando la telaraña de vías. Jake vio el techo de intrincadas placas de cristal de la zona de cambio de agujas y la estructura de techo verde que estaba a su lado, que debía de tener casi un kilómetro de largo. Las vías se alejaban en todas direcciones. «La Estación de Tronido —pensó, maravillado—. Donde los lobos meten a sus niños secuestrados en el tren y los envían por el Camino del Haz hasta Fedic. Y donde vuelven a traerlos cuando ya los han arruinado».

Incluso después de todo lo que había pasado, a Jake le resultaba difícil creer que habían estado allí, a unos diez o doce kilómetros de distancia, a menos de dos minutos. Sospechaba que todos habían desempeñado un papel en el hecho de mantener el portón abierto, pero era el que se llamaba Stanley quien lo había creado. Ahora parecía pálido y cansado, casi agotado. En un momento determinado se tropezó y Dinky (al que a veces llamaban «Dinky Dandy», que era un apodo bastante desafortunado, en la humilde opinión de Jake) lo agarró del brazo y lo estabilizó. Al parecer, Stanley no se dio cuenta. Estaba mirando a Roland con fascinación.

«No solo fascinación —pensó Jake—, y tampoco es miedo, exactamente. Es algo más. Pero ¿qué?».



Dos bigas motorizadas con enormes ruedas de todoterreno se aproximaban a la estación. Jake supuso que era el Comadreja (fuera quien fuese) y sus colegas taheen.

—Como pueden haber deducido —les dijo Ted—, hay una alarma en la oficina del Supervisor del Devar-Toi. La oficina del guardián, si lo prefieren. Se dispara cuando cualquier ser o cosa utiliza la puerta entre Fedic y la Zona de Enlace y la estación que hay más allá…

—Creo que el término que se utiliza para referirse a ese hombre —dijo Roland con sequedad— no es supervisor, ni guardián, sino ki'-dam.

Dinky se rio.

—¡Buena forma de mejorarlo, tío!

—¿Qué significa ki'-dam? —preguntó Jake, aunque tenía una ligera idea. Había una expresión que utilizaban las yentes del Calla: caja de la cabeza, caja del corazón, caja del ki'. Que significaba, en orden descendente, los procesos de pensamiento de una persona, sus emociones y sus funciones fisiológicas más básicas. Funciones animales, como dirían algunos; caja ki' podría traducirse como caja de la mierda si a uno le daba por ponerse vulgar.

Ted se encogió de hombros.

—Ki'-dam significa tener una mierda por cerebro. Es el apodo que usa Dinky para sai Prentiss, el Amo del Devar. Pero usted ya lo sabía, ¿no?

—Supongo que sí —dijo Jake—. Más o menos.

Ted le echó una mirada y cuando Jake identificó esa expresión, le ayudó a entender la forma en que Stanley estaba mirando a Roland: no con miedo, sino con fascinación. Jake tenía bastante claro que Ted seguía pensando en lo mucho que él se parecía a alguien llamado Bobby, y estaba bastante seguro de que Ted sabía que él tenía el toque. ¿Cuál era el motivo de la fascinación de Stanley? Quizá lo estaba exagerando todo. A lo mejor, lo único que ocurría era que Stanley jamás había imaginado llegar a ver a un pistolero de carne y hueso.

Con brusquedad, Ted retiró la mirada de Jake y la dirigió hacia Roland.

—Ahora, mire hacia allá —dijo.

—¡Guau! —gritó Eddie—. Pero ¿qué coño…?

Susannah estaba tan sorprendida como maravillada. Lo que Ted estaba señalando le recordaba a la épica película de Cecil B. DeMille *Los diez mandamientos*, sobre todo el momento en que Moisés separa el mar Rojo, que tenía un sospechoso aspecto a gelatina, y el momento en que la voz de Dios que salía del zarzal en llamas se parecía un poco a la voz de Charles Laughton. Con

todo, resultaba maravilloso. Es decir, en plan efectos especiales de Hollywood, pero a lo cutre.

Lo que vieron fue un solo rayo grueso y espléndido de luz solar que apuntaba hacia el suelo, que abría un agujero entre las nubes bajas. Cortaba la atmósfera de extraña oscuridad como el haz de un foco e iluminaba una instalación que debía de estar a unos diez kilómetros de la Estación de Tronido. En realidad, «unos diez kilómetros» era lo único que podía decirse, porque no había más norte ni sur en este mundo, al menos no se podía contar con ellos. Lo único que había era el Camino del Haz.

—Dinky, hay un par de prismáticos en…

—La cueva que queda más abajo, ¿no?

—No, los traje la última vez que estuvimos aquí —respondió Ted, conservando con cautela la paciencia—. Están apoyados sobre esa pila de cajones de embalaje que hay dentro. Tráelos, por favor.

Eddie apenas se dio cuenta de esta acción secundaria. Estaba demasiado anonadado (y maravillado) por ese único y amplio rayo de sol, que hacía resplandecer un divertido y verde punto de tierra, de forma tan improbable en aquel desierto oscuro y yermo como… bueno, supuso que la escena era tan improbable para él como debía parecerles a los turistas del Medio Oeste realizar su primer viaje a Nueva York.

Veía edificios que parecían colegios mayores, bonitos, y otros que parecían antiguas y acogedoras mansiones con amplias extensiones de césped verde ante ellas. A lo lejos, la zona iluminada por el rayo de sol era lo que parecía una calle flanqueada por tiendas. Los perfectos Estados Unidos, con su calle principal y todo, salvo por una cosa: en todas direcciones, la población limitaba con un oscuro y rocoso desierto. Vio cuatro torres de piedra, con los laterales agradablemente cubiertos de hiedra. No, eran seis. Las otras dos quedaban casi ocultas por hileras de gráciles olmos. ¡Olmos en el desierto!

Dinky regresó con un par de prismáticos y se los ofreció a Roland, quien sacudió la cabeza.

—No se los pases a él —dijo Eddie—. Sus ojos… bueno, digamos que tienen algo más. Aunque a mí me gustaría echar un vistazo.

—Y a mí.

Eddie le pasó los prismáticos a Susannah.

—Las damas primero.

—No, en realidad, yo…

—¡Basta ya! —Ted casi gruñó—. Nuestro tiempo es breve, el riesgo que corremos, enorme. No perdáis el primero ni aumentéis el segundo, si a bien tenéis.

Susannah se sintió molesta, pero contuvo la réplica. En lugar de contestar, cogió los prismáticos, se los llevó a los ojos y los ajustó. Lo que vio aumentó la sensación de estar contemplando una pequeña aunque perfecta facultad de campus, una facultad que encajaba a la perfección con el pueblecito de los alrededores. «Apuesto que en ese pueblo nadie tiene nada en contra de la universidad —pensó—. Apuesto a que la Villa del Olmo y la Uni de los Disgregadores están tan unidas como la mantequilla de cacahuete y la mermelada, como Abbott y Costello, como uña y carne». Siempre que había un relato de Ray Bradbury en el *Saturday Evening Post*, lo leía antes que nada. Le encantaba Bradbury, y lo que estaba contemplando a través de los prismáticos la hacía pensar en Greentown, el pueblo idealizado que Bradbury situaba en Illinois. Un lugar donde los adultos se sentaban en sus mecedoras de los porches mientras bebían limonada, y los niños jugaban al pilla-pilla, con las linternas, en la penumbra iluminada por las luciérnagas de las noches de estío. ¿Y el campus del lugar? Allí nadie bebía, al menos, no en exceso. Nada de sacarle brillo a la palanca de cambio, ni bailes tontorrones, ni rock and roll. Sería un lugar donde las chicas daban a los chicos un beso de buenas noches con casto ardor y estarían encantadas de fichar al entrar a su residencia estudiantil para que la encargada no pensara mal de ellas. Un lugar donde el sol lucía todo el día, donde Perry Como y las Andrews Sisters cantaban en la radio y nadie sospechaba que, en realidad, estaban viviendo en las ruinas de un mundo que se había movido.

«No —pensó Susannah con frialdad—. Algunos de ellos lo saben. Por eso han venido estos tres a reunirse con nosotros».

—Ese es el Devar-Toi —dijo Roland cansinamente. No era una pregunta.

—Sí —afirmó Dinky—. El bueno y viejo Devar-Toi. —Se quedo de pie junto a Roland y señaló un enorme edificio blanco cercano al colegio mayor—. ¿Ve ese blanco? Esa es la Casa del Desengaño, donde viven los can-toi. Ted los llama hampones. Son híbridos entre ser humano y taheen. Y ellos no lo llaman Devar-Toi, lo llaman Algul Siento, que significa…

—Cielo Azul —dijo Roland, y Jake se dio cuenta de por qué: todos los edificios menos las torres de piedra tenían techos de tejas azules. No era Narnia, sino Cielo Azul. Donde un puñado de yentes estaba ocupado en provocar el fin del mundo.

De todos los mundos.

SEIS

—Parece el lugar más agradable de toda la existencia, al menos desde que cayó Mundo Interior —dijo Ted—. ¿Verdad?

—Bastante bonito, sí señor —admitió Eddie. Tenía al menos mil preguntas, y supuso que Suze y Jake seguramente tendrían otras mil entre los dos, pero no era el momento de hacerlas. En cualquier caso, siguió contemplando ese maravilloso y pequeño oasis de pocos cientos de hectáreas. El único lugar verde y soleado de todo Tronido. El único lugar bonito. Y ¿por qué no? Solo lo Mejor para Nuestros Colegas los Disgregadores.

Pese a no quererlo, a Eddie se le escapó una pregunta.

—Ted, ¿por qué el Rey Carmesí quiere derribar la Torre? ¿Lo sabes?

Ted le dedicó una rápida mirada. Eddie la consideró fría, quizá redomadamente fría, hasta que el hombre sonrió. Cuando lo hizo, se le iluminó todo el rostro. Además, dejó de hacer eso tan espeluznante de dilatar y contraer las pupilas, lo que era un gran alivio.

—Está loco —le respondió Ted—. Como una cabra. Como el proverbial cencerro, vamos. ¿No te lo había dicho ya? —Y luego, antes de que Eddie pudiera responder—: Sí, es bastante bonito. Sin importar que se le llame Devar-Toi, la Gran Prisión o Algul Siento, da gloria verlo. Es una gloria.

—Con viviendas de mucha clase —añadió Dinky. Incluso Stanley estaba mirando hacia abajo, hacia la comunidad iluminada por el sol, con una expresión de leve nostalgia.

—La comida es lo mejor —prosiguió Ted— y la sesión doble del Cine Gem cambia dos veces por semana. Si uno no quiere ir al cine, se puede llevar las pelis a casa en DVD.

—¿Qué es eso? —preguntó Eddie, luego sacudió la cabeza—. Da igual. Continúa.

Ted se encogió de hombros, como diciendo: «¿Qué más quieres?».

—Para empezar, sexo absolutamente astral —dijo Dinky—. Es una simulación virtual, pero no deja de ser increíble, yo lo hice con Marilyn Monroe, con Madonna y Nicole Kidman en una sola semana —dijo con cierto orgullo incómodo—. Las podría haber tenido a todas al mismo tiempo si hubiera

querido. La única forma de saber que no son reales es respirarles encima, de cerca. Cuando lo haces, la parte sobre la que soplas… bueno, desaparece. Es inquietante.

—¿Priva? ¿Drogas?

—Priva en cantidades moderadas —respondió Ted—. Si te interesa la enología, por ejemplo, experimentas maravillas novedosas en cada comida.

—¿Qué es enología? —preguntó Jake.

—La ciencia de los pedantes del vino, bomboncito —le aclaró Susannah.

—Si llegas a Cielo Azul siendo adicto a algo —dijo Dinky—, ellos te curan. Con amabilidad. Uno o dos tipos que fueron bastante duros de pelar en ese aspecto… —Su mirada se encontró con la Ted durante un breve instante—. Esos tíos desaparecieron.

—En realidad, los hampones no necesitan más Disgregadores —aclaró Ted —. Tienen suficientes para acabar el trabajo ahora mismo.

—¿Cuántos? —preguntó Roland.

—Unos trescientos —respondió Dinky.

—Trescientos siete, para ser exactos —dijo Ted—. Estamos acuartelados en cinco dormitorios, aunque esa palabra evoca la imagen equivocada. Tenemos nuestras propias habitaciones, y tanto contacto, o tan poco, con nuestros colegas los Disgregadores como deseamos.

—¿Y saben lo que están haciendo? —preguntó Susannah.

—Sí. Aunque la mayoría no pierden mucho tiempo pensando en ello.

—No entiendo por qué no se amotinan.

—¿Cuál es su cuando, señora? —le preguntó Dinky.

—¿Mi…? —Entonces lo entendió—. 1964.

Dinky suspiró y sacudió la cabeza.

—Así que no sabe nada sobre Jim Jones y el Templo del Pueblo. Sería más fácil de explicar si supiera algo sobre eso. Casi un millar de personas se suicidaron en esa instalación religiosa que montó un tío de San Francisco en la Guyana, un seguidor de Jesús. Bebieron el refresco Kool-Aid envenenado de una tarrina, mientras él los contemplaba desde el porche de su casa y utilizaba un megáfono para contarles historias sobre su madre.

Susannah estaba mirándolo, horrorizada, con incredulidad, Ted lo miraba con impaciencia bastante mal disimulada. Aunque debía de creer que algo de aquello era importante, porque se quedó callado.

—Casi un millar —repitió Dinky—. Porque estaban confundidos y solos, y

creían que Jimy Jones era su amigo. Porque, al loro, no tenían nada a lo que regresar. Y lo mismo ocurre aquí. Si los Disgregadores se unieran, podrían crear un martillo mental y golpear a Prentiss y al Comadreja, a los taheen y a los cantoi hasta enviarlos a la siguiente galaxia. En lugar de eso, no hay nadie, excepto Stanley, yo y el súper disgregador favorito de todos los tiempos, el totalmente eventual señor Theodore Brautigan de Milford, Connecticut. Promoción de Harvard de 1920, Sociedad Teatral, Club de Debate, editor del famoso periódico universitario *The Crimson* y, por supuesto, un mierdoso de la hermandad Phi Beta Caca.

—¿Podemos confiar en vosotros tres? —preguntó Roland. La pregunta sonó trivial, como algo dicho para matar el tiempo.

—Debéis hacerlo —dijo Ted—. No os queda nadie más. Ni a nosotros.

—Si estuviéramos de su lado —dijo Dinky—, ¿no crees que tendríamos algo mejor para ponernos en los pies que estos mocasines fabricados con puñeteras tiras de goma? En Cielo Azul se consigue de todo, excepto un par de productos básicos. Cosas que por lo general no se consideran indispensables… bueno, digámoslo así, es difícil poner pies en polvorosa cuando uno no tiene nada más que ponerse que sus zapatillas del Algul Siento.

—Todavía no puedo creerlo —dijo Jake—. Quiero decir ¡toda esa gente está trabajando para romper los Haces! No os lo toméis a mal, pero…

Dinky se volvió con los puños cerrados y apretados, con una furiosa sonrisa en el rostro. Acho se colocó enseguida delante de Jake, gruñía con gravedad y enseñaba los dientes. Dinky o no se dio cuenta o no prestó atención.

—¿Sí? Pues sabes qué, ¿chaval? Sí me lo tomo a mal. Me lo tomo a mal y me toca los cojones. ¿Qué sabes tú sobre lo que es pasarse la vida fuera, ser el hazmerreír todo el tiempo, ser siempre Carrie en la puta fiesta de graduación?

—¿Quién? —preguntó Eddie, confundido, pero Dinky estaba desatado y no prestó atención.

—Hay tipos allí abajo que no pueden ni andar ni hablar. Una tía sin brazos. Muchos con hidrocefalia, que significa que la cabeza les llega hasta el puto New Jersey. —Levantó las manos medio metro a ambos lados de la cabeza, un gesto que todos consideraron una exageración. Más adelante descubrirían que no lo era —. El pobre Stanley, es uno de los que no pueden hablar.

Roland miró a Stanley con su rostro pálido y sin afeitar, y sus matojos de pelo negro y rizado. El pistolero estuvo a punto de sonreír.

—Creo que puede hablar —dijo, y luego añadió—: ¿Lleváis el nombre de

vuestro padre? Creo que lo lleváis.

Stanley agachó la cabeza y el color afloró en sus mejillas, aun así, estaba sonriendo. Al mismo tiempo empezó a llorar de nuevo. «Pero ¿qué coño está ocurriendo aquí?», se preguntó Eddie.

No cabía duda de que Ted se estaba haciendo la misma pregunta.

—Sai Deschain, querría saber si puedo preguntar…

—No, no, ruego perdón —dijo Roland—. Vuestro tiempo es breve ahora, así lo habéis dicho y todos lo sentimos. ¿Saben los Disgregadores cómo los están alimentando? ¿Con lo que los están alimentando para aumentar su poder?

Se sentaron de golpe en una piedra y miraron hacia la telaraña de raíles de acero.

—¿Tiene que ver con los niñitos que traen por la Estación, verdad?

—Sí.

—Ellos no lo saben ni lo sé yo —dijo Ted con el mismo tono poco sutil—. En realidad no. Nos dan docenas de pastillas al día. Nos las dan por la mañana, al mediodía y por la noche. Algunas son vitaminas. Otras, sin duda, están pensadas para que sigamos siendo dóciles. Yo he tenido la suerte de purgarme unas cuantas del organismo, y del de Dinky y del de Stanley… pero para que esa purga funcione, pistolero, hay que querer que funcione. ¿Lo entiendes?

Roland asintió con la cabeza.

—Pensé durante mucho tiempo que podían estar dándonos una especie de… no sé… de vacuna de refuerzo para el cerebro… pero con tantas pastillas es imposible saber cuál podría ser. Cuál es la que nos convierte en caníbales o en vampiros, o en ambas cosas. —Hizo una pausa para contemplar el improbable rayo de sol. Extendió las manos a ambos lados. Dinky lo cogió de una y Stanley de la otra.

—Mirad esto —dijo Dinky—. Esto es bueno.

Ted cerró los ojos. Lo mismo hicieron los otros dos, por un instante solo se vio a los tres hombres mirando el desierto oscuro hacia el rayo de sol de Cecil B. DeMille… y estaban mirando, Roland lo sabía. Aunque tuvieran los ojos cerrados.

El rayo de sol parpadeó. Durante unos doce segundos, el Devar-Toi se quedó tan oscuro como el desierto, y la Estación de Tronido y las laderas de la Punta-Tete. A continuación, el absurdo fulgor dorado volvió. Dinky lanzó un suspiro violento (pero no disgustado) y retrocedió para zafarse de Ted. Pasado un instante, Ted soltó a Stanley y se volvió hacia Roland.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó el pistolero.

—Los tres juntos —dijo Ted—. Sobre todo Stanley. Es un emisor tremendamente poderoso. Una de las pocas cosas que aterroriza a Prentiss, a los hampones y a los taheen es perder su luz del sol artificial. Ocurre cada vez con más frecuencia, ya saben, y no siempre porque estemos trasteando con la maquinaria. La maquinaria solo… —Se encogió de hombros—. Se está agotando.

—Todo se agota —dijo Eddie.

Se volvieron hacia él, sin sonreír.

—Pero no lo bastante deprisa, señor Dean. Estos chanchullos con los dos Haces que quedan deben parar y muy pronto, o todo seguirá igual. Dinky, Stanley y yo les ayudaremos si podemos, aunque eso signifique matar a todos los demás.

—Claro —afirmó Dinky con una sonrisa falsa—. Si el reverendo Jim Jones pudo hacerlo, ¿por qué no nosotros?

Ted le lanzó una mirada de desaprobación, luego volvió a mirar hacia el ka-tet de Roland.

—Puede que no se trate de eso. Pero si es así… —Se levantó de pronto y agarró a Roland por el brazo—. ¿Somos caníbales? —lo preguntó con un tono brusco, casi estridente—. ¿Nos hemos estado comiendo a los niños que los Capuchas Verdes traen de las Tierras Fronterizas?

Roland permaneció callado.

Ted se volvió hacia Eddie.

—Quiero saberlo.

Eddie no le dio una respuesta.

—¿Señora sai? —preguntó Ted mirando a la mujer que estaba sentada sobre la cadera de Eddie—. Estamos dispuestos a ayudarles. ¿No me ayudarán contestándome a lo que pregunto?

—¿El saberlo cambiaría algo? —preguntó Susannah.

Ted la miró durante un rato más, luego se volvió hacia Jake.

—De verdad, podrías ser el gemelo de mi joven amigo —dijo—. ¿Lo sabías, hijo?

—No, pero no me sorprende —respondió Jake—. Así funcionan las cosas por aquí, en cierta forma. Todo… esto… encaja.

—¿Me dirás lo que quiero saber? Bobby me lo diría.

«¿Te podrías comer vivo a ti mismo? —pensó Jake—. ¿Comerte a ti mismo

en lugar de comértelos a ellos?».

Sacudió la cabeza.

—No soy Bobby —aclaró—. No importa lo mucho que me parezca a él.

Ted suspiró y asintió con la cabeza.

—Os mantenéis unidos, ¿y por qué iba a sorprenderme eso? Al fin y al cabo, sois ka-tet.

—Tenemos que irnos —le dijo Dink a Ted—. Ya hemos estado aquí durante demasiado tiempo. No se trata solo de volver para cuando pasen lista en la habitación; Stanley y yo tenemos que irnos para amañar el telémetro. Para que lo vean y piensen: «Teddy B ha estado aquí todo el rato. También Dinky Earnshaw y Stanley Ruiz, esos chicos no dan problemas».

—Sí —afirmó Ted—. Supongo que tienes razón. ¿Cinco minutos más?

Dinky asintió a regañadientes. El sonido de una sirena, apagado por la distancia, llegó con el viento, y el joven enseñó los dientes en una sonrisa de sincero asombro.

—Se enfadan muchísimo cuando da el sol —dijo—. Cuando tienen que enfrentarse a lo que de verdad los rodea, que es una puñetera versión del invierno nuclear.

Ted se metió las manos en los bolsillos durante un rato, se miró los pies y luego levantó la vista en dirección a Roland.

—Es hora de que esta… de que esta grotesca comedia llegue a su fin. Nosotros tres volveremos mañana si todo sale bien. Mientras tanto, hay una cueva más grande a unos treinta y seis metros bajando por la ladera, está en el lado que queda alejado de la Estación de Tronido y el Algul Siento. Hay comida, sacos de dormir y una estufa que funciona con gas propano. Hay un mapa, muy básico, del Algul. También les he dejado una grabadora y una serie de cintas. Seguramente no les explicarán todo lo que quieren saber, pero llenarán muchos espacios en blanco. De momento, basta que se den cuenta de que Cielo Azul no es tan bonito como aparenta. Las torres cubiertas de hiedra son torres de vigilancia. Hay tres vueltas de alambrada que rodean todo el lugar. Si intentas salir desde dentro, la primera vuelta de alambrada que tocas pincha…

—Como una alambrada de púas —dijo Dink.

—La segunda te da una descarga como una paliza —continuó Ted—. Y la tercera…

—Nos hacemos a la idea —dijo Susannah.

—¿Y los Niños de Roderick? —preguntó Roland—. Tienen algo que ver con

el Devar, porque de camino hacia aquí nos encontramos con uno que nos dijo eso.

Susannah miró a Eddie con las cejas arqueadas. Eddie le lanzó una mirada en respuesta con la que quería decir: «Ya te lo contaré luego». Fue un episodio sencillo y perfecto de comunicación no verbal, ese tipo de comunicación que las personas que se aman dan por sentada.

—Esos palilleros… —dijo Dinky, aunque no sin simpatía—. Son… ¿cómo los llaman en las películas antiguas? Ordenanzas, creo. Tienen un pequeño pueblo a unos tres kilómetros de la estación, en esa dirección. —Señaló con el dedo—. Se encargan de cuidar el terreno del Algul, y podría haber tres o cuatro a los que se les da bien el techado… cambian las tejas y cosas así. Sean cuales sean los contaminantes que hay en la atmósfera de este lugar, esos huevones son especialmente vulnerables a ellos. Solo que en su caso la radiación les afecta en forma de enfermedad en lugar de unos simples granos y eccemas.

—Y que lo digas —comentó Eddie, recordando al pobre Chevin de Chayven: ese rostro consumido por el dolor y la túnica empapada de orina.

—Son yentes errantes —aclaró Ted—. Beduinos. Creo que siguen las vías del tren, la mayoría de ellos. Hay catacumbas bajo la estación y el Algul Siento. Los Rod saben moverse por allí. Hay toneladas de comida allá abajo, y dos veces a la semana la llevan al Devar en trineos. Eso es, sobre todo, lo que comemos ahora. Sigue estando bueno, pero… —Se encogió de hombros.

—Las cosas se están agotando deprisa —dijo Dinky con un tono de melancolía inusitado—. Pero, como dijo alguien, el vino es genial.

—Si os pidiera que mañana llevéis con vosotros a uno de los Niños de Roderick —dijo Roland—, ¿podríais hacerlo?

Ted y Dinky intercambiaron una mirada de asombro. A continuación, ambos miraron a Stanley. Stanley asintió en silencio, se encogió de hombros y extendió las manos ante sí, con las palmas hacia abajo: «¿Por qué, pistolero?».

Roland permaneció por un momento absorto en sus pensamientos. Luego volvió la mirada hacia Ted.

—Llevad a uno al que le quede la mitad del cerebro en la cabeza —ordenó Roland—. Decidle: «Dan sur, dan tur, dan Roland, dan Gilead». Repetidlo.

Sin dudarlo, Ted lo repitió.

Roland hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Si aun así se muestra receloso, decidle que Chevin de Chayven dice que debe ir. Hablan de una forma un tanto básica, ¿verdad?

—Claro —respondió Dinky—. Pero, señor… no podemos dejar que un Rod suba hasta aquí, les vea y luego liberarlo otra vez. Son unos bocazas y no saben estar callados.

—Traed a uno —ordenó Roland— y ya veremos. Tengo lo que mi ka-mai Eddie llama una corazonada. ¿Os consta eso de la corazonada?

Ted y Dinky asintieron en silencio.

—Si sale bien, pues bien. Si no… aseguraos de que el tipo que traigáis jamás cuente qué ha visto aquí.

Roland asintió.

Ted lanzó una risa cortante.

—Por supuesto que lo hará. Me recuerda a esa parte de *Huckleberry Finn* en la que Huck ve estallar un barco de vapor. Corre al encuentro de la señora Watson y la viuda de Douglas para contarles la noticia y, cuando una de ellas le pregunta si había muerto alguien, Huck responde con perfecto aplomo: «No, señora, solo un negro». En este caso podemos decir: «Solo un Rod. El señor pistolero había tenido una corazonada, pero no salió bien».

Roland le dedicó una sonrisa fría, una sonrisa artificiosa llena de dientes. Eddie la había visto antes y se alegraba de que no fuera dirigida a él. Dijo:

—Creía que usted sabía cuáles eran las probabilidades, sai Ted. ¿Acaso lo he interpretado mal?

Ted se encontró con su mirada durante un instante, luego miró hacia el suelo. Estaba moviendo los labios.

Durante ese instante, Dinky sostenía una garla en silencio con Stanley. En ese momento dijo:

—Si quiere un Rod, le traeremos uno. No es un gran problema. El problema puede ser llegar hasta aquí. Si no lo conseguimos…

Roland esperó con paciencia a que el joven terminase. Como no lo hacía, el pistolero preguntó:

—Si no lo consiguen, ¿qué quieren que hagamos?

Ted se encogió de hombros. El gesto era una imitación perfecta del gesto de Dinky y, por ello, resultó cómico.

—Lo mejor que puedan —dijo—. También hay armas en la cueva de más abajo. Una docena de bolas de fuego eléctricas que se llaman sneetches. Una serie de ametralladoras, que, según he escuchado, algunos hampones llaman pipas rápidas. Hay fusiles AR-15 del ejército de Estados Unidos. Y otras cosas que no sabemos muy bien qué son.

—Una de esas cosas es una especie de pistola láser, como de película de ciencia ficción —dijo Dinky—. Se supone que desintegra cosas, pero o soy muy tonto para encenderla o se le han acabado las pilas. —Se volvió, ansioso, hacia el hombre de pelo cano—. Han pasado los cinco minutos, y más. Tenemos que irnos pitando de aquí y con cuidadito, Tedster.

—Sí. Bueno, volveremos mañana. Quizá entonces ya tengan un plan.

—¿Ustedes no lo tienen? —preguntó Eddie, sorprendido.

—Mi plan era huir, joven. En ese momento parecía una idea terriblemente inteligente. Hui hasta la primavera de 1960. Me cogieron y me trajeron de vuelta, con una pequeña ayudita de la madre de mi joven amigo Bobby. Y ahora, de verdad tenemos que…

—Un minuto más, si a bien tenéis —dijo Roland, y se aproximó a Stanley. Stanley estaba mirándose los pies, pero sus mejillas, de aspecto desaliñado y barbudas, se ruborizaron de nuevo. Y…

«Está temblando —pensó Susannah—. Como un animal del bosque al toparse por primera vez con un ser humano».

Puede que Stanley aparentase treinta y cinco años, pero podría haber sido mayor; su rostro poseía la suavidad despreocupada que Susannah relacionaba con una serie de disminuciones mentales. Ted y Dinky tenían granos, pero Stanley no tenía ni uno. Roland puso las manos en los antebrazos del tipo y lo miró con seriedad. Al principio, la mirada del pistolero no se encontró con nada más que una maraña de pelo negro y rizado en la cabeza gacha de Stanley.

Dinky empezó a hablar. Ted lo hizo callar con un gesto.

—¿No vais a mirarme a la cara? —preguntó Roland. Habló con una amabilidad que Susannah había escuchado pocas veces en su voz—. ¿No lo haréis, antes de marchar, Stanley, hijo de Stanley? ¿El que era Sheemie?

Susannah se quedó boquiabierta. Junto a ella, Eddie gruñó como si lo hubieran golpeado. Ella pensó: «Pero si Roland es mayor… ¡es tan mayor! Lo que significa que si este es el chico tabernero que conoció en Mejis… el que tenía la mula y el *sombrero*[6] rosa… entonces también tiene que ser…».

El hombre levantó el rostro poco a poco. Le brotaban las lágrimas de los ojos.

—El bueno de Will Dearborn —dijo. Su voz era ronca y vibró con registros agudos y graves como ocurriría con una voz que no se ha usado durante mucho

tiempo—. Lo siento, sai. Si sacara la pistola y me disparase, lo entendería. De verdad que lo entendería.

—¿Por qué decís eso, Sheemie? —preguntó Roland con la misma amabilidad.

A Stanley empezaron a brotarle las lágrimas con mayor rapidez.

—Me salvó la vida. Arthur y Richard también, pero sobre todo usted, el bueno de Will Dearborn que en realidad era Roland de Gilead. ¡Y yo la dejé morir! ¡A la que usted amaba! ¡Y yo también la amaba!

El rostro del hombre se desencajó de desesperación e intentó alejarse de Roland. Roland lo retuvo.

—Nada de eso es culpa tuya, Sheemie.

—¡Tendría que haber muerto por ella! —gritó—. ¡Tendría que haber muerto yo en su lugar! ¡Soy idiota! ¡Tan tonto como dicen! —Se abofeteó la cara, primero en una mejilla y luego la otra, lo que le dejó unos verdugones rojos. Antes de que pudiera volver a hacerlo, Roland le cogió la mano y le obligó a ponerla junto al cuerpo una vez más.

—Fue Rhea quien provocó el daño —dijo Roland.

Stanley, quien había sido Sheemie hacía millones de años, miró a Roland a la cara, buscando sus ojos.

—Sea —dijo Roland, asintiendo con la cabeza—. Fue la de Cöos… y yo también. Tendría que haberme quedado con ella. Si alguien está libre de culpa en todo esto, Sheemie, Stanley, ese eres tú.

—¿Lo dices en serio, pistolero? ¿De verdad de la buena?

Roland asintió con la cabeza.

—Ya garlaremos todo lo que quieras sobre ello, si hay tiempo, y sobre el pasado, pero ahora no. Ahora no hay tiempo. Debes irte con tus amigos, y yo debo quedarme con los míos.

Sheemie lo miró durante un rato, y sí, Susannah vio, en ese momento, al muchacho que se movía afanosamente en una taberna de tiempo atrás llamada el Descanso de los Viajeros, recogiendo las jarras vacías de cerveza y poniéndolas a lavar en un barril que estaba bajo la cabeza bicéfala de un alce al que se conocía con el nombre de La Retozona. Evitaba los ocasionales empujones de Coral Thorin o las patadas incluso más maliciosas que, casi con total seguridad, le propinaba una puta envejecida llamada Pettie la Trotona. Susannah vio al chico al que habían estado a punto de matar por tirar licor en las botas de un matón llamado Roy Depape. Había sido Cuthbert quien había salvado a Sheemie

de la muerte esa noche… pero había sido Roland, conocido por los lugareños como Will Dearborn, quien los había salvado a todos.

Sheemie rodeó por el cuello a Roland y lo abrazó con fuerza. Roland sonrió y le acarició el pelo rizado con su deforme mano derecha. Un sollozo sonoro y chillón escapó de la garganta de Sheemie. Susannah vio las lágrimas en el rabillo de los ojos del pistolero.

—Ea —dijo Roland, hablando en un tono tan grave que resultaba casi inaudible—. Siempre he sabido que nos encontraríamos, que seríamos bien hallados en algún lugar de la senda, Sheemie de Stanley. Y bien hallados seamos, bien hallados seamos.



CAPÍTULO VI
EL AMO DE CIELO AZUL

UNO

Pimli Prentiss, el Amo del Algul Siento, estaba en el baño cuando Finli (conocido en algunos paraderos como el Comadreja) tocó a la puerta. Prentiss estaba examinándose la piel bajo la implacable luz del tubo fluorescente que estaba sobre la pila. En el espejo de lupa, su piel parecía una llanura grisácea, marcada por la viruela, no muy distinta a la superficie de las tierras baldías que se extendían en todas direcciones en torno al Algul. La llaga en la que estaba concentrado en ese momento parecía un volcán en erupción.

—¿Quién me reclama? —aulló Prentiss, aunque estaba casi seguro de quién era.

—¡Finli o' Tego!

—¡Entra, Finli! —No apartó los ojos del espejo. Sus dedos, con los que hacía pinza a ambos lados del grano infectado, parecían gigantescos. Aplicó presión sobre la protuberancia.

Finli atravesó el despacho y se quedó en la puerta del baño. Tuvo que agacharse ligeramente para poder mirar en el interior. Medía más de dos metros, era demasiado alto incluso para ser un taheen.

—Ya estoy de vuelta de la estación como si nunca me hubiera ido —dijo Finli.

Como la mayoría de los taheen, al hablar, su voz subía y bajaba de tono entre el gañido y el gruñido. A Pimli todos le sonaban como los híbridos de *La isla del doctor Moreau* de H. G. Wells, y esperaba que se pusieran a decir todos a coro: «¿Acaso no somos hombres?». Finli lo había leído en su mente en una ocasión y

le había preguntado por ello. Prentiss le había respondido con total sinceridad —a sabiendas de que en una sociedad en la que la telepatía básica era la norma—, la sinceridad era la mejor política. La única política, cuando uno trataba con un taheen. Además, le gustaba Finli o' Tego.

—De vuelta de la estación, bien —dijo Pimli—. ¿Y qué has encontrado?

—Un robot de mantenimiento. Al parecer se estropeó en la zona de Arco 16 y…

—Espera —pidió Prentiss—. Si quieres, si quieres, gracias.

Finli esperó. Prentiss se inclinó para acercarse incluso más al espejo, con el rostro arrugado por la concentración. El Amo de Cielo Azul también era alto, medía un metro ochenta y ocho, más o menos, y tenía un tremendo barrigón caído, sostenido por unas piernas alargadas con dos caderones. Se estaba quedando calvo y tenía la nariz de nabo de un bebedor veterano. Aparentaba cincuenta años. Se sentía un hombre de cincuenta años (de menos si no había pasado la noche haciendo brindis con Finli y varios can-toi). Al llegar a ese lugar tenía cincuenta; hacía al menos veinticinco años que había llegado, y este cálculo podría quedarse muy corto. En ese lado, el tiempo era una locura, al igual que la orientación, además, cabía la posibilidad de perder cualquiera de los dos rápidamente. Algunas yentes también perdían la cabeza. Como si hubieran perdido la máquina del sol para siempre…

La punta del grano sobresalió… tembló… y reventó. ¡Ah!

Un borbotón de pus sanguinolento saltó desde el lugar de la infección, se desparramó sobre el espejo y empezó a chorrear hacia abajo por la superficie cóncava. Pimli Prentiss lo recogió con la punta de un dedo, se volvió para lanzarlo al retrete, pero luego se lo ofreció a Finli.

El taheen sacudió la cabeza, emitió el tipo de gruñido exasperado que cualquier dietista experto habría reconocido, y se puso el dedo de su Amo en la boca. Chupó el pus y luego soltó el dedo con un sonoro ruido de descorchador.

—No debería haberlo hecho, pero no he podido resistirme —dijo Finli—. ¿No me habías dicho que las yentes del otro lado habían decidido que comer ternera pasada era malo para ellos?

—Sí, señor —afirmó Pimli, limpiándose el grano (que todavía supuraba) con un pañuelo de papel. Llevaba mucho tiempo en ese lugar, y no habría vuelta atrás, por todo tipo de razones, pero hasta hacía bien poco se había mantenido al día de los acontecimientos de la actualidad; hasta el… ¿podría decirse año?, hasta el año pasado había conseguido el *The New York Times* con frecuencia.

Sentía un gran afecto por el *Times*, le encantaba hacer el crucigrama diario. Le daba una ligera sensación de hogar.

—Pero, de todas formas, siguen comiendo esto.

—Sí, señor, supongo que muchos sí. —Abrió el botiquín y sacó una botella de agua oxigenada de la marca Rexall.

—La culpa es tuya por ponerme uno delante —dijo Finli—. Normalmente, no es que estas cosas nos sienten mal; es una chuchería natural, como la miel o las bayas. El problema es Tronido. —Y, como si su jefe no lo hubiera entendido, Finli añadió—: Hay demasiadas cosas que salen de allí y que no tienen la composición adecuada, que no están *encauzadas*, sin importar lo dulce que pueda ser su sabor. Son veneno, si a bien tienes.

Prentiss empapó una bola de algodón con agua oxigenada y se limpió la herida de la mejilla. Sabía exactamente de qué estaba hablando Finli, ¿cómo no iba a saberlo? Antes de llegar a ese lugar y asumir el puesto de Amo, no se había visto ni una marca en la piel en más de treinta años. Ahora tenía granos en las mejillas y en la frente, acné en las hendiduras de las sienes, asquerosos cúmulos de puntos negros alrededor de la nariz y un quiste sebáceo en el cuello, que pronto tendría que extirparle Gangli, el médico del complejo. (Prentiss opinaban que Gangli era un nombre horrible para un médico: le recordaba tanto a «ganglio» como a «gangrena»). El taheen y el can-toi eran menos susceptibles a los problemas dermatológicos, pero en algunas ocasiones se les resquebrajaba la piel y se abría de forma espontánea, sufrían hemorragias nasales e incluso las heridas de poca importancia —el arañazo provocado por una piedra o cualquier rasguño— podían provocarles una infección y acabar con sus vidas si no se identificaba a tiempo. Los antibióticos, al principio, iban de maravilla para tratar esa clase de infecciones; pero ya no funcionaban tan bien. Lo mismo ocurría con maravillas farmacéuticas como el Accutane. Era la atmósfera, claro; la muerte que se cocía en las mismísimas piedras y la tierra que los rodeaba. Si uno quería ver seres en su peor estado, lo único que tenía que hacer era mirar a los Rod, que, por aquella época, no eran mejores que los mutantes lentos. Por supuesto, ellos erraban en dirección al lejano… ¿seguía siendo el sudeste? Erraban a lo lejos en esa dirección. En cualquier caso, era el lugar donde de noche se vislumbraba un leve fulgor rojo, y todo el mundo decía que las cosas eran mucho peores en esa dirección. Pimli no sabía si eso era cierto, aunque sospechaba que sí. No llamaban a las tierras más allá de Fedic las Discordia porque estuvieran llenas de balnearios.

—¿Quieres más? —le preguntó a Finli—. Tengo un par en la frente que están maduros.

—No, quiero dar mi informe, volver a revisar las grabaciones y el telémetro, ir a echar un vistazo rápido al Estudio, y luego firmar el registro. Después de eso, quiero tomarme un baño caliente y disfrutar de unas tres horas de plácida lectura. Estoy leyendo *El coleccionista*.

—Y te gusta —dijo Prentiss, fascinado.

—Mucho, digo gracias. Me recuerda a la situación en la que estamos aquí. Salvo que prefiero pensar que nuestros objetivos son algo más nobles y nuestras motivaciones algo más elevadas que la atracción sexual.

—¿Nobles? ¿Eso crees?

Finli se encogió de hombros y no dio respuesta alguna. Las discusiones cara a cara sobre lo que estaba ocurriendo en Cielo Azul solían evitarse por acuerdo tácito.

Prentiss condujo a Finli a su propio estudio biblioteca, que tenía vistas a una parte de Cielo Azul que llamaban el Bulevar. Finli se agachó bajo la lámpara con la gracilidad inconsciente que da la fuerza de la costumbre. Prentiss le había dicho en una ocasión (tras unas caladas de hierba) que habría sido un pívot de puta madre en la NBA.

—El primer equipo solo de taheen —había comentado—. Os llamarían Los Monstruos, pero ¿qué más daría?

—¿Los jugadores de baloncesto consiguen siempre lo mejor? —había preguntado Finli. Tenía una cabeza de comadreja de pelo lacio y brillante, y unos enormes ojos negros. No eran más expresivos que los de una muñeca, en opinión de Pimli. Llevaba un montón de cadenas de oro; se habían puesto de moda entre el personal de Cielo Azul, y en los últimos dos años había aparecido un animado mercado de esos objetos. Además, se había cortado el rabo. Lo que seguramente había sido un error, según le había comentado a Prentiss una noche en que ambos se emborracharon. Había resultado más doloroso de lo que había imaginado y con eso se había condenado a ir al Infierno de Oscuridad cuando su vida se acabara, a menos que…

A menos que no hubiera nada. Esa era una idea que Pimli negaba con toda la fuerza de la razón y el corazón, aunque habría mentido si no admitiera (aunque solo fuera para sí mismo) que la idea le obsesionaba en algunas vigilias. Para esa clase de pensamientos había somníferos. Y también estaba Dios, claro. La

creencia de que todo estaba al servicio de la voluntad de Dios, incluso la mismísima Torre.

En cualquier caso, Pimli había confirmado que sí, los jugadores de baloncesto, al menos los estadounidenses, conseguían siempre lo mejor, incluidos más chochitos que una puñetera taza de váter. Este comentario había hecho reír a Finli de tal forma que le habían saltado de sus extraños e inexpresivos ojos unas lagrimillas rojizas.

—Y lo mejor —había añadido Pimli— es esto: según las normas de la NBA, podrías jugar prácticamente para siempre. Por ejemplo, escúchame bien, el jugador mejor considerado en mi antiguo país (aunque yo jamás lo vi jugar porque fue posterior a mi época) era un tipo llamado Michael Jordan, y…

—Si fuera taheen, ¿qué sería? —lo había interrumpido Finli. Se trataba de un juego al que solían jugar, sobre todo si llevaban un par de copas encima.

—Ese Michael Jordan era una verdadera comadreja, y muy guapo —había comentado Pimli, y en un tono que había sorprendido a Finli por resultar cómico. Una vez más rio a carcajadas hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Pero —había proseguido Pimli—, su carrera finalizó en poco más de quince años, y eso incluye su retirada y uno o dos regresos. ¿Cuántos años se puede jugar a algo que consiste simplemente en recorrer la longitud de una cancha corriendo, durante una hora, más o menos, Fin?

Finli o’ Tego, que por aquel entonces tenía más de trescientos años, se había encogido de hombros y había sacudido el aire con la mano. Delah. Más años de los que se pueden contar.

Y ¿hacía cuánto tiempo Cielo Azul —Devar-Toi para los internos más recientes, Algul Siento para los taheen y los Rod—, hacía cuánto tiempo estaba aquella prisión allí? También delah. Pero si Finli estaba en lo cierto (y a Pimli algo le decía que, casi con total seguridad, así era), «delah» casi había terminado. Y ¿qué podía hacer él, otrora Paul Prentiss de Rahway, New Jersey, y ahora Pimli Prentiss de Algul Siento, al respecto?

Su trabajo, eso era todo.

Su puto trabajo.

DOS

—Bueno —dijo Pimli al tiempo que se sentaba en uno de los dos sillones de orejas situados junto a la ventana—, así que has encontrado un robot de mantenimiento. ¿Dónde?

—Cerca del lugar donde la Vía 97 sale de la zona de cambio de agujas —respondió Finli—. Esa vía sigue caliente, tiene lo que tú llamas «un tercer raíl», eso lo explica todo. Luego, cuando ya nos hemos ido, has llamado tú y has dicho que había saltado una segunda alarma.

—Sí. ¿Y has encontrado…?

—Nada —contestó Finli—. Esa vez, nada. Seguramente ha sido un error del sistema, puede que haya sido provocado incluso por la primera alarma. —Se encogió de hombros, un gesto que expresaba algo que ambos sabían: todo se estaba yendo al carajo. Y cuanto más se aproximaban al final, más rápido iban.

—De todas formas, ¿tus colegas y tú habéis echado un buen vistazo?

—Claro. Ni rastro de intrusos.

Sin embargo, ambos estaban pensando en intrusos humanos, taheen, can-toi o mecánicos. Ningún miembro de la partida de Finli había pensado en mirar hacia arriba, y posiblemente no habrían visto a Mordred aunque lo hubieran hecho: una araña que en ese momento era tan grande como un perro de tamaño medio, agazapada en la profunda sombra, bajo el alerón de la estación principal, aguantándose en el sitio gracias a una pequeña hamaca confeccionada de telaraña.

—¿Vas a volver a revisar el telémetro por la segunda alarma?

—Sí, en parte por eso —respondió Finli—. Pero, sobre todo, porque hay algo que huele a chamusquina. —Esa era una expresión que había sacado de las numerosas novelas de detectives que había leído, le fascinaban, y la utilizaba siempre que tenía oportunidad.

—¿Cómo que huele a chamusquina?

Finli se limitó a sacudir la cabeza. No podía aclararlo.

—Pero el telémetro no miente. O eso me enseñaron.

—¿Lo pones en duda?

Consciente de que volvía a pisar terreno peligroso, que ambos lo estaban haciendo, Finli dudó y luego decidió que ¡qué diantre!

—Jefe, este es el fin de los tiempos. Lo cuestiono casi todo, ¡puñeta!

—¿Eso incluye tus deberes, Finli o’ Tego?

Finli sacudió la cabeza con determinación. No, no incluía sus deberes. Lo mismo era aplicable a todos los demás, incluido el antiguo Paul Prentiss de

Rahway. Pimli recordó a un antiguo soldado —puede que a «Dugout», Douglas MacArthur—, y dijo:

—Cuando la muerte me cierre los ojos, caballeros, mi último pensamiento será para el Ejército. Y para el Ejército. Y para el Ejército.

El pensamiento de Finli sería seguramente para Algul Siento. Porque ¿qué más había en ese momento? En palabras de otra gran estadounidense, Martha Reeves, de Martha and the Vandellas, no tenía ningún sitio al que huir, cariño, ningún sitio donde esconderse[7]. Las cosas estaban fuera de control, yendo cuesta abajo y sin frenos, y no les quedaba más que disfrutar el viaje.

—¿Te importaría tener compañía durante tu ronda? —preguntó Pimli.

—¿Por qué no? —replicó el Comadreja. Sonrió y dejó a la vista una hilera de dientes puntiagudos como agujas. Y cantó, con su extraña y vibrante voz—: «Sueña conmigo… voy de camino a la luna de mis padres…».

—Dame un minuto —dijo Pimli, y se levantó.

—¿Plegarias? —preguntó Finli.

Pimli se detuvo en la puerta.

—Sí —respondió—. Ya que lo preguntas. ¿Tienes algo que decir al respecto, Finli o' Tego?

—Pero… solo una cosa. —El ser sonriente con cuerpo de humano y cabeza marrón de pelo lacio y brillante siguió sonriendo—. Si las plegarias son tan exaltadas, ¿por qué te arrodillas en la misma habitación donde te sientas para cagar?

—Porque la Biblia sugiere que cuando uno está acompañado, uno debe hacerlo en su retrete. ¿Algún otro comentario?

—No, no —dijo Finli haciendo un gesto de despreocupación—. Haced lo mejor y lo peor que podáis, como dicen los manni.

TRES

En el baño, Paul o' Rahway cerró la tapa del váter, se arrodilló sobre las baldosas, y juntó las manos.

«Si las plegarias son tan exaltadas, ¿por qué te arrodillas en la misma habitación donde te sientas para cagar?

»Tendría que haber dicho que era porque eso me hace ser humilde —pensó —. Así no se me suben los humos. Venimos del polvo y en polvo nos

convertiremos, y si hay un cuarto donde sea difícil olvidarlo, este es el adecuado».

—Dios —dijo—, dame fuerzas cuando soy débil, respuestas cuando estoy confuso, valor cuando estoy asustado. Ayúdame a no hacer daño a nadie que no se lo merezca, e incluso en ese caso a hacerlo solo cuando no me quede otra salida. Señor…

Mientras está arrodillado delante de la taza de váter bajada —ese hombre que no tardaría en pedir a Dios que le perdonase por urdir el fin de la creación (sin ironía de ningún tipo)—, podríamos echarle un vistazo más detallado. No nos llevará mucho tiempo, porque Pimli Prentiss no es un personaje importante en nuestra historia sobre Roland y su ka-tet. Con todo, es un hombre fascinante, lleno de vericuetos, contradicciones y callejones sin salida. Es un alcohólico que cree profundamente en un Dios personal, un hombre compasivo que ahora está a punto de derribar la Torre y enviar los billones de mundos que giran en torno a su eje a la oscuridad, en un billón de direcciones distintas. Dará muerte en un abrir y cerrar de ojos a Dinky Earnshaw y Stanley Ruiz si sabe qué han estado haciendo… y pasa gran parte del Día de la Madre llorando, porque amaba a su mami con todo su corazón y la echa de menos con amargura. Cuando llegue el Apocalipsis, él es el tío perfecto para el trabajo, un tipo que sabe cómo arrodillarse y que sabe hablar con Dios, Señor de los Ejércitos, como si fuera un viejo amigo.

Y allá va algo irónico: Paul Prentiss podría protagonizar uno de esos anuncios en los que alguien proclama: «¡He conseguido mi trabajo gracias al *The New York Times*!». En 1970, cuando lo soltaron de la prisión que en aquella época se conocía con el nombre de Attica (al menos, Nelson Rockefeller y él se perdieron el súper motín), leyó un anuncio en el *Times* con el titular siguiente:

OFERTA DE TRABAJO: FUNCIONARIO
DE REFORMATORIO CON EXPERIENCIA
PARA IMPORTANTE CARGO
DE RESPONSABILIDAD EN INSTITUCIÓN PRIVADA
¡Sueldo elevado! ¡Cuantiosos beneficios!
¡Disponibilidad para viajar!

El sueldo alto había resultado ser lo que su amada madre habría llamado «una mentira como una casa», porque no había retribución de ninguna clase, no

en el sentido que habría entendido un funcionario de reformatorio estadounidense, aunque los beneficios… sí, los beneficios eran excepcionales. Para empezar disfrutaría con el sexo como se deleitaba en ese momento con la comida y la priva, pero eso no era lo importante. Lo importante, en opinión de sai Prentiss, era lo siguiente: ¿qué quería uno de la vida? Si tu único objetivo era ver cómo aumentaban los ceros en tu cuenta corriente, entonces, estaba claro que el Algul Siento no era tu sitio… que sería algo terrible, porque una vez que habías firmado, no había vuelta a atrás; era todo por el Ejército. Y el Ejército. Y cada cierto tiempo, cuando había que aleccionar a alguien, era todo por un cadáver, o dos.

Al Amo del Algul, Prentiss, eso le pareció bien, de maravilla, y había pasado por la solemne ceremonia taheen de cambio de nombre unos doce años atrás y jamás se había arrepentido. Paul Prentiss se había convertido en Pimli Prentiss. En ese preciso instante había apartado la razón y el corazón de lo que ahora llamaba «el lado estadounidense». Y no fue porque en ese nuevo lugar había probado el mejor pastel Alaska, de merengue cubierto de helado, y el mejor champán que había bebido en toda su vida. Tampoco fue porque hubiera mantenido relaciones sexuales virtuales con cientos de hermosas mujeres. Fue porque tenía una misión y tenía la intención de llevarla a cabo. Porque había llegado a creer que su trabajo en el Devar-Toi también era el de Dios, así como el del Rey Carmesí. Y en la idea de Dios subyacía algo incluso más poderoso: la imagen de miles de millones de universos embutidos en un huevo que él —el antiguo Paul Prentiss de Rahway, otrora un hombre que ganaba cuarenta mil dólares al año, que tenía una úlcera y una asistencia médica mediocre debido a los malos convenios negociados por un sindicato corrupto— tenía en la palma de su mano. Entendía que él también estaba en ese huevo, y que dejaría de existir cuando lo rompiera. Aunque tenía la certeza de que había un cielo y Dios estaba en él, entonces, ambos reemplazarían el poder de la Torre. Era ese cielo al que él iría, y ante ese trono se arrodillaría para pedir el perdón de sus pecados. Y le darían la bienvenida con un sincero: «Bien hecho, ¡oh, vos, buen y creyente siervo!». Su mami estaría allí, y lo abrazaría, y entrarían en la hermandad de Jesús juntos. Ese día llegaría, Pimli estaba bastante seguro, y antes de que la Luna de la Siega volviera a rotar.

No es que se declarase beato, en absoluto. Esas ideas sobre Dios y el cielo se las guardaba solo para él. Para el resto del mundo, no era más que un cualquiera haciendo un trabajo, alguien que intentaba hacerlo bien hasta el final. Sin duda

alguna, no se consideraba un villano, aunque ningún hombre realmente peligroso se considera como tal. Pensemos, sino, en Ulises S. Grant, ese general de la guerra de Secesión que declaró su intención de permanecer en el frente aunque tuviera que estar combatiendo todo el verano.

En el Algul Siento, el verano ya casi había terminado.

CUATRO

La vivienda del Amo era una arreglada casa de madera de dos pisos y se encontraba en un extremo del Bulevar. La llamaban Casa Shapleigh (Pimli no tenía ni idea de por qué) y, claro, los Disgregadores la llamaban Casa de Mierda. En el otro extremo del Bulevar había una residencia mucho mayor: una mansión de estilo decimonónico llamada (por razones igualmente desconocidas) Casa Damli. Habría encajado a la perfección en Fraternity Row, la calle de los colegios mayores del campus de Clemson, o en el campus de Ole Miss. Los Disgregadores la llamaban Casa del Desengaño, o incluso Hotel de los Corazones Rotos. Allí era donde los taheen y un importante contingente de can-toi vivían y trabajaban. En cuanto a los Disgregadores, que los dejen tener sus bromitas, y, por todos los medios, que los dejen creer que el personal las desconocía.

Pimli Prentiss y Finli o' Tego se paseaban por el Bulevar en silenciosa compañía… salvo cuando pasaban por delante de Disgregadores que no estaban de guardia, o solos o en compañía. Pimli saludaba a cada uno de ellos con indefectible cortesía. Los saludos que recibía como respuesta variaban: desde el totalmente jovial a hoscos gruñidos. Con todo, todos daban alguna respuesta, y Pimli lo consideraba una victoria. Se preocupaba por ellos. Les gustara o no —y a muchos no les gustaba—, él se preocupaba por ellos. Sin duda alguna era más fácil tratar con ellos que con los asesinos, violadores y ladrones armados de Attica.

Algunos leían periódicos y revistas atrasados. Un grupo de cuatro personas estaba lanzando herraduras. Otro grupo de cuatro estaba en el *green*. Tanya Leeds y Joey Rastosovich estaban jugando al ajedrez bajo un grácil y anciano olmo, la luz del sol les dibujaba pintas en los rostros. Saludaron a Pimli con verdadero júbilo, y ¿por qué no? Tanya Leeds ahora era Tanya Rastosovich, pues Pimli los había casado hacía un mes, como si fuera el capitán de un barco. Y

suponía que, en cierta forma, eso era lo que había: el buen barco *Algul Siento*, un crucero que surcaba las oscuras aguas de Tronido en su particular paraje soleado. El sol se apagaba de vez en cuando, digo verdad, pero el apagón de hoy había sido mínimo, de solo cuarenta y tres segundos.

—¿Cómo va, Tanya? ¿Joseph? —Siempre Joseph y nunca Joey, al menos no cuando le hablaba en persona; no le gustaba.

Respondieron que les iba bien y le dedicaron esas sonrisas aturdidas de los que follan como conejos, sonrisas que solo son capaces de tener los recién casados. Finli no dijo nada a los Rastosovich, pero casi al llegar a la fachada de Casa Damli que daba al Bulevar, se detuvo ante un banco de mármol de imitación que estaba bajo un árbol, ocupado por un joven leyendo un libro.

—¿Sai Earnshaw? —preguntó el taheen.

Dinky levantó la vista, con las cejas arqueadas, como preguntando con cortesía. Su rostro, flagelado por un grave caso de acné, tenía la misma inexpresividad cortés.

—Veo que estás leyendo *El mago* —dijo Finli, casi con timidez—. Yo estoy leyendo *El coleccionista*. ¡Menuda coincidencia!

—Si usted lo dice —respondió Dinky. Su expresión no cambió.

—Me gustaría saber qué opinas de Fowles. Yo estoy bastante ocupado ahora mismo, pero, tal vez más adelante, podríamos hablar de él.

Todavía con esa expresión neutra de educación, Dinky Earnshaw dijo:

—Tal vez más adelante podrías coger tu ejemplar de *El coleccionista*, de tapa dura, espero, y metértelo, de canto, por ese culo peludo.

La optimista sonrisa de Finli se esfumó. Hizo una reverencia breve, aunque perfectamente correcta.

—Lamento que se sienta así, sai.

—Vete a la puta mierda —dijo Dinky, y volvió a abrir el libro. Se lo puso delante de la cara de forma bastante intencionada.

Pimli y Finli o’ Tego siguieron caminando. Hubo un momento de silencio durante el que el Amo de Algul Siento hizo varias tentativas de acercamiento a Finli, pues quería saber en qué medida le había afectado el comentario del joven. El taheen se sentía orgulloso de su capacidad de leer y apreciar la literatura de los hum, hasta ahí sabía Pimli. Finli le ahorró la molestia de tener que preguntar llevándose las manos de dedos alargados —no tenía el culo peludo, pero sí los dedos— a la entrepierna.

—Nada, solo estaba comprobando si seguía teniendo las pelotas en su sitio

—dijo, y Pimli tuvo la sensación de que el tono jocoso del Jefe de Seguridad era sincero, no fingido.

—Siento lo ocurrido —dijo Pimli—. Si hay alguien en Cielo Azul con un verdadero caso de rebeldía postadolescente, es sai Earnshaw.

—¡Me estáis destrozando! —murmuró Finli, y cuando el Amo le lanzó una mirada de sorpresa, Finli sonrió de oreja a oreja, dejando a la vista sus dientecillos afilados—. Es una frase muy conocida de una película titulada *Rebelde sin causa* —dijo—. Dinky Earnshaw me recuerda a James Dean. —Se paró para pensarlo mejor—. Sin su maravilloso atractivo, claro.

—Un caso interesante —comentó Prentiss—. Lo contrataron para un programa de asesinato de una filial de Positronics. Mató a su mando y escapó. Nosotros lo cogimos, por supuesto. En realidad, jamás ha causado ningún problema, a nosotros no, pero tiene una actitud muy jodida.

—Pero tú crees que no constituye un problema.

Pimli lo miró de reojo.

—¿Crees que hay algo que debería saber de él?

—No, no. Es que jamás te había visto tan nervioso como has estado en este último par de semanas. ¡Joder! Llamemos a las cosas por su nombre, nunca te había visto tan paranoico.

—Mi abuelo solía usar un proverbio —dijo Pimli—. «Uno no se preocupa por que se le caigan los huevos hasta que está a punto de llegar a casa». Ahora ya casi hemos llegado a casa.

Y era cierto. Hacía diecisiete días —no mucho antes de que la última tanda de lobos hubiera llegado al galope por la puerta de la Zona de Enlace de Arco 16 —, el equipo del sótano de Casa Damli había registrado la primera inclinación palpable del Haz del Oso-Tortuga. Desde entonces se habían desplomado el Haz del Águila y el León. Pronto no serían necesarios los Disgregadores; pronto, la desintegración del penúltimo Haz se produciría con o sin su ayuda. Era como un objeto que mantenía un precario equilibrio y que en ese momento había resistido a un balanceo. Pronto dejaría atrás ese punto de perfecto equilibrio y entonces se caería. O, en el caso del Haz, se disgregaría. Dejaría de existir en un abrir y cerrar de ojos. La Torre sería lo que caería. El último Haz, el del Lobo y el Elefante, podría aguantar otra semana, u otro mes, pero no mucho más.

Pensar en ello debería haber complacido a Pimli, pero no era así. Sobre todo porque de nuevo estaba pensando en los capas verdes. En la última ocasión, sesenta de ellos, o una cifra similar (el despliegue de costumbre), se habían

dirigido hacia el Calla y tendrían que haber regresado en las siguientes setenta y dos horas con la acostumbrada carga de niños del Calla.

Pero, en lugar de eso… nada.

Le preguntó a Finli qué opinaba.

Finli se detuvo. Parecía muy serio.

—Creo que puede ser un virus —respondió.

—¿Ruego perdón?

—Un virus informático. Lo hemos visto ocurrir en un montón de ordenadores del equipo de Damli, y sería mejor que recordases, sin importar lo terribles que puedan parecer los capas verdes a un puñado de cultivadores de arroz, que, en realidad, no son más que ordenadores con patas. —Hizo una pausa —. O puede que las yentes del Calla hayan descubierto una forma de matarlos. ¿Acaso me sorprendería que se hubieran erguido sobre las patas traseras para luchar? Un poco, pero no mucho. Sobre todo si alguien con los huevos bien puestos los hubiera dirigido.

—¿Acaso alguien como un pistolero?

Finli le echó una mirada que por muy poco no fue condescendiente.

Ted Brautigan y Stanley Ruiz pasaron por la acera con bicis de diez marchas, y cuando el Amo y el Jefe de Seguridad los saludaron levantando la mano, ambos respondieron con el mismo gesto. Brautigan no sonrió, pero Ruiz sí lo hizo, la sonrisa alegre y ausente de un verdadero retrasado mental. Su rostro era un compendio de ojos legañosos, mejillas sin afeitar y labios brillantes por la baba. Sin embargo, a ojos de Dios era un hijo de puta poderoso; un hombre así podía hacer algo peor que divertirse con su amiguito Brautigan, quien había cambiado por completo desde que lo habían obligado a regresar de sus cortas «vacaciones» en Connecticut. A Pimli le sorprendieron los sombreros idénticos de *tweed* que llevaban ambos hombres, las bicis también eran idénticas, aunque no le sorprendió la mirada de Finli.

—Déjalo ya —dijo Pimli.

—¿El qué, sai? —preguntó Finli.

—Deja de mirarme como si fuera un niño pequeño que acaba de perder la bola de su cucurucho de helado y no es lo bastante listo para darse cuenta.

Pero Finli no se retractó. No solía hacerlo, y esa era una de las cosas que le gustaban de él a Pimli.

—Si no quieres que la gente te mire como si fueras un crío, entonces no actúes como un crío. Se rumorea que hay unos pistoleros que vienen de Mundo

Medio para que las cosas sigan en su sitio durante mil años o más. Sin embargo, no ha habido ni un avistamiento real. Personalmente, me inclino más a esperar una visita de tu Jesús Hombre.

—Los Rod dicen…

Finli hizo una mueca como si aquello le provocase dolor de cabeza.

—No empieces con eso de los Rod dicen. Estoy seguro de que mi inteligencia, y la tuya, te merecen más respeto. Los Rod tienen el cerebro más podrido que la piel. En cuanto a los lobos, permíteme introducir un concepto bastante radical: no importa dónde estén ni qué les haya ocurrido. Tenemos suficientes vacunas de refuerzo para terminar el trabajo y eso es lo único que me importa.

El Jefe de Seguridad se quedó durante un instante en los escalones que subían hasta el porche de Casa Damli. Se había quedado mirando a los hombres de las bicis idénticas y fruncía el ceño por la concentración.

—Brautigan ha dado muchos problemas.

—¡¿Verdad que sí?! —Pimli rio, compungido—. Pero sus días de dar problemas han terminado. Le han dicho que sus amigos especiales en Connecticut, un tal Robert Garfield y una tal Carol Gerber, morirán si sigue dando problemas. También se ha dado cuenta de que, aunque un buen número de sus compañeros Disgregadores lo consideran un mentor, y algunos, como el cabeza de chorlito con el que está, lo adoran, a nadie le importan sus… ideas filosóficas, por decirlo así. Ya no están interesados, si es que lo estuvieron alguna vez. Cuando regresó hablé con él. Tuvimos una conversación íntima.

Para Finli eso era una novedad.

—¿Sobre qué?

—Determinados acontecimientos de la vida. Sai Brautigan ha llegado a entender que sus poderes exclusivos ya no son tan importantes como antes. Han ocurrido demasiadas cosas. Los dos Haces restantes se romperán con él o sin él. Y Brautigan sabe que al final puede haber… confusión. Miedo y confusión. —Pimli asintió con lentitud—. Quiere estar aquí cuando llegue el fin, cuando los cielos se abran, aunque solo sea para consolar a tipos como Stanley Ruiz.

—Venga, vamos a echar otro vistazo a los vídeos y al telémetro. Solo para asegurarnos.

Subieron, uno junto al otro, los anchos escalones de madera de Casa Damli.

CINCO

Dos can-toi esperaban al pie de la escalera para escoltar al Amo y a su Jefe de Seguridad. Pimli reflexionó sobre lo extraño que era que todo el mundo —sujetos como los Disgregadores y el personal del Algul Siento— los llamase «los hampones». Pues fue Brautigan el que acuñó esa expresión. «El jorobado no ve su joroba, sino la ajena», habría dicho la adorada mami de Prentiss, y Pimli creía que si había verdaderos «humanimales» en esos últimos días del mundo verdadero, los can-toi se ajustaban a la descripción mucho mejor que los taheen. Si uno les veía sin su extraña máscara viviente, habría pensado que eran taheen con cabeza de rata. Pero, a diferencia de los verdaderos taheen, que consideraban a los hum una raza inferior (salvo contadas excepciones, como en el caso de Pimli), los can-toi adoraban a los humanos como seres divinos. ¿Llevaban puesta la máscara durante la adoración? Eran muy reservados en lo relacionado a ese tema, aunque Pimli creía que no la llevaban puesta. Él estaba convencido de que los can-toi creían estar convirtiéndose en humanos. Por ello, cuando se ponían la máscara (que era de carne y hueso; no era una creación artificial, sino algo en desarrollo), adoptaban un nombre hum para compaginarlo con su aspecto de hum. Pimli sabía que los can-toi creían que, en cierta forma, reemplazarían a los seres humanos después de la Caída… aunque la razón de por qué lo creían escapaba a su entendimiento. Habría cielo tras la Caída, eso era evidente para cualquiera que hubiera leído el Libro de la Revelación… pero ¿Tierra?

Tal vez, una Tierra nueva, aunque Pimli ni siquiera estaba seguro de eso.

Dos guardias de seguridad can-toi, Beeman y Trelawney, permanecían de pie al final del vestíbulo, vigilando la escalera que descendía hasta el sótano. Para Pimli, todos los hombres can-toi, incluso los que tenían el pelo rubio y constitución atlética, tenían la espeluznante apariencia de ese actor de los años cuarenta o cincuenta: Clark Gable. Todos tenían esos mismos labios gruesos y sensuales, y orejas de soplillo. Si uno los miraba de cerca, veía los artificiales pliegues del cuello y de detrás de las orejas. En esos lugares, sus máscaras de hum se retorcían y se convertían en la piel peluda y dentada de su verdadero rostro (sin importar que lo aceptasen o no). Y luego estaban los ojos. Los tenían rodeados de pelo, y si se miraban de cerca, se veía que, lo que a primera vista parecían cuencas, en realidad eran agujeros en esas peculiares máscaras vivientes. Algunas veces se escuchaba respirar a las máscaras, y a Pimli le parecía raro y un poco asqueroso.

—Salve —dijo Beeman.

—Salve —dijo Trelawney.

Pimli y Finli devolvieron el saludo, todos se llevaron el puño a la frente y luego Pimli encabezó el descenso por la escalera. En el pasadizo más bajo, pasado el cartel que decía: COLABOREMOS TODOS EN LA CREACIÓN DE UN ENTORNO LIBRE DE INCENDIOS y otro que decía: SALVE AL CAN-TOI, Finli dijo en voz muy baja:

—¡Son tan raros!

Pimli sonrió y le dio un palmadita en la espalda. Por eso le gustaba tanto Finli o' Tego: como Mari y Juana, siempre pensaban lo mismo.

SEIS

Gran parte del sótano de Casa Damli era una enorme habitación abarrotada de equipos. No todos los aparatos funcionaban y había algunos instrumentos que no les servían para nada (y otros cuyo funcionamiento ni siquiera entendían), pero estaban muy familiarizados con el equipo de seguimiento y el telémetro que medía en «oscuridades»: unidades de energía física consumida. Los Disgregadores tenían prohibido expresamente el uso de sus habilidades parapsicológicas fuera del Estudio. De todos modos, no todos ellos poseían dichas habilidades. Había muchos hombres y mujeres muy limitados, era como si tuvieran una formación tan rudimentaria para el uso del baño que eran incapaces de orinar sin el estímulo visual que les asegurase que estaban delante del retrete y que podían usarlo. Otros, como los niños que todavía no han aprendido a ir al baño, eran incapaces de retener la urgencia física ocasional. Las consecuencias no eran graves, podían provocarle una jaqueca pasajera a alguien que no les cayera bien o hacerlo tropezar con un banco del Bulevar. No obstante, los hombres de Pimli realizaban un seguimiento cuidadoso, y los arrebatos que se consideraban «intencionados» se penalizaban: de forma leve las primeras faltas, con inmediata dureza las faltas reiteradas. A Pimli le gustaba sermonear a los recién llegados (en la época en que había recién llegados) con esta frase: «Ten la certeza de que tu pecado te delatará». El sermón de Finli era más simple: «El telémetro no miente».

En la actualidad solo detectaban irregularidades pasajeras en las lecturas del telémetro. Tenía tan poco sentido como una grabación de cuatro horas de pedos

y eructos. No era muy probable que las grabaciones de vídeo y los diarios de los distintos guardias contuvieran algo interesante.

—¿Satisfecho, sai? —preguntó Finli, y algo en su voz hizo que Pimli se volviera y lo mirase con acritud.

—¿Y tú?

Finli o' Tego suspiró. En momentos como ese, Pimli deseaba que o bien Finli fuera hum o bien que él mismo fuera taheen. El problema eran los inexpresivos ojos negros de Finli. Eran prácticamente como los ojos de botón de un muñeco de trapo, y no había forma de interpretar su mirada. A menos, quizá, que fueras otro taheen.

—Y hace semanas que no me siento bien —dijo Finli al final—. Bebo demasiado graf para dormir, luego voy a rastras todo el día, no paro de echarles broncas a todos. En parte es por la pérdida de comunicaciones, desde que el último Haz se…

—Sabes que eso era inevitable…

—Sí, claro que lo sé. Lo que estoy diciendo es que intento encontrar explicaciones lógicas para sensaciones ilógicas, y que eso jamás es una buena señal.

En la pared del fondo había una foto de las cataratas del Niágara. Algún guardia había puesto el marco boca abajo. Los hampones creían que darle la vuelta a los cuadros era el no va más de las bromas. Pimli no tenía ni idea de por qué. Aunque, al fin y al cabo, ¿a quién coño le importaba? «Yo sé cómo hacer mi puto trabajo —pensó Pimli mientras colocaba la foto de las cataratas del Niágara del derecho—. Sé cómo hacerlo, y eso es lo único que importa, digo a Dios y a Jesús Hombre gracias».

—Siempre hemos sabido que, al final, todo sería una locura —dijo Finli—, así que no hay más vuelta de hoja. Esa… sabes…

—Esa sensación que tienes. —El antiguo Paul Prentiss completó la frase. A continuación sonrió de oreja a oreja y puso el dedo índice de la mano derecha sobre un círculo hecho con los dedos pulgar e índice de la mano izquierda. Se trataba de un gesto taheen que significaba: «Te digo verdad»—. Esa sensación irracional.

—Sí, señor. Sin duda sé que la León Sangrante no ha reaparecido en el norte, ni tampoco creo que el sol se esté congelando por dentro. He escuchado historias sobre la locura del Rey Carmesí y que el Dan-Tete había llegado para ocupar su lugar, y lo único que puedo decir es: «Lo creeré cuando lo vea». Lo mismo

ocurre con esa maravillosa noticia sobre el pistolero llegado del Oeste para salvar la Torre, como predecían los antiguos cuentos y cantares. Es una puta mentira, hasta el último detalle.

Pimli le dio una palmada en el hombro.

—¡Me sienta bien escucharte decir eso!

Era cierto. Finli o' Tego había trabajado muchísimo durante la ostentación de su cargo como Jefe. Su cuadro de seguridad había tenido que matar a una media docena de Disgregadores, todos ellos idiotas nostálgicos que intentaban escapar, y otros dos habían sido sometidos a una lobotomía. Sin embargo, Ted Brautigan era el único que había conseguido pasar «por debajo de la alambrada» (Pimli sacó esa expresión de una conocida película: *Traidor en el infierno*), y lo habían obligado a volver, ¡por Dios! Los can-toi se ponían todas las medallas, y el Jefe de Seguridad lo permitía, aunque Pimli sabía la verdad: era Finli quien coreografiaba cada movimiento, de principio a fin.

—Aunque esta sensación que tengo podría estar relacionada con otra cosa, y no solo con los nervios —prosiguió Finli—. De verdad creo que algunas veces hay gente que puede tener verdaderas intuiciones. —Se rio—. ¿Cómo no lo iba a creer en un lugar tan lleno de precognocitivos y poscognocitivos como este?

—Pero no teletransportadores —dijo Pimli—. ¿No?

La teletransportación era el supuesto y sensacional poder que todo el personal del Devar temía, y por una buena razón. El daño que podía provocar un teletransportador era infinito. Podía atraer algo más de una hectárea y media del espacio exterior, por ejemplo, y crear un huracán provocado por el vacío. Por suerte había una sencilla prueba para aislar esa habilidad (fácil de realizar, aunque el equipo necesario era otro desecho del Pueblo Antiguo y ninguno de ellos sabía cuánto tiempo seguiría funcionando) y un sencillo procedimiento (también dejado por el Pueblo Antiguo) para fundir esos peligrosos circuitos orgánicos. El doctor Gangli podía encargarse de posibles teletransportaciones en un par de minutos. «Es tan sencillo que, a su lado, una vasectomía parece una intervención de neurocirugía», dijo en una ocasión.

—Ni un puto teletransportador —dijo Finli, y condujo a Prentiss hasta una consola de instrumental que tenía un parecido espeluznante a la del Dogan que había visualizado Susannah Dean. Finli señaló dos diales marcados con los rasgos del Pueblo Antiguo (marcas parecidas a las de la Puerta Ignota). Las agujas de ambos diales permanecían inmóviles sobre la marca «**O**» de la

izquierda. Cuando Finli los golpeó un poco con sus pulgares peludos, dieron un saltito y luego volvieron al mismo sitio.

—No sabemos exactamente qué miden estos reguladores —dijo—, pero lo que sí miden es el potencial de teletransportación. Hemos tenido a Disgregadores que han intentado ocultar esa habilidad, pero no lo han conseguido. Si hubiera un teletransportador en el montón, Pimli de New Jersey, las agujas estarían como locas en el cincuenta y puede que hasta en el ochenta.

—Bien —dijo, entre serio y contento, Pimli, y empezó a descontar con los dedos—: Ni teletransportadores, ni León Sangrante acechando en el norte, ni pistolero. ¡Oh!, y los capas verdes sucumbieron a un virus informático. Si están así las cosas, ¿qué es lo que te preocupa? ¿Qué es lo que te huele a chamusquina?

—La proximidad del fin, supongo. —Finli suspiró con pesadez—. De todas formas, voy a duplicar la guardia en las torres de vigilancia esta noche, y el número de hum que rodean la alambrada.

—Porque algo te huele a chamusquina, muy, pero que muy mucho —comentó Pimli sonriendo con timidez.

—Me huele a chamusquina muy, pero que muy mucho, sí, señor. —Finli no sonrió; sus maliciosos dientecillos permanecieron ocultos en el interior de su brillante hocico marrón.

Pimli le dio una palmada en el hombro.

—Venga, vamos a subir al Estudio. Puede que ver a todos esos Disgregadores trabajando te tranquilice.

—Puede que sí —dijo Finli, pero seguía sin sonreír.

Pimli dijo con amabilidad:

—No pasa nada, Fin.

—Supongo que así es —respondió el taheen, mirando con recelo el equipo y luego a Beeman y a Trelawney, los dos hampones, que esperaban respetuosamente en la puerta a que los dos peces gordos finalizaran su garla—. Supongo que no pasa nada. —Pero no lo creía de corazón. Lo único que creía de todo corazón era que no quedaban teletransportadores en Algul Siento.

El telémetro no mentía.

Beeman y Trelawney los acompañaron por el pasadizo del sótano, forrado con paneles de roble, hasta el ascensor del personal, que también estaba forrado con paneles de roble. Había un extintor en la pared de la cabina del ascensor y otro cartel que recordaba a las yentes del Devar que debían colaborar para crear un entorno libre de incendios.

También le habían dado la vuelta.

La mirada de Pimli se encontró con la de Finli. El Amo creyó haber visto una mirada divertida en los ojos del Jefe de Seguridad, aunque lo que había visto podía haber sido su propio sentido del humor, reflejado como una cara en un espejo. Finli descolgó el cartel sin mediar palabra y lo puso como tocaba. Ninguno de ellos comentó nada sobre la maquinaria del ascensor, que era ruidosa y parecía estropeada. Ni tampoco comentaron nada sobre la forma en que la cabina se estremecía en el hueco del ascensor. Si se quedaba parado, escapar por la trampilla superior no constituiría ningún problema, ni siquiera para un tipo con un poco de sobrepeso (bueno… con bastante sobrepeso) como Prentiss. Casa Damli no era precisamente un rascacielos y había muchas personas que podían ayudarles.

Llegaron al tercer piso, donde el cartel de la puerta del ascensor cerrado estaba bien puesto. Decía: SOLO PERSONAL AUTORIZADO y POR FAVOR, USEN LA LLAVE y BAJE DE INMEDIATO SI HA LLEGADO A ESTE NIVEL POR ERROR. NO SE LE PENALIZARÁ SI INFORMA CUANTO ANTES.

Cuando Finli sacó la llave electrónica para abrir la puerta, una tarjeta de banda magnética, dijo con una soltura que podría haber sido fingida (¡joder con esos putos ojos negros indescifrables!):

—¿Has oído hablar de sai Sayre?

—No —respondió Pimli, bastante enfadado—, ni espero oír hablar de él. Estamos aquí aislados por un motivo, deliberadamente olvidados en el desierto, como los científicos del Proyecto Manhattan en la década de 1940. La última vez que lo vi, me dijo que esa podía ser… bueno, que podía ser la última vez que lo viera.

—Tranquilízate —dijo Finli—. Era solo una pregunta. —Insertó la tarjeta en la ranura y la puerta del ascensor se abrió con un ruido chirriante bastante molesto.

OCHO

El Estudio era una habitación de techos altos y alargada que se encontraba en el centro de Damli. También estaba forrada de listones de roble y tenía unos tres pisos de altura, y un techo de cristal que permitía la entrada de la luz solar del Algul, una luz ganada con gran esfuerzo. En el balcón, que estaba justo enfrente de la puerta por la que Prentiss y el Tego habían entrado, había un extraño trío formado por un taheen con cabeza de nabo llamado Jakli, un técnico can-toi llamado Conroy y dos guardias hum, cuyos nombres no recordaba Pimli. Taheen, can-toi y hum se llevaban bien durante las horas de trabajo con cortesía cautelosa, y a veces crispada, pero no era frecuente verlos socializar cuando no estaban trabajando. Y de hecho, el balcón era zona prohibida para «socializar». Los Disgregadores que estaban abajo no eran ni animales de un zoo ni peces exóticos de un acuario; Pimli (y también Finli o' Tego) habían hablado de ello con el personal en repetidas ocasiones. En todos los años que llevaba allí, el Amo de Algul Siento solo había tenido que someter a una intervención de lobotomía a un miembro del personal, un guardia hum, que era idiota, llamado David Burke. Era el único que había tirado algo —¿habían sido cáscaras de cacahuete?— a los Disgregadores que estaban abajo. Cuando Burke se había dado cuenta de que el Amo iba en serio al decir que le iba a practicar una lobotomía, rogó que le diera una segunda oportunidad, y prometió que no volvería a hacer nada tan estúpido y degradante. Pimli había hecho oídos sordos. Vio que tenía la oportunidad de aleccionar a los demás y que la lección duraría años, tal vez décadas; así que lo había hecho. En la actualidad se veía al idiota de Burke caminando por el Bulevar, o paseando por la linde que quedaba a la izquierda, con la boca abierta y la mirada ligeramente confusa: «Casi, casi sé quién soy, casi recuerdo lo que hice para acabar así», decían esos ojos. Era un ejemplo viviente de lo que no debía hacerse cuando uno estaba en presencia de Disgregadores trabajando. Aunque no había una norma que prohibiera expresamente al personal subir hasta allí, y todos lo hacían de vez en cuando. Porque era reconfortante.

Para empezar, estar cerca de Disgregadores que trabajaban hacía que la conversación fuera innecesaria. Lo que llamaban «pensamiento positivo» irrumpía en cuanto se caminaba por cualquiera de los lados de la tercera planta, cuando se entraba desde cualquiera de los ascensores, y cuando se abrían las puertas que daban al balcón el pensamiento positivo afloraba en tu cabeza, y

abría todo tipo de puertas conceptuales. Aldous Huxley, según había pensado Pimli en más de una ocasión, se habría vuelto loco en ese lugar. Algunas veces uno veía que los pies se le despegaban del suelo con una especie de torpe levitación. El contenido de los bolsillos ascendía y quedaba suspendido en el aire. Antiguas situaciones desconcertantes se solucionaban solas en cuanto pensabas en ellas. Si habías olvidado algo, la cita de las cinco en punto o el segundo nombre de tu cuñado, por ejemplo, ese era el lugar donde podías recordarlo. Incluso si te dabas cuenta de que lo que habías olvidado era importante, no te sentías inquieto. Las yentes salían del balcón con el rostro sonriente aunque hubieran llegado de un humor de perros (para empezar, el mal humor era una razón excelente para visitar el balcón). Era como si una especie de gas de la felicidad, invisible para el ojo e inconmensurable incluso para el más sofisticado telémetro, ascendiera continuamente desde abajo, desde el lugar en que se encontraban los Disgregadores.

Pimli y Finli saludaron al trío al pasar, luego se acercaron a la barandilla de roble y miraron hacia abajo. La sala que estaba en la parte inferior podría haber sido la espaciosa biblioteca de algún club de prestigiosos caballeros de Londres. Había lámparas que daban una luz tenue, muchas de ellas auténticas lámparas Tiffany, sobre las mesitas o refulgiendo en las paredes (forradas de roble, por supuesto). Las alfombras eran las más exquisitas creaciones turcas. Colgaba un Matisse de una pared, un Rembrandt de otra… y en la tercera estaba la *Mona Lisa*. Era el cuadro auténtico, no la falsificación que estaba en el Louvre, en Mundo Piedra Angular. Había un hombre delante de él con los brazos a la espalda. Desde allí arriba parecía como si estuviera estudiando el cuadro, tal vez intentaba descifrar la famosa y enigmática sonrisa, pero Pimli sabía lo que en realidad estaba ocurriendo. Parecía que los hombres y mujeres con revistas estuvieran leyendo, pero al bajar se veía que estaban mirando sin comprender, o de reojo, sus ejemplares de *McCall* y de *Harper*. Había una niña de unos once o doce años con un maravilloso vestidito veraniego de rayas —que podría haber costado seiscientos dólares en una tienda de ropa para niños de Rodeo Drive—, sentada delante de una casa de muñecas junto a la chimenea, pero Pimli sabía que no estaba prestándole ninguna atención a la exquisita reproducción a escala de Casa Damli.

Había treinta y tres personas ahí abajo. Treinta y tres en total. A las ocho en punto, una hora después de que el sol artificial se hubiera puesto de golpe, treinta y tres nuevos Disgregadores entrarían en tropel. Y había un tipo, uno y solo uno,

que iba y venía a placer. Un tipo que había pasado por debajo de la alambrada y no había sufrido ningún castigo por ello… es decir, salvo por el hecho de que lo obligaran a volver, y, para ese hombre, ese castigo era suficiente.

Como si esa idea hubiera reclamado su presencia, se abrió la puerta del fondo de la sala, y Ted Brautigan entró por ella con paso cansino. Todavía llevaba su gorra de montar de *tweed*. Daneeka Rostov apartó la vista de la casa de muñecas y le dedicó una sonrisa. Brautigan le guiñó un ojo como respuesta. Pimli le dio un leve codazo a Finli.

Finli: «Lo veo».

Pero no solo lo veía. Lo sentía. En el momento en que Brautigan entró en la sala, los que estaban en el balcón y, lo que era mucho más importante, los que estaban en la sala de abajo, sintieron el aumento del nivel de energía. Seguían sin estar del todo seguros de cuál era la habilidad de Brautigan, y el equipo de pruebas no ayudaba a ese respecto (el muy perro se había cargado varias piezas de esa máquina, y lo había hecho a propósito, el Amo estaba bastante seguro de ello). Si había otros como él, los hampones no lo habían encontrado en su caza de talentos (que ahora estaba suspendida; tenían todo el talento necesario para acabar el trabajo). Una cosa que sí parecía clara era el talento de Brautigan como facilitador: un mentalista que no solo tenía poderes, sino que era capaz de aumentar los poderes de los demás por el simple hecho de estar cerca de ellos. Los pensamientos de Finli, a los que, por lo general, ni siquiera podían acceder los Disgregadores, refulgían en la mente de Pimli como el neón.

Finli: «Es extraordinario».

Pimli: «Y, por lo que nosotros sabemos, único. ¿Has visto eso?».

Imagen: Pupilas que se dilatan y se contraen, se dilatan y se contraen.

Finli: «Sí Sabes qué lo provoca».

Pimli: «Ni idea No importa querido Finli no importa Ese viejo».

Imagen: Un viejo perro mestizo con bardanas en su pelo enmarañado y apelmazado, renqueando con sus tres patas.

(«casi ha terminado su trabajo casi ha llegado la hora de»)

Imagen: Una pistola, una de las Berettas de los guardias hum, apoyada en la sien de la cabeza del perro viejo.

Tres plantas más abajo, el protagonista de su conversación cogió un periódico (los periódicos eran viejos, viejos como el mismísimo Brautigan; hacía años que se habían quedado atrasados), se sentó en un sillón de orejas de piel,

digno de un club de caballeros, y fue como si el asiento se lo tragara. Empezó a simular que leía.

Pimli sintió que la fuerza parapsicológica se elevaba hasta donde ellos se encontraban y los atravesaba, se dirigía hacia el cielo y también lo atravesaba, se elevaba hasta el Haz que se proyectaba justo por encima del Algul, y luchaba contra él, descascarillándolo y socavándolo y restregando sin tregua la veta. Abría agujeros con la magia. Trabajaba con paciencia para sacarle los ojos al Oso. Para romper el caparazón de la Tortuga. Para disgregar el Haz que iba de Shardik a Maturin. Para derribar la Torre que se alzaba entre ellos.

Pimli se volvió hacia su acompañante y no le sorprendió ver los dientecillos afilados en la cabeza de comadreja de Tego. ¡Al fin estaba sonriendo! Ni tampoco le sorprendió ver que podía interpretar lo que decían sus ojos negros. Los taheen, en circunstancias normales, podían enviar y recibir algunas comunicaciones mentales muy simples, pero no se podía hurgar en su mente. Allí, sin embargo, todo eso cambiaba. Allí…

… allí Finli o’ Tego estaba en paz. Sus preocupaciones

(«me huele a chamusquina, muy, pero que muy mucho»)

habían desaparecido. Al menos por el momento.

Pimli envió a Finli una serie de claras imágenes: una botella de champán rompiéndose contra la popa de un barco; cientos de birretes negros y planos del día de graduación elevándose en el aire; una bandera que se clavaba en el monte Everest; una pareja de novios que escapaba, riendo, de una iglesia, agachados para evitar ser acribillados por la lluvia de arroz; un planeta, la Tierra, que de pronto refulgía con un intenso brillo.

Imágenes que significaban lo mismo.

—Sí —dijo Finli, y Pimli se preguntaba cómo podía haber pensado alguna vez que esos ojos eran difíciles de interpretar—. Sí, desde luego. Éxito al final del día.

Ninguno de los dos miró hacia abajo en ese momento. De haberlo hecho, habrían visto a Ted Brautigan —un perro viejo, sí, y cansado, pero quizá no tan cansado como podrían creer algunos—, mirándolos con una sonrisa apenas esbozada.

En ese lugar nunca llovía, al menos, no durante los años que Pimli llevaba allí. Sin embargo, algunas veces, en la negrura de laguna Estigia de las noches, había estruendosas tormentas eléctricas. Gran parte del personal del Devar-Toi estaba preparado para dormir durante esas descargas, pero Pimli solía despertarse, con el corazón en la boca y el Padre Nuestro dándole vueltas en la cabeza como un círculo giratorio de cinta roja.

Unas horas antes, ese mismo día, hablando de Finli, el Amo de Algul Siento había utilizado la expresión «me huele a chamusquina, muy, pero que muy mucho» con una sonrisa, consciente de lo divertido que era, y ¿por qué no? Era una expresión casi tan tontorrona como «de verdad de la buena».

En ese momento, tumbado en su cama de Casa Shapleigh (conocida como Casa de Mierda por los Disgregadores), con todo el Bulevar entre él y Casa Damli, Pimli recordó la sensación —la certeza absoluta, en realidad—, de que todo iba a salir bien; éxito asegurado, era solo una cuestión de tiempo. Finli lo había compartido con él en el balcón, aunque Pimli se preguntaba si su Jefe de Seguridad estaría despierto en la cama como lo estaba él mismo, pensando en lo fácil que era dejarse engañar cuando se estaba cerca de Disgregadores trabajando. Porque, si a bien tienes, emiten ese gas de la felicidad. Esa vibración de pensamiento positivo.

Y supongamos… solo supongamos, bueno… que en realidad había alguien canalizando ese sentimiento. Enviándoselo a ellos como una canción de cuna. «Duérmete, Pimli, duérmete, Finli, dormíos todos, niños buenos…».

Era una idea ridícula, una verdadera locura. Con todo, cuando otro doble estruendo llegó desde lo que podría ser todavía el sudeste —en cualquier caso, llegó de la dirección donde se encontraban Fedic y el Discordia—, Pimli Prentiss se incorporó de golpe y encendió la lámpara de la mesita de noche.

Finli había hablado de doblar la guardia esa noche, tanto en las torres de vigilancia como en las alambradas. Puede que al día siguiente la triplicasen. Solo para asegurarse. Y porque, de hecho, la autocomplacencia habría sido algo muy negativo estando tan cerca del fin.

Pimli se levantó de la cama, era un hombre alto con una tremenda panza peluda y en ese momento llevaba unos pantalones de pijama de color azul y nada más. Echó una meada, luego se arrodilló delante de la tapa bajada del retrete, juntó las manos y rezó hasta que empezó a darle el sueño. Rezó por cumplir con su deber. Rezó por descubrir los problemas antes de que lo descubrieran a él. Rezó por su mami, al igual que Jim Jones había rezado por la suya mientras

contemplaba cómo avanzaba la fila hacia el contenedor de Kool-Aid envenenado. Rezó hasta que el trueno fue silenciándose hasta convertirse en poco más que un refunfuño senil. Entonces regresó a la cama, otra vez tranquilo. Su último pensamiento antes de dormirse fue triplicar la guardia a primera hora de la mañana, y eso fue lo primero que pensó cuando se levantó en una habitación inundada de luz solar artificial. Pues hay que preocuparse de que se te caigan los huevos cuando estás a punto de llegar a casa.



CAPÍTULO VII
KA-SHUME

UNO

Un sentimiento de tristeza y extrañeza invadió a los pistoleros cuando se marcharon Brautigan y sus amigos, aunque, al principio, ninguno de ellos lo comentó. Cada uno de ellos creyó que esa melancolía era algo personal. Roland —de quien se podría haber esperado que hubiera reconocido el sentimiento por lo que realmente era (ka-shume, lo habría llamado Cort)— lo atribuyó a las preocupaciones por el día siguiente e incluso a la atmósfera cada vez más debilitante de Tronido, donde el día era poco iluminado y la noche era oscura como la ceguera.

En realidad había bastantes cosas para mantenerlos ocupados tras la partida de Brautigan, Earnshaw y Sheemie Ruiz, ese amigo de la infancia de Roland. (Tanto Susannah como Eddie habían intentado hablar con el pistolero sobre Sheemie, pero Roland se había deshecho de ellos. Jake, maestro del toque, ni siquiera lo había intentado. Roland no estaba preparado para volver a hablar sobre el pasado, al menos, no de momento). Había una senda descendente en torno a la falda de Punta-Tete, y encontraron la cueva de la que el anciano les había hablado tras un ingenioso camuflaje de piedras y arbustos cubiertos de polvareda del desierto. Esa cueva era mucho más grande que la de arriba, con lámparas de gas colgadas de clavos en las paredes de piedra. Jake y Eddie encendieron dos de estas lámparas a cada lado, y los cuatro estudiaron el contenido de la cueva en silencio.

Lo primero en lo que se fijó Roland fueron los sacos de dormir: un grupo de cuatro, alineados contra la pared que quedaba a la izquierda, además, alguien

había tenido la consideración de colocarlos sobre colchonetas hinchables. Las etiquetas de los sacos decían: PROPIEDAD DEL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS. Junto al último de la fila había un quinto colchón hinchable que estaba cubierto con una capa de toallas de baño. «Esperaban a cuatro personas y a un animal —pensó el pistolero—. ¿Se trata de precognición o es que nos han estado observando de alguna forma? ¿Eso importa?».

Había un objeto envuelto en plástico, colocado sobre un barril con la advertencia: ¡PELIGRO! ¡MUNICIÓN! Eddie retiró el plástico protector y sacó una máquina con bobinas. Una de las bobinas estaba cargada. Roland no podía entender qué significaba la única palabra que tenía la máquina parlante inscrita en la parte delantera y le preguntó a Susannah qué podía ser aquello.

—Wollensack —dijo ella—. Una empresa alemana. Haciendo estas cosas son los mejores.

—No, cielito mío, ya no —dijo Eddie—. En mi cuando nos gusta decir: «¡Sony sí que suena!». Sony fabrica un radiocasete que te puedes colocar en el cinturón. Se llama *walkman*. Apuesto a que esta antigualla pesa unos nueve kilos. Más con pilas.

Susannah estaba analizando las cajas de cintas sin etiqueta que alguien había apilado junto a la grabadora Wollensack. Había tres.

—Me muero por escuchar lo que hay aquí.

—Tal vez cuando se haya ido la luz del día —dijo Roland—. De momento, veamos qué más hay por aquí.

—¿Roland? —preguntó Jake.

El pistolero se volvió hacia él. Había algo en la cara del muchacho que casi siempre tranquilizaba al propio Roland. Mirar a Jake no volvía guapo al pistolero, pero era como si le diera a sus rasgos una característica que por lo general no tenían. Susannah pensó que era la mirada del amor. Y, tal vez, una ligera esperanza de futuro.

—¿Qué ocurre, Jake?

—Sé que vamos a luchar…

—No se pierda la película de la semana que viene: *Duelo de titanes, el retorno*, protagonizada por Van Heflin y Lee Van Cleef —murmuró Eddie, caminando por el fondo de la cueva. Allí había un objeto mucho más grande cubierto con lo que parecía una manta acolchada para mudanzas.

—… pero ¿cuándo? —prosiguió Jake—. ¿Será mañana?

—Tal vez —respondió Roland—. Creo que es más probable que sea pasado mañana.

—Tengo una sensación terrible —comentó Jake—. No es exactamente que esté asustado…

—¿Crees que podrán con nosotros, cielo? —preguntó Susannah. Le puso una mano a Jake en el cuello y lo miró a la cara. Había llegado a respetar sus sentimientos. Algunas veces se planteaba hasta qué punto lo que era ahora tenía relación con la criatura a la que se había enfrentado para llegar hasta allí: el ser de la casa de Dutch Hill. Allí no había robots, ni herrumbrados juguetes con mecanismos de relojería. El guardián de la puerta era un verdadero desecho del *Prim*—. ¿Te hueles que nos van a dar una tunda? ¿Es eso?

—No lo creo —dijo Jake—. No sé qué es. Solo sé que ya he sentido algo así, y fue justo antes…

—¿Justo antes de qué? —preguntó Susannah, aunque antes de que Jake tuviera oportunidad de responder, Eddie interrumpió. Roland se alegró.

«Justo antes de que yo cayera». Eso era lo que Jake quería decir. «Justo antes de que Roland me dejara caer».

—¡Me cago en la puta! ¡Venid aquí, chicos! ¡Tenéis que ver esto!

Eddie había apartado la manta para mudanzas y había dejado al descubierto un vehículo motorizado que parecía un cruce entre un *quad* y un triciclo gigante. Las ruedas eran anchos globos con profundas muescas en zigzag. Todos los controles estaban en los manillares. Y había un naipe apoyado en el rudimentario salpicadero. Roland sabía de qué carta se trataba incluso antes de que Eddie la sacara de allí con dos dedos y le diera la vuelta. En la carta había una mujer con un chal en la cabeza y una rueca de hilar. Era la Dama de las Sombras.

—Parece que nuestro amigo Ted te ha dejado un medio de transporte, colibrí —dijo Eddie.

Susannah se había apresurado para llegar hasta allí con su rápido gateo. Entonces levantó los brazos.

—¡Levántame! ¡Levántame, Eddie!

Lo hizo y, cuando estuvo colocada en el asiento, y cogió los manillares en lugar de riendas, el vehículo pareció hecho para ella. Susannah presionó un botón rojo y el motor rugió lleno de vida, con tanta gravedad que apenas se oía. Era eléctrico, no de gasolina, Eddie estaba seguro. Era como un carrito de golf, pero seguramente mucho más rápido.

Susannah se volvió hacia ellos, sonriendo de oreja a oreja. Dio unas

palmaditas en la cabina de color marrón oscuro del vehículo de tres ruedas.

—¡Llamadme señora Centauro! ¡He buscado esto durante toda mi vida y ni siquiera sabía que existía!

Ninguno de ellos se dio cuenta de la expresión acongojada de Roland. Se agachó y recogió la carta que Eddie había tirado para que no lo hiciera otro.

Sí, era ella, vale, la Dama de las Sombras. Bajo el chal parecía sonreír con picardía y entre sollozos, ambas cosas a la vez. La última vez que Roland había visto esa carta, había sido en manos de un hombre que en ocasiones respondía al nombre de Walter, y en otras al de Flagg.

«Pero no te imaginas lo cerca que estás de la Torre —le había dicho—. Mundos giran en torno a tu cabeza».

En ese momento reconoció el sentimiento que los había invadido como lo que seguramente era: ni preocupación ni fatiga por el ka-shume. No había una traducción real para ese término cargado de lamento, pero se refería a una ruptura inminente en el ka-tet de uno.

Walter o' Dim, su antiguo némesis, había muerto. Roland lo supo en cuanto vio el rostro de la Dama de las Sombras. Pronto, uno de los suyos también moriría, con seguridad, durante la batalla que debía acontecer para acabar con el poder del Devar-Toi. Y una vez más, el platillo de la balanza que se había inclinado a su favor se equilibraría.

A Roland no se le pasó jamás por la cabeza que el que iba a morir pudiera ser él.

DOS

Había tres marcas inscritas en lo que Eddie no tardó en apodar el «triciclo de crucero de Suzie». Una de las marcas era Honda; la otra era Takuro (como la de ese coche tan famoso, importado en la época anterior a la supergripe, el Takuro Spirit); la tercera era North Central Positronics. Y había una cuarta: «EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS», como en «PROPIEDAD DE…».

Susannah se resistía a bajar del vehículo, pero al final lo hizo. Dios sabía que había mucho más que ver; la cueva era un tesoro. Su estrecha garganta estaba llena de víveres (la mayoría eran alimentos secos y congelados que seguramente no tendrían tan buen sabor como la comida de Nigel, pero al menos los nutriría), agua embotellada, bebidas en lata (había un montón de Coca-Cola y Nozz-A-La,

pero nada de alcohol) y la prometida estufa de gas. También había cajones de embalaje con armamento. Algunos de los cajones llevaban la marca EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS, pero no todos.

En ese momento salieron a relucir sus habilidades más esenciales: la hebra original, como lo habría llamado Cort. Esas habilidades y presentimientos podrían haber permanecido dormidas durante gran parte de sus vidas, aflorando solo el tiempo suficiente como para causarles algún que otro problema, si Roland no las hubiera reanimado de forma deliberada… si no las hubiera mimado… y hubiera limado sus dientes hasta ser mortalmente puntiagudos.

Apenas si se pronunció palabra alguna mientras Roland sacaba una enorme palanca de su bolsa y levantaba las tapas de los cajones de embalaje. Susannah había olvidado el Triciclo de Crucero que había estado esperando toda la vida; Eddie olvidó hacer bromas; Roland olvidó su sensación de premonición. Quedaron absortos en las armas que les habían dejado, y no hubo ni un solo armamento que no entendieran o bien a la primera o tras un breve estudio.

Había una caja de rifles AR-15, con los cañones cubiertos de grasa, y los mecanismos de disparo perfumados con aceite de plátano. Eddie se fijó en los mecanismos de selección añadidos, y miró el cajón que estaba junto a los rifles. En su interior, cubiertos con un plástico y también protegidos con una capa de grasa, había cargadores de tambor metálicos. Se parecían a los que se ven en las epopeyas de gánsteres con metralletas como *White Head*, solo que esos eran más grandes. Eddie levantó uno de los rifles, le dio la vuelta, y vio justo lo que esperaba: una ranura que permitía insertar esos tambores a las armas, para convertirlas en rápidas segadoras de fuego a discreción. ¿Cuántos tiros por tambor? ¿Cien? ¿Ciento veinticinco? Los suficientes para acribillar a toda una partida de hombres, eso seguro.

Había una caja de algo que parecían cohetes, con las letras STS[8] escritas en cada uno de ellos. En un estante que estaba junto a esos objetos, apoyado contra la pared de la cueva, había media docena de lanzamisiles de mano. Roland señaló el símbolo del átomo que tenían y sacudió la cabeza. No quería que disparasen armas que pudieran liberar una radiación posiblemente mortal, no importaba lo potentes que fueran. Estaba deseando matar a los Disgregadores si eso era lo necesario para que dejaran de trastear con el Haz, pero solo como último recurso.

A cada lado de una bandeja metálica llena de máscaras de gas (a Jake le parecieron horripilantes, como las cabezas cortadas de unos extraños bicharracos) había dos cajones con pistolas de mano: metralletas de cañón corto con la palabra COYOTE grabada en las culatas, y pesadas armas automáticas llamadas Cobra Stars. Jake se sintió interesado por ambos tipos de arma (en realidad, se sentía interesado por todas las armas), pero cogió una de las Stars porque se parecía un poco a la pistola que había perdido. El cargador estaba en el mango y tenía unos quince o dieciséis tiros. No lo supo porque los hubiera contado, era una cuestión de saberlo solo con mirarlo.

—¡Eh! —dijo Susannah. Había retrocedido hasta la entrada de la cueva—. Venid a ver esto. Son sneetches.

—Mira qué dice en la tapa —comentó Jake cuando se reunió con ella. Susannah la había apartado; Jake la levantó y estaba escudriñándola con admiración. En la tapa había la cara de un niño sonriente con una cicatriz en forma de rayo en la frente. Llevaba gafas redondas y blandía lo que parecía una varita mágica en dirección a una sneetch flotante. Las palabras grabadas al pie del dibujo eran:

PROPIEDAD DEL ESCUADRÓN 449
24 «SNEETCHES»
MODELO HARRY POTTER

SERIE NÚMERO 465-17-CC NDJKR

«¡NI SE TE OCURRA JUGAR CON EL 449!»
¡TE DARÍAMOS EN TODO EL SLYTHERIN!

Había dos docenas de sneetches en el cajón, envasadas como huevos en cestitas de plástico. Ningún miembro de la banda de Roland había tenido la oportunidad de observar con detenimiento las sneetches en acción durante la batalla con los lobos, pero ahora contaban con un buen montón de tiempo durante el que podían entregarse a sus intereses y curiosidades más naturales. Cada uno de ellos cogió una sneetch. Tenían más o menos el tamaño de una pelota de tenis, pero pesaban muchísimo más. Les habían dibujado una cuadrícula en la superficie, lo que les daba el aspecto de globos terráqueos con

las marcas de las líneas de latitud y de longitud. Aunque parecían de acero, las superficies tenían una ligera calidad elástica, como una goma muy dura.

Había una placa de identificación en cada sneetch y un botón junto a ella.

—Esto es lo que la despierta —murmuró Eddie, y Jake asintió. También había una pequeña parte hundida en la superficie curva, con el tamaño justo para un dedo. Jake lo apretó sin el más mínimo miedo de que la cosa explotara, o que activara una minisierra que le amputara los dedos. El botón que estaba dentro de la hendidura servía para acceder al programa. Jake no supo cómo lo había averiguado, pero sin duda lo había hecho.

Una de las partes curvas de la superficie de la sneetch se retiró con un ligero ruido parecido a un bostezo. Dejó al descubierto cuatro lucecitas, tres de ellas apagadas y una que destellaba con lentas pulsaciones de color ámbar. Había siete ventanas, en las que en ese momento se leía: **0 00 00 00**. Debajo de cada ventana había un botón tan pequeño que se necesitaba algo como la punta de un clip estirado para apretarlo.

—Tiene el tamaño del culo de un gusano —diría gruñendo más adelante Eddie, mientras intentaba programar una de las bolas. A la derecha de las ventanas había otros dos botones, con las marcas **C** y **E**.

Jake se lo enseñó a Roland.

—Este es para CONECTAR y el otro significa ESPERAR. ¿Tú qué crees? Yo creo que sí.

Roland asintió en silencio. Jamás había visto un arma así antes —no de cerca, en ningún sentido—, pero pensó que el uso de los botones resultaba evidente estando estos junto a las ventanas. Y consideró que las sneetches podían ser útiles de un modo que los tiradores de largas distancias con sus obuses atómicos no lo serían. CONECTAR y ESPERAR.

—¿Ted y sus dos amigos han dejado estas cosas aquí para nosotros? —preguntó Susannah.

Roland ni siquiera había pensado si importaba quién lo hubiera dejado, estaba allí y con eso bastaba, pero asintió.

—¿Por qué? ¿Y de dónde lo han sacado?

Roland no lo sabía. Lo que sabía era que la cueva era un ma’ sun, un refugio de guerra. Encima de sus cabezas había hombres batallando contra la Torre que la estirpe de Eld había jurado proteger. Su tet y él caerían sobre ellos por

sorpresa, y con esas herramientas golpearían y golpearían hasta que sus enemigos yacieran con las botas apuntando al cielo.

O hasta que los suyos lo hicieran.

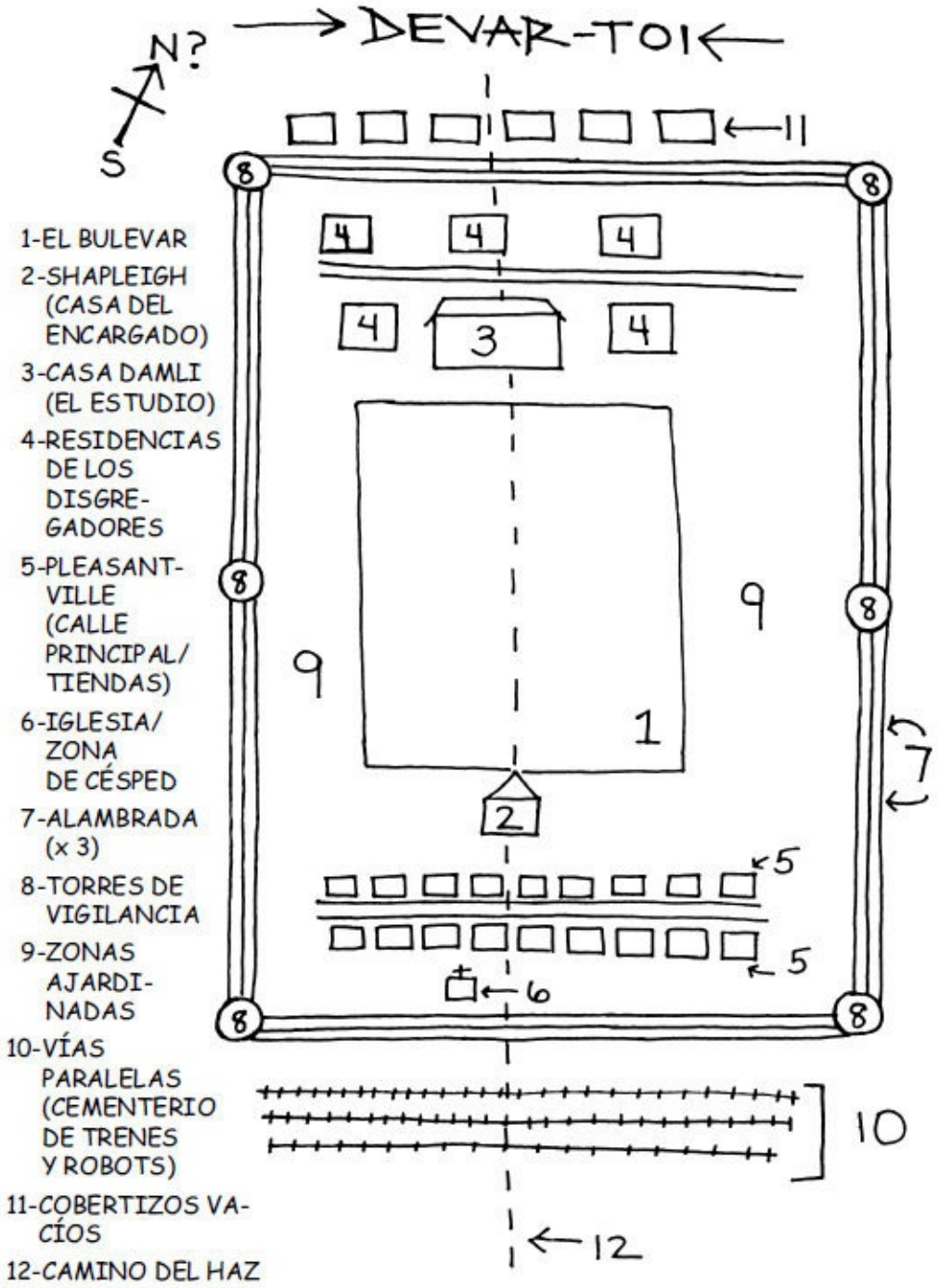
—A lo mejor lo explica en una de las cintas que nos ha dejado —sugirió Jake. Le gustaba la sensación de seguridad que le proporcionaba su nueva arma automática Cobra y se la metió en la mochila con los orizas que quedaban. Susannah también se había hecho con una de las Cobras, tras hacerla girar con un dedo una o dos veces, como Annie Oakley, la famosa «vaquera».

—Puede que sí —dijo Susannah, y le dedicó a Jake una sonrisa. Hacía mucho tiempo que Susannah no se sentía tan bien físicamente. Tan «no preñada». Aun así, algo la inquietaba mentalmente. O tal vez fuera espiritualmente.

Eddie sostenía un pedazo de tela que estaba enrollado con forma de tubo y atado con tres vueltas de cuerda.

—Ese tal Ted dijo que nos iba a dejar un mapa del campo de prisioneros. Apuesto a que es esto. ¿Alguien, además de mí, quiere echarle un vistazo?

Todos querían hacerlo. Jake ayudó a Eddie a desenrollar el mapa. Brautigan les había advertido que era básico, y sin duda lo era: en realidad no era más que una serie de círculos y cuadrados. Susannah vio el nombre del pueblecito, Pleasantville, y volvió a pensar en Ray Bradbury. A Jake le entró la risa por la rudimentaria anotación sobre los puntos cardinales, donde el cartógrafo había añadido un signo de interrogación junto a la letra «N».



Mientras estaban analizando esa obra cartográfica realizada a toda prisa, un prolongado y vibrante grito se elevó en el oscuro exterior. Eddie, Susannah y Jake miraron a su alrededor con nerviosismo. Acho levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre las patas, y lanzó un gruñido grave y breve, luego volvió a bajar

la cabeza y pareció que se hubiera puesto a dormir: «Vete a la mierda, malo, estoy con mis coleguitas y no tengo miedo».

—¿Qué ocurre? —preguntó Eddie—. ¿Un coyote? ¿Un chacal?

—Una especie de perro del desierto —afirmó Roland, distraídamente. Estaba en cuclillas (lo que sugería que tenía la cadera mejor, al menos, por el momento), abrazándose las espinillas. No apartaba la mirada de los rudimentarios círculos y cuadrados—. Can-toi-tete.

—¿Eso es como Dan-Tete? —preguntó Jake.

Roland lo ignoró. Levantó el mapa y salió de la cueva con él, sin volver la vista atrás. Los demás compartieron una mirada y lo siguieron, al tiempo que se envolvían una vez más con las mantas a modo de chales.

TRES

Roland regresó al lugar al que los había llevado Sheemie (con una pequeña ayuda de sus amigos). Esta vez, el pistolero usó los prismáticos para observar Cielo Azul de punta a punta. En algún lugar que quedaba a sus espaldas, el perro del desierto volvió a aullar, fue un sonido solitario en la penumbra.

Jake pensó que la penumbra era incluso más umbrosa en ese momento. A uno se le adaptaba la vista a la luz del día a medida que esta menguaba, pero ese punto brillante de luz solar parecía incluso más brillante. Jake estaba bastante seguro de que el funcionamiento de la máquina de luz solar tenía dos posiciones: máxima intensidad o apagada, que no había puntos intermedios. Puede que la dejaran reluciendo toda la noche, aunque Jake lo dudaba. El sistema nervioso de las personas estaba preparado para una ordenada progresión de oscuridad y día, lo había aprendido en clase de ciencias naturales. Se podía aguantar largos períodos de luz tenue —en los países árticos la gente lo hacía cada año—, pero era un verdadero desastre para la salud mental. Jake pensó que los encargados del cotarro allí abajo preferirían no cabrear a los Disgregadores si podían evitarlo. Además, les interesaba conservar su «sol» lo máximo posible; todas las cosas de ese lugar eran antiguas y con tendencia a estropearse.

Al final, Roland le pasó los prismáticos a Susannah.

—Mira, sobre todo fíjate en los edificios que están en ambos extremos del rectángulo cubierto de hierba. —Desenrolló el mapa como un personaje a punto

de leer un pliego en una obra de teatro, lo miró brevemente, y luego dijo—: Son los números dos y tres del mapa.

Susannah los observó con detenimiento. El que correspondía al número dos, la Casa del Encargado, era una pequeña casa de madera de dos pisos y una gran chimenea pintada de color azul eléctrico con el borde blanco. Era lo que su madre habría llamado una casa de cuento, por los intensos colores y los festones llamativos de los aleros.

Casa Damli era mucho más grande, y, mientras Susannah la miraba, vio muchas personas entrando y saliendo. Algunas tenían la mirada despreocupada de los civiles. Otras parecían mucho más… bueno, llamémosle vigilantes. Y vio dos o tres hundidos por el peso de sus cargas. Le pasó los prismáticos a Eddie y le preguntó si esos eran Niños de Roderick.

—Eso creo —respondió—, pero no estoy del todo…

—Los Rod no importan —dijo Roland—, ahora no. ¿Qué opinas de esos dos edificios, Susannah?

—Bueno —comentó ella, hablando con cautela (en realidad, no tenía ni la más remota idea de lo que Roland quería que le dijera)—, los dos están maravillosamente bien conservados, sobre todo, en comparación con las ruinas a punto de desplomarse que hemos visto en nuestros viajes. El que llaman Casa Damli es especialmente bonito. Es un estilo que llamamos decimonónico y…

—¿Crees que están construidos con madera o que solo lo aparentan? Me interesa, sobre todo, el que llaman Casa Damli.

Susannah volvió a apuntar en esa dirección con los prismáticos, y se los pasó a Eddie. Eddie miró y se los pasó a Jake. Mientras Jake estaba mirando, se produjo un audible «clic» que llegó hasta ellos desde kilómetros de distancia… y el rayo de sol a lo película de Cecil B. DeMille, que había estado iluminando el Devar-Toi como el haz de un foco, se apagó y los dejó en una espesa bruma violeta que no tardaría en convertirse en una oscuridad cerrada y total.

En esa oscuridad, el perro del desierto empezó a ladrar de nuevo, y a Jake se le puso la piel de gallina. El ruido aumentaba… aumentaba… y de pronto se acalló con una ahogada sílaba final. Sonó como un grito de sorpresa, y a Jake no le cupo duda de que el perro del desierto estaba muerto. Algo se le había acercado con sigilo por detrás y, cuando la enorme luz de los cielos se apagó…

Jake vio que allí abajo todavía quedaban luces: un par de hileras blancas que podían ser las farolas de «Pleasantville», círculos amarillos que seguramente eran luces de sodio de los diversos caminos de entrada a las residencias de lo que

Susannah llamaba la uni de los Disgregadores… y focos que recorrían sitios al azar en la oscuridad.

«No —pensó Jake—, no son simples focos. Son reflectores. Como en una película de prisiones».

—Volvamos —dijo—. Ya no hay nada que ver, y no me gusta estar aquí fuera en la oscuridad.

Roland accedió. Lo siguieron en fila india, Eddie llevaba a Susannah y Jake caminaba detrás de ellos con Acho pisándole los talones. Seguía esperando que un segundo perro del desierto retomara el alarido del primero, pero no fue así.

CUATRO

—Eran de madera —afirmó Jake. Estaba sentado con las piernas cruzadas debajo de una de las lámparas de gas, permitiendo que su acogedor fulgor blanco le iluminase el rostro.

—Sí, madera —confirmó Eddie.

Susannah dudó por un instante, pues le daba la sensación de que era una cuestión de verdadera importancia, y repasó mentalmente lo que había visto. A continuación también asintió.

—Madera, estoy casi segura. Sobre todo esa que llaman Casa Damli. ¿Una construcción decimonónica de piedra o ladrillo camuflada como si fuera de madera? No tiene sentido.

—Si sirve para fastidiar a los merodeadores que la quemarían —dijo Roland —, sí, sí que tiene sentido.

Susannah lo pensó. Roland tenía razón, claro, pero…

—Aun así creo que es madera.

Roland asintió con la cabeza.

—Yo también. —Había encontrado una gran botella verde con el nombre «PERRIER». En ese momento la abrió y comprobó que Perrier era agua. Cogió cinco vasos y vertió un poco en cada uno. Los colocó delante de Jake, Susannah, Eddie, Acho y de sí mismo.

—¿Me llamas dinh? —le preguntó a Eddie.

—Sí, Roland, sabes que así es.

—¿Compartirás khef conmigo y te beberás esta agua?

—Sí, si tú así lo deseas. —Eddie se había estado riendo, pero en ese momento dejó de hacerlo. La sensación había vuelto y con fuerza. Ka-shume, una palabra llena de lamento que todavía desconocía.

—Bebe, siervo.

A Eddie no le gustaba mucho que le llamaran siervo, pero bebió el agua. Roland se arrodilló ante él y le plantó un breve y seco beso en los labios.

—Te quiero, Eddie —dijo, y en la ruina del exterior que era Tronido, se levantó el viento del desierto, en el que viajaba el envenenado polvo arenoso.

—Bueno, pues… yo también te quiero —respondió Eddie. Fue por la sorpresa—. ¿Qué ocurre? Y no me digas que no es nada, porque lo noto.

—No ocurre nada —respondió Roland, sonriente, pero Jake jamás había escuchado al pistolero hablar con tanta tristeza. Lo aterrorizó—. Es solo ka-shume, y le llega a todos los ka-tet que han existido… pero ahora, mientras somos un todo, compartimos nuestra agua. Compartimos nuestro khef. Es un acto de júbilo.

Miró a Susannah.

—¿Me llamas dinh?

—Sí, Roland, te llamo dinh. —Parecía muy pálida, aunque tal vez fuera por la luz blanca que proyectaban las lámparas de gas.

—¿Compartirás el khef conmigo y beberás esta agua?

—Encantada —respondió Susannah y tomó el vaso de plástico.

—Bebe, sierva.

Ella bebió, sin apartar ni por un instante sus serios ojos negros de los de Roland. Pensó en las voces que había escuchado en su sueño de la celda de Oxford: ese está muerto, ese otro está muerto, aquel está muerto; oh, Discordia, y las sombras oscurecen cada vez más.

Roland la besó en los labios.

—Te quiero, Susannah.

—Yo también te quiero.

El pistolero se volvió hacia Jake.

—¿Me llamas dinh?

—Sí —respondió Jake. En cuanto a su palidez no había duda alguna; incluso tenía los labios grisáceos—. Ka-shume significa muerte, ¿verdad? ¿Quién de nosotros será?

—No lo sé —contestó Roland—, y la sombra todavía puede abandonarnos, porque la rueda sigue girando. ¿No sentiste ka-shume cuando Callahan y tú

entrasteis en el sitio de los vampiros?

—Sí.

—¿Ka-shume para ambos?

—Sí.

—Aun así, tú estás aquí. Nuestro ka-tet es fuerte y ha sobrevivido a muchos peligros. Puede que también sobreviva a este.

—Pero siento…

—Sí —afirmó Roland. Hablaba con amabilidad, pero tenía una mirada terrible. La mirada expresaba algo más que simple tristeza, era una mirada que transmitía que aquello podía ser cualquier cosa, pero que la Torre era más importante, la Torre Oscura era más importante y allí era donde él moraba, en cuerpo y alma, en ka y en khef—. Sí, yo también lo siento. Y lo sentimos todos. Esa es la razón por la que bebemos agua, que es la expresión de la fraternidad, de unos con otros. ¿Compartirás khef conmigo y compartirás esta agua?

—Sí.

—Bebe, siervo.

Jake lo hizo. Entonces, antes de que Roland pudiera besarlo, tiró el vaso, levantó los brazos para rodear al pistolero por el cuello y le susurró con intensidad al oído:

—Roland, te quiero.

—Yo también te quiero —respondió Roland, y lo soltó. En el exterior, el viento volvía a soplar. Jake esperaba escuchar un aullido, tal vez triunfal, pero no se oyó nada.

Sonriendo, Roland se volvió hacia el bilibrambo.

—Acho de Mundo Medio, ¿me llamas dinh?

—¡Dinh! —exclamó Acho.

—¿Compartirás khef conmigo y este agua?

—¡Khef, gua!

—Bebe, siervo.

Acho metió el hocico en el vaso de plástico, acción que realizó con cierta delicadeza, y lamió hasta que el recipiente quedó seco. A continuación levantó la mirada, expectante. Tenía perlitas de Perrier en los bigotes.

—Acho, te quiero —dijo Roland, y se agachó hasta tener la cara a la altura de los afilados dientes del brambo. Acho le lamió la mejilla una sola vez, luego volvió a meter el hocico en el vaso, con la esperanza de haber dejado una o dos gotas.

Roland alzó las manos. Jake le cogió una y Susannah la otra. No tardaron en estar todos unidos. «Como los borrachos al final de una reunión de Alcohólicos Anónimos», pensó Eddie.

—Somos ka-tet —dijo Roland—, de uno muchos. Hemos compartido nuestra agua al igual que hemos compartido nuestras vidas y nuestra búsqueda. Si uno cayera, no estará perdido, porque somos uno y no olvidaremos, ni siquiera en la muerte.

Permanecieron tomados de las manos durante un rato. Roland fue el primero en soltarse.

—¿Cuál es tu plan? —le preguntó Susannah. No lo llamó «cielo»; Jake se dio cuenta de que no lo llamaría así ni con ningún otro apelativo cariñoso nunca más—. ¿Nos lo contarás?

Roland asintió con la cabeza haciendo un gesto hacia la grabadora Wollensack, todavía sentado sobre el barril.

—Tal vez deberíamos escucharla primero —dijo—. Sí que tengo un plan, pero lo que Brautigan tenga que decir podría ayudarnos con alguno de los detalles.

CINCO

La noche en Tronido es la mismísima definición de la oscuridad: no hay ni luna, ni estrellas. Con todo, si estuviéramos en el exterior de la cueva donde Roland y su tet acaban de compartir el khef y se disponen a escuchar las cintas que Ted Brautigan les ha dejado, veremos dos brasas al rojo vivo flotando en esa oscuridad recorrida por el viento. Si ascendiéramos por esa senda de Punta-Tete hacia las brasas flotantes (una proposición peligrosa en la oscuridad), llegaríamos hasta una araña con muchas patas, acuclillada sobre el cuerpo desinflado, de aspecto espeluznante, de un coyote mutante. Ese can-toi-tete era, literalmente, un ser mal concebido, con la punta de una quinta pata saliéndole del pecho y una masa gelatinosa de carne colgándole entre las patas traseras como una ubre deforme. Sin embargo, su carne alimenta a Mordred, y su sangre, consumida en una serie de largos e hirvientes tragos, es tan dulce como un vino de postre. En realidad, por aquí hay toda clase de cosas para comer. Mordred no tiene amigos que lo lleven volando de un lugar a otro con las botas de siete

leguas de la teletransportación, aunque el viaje de la Estación de Tronido hasta Punta-Tete no le ha parecido arduo.

Ya ha oído bastante para asegurarse de los planes que tiene su padre: un ataque por sorpresa a las instalaciones de allí abajo. Los guardias los superan en gran número, pero la banda de tiradores de Roland le será leal hasta la muerte, y la sorpresa siempre es un arma poderosa.

Además, los pistoleros son lo que Jake llama *fou*: locos cuando les hierve la sangre y sin temor a nada. Esa locura es un arma incluso más poderosa.

Por lo visto, Mordred nació con un buen montón de conocimientos innatos. Sabe, por ejemplo, que si su Padre Rojo poseyera la información que ahora tiene él, habría informado de la presencia del pistolero de inmediato al Amo del Devar-Toi o al Jefe de Seguridad. Entonces, en algún momento de esta noche, el ka-tet de Mundo Medio habría sido víctima de una emboscada. Puede que los hubieran matado mientras dormían, permitiendo así a los Disgregadores continuar el trabajo del Rey. Mordred no nació con conocimiento de ese trabajo, pero es capaz de razonar con lógica y tiene buen oído. Ahora entiende qué traman los pistoleros: han llegado a este lugar para disgregar a los Disgregadores.

Es cierto, él podría impedirlo, pero no tiene ningún interés en los planes o ambiciones de su Padre Rojo. De lo que más disfruta, según está descubriendo, es de la amarga soledad de «quedar apartado». De observar con el frío interés de un niño que contempla la vida y la muerte, la guerra y la paz, a través del cristal del hormiguero que tiene sobre la cómoda.

¿De verdad dejaría que ese ki'-dam matase a su Padre Blanco? Oh, seguramente no. Mordred se está reservando ese placer para sí mismo, y tiene sus razones; ya tiene sus razones. Pero, en cuanto a los demás —el joven, la mujer de las piernas cortas, el niño—, sí, si el ki'-dam Prentiss toma la delantera, sin dudarlo, dejará que mate a cualquiera de ellos o a todos. Mordred Deschain dejará que el juego se juegue con justicia. Observará, escuchará, oirá los gritos y olerá el resquemor, y observará cómo la sangre empapa la tierra. Y, entonces, si considera que Roland está a punto de perder, él, Mordred, entrará en escena. Si parece una buena idea, actuará en nombre del Rey Carmesí, aunque en realidad lo hará en nombre propio, y por un motivo propio, que es bastante simple: «Mordred tiene jambre».

¿Y si Roland y su ka-tet ganan la partida? ¿Y si ganan y aprietan el paso para llegar a la Torre? Mordred no cree que esto ocurra, porque, de una extraña

forma, él es miembro de ese ka-tet, comparte su khef y siente lo que hacen. Siente la inminente ruptura de su hermandad.

«¡Ka-shume!», piensa Mordred, sonriendo. En la cara del perro del desierto hay un solo ojo, el izquierdo. Una de las peludas patas de la araña lo acaricia y, a continuación, lo descorcha. Mordred se lo come como una uva, luego se vuelve hacia el lugar donde la luz blanca de las lámparas de gas se derrama por las esquinas de la manta que Roland ha colgado en la entrada de la cueva.

¿Puede bajar para acercarse más? ¿Lo bastante para escuchar?

Mordred cree que sí, sobre todo, gracias a que el viento se ha levantado y apaga el ruido que hace al moverse. Es una idea emocionante.

Desciende a toda prisa y ruidosamente por la pared de roca, hacia los erráticos destellos de luz, hacia el murmullo de voz que procede de la grabadora y las ideas de quienes la están escuchando: sus hermanos, su madre-hermana, la mascota brambo, y, por supuesto, supervisándolos a todos, su ka-papi, el Gran Blanco.

Mordred repta hasta acercarse lo máximo que osa y luego se acuclilla en la fría y ventosa oscuridad, triste, y saboreando su tristeza, evocando los sueños que ha tenido en el exterior. En el interior, detrás de la manta, hay luz. Que la tengan, si quieren; por ahora, ¡hágase la luz! Al final, él, Mordred, la apagará. Y en la oscuridad, obtendrá su placer.



CAPÍTULO VIII
NOTAS DE LA CASA DE CHOCOLATE

UNO

Eddie miró a los demás. Jake y Roland estaban sentados en los sacos de dormir que les habían dejado. Acho yacía, hecho un ovillo, a los pies de Jake. Susannah se había acomodado en el asiento de su Triciclo de Crucero. Eddie asintió con la cabeza, satisfecho, y apretó el botón del PLAY de la grabadora. Los cabezales giraron… silencio… giraron… y silencio… entonces, después de carraspear, Ted Brautigan empezó a hablar. Escucharon durante más de cuatro horas, Eddie iba cambiando las bobinas vacías por otras cargadas, sin molestarse en rebobinar.

Nadie sugirió que se detuvieran. Roland no lo sugirió, desde luego, escuchó con silenciosa fascinación incluso cuando volvió a sentir un dolor punzante en la cadera. Roland pensó que ahora lo entendía mejor; sabía que tenían una oportunidad de verdad para detener lo que estaba ocurriendo en el complejo de allí abajo. Esa certeza lo asustaba, porque la probabilidad de ganar era pequeña. El sentimiento de ka-shume lo dejaba claro. Y uno no entiende de verdad cuáles son las probabilidades hasta que ve a la diosa con su túnica blanca, la diosa perra, cuyas mangas caen hacia atrás y dejan al descubierto un brazo de un hermoso blanco, mientras hace una seña: «Ven a mí, corre hasta mí. Sí, es posible, puedes lograr tu objetivo, puedes ganar, así que, corre hacia mí, dame todo tu corazón. ¿Y si lo rompo? ¿Si uno de vosotros no da la talla, cae en el pozo de coffah (el lugar que tus nuevos amigos llaman infierno)? Pues ¡qué lástima!».

Sí, si uno de ellos caía en coffah y se quemaba justo antes de llegar a las fuentes, sería una verdadera lástima, sin duda. ¿Y la zorra de la túnica blanca?

Bueno, ella se limitaría a poner las manos en jarras y a echar la cabeza hacia atrás y a reír mientras el mundo llegaba a su fin. Todo eso era lo que dependía del hombre cuya voz preocupada y racional llenaba la cueva en ese momento. La misma Torre Oscura dependía de él, pues Brautigan era un hombre de poderes sorprendentes.

Lo sorprendente era que podía decirse lo mismo de Sheemie.

DOS

—Uno, probando, uno, dos… probando, uno, dos… probando, probando, probando. Soy Ted Stevens Brautigan y esto es una prueba…

Breve pausa. Las bobinas giraban, una llena, la otra empezando a llenarse.

—Vale, está bien. Genial, de hecho. No estaba seguro de que esto funcionara, sobre todo aquí, pero parece que va bien. Me he preparado para esto intentando imaginaros a los cuatro, o cinco, contando al amiguito del muchacho, escuchándome, porque la visualización siempre me ha parecido una técnica maravillosa para preparar cualquier clase de presentación. Por desgracia, en este caso no funciona. Sheemie puede enviarme imágenes mentales muy buenas, excelentes, de hecho, pero Roland es el único de vosotros a quien ha visto en realidad, y no lo ve desde la caída de Gilead, cuando ambos eran muy jóvenes. No es por ofender, chicos, pero sospecho que el Roland que se aproxima en estos momentos a Tronido no se parece mucho al joven al que adoraba mi amigo Sheemie.

»¿Dónde estás ahora, Roland? ¿En Maine, buscando al escritor? ¿Al que también me ha creado a mí, a su manera? ¿En Nueva York, buscando a la esposa de Eddie? ¿Sigue vivo alguno de vosotros? Sé que no hay muchas probabilidades de que lleguéis a Tronido; el ka os arrastra al Devar-Toi, pero un anti-ka muy poderoso, puesto en movimiento por el que vosotros llamáis Rey Carmesí, está obrando, de mil formas en vuestra contra y vuestro tet. De todos modos…

»¿Fue Emily Dickinson la que llamó a la esperanza “esa cosa con plumas”? No logro recordarlo. Hay un montón de cosas que ya no recuerdo, aunque, al parecer, todavía recuerdo cómo se combate. Quizá sea una buena señal. Espero que sea una buena señal.

»¿Se os ha pasado por la cabeza dónde estoy grabando esto, señora y caballeros?

No lo habían pensado. Se limitaban a estar sentados, cautivados por el sonido levemente sucio de la voz de Brautigan, pasándose una botella de Perrier y una lata llena de galletas integrales sin parar.

—Os lo voy a decir —continuó Brautigan—, en parte, porque los tres estadounidenses que hay entre vosotros lo encontrarán divertido, pero, sobre todo, porque podéis encontrarlo útil para urdir un plan con objeto de poner fin a lo que está ocurriendo en Algul Siento.

»Mientras hablo, estoy sentado en una silla hecha de tabletas de chocolate. El asiento es un enorme malvavisco azul, y dudo que las colchonetas hinchables que pensamos dejaros sean más cómodas. Tal vez creáis que un asiento así es pegajoso, pero no lo es. Las paredes de esta habitación, y la cocina que veo, si miro a través de un arco hecho de gominolas que tengo a la izquierda, están hechas de caramelos verdes, amarillos y rojos. Si se chupa el verde tiene gusto de lima. Si se chupa el rojo tiene gusto de frambuesa. Aunque el gusto (en cualquier sentido de esa escurridiza palabra) tiene muy poco que ver con las elecciones de Sheemie, o eso creo; en mi opinión, simplemente siente un atractivo infantil por la intensidad de los colores primarios.

Roland asintió en silencio y sonrió ligeramente.

—Pero debo deciros algo —dijo con sequedad desde la cinta—: me encantaría tener aunque fuera una sola habitación con una decoración algo más conservadora. Algo azul, tal vez. Colores de tonos tierra estaría incluso mejor.

»Hablando de tonos tierra, la escalera también es de chocolate. La barandilla es un bastón de caramelo. Sin embargo, no se puede hablar de “la escalera que lleva al segundo piso”, porque no hay segundo piso. A través de la ventana se ven coches que tienen un sospechoso parecido a bombones, y la misma calle parece de regaliz. Pero si se abre la puerta y se da más de un paso hacia la Avenida del Regaliz Rojo, uno se encuentra de nuevo donde empezó. En lo que podemos llamar “el mundo real”, por falta de un término más apropiado.

»La Casita de Chocolate, que es el nombre que le damos porque es así como siempre huele aquí dentro, a galleta de jengibre recién hecha, recién sacada del horno, es tanto una creación de Dinky como de Sheemie. Dinky acabó en la residencia Casa Corbett con Sheemie, y escuchó a Sheemie llorar, una noche mientras se dormía. Mucha gente habría seguido de largo en un caso así, y soy consciente de que no hay nadie en el mundo que se parezca menos al buen

samaritano que Dinky Earnshaw. Sin embargo, él, en lugar de pasar de largo, tocó a la puerta de la habitación de Sheemie y le preguntó si podía entrar.

»Si le preguntas ahora por eso, Dinky te dirá que no fue para tanto. “Yo era nuevo en el lugar, estaba solo, quería hacer un par de amigos —te dirá—. Al escuchar a un chico gimoteando así, pensé que él también podría querer un amigo”. Como si fuera lo más natural del mundo, en muchos lugares eso podría ser cierto, pero no en Algul Siento. Y hay que entender sobre todo eso, creo, si uno quiere llegar a comprendernos. Así que perdonadme si me alargo con esta cuestión.

»Algunos de los guardias hum nos llaman morks, por una serie humorística de televisión. Y los morks son las personas más egoístas de la tierra. ¿Antisociales? No, exactamente. Algunos son en extremo sociables, pero solo porque les ayuda a conseguir lo que quieren o necesitan en un momento determinado. Hay muy pocos morks sociópatas, pero la mayoría de sociópatas son morks, no sé si me explico. El más famoso, y gracias a Dios que los hampones nunca lo han traído por aquí, fue un asesino en serie llamado Ted Bundy.

»Si os sobran uno o dos cigarrillos, nadie puede ser más comprensivo, o adulador, que un mork que quiera fumar. En cuanto consigue lo que quiere, eso sí, desaparece.

»La mayoría de morks, estoy hablando del noventa y ocho o noventa y nueve por ciento, habría escuchado llantos tras esa puerta cerrada y ni siquiera habría disminuido el paso para llegar a su destino, fuera el que fuese. Dinky tocó a la puerta y preguntó si podía entrar, aunque era nuevo en el lugar y estaba lógicamente confuso (además, creía que lo iban a acusar de asesinar a su antiguo jefe, pero esa historia es para otro día).

»Además, deberíamos hablar de la versión que tiene Sheemie de la historia. Una vez más, diré que el noventa y ocho o noventa y nueve por ciento de los morks habrían reaccionado ante una pregunta así respondiendo: “¡Piérdete!” o incluso “¡Que te den por culo!”. ¿Por qué? Porque somos muy conscientes de que somos distintos a la mayoría, y es una diferencia que a mucha gente no le gusta. Al igual que a los primeros neandertales les disgustaban sus primeros vecinos cromañones, imagino. A los morks no nos gusta que nos pillen con la guardia baja.

Pausa. La bobina giraba. Los cuatro imaginaron que Brautigan estaba pensando con detenimiento.

—No, eso no es del todo cierto —dijo al final—. Lo que a los morks no nos gusta es que nos pillen en un estado emocionalmente vulnerable. Enfadados, felices, llorando o con ataques de risa histérica, cualquier cosa así. Es como si vosotros os dirigierais a una situación peligrosa sin vuestras pistolas.

»Durante un largo tiempo, estuve solo aquí. Era un mork al que le importaban las cosas, me gustara o no. Luego llegó Sheemie, que era lo bastante valiente para aceptar el consuelo si se le ofrecía consuelo. Y Dink, que deseaba alcanzarlo. La mayoría de los morks son egoístas introvertidos, disfrazados de inquebrantables. Quieren que el mundo los vea como tipos al estilo Daniel Boone, y al personal del Algul le encanta, os lo juro. No hay comunidad más fácil de gobernar que la que rechaza el mismo concepto de comunidad. ¿Entendéis por qué sentí afecto por Sheemie y Dinky, y lo afortunado que fui al encontrarlos?

Susannah había puesto a hurtadillas su mano sobre la de Eddie. Se la tomó y la apretó con delicadeza.

—A Sheemie le daba miedo la oscuridad —prosiguió Ted—. Los hampones, yo los llamo a todos hampones aunque hay hum y taheen trabajando aquí, así como can-toi, tienen más de diez pruebas sofisticadas para valorar el potencial parapsicológico, pero, al parecer, no se dieron cuenta de que habían atrapado a un tonto al que simplemente le daba miedo la oscuridad. Mala suerte.

»Dinky entendió el problema de inmediato, y lo solucionó contándole historias a Sheemie. Lo primero fueron cuentos, y uno de ellos fue *Hansel y Gretel*. Sheemie quedó fascinado por la idea de la casita de chocolate, y no paraba de pedirle a Dinky que le diera más detalles. Así que, veréis, en realidad fue a Dinky a quien se le ocurrió la idea de las sillas de chocolate con los asientos de malvavisco, el arco de gominolas y la barandilla de palote de caramelo. Durante un tiempo sí hubo una segunda planta; allí estaban las camas de *Los tres ositos*. Pero a Sheemie nunca le importó mucho ese cuento y, cuando se olvidó de él, la parte de arriba de Casa[9] de Chocolate… —Ted Brautigan se rio entre dientes—. Bueno, supongo que podría decirse que se biodegradó.

»En cualquier caso, creo que el lugar donde estoy en este momento fue una fisura en otro tiempo, o… —Nueva pausa. Un suspiro. Y luego—: Veréis, hay miles de millones de universos comprimidos en miles de millones de realidades. Hay algo de lo que me he dado cuenta desde que me trajeron de vuelta de lo que

el ki’-dam insiste en llamar “mis breves vacaciones en Connecticut”. ¡Pelota hijo de puta!

Roland pensó que había verdadero odio en la voz de Brautigan, y eso era bueno. El odio era bueno. Era útil.

—Esas realidades son como una barraca de espejos, solo que no hay un solo reflejo igual a otro. Puede que retome esta imagen al final, pero todavía no. Lo que quiero que entendáis de momento, o simplemente aceptéis, es que esa realidad es orgánica, la realidad está viva. Es como un músculo. Lo que hace Sheemie es hacer un agujerito en ese músculo con una jeringuilla mental. Tiene una aguja así solo porque es especial…

—Porque es un mork —murmuró Eddie.

—¡Chitón! —exclamó Susannah.

—… en su uso —prosiguió Brautigan.

(Roland pensó en rebobinar la cinta para escuchar las palabras que faltaban, pero decidió que no importaba).

—Es un lugar fuera del tiempo, fuera de la realidad. Sé que entendéis algo de la función de la Torre Oscura; conocéis su objetivo unificador. Bueno, pues pensad que Casa de Chocolate es un balcón de la Torre: cuando llegamos aquí, estamos fuera de la Torre, aunque seguimos ligados a ella. Es un lugar real, lo bastante real para que yo vuelva de él con manchas de caramelo en las manos y en la ropa, pero es un lugar al que solo Sheemie Ruiz tiene acceso. Y una vez que estamos allí, es lo que él quiere que sea. Uno se pregunta, Roland, si tú o alguno de tus amigos tuvisteis algún presentimiento de lo que podía hacer Sheemie en realidad cuando lo conocisteis en Mejis.

Al escucharlo, Roland alargó una mano y apretó el botón del STOP.

—Sabíamos que era… raro —les dijo a los demás—. Sabíamos que era especial. Cuthbert decía de vez en cuando: «¿Qué tiene ese chico? ¡Me da escalofríos!». Y entonces se presentó en Gilead, él y su mula, Cappi. Decía que nos había seguido. Y nosotros sabíamos que eso era imposible, pero ya habían ocurrido tantas cosas que ese camarero de Mejis, inteligente, no, pero sí alegre y útil, era la menor de nuestras preocupaciones.

—Se teletransportó, ¿verdad?

Roland, quien jamás había escuchado la palabra antes de ese día, asintió de inmediato.

—Al menos, en parte del recorrido; tuvo que ser así. Para empezar, ¿cómo podría haber cruzado el río Xay? Solo había un puente, hecho de cuerdas, y una vez que lo cruzamos, Alain lo cortó. Lo vimos caer en el agua desde unos trescientos metros de altura.

—A lo mejor dio un rodeo —dijo Jake.

Roland asintió con la cabeza.

—Puede que lo hiciera… pero se habría desviado al menos seiscientas ruedas de su camino.

Susannah soltó un silbido.

Eddie esperó a ver si Roland tenía algo más que decir. Cuando estuvo claro que no iba a decir nada, Eddie se echó hacia delante y apretó el botón de PLAY otra vez. La voz de Ted volvió a inundar la cueva.

—Sheemie es un teletransportador. Dinky es un precognitivo… entre otras cosas. Por desgracia, tiene un montón de puertas de futuro cerradas. Si os preguntáis si el joven sai Earnshaw sabe cómo va a acabar todo esto, la respuesta es que no.

»En cualquier caso, hay un gran agujero hipodérmico en la carne viva de la realidad… este balcón en el lateral de la Torre… esta Casa de Chocolate. Un lugar real, tan sólido como podría imaginarse. Aquí es donde almacenamos las armas y el material de acampada que finalmente pretendíamos dejaros en una de las cuevas del extremo más alejado de Punta-Tete. Y es en ese lugar donde grabo esta cinta. Cuando dejé mi habitación con esta máquina anticuada, aunque tremendamente útil, que tengo debajo del brazo, eran las 22.14 de la noche en la Franja Horaria de Cielo Azul. Cuando regrese, serán todavía las 22.14. No importa el tiempo que me quede. Esta es solo una de las cosas terriblemente convenientes de Casa de Chocolate.

—Tenéis que entender, tal vez el viejo amigo de Sheemie, Roland, lo entienda, que somos tres rebeldes en una sociedad entregada a la idea de que «el fin justifica los medios», aunque eso signifique el fin de la existencia… y mejor antes que después. Tenemos una serie de útiles habilidades y, recurriendo a ellas, hemos logrado ir siempre un paso por delante. Pero si Prentiss o Finli o' Tego, que es el Jefe de Seguridad de Prentiss, descubre lo que estamos intentado hacer, Dinky será pasto de los gusanos con la caída de la noche. Sheemie también, es bastante probable. Yo seguramente estaría a salvo durante un tiempo más, por razones que ya contaré, pero si Pimli Prentiss descubre que estamos intentando

meter a un pistolero de verdad en sus asuntos, un pistolero que, de hecho, puede haber sido artífice de las muertes de más de cinco docenas de capas verdes no lejos de aquí, incluso mi vida podría estar en peligro. —Pausa—. Con lo poco que vale.

Se hizo un silencio aún más prolongado. La bobina que había estado vacía ahora está medio llena.

—Escuchad —dijo Brautigan—, y os contaré la historia de un desafortunado y desgraciado hombre. Puede ser una historia más larga que el tiempo que tenéis para escuchar; de ser así, estoy seguro de que al menos tres de vosotros entenderéis la utilidad del botón marcado con las letras FF. Por lo que a mí se refiere, estoy en un lugar donde los relojes quedaron obsoletos y el brócoli es ilegal. Tengo todo el tiempo del mundo.

Eddie volvió a sorprenderse por lo cansado que parecía el hombre.

—Lo único que sugiero es que no uséis el avance rápido a menos que tengáis verdadera necesidad de hacerlo. Como ya he dicho, puede haber algo en lo que diga que os sea de utilidad, aunque no sé qué. Simplemente estoy demasiado cerca de ello. Y estoy cansado de estar siempre en guardia, no solo cuando estoy despierto, sino también cuando duermo. Si no pudiera escaparme a Casa de Chocolate de vez en cuando y dormir así, sin protegerme, los chicos can-toi de Finli seguramente nos habrían cazado a los tres hace ya tiempo. Hay un sofá en un rincón, también fabricado con esos maravillosos malvaviscos no pegajosos. Puedo ir allí y tener las pesadillas que necesito para seguir conservando el buen juicio. Luego puedo volver al Devar-Toi, donde mi misión no es solo protegerme a mí, sino a Sheemie y a Dink. Asegurarme de que cuando realizamos nuestro trabajo de incógnito, a los guardias y a su puto telémetro les parezca que estamos justo en el lugar al que hemos pertenecido siempre: nuestros aposentos, en el Estudio, tal vez viendo una peli en el Gem o tomando unos batidos helados en la cafetería de Henry Graham y en el Fountain después. También supone seguir disgregando, y, cada día que pasa, puedo sentir que el Haz en el que estamos trabajando en la actualidad, Oso y Tortuga, se está inclinando cada vez más.

»Venid deprisa, muchachos. Es lo que deseo. Venid todo lo rápido que podáis. Porque no todo depende de que yo no meta la pata, ¿sabéis? Dinky tiene un carácter terrible y la costumbre de empezar a largar de mala manera si alguien lo calienta. Podría decir algo inconveniente en ese estado. Y Sheemie hace todo lo que puede, pero, si alguien le pregunta lo que no toca, o lo pilla haciendo algo malo cuando yo no estoy cerca para arreglarlo…

Brautigan no acabó esa frase. Para su público no fue necesario.

TRES

Cuando vuelve a empezar, es para contarles que nació en Milford, Connecticut, en el año 1898. Todos hemos escuchado frases introductorias similares, suficiente para saber que señalan, para bien o para mal, el principio de una autobiografía. Con todo, mientras escuchan esa voz, los pistoleros reciben la visita de otro elemento que les resulta familiar; incluso a Acho le suena. Al principio no son capaces de identificarlo con certeza, pero, pasados unos minutos, se les ocurre. La historia de Ted Brautigan, un Contable Errante en lugar de un Sacerdote Errante, es, en muchos aspectos, similar a la del padre Donald Callahan. Prácticamente podrían ser gemelos. Y el sexto oyente, el que está tras la manta que tapa la entrada de la cueva en la ventosa oscuridad, escucha con creciente compasión y comprensión. ¿Por qué no? La priva no es protagonista de la historia de Brautigan, como lo fue en la del padre, pero, aun así, es un relato de adicción y aislamiento, la historia de alguien que «ha quedado apartado».

CUATRO

A la sazón de dieciocho años, aceptan a Theodore Brautigan en Harvard, universidad en la que estudió su tío Tim, y el tío Tim —que es huérfano— está más que encantado de pagar la educación superior de Ted. Para Timothy Atwood, lo que ocurre en adelante es perfectamente normal: Ted recibe la oferta y la acepta, el sobrino destaca en todas las materias adecuadas, se licencia y se prepara para entrar en el negocio de los muebles tras seis meses de viajar por Europa en el período posterior a la Primera Guerra Mundial.

Lo que el tío Tim no sabe es que antes de ir a Harvard, Ted intenta alistarse en lo que no tardará en conocerse como la Fuerza Expedicionaria Americana. «Hijo —le dice el médico—, tienes un latido más fuerte que un puñetero tambor, y lo estamos escuchando por debajo del volumen normal. No me digas que has venido sin saber que esto sería motivo de denegación de alistamiento, porque,

perdona si me meto en lo que no me llaman, pero pareces demasiado listo para eso».

Ted Brautigan hace algo que no ha hecho jamás y que ha jurado que jamás hará. Le pide al médico militar que piense en un número, no solo entre uno y diez, sino entre uno y mil. Para burlarse de él (el tiempo es lluvioso en Hartford, y eso supone que las cosas pasan despacio en la oficina de alistamientos), el médico piensa en el número 748. Ted lo adivina. También adivina el 419… el 89… y el 997. Cuando Ted propone al médico que piense en un personaje conocido, vivo o muerto, y cuando Ted le responde «Andrew Johnson», no «Jackson» sino «Johnson», el médico queda maravillado. Llama a otro médico, un amigo, y Ted empieza otra vez con la misma historia… con una salvedad. Le pide al segundo médico que escoja un número entre uno y un millón, luego le dice que estaba pensando en el ochenta y siete mil cuatrocientos diecisiete. El segundo médico parece sorprendido por un momento, anonadado, en realidad, luego suelta una risotada burlona. «Lo siento, hijo —dice—, solo te has equivocado por ciento treinta mil o algo así». Ted lo mira, sin sonreír, no responde a la sonrisa burlona de ninguna forma, al menos de forma consciente, pero tiene dieciocho años, y es lo suficientemente joven para quedarse atónito ante una falsedad tan flagrante e infundada. Mientras tanto, el médico número dos se vuelve hacia el médico número uno y dice: «Mírale los ojos, Sam, mira lo que le está pasando a sus ojos».

El primer médico intenta poner un oftalmoscopio a Ted en los ojos y Ted lo aparta con impaciencia. Sabe cómo utilizar un espejo y, algunas veces, ya ha visto cómo se le dilatan y contraen las pupilas, es consciente de los momentos en que le ocurre, aunque no tenga un espejo a mano, gracias a una especie de efecto vibratorio en la visión, y no le interesa, sobre todo en ese momento. Lo que sí le interesa es que el médico número dos le está dando por culo y no sabe por qué. «Ahora escriba el número —le propone—. Escríbalo para que no pueda hacer trampas».

El médico número dos se pone gallito. Ted repite el desafío. El doctor Sam saca un trozo de papel y un bolígrafo y el segundo médico los coge. Está a punto de escribir un número cuando se lo piensa mejor, tira el boli sobre el escritorio de Sam y dice: «Esto es un truco barato de la calle, Sam. Si no te das cuenta, es que estás ciego». Y se va muy ofendido.

Ted invita al doctor Sam a pensar en algún familiar, en cualquier familiar y, un segundo después, le dice que estaba pensando en su hermano Guy, que murió

de apendicitis cuando tenía catorce años; desde entonces, su madre se refiere a Guy como «el ángel de la guarda de Sam». Esta vez, el doctor Sam pone cara de que acabaran de darle un bofetón. Por fin se ha asustado. Ya sea por el extraño vaivén creciente y decreciente de las pupilas de Ted o por la demostración práctica de mentalismo sin el teatral frotamiento de la frente, ni la frase de marras «estoy recibiendo la imagen…», el doctor Sam está asustado. Estampa el NO APTO en la solicitud de alistamiento de Ted con un enorme sello rojo e intenta deshacerse de él, además, ¿quién quiere ir a Francia a inhalar gas mostaza?, pero Ted lo agarra por el brazo de forma amable, aunque en absoluto vacilante.

—Escúcheme —dice Ted Brautigan—. Soy telépata de verdad. Lo he sospechado desde que tenía seis o siete años, desde que era lo bastante mayor para saber qué significaba esa palabra, y estoy seguro desde los dieciséis. Podría ser de gran utilidad para los servicios de espionaje del Ejército, y mi facultad auditiva por debajo de la media y mi fuerte latido no importarían mucho en ese puesto. En cuanto a lo que me pasa en los ojos… —Se mete la mano en el bolsillo de la camisa, saca un par de gafas de sol y se las pone—. ¡Tachán!

Le dedica al doctor Sam una sonrisa de tanteo. Pero no funciona. Hay un Sargento de Armas apostado en la puerta de la Oficina Temporal de Alistamiento en el Departamento de Educación Física del instituto de East Hartford, y el médico lo convoca.

—Este muchacho es un «no apto» y estoy harto de discutir con él. ¿Sería usted tan amable de acompañarlo a la salida de las instalaciones?

Ahora es Ted a quien agarran del brazo y no con tanta amabilidad.

—Un momento —dice Ted—. ¡Hay otra cosa! ¡Algo incluso más valioso! No sé si hay una palabra que lo defina, pero…

Antes de que pueda proseguir, el Sargento de Armas lo saca a rastras de la oficina y lo empuja a toda prisa por el pasillo, y pasa junto a varios chicos y chicas boquiabiertos casi de su misma edad. Sí que existe una palabra y la aprenderá dentro de unos años, en Cielo Azul. La palabra es «facilitador» y, por lo que a Prentiss, «Pimli», respecta convierte a Ted Stevens Brautigan en el hum más valioso del universo.

Pero no ese día de 1916. Ese día de 1916, lo arrastran a toda prisa y lo tiran a la escalera de granito de la puerta principal del instituto, y un hombre le dice con un fuerte acento sureño: «¡Boá, será mejor que no vuelvas a asomar el

hocico por aquí!». Después de pensarlo un poco, Ted decide que el Sargento de Armas lo está llamando serpiente; aunque más bien, «¡Boá!», en este contexto, es una interjección sureña.

Durante un rato, Ted se queda donde lo han dejado. Está pensando: «¿Qué puedo hacer para convenceros?» y «¿Cómo podéis estar tan ciegos?». No puede creer lo que acaba de ocurrirle.

Sin embargo, tiene que creérselo, porque allí está, en la calle. Y al final de un paseo de casi diez kilómetros alrededor de Hartford cree que entiende algo más. Jamás le creerán. Ninguno de ellos. Nunca jamás. Se negarán a entender que un tipo que puede leer la mente colectiva del Alto Mando alemán podría ser ligeramente útil. Un tipo que podría decirle al Alto Mando de los aliados de dónde va a venir la próxima ofensiva de los alemanes. Un tipo que puede hacer algo así, incluso una o dos veces, podría haber acabado con la guerra para Navidad. Pero no tendrá la oportunidad de hacerlo porque no se la darán. Y ¿por qué? Tiene algo que ver con el hecho de que el segundo médico haya cambiado el número cuando Ted lo adivinó, y con que se negara a continuación a escribir otro número. Porque, en algún lugar del fondo de su corazón, lo que querían era combatir, y un muchacho como ese lo estropearía todo.

Es por algo así.

Entonces, ¡a la puta mierda! Irá a Harvard con la pasta de su tío.

Y así lo hace. Harvard es como le ha dicho Dinky y mejor: hay clases de Teatro, Debate y el periódico universitario de color carmesí de Harvard, el Crimson*; tipos raritos chiflados por las mates; y, por supuesto, la guinda del pastel, la fraternidad Phi Betha Caca. Incluso se ahorra unos pavos de su tío al conseguir licenciarse en menos tiempo.*

*Está en el sur de Francia, hace tiempo que ha terminado la guerra, y recibe un telegrama: «*TÍO MUERTO STOP REGRESA A CASA ANTES STOP*».*

Al parecer, la palabra clave es: STOP.

Dios sabe que fue uno de esos momentos que marcan un hito. Se fue a casa, sí, y ofreció consuelo cuando el consuelo era lo apropiado, sí. Pero, en lugar de entrar en el negocio de los muebles, Ted decide darle al STOP *de su recorrido vital hacia el éxito económico y darle al* START *de su recorrido vital hacia el anonimato económico. En el transcurso de la larga vida de este hombre, el ka-tet de Roland no escucha en ningún momento que Ted Brautigan culpe de su*

deliberado anonimato a su extravagante habilidad, o a su momento de epifanía: es un talento valioso que nadie aprecia.

Y, ¡Dios!, ¡qué bien llega a entenderlo! Para empezar, su «fabuloso talento» (como lo llaman a veces en los folletines de ciencia ficción), en realidad, es peligroso para su cuerpo en las circunstancias apropiadas o, más bien, inapropiadas.

En 1935, en Ohio, su talento lo convierte en asesino.

No tiene ninguna duda de que a alguien le puede parecer una palabra demasiado fuerte, pero será a él a quien juzguen por esa causa en particular, muchísimas gracias, y considera que el calificativo es adecuado. Estamos en Akron y la atmósfera está llena de una luz azulada y estival, los niños juegan con una lata vacía en un extremo de la Avenida Stossy y al béisbol en el otro extremo. Brautigan está en la esquina con un traje de verano, se apoya en un poste pintado con una raya blanca, esa raya indica que se trata de la parada del autobús. A su espalda tiene una tienda de golosinas vacía con un águila azul de la Asociación Nacional del Rifle en una ventana y un mensaje confuso que dice: «ESTÁN MATANDO AL HOMBRECILLO». Ted está allí de pie —con su maletín de piel lleno de rozaduras y una bolsa de papel marrón con una chuleta de cerdo para la cena, que ha comprado en la tienda de comida preparada del señor Dale—, cuando, de pronto, alguien lo ataca por detrás y siente cómo lo arrastran hacia el poste de teléfonos con la raya blanca. Primero da con la nariz, se la rompe, llueve la sangre. Luego da con la boca, y siente que le rebanan los dientes, siguiendo la blanda línea de las encías. De pronto tiene la boca invadida por un sabor salado, como zumo de tomate caliente. Se oye un ruido sordo a la altura de la cintura y se le bajan los pantalones, tiene medio culo al aire por la fuerza del tirón, y le quedan colgando arrugados y retorcidos, como los bombachos de un payaso. De pronto, un chaval con camiseta y pantalones de sport, con la tela del trasero brillante, va corriendo Avenida Stossy abajo, hacia el lugar donde están jugando a béisbol, y lleva una cosa marrón, que se menea, en la mano, se menea como una lengua de piel, ¡vaya!, esa cosa es la cartera de Ted Brautigan. Le acaban de birlar la cartera, ¡por Dios!

La bruma violácea de esa noche de verano de pronto se oscurece, vuelve a iluminarse acto seguido y luego vuelve a oscurecerse. Son sus ojos, que hacen eso que tanto maravilló al segundo médico hace casi veinte años, aunque Ted no es muy consciente de ello. Tiene la atención concentrada en el tipo que se ha

dado a la fuga, el hijo de puta que le acaba de birlar la cartera y que, de paso, le ha dejado la cara hecha un cromo. Jamás ha estado más furioso en toda su vida, y, aunque la idea que le transmite al ladrón es inofensiva, casi amable

(«escucha, colega te habría dado un dólar, incluso dos, si me lo hubieras pedido»)

tiene la fuerza letal de un arpón. Y es un arpón. Tardará un tiempo en darse cuenta, pero, llegado el momento, entenderá que es un asesino y que, si hay Dios, Ted Brautigan se sentará algún día en su trono y responderá por lo que acaba de hacer. Parece como si el hombre a la fuga trastabillara con algo, pero allí no hay nada, solo un «HARRY QUIERE A BELINDA» pintado en la agrietada acera, con una tiza desvaída casi del todo. La expresión de esa emoción está rodeada de garabatos infantiles, estrellas, un cometa, una luna creciente, que más adelante se convertirán en cosas temidas para Ted. Se siente como si acabara de clavarse él mismo un arpón en plena espalda, aunque él, por lo menos, sigue de pie. Y no lo ha hecho a propósito. Simplemente… se ha dejado llevar por la ira.

Recoge su cartera y ve cómo lo miran los chicos que juegan a béisbol, boquiabiertos. Les apunta con la cartera como si fuera una especie de pistola con el cañón blando y el chico que sostiene el palo de escoba recortado se estremece. Es ese estremecimiento, más que el cuerpo que se desploma, lo que obsesionará a Ted en sueños durante el año siguiente, más o menos, y, a partir de entonces, de forma intermitente, a lo largo de toda su vida. Porque a él le gustan los niños, y jamás asustaría a ninguno a propósito. Y sabe lo que ellos ven: un hombre con los pantalones casi bajados, enseñando los calzoncillos boxer (podría tener la pilila asomando por la cremallera y esa habría sido la guinda del pastel), con una cartera en la mano y mirada de loco en la puta jeta.

—¡No habéis visto nada! —les grita—. Ya me habéis oído, me habéis oído. ¡No habéis visto nada!

Entonces se sube los pantalones. Luego vuelve a donde está su maletín y lo recoge, pero no así la bolsa de papel con el bocata de jamón cocido, ¡a la puta mierda con el bocata!, ha perdido el hambre junto con uno de sus incisivos. Luego echa otro vistazo al cuerpo de la acera, y a los niños asustados. Y empieza a correr.

Lo que se convertirá en su carrera.

El final de la segunda cinta quedó suelto en la bobina, produciendo un «flip-flap » al girar.

—¡Dios mío! —exclamó Susannah—. ¡Dios mío, pobre hombre!

—¡Hace tanto tiempo! —comentó Jake, y sacudió la cabeza, como para despejarla. Los años entre su cuando y el del señor Brautigan le parecían un abismo insalvable.

Eddie cogió la tercera caja, sacó la bobina que había dentro y miró con las cejas enarcadas a Roland. El pistolero hizo girar un dedo con su conocido gesto, el que significaba: «Adelante, adelante».

Eddie colocó la bobina en los cabezales. Jamás lo había hecho, pero, como solía decirse, no había que ser un científico de la NASA para saber cómo funcionaba. La cansada voz empezó a hablar de nuevo desde Casa de Chocolate, que Dinky Earnshaw había construido para Sheemie, un lugar real creado a partir de la imaginación, nada más y nada menos. Un balcón en el lateral de la Torre Oscura, como lo había llamado Brautigan.

Había matado al hombre (por accidente, todos habrían estado de acuerdo con esa versión; todos vivían pistola en mano y conocían la diferencia entre «por accidente» y «a propósito» sin necesidad de discutirlo) a eso de las siete de la tarde. A las nueve de esa noche, Brautigan se había subido a un tren hacia el Oeste. Tres días más tarde estaba leyendo los anuncios de ofertas de trabajo para contables en el periódico de Des Moines. Por aquel entonces, se conocía mejor a sí mismo, sabía el cuidado con el que tenía que andarse. Ya no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por la ira, ni siquiera cuando ese sentimiento estuviera justificado. Por lo general, era un telépata común y corriente —del tipo que adivinaba lo que habías comido y que podía adivinar dónde estaba la reina de corazones porque el trilero de turno lo sabía—, pero cuando la furia tenía acceso a ese arpón, ese terrible arpón…

—Y, por cierto, eso no es verdad —dijo la voz de la grabadora—. Lo de que era un telépata común y corriente, y lo entendí incluso cuando era un mocoso llorica que intentaba entrar en el Ejército. Solo que no conocía la palabra para definir mi condición.

Resultó que la palabra era «facilitador». Más adelante tuvo la certeza de que determinados tipos, sin duda cazatalentos, lo estaban vigilando incluso entonces, probándolo. Sabían que era diferente dentro del subgrupo de telépatas, pero no

sabían hasta qué punto. Para empezar, los telépatas que no provenían de Tierra Piedra Angular (era la expresión que utilizaron ellos) eran poco frecuentes. Para continuar, Ted había llegado a darse cuenta, a mediados de la década de 1930, de que lo que tenía era contagioso: si tocaba a una persona en un estado de emoción intensa, esa persona se volvía telépata durante un breve período. Lo que no sabía por aquel entonces era que quienes ya eran telépatas se volvían más poderosos.

Exponencialmente más poderosos.

—Pero eso es adelantarme en mi historia —dijo Brautigan.

Fue de ciudad en ciudad —era un vagabundo que tiraba millas en un vagón de pasajeros, vestido con traje, en lugar de ir en un vagón de carga vestido con un peto—, nunca se quedaba en ningún sitio el tiempo suficiente para echar raíces. En retrospectiva, suponía que era consciente de que lo estaban vigilando. Era un pensamiento intuitivo, o como esas cosas raras que uno ve a veces venir con el rabillo del ojo. De pronto se volvía, porque sentía la presencia de una clase de persona determinada. Unas pocas eran mujeres, la mayoría eran hombres, y a todos les gustaba la ropa de colores chillones, la carne poco hecha, y los coches rápidos pintados con colores tan estridentes como el de su ropa. Sus rostros poseían un abotargamiento inusual y una extraña inexpresividad. Más adelante los relacionaría con los tarados a los que algún médico charlatán les había hecho la cirugía plástica. Durante el mismo período de veinte años —aunque, una vez más, no de forma consciente, solo con el rabillo del tercer ojo —, se dio cuenta de que no importaba en qué ciudad estuviera, los garabatos infantiles que vio cuando le robaron la cartera tenían un medio para aparecer en las vallas, en las entradas de las casas y en las aceras. Estrellas y cometas, planetas anillados y lunas crecientes. A veces, un ojo rojo. Solía haber una rayuela dibujada en la misma zona, pero no siempre. Brautigan dijo que, pasado un tiempo, todo cobró sentido de una forma caótica, pero no en la década de 1930, ni en la de 1940, ni a principios de 1950, cuando viajaba sin rumbo. No, entonces era un poco como los médicos número uno y número dos: no quería ver lo que tenía justo delante de sus narices, porque era… inquietante.

Entonces, justo en el momento en que Corea se estaba quedando sin cuerda, vio el Anuncio. Prometía EL TRABAJO DE TU VIDA y decía que, si eras EL HOMBRE CON LAS APTITUDES ADECUADAS, no te harían ABSOLUTAMENTE NINGUNA PREGUNTA no te harían ABSOLUTAMENTE NINGUNA PREGUNTA. Se enumeraban una serie de habilidades requeridas, la contabilidad era una de

ellas. Brautigan estaba seguro de que el anuncio estaba puesto en periódicos de todo el país; él lo leyó en el *Bee* de Sacramento.

—¡Me cago en Dios! —gritó Jake—. Ese es el mismo periódico que el padre Callahan estaba leyendo cuando encontró a su amigo George Magruder…

—¡Chitón! —ordenó Roland—. Tú escucha.

Escucharon.

SEIS

Quienes realizan las pruebas son los hum (este es un término que Ted Brautigan no aprenderá hasta dentro de un par de semanas, no hasta que salga del año 1955 y entre en el «no tiempo» del Algul). El entrevistador con el que finalmente se reúne en San Francisco también es un hum. Ted aprenderá (entre muchísimas otras cosas) que los disfraces que llevan los hampones, sobre todo las máscaras, no dan el pego, no cuando los tienes frente a frente. Frente a frente se puede ver la verdad: son híbridos de hum y taheen que se toman la cuestión de su conversión con fervor religioso. La forma más fácil de encontrarse envuelto en un abrazo de oso de un hampón, con una serie de fauces asesinas buscándote la arteria carótida, es afirmar que lo único en que se están convirtiendo es en seres más viejos y más feos. La marca roja que tienen en la frente, el Ojo del Rey, suele desaparecer cuando están en el lado estadounidense (o se seca, como pecas ocultas temporalmente), y las máscaras adoptan una espeluznante calidad orgánica, salvo detrás de las orejas, donde se ve la piel de debajo, peluda y cubierta de dientes, y en el interior de las fosas nasales, donde se ven docenas de pelillos en movimiento. Pero ¿quién va a ser tan grosero como para mirarle la napia por dentro a nadie?

Da igual lo que crean los hampones, frente a frente se ve con toda claridad que algo falla en ellos, incluso en el lado estadounidense, y a nadie le interesa asustar al pez antes de que haya mordido el anzuelo. Así que hay hum (término abreviado que los can-toi jamás utilizarán; lo encuentran denigrante, tanto como «negrata» o «chupasangre») en los exámenes, hum en las salas de entrevistas, solo habrá hum hasta más tarde, cuando pasan por una de las puertas en funcionamiento del lado de Estados Unidos y van a parar a Tronido.

Ponen a Ted a prueba, junto con otras cien personas, más o menos, en un gimnasio que le recuerda al de East Hartford. Este está lleno de hileras y más

hileras de escritorios de estudio (han tenido la precaución de poner colchonetas de lucha libre en el suelo para evitar que las patas redondas de acero de los antiguos escritorios rayen el barniz de la madera noble), pero, después de la primera ronda de pruebas —un test de noventa minutos lleno de preguntas de matemáticas, gramática y léxico—, la mitad de las mesas quedan vacías. Después de la segunda ronda, quedan tres cuartos del total vacíos. La segunda ronda consiste en una serie de preguntas extrañísimas, muy subjetivas y, en muchos casos, Ted da una respuesta que no cree, porque piensa —quizá sabe— que la gente que le hace la prueba quiere una respuesta distinta a la que él (y la mayoría de personas) daría en circunstancias normales. Por ejemplo, aquí va una perlita:

> 23. Te detienes cerca de un coche volcado en una carretera poco frecuentada. Atrapado en el interior del vehículo, hay un joven pidiendo socorro. Le preguntas: «¿Está herido, joven?», a lo que él responde: «¡Creo que no!». En un campo de por allí cerca hay una cartera llena de dinero. Tú:
>
> a. Rescatas al joven y le devuelves el dinero.
> b. Rescatas al joven, pero insistes en llevar el dinero a la policía local.
> c. Coges el dinero y sigues tu camino, con la idea de que, aunque la carretera sea poco frecuentada, al final pasará alguien que libere al joven.
> d. Ninguna de las anteriores.

De haber sido una prueba para ingresar en el cuerpo de policía de Sacramento, Ted habría rodeado la «b» con un círculo sin pensarlo. Puede que no sea más que un vagabundo en ruta, pero su madre no lo crio para ser un idiota, ¡no, no señor! Esa opción sería la correcta en la mayoría de circunstancias, la opción de jugar a lo seguro, la opción que no podía estar mal. Para transigir, la opción que quiere decir: «No tengo ni la más puñetera idea de qué va todo esto, pero al menos soy lo bastante sincero como para reconocerlo», es la «d».

Ted rodea con un círculo la «c», pero no porque sea necesariamente lo que él haría en esa situación. En general, piensa que habría puesto la «a», suponiendo que pudiera hacer, por lo menos, un par de preguntas al joven para saber de dónde ha salido el botín. Y si la tortura no estaba incluida (y él lo sabría, ¿no?, sin importar lo que el joven pudiera haber dicho sobre el tema), claro, aquí tiene su dinero, Vaya con Dios**[10]**. *Y ¿por qué? Porque resulta que*

Ted Brautigan cree que el dueño de la caduca tienda de golosinas tiene razón: «ESTÁN MATANDO AL HOMBRECILLO».

Pero rodea la «c» con un círculo y, cinco días después, se encuentra en la antesala de un estudio de baile cerrado al público, en San Francisco (le han pagado el billete de tren desde Sacramento), junto con otros tres hombres y una adolescente de mirada huraña (resulta que la chica es la antigua Tanya Leeds de Bryce, Colorado). Esas personas son mejores que las cuatrocientas que se presentaron para la prueba en el gimnasio, atraídas por el goloso anuncio. Borregos, en su mayoría. Aquí, sin embargo, hay cuatro corderos. El uno por ciento. Incluso esto, como Brautigan descubrirá con el tiempo, es un truco asombroso.

Al final, lo llevan a una habitación con el cartel de PRIVADO. Está llena, en gran parte, de útiles de ballet polvorientos. Un hombre de espaldas anchas y facciones duras, vestido con traje marrón, está sentado en una silla plegable, rodeado por tutúes rosados que no le pegan en absoluto. Ted piensa: «Es como un sapo en un jardín imaginario».

El hombre se echa hacia delante, con los brazos apoyados en sus muslos elefantiásicos.

—Señor Brautigan —dice—. Tal vez yo sea un sapo, o no, pero puedo ofrecerle el trabajo de su vida. También puedo despedirme de usted con un apretón y un «muchas gracias». Todo depende de la respuesta a una pregunta. Una pregunta sobre una pregunta, de hecho.

El hombre, que se llama Fran Armitage, le pasa a Ted una hoja de papel. En ella, resaltada, está la pregunta 23, la del joven y la cartera con el dinero.

—Usted redondeó la «c» —añade Frank Armitage—. Bien, ahora, sin ningún tipo de vacilación, por favor, dígame por qué.

—Porque la «c» es la que ustedes querían —responde Ted sin ningún tipo de vacilación.

—¿Y cómo sabe eso?

—Porque soy telépata —responde Ted—. Y eso es lo que de verdad buscaban. —Intenta conservar la cara de póquer y cree que lo hace bastante bien, pero en su interior siente un enorme y musical alivio. ¿Porque ha encontrado trabajo? No. ¿Porque dentro de un momento le harán una oferta que dejará los premios de los concursos televisivos a la altura del betún? No.

Porque al fin hay alguien que quiere lo que sabe hacer.

Porque al fin hay alguien que le quiere.

SIETE

El trabajo ofertado resultó ser un cebo, pero Brautigan fue sincero en sus memorias y afirmó que habría seguido adelante aunque hubiera sabido la verdad.

—Porque el talento no se queda tranquilo, no sabe cómo quedarse tranquilo —dijo—. Siempre que uno tiene la habilidad para adivinar claves de seguridad, leer mentes o dividir mentalmente números de diez dígitos, esa habilidad pide a gritos que la utilices. Jamás se calla. Te despierta en mitad de la noche en la que estás más agotado, gritando: «¡Utilízame, utilízame, utilízame! ¡Estoy harta de estar aquí quieta! ¡Utilízame, puto cabrón, utilízame!».

Jake soltó un rugido de risa preadolescente. Se tapó la boca, pero seguía escapándosele la risa a través de los dedos. Acho levantó la vista para mirarlo, con esos ojos negros rodeados por dorados anillos nupciales, con una sonrisilla endiablada.

Allí, en la habitación llena de tutúes rosas con volantes, Armitage —con el sombrero ligero de fieltro y de ala curva, con el que se cubría la cabeza pelada al cero, ligeramente echado hacia atrás— había preguntado a Ted si había oído hablar de «los Avispas Marinas Sudamericanos». Cuando Ted respondió que no, Armitage le contó que un consorcio de ricos empresarios sudamericanos, sobre todo brasileños, habían contratado a un puñado de ingenieros, trabajadores de la construcción, y peones estadounidenses en 1946. Más de cien en total. Esos eran los Avispas Marinas Sudamericanos. El consorcio los contrató a todos por un período de un año, y con diferentes categorías salariales, aunque el sueldo era en extremo generoso, hasta un punto casi embarazoso, en todas las categorías. El conductor de la excavadora, por ejemplo, podría haber firmado un contrato de 20 000 dólares al año, que en esa época era un buen pellizco. Pero eso no era todo: recibía una bonificación equivalente al sueldo de un año. Lo que ascendía a un total de 100 000 dólares. Eso era si el tipo estaba dispuesto a aceptar una condición inusual: vas, trabajas y no vuelves hasta que pasen cuatro años o hasta que el trabajo esté terminado. Tenías dos días libres a la semana, igual que en Estados Unidos, y tenías un período vacacional al año, igual que en Estados Unidos, pero en las pampas. No podías volver a Estados Unidos (ni a Río) hasta que se hubiera terminado tu colaboración temporal de cuatro años. Si morías en

Sudamérica, te quedabas allí plantado; nadie iba a pagar para devolver tu cuerpo a Wilkes Barre. Pero te daban cincuenta de los grandes por adelantado, y un período de prueba de sesenta días, durante el cual podías gastar, ahorrar, invertir o pulirte ese dinero. Si escogías la inversión, esos cincuenta mil se podían convertir en setenta y cinco mil cuando salieras dando pasos de baile de la selva, bronceado hasta el tuétano, con una musculatura de infarto y batallitas para una vida. Y, por supuesto, en cuanto salieras, tendrías lo que a los ingleses les gustaba llamar «la otra mitad» para ponerle la guinda al pastel.

La oferta que tenía para él era igual, le dijo Armitage a Ted de todo corazón. Solo que la mitad por adelantado sería un genial cuarto de millón y la otra medio millón.

—Y eso me pareció increíble —dijo Ted desde la Wollensack—. Por supuesto que sí, ¡por Pepito Grillo! No me enteré hasta más adelante de lo increíblemente bajo que era el precio al que nos estaban comprando, incluso con esas cifras. Dinky tiene mucho que decir sobre el tema de su tacañería… el *su*, en este caso, se refiere a los burócratas del Rey. Dinky dice que el Rey Carmesí está intentando provocar el fin del mundo basándose en el plan del presupuesto. Y claro que tiene razón, pero yo creo que incluso Dinky se da cuenta —aunque no lo admitiría, por supuesto—, que cuando a un hombre se le ofrece demasiado, simplemente se niega a creerlo. O, según la imaginación que tenga (muchos telépatas y precognitivos prácticamente carecen de ella), es incapaz de creerlo. En nuestro caso, el período de aprendizaje tenía que ser de seis años, con opción de renovación, y Armitage necesitaba tener mi respuesta de inmediato. Pocas técnicas son tan exitosas, dama y caballeros, como la de dejar pasmado a tu adversario, despedirse de él con frialdad y luego entrarle a saco.

»A mí me entraron totalmente a saco y yo me dejé desde un principio. Armitage me dijo que mi cuarto de millón estaría en el banco Reaman de San Francisco esa misma tarde, y yo podría hacer uso de él en cuanto llegase allí. Le pregunté si tenía que firmar un contrato. Me alargó una mano —que era grande como un jamón— y me dijo que ese era nuestro contrato. Le pregunté dónde iba a ir y qué haría, preguntas que debería haber hecho antes, estoy seguro de que estaréis de acuerdo, pero estaba tan atónito que ni se me pasó por la cabeza.

»Además, estaba bastante seguro de que lo sabía. Creí que iba a trabajar para el Gobierno. Para una especie de historia como la Guerra Fría. La sección telepática de la CIA o del FBI, montada en una isla del Pacífico. Recuerdo haber pensado que sería un argumento de coña para una radionovela.

»Armitage me dijo: “Vas a viajar lejos, Ted, aunque será como si cruzases una puerta. Y de momento, eso es todo lo que te puedo decir. Salvo que debes mantener la boca cerrada sobre nuestro trato durante las ocho semanas anteriores a que… bueno… a que embarques para salir. Recuerda que por la boca muere el pez. A riesgo de meterte en la cabeza algún tipo de paranoia, debes pensar que te están vigilando”.

»Y claro que me estaban vigilando. Más tarde —demasiado tarde, por así decirlo—, tuve la oportunidad de revivir mis últimos dos meses en San Francisco, y me di cuenta de que los cantoi me estuvieron vigilando a todas horas.

»Los hampones.

OCHO

—Armitage y otros dos hum se reunieron con nosotros en la entrada del hotel Mark Hopkins —dijo la voz de la grabadora—. Recuerdo la fecha con total claridad; era Halloween, 31 de octubre de 1955. Las cinco en punto de la tarde. Jace McGovern, Dave Ittawy, yo y Dick… No recuerdo su apellido, murió unos seis meses después. Humma dijo que había sido neumonía y los otros ki’cans lo respaldaron —«ki’can» es algo así como «pueblo de mierda» o «yentes de mierda», por si os interesa—, pero se suicidó y yo lo sabía, si es que no lo sabía nadie más. Los demás… bueno, ¿os acordáis del médico número dos? Los demás eran, y son, como él. «No me diga lo que no quiero saber, sai, no me fastidie mi visión del mundo». Sea como fuere, la última era Tanya Leeds. Una criatura dura de pelar…

Un silencio y un clic. A continuación, volvió a oírse la voz de Ted, sonó más vital durante un rato. La tercera bobina estaba casi agotada. «Seguramente se habrá comido el resto de la historia», pensó Eddie, y esa idea lo decepcionó. Ted podía ser muchas cosas, pero, ante todo, era un cuentacuentos de puta madre.

—Armitage y sus colegas se presentaron en una ranchera familiar de Ford, lo que llamábamos «leñoso» en esa encantadora época. Nos llevaron hacia el interior, a un pueblo llamado Santa Mira. Allí había una calle principal adoquinada. Todas las otras calles eran de tierra. Recuerdo que había un montón de torres de perforación de petróleo, que parecían mantis religiosas, más o

menos… aunque, cuando llegamos, estaba oscuro y no eran más que siluetas a contraluz, con el cielo de fondo.

»Yo esperaba una estación de trenes o un autobús con el letrero de "FLETADO" donde solía estar el cartel del destino. Pero llegamos a una zona de mercancías con un cartel que decía: ZONA DE TRANSPORTES DE SANTA, que colgaba torcido en la entrada. Entonces recibí un pensamiento, un pensamiento claro como el agua, de Dick como se apellidase. Van a matarnos —estaba pensando—. Nos han traído hasta aquí para matarnos y robarnos las cosas.

»Si uno no es telépata, no sabe cuánto puede asustarle algo así. Vi que Dave Ittaway se ponía blanco y, aunque Tanya no hizo ni un ruido, era una criaturita muy dura, como ya os he dicho, en el vehículo había bastante luz para ver que le asomaban unas lágrimas por el rabillo del ojo.

»Me incliné hacia ella, le cogí las manos a Dick y se las apretujé cuando él intentó zafarse. Le transmití mentalmente: "No nos han dado un cuarto de millón a cada uno, del que gran parte todavía está en el Seaman's Bank, para traernos al quinto coño y robarnos el reloj". Y Jace me transmitió: "Yo ni siquiera tengo reloj. Empeñé mi Gruen hace dos años en Alburquerque y, cuando pensé en comprarme otro, que fue a eso de las doce de anoche, todas las tiendas estaban cerradas y, de todos modos, estaba demasiado borracho para bajarme del taburete del bar donde me encontraba".

»Eso nos relajó y todos nos echamos a reír. Armitage nos preguntó de qué nos reíamos y eso nos tranquilizó incluso más, porque nosotros teníamos algo que ellos no tenían, nos podíamos comunicar de una forma inaccesible para ellos. Yo le dije que no era nada, y di otro pequeño apretón a las manos de Dick. Funcionó. Yo… actué como facilitador para él, supongo. Era la primera vez que lo hacía. La primera de muchas. Esa es parte de la razón de que esté tan cansado; toda esta facilitación resulta agotadora.

»Armitage y los demás nos hicieron entrar. El lugar estaba vacío, pero al fondo había una puerta con tres palabras escritas con tiza, junto con esas lunas y estrellas que ya conocéis. ESTACIÓN DE TRONIDO, decía. Bueno, allí no había estación que valiera: ni camiones, ni autobuses ni más carretera que por la que habíamos llegado nosotros. Había ventanas a ambos lados de la puerta y nada al otro lado del edificio, más que un par de edificios más pequeños, cobertizos vacíos, uno de ellos no era más que una estructura quemada, y un montón de matorrales mezclados con basura.

»Dave Ittaway dijo: “¿Por qué salimos?”, y uno de los otros respondió: “Ya lo verás”. Y desde luego que lo vimos.

»“Las damas primero”, dijo Armitage y abrió la puerta.

»Al otro lado estaba oscuro, aunque no era una oscuridad corriente. Era algo más oscuro que la oscuridad. Cuando uno ve Tronido de noche, lo entiende. Y sonaba distinto. El bueno de Dick se lo pensó mejor y dio media vuelta. Uno de los hombres sacó una pistola. Jamás olvidaré lo que Armitage dijo. Porque parecía… amable. “Ahora es demasiado tarde para echarse atrás —dijo—. Ahora solo puedes seguir adelante”.

»Y creo que, en ese preciso instante, supe que ese asunto del plan de seis años y la reincorporación opcional era lo que mi amigo Bobby Garfield y su amigo Sully-John habrían llamado “una verdadera tomadura de pelo”. No es que se lo leyéramos en el pensamiento. Veréis, todos llevaban sombrero. Jamás se ve a un hampón, ni a una hampona, lo mismo da, sin su sombrero. Los de los hombres parecían sombreros con ala curva normales y corrientes, como los que llevaban la mayoría de los tíos en aquella época, pero no eran tocados normales. Eran gorras de pensar. Bueno, sería más adecuado llamarlas gorras de no pensar; ocultan los pensamientos de la gente que las lleva. Si intentas hurgar en alguien que lleve una —“hurgar” es el verbo que usa Dinky para referirse a la lectura del pensamiento—, no recibes más que un zumbido con un montón de susurros de fondo. Es muy desagradable, como las campanillas del exotránsito. Si las habéis oído, lo entenderéis. Supone mucho esfuerzo, y el esfuerzo es lo último en lo que están interesados la mayoría de telépatas del Algul. En lo que están interesados, sobre todo los Disgregadores, dama y caballeros, es en que “el fin justifica los medios”. Cuya verdadera monstruosidad solo se descubre cuando uno adopta una perspectiva más amplia. Mirar las cosas con perspectiva es otra cosa en la que no están interesados la mayoría de Disgregadores. Hay un dicho, un poemilla, que suele escucharse por el campus, o se ve escrito con tiza en las paredes: “Disfruta del crucero, enciende el ventilador, no hay nada que perder, así que tú ocúpate del bronceador”. Significa mucho más que “tómatelo con calma”. Las implicaciones de ese ripio son extremadamente desagradables. Me pregunto si las entendéis.

Eddie pensó que al menos él si las entendía, y se le ocurrió que su hermano Henry habría sido un Disgregador absolutamente maravilloso. Claro está, suponiendo que lo hubieran dejado llevarse la heroína y sus discos de los Creedence Clearwater.

Ted se quedó callado durante un rato, luego soltó una risa compungida.

—Creo que ha llegado la hora de resumir una larga historia. Pasamos por la puerta, dejémoslo así. Si lo habéis hecho, sabéis que puede ser muy desagradable, si la puerta no funciona como toca. Y la puerta entre Santa Mira, California, y Tronido estaba en mejor estado que algunas que he cruzado desde entonces.

»Durante un instante no hubo más que oscuridad al otro lado, y el aullido de los que los taheen llaman perros del desierto. Luego un puñado de luces se encendieron y vimos unas… unos seres con cabeza de pájaro y comadreja, y otro con cabeza de toro, con cuernos y todo. Jace gritó y yo también. Dave Ittaway se volvió e intentó escapar corriendo, pero Armitage lo retuvo. Aunque no lo hubiera hecho, ¿dónde se podía ir? ¿Volvería a cruzar la puerta? Estaba cerrada, y, por lo que yo creía, era una puerta de un solo sentido. La única entre nosotros que no chistó fue Tanya, y cuando me miró, lo que vi en sus ojos y leí en su pensamiento fue alivio. Porque nosotros lo sabíamos, veréis. No se respondieron todas las preguntas, pero sí las dos que importaban. ¿Dónde estábamos? En otro mundo. ¿Cuándo íbamos a volver? Nunca, en toda la vida. Nuestro dinero se quedaría plantado en el Seaman’s de San Francisco hasta que se convirtiera en millones, y nadie lo gastaría jamás. Habíamos emprendido un camino largo y difícil.

»Allí había un autobús, con un conductor robot llamado Phil. “Me llamo Phil, subo por la colina, y la buena noticia es que este menda nunca se apoquina”, dijo. Olía a ginebra y desde sus entrañas salían todo tipo de “clics” disonantes. El viejo Phil ya está muerto, arrojado en el cementerio de trenes y robots con solo Dios sabe cuántos otros, aunque tienen suficiente ayuda mecanizada para acabar lo que han empezado, estoy seguro.

»Dick se desmayó cuando salimos al lado de Tronido, pero, para cuando vimos las luces de las instalaciones, ya había recuperado la conciencia. Tanya tenía la cabeza de Dick en el regazo, y recuerdo el agradecimiento con que la miraba él. ¡Qué curioso lo que uno recuerda!, ¿verdad? Nos pasaron lista en la puerta. Nos asignaron residencia, nos indicaron cuáles eran nuestras habitaciones, se encargaron de que comiéramos, y fue una comida de coña. La primera de muchas.

»Al día siguiente fuimos a trabajar. Y, exceptuando mis “breves vacaciones en Connecticut”, hemos trabajado desde entonces.

Se produjo otra pausa y luego:

—Que Dios nos asista, hemos estado trabajando desde entonces. Y, que Dios nos perdone, la mayoría de nosotros hemos sido felices. Porque lo único que desea quien tiene un talento es que sea aprovechado.

NUEVE

Les habla de sus primeros turnos en el Estudio, y de que se da cuenta —no de forma gradual, sino casi de inmediato— de que no están allí para descubrir espías ni leerles la mente a científicos rusos, «ni cualquiera de esas tonterías del espacio», como diría Dinky (no porque estuviera Dinky allí, al principio, aunque Sheemie sí que estaba). No, lo que están haciendo es romper *algo. Lo siente, no solo en el cielo que cubre Algul Siento, sino en todas partes, incluso bajo los pies.*

Aun así, se siente bastante satisfecho. La comida es buena y, aunque su apetito sexual ha disminuido bastante con el paso de los años, no siente ninguna repulsión hacia el polvo sin pareja, y se recuerda que el sexo virtual no es otra cosa que una buena paja con accesorios. Aunque también ha echado algún polvo con la puta de turno, como muchos hombres que viven en la carretera, y puede afirmar que esa clase de sexo tampoco es muy distinta a la masturbación. Se la metes lo más dura que puedes, te chorrea el sudor y ella grita: «Tío, tío, tío», y no paras de pensar si ella debería pagarte la gasolina e intentas recordar qué día los cupones valen por un descuento doble en los supermercados Red & White. Como con la mayoría de cosas en la vida, tienes que usar la imaginación, y Ted sabe hacerlo, es bueno en eso de la visualización, gracias, ¡oh, muchas gracias! Le gusta el techo que tiene sobre la cabeza, le gusta la compañía; los guardias no dejan de ser vigilantes, sí, pero él les cree cuando le dicen que su trabajo es tanto evitar que entren las cosas malas como asegurarse de que los Disgregadores no salgan. Además, le gustan la mayoría de los residentes, y se da cuenta, después de un año o dos, de que los residentes lo necesitan de una extraña forma. Es capaz de consolarlos cuando sienten ansiedad; logra mitigar sus ataques de nostalgia con una hora, más o menos, de conversación entre murmullos. Y está claro que eso es algo bueno. A lo mejor todo *es algo bueno; sin duda,* da la sensación *de ser bueno. Sentir nostalgia es humano, pero disgregar es divino. Intenta explicarlo a Roland y a su tet, pero lo mejor que puede hacer, a lo máximo que puede llegar, es decir que es como*

conseguir por fin rascarse ese lugar de la espalda al que no llegas, ese lugar donde siempre tienes un picor leve pero constante y que te vuelve loco. Le gusta ir al Estudio, y también a todos los demás. Le gusta *la sensación de estar allí sentado, el olor de la madera noble y la piel de buena calidad, la sensación de buscar… y buscar… y al final, de pronto,* ¡aaahhh! *Ya lo tienes. Estás enganchado, te balanceas como un mono colgado de una pata. Estás* disgregando*, chaval, y disgregar es divino.*

Dinky dijo una vez que el Estudio era el único lugar en el mundo donde realmente se sentía en contacto consigo mismo, y por eso quería que lo cerraran. Que lo quemaran*, si era posible. «Porque sé la mierda en que me meto cuando estoy en contacto conmigo mismo —le dijo a Ted—. Cuando… bueno, ya sabes, cuando estoy metido de verdad en la fisura». Y Ted sabía exactamente de qué hablaba. Porque el Estudio era* siempre *demasiado bueno para ser cierto. Te sentabas, tal vez cogías una revista, mirabas las fotos de modelos y anuncios de margarina, de estrellas de cine y motores de coches, y sentías que se te elevaba la mente. El haz estaba en todas partes, era como estar en un enorme pasillo lleno de fuerza, pero la mente siempre se elevaba hasta el techo y, cuando llegaba allí, se encontraba con esa enorme y antigua fisura corredera.*

Puede que antiguamente, justo después de que el Prim *se retirase y la voz de Gan todavía retumbase en las habitaciones del macroverso, los Haces fueran lisos y relucientes, pero esos días han terminado. Ahora, la Senda del Oso y la Tortuga es desigual y está erosionada, llena de calas y desfiladeros de montaña y de bahías y grietas, llena de fisuras para meter los dedos y agarrarse, y a veces podías meterte dentro y sentías su calor reptando por tu cuerpo, como una gota de ácido que puede pensar.* Todas *esas sensaciones son intensamente placenteras. Sensuales.*

Ted cree que hay algo más, aunque no sabe que es el único que lo entiende hasta que se lo dice Trampas. Trampas jamás ha querido decirle nada, pero sufre una clase terrible de eccema y, veréis, eso lo cambia todo. Es difícil creer que una cabellera casposa pueda ser la encargada de salvar la Torre Oscura, aunque la idea no es del todo rocambolesca.

En absoluto rocambolesca.

—Hay unas ciento ochenta personas que trabajan a jornada completa en el Algul —dijo Ted—. Yo no soy el que tiene que decir a todo el mundo cómo hacer su trabajo, pero es algo que uno debería llevar por escrito, o, como mínimo, recordar. Hablando en términos generales, sesenta trabajadores en tres turnos de ocho horas cada uno, y en cada turno hay veinte personas. Los taheen tienen una vista de águila y, por lo general, se encargan de las torres de vigilancia. Los hum patrullan la parte más externa de la alambrada. Con pistolas de gran calibre, os lo advierto. En lo más alto está Prentiss, el Amo, y Finli o' Tego, el Jefe de Seguridad (hum y taheen respectivamente), pero la mayoría de itinerantes son can-toi… hampones, ya sabéis.

»La mayoría de hampones no se llevan bien con los Disgregadores; a lo mejor que pueden llegar es a una camaradería tensa. Dinky me contó una vez que están celosos de nosotros porque somos lo que llaman "hum terminados". Como los guardias hum, los can-toi llevan gorras de pensar cuando están de servicio para que no podamos hurgar. La verdad es que, desde hace años, la mayoría de Disgregadores no han intentado hurgar a nadie o nada más que al Haz, y a lo mejor ya no pueden; la mente también es un músculo y, al igual que cualquier otro, se atrofia si no lo utilizas.

Pausa. Un clic en la grabadora.

—No voy a poder terminar. Estoy desilusionado, pero no del todo sorprendido. Esta tendrá que ser la última historia, muchachos. Lo siento.

Un sonido grave. Un sorbo, Susannah estaba bastante segura; Ted estaba bebiendo más agua.

—¿Os he dicho que los taheen no necesitan las gorras de pensar? Hablan perfectamente nuestro idioma y, de vez en cuando, he tenido la sensación de que solo se puede hurgar en ellos con limitaciones. Pueden enviar y recibir, al menos un poco, pero si los hurgas, percibes unas ráfagas que te dejan como atontado, algo que suena como un ruido blanco… una interferencia mental; Dinky cree que, en realidad, es la forma en que piensan. Sea como fuere, eso les facilita las cosas. No tienen que recordar ponerse las gorras por la mañana, antes de salir.

»Trampas era uno de los can-toi itinerantes. Podríais verlo algún día dando tumbos por la calle principal de Pleasantville, o sentado en un banco en medio del Bulevar, por lo general con algún libro de autoayuda, como *Siete pasos hacia el pensamiento positivo*. Al día siguiente, estará apoyado en uno de los laterales de Casa del Desengaño, tomando el sol. Ocurre lo mismo con el resto de can-toi

itinerantes. Si existe una pauta de conducta, yo no he sido capaz de preverla nunca, ni tampoco Dinky. No creemos que exista.

»Lo que siempre hizo que Trampas fuera diferente era una total falta de envidia. En realidad es amigable, o lo era; en cierta forma, apenas parecía un hampón. Por lo visto, no cuenta con la simpatía de muchos de sus colegas. Lo cual es irónico, sabéis, porque si existe eso que llaman "conversión", Trampas es uno de los pocos que está consiguiendo algo. Una simple risa, por ejemplo. Cuando se ríen, la mayoría de los hampones producen un ruido como de cesto de piedras que caen por la tolva metálica de una mina: te da un buen tembleque, como dice Tanya. Cuando Trampas ríe, su risa suena un poco aguda, pero, de no ser por eso, parece normal. Porque se está riendo, creo. Se ríe de verdad. Los demás solo lo fingen.

»En todo caso, un día mantuve una conversación con él. Fue en la calle principal, a la salida del Gem. *La guerra de las galaxias* había regresado para su enésima reposición. Si hay una película de la que los Disgregadores nunca se cansan, esa es *La guerra de las galaxias*.

»Le pregunté si sabía de dónde procedía su nombre. Dijo que sí, que claro, que procedía de su clan familiar. Cada cantoi recibe un hombre hum que le pone su clan familiar en algún momento de su desarrollo; es una especie de símbolo de madurez. Dinky dice que reciben el nombre la primera vez que consiguen hacerse una paja, pero no es más que una de sus típicas ocurrencias. El hecho es que ni lo sabemos ni nos importa, aunque algunos de los nombres son bastante graciosos. Hay un tipo que se parece a Rondo Hatton, un actor de cine de los años treinta que sufría acromegalia y conseguía papeles de monstruos y psicópatas, pero se llama Thomas Carlyle. Había otro llamado Beowulf y un tipo llamado Van Gogh Baez.

Susannah, una fan de la música folk de Bleecker Street de tomo y lomo, se llevó las manos a la cara y ahogó un ataque de risitas histéricas.

—De todos modos, le dije que Trampas era un personaje de una famosa novela del Oeste titulada *The Virginian*. No era más que un segundón, comparado con el verdadero héroe, pero Trampas pronunciaba la frase del libro que todo el mundo recuerda: «¡Sonríe cuando digas eso!». Eso hizo reír a nuestro Trampas y yo acabé contándole toda la historia del libro mientras tomábamos café en un bar.

»Nos hicimos amigos. Yo le conté lo que ocurría en nuestra pequeña comunidad de Disgregadores, y él me contó un montón de cosas interesantes,

aunque inofensivas, sobre lo que ocurría en su lado de la alambrada. También se disculpó por su eccema, que le provocaba un terrible picor en la cabeza. No paraba de levantarse la gorra, una especie de gorra ajustada —bastante parecida a un *yarmulke*, solo que de tela vaquera—, para rascarse el cuero cabelludo. Comentó que ese era el peor sitio donde se podía tener un eccema, peor aún que en las partes nobles. Y, poco a poco, me di cuenta de que, cada vez que se levantaba la gorra, podía leerle los pensamientos. No solo los superficiales, sino todos. Si era rápido, y aprendí a serlo, podría hurgar y seleccionar, al igual que se buscan y seleccionan los artículos de una enciclopedia, volviendo las páginas. Solo que, en realidad, no era eso; era más parecido a ir apagando y encendiendo la radio durante la emisión de las noticias.

—¡Me cago en todo! —exclamó Eddie, y cogió otra galleta integral. Anheló con todas sus fuerzas tener leche para poder mojarlas; las galletas integrales sin leche son casi como las Oreo sin la pasta blanca del medio.

—Imaginaos encendiendo una radio o una televisión a todo volumen —dijo Ted con su voz gastada y apagada— y volviendo a apagarla… en un *pispás*. —Lo dijo de corrido, a propósito, y todos sonrieron, incluso Roland—. Eso os pondrá en situación. Ahora os contaré lo que averigüé. Sospecho que ya lo sabréis, pero no puedo arriesgarme a que no lo sepáis. Es demasiado importante.

»Hay una Torre, dama y caballeros, como debéis saber. En una época, seis haces se entrecruzaron allí. Tomaban fuerzas de ella —es una suerte de fuente de energía inimaginable— y la sostenían, como los cables de sujeción aguantan una torre de comunicaciones. Ahora, cuatro de estos haces han desaparecido, el cuarto hace muy poco. Los únicos dos que quedan son el Haz del Oso, Senda de la Tortuga —el Haz de Shardik— y el Haz del Elefante, Senda del Lobo; algunos llaman a este último Haz de Gan.

»Me gustaría saber si podéis imaginar mi consternación al descubrir lo que había estado haciendo, en realidad, en el Estudio. Cuando me había rascado ese inofensivo picor. Aunque, desde siempre, había sabido que se trataba de algo importante. Lo sabía.

»Y había algo peor, algo que no había sospechado, algo que solo era aplicable a mí. Sabía que era diferente en algunas cosas; para empezar, era el único Disgregador con una pizca de compasión. Cuando a los demás les entra la ansiedad, soy yo, como ya os he dicho, quien acude. Pimli Prentiss, el Amo, casó a Tanya y Joey Rastosovich, insistió en hacerlo, no quiso oír ni una palabra de protesta, no paraba de decir que era su privilegio y responsabilidad, era igualito

al capitán de un viejo crucero, y por supuesto dejaron que lo hiciera. Sin embargo, después acudieron a mis aposentos y Tanya dijo: “Cásanos tú, Ted. Entonces estaremos realmente casados”.

»Y algunas veces me pregunto: “¿Pensabas que eso era todo lo que había? ¿Antes de empezar a charlar con Trampas y a escuchar cada vez que se levantaba la gorra para rascarse, de verdad creías que tener un poco de compasión y amor en el alma era lo único que te diferenciaba de los demás? ¿O también te estabas engañando en ese sentido?”.

»No lo sé con certeza, pero puede que me considere inocente de esa acusación en particular. De verdad no entendía que mi talento fuera más allá de hurgar y disgregar. Soy como el micrófono para un cantante o un esteroide para un músculo. Yo… aumento su capacidad. Digamos que hay una unidad de fuerza, la oscuridad, ¿vale? En el Estudio veinte o treinta personas podrían producir cincuenta oscuridades por hora sin mí. ¿Conmigo? Puede que la cantidad ascienda a quinientas oscuridades por hora. Y aumenta de golpe.

»Al escuchar lo que había en la cabeza de Trampas entendí que me consideraban el chollo del siglo, puede que de todos los tiempos, el único Disgregador verdaderamente indispensable. Ya les había ayudado a derribar un Haz y estaba acortando en siglos su trabajo con el Haz de Shardik. Y cuando el Haz de Shardik caiga, dama y caballeros, el de Gan solo podrá aguantar un rato. Y cuando el Haz de Gan también caiga, la Torre Oscura caerá, la creación llegará a su fin y el mismísimo Ojo de la Existencia se cegará.

»No sé cómo he conseguido que Trampas no note mi perturbación. Tengo razones para creer que no he conseguido mantener la cara de póquer que creía todo el tiempo.

»Sabía que tenía que salir. Y entonces fue cuando Sheemie acudió a mí por primera vez. Creo que me había estado leyendo la mente todo el tiempo, pero incluso ahora no lo sé con seguridad, ni tampoco lo sabe Dinky. Lo único que sé es que una noche se presentó en mi habitación y me transmitió con el pensamiento: “Haré un agujero para ti, sai, y tú puedes darte el piro”. Le pregunté qué quería decir y se limitó a mirarme. Es curioso lo que puede transmitir una sola mirada, ¿verdad? “No insultes mi inteligencia. No me hagas perder el tiempo. No pierdas tu propio tiempo”. No leí esos pensamientos en su mente, en absoluto. Los vi escritos en su cara.

Roland gruñó en tono afirmativo. Sus brillantes ojos estaban clavados en las bobinas giratorias de la grabadora.

—Le pregunté de dónde saldría el agujero. Respondió que no lo sabía, era cuestión de suerte. De todas formas, no lo pensé mucho. Tenía miedo de que si lo hacía encontrara motivos para quedarme. Y dije: «Adelante, Sheemie, haz que me dé el piro».

»Cerró los ojos y se concentró, y de pronto desapareció un rincón de mi habitación. Veía coches pasar. Estaban distorsionados, pero eran coches estadounidenses auténticos. No discutí ni pregunté más, simplemente me lancé. No estaba totalmente seguro de poder arreglármelas en ese otro mundo, pero llegó un punto en el que apenas me importaba. Pensé que morir podría ser lo mejor que podía ocurrirme. Al menos, así frenaría su ritmo.

»Y justo antes de zambullirme, Sheemie me transmitió: “Busca a mi amigo Will Dearborn. Su nombre real es Roland. Sus amigos están muertos, pero yo sé que él no, porque puedo escucharlo. Es pistolero y tiene nuevos amigos. Tráelos aquí y ellos conseguirán que los malos dejen de dañar el Haz, al igual que detuvieron a Jonas y sus amigos cuando iban a matarme”. Para Sheemie, aquello fue un sermón.

»Cerré los ojos y pasé. Tuve una breve sensación de que me ponía de cabeza, pero eso fue todo. Ni campanillas, ni náuseas. En realidad, fue bastante agradable, al menos comparado con la puerta de Santa Mira. Salí a cuatro patas, junto a una transitada autopista. Había una hoja de periódico revoloteando entre los hierbajos. La agarré y vi que había aterrizado en el mes de abril de 1960, casi cinco años antes de que Armitage y sus amigos nos guiaran a través de la puerta de Santa Mira, en la otra punta del país. Yo buscaba una hoja del periódico local de Hartford, ¿sabéis? Y la carretera resultó ser la carretera de Merritt.

—¡Sheemie puede crear puertas mágicas! —gritó Roland. Había estado limpiando su pistola mientras escuchaba, pero en ese momento la dejó a un lado —. ¡Eso es la teletransportación! ¡Eso es lo que significa!

—¡Chitón, Roland! —dijo Susannah—. Esto tiene que ser su aventura en Connecticut. Quiero escuchar esta parte.

ONCE

Sin embargo, ninguno de ellos escucha la aventura de Ted en Connecticut. Él simplemente la llama «una historia para otro día» y cuenta a los oyentes que lo atraparon en Bridgeport mientras intentaba juntar efectivo suficiente para

desaparecer para siempre. Los hampones lo metieron a empujones en su coche, lo llevaron hasta Nueva York, y lo condujeron a un antro de costillas asadas llamado Dixie Pig. Desde allí hasta Fedic, y desde Fedic a la Estación de Tronido; desde la estación de vuelta, directamente, al Devar-Toi, oh Ted, qué bien volver a verte, bienvenido.

La cuarta bobina ya lleva tres cuartos del total, y la voz de Ted es poco más que un ronquido. Sin embargo, continúa animosamente.

»No había estado fuera mucho tiempo, pero, aquí, el tiempo había dado uno de sus erráticos deslizamientos hacia delante. Humma o' Tego estaba fuera, seguramente por mí, y Prentiss de New Jersey, el ki'-dam, estaba aquí. Finli y él me interrogaron en la habitación del Amo un buen montón de veces. No hubo tortura física, supongo que todavía me consideraban demasiado importante para arriesgarse a dañarme, pero hubo muchas molestias y un montón de juegos mentales. También dejaron claro que si intentaba escaparme de nuevo, darían muerte a mis amigos de Connecticut. Yo dije: "¿Es que no lo entendéis, tíos? Si sigo haciendo mi trabajo, desaparecerán de todos modos. Todo el mundo va a desaparecer, con la posible excepción de uno al que llamáis Rey Carmesí".

»Prentiss juntó los dedos en forma de aguja de esa forma tan molesta que tiene y dijo: "Eso puede ser verdad o no, sai, pero si lo es, nosotros no sufriremos cuando 'desaparezcamos', como has dicho. El pequeño Bobby y la pequeña Carol, por otra parte… por no mencionar a la madre de Carol y al amigo de Bobby, Sully-John…"; no tuvo que terminar la frase. Todavía me pregunto si sabían lo mucho que me asustaron con esa amenaza contra mis jóvenes amigos. Y lo muchísimo que me enfadaron.

»Todas sus preguntas se reducían a dos cosas que realmente querían saber: por qué había huido y quién me había ayudado a hacerlo. Podría haber recurrido a la vieja costumbre de revelar nombre, cargo y número de serie, pero decidí ser un poco más prolijo. Dije que quise escapar porque uno de los guardias can-toi me había contado, por encima, lo que estábamos haciendo en realidad y no me había gustado la idea. En cuanto a cómo había salido, les dije que no lo sabía. Me fui a dormir una noche, les dije, y cuando me levanté estaba junto a la carretera de Merritt. Pasaron de burlarse de esta historia a medio creérsela, sobre todo, porque no cambié ni un solo detalle, por más veces que me preguntaran. Y, por supuesto, ya sabían lo poderoso que era, y de una forma distinta a los demás.

»"¿Crees que te teletransportaste de forma inconsciente, sai?", me preguntó

Finli.

»“¿Cómo podría saberlo? —le pregunté yo, contestar siempre a una pregunta con otra pregunta es una buena treta para un interrogatorio, eso creo, siempre que sea un interrogatorio relativamente leve, como era aquel—. Jamás he sentido que tenía esa capacidad, pero, claro, no siempre sabemos lo que nos ronda por el subconsciente, ¿verdad?”.

»“Más te vale no haber sido tú —dijo Prentiss—. Podemos vivir con cualquier fabuloso talento desenfrenado por aquí, menos con uno. Ese talento, señor Brautigan, supondría el fin incluso para un empleado tan valioso como usted”. No estaba seguro de creerlo, pero más adelante, Trampas me dio motivos para creer que Prentiss había dicho la verdad. De todas formas, esa era mi historia y nunca fui más allá.

»El sirviente doméstico de Prentiss, un tipo llamado Tassa, un hum, si es que tiene alguna importancia, traía galletas y latas de Nozz-A-La —que me gusta porque se parece un poco a un refresco hecho con distintas raíces—, y Prentiss me ofreció todo lo que quisiera… después, claro está, de que le dijera de dónde había sacado la información y cómo había huido de Algul Siento. Entonces volvió a empezar toda la tanda de preguntas, solo que esta vez con Prentiss y el Comadreja masticando galletas y bebiendo Nozzie. Pero en un momento determinado siempre aflojan, y me dejaron beber y tomar un bocado. Como interrogadores, me temo que no tenían suficiente espíritu nazi como para hacer que revelase todos mis secretos. Intentaron hurgar en mí, claro, pero… ¿habéis oído ese dicho de no intentar timar a un timador?».

Eddie y Susannah asienten en silencio. También asiente Jake, que ha escuchado a su padre decirlo en muchas conversaciones relacionadas con la programación de la cadena televisiva.

«Seguro que lo habéis escuchado —prosigue Ted—. Bueno, pues también se puede decir que no se puede hurgar a un hurgador, al menos no a uno que ha pasado de cierto nivel de comprensión. Y será mejor que vaya al grano antes de quedarme del todo sin voz.

»Un día, unas tres semanas después de que los hampones me capturasen para traerme de vuelta, Trampas se acercó a mí en la calle Principal de Pleasantville. Entonces ya había conocido a Dinky, lo había catalogado como un alma gemela y, con su ayuda, iba a conocer mejor a Sheemie. Estaban ocurriendo muchas cosas aparte de mis interrogatorios diarios en la Casa del Encargado. Desde que había vuelto, apenas había pensado en Trampas, aunque

él no había pensado en muchas otras cosas más que en mí. Como no tardé en averiguar.

»“Sé las respuestas a las preguntas que no dejan de hacer —dijo—. Lo que no sé es por qué no me has delatado”.

»Le dije que jamás se me había pasado por la cabeza, que no me habían educado para ser un chivato. Y, además, no es que me estuvieran metiendo una picana eléctrica por el culo o arrancándome las uñas… aunque podrían haber recurrido a esas técnicas, de haberse tratado de otra persona. Lo peor que me habían hecho era obligarme a mirar la bandeja de galletas sobre la mesa de escritorio de Prentiss durante una hora y media antes de ablandarse y dejarme comer una.

»“Al principio estaba enfadado —dijo Trampas—, pero luego me di cuenta, a pesar de mí, de que podría haber hecho lo mismo de estar en tu lugar. La primera semana que pasaste aquí tras tu vuelta, no dormí mucho, que lo sepas. Me tumbaba en mi cama de Damli, esperando que vinieran a por mí en cualquier momento. ¿Sabes lo que harían si descubren que fui yo, verdad?”.

»Le dije que no lo sabía. Él respondió que Gaskie, el segundo de Finli, lo habría azotado y que luego lo habrían enviado, con la piel en carne viva, a las tierras baldías, o bien a morir en el Discordia o a trabajar en el castillo del Rey Carmesí. No sería un viaje fácil. Además, al sudeste de Fedic se podían contraer enfermedades como la Enfermedad Carcomedora (seguramente cáncer, pero una variedad muy rápida, dolorosa y molesta) o lo que simplemente llaman el Loco. Los Niños de Roderick normalmente sufren ambas afecciones, y otras. Las enfermedades dérmicas leves de Tronido —el eccema, los granos y los sarpullidos—, al parecer, no son más que el principio de los problemas que uno tiene en Mundo Final. Pero, para un exiliado, el servicio en la Corte del Rey Carmesí podría ser la única esperanza. Sin duda, un can-toi como Trampas no podría ir a los Callas. Están más cerca, seguro, y allí hay luz solar natural, pero ya os podéis imaginar qué les ocurriría a los hampones o a los taheen en el Arco de los Callas».

El tet de Roland puede imaginarlo perfectamente.

«“No le des demasiada importancia —le dije—. Como diría Dinky, el nuevo, no me gusta airear mis trapos sucios. Simplemente es eso. La caballerosidad no tiene nada que ver”.

»Respondió que, de todos modos, se sentía agradecido, luego echó un vistazo a su alrededor y dijo en voz muy baja: “Te recompensaré la amabilidad

que has tenido conmigo, Ted, te diré cómo cooperar con ellos hasta el punto que puedas. No te digo que me metas en líos, pero tampoco quiero que tú te metas en líos. Puede que no te necesiten tanto como crees”.

»Y me gustaría que ahora me escuchaseis con atención, dama y caballeros, porque esto puede ser muy importante; sencillamente no lo sé. Lo único que sí sé es que lo que Trampas me contó en ese momento me produjo un terrible escalofrío. Me dijo que, entre todos los mundos del otro lado, hay uno que es único. Lo llaman el Mundo Real. Lo único que, al parecer, sabe Trampas sobre él es que es real de una forma en que también lo era Mundo Medio. En el lado estadounidense de ese Mundo “Real”, según dice, el tiempo a veces da tirones, pero siempre se mueve en un mismo sentido: hacia delante. Y en ese mundo vive un hombre que también presta sus servicios como una especie de facilitador; incluso puede que sea un guardián mortal del Haz de Gan».

DOCE

Roland miró a Eddie, y cuando sus miradas se encontraron, ambos murmuraron la misma palabra: *King*.

TRECE

«Trampas me contó que el Rey Carmesí había intentado matar a ese hombre, pero el ka siempre había protegido su vida. “Decían que su canción había iniciado el círculo —me contó Trampas—, aunque, por lo visto, nadie sabe lo que eso significa”. Sin embargo, ahora, el ka, no el Rey Rojo, sino el mismísimo ka, ha decretado que ese hombre, ese guardián o lo que sea, debe morir. Veréis, se ha callado. Sea cual sea la canción que se supone que debe cantar, ha dejado de cantarla, y eso lo ha convertido en vulnerable. Pero no para el Rey Carmesí. Trampas no dejaba de decírmelo. No, es vulnerable ante el ka. “Ya no canta —dijo Trampas—. Su canción, la que importa, ha finalizado. Ha olvidado la rosa”».

CATORCE

En el profundo silencio, Mordred escuchó aquello y luego se retiró para sopesarlo.

QUINCE

«Trampas me contó todo eso para que entendiera que yo ya no era del todo indispensable. Claro que querían conservarme; supuestamente, supondría un honor derribar el Haz de Shardik antes de que la muerte de ese hombre pudiera provocar la ruptura del Haz de Gan».

Pausa.

«¿Entienden la insensatez letal de una carrera hasta el borde de la inconsciencia y luego hasta el borde del precipicio? Por lo visto no lo entendían. Si lo entendiesen, seguramente, para empezar, no se darían tanta prisa. ¿O no es más que un error de la imaginación? A uno no le gusta pensar que un fallo tan básico podría causar el fin, y aun así…».

DIECISÉIS

Roland, exasperado, hizo girar los dedos, como si el anciano cuya voz estaban escuchando pudiera verlos. Quería escuchar, con atención y cada palabra, lo que el guardián can-toi sabía sobre Stephen King, y, en vez de hablar sobre él, Brautigan se había ido por unos derroteros laberínticos y prolijos. Era comprensible, el hombre estaba sin duda agotado, pero allí había algo más importante que cualquier cosa. Eddie también lo sabía. Roland podía leerlo en la expresión tensa del rostro del joven. Juntos contemplaron cómo la cinta marrón que quedaba, que ahora tenía un grosor de apenas medio centímetro, se esfumaba.

DIECISIETE

«… aun así, no somos más que hum sumidos en la ignorancia, y supongo que no podemos saber estas cosas, con cierto grado de certeza…».

Lanza un largo suspiro de cansancio. La cinta gira, mientras se consume la última bobina y rueda en silencio y con futilidad entre los cabezales. Entonces,

al final:

«Pregunté el nombre de ese hombre mágico y Trampas respondió: "Lo desconozco, Ted, pero sé que ya no hay nada mágico en él, porque ha dejado de hacer lo que fuera que el ka quería que hiciese. Si lo dejamos en paz, el Ka del Diecinueve, que es el de su mundo, y el Ka del Noventa y nueve, que es el de nuestro mundo, se combinarán para…"».

Pero ya no hay más. Aquí termina la cinta.

DIECIOCHO

La bobina receptora giró y el extremo final de la brillante cinta marrón empezó a sacudirse, haciendo ese ruido de «flip-flap» hasta que Eddie se acercó y le dio al STOP. Soltó un «¡joder!» entre dientes.

—¡Justo cuando se ponía interesante! —exclamó Jake—. Y otra vez esos números. Diecinueve… y noventa y nueve. —Hizo una pausa y los dijo de corrido—. Diceinueveynoventaynueve. —Y los repitió una tercera vez—. 1999. El Año Piedra Angular en Mundo Piedra Angular. Donde Mia fue a tener a su bebé. Donde está la Trece Negra.

—Mundo Piedra Angular, Año Piedra Angular —dijo Susannah. Sacó la última cinta del cabezal, la levantó hacia la luz de una de las lámparas durante un rato, luego volvió a meterla en su caja—. Donde el tiempo siempre va en una sola dirección. Como se supone que tiene que ser.

—Gan creó el tiempo —sentenció Roland—. Eso es lo que cuenta la antigua leyenda. Gan surgió del vacío, algunos relatos dicen que surgió del mar, pero, en ambos casos, seguramente se refieren al *Prim*, y creó el mundo. Luego lo empujó con el dedo y lo puso en movimiento, y eso fue el tiempo.

Había algo que se acumulaba en la cueva. Una revelación. Todos lo sentían, algo muy parecido a estar lleno a rebosar, como había estado el vientre de Mia antes del parto. Diecinueve. Noventa y nueve. Estos números los habían perseguido. Habían aparecido por todas partes. Los vieron en el cielo, los vieron escritos en vallas, los escucharon en sus sueños.

Acho levantó la vista, con las orejas en punta y los ojos vidriosos.

Susannah dijo:

—Cuando Mia salió de la habitación en la que estábamos en el Plaza-Park para ir al Dixie Pig, era la habitación *1919*, sentí una especie de trance. Tuve

sueños… sueños en la celda… eran locutores de informativos que anunciaban que fulano, zutano y mengano habían muerto…

—Nos lo contaste —dijo Eddie.

Ella sacudió la cabeza con violencia.

—No os lo conté todo, todo no. Porque una parte de lo ocurrido no parecía tener ningún sentido. Escuchar a Dave Garoway decir que el pequeño del presidente Kennedy había muerto, por ejemplo, el pequeño John-John, el que había hecho el saludo militar delante del ataúd de su padre cuando pasó el catafalco. No os lo conté porque esa parte era de locos. Jake, Eddie, ¿en vuestros cuandos había muerto el pequeño John-John Kennedy? ¿En cualquiera de vuestros dos cuandos?

Sacudieron la cabeza. Jake ni siquiera estaba seguro de con quién estaba hablando Susannah.

—Pero sí estaba muerto. En el Mundo Piedra Angular, y un cuando más allá de los nuestros. Apuesto a que lo estaba en el de 1999. Así muere el hijo del último pistolero, oh Discordia. Ahora creo que lo que escuché en la celda fue la página de las necrológicas de *El semanario del viajero del tiempo*. Eran todo épocas diferentes, mezcladas. John-John Kennedy, luego Stephen King. Jamás había escuchado hablar de él, pero David Brinkley dijo que había escrito *El misterio de Salem's Lot*. Ese es el libro en que salía el padre Callahan, ¿verdad?

Roland y Eddie asintieron en silencio.

—El padre Callahan nos contó su historia.

—Sí —respondió Jake—. Pero ¿qué…?

Susannah hizo caso omiso. Tenía la mirada perdida, distante. Sus ojos estaban a solo una mirada de la compresión.

—Y entonces llega Brautigan y el ka-tet del Diecinueve y cuenta su historia. ¡Y mirad! ¡Mirad las ventanas de la grabadora!

Se inclinaron hacia delante. En las ventanillas se leía:

1999

—Creo que King podría haber escrito también la historia de Ted —dijo Susannah—. ¿Alguien quiere adivinar en qué año apareció esa historia, o aparecerá, en Mundo Piedra Angular?

—1999 —dijo Jake en voz baja—. Pero no la parte que hemos escuchado, sino la parte que no hemos escuchado. La aventura en Connecticut de Ted.

—Y vosotros lo conocisteis —afirmó Susannah, mirando a su dihn y a su marido—. Conocisteis a Stephen King.

Volvieron a asentir en silencio.

—Creó al padre, creó a Brautigan, nos creó a nosotros —dijo Susannah—. No. «Todas las cosas sirven al Haz». Él… él nos facilitó.

—Sí —Eddie asintió con la cabeza—. Sí, claro. Eso parece lógico.

—En mi sueño estaba encerrada en una celda —dijo Susannah—. Llevaba la misma ropa que en el momento de mi detención. Y David Brinkley dijo que Stephen King estaba muerto, ¡vaya, Discordia!, o algo así. Brinkley dijo que estaba… —Se calló y frunció el ceño. Le habría pedido a Roland que la hipnotizase para recordar el resto de haber sido necesario, pero no lo fue—. Brinkley dijo que King había muerto atropellado por un monovolumen mientras daba un paseo cerca de su casa, en Lovell, Maine.

Eddie se sobresaltó. Roland echó el cuerpo hacia delante, con la mirada encendida.

—¿De verdad?

Susannah asintió con rotundidad.

—¡Compró la casa en Turtleback Lane! —gruñó el pistolero. Se adelantó y agarró a Eddie por la camisa. Eddie ni siquiera se dio cuenta—. ¡Claro que lo hizo! ¡El ka habla y el viento sopla! ¡Avanzó algo más por el Camino del Haz y compró la casa donde todo es ralo! ¡Donde vimos visitantes! ¡Donde hablamos con John Cullum y luego regresamos! ¿Lo dudas? ¿Lo dudas aunque sea por un maldito instante?

Eddie sacudió la cabeza. Claro que no lo dudaba. Todas esas afirmaciones fueron como un campanazo, como el que se escuchaba en la feria al golpear con la maza; le dabas con todas tus fuerzas, y el plomo subía volando directamente a la punta del poste, y tocaba la campana que estaba allí arriba. Te daban una pepona si tocabas la campana, y ¿sería así porque Stephen King pensó que sería una pepona? ¿Porque King venía del mundo donde Gan había puesto en marcha el tiempo haciéndolo girar con su dedo sagrado? ¿Porque si King dice pepona, todos decimos pepona, todos decimos gracias? ¿Si se le hubiera ocurrido que el premio por tocar la campana en la feria fuera una chochona, diríamos chochona? Eddie pensó que la respuesta era afirmativa. Pensaba que la respuesta era

afirmativa, con la misma seguridad que pensaba que Co-Op City estaba en Brooklyn.

—David Brinkley dijo que King tenía cincuenta y dos años. Vosotros lo conocisteis, sacad cuentas. ¿Podría haber tenido cincuenta y dos en el año 1999?

—Apuesta tu virginidad —dijo Eddie. Le lanzó a Roland una mirada misteriosa de desánimo—. Y, puesto que diecinueve es la cifra que no dejamos de encontrarnos: Ted Stevens Brautigan, ¡no me jodas! ¡Contad las letras!, apuesto a que tiene que ver con algo más que con un año. Diecinueve…

—Es una fecha —dijo Jake cansinamente—. Seguro que lo es. Una fecha Piedra Angular en el año Piedra Angular en Mundo Piedra Angular. El diecinueve de algo, en el año 1999. Es más probable que sea un mes de verano, porque había salido a dar un paseo.

—Ahora es verano allí —dijo Susannah—. Es junio. El sexto mes. Pon el 6 hacia abajo y tienes un 9.

—Sí, y «Roma» dicho al revés es «amor» —dijo Eddie, aunque parecía molesto.

—Creo que tiene razón —dijo Jake—. Creo que es 19 de junio. Ese día atropellan a King y la posibilidad de que vuelva a trabajar en la historia de la *Torre Oscura*, nuestra historia, se va al traste. El Haz de Gan se pierde por la sobrecarga. El Haz de Shardik aguanta, pero ya está dañado. —Miró a Roland, cuyo rostro estaba pálido y sus labios casi azules—. Se romperá como un palillo.

—Puede que ya haya ocurrido —dijo Susannah.

—No —negó Roland.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó ella.

Roland le dedicó una sonrisa glacial, carente de humor.

—Porque —respondió— ya no estaríamos aquí.

DIECINUEVE

—¿Cómo podemos evitar que ocurra? —preguntó Eddie—. Ese tal Trampas le dijo a Ted que era el ka.

—A lo mejor lo hemos entendido todo mal —dijo Jake, aunque lo dijo con un hilo de voz. Con desánimo—. Era solo un rumor, así que, a lo mejor, lo hemos entendido todo mal. Y, escuchad, a lo mejor King ha llegado hasta julio.

O agosto. ¿Septiembre? Podría ser septiembre, ¿verdad que parece probable? Al fin y al cabo, septiembre es el noveno mes…

Miraron a Roland, que, en ese momento, estaba sentado con una pierna estirada hacia delante.

—Aquí es donde duele —dijo, como si estuviera hablando para sí. Se tocó la cadera derecha… luego las costillas… al final se tocó una sien—. He tenido jaquecas. Cada vez peores. No he creído necesario contároslo. —Deslizó su maltrecha mano derecha por el costado derecho de su cuerpo—. Le darán aquí. Lo atropellarán a la altura de la cadera. Le romperán las costillas. Se le abrirá la cabeza. Caerá muerto en la cuneta. Ka… y al final del ka. —Se le aclaró la vista y se volvió repentinamente hacia Susannah—. ¿Qué día estuviste en Nueva York? Recuérdamelo.

—1 de junio de 1999.

Roland asintió con la cabeza en dirección a Jake.

—¿Y tú? Fue el mismo día, ¿verdad?

—Sí.

—Luego a Fedic… un descanso… y hasta Tronido. —Se calló, pensó, luego dijo cuatro palabras con énfasis contenido—: Todavía nos queda tiempo.

—Pero el tiempo avanza más rápido allí…

—Y si aprovecha uno de esos empujones…

—El ka…

Sus palabras se superpusieron. Luego volvieron a quedarse en silencio, mirándolo de nuevo.

—Podemos cambiar el ka —afirmó Roland—. Ya se ha hecho antes. Siempre se paga un precio, puede que ka-shume, pero puede hacerse.

—¿Cómo llegamos hasta allí? —preguntó Eddie.

—Solo hay una forma —respondió Roland—. Sheemie nos tiene que enviar.

Se hizo el silencio en la cueva, salvo por el eco lejano del trueno que daba al oscuro país su nombre.

—Tenemos dos misiones —dijo Eddie—. El escritor y los Disgregadores. ¿Cuál va primero?

—El escritor —dijo Jake—. Mientras todavía haya tiempo para salvarlo.

Sin embargo, Roland estaba sacudiendo la cabeza.

—¡¿Por qué no?! —gritó Eddie—. ¡Joder, tío!, ¿por qué no? ¡Ya sabes lo escurridizo que es el tiempo por allí! ¡Y va en una sola dirección! ¡Si perdemos la ventana no tendremos otra oportunidad!

—Pero también tenemos que proteger el Haz de Shardik —replicó Roland.

—¿Estás diciendo que Ted y ese tal Dinky no dejarían que Sheemie nos ayudara a menos que los ayudásemos a ellos antes?

—No. Sheemie lo haría por mí, seguro. Pero supongamos que le ocurre algo mientras estamos en Mundo Piedra Angular. Quedaríamos atrapados en 1999.

—Está la puerta de Turtleback Lane… —empezó a decir Eddie.

—Aunque siga estando allí en 1999, Eddie, Ted nos ha dicho que el Haz de Shardik ya ha empezado a inclinarse. —Roland sacudió la cabeza—. El corazón me dice que hay que empezar allá en la prisión. Si alguno de vosotros puede decir algo distinto, lo escucharé, y encantado.

Se quedaron callados. En el exterior de la cueva soplaba el viento.

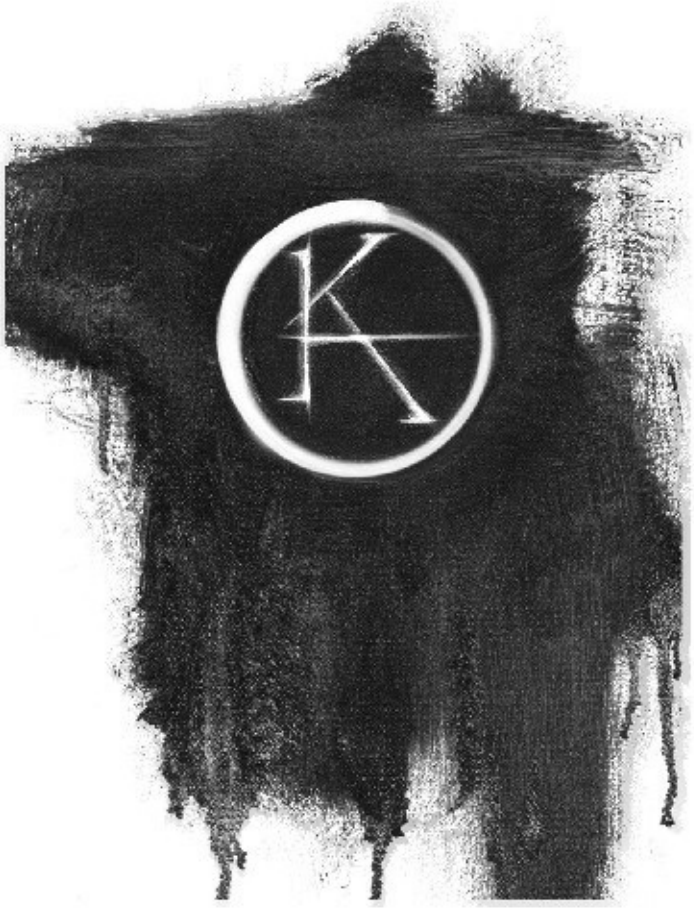
—Tenemos que preguntarle a Ted antes de tomar una decisión definitiva —dijo Susannah al final.

—No —dijo Jake.

—¡No! —accedió Acho. Lo cual no les sorprendió; lo que dijera Ake iba a misa para Acho.

—Pregúntale a Sheemie —dijo Jake—. Pregúntale qué cree que tenemos que hacer.

Roland asintió en silencio y con parsimonia.



CAPÍTULO IX
HUELLAS EN EL CAMINO

UNO

Cuando Jake se despertó de una noche de sueños perturbadores, la mayoría de ellos ambientados en el Dixie Pig, una luz tenue y lánguida se colaba por la cueva. En Nueva York, ese tipo de luz siempre le había dado ganas de hacer novillos y quedarse el día entero en el sofá, para leer, ver concursos televisivos y pasar la tarde entera durmiendo la siesta. Eddie y Susannah estaban hechos un ovillo, fundidos en un abrazo, dentro de un saco de dormir individual. Acho se había abstenido de utilizar la cama que le habían dejado para dormir junto a Jake. Estaba acurrucado, formando una U, con el hocico apoyado en la zarpa izquierda. La mayoría de personas habrían pensado que estaba dormido, pero Jake vio el malicioso brillo dorado bajo sus pestañas y supo que Acho estaba espiando. El saco de dormir del pistolero tenía la cremallera bajada y estaba vacío.

Jake pensó en ello durante unos minutos, luego se levantó y salió al exterior. Acho lo siguió por el camino, con pisadas silenciosas.

DOS

Roland parecía ojeroso y tenía mala cara, pero estaba en cuclillas, y Jake decidió que, si tenía la agilidad suficiente para adoptar esa postura, seguramente estaba bien. Se acuclilló junto al pistolero y dejó las manos colgando entre los muslos. Roland lo miró y no dijo nada, luego volvió a mirar hacia la prisión que el personal llamaba Algul Siento y los internos llamaban Devar-Toi. Allí abajo se

veía una masa luminosa. El sol, eléctrico, atómico, o como fuera, todavía no brillaba.

Acho se dejó caer junto a Jake y lanzó un tímido ladrido, entonces pareció que volvía a dormirse. Pero a Jake no lo engañaba.

—Salve y alegres demos la bienvenida al día —dijo Jake cuando el silencio empezó a resultar incómodo.

Roland asintió con la cabeza.

—Alegres lo veamos, alegres nos sintamos. —Parecía tan alegre como una marcha fúnebre. El pistolero que había bailado un desenfrenado commala a la luz de las antorchas en Calla Bryn Sturgis podría haber llevado miles de años en la tumba.

—¿Cómo estás, Roland?

—Lo bastante bien como para agacharme.

—Sea, pero ¿cómo estás?

Roland lo miró, luego se metió la mano en el bolsillo y sacó la petaca de tabaco.

—Viejo y lleno de achaques, como ya debes saber. ¿Quieres fumar?

Jake se lo pensó y asintió con la cabeza.

—Tendrán que ser pequeños, había un montón en el bolsón que me alegró recuperar, pero quedaba poca picadura.

—Guárdatela para ti si quieres.

Roland sonrió.

—Un hombre que no puede soportar compartir sus vicios es un hombre que necesita dejarlos. —Lio un par de cigarrillos, y utilizó una especie de hoja que partió en dos, le pasó uno a Jake, luego los encendió con una cerilla que prendió frotándola contra la uña del dedo gordo. En el aire quieto y frío de Can Punta-Tete, el humo quedó prendido ante ellos, luego se elevó poco a poco y dibujó una columna en el aire. Jake pensó que el tabaco estaba caliente, que era fuerte y añejo, pero no chistó. Le gustaba. Pensó en todas las veces que se había jurado que no fumaría como su padre, en toda su vida, y ahora ya estaba, empezando a viciarse. Y con el consentimiento de su nuevo padre, cuando no con su aprobación.

Roland extendió un dedo y le tocó a Jake la frente… la mejilla izquierda… la nariz… la barbilla. La última caricia le dolió un poco.

—Granos —dijo Roland—. Es el aire de este lugar. —También sospechaba que era por el malestar emocional, la pena por la muerte del padre, aunque pensó

que comentárselo a Jake solo contribuiría a aumentar la tristeza del muchacho por la defunción de Callahan.

—Tú no tienes —dijo Jake—. Tienes la piel tersa como la seda. ¡Menuda potra!

—Ni un solo grano —admitió Roland, y dio una calada.

A sus pies, iluminado por una filtración de luz, estaba el pueblo. «El pacífico pueblo», pensó Jake, pero parecía algo más que pacífico; parecía muerto y bien muerto. Entonces vio dos siluetas —desde donde se encontraban no parecían más que puntitos—, que se estaban aproximando una a la otra. Supuso que eran guardias hum que patrullaban la parte más externa de la alambrada. Se juntaron y formaron un solo puntito durante un tiempo lo bastante prolongado para que Jake imaginase parte de su garla, y luego el puntito volvió a dividirse.

—No tengo ni un solo grano, pero la cadera me duele a rabiar. Es como si alguien me la hubiera rajado por la noche y le hubiera echado cristales rotos. Cristales calientes. Aunque esto duele mucho más. —Se tocó la sien derecha—. Me da la sensación de que esté roto.

—¿De verdad crees que estás sintiendo los dolores de Stephen King?

En lugar de dar una respuesta verbal, Roland puso el dedo índice de la mano izquierda sobre un círculo formado por el dedo pulgar y el meñique de la derecha, un gesto que significaba: «Te digo la verdad».

—Menudo coñazo —dijo Jake—. Para él y para ti.

—Puede que sí y puede que no. Porque, piensa, Jake, piensa bien. Solo los seres que viven sienten dolor. Lo que siento sugiere que King no morirá al instante. Y eso significa que será más fácil salvarlo.

Jake pensó que podría significar únicamente que King iba a quedar tendido junto a la carretera, en una agonía semiconsciente, hasta que expirase, pero no lo dijo. Dejó que Roland pensase lo que prefiriese. Pero había algo más. Algo que preocupaba mucho más a Jake y que lo incomodaba.

—Roland, ¿puedo hablar contigo dan-dinh?

El pistolero asintió en silencio.

—Si quieres. —Hizo una breve pausa. Torció la comisura izquierda de la boca, aunque no para sonreír—. Si queréis.

Jake reunió valor.

—¿Por qué estás tan disgustado? ¿Qué es lo que te disgusta? ¿O quién? —En ese momento, fue él quien hizo una pausa—. ¿Soy yo?

Roland enarcó las cejas, luego soltó una risotada.

—No eres tú, Jake. Ni por asomo. Ni en un millón de años.

Jake se ruborizó de alegría.

—Siempre se me olvida lo intenso que se ha vuelto el toque en ti. Habrías sido un Disgregador estupendo, sin duda.

Eso no era una respuesta, pero Jake no se molestó en decirlo. La idea de ser un Disgregador le hizo reprimir un escalofrío.

—¿No lo sabes? —preguntó Roland—. ¿Si sabéis que estoy «hasta los cojones», como dice Eddie, no sabes por qué?

—Podría echar un vistazo, pero no sería de buena educación. —Aunque era mucho más que eso. Jake apenas recordaba la historia bíblica de Noé empinando el codo en el arca mientras esperaba con sus hijos el Diluvio. Uno de sus hijos se había encontrado con su viejo, yacía ebrio en su camastro y el chico se había reído de él. Dios lo había maldecido por ello. Hurgar en los pensamientos de Roland no habría sido lo mismo que mirar y reírse mientras estaba borracho, pero habría sido bastante parecido.

—Sois un buen muchacho —dijo Roland—. Bueno y honrado, sea. —Y aunque el pistolero hablaba prácticamente ausente, Jake podría haber muerto feliz en ese momento. Desde algún lugar lejano de allí abajo llegó un sonoro ¡CLIC! De pronto, el rayo de sol como de efectos especiales apuntó al Devar-Toi. Pasado un minuto, escucharon el sonido apagado de la música; *Hey Jude* en versión para melodía de ascensor y supermercado. Allí abajo era hora de levantarse y ponerse en marcha. Otro día de disgregar acababa de empezar. Aunque Jake supuso que allí abajo, el disgregar era un cuento de nunca acabar.

—Vamos a jugar a un juego, tú y yo —propuso Roland—. Tú intentas meterte en mi cabeza para averiguar por qué estoy enfadado. Y yo intento evitar que entres.

Jake cambió ligeramente de postura.

—A mí no me parece un juego divertido, Roland.

—Pese a ello, lo jugaré contra ti.

—Está bien, si quieres.

Jake cerró los ojos y evocó una imagen del rostro cansado y con barba de tres días de Roland. Sus brillantes ojos azules. Levantó una puerta entre esos ojos y ligeramente por encima de ellos, era una puerta pequeña, con un pomo de latón, e intentó abrirla. Durante un instante el pomo giró. Luego se detuvo. Jake ejerció un poco más de presión. El pomo empezó a girar de nuevo, luego volvió

a detenerse. Jake abrió los ojos y vio las diminutas perlas de sudor que le habían brotado en la frente a Roland.

—Esto es una estupidez. Estoy agravándote la jaqueca —dijo Jake.

—Da igual. Tú hazlo lo mejor que puedas.

«Lo peor que pueda», pensó Jake. Aunque, si iban a jugar a ese juego, él sacaría información. Volvió a cerrar los ojos y una vez más vio la pequeña puerta entre las enmarañadas cejas de Roland. En esta ocasión aplicó más fuerza, y la acumuló con rapidez. Era algo parecido a un pulso. Después de un rato, el pomo giró y la puerta se abrió. Roland gruñó, luego soltó una risa dolorida.

—Ya es suficiente —dijo—. ¡Por todos los dioses que sois fuerte!

Jake no prestó atención al comentario. Abrió los ojos.

—¿El escritor? ¿King? ¿Por qué estás enfadado con él?

Roland suspiró y tiró la ardiente colilla de su cigarrillo; Jake ya había terminado el suyo.

—Porque tenemos dos misiones que realizar cuando solo deberíamos tener una. El que haya que realizar la segunda es culpa de sai King. Él sabía lo que se suponía que debía hacer, y creo que, en cierta forma, sabía que el hacerlo lo mantendría a salvo. Pero estaba asustado. Estaba cansado. —A Roland se le dobló el labio superior—. Ahora tiene las castañas en el fuego y quiere que se las saquemos nosotros. Nos va a costar, seguramente mucho.

—¿Estás enfadado con él porque está asustado? Pero… —Jake frunció el ceño—. Pero ¿por qué no iba a estar asustado? No es más que un escritor. Un cuentacuentos, no un pistolero.

—Ya lo sé —dijo Roland—, pero no creo que haya sido el miedo lo que lo detuvo, Jake, o no solo el miedo. Además es un vago. Lo entendí al conocerlo, y estoy seguro de que Eddie también lo vio. Le echó un vistazo al trabajo para el que había nacido y eso lo intimidó y se dijo: «Está bien, encontraré un trabajo más fácil, uno que se ajuste más a mis gustos y a mis habilidades. Y si hay algún problema, ya se ocuparán ellos de cuidarme. Tienen que ocuparse de cuidarme». —Y eso hacemos.

—No te gustó.

—No —admitió Roland—. No me gustó. Ni un pelo. No confié en él. Ya he conocido a otros cuentacuentos, Jake, y están todos, más o menos, cortados por el mismo patrón. Cuentan cuentos porque les da miedo la vida.

—¿Lo dices en serio? —Jake pensó que era una idea deprimente. También pensó que tenía un eco de verdad.

—Sí. Pero… —Se encogió de hombros. Ese gesto quería decir: «Así son las cosas».

«Ka-shume», pensó Jake. Si se rompiera su ka-tet y si fuera culpa de King…

¿Y si era culpa de King, qué? ¿Había que vengarse de él? Era una idea de pistolero; también era una idea estúpida, como la idea de vengarse de Dios.

—Pero nosotros estamos atrapados en eso —terminó de decir Jake.

—Sea. Pero eso no me impediría patearle su vago y viejo culo si tuviera la oportunidad.

Jake se partió de risa al escucharlo, y el pistolero sonrió. A continuación, Roland se puso en pie con un gesto de dolor, con las manos plantadas en la parte anterior de la cadera derecha.

—¡Joder! —masculló.

—Te duele mucho, ¿no?

—Mis achaques y mariconadas dan lo mismo. Acompáñame, te enseñaré algo más interesante.

Roland, que cojeaba ligeramente, condujo a Jake al lugar donde la senda rodeaba el flanco de una pequeña montaña desigual, era de suponer que por allí se ascendía a la cima. Allí, el pistolero intentó acuclillarse, hizo un gesto de dolor, y en lugar de ponerse en cuclillas clavó una rodilla en el suelo. Señaló hacia el suelo con la mano derecha.

—¿Qué ves?

Jake también clavó una rodilla en el suelo. El suelo estaba cubierto de guijarros y fragmentos enormes de desprendimientos rocosos. Parte de esa ladera estaba revuelta, habían quedado huellas en el pedregal. Más allá del lugar donde permanecían arrodillados uno junto a otro, había dos ramas rotas de lo que Jake pensó que sería matojo. Se inclinó hacia delante e inspiró el tenue y acre perfume de la savia. A continuación, volvió a estudiar las huellas en el pedregal. Había muchas, estrechas y no demasiado profundas. Si eran pisadas, sin duda no eran humanas. Ni de un perro del desierto.

—¿Sabes qué ha dejado este rastro? —preguntó Jake—. Si lo sabes, dilo… no me hagas ganármelo a pulso.

Roland le dedicó una breve sonrisa.

—Síguelas un poco. Verás lo que encuentras.

Jake se levantó y caminó lentamente siguiendo las huellas, dobló la cintura, como un niño con dolor de estómago. Las pisadas en la ladera doblaban por una

roca. Había polvo en la piedra y rasguños en el polvo, como si algo hubiera barrido la roca al pasar.

También había un par de hirsutos cabellos negros.

Jake levantó uno de esos cabellos, entonces separó a toda prisa los dedos y se deshizo de él con un soplido, con un escalofrío de repulsión al hacerlo. Roland lo observó minuciosamente.

—Parece que acabases de ver un fantasma.

—¡Es horrible! —Jake tartamudeó ligeramente—. ¡Dios! ¿Qué era eso? ¿Qué, qué nos estaba mirando?

—El que Mia llama Mordred. —La voz de Roland no había cambiado, pero Jake se dio cuenta de que apenas podía mirar al pistolero a los ojos; así de gris y lóbrega era su mirada—. El chaval de quien dice que soy el padre.

—¿Ha estado aquí? ¿Por la noche?

Roland asintió.

—¿Escuchando…? —Jake no pudo terminar.

Roland sí pudo.

—Escuchando nuestra garla y nuestros planes, sea, eso creo. Y también la historia de Ted.

—Pero no lo sabes con certeza. Esas huellas podrían ser de cualquier cosa. —Aun así, en lo único que podía pensar Jake en relación con esas huellas, ahora que había escuchado el relato de Susannah, eran las patas de una araña monstruosa.

—Avanzad un poco más —ordenó Roland.

Jake le dedicó una mirada interrogativa, y Roland asintió con la cabeza. El viento soplaba y les traía la melodía de hilo musical del complejo de prisiones (en ese momento, a Jake le pareció «Bridge Over Troubled Water»), y también les traía el estruendo del trueno, como un montón de huesos que ruedan por el suelo.

—¿Qué…?

—Continúa —dijo Roland, haciendo un gesto con la cabeza para señalar el pedregal en la ladera de la senda.

Jake avanzó, con el convencimiento de que aquella era otra lección. Con Roland uno siempre estaba aprendiendo. Incluso cuando la muerte te hacía sombra había lecciones que aprender.

En la parte más alejada de la roca, la senda describía una recta de casi treinta metros antes de girar para desaparecer una vez más. En ese tramo de recta, las

marcas se veían con gran claridad. Estaban agrupadas de tres en tres a un lado y en grupos de cuatro al otro lado.

—Susannah dijo que le había cortado de un disparo una de las patas —comentó Jake.

—Así fue.

Jake intentó visualizar una araña de siete patas del tamaño de un bebé humano, pero no pudo. Sospechó que no quería.

Pasada la curva siguiente, había un cadáver disecado en el camino. Jake estaba bastante seguro de que lo habían desollado, aunque era difícil de saber. No había ni tripas, ni sangre, ni moscas revoloteando. Lo único que había era una cosa polvorienta y sucia que parecía vagamente, pero que muy vagamente, un ser canino.

Acho se acercó, lo olfateó, levantó una pata y orinó sobre los restos. Volvió junto a Jake con el ademán de alguien que hubiera concluido una parte importante de su misión.

—Esa fue la cena de nuestro visitante anoche —informó Roland.

Jake estaba mirando a su alrededor.

—¿Nos está mirando ahora? ¿Tú qué crees?

Roland respondió:

—Creo que los chicos en edad de crecimiento necesitan tomarse un descanso.

Jake sintió una punzada de desagrado, pero la descartó sin darle mayor importancia. ¿Celos? Seguro que no. ¿Cómo iba a estar celoso de algo que había cobrado vida comiéndose a su madre? Era la sangre de Roland, sí, su verdadero hijo, para ser exactos, pero eso no era más que una casualidad.

¿Verdad?

Jake fue consciente de que Roland lo estaba mirando con atención, lo observaba de una forma que incomodaba a Jake.

—Mi reino por lo que piensas, dimmy-da —dijo el pistolero.

—No es nada —respondió Jake—. Solo me preguntaba dónde se habrá puesto a descansar.

—Es difícil saberlo —dijo Roland—. Debe de haber cientos de cuevas solo en esta colina. Vamos.

Roland fue el primero en doblar por la piedra donde Jake había encontrado los hirsutos cabellos negros, y una vez que llegó, empezó a borrar metódicamente las huellas que había dejado Mordred a su paso.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Jake, con más brusquedad de la que pretendía.

—No hace falta que Eddie ni Susannah se enteren de esto —dijo Roland—. Solo quiere mirar, no interferir en nuestros asuntos. Al menos, de momento.

«¿Y tú cómo lo sabes?», quiso preguntar Jake, pero entonces sintió la punzada de antes, la que desde luego no estaba provocada por los celos, y decidió no preguntarlo. Dejó que Roland creyera lo que le diera la gana. Mientras tanto, él mantendría los ojos abiertos. Si Mordred era lo bastante idiota para dejarse ver…

—Quien más me preocupa es Susannah —dijo Roland—. Es la que más puede distraerse con la presencia del chaval. Y a él podría resultarle más fácil leer sus pensamientos.

—Porque es madre de eso —añadió Jake. No se dio cuenta de que no había utilizado un pronombre de persona, pero Roland sí se dio cuenta.

—Ambos están conectados, sea. ¿Puedo confiar en que mantengas el pico cerrado?

—Claro.

—Además, intenta protegerte la mente, eso también es importante.

—Puedo intentarlo, pero… —Jake se encogió de hombros, con lo que quería decir que en realidad no sabía cómo se hacía eso.

—Bien —dijo Roland—. Yo haré lo mismo.

Volvió a levantarse una ráfaga de viento.

«Bridge Over Troubled Water» había dejado paso a (Jake estaba casi seguro) una melodía de los Beatles, la que tiene un estribillo que acaba con «*bip-bip-mmm-bip, yeah!*». ¿Conocían esa canción en las polvorientas y mortecinas poblaciones entre Gilead y Mejis? Jake se lo planteó. ¿Había gente como Sheb en algunos de esos pueblos que tocaban la melodía de *jagtime* «Drive My Car» en pianos desafinados, mientras los Haces se debilitaban y el pegamento que mantenía unidos a los mundos se diluía lentamente hasta convertirse en hilachas y los mismísimos mundos se combaban?

Sacudió la cabeza con fuerza y vivacidad, para intentar aclararse las ideas. Roland seguía mirándolo, y Jake sintió un infrecuente ataque de irritación.

—Mantendré el pico cerrado, Roland, al menos intentaré no decir lo que pienso. No te preocupes por mí.

—No me preocupo —respondió Roland, y Jake se dio cuenta de que estaba luchando contra la tentación de entrar en la mente de su dinh y descubrir si eso

era cierto. Seguía pensando que hurgar estaba mal y no solo porque era de mala educación. La desconfianza era muy parecida a un ácido. Su ka-tet ya estaba lo bastante debilitado y quedaba mucho trabajo por hacer.

—Bien —dijo Jake—. Eso está bien.

—¡Bien! —gritó Acho, como diciendo: «Eso está hecho». Ese gesto hizo sonreír a ambos pistoleros.

—Sabemos que está allí —dijo Roland— y es probable que él no sepa que lo sabemos. En la situación en la que estamos, las cosas no podrían estar mejor.

Jake asintió con la cabeza. Esa idea lo tranquilizó un poco.

Susannah salió a la entrada de la cueva con su habitual gateo veloz mientras ellos se dirigían de vuelta al interior. La mujer olfateó el aire e hizo una mueca de disgusto. Cuando los divisó, la mueca se tornó sonrisa.

—¡Veo hombres guapos! ¿Hace cuánto que os habéis levantado?

—Hace solo un rato —contestó Roland.

—¿Y cómo te encuentras?

—Bien —respondió Roland—. Me he despertado con dolor de cabeza, pero ahora ya casi se me ha quitado.

—¿De veras? —preguntó Jake.

Roland asintió en silencio y le dio un apretón en el hombro.

Susannah quería saber si tenían hambre. Roland dijo que sí. Y también Jake.

—Vale, pues venid —dijo ella—, y ya veremos qué podemos hacer al respecto.

TRES

Susannah encontró huevina en polvo y unas latas de estofado de carne con maíz de la marca Prudente. Eddie encontró un abrelatas y una pequeña parrilla de gas japonesa. Tras remugar un poco para sí, consiguió ponerla en marcha y solo se sobresaltó un poco cuando la parrilla empezó a hablar.

—¡Hola! Tengo la botella de gas Gamry con tres cuartos de su contenido, disponible en Wal-Mart, Burnaby’s y otros prestigiosos supermercados. Está oscuro aquí dentro, ¿verdad? ¿Puedo ayudarle con alguna receta o los tiempos de cocción?

—Puedes ayudarme cerrando el pico —dijo Eddie, y la parrilla no habló más. Eddie se dio cuenta de que estaba pensando en si la habría ofendido,

entonces pensó si debería suicidarse y ahorrarle un problema al mundo.

Roland abrió cuatro latas de melocotón, olió su contenido y asintió.

—Están bien, creo, son dulces.

Estaban terminando ese ágape cuando el aire de la entrada de la cueva titiló. Pasado un instante, aparecieron Ted Brautigan, Dinky Earnshaw y Sheemie Ruiz. Con ellos, muerto de vergüenza y muy asustado, vestido con un mono de trabajo descolorido y ajado, estaba el Rod que Roland les había pedido que trajeran.

—Entrad y comed algo —sugirió Roland con amabilidad, como si un cuarteto de teletransportadores aparecidos por sorpresa fuera lo más normal del mundo—. Hay mucha comida.

—Tal vez sea mejor que nos saltemos el desayuno —dijo Dinky—. No tenemos mucho t…

Antes de que pudiera terminar, a Sheemie se le doblaron las rodillas y se desplomó en la entrada de la cueva, se le quedaron los ojos en blanco y le salió un hilillo de baba entre los labios agrietados. Empezó a temblar y a corcovear, pataleaba de forma descontrolada, sus mocasines de goma dejaban marcas en el pedregal.



CAPÍTULO X
LA ÚLTIMA GARLA (EL SUEÑO DE SHEEMIE)

UNO

Susannah supuso que lo que ocurrió a continuación no se podía clasificar como pandemonio; sin duda, hacían falta al menos doce personas para provocar ese estado, y ellos no eran más que siete. Ocho contando al Rod, y por supuesto que había que contarlo. Cuando vio a Roland se arrodilló, levantó las manos por encima de la cabeza, como un árbitro que señala un buen saque de punto extra, y empezó a hacer reverencias a toda velocidad. Cada inclinación era lo suficientemente vigorosa para que se golpease la frente contra en suelo. Al mismo tiempo, farfullaba a pleno pulmón en su extraño y vocálico lenguaje. No apartó la mirada de Roland mientras hacía todo ese ejercicio. A Susannah le cabían pocas dudas de que estaba saludando a Roland como si fuera una especie de dios.

Ted también se arrodilló, pero quien le preocupaba era Sheemie. El anciano puso las manos en las sienes de Sheemie para detener el balanceo de atrás hacia delante; el viejo conocido de Roland, de su época en Mejis, ya se había cortado en una mejilla con un fragmento afilado de piedra, un corte que le quedaba peligrosamente cerca del ojo izquierdo. En ese momento, la sangre empezaba a manar de las comisuras de sus labios y a empaparle las mejillas, cubiertas con una barba rala.

—¡Dadme algo para meterle en la boca! —gritó Ted—. ¡Venga, cualquiera! ¡Despertad! ¡Se está destrozando a mordiscos!

La tapa de madera todavía estaba apoyada contra el cajón abierto de sneetches. Roland tuvo la ocurrencia de bajarla con la rodilla levantada —no dio

señal alguna de sentir el chasquido seco en esa cadera, según observó Susannah —, y la hizo añicos. Susannah cogió un pedazo de tablón al vuelo, y lo volvió hacia Sheemie. No hizo falta que ella se arrodillara, estaba siempre de rodillas. Un extremo de la madera terminaba recortado en astillas. Susannah las cubrió con la mano y metió el trozo de madera en la boca a Sheemie. El chico lo mordió con tanta fuerza que ella escuchó un crujido.

Mientras tanto, el Rod siguió con su agudo cántico, que era casi un *falsetto*. Las únicas palabras que entendía Susannah del balbuceo eran: salve, Roland, Gilead y Eld.

—¡Que alguien lo haga callar! —gritó Dinky, y Acho empezó a ladrar.

—El Rod da igual, ¡coged a Sheemie por los pies! —soltó Ted—. ¡Agarradlo para que esté quieto!

Dinky se arrodilló y agarró a Sheemie por los pies, llevaba uno descalzo, pero, en el otro, todavía llevaba puesto su ridículo mocasín de goma.

—¡Acho, calla! —ordenó Jake, y Acho obedeció. Aunque siguió con las patitas separadas y el vientre casi en el suelo, tenía el pelaje tan erizado que parecía del doble de su tamaño.

Roland estaba agachado a la altura de la cabeza de Sheemie, con los antebrazos sobre el suelo de la cueva y los labios pegados a uno de los oídos de Sheemie. Empezó a murmurar algo. Susannah logró distinguir muy pocas palabras de lo que decía, por culpa del agudo balbuceo del Rod, pero sí escuchó: «El que era Will Dearborn» y «Todo va bien» y «descansa», o eso le pareció.

Fuera lo que fuese parecía que funcionaba. Poco a poco, Sheemie se tranquilizó. Susannah se dio cuenta de que Dinky aflojaba las manos con las que agarraba los tobillos del antiguo tabernero, listo para volver a apretar con fuerza si Sheemie reiniciaba el pataleo. También relajó los músculos de alrededor de la boca y separó los dientes. Parecía que el trozo de madera, todavía clavado en su boca por los incisivos superiores, estuviera levitando. Susannah lo sacó con cuidado y contempló asombrada los agujeros ribeteados de sangre. A Sheemie le colgaba la lengua por un lado de la boca, lo que a Susannah le recordó a Acho cuando dormía la siesta: tumbado boca arriba con las patas desparramadas en dirección a los cuatro puntos cardinales.

Ahora solo se oía el veloz balbuceo de subastador del Rod y el grave gruñido procedente del pecho de Acho, que permanecía en guardia al lado de Jake, mirando al recién llegado con los ojos entrecerrados.

—Cierra el pico y estate quieto —ordenó Roland al Rod, luego añadió algo

más en otro idioma.

El Rod se quedó paralizado a la mitad de una nueva reverencia, con las manos todavía levantadas por encima de la cabeza, mirando a Roland. Eddie vio que tenía un lado de la nariz comido por una jugosa herida, una herida roja como un fresón. El Rod se puso las palmas sarnosas y polvorientas sobre los ojos, como si el pistolero fuera un ser demasiado deslumbrante para mirarlo, y cayó hacia un lado. Se llevó las rodillas al pecho, y soltó un estruendoso pedo al hacerlo.

—Harpo habla —dijo Eddie, y fue una ocurrencia tan rápida que hizo reír a Susannah. A continuación, se hizo el silencio, salvo por el ulular del viento en el exterior de la cueva, el sonido distante de la música grabada del Devar-Toi y el lejano rugido del trueno, que era como el traqueteo de los huesos que ruedan por el suelo.

Pasados cinco minutos, Sheemie abrió los ojos, se incorporó y miró a su alrededor con la perplejidad de alguien que no sabe dónde está, ni cómo ha llegado hasta allí, ni por qué. Entonces, clavó la mirada en Roland, y su pobre y cansada cara se iluminó con una sonrisa.

Roland se la devolvió, y extendió los brazos.

—¿Podéis venir a mí, Sheemie?

Sheemie gateó hasta Roland de Gilead, con el negro y sucio pelo colgándole sobre los ojos, y apoyó la cabeza sobre el hombro del pistolero. Susannah notó que se le anegaban los ojos y miró hacia otro lado.

DOS

Pasado un breve instante, Sheemie se sentó, apoyado contra la pared de la cueva, con la colcha para mudanzas que estaba en el Triciclo de Crucero de Suzie como almohada para la espalda y la cabeza. Eddie le había ofrecido un refresco, pero Ted sugirió que el agua podía sentarle mejor. Sheemie se bebió la primera botella de Perrier de un trago y, en ese momento, estaba bebiéndose otra. Los demás tomaban café soluble, salvo Ted; él se estaba bebiendo una lata de Nozz-A-La.

—No sé cómo te puedes tragar esa cosa —dijo Eddie.

—Sobre gustos no hay nada escrito, dijo una vieja mientras se comía los mocos —respondió Ted.

El Niño de Roderick era el único que no tomó nada. Se quedó donde estaba, en la entrada de la cueva, con las manos bien apretadas sobre los ojos. Temblaba ligeramente.

Ted había vigilado el estado de Sheemie entre su primera botella de agua y la segunda: le había tomado el pulso, le había mirado la boca y le había palpado el cráneo, por si había alguna lesión que lo hubiera hundido. Cada vez que le preguntaba a Sheemie si le dolía, Sheemie sacudía con solemnidad la cabeza, sin quitar a Roland la vista de encima durante el reconocimiento. Después de palparle las costillas («cosquillas, sai, me hace cosquillas», dijo Sheemie sonriendo), Ted declaró que estaba sano como una manzana.

Eddie, que veía perfectamente bien los ojos de Sheemie —tenía una de las lámparas de gas cerca, que proyectaba un fuerte fulgor en la cara del muchacho —, pensó que aquella era una mentira prácticamente digna de un presidente.

Susannah estaba cocinando una nueva tanda de huevina en polvo y estofado de ternera con maíz. (La parrilla había vuelto a hablar… «¿Más de lo mismo, eh?», había preguntado con un tono de chispeante afirmación). Eddie le leyó la mirada a Dinky Earnshaw y dijo:

—¿Quieres salir conmigo durante un rato mientras Suze nos prepara la manduca?

Dinky miró a Ted, quien asintió, luego volvió a mirar a Eddie.

—Si quieres… Esta mañana tenemos un poco más de tiempo, pero eso no significa que podamos perder ni un minuto.

—Entiendo —contestó Eddie.

TRES

El viento había arreciado, aunque en lugar de refrescar el aire, tenía un olor más asqueroso que nunca. En una ocasión, en el instituto, Eddie había ido de excursión a una refinería de petróleo de New Jersey. Hasta ese momento creía de corazón que eso era lo más asqueroso que había olido en su vida; dos de las chicas y dos de los chicos habían vomitado. Recordó a su guía muerto de la risa, y diciendo: «Vosotros recordad que este es el olor del dinero… eso ayuda». Puede que Petróleo y Gas Perth se llevara la palma, pero solo porque la peste que olía en ese momento no era tan fuerte. Y, por cierto, ¿qué había allí que le recordase a Petróleo y Gas Perth? No lo sabía y seguramente daba igual, pero era

raro que estando allí no parase de recordar cosas. Aunque, decir que las cosas «se recordaban» no era lo más apropiado, ¿verdad?

—Llegan con el eco —murmuró Eddie—. Eso es lo que ocurre.

—¿Cómo dices, compañero? —preguntó Dinky. Una vez más se encontraban en el camino, mirando hacia abajo, a los edificios de techos azules de la lontananza, al embrollo de vagones fuera de servicio y al pueblecito perfecto. Perfecto, sí, hasta que uno recordaba que estaba tras una alambrada de tres vueltas, una de esas alambradas que te soltaban una descarga eléctrica lo bastante potente como para matar a un hombre con solo tocarla.

—Nada —respondió Eddie—. ¿Qué es ese olor? ¿Tienes idea?

Dinky sacudió la cabeza, y señaló hacia la cárcel, en una dirección que podría haber sido, o no, el sur o el este.

—Lo único que sé es que allí abajo hay algo venenoso —dijo—. Una vez le pregunté a Finli y me dijo que antes había fábricas en esa dirección. De la empresa Positronics. ¿Conoces el nombre?

—Sí. Pero ¿quién es Finli?

—Finli o' Tego. El mandamás de seguridad, el brazo derecho de Prentiss, también conocido como el Comadreja. Un taheen. No importa lo que hayáis planeado, tendréis que encargaros de él para que funcione. Y no os lo pondrá fácil. Verlo muerto y tirado en el suelo me haría sentir como en un día de fiesta nacional. Por cierto, mi verdadero nombre es Richard Earnshaw. Es un puñetero placer conocerte. —Extendió la mano. Eddie la estrechó.

—Me llamo Eddie Dean. Conocido como Eddie de Nueva York al oeste del Pecos. La mujer es Susannah. Mi esposa.

Dinky asintió con la cabeza.

—Ajá. Y el muchacho es Jake. También de Nueva York.

—Jake Chambers, sí. Escucha, Rich…

—Agradezco el esfuerzo —dijo, sonriendo—, pero llevo demasiado tiempo siendo Dinky como para cambiar ahora, supongo. Además, podría ser peor. Trabajé durante un tiempo en un supermercado con un veinteañero al que llamaban J.J. el Puto Charita Azul. La gente lo seguirá llamando así cuando tenga ochenta años y lleve una bolsa para los meados.

—A menos que seamos valientes, buenos y que tengamos suerte, nadie va a llegar a los ochenta. Ni en este mundo ni en ningún otro.

Dinky puso cara de sorpresa, luego quedó apesadumbrado.

—Has dicho algo muy cierto.

—Ese tipo al que conocía Roland no tiene buena cara —dijo Eddie—. ¿Le has visto los ojos?

Dinky asintió, más apesadumbrado que nunca.

—Creo que esas pintitas de sangre que tiene en los glóbulos oculares se llaman petequías. Algo así. —Entonces, en un tono de disculpa que a Eddie le pareció bastante singular, teniendo en cuenta la situación, añadió—: No sé si lo he dicho bien.

—Me da igual cómo se llame, no es bueno. Y el telele ese que le ha dado…

—No es una forma muy apropiada de decirlo —comentó Dinky.

A Eddie le importaba una mierda si era o no era apropiado.

—¿Ya le había pasado antes?

Dinky apartó la mirada de la de Eddie y se miró los pies mientras los movía. Eddie pensó que aquello bastaba como respuesta.

—¿Cuántas veces? —Eddie esperaba no haber parecido tan horrorizado como se sentía. Sheemie tenía tantos agujeritos sanguinolentos en los glóbulos oculares que parecía que se los habían espolvoreado con pimentón. Por no mencionar los puntos más grandes que tenía en los rabillos.

Dinky, que seguía sin mirar a Eddie, levantó cuatro dedos.

—¿Cuatro veces?

—Pues sí —afirmó Dinky. Seguía mirando con detenimiento sus mocasines de fabricación casera—. La primera vez fue cuando envió a Ted a Connecticut en 1960. Como si al hacerlo se le hubiera roto algo por dentro. —Levantó la vista e intentó sonreír—. Pero ayer, cuando los tres volvimos al Devar, no se desmayó.

—Vamos a ver si lo he entendido bien. En la cárcel de allí abajo tenéis todo tipo de pecados veniales, pero solo uno mortal: la teletransportación.

Dinky se lo pensó. Las normas no eran tan laxas ni para los taheen ni para los can-toi; podían exiliarlos o practicarles una lobotomía por toda clase de razones, incluidas faltas como la negligencia, meterse con los Disgregadores o el ocasional acto de crueldad descarada. Una vez, según le habían contado, un hampón había violado a un Disgregador, y se dijo que el hampón le había contado al último Amo del complejo que la violación formaba parte de su conversión. El mismísimo Rey Carmesí se le había aparecido en un sueño y le había ordenado que lo hiciera. Por ese delito, se condenó a muerte al can-toi. Invitaron a los Disgregadores a presenciar la ejecución (un tiro en la sien) que tuvo lugar en el centro de la calle principal de Pleasantville.

Dinky le habló a Eddie de esto y a continuación admitió que, sí, para los internos, al menos, la teletransportación era el único pecado mortal. Por lo menos, que él supiera.

—Y Sheemie es vuestro teletransportador —dijo Eddie—. Vosotros lo ayudáis, lo facilitáis, para usar la expresión de Tedster, y lo protegéis amañando los registros, en cierta forma…

—No tienen ni idea de lo fácil que es manipular su telémetro —dijo Dinky, casi riendo—. ¡Colega, se quedarían helados! Lo difícil es asegurarse de que no lo echamos todo a perder.

A Eddie tampoco le importaba eso. Funcionaba y eso era lo único que importaba. Sheemie también funcionaba… pero ¿durante cuánto tiempo?

—… pero quien lo hace es él —concluyó Eddie—. Sheemie.

—Pues sí.

—El único que puede hacerlo.

—Pues sí.

Eddie pensó en sus dos misiones: liberar a los Disgregadores (o matarlos, si no había otra forma de detenerlos) y evitar que el escritor muriera atropellado por un monovolumen mientras daba un paseo. Roland pensó que podrían llevar a cabo ambas tareas, pero necesitarían la habilidad de teletransportación de Sheemie como mínimo dos veces. Además, sus visitantes tendrían que volver al interior de la alambrada de tres vueltas una vez concluida la garla de ese día, y, seguramente, eso significaría que tendrían que hacerlo una tercera vez.

—Dice que no duele —comentó Dinky—. Si es eso lo que te preocupa.

En el interior de la cueva, los demás se reían de algo, Sheemie había recuperado la conciencia y estaba comiendo; se respiraba un ambiente de íntima amistad.

—No es eso —respondió Eddie—. ¿Qué piensa Ted que le ocurre a Sheemie cuando se teletransporta?

—Que tiene hemorragias cerebrales —contestó Dinky sin demora—. Pequeños infartos en la superficie del cerebro. —Se golpeó con un dedo en distintos puntos de su propio cráneo a modo de demostración—. Pam, pam, pam.

—¿Está cada vez peor? ¿Verdad?

—Mira, si crees que pretendo que nos lleve por ahí de excursión, será mejor que te quites esa idea de la cabeza.

Eddie levantó una mano como un policía de tráfico.

—No, no. Yo solo intento imaginar qué está ocurriendo. —«Y qué

probabilidades tenemos».

—¡Odio utilizarlo de ese modo! —soltó con brusquedad Dinky. Seguía hablando en voz baja, para que los de la cueva no pudieran escucharlo, pero Eddie ni por un momento pensó que estuviera exagerando. Dinky estaba muy molesto—. No le importa, quiere hacerlo, y eso lo empeora todo, no lo contrario. La forma en que mira a Ted… —Se encogió de hombros—. Es como un perro que mira al mejor amo del universo. Mira a tu dinh de la misma forma, como estoy seguro de que ya has visto.

—Lo hace por mi dinh —respondió Eddie—, y eso lo hace lícito. Puede que no te lo creas, Dink, pero…

—Pero tú sí.

—Totalmente. Bien, y ahora una pregunta importante de verdad: ¿Ted sabe cuánto tiempo puede aguantar Sheemie? ¿Teniendo en cuenta que ahora tendrá un poco más de ayuda al final?

«¿A quién intentas subirle los ánimos, tronco? —habló Henry de pronto en la cabeza de Eddie. Cínico como siempre—. ¿A él o a ti mismo?».

Dinky estaba mirando a Eddie como si estuviera loco, o como si fuera corto de luces.

—Ted era contable. Algunas veces fue profesor, y trabajador de media jornada cuando no tenía otra cosa mejor. Pero no es médico.

Con todo, Eddie siguió presionándolo.

—¿Él qué opina?

Dinky hizo una pausa. El viento soplaba. La música llegó flotando a sus oídos. Más a lo lejos, un trueno emergió rezongando de la oscuridad. Al final, Dinky dijo:

—Puede que tres o cuatro veces… pero las consecuencias son cada vez peores. Puede que dos veces. Pero no hay garantías, ¿vale? Podría caer muerto por una embolia la próxima vez que empuje para abrir ese agujero por el que pasamos.

Eddie intentó pensar en otra pregunta, pero no se le ocurrió. Esa última respuesta había sido suficiente para cubrir todos los frentes, y cuando Susannah los llamó para que volviesen a entrar, se sintió más que contento de marcharse.

CUATRO

Sheemie Ruiz había redescubierto el apetito, lo que todos ellos consideraron una buena señal, y zampaba alegremente. En cierta forma las manchas de sangre habían perdido intensidad, aunque todavía eran visibles. Eddie se preguntó qué harían los guardias en Cielo Azul si se hubieran dado cuenta de su presencia y también se preguntó si Sheemie podría llevar un par de gafas de sol sin suscitar comentarios.

Roland había conseguido que el Rod se pusiera en pie y estaba parlamentando con él en el fondo de la cueva. Bueno… o algo parecido a parlamentar. El pistolero estaba hablando y el Rod estaba escuchando, y de vez en cuando lanzaba miraditas asombradas al rostro de su interlocutor. Para Eddie lo que decían era un galimatías, aunque pudo distinguir dos palabras: Chevin y Chayven. Roland le estaba preguntando a ese Rod sobre el que se habían encontrado dando tumbos en la carretera de Lovell.

—¿Tiene nombre? —les preguntó Eddie a Dink y a Ted, mientras se tomaba el segundo plato de comida.

—Yo lo llamo Chucky —respondió Dinky—. Porque se parece un poco al muñeco de una película de terror que vi una vez.

Eddie sonrió de oreja a oreja.

—*Muñeco diabólico*, sí. La he visto. Después de tu cuando, Jake. Y mucho después de tu cuando, Suziella. —El Rod no tenía el pelo en condiciones, pero sí las mejillas, regordetas y pecosas, y los ojos azules—. ¿Crees que sabe guardar un secreto?

Tras unos cuantos minutos de charla, Roland se mostró satisfecho y se reunió con los demás. Se agachó —no tenía ningún problema en hacerlo ahora que las articulaciones se le habían calentado— y miró a Ted.

—Ese tipo se llama Haylis de Chayven. ¿Lo echará alguien de menos?

—Es poco probable —dijo Ted—. Los Rod se presentan en la puerta que está más allá de los dormitorios, en pequeños grupos, en busca de alguna tarea. De recoger y transportar, sobre todo. Les pagan con comida o con algo de beber. Si no aparecen, nadie les echa de menos.

—Bien. Ahora… ¿cuánto duran los días aquí? ¿Son de veinticuatro horas, desde ahora hasta mañana por la mañana, a esta misma hora?

Ted pareció interesado en la pregunta y se la pensó durante bastante rato antes de responder.

—Digamos que son veinticinco —dijo—. Puede que un poco más. Porque el tiempo se está ralentizando, al menos aquí. A medida que los Haces se debilitan,

parece que haya más disparidad del flujo temporal entre los mundos. Seguramente son los puntos de más tensión.

Roland asintió con la cabeza. Susannah le ofreció comida y él sacudió la cabeza y dijo gracias. Detrás de ellos, el Rod se encontraba sentado sobre un cajón de embalaje, mirándose los pies descalzos y cubiertos de llagas. A Eddie le sorprendió que Acho se acercase a ese tipo y le sorprendió, aún más, que el brambo permitiese que Chucky (o Haylis) le acariciase la cabeza con la deforme zarpa que tenía por mano.

—¿Y hay un momento por la mañana en que las cosas de allí abajo podrían ser menos… no sé…?

—¿Un poco desorganizadas? —sugirió Ted.

Roland asintió.

—¿Habéis escuchado una sirena hace un rato? —preguntó Ted—. ¿Justo antes de que nosotros hayamos aparecido?

Todos sacudieron la cabeza.

A Ted no le sorprendió.

—Pero, sí habéis escuchado cuando empezaba la música, ¿verdad?

—Sí —respondió Susannah y le ofreció una lata recién abierta de Nozz-A-La. Ted la aceptó y le dio un buen sorbo. Eddie intentó no estremecerse.

—Gracias, señora. En cualquier caso, la sirena indica el cambio de turno. La música empieza justo en ese momento.

—Odio esa música —dijo Dinky, malhumorado.

—Si hay algún momento en que el control flaquea —comentó Ted— es justo en ese instante.

—¿Y qué hora es esa? —preguntó Roland.

Ted y Dinky intercambiaron una mirada dubitativa. Dinky enseñó ocho dedos, con las cejas arqueadas como gesto de pregunta. Fue como si se relajase cuando Ted asintió con decisión.

—Sí, las ocho en punto —respondió Ted, a continuación rio e hizo un ligero movimiento con la cabeza que rezumaba cinismo—. Bueno, lo que serían las ocho en un mundo donde todo lo que estuviera fuera del complejo penitenciario siempre fuera el este, y el este no estuviera en el sudeste algunos días y muriera en el este otros días.

Sin embargo, Roland había estado viviendo en el mundo en disolución mucho antes de que Ted Brautigan hubiera soñado con un lugar como Algul

Siento, y no le molestaba especialmente la forma en que los hechos de la existencia que antes eran inamovibles hubieran empezado a desmoronarse.

—Unas veintiocho horas desde ahora —respondió Roland—. O un poco menos.

Dinky asintió.

—Pero más vale que no planees armar confusión, olvídalo. Saben el lugar que les corresponde y van a ocuparlo. Son unos veteranos.

—Aun así —dijo Roland—, es lo mejor que podemos hacer. —Entonces miró a su viejo conocido de Mejis, y le hizo una seña para que se acercase.

CINCO

Sheemie dejó su plato de inmediato, se acercó a Roland y cerró la mano en un puño.

—Salve, Roland, el que era Will Dearborn.

Roland le devolvió el saludo, luego se volvió hacia Jake. El muchacho le dedicó una mirada insegura. Roland asintió en su dirección, y llegó Jake. En ese momento Jake y Sheemie quedaron uno frente a otro con Roland agachado entre ambos, y, por lo visto, no miraba a ninguno de los dos ahora que se habían reunido.

Jake se llevó una mano a la frente.

Sheemie le devolvió el gesto.

Jake agachó la cabeza para mirar a Roland y dijo:

—¿Qué quieres?

Roland no respondió, se limitó a seguir mirando con serenidad hacia la entrada de la cueva, como si hubiera algo en la oscuridad aparentemente infinita del exterior que le interesase. Y Jake sabía lo que quería, como habría averiguado, sin duda, de haber utilizado el toque con la mente de Roland para descubrirlo (lo que con toda seguridad no había hecho). Habían llegado a una encrucijada en el camino. Había sido Jake quien había sugerido que Sheemie podría ser el que les dijera qué ramal seguir. En ese momento había parecido una idea fantásticamente buena… ¡vete a saber por qué! Ahora, mirando ese rostro tan sincero, aunque sin muchas luces, y esos ojos sanguinolentos, Jake se preguntaba dos cosas: ¿qué bicho le había picado para pensar que ese era un buen plan? Y, ¿por qué nadie —seguramente Eddie, quien se mantenía

relativamente frío pese a todo por lo que habían pasado— le había dicho, con amabilidad, pero con firmeza, que poner su futuro en manos de Sheemie Ruiz era una idea estúpida? Una gilipollez, como habrían dicho sus antiguos compañeros de Piper. En ese momento Roland, quien creía que, incluso cuando la muerte proyecta su sombra, había lecciones que aprender, quería que formulase una pregunta que él mismo había propuesto y la respuesta, sin duda, descubriría al atolondrado supersticioso en que se había convertido. Con todo, ¿por qué no preguntar? Aunque fuera el equivalente de lanzar una moneda al aire, ¿por qué no? Jake había llegado, posiblemente, al final de una vida breve aunque sin duda interesante, a un lugar donde había puertas mágicas, mayordomos mecánicos, telepatía (que sabía utilizar, al menos hasta cierto punto), vampiros y seres arácnidos. Así que, ¿por qué no dejar que Sheemie decidiera? De todas formas, tenían que ir en una dirección u otra, y el muchacho ya había sufrido mucho por algo tan mezquino como tener pinta de idiota a ojos de sus compañeros. «Además —pensó—, si aquí no estoy entre amigos, nunca lo estaré».

—Sheemie —dijo Jake. Mirar esos ojos sanguinolentos era bastante horrible, pero consiguió hacerlo—: Estamos en una misión. Eso significa que tenemos un trabajo que hacer. Tenemos…

—Tenéis que salvar la Torre —concluyó Sheemie—. Y mi viejo amigo tiene que entrar y escalar hasta arriba y ver lo que tiene que ver. Puede haber renovación, puede haber muerte o pueden producirse ambas cosas. Antes era Will Dearborn, sea, era él. Will Dearborn para mí.

Jake miró a Roland, que seguía agachado, mirando al exterior de la cueva. Aunque a Jake le pareció que había palidecido y tenía una expresión extraña.

Roland hizo su gesto de girar un dedo para indicar que continuase.

—Sí, se supone que debemos salvar la Torre Oscura —admitió Jake. Y creyó entender, en parte, el deseo de Roland de verla y entrar en ella, aunque lo matara. ¿Qué había en el centro del universo? ¿Había algún hombre (o muchacho) que no se lo plantease, una vez que se hubiera formulado la pregunta, y no quisiera verlo?

¿Aunque el verlo lo hubiera enloquecido?

—Pero para hacer eso, tenemos que realizar dos trabajos. Para uno de ellos es necesario regresar a nuestro mundo y salvar a un hombre. Un escritor que está contando nuestra historia. El otro trabajo es del que hemos estado hablando.

Liberar a los Disgregadores. —Su honestidad le obligó añadir—: O, por lo menos, detenerlos. ¿Lo entiendes?

No obstante, esta vez, Sheemie no respondió. Estaba mirando en la misma dirección que estaba mirando Roland, a la oscuridad del exterior. Por su rostro, parecía hipnotizado. Observarlo incomodaba a Jake, pero siguió. Había llegado a su pregunta, al fin y al cabo, y ¿a qué otro lugar quería dirigirse que no fuera hacia adelante?

—La pregunta es: ¿qué trabajo hacemos primero? Podría parecer que salvar al escritor podría ser más sencillo porque no hay nada que se oponga… al menos que nosotros sepamos… pero existe la posibilidad de que… bueno… —Jake no quería decir: «Pero existe la posibilidad de que el hecho de que nos teletransportes te mate», por eso hizo una pausa mediocre e insatisfactoria.

Durante un instante pensó que Sheemie no respondería, y dejaría en sus manos el hecho de decidir si debía volver a intentarlo o no, pero el antiguo tabernero habló. Al hacerlo no miró a nadie, sino que siguió mirando únicamente al exterior de la cueva y hacia la umbría de Tronido.

—Anoche tuve un sueño, sí —afirmó Sheemie de Mejis, a quien hacía tiempo habían salvado la vida tres jóvenes pistoleros de Gilead—. Soñé que volvía al Descanso del Viajero, solo que Coral no estaba, ni Stanley, ni Pettie, ni Sheb, que era el pianista. No había nadie más que yo, y estaba fregando el suelo y cantando «Careless Love». Entonces las puertas batientes hicieron ese ruido de: «ñiii», sí lo hicieron, ese ruido raro que suelen hacer…

Jake vio que Roland estaba asintiendo en silencio, con la sombra de una sonrisa en los labios.

—Yo levanté la vista —prosiguió Sheemie—, y entró un chico. —Dirigió la mirada por un instante hacia Jake, luego volvió a mirar hacia la entrada de la cueva—. Se parecería a usted, joven sai, sí se parecía, y me asustó un montón, y verlo me hizo sentir triste. Yo seguía fregando, pensando que si hacía eso, a él le daría igual o que ni siquiera me vería, y se iría.

Jake se dio cuenta de que conocía aquella historia. ¿Lo había visto? ¿De verdad había sido él ese puñetero chico?

—Pero él te miró directamente a los ojos… —murmuró Roland, que seguía acuclillado, y mirando a la oscuridad del exterior.

—Sea, el que era Will Dearborn. Me miró directamente a los ojos, me miró, y me dijo: «¿Por qué me tienes que hacer daño si te quiero tanto? ¿Si no puedo ni quiero hacer otra cosa, pues el amor me hizo y me alimentó y me…?».

—«Y me hizo vivir días mejores» —murmuró Eddie. Le cayó una lágrima de los ojos que dejó una mancha oscura en el suelo de la cueva.

—«¿… y me hizo vivir días mejores? ¿Por qué me rajarás y me desfigurarás la cara y me llenarás de congoja? Y solo te he amado por tu belleza, como tú me amaste una vez por la mía, en la época previa a que el mundo se moviera. Ahora me puedes arañar con tus uñas y echarme gotas de plomo fundido en la nariz; me has echado las bestias, me las has echado, y ellas se han comido mis partes más tiernas. Los can-toi se agrupan a mi alrededor y en su risa no hay rastro de paz. Aun así, todavía te quiero y te serviría e incluso volvería a traer la magia, si me lo permitieras, porque así es cómo moldearon mi corazón cuando emergí del *Prim*. Y otrora fui fuerte, así como bello, pero ahora mi fuerza prácticamente ha desaparecido».

—Has llorado —dijo Susannah.

Jake pensó: «Por supuesto que ha llorado». Él mismo estaba llorando. También Ted; y Dinky Earnshaw. El único que tenía los ojos secos era Roland. Además, el pistolero estaba pálido, ¡tan pálido!

—Lloró —dijo Sheemie (le corrían las lágrimas por las mejillas mientras contaba el sueño)—, y yo también, porque veía que había dicho una verdad como un puño. Dijo: «Si la tortura se detuviese ahora, todavía podría recuperarme, si no mi aspecto, al menos mi fuerza…».

—«Mi *kes*» —dijo Jake, y aunque jamás había escuchado esa palabra antes la pronunció correctamente, sonó casi como a *tez*.

—«… y mi *kes*. Pero otra semana… o quizá cinco días… o incluso tres… y será demasiado tarde. Aunque la tortura parase, moriría. Y tú también morirás, pues, cuando el amor deja el mundo, todos los corazones se calman. Háblales de mi amor y háblales de mi dolor y háblales de mi esperanza, que todavía vive. Porque eso es lo único que tengo y todo lo que soy y todo lo que pido». —Entonces, el chico dio media vuelta y salió. La puerta batiente hizo el mismo ruido: «Ñiiii».

En ese momento miró a Jake y sonrió como si acabara de levantarse.

—Yo puedo responder a vuestra pregunta, sai. —Se golpeó con un puño la frente—. No tengo mucha sesera en la mollera, no tengo… solo telas de arañitas. Lo dijo Cordelia Delgado y yo reconozco que tenía razón.



Jake no respondió. Estaba perplejo. Había soñado con el mismo chico desfigurado, pero no en una taberna; había sido en Gage Park, donde habían visto a Charlie el Chú-Chú. Lo había soñado la última noche. Tenía que haber sido él. No se había acordado hasta ese momento, seguramente, no se habría acordado nunca si Sheemie no hubiera contado su sueño. Y ¿tendrían Roland, Eddie y Susannah una versión del mismo sueño? Sí. Se lo veía en las caras, al igual que veía que Ted y Dinky parecían conmovidos, aunque, en cierta forma, desconcertados.

Roland se levantó haciendo una mueca de dolor, posó la mano en la cadera durante un instante y luego dijo:

—Gracias, sai Sheemie, nos has ayudado enormemente.

Sheemie rio con inseguridad.

—¿Cómo lo he hecho?

—Da igual, querido. —Roland dedicó su atención a Ted—. Mis amigos y yo vamos a salir un rato fuera. Necesitamos hablar an-tet.

—Claro —dijo Ted. Sacudió la cabeza como para despejarse.

—Hazle un favor a mi tranquilidad mental y que sea cortito —dijo Dinky—. Seguramente todavía no nos hemos metido en ningún lío, pero no quiero tentar tanto a la suerte.

—¿Necesitaréis que él os vuelva a introducir? —preguntó Eddie haciendo un gesto con la cabeza para señalar a Sheemie. Fue como una pregunta retórica; sin Sheemie ¿cómo iban a regresar?

—Bueno, sí, pero… —empezó a decir Dinky.

—Entonces estaréis tentando un montón a la suerte. —Dicho esto, Eddie, Susannah y Jake siguieron a Roland al exterior de la cueva. Acho se quedó detrás, sentado con su nuevo amigo: Haylis de Chayven. Había algo en ello que incomodaba a Jake. No eran celos, sino más bien miedo. Como si estuviera contemplando un augurio, que alguien más inteligente que él, quizá un miembro de las yentes Manni, pudiera interpretar. Pero ¿quería saber qué significaba?

Puede que no.

SEIS

—No había recordado mi sueño hasta que él ha contado el suyo —comentó Susannah—, y si no lo hubiera contado, seguramente yo jamás lo habría

recordado.

—Sí —asintió Jake.

—Pero, ahora lo recuerdo con toda claridad —Susannah siguió hablando—. Estaba en una estación de metro y el chico bajaba la escalera…

Jake dijo:

—Era en Gage Park…

—Y yo estaba en la cancha de la avenida Markey, donde Henry y yo jugábamos los partidos de uno contra uno —dijo Eddie—. En mi sueño, el chico con la cara ensangrentada llevaba una camiseta que decía NUNCA HAY UN MOMENTO ABURRIDO…

—… EN MUNDO MEDIO —concluyó Jake, y Eddie lo miró con asombro.

Jake ni siquiera se dio cuenta; tenía la cabeza en otra cosa.

—Me pregunto si Stephen King utiliza los sueños en sus textos. Ya sabes, como la levadura, para engordar la trama.

Era una pregunta que ninguno de ellos podía responder.

—¿Roland? —preguntó Eddie—. ¿Dónde estabas tú en tu sueño?

—En el Descanso del Viajero, ¿dónde si no? ¿Acaso no había estado allí con Sheemie hace mucho, mucho tiempo? —«Con mis amigos, hace tiempo desparecidos», podría haber añadido, pero no lo hizo—. Estaba sentado en una mesa que era la favorita de Eldred Jonas, jugando una mano de Mírame.

Susannah dijo con tranquilidad:

—El chico de mi sueño era el Haz, ¿no?

Cuando Roland asintió con la cabeza, Jake se dio cuenta de que, al fin y al cabo, Sheemie les había dicho qué trabajo debían realizar en primer lugar. Lo había dicho sin sombra de duda.

—¿Alguno de vosotros tiene una pregunta? —preguntó Roland.

Uno a uno, sus compañeros sacudieron la cabeza.

—Somos ka-tet —dijo Roland y todos respondieron al unísono:

—Somos de muchos, uno.

Roland se entretuvo un rato más, mirándolos, deleitándose con sus facciones, mejor dicho, y luego los condujo al interior de la cueva.

—Sheemie —dijo.

—¡Sí, sai! ¡Sí, Roland, el que era Will Dearborn!

—Vamos a salvar al chico del que nos has hablado. Vamos a hacer que el malo deje de hacerle daño.

Sheemie sonrió, pero era una sonrisa de confusión. No recordaba al chico de su sueño, ya no.

—Bien, sai, ¡eso está bien!

Roland dirigió su atención a Ted.

—En cuanto Sheemie os lleve de vuelta esta vez, acostadlo. Si eso llama mucho la atención, aseguraos de que se queda tranquilo.

—Podemos apuntarlo en la lista de resfriados y sacarlo del Estudio —comentó Ted—. Hay muchísimos resfriados en el lado de Tronido. Pero, muchachos, tenéis que entender que no hay ninguna garantía. Esta vez puede conseguir que volvamos a entrar y luego… —Chascó los dedos en el aire.

Riendo, Sheemie lo imitó, salvo que chascó los dedos con ambas manos. Susannah apartó la mirada, se le había revuelto el estómago.

—Ya lo sé —respondió Roland, y aunque no varió mucho el tono, cada uno de los miembros de su ka-tet sabía que era bueno que la garla estuviera a punto de concluir. La paciencia de Roland había llegado al límite—. Mantenedlo callado aunque esté bien y se sienta bien. No lo necesitaremos para lo que he pensado. Gracias por las armas que nos habéis dejado.

—Son buenas armas —admitió Ted—, pero ¿son lo bastante buenas para deshacerse de sesenta hombres, can-toi y taheen?

—¿Vosotros dos os uniréis a nosotros en cuanto empiece la lucha? —preguntó Roland.

—Será un verdadero placer —respondió Dinky, dejando ver la dentadura con una sonrisa descaradamente desagradable.

—Sí —contestó Ted—. Y puede ser que tenga otra arma. ¿Habéis escuchado la grabación que os dejé?

—Sí —dijo Jake.

—Así que ya conocéis la historia del chico que me robó la cartera.

Esta vez todos asintieron con la cabeza.

—¿Qué hay de esa joven? —preguntó Susannah—. La criatura que era dura de pelar, según dijiste. ¿Y Tanya y su novio? ¿O su marido, si es que lo es?

Ted y Dinky intercambiaron una mirada breve e interrogativa, luego sacudieron la cabeza al mismo tiempo.

—Puede que en otro tiempo —dijo Ted—. Ya no. Ahora está casada. Lo único que quiere es hacer arrumacos con su amor.

—Y disgregar —añadió Dinky.

—Pero ¿es que no entienden que…? —Susannah se dio cuenta de que no

podía acabar. Estaba obsesionada no tanto con los recuerdos de su propio sueño como por Sheemie. «Ahora me arañarás con tus uñas», le había dicho el chico del sueño a Sheemie. El chico del sueño que una vez fue hermoso.

—No quieren entender —le respondió Ted con amabilidad. Vislumbró la expresión seria de Eddie y sacudió la cabeza—. Pero no dejaré que les odiéis por eso. Vosotros, nosotros, puede que tengamos que matar a alguno de ellos, pero no dejaré que los odiéis. No se han alejado del entendimiento ni por codicia ni por miedo, sino por desesperación.

—Y porque disgregar es divino —dijo Dinky. También estaba mirando a Eddie—. De la forma en que la media hora posterior a un chute puede ser divina. No sé si me explico.

Eddie suspiró, se metió las manos en los bolsillos y no dijo nada.

Sheemie los sorprendió a todos al coger una de las metralletas Coyote y apuntarla hacia un arco. De haber estado cargada, la gran misión de la Torre Oscura habría terminado allí mismo.

—¡Yo también lucharé! —gritó—. ¡Pam, pam, pam! ¡Ratatatatá!

Eddie y Susannah se agacharon; Jake se tiró instintivamente delante de Acho; Ted y Dinky se pusieron las manos delante de la cara, como si eso pudiera haberlos protegido de la detonación de una ráfaga de centenares de balas de alto calibre forradas de acero. Roland le quitó la ametralladora a Sheemie de las manos con tranquilidad.

—Ya llegará tu momento de ayudar —le dijo—, pero antes de eso, la batalla será librada y ganada. ¿Ves al brambo de Jake, Sheemie?

—Sea, está con el Rod.

—Sabe hablar. A ver si consigues que te hable.

Sheemie se dirigió, obedientemente, hacia el lugar en que Chucky/Haylis seguía acariciándole la cabeza a Acho, clavó una rodilla en el suelo y empezó a intentar que Acho dijera su nombre. El brambo lo hizo casi de inmediato y con enorme claridad. Sheemie rio y Haylis se unió a él. Parecían un par de críos del Calla. De los arruinados, tal vez.

Mientras tanto, Roland se volvió hacia Dinky y Ted, sus labios apenas dibujaban una delgada línea blanca en su rostro tenso.

—Tiene que mantenerse al margen una vez que empiecen los tiros. —El pistolero hizo un gesto como si hiciera girar una llave en un candado—. Si perdemos, lo que le ocurra en adelante no importará. Si ganamos, lo necesitaremos como mínimo una vez más. Seguramente dos veces más.

—¿Para ir adónde? —preguntó Dinky.

—A Estados Unidos de Mundo Piedra Angular —dijo Eddie—. Hasta un pequeño pueblo al oeste de Maine llamado Lovell. Nada más y nada menos que a junio de 1999, si el tiempo que avanza en una sola dirección lo permite.

—Por lo visto, el enviarme a Connecticut fue el principio de sus ataques —dijo Ted en voz baja—. Sabéis que el devolveros al lado de Estados Unidos podría ponerlo peor, ¿verdad? O matarlo. —Habló en un tono de total naturalidad. «Solo preguntaba, caballeros».

—Lo sabemos —contestó Roland—, y cuando llegue el momento, dejaré el peligro claro y le preguntaré si…

—¡Venga ya, tío!, eso te lo puedes meter allí donde no brilla el sol —soltó Dinky, y Eddie se sintió tan claramente identificado (por la forma en que se había comportado durante sus primeras horas a orillas del Mar del Oeste, confundido, cabreado y con mono de heroína) que experimentó un momento de *déjà vu*—. Si le dijeras que quieres que se pegue fuego, lo único que te preguntaría él es si tienes una cerilla. Cree que eres el mismísimo Jesucristo.

Susannah esperó, con una mezcla de miedo e interés casi lascivo, la respuesta de Roland. Pero no hubo tal respuesta. Roland se limitó a mirar a Dinky, con los pulgares metidos en el cinto.

—Está claro que eres consciente de que un muerto no os puede traer de vuelta del lado de Estados Unidos —comentó Ted en un tono mucho más razonable.

—Superaremos ese obstáculo si nos encontramos con él y cuando nos encontremos con él —respondió Roland—. Mientras tanto, tenemos muchos obstáculos que superar.

—Me alegro de que primero nos encarguemos del Devar-Toi, sin importar cuánto sea el riesgo —dijo Susannah—. Lo que ocurre allí abajo es abominable.

—Sí, señora —dijo Dinky arrastrando las palabras y se levantó un sombrero imaginario—. Reconozco que esa es la palabra.

La tensión en la cueva desapareció. Detrás de ellos, Sheemie le estaba diciendo a Acho que diera una vuelta y el brambo lo hizo con mucho gusto. El Rod tenía una enorme y babosa sonrisa en la cara. Susannah se preguntó cuándo

habría sido la última vez que Haylis de Chayven había tenido la oportunidad de utilizar su sonrisa, que era encantadora por resultar infantil.

Pensó en preguntarle a Ted si había alguna forma de saber qué día era en Estados Unidos, en ese preciso instante, pero decidió no molestar. Si Stephen King había muerto, lo sabrían; Roland lo había dicho, y a ella no le cabía duda de que tenía razón. Por el momento, el escritor estaba bien, estaría malgastando alegremente su tiempo y su valiosa imaginación en algún proyecto sin sentido mientras el mundo que debía imaginar —pues para eso había nacido— seguía acumulando polvo en su cabeza. ¡Pues claro que Roland estaba cabreado con él! Ella también estaba algo cabreada con él.

—¿Qué planes tienes, Roland? —preguntó Ted.

—Todo depende de dos suposiciones: que los sorprendamos y que provoquemos que salgan lanzados en estampida. No creo que esperen que nadie los interrumpa en estos últimos días; desde Pimli Prentiss hasta el guardia hum más bajo en el escalafón que esté en el exterior de la alambrada, nadie tiene motivos para creer que interrumpirán su trabajo, ni mucho menos que los ataquen. Si mis suposiciones son correctas, venceremos. Si fracasamos, al menos no viviremos el tiempo suficiente para ver que los Haces se rompen y la Torre cae.

Roland encontró el rudimentario plano del Algul y lo extendió sobre el suelo de la cueva. Todos se reunieron en torno a él.

—Estas vías paralelas —dijo, señalando las marcas similares a un sostenido musical, numeradas con el 10—. Algunos de los trenes y vagones en desuso que están allí se encuentran a unos 18 metros de la parte sur de la alambrada. Eso parece al mirar con los prismáticos. ¿Es correcto?

—Sí —respondió Dinky y señaló hacia el centro de la línea más próxima—. Se podría llamar sur, es una palabra tan válida como cualquiera. En esta vía, hay un vagón de carga que está realmente cerca de la alambrada. A unos nueve metros, más o menos. Dice «SOO LINE» en un lateral.

Ted estaba asintiendo.

—Buen lugar para cubrirnos —comentó Roland—. Excelente lugar para cubrirnos. —En ese momento señaló la zona más allá del extremo norte de la instalación—. Y aquí, aquí hay todo tipo de cobertizos.

—Se utilizaban para guardar los suministros —aclaró Ted—, pero ahora la mayoría están vacías, creo. Durante un tiempo, una panda de Rods durmió en

ellos, pero hace unos seis u ocho meses, Pimli y el Comadreja los echaron a patadas.

—Pero son más lugares para cubrirnos, vacíos o llenos —dijo Roland—. ¿El terreno que los rodea está libre de obstáculos y es más bien plano? ¿Lo suficientemente plano para que esa cosa vaya hacia atrás y hacia delante? —Señaló con el pulgar el Triciclo de Crucero de Suzie.

Ted y Dinky intercambiaron una mirada.

—Sin duda —afirmó Ted.

Susannah esperaba que Eddie protestase, incluso antes de saber lo que Roland estaba pensando. No lo hizo. Bien. Ella ya estaba pensando en las armas que quería. En qué pistolas quería.

Roland se quedó sentado en silencio durante un instante, contemplando el mapa, parecía que estuviera en íntima comunión con él. Cuando Ted le ofreció un cigarrillo, el pistolero lo cogió. Entonces empezó a hablar. En dos ocasiones dibujó sobre el lateral de uno de los cajones de armas con un trozo de tiza. En otras dos ocasiones dibujó unas flechas en el plano, una señalaba a lo que llamaban norte y otra al sur. Ted hizo una pregunta; Dinky respondió otra. Detrás de ellos, Sheemie y Haylis jugaban con Acho como un par de niños. El brambo imitaba su risa con escalofriante precisión.

Cuando Roland hubo terminado, Ted Brautigan dijo:

—Tienes intención de derramar un increíble montón de sangre.

—Por supuesto que sí. Tanta como pueda.

—Es un peligro para la señora —señaló Dink, y la miró primero a ella y luego a su marido.

Susannah se quedó callada. También Eddie. Él reconocía el riesgo. También entendía la razón de que Roland quisiera que Suze estuviera en el norte de la instalación. El Triciclo de Crucero le daría movilidad, y ellos la necesitaban. En cuanto al peligro, eran seis que pensaban atacar a sesenta, o más. Por supuesto que estarían en peligro y por supuesto que habría sangre.

Sangre y fuego.

—Podría preparar un par de esas otras armas —dijo Susannah. Su mirada había adquirido ese brillo especial de Detta Walker—. Para que funcionasen por radio control, como un avión de juguete. No sé. Pero me moveré, eso sí. Me voy a mover tan deprisa como la manteca en una parrilla caliente.

—¿Puede funcionar? —preguntó Dink sin rodeos.

Roland abrió la boca en una sonrisa carente de humor.

—Funcionará.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Ted.

Eddie recordó el razonamiento de Roland antes de que hubieran visitado a John Cullum, y podría haber respondido a esa pregunta, pero las respuestas las debía dar el dinh del ka-tet, si podía, así que dejó el asunto en manos de Roland.

—Porque tiene que ser así —respondió el pistolero—. No veo otra forma.



CAPÍTULO XI
EL ATAQUE A ALGUL SIENTO

UNO

Había pasado un día y no mucho tiempo antes de que la sirena indicara el cambio de turno de la mañana. La música pronto empezaría a sonar, el sol saldría y la cuadrilla de Disgregadores del turno de noche se marcharía por la escalera izquierda del Estudio, mientras que la cuadrilla diurna entraría por la escalera derecha. Todo era como debía ser; aun así, Pimli Prentiss había dormido menos de una hora la noche anterior e, incluso durante ese breve instante, lo habían rondado sueños amargos y caóticos. Al final, en torno a las cuatro (lo que según el reloj de su mesilla eran las cuatro, pero quién podía saberlo a esas alturas, y, de todas formas, qué importaba estando tan cerca del fin), se había levantado y se había sentado en la silla de su despacho. Había contemplado el Bulevar a oscuras, vacío a esas horas, salvo por un único e inútil robot, al que se le había metido en la cabeza ponerse a patrullar, y agitaba sus brazos de seis tenazas hacia el cielo. Los robots que todavía funcionaban eran cada vez menos firmes, sacarles la batería habría sido peligroso, pues algunos llevaban una bomba y podían explotar si se retiraba. No quedaba más que aguantar sus excentricidades y recordar constantemente que todo se acabaría pronto, roguémosle a Jesús y a Dios Padre Todopoderoso. En algún momento, el antiguo Paul Prentiss abrió el cajón del escritorio que quedaba justo encima del hueco para meter las piernas, sacó la Colt Pacificadora del 40 y la levantó hacia la lámpara. Era la pistola con la que el Amo anterior a él, Humma, había ejecutado al violador Cameron. Pimli no había tenido que ejecutar a nadie y se alegraba de ello, pero sostener la pistola en su regazo, sentir su magnífico peso, siempre le proporcionaba cierto consuelo.

Aunque no entendía la razón por la que necesitaba consuelo al observar la noche, sobre todo cuando iba todo tan bien. Lo único que sabía con certeza era que se habían producido unas extrañas señales en lo que a Finli y a Jenkins, sus principales técnicos, les gustaba llamar Telémetro de Fondo, como si fueran instrumentos colocados en el fondo del mar en lugar de estar en un simple armario del sótano, adyacente a la alargada y baja habitación donde se encontraban los demás aparatos más útiles. Pimli reconoció lo que sentía, llamemos las cosas por su nombre, como una sensación de condena inminente. Intentó convencerse de que no era más que el dicho de su abuelo en acción, que estaba a punto de llegar a casa, y que por eso tenía que preocuparse por los huevos.

Al final se había ido al baño, donde había cerrado la tapa del váter y se había arrodillado para rezar. Allí estaba todavía, solo que algo había cambiado en el ambiente. No había escuchado ni una pisada, pero sabía que alguien había entrado en su despacho. La lógica le sugería quién tenía que ser. Aún sin abrir los ojos, aún con las manos entrelazadas sobre la tapa cerrada del váter, dijo:

—¿Finli? ¿Finli o' Tego? ¿Eres tú?

¿Qué estaba haciendo antes de que sonara la sirena? Todo el mundo, incluso los Disgregadores, sabían lo fanático del sueño que era Finli el Comadreja. Pero cada cosa a su tiempo. En ese momento, Pimli estaba entreteniendo al Amo (aunque, en realidad, casi se había quedado dormido de rodillas cuando un instinto subconsciente lo alertó de que ya no estaba solo en la primera planta de la Casa del Encargado). Uno no podía hacerle un desaire a un invitado tan importante como el Señor Dios de los Ejércitos, así que terminó su oración («¡Concédeme la gracia de tu voluntad, amén!») antes de levantarse con el rostro crispado de dolor. A su puñetera espalda le importaba un pito la barriga que tenía que levantar.

Finli estaba de pie junto a la ventana, con la Pacificadora levantada en dirección a la tenue luz, moviéndola hacia atrás y hacia delante para admirar las delicadas volutas de la culata.

—Esta es la que le dio las buenas noches a Cameron, ¿verdad? —preguntó Finli—. Cameron, el violador.

Pimli asintió con la cabeza.

—Ten cuidado, hijo mío. Está cargada.

—¿Seis disparos?

—¡Ocho! ¿Estás ciego? Mira el tamaño del tambor, ¡por el amor de Dios!

Finli no se molestó. Se limitó a devolverle la pistola a Pimli.

—Sé cómo apretar el gatillo, sí señor, y, en lo referente a pistolas, con eso basta.

—Sea, si está cargada. ¿Qué haces levantado a estas horas, y molestando a un hombre en sus oraciones de la mañana?

Finli lo miró.

—¿Si yo te preguntase por qué te he encontrado rezando, vestido y peinado, en lugar de con albornoz y zapatillas, y con un solo ojo abierto, qué respuestas me darías?

—Estoy jiñado. Es tan sencillo como eso. Supongo que tú también.

Finli sonrió, encantado.

—¡Jiñado! ¿Es como «estoy cagado de miedo» o «me ha entrado el canguelo»?

—Una cosa así… sí.

Finli sonrió con más ganas, aunque a Pimli no le pareció una sonrisa muy sincera.

—¡Me gusta! ¡Me gusta muy mucho! ¡Jiño!, ¡jiño!

—No —dijo Pimli—. «Estoy jiñado», así se usa.

La sonrisa de Finli se esfumó.

—Yo también estoy jiñado. Estoy cagado de miedo. Me ha entrado el canguelo. Tú eres cangue y yo soy guelo.

—¿Ha habido más señales en el Telémetro de Fondo?

Finli se encogió de hombros, luego asintió en silencio. El problema con el Telémetro de Fondo era que ninguno de ellos estaba seguro con exactitud de lo que medía. Podía ser telepatía o (Dios no lo quisiera) teletransportación, o, incluso, los profundos temblores en el entramado de la realidad; precursores del inminente derrumbamiento del Haz del Oso. Era imposible saberlo. Sin embargo, eran cada vez más las partes, del que fuera un misterioso y silencioso equipo, que habían cobrado vida en los últimos cuatro meses o cosa así.

—¿Qué dice Jenkins? —preguntó Pimli. Se metió el arma del 40 en la agarradera casi sin pensar, lo cual nos acerca un paso más a lo que no querréis escuchar ni querréis contar.

—Que Jenkins diga misa si le viene en gana —dijo Tego con un brusco gesto de indiferencia—. Si ni siquiera sabe qué significan los símbolos de los diales del Telémetro de Fondo ni los monitores de vídeo, ¿a qué viene preguntar por su opinión?

—Tranquilo —respondió Pimli, posando una mano sobre el hombro del Jefe de Seguridad. Le sorprendió (y le alarmó un poco) sentir que la carne de Finli, que estaba bajo su elegante camisa de Turnbull & Asser, se estremeció ligeramente. O quizá fuera un temblor—. ¡Tranqui, tronco! Solo preguntaba.

—No puedo dormir, no puedo leer, ni siquiera puedo follar —protestó Finli —. ¡He intentado las tres cosas, por Gan! Ven a Casa Damli conmigo, ¿quieres?, y echa un vistazo a las puñeteras lecturas. Puede que se te ocurra algo.

—Yo soy capataz, no técnico —respondió Pimli gentilmente, pero ya estaba avanzando hacia la puerta—. Sin embargo, puesto que no tengo nada mejor que hacer…

—Puede que sea solo que ya llega el fin —dijo Finli, deteniéndose en la puerta—. ¡Como si se pudiera decir «solo» sobre cualquier cosa relacionada con algo así!

—Puede que sea eso —dijo Pimli con serenidad—, y un paseo para tomar el fresco de la mañana no puede hacernos ningún… ¡Oye! ¡Oye, tú! ¡Ese de ahí! ¡Tú, Rod! Date la vuelta cuando te esté hablando, ¡más te vale!

El Rod, un tipo esquelético con un viejo mono de trabajo de tela vaquera (el trasero, del todo abombado, se había vuelto completamente blanco), obedeció. Tenía las mejillas rechonchas y pecosas, sus ojos estaban cubiertos por una encantadora pátina azul, aunque en ese momento tenía una mirada alarmada. En realidad no habría sido feo de no ser por la nariz, que estaba comida por un lado casi por completo, lo que le daba la extravagante apariencia de tener un solo orificio nasal. Llevaba una cesta. Pimli estaba bastante seguro de que había visto a ese pasmarote que arrastraba los pies al andar por el complejo, pero no estaba seguro; para él, todos los Rods eran iguales.

No importaba. De la identificación se encargaba Finli y ahora él estaba al mando. Se sacó un guante de goma del cinturón y se lo puso mientras avanzaba dando zancadas. El Rod se arrastró contra la pared, apretó con más fuerza la cesta de mimbre y se tiró un sonoro pedo, que debía ser resultado de los nervios. Pimli tuvo que morderse el interior de la mejilla, y con bastante fuerza, para evitar que aflorase una sonrisa en sus labios.

—¡No, no, no! —exclamó el Jefe de Seguridad, y le cruzó la cara al Rod con una enérgica bofetada, con la mano recién enguantada. (El guante era para no tocar la piel de los Niños de Roderick; tenían demasiadas enfermedades). Al Rod le salió volando saliva de la boca y sangre de la fosa nasal—. ¡No me hables con

tu ki’box, sai Haylis! El agujero que tenéis en la cabeza no es mucho mejor, pero al menos puede pronunciar alguna palabra de respeto. ¡Más te vale que así sea!

—¡Salve, Finli o’ Tego! —musitó Haylis, y se llevó un puño a la frente, con tanta fuerza que se golpeó la nuca contra la pared, ¡pam!

Eso ya fue demasiado, a Pimli se le escapó la risa a pesar suyo. Sin embargo, Finli no podría reprochárselo cuando fueran de camino a Casa Damli, porque él también estaba riendo en ese momento. Aunque Pimli dudaba que el Rod llamado Haylis encontrase mucho consuelo en esa sonrisa. Dejaba a la vista demasiados dientes afilados.

—¡Salve, Finli de Casa del Encargado, largos días y placenteras noches para vos, sai!

—Eso está mejor —concedió Finli—. No mucho, pero sí un poco. ¿Qué coño estás haciendo aquí antes de la Sirena y el Sol? Y decidme, ¿qué lleváis en esa espuerta, jiñado?

Haylis la apretujó con más fuerza contra el pecho, le destellaban los ojos por la preocupación. La sonrisa de Finli desapareció al instante.

—Levanta la tapa y muéstrame lo que hay en esa cesta ahora mismo, desgraciado, o tendréis que recoger vuestros dientes de la alfombra. —Estas palabras salieron como un gruñido fluido y grave.

Durante un instante, Pimli pensó que el Rod seguiría sin obedecer y sintió una especie de alarma que se activaba. Entonces, poco a poco, el tipo levantó la tapa de la cesta de mimbre. Era esa clase de cesta con asas, lo que en el pueblo de Finli se conocía como espuerta. El Rod la levantó a regañadientes. Al mismo tiempo cerró sus ojos de mirada dolorida y ribeteados de legañas y volvió la cabeza hacia un lado, como anticipándose a un puñetazo.

Finli miró. Durante un largo rato no dijo nada, luego soltó una risotada e invitó a Pimli a echar un vistazo. El Amo supo qué estaba contemplando enseguida, pero averiguar lo que significaba le llevó un minuto más. Entonces recordó el momento en que se explotaba el grano y le ofreció a Finli el pus, como alguien le ofrecería a un amigo la sobra de un entrante al final de una cena. En el fondo de la cesta del Rod había un pequeño montón de pañuelos de papel usados. En realidad, eran Kleenex.

—¿Tammy Kelly te ha enviado a recoger la bazofia esta mañana? —preguntó Pimli.

El Rod asintió con rotundidad.

—¿Te ha dicho que podías quedarte con lo que te encontraras, y que te

gustara, de las papeleras?

Pensó que el Rod mentiría. Si mentía, y cuando lo hiciera, el Amo ordenaría a Finli que golpeara al tipo, para darle una lección práctica de honestidad.

Pero el Rod, Haylis, sacudió la cabeza con expresión de tristeza.

—Está bien —soltó Pimli, aliviado. En realidad era demasiado temprano para los golpes, los aullidos y las lágrimas. A uno le estropeaban el desayuno—. Puedes irte y llevarte tu premio. Pero la próxima vez, tipejo, pide permiso o te irás de aquí con mucha pupa. ¿Te consta?

El Rod asintió con rotundidad.

—Pues venga, ¡vete, vete! ¡Largo de mi casa y de mi vista!

Pimli y Finli observaron cómo se alejaba, con la cesta de pañuelos llenos de moco, que sin duda se comería como golosina, mientras intentaban no quedar mal el uno con el otro, aguantando la expresión de seriedad y severidad hasta que el pobre hijo de puta deforme hubiera desaparecido. Luego estallaron de risa. Finli o' Tego se tambaleó contra la pared con la fuerza suficiente como para descolgar un cuadro, luego se dejó caer al suelo, aullando de forma histérica. Pimli enterró la cara en las manos y rio hasta que su imponente barrigota le dolió. La risa liberó la tensión con la que cada uno de ellos había iniciado el día, y los hizo desahogarse en un instante.

—¡Menudo tipo más peligroso! —dijo Finli cuando fue capaz, a medias, de volver a hablar. Se estaba secando los ojos llorosos con una mano-garra peluda.

—¡El Saboteador Mocoso! —exclamó Pimli. Tenía la cara encendida.

Intercambiaron una mirada y volvieron a estallar. Se les escaparon esas risotadas relajantes hasta que despertaron a la gobernanta, que dormía en la tercera planta. Tammy Nelly permaneció tendida en su angosta cama, escuchando gritar a aquellos ka-mais, con mirada de desaprobación dirigida hacia la oscuridad. En su opinión, todos los hombres eran bastante parecidos, sin importar de qué pasta estuvieran hechos.

En el exterior, el señor hum y el jefe de seguridad taheen se aproximaban por el Bulevar, cogidos del brazo. El Niño de Roderick, mientras tanto, se escabulló por la puerta norte, cabizbajo, con el corazón desbocado. ¡Se había librado por los pelos! ¡Sea! Si Cabeza de Comadreja le hubiera preguntado: «¿Haylis, estás tramando algo?», habría mentido lo mejor que sabía, pero los de su especie no sabían mentir tan bien como Finli o' Tego; ¡ni en un millón de años! Lo habría pillado, seguro. Pero no lo había pillado, demos gracias a Gan, y la cosa en forma de bola que le había dado el pistolero estaba oculta en el cuarto trasero,

zumbando muy bajito. La había metido en el cesto de la basura, como le habían indicado, y la había tapado con pañuelos de papel recién usados de la caja del lavabo, también como le habían indicado. Nadie le había dicho que podía llevarse los pañuelos usados, pero no había podido resistirse a ese maravilloso olor a sopita. Además, así había sido mejor, ¿verdad? ¡Pues claro! Porque en lugar de hacerle toda clase de preguntas que no habría podido responder, se habían reído de él y lo habían dejado marchar. Deseó haber escalado la montaña y haber vuelto a jugar con el brambo, así que lo hizo, pero el viejo hum de pelo cano llamado Ted le había dicho que se fuera, lejos, pero que muy lejos, en cuanto hubiera terminado su misión. Y si escuchaba disparos, Haylis tenía que esconderse hasta que terminaran. Y lo haría, claro que sí, sin género de duda. ¿Acaso no había hecho lo que Roland de Gilead le había pedido? La primera de las bolas zumbadoras estaba ahora en la Federal, uno de los dormitorios, había dos más en Casa Damli, donde trabajaban los Disgregadores y dormían los guardias fuera de servicio, y la última estaba en la Casa del Amo… ¡donde habían estado a punto de pillarlo! Haylis no sabía lo que hacían las bolas zumbadoras, ni tampoco quería saberlo. Seguramente se escaparía con su amiga Garma, si lograba dar con ella. Si empezaban los disparos, se ocultarían en un profundo agujero y compartiría sus pañuelos de papel con ella. Algunos no tenían más que trocitos de jabón de afeitar, pero había mocos húmedos en unos y enormes mocarrones en otros, incluso en ese instante olía su apetecible aroma. Guardaría el más grande de estos últimos, el que tenía sangre coagulada, para Garma, y puede que ella le dejara mirarle su rajita. Haylis apretó el paso, sonriendo ante la posibilidad de verle la rajita a Garma.

DOS

Sentada en el Triciclo de Crucero, en el refugio que le proporcionaba uno de los cobertizos vacíos al norte de las instalaciones, Susannah contemplaba cómo se alejaba Haylis. Se dio cuenta de que el pobre y desfigurado sai estaba sonriendo por algo, así que quizá le había ido bien. En realidad, eso era una buena noticia. En cuanto lo perdió de vista, volvió a volcar la atención en su extremo de Algul Siento.

Divisaba las dos torres de piedra (aunque solo la mitad superior de la que quedaba a su izquierda; el resto quedaba oculto tras un pliegue de la ladera). Las

torres estaban constreñidas por una especie de enredadera. Susannah supuso que se trataba de algo cultivado, más que silvestre, dada la aridez del campo colindante. Había un tipo en la torre oeste, sentado en lo que parecía ser una butaca, incluso podía ser un sillón reclinable de la marca La-Z-Boy. En la alambrada del este había un taheen con cabeza de castor y un hampón (si se trataba de un hum, era más feo que su puta madre), ambos estaban hablando, estaba muy claro que esperaban que la sirena pusiera fin a su turno y pudieran ir a desayunar a la cantina. Entre las dos torres de vigilancia, Susannah vio la triple formación de alambradas, con una separación suficiente entre ellas para que un número mayor de centinelas pudieran pasear sin miedo a recibir una descarga letal. Sin embargo, esa mañana, Susannah no vio a nadie allí. Las pocas yentes que se movían tras la alambrada caminaban despreocupadas, sin prisa ni rumbo concreto. A menos que la apática escena que contemplaba fuera el mayor montaje del siglo, Roland tenía razón. Eran tan vulnerables como una piara de cochinillos comiendo su último ágape a las puertas del matadero: commala, ven, ven, hay costillitas, ¡qué bien! Y aunque los pistoleros no habían tenido la suerte de descubrir ningún tipo de armamento con radio control, sí habían descubierto que tres de las escopetas, mucho más de ciencia ficción, estaban equipadas con unos interruptores con la indicación INTERVALO. Eddie dijo que, en su opinión, las escopetas eran de láser, armas siderales, aunque a Susannah no le parecían precisamente *sidecares*. Jake había sugerido alejarse del Devar-Toi y probar una, pero Roland vetó esa idea de inmediato. Eso había ocurrido la noche pasada, mientras repasaban el plan por enésima vez, o esa era la impresión que les dio.

—Tiene razón, chaval —dijo Eddie—. Los payasos de allí abajo sabrían que vamos a disparar con esas cosas aunque no las vieran ni escucharan nada. No sabemos qué clase de vibraciones capta el telémetro.

Oculta en la noche, Susannah había preparado tres de los «sidecares». Cuando llegara el momento, les daría a los interruptores de intervalo. Las armas podían funcionar, además del revuelo que intentarían crear; pero podían no funcionar. Las probaría cuando llegara el momento, pero eso era lo único que podía hacer.

El corazón le latía con fuerza mientras esperaba la música. La sirena. También esperaba los fuegos de artificio, si es que las sneetches que el Rod había preparado funcionaban como Roland creía que funcionarían.

—Lo ideal sería que se produjera el alboroto durante los cinco o diez minutos que dure el cambio de guardia —había dicho Roland—. Todos estarán yendo de acá para allá, saludando a sus amigos e intercambiando cotilleos. No podemos esperar que ocurra así exactamente, en realidad no, pero sí podemos esperar que ocurra.

Sí, eso sí que podían hacerlo… pero una cosa es lo que se desea y otra es la puta realidad. En cualquier caso, Susannah tendría que decidir cuándo disparar el primer tiro. Después de eso, todo ocurrirá deprisa, pero que muy deprisa.

«Por favor, Dios, ayúdame a escoger el momento justo».

Esperó, sosteniendo unas de las ametralladores Coyote con el cañón apoyado en el omóplato. Cuando la música empezó, una versión grabada de lo que a ella le pareció «‘At’s Amore», Susannah dio una sacudida en el asiento del Triciclo de Crucero y apretó el gatillo de forma involuntaria. De no haber tenido puesto el seguro, habría disparado una ráfaga de balas al techo del cobertizo y la habría cagado. Pero Roland la había instruido bien, y el gatillo no se movió bajo su dedo. Aun así, el ritmo de sus latidos se había duplicado, triplicado, tal vez, y sentía cómo le corría el sudor por los costados, aunque el día volvía a estar fresco.

La música había empezado y eso estaba bien. Pero la música no era suficiente. Se quedó en el asiento del Triciclo de Crucero, a la espera de la sirena.

TRES

—Dino Martino —dijo Eddie, con un tono tan bajo que se hacía casi imposible escucharlo.

—¿Mmm? —preguntó Jake.

Los tres estaban detrás del vagón que decía SOO LINE, tras haberse abierto paso por el patio de viejos trenes y vagones hasta ese lugar. Ambas puertas del vagón de mercancías estaban abiertas y los tres habían echado un vistazo a través de ellas a la alambrada, los vigilantes de las torres y el pueblecito de Pleasantville, que no tenía más que una sola calle. Los robots de seis brazos que antes se encontraban en el Bulevar, en ese momento estaban allí, recorriendo, de lado a lado, la calle principal y pasando junto a las pintorescas (y cerradas)

tiendas, cantando algo que eran como ecuaciones matemáticas a todo… ¿pulmón?

—Dino Martino —repitió Eddie. Acho estaba sentado a los pies de Jake, con sus ojos redondeados de dorado apuntando hacia arriba; Eddie se agachó y le dio una palmadita en la cabeza—. Dean Martin fue el primero en cantar esa canción.

—¿Sí? —preguntó Jake sin convicción.

—Claro. Solo que nosotros la cantábamos así: «Cuando te ilumine de la luna un rayo, métete un pico de caballo, eso es el *amore*…».

—Chitón, si a bien tenéis —murmuró Roland.

—Supongo que todavía no has olido el humo, ¿no? —preguntó Eddie.

Jake y Roland sacudieron la cabeza. Roland tenía su acero con el mango de madera de sándalo. Jake iba armado con una AR-15, pero la bolsa de Orizas volvía a estar colgada de su hombro, y no solo como amuleto de buena suerte. Si todo salía bien, Roland y él no tardarían en usar las armas.

CUATRO

Como la mayoría de los hombres que cuentan con «asistencia en el hogar», Pimli Prentiss no tenía un concepto claro de sus empleados como criaturas con objetivos, ambiciones o sentimientos; no los consideraba hum, en otras palabras. Mientras hubiera alguien que le llevase su vaso vespertino de whisky y su ración de costillas (crudas) a las seis y media, no pensaba para nada en ellos. Sin duda se habría quedado de piedra de haber sabido que Tammy (la gobernanta) y Tassa (el muchacho que la ayudaba) se odiaban. Al fin y al cabo, cuando estaban delante de él se trataban con perfecto respeto (aunque gélido).

Solo que Pimli no estaba por allí esa mañana mientras «‘At’s Amore» (interpretada por el Cuarteto Comatoso de Cuerda) bramaba por los altavoces ocultos de Algul Siento. El Amo estaba subiendo por el Bulevar, ahora en compañía de Jakli, un técnico taheen con cabeza de cuervo, y con su Jefe de Seguridad. Estaban hablando del Telémetro de Fondo y Pimli no pensaba en absoluto en la casa que había dejado por última vez. Ni se le pasó por la cabeza que Tammy Nelly (quien todavía llevaba el camisón) y Tassa de Soneh (quien todavía vestía sus pantalones de pijama de raso) estaban a las puertas de un enfrentamiento, cerca de la despensa.

—¡Mira esto! —gritó Tammy. Se encontraban en la cocina, que estaba sumida en una profunda oscuridad. Era una habitación grande y tenía tres bombillas fundidas, nada más y nada menos. Quedaban unas pocas bombillas en el almacén, pero estaban destinadas al Estudio.

—¿Que mire qué? —preguntó Tassa, malhumorado, haciendo un mohín. ¿No tenía una mancha de carmín en esa boquita de piñón? A Susannah le parecía que sí.

—¿Es que no ves los huecos en las estanterías? —preguntó, indignada—. ¡Mira! ¡Ya no quedan alubias guisadas…!

—Las alubias le traen sin cuidado, y tú lo sabes muy bien…

—Ni tampoco queda atún, y no me dirás que de eso no come. Lo come hasta que le sale por las orejas, ¡y vos lo sabéis muy bien!

—¿Podrías dejar de…?

—Ni sopa…

—¡Y unos cojones que no hay! —gritó él—. ¡Mira allí y allí y…!

—¡Pero no la de *temate* de Campbell que es la que más le gusta! —ella lo interrumpió y se acercó por la agitación. Sus discusiones nunca habían llegado a las manos, pero a Tassa le dio la impresión de que había llegado el día. Y si era así, pues ¡chachi piruli! Le encantaría darle un buen puñetazo en el ojo a esa puta chivata—. ¿Es que ves sopa de *temate* en algún sitio, Tassa de Dondequieraque hayasnacido?

—¿Es que no puedes traer tú solita una caja de latas? —preguntó Tassa, dando también un paso hacia delante; en ese momento quedaron casi nariz con nariz, y aunque la mujer era grande y el joven era delgado, el muchacho ayudante del Amo no dio señal de estar asustado.

Tammy parpadeó y, por primera vez desde que Tassa había entrado arrastrando los pies a la cocina —con ganas solo de tomar un café, digamos gracias—, se reflejó en su rostro una expresión que no era de irritación.

—¿Es que tienes los brazos tan flojuchos, Tammy de Dondequieraquehayas nacido, que no puedes traer una caja de latas de sopa del almacén?

Ella se irguió todo lo alta que era, ofendida. La parte inferior de los carrillos (grasienta y brillante por una especie de crema que se ponía por las noches) le temblaba por la pretensión de superioridad moral.

—¡Recoger víveres de la despensa siempre ha sido tarea del criado! ¡Como vos muy bien sabéis!

—Eso no convierte en ley el que tú no me puedas ayudar. Yo estuve

cortándole el césped ayer, como seguro que sabes; te vi sentada en la cocina con un vaso de té frío, apoltronada en tu silla favorita, como una señorona.

Se erizó y la indignación le hizo perder cualquier temor que pudiera haber sentido.

—¡Tengo tanto derecho al descanso como cualquiera! Acababa de pasar el mocho…

—Pues a mí me pareció que lo estaba haciendo Dobbie —dijo Tassa. Dobbie era el tipo de robot doméstico conocido como «duende del hogar», antiguo, aunque bastante eficiente.

Tammy se enardeció aún más.

—¿Qué sabrás tú sobre las tareas del hogar, empalagoso mariconcete?

Las mejillas por lo general blancuzcas de Tassa se ruborizaron. Se dio cuenta de que tenía las manos cerradas en puños, pero solo porque notó sus cuidadas uñas clavándosele en las palmas. Se le ocurrió que esa puta chivata era una ridícula, justo en ese momento en que el fin de todo oscurecía su porvenir. Eran dos idiotas peleando e insultándose a las mismas puertas del abismo, aunque a él le daba igual. Esa puta cerda lo había criticado durante años y por fin había salido a la luz el verdadero motivo.

—¿Es eso lo que os molesta de mí, señora sai? —le preguntó con dulzura—. ¿Que me guste chupar el palote en lugar de embocarla en el hoyo?, ¿eso es todo?

En ese momento, lo que afloró a las mejillas de Tammy Kelly no fueron rosas, sino llamas. No pretendía llegar tan lejos, pero ahora que lo había hecho —que ambos lo habían hecho, porque si tenían una pelea, era tanto culpa de ella como de él—, no retrocedería. Que la asparan si lo hacía.

—En la Biblia del Amo dice que lo del mariconerío es pecado —dijo, indignada—. Lo he leído con mis propios ojos, sí señor. Libro de los Lesbíticos, capítulo tres, versículo…

—¿Y qué dicen los Lesbíticos del pecado de la glotonería? —preguntó él—. ¿Qué dicen de una mujer con las tetas tan gordas como almohadones de sofá y un culo tan enorme como una mesa cami…?

—¡El tamaño de mi culo no importa, enano chupapollas!

—Al menos yo puedo conseguir un hombre —replicó con delicadeza—, y no tengo que meterme en la cama con el trapo de quitar el polvo.

—¡Cómo te atreves! —gritó con estridencia—. ¡Cierra el pico, imbécil, antes de que te lo cierre yo!

—… quitar telarañas es mi especialidad, así que puedo…

—Os haré saltar los dientes de un puñetazo si no calláis…

—… meter el dedo en el viejo roscón. —Entonces se le ocurrió algo que podría ofenderla más incluso—. ¡En el agotado, sucio y viejo roscón!

Ella preparó los puños, que eran de un tamaño considerablemente mayor que los de él.

—Al menos, yo nunca me he…

—No digáis más, sai, os lo ruego.

—… nunca me he metido la asquerosa… la asquerosa… de un hombre…

Tammy retrocedió, parecía confusa, e inspiró. Él también inspiró y se dio cuenta de que el olor que percibía no era nuevo. Lo había olido casi desde el inicio de la discusión, aunque ahora era más intenso.

Tammy dijo:

—¿Hueles a…?

—¡Humo! —terminó él. Se miraron alarmados y olvidaron la discusión que cinco segundos antes habría terminado a puñetazos. Tammy clavó la mirada en el cartel bordado que había junto a la cocina. Había otros parecidos en todo Algul Siento, porque la mayoría de edificios que constituían las instalaciones eran de madera. De madera antigua. «TODOS DEBEMOS COLABORAR PARA CREAR UN ENTORNO SIN INCENDIOS», decía.

Por allí cerca, en el pasadizo trasero, uno de los detectores de humo que todavía funcionaba se disparó con un rebuzno estridente y horripilante. Tammy corrió hacia la despensa en busca del extintor.

—¡Ve a por el que está en la biblioteca! —gritó, y Tassa corrió a hacerlo sin chistar. El fuego era algo que todos temían.

CINCO

Gaskie o’ Tego, el ayudante del Jefe de Seguridad, estaba en el vestíbulo de Sala Federal, el dormitorio que estaba justo detrás de Casa Damli, hablando con James Cagney. Cagney era un can-toi pelirrojo que gustaba de vestir camisas y botas al estilo del Oeste, que añadían casi ocho centímetros a su altura real de uno sesenta y siete. Ambos llevaban tablillas con sujetapapeles y estaban hablando de determinados cambios, sin duda necesarios en las semanas siguientes, relativos a la seguridad de Damli. Seis de los guardias que habían sido asignados al segundo turno estaban de baja por lo que Gangli, el médico del

complejo, decía que era una enfermedad hum llamada «papelas». La enfermedad era bastante común en Tronido, estaba en el aire, como todos sabían, y en los objetos envenenados que había dejado el pueblo antiguo, pero siempre era un inconveniente. Gangli dijo que tenían suerte de no haber sufrido nunca una verdadera plaga, como la Muerte Negra o los Escalorosos.

Más allá, en el patio asfaltado que quedaba detrás de Casa Damli, se estaba jugando un partido de baloncesto, de los de primera hora de la mañana; un montón de taheen y guardias can-toi (que estarían oficialmente de servicio en cuanto sonara la sirena) contra un grupo muy variopinto de Disgregadores. Gaskie observó a Joel Rastosovich realizar un tiro desde el mismísimo centro, ¡uich! Trampas atrapó el balón y se alejó botándolo, mientras se levantaba la gorra para rascarse sin cesar. A Gaskie no le gustaba mucho Trampas, quien sentía una simpatía del todo inadecuada por los habilidosos animales que tenía a su cargo. Allí cerca, sentado en los escalones del dormitorio y también mirando el partido, estaba Ted Brautigan. Como siempre, se estaba bebiendo a sorbos una lata de Nozz-A-La.

—Pos falen —dijo James Cagney con aire de querer poner punto y final a una conversación aburrida—. Si no te importa llevar a uno o dos hum para la ronda de la alambrada durante un par de días…

—¿Qué hace Brautigan despierto tan temprano? —lo interrumpió Gaskie—. No suele despegarse de las sábanas hasta el mediodía. Ese chaval con el que va por ahí es igual. ¿Cómo se llama?

—¿Earnshaw? —Brautigan también iba por ahí con Ruiz, el medio tonto, pero Ruiz no era un chaval.

Gaskie asintió con la cabeza.

—Sea, Earnshaw, ese. Está de guardia esta mañana. Lo he visto antes, en el Estudio.

A Cag (como lo llamaban sus amigos) le importaba una mierda que Brautigan se levantara con los pajaritos (no es que quedaran muchos pajaritos, al menos en Tronido); lo único que quería era dejar claro lo de la lista de turnos para poder ir a Damli a tomar un plato de huevos revueltos. Uno de los Rod había encontrado cebollinos frescos en algún lugar, o eso había oído, y…

—¿Oléis algo, Cag? —preguntó de pronto Gaskie o’ Tego.

El can-toi que se creía James Cagney iba a preguntarle a Gaskie si se había tirado un pedo, pero luego se repensó la réplica cómica. Porque, en realidad, sí que olía a algo. ¿Era humo?

A Cag le dio esa impresión.

SEIS

Ted estaba sentado en los fríos escalones de Sala Federal, inspirando el aire maloliente y escuchando las paparruchas que se decían los hum y los taheen en la pista de baloncesto. (No los can-toi; ellos se negaban a caer en esa vulgaridad). El corazón le latía con fuerza, pero no con rapidez. Si existía un Rubicón que debía ser cruzado se dio cuenta de que hacía un tiempo que lo había hecho. Puede que fuera la noche en que los hampones lo habían obligado a regresar de Connecticut, más probablemente el día en que se acercó a Dinky con la idea de llegar hasta los pistoleros que, según insistencia de Sheemie Ruiz, estaban cerca. Ahora se sentía agotado (hasta los topes, habría dicho Dinky), pero ¿nervioso? No. Pensaba que los nervios eran para las personas que todavía no habían tomado una decisión.

Detrás de él escuchó cómo un idiota (Gaskie) preguntaba a otro idiota (Cagney) si olía a algo, entonces Ted tuvo la certeza de que Haylis había hecho su parte; el partido había empezado. Ted se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel. Tenía escrita una frase en verso decasílabo perfecto, aunque difícilmente podía ser shakesperiano: **TODOS AL SUR Y ARRIBA LAS MANOS, TRANQUILOS QUE NADIE OS HARÁ DAÑO**.

La miró fijamente, preparándose para retransmitirla.

A sus espaldas, en la sala de recreo, se disparó un detector de humos con un estridente rebuzno.

«Allá vamos, allá vamos», pensó y miró hacia el norte, en dirección hacia donde esperaba que el primer tirador, la mujer, estuviera escondido.

SIETE

Tras haber recorrido tres cuartos del Bulevar hacia Casa Damli, el Amo Prentiss se detuvo, con Finli a un lado y Jakli al otro. La sirena todavía no había sonado, pero se oía un estridente rebuzno tras ellos. No había hecho más que empezar a volverse cuando se oyó otro rebuzno que llegaba desde el otro extremo del complejo… el extremo donde estaba el dormitorio.

—Pero ¿qué diantre…? —empezó a decir Pimli.

«¿… es eso?» era lo que quería decir al final, pero antes de poder hacerlo, Tammy Nelly salió a toda prisa por la puerta de entrada de Casa del Encargado con Tassa, el criado de Pimli, correteando justo detrás de ella. Ambos aleteaban con los brazos por encima de la cabeza.

—¡Fuego! —gritaba Tammy—. ¡Fuego!

«¿Fuego? Pero si eso es imposible —pensó Pimli—. Porque si lo que oigo es el detector de humos de mi casa y también el detector de humos que se oye en uno de los dormitorios, seguro que…».

—Tiene que ser una falsa alarma —le dijo a Finli—. Esos detectores de humo se disparan cuando tienen las pilas…

Antes de que pudiera acabar la esperanzadora afirmación, una ventana del lateral de Casa del Encargado reventó con una explosión. El cristal salió disparado con una exhalación de llamas naranjas.

—¡Dioses! —exclamó Jakli con su voz zumbante—. ¡Es fuego!

Pimli miró boquiabierto. De pronto se disparó otra alarma de humo y fuego, esta con una serie de gritos estridentes y como hipos. Dios bendito, Jesús, ¡era una de las alarmas de Casa Damli! Sin duda no podía ocurrir nada en…

Finli o’ Tego lo agarró por el brazo.

—Jefe —dijo, bastante tranquilo—. Tenemos verdaderos problemas.

Pimli no tuvo tiempo de responder; saltó la sirena, lo que indicaba el cambio de turnos. Y de repente se dio cuenta de lo vulnerables que podían ser durante los siete minutos siguientes o algo así. Vulnerable ante todo tipo de cosas.

Se negaba a admitir la palabra «ataque» en su fuero interno. Al menos, no de momento.

OCHO

Dinky Earnshaw permaneció sentado en una butaca muy mullida durante un tiempo que se le hizo eterno, esperando con impaciencia que empezase la fiesta. Por lo general, estar en el Estudio lo alegraba, ¡joder!, alegraba a todo el mundo, era el efecto de «pensamiento positivo», pero hoy lo único que sentía era como un cableado de tensión que se ceñía cada vez más, y le tiraba de las tripas hasta convertirlas en una pelota. Era consciente de la presencia de los can-toi y los taheen que miraban hacia abajo desde los balcones cada cierto tiempo,

aprovechando la oleada de pensamiento positivo. Sin embargo, no tenía que preocuparse por el hecho de que hurgasen en él los de su calaña; al menos, estaba a salvo de eso.

¿Eso había sido una alarma detectora de humos? ¿De la Federal, tal vez?

Tal vez. Y tal vez no. No había nadie más echando un vistazo.

«Un momento —dijo para sí—. Ted te dijo que esta sería la parte difícil, ¿no? Y al menos Sheemie ya no está por aquí. Sheemie está a salvo en su habitación, y Sala Corbett está protegida del fuego. Así que tranquilízate. Relájate».

Lo que se oía era el rebuzno del detector de humos. Dinky estaba seguro. Bueno… casi seguro.

Tenía abierta, en el regazo, una revista de crucigramas. Durante los últimos quince minutos había estado rellenando una de las cuadrículas con palabras sin sentido, ignorando por completo las definiciones. En ese momento, en el encabezamiento de la página escribió con letras negritas:

TODOS AL SUR Y ARRIBA
LAS MANOS, TRANQUILOS QUE NADIE OS HARÁ DAÑ…

Eso ocurrió cuando una de las alarmas contra incendios del piso superior, seguramente la que estaba en el ala oeste, se disparó con un rebuzno estridente y gorjeante. Muchos de los Disgregadores, abandonaron de golpe un profundo ensimismamiento de concentración y gritaron alarmados. Dinky también gritó, pero de alivio. Alivio y algo más. ¿Alegría? Sí, muy probablemente era alegría. Porque cuando la alarma contra incendios empezó a rebuznar, sintió el poderoso clic del pensamiento positivo. La inquietante energía combinada de los Disgregadores se había cortado como un circuito eléctrico sobrecargado. Durante un momento, al menos, el ataque al Haz se había detenido.

Mientras tanto, Dinky tenía una tarea que cumplir. No podía esperar más. Se levantó, dejando caer la revista de crucigramas en la alfombra turca y volcó el pensamiento en los Disgregadores de la sala. No fue difícil; había estado practicando casi todo el día para ese momento, con la ayuda de Ted. ¿Y si funcionaba? Si los Disgregadores lo captaban, lo volvían a retransmitir y amplificaban lo que Dinky solo podía sugerir, dándole así el carácter de orden,

entonces la idea se intensificaría. Se convertiría en la nota dominante de una nueva *gestalt* de pensamiento positivo.

Al menos, eso era lo que se esperaba.

(«FUEGO GENTE HAY FUEGO EN EL EDIFICIO»)

Como para subrayarlo, se produjo un ruido de explosión y un tintineo como si hubiera implosionado algo, y salió soplando la primera ráfaga de humo por los paneles de ventilación. Los Disgregadores miraron a su alrededor con los ojos abiertos como platos y algunos se pusieron de pie.

Y Dinky les transmitió:

(«TRANQUILOS NO TEMÁIS TODO VA BIEN DIRIGÍOS HACIA…»)

Transmitió una imagen perfecta y ensayada de la escalera norte, luego añadió Disgregadores. Disgregadores subiendo por la escalera norte. Disgregadores pasando por la cocina. El crepitar del fuego, el olor a humo, aunque ambos procedentes de la zona del dormitorio de los guardias, en el ala oeste. ¿Alguien podía cuestionar la veracidad de su retransmisión mental? ¿Se preguntaría alguien quién la estaba realizando o por qué? No en ese momento. En ese momento solo podían estar asustados. En ese momento querían que alguien les dijera qué hacer, y Dinky Earnshaw era esa persona.

(«ESCALERA NORTE SUBID POR LA ESCALERA NORTE SALID AL PATIO TRASERO»)

Y funcionó. Empezaron a dirigirse hacia allá. Como las ovejas que siguen al rebaño o los caballos que siguen al semental de la manada. Algunos captaban las dos ideas básicas

(«NO TEMÁIS NO TEMÁIS»)

(«ESCALERA NORTE ESCALERA NORTE»)

y las volvían a retransmitir. Y, lo que era incluso mejor, Dinky también lo escuchaba desde arriba. Procedente de los can-toi y los taheen que antes observaban desde los balcones.

Nadie corría y a nadie le entró el pánico, pero el éxodo por la escalera norte había empezado.

NUEVE

Susannah estaba sentada a horcajadas en el Triciclo de Crucero de Suze (o TCS), junto a la ventana del cobertizo donde se había ocultado, sin preocuparle que la

vieran en ese momento. Los detectores de humo, al menos tres de ellos, estaban aullando. Había una alarma contra incendios que chillaba incluso más alto; esa era la de Casa Damli, estaba bastante segura. Como si fuera una respuesta, una serie de estridentes bocinazos como de gansos empezaron a sonar en el extremo del complejo donde estaba Pleasantville. A este ruido se unió el repiqueteo de una multitud de campanas.

Con todo eso ocurriendo al sur de donde se encontraban, no era de extrañar que la mujer situada al norte del Devar-Toi viera solo la espalda de tres guardias en las torres cubiertas de enredaderas. Tres no parecían muchos, pero eran un cinco por ciento del total. Solo era el principio.

Susannah siguió la línea del cañón de su pistola para mirar al que le quedaba a la vista, y rezó.

«Dios, ayúdame a apuntar bien… a apuntar bien…».

Pronto.

Sería pronto.

DIEZ

Finli cogió al Amo por el brazo. Pimli se zafó de él de una sacudida y miró hacia su casa una vez más, con la incrédula mirada clavada en el humo que en ese momento salía por todas las ventanas del lateral izquierdo.

—¡Jefe! —gritó Finli y volvió a agarrar a Pimli del brazo—. ¡Jefe, eso da igual! ¡De lo que debemos preocuparnos es de los Disgregadores! ¡Los Disgregadores!

Eso no se oyó, pero sí lo hizo el impactante gorjeo de la alarma contra incendios de Casa Damli. Pimli se volvió en esa dirección y, durante un instante, se topó con los ojillos de pájaro, similares a cuentas. No vio otra cosa en ellos que pánico, lo que tuvo el perverso, aunque agradecido, resultado de calmar a Pimli. Se oían sirenas y timbres por todas partes. Uno de los ruidos era un bocinazo de ritmo constante que jamás había oído antes. ¿Procedía de Pleasantville?

—¡Venga, jefe! —Finli o’ Tego estaba prácticamente suplicando—. Tenemos que asegurarnos de que los Disgregadores están bien.

—¡Humo! —gritó Jakli, agitando sus negras (y del todo inútiles) alas—. ¡Llega humo de Casa Damli, también de la Federal!

Pimli no le hizo ni caso. Se sacó la Pacificadora de la agarradera al tiempo que se preguntaba, de forma fugaz, qué premonición lo habría empujado a ponérsela. No tenía ni idea, pero se alegraba de sentir el peso de la pistola en la mano. Detrás de él, Tassa estaba gritando, también Tammy, pero Pimli los ignoró a ambos. Tenía el corazón desbocado, aunque volvía a sentirse tranquilo. Finli tenía razón. Los Disgregadores eran lo importante en ese momento. Asegurarse de que no perdían ni un tercio de su capacidad parapsicológica por una especie de incendio provocado por un cortocircuito o una torpe acción de sabotaje. Asintió con la cabeza en dirección a su Jefe de Seguridad y ambos empezaron a correr hacia Casa Damli, con Jakli chillando y agitándose justo detrás de ellos como un personaje de dibujos animados de la Warner Bros. En algún lugar de allí arriba, Gaskie estaba gritando. A continuación, Pimli de New Jersey escuchó un ruido que le puso los pelos de punta, un pin-pam-pum rápido. ¡Disparos! Si algún payaso estaba disparando a los Disgregadores, su cabeza acabaría el día ensartada en una gran picota, ¡por los dioses! En ese instante no se le ocurrió que el ataque pudiera ser contra los guardias y no contra los Disgregadores, ni tampoco lo había pensado quien era algo más astuto, Finli. Estaban ocurriendo demasiadas cosas demasiado deprisa.

ONCE

En el extremo sur del complejo del Devar, el bocinazo sincopado sonaba a un volumen tan alto que prácticamente podía reventarte los tímpanos.

—¡Jesús! —exclamó Eddie y no se oyó a sí mismo.

En las torres de vigilancia del sur, los guardias les habían dado la espalda, miraban hacia el norte. Eddie todavía no veía nada de humo. Tal vez, los guardias sí podían verlo desde su posición más elevada y aventajada.

Roland agarró a Jake por el hombro, entonces señaló el vagón que decía SOO LINE. Jake asintió en silencio y se arrastró hasta meterse debajo del vagón con Acho a la zaga. Roland extendió las manos hacia Eddie, «quédate donde estás», y siguió los pasos de Jake. El muchacho y el pistolero se levantaron al otro lado del vagón y quedaron uno junto a otro. Los centinelas podrían haberlos visto con toda claridad de no haber estado distraída su digna atención por los detectores de humo y las alarmas contra incendios del interior del complejo.

De pronto, la fachada de la Ferretería de Pleasantville se metió en el suelo por una ranura. Un coche de bomberos robótico, pintado de rojo chillón y de cromo reluciente, salió como un rayo del garaje, que hasta entonces había permanecido oculto. Una hilera de luces rojas latía en el centro de su alargado cuerpo, y una voz amplificada gritaba: «*¡APÁRTENSE! ¡SOMOS EL EQUIPO DE ACCIÓN CONTRA INCENDIOS BRAVO! ¡APÁRTENSE! ¡ABRAN PASO AL EQUIPO DE ACCIÓN CONTRA INCENDIOS BRAVO!*».

No tenían que oírse tiros en esa parte del Devar, todavía no. El extremo sur del complejo debía parecer seguro a los internos cada vez más asustados de Algul Siento: tranquilos, chicos, este es vuestro puerto en este inesperado día de jodida tormenta.

El pistolero echó mano de un ‘riza de la menguante provisión de Jake y asintió con la cabeza para que el muchacho cogiera otro. Roland señaló al guardia de la torre a mano derecha, luego volvió a hacer un gesto a Jake. El muchacho asintió en silencio, cruzó un brazo por delante del pecho y esperó a que Roland le diera la orden.

DOCE

«En cuanto escuches la sirena que indica el cambio de turnos —le había dicho Roland a Susannah—, a por ellos. Haz tanto daño como puedas, pero no dejes que se den cuenta de que se enfrentan a una sola persona, ¡por la gloria de tu padre!».

Como si hubiera sido necesario recordárselo.

Podría haberse encargado de tres guardias de las torres de vigilancia mientras la sirena todavía atronaba, pero algo la hizo esperar. Pasados unos segundos, se alegró de haberlo hecho. La puerta trasera de la casa de estilo decimonónico se abrió con tanta violencia que se salió del gozne superior. Salieron Disgregadores en estampida, agarrándose a los que iban delante por el miedo («¡estos son los aspirantes a destructores del universo —pensó Susannah—, estos borregos!»), y entre ellos vio una media docena de esos monstruos con cabeza de animal y al menos cuatro de esos espeluznantes humanoides con máscara.

Susannah se encargó primero del guardia de la torre oeste, y había pasado a un nuevo objetivo, a los dos que estaban en la torre este, antes de que la primera baja de la Batalla de Algul Siento hubiera caído sobre los raíles y golpeado

contra el suelo, con los sesos derramados sobre el pelo y las mejillas. La pistola automática Coyote, ajustada en la posición media, disparaba discretas ráfagas de tres tiros: ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

El taheen y el hampón de la torre este dieron una vuelta sobre sí mismos en el sentido contrario a las agujas del reloj y quedaron frente a frente, como dos figuritas danzarinas. El taheen cayó hecho una bola sobre la pasarela que bordeaba la parte superior de la torre de vigilancia; el hampón fue empujado hasta la baranda y cayó por encima de ella con los tacones de las botas apuntando al cielo. Luego se desplomó contra el suelo y golpeó primero con la cabeza. Susannah escuchó el crujido de su cuello al partirse.

Un par de los Disgregadores arremolinados presenciaron la caída de ese desgraciado y gritaron.

—¡Arriba las manos! —Ese fue Dinky, Susannah lo reconoció por la voz—. ¡Arriba las manos si eres un Disgregador!

Nadie cuestionó la idea; en esas circunstancias, cualquiera que pudiera dar señales de que sabía lo que ocurría podía estar, sin duda alguna, al mando de la situación. Algunos de los Disgregadores, pero no todos, aún no, levantaron las manos. A Susannah le dio lo mismo. No necesitaba que levantaran las manos para apreciar la diferencia entre los borregos y las cabras. Su visión había asimilado una especie de mágica claridad.

Pasó el botón del control de disparo de la posición RÁFAGA a la de DISPARO ÚNICO y empezó a disparar a los guardias que habían subido desde el Estudio con los Disgregadores. «Taheen… can-toi, ¡dale! Una hum, pero no le dispares, es una Disgregadora aunque no lleve las manos levantadas… no me preguntes cómo lo sé, pero lo sé…».

Susannah apretó el gatillo de la Coyote y la cabeza del can-toi que estaba junto a la mujer con los pantalones de sport de color rojo chillón explotó y lo cubrió todo de sangre y huesos. Los Disgregadores gritaban como niños, al tiempo que miraban a su alrededor con las órbitas saliéndoseles de las cuencas y las manos levantadas. En ese momento, Susannah volvió a escuchar a Dinky, solo que esta vez no escuchó su voz física. Era su voz mental y se escuchaba mucho más alto:

«TODOS AL SUR Y ARRIBA LAS MANOS, TRANQUILOS QUE NADIE OS HARÁ DAÑO».

Que era el pie que ella esperaba para salir de cubierto y empezar a moverse. Había derribado a ocho de los malos del Rey Carmesí, contando a los tres de las torres —que no es que fuera un gran logro, teniendo en cuenta el miedo que sentían—, pero no vio a más, al menos, por el momento.

Susannah giró el acelerador del manillar y salió a toda prisa con el TCS hacia otro de los cobertizos abandonados. La parte trasera del vehículo botaba con tanto brío que Susannah estuvo a punto de caerse del asiento estilo bicicleta. Al intentar no reírse (pese a que se rio de todos modos), soltó a voz en grito, con su mejor chillido de buitre a lo Detta Walker:

—¡Moved el culo, hijos de puta! ¡Moved el culo! ¡Arriba las manos para no confundiros con los malos! ¡Todos los que no levanten las manitas acabarán con una bala en el coco! ¡Y no voy de coña!

Entró por la puerta del siguiente cobertizo y rasguñó uno de los neumáticos de quad del TCS con la jamba, pero no tanto como para pincharlo. Gracias a Dios, porque no habría tenido fuerza para arreglarlo sola. Allí, uno de los «sidecares» estaba preparado sobre un trípode. Apretó el botón de conmutación donde decía ON, y se estaba preguntando si tendría que hacer algo más con el interruptor de INTERVALO, cuando la boca del arma emitió un rayo cegador de una luz violeta rojiza que penetró en el complejo como una flecha, atravesó la alambrada de tres vueltas e hizo un agujero en la última planta de Casa Damli. A Susannah le pareció tan grande como el agujero hecho por un proyectil disparado a bocajarro.

«Esto está bien —pensó—. Tengo que poner los otros en marcha».

Sin embargo, no sabía si habría tiempo. Otros Disgregadores ya estaban siguiendo la sugerencia de Dinky, y volvían a retransmitirla, dándole más ímpetu en el proceso:

«¡TODOS AL SUR! ¡ARRIBA LAS MANOS! ¡NADIE OS HARÁ DAÑO!»

Susannah colocó el control de disparos de la Coyote en la posición AUTOMÁTICO e hizo un barrido con ella por el segundo piso de la residencia más cercana para poner énfasis en la cuestión. Las balas gañían y rebotaban. Los cristales se rompieron. Los Disgregadores gritaron y empezaron a salir en estampida por un lateral de Casa Damli con las manos en alto. Susannah vio salir a Ted por el mismo lado. Era difícil no verlo, porque iba a contracorriente. Dinky y él se dieron un fugaz abrazo, luego levantaron las manos y se unieron al flujo

de Disgregadores que se dirigía hacia el sur. Ese grupo no tardaría en perder su estatus de VIP y entrar a formar parte del montón de refugiados que luchaban para sobrevivir en una tierra lúgubre y envenenada.

Se había cargado a ocho, pero no era suficiente. La sed la perseguía, esa sed cáustica. Sus ojos lo veían todo. Latían y le provocaban jaqueca, y lo veían todo. Susannah esperaba que otro taheen, hampón o guardia hum doblara la esquina de Casa Damli.

Quería más.

TRECE

Sheemie Ruiz vivía en Sala Corbett, que casualmente era la residencia que Susannah, sin saberlo, había acribillado con, al menos, un centenar de balas. De haber estado en la cama, casi con total seguridad, habría muerto. En lugar de estar dentro de la cama, estaba arrodillado, a sus pies, rezando para que sus amigos estuvieran a salvo. Ni siquiera levantó la vista cuando la ventana reventó, se limitó a intensificar sus súplicas. Podía escuchar los pensamientos de Dinky

«TODOS AL SUR»

aporreándole la cabeza, luego escuchó otros flujos de pensamiento que se unían al anterior

«Y ARRIBA LAS MANOS»

y que creaban una corriente. Y entonces apareció la voz de Ted, y no solo se sumó a las demás, sino que las amplificó y convirtió lo que había sido una corriente

«TRANQUILOS QUE NADIE OS HARÁ DAÑO»

en un océano. Sin darse cuenta, Sheemie modificó su oración. «Padre Nuestro» y «Cuida de mis amigos» se convirtió en: «Todos al sur y arriba las manos, tranquilos, que nadie os hará daño». Ni siquiera dejó de repetirlo cuando los tanques de gas propano que estaban detrás de la cantina de Casa Damli saltaron por los aires con un rugido demoledor.

CATORCE

Gangli Tristum (doctor Gangli para vosotros, digamos gracias) era, en muchos sentidos, el hombre más asustado de Casa Damli. Era un can-toi que había adoptado, con intenciones perversas, un nombre taheen en lugar de uno humano, y dirigía, con puño de hierro, la enfermería de la tercera planta del ala oeste. Y sobre patines.

Las cosas en la sala eran bastante tranquilas cuando Gangli estaba en su despacho con el papeleo, o cuando había salido a hacer la ronda (que, por lo general, suponía visitar a los Disgregadores que estaban resfriados en sus dormitorios), pero cuando salía, todos —enfermeras y camilleros así como pacientes— se sumían en un respetuoso silencio. Un recién llegado podía reírse la primera vez que viera a ese hombre con aspecto indefinido, de piel oscura y mandíbula prominente, deslizándose por el pasillo central que quedaba entre las camas, con los brazos cruzados por encima del estetoscopio, que llevaba colgado sobre el pecho, y las faldas de su bata blanca ondulando al viento (un Disgregador había comentado en una ocasión: «Se parece a John Irving después de un lifting facial mal hecho»). Sin embargo, al que pillaba riendo no volvía a reírse jamás. De hecho, el doctor Gangli tenía una lengua tan afilada que nadie se reía de sus patines con impunidad.

En ese momento, en lugar de deslizarse sobre ellos, recorría al vuelo los pasillos, las ruedas de acero (pues su equipo de patinaje era muy anterior a los patines en línea) hacían un ruido sordo al rodar por la madera noble.

—¡Todos los papeles! —gritó—. ¿Me oís? ¡Si pierdo un solo informe con este puñetero jaleo, aunque sea un puñetero informe, me tomaré los ojos de alguien con el té de las cinco!

Los pacientes ya no estaban, claro; él los había sacado de las camas y los había hecho bajar la escalera con el primer rebuzno de la alarma contra incendios, con el primer tufillo a humo. Una serie de camilleros —asombrosos ejemplares sin agallas, y él sabía quiénes eran, oh sí, y redactaría un informe completo llegado el momento— habían huido con los enfermos, pero cinco se habían quedado, incluido su ayudante personal, Jack London. Gangli se sentía orgulloso de ellos, aunque nadie lo habría dicho a juzgar por el tono autoritario que utilizaba al tiempo que iba de aquí para allá, sin parar, con los patines, atravesando la cortina de humo que se iba densificando.

—¡Coged los papeles! ¿Me oís? ¡Más os vale hacerlo, por todos los dioses que hayan andado o reptado jamás! ¡Más os vale!

Un destello rojo atravesó la ventana. Tenía que ser una especie de arma,

puesto que hizo estallar la mampara de cristal que separaba su oficina de la sala y prendió fuego a su butaca favorita.

Gangli se agachó y pasó patinando por debajo del haz de láser sin reducir la marcha ni por un momento.

—¡Me cago en Gan! —exclamó uno de los camilleros. Era un hum de una fealdad extraordinaria. Tenía la cara blanca y se le salían los ojos de las órbitas —. ¿Qué coño ha sido es…?

—¡Da igual! —berreó Gangli—. ¡Da igual qué haya sido eso, payaso con cara de meado! ¡Ve a por los papeles! ¡Ve a por mis putos papeles, joder!

Desde algún lugar que quedaba enfrente —¿el Bulevar?—, llegó el espantoso repiqueteo y aullido de un vehículo de rescate que se aproximaba.

—¡ABRAN PASO! —escuchó Gangli—. ¡SOMOS EL EQUIPO DE ACCIÓN CONTRA INCENDIOS BRAVO!

Gangli jamás había escuchado hablar de esa tal Patrulla de Acción Anti Incendios Bravo, aunque había muchas cosas que no sabía sobre ese lugar. Bueno, ¡ni siquiera sabía utilizar un tercio del equipo de su propio quirófano! Daba igual, lo que importaba en ese instante…

Antes de que pudiera concluir ese pensamiento, los tanques de gas que estaban detrás de la cocina estallaron. Se produjo un tremebundo rugido, que parecía llegar justo de debajo de ellos, y Gangli Tristum saltó por los aires, al tiempo que las ruedas metálicas de sus patines no paraban de girar. Los demás también saltaron por los aires y, de pronto, el aire viciado de humo quedó lleno de papeles que revoloteaban. Al mirarlo, a sabiendas de que esos papeles se quemarían y que tendría suerte si no se quemaba con ellos, el doctor Gangli tuvo un pensamiento muy claro: el fin había llegado antes de tiempo.

QUINCE

Roland sintió que la orden telepática

«TODOS AL SUR Y ARRIBA LAS MANOS, TRANQUILOS, NADIE OS HARÁ DAÑO»

empezaba a retumbarle en la cabeza. Había llegado la hora. Hizo un gesto de asentimiento al tiempo que miraba a Jake, y los Orizas salieron volando. Su escalofriante silbido no resonó con mucha fuerza por la algarabía general. Aunque uno de los guardias debió de escuchar algo que se aproximaba, pues

estaba empezando a saltar cuando uno de los bordes afilados del plato le rebanó la cabeza, que cayó hacia atrás mientras las pestañas se movían por el sorpresivo desconcierto. El cuerpo decapitado dio dos pasos y luego se desplomó con los brazos sobre la barandilla. La sangre manaba del cuello formando un chabacano riachuelo. El otro guardia ya había caído.

Eddie se metió rodando sin esfuerzo debajo del vagón que decía SOO LINE y se levantó de un salto en la zona que quedaba a un lado del complejo. Habían soltado otros dos camiones de bomberos autómatas de la estación que hasta el momento se habían ocultado tras la fachada de la ferretería. No tenían ruedas, avanzaban sobre almohadones de aire comprimido. En algún lugar en dirección al extremo norte del campus (pues, mentalmente, Eddie insistía en identificar el Devar-Toi con un campus), algo explotó. ¡Bien! ¡Genial!

Roland y Jake cogieron nuevos platos de la provisión menguante y los utilizaron para cortar las tres vueltas de alambrada. La que tenía un alto voltaje se partió con un crujido hosco, un chisporroteo y un rápido parpadeo de fuego azulado. Entonces entraron. Se movieron con gracilidad y sin decir palabra, y pasaron corriendo por delante de las dos torres, ahora sin vigilancia, con Acho a la zaga de Jake. Allí había un callejón que pasaba entre Cafés y Refrescos Graham y la Librería de Pleasantville.

Se asomaron por el callejón y vieron que la calle principal se encontraba vacía en ese momento, aunque el aire todavía estaba impregnado con un olor eléctrico (olor a metro, pensó Eddie) de los dos últimos camiones de bomberos, lo que empeoraba mucho más la peste en general. En la distancia, las sirenas contra incendios chillaban y los detectores de humo rebuznaban. Allí, en Pleasantville, Eddie no podía evitar pensar en la Calle Principal de Disneylandia: no había basura en las alcantarillas, no había grafitis groseros en las paredes, ni siquiera había polvo en las cristaleras. Se le ocurrió que ese sería el lugar al que acudían los Disgregadores nostálgicos cuando necesitaban percibir el olorcillo estadounidense, pero ¿es que ninguno de ellos quería algo mejor, algo más realista que esa vida plastificada, fantasiosa y sin acción? Puede que pareciera más atractivo con gente en las aceras y en las tiendas, pero, tal como estaba, resultaba difícil de creer. Al menos a él le resultaba difícil de creer. Puede que no fuera más que por el chovinismo de un chico de ciudad.

En la acera de enfrente estaban Zapatos Pleasantville, Modas el París Alegre, Peinados de Actualidad y el Cine Gem (ENTRA, DENTRO ESTÁ LO MÁS

FRESCO decía la pancarta colgada de la parte baja del entoldado). Roland levantó una mano para que Eddie y Jake pasaran a ese lado de la calle. Sería allí, si todo salía como esperaba (aunque casi nunca era así), donde tenderían su emboscada. Cruzaron en cuclillas, Acho seguía correteando pegado a Jake. Hasta ese momento, todo parecía estar yendo como la seda, y, en realidad, eso ponía nervioso al pistolero.

DIECISÉIS

Cualquier general curtido en batallas os dirá que, incluso en un enfrentamiento a pequeña escala (y este lo era), siempre llega un momento en que la coherencia se rompe, y el flujo narrativo, así como cualquier sensación real sobre el devenir de los acontecimientos. Más tarde, lo historiadores recrean estos hechos. Para empezar, la necesidad de recrear el mito de la coherencia puede ser una de las razones de la existencia de la historia.

Da igual. Hemos llegado a ese momento, el momento en que la Batalla de Algul Siento cobra vida propia. Lo único que puedo hacer en este instante es ir señalando aquí y allá con la esperanza de que vosotros establezcáis vuestro propio orden a partir del caos generalizado.

DIECISIETE

Trampas, el hampón cubierto de eccemas que, sin pretenderlo, había conseguido que Ted se enterase de tantas cosas, salió disparado hacia la corriente de Disgregadores que huía de Casa Damli y agarró a uno de ellos, un carpintero retirado, esquelético y con unas entradas cada vez más pronunciadas, llamado Birdie McCann.

—¿Qué es eso, Birdie? —gritó Trampas. En ese momento llevaba su gorra de pensar, lo que significaba que no podía compartir la pulsión telepática que lo rodeaba—. ¿Qué está pasando, te const…?

—¡Disparos! —chilló Birdie al tiempo que se zafaba de Trampas—. ¡Disparos! ¡Están allí fuera! —Señaló a un lugar inconcreto, detrás de él.

—¿Quién? ¿Cuánt…?

—¡Cuidado, idiotas, no va a frenar! —chilló Gaskie o' Tego, desde algún lugar detrás de Trampas y McCann.

Trampas levantó la vista y se sintió horrorizado al ver que el camión de bomberos que iba en cabeza se aproximaba rugiendo y balanceándose por la parte central del Bulevar, con las luces rojas destellando, y con dos bomberos robóticos de acero inoxidable montados en la parte trasera. Pimli, Finli y Jakli se apartaron de un salto. Lo mismo hizo Tassa, el criado. Pero Tammy Nelly yacía tumbada boca abajo en la hierba, sobre un creciente mejunje sanguinolento. El Equipo de Acción Contra Incendios Bravo, que en realidad no había luchado por apagar un incendio en más de ochocientos años, la había atropellado. Sus días de quejica habían finalizado.

Y…

«¡ABRAN PASO!», atronó el camión de bomberos. Detrás de él, otros dos camiones viraron bruscamente por ambos lados de Casa del Guarda. Una vez más, Tassa, el sirviente, saltó justo a tiempo para salvar el pellejo. «¡SOMOS EL EQUIPO DE ACCIÓN BRAVO CONTRA INCENDIOS!». Una especie de ganglio metálico emergió del centro del camión, se abrió y de él salió un molinillo de acero que empezó a salpicar chorros de agua a presión en ocho direcciones distintas. «¡ABRAN PASO AL EQUIPO DE ACCIÓN CONTRA INCENDIOS BRAVO!».

Y…

James Cagney —el taheen que estaba con Gaskie en el vestíbulo de la residencia Sala Federal cuando empezaron los problemas, ¿lo recordáis?— supo qué iba a ocurrir y empezó a gritar a los guardias que salían tambaleándose del ala oeste de Damli, con los ojos rojos y tosiendo, algunos con los pantalones ardiendo, y unos pocos… —oh, roguemos a Gan y a Bessa y a todos los dioses — con armas.

Cag les gritó para que se apartasen y apenas pudo oírse a sí mismo con toda la algarabía. Vio que Joel Rastosovich tiraba de dos de ellos para apartarlos y vio que el chico, Earnshaw, apartaba a otro de un golpe. Un par de los fugitivos que tosían y lloriqueaban vieron cómo se aproximaba hacia ellos el camión de bomberos y se dispersaron por iniciativa propia. El Equipo de Acción Contra Incendios Bravo se abría paso entre los guardias del ala oeste, no reducía la marcha, iba rugiendo directamente hacia Casa Damli, rociando agua hacia todos los puntos cardinales de la brújula.

Y…

—¡Jesús bendito!, ¡no! —gimoteó Pimli Prentiss. Se tapó los ojos con las manos. Finli, por otro lado, fue incapaz de apartar la mirada. Vio a un hampón, era Ben Alexander, estaba bastante seguro de ello, triturado por una de las enormes ruedas del camión de bomberos. Vio a otro, golpeado por la parrilla y aplastado contra un lateral de Casa Damli, cuando el camión chocó y desparramó tablones y cristales por todas partes, y entró al edificio a través de un mamparo que quedaba parcialmente oculto por un lecho de tersas flores. Una rueda cayó por el hueco de la escalera que llevaba al sótano y se oyó a un robot que empezó a decir con voz de trueno: «¡ACCIDENTE! ¡NOTIFICAR A LA ESTACIÓN! ¡ACCIDENTE!».

«¡Venga ya, Sherlock!», pensó Finli, mirando la sangre en la hierba con una especie de enfermiza fascinación. ¿La vida de cuántos de esos hombres y sus valiosos cargos habrían segado los putos camiones de bomberos que funcionaban mal? ¿Seis? ¿Ocho? ¿Una puta docena?

Desde detrás de Casa Damli llegó el terrorífico sonido de las ráfagas de disparos una vez más, el sonido del fuego de las armas automáticas.

Un Disgregador obeso llamado Waverly empujó a Finli. Él lo atrapó antes de que pudiera alejarse pitando.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién os ha dicho que os dirigierais al sur? —Puesto que Finli, al igual que Trampas, no llevaba ningún tipo de gorra de pensar y el mensaje

«TODOS AL SUR Y ARRIBA LAS MANOS, TRANQUILOS, QUE NADIE OS HARÁ DAÑO»

le retumbaba en la cabeza con tanta fuerza y a un volumen tan alto que era casi imposible pensar otra cosa.

Junto a él, Pimli, que luchaba por poner las ideas en orden, logró dominar el pensamiento latente y tener uno propio: «Casi seguro que es Brautigan, que capta una idea y la amplifica de esa forma. ¿Quién más iba a ser?».

Y…

Gaskie agarró primero a Cag y luego a Jakli y les gritó para que reunieran a todos los guardias armados y les ordenasen flanquear a los Disgregadores que se dirigían a toda prisa hacia el sur por el Bulevar y las calles paralelas. Lo miraron con expresión desorientada, extraviada, de pánico, y él podría haberles gritado con furia contenida. En ese momento llegó el siguiente de los dos camiones con las sirenas aullando. El más grande de los dos arremetió contra dos Disgregadores, los tiró al suelo y los atropelló. Una de estas nuevas bajas era

Joey Rastosovich. Cuando el camión se fue, topando la hierba con sus turbinas de aire comprimido, Tanya cayó de rodillas junto a su moribundo esposo y levantó las manos hacia el cielo. Gritaba a todo pulmón, pero Gaskie apenas logró escucharla. Le brotaban lágrimas de frustración y miedo. «¡Perros sarnosos! —pensó Gaskie—. ¡Perros sarnosos de la emboscada!».

Y…

Al norte del complejo de Algul, Susannah salió de cubierto y se acercó a la alambrada de tres vueltas. Eso no era lo planeado, pero tenía que seguir disparando, seguir derribándolos, la necesidad era más intensa que nunca. Simplemente no podía evitarlo, y Roland lo habría entendido. Además, las nubes de humo de Casa Damli lo habían oscurecido todo momentáneamente en ese extremo del complejo. Los haces rojos de los «sidecares» lo agujereaban, se encendían y se apagaban, se encendían y se apagaban, como una especie de cartel de neón, y Susannah se repitió que no debía ponerse en su camino, no a menos que quisiera tener un agujero de cincuenta centímetros de diámetro que le atravesase el cuerpo.

Utilizó las balas de la Coyote para cortar su extremo de la alambrada, la vuelta externa, la central y la interior, y luego desapareció entre el humo que cada vez era más denso, recargando mientras avanzaba.

Y…

El Disgregador llamado Waverly intentó zafarse de Finli. «Nanai, de eso nada, si a bien tienes», pensó Finli. Tiró del hombre —que en su vida previa al Algul había sido bibliotecario o algo parecido— para acercarlo hacia sí, luego le dio dos bofetadas en la cara, con tanta fuerza que le dolió la mano. Waverly gritó de dolor y asombro.

—¡¿Quién coño está ahí?! —preguntó Finli—. ¡¿QUIÉN COÑO ESTÁ HACIENDO ESTO?!

Los camiones que llegaron a continuación se habían detenido delante de Casa Damli y lanzaban chorros de agua al humo. Finli ignoraba si eso serviría de algo, aunque seguramente no haría daño. Al menos, esas malditas cosas no habían chocado contra el edificio que se suponía que debían salvar, como ocurrió con el primero.

—¡Señor, no lo sé! —dijo Waverly gimoteando. Le caía sangre de una de las fosas nasales y por la comisura de los labios—. ¡No lo sé, pero debían de ser cincuenta, puede que cien de los demonios! ¡Dinky nos sacó fuera! ¡Que Dios bendiga a Dinky Earnshaw!

Mientras tanto, Gaskie o' Tego agarró por el cuello con una manaza a James Cagney y con la otra a Jakli. Gaskie se imaginaba lo capullo que había sido Jakli cabezacuervo a la hora de salir corriendo, pero ahora no había tiempo para ocuparse de eso. Los necesitaba a los dos.

Y…

—¡Jefe! —gritó Finli—. Jefe, ¡atrape al chico Earnshaw! ¡Hay algo aquí que huele mal!

Y…

Con la cara de Cag apretada contra una de sus mejillas y la de Jakli contra la otra, el Comadreja (que pensaba con más claridad que nadie en esa terrible mañana) por fin consiguió hacerse oír. Mientras tanto, Gaskie, repitió la orden: que se dividieran los guardias armados y se unieran a los Disgregadores que se batían en retirada. «No intentéis detenerlos, ¡permaneced junto a ellos! ¡Por el amor de Dios, no dejéis que se electrocuten! ¡Que se mantengan alejados de la alambrada si llegan más allá de la calle principal!».

Antes de que pudiera finalizar esa advertencia, apareció una silueta dando tumbos de entre el humo, que era cada vez más denso. Era Gangli, el médico del complejo, con la bata blanca en llamas y los patines todavía puestos.

Y…

Susannah Dean se situó en el rincón izquierdo, al fondo de Casa Damli, tosiendo. Vio a tres de los hijos de puta: Gaskie, Jakli y Cagney, era como si hubiera adivinado que iban a estar ahí. Antes de poder apuntar hacia ellos, el humo que se arremolinaba los borró del mapa. Cuando la humareda se dispersó, Jakli y Cag habían desaparecido y habían reunido a guardias armados para que hicieran de perros pastores que intentaban, al menos, proteger a sus aterrorizadas criaturas, aunque no lograban detenerlas de inmediato. Gaskie todavía estaba ahí, y Susannah lo abatió de un tiro en la cabeza.

Pimli no lo vio. Cada vez le quedaba más claro que toda esa confusión era pura apariencia. Era muy probable que se tratara de algo deliberado. La decisión de los Disgregadores de alejarse de los atacantes al norte del Algul se había tomado de forma demasiado precipitada y estaba demasiado organizada.

«Earnshaw me da igual —pensó—. Yo quiero hablar con Brautigan».

Pero antes de que pudiera alcanzar a Ted, Tassa agarró al Amo con un abrazo desesperado, aterrorizado, mientras decía balbuceando que le parecía, que por desgracia le parecía, que la Casa del Encargado estaba en llamas, que toda la ropa y los libros del Amo…

Pimli Prentiss lo apartó de un manotazo en la cabeza. El ritmo del pensamiento unificado de los Disgregadores (que ahora era de pensamiento negativo en lugar de positivo), se alteró

«ARRIBA LAS MANOS, TRANQUILOS, QUE NADIE OS HARÁ DAÑO»

de forma frenética y amenazaba con expulsar cualquier otro pensamiento de su mente. Lo había hecho el puto Brautigan, lo sabía, y el tío estaba demasiado lejos… a menos que…

Pimli miró la pacificadora que tenía en la mano, se lo pensó mejor y volvió a meterla en la agarradera que llevaba en la axila izquierda. Quería al puto Brautigan vivo. El puto Brautigan tenía un par de cosas que explicar. Por no hablar del puto trabajo de Disgregador que le quedaba por hacer.

Pim, pam, pum. Las balas le pasaban zumbando por todos lados. Guardias hum, taheen y can-toi pasaban corriendo a toda pastilla. Y, ¡Dios!, solo un par de ellos iba armado, en su mayoría hum que habían bajado para patrullar por las alambradas. Los que vigilaban a los Disgregadores en realidad no necesitaban armas. Por lo general, los Disgregadores eran mansos como corderitos y la idea de un ataque desde el exterior parecía ridícula hasta que…

«Hasta que ha ocurrido», pensó y le echó un vistazo a Trampas.

—¡Trampas! —bramó—. ¡Trampas! ¡Oye, vaquero! ¡Agarra a Earnshaw y tráemelo! ¡Agarra a Earnshaw!

Allí, en medio del Bulevar, había algo menos de ruido y Trampas escuchó a Prentiss con bastante claridad. Corrió tras Dinky y agarró al joven por un brazo.

Daneeka Rostov, de once años, salió de entre la creciente humareda que en ese momento oscurecía por completo el piso inferior de Casa Damli, tirando de dos carritos rojos. Daneeka tenía el rostro enrojecido y abotargado; le brotaban lágrimas de los ojos; estaba inclinada casi hasta doblarse por el esfuerzo que suponía seguir tirando de Baj, que iba sentado en el carrito Radio Flyer, y Sej, que iba sentado en el otro. Ambos tenían la cabeza gigantesca y los ojillos diminutos de mirada inteligente de los sabios hidrocéfalos, aunque Sej tenía unos brazos en miniatura que podía agitar y Baj no tenía brazos de ninguna clase. Ambos sacaban espuma por la boca y emitían roncos ruidos como de arcada.

—¡Que alguien me ayude! —consiguió gritar Dani y tosió con más violencia que nunca—. ¡Que alguien me ayude antes de que se asfixien!

Dinky la vio y se dispuso a dirigirse hacia allá. Trampas lo frenó, aunque estaba claro que no era lo que sentía.

—No, Dink —dijo. Lo dijo con tono de disculpa, aunque con firmeza—. Deja que se encargue otro. El jefe quiere hablar con…

Entonces Brautigan reapareció, con el rostro pálido y los labios tan apretados que formaban una línea de puntos en la parte baja de la cara.

—Deja que se marche, Trampas. Te quiero, perro, pero será mejor que hoy no te metas en nuestros asuntos.

—¿Ted, qué…?

Dink volvió a mirar en dirección a Dani. Trampas volvió a tirar de él. Más allá, Baj se desmayó y cayó de cabeza desde el carrito. Aunque aterrizó sobre la mullida hierba, su cráneo produjo un espantoso ruido de algo que se partía, y Dani Rostov chilló.

Dinky se lanzó hacia ella. Trampas volvió a tirar de él hacia atrás y con más fuerza. Al mismo tiempo, sacó la Colt Woodsman del 38 que llevaba en la agarradera.

No había más tiempo para razonar con él. Ted Brautigan no había lanzado el arpón mental desde que lo había utilizado contra el carterista en Akron, en 1935; ni siquiera lo había utilizado cuando los hampones se lo llevaron prisionero en Bridgeport, Connecticut, en 1960, aunque había estado muy tentado. Se había prometido no volver a utilizarlo jamás, y no cabía duda de que no quería lanzárselo

(sonríe al decir eso)

a Trampas, que siempre lo había tratado con corrección. Sin embargo, tenía que llegar al extremo sur del complejo antes de que se restaurase el orden, y pretendía que Dinky estuviera a su lado al llegar allí.

Además, estaba furioso. Pobrecito Baj, que siempre tenía una sonrisa para cualquiera y para todos.

Se concentró y sintió un dolor enfermizo que le desgarraba la cabeza. El arpón mental salió volando. Trampas soltó a Dinky y le lanzó a Ted una mirada de reproche cargado de incredulidad que Ted recordaría durante el resto de su vida. Entonces, Trampas se agarró la cabeza con ambas manos, como si fuera el hombre con la peor jaqueca del mundo, y cayó muerto en la hierba, con el cuello hinchado y la lengua colgando.

—¡Venga ya! —gritó Ted y agarró a Dinky por el brazo. Prentiss estaba mirando hacia otro lado en ese momento, gracias a Dios, distraído con otra explosión.

—Pero, Dani… ¡Y Sej!

—¡Dani puede encargarse de Sej! —Lo demás lo dijo mentalmente:

«ahora que no tiene que tirar también de Baj».

Ted y Dinky salieron corriendo mientras detrás de ellos Pimli Prentiss se volvía; miró con incredulidad a Trampas y les gruñó que se detuvieran, que se detuvieran en nombre del Rey Carmesí.

Finli o' Tego desenfundó su pistola, pero antes de poder abrir fuego, Daneeka Rostov se había echado sobre él y estaba mordiéndolo y arañándolo. No pesaba casi nada, pero, durante un instante le sorprendió tanto el ataque por ese flanco inesperado que la niña estuvo a punto de derribarlo. La agarró por el cuello con un brazo fuerte y peludo, y la apartó de un manotazo. Sin embargo, a esas alturas, Ted y Dinky ya estaban casi fuera de vista, acortaron por el lado izquierdo de Casa del Encargado y desparecieron entre el humo.

Finli agarró con firmeza la pistola, con ambas manos, respiró hondo, la levantó y realizó un solo disparo. La sangre salió volando del brazo del anciano; Finli lo escuchó gritar y vio que viraba con brusquedad. Entonces, el joven cachorro agarró al viejo perro y acortaron por la vuelta de la esquina de la casa.

—¡Voy a por vosotros! —vociferó Finli a sus espaldas—. ¡Sí señor, eso es, y cuando os coja, os haré desear no haber nacido! —Sin embargo, la amenaza sonó terriblemente vacua.

En ese momento, la población al completo de Algul Siento —Disgregadores, taheen, guardias hum, can-toi con los puntos rojos que les brillaban en la frente como un tercer ojo— avanzaba con movimiento mareal, fluyendo hacia el sur. Pero Finli vio algo que no le gustó en absoluto: los Disgregadores, y solo los Disgregadores, avanzaban en esa dirección con las manos en alto. Si había más francotiradores allá abajo, no tendrían problemas para saber a quién disparar, ¿verdad?

Y…

En esa estancia de la tercera planta de Sala Corbett, todavía de rodillas a los pies de su cama cubierta de cristales, tosiendo por el humo que se colaba a través de la ventana rota, Sheemie Ruiz tuvo una revelación… o fue fruto de su imaginación, vosotros mismos. En cualquier caso, se levantó de un salto. Su mirada, por lo general amistosa aunque siempre confusa por un mundo que no acertaba a entender del todo, era clara y llena de júbilo.

—¡EL HAZ DICE GRACIAS! —gritó en la habitación vacía.

Miró a su alrededor, tan feliz como Ebenezer Scrooge al descubrir que lo ocurrido durante la noche había sido obra de los fantasmas, y corrió hacia la

puerta haciendo crujir los cristales rotos con sus zapatillas. Una afilada esquirla de cristal se le clavó en un pie —era una esquirla que llevaba la muerte de Sheemie en la punta, ojalá lo hubiera sabido, digamos perdón, digamos Discordia—, pero, por el júbilo, apenas se dio cuenta. Se precipitó hacia el vestíbulo y luego escalera abajo.

En el rellano de la segunda planta, Sheemie se topó con una Disgregadora anciana llamada Belle O'Rourke, la agarró y la sacudió.

—¡EL HAZ DICE GRACIAS! —le gritó a la cara con expresión alucinada y de incomprensión—. ¡EL HAZ DICE QUE TODO PUEDE SALIR BIEN! ¡NO ES DEMASIADO TARDE! ¡JUSTO A TIEMPO!

Salió pitando para propagar la buena nueva (buena para él, al menos), y…

En la calle principal, Roland miró primero a Eddie Dean, luego a Jake Chambers.

—Ya llegan, y es aquí donde los prenderemos. Esperad mi orden, luego resistid y sed consecuentes.

DIECIOCHO

Los primeros en aparecer fueron tres Disgregadores, corriendo a todo lo que les daban las piernas con los brazos levantados. Cruzaron la calle principal de esa forma, sin ver en ningún momento a Eddie, que estaba en la taquilla del Gem (había roto los cristales de los tres costados con el mango de madera de sándalo de la pistola que otrora había pertenecido a Roland), ni a Jake (sentado en el interior de un Ford sedán sin motor, estacionado delante del Horno y Pastelería de Pleasantville), ni al mismísimo Roland (que se encontraba tras un maniquí del escaparate de Modas el Alegre París).

Llegaron al otro lado de la calle y echaron un vistazo a su alrededor, apabullados.

«Adelante —les transmitió Roland mentalmente—. Adelante y salid de aquí, tomad el callejón, alejaos mientras podáis».

—¡Vamos! —gritó uno de ellos, y salieron corriendo por el callejón entre la cafetería y la librería. Apareció otro, luego dos más, luego el primero de los guardias, un hum con una pistola levantada a la altura de la cara, asustado y con los ojos abiertos como platos. Roland lo divisó… y entonces hizo un alto el fuego.

Otros miembros del personal del Devar empezaron a hacer aparición, corriendo hacia la calle principal desde el callejón que quedaba entre los edificios. Iban muy dispersos. Tal como Roland deseaba y esperaba, intentaban flanquear a los que huían. Pretendían que la retirada no se convirtiera en una huida en desbandada.

—¡Formad dos filas! —gritó un taheen con cabeza de cuervo, con una voz zumbante y jadeante—. ¡Formad dos filas y que se queden entre vosotros, por la gloria de vuestros padres!

Uno de los otros, un taheen pelirrojo con los faldones de la camisa por fuera del pantalón, gritó:

—Y ¿qué pasa con la alambrada, Jakli? ¿Y si corren hacia la alambrada?

—Con eso no puedo hacer nada, Cag, tú solo…

Un Disgregador que iba chillando intentó pasar corriendo al cuervo antes de que pudiera terminar, y el cuervo, Jakli, le dio un empujón tan poderoso que el pobre tipo salió volando y cayó en medio de la calle.

—Permaneced unidos, ¡gusanos! —soltó—. ¡Corred si queréis, pero seguid un puto orden! —«Como si algo así pudiera hacerse con orden», pensó Roland (pero sin satisfacción). Luego, el pelirrojo, el que se llamaba Jakli, gritó—: ¡Dejad que un par de ellos se chamusquen, los demás lo verán y se detendrán!

Las cosas se habrían complicado si Eddie o Jake hubieran empezado a disparar en ese momento, pero ninguno de ellos lo hizo. Los tres pistoleros contemplaban lo que ocurría desde sus escondites, como ejemplares del orden emergidos del caos. Aparecieron más guardias. Jakli y el pelirrojo los conducían en dos filas: habían formado un corredor que iba de un lado a otro de la calle. Unos cuantos Disgregadores los sobrepasaron antes de que el pasadizo estuviera del todo formado, pero solo unos pocos.

Apareció un nuevo taheen, este tenía cabeza de comadreja, y adelantó al que se llamaba Jakli. Golpeó a un par de los Disgregadores a la carrera, aunque en realidad lo hizo para apresurarlos.

Desde el sur de la calle principal llegó un grito perplejo: «¡La alambrada está cortada!». Y luego otro: «¡Creo que los guardias están muertos!». Este último grito fue seguido por un aullido de pavor, y Roland supo, pues tenía la certeza de haberlo visto, que algún desafortunado Disgregador acababa de topar con la cabeza degollada de un vigilante en la hierba.

El despavorido murmullo de los pasos de ese Disgregador todavía se escuchaba cuando Dinky Earnshaw y Ted Brautigan aparecieron entre la

pastelería y la zapatería, tan cerca del escondite de Jake que este podría haber sacado la mano por la ventanilla de su coche para tocarlos. A Ted le habían dado en el brazo. Tenía la manga derecha de la camisa roja de codo para abajo, pero se estaba moviendo con una pequeña ayuda de Dinky, que lo tenía rodeado con un brazo. Ted se volvió mientras ambos corrían, aguantando el acoso de los guardias, y se quedó mirando directamente al escondite de Roland durante un instante. A continuación, Earnshaw y él se adentraron en el callejón y desaparecieron.

Eso los puso a buen recaudo, al menos por el momento, y eso estaba bien. Pero ¿dónde estaba el bicharraco más gordo? ¿Dónde estaba Prentiss, el mandamás de todo ese detestable lugar? Roland lo quería a él y a ese sai con cabeza de comadreja, a los dos… muerto el perro se acabó la rabia. Sin embargo, no podían permitirse el lujo de esperar mucho más. El flujo de Disgregadores a la fuga se estaba agotando. El pistolero no pensaba que sai Comadreja esperase a los últimos rezagados; querría evitar que los preciados seres a su cuidado escaparan a través de la alambrada cortada. Sabría que no llegarían lejos, dado el entorno árido y lúgubre que los rodeaba, pero también sabría que, si había atacantes en el extremo norte del complejo, podría haber rescatadores esperando junto a la…

Y allí estaba, gracias a los dioses y a Gan: sai Pimli Prentiss, tambaleándose y sin resuello, y sin duda en estado de shock, con la cartuchera llena bajo su sudoroso brazo, balanceándose de atrás para adelante. Le brotaba sangre de una fosa nasal y por el rabillo de un ojo, como si toda la agitación hubiera provocado que se le rompiera en la cabeza. Se dirigió hacia la comadreja, agitando ligeramente la mano de un lado a otro —más tarde, Roland culparía, de todo corazón, a ese saludo de borracho del resultado final de la misión de aquella mañana—, seguramente con la intención de asumir el mando de la operación. Su breve aunque fervoroso abrazo, que a un tiempo proporcionaba consuelo y lo anulaba, transmitió a Roland todo lo que necesitaban saber sobre el grado de intimidad de su relación.

Apuntó la pistola hacia la nuca de Prentiss, apretó el gatillo y contempló cómo le salían volando la sangre y el pelo. Las manos del Amo Prentiss salieron disparadas hacia los lados, con los dedos extendidos sobre un fondo de negro cielo, y se desplomó prácticamente a los pies del anonadado Comadreja.

Como en respuesta a esto, salió el sol atómico e inundó el mundo con su luz.

—Salve, pistoleros, ¡matadlos a todos! —exclamó Roland, golpeando el

gatillo de su pistola, esa antigua máquina de matar, con la palma de la mano derecha. Había derribado a cuatro con sus disparos antes de que los guardias (alineados como un montón de patos de arcilla en una galería de tiro) hubieran tenido tiempo para darse cuenta de los disparos, por no hablar del tiempo para reaccionar—. ¡Por Gilead, por Nueva York, por el Haz, por vuestros padres! ¡Escuchadme, escuchadme! ¡No dejéis ni a uno solo en pie! ¡MATADLOS A TODOS!

Así lo hicieron: el pistolero procedente de Gilead, el ex drogadicto procedente de Brooklyn, el chico solitario a quien la señora Greta Shaw conocía con el nombre de ‘Bama. Aproximándose desde el sur, detrás de ellos, atravesando gruesas nubes de humo sobre las ruedas de su TCS (que se desvió de su trayectoria recta, solo en una ocasión, para esquivar el cuerpo aplastado de otra gobernanta, esta llamada Tammy), había un cuarto miembro: en otra época había aprendido a aplicar la no violencia en las protestas, gracias a los jóvenes y honrados hombres del movimiento por la igualdad racial N-double A-C-P, y ahora se había iniciado, hasta el fondo y sin remordimientos, en la senda de la pistola. Susannah derribó a tres guardias hum rezagados y un taheen a la fuga. El taheen llevaba un rifle colgado de un hombro, pero no intentó usarlo. Lo que sí hizo fue levantar los brazos, cubiertos de pelo lacio y brillante —su cabeza tenía cierto aire osuno—, y pidió cuartel y libertad. Susannah —consciente de todo lo que había ocurrido en ese lugar, de que allí habían hecho puré los cerebros de los niños para alimentar a los matahaces con la finalidad de que siguieran trabajando con el máximo de eficiencia— no le concedió ni una cosa ni otra, aunque tampoco le dio motivo de sufrimiento ni tiempo para temer por su destino.

En el momento en que Susannah avanzaba rodando por el callejón entre el cine y la peluquería, el tiroteo había terminado. Finli y Jakli estaban agonizando; James Cagney estaba muerto, con su máscara de hum medio rota, dejando al descubierto una mitad de su asquerosa cabeza de rata. Junto a ellos, yacían otras tres docenas de seres igual de muertos. Por las alcantarillas de Pleasantville, antes inmaculadas, corría la sangre.

Sin duda alguna había otros guardias en el complejo, pero, por el momento, permanecían ocultos, seguros de que los había atacado un centenar o más de expertos combatientes, piratas terrestres de Dios sabe dónde. La mayoría de los Disgregadores de Algul Siento estaban en la zona verde, entre la parte trasera de la calle principal y las torres de vigilancia del extremo sur, apelotonados como

borregos que eran. Ted, sin pensar en su brazo herido, ya había empezado a pasar lista.

A continuación, el contingente del ejército de devastadores del norte al completo había aparecido al principio del callejón, junto al cine: una mujer negra sin piernas montada en un quad. Con una mano conducía y con la otra sostenía la pistola automática Coyote, apoyada sobre los manillares. Vio los cuerpos apilados en la calle y asintió en silencio con sombría satisfacción.

Eddie salió de la taquilla y la abrazó.

—¡Oye, cielo, oye! —murmuró ella, cubriéndole el cogote de besos de una forma que hizo estremecer a Eddie.

Entonces llegó Jake, pálido por la matanza, aunque sereno, y lo rodeó con un brazo por los hombros y lo atrajo hacia sí. Su mirada se topó con Roland, de pie en la acera detrás del trío que había arrastrado hasta Mundo Medio. Llevaba la pistola colgando junto al muslo izquierdo y ¿podría sentir la expresión de nostalgia de su rostro? ¿Sabía al menos que la tenía? Susannah lo dudaba, y su corazón se volcó en él.

—Ven aquí, Gilead —dijo—. Esto es un abrazo de grupo, y tú eres parte del grupo.

Durante un segundo, ella creyó que no había entendido la invitación o que fingía no entenderla. Entonces, Roland se acercó e hizo una breve parada para volver a enfundar la pistola y recoger a Acho. Se colocó entre Jake y Eddie. Acho saltó al regazo de Susannah como si fuera el gesto más natural del mundo. A continuación, el pistolero rodeó con un brazo por la cintura a Eddie y con el otro a Jake. Susannah se estiró (el brambo se meneó de forma cómica para agarrarse a su regazo repentinamente móvil), puso los brazos alrededor del cuello de Roland y le dio un besazo de todo corazón en la frente quemada por el sol. Jake y Eddie se rieron. Roland se unió a ellos y sonrió como lo hacemos todos cuando nos sorprende la felicidad.

Quería que los vierais así; quería que los vierais muy bien. ¿Lo haréis? Están apiñados en torno al Triciclo de Crucero de Suzie, abrazándose en el momento posterior a su victoria. He hecho que los veáis así no porque hayan ganado una gran batalla —saben hacerlo mucho mejor, todos y cada uno de ellos—, sino porque ahora son ka-tet por última vez. La historia de su fraternidad termina aquí, en esta calle de pega y a la luz de este sol artificial; el resto del cuento será corto y brutal, comparado con todo lo ocurrido con anterioridad. Porque, cuando el ka-tet se rompe, el final siempre se precipita.

Digo lo siento.

DIECINUEVE

Pimli Prentiss vio a través de sus moribundos ojos inyectados de sangre que el más joven de los dos hombres rompía el abrazo de grupo y se acercaba a Finli o'Tego. El joven vio que Finli todavía se revolvía y clavó una rodilla en el suelo, junto a él. La mujer —que en ese momento había desmontado de su triciclo motorizado— y el muchacho empezaron a echar un vistazo a las demás víctimas y daban pasaporte a las que seguían vivas. Pese a estar agonizando con una bala metida en la cabeza, Pimli entendió que aquello era piedad más que crueldad. Y cuando el trabajo estuvo hecho, Pimli supuso que se reunirían con sus otros amigos, cotillas y cobardes, para registrar los edificios del Algul que todavía no estaban en llamas. Seguro que irían en busca de los guardias que quedasen para dispararles a bocajarro. «No encontraréis muchos, queridos gallinas —pensó—. Os habéis cepillado a tres tercios de los hombres». Y ¿a cuántos atacantes habían derribado el Amo Pimli, el Jefe de Seguridad Finli y sus hombres? Por lo que Pimli sabía, a ninguno.

Sin embargo, todavía podía hacerse algo al respecto. Con la mano derecha inició el lento y doloroso ascenso hacia la cartuchera, donde tenía enfundada la Pacificadora.

Mientras tanto, Eddie había colocado el cañón del revólver de Gilead con el mango de madera de sándalo sobre la sien del tipo con cabeza de comadreja. Estaba empezando a apretar el gatillo cuando vio que el chico comadreja —pese al tiro en el pecho, a la fuerte hemorragia y a su rápida agonía—, lo estaba mirando totalmente consciente. Y vio algo más, algo que a Eddie no le importó mucho. Pensó que era desprecio. Alzó la vista, vio a Susannah y a Jake revisando los cuerpos en el extremo este de la zona de fuego, y vio a Roland en la acera más alejada, que estaba hablando con Dinky y Ted mientras ataba una venda de fabricación propia al brazo del último. Los dos ex Disgregadores estaban escuchando con atención, y aunque ambos parecían tener dudas, estaban asintiendo con la cabeza.

Eddie volvió a centrar la atención en el taheen moribundo.

—Estás al final de la senda, amigo mío —dijo—. Se te acabó la gasofa, eso me parece a mí. ¿Hay algo que quieras decir antes de entrar en el claro?

Finli asintió en silencio.

—Entonces dilo, colega. Pero yo en tu lugar sería breve, si quieres soltarlo todo.

—Vos y los vuestros sois una panda de perros sarnosos —consiguió decir Finli. Seguramente le habían dado en el corazón, eso parecía, de todas formas dijo eso; alguien tenía que decirlo, y deseó que su maltrecho corazón latiera hasta haberlo soltado. A continuación murió y dio la bienvenida a la oscuridad —. Putos perros sarnosos de mierda, ¡habéis matado a unos hombres emboscados! Eso es lo que quería decir.

Eddie sonrió sin ganas.

—¿Y qué me dices de los perros sarnosos que utilizan a los niños para matar al mundo entero con una emboscada, amigo mío? ¿Al universo entero?

El Comadreja pestañeó al escucharlo, como si no hubiera esperado esa respuesta. Quizá no esperase respuesta alguna.

—Tenía… órdenes.

—De eso no me cabe duda —replicó Eddie—. Y las has cumplido hasta el final. Disfruta del Infierno o de Na’ar o de comoquiera que lo llames. —Apoyó el cañón de su pistola sobre la sien de Finli y apretó el gatillo. El Comadreja hizo un movimiento espasmódico y se quedó quieto. Eddie se puso en pie con una mueca de dolor.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo al levantarse y vio que otro abatido, el director del espectáculo, había conseguido incorporarse, apoyado sobre un codo. Su pistola, la Pacificadora del 40, con la que en una ocasión había ejecutado a un violador, estaba preparada. Eddie era de reflejos rápidos, pero no hubo tiempo para usarlos. La Pacificadora rugió una sola vez, el fuego salió a toda mecha de la punta del cañón y la sangre saltó de la frente de Eddie Dean. Un mechón de su cabello se levantó en la nuca y la bala salió por allí. Se tapó con la mano el agujero que había aparecido sobre su ojo izquierdo, como si acabase de recordar algo de vital importancia demasiado tarde.

Roland se volvió sobre los tacones de sus botas, sacando la pistola, a una velocidad tal que no se vio el gesto. Jake y Susannah también se volvieron. Susannah vio a su marido en medio de la calle, apretándose la frente con el pulpejo de la mano.

—¿Eddie? ¿Cielo?

Pimli estaba luchando por volver a levantar la Pacificadora, con el labio superior levantado, lo cual dejaba a la vista sus dientes de perro que gruñía.

Roland le disparó al cuello y el Amo de Algul Siento cayó rodando hacia la izquierda, y su pistola, que no logró levantar, le salió disparada de la mano y aterrizó junto al cuerpo de su amigo el Comadreja. Casi acaba a los pies de Eddie.

—¡Eddie! —gritó Susannah, y empezó a arrastrarse trotando hacia él, arrastrándose sobre las manos. «No está mal herido —se repetía—, no está mal herido, Dios mío de mi vida no permitas que mi hombre esté mal herido…».

Entonces vio la sangre que le corría por debajo de la mano con la que hacía presión, que caía goteando sobre el asfalto, y supo que sí estaba mal.

—¿Suze? —preguntó él. Hablaba con total claridad—. Suzie, ¿dónde estás? No veo.

Dio un paso, luego otro y otro… y a continuación cayó de bruces sobre el cemento, tal como el abuelo Jaffords había previsto que ocurriría, sea, desde el mismo instante en que le echó el ojo. Pues el muchacho era un pistolero, digo verdad, y ese era el único final que alguien como él podía esperar.



CAPÍTULO XII
EL TET SE ROMPE

UNO

La noche encontró a Jake Chambers sentado con desconsuelo a la entrada de la Taberna del Trébol, al este de la calle principal de Pleasantville. Un equipo de robots de mantenimiento había retirado los cadáveres de los guardias y, al menos, eso les proporcionó cierto alivio. Acho se había quedado en el regazo del muchacho durante una hora o más. En circunstancias normales no se habría quedado tan cerca durante tanto tiempo, pero, al parecer, entendía que Jake lo necesitaba. En varias ocasiones, Jake había llorado sobre el pelaje del brambo.

Durante casi todo ese interminable día, Jake había pensado en dos voces diferentes. Eso ya le había ocurrido antes, pero no le ocurría desde hacía años; no desde la vez en que, cuando era un niño muy pequeño, sospechó que pudo haber sufrido un ataque extraño que sus padres no llegaron a captar.

«Eddie se está muriendo —decía la primera voz (la que solía asegurarle que había monstruos en el armario y que no tardarían en salir a comérselo vivo)—. Está en una habitación de Sala Corbett y Susannah está con él, y él no calla, pero se está muriendo».

«No —negaba la segunda voz (la que solía asegurarle, sin energía, que los monstruos no existían)—. No, eso no puede ser. Eddie es… ¡Eddie! Además, es ka-tet. Podría morir cuando lleguemos a la Torre Oscura, podríamos morir todos cuando lleguemos, pero ahora no, aquí no, eso es una locura».

«Eddie se está muriendo —replicaba la segunda voz. Era implacable—. Tiene un agujero en la cabeza en el que prácticamente se puede meter el puño, y se está muriendo».

La segunda voz se limitaba a negar todo eso, cada vez con menos firmeza.

Ni siquiera la idea de que probablemente habían salvado el Haz (Sheemie, desde luego, no tenía ninguna duda; había cruzado de un lado a otro el campus, sumido en un espeluznante silencio, gritando la buena nueva: «¡El Haz dice que todo puede salir bien! ¡El Haz dice gracias!», a todo pulmón) consiguió que Jake se sintiera mejor. La pérdida de Eddie era un precio demasiado alto incluso para un resultado así. Y la ruptura del tet era un precio incluso más elevado. Cada vez que Jake pensaba en ello, le entraban ganas de vomitar y elevaba sus oraciones silenciosas a Dios, a Gan, a Jesús Hombre, a cualquiera de ellos o a todos a la vez, para que obraran un milagro y salvaran la vida a Eddie.

Incluso rezó al escritor.

«Salva la vida de mi amigo y nosotros te la salvaremos a ti —le rezó a Stephen King, un hombre a quien jamás había visto—. Sálvale la vida a Eddie y no dejaremos que esa furgoneta te atropelle. Te lo juro».

Luego volvió a pensar en Susannah gritando el nombre de Eddie, intentado darle la vuelta y en Roland abrazándola y diciendo: «No debes hacer eso, Susannah, no debes molestarlo», y en cómo ella se había enfrentado a Roland, con el rostro desencajado, con el rostro cambiante al tiempo que distintas personalidades lo habitaran durante un par de segundos para desaparecer luego. «¡Tengo que ayudarlo!», gritó gimoteando con la voz de la Susannah que Jake conocía. Y luego con otra voz más dura, gritó: «¡Suéltame, joputa, deja que le haga mi vudú, mi movida, se va a poner derechito y empezará a menearse, ya verás! ¡Fijo!». Y pensó en Roland sujetándola mientras ocurría todo eso, sujetándola y acunándola, mientras Eddie yacía en el asfalto, no muerto; casi habría sido mejor que estuviera muerto (aunque el hecho de que estuviera muerto supusiese poner fin a la posibilidad de hablar de milagros, el fin de la esperanza), pero Jake vio que retorcía los dedos llenos de tierra y escuchó cómo mascullaba palabras sin sentido, como si hablase en sueños.

Entonces había llegado Ted, y Dinky justo detrás, y dos o tres de los Disgregadores que les iban a la zaga con ciertas vacilaciones. Ted se había arrodillado junto a la mujer que se agitaba y gritaba, y le había hecho un gesto a Dinky para que se arrodillase al otro lado. Ted le había cogido una mano a la mujer y había indicado a Dinky que le cogiera la otra. Y algo había manado de ellos, algo intenso y tranquilizador. No estaba dirigido a Jake, no, en absoluto, pero, de todas formas, él también lo captó, y notó que el corazón, que se le salía del pecho, se le calmaba. Miró a la cara a Ted Brautigan y vio que los ojos le

estaban haciendo esa cosa rara: las pupilas se dilataban y se contraían, se dilataban y se contraían.

Los gritos de Susannah se entrecortaron y disminuyeron hasta convertirse en gemidos de dolor. Miró a Eddie y, al agacharse, se le habían derramado unas lágrimas de los ojos sobre la espalda de la camisa de Eddie, lágrimas que dejaron unas manchas oscuras, como gotas de lluvia. Entonces apareció Sheemie por uno de los callejones, gritando jubilosos hosanas a quien quisiera escucharlo: «¡EL HAZ DICE QUE NO ES DEMASIADO TARDE! ¡EL HAZ DICE QUE JUSTO A TIEMPO, EL HAZ DICE GRACIAS Y QUE DEBEMOS DEJAR QUE SANE!», y saltaba como un loco sobre una pierna (aunque ninguno de ellos pensó en todo eso y ni siquiera se dieron cuenta). Dinky dijo algo entre dientes a la creciente multitud de Disgregadores que estaban mirando al pistolero herido de muerte, y varios de ellos fueron hasta donde estaba Sheemie y lo hicieron callar. Las alarmas de la zona principal del Devar-Toi seguían sonando, pero, en realidad, los camiones cisterna de seguimiento estaban consiguiendo controlar los tres incendios más graves (el de Casa Damli, Casa del Encargado y Sala Federal).

Lo que Jake recordó a continuación fue a Ted, que con los dedos, unos dedos increíblemente delicados, le apartó el pelo de la nuca a Eddie y dejó al descubierto el orificio relleno de gelatinosa sangre ennegrecida. Había unas partículas blancas en su interior. Jake había preferido pensar que se trataba de fragmentos óseos. Mejor eso que no pensar que podían ser partículas de su cerebro.

Al ver aquella terrible herida en la cabeza, Susannah se levantó de un salto y empezó a gritar de nuevo. Empezó a convulsionarse. Ted y Dinky (que estaba más blanco que la cera) intercambiaron una mirada, apretaron más las manos y una vez más enviaron el

(«paz tranquilidad silencio espera calma tranquilidad paz»)

mensaje relajante que eran tanto colores —desde una pátina de refrescante azul a las tranquilizadoras cenizas del gris—, como palabras. Roland, mientras tanto, la aguantaba por los hombros.

—¿Se puede hacer algo por él? —le preguntó Roland a Ted—. ¿Alguna cosa?

—Podemos hacer que se sienta bien —respondió Ted—. Al menos, eso es lo que podemos hacer nosotros. —Entonces señaló hacia el Devar—. ¿No os queda un trabajo que realizar allí, Roland?

Durante un instante, Roland no pareció entenderlo. Entonces miró los cuerpos de los guardias caídos y lo entendió.

—Sí —respondió—. Supongo que sí. Jake, ¿puedes ayudarme? Si los que quedan encontrasen a un líder y se reagruparan… eso no nos iría nada bien.

—¿Qué pasa con Susannah? —preguntó Jake.

—Susannah nos va a ayudar a encontrar un lugar para que su marido pueda estar tranquilo y morir en paz, si es posible —dijo Ted Brautigan—. ¿Verdad que sí, querida mía?

Susannah lo miró con una expresión que no era exactamente ausente; la comprensión (y la súplica) de esa mirada se le clavaron a Jake en el corazón como la punta de un carámbano de hielo. «¿Tiene que morir?», le había preguntado.

Ted se había llevado la mano de Susannah a los labios y se la había besado.

—Sí —afirmó—. Él tiene que morir y tú tienes que soportarlo.

—Entonces tienes que hacer algo por mí —dijo Susannah, y le acarició la mejilla a Ted con los dedos. A Jake, esos dedos le parecieron fríos. Fríos de verdad.

—¿Qué, querida? Haré lo que pueda. —Le cogió todos los dedos y los envolvió

(«paz tranquilidad silencio espera calma despacio paz»)

con la mano.

—Deja de hacer lo que estás haciendo, a menos que yo te diga lo contrario —le dijo Susannah.

Ted la miró, sorprendido. Luego miró a Dinky, quien se limitó a encogerse de hombros. Luego volvió a mirar a Susannah.

—No debes utilizar tu pensamiento positivo para robarme la amargura —le dijo Susannah—, porque voy a abrir la boca y me la voy a beber hasta los posos. Hasta la última gota.

Durante un instante, Ted no pudo más que quedarse cabizbajo y con el ceño fruncido. A continuación alzó la vista y dedicó a Susannah la sonrisa más dulce que Jake había visto jamás.

—Sea, señora —le respondió—. Haremos lo que pides. Pero si nos necesitas… cuando nos necesites…

—Os llamaré —dijo Susannah, y una vez más cayó de rodillas junto al hombre que susurraba y yacía en el asfalto.

DOS

Cuando Roland y Jake se aproximaban al callejón que los conduciría de vuelta al centro del Devar-Toi, donde olvidarían el duelo por su amigo caído al ocuparse de cualquiera que todavía pudiera presentarles batalla, Sheemie se acercó y tiró de la manga a Roland.

—El Haz dice gracias, el que era Will Dearborn. —Se le había quedado la voz ronca de tanto gritar y hablar con un hosco graznido—. El Haz dice que todavía todo puede salir bien. Como si empezase de cero. Y mejor.

—Eso está bien —comentó Roland, y Jake supuso que sí estaba bien. Sin embargo, no se había producido un verdadero júbilo. Jake seguía pensando en el agujero que habían dejado al descubierto los delicados dedos de Ted Brautigan. Ese agujero lleno de gelatina roja.

Roland le puso un brazo en los hombros a Sheemie, le dio un apretón y un beso. Sheemie sonrió, encantado.

—Iré contigo, Roland. ¿Me dejas, porfa?

—Esta vez no —respondió Roland.

—¿Por qué lloras? —preguntó Sheemie. Jake vio que la felicidad desaparecía del rostro de Sheemie y era sustituida por la preocupación. Mientras tanto, más Disgregadores regresaban a la calle principal, arremolinándose en grupitos. Jake había visto consternación en las expresiones que dirigían hacia el pistolero… y cierta curiosidad atolondrada… y, en algunos casos, un disgusto manifiesto. Odio, más bien. No había visto gratitud, ni una pizca de gratitud, y por ese motivo los había odiado.

—Mi amigo está herido —le dijo Roland—. Lloro por él, Sheemie. Y por su mujer, que es mi amiga. ¿Puedes ir con Ted y sai Dinky y ayudarlos a tranquilizarla si pide que la tranquilicen?

—¡Si tú quieres, sea! ¡Por ti, lo que sea!

—Gracias, sai, hijo de Stanley. Y ayúdales si trasladan a mi amigo.

—¡Tu amigo es Eddie! ¡El que está herido y en el suelo!

—Sea, se llama Eddie, dices verdad. ¿Ayudarás a Eddie?

—¡Sea!

—Y hay otra cosa…

—¿Sea? —preguntó Sheemie, luego fue como si recordase algo—. ¡Sea! Ayudaros a marchar, a viajar lejos, ¡a ti y a tus amigos! Me lo ha dicho Ted. «Haz un agujero —me ha dicho—. Como el que hiciste para mí». Solo que a él

volvieron a traerlo. Los malos. A vosotros no os volverán a traer, los malos ya no están. ¡El Haz está tranquilo! —Sheemmie soltó una risotada, que fue una discordancia para el oído entristecido de Jake.

Tal vez para el oído de Roland también lo fuera, porque su sonrisa era tensa.

—Cuando llegue el momento, Sheemie… aunque me parece que Susannah se quedará y esperará a que volvamos.

«Si es que volvemos», pensó Jake.

—Pero tengo otro trabajito que a lo mejor tú puedes hacer. No consiste en ayudar a alguien a viajar a ese otro mundo, pero es algo parecido. Se lo contaré a Ted y a Dinky y te lo contaré a ti, en cuanto Eddie descanse en paz. ¿Me escucharás?

—¡Sea! ¡Y ayudaré, si puedo!

Roland le dio una palmadita en la espalda.

—¡Bien!

En ese momento, Jake y el pistolero avanzaron en la dirección que podría haber sido el norte, para finalizar lo que habían empezado.

TRES

Se cepillaron a otros catorce guardias en las tres horas siguientes, la mayoría de ellos hum. Roland sorprendió a Jake, un poco, al matar solo a dos que les dispararon desde detrás del camión de bomberos, que se había empotrado y tenía una rueda metida en la trampilla de entrada del sótano. A los demás guardias los desarmó y los dejó escapar, con la advertencia de que dispararía sin dudarlo a cualquier guardia del Devar-Toi que siguiera en el complejo cuando sonara la sirena del cambio de turno de última hora de la tarde.

—Pero ¿adónde iremos? —preguntó un taheen con cabeza de gallo de níveo plumaje, coronada con una roja y blanda cresta (a Jake le recordó al Gallo Claudio de los dibujos animados).

Roland sacudió la cabeza.

—Me importa un bledo dónde acabéis —respondió— mientras no estéis aquí cuando suene la siguiente sirena, os consta. Aquí os dedicabais a los trabajos del infierno, pero el infierno ha cerrado sus puertas, y yo me encargaré personalmente de que no vuelvan a abrirse nunca más.

—¿A qué te refieres? —preguntó el taheen con cabeza de gallo, casi con timidez, pero Roland no respondió, se había limitado a decirle a la criatura que pasara el mensaje a todos los que se encontrara.

La mayoría de los taheen y can-toi abandonó Algul Siento en parejas o tríos. Salían sin replicar y echando nerviosas miradas hacia atrás cada dos pasos. Jake pensó que tenían motivos para estar asustados, porque el rostro de su dinh ese día había quedado abstraído en el pensamiento y sobrecogido por la tristeza. Eddie Dean yacía en su lecho mortuorio, y Roland de Gilead no soportaría que lo contrariasen.

—¿Qué vas a hacer con este sitio? —preguntó Jake cuando sonó la sirena de la tarde. Se estaban abriendo camino a través de la farfolla humeante de Casa Damli (donde los robots bombero habían puesto carteles cada seis metros que decían: «ZONA RESTRINGIDA, PRÓXIMA INVESTIGACIÓN DEL DEPARTAMENTO DE BOMBEROS»), en dirección adonde se encontraba Eddie.

Roland se limitó a sacudir la cabeza, pero no respondió a la pregunta.

En el Bulevar, Jake divisó a seis Disgregadores que formaban un círculo, cogidos de las manos. Parecían unos tíos haciendo espiritismo. Sheemie estaba allí y Ted, y Dani Rostov; también había una mujer joven, una mayor, y un hombre corpulento con aspecto de banquero. Más allá, tendidos con los pies asomando por debajo de las mantas, había una hilera de casi cincuenta guardias que habían muerto durante la rápida acción.

—¿Sabes qué están haciendo? —preguntó Jake, refiriéndose a las yentes del espiritismo; los que tenían detrás acababan de morir, y de ahora en adelante no iban a hacer otra cosa.

Roland echó un rápido vistazo al círculo de Disgregadores.

—Sí.

—¿Qué es?

—Ahora no —respondió el pistolero—. Ahora vamos a presentar nuestros respetos a Eddie. Vas a necesitar toda la serenidad que puedas reunir, y eso requiere que pongas la mente en blanco.

CUATRO

En ese momento, sentado con Acho a la entrada de la Taberna del Trébol, con las jarras de cerveza de neón y la máquina de discos apagada, Jake pensaba en

cuánta razón había tenido Roland, y en lo agradecido que se había sentido él cuando, tras unos cuarenta y cinco minutos más o menos, el pistolero lo había mirado, había captado su hondo pesar y lo había excusado para que saliera de la sala donde Eddie sobrevivía, desprendiéndose de su vitalidad palmo a palmo, dejando la huella de su vitalidad excepcional en cada minuto postrero de su vida.

La fiesta de recogida de basuras que Ted Brautigan había organizado había llevado al joven pistolero a Sala Corbett, donde estaba tendido en la espaciosa suite del supervisor, en la primera planta. Los portadores de basuras se quedaron en el patio de los dormitorios y, a medida que se acababa la tarde, los demás Disgregadores se fueron uniendo a ellos. Cuando llegaron Roland y Jake, una rechoncha mujer pelirroja se interpuso en el camino de Roland.

«Señora, yo no haría eso —había pensado Jake—. Esta tarde, no».

Pese a los bocinazos de alarma y las excursiones del día, esa mujer, que a Jake se le antojó parecida a la presidenta vitalicia del club de jardinería de su madre, había encontrado tiempo para ponerse una capa bastante gruesa de maquillaje: polvos de talco, colorete y un pintalabios tan rojo como la carrocería del camión de bomberos del Devar. Se presentó con el nombre de Grace Rumbelow (antes de Andershot, Hampshire, Inglaterra) y exigió saber qué iba ocurrir a continuación; dónde irían, qué harían, quién se encargaría de ellos. En otras palabras, la misma pregunta que había hecho el taheen con cabeza de gallo.

—Puesto que ya se han encargado de nosotros —dijo Grace Rumbelow con tono categórico (a Jake le había fascinado el uso del verbo «encargarse» para jugar con el doble sentido)— y nosotros no estamos en disposición, al menos de momento, de cuidarnos solos.

Se alzaron murmullos de afirmación.

Roland miró a la señora de arriba abajo. Algo en el rostro de Roland la privó de su comedida indignación.

—¡Apártese de mi camino! —gritó el pistolero— o la derribo.

El rostro empolvado se le quedó blanco e hizo lo que le ordenaron sin chistar. Un traqueteo como de trinos se escuchó cuando Roland y Jake entraban en Sala Corbett, pero no empezó hasta que el pistolero había desaparecido de vista y ya no había que temer convertirse en el blanco de su inquietante mirada de ojos azules. A Jake, los Disgregadores le recordaban a algunos compañeros de la Piper, tontorrones de la clase que soltaban perlas como «este examen es una mierda» o «bésame el culo», pero solo cuando había salido el profesor.

El vestíbulo de la primera planta de Corbett relucía con los fluorescentes y

olía muy fuerte al humo de Casa Damli y Sala Federal. Dinky Earnshaw se había sentado en una silla plegable, a la derecha de la puerta que tenía el cartel SUITE DEL SUPERVISOR. Estaba fumando un cigarrillo. Levantó la mirada cuando Roland y Jake se aproximaban, Acho iba trotando, en su posición de costumbre, pisándole los talones a Jake.

—¿Cómo está? —preguntó Roland.

—Muriendo, tío —respondió Dinky, y se encogió de hombros.

—¿Y Susannah?

—Fuerte. En cuanto él se vaya… —Dinky volvió a encogerse de hombros, como diciendo que, de una forma u otra, se iría.

Roland tocó con delicadeza a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Susannah con la voz apagada.

—Roland y Jake —contestó el pistolero—. ¿Nos dejas entrar?

La pregunta se topó con lo que a Jake le pareció una pausa inusualmente larga. No obstante, Roland no pareció sorprenderse. Y, en realidad, Dinky tampoco.

Al final, Susannah dijo:

—Entrad.

Así lo hicieron.

CINCO

Sentado con Acho en la relajante oscuridad, mientras esperaba la llamada de Roland, Jake pensaba en la escena de la que había sido testigo en la habitación oscurecida. En eso y en los interminables tres cuartos de hora hasta que Roland se había dado cuenta de lo incómodo que estaba y lo había dejado marchar, diciéndole que lo llamaría cuando llegase «la hora».

Jake había visto mucha muerte desde que lo habían traído a Mundo Medio; la había dado; incluso la había experimentado, aunque recordaba muy poco de aquel episodio. Pero esta era la muerte de un compañero de ka, y lo que había ocurrido en la suite del supervisor parecía ilógico, e interminable. Jake deseó con todo su corazón haberse quedado fuera con Dinky; no quería recordar de esa forma a su amigo, chistoso y, en ocasiones, de genio apasionado.

Para empezar, Eddie tenía un aspecto peor que frágil, allí tumbado en la cama del supervisor mientras Susannah le cogía la mano; parecía viejo y

estúpido (Jake detestó que se le ocurriera eso). Tal vez, la palabra exacta era senil. Se le había hundido la boca por las comisuras, y eso le marcaba unos profundos hoyuelos. Susannah le había limpiado la cara, pero la barba que le había salido le daba un aspecto sucio de todos modos. Tenía unas profundas ojeras violetas, como si ese cabrón de Prentiss le hubiera dado una paliza antes de dispararle. Tenía los ojos cerrados, pero las órbitas daban vueltas casi sin descanso bajo el delgado velo de sus párpados, como si Eddie estuviera soñando.

Y hablaba. Era una corriente constante y susurrante de palabras. Jake logró entender algunas de las cosas que dijo y otras no. Algunas de ellas tenían un mínimo sentido, pero la mayoría era lo que su amigo Benny habría llamado ki'come: enormes tonterías. De vez en cuando, Susannah mojaba un paño en la palangana que estaba en la mesilla de noche, lo estrujaba y le mojaba la frente y los labios resecos a su marido. En un momento, Roland se levantó, cogió la palangana, la vació en el baño, volvió a llenarla y se la llevó de vuelta a Susannah. Ella se lo agradeció en voz baja y con un tono absolutamente agradable. Un poco después, Jake había cambiado el agua, y ella se lo agradeció de la misma forma. Como si ni siquiera supiera que estaban allí.

«Iremos por ella —le había dicho Roland a Jake—. Porque más tarde recordará quién estaba allí y se sentirá agradecida».

Pero ¿de verdad sería así? Eso era lo que Jake se preguntaba ahora, en la oscuridad de la entrada de la Taberna del Trébol. ¿De verdad se sentiría agradecida? Era culpa de Roland que Eddie Dean yaciera en su lecho de muerte a la sazón de veintiséis años, ¿no? Por otro lado, de no haber sido por Roland, ella jamás habría conocido a Eddie. Era todo demasiado confuso. Como la idea de múltiples mundos con una Nueva York en todos ellos, a Jake le provocaba jaqueca.

Tumbado allí, en su lecho de muerte, Eddie le había preguntado a su hermano Henry por qué nunca se acordaba de bloquear al contrario.

Le había preguntado a Jack Andolini quién lo había parido tan feo.

Había gritado: «¡Cuidado, Roland, George, el Narigudo, ha vuelto!», y: «Suze, si puedes contarle el de Dorothy y el Hombre de Hojalata, yo le contaré todo lo demás».

Y, algo que le había helado el corazón a Jake: «Yo no apunto con la mano; aquel que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre».

Tras esa última frase, Roland había cogido la mano de Eddie en la penumbra (pues ya se proyectaban las sombras) y se la había apretado.

—Sea, Eddie, dices verdad. ¿Puedes abrir los ojos y contemplar mi rostro, querido?

Pero Eddie no había abierto los ojos. En lugar de abrirlos —lo que heló todavía con más intensidad el corazón a Jake—, el joven que ahora llevaba una venda inútil en la cabeza había murmurado: «Todo se olvida en las salas pétreas de los muertos. Estas son las salas de la ruina, donde hilan las arañas y los grandes circuitos enmudecen, uno a uno».

Después de aquello no dijo nada inteligible durante un rato, solo murmullos incesantes. Jake había rellenado la palangana de agua, y cuando había regresado, Roland se fijó en su rostro pálido y le dijo que podía marcharse.

—Pero…

—Venga, vete, cielito —dijo Susannah—. Pero ándate con cuidado. Podría quedar alguno por ahí fuera, buscando venganza.

—Pero ¿cómo voy a…?

—Te llamaré cuando llegue la hora —dijo Roland, y le dio un golpecito en la sien con uno de los dedos que le quedaban en la mano derecha—. Me escucharás.

Jake había deseado besar a Eddie antes de irse, pero tenía miedo. No de que le contagiara la muerte como un resfriado, no era tan tonto, sino de que el simple hecho de tocarle los labios pudiera empujar a Eddie hasta el claro al final de la senda.

Y entonces Susannah podría culparlo.

SEIS

Afuera, en el pasillo, Dinky le preguntó qué tal iba.

—Realmente mal —dijo Jake—. ¿Tienes otro cigarrillo?

Dinky enarcó las cejas, pero dio de fumar a Jake. El muchacho le dio unos golpecitos al cigarrillo con el pulgar, como había visto hacer al pistolero con sus cigarros de liar, luego aceptó el fuego e inspiró profundamente. El humo todavía le quemaba, pero no con tanta aspereza como la primera vez. Solo sintió un leve vahído y no tosió. «Muy pronto será como si hubiera fumado siempre —pensó —. Si es que alguna vez consigo volver a Nueva York, a lo mejor puedo trabajar en la cadena, en el departamento de mi padre. Ya me estoy volviendo un experto en lo de matar».

Levantó el cigarrillo a la altura de los ojos, era un pequeño misil blanco con humo que le salía de la parte de arriba en lugar de salir por la parte de abajo. La palabra CAMEL estaba escrita justo debajo del filtro.

—Solía decir que nunca haría esto —le contó Jake a Dinky—. En toda mi vida. Y aquí estoy con uno en la mano. —Se rio. Era una risa amarga, una risa adulta, y al oírla salir de su boca se estremeció.

—Yo trabajaba para un tipo antes de llegar aquí —dijo Dinky—. Se llamaba señor Sharpton. Solía decirme que «nunca» es la palabra que Dios escucha cuando necesita reír con ganas.

Jake no respondió. Estaba pensando en lo que había dicho Eddie sobre las salas de la ruina. Jake había seguido a Mia a una sala como esa, hacía tiempo y en un sueño. Ahora, Mia estaba muerta. Callahan estaba muerto. Y Eddie se estaba muriendo. Pensó en todos los cuerpos tumbados allí, bajo las sábanas blancas, mientras los truenos rugían como huesos que rodaban en la distancia. Pensó en el hombre que había disparado a Eddie y lo vio cayendo de golpe hacia el lado izquierdo cuando la bala de Roland lo había abatido. Intentó recordar la fiesta de bienvenida que les organizaron en Calla Bryn Sturgis, la música y el baile y las antorchas de colores, pero lo único que vio con claridad fue la muerte de Benny Slightman, otro amigo. Esa noche, el mundo parecía hecho de muerte.

Él mismo había muerto y había vuelto: vuelto a Mundo Medio y vuelto a Roland. Toda la tarde había intentado creer que lo mismo podría ocurrirle a Eddie, pero sabía, de alguna forma, que eso no ocurriría. La parte de Jake en el cuento no había terminado. La de Eddie, sí. Jake habría dado veinte años de su vida, ¡treinta!, con tal de no pensar así, pero así pensaba. Supuso que, en cierto modo, había hurgado en su mente.



«Las salas de la ruina, donde hilan las arañas y los grandes circuitos enmudecen, uno a uno».

Jake conocía a una araña. ¿El hijo de Mia había estado mirando todo aquello? ¿Pasándolo bien? ¿Puede que animando a un equipo o al otro, como un puto fan de los Yanquis en las tribunas descubiertas?

«Sí, lo ha hecho. Sé que lo ha hecho. Siento su presencia».

—¿Estás bien, chavalín? —preguntó Dinky.

—No —respondió Jake—. No estoy bien. —Y Dinky asintió en silencio como si esa hubiera sido una respuesta perfectamente razonable.

«Bueno —pensó Jake—, seguramente se lo esperaba. Al fin y al cabo, es un telépata».

Como para subrayar ese pensamiento, Dinky le había preguntado quién era Mordred.

—No te gustará saberlo —había dicho Jake—. Créeme. —Jake aplastó el cigarrillo a medio fumar («Todo el cáncer de pulmón está justo aquí, en la última mitad», solía decir su padre con tono de absoluta certeza, señalando uno de sus propios cigarrillos sin filtro como un vendedor de teletienda) y salió de Sala Corbett. Salió por la puerta trasera, con la esperanza de evitar el puñado de ansiosos Disgregadores a la espera, y lo había conseguido. Ahora estaba en Pleasantville, sentado en el bordillo de la acera, como los sin techo que se veían en Nueva York, esperando a que lo llamasen. Esperando el final.

Pensó en entrar a la taberna, quizá pedirse una cerveza (estaba claro que si era lo suficientemente mayor como para fumar lo era para beberse una birra), para ver si la máquina de discos funcionaba sin monedas. Estaba seguro de que Algul Siento había sido lo que su padre afirmaba que sería Estados Unidos con el tiempo: una sociedad sin dinero en efectivo, y que la vieja Seeberg estaría amañada para que bastase con apretar los botones para que sonara la música. Y estaba seguro de que la etiqueta donde estaba el nombre de la canción que estaría junto al número 19 sería «Someone Saved My Life Tonight», de Elton John.

Se puso de pie y entonces se produjo la llamada. Él no fue el único en escucharla, Acho dejó escapar un breve y doliente chillido. Roland podría haber estado junto a ellos.

«A mí, Jake, y deprisa. Se está yendo».

Jake regresó a toda prisa por uno de los callejones, rodeó Casa del Encargado, que todavía seguía en llamas (Tassa, el criado, que o bien había ignorado la orden de Roland de salir de allí o bien no había sido informado de la misma, estaba sentado en silencio un poco encorvado con una falda escocesa y una sudadera, con la cabeza entre las manos), y empezó a correr Bulevar arriba al tiempo que echaba una rápida y preocupada mirada a la larga hilera de cadáveres. El pequeño círculo de videntes que había visto antes ya no estaba.

«No voy a llorar —se prometió a sí mismo con una mueca de dolor—. Si soy lo bastante mayor como para fumar y pensar en tomarme una cerveza, soy lo bastante mayor como para controlar mis estúpidos ojos. No voy a llorar».

Sin embargo, sabía, casi con total seguridad, que iba a llorar.

OCHO

Sheemie y Ted se habían reunido con Dinky en la puerta de la suite del supervisor. Dinky le había cedido su asiento a Sheemie. Ted parecía cansado, pero Jake consideró que Sheemie estaba hecho una verdadera mierda: volvía a tener los ojos inyectados en sangre, una costra de mocos ensangrentados en torno a la nariz y en la oreja, y las mejillas plomizas. Se había quitado los mocasines y estaba masajeándose un pie como si le doliera. Sin embargo, no cabía duda de que se sentía feliz. Puede que exaltado, incluso.

—El Haz dice que todo puede salir bien todavía, joven Jake —dijo Sheemie —. El Haz dice que todavía no es demasiado tarde. El Haz dice gracias.

—Eso está bien —respondió Jake mientras cogía el pomo de la puerta. Apenas escuchó lo que decía Sheemie. Estaba concentrándose

(«no voy a llorar y ponérselo a ella más difícil»)

en controlar sus emociones en cuanto estuviera dentro. Luego Sheemie había dicho algo que lo devolvió a la realidad de golpe.

—Ni tampoco es demasiado tarde en el mundo real —dijo Sheemie—. Lo sabemos. Lo hemos visto. Hemos visto la señal que se mueve. ¿A que sí, Ted?

—Pues claro que la hemos visto. —Ted tenía una lata de Nozz-A-La en el regazo. En ese momento, la levantó para dar un sorbo—. Cuando llegues allí, Jake, dile a Roland que es el 19 de junio de 1999 el día que te interesa, todavía tendrás tiempo. Pero el margen empieza a ser demasiado pequeño.

—Se lo diré —respondió Jake.

—Y recuérdale que por allí, a veces, el tiempo se desliza. Resbala como un cambio de marchas viejo. Eso puede seguir ocurriendo durante bastante tiempo, al margen de la recuperación del Haz. Y en cuanto el 19 haya pasado…

—Puede que no vuelva nunca —dijo Jake—. Aquí no. Lo sabemos. —Abrió la puerta y penetró en el oscuridad de la suite del supervisor.

NUEVE

Un único círculo de rigurosa luz amarilla, procedente de la lámpara de la mesilla de noche, iluminaba el rostro de Eddie Dean. Le proyectaba la sombra de la nariz en la mejilla izquierda y hacía que sus ojos cerrados parecieran cuencas vacías. Susannah estaba arrodillada en el suelo junto a él, cogiéndole las manos y mirándolo. Su sombra ascendía por la pared hasta el techo. Roland estaba sentado al otro lado de la cama, en una profunda sombra. El prolongado y murmurado monólogo del moribundo había cesado y su respiración había perdido cualquier parecido con la regularidad. Inspiraba profundamente, contenía la respiración y la soltaba en un largo soplido sibilante. Su pecho permanecía inmóvil durante tanto tiempo que Susannah lo miraba a la cara, con los ojos vidriosos por la ansiedad, hasta la siguiente inspiración prolongada y desgarradora.

Jake se sentó en la cama junto a Roland, miró a Eddie, miró a Susannah y luego miró con reservas la cara del pistolero. En la penumbra no vio nada más que hastío.

—Ted me ha pedido que te diga que ya es casi 19 de junio en el lado de Estados Unidos, por favor y gracias. Y que ese tiempo se puede deslizar un pelín.

Roland asintió en silencio.

—Aun así, esperaremos a que esto termine, creo. No queda mucho más y se lo debemos.

—¿Cuánto queda? —murmuró Jake.

—No lo sé. Creí que podría haberse ido antes de que tú volvieras, aunque corrieras…

—He corrido, en cuanto he llegado a la parte de hierba…

—… pero, como estás viendo.

—Es un luchador —dijo Susannah, y el hecho de que ese fuera el único motivo de orgullo del que ella podía vanagloriarse dejó helado a Jake—. Mi hombre es un luchador. Puede que incluso tenga algo que decir.

DIEZ

Así fue. Pasados cinco interminables minutos, Jake había entrado en la habitación, y Eddie tenía los ojos abiertos.

—Sue… —decía—. Su… sie…

Ella se le acercó más, sin soltarle las manos, sonriendo y mirándolo a los ojos, con toda la concentración de la que era capaz. Y con un esfuerzo que Jake no habría creído posible, Eddie soltó una de las manos, la movió ligeramente hacia la derecha y cogió los tupidos rizos de Susannah. Si el peso de su brazo le tiraba de las raíces del pelo y le hacía daño, ella no lo demostró. La sonrisa que floreció en sus labios era gloriosa, reconfortante, sensual incluso.

—Eddie, ¡bienvenido!

—No quieras timar a un timador —susurró él—. Me voy, corazón, no llego.

—Eso no son más que tont…

—Chitón —susurró y ella se calló. La mano que tenía en el pelo tiró de ella. Susannah acercó la cara a él y besó por última vez esos labios que se despedían —. Yo te… te… esperaré —le dijo él, pronunciando cada palabra, a duras penas, con un denodado esfuerzo.

Jake vio las gotas de sudor en su piel, el último mensaje del cuerpo moribundo al mundo de los vivos, y en ese momento el corazón del muchacho por fin comprendió lo que su cabeza sabía desde hacía horas. Empezó a llorar. Eran lágrimas que le quemaban y le erosionaban la piel. Cuando Roland lo cogió de la mano, Jake la apretó con ferocidad. Estaba asustado y triste. Si podía ocurrirle a Eddie, podía ocurrirle a cualquiera. Podía ocurrirle a él.

—Sí, Eddie. Sé que me esperarás —respondió ella.

—En… —Hizo otra de esas profundas, esforzadas y ásperas inspiraciones. Tenía los ojos brillantes como gemas—. En el claro. —Otra inspiración. La mano agarrando el pelo. La luz de la lámpara proyectándolos a ambos en su místico halo amarillo—. El que está al final de la senda.

—Sí, cariño. —Tenía la voz calmada, pero le cayó una lágrima sobre la mejilla de Eddie y se deslizó poco a poco hacia su mandíbula—. Te escucho muy

bien. Espérame y yo te encontraré, e iremos juntos. Entonces iré caminando, con mis propias piernas.

Eddie le sonrió, luego volvió la mirada hacia Jake.

—Jake… a mí.

«No —pensó Jake, aterrorizado—, no puedo, no puedo».

Sin embargo, ya estaba agachándose, estaba percibiendo ese olor del final. Podía ver la delgada línea de tierra que tenía Eddie en el nacimiento del pelo, que iba convirtiéndose en una pasta a medida que le caían más y más gotas de sudor.

—Espérame a mí también —dijo Jake con la boca casi cerrada—. ¿Vale, Eddie? Seguiremos todos juntos. Seremos ka-tet, como éramos antes. —Intentó sonreír y no pudo. Le dolía demasiado el corazón para reírse. Se preguntó si podría explotarle en el pecho, como explotan a veces las piedras en el fuego. Había aprendido esa curiosidad de su amigo Benny Slightman. La muerte de Benny había sido mala, pero esta era mil veces peor. Un millón de veces peor.

Eddie estaba sacudiendo la cabeza.

—No… no tan deprisa, colega. —Hizo otra inspiración y luego un gesto de dolor, como si el aire tuviera púas que solo pudiera sentir él. Entonces susurró, no por la debilidad, según pensó más tarde Jake, sino porque era algo que tenía que quedar entre ellos—. Cuidado con… Mordred. Cuidado con… Dandelo.

—¿Dandelion? Eddie, yo no…

—Dandelo. —Abría cada vez más los ojos. Era un esfuerzo enorme—. Protege… a tu… dinh… de Mordred. De Dandelo. Tú… Acho. Tu trabajo. —Dirigió la mirada hacia Roland, luego de nuevo hacia Jake—. Shhh… —Luego —: Proteger…

—Yo… yo. Nosotros…

Eddie asintió ligeramente con la cabeza, luego miró a Roland. Jake se apartó y el pistolero se inclinó para escuchar lo que tenía que decir Eddie.

ONCE

Roland no había visto nunca, jamás, unos ojos tan brillantes, ni siquiera en Jericho Hill, cuando Cuthbert le había dedicado un sonriente adiós.

Eddie sonrió.

—Hemos tenido… a veces.

Roland volvió a asentir en silencio.

—Tú… tú… —Pero Eddie no pudo terminar de decir eso. Levantó una mano e hizo un ligero movimiento de giro.

—Yo bailé —dijo Roland, asintiendo con la cabeza—. Bailé el commala.

—Sí —masculló Eddie, luego hizo otra de esas respiraciones sibilantes y doloridas. Fue la última.

—Gracias por la segunda oportunidad —dijo—. Gracias… Padre.

Eso fue todo. Los ojos de Eddie todavía lo estaban mirando, como si todavía estuviera consciente, pero no tenía respiración para sustituir la que había consumido en esa última palabra, ese «padre». La luz de la lámpara relucía en los vellos de sus brazos desnudos, y los tornaba dorados. Su trabajo había concluido. Había dejado la senda, había entrado al claro. Se sentaron a su alrededor en círculo, pero ya no eran ka-tet.

DOCE

Y pasaron treinta minutos así.

Roland, Jake, Ted y Sheemie se sentaron en un banco en medio del Bulevar. Dani Rostov y el tipo con aspecto de banquero estaban por allí cerca. Susannah estaba en la suite del supervisor, lavando el cuerpo de su marido para el entierro. Podían escucharla desde donde estaban sentados. Estaba cantando. Todas las canciones parecían las que había cantado Eddie a lo largo del viaje. Una era «Born to Run». Otra «La canción del arroz», de Calla Bryn Sturgis.

—Tenemos que irnos y ahora mismo —dijo Roland. Se había llevado la mano a la cadera y se estaba masajeando, masajeando. Jake lo había visto coger un frasco de aspirinas (sabía Dios de dónde las habría sacado) de su bolsa y tragarse tres a palo seco—. Sheemie, ¿nos puedes enviar?

Sheemie asintió en silencio. Se había acercado cojeando al banco y estaba apoyado en Dinky. Ninguno de ellos había tenido tiempo de mirarle la herida que tenía en el pie. Su cojera parecía demasiado nimia comparada con las demás preocupaciones; sin duda alguna, si Sheemie Ruiz fuera a morir, esa noche sería como resultado de abrir una puerta de fabricación casera entre el lado de Tronido y el de Estados Unidos. Otra extenuante acción de teletransportación podría resultar letal para él; ¿qué era una herida en el pie comparada con eso?

—Lo intentaré —dijo—. Lo intentaré con todas mis fuerzas, sí.

—Los que nos ayudaron a investigar en Nueva York nos ayudarán con esto —dijo Ted.

Fue Ted el que calculó cómo concretar el cuando presente en el lado de Estados Unidos del Mundo Piedra Angular. Dinky, Fred Worthington (el hombre con pinta de banquero), Dani Rostov y él habían estado en Nueva York y eran todos capaces de evocar claras imágenes mentales de Times Square: las luces, la multitud, los carteles de las películas… y, lo más importante, el gigantesco teletexto que retransmitía las noticias del día a la multitud de la calle, realizando un recorrido completo por Broadway y la calle Cuarenta y ocho cada treinta segundos, más o menos. El agujero había permanecido abierto el tiempo suficiente para informarles de que los expertos forenses de las Naciones Unidas estaban examinando unas supuestas fosas comunes en Kosovo, que el vicepresidente Gore se había pasado el día en la ciudad de Nueva York haciendo campaña a favor del presidente, que Roger Clemens había ponchado a trece jugadores de los Rangers de Texas, pero que los Yankees, aun así, habían perdido la noche anterior.

Con la ayuda de los demás, Sheemie consiguió mantener el agujero abierto un rato más (los demás habían estado contemplando el brillo de esa animada noche de Nueva York, con una especie de asombro ansioso; en ese momento, no estaban disgregando, sino abriendo, observando), aunque al final no fue necesario. Después de las puntuaciones del béisbol, la fecha y la hora pasaron a toda velocidad ante sus ojos con brillantes letras de verde amarillento de la altura de un primer piso: 18 DE JUNIO DE 1999 9:19 PM.

Jake abrió la boca para preguntar si podían estar seguros de estar viendo Mundo Piedra Angular, en el que a Stephen King le quedaba menos de un día de vida, y luego se volvió a cerrar. La respuesta estaba en la hora, estúpido, como siempre: los números que formaban las 9.19 también sumaban diecinueve.

TRECE

—¿Y durante cuánto tiempo visteis eso? —preguntó Roland.

Dinky hizo un cálculo.

—Tuvieron que ser cinco horas, por lo menos. Si nos basamos en el momento en que se oyó la sirena del cambio de turnos y se puso el sol por la noche.

«Lo que nos pondría en las dos y media de la madrugada, ahora mismo, en el otro lado —calculó Jake, contando las horas con los dedos. En ese momento le resultaba difícil pensar, incluso una sencilla suma se enlentecía por los continuos pensamientos de Eddie, aunque se dio cuenta de que podía hacerlo si lo intentaba con ganas—. Lo único es que no puedes pensar que sean solo cinco horas, porque el tiempo va más deprisa en el lado de Estados Unidos. Eso puede cambiar, ahora que los Disgregadores han dejado de atacar el Haz, puede ecualizarse, pero seguramente todavía no ha ocurrido. Ahora mismo debe seguir avanzando muy deprisa».

Y podía deslizarse.

Stephen King podía estar sentado delante de su máquina de escribir en su escritorio, la mañana del 19 de junio, tan pancho, y al minuto siguiente… ¡pam! Tumbado en una funeraria esa noche, tras ocho o doce horas que pasarían como el rayo, con su entristecida familia sentada en su propio círculo de luz de lámpara e intentado decidir qué tipo de ceremonia habría querido King, suponiendo siempre que esa información no estuviera en su testamento; puede que estuvieran intentando decidir dónde lo enterrarían. ¿Y la Torre Oscura? ¿La versión de Stephen King de la Torre Oscura? ¿O la versión de Gan, la versión del *Prim*? Perdidas para siempre, todas ellas. ¿Y ese ruido que escucháis? Bueno, ese puede ser el Rey Carmesí, riendo y venga a reír, desde alguna parte de lo más profundo del Discordia. Y quizá Mordred, el niño araña, esté riéndose con él.

Por primera vez desde la muerte de Eddie, Jake tuvo presente algo más aparte de la tristeza. Era un ruido ligeramente punzante, como el que hacían las sneetches cuando Roland y Eddie las programaron. Justo antes de dárselas a Haylis para que las ocultara. Era el ruido del tiempo, y el tiempo no era su amigo.

—Tiene razón —dijo Jake—. Tendremos que irnos mientras podamos hacer algo.

Ted dijo:

—¿Y Susannah…?

—No —dijo Roland—. Susannah se quedará aquí y vosotros la ayudaréis a enterrar a Eddie. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí —afirmó Ted—. Por supuesto, si es eso lo que quieres.

—Si no hemos vuelto en… —Roland hizo un cálculo, con un ojo medio guiñado y con el otro mirando a la oscuridad—. Si no hemos vuelto a esta hora

la noche de pasado mañana, suponed que hemos vuelto a Mundo Final en Fedic.

«Sí, asumid que estamos en Fedic —pensó Jake—. Por supuesto. Porque ¿de qué serviría suponer la otra opción, incluso más lógica, de que estuviéramos muertos o perdidos entre los mundos, en exotránsito para siempre?».

—¿Os consta Fedic? —estaba preguntando Roland.

—Queda al sur de aquí, ¿verdad? —preguntó Worthington. Había viajado con Dani, la chica pre púber—. ¿O en lo que era el sur? Trampas y unos cuantos can-toi solían hablar como si fuera un lugar encantado.

—Sí, está encantado —asintió Roland con una mueca de dolor—. ¿Podéis embarcar a Susannah en un tren hacia Fedic en caso de que no podamos volver? Sé que hay al menos algunos trenes que funcionan, por los…

—¿Los capas verdes? —preguntó Dinky, asintiendo en silencio—. O los lobos, como creíais vosotros. Todos los trenes de la línea D todavía funcionan. Son autómatas.

—¿Son monos? ¿Hablan? —preguntó Jake. Estaba pensando en Blaine.

Dinky y Ted intercambiaron una mirada recelosa, luego Dinky volvió a volcar la atención en Jake y se encogió de hombros.

—¿Cómo lo vamos a saber? Seguramente sé más sobre el día D que sobre la línea D, y creo que hablo por todos los demás. Al menos, por los Disgregadores. Supongo que algunos guardias podrían saber algo más. O ese tío. —Señaló de golpe con el dedo a Tassa, que seguía sentado, encorvado, en Casa del Encargado, con la cabeza entre las manos.

—En cualquier caso, le diremos a Susannah que tenga cuidado —le susurró Roland a Jake. Jake asintió con la cabeza. Supuso que eso sería lo mejor que podían hacer, aunque él tenía otra pregunta. Se hizo una nota mental para preguntársela o a Ted o a Dinky, si tenía la posibilidad de hacerlo sin que Roland lo escuchase. No le gustaba la idea de dejar a Susannah, todos sus presentimientos le indicaban lo contrario, pero sabía que ella se negaría a dejar a Eddie sin enterrar, y Roland también lo sabía. Podían obligarla a ir, pero solo si la ataban y la amordazaban, y eso no haría más que empeorar las cosas.

—Podría ser —dijo Ted— que unos cuantos Disgregadores estuvieran interesados en viajar hacia el sur en tren con Susannah.

Dani asintió con la cabeza.

—No es que seamos muy populares por aquí tras haberos ayudado —dijo—. Ted y Dinky han tenido que aguantar lo peor, pero a mí me han escupido hace media hora, mientras estaba en mi habitación, cuando he ido a por esto. —

Levantó un osito Winnie de Pooh, bastante ajado y claramente queridísimo—. No creo que hagan nada mientras estéis por aquí, pero cuando os vayáis… —Se encogió de hombros.

—Tío, eso sí que no lo entiendo —dijo Jake—. Son libres.

—¿Libres para qué? —preguntó Dinky—. Pensadlo. La mayoría de ellos eran unos inadaptados sociales en el lado de Estados Unidos. Estaban de más. Aquí éramos VIP, y teníamos lo mejor de todo. Ahora todo ha desaparecido. Si lo piensas así, ¿es tan difícil de entender?

—Sí —respondió Jake sin rodeos. Suponía que no quería entenderlo.

—Ellos también han perdido algo —dijo Ted con tranquilidad—. Hay una novela de Ray Bradbury titulada *Fahrenheit 451*. «Era un placer quemar», es la primera frase de ese libro. Pues bien, también era un placer disgregar.

Dinky estaba asintiendo en silencio. Lo mismo hacían Worthington y Dani Rostov.

Incluso Sheemie estaba asintiendo con la cabeza.

CATORCE

Eddie se encontraba postrado en el mismo círculo de luz, pero su rostro estaba limpio y la sábana de arriba de la cama del supervisor estaba doblada perfectamente a la altura de su cintura. Susannah lo había vestido con una camisa blanca limpia que había encontrado en alguna parte (Jake supuso que en el armario del supervisor) y también debió de encontrar una cuchilla, porque tenía las mejillas muy tersas. Jake intentó imaginarla, sentada allí, afeitando el rostro de su marido muerto, cantando: «Ven, ven, commala, mi arroz ya grana» mientras lo hacía, y al principio le resultó imposible. A continuación, de repente, vio una imagen suya y fue tan intensa que tuvo que luchar una vez más para evitar el llanto.

Mientras Roland le hablaba, Susannah escuchaba en silencio, sentada en el borde de la cama, con las manos apoyadas en el regazo y mirando al suelo. Al pistolero le parecía una recatada doncella escuchando una proposición de matrimonio.

Cuando él hubo terminado, ella no dijo nada.

—¿Entiendes lo que te he dicho, Susannah?

—Sí —afirmó ella, todavía cabizbaja—. Tengo que enterrar a mi hombre. Ted y Dinky me ayudarán, aunque solo sea para evitar que sus amigos… —Le dio a esta última palabra un tono sarcástico que, en realidad, animó en cierta forma a Roland, al fin y al cabo, estaba allí, al parecer—… me lo quiten para linchar su cadáver colgado de un árbol de manzanas amargas[17].

—¿Y después?

—O tú encontrarás una forma de volver, y volveremos todos juntos a Fedic, o Ted y Dinky me meterán en el tren y me iré yo sola.

Jake no solo detestaba la fría inconexión de su voz, sino que le aterrorizaba.

—¿Sabes por qué tenemos que volver al otro lado, verdad? —preguntó ansioso—. Bueno, lo sabes, ¿verdad?

—Para salvar al escritor mientras todavía quede tiempo. —Susannah había levantado una de las manos de Eddie, y Jake observó, con fascinación, que tenía las uñas perfectamente limpias. Se preguntó qué habría utilizado ella para sacarle la tierra de dentro, ¿acaso el supervisor tendría uno de esos utensilios de manicura, como el que llevaba su padre en un llavero, metido siempre en el bolsillo?—. Sheemie dice que hemos salvado el Haz del Oso y de la Tortuga. Creemos que hemos salvado la rosa. Pero queda, al menos, un trabajo por hacer. El escritor. El escritor ocioso. —En ese momento levantó la vista, y los ojos le brillaban. Jake pensó de repente que podía ser algo positivo que Susannah no los acompañara cuando se reunieran con sai Stephen King, si es que lo conseguían.

—Más os vale salvarlo —dijo ella. Tanto Roland como Jake percibieron a la ratera Detta asomando en su voz—. Después de lo que ha pasado hoy, más os vale. Y esta vez, Roland, dile que no pare de escribir. Ni aunque se abra el infierno, ni caiga un diluvio, ni le dé un cáncer de polla o se le gangrene. Y que no esté pensando en el premio Pulitzer, eso tampoco. Dile que siga y que acabe con su puta historia de los cojones.

—Le transmitiré el mensaje —dijo Roland.

Ella asintió con la cabeza.

—Tú vendrás a nosotros cuando ese trabajo esté terminado —dijo Roland, y su voz se elevó un poco de volumen para pronunciar la última palabra, convirtiéndola casi en una pregunta—. Vendrás a nosotros cuando ese trabajo esté terminado, ¿verdad?

—Sí —contestó ella—. No porque quiera, me he quedado sin mecha para nada, sino porque él quería que fuera. —Con delicadeza, con mucha delicadeza,

volvió a poner la mano a Eddie sobre el pecho junto a la otra. Luego señaló con el dedo a Roland. La punta le temblaba levemente—. Pero tú no empieces con esa mierda de «somos ka-tet, somos de muchos, uno». Porque esos días se han terminado, ¿no es así?

—Sí —afirmó Roland—. Pero la Torre todavía resiste. Y espera.

—He perdido el interés en eso, machote. —No dijo: «He perdío interés en so», pero casi—. Si te soy sincera.

Sin embargo, Jake se dio cuenta de que no estaba diciendo la verdad. No había perdido el deseo de ver la Torre Oscura más que Roland. Ni más que él mismo. Su tet podía estar roto, pero el ka seguía ahí. Y ella lo sentía al igual que lo sentían ellos.

QUINCE

La besaron (Acho le pegó un lengüetazo en la cara) antes de marcharse.

—Ten cuidado, Jake —dijo Susannah—. Vuelve sano y salvo, ¿me escuchas? Eddie te habría dicho lo mismo.

—Lo sé —respondió Jake y volvió a besarla. Estaba sonriendo porque podía escuchar a Eddie diciéndole que mantuviera vigilado su culo, que ya lo tenía partido, y empezó a llorar una vez más por la misma razón. Susannah lo mantuvo abrazado con fuerza durante un rato más, luego lo soltó y se volvió hacia su marido, que yacía muy quieto y frío en la cama del supervisor. Jake entendió que tenía poco tiempo para Jake Chambers y la pena de Jake Chambers en ese momento. Su propia pena era demasiado grande.

DIECISÉIS

En el exterior de la suite, Dinky esperaba junto a la puerta. Roland iba caminando con Ted, los dos ya estaban al final del pasillo y manteniendo una conversación. Jake supuso que se dirigían de regreso al Bulevar, donde Sheemie (con una pequeña ayuda de los demás) intentaría enviarlos una vez más al lado de Estados Unidos. Eso le recordó algo.

—Los trenes de la línea D van al sur —dijo Jake—. O a lo que se suponía que era el sur, ¿verdad?

—Más o menos, colega —respondió Dinky—. Algunas locomotoras tienen nombre, como *Lluvia Deliciosa* o *Espíritu del País de las Nieves*, pero todas tienen letras y números.

—¿La D es por Dandelo? —preguntó Jake.

Dinky lo miró con una mueca de confusión.

—¿Dandelo? ¿Qué coño es eso?

Jake sacudió la cabeza. Ni siquiera tenía ganas de decirle a Dinky dónde había escuchado la palabra.

—Bueno, no lo sé con seguridad —respondió Dinky mientras volvían a ponerse en marcha—, pero siempre he supuesto que la D era por Discordia. Porque se supone que es la estación de final de recorrido de todos los trenes, sabes, en algún lugar de lo más lejano de las más estériles Tierras Yermas.

Jake asintió. D de Discordia. Eso tenía sentido. En cierta forma.

—No has respondido mi pregunta —dijo Dinky—. ¿Qué es un Dandelo?

—Solo es una palabra que vi escrita en una pared de la Estación de Tronido. Seguramente no significa nada.

DIECISIETE

En el exterior de Sala Corbett, esperaba una delegación de Disgregadores. Parecían desalentados y asustados. «D de Dandelo —pensó Jake—. D de Discordia. También D de desesperado».

Roland se acercó a ellos con el brazo cruzado sobre el pecho.

—¿Quién habla por vosotros? —preguntó—. Si hay alguien que hable, dejad que dé un paso adelante ahora, porque nuestro tiempo aquí se agota.

Un caballero de pelo cano, en realidad otro tipo con aspecto de banquero, dio un paso adelante. Llevaba pantalones de traje de color gris, una camisa blanca abierta por el cuello y chaleco gris, también abierto. El chaleco estaba como alicaído, también lo estaba el hombre que lo llevaba.

—Nos habéis quitado nuestra vida —dijo. Pronunció esas palabras con una especie de satisfacción taciturna, como si hubiera sabido desde siempre que ocurriría aquello (o algo parecido)—. La vida que conocíamos. ¿Qué nos dará a cambio, señor Gilead?

Se escuchó un murmullo de aprobación tras esta frase. Jake Chambers lo escuchó y de pronto se sintió más furioso que en toda su vida. Su mano, de

forma autónoma, tocó furtivamente el mango de la pistola automática Coyote, lo acarició y encontró un frío alivio en su forma. Incluso un breve descanso de la tristeza. Y Roland lo supo, porque se situó detrás de él sin mirar y puso una mano sobre la de Jake. Se la apretó hasta que Jake soltó la pistola.

—Os diré lo que os daré, ya que lo preguntas —dijo Roland—. Tengo intención de que este lugar, donde os habéis alimentado con cerebros de niños indefensos para destruir el universo, arda hasta los cimientos; sea, hasta el último tablón. Tenía la intención de lanzar ciertas bolas voladoras, que resulta que tengo, para hacer que explotaran e hicieran saltar por los aires todo lo que no se quemara. Tenía la intención de indicaros el camino hasta el río Whye y los verdes Callas que se encuentran al cruzarlo, y despediros con una maldición que me enseñó mi padre: «Que viváis muchos años, pero no con buena salud».

La respuesta a esto fue un murmullo de resentimiento, pero ni una sola mirada se cruzó con la de Roland. El hombre que había accedido a ser su portavoz (y, pese a estar enfurecido, Jake lo valoró por su valentía) estaba tambaleándose, como si pudiera desmayarse en cualquier momento.

—Los Callas todavía están en esa dirección —comentó Roland y señaló con el dedo—. Si vais hasta allí, algunos, incluso muchos, pueden morir en el camino, porque hay animales ahí fuera que están hambrientos, y el agua que haya puede estar envenenada. No me cabe duda de que las yentes del Calla sabrán quiénes sois y lo que habéis estado haciendo aunque mintáis, pues hay manni entre ellos y los manni ven bastantes cosas. Aun así, podréis encontrar perdón más que muerte, pues la capacidad de perdonar en el corazón de esas yentes supera la capacidad de corazones como los vuestros, para que podáis entenderlo. Para el caso, también supera la capacidad de mi corazón.

»No me cabe ninguna duda de que os pondrán a trabajar y el resto de vuestra vida no transcurrirá con la comodidad que conocéis, sino con esfuerzo y sudor. Pero os conmino a marchar, aunque solo sea para redimiros por lo que habéis hecho.

—No sabíamos lo que hacíamos, ¡hombre receloso! —gritó una mujer del fondo con furia.

—¡Sí que lo sabíais! —le respondió a gritos Jake, chillando tan alto que vio manchitas negras, y la mano de Roland se posó una vez más de forma instantánea sobre la suya para evitar que desenfundara. ¿De verdad habría hecho un barrido de la multitud con su Coyote, trayendo más muerte a ese terrible lugar? No lo sabía. Lo que sí sabía era que las manos de un pistolero a veces

escapaban a su control una vez que tenían el arma—. ¡No te atrevas a decir que no lo sabíais! ¡Sí lo sabíais!

—Eso es lo que os daré, si a bien tenéis —dijo Roland—. Mis amigos y yo, los que han sobrevivido, aunque estoy seguro de que los que yacen muertos en el más allá estarían de acuerdo, que es la razón por la que digo lo que digo… dejaremos que este sitio aguante. Hay comida suficiente para el resto de vuestra vida, no lo dudo, y los robots para cocinarla y lavaros la ropa, incluso para limpiaros el culo, si eso es lo que creéis que necesitáis. Si preferís el purgatorio a la redención, entonces quedaos aquí. Si yo estuviera en vuestro lugar, haría el viaje. Seguiría la vía del tren hasta salir de las sombras. Les contaría lo que hacíais antes de que os lo recriminen ellos, me pondría de rodillas con la cabeza descubierta y les pediría perdón.

—¡Jamás! —gritó alguien con firmeza, pero Jake opinó que algunos parecían inseguros.

—Como queráis —dijo Roland—. Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir al respecto, y el siguiente que me hable puede permanecer en silencio para siempre, porque una de mis amigas está preparando a otro amigo, su marido, para yacer en la tumba y estoy lleno de tristeza y rabia. ¿Hablaréis más? ¿Desafiaréis a mi furia? Si lo hacéis, desafiaréis a esto. —Sacó su pistola y se la apoyó en la hendidura del hombro. Jake se situó junto a él y por fin sacó su arma.

Hubo un momento de silencio y luego el hombre que había hablado dio media vuelta.

—No nos dispare, señor, ya han hecho bastante —dijo alguien con amargura.

Roland no respondió nada y la multitud empezó a dispersarse. Algunos se alejaron corriendo y otros pillaron aquello como un resfriado. Se marcharon en silencio, salvo por unos cuantos que estaban llorando, y, pasado un rato, la oscuridad se los había tragado.

—¡Vaya! —exclamó Dinky con una voz sosegada y respetuosa.

—Roland —dijo Ted—. Lo que hacían no era del todo culpa suya. Creí que ya lo había explicado, pero supongo que no lo hice muy bien.

Roland enfundó su pistola.

—Lo has explicado de maravilla —respondió—. Por eso siguen vivos.

Ahora volvían a tener el extremo del Bulevar donde estaba Casa Damli para ellos solos y Sheemie se acercó cojeando a Roland. Tenía los ojos muy abiertos y mirada solemne.

—¿Me enseñarás adónde vas a ir, querido? —preguntó—. ¿Puedes enseñarme el lugar?

El lugar. Roland se había concentrado tanto en el cuándo que apenas había pensado en el dónde. Y sus recuerdos de la carretera por la que habían pasado en Lovell eran bastante pobres. Eddie conducía el coche de John Cullum y Roland iba muy absorto en sus pensamientos, concentrado en las cosas que le diría para convencer al cuidador de que los ayudara.

—¿Ted te enseñó un lugar antes de que lo enviaras? —le preguntó a Sheemie.

—Sea, sí lo hizo. Solo que no sabía que me lo estaba enseñando. Era como el dibujo de un niño… no sé cómo explicártelo exactamente… ¡estúpida cocorota! ¡Está llena de telas de arañitas! —Sheemie cerró un puño y se dio un golpe entre ceja y ceja.

Roland le cogió la mano antes de que volviera a golpearse y le abrió el puño. Lo hizo con sorprendente delicadeza.

—No, Sheemie. Creo que ya lo entiendo. Encontraste un pensamiento… un recuerdo de cuando él era niño.

Ted se había acercado hasta ellos.

—Claro que debe ser eso —comentó—. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Tal vez sea demasiado sencillo. Me crie en Milford y el lugar del que me fui en 1960 estaba a un tiro de piedra de allí, en términos geográficos. Sheemie debe de haber encontrado un recuerdo de un viaje en carromato, o puede que un viaje en el tranvía de Hartford que hice para ir a ver a mi tío Jim y mi tía Molly a Bridgeport. Algo que tenía en el subconsciente. —Sacudió la cabeza—. Sabía que el sitio de donde me fui parecía conocido, pero, por supuesto, eso ocurrió años después. La carretera de Merrit no estaba allí cuando yo era niño.

—¿Puedes enseñarme una imagen como esa? —le preguntó Sheemie a Roland, expectante.

Roland pensó una vez más en el lugar de Lovell donde habían parado en la Ruta 7, el lugar donde había hablado con Chevin de Chayven, el salido del bosque, pero sencillamente no estaba seguro del todo; no había mojón que convirtiera ese tramo en único y no pudiera confundirse con cualquier otro. Al menos, no que él recordase.

Entonces se le ocurrió otra idea. Una idea que estaba relacionada con Eddie.

—¡Sheemie!

—¡Sea, Roland de Gilead, el que era Will Dearborn!

Roland se acercó y colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Sheemie.

—Cierra los ojos, Sheemie, hijo de Stanley.

Sheemie hizo lo que le dijeron, luego estiró sus manos y cogió la cabeza de Roland por ambos lados. Roland cerró los ojos.

—Ve lo que veo, Sheemie —dijo Roland—. Ve dónde quiero ir. Velo muy bien.

Y Sheemie lo vio.

DIECIOCHO

Mientras estaban allí de pie, Roland proyectando y Sheemie viendo, Dani Rostov llamó a Jake en voz muy baja.

En cuanto lo tuvo delante se mostró recelosa, como si no estuviera segura de qué iba a decir o a hacer. Él iba a preguntarle algo, pero antes de que pudiera hacerlo, ella selló su boca con un beso. Sus labios eran de una tersura increíble.

—Este para que te dé buena suerte —dijo la chica, y cuando vio la mirada de asombro de Jake y entendió el poder de lo que había hecho, se atenuó su timidez. Le echó los brazos al cuello (seguía con el ajado osito Pooh en una mano; Jake notó su blandura en la espalda) y volvió a besarlo. Jake sintió el empuje de sus diminutos y turgentes pechos, y recordaría esa sensación durante el resto de su vida. Recordaría a Dani durante el resto de su vida.

—Y este es para mí. —Retrocedió hasta colocarse junto a Ted Brautigan, con la mirada hacia el suelo y las mejillas coloradas como un tomate, antes de que él pudiera decir nada. No es que él tuviera intención de hablar, aunque su vida hubiera dependido de ello. Tenía la garganta bloqueada.

Ted lo miró y sonrió.

—Juzgarás los que te den a partir de ahora comparándolos con el primero —dijo—. Hazme caso. Sé lo que me digo.

Jake seguía sin poder decir nada. Bien podría haberle dado un mamporro en la cabeza en lugar de besarlo en la boca. Así de perplejo estaba.

DIECINUEVE

Pasados quince minutos, cuatro hombres, una chica, un bilibrambo y un muchacho perplejo y maravillado (y muy cansado) estaban en el Bulevar. Al parecer tenían el patio de césped para ellos solos; los demás Disgregadores habían desaparecido por completo. Desde donde estaba, Jake veía la ventana iluminada de la primera planta de Sala Corbett, donde Susannah estaba ocupándose de su hombre. Los truenos tamborileaban. Ted habló ahora como lo había hecho en el armario de oficina de la Estación de Tronido, donde la etiqueta de latón roja de la americana decía CONSIGNATARIO, cuando la muerte de Eddie había sido impensable.

—Cogeos de las manos y concentraos.

Jake iba a cogerle la mano a Dani Rostov, pero Dinky sacudió la cabeza, sonriendo ligeramente.

—Otro día ya harás manitas con ella, héroe, pero ahora tienes que ponerte en medio, y tu dinh también.

—Cogeos de las manos —dijo Sheemie. Se percibía una serena autoridad en su voz que Jake no había escuchado antes—. Eso ayudará.

Jake se metió a Acho en la camisa.

—Roland, ¿has podido enseñarle a Sheemie…?

—Mira —dijo Roland, cogiéndolo de las manos. Los demás formaron un estrecho círculo a su alrededor—. Mira, creo que lo verás.

Se abrió una brillante juntura en la oscuridad, e hizo desaparecer a Sheemie y a Ted de la visión de Jake. Durante un instante, la juntura tembló y se oscureció, y Jake pensó que desaparecería. Luego adquirió brillo de nuevo y se ensanchó. Jake escuchó, a un volumen muy bajo (como se oyen las cosas cuando se está bajo el agua), el ruido de un coche o un camión pasando por ese otro mundo. Y vio un edificio con un pequeño aparcamiento asfaltado enfrente. Había tres coches y una ranchera aparcados.

«¡Luz solar!», pensó, consternado. Porque si el tiempo nunca retrocedía en Mundo Piedra Angular, eso quería decir que el tiempo se había deslizado. Si eso era Mundo Piedra Angular, entonces era sábado, diecinueve de junio, del año…

—¡Deprisa! —gritó Ted desde el otro lado de ese brillante agujero en la realidad—. Si os vais a ir, ¡iros ya! ¡Va a desmayarse! Si os vais a ir…

Roland tiró de Jake hacia delante, la bolsa le rebotó en la espalda cuando lo hizo.

«¡Espera! —quiso gritar Jake—. Espera, ¡he olvidado mis cosas!».

Pero era demasiado tarde. Ahí estaba la sensación de las manazas que le estrujaban el pecho y sentía que el aire le salía como un chorro de los pulmones. Pensó: «Cambio de presión». Tuvo la sensación de estar cayendo hacia arriba y luego se encontró tambaleándose sobre el pavimento del aparcamiento, con su sombra pegada a los talones, bizqueando y haciendo muecas de dolor. Se preguntaba, en alguna parte distante de su cerebro, cuánto tiempo habría pasado desde que sus ojos habían estado expuestos a la luz natural del día por última vez. Tal vez no había ocurrido desde que entraron a la Cueva de la Puerta en busca de Susannah.

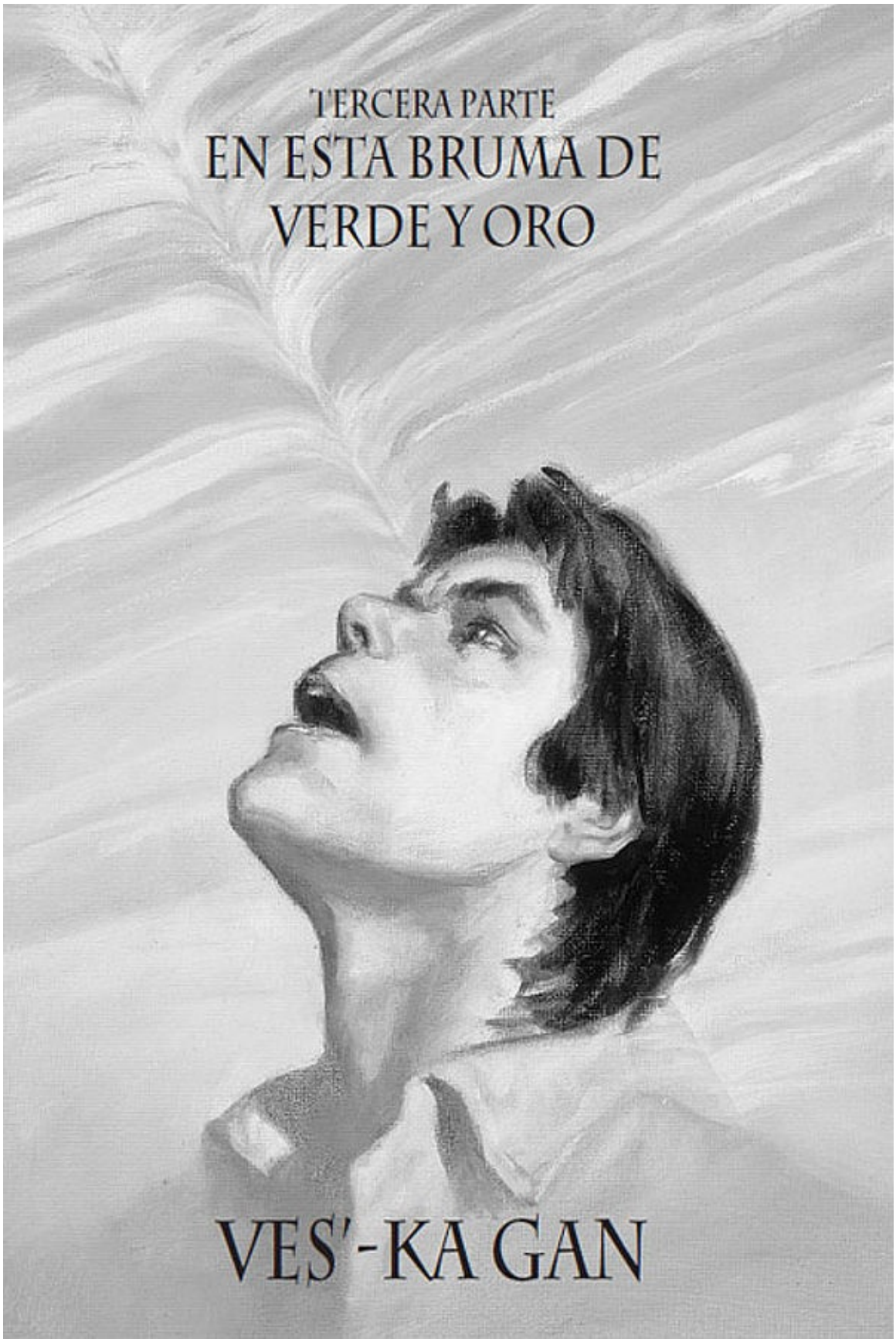
Escuchó a alguien, pensó que era la chica que lo había besado, decir, en voz muy baja: «Buena suerte», pero la voz desapareció. Tronido había desaparecido y el Devar-Toi, y la oscuridad. Estaban en el lado de Estados Unidos, en el aparcamiento del lugar al que el recuerdo de Roland y el poder de Sheemie, amplificado por los otros cuatro Disgregadores, los habían conducido. Era el Almacén de East Stoneham, donde Jack Andolini había tendido una emboscada a Roland y a Eddie. A menos que se hubiera producido algún espantoso error, eso había ocurrido hacía veintidós años. Estaban en el 19 de junio de 1999 y el reloj de la ventana (¡SIEMPRE ES BUEN MOMENTO PARA LA CARNE DE CABEZA DE JABALÍ!, estaba escrito en círculo en torno a la esfera) indicaba que faltaban diecinueve minutos para las cuatro de la tarde.

El tiempo casi se había agotado.



TERCERA PARTE

EN ESTA BRUMA DE VERDE Y ORO



VES'-KA GAN

CAPÍTULO I
LA SEÑORA TASSENBAUM VIAJA AL SUR

UNO

Jake Chambers jamás había pensado en la velocidad casi sobrenatural de su mano. Lo único que sabía cuando salió dando tumbos del Devar-Toi para regresar a Estados Unidos, es que la camisa —abultada como si estuviera embarazado por la curva que describía el peso de Acho— se le salía de los pantalones. El brambo, que nunca tenía mucha suerte a la hora de pasar entre los mundos (la última vez había estado a punto de ser aplastado por un taxi), cayó y quedó libre. No cualquiera habría sido capaz de prever esa caída (y en realidad, Acho no se había hecho mucho daño), pero Jake no era cualquiera. El ka lo tenía en tal alta estima que incluso se las había arreglado para que esquivara la muerte y estuviera junto a Roland. En ese momento, sus manos salieron disparadas con tanta rapidez que por un instante se difuminaron a la vista. Cuando volvieron a ser visibles, una estaba enroscada a la gruesa mata de pelo que tenía Acho en el cogote y la otra al pelo más corto de la grupa, al final de su alargado lomo. Jake dejó a su amigo en el pavimento. Acho levantó la mirada hacia él y le dedicó un breve y único ladrido. Fue como si no expresara solo una idea, sino dos: «Gracias» y «no vuelvas a hacer eso».

—Vamos —dijo Roland—. Tenemos que darnos prisa.

Jake lo siguió hacia la tienda, Acho se colocó en su posición de costumbre, pegado a los talones del chico. Había un cartel colgado de la puerta con una pequeña ventosa. Decía: ESTÁ ABIERTO, ASÍ QUE ENTRA A VISITARNOS, al igual que decía en 1977. Esto era lo que estaba pegado en la vitrina a la izquierda de la puerta:

VENGA UNO, VENGAN TODOS A LA
PRIMERA CENA DE ALUBIAS COCIDAS
EN UN AGUJERO
DE LA IGLESIA CONGREGACIONALISTA
Sábado 19 de junio de 1999
Intersección de la Ruta 7 con Klatt Road

CASA PARROQUIAL (parte trasera)
17.00-19.30

EN LA PRIMERA FIESTA *CONGREGA*
«¡SIEMPRE ES UNA ALEGRÍA VERTE, VECINO!».

Jake pensó: «La cena de alubias empezará dentro de una hora más o menos. Ya estarán poniendo los manteles y preparando los asientos».

Pegado a la derecha de la puerta, había un mensaje aún más asombroso para el público:

Primera Iglesia de los Visitantes en Lovell-Stoneham
¿quieres unirte a nuestras plegarias?

Servicio de los domingos: 10 de la mañana
Servicio de los jueves: 7 de la tarde

TODOS LOS MIÉRCOLES, NOCHE DE LOS JÓVENES,
DE 19.00-21.00
¡Juegos! ¡Música! ¡Escrituras!
Y
¡NOTICIAS SOBRE LOS VISITANTES!
¡Vamos, adolescentes!
«¡¡¡No os lo perdáis!!!».
«Buscamos la puerta hacia el cielo…
¿quieres buscarla con nosotros?».

Jake se dio cuenta de que estaba pensando en Harrigan, el predicador callejero de la esquina de la Segunda Avenida con la calle Cuarenta y seis, y preguntándose por cuál de esas dos iglesias podría haberse sentido interesado. La razón podría haberlo llevado a la Primera Congregacionalista, pero el corazón…

—Deprisa, Jake —insistió Roland, y se oyó una campanilla cuando el

pistolero abrió la puerta. Salieron flotando agradables aromas, que a Jake le recordaron (al igual que le habían recordado a Eddie) la tienda de Took en la calle principal del Calla: café y caramelos de menta, tabaco y salami, aceite de oliva, el salado y penetrante olor de la salmuera, azúcar y especias, y muchas cosas ricas.

Siguió a Roland hasta el interior de la tienda, consciente de que había llevado como mínimo dos cosas consigo. La pistola automática Coyote estaba metida en la cintura de sus vaqueros y la bolsa de Orizas todavía colgaba de su hombro, pendía del lado izquierdo para que la media docena de platos que había en su interior estuvieran al alcance de su mano derecha.

DOS

Wendell McAvoy, «Chip», estaba en el mostrador de las exquisiteces, pesando una cantidad bastante considerable de lonchas de pavo curado con miel para la señora Tassenbaum, y, hasta que la campanilla de la puerta sonó, volviendo a poner la vida de Chip patas arriba («Te has quedado como una tortuga patas arriba», solía decirse en los viejos tiempos para indicar que el coche se te había caído a la cuneta), habían estado hablando sobre la creciente presencia de motos de agua en la laguna Keywadin… o, mejor dicho, la señora Tassenbaum había estado hablando de ello.

Chip opinaba que la señora T. era una visitante veraniega más o menos típica: estaba forrada (o al menos su marido lo estaba, porque tenía una de esas empresas «puntocom»), hablaba como un loro ciego de whisky, y estaba pirada como Howard Hughes con un subidón de morfina. Podía permitirse un yate de motor (y dos docenas de motos de agua para tirar de él, si le apetecía), pero iba a comprar a ese lado del lago en una maltratada y vieja barca de remos, y la amarraba justo en el lugar en que John Cullum acostumbraba a amarrar la suya, hasta «Ese Día» (a medida que los años habían refinado su historia hasta alcanzar incluso una mayor pureza, sacándole brillo como una pieza de madera de teca en extremo pulida, Chip había llegado a transmitir cada vez con más fuerza esa calidad de letra mayúscula en su voz, y hablaba de «Ese Día» con el mismo tono reverencial que el reverendo Conveigh utilizaba para hablar de Nuestro Señor). La[11] Tassenbaum era parlanchina, indiscreta, atractiva (bueno… más o menos… eso suponía Chip… si no te molestaban el maquillaje

y la laca), llena de envidias y republicana. Teniendo en cuenta todo eso, Chip McAvoy sentía que estaba del todo justificado poner a escondidas el pulgar sobre una esquina de la balanza… un truco que había aprendido de su padre, quien le había dicho que era prácticamente un deber timar a los que venían de fuera si podían permitírselo, pero que nunca se tenía que engañar a los de casa, ni aunque fueran tan ricos como ese escritor, King, el de Lovell. ¿Por qué? Porque se propagaría el rumor y lo siguiente que ocurriría es que el único cliente que te quedaría para timar sería el de fuera; intenta vivir de eso en febrero, cuando los montones de nieve a ambos lados de la Ruta 7 miden casi tres metros de alto. Sin embargo, no estaban en febrero, y la señora Tassenbaum —más judía que nadie—, no era de esos lares. No, la señora Tassenbaum y su forradísimo marido «puntocom» volverían a Judea York en cuanto vieran caer la primera hoja coloreada. Que era la razón por la que Chip se sentía perfectamente cómodo al convertir los seis dólares de pavo en siete dólares y ochenta centavos, con la ayuda del pulgar apoyado sobre la balanza. Ni tampoco le molestaba darle la razón cuando ella pasaba de un tópico a otro y empezaba a hablar de lo terrible que era Bill Clinton, aunque, en realidad, Chip había votado en dos ocasiones por *Bubba* y lo habría votado una tercera vez, si la Constitución le hubiera permitido presentarse a una tercera elección. Bubba era listo, era bueno convenciendo a los cabezaturbante para que hicieran lo que él quería, no había olvidado del todo al hombre trabajador y, por Harry nuestro Señor, que había visto más chochetes que una taza de váter.

—Y ahora Gore espera… ¡subirse al carro! —exclamó la señora Tassenbaum, mientras rebuscaba su chequera (el pavo de la balanza ganó mágicamente otros cincuenta y siete gramos, y, entonces, Chip consideró que era prudente parar ahí)—. ¡Dice que él inventó internet! ¡Ja! ¡A mí no me la da con queso! De hecho, ¡conozco al hombre que de verdad inventó internet! —Levantó la vista, Chip ya no tenía el dedo ni siquiera cerca de la balanza (tenía un sexto sentido para esas cosas, ¡vaya si lo tenía!), y le dedicó una sonrisita picarona. Bajó el tono de voz hasta convertirlo en un registro confidencial de tú a tú—. Y más me vale conocerlo, ¡duermo en la misma cama que él desde hace casi veinte años!

Chip soltó una risa sincera, retiró el pavo en lonchas de la balanza, y lo puso en un trozo de papel blanco. Le alegraba haber dejado atrás el tema de las motos de agua, pues había encargado una de Viking Motors («Los mejores motores para los machotes») en Oxford.

—¡Ya entiendo lo que dice! Ese tal Gore ¡tiene mucha labia!

La señora Tassenbaum asentía con la cabeza, entusiasmada, así que Chip decidió darle un poco más de cuerda. Eso no podía hacer daño, ¡por Cristo bendito!

—Por ejemplo, su pelo, ¿cómo se puede confiar en un hombre que se pone tanta gomina en el…?

Ese fue el momento en que la campanilla que estaba sobre la puerta sonó. Chip levantó la vista, y se quedó helado con lo que vio. Había llovido a mares desde «Ese Día», pero Wendell McAvoy, «Chip», reconoció al hombre que había causado todos los problemas en cuanto lo vio entrar por la puerta. Sencillamente, hay algunas caras que nunca se olvidan. Y ¿es que acaso no había sabido siempre, de todo corazón, que el hombre con los terribles ojos azules no había terminado su misión y que volvería?

¿A por él?

Esa idea puso fin a su inmovilidad. Chip dio media vuelta y salió corriendo. No consiguió dar más de tres pasos al otro lado del mostrador cuando se oyó un disparo, que resonó como un trueno en la tienda —el lugar era más grande y elegante que en 1977, gracias a Dios y gracias a la insistencia de su padre que se habían acogido a una lujosa póliza de seguros—, y la señora Tassenbaum soltó un chillido desgarrador. Tres o cuatro personas que estaban recorriendo los pasillos se volvieron con expresión de perplejidad, y una de ellas cayó muerta y golpeó contra el suelo. Chip tuvo tiempo para ver que se trataba de Rhoda Beeper, la hija mayor de una de las dos mujeres que habían sido asesinadas en ese mismo lugar «Ese Día». Entonces le pareció que habían retrocedido en el tiempo y que la que estaba ahí tendida era Ruth, con una lata de maíz en crema que salía rodando de su mano laxa. Oyó que una bala le pasaba zumbando por encima de la cabeza como una abeja furiosa y se detuvo en seco con las manos levantadas.

—¡No dispare, señor! —se oyó a sí mismo gritar con la débil y temblorosa voz de un anciano—. ¡Llévese todo lo que haya en la caja registradora, pero no me dispare!

—Date la vuelta —dijo el hombre que había puesto el mundo de Chip como una tortuga patas arriba «Ese Día», el hombre que casi lo había matado (había estado en el hospital de Bridgton durante dos semanas, ¡por Cristo bendito!) y ahora había reaparecido como un viejo monstruo de su armario infantil—. Los demás, al suelo, pero tú date la vuelta, tendero. Date la vuelta y mírame.

»Mírame muy bien.

TRES

El hombre se tambaleaba de un lado a otro, y durante un instante, Roland creyó que se desmayaría en lugar de volverse. Tal vez, alguna parte de su cerebro relacionada con el instinto de la supervivencia le indicara que el desmayarse le daba más probabilidades de morir asesinado, porque el tendero consiguió mantenerse en pie y, al final, se volvió y encaró al pistolero. Era espeluznante, la ropa que llevaba era similar a la que llevaba la última vez que Roland estuvo allí; podría haber sido la misma pajarita negra y el delantal de carnicero, atado bien alto justo encima de la panza. Todavía llevaba el peinado lacio y brillante pegado al cráneo, pero, ahora, el pelo era del todo blanco y no como sal y pimienta. Roland recordó que la sangre había salido volando de la sien izquierda del tendero cuando recibió un impacto de bala, una bala disparada por el mismísimo Andolini, por lo que le constaba al pistolero. Ahora había un nódulo grisáceo de piel cicatrizada en ese lugar. Roland supuso que el hombre se peinaba de tal forma que dejara a la vista esa marca en lugar de ocultarla. O bien había tenido la suerte del novato ese día o bien lo había salvado el ka. Roland pensó que era más probable que hubiera sido el ka.

A juzgar por la enfermiza mirada de reconocimiento en los ojos del tendero, Chip también pensó en ello.

—¿Tienes un carromóvil, un camionmóvil o un tac-si? —preguntó Roland, apuntando con el cañón de su pistola a la cintura del tendero.

Jake se adelantó para situarse junto a Roland.

—Quiere decir que qué conduces —le aclaró al tendero.

—¡Una ranchera! —consiguió responder el tendero—. ¡Una ranchera International Harvester! ¡Está ahí fuera, en el aparcamiento! —Metió la mano en el delantal tan deprisa que a Roland le faltó muy poco para dispararle. El tendero, gracias a Dios, no se dio cuenta. Todos los clientes de la tienda estaban en el suelo, boca abajo, incluida la mujer situada delante del mostrador. Roland podía oler el fiambre que estaba comprando y le sonaron las tripas. Estaba cansado, hambriento, abrumado por la pena y había demasiadas cosas en las que pensar; «demasiadas» era poco. Su mente no podía seguir el ritmo. Jake habría

dicho que necesitaba «tomarse un tiempo muerto», pero no veía ni un solo tiempo muerto en su futuro inmediato.

El tendero tenía extendido un puñado de llaves. Le temblaban los dedos y las llaves tintineaban. El sol del ocaso, que se reflejaba en la vitrina, llegó hasta ellos y proyectó complejos destellos en los ojos del pistolero. Primero, el hombre con el delantal blanco había colocado una mano fuera de la vista del pistolero sin pedir permiso (y no lentamente); y ahora, el hombre sostenía un puñado de objetos metálicos que producían reflejos como para cegar a su adversario. Era como si estuviera intentando que lo mataran. Pero había ocurrido lo mismo el día de la emboscada, ¿verdad? El tendero (cuyos pies habían sido más rápidos en aquella ocasión, y que no tenía esa chepa en la espalda) los había seguido a Eddie y a él de un lugar a otro, como un gato que no deja de metérsete entre las piernas, sin preocuparse por las balas que volaban a su alrededor (al igual que parecía no preocuparse por la que le había hecho una hendidura en la sien). En un momento determinado, según recordó Roland, había hablado de su hijo, casi como el cliente de una barbería que da conversación mientras espera su turno para ponerse a merced de las tijeras.

—¡Quédese la camioneta, llévesela y váyase! —le decía el tendero—. ¡Es suya! ¡Se la doy! ¡De verdad!

—Si no dejas de deslumbrarme con esas malditas llaves, sai, lo que voy a llevarme será tu respiración —advirtió Roland.

Se oyó otro reloj detrás del mostrador. Ya se había dado cuenta de que ese mundo estaba lleno de relojes, como si las personas que vivían allí creyeran que con esa cantidad de relojes podían apresar el tiempo. Las cuatro menos diez minutos, lo que suponía que ya llevaban nueve minutos en el lado de Estados Unidos. El tiempo iba a toda velocidad, a toda velocidad. En algún lugar de por allí cerca, casi con total seguridad, Stephen King estaba dando su paseo vespertino, y corría un desesperado peligro, aunque él no lo sabía. ¿Habría ocurrido ya? Ellos —al menos Roland— siempre habían creído que la muerte del escritor sería un duro golpe, como otro hazrremoto, aunque tal vez no. Quizá las consecuencias de su muerte serían más graduales.

—¿A cuánto queda de Turtleback Lane? —le soltó Roland al tendero.

El anciano sai se limitó a mirarlo con los ojos abiertos de par en par y nublados por el terror. En toda su vida Roland había sentido más ganas de dispararle a un hombre… o de darle un culatazo, al menos. Parecía tan idiota que era como una cabra con la pata atrapada en una grieta.

A continuación, la mujer que estaba tendida delante del mostrador de la carne habló. Estaba mirando a Roland y a Jake, con las manos a la espalda.

—Eso está en Lovell, señor. Está a unos ocho kilómetros de aquí.

Con una sola mirada a sus ojos, grandes y marrones, temerosos pero no aterrorizados, Roland supo que esa mujer era quien le interesaba, no el tendero. A menos que, claro estaba…

Se volvió hacia Jake.

—¿Sabrás conducir la camioneta del tendero durante ocho kilómetros?

Roland vio que el muchacho quería responder que sí, pero luego se dio cuenta de que no podía permitirse correr el riesgo de que todo se fuera al traste antes de empezar por intentar que ese chico de ciudad hiciera algo que no había hecho en toda su vida.

—No —respondió Jake—. Creo que no. ¿Y tú qué?

Roland había visto a Eddie conducir el coche de John Cullum. No parecía tan difícil… pero tenía que pensar en su cadera. Rosa le había dicho que el chasquido seco se extendía cada vez más deprisa —como un fuego avivado por los vientos recios, había dicho— y en ese momento entendió a qué se estaba refiriendo. De camino a Calla Bryn Sturgis, el dolor de la cadera no había sido más que una punzada ocasional. Ahora era como si hubieran infiltrado plomo candente en la fosa de la articulación y se la hubieran envuelto con alambre de espinos. El dolor se proyectaba por la pierna hasta el tobillo derecho. Había visto a Eddie manipular los pedales, entre el pedal que hacía que el coche adquiriese más velocidad y el que lo frenaba, usando siempre el pie derecho. Lo que significaba que la cabeza del fémur estaba continuamente dando vueltas en el acetábulo.

No creía poder hacerlo. No con un mínimo de seguridad.

—Creo que no —respondió. Agarró las llaves del tendero, luego miró a la mujer tendida delante del mostrador de la carne—. Levántese, señora sai —le ordenó.

La señora Tassenbaum obedeció y, cuando estaba de pie, Roland le entregó las llaves. «No paro de encontrarme con gente útil en este lugar —pensó—. Si esta es tan buena como resultó ser Cullum, puede que todavía pueda irnos bien».

—Va a llevarnos a mi amigo y a mí a Lovell —anunció Roland.

—A Turtleback Lane —dijo ella.

—Decís verdad, digo gracias.

—¿Va a matarme cuando lleguemos adonde quiere ir?

—No, a menos que usted se entretenga —advirtió Roland.

Ella lo pensó y asintió con la cabeza.

—Entonces no me entretendré. Vamos.

—Buena suerte, señora Tassenbaum —le dijo el tendero con un hilo de voz mientras ella se dirigía hacia la puerta.

—Si no vuelvo —dijo—, recuerde una cosa: fue mi marido quien inventó internet; su amigo y él, en parte en CalTech y en parte en sus propios garajes. No fue Albert Gore.

A Roland volvieron a sonarle las tripas. Se acercó al mostrador (el tendero se alejó a rastras de él, pues sospechó que tenía la plaga roja), cogió el puñado de pavo de la mujer y se metió tres lonchas en la boca. El resto se lo pasó a Jake, quien se comió tres lonchas y bajó la vista hacia Acho, que estaba con la cabeza levantada, mirando la carne con gran interés.

—Te daré tu parte cuando estemos en la camioneta —prometió Jake.

—Neta —repitió Acho; entonces, con mucho más énfasis—: ¡Parte!

—¡Por Jesús, que murió en la cruz! —exclamó el tendero.

CUATRO

El acento norteño de Chip podía ser gracioso, pero su camioneta no lo era. Para empezar, era un modelo con cambio de marchas manual. Irene Tassenbaum de Manhattan no había conducido con cambio de marchas desde que era Irene Cantora de Staten Island. Además, tenía palanca de cambios y jamás había conducido con algo así.

Jake iba sentado junto a ella con los pies colocados alrededor de la mencionada palanca, y Acho (que todavía masticaba el pavo) estaba acostado en su regazo. Roland se balanceaba en el asiento del copiloto, intentando no gruñir por el dolor de la pierna. Irene olvidó pisar el embrague al darle al gas. La ranchera dio un tirón hacia delante y luego se caló. Por suerte, llevaba rodando por las carreteras del oeste de Maine desde mediados de la década de 1960, y el tirón fue como el brinco amortiguado de una yegua madura, más que el vívido corcoveo de un potro; de no haber sido así, Chip McAvoy habría perdido al menos otro vidrio de la vitrina. Acho se revolvió sobre el regazo de Jake en busca de equilibrio y salpicó un montón de pavo al soltar una palabra que había aprendido de Eddie.

Irene miró al brambo con los ojos abiertos como platos, atónita.

—¿Esa criatura acaba de decir «¡joder!», joven?

—Da igual lo que diga —respondió Jake. Tenía la voz temblorosa. Las manecillas del reloj de Cabeza de Jabalí que iba en el escaparate marcaban las cuatro menos cinco. Al igual que Roland, el muchacho jamás había tenido un concepto del tiempo como algo tan poco controlable—. Use el embrague y sáquenos de aquí.

Por suerte, las marchas estaban dibujadas en el pomo de la palanca y todavía se podían leer. La señora Tassenbaum pisó el embrague con su zapatilla deportiva, cambió de marchas como una posesa y al final encontró la marcha atrás. La camioneta dio marcha atrás por la Ruta 7 con una serie de trompicones, luego se quedó parada a medio camino, atravesada sobre la raya pintada de blanco. Giró la llave del contacto, y se dio cuenta de que había vuelto a olvidar pisar el embrague, aunque demasiado tarde para evitar otra serie de saltos espasmódicos. Roland y Jake se agarraban al polvoriento salpicadero metálico, donde había una pegatina de colores desvaídos que anunciaba: AMÉRICA, ¡ÁMALA O DÉJALA!, en rojo, blanco y azul. En realidad, esa serie de saltos fue algo bueno, puesto que, en ese momento, un camión cargado con troncos —a Roland le resultó imposible no pensar en el camión con el que había chocado la última vez que habían estado allí— coronó la ascensión a la tienda del norte. Si la camioneta no hubiera estado dando saltos en el aparcamiento del Almacén (y chocando con el guardabarros de un coche aparcado cuando se detuvo), seguramente habrían recibido un golpe tremendo. Y seguramente habrían muerto. El camionero dio un volantazo, tocando el claxon, al tiempo que las ruedas traseras levantaban una nube de polvo.

La criatura en el regazo de Jake —a la señora Tassenbaum le parecía una extraña mezcla entre perro y mapache— volvió a ladrar.

«¡Joder!». La señora Tassenbaum estaba casi segura de haberlo oído.

El tendero y los clientes estaban alineados al otro lado del escaparate y, de pronto, ella supo cómo debía de sentirse un pez en un acuario.

—Señora, ¿sabe conducir este trasto o no? —gritó el muchacho. Llevaba una especie de bolsa colgada al hombro. A la señora Tassenbaum le recordó a la bolsa del chico de los periódicos, solo que era de piel en lugar de lino y, al parecer, en su interior llevaba platos.

—Sé conducirlo, jovencito, no se preocupe. —Estaba aterrorizada, y, aun así, al mismo tiempo… ¿estaba disfrutando de aquello? Estuvo a punto de pensar que sí. Durante los últimos dieciocho años había sido poco más que el gran adorno de David Tassenbaum, un personaje secundario en su vida de creciente importancia, la señora que decía: «Pruebe uno de estos» mientras pasaba la bandeja de entremeses en las fiestas. Ahora, de repente, era la protagonista de algo, y le daba la sensación de que, de hecho, era algo muy importante.

—Respire hondo —dijo el hombre con el rostro tremendamente quemado por el sol. Sus brillantes ojos azules se clavaron en los de ella, y cuando lo hicieron, le resultó difícil pensar en otra cosa. Además, la sensación era agradable. «Si esto es hipnosis —pensó—, tendrían que enseñarlo en la escuela». —Aguante la respiración y luego déjela salir. Y luego póngase a conducir, ¡por la gloria de su padre!

Respiró hondo como le habían sugerido y de pronto el día le pareció más luminoso, casi brillante. Y escuchó el canto lejano de unas voces. Unas voces deliciosas. ¿Estaba encendida la radio de la camioneta y sintonizada en algún canal de ópera? No había tiempo para comprobarlo. Sin embargo, era agradable, fuera lo que fuese. Tan relajante como una inspiración profunda.

La señora Tassenbaum volvió a pisar el embrague y encendió otra vez el motor. Esta vez encontró la marcha atrás al primer intento y retrocedió casi con suavidad hasta la carretera. En su primer intento de meter una marcha para avanzar hacia delante, metió segunda en lugar de primera y la camioneta estuvo a punto de calarse cuando soltó el embrague, pero entonces fue como si el motor se compadeciera de ella. Con un resuello de pistones sueltos y un enloquecido traqueteo procedente de debajo del capó, empezaron a rodar hacia el norte en dirección a Stoneham-Lovell.

—¿Sabe dónde está Turtleback Lane? —le preguntó Roland. Delante de ellos, cerca de una señal que indicaba: CÁMPING DEL MILLÓN DE DÓLARES, salió tambaleándose a la carretera un viejo monovolumen de color azul.

—Sí —respondió ella.

—¿Está segura? —Lo que menos quería el pistolero era perder un tiempo valioso en tratar de encontrar el camino trasero de entrada a la casa de King.

—Sí. Tenemos unos amigos que viven allí. Los Beckhardt.

Durante un instante, Roland intentó hacer memoria, pues sabía que había escuchado ese nombre pero no recordaba dónde. Entonces lo recordó. Beckhardt

era el apellido del hombre que tenía la cabaña donde Eddie y él habían mantenido su última garla con John Cullum. Sintió una nueva punzada de tristeza en el corazón al pensar en Eddie tal como había estado esa tarde de tormenta, todavía tan fuerte y vital…

—Está bien —dijo—. La creo.

Ella lo miró, pasando la vista por encima del muchacho sentado entre ambos.

—Tiene muchísima prisa, señor… como el conejo blanco de *Alicia en el país de las maravillas*. ¿A qué acontecimiento tan importante llegan tarde?

Roland sacudió la cabeza.

—Eso da igual. Usted conduzca. —Miró el reloj del tablero, pero no funcionaba, se había detenido hacía mucho tiempo con las manecillas señalando, por supuesto, las 9.19—. Puede que todavía no sea demasiado tarde —comentó, mientras, delante de ellos, el monovolumen azul, al que no hicieron ningún caso, se alejaba. Cruzó la raya continua de la Ruta 7 y giró por el camino de la izquierda. La señora Tassenbaum estuvo a punto de soltar una agudeza (algo sobre las personas que empiezan a beber antes de los cinco años), pero justo en ese momento, el monovolumen azul retrocedió y se dirigió hacia el norte, ascendió por la colina siguiente y desapareció en dirección a la ciudad de Lovell.

La señora Tassenbaum lo olvidó. Tenía cosas más interesantes en que pensar. Por ejemplo…

—No tiene que responder a lo que voy a preguntarle si no quiere —dijo—, pero admito que tengo curiosidad: ¿sois visitantes?

CINCO

Bryan Smith ha pasado las dos últimas noches —junto con sus rottwilers, unos cachorros de la misma camada a los que había llamado Bullet y Pistol— en el Cámping del Millón de Dólares, justo pasada la frontera de Lovell-Stoneham. Se está bien allí, junto al río (los lugareños llaman a la destartalada estructura de madera que se extiende sobre el agua, el Puente del Millón de Dólares, que Bryan entiende como una broma, y bastante divertida, ¡Dios santo!). Además, hay tíos —hippies de los bosques de Sweden, Harrison y Waterford, sobre todo— que a veces se presentan por allí con drogas para la venta. A Bryan le gusta colocarse, le gusta ponerse, si a bien tiene, y está puesto en esta tarde de sábado… no mucho, que es como le gusta, pero suficiente para tener un ataque

grave de hambruna postcolocón. En el Almacén General de Lovell tienen esas barras de chocolate Mars. No hay nada mejor para la hambruna postcolocón que esas barritas.

Sale del cámping y entra en la Ruta 7 sin mirar ni a un lado ni a otro, y dice: «¡Mecachis, se me ha vuelto a olvidar!». Pero no hay tráfico. Más adelante —sobre todo después del Cuatro de Julio y hasta el Día del Trabajador— habrá un tráfico bastante denso contra el que luchar, incluso allí, en el culo del mundo, y seguramente se quedará más cerca de casa. Sabe que no es muy buen conductor, una multa más por exceso de velocidad o alguna castaña y seguramente le retirarán el carnet durante seis meses. Otra vez.

Sin embargo, esta vez no hay ningún problema; no viene nada más que una vieja camioneta, y esa pequeña está a casi un kilómetro de distancia.

—¡Muerde mi polvo, vaquero! —grita, y suelta una risita nerviosa. No sabe por qué ha dicho «vaquero» cuando la palabra en la que había pensado era «hijoputa», como en «muerde el polvo, hijoputa», pero suena bien. Suena apropiado. Ve que se ha metido en el otro carril y corrige el rumbo—. ¡Otra vez en marcha! —grita, y suelta otra risita aguda. «Otra vez en marcha», esta es buena, y él siempre la usa cuando está encima de una chica. Otra buena es cuando mueves el volante de un lado a otro, haciendo que el coche se menee, y dices: «¡Jodó, al igual se me ha pasado la mano con el jarabe para la tos!». Se sabe un montón de frases ocurrentes de ese tipo, incluso una vez pensó en escribir un libro titulado Chistes de carretera para zumbados*, ¿no habría sido eso la bomba, Bryan Smith, autor de un libro como ese tal King de Lovell?*

Enciende la radio (la furgoneta da un bandazo hacia el arcén izquierdo, levanta una nube de polvo, pero no acaba en la cuneta) y sale Steely Dan, cantando: «Hey Nineteen»[12]*. ¡Qué buena! Sí señor, ¡buena, buenísima! Conduce un poco más rápido como reacción ante la música. Mira por el retrovisor y ve a sus perros, Bullet y Pistol, que miran por encima del asiento trasero, con los ojos brillantes. Durante un instante, Bryan piensa que están mirándolo a él, tal vez estén pensando en lo buen tipo que es, luego se pregunta cómo puede llegar a ser tan estúpido. Hay una nevera de espuma de poliestireno detrás del asiento del conductor, y unos 500 gramos de carne de hamburguesa fresca dentro. Tiene intención de cocinarla más adelante en una barbacoa que hay en Millón de Dólares. Sí, y un par más de barritas Mars de postre, ¡por las barbas de Cristo! ¡Las barritas Mars están ricas, ricas de verdad!*

—Chicos, vosotros nada de meter las narices en esa nevera —advierte Bryan a los perros que puede ver en el espejo retrovisor. Esta vez, el monovolumen acelera en lugar de dar un bandazo, y cruza la raya continua y se pasa al otro carril mientras sube una pendiente sin visibilidad a una velocidad de ochenta kilómetros por hora. Por suerte, o por desgracia, según el punto de vista de cada uno, no viene nada en sentido contrario; nada detiene el avance de Bryan Smith hacia el norte.

—Vosotros nada de meter las narices en esa nevera, es mi cena. —Pronuncia igual que John Cullum, pero la cara echada hacia atrás para mirar a los perros es la cara de Sheemie Ruiz. Es prácticamente idéntico.

Sheemie podría ser un cachorro de la misma camada que Bryan Smith.

SEIS

Irene Tassenbaum conducía la camioneta con más seguridad en ese momento, sin importar el cambio de marchas manual. Casi deseaba no tener que girar a la derecha dentro de medio kilómetro a partir de ahí, porque eso supondría tener que volver a usar el embrague, esta vez para reducir la marcha. Pero lo que tenían justo delante ya era Turtleback Lane y Turtleback era donde esos muchachos querían ir.

¡Visitantes! Eso habían dicho, y ella lo creía, pero ¿quién más lo iba a creer? Puede que Chip McAvoy y, seguramente, el reverendo Peterson de la loca Iglesia de los Visitantes que estaba en Stoneham Corners, pero ¿lo creería alguien más? ¿Su marido, por ejemplo? No. Jamás. Si algo no se podía meter en un microchip, David Tassenbaum no creía que fuera real. Ella se preguntaba —no por primera vez, de un tiempo a esta parte— si los cuarenta y siete era demasiado tarde para pensar en el divorcio.

Cambió a segunda sin rascar demasiado las marchas, pero entonces, cuando salió de la autopista, tuvo que reducir a primera porque la vieja y estúpida camioneta empezó a gruñir y a quejarse. Ella creyó que alguno de los pasajeros haría algún tipo de comentario ocurrente (quizá el perro mutante del muchacho volvería a decir «joder»), pero lo único que dijo el hombre que ocupaba el asiento del acompañante fue:

—No parece el mismo sitio.

—¿Cuándo estuvo aquí por última vez? —le preguntó Irene Tassenbaum. Pensó en volver a meter segunda, pero decidió dejar las cosas como estaban. «No te pongas el parche antes que la herida», le gustaba decir a David.

—Ya ha pasado un tiempo —admitió el hombre. Ella tuvo que seguir rehuyendo su mirada. Había algo extraño y exótico en él, sobre todo en sus ojos. Era como si vieran cosas que ella ni siquiera había soñado.

«Basta ya —se dijo a sí misma—. Seguramente es un vaquero de tres al cuarto que viene de Portsmouth, New Hampshire».

Sin embargo, lo dudaba. El muchacho también era raro —él y su exótico cruce de perro—, aunque no era nada comparado con el hombre del rostro demacrado y los extraños ojos azules.

—Eddie dijo que había una curva —comentó el chico—. A lo mejor, la otra vez llegasteis por el otro lado.

El hombre lo pensó y asintió con la cabeza.

—¿El otro lado sería el lado de Bridgton? —le preguntó a la mujer.

—Sí, señor.

El hombre de los extraños ojos azules asintió en silencio.

—Vamos a la casa del escritor.

—Cara Laughs —dijo ella enseguida—. Es una casa preciosa. La he visto desde el lago, pero no sé qué número…

—Es el diecinueve —dijo el hombre. En ese momento estaban pasando por delante del camino con el número 27. Desde ese lado de Turtleback Lane, los números bajaban, no subían.

—¿Qué quieren de él, si es que puedo preguntar?

Fue el muchacho quien respondió.

—Queremos salvarle la vida.

SIETE

Roland reconoció el camino de entrada a la casa, con una ligera pendiente, de inmediato, aunque la última vez que lo vio estuviera bajo un cielo negro y tormentoso y concentrado casi por completo en los luminosos taheen voladores. Sin embargo, ese día no había rastro de ningún taheen ni fauna exótica por el estilo. Desde esa primera visita, habían revestido de cobre algunas partes del techo de la casa al final del camino, en lugar de tejas, y la zona boscosa se había

convertido en un jardín. Pero el camino estaba igual, con una indicación que rezaba: CARA LAUGHS en el lado izquierdo y una placa que llevaba el número **19** con unos números enormes a la derecha. Más allá estaba el lago, con destellos azules bajo la intensa luz vespertina.

Del lago llegó el ruido estridente de un motorcillo a toda castaña. Roland miró a Jake y se quedó consternado por su rostro pálido y su mirada atónita y aterrorizada.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—No está aquí, Roland. Ni él, ni ningún miembro de su familia. Solo el hombre que corta el césped.

—Tonterías, no puedes… —empezó a decir la señora Tassenbaum.

—¡Ya lo sé! —le gritó Jake—. ¡Ya lo sé, señora!

Roland estaba mirando a Jake con una especie de fascinación sincera y horrorizada… pero, en el estado que se encontraba en ese momento, el muchacho o bien no entendió la mirada o la pasó del todo por alto.

«¿Por qué mientes, Jake? —pensó el pistolero. Y luego, a renglón seguido de eso, pensó—: No está mintiendo».

—¿Y si ya ha ocurrido? —exigió saber Jake. Sí, le preocupaba King, pero Roland no creía que eso fuera lo único que le preocupaba—. ¿Y si está muerto y su familia no está aquí porque la policía los ha llamado, y…?

—No ha ocurrido —afirmó Roland, pero eso era lo único de lo que estaba seguro. «¿Qué sabes tú, Jake, y por qué no me lo cuentas?».

No había tiempo para hacerse esas preguntas.

OCHO

El hombre de los ojos azules parecía tranquilo mientras hablaba con el chico, pero a Irene Tassenbaum no le dio la impresión de que estuviera tranquilo; en absoluto. Y esas voces cantarinas que había escuchado por primera vez en el exterior del Almacén de East Stoneham habían cambiado. Su canción seguía siendo suave, pero ¿no tenía ahora, además, una nota de desesperación? Ella creía que sí. Un tono agudo y de súplica que le palpitaba en las sienes.

—¿Cómo puedes saberlo? —gritó el chico llamado Jake al hombre, su padre, suponía ella—. ¡¿Cómo puedes estar tan seguro, joder?!

En lugar de responder a la pregunta del chico, el que se llamaba Roland la miró a ella. La señora Tassenbaum sintió que la piel de los brazos y la espalda se le ponía de gallina.

—Baje con el coche, señora sai, si a bien tiene.

Ella miró con recelo la empinada pendiente del camino hacia Cara Laughs.

—Si lo hago, puede que no logre volver a subir con este cacharro cochambroso.

—Tendrá que hacerlo —le advirtió Roland.

NUEVE

El hombre que estaba cortando el césped era el criado de King, eso supuso Roland, o como quisiera que se llamase en ese mundo. Se le veía el pelo cano bajo su sombrero de paja, pero era un hombre de espalda erguida y robusto, no le pesaban los años. Cuando la camioneta bajaba por el camino en pendiente de la casa, el hombre hizo una pausa y apoyó una mano en el mango de la cortadora de césped. Cuando la puerta del acompañante se abrió y salió el pistolero, utilizó el interruptor para apagar la máquina. También se quitó el sombrero, sin ser totalmente consciente de qué estaba haciendo, según pensó Roland. Entonces repasó con la mirada la pistola que colgaba de la cadera de Roland y abrió tanto los ojos que le desaparecieron las patas de gallo.

—A las buenas, señor —dijo con cautela.

«Cree que soy un visitante —pensó Roland—. Al igual que la mujer».

Y, en cierto sentido, Jake y él sí eran visitantes; solo que se habían movido a un tiempo y a un lugar donde ese tipo de cosas eran frecuentes.

Y donde el tiempo iba a toda prisa.

Roland habló antes de que el hombre pudiera continuar:

—¿Dónde están? ¿Dónde está él? ¿Stephen King? Habla, hombre, ¡y dime la verdad!

El sombrero cayó de los dedos relajados del anciano y fue a parar junto a sus pies, sobre el césped recién cortado. Miró a Roland, fascinado, con sus ojos color avellana: el pájaro contempla a la serpiente.

—La familia tá al otro lado del lago, allí tienen un sitio, al otro lado —dijo —. Se llama Schinler. Están dando una fiesta, o así. Steve dijo que iría p’allá en

coche después de su paseo. —Y señaló un pequeño coche negro aparcado en la extensión del camino, solo se veía el morro asomando por la esquina de la casa.

—¿Dónde se ha ido a pasear? ¿Os consta? ¡Decídselo a esta mujer!

El anciano miró rápidamente por detrás de Roland y luego volvió a mirar al pistolero.

—Sería más mejor que conduzca yo.

Roland lo pensó, pero solo por un instante. Sí, en un principio, sería más fácil. Aunque quizá más difícil al final, cuando King o bien sería rescatado o estaría perdido. Porque habían encontrado a la mujer en la senda del ka. Pese al pequeño papel que ella tuviera que interpretar, era a ella a quien habían encontrado primero en el Camino del Haz. Al final todo se reducía a eso. En cuanto a la envergadura del papel, era mejor no juzgar las cosas de antemano. ¿Acaso no habían creído Eddie y él que John Cullum, a quien encontraron en esa misma tienda de carretera a unas tres ruedas al norte de allí, tendría un papel de poca importancia en la historia? Y al final había resultado ser de todo menos un personaje de poca importancia.

Se le pasó todo eso por la mente en menos de un segundo, la información («corazonada», la habría llamado Eddie) se presentó en una especie de brillante taquigrafía mental.

—No —respondió, y señaló con el pulgar hacia atrás levantándolo por encima del hombro—. Dígaselo ahora.

DIEZ

El muchacho, Jake, se había recostado sobre el asiento con las manos, relajadas, a los lados. El curioso perro miraba con ansiedad el rostro del chico, pero el chico no lo veía. Tenía los ojos cerrados, e Irene Tassenbaum, en un principio, creyó que se había desmayado.

—¿Hijo…? ¿Jake?

—Lo tengo —dijo el chico sin abrir los ojos—. No a Stephen King, puedo tocarlo, sino al otro. Tengo que hacer que reduzca la marcha. ¿Cómo puedo conseguirlo?

La señora Tassenbaum había escuchado muchas veces trabajar a su marido, quien sostenía diálogos largos y entre murmullos consigo mismo, por ello reconocía una pregunta dirigida a uno mismo cuando la escuchaba. Además, no

tenía ni idea de quién estaba hablando el chico, solo sabía que no se trataba de Stephen King. Lo que dejaba unos seis mil millones de posibilidades, globalmente hablando.

Sin embargo, la señora Tassenbaum respondió a la pregunta, porque sabía lo que a ella siempre la hacía reducir la marcha.

—Es una lástima que no tenga que ir al baño —dijo.

ONCE

No han salido las fresas en Maine, no a principios de estación, pero hay frambuesas. Justine Anderson (de Maybrook, Nueva York) y Elvira Toothaker (su amiga de Lovell) están paseando por la Ruta 7 (a la que Elvira todavía llama «la antigua carretera de Fryeburg») con sus cubos de plástico, recogen los frutos de los arbustos que hay a lo largo de casi un kilómetro del viejo muro de piedra. Garret McKeen construyó ese muro hace cien años, y es el bisnieto de Garret con el que Roland Deschain de Gilead está hablando en este preciso instante. El ka es una rueda, os consta.

Las dos mujeres han disfrutado de un paseo de una hora, no porque ninguna de las dos sienta una gran pasión por las frambuesas (Justine reconoce que no se comerá las que ha cogido; las semillas se le meten entre los dientes), sino porque eso les ha dado una oportunidad para ponerse al día de sus respectivas familias y de reírse un poco al hablar de los años en que su amistad era reciente y, seguramente, lo más importante en la vida de cada una de las chicas. Se conocieron en el Vassar College (y parece como si hubiera sido hace mil años) y lucieron el mismo día la tradicional guirnalda de margaritas en el momento de su graduación. De eso están hablando cuando el monovolumen de color azul —es un Dodge Caravan de 1985, Justine reconoce la marca y el modelo porque su hijo mayor se compró uno igualito cuando su tropa empezó a crecer— aparece por la curva que hay junto al Restaurante y Asador alemán de Melder. Ocupa toda la carretera, da bandazos de un lado a otro, primero levanta tierra del arcén que está orientado al sur, luego se sumerge vertiginosamente en el asfalto y acaba levantando polvo del arcén que queda al norte. La segunda vez que lo hace —esta vez, dirigiéndose hacia ellas y acercándose a una velocidad bastante considerable, ¡puñetas!—, Justine piensa que puede dar una vuelta de campana y acabar en la cuneta («quedar como una tortuga patas arriba»,

solían decir en la década de 1940, cuando Elvira y ella iban a Vassar), pero el conductor vuelve de golpe a la carretera antes de que eso pueda ocurrir.

—¡Cuidado, ese tipo está borracho o algo así! —exclama Justine, alarmada. Tira de Elvira hacia atrás, pero se dan cuenta de que tienen el paso bloqueado por el viejo muro de piedra cubierto de frambuesos. Los espinos se clavan en sus pantalones deportivos («gracias al cielo que ninguna de las dos llevaba pantalones cortos», pensará más adelante Justine… cuando tiene tiempo para pensar) y salen volando hilachas de la tela.

Justine está pensando que podría poner la mano sobre el hombro de su amiga y hacer que las dos se tiraran por encima del muro grueso y alto —con un flic-flac hacia atrás, como en la clase de gimnasia de su juventud—, pero antes de poder decidirse a hacerlo, el monovolumen azul llega hasta donde están y, en el momento en que pasa, está más o menos en la carretera y no supone un peligro para ellas.

Justine ve alejarse al vehículo con una estridencia sorda de música rock, mientras el corazón se le desboca en el pecho y la boca le sabe a algo que su cuerpo ha desechado —adrenalina, seguramente—, un sabor metálico y rotundo. Y a medio camino de la colina, el pequeño monovolumen azul vuelve a dar bandazos, pasando de un lado a otro sobre la raya continua. El conductor corrige el rumbo… no, lo corrige demasiado. Una vez más, el monovolumen azul está en el arcén de la derecha, va levantando tierra amarillenta a lo largo de unos cuarenta y cinco metros.

—¡Dios!, espero que Stephen King vea a ese capullo —dice Elvira. Han dejado atrás al escritor hace un kilómetro, más o menos, y lo han saludado. Seguramente, todo el mundo en la ciudad lo ha visto dando su paseo vespertino en alguna ocasión.

Como si el conductor del monovolumen azul hubiera escuchado a Elvira Toothbaker llamarlo capullo, las luces de freno se encienden. El vehículo se sale de la carretera por completo y se detiene. Cuando se abre la puerta, las señoras escuchan el estruendo de rock and roll aún más alto. También escuchan al conductor, un hombre, gritar a alguien (Elvira y Justine se compadecen de la persona que está atrapada en ese vehículo, con ese tío, en una tarde de junio tan hermosa).

—¡No toquéis eso! —grita—. Eso no es vuestro, ¿vale? —Y luego el conductor vuelve a entrar a la furgoneta, saca un bastón y lo utiliza para subirse al muro y llegar a los matorrales. La furgoneta sigue en marcha en el arcén de

tierra, la puerta del conductor está abierta, y salen gases del tubo de escape por un extremo del vehículo y música rock por el otro.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Justine, un poco nerviosa.

—Yo creo que está cambiándole el agua al canario —responde su amiga—. Y si el señor King está de suerte, estará haciendo mayores. Eso le daría tiempo de dejar la Ruta 7 y llegar a Turtleback Lane.

De pronto, a Justine se le quitan las ganas de coger bayas. Quiere volver a casa y tomarse una taza de té bien cargado.

—Supongo que no tenía que hacer mayores —dice Elvira, y cuando el conductor vuelve a subir a la furgoneta azul, las dos mujeres camino de la vejez se miran y rompen a reír con una risita nerviosa.

DOCE

Roland estaba observando al anciano dar las indicaciones a la mujer —algo sobre coger la carretera de Warrington para acortar— y Jake abrió los ojos. A Roland le parecía que el chico estaba preocupado sobremanera.

—He conseguido que pare y eche una meada —dijo Jake—. Ahora está arreglando algo que tiene detrás del asiento, no sé qué es, pero eso no lo mantendrá ocupado mucho tiempo. Roland, esto no marcha bien. Vamos muy tarde. Tenemos que irnos.

Roland miró a la mujer, con la esperanza de que su decisión de no sustituirla al volante por el anciano hubiera sido acertada.

—¿Sabe adónde tiene que ir? ¿Lo entiende?

—Sí —dijo—. En dirección a Warrington por la Ruta 7. A veces vamos a comer a Warrington. Conozco esa carretera.

—No le doy mi palabra de que va acortar yendo por ahí —dijo el jardinero —, pero es bastante seguro que sí. —Se agachó para recoger su sombrero y empezó a sacudirlo para sacar las briznas de césped recién cortado. Lo hizo con unos golpes prolongados y lentos, como si soñara despierto—. Sí, señor, a mí me parece bastante seguro que sí. —Y, a continuación, todavía como si estuviera absorto en sus ensoñaciones, se metió el sombrero bajo el brazo, se llevó un puño a la frente e inclinó una pierna ante el forastero con el gran revólver en la cadera. ¿Por qué no iba a hacerlo?

El forastero estaba rodeado por un halo de luz blanca.

TRECE

Cuando Roland volvió a la cabina de la camioneta del tendero —una tarea que se había dificultado por el creciente dolor de la cadera derecha—, puso la mano sobre la pierna de Jake y, con ese simple gesto, supo qué se había estado callando Jake y por qué. Tenía miedo de que el hecho de saberlo hubiera provocado que Roland desviase su atención. El muchacho no había sentido ka-shume ni tampoco lo había sentido el pistolero. ¿Cómo podía haber ka-shume entre ellos cuando el tet ya se había roto? Su poder especial, algo más grande que todos ellos, que tal vez manaba del mismísimo Haz, había desaparecido. Ahora no eran más que tres amigos (cuatro, contando al brambo) unidos con un único propósito. Y ellos podían salvar a King. Jake lo sabía. Podían salvar al escritor y acercarse un paso más a la salvación de la Torre. Pero uno de ellos iba a morir al hacerlo.

Y Jake también lo sabía.

CATORCE

En ese momento, Roland recordó un viejo dicho, un dicho que le enseñó su padre: «Si es la voluntad del ka, que así sea». Sí, vale, que así sea.

Durante los largos años que había pasado tras la pista del hombre de negro, el pistolero habría podido jurar que nada en el universo lo había hecho renunciar a la Torre; ¿acaso no había matado a su propia madre en su búsqueda, al principio de su terrible trayectoria? Sin embargo, en esos años no había tenido ni amigos, ni hijos ni (no le gustaba admitirlo, pero era cierto) corazón. Se había dejado encandilar por ese frío idilio que quienes no aman confunden con el amor. Ahora tenía un hijo, había tenido una segunda oportunidad y había cambiado. El saber que uno de los dos tenía que morir para salvar al escritor —que su hermandad tenía que volver a menguar, y pronto— no iba a hacer que se echase atrás. No obstante, se aseguraría de que Roland de Gilead, no Jake de Nueva York, fuera quien se sacrificase esta vez.

¿Sabía el chico que había descubierto su secreto? No había tiempo para preguntarse eso ahora.

Roland cerró de golpe la puerta del camionmóvil y miró a la mujer.

—¿Te llamas Irene? —le preguntó.

Ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Conduce, Irene. Conduce como si Nuestro Señor Pata de Cangrejo te persiguiera con intención de violarte, te lo ruego. Hacia la carretera de Warrington si no lo vemos allí, en la Ruta 7. ¿Lo harás?

—¡Puedes apostar tu vida a que sí, joder! —afirmó la señora Tassembaum, y metió la primera con verdadera decisión.

El motor rugió, pero la ranchera empezó a ir marcha atrás, como si le asustara tanto la misión que le esperaba que prefiriese terminar en el lago. Entonces, la señora Tassenbaum pisó el embrague y la vieja International Harverster dio un salto hacia delante. Se encaró a la escarpada cuesta del camino y dejó una estela de humo azul y neumático quemado a su paso.

El bisnieto de Garrett McKeen observó cómo se iban, boquiabierto. No tenía ni idea de qué acababa de ocurrir, pero estaba seguro de que de buena parte de ello dependería lo que ocurriese a continuación.

Puede que todo dependiera de ello.

QUINCE

Tener tantas ganas de mear es raro, porque mear es lo último que Bryan Smith ha hecho antes de salir del Cámping del Millón de Dólares. Y en cuanto salta el puto muro de piedra, no le salen más que unas gotillas, aunque ha sentido, en su momento, que le reventaba la vejiga. Bryan espera no tener problemas de próstata; problemas de la puta próstata es lo último que necesita. Ya tiene bastantes problemas de otro tipo, ¡por las barbas de Cristo!

Bueno, va, ahora que se ha parado podría intentar colocar bien la nevera de poliestireno del asiento trasero; los perros siguen mirándola con la lengua fuera. Intenta encajarla debajo del asiento, pero no cabe, no hay bastante espacio desocupado. Lo que sí hace, en cambio, es señalar con un dedo sucio a sus pequeños rottweilers y decirles una vez más que no metan las narices en la nevera ni en la carne que hay dentro, que es suya, que será su manduca para la cena. Esta vez piensa incluso en añadir la promesa de que más tarde mezclará parte de la carne de la hamburguesa con su comida Purina, si son buenos. Ese es un pensamiento más que profundo para Bryan Smith, pero la simple solución de levantar la nevera y colocarla en el asiento del acompañante desocupado ni se le pasa por la cabeza.

—¡No la toquéis! —vuelve a decirles, y vuelve a ponerse de un salto al volante. Da un portazo, echa un rápido vistazo por el retrovisor, ve a dos viejas que están detrás (no las había visto antes porque no estaba precisamente mirando a la carretera cuando pasó junto a ellas), les dedica un saludo que ellas no ven a través de la asquerosa ventanilla trasera del Caravan y luego da la vuelta, para entrar en la Ruta 7. Ahora en la radio ponen «Gansta Dream 19»[13]*, de Owt-Ray-Juss, y Bryan sube el volumen (una vez más, dando volantazos sobre la raya continua y yendo hacia el arcén orientado hacia el norte cuando lo hace; es ese tipo de persona que es incapaz de ajustar la radio sin mirarla). ¡El rap mola! ¡Y el* metal *también mola! Lo único que le hace falta ahora para que su día sea perfecto es una canción de Ozzy… «Crazy Train»*[14] *estaría bien.*

Y una de esas barritas de Mars.

DIECISÉIS

La señora Tassenbaum salió desbocada del camino de Cara Laughs y se incorporó a la carretera de Turtleback Lane en segunda, con el motor de la cascada camioneta a más revoluciones de lo debido (de haber existido un indicador de revoluciones en el salpicadero, sin duda alguna, la aguja estaría en la zona de color rojo), las dos o tres herramientas que estaban en la parte trasera iban bailando claqué, enloquecidas sobre la capa de polvo.

Roland dominaba solo un poco el toque, casi nada, comparado con Jake, pero había conocido a Stephen King, y lo había sometido al falso sueño de la hipnosis. Ese era un vínculo intenso para compartir información y, por tanto, no le sorprendió del todo tocar la mente a la que Jake no había podido acceder. Seguramente no era nada malo que King estuviera pensando en ellos.

«Acostumbra a dar estos paseos —pensó Roland—. Cuando está solo, escucha la Canción de la Tortuga y sabe que tiene una misión que cumplir. Una misión que está eludiendo. Bueno, amigo mío, pues eso se acaba hoy».

Se acabaría si podían salvarlo.

Se inclinó por delante de Jake y miró a la mujer.

—¿Puedes hacer que este condenado aparato del Señor vaya más deprisa?

—Sí —respondió ella—. Creo que puedo. —Y entonces le dijo a Jake—: ¿De verdad sabes leer la mente, hijo, o es solo una broma a la que jugáis tú y tu

amigo?

—No la sé leer exactamente, sino que la toco —respondió Jake.

—Espero, por todos los demonios, que eso sea cierto —dijo ella—, porque Turtleback está lleno de colinas y en algunos tramos solo hay un carril. Si sientes que alguien viene en sentido contrario, tienes que avisarme.

—Lo haré.

—Excelente —comentó Irene Tassenbaum. Dejó los dientes al descubierto con una sonrisa de oreja a oreja. En realidad, ya no había más dudas: eso era lo mejor que le había ocurrido jamás. Lo más emocionante. Ahora, además de escuchar las voces cantarinas, veía rostros en las hojas de los árboles, a ambos lados de la carretera, como si una multitud los estuviera observando. Notó que se acumulaba una fuerza tremenda en torno a ellos, y se sintió poseída por una repentina y alocada idea: si pisaba a fondo el acelerador de la destartalada y oxidada camioneta de Chip McAvoy, podría ir más rápido que la velocidad de la luz. Gracias a la energía que sentía en torno a ellos, podía adelantar al mismísimo tiempo.

«Bueno, pues vamos a probarlo», pensó. Situó la ranchera en medio de la carretera de Turtleback Lane, pisó el embrague y metió tercera. La vieja camioneta no superó la velocidad de la luz, ni adelantó al mismísimo tiempo, pero el velocímetro subió hasta ochenta… y más. El vehículo coronó una colina y, cuando empezaron a descender por el otro lado, voló durante unos segundos.

Al menos había alguien feliz; Irene Tassenbaum gritó por la emoción.

DIECISIETE

Stephen King da dos paseos, el corto y el largo. La marcha corta lo lleva hasta la intersección de la carretera de Warrington y la Ruta 7 y luego de vuelta a casa, Cara Laughs, por el mismo camino. Ese paseo es de casi cinco kilómetros. La marcha larga (que, por cierto, es el título de un libro que escribió una vez con el pseudónimo de Bachman, antes de que el mundo se moviera) lo lleva más allá de la intersección de Warrington, por la Ruta 7 hasta la carretera de Slab City, luego vuelve por la Ruta 7 hasta Berry Hill, y circunvala la carretera de Warrington. Este paseo lo lleva de vuelta a su casa por el extremo norte de Turtleback Lane, y es de seis kilómetros y medio. Ese es el que piensa dar hoy. Pero cuando vuelve a la intersección de la 7 con la de Warrington se detiene,

está pensando en volver por el camino corto. Siempre se anda con cuidado al caminar por el arcén de una carretera pública, aunque el tráfico es poco denso en la Ruta 7, incluso en verano; la única vez que esa vía está más transitada es durante la Feria de Fryeburg, y eso no empezará hasta la primera semana de octubre. De todas formas, la visibilidad es buena. Si se acerca un mal conductor (o uno borracho) se puede ver, por lo general, a un kilómetro de distancia, lo que te da un montón de tiempo para despejar la zona. Solo hay un punto sin visibilidad, y es la pendiente que está justo pasada la intersección con Warrington. Aun así, también se trata de una colina de efectos aeróbicos, una colina que hace que el corazón te lata con bastante fuerza, ¿y acaso no son para eso estos estúpidos paseos? Para mejorar eso que las cabezas parlantes de la televisión llaman «salud cardíaca». Ha dejado de beber, ha dejado de drogarse, casi no fuma, hace ejercicio… ¿Qué le queda?

De todas formas, hay una voz que no para de susurrarle lo mismo: «Sal de la carretera principal. Vuelve a casa. Tendrás una hora más antes de reunirte con los otros para la fiesta al otro lado del lago. Puedes trabajar un poco. Podrías empezar con la historia de La Torre Oscura*; sabes que has estado pensando en ella».*

Sea, así es, pero ya tiene una historia en la que trabajar, y le gusta. Volver al cuento de la Torre significa sumergirse en aguas procelosas. Puede que incluso ahogarse en ellas. Entonces se da cuenta, de repente, en esa encrucijada de caminos, de que si vuelve antes empezará a escribir. No podrá evitarlo. Tendrá que escuchar lo que a veces piensa, que es Ves'-Ka Gan, la Canción de la Tortuga (y, a veces, la canción de Susannah). Tirará la historia que tiene ahora, le dará la espalda a la seguridad de tierra firme y se sumergirá nadando en esas aguas procelosas una vez más. Ya lo ha hecho cuatro veces, pero esta vez tendrá que llegar nadando hasta el otro lado.

Nadar o ahogarse.

—No —dice. Habla en voz alta, y ¿por qué no? No hay nadie que pueda escucharlo por ahí. Percibe, a lo lejos, el sonido atenuado de un vehículo que se aproxima (¿o son dos? ¿Uno por la Ruta 7 y otro por la carretera de Warrington?), pero eso es todo.

—No —vuelve a decir—. Voy a caminar y luego me voy a una fiesta. Ya está bien de escribir por hoy. Sobre todo, nada de escribir sobre eso.

Y así, mientras deja atrás la intersección, empieza a subir la empinada colina de escasa visibilidad. Empieza a dirigirse hacia el sonido del Dodge

Caravan que se aproxima, que es también el sonido de la muerte que se aproxima. El ka del mundo racional desea su muerte; el del Prim *lo quiere vivo, y cantando su canción. Así que, en esa soleada tarde en el oeste de Maine, la fuerza irresistible se dirige a toda prisa hacia el objeto inamovible, y por primera vez desde que el* Prim *se retiró, todos los mundos y todas las existencias se vuelven hacia la Torre Oscura, que se eleva en el alejado extremo de Can'-Ka No Rey, es decir en Campos Rojos de Nadie. Incluso el Rey Carmesí acalla su grito de furia. Pues es la Torre Oscura la que decidirá.*

—La determinación requiere sacrificio —dice King y, aunque nadie lo escucha más que los pájaros y él no tiene ni idea de qué significa eso, no está alterado. Siempre está mascullando para sí; es como si tuviera una Cueva de Voces en la cabeza, un puñado de brillantes imitadores, aunque no necesariamente inteligentes.

Camina, moviendo los brazos a ambos lados del cuerpo, vestido con tejanos, sin darse cuenta de que su corazón está

(no está)

dando sus últimos latidos, de que su mente está

(no está)

pensando sus últimos pensamientos, de que sus voces están

(no están)

formulando sus últimas declaraciones délficas.

—Ves'-Ka Gan —dice, sorprendido y maravillado por su sonoridad. Se ha prometido a sí mismo que no intentará rellenar sus fantasías sobre la Torre Oscura de palabras impronunciables de alguna lengua inventada (por no decir «puñetera»). Si lo hace, su editor, Chuck Verrill de Nueva York, se lo eliminará casi todo. Sin embargo, la mente se le llena con esas palabras y frases: ka, ka-tet, sai, soh, can-toi (esta, al menos, es de otro libro suyo: Desesperación*), taheen. ¿Acaso son muy distintas de la escalera Cirith Ungol de Tolkien y el Gran Violinista Ciego de Lovecraft, Nyarlathotep?*

Se ríe. Entonces empieza a cantar una canción que una de sus voces le ha dado. Piensa que sin duda la utilizará en su próximo libro del pistolero, cuando al final vuelva a dar voz a la Tortuga.

—Commala-ven-ven —canta mientras camina—, un joven con pistola también. El joven perdió su miel cuando ella se fugó sin él.

Y ¿era ese joven Eddie Dean? ¿O se trataba de Jake Chambers?

—Eddie —dice en voz alta—. Eddie es el pistolero de la miel. —Está tan

ensimismado que al principio no ve la capota del Dodge Caravan azul al asomarse por el breve horizonte que tiene delante. No se da cuenta de que el vehículo no está para nada en la carretera, sino que avanza por el arcén por donde va caminando. Ni tampoco escucha el rugido de la ranchera que tiene detrás.

DIECIOCHO

Bryan escucha los rasguños en la tapa de la nevera más que el ritmo rapero de la música y, cuando mira por el espejo retrovisor, se siente consternado y ultrajado al ver que Bullet, siempre el más descarado de los dos cachorros de rottweiler, ha saltado del maletero al asiento de pasajeros. Bullet tiene las patas apoyadas en el sucio asiento, su pequeño y grueso rabo se menea con alegría, y tiene el hocico enterrado en la nevera de Bryan.

En ese momento, cualquier conductor razonable se habría echado a un lado de la carretera, habría detenido el vehículo y se habría ocupado de su díscolo animal. Sin embargo, Bryan Smith jamás ha sido el mejor en eso de ser razonable al volante, y tiene todo un historial de conducción que lo prueba. En lugar de apartarse, da un volantazo a la derecha, conduciendo con la mano izquierda y dándole una inútil palmada en la cabeza del rottweiler con la derecha.

—¡Deja eso, joder! —le grita a Bullet mientras su monovolumen da un bandazo primero hacia el arcén derecho y luego se mete dentro—. ¿No me has oído, Bullet? ¿Es que estás tonto? ¡Deja eso ya, joder! —En realidad consigue dar una palmada en la cabeza al perro, pero no tiene pelo por donde agarrarlo y Bullet, aunque no es ningún genio, es lo bastante inteligente como para saber que tiene al menos una oportunidad más de agarrar lo que está dentro del papel blanco, la cosa que emana un olor a crudo cautivador. Se agacha por debajo de la mano de Bryan y agarra el paquete de carne picada entre sus fauces.

—¡Suéltalo! —grita Bryan—. ¡Suéltalo ahora… mismooo!

Con la intención de darse el impulso necesario para darse la vuelta en el espacio que le queda al conductor, se apoya con fuerza sobre los pies. Uno de ellos, por desgracia, está puesto en el acelerador. La furgoneta sale disparada y se dirige hacia la cima de la colina. En ese momento, con toda la exaltación y la rabia, Bryan ha olvidado por completo dónde está (en la Ruta 7) y lo que se

supone que tiene que estar haciendo (conducir una furgoneta). Lo único que le importa es quitarle el paquete de carne de las fauces a Bullet.

—¡Dame eso, coño! —grita mientras tira. El rabo del perro se mueve con más brío que nunca (para el perro se trata tanto de un juego como de una comida), y Bullet también tira. Se oye el sonido del papel de carnicería desgarrado. La furgoneta está totalmente fuera de la calzada. Más allá se ve una arboleda de viejos pinos, iluminada por la encantadora luz del ocaso: una bruma de verde y oro. Bryan solo piensa en la carne. No va a comer hamburguesa con baba de perro, y será mejor que te lo creas.

—¡Dame eso, joder! —dice, y no ve al hombre que está en la trayectoria de su furgoneta, ni tampoco la camioneta que está subiendo justo detrás del hombre, ni tampoco ve que la puerta del acompañante de la camioneta se abre, ni al desgarbado vaquero que sale de un salto de ella, con un revólver con un gran mango amarillo, que sale de la cartuchera de su cadera y cae al suelo cuando da ese salto; el mundo de Bryan Smith ha quedado reducido a un perro muy travieso y a un paquete de carne. En la refriega por la carne, florecen las manchas rosadas en el papel de envoltorio como si fueran tatuajes.

DIECINUEVE

—¡Ahí está! —gritó el chico que se llamaba Jake, pero Irene Tassenbaum no necesitaba que él se lo dijera. Stephen King llevaba vaqueros, una camisa de trabajo y una gorra de béisbol. Estaba bastante más allá del lugar donde la carretera hacia Warrington se cruzaba con la Ruta 7, a un cuarto de subida de la pendiente.

Pisó el embrague, cambió a segunda, como un piloto de la NASCAR cuando ve la bandera a cuadros, dio un volantazo a la izquierda, tirando del volante con ambas manos. La ranchera de Chip McAvoy se levantó de un lado, pero no dio una vuelta de campana. La señora Tassenbaum vio el guiño del sol sobre el metal cuando el vehículo que venía en dirección contraria llegó a la cima de la colina que King estaba subiendo. Escuchó que el hombre que estaba sentado junto a la puerta gritaba:

—¡Ponte detrás de él!

Ella obedeció, aunque en ese momento vio que el vehículo que se aproximaba se había salido de la carretera y, por tanto, podía chocar con ellos.

Por no mencionar la posibilidad de que podía aplastar a Stephen King y convertirlo en un bocadillo de metal entre ambos vehículos.

La puerta se abrió de golpe y el hombre que se llamaba Roland salió rodando y saltando de la ranchera.

Después de aquello, todo ocurrió muy, pero que muy deprisa.



CAPÍTULO II
VES’-KA GAN

UNO

Lo que ocurrió fue de una simplicidad letal: la cadera mala de Roland lo traicionó. Cayó sobre las rodillas con un grito de mitigada ira, dolor y consternación. Entonces, la luz del sol lo borró todo cuando Jake saltó por encima de él con gracilidad. Acho ladraba enloquecido desde la cabina de la camioneta:

—¡Ake! ¡Ake! ¡Ake! ¡Ake!

—¡Jake, no! —gritó Roland. Lo vio todo con una terrible claridad. El muchacho agarró al escritor por la cintura cuando el vehículo azul (que no era ni un camión ni un coche, sino que parecía un cruce de ambos) se les echaba encima con un rugido de música disonante. Jake volvió a King hacia la izquierda, poniendo como escudo su propio cuerpo, así que fue Jake el atropellado por el vehículo. Detrás del pistolero, que ahora estaba de rodillas con las manos sangrantes enterradas en la tierra, gritó la mujer de la tienda.

—¡Jake, no! —volvió a gritar Roland, pero era demasiado tarde. El chico a quien consideraba su hijo desapareció bajo el vehículo azul. El pistolero vio una pequeña mano levantada, jamás lo olvidaría, pero también desapareció. King, a quien primero había empujado Jake y luego el peso de la furgoneta detrás de Jake, estaba tirado en la linde de la arboleda, a tres metros del punto de colisión. Aterrizó sobre el costado derecho, se golpeó la cabeza con una piedra, con la fuerza suficiente para que la gorra le saliera volando de la cabeza. Luego se dio la vuelta, tal vez con la intención de intentar ponerse de pie. O tal vez sin ninguna intención; se le pusieron los ojos en blanco por el estado de shock.

El conductor dio un volantazo y pasó por el lado izquierdo de Roland, no le dio por unos centímetros, le tiró tierra a la cara en lugar de atropellarlo. En ese momento estaba reduciendo la velocidad; el conductor pisó el freno demasiado tarde. El lateral del monovolumen hizo chirriar el capó de la ranchera, lo que frenó aún más su marcha, aunque no había acabado de hacer daño. Antes de detenerse por completo, volvió a golpear a King, esta vez, mientras estaba tirado en el suelo. Roland escuchó el crujido de un hueso que se rompía. A esto le siguió el grito de dolor del escritor. Y entonces, el pistolero supo con certeza qué era su dolor en la cadera, ¿verdad? Jamás había sido un chasquido seco.

Roland se puso en pie y era consciente, solo en parte, de que el dolor había desaparecido por completo. Observó el cuerpo retorcido de Stephen King, que se encontraba bajo la rueda delantera izquierda del vehículo azul y pensó: «¡Bien! —con una ferocidad irreflexiva—. ¡Bien! ¡Si tiene que morir alguien aquí, que seas tú! ¡Al infierno con el ombligo de Gan, al infierno con las historias que salen de él, al infierno con la Torre, muérete tú y no mi chico!».

El brambo pasó corriendo junto a Roland hacia el lugar donde Jake estaba tendido, boca arriba, detrás de la furgoneta, con el gas azul del tubo de escape dándole en la cara. Acho no lo dudó; cogió la bolsa de Orizas que todavía colgaba del hombro de Jake y la usó para tirar del muchacho y alejarlo de la furgoneta, lo hacía palmo a palmo, con sus cortas y fuertes patas levantando nubes de tierra. A Jake le brotaba sangre de los oídos y por las comisuras de los labios. Los tacones de sus botines dejaban una huella de dos rayas en la tierra y las crujientes agujas de pino marrones.

Roland se acercó dando tumbos hasta Jake y cayó de rodillas junto a él. Lo primero que pensó fue que Jake estaba bien. El muchacho tenía las piernas rectas, gracias a todos los dioses, y la marca que le iba desde el tabique nasal hasta una de sus mejillas barbilampiñas era aceite mezclado con tierra, no sangre, como Roland había supuesto en un principio. Sí, le salía sangre de los oídos, y de la boca también, pero esa última podía caer de un corte que goteaba desde la mejilla, o…

—Ve a ver al escritor —dijo Jake. Habló con tranquilidad, en absoluto constreñido por el dolor. Bien podrían haber estado sentados alrededor de un hogar de la cocina tras un día de ruta, esperando lo que a Eddie le gustaba llamar manduca… o, si resultaba que se sentía especialmente de buen humor (como solía estar), «papeo».

—El escritor puede esperar —respondió Roland de manera cortante,

pensando: «Me han concedido un milagro. Un milagro obrado por la combinación del cuerpo flexible, no del todo formado, de un muchacho y la tierra blanda que tenía debajo justo cuando el camionmóvil de ese cabrón lo ha atropellado».

—No —dijo Jake—. No puede esperar. —Y cuando se movió para intentar sentarse, se le pegó más la camisa al tronco y Roland vio la espantosa concavidad en el pecho del chico. A Jake le salió más sangre de la boca y, cuando intentó hablar, se puso a toser. A Roland se le puso el corazón en un puño, y en ese momento se preguntó cómo era posible que siguiera latiéndole tras haber visto aquello.

Acho lanzó un gemido de tristeza, el nombre de Jake expresado con un semiaullido que le puso la piel de gallina a Roland.

—No intentes hablar —le advirtió el pistolero—. Puede que se te haya roto algo ahí dentro. Una costilla, puede que dos.

Jake volvió la cabeza hacia un lado. Escupió un borbotón de sangre —parte de ella le resbaló por la mejilla, como el tabaco de mascar—, y se agarró de la muñeca de Roland. Lo agarró con fuerza; también su voz tenía fuerza, pronunció todas las palabras con claridad.

—Todo se ha roto. Esto es la muerte… lo sé porque ya me ha ocurrido antes. —Lo que dijo a continuación fue lo que Roland había estado pensando desde antes de salir de Cara Laughs—: Si es la voluntad del ka, que así sea. ¡Ve a ver al hombre que hemos venido a salvar!

Resultaba imposible negar la exhortación de la mirada y la voz del muchacho. Ahora ya estaba hecho, el Ka del Diecinueve se había quedado sin miembros. Salvo por King, quizá. El hombre que habían ido a salvar. ¿Cuál era la proporción de su destino que había brotado de las puntas de esos dedos saltarines, manchados por el tabaco? ¿Todo? ¿Algo? ¿Esto?

Fuera cual fuese la respuesta, Roland podría haberlo matado con sus propias manos mientras yacía atrapado bajo la máquina que lo había atropellado, y le daba igual que King no fuera el conductor de la furgoneta; si hubiera estado haciendo lo que el ka le había destinado, jamás habría estado allí cuando el loco se presentó, y el pecho de Jake jamás habría adquirido ese aspecto hundido. Era demasiado, estaba ocurriendo demasiado cerca en el tiempo de la emboscada que le habían tendido a Eddie.

Y aun así…

—No te muevas —dijo, levantándose—. Acho, no dejes que se mueva.

—No me moveré. —Seguía pronunciando con absoluta claridad, todavía seguro. Sin embargo, Roland podía ver la sangre que se oscurecía en los faldones de su camisa y en la entrepierna de sus tejanos, floreciendo como rosas. Una vez había muerto y había vuelto. Pero no en este mundo. En este mundo, la muerte era para siempre.

Roland se volvió para dirigirse a donde estaba el escritor.

DOS

Cuando Bryan Smith intentó dejar el volante de su furgoneta, Irene Tassenbaum volvió a empujarlo con rudeza para que se quedase en su sitio. Sus perros —que tal vez habían olido la sangre o a Acho, o ambas cosas— estaban ladrando y dando saltos, hechos unos locos, detrás de él. En ese momento, en la radio sonaba una nueva y satánica melodía de heavy metal. Irene creyó que se le iba a partir la cabeza en dos, no por el impacto que acababa de sufrir, sino por el barullo. Vio la pistola del hombre tirada en el suelo y la recogió. La pequeña parte de su mente que todavía era capaz de tener ideas coherentes se sorprendió por el peso del objeto. Sin embargo, apuntó con ella al hombre, luego pasó por delante de él y le dio al interruptor de la radio. Sin el estruendo de guitarras, pudo escuchar a los pájaros así como a los dos perros que ladraban y a un… bueno, a un algo extraño que aullaba.

—Echa marcha atrás la furgoneta para liberar al chico que has atropellado —le ordenó—. Despacio. Y si vuelves a pisarlo cuando lo hagas, te juro que te vuelo esa puta cabeza de imbécil.

Bryan Smith la miró con los ojos inyectados en sangre, desconcertado.

—¿Qué chico? —preguntó.

TRES

Cuando la rueda delantera de la furgoneta se retiró poco a poco y dejó libre al escritor, Roland vio que tenía las piernas torcidas de una forma poco natural hacia la derecha y un bulto que le sobresalía de los pantalones en ese lado. Seguro que era el fémur. Además, tenía una brecha en la frente por la piedra sobre la que había caído, y el lado derecho de la cara empapado de sangre. Tenía

peor pinta que Jake, peor con mucho, pero un solo vistazo bastó al pistolero para saber que, si tenía el corazón fuerte y la impresión no lo mataba, seguramente sobreviviría. Volvió a ver a Jake agarrando al hombre por la cintura, protegiéndolo, recibiendo el impacto con su cuerpecillo.

—Otra vez tú —dijo King en voz baja.

—Me recuerdas.

—Sí. Ahora. —King se lamió los labios—. Sed.

Roland no tenía nada para beber, y no se lo habría dado a King para que se humedeciera los labios si lo hubiera tenido. El líquido podría haber provocado vómitos a un herido, y el vómito podía llevar a la asfixia.

—Lo siento —dijo.

—No. No lo sientes. —Volvió a lamerse los labios—. ¿Jake?

—Allí, en el suelo. ¿Lo conoces?

King intentó sonreír.

—Yo lo creé. ¿Dónde está el que iba contigo antes? ¿Dónde está Eddie?

—Muerto —respondió Roland—. En el Devar-Toi.

King frunció el ceño.

—¿Devar…? No sé qué es.

—No. Por eso estamos aquí. Por eso teníamos que llegar hasta aquí. Uno de mis amigos está muerto, otro puede que esté muriendo, y el tet está roto. Todo porque un tipo vago y miedoso dejó de hacer lo que el ka le había destinado.

No había tráfico en la carretera. Salvo por el ladrido de los perros, el aullido del brambo y el trino de los pájaros, el mundo estaba en silencio. Podrían haber estado congelados en el tiempo. «Tal vez lo estamos», pensó Roland. A esas alturas había visto suficientes cosas para creer que eso podía ser posible. Cualquier cosa podía ser posible.

—He perdido el Haz —dijo King, tendido sobre el lecho de agujas de pino en la linde de la arboleda. La luz de principios de verano iluminaba todo su entorno, esa bruma de verde y oro.

Roland agarró a King por debajo y lo ayudó a sentarse. El escritor gritó de dolor cuando la cabeza del fémur derecho raspó el acetábulo hecho trizas y aplastado, pero no se quejó. Roland señaló al cielo. Había unas blancas nubes esponjosas —los ángeles[15], como las habían llamado los vaqueros de Mejis— que pendían inmóviles en el cielo azul, salvo las que estaban justo encima de

ellos. En ese punto desaparecían a toda prisa surcando el cielo, como sopladas por un viento limitado a ese espacio.

—¡Allí! —susurró Roland con furia en la oreja rasguñada y llena de tierra del escritor—. ¡Justo encima de ti! ¡Por todas partes! ¿Es que no lo sentís? ¿Es que no lo veis?

—Sí —respondió King—. Ahora lo veo.

—Sea, y siempre ha estado ahí. No es que lo hayas perdido, es que has dejado de mirarlo con tus ojos de cobarde. Mi amigo ha tenido que salvarte para que volvieras a verlo.

Roland se llevó la mano izquierda al cinturón, lo tocó a tientas y sacó un proyectil. Al principio, los dedos no hicieron su conocido y hábil gesto; le temblaban demasiado. Lo único que pudo hacer para mantenerlos quietos fue recordarse a sí mismo que cuanto más tardase en hacer aquello, más probabilidades había de que los interrumpieran, o de que Jake muriese mientras él estaba ocupado con ese miserable.

Levantó la vista y vio que la mujer sostenía su pistola apuntando al conductor de la furgoneta. Eso estaba bien. Ella estaba bien: ¿por qué Gan no le había dado la historia de la Torre a alguien como ella? En cualquier caso, su intuición de mantenerla a su lado había sido acertada. Incluso el barullo infernal de los perros y el brambo se había silenciado. Acho estaba lamiendo la tierra y el aceite de la cara de Jake, mientras que, en la furgoneta, Pistol y Bullet estaban engullendo la carne picada, esta vez, sin que su dueño interfiriese.

Roland se volvió hacia King, y la bala realizó su antigua y certera danza entre sus dedos. King cayó casi de inmediato, como ocurre con la mayoría de personas que ya han sido hipnotizadas antes. Seguía con los ojos abiertos, pero ahora era como si mirase a través del pistolero, más allá de él.

Roland tenía el presentimiento de que debía pasar por esto lo más rápido posible, pero la razón era mejor consejera. «No debes hacer una chapuza. No, a menos que quieras que el sacrificio de Jake resulte inútil».

La mujer lo estaba mirando, y también el conductor de la furgoneta, que permanecía sentado en su vehículo con la puerta abierta. Sai Tassenbaum estaba resistiendo, Roland se fijó en ello, pero Bryan Smith había seguido a King al reino de los sueños. Esto no sorprendió mucho al pistolero. Si el hombre tenía la más mínima idea de lo que había hecho, posiblemente aprovecharía cualquier oportunidad para evadirse. Aunque fuera de forma temporal.

El pistolero volvió a prestar atención al hombre que era, supuestamente, su

biógrafo. Empezó igual que había hecho antes. Días atrás en su propia vida. Hacía dos décadas en la vida del escritor.

—Stephen King, ¿me ves?

—Pistolero, te veo muy bien.

—¿Cuándo me viste por última vez?

—Cuando vivíamos en Bridgton. Cuando mi tet era joven. Cuando estaba aprendiendo a escribir. —Hizo una pausa y luego le dijo lo que Roland consideraba, en su opinión, la forma más importante de delimitar el tiempo, algo que es distinto para cada hombre—: Cuando todavía bebía.

—¿Ahora estás profundamente dormido?

—Profundamente.

—¿Sientes dolor?

—Sí, lo siento. Te lo agradezco.

El bilibrambo volvió a aullar. Roland echó un vistazo a su alrededor, con mucho miedo por lo que eso pudiera significar. La mujer se había dirigido hacia donde estaba Jake y se encontraba arrodillada junto a él. Roland se sintió aliviado al ver que Jake le ponía un brazo en el cuello y le agachaba la cabeza para poder hablarle al oído. Si tenía fuerzas para hacer eso…

«¡Basta ya! Ya has visto cómo había cambiado su cuerpo debajo de la camisa. No puedes perder el tiempo en albergar esperanzas».

En ello residía una paradoja cruel: como quería a Jake, tenía que dejar el tema de su muerte en manos de Acho y de la mujer a la que había conocido hacía menos de una hora.

Daba igual. Debía ocuparse de King. Si Jake se adentraba en el claro mientras él estaba de espaldas… «si es la voluntad del ka, que así sea».

Roland reunió valor y concentración. Se centró en esas dos cosas al máximo y se volvió hacia el escritor una vez más.

—¿Eres Gan? —le preguntó con brusquedad, sin saber por qué había formulado esa pregunta… solo sabía que era la pregunta adecuada.

—No —respondió King sin vacilaciones. Le cayó sangre del corte de la cabeza a la boca y escupió, sin pestañear ni una sola vez—. Una vez pensé que lo era, pero fue porque estaba borracho. Y por el orgullo, supongo. Ningún escritor es Gan, ningún pintor, ni escultor, ni creador musical. Somos kas-ka Gan. No ka-Gan, sino kas-ka Gan. ¿Lo entiendes? ¿Te… te consta?

—Sí —respondió Roland. Los profetas de Gan o los cantantes de Gan: podía ser ambas cosas o una de ellas. Y ahora sabía por qué había hecho esa pregunta

—. Y la canción que cantas es *Ves'*-Ka Gan. ¿Verdad?

—¡Oh, sí! —exclamó King y sonrió—. La Canción de la Tortuga. Es la mar de encantadora para gente como yo que apenas podemos seguir una melodía.

—Me da igual —respondió Roland. Pensó con toda la intensidad y claridad con la que podía pensar con su aturdida mente—. Y ahora te han herido.

—¿Me he quedado paralítico?

—No lo sé. —«Ni me importa»—. Lo único que sé es que vivirás y, cuando puedas volver a escribir, escucharás la Canción de la Tortuga, Ves'-Ka Gan, como la escuchabas antes. Estés o no paralítico. Y esta vez cantarás hasta que la canción haya terminado.

—Está bien.

—Tú…

—Y Urs-Ka Gan, la Canción del Oso —le interrumpió King. A continuación sacudió la cabeza, aunque esta vez, sin duda, se hizo daño pese al estado hipnótico en que se encontraba—. Urs-A-Ka Gan.

¿El Rugido del Oso? ¿El Grito del Oso? Roland no sabía cuál de las dos. Tendría que convencerse de que no importaba, de que no era más que una tontería de escritor.

Un coche con una caravana a remolque pasó por la escena del accidente sin reducir la velocidad, luego pasaron a toda prisa dos motocicletas en el otro sentido. A Roland se le ocurrió una idea extrañamente convincente: el tiempo no se había detenido, pero ellos, de momento, estaban como en una bruma. Así los protegía el Haz, que ya no estaba siendo atacado y por tanto podía ayudar, al menos un poco.

CUATRO

«Díselo otra vez. No puede haber confusión. Ni debilitamiento, pues ya se ha debilitado antes».

Se agachó hasta que tuvo la cara frente a la de King, sus narices casi se tocaban.

—Esta vez cantarás hasta que la canción haya terminado, escribirás hasta que la historia esté acabada. ¿De verdad te consta?

—«Y vivieron felices y comieron perdices. Colorín colorado, este cuento se ha acabado» —dijo King con tono ensoñador—. Ojalá pudiera escribir eso.

—A mí también me gustaría. —Y eso era lo que le hubiera gustado, más que ninguna otra cosa. Pese a la pena, no habían aflorado las lágrimas; sentía los ojos como dos piedras calientes en la cabeza. Puede que las lágrimas llegasen luego, cuando la realidad de lo que había ocurrido tuviera oportunidad de quedar un poco al margen.

—Haré lo que dices, pistolero. No importa cómo vaya la historia cuando se acerque al final. —Él mismo se estaba acercando al final. Roland pensó que no tardaría en quedarse inconsciente—. Lo siento por tus amigos, de verdad que lo siento.

—Gracias —dijo Roland, que seguía reprimiendo el deseo de echar las manos al cuello del escritor y asfixiarlo. Empezó a levantarse, pero King dijo algo que lo detuvo.

—¿Has escuchado la canción de ella, como te dije que hicieras? ¿La Canción de Susannah?

—Yo… sí.

En ese momento, King hizo fuerza apoyándose sobre un codo y, aunque le fallaban claramente las fuerzas, tenía la voz seca y firme.

—Ella te necesita. Y tú la necesitas a ella. Ahora déjame en paz. Reserva tu odio para los que se lo merecen más que yo. Yo no he creado tu ka al igual que no he creado a Gan ni al mundo, y ambos lo sabemos. Olvida tu estupidez, y tu tristeza, y haz lo que quieres que haga yo. —King elevó el tono de su voz hasta convertirlo en un rudo grito; levantó una mano y cogió a Roland por la muñeca con una fuerza asombrosa—. ¡Termina el trabajo!

Al principio, a Roland no le salió nada cuando intentó responder. Tuvo que aclararse la voz y volver a empezar.

—Dormid, sai, dormid y olvidad a todos los presentes salvo al hombre que os ha atropellado.

A King se le cerraron los ojos.

—Olvidar a todos los presentes salvo al hombre que me ha atropellado.

—Estabas dando tu paseo y este hombre te ha atropellado.

—Paseando… y este hombre me ha atropellado.

—No había nadie más. Ni yo, ni Jake, ni la mujer.

—Nadie más —accedió King—. Solo él y yo. ¿Él dirá lo mismo?

—Sí. Muy pronto dormirás profundamente. Puede que luego sientas dolor, pero ahora no sientes nada de dolor.

—Nada de dolor. Dormir profundamente. —La silueta de King se relajó

sobre el lecho de agujas de pino.

—Aun así, antes de que te duermas, escúchame una vez más —dijo Roland.

—Escucho.

—Una mujer puede visitar… espera. ¿Soñáis con amor y hombres?

—¿Me estás preguntando si soy gay? ¿Si soy un homosexual reprimido? —King parecía cansado, aunque entretenido.

—No lo sé. —Roland hizo una pausa—. Eso creo.

—La respuesta es que no —afirmó King—. Algunas veces sueño con amor y mujeres. Un poco menos ahora que soy mayor… y seguramente hace un tiempo que ya no lo sueño. Este hijo de puta me ha jodido de verdad.

«Ni la mitad de lo que me ha jodido a mí», pensó Roland con amargura, pero no lo dijo.

—Si soñáis solo con amor y mujeres, es una mujer la que puede que te visite.

—¿De verdad? —King sonó ligeramente interesado.

—Sí. Si te visita, será bella. Puede que te hable del placer y la sencillez del claro. Puede que se llame Morfea, hija de Sueño, o Selena, hija de la Luna. Puede que te tienda un brazo y te prometa llevarte hasta allí. Debes negarte.

—Debo negarme.

—Aunque te sientas tentado por sus ojos y sus pechos.

—Aunque así sea —accedió King.

—¿Por qué habríais de negaros, sai?

—Porque la Canción no ha terminado.

Roland por fin se sintió satisfecho. La señora Tassenbaum estaba arrodillada junto a Jake. El pistolero los ignoró, tanto a ella como al muchacho, y siguió con el hombre que estaba sentado, desplomado tras el volante del carromóvil que había causado todo el daño. Ese hombre tenía los ojos en blanco, abiertos de par en par, y la boca abierta. Le colgaba un hilillo de baba de la barbilla regordeta y barbuda.

—¿Me escucháis, sai?

El hombre asintió con decisión y en silencio. Tras él, ambos perros se habían quedado callados. Cuatro ojos brillantes miraban al pistolero desde el hueco que quedaba entre los asientos.

—¿Cómo te llamas?

—Bryan, si a bien tienes, Bryan Smith.

No, no lo tenía a bien. Era otra persona a la que le gustaría estrangular. Pasó otro coche por la carretera, y, esta vez, el conductor tocó el claxon al pasar. Fuera

cual fuese su protección había empezado a disminuir.

—Sai Smith, habéis atropellado a un hombre con vuestro coche o camionmóvil, o comoquiera que se llame.

Bryan Smith empezó a temblar.

—Ni siquiera me han puesto una multa de aparcamiento en la vida —dijo gimoteando— y voy, y atropello al tío más famoso del estado. Los perros estaban armando jaleo…

—Vuestras mentiras no me enojan —dijo Roland—, pero el miedo que las suscita, sí. Cerrad el pico.

Bryan Smith obedeció. Su rostro iba perdiendo color de forma gradual aunque paulatina.

—Estaba solo. Señor, ¿es usted un visitante?

—Lo que yo sea da igual. Lo has mirado y has visto que seguía vivo.

—Sigue vivo, bien —dijo Smith—. No quería hacerle daño a nadie, de verdad.

—Te ha hablado. Así has sabido que estaba vivo.

—¡Sí! —sonrió Smith. Luego frunció el ceño—. ¿Qué ha dicho?

—No lo recuerdas. Estabas agitado y asustado.

—Asustado y agitado. Agitado y asustado. Sí, lo estaba.

—Ahora conduce. Mientras conduzcas te despertarás poco a poco. Y cuando llegues a una casa o a una tienda, te detendrás y dirás que hay un hombre herido en la carretera. Un hombre que necesita ayuda. Repítelo y di verdad.

—Conducir —dijo. Acarició con una mano el volante como si desease marcharse de inmediato. Roland supuso que así era—. Despertar, poco a poco. Cuando llegue a una casa o a una tienda, decirles que Stephen King está herido en el arcén de la carretera y que necesita ayuda. Sé que sigue vivo porque me ha hablado. Ha sido un accidente. —Hizo una pausa—. No ha sido culpa mía. Él estaba caminando por la carretera. —Otro silencio—. Seguramente.

«¿Me importa en quién recaiga la culpa de este desastre?», se preguntó Roland. En realidad no le importaba. King seguiría escribiendo de todos modos. Y Roland prácticamente deseaba que él tuviera la culpa, porque en realidad era culpa de King; para empezar, no tenía por qué estar en ese lugar.

—Ahora vete —le dijo a Bryan Smith—. No quiero verte más.

Smith puso en marcha la furgoneta con una profunda mirada de alivio. Roland no se molestó en mirar cómo se alejaba. Se dirigió hacia la señora Tassenbaum y se arrodilló junto a ella. Acho estaba sentado junto a la cabeza de

Jake, ahora en silencio, pues sabía que, a quien lloraba, ya no podría escuchar sus aullidos. Lo que más temía el pistolero había acabado ocurriendo. Mientras estaba hablando con los dos hombres que odiaba, el chico a quien había querido más que a nadie, más de lo que había querido en toda su vida, incluso a Susan Delgado, había fallecido, por segunda vez, sin que él pudiera evitarlo. Jake estaba muerto.

CINCO

—Te ha hablado —dijo Roland. Cogió a Jake en brazos y empezó a acunarlo con suavidad hacia atrás y hacia delante. Los ‘Rizas entrechocaron en su bolsa. Ya empezaba a sentir cómo se enfriaba el cuerpo de Jake.

—Sí —confirmó ella.

—¿Qué ha dicho?

—Me ha dicho que vuelva a por ti «cuando el trabajo aquí esté acabado». Han sido sus palabras exactas. Y dijo: «Dile a mi padre que le quiero».

Roland hizo un ruido, asfixiado y penoso, en lo más profundo de la garganta. Recordaba lo ocurrido en Fedic, cuando cruzaron la puerta. «Salve, padre», había dicho Jake. Roland también lo había tenido entre sus brazos en aquella ocasión. Solo que, en ese momento, lo que había sentido era el corazón latiente del muchacho. Habría dado cualquier cosa por volver a sentir su latido.

—Dijo algo más —comentó ella—, pero ¿tenemos ahora tiempo para esto, sobre todo porque te lo puedo contar más adelante?

Roland entendió lo que quería decir de inmediato. La historia que tanto Bryan Smith como Stephen King conocían era sencilla. En ella no había cabida para un hombre desgarbado, desgastado por el viaje, con su gran pistola, ni para una mujer canosa; sin duda tampoco había sitio para un muchacho muerto con una bolsa llena de platos afilados, colgada al hombro, y una pistola automática metida en la cintura de los pantalones.

La única pregunta que importaba era si esa mujer regresaría o no al lugar donde se encontraban. No era la primera persona a la que convencía para que hiciera algo que normalmente no haría, pero sabía que las cosas le podían parecer distintas en cuanto se alejara de él. Pedirle que lo prometiera —«¿Juráis que volveréis a mí, sai? ¿Lo juras por el corazón callado de este chico?»— no

contribuiría a nada bueno. Podía decir que sí de todo corazón allí y luego pensárselo mejor, en cuanto hubiera pasado la primera colina.

Con todo, pese a que Roland tuvo la oportunidad de llevarse al tendero que tenía la camioneta, en lugar de la señora no lo hizo. Ni tampoco la había sustituido por el viejo que cortaba el césped en la casa del escritor.

—Vale, más tarde —convino—. A partir de ahora, acelera tu paso. Si por alguna razón sientes que no puedes volver aquí, no te guardaré rencor.

—¿Dónde irás tú? —le preguntó ella—. ¿Dónde sabes ir? Este no es tu mundo, ¿verdad?

Roland ignoró la pregunta.

—Si todavía hay gente aquí la primera vez que vuelvas, agentes del orden, guardas de la vigilancia, espaldas azules, no sé, pasa de largo y no te detengas. Vuelve de nuevo en media hora. Si todavía siguen aquí, vuelve a conducir. Tú ve haciendo eso hasta que se hayan ido.

—¿No se darán cuenta de que voy y vuelvo?

—No lo sé —respondió—. ¿Se darán cuenta?

Ella lo pensó, luego estuvo a punto de sonreír.

—¿La poli de esta parte del mundo? Seguramente no se darán cuenta.

Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, dando por buena su opinión.

—Cuando tengas la sensación de que no hay peligro, detente. No me verás, pero yo sí te veré. Te esperaré hasta que anochezca. Si no estás aquí entonces, me iré.

—Vendré en tu busca, pero no iré al volante de esa triste parodia de camioneta cuando venga —anunció—. Iré al volante de un Mercedes-Benz S600 —lo dijo con cierto orgullo.

Roland no tenía ni idea de lo que era un Mercedes-*Bends*, pero asintió con la cabeza como si lo supiera.

—Vete, hablaremos luego, cuando vuelvas.

«Si es que vuelves», pensó.

—A lo mejor querrás esto —dijo, y volvió a meterle el revólver en la cartuchera.

—Gracias, sai.

—De nada.

Roland la observó mientras se alejaba en dirección a la vieja camioneta (que, según creía él, a ella había llegado a gustarle, pese a su comentario

despreciativo) y se subía cogiéndose al volante. Cuando lo hizo, Roland se dio cuenta de que había algo que le hacía falta, algo que podía estar en la camioneta.

—¡Eh!

La señora Tassenbaum puso la mano en la llave del contacto. En ese momento, sacó la llave y lo miró con gesto interrogativo. Roland volvió a poner a Jake con cuidado en el suelo donde pronto yacería (esa era la idea que le había hecho llamarla) y se puso en pie. Hizo un gesto de dolor y se llevó la mano a la cadera, pero solo era la costumbre. No sentía dolor.

—¿Qué? —le preguntó ella cuando Roland se acercaba—. Si no me marcho pronto…

No importaba que terminase la frase.

—Sí, ya lo sé.

Miró en la parte trasera de la camioneta. Junto al descuidado caos de herramientas, bajo una lona de color azul, se dibujaba una forma cuadriculada. Alguien había doblado los bordes de la lona para meterlos bajo el objeto y que así no se volara. Cuando Roland soltó la lona, vio ocho o diez cajas hechas de un papel resistente que Eddie llamaba «car-tón». Estaban todas apretujadas y formaban un cuadrado. Los dibujos que había en el cartón le indicaban que eran cajas de cerveza. Le habría dado igual que fueran cajas de explosivos pesados.

Lo que quería era la lona.

Se alejó de la camioneta con la lona en los brazos y dijo:

—Ahora ya puedes irte.

Ella cogió la llave que encendía el motor una vez más, pero no le dio al contacto de inmediato.

—Señor —dijo—. Siento su pérdida. Solo quería decirle eso. Entiendo lo que ese chico significaba para usted.

Roland Deschain inclinó la cabeza y no dijo nada.

Irene Tassenbaum lo miró durante un rato más, recordó que a veces las palabras eran algo inútil, luego le dio al contacto y cerró la puerta de golpe. Él la miró dirigirse hacia la carretera (ahora utilizaba el embrague con suavidad y seguridad), y ella dio un giro de ciento ochenta grados para poder dirigirse hacia el norte, de vuelta a East Stoneham.

«Siento su pérdida».

Ahora se había quedado solo con esa pérdida. Solo con Jake. Durante un instante, Roland se quedó analizando la pequeña arboleda que estaba junto a la carretera, observando a dos de las personas que habían sido arrastradas hasta ese

lugar: un hombre inconsciente, y un chico muerto. Roland tenía los ojos secos y le ardían, se le salían de las órbitas, y durante un rato estuvo seguro de que había vuelto a perder la capacidad de llorar. La idea lo horrorizó. Si era incapaz de tener lágrimas después de todo aquello, después de lo que había ganado y había vuelto a perder, ¿qué sentido tenía? Por ello, sintió un gran alivio cuando por fin le brotaron las lágrimas. Se derramaron de sus ojos y apagaron ese azul casi demencial. Cayeron hasta sus mejillas sucias. Lloraba casi en silencio, aunque soltó un gemido, y Acho lo escuchó. El brambo levantó el hocico en dirección al pasadizo de nubes que pasaban a toda prisa y les aulló una sola vez. A continuación, también se quedó en silencio.

SEIS

Roland se adentró aún más en el bosque con Jake, y con Acho pegado a los talones. El hecho de que el brambo también estuviera llorando ya no sorprendía a Roland; ya lo había visto llorar antes. Los días en los que creía que las muestras de inteligencia (y compasión) de Acho podían no ser más que un gesto de imitación ya habían quedado atrás. Gran parte de lo que pensó Roland durante ese breve paseo fue una oración para el difunto que había escuchado rezar a Cuthbert en su última campaña juntos, la que había finalizado en Jericho Hill. Dudaba que Jake necesitase una oración para seguir adelante, pero el pistolero tenía que mantener la mente ocupada, porque no tenía la sensación de estar psicológicamente fuerte en ese momento; si dejaba que su cabeza tomara el rumbo equivocado, sin duda se derrumbaría. Tal vez más tarde pudiera permitirse un ataque de histeria —o incluso de irina, la locura sanadora—, pero no ahora. No se derrumbaría. No podía dejar que la muerte del chico no sirviera para nada.

El fulgor estival de la bruma de oro y verde que solo habita en los bosques (y en los bosques viejos, como el que había arrasado el Oso Shardik) se intensificó. Esa bruma llovía entre los árboles, en forma de haces oscuros, y el lugar donde Roland se detuvo al fin tenía más aspecto de iglesia que de claro. Apenas había dado doscientos pasos desde la carretera, en dirección oeste. Allí posó a Jake en el suelo y echó un vistazo a su alrededor. Vio dos latas de cerveza oxidadas y un par de cartuchos usados, seguramente, dejados allí por los cazadores. Los tiró más allá, a los árboles, para que el lugar estuviera limpio. Luego miró a Jake y se

enjugó las lágrimas para poder ver con la mayor claridad posible. El rostro del chico estaba tan limpio como el claro, Acho se había encargado de ello, aunque Jake todavía tenía un ojo abierto, lo que le daba una maliciosa mirada de pillo que debería estar prohibida. Roland le bajó el párpado con un dedo y, cuando este volvió a levantarse (como una persiana rebelde, pensó), se lamió la yema del pulgar y lo bajó de nuevo. Esta vez permaneció cerrado.

Jake tenía tierra y sangre en la camisa. Roland se la quitó, se sacó la suya y se la puso al muchacho. La prenda casi le llegaba a las rodillas, pero Roland ni siquiera intentó remetérsela; de esa forma cubría las manchas de sangre que Jake tenía en los pantalones.

Acho contempló todo esto con sus ojos ribeteados de dorado vidriosos por las lágrimas.

Roland había pensado que el terreno sería blando bajo la gruesa capa de agujas de pino, y lo era. Se había puesto a cavar la tumba de Jake cuando escuchó el sonido de un motor que procedía de la carretera. Habían pasado otros motocarros desde que se había adentrado en el bosque con Jake, pero reconoció el ritmo disonante de este último. El hombre del vehículo azul había regresado. Roland no estaba del todo seguro de que lo hiciera.

—Quédate aquí —le susurró al brambo—. Cuida de tu amo. —Aunque esa calificación no era correcta—. Quédate aquí y cuida de tu amigo.

No habría sido sorprendente que Acho repitiera la orden («¡Date!» era, más o menos, lo mejor que habría logrado articular) con la misma voz susurrante, pero esta vez no dijo nada. No obstante, Roland lo observó: el brambo estaba tendido junto a la cabeza de Jake y cazó, al vuelo, una mosca que iba a posarse en la nariz del chico. Roland hizo un gesto de asentimiento, satisfecho, y emprendió el camino de vuelta hacia el lugar del que había venido.

SIETE

Bryan Smith estaba fuera de su motocarro y sentado en el muro de piedra en el momento en que Roland volvió a verlo, con su bastón posado sobre el regazo. (Roland no sabía, ni le importaba, si el bastón era un accesorio que llevaba por afectación o algo que el hombre de verdad necesitaba). King había recobrado una versión borrosa del estado consciente, y los dos hombres estaban hablando.

—Por favor, dime que no es más que un esguince —dijo el escritor con una voz débil y preocupada.

—¡Ni hablar! Yo digo que tiene la pierna rota por seis partes, a lo mejor por siete. —Ahora que Smith había tenido tiempo de calmarse y puede que hasta de inventar una historia, parecía no solo tranquilo, sino prácticamente feliz.

—Dame una alegría, venga —replicó King. La parte que se le veía de la cara estaba muy blanca, pero el flujo sanguíneo que le hinchaba la vena de la sien se había ralentizado hasta prácticamente detenerse—. ¿Tienes un cigarrillo?

—No —respondió Smith con el mismo tono de extraña animación—. Lo he dejado.

Aunque no se le daba muy bien el toque, Roland lo dominaba lo suficiente para saber que eso no era cierto. Sin embargo, a Smith solo le quedaban tres cigarrillos y no los quería compartir con ese hombre, que, con seguridad, se podía permitir tantos cigarrillos como para llenarle a él toda la furgoneta. «Además», pensó Smith…

—Además, se supone que un tío que acaba de tener un accidente no tiene que fumar —le sermoneó Smith.

King asintió con la cabeza.

—De todas formas, me cuesta respirar —comentó.

—Lo más seguro es que se te hayas roto una o dos costillas, además. Me llamo Bryan Smith. Soy el que te ha atropellado. Lo siento. —Tendió la mano y, aunque parezca increíble, King se la estrechó.

—Esto no me había pasado nunca —afirmó Smith—. Ni siquiera me han puesto una multa de aparcamiento en toda mi vida.

Puede que King reconociera el comentario como la mentira que era, puede que no, pero no dijo nada al respecto; tenía otra cosa en mente.

—Señor Smith, Bryan, ¿había alguien más aquí?

Apostado entre los árboles, Roland se puso en tensión.

En realidad, fue como si Smith se lo pensara. Se metió la mano en el bolsillo, sacó una barrita de chocolate Mars y empezó a desenvolverla. A continuación sacudió la cabeza.

—Solo tú y yo. Pero he llamado al teléfono de urgencias y a la ambulancia, en la tienda. Han dicho que había alguien muy cerca. Han dicho que llegarían en un minuto. No te preocupes.

—Sabes quién soy.

—¡Dios, sí! —exclamó Bryan Smith, y se atragantó. Le dio un mordisco a la

barrita de chocolate y habló con la boca llena—. Te reconocí enseguida. He visto todas tus películas. Mi favorita es esa sobre el san bernardo. ¿Cómo se llamaba el perro?

—Cujo —dijo King. Esa era una palabra que Roland conocía, era una palabra que Susan Delgado utilizaba a veces cuando estaban juntos y a solas. En Mejis, «cujo» significaba «cariño mío».

—¡Sí! ¡Esa fue genial! ¡Te cagabas de miedo! ¡Me alegro de que el niño viviera!

—En el libro muere. —Entonces, Stephen King cerró los ojos y se tumbó, a la espera.

Smith dio otro mordisco, uno tremendo.

—También me gustó esa peli con el payaso que dieron en la tele, ¡fue muy guay!

King no respondió. Seguía con los ojos cerrados, aunque Roland consideró que la forma en que se le hinchaba y deshinchaba el pecho era regular. Eso era buena señal.

Entonces una camioneta rugió tras ellos y frenó en seco delante de la furgoneta de Smith. El nuevo motocarro era más o menos del tamaño de una biga fúnebre, pero de color naranja en lugar de negro y con luces destellantes. A Roland no le disgustó verlo rodar sobre las huellas que había dejado la camioneta del tendero antes de detenerse.

El pistolero estaba prácticamente convencido de que del carruaje iba a bajar un robot, pero era un hombre. Se metió detrás y sacó su bolsa negra de matasanos. Satisfecho de que todo fuera tan bien como podía ir, Roland volvió al lugar donde había dejado a Jake y lo movió con su vieja gracilidad no meditada: no rompió ni una sola ramita, no hizo salir volando por la sorpresa ni a un solo pájaro.

OCHO

¿Os sorprendería, después de todo lo que hemos visto juntos y todos los secretos que hemos compartido, saber que a las cinco y cuarto de la tarde, la señora Tassenbaum entraba con la desvencijada camioneta de Chip McAvoy al camino de una casa que ya habíamos visitado? Seguramente no, porque el ka es una rueda y lo que mejor se le da es rodar. La última vez que estuvimos aquí, en

1977, tanto este lugar como el embarcadero de la orilla de la laguna Keyawadin eran de color blanco con bordes verdes. Los Tassenbaum, que compraron este sitio en 1994, lo habían pintado todo con un agradable tono crema (sin ribetes; en opinión de Irene Tassenbaum, los ribetes eran para la gente que no sabía decidirse). También habían puesto el cartel CASA CREPÚSCULO en un buzón que estaba al pie del camino de entrada, y, para el Tío Sam ese nombre forma parte de su dirección postal, pero para los lugareños, esta casa que está al extremo sur de la laguna Keywadin siempre será la casa del viejo John Cullum.

La señora Tassenbaum aparcó la camioneta junto al Benz de color rojo oscuro y entró en la casa, al tiempo que ensayaba mentalmente lo que le contaría a David para explicar por qué llevaba la camioneta del tendero local, pero Casa Crepúsculo zumbaba con el silencio peculiar de los sitios vacíos; ella lo percibió de inmediato. Había regresado a muchos lugares vacíos —al principio, pisos, y luego a casas cada vez más grandes— con el paso de los años. No porque David estuviera por ahí bebiendo o con otras mujeres, Dios no lo quisiera. No, sus amigos y él solían estar en el garaje de uno u otro, en el sótano de alguno de ellos, bebiendo vino barato y cerveza de oferta de Beverage Barn mientras creaban internet además de todo el software necesario para instalarlo y convertirlo en algo accesible para el usuario. Los beneficios obtenidos, aunque la mayoría de personas no se lo creía, no habían sido más que un efecto secundario. El silencio con el que se encontraban sus esposas al llegar a casa había sido otro efecto secundario. Después de un tiempo, esa especie de silencio zumbante te atrapaba, incluso te enloquecía, pero hoy no. Hoy, la señora Tassenbaum estaba encantada de que la casa fuera solo para ella.

«¿Compartirás cama con el marshall Dillon si te desea?»[16].

Era una pregunta que ni siquiera tenía la necesidad de plantearse. La respuesta era afirmativa, se habría acostado con él si él la deseaba: de canto, por detrás, estilo perro o en la postura del misionero si eso era lo que él deseaba. Pero no lo desearía… aunque no hubiera estado llorando a su joven

(«¿sai?, ¿hijo?»)

amigo, no habría deseado acostarse con ella. Ella, con sus arrugas, con su pelo encanecido desde las raíces, con ese michelín de más que su ropa de marca no lograba ocultar del todo. La simple idea resultaba absurda.

Pero sí. Si él la deseaba, ella accedería.

Miró hacia la nevera, y allí, bajo uno de los imanes que la salpicaban (**SOMOS POSITRONICS, CONSTRUIMOS EL FUTURO CIRCUITO A CIRCUITO,** rezaba ese en concreto) había una breve nota.

Ree:

Querías que me relajara, así que me estoy relajando (¡qué narices!).

A saber: me he ido a pescar con Sonny Emerson al otro lado del lago, ya te digo. Volveré a las siete a menos que no se porten bien los gusanos. Si te traigo una lubina, ¿la limpiarás y la cocinarás?

D.

P.D.: Ha pasado algo en la tienda, ha sido tan gordo que han llegado hasta 3 coches de la poli. ¿¿¿VISITANTES, a lo mejor??? ☺ Si te enteras de algo, cuéntamelo.

Ella le había contado que iría a la tienda por la tarde —a por unos huevos y leche, que, por supuesto, jamás llegó a comprar—, y él había asentido con la cabeza. «Sí, cariño. Sí, cariño». Aunque su nota no mostraba signo alguno de preocupación, ni daba la sensación de que recordase lo que ella le había dicho. Bueno, ¿qué otra cosa se podía esperar? En el caso de David: información que entraba por la oreja A, información que salía por la oreja B. ¡Bienvenidos al Mundo de los Genios!

Le dio la vuelta a la nota, agarró un boli de una taza de té que estaba llena de ellos, dudó un instante y luego escribió:

David:

Ha ocurrido algo, y tengo que irme durante un tiempo. Mínimo dos días, creo que incluso tres o cuatro. Por favor, no te preocupes por mí y no llames a nadie. SOBRE TODO NO LLAMES A LA POLICÍA.

Es un tema de un gato perdido.

¿Entendería él eso? Irene pensó que sí, si recordaba cómo se habían conocido. Había sido en la ASPCA de Santa Monica, una sociedad protectora de animales, entre las hileras apiladas de casetas de perro que había en la parte trasera: el amor florece mientras los chuchos ladran. A ella le sonó a James Joyce, por Dios. Él había llevado un perro callejero que había encontrado en las afueras, cerca del piso donde vivía con media docena de cerebritos. Ella había

ido a buscar un cachorro, básicamente, para alegrar una vida sin amigos. Por aquel entonces, él tenía un montón de pelo. Y ella opinaba que las mujeres que se teñían el pelo eran, en cierta forma, curiosas. El tiempo es un ladrón y una de las primeras cosas que te quita es el sentido el humor.

Dudó un segundo, pero luego añadió:

Te quiero,
Ree

¿Seguía siendo verdad? Bueno, de todas formas, lo dejaría. Tachar algo que se había escrito con tinta siempre quedaba feo. Volvió a colgar la nota en la nevera con el mismo imán para que se aguantara.

Sacó las llaves del Mercedes de una cesta que estaba a la entrada, luego recordó el bote de remos que todavía estaba amarrado en el pequeño muelle de detrás de la tienda. Allí estaría bien. Pero entonces pensó en otra cosa, en algo que el chico le había dicho. «Él no sabe usar el dinero».

Entró a la despensa, donde siempre guardaban un delgado fajo de billetes de cincuenta (allí, en el quinto pino, había lugares donde ella podría haber jurado que jamás habían escuchado hablar siquiera de la MasterCard) y cogió tres billetes. Salió, se encogió de hombros, volvió y cogió otros tres. ¿Por qué no? Ese día estaba viviendo peligrosamente.

Al salir, volvió a detenerse para leer la nota. Y entonces, por ninguna razón que ella pudiera comprender, despegó el imán de Positronics y lo sustituyó por uno con forma de rodaja de naranja. Entonces se marchó.

El futuro daba igual. De momento, tenía suficiente para mantenerse ocupada en el presente.

NUEVE

La biga de emergencia se había marchado, Roland supuso que llevaba al escritor al hospital o enfermería más cercanos. Los agentes del orden habían llegado justo en el momento en que se iba, y pasaron quizá media hora hablando con Bryan Smith. El pistolero pudo escuchar la garla desde donde estaba, justo pasada la primera subida. Las preguntas de los espaldas azules eran claras y relajadas, las respuestas de Smith apenas eran palabras masculladas entre

dientes. Roland no vio razón para dejar de trabajar. Si los azules volvían al lugar y lo encontraban, se las arreglaría con ellos. Los incapacitaría, a menos que ellos lo impidieran; los dioses sabían que ya había habido demasiadas muertes. Sin embargo, él enterraría a su muerto, de una forma u otra.

Enterraría a su muerto.

La encantadora luz de color oro y verde del claro se intensificó. Los mosquitos dieron con Roland, pero no dejó lo que estaba haciendo para darles un manotazo, se limitó a dejar que se bebieran líquido orgánico y luego se alejasen pesadamente, pesados por su carga de sangre. Escuchó el ruido de los motores poniéndose en marcha cuando terminó de cavar la tumba con las manos, el tenue rugir de dos coches y el ruido más irregular de la furgomovileta de Smith. Había escuchado las voces de solo dos agentes del orden, lo que significaba que, a menos que hubiera habido un tercer espalda azul sin nada que decir, habían permitido que Smith se fuera conduciendo solo. Roland consideró que aquello era bastante extraño, pero, al igual que la pregunta de si King quedaría o no paralítico, no era de su incumbencia ni podía pensar una respuesta. Lo único que importaba era esto; lo único que importaba era velar por uno mismo.

Hizo tres viajes para recoger piedras, porque una tumba cavada a mano es, por fuerza, una tumba superficial, y los animales, incluso en un mundo domesticado como este, siempre están hambrientos. Clavó las piedras en la cabeza del agujero, y en la tierra se abrió una brecha de un color tan oscuro que podría haber sido satén negro. Acho estaba tendido junto a la cabeza de Jake, observando cómo iba y venía el pistolero, sin decir nada. Siempre se había distinguido de sus compañeros de especie tal como eran desde que el mundo se había movido; Roland incluso se había planteado si era la extraordinaria palabrería de Acho la que había provocado que su tet lo expulsase, y no con amabilidad, precisamente. Cuando se habían encontrado con este individuo, no muy lejos de la ciudad de Paso del Río, estaba famélico y tenía una herida a medio curar en el flanco, producida por un mordisco. El brambo se había encariñado de Jake desde un principio: «Está tan claro como lo que necesita la tierra», habría dicho Cort (o, para el caso, el padre de Roland). Y con quien más había hablado el brambo había sido con Jake. Roland tenía la sensación de que Acho podía quedarse casi callado ahora que el chico estaba muerto, y esa idea era otra forma de definir lo que se había perdido.

Recordó al chico de pie ante el pueblo de Calla Bryn Sturgis, a la luz de las antorchas, con su rostro joven y bello, como si fuera a vivir para siempre. «Me

llamo Jake Chambers, hijo de Elmer, de la estirpe de Eld, del ka-tet del Noventa y Nueve», había dicho. Y, ¡oh, sí!, pues allí estaba, en el Noventa y Nueve, con su tumba cavada, limpia y lista para él.

Roland empezó a llorar de nuevo. Se llevó las manos a la cara y empezó a mecerse sobre las rodillas, inspirando el dulce aroma de las agujas de pino y deseando haberse echado atrás antes de que el ka, ese viejo y paciente demonio, le hubiera enseñado el verdadero precio de su búsqueda. Habría dado cualquier cosa para cambiar lo que había ocurrido, cualquier cosa para tapar ese agujero y dejarlo vacío, pero ese era el mundo en el que el tiempo avanzaba solo en una dirección.

DIEZ

Cuando recuperó la entereza, envolvió a Jake con cuidado en la lona azul, arreglándole una especie de capucha en torno al rostro inmóvil y pálido. Taparía la cara del todo antes de rellenar la fosa, pero no antes.

—¿Acho? —preguntó—. ¿Quieres despedirte?

Acho miró a Roland y, durante un instante, el pistolero no estuvo seguro de si lo había entendido. A continuación, el brambo estiró el cuello y le acarició la mejilla al chico con la lengua por última vez.

—Dios, Ake —dijo. Podía ser «Adiós, Jake» o «¡Dios, Jake!», lo mismo daba.

El pistolero levantó al muchacho (qué liviano era, este muchacho que había saltado del piso superior del granero con Benny Slightman, y se había enfrentado a los vampiros con el padre Callahan, qué curiosamente liviano; como si el peso que había ganado con el crecimiento lo hubiera abandonado junto a la vida) y lo depositó en el agujero. Le cayó un puñadito de tierra en la mejilla y Roland se la limpió. Hecho esto, volvió a cerrar los ojos y pensó. Luego, al final, de forma titubeante, empezó a rezar. Sabía que cualquier traducción a la lengua de ese lugar podría resultar torpe, pero lo hizo lo mejor que pudo. Si el espíritu de Jake vagaba por allí cerca, era esa lengua la que entendería.

—El tiempo vuela, el doble toque de difuntos, la vida pasa, así que escucha mi oración.

»El nacimiento no es nada más que muerte iniciada, así que escucha mi oración.

Las palabras fluyeron en la bruma de verde y oro. Roland las dejó fluir y luego pronunció el resto. En ese momento habló con mayor rapidez.

—Este es Jake, quien sirvió al ka y a su tet. Digo verdad.

»Que la piadosa mirada de S'mana cure su corazón. Digo por favor.

»Que los brazos de Gan lo eleven de la oscuridad de esta tierra. Digo por favor.

»Rodéalo, Gan, de luz.

»Llénalo, Chole, de fuerza.

»Si está sediento, dadle agua en el claro.

»Si está hambriento, dadle comida en el claro.

»Que su vida en esta tierra y el dolor de su fallecimiento se conviertan en un sueño para su alma errante, y que sus ojos capten toda vista hermosa; que encuentre a los amigos que perdió, y que todos aquellos cuyo nombre pronuncie le respondan.

»Este es Jake, quien vivió bien, amó a los suyos y murió como el ka quiso.

»Todo hombre posee una muerte. Este es Jake. Dale paz.

Permaneció arrodillado durante un rato más con las manos juntas y entre las rodillas, pensando que no había entendido el verdadero poder de la tristeza, ni el dolor del arrepentimiento, hasta ese instante.

«No puedo soportar tener que dejarle marchar».

Pero una vez más, se daba esa cruel paradoja: si no lo hacía, el sacrificio habría sido en vano.

Roland abrió los ojos y dijo:

—Adiós, Jake. Te quiero, querido.

Entonces le tapó la cara con la capucha azul para protegerlo de la lluvia de tierra que se produciría a continuación.

ONCE

Cuando la fosa estuvo llena y las piedras dispuestas encima, Roland volvió caminando al claro junto a la carretera y analizó la historia que contaban las diversas huellas, simplemente porque no había otra cosa que hacer. Cuando terminó esa tarea sin sentido, se sentó sobre un tronco caído. Acho se había quedado junto a la tumba y a Roland le daba la impresión de que podría estar esperando allí. Llamaría al brambo cuando la señora Tassenbaum volviera,

aunque sabía que Acho podía no volver; si no lo hacía, supondría que el brambo había decidido reunirse con su amigo en el claro. Se quedaría vigilando junto a la tumba de Jake hasta que el hambre (o algún predador) se lo llevara. La idea intensificó la tristeza que sentía Roland, pero esperaría a la decisión de Acho.

Pasados diez minutos, el brambo salió del bosque solo y se sentó junto a la bota izquierda de Roland.

—Buen chico —dijo Roland, y le acarició la cabeza. Acho había decidido vivir. Era un pequeño detalle, pero era bueno.

Pasados otros diez minutos, un coche de color rojo oscuro llegó casi en silencio hasta el lugar en que habían atropellado a King y matado a Jake. Se detuvo. Roland abrió la puerta del acompañante y entró, e hizo una mueca por un dolor que no existía. Acho saltó y se colocó entre sus pies sin que se lo pidieran, se tumbó con el hocico apoyado en el costado y fue como si se durmiera.

—¿Te has encargado de tu chico? —preguntó la señora Tassenbaum al tiempo que se ponía en marcha.

—Sí. Gracias, sai.

—Supongo que no puedo poner una placa conmemorativa —dijo—. Pero más adelante podría plantar algo. ¿Se te ocurre algo que pudiera gustarle?

Roland levantó la vista y por primera vez desde la muerte de Jake, sonrió:

—Sí —dijo—. Una rosa.

DOCE

Viajaron durante casi veinte minutos sin hablar. Ella se detuvo en una tiendecita, pasada la frontera de Bridgton, y puso gasolina: MOBIL, que era una marca que Roland reconoció por sus viajes. Cuando entró para pagar, alzó la mirada y vio *los ángeles* que surcaban el cielo límpidos y certeros. Era el Camino del Haz, y ya con intensidad, a menos que fuera producto de su imaginación. Si el Haz no era más intenso en ese momento, pronto lo sería. Habían logrado salvarlo, pero Roland no se sentía contento al pensarlo.

Cuando la señora Tassenbaum salió de la tienda, sostenía una camiseta con la foto de una diligencia-biga, una diligenciabiga de verdad, y unas letras escritas dentro de un círculo. Roland pudo distinguir PASADO, pero nada más. Le preguntó a ella qué significaban las palabras.

—FESTIVAL DE LOS DÍAS DEL PASADO EN BRIDGTON, DEL 27 AL 30 DE JULIO DE 1999

—leyó ella—. Lo que diga da igual mientras te tape el pecho. Tarde o temprano tendremos que parar y por estos lares tenemos un dicho: «Sin camisa ni calzado, no hay servicio». Tienes las botas andrajosas y estropeadas, pero supongo que te dejarán entrar en la mayoría de sitios. Pero ¿con el torso desnudo? ¡Nanai!, ¡de eso nada, monada! Te compraré una camisa de mejor calidad más adelante, con cuello, y también un par de pantalones como Dios manda. Esos vaqueros están tan sucios que juraría que se quedan tiesos si te los quitas. —Se sumergió en un breve (aunque acalorado) debate consigo misma y luego habló de forma precipitada—: Tienes, yo diría, unos mil millones de cicatrices. Y eso es solo en la parte visible.

Roland no respondió a ese comentario.

—¿Tienes dinero? —preguntó.

—Cogí trescientos dólares cuando volví a la casa para coger mi coche, y llevaba treinta o cuarenta más encima. Además tengo tarjetas de crédito, pero tu difunto amigo dijo que usáramos efectivo siempre que pudiéramos. Dijo que podría haber unos tíos buscándote. Los llamó «hampones».

Roland asintió con la cabeza. Sí, habría hampones por ahí y, después de todo lo que su ka-tet y él habían hecho para frustrar los planes de su señor, tendrían el doble de ganas de conseguir su cabeza. Preferiblemente humeante y ensartada en una estaca. También la cabeza de sai Tassenbaum, si sabían de su existencia.

—¿Qué más te dijo Jake? —preguntó Roland.

—Que debía llevarte a la ciudad de Nueva York, si querías ir. Dijo que allí hay una puerta que te llevará a un lugar llamado Faydag.

—¿Algo más?

—Sí. Dijo que había otro lugar al que tal vez querrías ir antes de utilizar la puerta. —Le echó una tímida mirada de reojo—. ¿Lo hay?

Él se lo pensó y luego hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—También le dijo algo al perro. Fue como si le diera… ¿órdenes? ¿Instrucciones? —Lo miró con expresión de duda—. ¿Puede ser posible?

Roland creía que sí. Jake le habló a la mujer. En cuanto a Acho… bueno, eso podría explicar por qué el brambo no se había quedado junto a la tumba, pese a lo mucho que le habría gustado.

Durante un rato viajaron en silencio. La carretera en la que estaban iba a parar a otra mucho más transitada, llena de coches y camiones que corrían a altas

velocidades por varios carriles. Ella tuvo que detenerse en un peaje y pagar para poder seguir adelante. El cobrador del peaje era un robot con un brazo en forma de cesta. Roland pensó que lograría conciliar el sueño, pero veía la cara de Jake en cuanto cerraba los ojos. Luego veía el rostro de Eddie, con la venda inútil cubriéndole la cabeza. «Si esto es lo que veo cuando cierro los ojos —pensó—, ¿cómo serán mis sueños?».

Volvió a abrir los ojos y observó cómo ella iba conduciendo despacio, por un desnivel pavimentado, entrando a un flujo de tráfico constante. Se echó hacia un lado y miró por su ventanilla. Allí estaban las nubes, *los ángeles*, avanzando sobre sus cabezas, en esa misma dirección. Seguían en el Camino del Haz.

TRECE

—¿Señor? ¿Roland?

Ella pensó que el pistolero había estado durmiendo con los ojos abiertos. Entonces, Roland se volvió hacia ella, sentado en el asiento del acompañante, con las manos en el regazo, con la buena tapando la mutilada, ocultándola. Ella pensó que jamás había visto a nadie que encajara tan poco en un Mercedes-Benz. Ni en ningún otro coche. También pensó que jamás había visto un hombre que pareciera tan cansado.

«Pero no está agotado. No creo que ni de lejos esté agotado, aunque puede que él opine de otra forma».

—El animal… ¿Acho?

—Acho, sí. —El brambo levantó al vista al escuchar su nombre, pero no lo repitió como habría hecho solo el día anterior.

—¿Eso es un perro? No lo es, exactamente, ¿verdad?

—Él no es eso. Y no, no es un perro.

Irene Tassenbaum abrió la boca y volvió a cerrarla. Era difícil, porque el silencio en compañía era algo que no le parecía natural. Además, estaba con un hombre que le resultaba atractivo, pese a la tristeza y el agotamiento (tal vez, hasta cierto punto, por esos motivos). Un niño moribundo le había pedido que llevase a ese hombre a la ciudad de Nueva York y que lo llevase a los lugares a los que tuviera que ir en cuanto estuvieran allí. Sin embargo, también creía que ese hombre era peligroso. Deseaba hacerle más preguntas, pero ¿y si las contestaba? Entendió que cuanto menos supiera, más posibilidad tenía, en cuanto

él se hubiera ido, de volver a la vida que había vivido hasta las cuatro menos cuarto de esa tarde. Igual que cuando uno se incorpora a una autopista de peaje desde una carretera secundaria. Eso sería lo mejor.

Encendió la radio y encontró una emisora en la que tocaban «Amazing Grace». La siguiente ocasión en la que miró a su extraño compañero, vio que estaba contemplando el cielo que se oscurecía y llorando. Entonces miró hacia el suelo y vio algo mucho más raro, algo que la conmovió como no la había conmovido nada desde hacía quince años, cuando había perdido al bebé en su único intento de tener un hijo.

El animal, que no era un perro, Acho… él también estaba llorando.

CATORCE

Salió por la salida 95, justo pasada la frontera de Massachussets y los registró en un par de habitaciones contiguas, en un antro de mala muerte llamado Motel Brisa Marina. No había pensado en llevar las gafas de conducir, a las que se refiere como «mis gafas de mosca» (porque según dice: «cuando las llevo puedo ver hasta el culo de una mosca»), y, de todas formas, no le gusta conducir de noche. Con gafas de mosca o sin ellas, conducir de noche la ponía de los nervios y eso tenía muchos puntos de acabar en una migraña. Con una migraña no serviría de nada para ninguno de los dos, y el Imitrex la esperaba inútilmente en el botiquín de su casa, en Stoneham.

—Además —le había dicho a Roland—, si esa tal Tet Corporation que estás buscando está en un edificio de oficinas, no podrás entrar hasta el lunes. — Probablemente no fuera cierto; ese era el tipo de hombre que entraba a los lugares cuando él quería. No podías evitar que entrara. Ella supuso que ese era parte de su atractivo para determinado tipo de mujer.

En cualquier caso, no puso objeciones al motel. No, no saldría a cenar con ella, así que ella encontró la franquicia de comida basura más pasable y cercana, y volvió con un poco de cena de madrugada del KFC. Comieron en la habitación de Roland. Irene le puso un plato de comida a Acho sin que se lo pidieran. Acho se comió una sola pieza de pollo, cogiéndolo con delicadeza entre las zarpas, luego entró en el baño y, al parecer, se quedó dormido sobre la alfombrilla que estaba frente a la bañera.

—¿Por qué le habrán puesto a este lugar Brisa Marina? —preguntó Roland. A diferencia de Acho, estaba comiendo un poco de todo, aunque no daba señal de disfrutar. Comía como un hombre en el trabajo—. No me llega el olor a mar.

—Bueno, seguramente, sí que llega cuando el viento sopla en la dirección correcta y hay un huracán —comentó ella—. Es lo que llamamos licencia poética, Roland.

Él asintió, y demostró una comprensión inesperada (en opinión de ella, al menos).

—Mentiras piadosas —dijo Roland.

—Sí, supongo.

Ella encendió la televisión, pensando que eso lo entretendría, pero su reacción la dejó helada (aunque se convenció de que lo que ella sentía era diversión). Cuando le dijo que él no podía verla, no supo cómo tomárselo; primero pensó que era una especie de crítica intelectual velada e infantiloide del medio en sí. Luego pensó que se refería (de la misma forma velada) a su tristeza, su estado de duelo. No fue hasta que Roland le dijo que escuchaba las voces, pero que solo veía líneas que le ponían los ojos llorosos, cuando ella entendió que le estaba diciendo la verdad pura y dura: no podía ver las imágenes de la pantalla. Ni la reposición de *Roseanne*, ni el anuncio de Ab-Flex, ni el busto parlante que daba las noticias locales. Ella aguantó hasta que contaron la historia de Stephen King (a quien habían llevado en un helicóptero de LifeFlight hasta el Hospital Central de Medicina General de Maine, en Lewiston, donde, gracias a una intervención a primera hora de la tarde, le habían salvado la pierna izquierda. Su condición se describía como favorable, con varias operaciones a la vista, y se esperaba que el proceso de recuperación fuera largo e incierto), luego apagó la televisión.

Ella sacó la basura —que siempre era mucho más cuantiosa cuando se consumía comida del KFC—, le dedicó a Roland un inseguro gesto de buenas noches (que él correspondió de forma distraída, con cara de no estar allí, y eso la puso nerviosa y triste), luego se fue a su habitación contigua. Allí vio una hora de una película antigua, en la que Yul Brynner interpretaba el papel de un vaquero robot que había empezado a comportarse como un enajenado, antes de apagarla e ir al baño a cepillarse los dientes. En el baño se dio cuenta —claro, tontorrona— de que había olvidado el cepillo de dientes. Hizo lo que pudo con un dedo, luego se tumbó en la cama, en sujetador y bragas (tampoco había traído el pijama). Pasó una hora antes de darse cuenta de que estaba escuchando con

atención los ruidos que se producían al otro lado de la pared de papel, y un ruido en particular: el impacto de la pistola que él, con consideración, no había sacado del coche para llevarla a la habitación del motel. El único y resonante disparo que habría significado que había puesto fin a su tristeza de la forma más inmediata.

Cuando no pudo soportar el silencio del otro lado de la pared, se levantó, volvió a vestirse y salió al exterior a mirar las estrellas. Allí, sentado en el bordillo, encontró a Roland, con el bicho que no era un perro a su lado. Deseó preguntarle cómo había logrado salir de la habitación sin que ella se diera cuenta (¡las paredes eran tan delgadas y ella había estado escuchando con tanta atención!), pero no lo hizo. Le preguntó qué estaba haciendo allí fuera y sintió que no estaba preparada ni para su respuesta ni para la profunda desnudez del rostro que se volvió para mirarla. Seguía esperando ver una pátina de civilización en él, un asentimiento que le diera señal de un gesto agradable, pero no hubo nada de eso. Su sinceridad era aterradora.

—Me asusta dormirme —respondió—. Me asusta que mis amigos muertos me visiten y que el verlos me mate.

Ella lo miró fijamente bajo la mezcla de luces: la que llegaba desde su habitación y la terrible bruma como de Halloween de los fluorescentes del aparcamiento. Le latía el corazón con tanta fuerza que le temblaba todo el pecho, aunque al hablar su voz sonó bastante relajada:

—¿Ayudaría si me metiera en la cama contigo?

Él lo pensó y asintió.

—Creo que sí.

Ella lo cogió de la mano y entraron juntos en la habitación que ella había pagado. Él se desnudó sin dar señal de vergüenza mientras ella miraba, atemorizada y asustada, las cicatrices que besaban y abollaban su torso: la arruga roja del corte de un cuchillo en un bíceps, el lechoso verdugón de una quemadura el otro, el zigzag blanco de los latigazos entre los omóplatos y sobre ellos, tres profundos hoyuelos que no podían ser otra cosa que agujeros de bala. Y, por supuesto, los dedos que le faltaban en la mano derecha. Sentía curiosidad, pero sabía que jamás se atrevería a preguntar.

Ella se quitó la camisa, dudó, y se quitó también el sujetador. Tenía los pechos caídos y también tenía una cicatriz hundida, por una masectomía, en lugar de por un balazo. ¿Y qué? Jamás había sido una modelo de lencería fina, ni siquiera de joven. Incluso en su juventud jamás había pensado que las tetas y el

culo fueran un medio de vida. Ni había dejado que nadie, incluido su marido, cometiera el error de pensarlo.

Sin embargo se dejó las bragas puestas. Si se hubiera depilado el felpudo, puede que se las hubiera quitado. De haber sabido, al levantarse esa mañana, que se acostaría con un extraño en la habitación de un motel barato mientras un extravagante animal roncaba en la alfombrilla del baño delante de la bañera, ¡claro que habría metido en la maleta un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico Crest!

Cuando él la rodeó con los brazos, suspiró y se puso tensa, luego se relajó. Pero muy poco a poco. Él apretó los muslos contra su trasero y ella sintió el peso considerable de su paquete, aunque, al parecer, él solo buscaba comodidad; tenía el pene fláccido.

Él le cogió el pecho izquierdo y pasó el pulgar por el agujero que le había dejado la cicatriz de la masectomía.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Bueno —dijo ella (ahora ya no se la oía tranquila)—, según mi médico, en cinco años más habría sido un cáncer. Así que lo cortó antes de que pudiera… no lo sé exactamente… la metástasis viene después, si es que llega.

—¿Antes de que pudiera aflorar? —preguntó él.

—Eso es. Sí. Bien. —Tenía el pezón duro como una piedra, y seguramente él lo notó. ¡Era todo tan raro!

—¿Por qué te late el corazón tan deprisa? —preguntó Roland—. ¿Te doy miedo?

—Yo… sí.

—No tengas miedo —dijo—. Lo de matar se ha terminado. —Se hizo un prolongado silencio en la oscuridad. Se podía oír el lejano runrún de los coches en la autopista de peaje—. De momento —añadió.

—Ah —dijo ella con un hilo de voz—. Bien.

La mano de él en su pecho. El aliento de él en su cuello. Después de un rato interminable que podría haber sido una hora o solo cinco minutos, la respiración de Roland se hizo más pausada y ella supo que se había quedado dormido. Se sentía encantada y desilusionada al mismo tiempo. Pasados unos minutos, ella también se quedó dormida, y fue el mejor sueño del que había disfrutado en años. Si él tuvo pesadillas de sus amigos desaparecidos, a ella no la molestó. Cuando se despertó a la mañana siguiente eran las ocho en punto y él estaba

desnudo junto a la ventana, mirando hacia el exterior, a través de una rendija que había abierto en las cortinas con un dedo.

—¿Has dormido? —le preguntó ella.

—Un poco. ¿Nos vamos?

QUINCE

Podrían haber llegado a Manhattan a las tres de la tarde, y conducir por la ciudad en domingo habría sido mucho más fácil que en la hora punta del lunes por la mañana, pero las habitaciones de hotel en Nueva York eran caras e incluso dormir en una habitación doble habría supuesto utilizar una tarjeta de crédito. Se alojaron en un Motel 6 de Harwich, en Connecticut. Ella cogió una habitación individual y esa noche él le hizo el amor. No porque lo deseara exactamente, ella lo notó, sino porque entendía que eso era lo que ella quería. Quizá fuera lo que ella necesitaba.

Fue extraordinario, aunque no podría haber explicado el motivo exacto; pese a sentir esas cicatrices entre sus manos —algunas ásperas y otras tersas—, fue la sensación de hacer el amor con un sueño. Y esa noche ella sí soñó. Soñó con un campo lleno de rosas y una esbelta Torre hecha de piedra de pizarra negra que se alzaba en el horizonte. A cierta distancia refulgían unas lámparas rojas… solo que a ella le dio la impresión de que no eran lámparas, sino ojos.

Unos ojos terribles.

Escuchó muchas voces cantarinas, miles de voces, y entendió que algunas eran voces de los amigos perdidos de Roland. Se despertó con lágrimas en las mejillas y sensación de pérdida, aunque él seguía a su lado. Después de aquel día no volvería a verlo. Y eso era lo mejor. Aun así, habría dado todo en su vida por que él le hubiera hecho otra vez el amor, aunque entendía que no había estado haciendo el amor precisamente con ella; incluso cuando se corrió dentro de ella, tenía los pensamientos muy lejos, con esas voces.

Esas voces perdidas.



CAPÍTULO III
OTRA VEZ NUEVA YORK
(ROLAND ENSEÑA SU IDENTIFICACIÓN)

UNO

La mañana del 21 de junio de 1999, el sol había salido en la ciudad de Nueva York como si Jake Chambers no yaciera muerto en un mundo y Eddie Dean en otro; como si Stephen King no estuviera en la sala de cuidados intensivos del hospital de Lewiston, entrando a la luz de la conciencia solo durante breves intervalos; como si Susannah Dean no estuviera, sola con su pena, a bordo de un tren que corría sobre unas vías viejas y peligrosas por las oscuras tierras baldías de Tronido hacia la ciudad fantasma de Fedic. Había otros que se habían ofrecido para acompañarla en su viaje, al menos hasta allí, pero ella les había pedido que le dejaran espacio, y ellos habían cumplido con su deseo. Sabía que se sentiría mejor si lloraba, pero hasta ese momento había sido incapaz de hacerlo —se le habían escapado un par de lágrimas, como las lloviznas insignificantes en el desierto, eso había sido lo máximo que había conseguido—, aunque tenía la terrible sensación de que las cosas estaban peor de lo que sabía.

«Joder, esa puta mierda no es una “sensación” —se jactó Detta con desprecio desde el lugar que ocupaba en lo profundo, mientras Susannah permanecía sentada mirando las oscuras y pedregosas tierras baldías o las ruinas, que se veían aquí y allá, de las ciudades y pueblos que habían sido abandonados cuando el mundo se movió—. ¡Tú teniendo una intuición de nenaza! La única pregunta que no puedes responder es si el que se ha ido a hacerle una visitita a tu hombre en el claro es el tío ese viejo, feo y alto o tu cielito, el joven».

—Por favor, no —murmuró—. Por favor, que no sea ninguno de los dos, Dios, no puedo soportar otra más.

Sin embargo, Dios seguía haciendo oídos sordos a sus ruegos, Jake estaba muerto, la Torre Oscura seguía en pie en el horizonte de Can'-Ka No Rey y proyectaba su sombra sobre un millón de rosas chillonas y, en Nueva York, el caluroso sol de verano salió, fuera justo o injusto.

¿Podéis cantar un aleluya?

Gracias, sai.

Ahora que alguien grite una fuerte bomba de Dios, amén.

DOS

La señora Tassenbaum dejó el coche en el aparcamiento de un Sir Speedy-Park, en la calle Sesenta y tres (la señal de la acera mostraba un caballero con armadura tras una rueda de Cadillac, su lanza salía con garbo por la ventanilla del conductor), donde ella y David tenían alquiladas dos plazas para todo el año. Tenían un piso por allí cerca e Irene le preguntó a Roland si le gustaría ir allí y asearse… aunque el hombre, en realidad, no tenía tan mal aspecto, tenía que reconocerlo. Le había comprado unos vaqueros nuevos y una camisa abotonada blanca que él se había remangado hasta los codos; también le había comprado un cepillo y un tubo de gomina tan fuerte que su composición molecular seguramente era más parecida a la del Super-Glue que a la del gel fijador Vitalis. Con la rebelde mata de pelo, moteada de canas, peinada hacia atrás, con la frente despejada, ella había dejado a la vista la belleza y los rasgos angulosos de un interesante híbrido: una mezcla de cuáquero y cheroki fue lo que imaginó. La bolsa de Orizas volvía a estar colgada de su hombro. Su pistola, con la cartuchera colgada al cinto de municiones, también volvía a estar en su sitio. La había ocultado de las miradas curiosas con la camiseta de Festival de los Tiempos Pasados.

Roland sacudió la cabeza.

—Agradezco el ofrecimiento, pero prefiero hacer cuanto antes lo que debo hacer y volver al lugar al que pertenezco. —Estudió a la multitud apresurada de las aceras con la mirada sombría—. Si es que pertenezco a alguna parte.

—Deberías quedarte en mi piso durante un par de días y descansar —sugirió ella—. Yo me quedaría contigo. —«Y te mataría a polvos, si a bien tienes»,

pensó, y no pudo evitar una sonrisa—. Bueno, ya sé que no querrás, pero tienes que saber que la oferta sigue en pie.

Él asintió con la cabeza.

—Os lo agradezco, pero hay una mujer que necesita que vuelva con ella en cuanto pueda. —A él mismo le sonó a mentira, a mentira grotesca. Basándose en todo lo ocurrido, en parte creía que Susannah Dean necesitaba que Roland de Gilead volviera a su vida tanto como los bah-bos de la enfermería necesitaban que pusieran veneno para ratas en sus biberones nocturnos. Sin embargo, Irene Tassenbaum lo aceptó. Y parte de ella estaba realmente impaciente por volver con su marido. Lo había llamado la noche anterior (desde una cabina que estaba a un kilómetro y medio del motel, por si las moscas), y le dio la sensación de que por fin había logrado volver a captar la atención de David Seymour Tassenbaum. En comparación con su encuentro con Roland, la atención de David era, sin duda alguna, un segundo premio, pero era mejor que nada, ¡por Dios! Roland Deschain desaparecería pronto de su vida, y la dejaría sola para regresar al norte de Nueva Inglaterra y para explicar lo que había ocurrido lo mejor posible. En cierto modo, la entristecía la pérdida inminente, pero ya había tenido suficiente aventura durante las últimas cuarenta horas, más o menos, para el resto de su vida, ¿verdad? Y cosas en las que pensar, eso también. Para empezar, parecía como si el mundo fuera más ralo de lo que ella había imaginado. Y la realidad más amplia.

—Está bien —dijo ella—. Querías ir a la Segunda Avenida con la Cuarenta y seis, ¿verdad?

—Sí. —Susannah no había tenido oportunidad de contarles mucho sobre sus aventuras después de que Mia hubiera secuestrado su cuerpo compartido, pero el pistolero sabía que había un edificio alto, que Eddie, Jake y Susannah llamaban rascacielos, que ahora estaba situado junto a un solar vacío, y que la Tet Corporation tenía que estar sin duda en su interior—. ¿Necesitaremos un tac-si?

—¿Tu amiguito peludo y tú podéis caminar unas diecisiete manzanas cortas y dos o tres de las largas? Tú decides, pero a mí no me importaría estirar un poco las piernas.

Roland no sabía cuánto podría tardar en caminar una manzana corta o una larga, pero se sentía más que deseoso de averiguarlo ahora que el profundo dolor de la cadera derecha había desaparecido. Stephen King tenía el dolor, junto con el de las costillas machacadas y la parte derecha de la cabeza partida. Roland no

lo envidiaba por esos dolores, al menos habían vuelto a la persona a quien correspondían.

—Vamos —dijo.

TRES

Pasados quince minutos, Roland estaba en la calle que quedaba justo enfrente a la estilizada y oscura estructura que se elevaba hacia el cielo de estío, intentado no quedar tan boquiabierto que se le dislocara la mandíbula hasta que le llegara al pecho. No era la Torre Oscura, no era su Torre Oscura, al menos (aunque no le habría sorprendido enterarse de que había personas trabajando en esa torre del cielo —algunos de ellos lectores de las aventuras de Roland—, que llamaban número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld, exactamente así), aunque no le cabía duda de que era la representación de la Torre en Mundo Piedra Angular, al igual que la rosa representaba un campo lleno de las mismas flores; el campo que había visto en tantos sueños.

Desde ese lugar podía escuchar las voces cantoras, incluso a pesar de todo el trajín y la algarabía del tráfico. La mujer tuvo que llamarlo por su nombre tres veces y al final tuvo que tirarle de la manga para llamar su atención. Cuando él se volvió para mirarla, a regañadientes, vio que ella no estaba mirando la torre de enfrente (se había criado en Manhattan y los edificios altos ya no eran una novedad), sino el parque en miniatura que había al otro lado de la calle. Su expresión era de complacencia.

—¿Verdad que es un lugarcillo encantador? Debo de haber estado en esta esquina un centenar de veces y jamás me había fijado en él hasta ahora. ¿Ves esa fuente? ¿Y la escultura de la tortuga?

Sí, la veía. Y aunque Susannah no les había contado esa parte de la historia, Roland sabía que ella había estado allí —junto con Mia, hija de nadie— y se sentó en el banco más cercano al caparazón húmedo de la tortuga. Prácticamente podía ver a Susannah allí.

—Me gustaría entrar —dijo ella con timidez—. ¿Podemos? ¿Hay tiempo?

—Sí —respondió él, y la siguió a través de la puertecilla de forja.

CUATRO

El parque en miniatura era un remanso de paz, aunque no estaba del todo en silencio.

—¿Escuchas a esas personas que cantan? —preguntó la señora Tassenbaum con un hilo de voz que apenas llegaba a susurro—. ¿Un coro que llega de algún sitio?

—Puedes apostar tu último dólar a que sí —respondió Roland, y se arrepintió de inmediato. Había aprendido la expresión de Eddie, y utilizarla le dolía. Se dirigió hacia la tortuga y clavó una rodilla en el suelo para examinarla más de cerca. Le faltaba un pequeño fragmento en el pico, lo que le dejaba un hueco como si le faltara un diente. En el caparazón tenía un arañazo con forma de signo de interrogación, y unas letras de color rosa desvahído.

—¿Qué dice? —preguntó ella—. Algo sobre una tortuga, pero eso es todo lo que distingo.

—«Ved a la tortuga de tremenda grandeza». —Él lo supo sin necesidad de leerlo.

—¿Qué significa?

Roland se puso en pie.

—Es demasiado largo para explicarlo. ¿Podrías esperarme mientras entro allí? —Señaló con la cabeza en dirección a la torre con sus negras ventanas de cristal brillando al sol.

—Sí —afirmó ella—. Puedo esperarte. Me quedaré sentada en el banco al sol y te esperaré. Es… refrescante. ¿Verdad que es una locura?

—No —respondió él—. Si alguien te mira no creas que puedes hablar con él, Irene, creo que es poco probable, porque este es un lugar seguro, pero desde luego que puede ocurrir, concéntrate tanto como puedas y llámame.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Te estás refiriendo a que use la percepción extrasensorial?

Él no sabía qué significaba percepción extrasensorial, pero entendió qué quería decir y asintió con la cabeza.

—¿Lo has entendido? ¿Me entiendes?

Roland no estaba seguro de haberlo entendido. El edificio podía estar equipado con artilugios que ensordeciesen la transmisión —como las gorras de pensar que llevaban los can-toi— que la harían imposible.

—Puede que sí. Y, como te digo, no es probable que haya problemas. Este es un lugar seguro.

Ella miró a la tortuga, su caparazón brillaba por el rocío de la fuente.

—Es un lugar seguro, ¿verdad? —Ella empezó a sonreír, luego lo dejó—. Volverás, ¿verdad? ¿No me dejarás aquí tirada sin al menos… —Levantó un hombro. El gesto la hizo parecer muy joven—… sin al menos despedirte?

—Jamás en la vida. Y mis asuntos en la torre no deberían llevarme mucho tiempo. —De hecho, difícilmente tendría ningún asunto si no… es decir, si quien se encargaba de la Tet Corporation en ese momento tenía algún asunto que resolver—. Tenemos otro lugar al que ir, y allí es donde Acho y yo nos separaremos de ti.

—Está bien —dijo ella, y se sentó en el banco con el brambo a los pies. El extremo del banco estaba mojado y ella llevaba unos pantalones nuevos (que había adquirido en la compra rápida en la que habían pescado para Roland la camisa y los vaqueros nuevos), pero eso no le importó. Se secarían pronto en ese cálido y soleado día, además, se había dado cuenta de que quería permanecer junto a la escultura de la tortuga. Para observar con detalle esos ojillos negros y atemporales mientras se deleitaba con aquellas delicadas voces. Pensó que podría resultar muy relajante. Era un adjetivo que jamás habría relacionado con Nueva York, pero es que aquel era un lugar muy poco típico de esa ciudad, con esa sensación de tranquilidad y paz. Pensó en que podría llevar a David hasta allí, que si pudieran sentarse en ese banco, él podría escuchar la historia de por qué ella se había ausentado durante tres días sin pensar que estaba loca. O demasiado loca.

Roland empezó a alejarse, se movía con gracilidad, como si pudiera caminar durante días y semanas sin variar el rumbo. «No me gustaría encontrarlo en mi camino», pensó ella y se estremeció ligeramente al pensarlo. Él llegó a la puerta de forja por la que pasó a la acera, luego se volvió hacia Irene una vez más. Habló con un agradable sonsonete.

«¡Ved a la TORTUGA de tremenda grandeza!
Sobre su caparazón sostiene la tierra,
de pensamiento lento, pero con buenas intenciones;
nos tiene a todos en sus cavilaciones.
Sobre su caparazón sostiene lo verdadero,
allí el amor y el deber se unieron.
Ama la tierra y ama el mar,
y a un niño como yo es capaz de amar».

Luego la dejó, se alejó con rapidez y destreza, sin mirar atrás. Ella se quedó sentada en el banco, observando cómo esperaba con las otras personas apelotonadas en la acera a que el semáforo se pusiera en verde, luego cruzó, con la bolsa de piel que llevaba colgada al hombro rebotando ligeramente contra la cadera. Lo miró mientras subía la escalera del número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld hasta que desapareció de su vista al entrar. Luego se recostó, cerró los ojos y escuchó a las voces cantar. En un momento determinado se dio cuenta de que al menos dos de las palabras que estaban cantando eran las que componían su nombre.

CINCO

A Roland le dio la impresión que esas numerosas multitudes de yentes se dirigían al interior del edificio, pero era la percepción de un hombre que había pasado los últimos años de su búsqueda, en gran parte, en lugares desiertos. Si hubiera llegado a las nueve menos cuarto, mientras había gente que todavía estaba llegando a trabajar, en lugar de a las once menos cuarto, habría quedado boquiabierto por la afluencia de cuerpos. En ese momento, la mayoría de las personas que trabajaban allí estaban instaladas en sus despachos y cubículos, generando kilos de papel y bytes de información.

Las ventanas del vestíbulo eran de cristal traslúcido y también lo eran los de otras dos plantas, o tal vez tres. Como consecuencia, el vestíbulo estaba inundado de luz, y cuando Roland entró, la congoja que lo había poseído en el momento en que se encontraba arrodillado junto a Eddie en la calle de Pleasantville, se esfumó. Allí las voces cantoras se escuchaban con mayor intensidad, no era un coro, sino una gran coral. Y, según vio, no era el único que las escuchaba. En la calle, la gente iba a toda prisa y mirando al suelo, con expresión de distraída concentración en el rostro, como si no quisieran contemplar la delicada y perenne belleza del día que se les había concedido; allí no podían evitar sentir, al menos en parte, aquello con lo que el pistolero estaba tan perfectamente armonizado, y que bebía como agua en el desierto.

Como si fuera un sueño, cruzó las baldosas de mármol rosa, escuchando el eco del taconeo de sus botas, escuchando la vaga y variante conversación que sostenían los Orizas en la bolsa. Pensó: «A las personas que trabajan aquí les gustaría vivir aquí. Puede que no lo sepan, no de forma explícita, pero es lo que

les gustaría. Las personas que trabajan aquí buscan pretextos para salir tarde. Y vivirán unas vidas longevas y productivas».

En el centro de la alta y retumbante sala, el caro suelo de mármol dejaba paso a un recuadro de modesta tierra oscura. Estaba rodeado por unos cordones de terciopelo burdeos, pero Roland sabía que ni siquiera hacía falta que las cuerdas estuvieran allí. Nadie transgrediría el límite de ese pequeño jardín, ni siquiera un can-toi suicida, desesperado por hacerse un nombre. Era tierra santa. Había tres palmeras enanas, y plantas de una especie que no había visto desde que había abandonado Gilead: espatifilo, así creía que se llamaba allí, aunque puede que en ese mundo no tuviera el mismo nombre. También había otras plantas, pero solo importaba esa.

En medio del recuadro, sola, estaba la rosa.

No la habían transplantado; Roland se dio cuenta enseguida. No. Había estado allí desde 1977, cuando el lugar donde se encontraba él en ese momento era un solar vacío, lleno de basura y ladrillos rotos, dominado por un cartel que anunciaba la pronta construcción de los Apartamentos de lujo de Turtle Bay, proyecto de Construcciones Mills y Fincas Sombra Asociados. Ese edificio, con sus cien plantas, había sido construido pese a la rosa y en torno a ella. Fueran cuales fuesen los negocios que se hacían allí quedaban en segundo plano comparado con ese hecho.

El número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld era un santuario.

SEIS

Alguien le dio una palmadita en el hombro a Roland y él se volvió tan deprisa que atrajo miradas alarmadas. Él mismo se sobresaltó. Hacía muchos años, puede que desde sus primeros años de adolescencia, que nadie había sido lo suficientemente sigiloso como para acercarse a esa corta distancia sin que él lo oyera. Y con ese suelo de mármol, tendría que haber…

La mujer joven (y extremadamente hermosa) que se había acercado a él se sintió sin duda sorprendida por lo repentino de su reacción, pero cuando estiró las manos para cogerla por los hombros se le juntaron en el aire, y produjeron una suave palmada que rebotó en el techo, un techo que era tan alto como en la Cuna de Lud, cuando menos. Los ojos verdes de la mujer eran grandes y de mirada cautelosa, y él podría haber jurado que no tenía nada de malo, aun así, el

hecho de que primero se hubiera sorprendido y que luego no estuviera allí en realidad…

Miró a los pies de la mujer y entonces obtuvo al menos parte de la respuesta. Llevaba una clase de zapatos que no había visto jamás, algo con unas gruesas suelas de espuma y lo que podría haber sido un forro de lona. Así que se moverían con la suavidad de unos mocasines con suela dura. En cuanto a la mujer en sí…

Una doble y extraña certeza se le ocurrió al mirarla: en primer lugar que ya había «visto el bote en que ella llegó», que era como a veces se expresaba el parecido familiar en algunas ocasiones en Calla Bryn Sturgis; en segundo lugar, que en ese mundo se criaba una sociedad de pistoleros, en ese mundo especial de Piedra Angular, y que se le había acercado uno de ellos.

¿Y qué mejor lugar para un encuentro que a la vista de la rosa?

—Veo a tu padre en tu rostro, pero no logro recordar cómo se llama —dijo Roland con un hilo de voz—. Dime quién era, si a bien tienes.

La mujer sonrió y Roland casi recordó el nombre que estaba buscando. Entonces se le volvió a olvidar, como solía ocurrir con esas cosas: la memoria podía ser traicionera.

—No lo has conocido… aunque puedo entender que creas lo contrario. Te lo diré más tarde si quieres, pero ahora mismo le llevaré arriba, señor Deschain. Hay una persona que quiere… —Durante un instante puso cara de timidez, como si alguien le hubiera indicado que debía utilizar una palabra determinada para que se riera. Entonces le salieron unos hoyuelos en las comisuras de la boca y sus ojos verdes se achinaron de forma encantadora; era como si estuviera pensando: «Si se quieren reír de mí, pues que se rían»—… que quiere garlar contigo. —Y se calló.

—Está bien —respondió él.

Ella le tocó ligeramente el hombro, para retenerlo donde se encontraba durante un instante más.

—Me ha pedido que me asegure de que leas el cartel del Jardín del Haz —dijo—. ¿Lo harás?

La respuesta de Roland fue seca, aunque contenía cierto tono de disculpa.

—Lo haré si debo —dijo—, pero siempre he tenido problemas con vuestra lengua escrita, aunque, al parecer, la hablo bien cuando estoy en este lado.

—Creo que esto sí sabrás leerlo —dijo ella—. Inténtalo. —Y volvió a tocarle el hombro para hacer que se volviera, amablemente, en dirección hacia el

recuadro de tierra del vestíbulo; no era tierra que hubieran llevado hasta allí en carretillas, transportada por un equipo de hábiles jardineros, él lo sabía, sino que era la tierra original de ese lugar, un terreno que podría haber sido embaldosado, pero que no habían tocado.

Al principio no le fue mejor con la pequeña placa de bronce que había en el jardín que con la mayoría de carteles de las vitrinas o las palabras de las portadas de los «perdió-nicos». Estaba a punto de comentarlo, de pedirle a la mujer con el rostro ligeramente familiar que se lo leyera, cuando las letras cambiaron y se convirtieron en las Letras Mayores de Gilead. Entonces pudo leer lo que estaba escrito, y con facilidad. Cuando terminó, volvieron a cambiar.

—Bonito truco —dijo—. ¿Ha sido como reacción a mis pensamientos?

Ella sonrió —tenía los labios cubiertos con una sustancia rosada con aspecto de caramelo— y asintió con la cabeza.

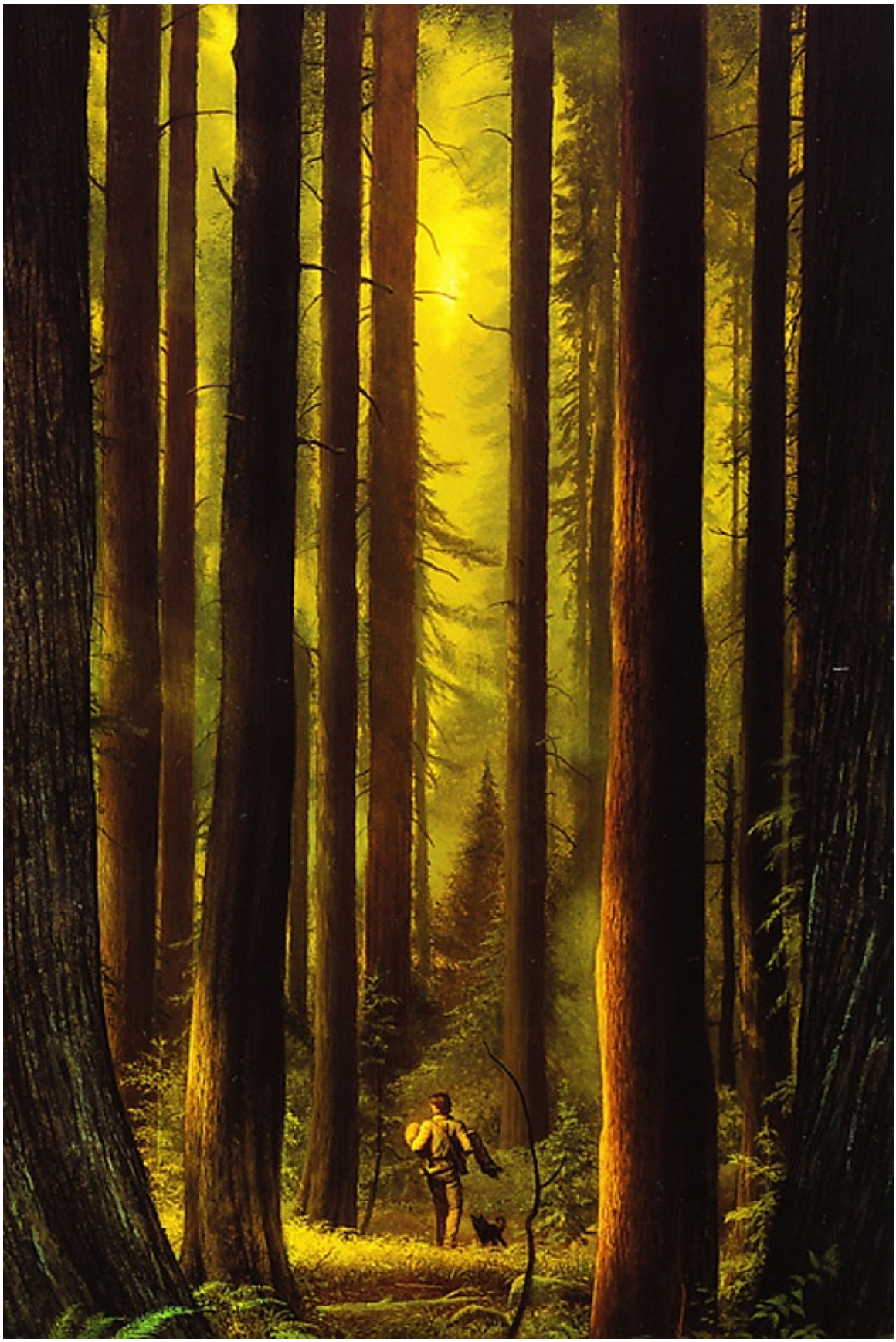
—Sí. Si fueras judío lo habrías visto en hebreo. Si fueras ruso, habría estado en cirílico.

—¿Dices verdad?

—Digo verdad.

El vestíbulo había recuperado su ritmo normal… salvo que, según lo entendió Roland, el ritmo de ese lugar jamás había sido como en otros edificios de oficinas. Los que vivían en Tronido sufrían toda su vida dolencias, como forúnculos y eccemas, migrañas y pitidos auditivos; al final de la enfermedad morían (seguramente a una edad temprana) de alguna afección larga y dolorosa, lo más probable es que fuera un cáncer que se propagaba deprisa y que quemaba los nervios como arbustos a medida que avanzaba. Allí ocurría justo lo contrario: salud y armonía, buena voluntad y generosidad. Esas yentes no escuchaban el canto creciente, no exactamente, aunque no lo necesitaban. Eran afortunados, y, en cierta forma, cada uno de ellos lo sabía… que era lo más afortunado de todo. Roland los observaba ir y venir de las cajas elevadoras que llamaban ascendedores con vivacidad, moviendo con brío sus bultos, sus artillas y sus bártulos, y ninguno de ellos seguía un recorrido en línea totalmente recta desde las puertas. Unos pocos llegaban hasta lo que la joven había llamado el Jardín del Haz, pero incluso los que no acudían allí torcían sus pasos brevemente en esa dirección, como si se sintieran atraídos por un poderoso imán. ¿Y si alguien intentaba dañar la rosa? Roland vio que había un guardia de seguridad, sentado en una mesita junto a los ascensores, pero era gordo y viejo. Pero eso no importaba. Si alguien hacía un movimiento amenazador, todos los presentes en

el vestíbulo escucharían un grito de alarma en sus cabezas, tan penetrante y exhortante como ese agudo silbato que solo los perros pueden escuchar. Y se congregarían en torno al supuesto asesino de la rosa. Lo harían con extrema rapidez y sin tener para nada en cuenta su propia seguridad. La rosa había sido capaz de protegerse a sí misma cuando había crecido entre los escombros y las malas hierbas del solar vacío (o al menos había atraído a personas que la protegían), y eso no había cambiado.



—¿Señor Deschain? ¿Está listo ya para subir?

—Sea —respondió él—. Llévame donde digas.

SIETE

Fue capaz de entender por qué le sonaba el rostro de la mujer justo cuando llegaron al ascendedor. Quizá fuera por verla de perfil, un rasgo relacionado con la forma de sus pómulos. Recordó a Eddie contándole su conversación con Calvin Torre después de que Jack Andolini y George Biondi hubieran salido del Restaurante de la Mente de Manhattan. Torre había estado hablando de la familia de su amigo más antiguo. «Les gusta presumir de que tienen el membrete legal más exclusivo de Nueva York, tal vez en todo Estados Unidos. Dice simplemente: DEEPNEAU».

—¿Eres la hija de sai Aaron Deepneau? —le preguntó—. Seguro que no, eres demasiado joven. ¿Eres su nieta?

La sonrisa de la mujer se esfumó.

—Aaron nunca tuvo hijos, señor Deschain. Soy la nieta de su hermano mayor, pero mis padres y mi abuelo murieron jóvenes. Se podría decir que Airy fue quien me crio.

—¿Lo llamas así? ¿Airy? —Roland estaba encantado.

—De niña sí, y se quedó con el nombre. —Extendió una mano y volvió a sonreír—. Nancy Deepneau. Y estoy encantadísima de conocerle. Un poco asustada, pero encantada.

Roland le estrechó la mano, pero el gesto fue superficial, apenas un roce. Luego, con mucho más sentimiento (porque ese era el ritual con el que había crecido, el que entendía), se llevó un puño a la frente e inclinó una pierna.

—Largos días y placenteras noches, Nancy Deepneau.

Su sonrisa se amplió hasta convertirse en una alegre sonrisa de oreja a oreja.

—¡Y que tú veas el doble, Roland de Gilead! Y que tú veas el doble.

Llegó el ascendedor, lo cogieron, y se dirigieron al piso noventa y nueve.

OCHO

Las puertas se abrieron a un enorme vestíbulo circular. La moqueta del suelo era de un tono rosado oscuro que pegaba a la perfección con el color de la rosa. Enfrente del ascendedor había una puerta de cristal con la indicación TET CORPORATION. Al otro lado de la puerta, Roland vio otro vestíbulo más pequeño donde había una mujer sentada tras una mesa de escritorio, que, por lo visto, hablaba sola. A la derecha de la puerta del vestíbulo exterior había dos hombres vestidos con traje de negocios. Estaban charlando, con las manos en los bolsillos y apariencia relajada, pero Roland se dio cuenta de que no estaban para nada relajados. Además iban armados. Las chaquetas de los trajes estaban bien confeccionadas, pero un hombre que sabe cómo buscar una pistola suele verlas, si es que hay una pistola. Esos dos tipos llevarían en el vestíbulo una hora, puede que dos (era difícil, incluso para los hombres buenos, permanecer completamente alerta durante más tiempo) haciendo su numerito de estar charlando cada vez que llegaba el ascendedor, listos para reaccionar al instante si se olían que algo andaba mal. A Roland le pareció bien.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo mirando a los guardias. En cuanto los hubo identificado como lo que eran, dejó que su mirada se dirigiera donde había deseado desde el momento en que las puertas del ascendedor se abrieron. Había una enorme imagen en blanco y negro en la pared que quedaba a su izquierda. Se trataba de una foto (al principio él creía que la palabra era fetografía) de un metro y medio de alto por uno de ancho. Estaba montada sin marco, adaptada con tanta astucia a la forma de la pared que parecía como un agujero que dejaba a la vista alguna realidad estática y poco natural. Tres hombres con vaqueros y camisas con el cuello abierto estaban sentados sobre una valla, con las botas metidas por el tablón más cercano al suelo. Roland se preguntó cuántas veces habría visto a los vaqueros, o a las *pastorcillas*[18], sentados justo de esa forma mientras contemplaban cómo marcaban al hierro a los caballos salvajes, los laceaban, los castraban o los domaban. Cuántas veces, él mismo se había sentado así, algunas veces con uno o más miembros de su tet —Cuthbert, Alain, Jamie DeCurry— sentado a su lado, como John Cullum y Aaron se sentaban flanqueando al hombre negro con las gafas de marco dorado y el bigotillo canoso. El recuerdo le provocó dolor y no era un simple dolor psicológico; se le encogió el estómago y se le aceleró el corazón. Los tres que estaban en la foto habían sido retratados riéndose de algo, y el resultado era una especie de

perfección atemporal; uno de esos escasos momentos en que los hombres se sienten felices de ser quiénes son y de estar dónde están.

—Los padres fundadores —dijo Nancy. Su voz sonó a un tiempo entretenida y triste—. Esa foto se tomó durante un retiro de ejecutivos en 1986. En Taos, Nuevo México. Tres chicos de ciudad en el campo, ¿qué te parece? ¿Y verdad que parece que se lo están pasando como nunca?

—Dices verdad —afirmó Roland.

—¿Los conoces a los tres?

Roland asintió con la cabeza. Los conocía, claro, aunque jamás había conocido a Moses Carver, el hombre del centro. El socio de Dan Holmes, el padrino de Odetta Holmes. En la foto parecía un robusto y saludable setentón, pero seguro que en 1986 tenía casi ochenta años. Puede que ochenta y cinco. Roland se recordó a sí mismo, por supuesto, que en aquel lugar tenía algo que escapaba a la lógica: la maravilla que acababa de ver en el vestíbulo del edificio. La rosa no era una fuente de eterna juventud al igual que la tortuga del pequeño parque de bolsillo no era la verdadera Maturin, pero ¿creía que poseía ciertas propiedades? Sí, lo creía. ¿Ciertas propiedades curativas? Sí, lo creía. ¿Creía que los nueve años de vida que Aaron Deepneau había disfrutado entre 1977 y la época en que sacaron esa foto, en 1986, habían sido posibles gracias, únicamente, a píldoras de sustitución del *Prim* y de tratamientos médicos del Pueblo Antiguo? No, no lo creía. Esos tres hombres, Carver, Cullum y Deepneau, se habían reunido, de forma casi mágica, para luchar por la rosa en su vejez. Su historia, según creía el pistolero, podría escribirse en un libro aparte, y, con seguridad, sería un libro bueno y muy emocionante. Roland creía en lo más sencillo: la rosa había demostrado su gratitud.

—¿Cuándo murieron? —le preguntó a Nancy Deepneau.

—John Cullum fue el primero, en 1989 —respondió ella—. Lo mataron de un disparo. Resistió doce horas en el hospital, lo suficiente para que todo el mundo se despidiera de él. Estaba en Nueva York para la reunión anual de la junta directiva. Según el Departamento de Policía de Nueva York fue un atraco callejero con trágico desenlace. Nosotros creemos que lo mató un agente o de Sombra o de North Central Positronics. Seguramente, un can-toi. Hubo otros intentos fallidos.

—Sombra y Positronics son lo mismo —aclaró Roland—. Son organismos del Rey Carmesí en este mundo.

—Lo sabemos —respondió ella, luego señaló al hombre de la izquierda de la

foto, al que se parecía tantísimo—. El tío Aaron vivió hasta 1992. Cuando tú lo conociste… ¿En 1977?

—Sí —respondió Roland.

—En 1977, nadie habría creído que viviría tanto tiempo.

—¿También lo mataron las yentes canallas?

—No, el cáncer volvió, eso fue todo. Murió en la cama. Yo estaba con él. La última noche dijo: «Dile a Roland que hicimos lo que pudimos». Así que ya te lo he dicho.

—Os lo agradezco, sai. —Roland escuchó la dureza de su voz y esperó que ella la confundiera con cortesía. Muchos eran los que habían hecho lo que habían podido por él, ¿no era así? Habían sido muchísimos, empezando por Susan Delgado, a lo largo de todos esos años.

—¿Estás bien? —le preguntó con una voz tenue y compasiva.

—Sí —afirmó él—. Estoy bien. ¿Y Moses Carver? ¿Cuándo falleció?

Ella enarcó las cejas y se rio.

—¿Qué…?

—¡Júzgalo por ti mismo!

Ella señaló hacia las puertas de cristal. En ese momento, aproximándose hacia ellos, pasó junto a la mujer abstraída de la mesa, que aparentemente estaba hablando sola, un hombre arrugado con una suave y esponjosa melena de pelo suelto y unas cejas canosas a juego. Tenía la piel oscura, pero la mujer en la que se apoyaba tenía la piel incluso más oscura. Era alto, puede que midiera un metro ochenta y nueve, si se enderezaba, pero la mujer era incluso más alta, al menos medía uno noventa y ocho. Su rostro no era bello, sino de una hermosura prácticamente salvaje. Era el rostro de una guerrera.

El rostro de una pistolera.

NUEVE

De haber tenido Moses Carver la columna derecha, Roland y él habrían quedado cara a cara. Tal como estaba, Carver tuvo que alzar la vista ligeramente, lo que hizo estirando el cuello, como un pájaro. En realidad, parecía incapaz de doblar el cuello; la artritis lo había dejado encajado. Tenía los ojos marrones, el blanco de sus órbitas era tan turbio que resultaba difícil determinar dónde acababan los

iris, y se veían llenos de alegres risas tras las gafas de marco dorado. Seguía teniendo el bigotillo canoso.

—¡Roland de Gilead! —dijo—. ¡Cuántas ganas tenía de conocerle, señor! Creo que es lo que me ha mantenido vivo durante tanto tiempo tras el fallecimiento de John y Aaron. ¡Déjame libre un minuto, Marian, déjame libre! ¡Hay algo que tengo que hacer!

Marian Carver lo soltó y miró a Roland. Él no escuchó la voz de la mujer en su cabeza, pero no fue necesario; lo que ella tenía que decirle estaba claro en su mirada: «Cogedlo si se cae, sai».

Sin embargo, el hombre que Susannah había llamado Papi Mose no se cayó. Se llevó un artrítico puño no muy apretado a la frente, luego dobló la rodilla derecha y aguantó todo el peso de su cuerpo con esa temblorosa pierna.

—Salve, oh, último pistolero, Roland Deschain, llegado de Gilead, hijo de Steven y verdadero descendiente de Arthur Eld. Yo, el último de lo que entre nosotros llamábamos el Ka-Tet de la Rosa, te saludo.

Roland se llevó su puño a la frente e hizo más que clavar una rodilla en el suelo; se arrodilló por completo.

—Salve, Papi Mose, padrino de Susannah, dinh del Ka-Tet de la Rosa, te saludo con el corazón.

—Os lo agradezco —respondió el anciano, y luego se rio como un niño—. ¡Bienhallados seamos en la Casa de la Rosa! ¡Que una vez fue conocida como la Tumba de la Rosa! ¡Ja! ¡Dime que no estamos en ese lugar! ¿Me lo puedes decir?

—Ni hablar, pues sería una mentira.

—¡Y tú que lo digas! —gritó el anciano, luego soltó otra risotada despreocupada—. Pero he *elvidado* mis modales con la emoción, pistolero. Este bellezón de mujer que está junto a mí, lo natural es que creas que es mi nieta, porque yo tenía los *senta* cuando ella nació, que fue en 1969. Pero la verdad es —«Pero la verdáes», fue lo que escuchó Roland— que algunas veces lo mejor de la vida empieza tarde, y tener críos —«ner ríos»— es una de ellas, es lo que creo. Que es una forma larga de decir que ella es mi hija, Marian Oddeta Carver, presidenta de la Tet Corporation desde que yo me jubilé en 1997, a la edad de noventa y ocho años. ¿Y crees que no les helaría las pelotas a unos cuantos miembros de los clubes de campo, Roland, saber que este negocio, que ahora está valorado en unos diez mil millones de dólares, está dirigido por una negra? —Su acento, que se hacía más marcado a medida que aumentaba su excitación y

júbilo, convirtió esto último en: «Te negcio, quehora stálorado en diez mil millones deólares, stárigido porna neegraa».

—Basta, papá —dijo la mujer que estaba junto a él. Su voz era amable, aunque teñida de reproche—. Harás saltar la alarma del marcapasos si no paras, y el tiempo de este hombre es breve.

—¡Me lleva a toque de pito! —exclamó el anciano, indignado. Al mismo tiempo volvió la cabeza ligeramente y le dedicó a Roland un guiño de inexpresiva malicia y buen humor con el ojo que quedaba fuera del ángulo de visión de su hija.

«Como si ella no supiera cómo te las gastas, viejo —pensó Roland, entretenido incluso a pesar de su tristeza—. Como si no lo supiera hace muchos, pero que muchos años… digo delah».

Marian Carver dijo:

—Garlaremos contigo durante un rato, Roland, pero antes hay algo que tengo que ver.

—¡No hace ni pizca de falta! —exclamó el viejo, con un gruñido de indignación—. Ni pizca de falta y tú lo sabes, ¿es que he criado a una idiota?

—Seguramente tiene razón —dijo Marian—, pero siempre es más seguro…

—… no arrepentirse jamás —dijo el pistolero—. Es una buena norma, sea. ¿Qué es lo que quieres ver? ¿Qué te dirá que soy quien digo y te hará creerlo?

—Tu pistola —respondió ella.

Roland sacó la camiseta de Festival de los Tiempos Pasados de la bolsa de piel, y de su interior sacó la cartuchera. Desenvolvió el cinto de municiones y sacó su revólver con el mango de madera de sándalo. Escuchó que Marian Carver contenía un gemido agudo y asombrado, pero decidió pasarlo por alto. Se dio cuenta de que los guardias con sus trajes hechos a medida se habían acercado, con los ojos abiertos de par en par.

—¡Ahí la tiene! —gritó Moses Carver—. Ea, ¡miradla todos! ¡Digo Dios! Ya puedes contarles a tus nietecillos que viste Excalibur, la espada de Arturo, porque, para el caso, es lo mismo.

Roland le pasó la pistola de su padre a Marian. Él sabía que ella tendría que cogerla para confirmar su identidad, que debía hacerlo antes de dejar que se adentrase en el corazón de la Tet Corporation (donde la persona equivocada podía hacer mucho daño), aunque durante un instante ella fue incapaz de cumplir con su responsabilidad. Entonces demostró su temple y agarró la pistola, y abrió más los ojos al sentir su peso. Con cuidado de mantener los dedos lejos del

gatillo, elevó el cañón a la altura de los ojos y entonces descubrió uno de los grabados que estaban cerca de la boca:



—¿Me contará que significa esto, señor Deschain? —le preguntó ella.

—Sí —contestó él—. Si me llamas Roland.

—Si así lo quieres, lo intentaré.

—Es la marca de Arthur —respondió, observándola—. La única marca en la puerta de su tumba, si a bien tienes. Es la marca de su dinh, y significa «BLANCO».

El anciano levantó las manos temblorosas, en silencio, pero de forma imperiosa.

—¿Está cargada? —le preguntó ella a Roland y, entonces, antes de que pudiera responder—: Claro que está cargada.

—Dásela a él —le indicó Roland.

Marian puso expresión dudosa, los dos guardias lo hicieron incluso con más intensidad, pero Papi Mose seguía con las manos levantadas en dirección al hacedor de viudas, y Roland asintió con la cabeza. La mujer le pasó con reticencias la pistola a su padre. El anciano la agarró, la sostuvo con ambas manos, y luego hizo algo que a un tiempo enterneció y heló el corazón al pistolero: besó el cañón con sus ancianos y arrugados labios.

—¿Qué gusto habéis notado? —preguntó Roland con sincera curiosidad.

—El de los años, pistolero —respondió Moses Carver—. Así es. —Y tras decir eso le devolvió la pistola a la mujer, por el mango.

Ella se la devolvió a Roland como si se alegrase de deshacerse de su plúmbeo y letal peso, y Roland la metió de nuevo en su cinto de municiones.

—Adelante —dijo ella—. Y aunque nuestro tiempo es breve, haremos que sea tan placentero como tu duelo te lo permita.

—¡Amén por eso! —exclamó el anciano, y le dio a Roland una palmada en el hombro—. Ella sigue viva, mi Odetta, a la que usted llama Susannah. Así es. Me pareció que le alegraría saberlo, señor.

Roland se alegraba, y asintió con la cabeza como agradecimiento.

—Ahora, vamos, Roland —sugirió Marian Carver—. Adelante y sé bienvenido en nuestro hogar, porque también es el tuyo, y sabemos que hay muchas probabilidades de que no vuelvas a visitarlo.

DIEZ

El despacho de Marian Carver estaba en el extremo noroeste de la planta noventa y nueve. Allí, todas las paredes eran de cristal sin el estorbo ni de un puntal ni de un marco, y la visión dejó sin respiración al pistolero. Estar de pie en ese extremo y mirar a la calle era como estar colgado en el aire sobre un horizonte urbano más fabuloso de lo que pudiera imaginar cualquiera. Con todo, era algo que ya había visto antes, porque reconoció el puente colgante que había más allá, así como uno de los altos edificios a ese lado del puente. Tendría que haber reconocido el puente, puesto que habían estado a punto de morir sobre él en el otro mundo. El Chirlas había secuestrado a Jake en ese lugar, y lo había llevado al Hombre Tictac. Esa era la ciudad de Lud tal como debió de ser en su origen.

—¿Lo llamáis Nueva York? —preguntó Roland—. Lo llamáis así, ¿verdad?

—Sí —respondió Nancy Deepneau.

—¿Y más allá del puente, esa bajada en picado?

—El George Washington —dijo Marian Carver—. O simplemente GWB, si eres oriundo.

Así que más allá no solo estaba el puente que los había llevado hasta Lud, sino el puente junto al que había caminado el padre Callahan cuando dejó Nueva York para empezar sus días errantes. Roland recordaba esa parte de su historia, y muy bien.

—¿Te apetece un refrigerio? —preguntó Nancy.

Roland iba a decir que no, se dio cuenta de cómo le daba vueltas la cabeza, y cambió de idea. Algo, sí, pero solo si servía para despertar un ingenio que necesitaba agudizarse.

—Té, si tienes —dijo—. Té caliente y cargado, con azúcar o miel. ¿Puede ser?

—Sí que puede ser —dijo Marian, y apretó un botón del escritorio. Habló con alguien que Roland no pudo ver y, de inmediato, la utilidad de la mujer que

estaba en el despacho exterior, la que por lo visto estaba hablando sola, cobró más sentido para Roland.

Cuando trajeron el pedido de bebidas y bocadillos calientes (lo que Roland supuso que podía considerar popkins), Marian se acercó y captó la atención de Roland.

—Bienhallados somos en Nueva York, Roland, eso espero, pero nuestro tiempo aquí no es… no es vital. Y sospecho que tú sabes por qué.

El pistolero se lo pensó y a continuación asintió con la cabeza. Un tanto cauteloso, aunque con los años había cierto grado de precaución en su propia naturaleza. Para otros —Alain Johns era uno, Jamie DeCurry otro—, la precaución había sido innata, pero Roland nunca había sido así, para él lo natural era disparar primero y preguntar después.

—Nancy te ha dicho que leyeras la placa del Jardín del Haz —dijo Marian —. ¿La has…?

—¡Jardín del Haz, digo Dioos! —exclamó Moses Carver. Durante el recorrido por el pasillo en dirección al despacho de su hija, había agarrado un bastón de un paragüero con forma de pata de elefante y en ese momento lo aporreaba contra la moqueta para darse énfasis. Marian lo aguantó con estoicismo—. ¡Digo bomba de Dios!

—La reciente amistad de mi padre con el reverendo Harrigan, que está rodeado de admiradores, no ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida —comentó Marian y soltó un suspiro—, pero da igual. ¿Has leído la placa, Roland?

Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Nancy Deepneau había utilizado una palabra diferente —señal o sigul—, pero él entendió que significaban lo mismo.

—Las letras se transformaron en Letras Mayores. La pude leer muy bien.

—¿Y qué decía?

—CONCEDIDA POR LA TET CORPORATION, EN HONOR A EDWARD CANTOR DEAN Y JOHN CHAMBERS, «JAKE» —hizo una pausa—. Luego decía: «Cam-a-cam-mal, Pria-toi, Gan delah», que podría traducirse como: «Blanco sobre rojo, esa es la eterna voluntad de Gan».

—Y para nosotros dice: EL BIEN SOBRE EL MAL, ESA ES LA VOLUNTAD DE DIOS —aclaró Marian.

—¡Alabado sea Dios! —gritó Moses Carver, y golpeó el suelo con su bastón —. ¡Que se levante el *Prim*!

Alguien tocó la puerta con poca fuerza y entonces entró la mujer de la mesa de fuera, llevaba una bandeja de plata. Roland se quedó fascinado al ver un pequeño pomo negro suspendido en el aire, justo delante de sus labios, y una estrecha estructura negra que desaparecía oculta por su pelo. Seguro que era una especie de aparato para hablar a larga distancia. Nancy Deepneau y Marian Carver la ayudaron a disponer las tazas de té y café humeante, los cuencos con azúcar y miel y una vasija con crema de leche. También había una bandeja con bocadillos. A Roland le rugieron las tripas. Pensó en sus amigos bajo tierra, para ellos ya no habría más popkins, y también en Irene Tassenbaum, sentada en el parquecito al otro lado de la calle, esperándolo pacientemente. Cada pensamiento por su cuenta podría haber bastado para dejarlo sin apetito, pero su estómago volvió a hacer ese impúdico ruido. Algunas partes del hombre eran irracionales, un hecho que conocía desde la infancia. Se sirvió un popkin, se echó una cucharada bien llena de azúcar en el té y añadió una buena cantidad de miel. Comería lo más rápido posible para volver cuanto antes con Irene, pero mientras tanto…

—A bien tengáis, señor —dijo Moses Carver, y sopló por encima de su taza de café—. Pasa por los dientes, pasa por las encías, atención, ya llega, tripas mías. ¡Ji!

—Mi padre y yo tenemos una casa en Montauk Point —dijo Marian mientras se echaba crema de leche en el café— y este pasado fin de semana hemos estado allí. Alrededor de las cinco y cuarto de la tarde del sábado, recibí una llamada de uno de los miembros del personal de seguridad de aquí. Los contrata la Asociación Plaza Dag Hammarskjöld, pero la Tet Corporation les paga un plus para que nosotros podamos enterarnos… de ciertas cosas de interés, digamos… en cuanto ocurren. Hemos estado vigilando la placa del vestíbulo con un interés fuera de lo común a medida que se acercaba el diecinueve de junio, Roland. ¿Te sorprendería saber que, hasta aproximadamente las cinco menos cuarto de ese día, decía: OTORGADA POR LA TET CORPORATION, EN HONOR A LA FAMILIA DEL HAZ, Y EN MEMORIA DE GILEAD?

Roland lo pensó, le dio un sorbo al té (estaba caliente, cargado y delicioso), y sacudió la cabeza.

—No.

Ella se inclinó hacia delante, con los ojos relucientes.

—¿Y por qué dices que no?

—Porque hasta el sábado por la tarde entre las cuatro y las cinco en punto, nada era seguro. Incluso cuando se detuvieron los Disgregadores, nada fue seguro hasta que Stephen King estuvo a salvo. —Miró a su alrededor—. ¿Sabes algo de los Disgregadores?

Marian asintió con la cabeza.

—No conozco los detalles, pero sabemos que el Haz que ellos intentaban destruir está a salvo ahora, y que no está muy dañado y todavía se puede regenerar. —Dudó un instante, luego dijo—: Y sabemos de tu pérdida. De ambas pérdidas. Lo sentimos muchísimo, Roland.

—Esos chicos están a salvo en brazos de Jesús —dijo el padre de Marian—. Y aunque no lo estén, están juntos en el claro.

Roland, que quería creerlo, asintió en silencio y dijo gracias. Luego se volvió hacia Marian otra vez.

—Lo del escritor estuvo a punto de salir mal. Estaba herido, y de gravedad. Jake murió para salvarlo. Puso su cuerpo entre King y el furgomóvil que le habría quitado la vida.

—King va a vivir —dijo Nancy—. Y va a volver a escribir. Lo sabemos de buena tinta.

—¿Por quién?

Marian volvió a inclinarse.

—Dentro de un minuto —dijo—. Lo importante es, Roland, que lo creemos, que estamos seguros de ello, y la seguridad de King durante unos cuantos años significa que tu misión con los Haces ha terminado: Ves'-Ka Gan.

Roland asintió.

—Nos queda mucho trabajo por hacer —prosiguió Marian—, al menos durante treinta años, es lo que hemos calculado, pero…

—Pero es un trabajo para nosotros, no para ti —dijo Nancy.

—¿Esto lo sabéis por la misma «buena tinta»? —Roland preguntó, mientras daba un sorbo a su té. Pese a lo caliente que estaba, ya se había tomado media taza grande.

—Sí. Tu búsqueda por vencer a las tropas del Rey Carmesí ha sido un éxito. El mismo Rey Carmesí…

—¡Esa no ha sido jamás la búsqueda de este hombre y tú lo sabes! —dijo el centenario sentado junto a la hermosa mujer negra, y una vez más golpeó el

suelo con el bastón de forma enfática—. Su búsqueda…

—Papá, ya basta. —Su tono de voz fue lo bastante firme como para que el anciano pestañeara.

—No, déjalo hablar —dijo Roland, y ellas lo miraron, sorprendidas (un poco asustadas) por el comentario cortante—. Déjalo hablar, pues dice verdad. Si vamos a sacarlo, saquémoslo todo. Para mí, los Haces nunca han sido más que el medio para llegar a un fin. De haberse roto, la Torre se habría derrumbado. Si la Torre se hubiera derrumbado, yo jamás la alcanzaría, ni ascendería a su parte más alta.

—Estás diciendo que te importaba más la Torre Oscura que la continuidad de la existencia del universo —dijo Nancy Deepneau. Habló con tono de querer saber si lo estaba entendiendo todo como debía y miró a Roland con una mezcla de asombro y desprecio—. Por la continuidad de la existencia de todos los universos.

—La Torre Oscura es la existencia —afirmó Roland—, y, durante años, he sacrificado a muchos amigos para llegar a ella, incluido a un muchacho que me llamaba padre. He sacrificado mi propia alma en la misión, señora sai, así que apartad de mí esa vidriosa mirada impúdica. Y hacedlo rápido y bien, os lo ruego.

Su tono era correcto, aunque terriblemente frío. El rostro de Nancy Deepneau quedó por completo exangüe, y la taza de té que sostenía en las manos temblaba tanto, que Roland se acercó y se la quitó, para que no derramase el contenido y se quemara.

—No te lo tomes a mal —dijo—. Entiéndeme, porque no volveremos a hablar. Lo hecho, hecho está, en ambos mundos, lo bueno y lo malo, por el ka y contra él. Aun así, hay más mundos además de los que conoces, y otros más allá de ellos que ni siquiera podrías imaginar. Mi tiempo es breve, así que, sigamos.

—¡Bien dicho, señor! —gritó Moses Carver y volvió a golpear el suelo con su bastón.

—Si te he ofendido, de verdad lo siento —dijo Nancy.

Para Roland eso no era una respuesta, porque sabía que no lo sentía ni un pelo; lo único que pasaba es que le tenía miedo. Hubo un momento de silencio incómodo que, al final, rompió Marian Carver.

—Nosotros no tenemos Disgregadores, Roland, pero en el rancho de Taos tenemos empleados a una docena de telépatas y precognitivos. A veces no

sabemos muy bien qué hacen juntos, pero el resultado siempre es mayor que la suma de sus partes. ¿Conoces la expresión «pensamiento positivo»?

El pistolero asintió.

—Hacen una versión de eso —dijo ella—, aunque estoy segura de que no es tan grande ni tan poderoso como lo que eran capaces de producir los Disgregadores en Tronido.

—Porque ellos tenían cientos —gruñó el anciano—. Y estaban mejor alimentados.

—También porque los sirvientes del Rey estaban más dispuestos a raptar a cualquiera que fuera especialmente poderoso —añadió Nancy—, siempre tuvieron lo que llamábamos «la recogida de basuras». Aun así, los nuestros nos han servido todo lo bien que ha hecho falta.

—¿De quién fue la idea de que personas así trabajaran para vosotros? —preguntó Roland.

—Por muy extraño que te pueda parecer, compañero —dijo Moses—, fue idea de Cal Torre. Nunca colaboró mucho, nunca hizo mucho más que amontonar libros y arrastrar el culo, maldito pan blanco, hijo de puta codicioso…

Su hija le echó una mirada de advertencia. Roland tuvo que hacer un esfuerzo para mantener cara de póquer. Moses Carver podría tener cien años, pero había clavado la descripción de Calvin Torre con una sola frase.

—En cualquier caso, leyó algo sobre poner a trabajar a unos telépatas en unos cuantos libros de ciencia ficción. ¿Conoces la ciencia ficción?

Roland sacudió la cabeza.

—Bueno, digamos que no es lo mío. La mayoría es pura mierda, pero cada cierto tiempo sale una idea del copón. Te contaré una buena. Lo entenderás si sabes de qué hablaron el señor Dean y Torre hace unos veinte años, cuando el señor Dean llegó para salvarle el culo a Torre de dos gorilas.

—Papá —dijo Marian como advertencia—. Deja de hablar como un negro de la calle. Eres viejo, pero no idiota.

El anciano la miró; sus borrosos ojos de anciano brillaron con buen humor malicioso; volvió a mirar a Roland y una vez más dejó caer un ojo como lo había guiñado antes.

—¡Esos dos gorilones!

—Eddie habló de ello, sí —dijo Roland.

El tono de afrenta dejó la voz de Carver; sus palabras se volvieron frías y

vigorizantes.

—Entonces sabes que hablaron de un libro titulado *El Hogan*, de Benjamin Slightman. El título del libro estaba mal escrito, y también el nombre del escritor, que era algo que ponía a cien a ese viejo carrozón.

—Sí —respondió Roland. El título mal impreso era *El Dogan*, una expresión que había adquirido un gran sentido para el pistolero y para su tet.

—Bueno, después de la visita de tu amigo, Cal Torre volvió a interesarse en ese tipo, y resultó que había escrito otros cuatro libros con el nombre de Daniel Holmes. Ese tal Slightman era tan blanco como la sábana de un miembro del Kukluxklan, pero el nombre con el que escogió escribir sus otros libros fue el del padre de Odetta. Y apuesto a que ninguna de las dos cosas te sorprende, ¿verdad?

—No —contestó Roland. No era más que otro pequeño giro a medida que se movía la ruedecilla de la combinación del ka.

—Y todos los libros que escribió con el nombre de Holmes eran historias de ciencia ficción, que contaban que el Gobierno ocultaba a telépatas y precognitivos para descubrir cosas. Y de ahí sacamos la idea. —Miró a Roland y levantó un pulgar con gesto triunfal—. Queda más historia, un montón más, pero no creo que tengas tiempo. A eso se reduce todo, ¿verdad? Al tiempo. Y en este mundo solo avanza en una dirección. —Estaba nostálgico—. Daría mucho, pistolero, por ver de nuevo a mi ahijada, pero no creo que esa carta esté en la baraja, ¿verdad? A menos que nos reunamos en el claro.

—Creo que dices verdad —le respondió Roland—, pero yo le comunicaré lo que has dicho, y le contaré que sigues lleno de tu chispa y tu fuego…

—¡Digo Dios, digo bomba de Dios! —exclamó el anciano, y dio un bastonazo en el suelo—. ¡Te lo digo, hermano! ¡Y díselo a ella!

—Eso haré. —Roland terminó lo que le quedaba del té, y luego puso la taza sobre la mesa de Marian Carver y se quedó con una mano de apoyo posada en la cadera derecha cuando lo hizo. Le llevaría largo tiempo acostumbrarse a la ausencia de dolor en esa zona, seguramente mucho más tiempo del que tenía—. Y ahora debo dejaros. Hay un lugar, que no está lejos de aquí, al que tengo que ir.

—Ya sabemos dónde —dijo Marian—. Habrá alguien que se reúna contigo cuando llegues. El lugar se ha mantenido a salvo gracias a ti, y si la puerta que buscas todavía sigue allí y todavía funciona, pasarás a través de ella.

Roland hizo una ligera reverencia.

—Os digo gracias, sai.

—Pero quédate un rato más si quieres. Tenemos presentes para ti, Roland. No bastan para pagarte todo lo que has hecho, al margen de que hacerlo fuera tu objetivo principal o no, pero, de todas formas, son cosas que puede que quieras. Una de ellas es una novedad de nuestro amigo del pensamiento positivo de Taos. Otra es más… —Se lo pensó—… de investigadores más normales, gentes que trabajan para nosotros en este mismo edificio. Se autodenominan calvinos, pero no por ninguna tendencia religiosa. Puede que sea un pequeño homenaje al señor Torre, que murió de un infarto en su nueva tienda hace unos nueve años. O tal vez no sea más que una broma.

—Una broma sin gracia —gruñó Moses Carver.

—Y luego hay dos más… de nosotros. De Nancy, mi padre y yo, y uno que ha seguido adelante. ¿Te quedarás un rato más?

Aunque estaba impaciente por partir, Roland hizo lo que ella le pedía. Por primera vez desde que había muerto Jake, afloró en su mente una genuina emoción distinta a la tristeza.

La curiosidad.

ONCE

—En primer lugar, las noticias de las gentes de México —dijo Marian cuando Roland volvió a sentarse—. Te han vigilado lo mejor que han podido, y aunque vieron que el lado de Tronido estaba, cuando menos, neblinoso, creían que Eddie le contó a Jake Chambers algo, puede que algo importante, no mucho antes de morir. Seguramente mientras yacía en el suelo, y antes de que… No sé…

—¿Antes de que entrara en la dimensión desconocida? —sugirió Roland.

—Sí —accedió Nancy Deepneau—. Eso creemos. Es decir, eso creen ellos. Nuestra versión de los Disgregadores.

Marian le dedicó un leve fruncimiento de ceño, indicativo de que era una mujer a la que no le gustaba que la interrumpieran. Entonces volvió a volcar la atención en Roland.

—Ver las cosas en este lado es más fácil para nuestra gente, y muchos de ellos están bastante seguros, no del todo, pero bastante, de que Jake puede haber transmitido ese mensaje antes de haber muerto. —Hizo una pausa—. Esa mujer con la que viajas, la señora Tannenbaum.

—Tassenbaum —le corrigió Roland. Lo hizo sin pensar, porque su mente estaba muy ocupada, con ferocidad.

—Tassenbaum —repitió Marian—. Ella, sin duda, te ha contado algo de lo que Jake le dijo antes de fallecer, pero puede que haya algo más. No es algo que ella está ocultando, sino algo que no ha considerado importante. ¿Le pedirás que repase lo que le dijo Jake una vez más antes de que separéis vuestros caminos?

—Sí —respondió Roland, y por supuesto que lo haría, aunque no creía que Jake hubiera transmtido el mensaje de Eddie a la señora Tassenbaum. No, a ella no. Se dio cuenta de que apenas había pensado en Acho desde que habían aparcado el coche de Irene, pero Acho estaba con ellos, claro; y ahora estaría tendido a los pies de Irene mientras ella estaba sentada en el parquecito del otro lado de la calle, sentada al sol y esperándolo.

—Está bien —dijo ella—. Eso está bien. Continuemos.

Marian abrió el amplio cajón central de su escritorio. De él sacó un sobre aguatado y una cajita de madera. El sobre se lo pasó a Nancy Deepneau. Y puso la cajita sobre la mesa de escritorio que tenía delante.

—A Nancy le toca presentar el siguiente —anunció—. Y solo te pido que seas breve, Nancy, porque este hombre parece muy impaciente por partir.

—Preséntalo —ordenó Moses, y dio un bastonazo.

Nancy le echó un vistazo, luego a Roland… o a su alrededor, mejor dicho. El rubor iba encendiendo sus mejillas y parecía aturullada.

—Stephen King —dijo, y luego carraspeó y volvió a decirlo. Después de eso era como si no supiera de qué forma continuar. Su piel se encendió aún más.

—Inspira hondo —le aconsejó Roland— y aguanta la respiración.

Ella le obedeció.

—Ahora espira.

Y en eso también obedeció.

—Ahora dime lo que tengas que decirme, Nancy, sobrina de Aaron.

—Stephen King ha escrito casi cuarenta libros —afirmó, y aunque seguía estando ruborizada (Roland supuso que descubriría qué significaba pronto), su voz parecía más tranquila—. Una increíble cantidad de ellos, incluso los primeros, están relacionados con la Torre Oscura de una forma u otra. Es como si siempre la hubiera tenido en mente, desde el mismísimo principio.

—Dices que lo que sé es cierto —le dijo Roland, juntando las manos—, digo gracias.

Esto pareció tranquilizarla aún más.

—De ahí los calvinos —prosiguió ella—. Tres hombres y dos mujeres estudiosos que no hacen otra cosa desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde que leer las obras de Stephen King.

—No solo las leen —dijo Marian—. Establecen referencias cruzadas entre ellas, según los espacios, los personajes, los temas, tal como son, incluso según la mención de productos de marcas conocidas.

—Parte de su trabajo consiste en buscar referencias a personas que viven o vivieron en Mundo Piedra Angular —dijo Nancy—. Personas reales, en otros mundos. Y referencias a la Torre Oscura, por supuesto. —Le pasó el sobre aguatado y Roland palpó las esquinas de lo que podría haber sido simplemente un libro—. Si King escribió alguna vez un libro que sea la piedra angular, Roland, aparte de la serie de la Torre Oscura, quiero decir, creemos que tiene que ser este.

La solapa del sobre estaba cerrada con un broche. Roland miró con gesto interrogativo tanto a Marian como a Nancy. Ambas asintieron con la cabeza. El pistolero abrió el broche y sacó un ejemplar muy voluminoso con una portada en rojo y blanco. No tenía ninguna imagen, solo el nombre de Stephen King y una única palabra.

«Rojo por el Rey, Blanco por Arthur Eld —pensó Roland—. Blanco sobre rojo, esa es la eterna voluntad de Gan».

O tal vez fuera una coincidencia.

—¿Qué es esta palabra? —preguntó Roland señalando el título.

—*Insomnia* —dijo Nancy—. Significa…

—Sé lo que significa —aclaró Roland—. ¿Por qué me dáis el libro?

—Porque la historia gira en torno a la Torre Oscura —respondió Nancy— y porque hay un personaje llamado Ed Deepneau. Y resulta ser el malo de la obra.

«“El malo de la obra” —pensó Roland—. No hay duda de que su color es el rosa».

—¿Conoces a alguien que se llame así en tu familia? —le preguntó.

—Sí, lo conocíamos —respondió ella—. En Bangor, que es la ciudad en la que King está escribiendo cuando habla sobre Derry, como lo hace en este libro. El verdadero Ed Deepneau murió en 1947, el año en que King nació. Era bibliotecario, tan inofensivo como un vaso de leche con galletas. El personaje de *Insomnia* es un lunático que cae bajo el poder del Rey Carmesí. Intenta convertir un avión en una bomba y hacerlo chocar contra un edificio para matar a miles de personas.

—Recemos para que nunca ocurra —dijo el anciano con tristeza, mirando hacia la línea del horizonte de Nueva York—. Sabe Dios que eso sería posible.

—En la historia, el avión no da en el blanco —dijo Nancy—. Aunque sí mueren algunas personas, el protagonista del libro, un viejo llamado Ralph Roberts, consigue que no ocurra lo peor.

Roland estaba mirando con intención a la sobrina nieta de Aaron Deepneau.

—¿Se menciona en el libro al Rey Carmesí? ¿Por su nombre verdadero?

—Sí —confirmó ella—. El Ed Deepneau de Bangor, el verdadero Ed Deepneau, era primo de mi padre, primo cuarto o quinto. Los calvinos podrían mostrarte el árbol genealógico si quisieras, pero en realidad no hay mucha conexión por parte del tío Aaron. Creemos que King puede haber utilizado el nombre en el libro como una forma de captar tu atención, o la nuestra, sin ni siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Un mensaje de su subconsciente —musitó el pistolero.

Nancy se iluminó.

—¡Su subconsciente, sí! Sí, ¡eso es exactamente lo que creemos!

No era exactamente lo que creía Roland. El pistolero había estado recordando cómo había hipnotizado a King en el año 1977; que le había dicho que escuchara Ves'-Ka Gan, la Canción de la Tortuga. ¿Acaso el subconsciente de King, la parte de su persona que jamás dejaría de intentar obedecer esa orden hipnótica, podría haber incluido parte de la Canción de la Tortuga en ese libro? ¿Un libro que los sirvientes del Rey podrían haber rechazado porque no formaba parte del «Círculo de la Torre Oscura»? Roland creía que podía ser posible, y que el nombre de Deepneau en realidad podría ser un sigul. Sin embargo…

—No puedo leer esto —dijo—. Entiendo una palabra aquí y otra allá, pero no más.

—No puedes, pero mi chica sí —afirmó Moses Carver—. Mi chica Odetta, a la que tú llamas Susannah.

Roland asintió lentamente con la cabeza. Y aunque en realidad había empezado a albergar ciertas dudas, su mente proyectó una clara imagen de los dos sentados junto a una hoguera —una hoguera de grandes dimensiones, pues la noche era fría— con Acho entre ambos. En las rocas que se alzaban por encima de sus cabezas, el viento aullaba las amargas notas del invierno, pero a ellos no les importaba, pues tenían el estómago lleno y el cuerpo caliente, cubiertos por pieles de animales que habían matado con sus propias manos, y tenían una historia para entretenerse.

La historia de insonmio de Stephen King.

—Ella te la leerá en el camino —dijo Moses—. En tu último camino, ¡digo Dios!

«Sí —pensó Roland—. Una última historia que escuchar, un último camino que seguir. El que conduce a Can'-Ka No Rey y a la Torre Oscura. O sería bonito creerlo así».

Nancy dijo:

—En la historia, el Rey Carmesí utiliza a Ed Deepneau para matar a un niño que es hijo único, un muchacho llamado Patrick Danville. Justo antes de su ataque, mientras Patrick y su madre están esperando que una mujer pronuncie un discurso, el chico hace un dibujo, uno en el que sales tú, Roland, y el Rey Carmesí, y estáis encerrados en lo alto de la Torre Oscura.

Roland se sobresaltó.

—¿En lo alto? ¿Encerrados en lo alto?

—Tranquilo —dijo Marian—. Tranquilo, Roland. Los calvinos han estado analizando la obra de King durante años, cada palabra y cada referencia, y todo lo que producen lo reenvían a las yentes de «pensamiento positivo» de Nuevo México. Aunque estos dos grupos jamás se han visto, sería del todo correcto decir que trabajan juntos.

—No es que se pongan siempre de acuerdo —añadió Nancy.

—¡Pues claro que no! —exclamó Marian con un tono exasperado de alguien que tiene que arbitrar más de lo que le apetece discutir—. Pero algo en lo que sí están de acuerdo es en que las referencias de King a la Torre Oscura están casi siempre ocultas, y algunas veces no significan nada en absoluto.

Roland asintió con la cabeza.

—Habla de la Torre porque su subconsciente siempre está pensando en ella, pero a veces dice cosas totalmente incoherentes.

—Sí —admitió Nancy.

—Aunque es evidente que no crees que todo este libro sea una pista falsa, o no querrías dármelo.

—Pues claro que no lo creemos —respondió Nancy—. Pero eso no significa que el Rey Carmesí esté necesariamente encerrado en lo alto de la Torre. Aunque supongo que podría ser.

Roland pensó en lo que él creía al respecto de que el Rey Carmesí estuviera encerrado en la Torre, en una especie de balcón. ¿Era una intuición certera o solo algo que deseaba creer?

—En cualquier caso, creemos que deberías buscar a ese tal Patrick Danville —comentó Marian—. El consenso es que es una persona real, pero no hemos sido capaces de seguirle la pista aquí. Tal vez tú puedas encontrarlo en Tronido.

—O más allá —añadió Moses.

Marian estaba asintiendo en silencio.

—Según la historia que King cuenta en *Insomnia*, ya lo verás, Patrick Danville muere joven. Aunque eso puede no ser cierto. ¿Lo entiendes?

—No estoy seguro.

—Cuando encuentres a Patrick Danville, o cuando él te encuentre, puede que todavía sea el niño descrito en este libro —dijo Nancy— o podría ser tan mayor como el tío Moses.

—¡Mala suerte si eso es así! —exclamó el anciano y se rio con satisfacción.

Roland levantó el libro, miró la tapa roja y blanca, observó con detenimiento las letras, que tenían un ligero relieve y formaban una palabra que no sabía leer.

—¿Seguro que solo es una historia?

—Desde la primavera de 1970, cuando tecleó la frase: «El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él» —dijo Marian Carver — muy pocas cosas de las que ha escrito King han sido «solo historias». Puede que él no lo crea, nosotros sí.

«Pero los años de tratar con el Rey Carmesí puede que os hayan hecho saltar por nada, si a bien tenéis», pensó Roland. Y en voz alta dijo:

—Y si no son historias, ¿qué son?

Fue Moses Carver quien respondió.

—Creemos que pueden ser solo mensajes en botellas. —En su forma de pronunciar esa palabra («botllas»), Roland escuchó un eco descorazonador de Susannah, y de pronto deseó verla y supo que estaba bien. Ese deseo fue tan fuerte que le dejó un regusto amargo en la lengua.

—… ese gran mar.

—Ruego me disculpe —dijo el pistolero—. Estaba pensando en las musarañas.

—Digo que creemos que Stephen King lanza sus botellas a ese gran mar. El que llamamos *Prim*. Con la esperanza de llegar hasta ti, y los mensajes que llevan dentro posibilitarán que mi Odetta y tú consigáis vuestro objetivo.

—Lo que nos lleva a nuestros últimos regalos —dijo Marian—. Nuestros verdaderos regalos. Primero… —Le pasó la caja.

Se abría con una bisagra. Roland desplegó la mano izquierda sobre la tapa,

con la intención de levantarla, pero se detuvo durante un rato y estudió a sus interlocutores. Lo estaban mirando con esperanza e intriga, una expresión que lo incomodaba. Se le ocurrió una idea descabellada (aunque en extremo convincente): que en realidad ellos eran agentes del Rey Carmesí y que cuando él abriera la caja, lo último que vería sería una sneetch lista para el impacto, con los números rojos de la cuenta atrás a punto de llegar a cero. Y el último sonido que escucharía sería su risa enloquecida antes de que el mundo estallase a su alrededor y se oyera un grito de «¡Salve, Rey Carmesí!». No es que fuera imposible, pero llegaba un punto en que uno tenía que confiar, porque, si no, lo único que quedaba era la locura.

«Si es la voluntad del ka, que así sea», pensó, y abrió la caja.

DOCE

En el interior de la caja, colocado sobre terciopelo azul (que era el color de la Corte Real de Gilead, y ellos podrían haberlo sabido o no) había un reloj con una cadena enrollada. Había tres objetos grabados en su tapa de oro: una llave, una rosa y, entre ambos y ligeramente por encima, una torre con unas ventanitas que ascendían por ella en forma de espiral.

Roland quedó maravillado al ver que sus ojos volvían a anegarse de lágrimas. Cuando volvió a mirar a los demás, a las dos jóvenes y al anciano —cerebro y tripas de la Tet Corporation— al principio vio a seis personas en lugar de tres. Parpadeó para que los dobles fantasmagóricos desaparecieran.

—Levanta la tapa y mira en el interior —sugirió Moses Carver—. Y no hace falta que ocultes tus lágrimas con esta compañía, hijo de Steven, porque no somos las máquinas con las que otros nos habrían sustituido de haber tenido forma de hacerlo.

Roland entendió que el anciano decía verdad, porque la tez morena de sus mejillas ajadas por el tiempo estaba empapada de lágrimas. Nancy Deepneau también lloraba sin reparos. Y aunque Marian Carver sin duda se enorgullecía de estar hecha de una pasta más dura, tenía los ojos sospechosamente vidriosos.

Presionó la palanca que sobresalía de la parte superior de la caja y la tapa se levantó de un salto. En el interior, unas manecillas marcaban la hora y los minutos con perfecta exactitud, a Roland no le cabía duda. Debajo, en una esfera

distinta, una manecilla más pequeña marcaba a toda prisa los segundos. Grabado en el interior de la tapa estaba esto:

Para la mano de ROLAND DESCHAIN
De las manos de
MOSES ISAAC CARVER
MARIAN ODETTA CARVER
NANCY REBECCA DEEPNEAU

Con nuestro agradecimiento

Blanco sobre Rojo, esa es la eterna voluntad de Dios

—Gracias, sais —dijo Roland con voz ronca y temblorosa—. Os lo agradezco y también lo harían mis amigos si estuvieran aquí para hablar.

—En nuestros corazones sí hablan, Roland —dijo Marian—. Y en tu rostro los vemos perfectamente.

Moses Carver estaba sonriendo.

—En nuestro mundo, Roland, regalar un reloj de oro a un hombre tiene un simbolismo especial.

—¿Cuál es? —preguntó Roland. Levantó el reloj, que con seguridad era la pieza de medición temporal más preciosa que había visto en toda su vida, a la altura de la oreja y escuchó el preciso y delicado tictac de su maquinaria.

—Que su trabajo está hecho y que le ha llegado la hora de irse de pesca o a jugar con sus nietos —explicó Nancy Deepneau—. Pero nosotros te lo regalamos por otro motivo distinto. Para que puedas contar las horas que te quedan hasta tu meta y te indique cuándo estarás cerca de ella.

—¿Cómo es posible?

—Tenemos un tipo de pensamiento positivo excepcional en Nuevo México —dijo Marian—. Se llama Fred Towne. Ve muchas cosas y es raro que se equivoque alguna vez. Este reloj es un Patek Philippe, Roland. Cuesta nueve mil dólares, y los fabricantes garantizan la devolución total del importe si alguna vez se adelanta o se retrasa. No necesita que le den cuerda, porque funciona con una pila (que no está fabricada por North Central Positronics ni ninguna filial, te lo puedo asegurar) que dura un centenar de años. Sin embargo, según Fred, cuando estés cerca de la Torre Oscura, el reloj puede dejar de funcionar.

—O empezar a funcionar al revés —dijo Nancy—. Tú fíjate.

Moses Carver dijo:

—Creo que lo harás, ¿verdad?

—Sea —accedió Roland. Se metió el reloj con cuidado en un bolsillo (tras mirar con detenimiento los grabados de la tapa de oro) y la caja en el otro.

—Cuidaré este reloj con gran esmero.

—También debes cuidarte de otra cosa —le advirtió Marian—. De Mordred.

Roland esperó.

—Tenemos razones para creer que ha asesinado al que llamas Walter. —Hizo una pausa—. Y ya veo que eso no te sorprende. ¿Puedo preguntar por qué?

—Walter por fin ha salido de mis sueños, al igual que el dolor de la cadera izquierda y de la cabeza —comentó Roland—. La última vez que lo vi en sueños fue en Calla Bryn Sturgis, la noche del hazremoto. —No les iba a contar lo terribles que habían sido esos sueños, sueños en los que erraba, perdido y solo, por el pasadizo frío y húmedo de un castillo con telas de araña rozándole la cara; el traqueteo de algo que se aproximaba desde la oscuridad a sus espaldas (o quizá sobre su cabeza), y, justo antes de despertarse, el brillo de unos ojos rojos y una voz humana que susurraba: «Padre».

Lo estaban mirando con gravedad. Al final Marian dijo:

—Ten cuidado con él, Roland. Fred Towne, el tipo del que he hablado, dice «Mordred tiene jambre». Dice que es un hambre literal. Fred es un hombre valeroso, pero tiene miedo de tu… tu enemigo.

«“Mi hijo”, ¿por qué no lo dices?», pensó Roland, aunque creía saber por qué. Ella se reprimió por miedo a herir sus sentimientos.

Moses Carver se puso de pie y dejó el bastón junto al escritorio de su hija.

—Tengo algo más para ti —anunció—, solo que siempre ha sido tuyo, es tuyo para que lo lleves y te libres de ello en cuanto llegues a donde te diriges.

Roland estaba sinceramente perplejo, y más perplejo todavía cuando el anciano empezó a desabotonarse la camisa poco a poco. Marian hizo el gesto de querer ayudarlo y él la apartó con brusquedad. Bajo su camisa había una vieja camiseta interior de tirantes, la típica de viejo, que el pistolero identificó como una *slinkum*. Debajo se veía una forma que Roland reconoció al momento, entonces fue como si se le parara el corazón. Durante un instante retrocedió a la cabaña del lago —a la cabaña de Beckhardt, con Eddie junto a él— y escuchó las palabras que él mismo había pronunciado: «Ponte el crucifijo de la Tía en el

cuello y cuando te encuentres con sai Carver, muéstraselo. Puede costarte mucho convencerlo de que estás en el bando correcto. Pero primero…».

El crucifijo tenía ahora una cadena de finos eslabones de oro. Moses Carver lo sacó de su slinkum por la cadena, lo miró durante un segundo, miró a Roland con una tímida sonrisa en los labios y luego volvió a mirar el crucifijo. Le sopló encima. A un volumen muy bajo, cada vez más, y sintiendo que se le ponía la piel de gallina, el pistolero escuchó la voz de Susannah:

—Enterramos a Pimsey bajo el manzano…

Y luego desapareció. Durante un rato no hubo nada, y Carver, que ahora fruncía el ceño, tomó aire para volver a soplar. No había necesidad. Antes de que pudiera hacerlo, surgió el acento arrastrado de John Cullum, no del crucifijo en sí, sino, por lo visto, del aire que pendía sobre él.

—Hemos hecho lo que hemos podido, compañero («compañeeerooo») y espero que haya bastado. Ahora bien, siempre he creído que esto era un préstamo que me habían hecho, y aquí la tienes, de vuelta a donde pertenece. Ya sabes dónde termina, yo… —En este punto, las palabras, que habían empezado a esfumarse desde el «aquí la tienes», se hicieron inaudibles incluso para el agudo oído de Roland. Con todo, había escuchado bastante. Agarró el crucifijo de Tía Talitha, que habían prometido dejar a los pies de la Torre Oscura, y se lo puso una vez más. Había vuelto a él, ¿y por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso el ka no era una rueda?

—Os lo agradezco, sai Carver —dijo—. Por mí, por mi antiguo ka-tet, y en nombre de la mujer que me lo dio.

—No me lo agradezcas a mí —respondió Moses Carver—. Agradéceselo a Johnny Cullum. Me lo dio él en su lecho de muerte. A ese hombre le habían echado mal de ojo.

—Yo… —empezó a decir Roland, y durante un instante no pudo decir nada más. Tenía el corazón demasiado embargado por las emociones—. Yo os lo agradezco a todos —dijo al final. Les hizo una reverencia con la cabeza, con el puño derecho en la frente y los ojos cerrados.

Cuando volvió a abrirlos, Moses Carver tenía sus delgados brazos levantados.

—Ha llegado la hora de que sigamos nuestro camino y tú el tuyo —anunció —. Rodéame con tus brazos, Roland, y besa mi mejilla como despedida, si lo deseas, y piensa en mi chica al hacerlo, pues me despediría de ella si pudiera.

Roland hizo lo que le pedían, y, en otro mundo, mientras se quedaba dormida

en un tren con rumbo a Fedic, Susannah se llevó una mano a la mejilla, pues le dio la sensación de que papá Moses estaba junto a ella y la había rodeado con un brazo, y le había dicho adiós con la mano, le había deseado buena suerte, buen viaje.

TRECE

Cuando Roland salió del ascendendor al vestíbulo, no le sorprendió ver a una mujer con un jersey verde grisáceo y pantalones informales de color musgo, de pie, delante del jardín, con un par de yentes que guardaban un respetuoso silencio. Un animal que no era exactamente un perro estaba junto a su pie izquierdo. Roland cruzó el vestíbulo hacia ella y la tocó en el codo. Irene Tassenbaum se volvió hacia él, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¿Lo oyes? —preguntó ella—. Es como la canción que escuchamos en Lovell, solo que cien veces más delicada.

—Lo oigo —respondió Roland. Entonces se agachó y agarró a Acho. Miró a los ojos brillantes y ribeteados de dorado del brambo mientras las voces cantaban—. Amigo de Jake —dijo—, ¿qué mensaje te dio?

Acho lo intentó, pero lo mejor que pudo conseguir fue algo que sonó a «*Dandy-o*», una palabra que a Roland le recordaba vagamente a una canción de borrachos, en la que rimaba con la última palabra de «*Adelina says she's randy-o*»[19].

Roland pegó la frente a la de Acho y cerró los ojos. Olió el cálido aliento del brambo. Y algo más: un aroma impregnado en su pelo que era el heno en el que Jake y Benny Slightman habían saltado por turnos no hacía tanto tiempo. En su mente, mezclada con el dulce canto de aquellas voces, escuchó la voz de Jake Chambers por última vez.

«Dile que Eddie dijo: "Cuidado con Dandelo". ¡No lo olvides!».

Y Acho no lo había olvidado.

CATORCE

En el exterior, al descender la escalera del número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld, una voz les dijo con tono deferente:

—¿Señor? ¿Señora?

Era un hombre de color con traje y sombrero de fieltro negro. Estaba junto al coche más negro y alargado que Roland hubiera visto jamás. Mirarlo lo incomodaba.

—¿Quién nos ha enviado una biga fúnebre? —preguntó.

Irene Tassenbaum sonrió. La sonrisa la había refrescado, la había estimulado y la había alegrado, aunque seguía cansada. Y preocupada por ponerse en contacto con David, que, a esas alturas, estaría loco de preocupación.

—No es un coche fúnebre —dijo ella—. Es una limusina. Un coche para personas especiales… o para personas que se creen especiales. —Luego le dijo al conductor—: Mientras vamos en el coche, ¿puede hacer que alguien de su oficina se ponga en contacto con una compañía aérea?

—Por supuesto, señora. ¿Puedo preguntarle qué compañía prefiere y el destino?

—El destino es Portland, Maine. La compañía que prefiero es Rubberband Airlines, si va a ser esta tarde.

Las ventanillas de la limusina eran de cristal tintado, el interior estaba en penumbra y rodeado de luces de colores. Acho subió de un salto a uno de los asientos y miró con interés la ciudad que iba pasando. Roland estaba ligeramente maravillado de ver que había un bar equipado por completo a un lado del largo compartimiento de pasajeros. Pensó en tomar una cerveza, pero decidió que incluso una bebida tan suave sería suficiente para nublar sus propias luces. Irene no tenía esas preocupaciones. Se sirvió algo con pinta de whisky de una botellita y levantó el vaso en dirección a Roland.

—Que tu camino siempre sea en ascenso y que el viento siempre te dé en la espalda, coleguita —dijo.

Roland asintió con la cabeza.

—Buen brindis. Os lo agradezco, sai.

—Estos han sido los tres días más increíbles de toda mi vida. Yo soy quien os da las gracias, sai. Por escogerme a mí. —«Y por haberme follado», pensó, pero no lo añadió. Dave y ella todavía disfrutaban de algún que otro revolcón, pero no como el de la noche anterior. Jamás había sido así. ¿Y si Roland no hubiera estado distraído? Seguramente habría hecho que a ella le saltaran chispas, como fuegos artificiales.

Roland asintió y miró pasar las calles de la ciudad, una versión de Lud, aunque renovada y vital.

—¿Y tu coche? —preguntó.

—Si lo queremos antes de volver a Nueva York, habrá que conseguir que alguien lo lleve hasta Maine. Seguramente el favor nos lo hará el Beemer de David. Es una de las ventajas que tiene ser rica… desea y haz, eso digo yo.

—¿Has dicho haz?

—Es una forma de hablar —le aclaró ella—. En realidad me refería a que, como lo deseé, tengo un BMW. Son las siglas de Bavarian Motor Works.

—Ah. —Roland intentó poner cara de que lo había entendido.

—Roland, ¿puedo hacerte una pregunta?

Roland hizo su gesto de girar la mano para decirle que continuara.

—¿Cuando salvamos al escritor, también salvamos el mundo? En cierta forma lo hicimos, ¿verdad?

—Sí —respondió.

—¿Cómo puede ser que un escritor que ni siquiera es muy bueno, y lo digo con conocimiento de causa porque he leído cuatro o cinco libros suyos, tenga en sus manos el destino del mundo? ¿O de todo el universo?

—Si no es muy bueno, ¿por qué no leíste solo uno?

La señora Tassenbaum sonrió.

—*Touché*. Se deja leer, vale, ya he respondido a tu pregunta, ahora responde tú a la mía. Dios sabe que hay escritores que creen que el destino del mundo depende de lo que ellos digan. Se me ocurre, por ejemplo, Norman Mailer, también Shirley Hazzard y John Updike. Pero, por lo visto, en este caso, el mundo sí que estaba en sus manos. ¿Cómo ha ocurrido?

Roland se encogió de hombros.

—Escucha las voces adecuadas y canta las canciones adecuadas. Que es como decir ka.

Entonces fue el turno de Irene Tassenbaum de poner cara de que lo había entendido.

QUINCE

La limusina se detuvo ante un edificio con un toldo de color verde en la entrada. Otro hombre con traje a medida estaba de pie en la puerta. Los escalones que

ascendían desde la acera estaban rodeados por una cinta amarilla. Había unas palabras impresas en esa cinta que Roland no entendía.

—Dice ESCENA DEL CRIMEN, PROHIBIDO EL PASO —dijo la señora Tassenbaum —. Pero parece que haya sido hace un rato. Creo que retiran la cinta cuando han terminado con las fotos, los pincelitos y todo lo demás. Hay que tener amigos poderosos para poder pasar.

De hecho, Roland estaba seguro de que la cinta llevaba ahí bastante tiempo; unas tres semanas, más o menos. Fue cuando Jake y el padre Callahan habían entrado en el Dixie Pig. Estaban seguros de que se dirigían hacia la muerte y aun así siguieron adelante. Se dio cuenta de que quedaba un resto de alcohol en el vaso de Irene y se lo tomó, e hizo una mueca de dolor aunque disfrutó de la quemazón mientras descendía por la garganta.

—¿Mejor? —preguntó ella.

—Sea, gracias. —Se recolocó la bolsa de los Orizas en el hombro y salió con Acho a la zaga. Irene se detuvo un instante para hablar con el conductor, quien había resuelto con éxito los preparativos para su viaje. Roland se agachó para pasar bajo la cinta y se quedó donde estaba durante un instante, escuchando el barullo de la ciudad en ese luminoso día de junio, disfrutándolo con vitalidad adolescente. No volvería a ver otra ciudad, de eso sí que estaba seguro. Y tal vez eso fuera lo mejor. Tenía la impresión de que, después de Nueva York, las demás serían un retroceso.

El guardia —que a todas luces era alguien que trabajaba para la Tet Corporation y no un policía de la ciudad— se acercó a él en la acera.

—Si quiere entrar, señor, tiene que enseñarme una cosa.

Roland sacó una vez más el cinturón de la pistola de la bolsa, una vez más lo soltó de la cartuchera, una vez más sacó la pistola de su padre. Esta vez no la ofreció, ni tampoco el caballero pidió agarrarla. Se limitó a examinar los grabados, sobre todo el que estaba en la punta del cañón. Entonces asintió con respeto y retrocedió.

—Le abriré la puerta; en cuanto esté dentro, se las arreglará usted solo. Lo entiende, ¿verdad?

Roland, que se las había arreglado solo durante la mayor parte de su vida, asintió con la cabeza.

Irene lo cogió del codo antes de que pudiera avanzar, se volvió hacia él y lo rodeó con los brazos por el cuello. Ella también se había comprado un par de

zapatos de tacón bajo y solo tuvo que inclinar un poco hacia atrás la cabeza para mirarle a los ojos.

—Cuídate, vaquero. —Lo besó fugazmente en los labios, fue un beso de amiga, y luego se arrodilló para acariciar a Acho—. Y cuida de este pequeño vaquero.

—Haré lo que pueda —dijo Roland—. ¿Recordarás lo que prometiste sobre la tumba de Jake?

—Una rosa —dijo ella—. Lo recordaré.

—Gracias. —Roland la miró durante un rato más, consultó lo que rumiaba su instinto, una corazonada, y tomó una decisión. De la bolsa con los Orizas, sacó un sobre que contenía un libro voluminoso… el que Susannah jamás le leería en el viaje, al fin y al cabo. Lo puso en manos de Irene.

Ella lo miró, con el ceño fruncido.

—¿Qué hay aquí? Parece un libro.

—Y que lo digas. Es un libro de Stephen King. Se titula *Insomnia*. ¿Lo habéis leído?

Ella sonrió con timidez.

—No lo hemos leído. ¿Y vos?

—No. Ni lo leeré. Me parece difícil.

—No te entiendo.

—Me parece… delgado. —Estaba pensando en el Cañón de la Armella, en Mejis.

Ella calculó su peso.

—Pues a mí me parece que es bastante gordote. No cabe duda de que es un libro de Stephen King. Él los vende con medida, y Estados Unidos los compra al peso.

Roland se limitó a sacudir la cabeza.

Irene dijo:

—Da igual. Me hago la lista porque a Ree no se le dan muy bien las despedidas, nunca han sido lo suyo. Quieres que me lo quede, ¿verdad?

—Sí.

—Está bien. Puede que cuando el Gran Steve salga del hospital, se lo lleve para que me lo firme. A mi parecer me debe un autógrafo.

—O un beso —dijo Roland y se sirvió uno. Habiéndose librado del libro se sentía algo más liviano. Más libre. Más seguro. La cogió entre sus brazos y la estrechó. Irene Tassenbaum correspondió la fuerza de Roland con la suya.

A continuación, Roland la soltó, se tocó la frente rápidamente con el puño y se volvió hacia la puerta del Dixie Pig. La abrió y entró sin mirar atrás. Había descubierto que esa era siempre la mejor opción.

DIECISÉIS

La valla de acero cromo que estaba a la entrada del Dixie Pig la noche en que Jake y el padre Callahan habían llegado allí había sido colocada en el vestíbulo como medida de seguridad. Roland se tropezó con ella, pero sus reflejos fueron tan rápidos como siempre y se agarró a ella antes de caer al suelo. Leyó el letrero que tenía arriba con lentitud, pronunciando las palabras y extrayendo el sentido general en solo una: CERRADO. Las antorchas de color naranja eléctrico que estaban en el comedor estaban fundidas, pero las luces de emergencia que funcionaban con pilas estaban encendidas, y llenaban la zona del vestíbulo y el bar con un resplandor inexpresivo. A la izquierda había un arco y otro comedor tras él. Allí no había luces de emergencia; esa parte del Dixie Pig estaba oscura como una cueva. La luz del comedor principal parecía reptar hacia su interior un metro y algo, lo suficiente para iluminar el extremo de una mesa alargada, y luego se esfumaba. El tapiz del que había hablado Jake había desaparecido. Tal vez estuviera en el cuarto de pruebas del delito de alguna comisaría, o podía haber entrado ya a formar parte del cofre del tesoro de rarezas de algún coleccionista. Roland olía el suave aroma de la carne carbonizada, tenue pero desagradable.

En el comedor principal había dos o tres mesas volcadas. Roland vio manchas en la alfombra roja, varias de ellas que eran oscuras eran sin duda de sangre y una pasta amarillenta que era… otra cosa.

«¡Parta eso! ¡Baratija del dios de los deros, pártala ya, dita sea!».

Y la voz del padre que hacía eco desde la lejanía en los oídos de Roland, sin miedo: «No necesito poner a prueba mi fe por el desafío de un ser como vos, sai».

El padre. Otro de los que había dejado atrás.

Roland pensó por un instante en la tortuga tallada que estaba oculta en el forro de la bolsa que encontraron en el solar vacío, pero no perdió el tiempo en buscarla. De haber estado allí, pensó que habría escuchado su voz, llamándolo en el silencio. No, quien fuera que se hubiera apropiado del tapiz de los

caballeros vampiros en la cena tenía muchos puntos de ser quien se había llevado la *sköldpadda*, sin saber qué era, solo que era algo extraño y maravilloso, y de otro mundo. Lástima. Podría haberle resultado útil.

El pistolero siguió adelante, abriéndose paso entre las mesas con Acho trotando detrás de él.

DIECISIETE

Se detuvo en la cocina el tiempo suficiente para preguntarse qué habría pensado la policía de Nueva York de ella. Estaba más que seguro de poder afirmar que jamás habían visto una así, no en esa ciudad llena de maquinaria limpia y brillantes luces eléctricas. Se trataba de una cocina en la que Hax, el cocinero que recordaba de su juventud (bajo cuyos pies muertos su mejor amigo y él habían desperdigado pan para los pájaros), se habría sentido como en casa. Los hornillos de la cocina llevaban semanas apagados, pero el olor a la carne que se había asado allí, alguna de la variedad conocida como «cerdo largo», resultaba intenso y repulsivo. Allí había más signos de problemas (una olla embadurnada y tirada sobre las baldosas verdes del suelo, sangre que se había ennegrecido en uno de los fogones), y Roland pudo imaginar a Jake abriéndose paso a duras penas por la cocina. Pero no con miedo, no, él no. En lugar de sentir miedo se había detenido para preguntar por dónde seguir al chico cocinero.

«¿Cómo te llamas, piltrafilla?».

«Jochabim, ese soy yo, hijo de Hossa».

Jake les había contado esa parte de la historia, pero no era el recuerdo lo que habló en ese momento a Roland. Eran las voces de los muertos. Había escuchando esas voces antes y las reconocía por lo que eran.

DIECIOCHO

Acho se colocó en cabeza tal como había hecho la última vez que había estado en ese lugar. Todavía olía el aroma de Ake, de forma leve y apesadumbrada. Ahora era Ake quien había tomado la delantera, pero no se había ido tan lejos; era bueno, Ake era bueno, Ake esperaría, y cuando llegase el momento —cuando la misión que Ake le había encomendado estuviera finalizada—, Acho lo

alcanzaría e iría con él, como antes. Tenía un hocico poderoso y encontraría una pista olfativa más reciente cuando llegara el momento de rastrear en busca de ella. Ake lo había salvado de la muerte, que no importaba. Ake lo había salvado de la soledad y la vergüenza después de que Acho hubiera sido repudiado por el tet de sus congéneres, y eso sí importaba.

Mientras tanto, estaba esa misión que cumplir. Llevó al hombre Olan a la despensa. La puerta secreta hacia la escalera estaba cerrada, pero el hombre Olan palpó con paciencia los estantes de latas y cajas hasta que encontró la forma de abrirla. Todo estaba como antes, la larga escalera descendente iluminada con una luz tenue por unas bombillas del techo, el olor a humedad y a moho. Olía las ratas que correteaban por las paredes; ratas y otras cosas, algunas de esas cosas eran los bichos como los que había matado la última vez que Ake y él habían estado allí. Matarlos había estado bien, y habría matado más encantado si tuviera la oportunidad. Acho deseó que los bichos volvieran a aparecer y lo desafiaran, aunque, por supuesto, no lo hicieron. Tenían miedo, y tenían toda la razón, porque, desde siempre, los de la especie de Acho habían sido enemigos de los de su especie.

El brambo empezó a bajar la escalera con el hombre Olan detrás.

DIECINUEVE

Pasaron junto a un tenderete desierto con los letreros amarilleados por el tiempo («RECUERDOS DE NUEVA YORK, ÚLTIMA OPORTUNIDAD», y «VISITE EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001») —quince minutos después, Roland miró su nuevo reloj para estar seguro de la hora—, y llegaron a un lugar donde había un buen montón de cristales rotos en el sucio suelo de un pasillo. Roland levantó a Acho para que no se cortase las almohadillas. En ambas paredes vio los restos hechos añicos de lo que había sido una especie de trampillas acristaladas. Cuando miró en el interior, vio una compleja maquinaria. Allí estuvieron a punto de atrapar a Jake, le tendieron una especie de trampa mental, pero, una vez más, Jake había sido lo bastante inteligente y valiente como para salir airoso. «Sobrevivió a todo menos a un hombre demasiado estúpido y demasiado descuidado como para hacer el simple trabajo de conducir su biga en una carretera vacía —pensó Roland con amargura—. Y el hombre que lo llevó hasta allí… ese hombre también». Luego Acho le ladró y Roland se dio cuenta de que, por la rabia que sentía contra Bryan

Smith (y contra sí mismo), estaba apretando al pobre bichillo con demasiada fuerza.

—Te ruego perdón, Acho —le dijo y lo dejó en el suelo.

Acho se alejó trotando sin dar respuesta y no pasó mucho tiempo hasta que Roland topó con los cuerpos desperdigados de los cabrones que habían hostigado a su chico en el Dixie Pig. Allí también, marcadas en el polvo que cubría el suelo de ese antiguo pasillo, había huellas que Eddie y él habían dejado al llegar. Una vez más escuchó una voz fantasmal, esta vez, del jefe de los devastadores.

«Reconozco tu nombre por tu cara y tu cara por tu boca. Tienes la misma boca que tu madre, que se la chupaba a John Farson con mucho gusto».

Roland se volvió sobre la punta de sus botas (el cadáver era un hum llamado Flaherty, cuyo padre le había metido el miedo a los dragones en la cabeza, si es que al pistolero le interesaba o le importaba… la verdad es que ni una cosa ni la otra) y miró al rostro muerto, que ya había acumulado un montón de moho. Junto a él había un taheen con cabeza de sapo cuya frase final había sido «Maldito seas, entonces, doloroso-ka». Y más allá de los cuerpos apilados de esos dos y sus compañeros estaba la puerta que lo sacaría de Mundo Piedra Angular para siempre.

Suponiendo que todavía funcionara.

Acho trotó hacia ella y se sentó delante, al tiempo que se volvió para mirar a Roland. El brambo estaba jadeando, y su conocida y amigable sonrisa había desaparecido. Roland se acercó a la puerta y colocó las manos sobre la fustánima de grano fino. En lo más hondo de su ser sintió una vibración grave y perturbadora. Esa puerta todavía funcionaba, pero puede que no lo hiciera durante mucho tiempo.

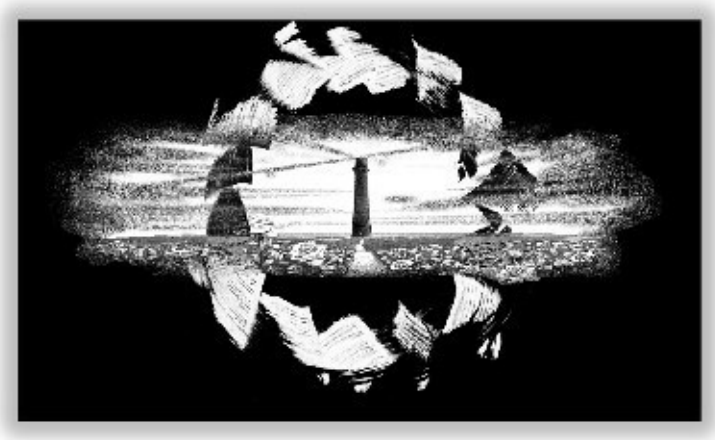
Cerró los ojos y pensó en su madre inclinándose sobre él cuando estaba en su camita (¡qué poco tiempo antes había sido ascendido de una cuna que no conocía!, aunque seguro que no hacía mucho tiempo), su rostro era una tapiz de colores desde las ventanas de la sala cuna, Grabrielle Deschain moriría más adelante a manos de aquel al que acariciaba con tanta delicadeza y ternura; hija de Candor el Alto, esposa de Steven, madre de Roland, cantándole para que se durmiera y soñara con esas tierras que solo los niños conocen.

Mi hortelanito, mi niñito
mi pequeño, trae las bayas, presto.

¡Chussit, chissit, chassit!
¡trae bastantes para llenar tu cesto!

«Hasta aquí he viajado —pensó con las manos separadas sobre la puerta de fustánima—. Hasta aquí he viajado y he lastimado a muchos en el camino, lastimado o matado, y lo que pude salvar fue salvado por un accidente y puede que jamás salve mi alma, si es que tengo una. Aun así queda mucho: he llegado al principio del último camino, y necesito recorrerlo solo, ojalá Susannah pudiera recorrerlo conmigo. Puede que todavía quede suficiente para llenar mi cesta».

—Chassit —dijo Roland y abrió los ojos al tiempo que la puerta se abría. Vio a Acho saltar con agilidad para traspasarla. Escuchó el agudo chillido del vacío entre los mundos y luego fue él quien pasó, cerrando la puerta tras de sí y todavía sin mirar atrás.



CAPÍTULO IV
FEDIC (DOS VISIONES)

UNO

¡Mirad cómo brilla todo aquí!

Cuando visitamos Fedic con anterioridad, no había sombras ni brillo, pero había una razón para ello: no era el verdadero Fedic, sino una especie de sustituto de exotránsito; un lugar que Mia conocía bien y recordaba bien (al igual que recordaba el adarve del castillo, que visitaba a menudo antes de que las circunstancias —en la persona de Walter o' Dim— le otorgaran un cuerpo físico) y, por tanto, se podía recrear. Hoy, sin embargo, la población desierta está tan iluminada que casi cuesta mirarla (aunque, sin duda, la veremos mejor en cuanto se nos haya adaptado la vista después de la oscuridad de Tronido y el pasadizo subterráneo del Dixie Pig). Todas las sombras son nítidas; bien podrían estar recortadas en fieltro negro y colocadas sobre el oggan. El cielo es de un azul intenso y no hay nubes. El aire es fresco. El viento que gime en torno a los aleros de los edificios abandonados y a través de las almenas del Castillo Discordia es otoñal y, en cierto modo, introspectivo. Detenida en la Estación de Fedic hay una locomotora atómica, lo que el Pueblo Antiguo llamaba máquina al rojo vivo, con las palabras ESPÍRITU DE TOPEKA escritas a ambos lados del morro con forma de bala. Las delgadas ventanillas del vagón del conductor están oscurecidas casi del todo por siglos de polvo del desierto que pegaba contra el cristal, pero no importa mucho; el *Espíritu de Topeka* ha realizado su último viaje, y aunque sí viaja de vez en cuando, ni siquiera un simple hum guio jamás su rumbo. Detrás de la locomotora solo hay tres vagones. Había doce cuando salió de la Estación

de Tronido en su último viaje, y había doce cuando avistó esta ciudad fantasma, pero…

Ah, bueno, es una historia que corresponde contar a Susannah, y la escucharemos cuando se la cuente al hombre al que llamaba dinh, cuando tenía un ka-tet al que poder guiar. Y aquí está Susannah en persona, sentada donde la vimos en otra ocasión, delante del Salón Gin-Puppy. Estacionada junto a la valla de amarre en su corcel de acero cromo, que Eddie había apodado el Triciclo de Crucero de Suzie. Susannah tiene frío y no tiene ni siquiera un jersey para envolverse con él, pero su corazón le dice que su espera está a punto de terminar. Y cuántas ganas tiene de que su corazón esté en lo cierto, porque este lugar está embrujado. Para Susannah, el gemido del viento se parece demasiado a los chillidos desconcertados de los niños que fueron llevados hasta allí para arruinar sus cuerpos y aniquilar sus mentes.

Junto al oxidado cobertizo al final de la calle (la Estación Experimental Arco 16, si es que no la recordáis) están los caballos grises ciborgs. Han caído un par más desde la última vez que estuvimos por aquí; unos cuantos más mueven la cabeza con un clic, hacia delante y hacia atrás, como si intentasen ver a los jinetes que se acercarán y los liberarán. Pero eso no ocurrirá, porque los Disgregadores han sido liberados para errar y ya no hay necesidad de más niños para alimentar sus habilidosas mentes.

Y ahora, ¡mirad!, al final llega lo que la mujer ha esperado durante todo este largo día, y anteayer, y antes de anteayer, cuando Ted Brautigan, Dinky Earnshaw, y un par más (Sheemie, no, se ha ido al claro al final de la senda, digo lo siento) se despiden de ella con la mano. La puerta del Dogan se abre, y sale un hombre. Lo primero que ella ve es que la cojera ha desaparecido. A continuación se da cuenta de sus vaqueros y su camisa nuevos. Bonitos trapos, aunque, por otro lado, va tan penosamente preparado para el frío como ella. En sus brazos, el recién llegado lleva a un animal peludo con las orejas levantadas. Hasta ahí todo va bien, pero el muchacho que debería llevar al animal no está. No hay muchacho, y se le inunda el corazón de tristeza. Sin embargo, no le sorprende porque ya lo sabía, al igual que aquel hombre (aquel hombre precavido) lo habría sabido de ser ella quien hubiera fallecido en la senda.

Abandona su asiento deslizándose sobre las manos y los muñones de las piernas; baja de la vereda de tablones de madera al asfalto. Luego levanta una mano y la agita sobre la cabeza.

—¡Roland! —grita—. ¡Oye, pistolero! ¡Estoy aquí!

Él la ve y le devuelve el saludo. A continuación se agacha y deja el animal en el suelo. Acho se empeña en correr hacia ella, con la cabeza gacha, las orejas pegadas al cráneo, y corre sobre la capa de nieve con la velocidad, la proximidad al suelo y la gracilidad en el salto de una comadreja. Mientras todavía está a unos dos metros de ella (al menos dos), salta en el aire, su sombra vuela rauda y veloz sobre la tierra compacta de la calle. Ella lo agarra como un receptor de fútbol americano practicando el pase Ave María. La fuerza del empuje de Acho propina a Susannah un golpe que la deja sin respiración y la envuelve en una nube de polvo, pero, cuando logra respirar por fin, el aire sale con una risa. Todavía se ríe mientras el brambo se sostiene con las pequeñas y gruesas patas delanteras sobre el pecho de Susannah y las ancas regordetas sobre el vientre, con las orejas levantadas, meneando la colita de cerdo, y dándole lengüetazos en las mejillas, en la nariz y en los ojos.

—¡Déjalo ya! —grita ella—. ¡Déjalo ya, cariño, que me vas a matar!

Susannah escucha esto último, dicho con tan poca intención, y su risa se detiene. Acho baja al suelo, se sienta, inclina el hocico en dirección a la cuenca azul y vacía del cielo, y suelta un único y prolongado aullido que a ella le comunica todo lo que quiere saber, por si no lo sabía todavía. Para Acho hay formas más elocuentes de hablar que el par de palabras que sabe.

Ella se incorpora, se sacude el polvo de la camisa y una sombra se proyecta sobre su cuerpo. Alza la vista, aunque al principio no ve el rostro de Roland. La cabeza del pistolero queda justo delante del sol, y el astro se convierte en una intensa corona para él. Sus rasgos se pierden en la oscuridad.

Pero tiene las manos extendidas.

Una parte de ella no quiere tomarlas, ¿acaso no os consta? Otra parte de ella acabaría aquí y lo enviaría a él solo a las Tierras Yermas. Da igual lo que quisiera Eddie. Da igual lo que Jake sin duda también quería. Esta silueta oscura con el sol como halo la había sacado a rastras de una vida muy cómoda (¡oh, sí!, en esa vida tenía sus fantasmas —y al menos un demonio de negro corazón—, pero ¿quién no los tiene?). Es quien le ha presentado a la primera persona a quien amar, a quien llorar y por quien sentir la angustia y la pérdida. Ha resultado ser un trato bastante lamentable, por así decirlo. Es su mano torvamente hábil la autora de su tristeza, ese polvoriento caballero errante que había llegado caminando del viejo mundo con sus viejas botas y una vieja máquina de matar en cada cadera. Estos son pensamientos melodramáticos, imágenes violáceas, y la vieja Odetta, clienta de The Hungry i y cachorrita

enrollada, sin ninguna duda se reiría de ellos. Pero ella ha cambiado, él la ha cambiado, y considera que si alguien tiene derecho a deleitarse con pensamientos melodramáticos e imágenes violáceas, esa es Susannah, hija de Dan.

Una parte de ella lo echaría, no para que finalizase su búsqueda ni para romperle el alma (solo la muerte podría conseguirlo), sino para borrar esa luz que le queda en los ojos y castigarlo por su constante crueldad sin sentido. Pero el ka es la rueda a la que todos estamos atados, y cuando la rueda gira debemos, por fuerza, girar con ella, primero con la cabeza hacia el cielo y luego, una vez más, con la cabeza mirando al infierno, donde, el cerebro que está en su interior, siente como si ardiera. Y así, en lugar de rechazarlo…

DOS

En lugar de rechazarlo, como en parte deseaba, Susannah tomó las manos de Roland. Él la levantó, no la puso en pie (pues carecía de ellos, aunque durante un tiempo le habían prestado un par), sino que la tomó en brazos. Y cuando intentó besarla en la mejilla, ella volvió la cara para que sus labios se unieran. «Que entienda que no hay medias tintas —pensó, echándole el aliento al respirar e inspirando el suyo a cambio, transformado—. Que entienda que si estoy en ello, estoy hasta el final. Que Dios me ayude, estoy en ello con él hasta el final».

TRES

Había ropa en la tienda Millinery & Ladies' Wear de Fedic, pero se desintegró en cuanto sus manos la tocaron… los meses y los años no habían dejado nada útil. En el Hotel de Fedic (HABITACIONES TRANQUILAS, GÜENAS CAMAS) Roland encontró un armario con un par de mantas que les servirían al menos para protegerse del frescor de la tarde. Se envolvieron con ellas, la brisa vespertina era lo bastante fría como para que resultara soportable el olor a humedad, y Susannah preguntó por Jake, para sacarse de golpe el dolor inmediato.

—Otra vez el escritor —comentó con amargura cuando él hubo terminado de enjugarle las lágrimas—. ¡Maldito sea ese hombre!

—El dolor de la cadera se ha ido y el… ¡Jake no dudó ni un instante! —Roland había estado a punto de llamarlo «el muchacho», como se había enseñado a sí mismo a pensar en el hijo de Elmer, a medida que se acercaban a Walter. Si tenía otra oportunidad, se había prometido que no volvería a hacerlo jamás.

—No, por supuesto que no lo hizo —respondió ella, sonriendo—. Jamás lo habría hecho. Nuestro Jake los tenía bien puestos. ¿Te encargaste de él? ¿Hiciste lo que toca? Me gustaría que me lo contaras.

Así que se lo contó, sin olvidarse de la promesa de la rosa de Irene Tassenbaum. Susannah asintió y luego dijo:

—Ojalá pudiéramos hacer lo mismo por tu amigo Sheemie. Murió en el tren. Lo siento, Roland.

Roland asintió en silencio. Deseó haber tenido tabaco, aunque por supuesto no tenía. Volvía a tener las dos pistolas y al menos había siete Orizas. Aparte de eso, tenían poca cosa o casi nada.

—¿Tuvo que volver a teletransportar mientras veníais hacia aquí? Supongo que sí. Sabía que uno más podría matarlo. Sai Brautigan también. Y Dinky.

—Pero no fue por eso, Roland. Fue por el pie.

El pistolero la miró, sin entender.

—Se lo cortó con un trozo de cristal roto durante la pelea que tuvo lugar en Cielo Azul, y el aire y el polvo de ese lugar eran puro veneno. —Fue Detta quien escupió la última palabra, con un acento tan cerrado que el pistolero apenas lo entendió: «¡Vanano!»—. El puto pie se le hinchó… los dedos se le pusieron como salchichas… luego se le oscurecieron las mejillas y la garganta, como si fuera un moretón… le subió la fiebre… —Susannah tomó aire, apretó las dos mantas que llevaba encima con más fuerza—. Deliraba, pero al final se le despejó la cabeza. Habló de ti y de Susan Delgado. Hablaba con tanto amor y tanto arrepentimiento… —Hizo una pausa y luego soltó de golpe—: ¡Iremos allí, Roland, iremos, y si tu Torre no vale la pena, conseguiremos de alguna forma que sí la valga!

—Iremos —dijo él—. Encontraremos la Torre Oscura, y nada se interpondrá en nuestro camino, y antes de que entremos, pronunciaremos sus nombres. Todos los de los desaparecidos.

—Tu lista será más larga que la mía —dijo ella—, aunque la mía será lo bastante larga.

Roland no respondió a eso, pero un robot que servía de reclamo en un local,

a quien tal vez habían despertado de golpe de su largo sueño por el sonido de las voces, sí respondió.

—Chicas, chicas, chicas —gritó desde detrás de la puerta batiente del asador y taberna Gaiety—. ¡Unas son robóticas; otras, humanóticas! ¿Para qué te complicas? ¡La diferencia no te la explicas! ¡Hacen lo que quieres y quejas no tienen! —Se hizo una pausa y luego el robot charlatán gritó la última palabra—: ¡Satisfacción! —Y se calló.

—Por los dioses, este sí que es un lugar triste —dijo Roland—. Nos quedaremos a pasar la noche y luego no volveremos a verlo.

—Al menos ha salido el sol, y eso es un alivio después de Tronido, pero ¡qué frío hace!

Roland asintió con la cabeza, luego preguntó por los demás.

—Han seguido adelante —respondió ella—, aunque hubo un instante en el que pensé que ninguno de nosotros iba a ir a ningún sitio salvo al fondo de aquella grieta.

Señaló la calle principal de Fedic más alejada de la muralla del castillo.

—Hay monitores de televisión que todavía funcionan en algunos de los vagones, y cuando llegábamos a la ciudad nos dieron una buena vista del puente que ha desaparecido. Vimos los extremos que sobresalían sobre el agujero, pero el hueco de en medio debía de medir unos noventa metros de lado a lado, tal vez más. También vimos el puente de caballete del tren. Eso seguía intacto. Para entonces, el tren había reducido la marcha, pero no lo suficiente para que ninguno de nosotros pudiera saltar. Ya no había tiempo. Y el salto seguramente habría resultado mortal para cualquiera que lo hubiera intentando. Íbamos a… bueno, diré que a unos ochenta kilómetros por hora. Y en cuanto estuvimos en el puente de caballete, el puto cacharro empezó a chirriar y a rugir. O a temblar como un flan, por usar una expresión del famoso humorista del *New Yorker* James Thurber, que supongo que no lo has leído. El tren estaba tocando música. Como lo hacía Blaine, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Pero oíamos cómo el puente de caballete estaba a punto de soltarse pese a la música. Entonces todo empezó a dar bandazos de un lado a otro. Una voz, muy tranquila y relajante, dijo: «Estamos experimentando problemas sin importancia, por favor, ocupen sus asientos». Dinky tenía en brazos a esa niñita rusa, Dani. Ted me cogió las manos y dijo: «Quiero decirle, señora, que ha sido un placer conocerla». Se produjo una sacudida tan brusca que casi me tira del

asiento; me habría tirado, si Ted no me hubiera tenido agarrada, y pensé: «Ya está, se acabó, por favor, Dios, haz que muera antes de que lo que quiera que venga me clave las fauces», y durante uno o dos segundos empezamos a ir hacia atrás. ¡Hacia atrás, Roland! Veía todo el vagón, íbamos en el primero justo detrás de la locomotora, ascendiendo. Se oyó el ruido del metal que se desgarraba. El bueno de *Espíritu de Topeka* se puso a toda máquina. Tú dirás lo que quieras sobre el Pueblo Antiguo, sé que tienen muchas cosas malas, pero construyen máquinas con un buen par de cojones.

»Lo siguiente que supe es que estábamos llegando a la estación. Y allí se oyó la misma voz tranquilizadora, esta vez diciéndonos que mirásemos bien en nuestros asientos para asegurarnos de que no dejábamos objetos personales… nuestras artillas, te consta. ¡Como si estuviéramos en un puto vuelo de la TWA aterrizando en Idlewild! No fue hasta estar en el andén cuando vimos que los últimos nueve vagones del tren habían desaparecido. Gracias a Dios que iban todos vacíos. —Miró de reojo, con mirada siniestra (aunque asustada) al final de la calle—. Espero que sea lo que sea que haya allí se atragante con ellos.

Entonces se le iluminó el rostro.

—Hay algo bueno… a esa velocidad de cuatrocientos ochenta kilómetros por hora, que es lo que esa voz tan alegre nos dijo que estaba haciendo el *Espíritu de Topeka*, seguro que dejamos al Señor Niño-araña comiendo polvo.

—Yo no contaría con eso —comentó Roland.

Ella entornó los ojos con cara de hastío.

—No me digas eso.

—Sí que te lo digo. Pero ya nos encargaremos de Mordred llegado el momento, y no creas que eso ocurrirá hoy.

—Bien.

—¿Has vuelto a estar debajo del Dogan? Supongo que sí.

Susannah abrió los ojos como platos.

—¿Verdad que es demasiado? Hace que la Grand Central parezca la estación de tren de algún lugar en Sticksville, en Estados Unidos. ¿Cuánto tardaste en encontrar la salida?

—Si hubiera estado solo, todavía estaría vagando por allí abajo —admitió Roland—. Acho encontró la salida. Supongo que lo consiguió siguiendo tu rastro.

Susannah pensó en ello.

—Puede que sí. Es más probable que siguiera el rastro de Jake. ¿Cruzaste un

pasadizo ancho con un cartel en la pared que decía MUESTRE SOLO EL PASE NARANJA, EL PASE AZUL NO SE ADMITE?

Roland hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, aunque el cartel de letras desvaídas no le había dicho gran cosa. Había identificado el pasadizo por el que pasaban los lobos al inicio de sus batidas al ver los dos caballos grises inmóviles al fondo del pasillo y otra de esas máscaras de expresión gruñona. También había visto un mocasín que recordaba bastante bien, un mocasín fabricado con un puñado de goma. Era de Ted o de Dinky, pensó; no le cabía ninguna duda de que a Sheemie Ruiz lo habían enterrado con los suyos.

—Y bien —dijo—. Bajaste del tren… ¿cuántos erais?

—Cinco, después de morir Sheemie —respondió—. Ted, Dinky, Dani Rostov, Fred Worthington y yo… ¿recuerdas a Fred?

Roland asintió. El hombre con el traje de banquero.

—Les hice una visita guiada por el Dogan —dijo Susannah—. Como pude, en todo caso. Las camas donde robaban los cerebros de los niños y la cama en la que al final Mia dio a luz a su monstruo; la puerta de una sola dirección entre Fedic y el Dixie Pig en Nueva York que todavía funciona; el piso de Nigel.

»Ted y sus amigos quedaron bastante maravillados por la rotonda donde están todas las puertas, sobre todo por la que lleva a Dallas en 1963, cuando asesinaron al presidente Kennedy. Encontramos otra puerta dos niveles más abajo, allí están la mayoría de pasadizos, que lleva al Teatro Ford, donde asesinaron al presidente Lincoln en 1865. Incluso hay un cartel de la obra que estaba viendo cuando Booth le disparó. *Nuestro primo americano*, se titulaba. ¿Qué clase de gente querrá ir al teatro a ver cosas como esa?

Roland pensó que habría un montón de personas, en realidad, pero era lo bastante listo como para no comentarlo.

—Todo está muy viejo —dijo ella—. Y muy caliente. Y da un miedo que te cagas, a decir verdad. Gran parte de la maquinaria ha dejado de funcionar, y hay charcos de agua y gasolina y Dios sabe qué por todas partes. Algunos charcos desprenden un brillo, y Dinky dijo que creía que podía tratarse de radiación. No me gusta pensar que me crece en los huesos o que el pelo empezará a caérseme. Había puertas donde se escuchaban esas horribles campanillas… las que te hacen chirriar los dientes.

—Campanillas de exotránsito.

—Eso mismo. Y unas cosas detrás de algunas de ellas. Cosas que se deslizaban. ¿Fuiste tú o fue Mia quien me dijo que hay monstruos en la oscuridad del exotránsito?

—A lo mejor fui yo —dijo Roland. Dios sabe que los había.

—Además, hay cosas en esa grieta más allá de la ciudad. Me lo dijo Mia. «Monstruos que charlan, estafan, aumentan y confabulan para huir», dijo. Y entonces Ted, Dinky, Dani y Fred se cogieron de las manos. Hicieron lo que Ted llamó «el pequeño pensamiento positivo». Lo pude sentir aunque no estuviera en su círculo, y me alegré de sentirlo, porque ese lugar es bastante espeluznante. —Se envolvió aún con más fuerza con las mantas—. No espero tener que volver.

—Pero crees que tendremos que hacerlo.

—Hay un pasadizo que lleva a una parte profunda por debajo del castillo y sale al otro lado, en el Discordia. Ted y sus amigos lo ubicaron recurriendo a viejos pensamientos, lo que Ted llamaba pensamientos fantasmales. Fred tenía un trozo de tiza en el bolsillo y me lo dibujó, aunque seguiría resultando difícil volver a encontrarlo. Lo que hay allí abajo es como el laberinto de esa antigua historia griega donde se supone que lo gobernaba un monstruo con forma de toro. Supongo que podemos volver a encontrarlo…

Roland se agachó y acarició el hirsuto pelaje de Acho.

—Lo encontraremos. Este chavalín seguirá tu rastro. ¿Verdad que sí, Acho?

Acho levantó la vista con sus ojos ribeteados de oro, pero no dijo nada.

—De todos modos —continuó ella—, Ted y los demás tocaron las mentes de las cosas que viven en esa grieta a la salida de la ciudad. No querían hacerlo, pero lo hicieron. Esos seres no están ni en contra ni a favor del Rey Carmesí, solo están a favor de sí mismos, pero piensan. Y son telépatas. Sabían dónde estábamos, y en cuanto hicimos contacto, se alegraron de poder garlar. Ted y sus amigos dijeron que se habían abierto camino a través de un túnel en dirección a las catacumbas por debajo de la Estación Experimental durante mucho, mucho tiempo, y ahora están a punto de salir. En cuanto lo consigan, serán libres para deambular por donde quieran.

Roland lo pensó en silencio durante un instante, balanceándose hacia delante y hacia atrás sobre los mascados tacones de sus botas. Deseó que Susannah y él se hubieran ido antes de que se produjera esa aparición… aunque quizá no ocurriera antes de que Mordred llegase hasta allí, y ese *halfling*[20] tendría que

enfrentarse a ellos si quería seguirlos. El niño Mordred contra los antiguos monstruos del subsuelo… era una idea chispeante.

Al final, Roland le hizo un gesto a Susannah con la cabeza para indicarle que siguiera adelante.

—Escuchamos las campanillas de exotránsito procedentes de algún lugar del pasadizo. No solo desde detrás de las puertas, sino desde pasillos sin puertas para detenerlos. ¿Entiendes lo que eso quiere decir?

Roland lo entendía. Si escogían la puerta equivocada, o si Ted y sus amigos estaban equivocados sobre el pasadizo que habían indicado, Susannah, Acho y él seguramente desaparecerían para siempre en lugar de salir al otro lado del Castillo Discordia.

—No me dejaron allí abajo, me llevaron hasta la enfermería, nada más y nada menos, antes de irse, y yo me puse loca de contenta. No me gustaba la idea de encontrar la salida yo sola, aunque supongo que seguramente lo habría conseguido.

Roland la rodeó con un brazo.

—¿Y planeaban utilizar la puerta que utilizaban los lobos?

—Ajá, la que hay al final del pasadizo del PASE NARANJA. Saldrán por donde salían los lobos, encontrarán el camino al río Whye y luego, cruzándolo, hasta Calla Bryn Sturgis. Las yentes del Calla los aceptarán, ¿verdad?

—Sí.

—Y en cuanto hayan escuchado toda la historia, ¿no los… no los lincharán o algo así?

—Estoy seguro de que no. Henchick sabrá que están diciendo la verdad y dará la cara por ellos, aunque nadie más lo haga.

—Esperaban utilizar la Cueva de la Puerta para volver al lado de los Estados Unidos. —Soltó un suspiro—. Espero que les funcione, aunque tengo mis dudas.

Roland también las tenía. Pero los cuatro eran muy poderosos, y Ted lo había sorprendido por ser un hombre de una determinación y recursos extraordinarios. El pueblo manni también era poderoso, a su manera, y eran grandes viajeros entre los mundos. Roland creía que, tarde o temprano, Ted y sus amigos seguramente volverían a los Estados Unidos. Pensó en decirle a Susannah que eso ocurriría si el ka lo quería, pero luego se lo pensó mejor. El ka no era su palabra preferida justo en ese momento, y no podía culparla de ello.

—Ahora escúchame con atención y piensa con detenimiento, Susannah. ¿La palabra Dandelo te dice algo?

Acho levantó la vista, con los ojos relucientes.

Ella lo pensó.

—Me suena algo —dijo—, pero no se me ocurre nada. ¿Por qué?

Roland le contó lo que creía: que mientras Eddie estaba agonizando, había sido agraciado con una especie de visión sobre algo… o un lugar… o una persona. Algo llamado Dandelo. Eddie se lo había contado a Jake, Jake se lo había contado a Acho, y Acho se lo había contado a Roland.

Susannah frunció el ceño con reservas.

—Puede que haya pasado por demasiadas personas. Había un juego al que jugábamos de pequeños. Se llamaba teléfono roto. El primer niño pensaba en algo, en una palabra o una frase, y se la susurraba al siguiente. Solo se podía escuchar una vez, no se podía repetir. El siguiente niño pasaba lo que creía haber escuchado, y lo mismo hacían el siguiente, y el siguiente. Cuando llegaba al último niño de la fila, era algo totalmente distinto y todo el mundo se partía de la risa. Pero si esto está equivocado, no creo que nos riamos.

—Bueno —dijo Roland—, estaremos atentos y esperaremos que todo vaya bien. Puede que no signifique nada. —Aunque en realidad no lo creía.

—¿Qué haremos con la ropa si el tiempo se pone más frío? —preguntó Susannah.

—Confeccionaremos lo que necesitemos. Sé cómo. Es algo menos de lo que preocuparse hoy. De lo que sí tenemos que preocuparnos es de encontrar algo de comer. Supongo que si lo necesitamos, podemos encontrar la despensa de Nigel…

—No quiero volver al subsuelo del Dogan hasta que no nos quede más remedio —dijo Susannah—. Tiene que haber una cocina cerca de la enfermería; tienen que haber alimentado a esos pobres críos con algo.

Roland lo pensó, luego asintió con la cabeza. Era una buena idea.

—Hagámoslo ahora —sugirió ella—. Ni siquiera quiero estar en el piso de arriba de ese sitio cuando oscurezca.

CUATRO

En Turtleback Lane, en el mes de agosto del año 2002, Stephen King se despierta de un sueño en duermevela sobre Fedic. Teclea: «Ni siquiera quiero estar en el piso de arriba de ese lugar cuando oscurezca». Las palabras aparecen en la pantalla que tiene delante. Es el final de lo que él llama subcapítulo, pero no siempre significa que haya acabado por el día. Haber acabado por el día depende de lo que escuche. O, mejor dicho, de lo que no escuche. Lo que espera escuchar es Ves'-Ka Gan, la Canción de la Tortuga. Esta vez, la música, que es tenue algunos días y tan alta otros que casi le ensordece, parece haberse acallado. Regresará mañana. Al menos, así es como siempre ocurre.

Le da a la tecla «ctrl» y al mismo tiempo a la «G». El ordenador produce un pitido que indica que el material que ha escrito hoy está guardado. Luego se levanta, hace una mueca por el dolor de la cadera, y se dirige hacia la ventana del despacho. Mira hacia el camino que traza un ángulo empinado hasta la carretera por donde ahora rara vez camina. (Y por la carretera principal, la Ruta 7, jamás). Esta mañana le duele mucho la cadera, y los enormes músculos del muslo le arden. Se frota la zona dolorida con gesto ausente mientras está de pie mirando.

«Roland, hijo de puta, me has devuelto el dolor», piensa. El dolor desciende por la pierna derecha como una cuerda candente, no se puede decir Dios, no se puede decir bomba de Dios, y él es quien está atrapado con ese dolor hasta el final. Han pasado tres años desde el accidente que estuvo a punto de costarle la vida y el dolor sigue ahí. Ahora se ha mitigado, el cuerpo humano tiene un mecanismo sorprendente de curación en su interior («una máquina al rojo vivo», piensa, y sonríe), aunque algunas veces sigue doliéndole mucho. No piensa mucho en ello mientras escribe, la escritura es una especie de exotránsito beneficioso, pero siempre se le tensa cuando se ha pasado un par de horas sentado en su escritorio.

Piensa en Jake. Siente muchísimo que haya muerto, y supone que cuando se publique su último libro, los lectores se van a volver locos. ¿Y por qué no? Algunos de ellos conocen a Jake Chambers hace veinte años, casi el doble de la vida del muchacho. Oh, se pondrán como locos, sin duda, y cuando les responda y les diga que lo siente tanto como ellos, que le sorprende tanto como a ellos, ¿le creerán? Ni jartos de vino, como solía decir su abuelo. Piensa en *Misery*: Annie Wilkes llama «pirado» a Paul Sheldon por intentar deshacerse de la estúpida y cabeza de chorlito Misery Chastain. Annie grita que Paul es el escritor y que el escritor es Dios para sus personajes, que no tiene que matarlos si no quiere.

Sin embargo, él no es Dios. Al menos no en este caso. Sabe muy bien, puñetas, que Jake Chambers no estaba allí el día de su accidente, ni Roland Deschain tampoco, la idea es irrisoria, son personajes inventados, por el amor de Dios, pero también sabe que en algún momento la canción que escucha cuando se sienta delante de su elegante máquina de escribir Macintosh se convirtió en la canción fúnebre de Jake, e ignorar eso habría sido perder el toque con Ves'-Ka Gan por completo, y no puede hacer eso. No si tiene que terminar. Esa canción es el único hilo que tiene, el camino de migas de pan que debe seguir si quiere salir algún día de ese bosque tenebroso de un argumento que él ha plantado, y…

«¿Estás seguro de haberla plantado tú?».

Bueno… no. De hecho no está seguro. Que alguien llame a los hombres de los batines blancos.

«¿Y estás completamente seguro de que Jake no estaba allí ese día? Al fin y al cabo, ¿cuánto del puto accidente recuerdas de verdad?».

No mucho. Recuerda haber visto la parte de arriba de la furgoneta de Bryan Smith aparecer por el horizonte, y darse cuenta de que no estaba en la carretera, donde debería haber estado, sino en el arcén. Después de eso recuerda haber visto a Smith sentado sobre un muro de piedra, con la vista hacia el suelo para mirarlo, y diciéndole que tenía la pierna rota al menos en seis partes, puede que siete. Aunque entre esos dos recuerdos, el de la furgoneta que se acercaba y el inmediatamente posterior, la película de su memoria se ha velado por completo.

O casi por completo.

Sin embargo, algunas noches, cuando se despierta de sueños que no puede recordar con exactitud…

Algunas veces, en esos sueños hay… bueno…

—Algunas veces hay voces —dice—. ¿Por qué no lo dices?

Y luego, riendo, añade:

—Supongo que acabo de hacerlo.

Escucha las pisadas de unas patas en la entrada y Marlowe asoma su alargado hocico por el despacho. Es un corgi galés, de patas cortas y orejas largas, está hecho todo un viejecito, con sus propios achaques y dolores, por no hablar del ojo que perdió por un cáncer el año pasado. El veterinario dijo que seguramente no se recuperaría de esa, pero sí se recuperó. Qué buen chico. Qué chico más duro. Y cuando levanta la cabeza de su forzosamente baja perspectiva para mirar al escritor, lleva puesta su típica sonrisa diabólica. «¿Cómo va eso, papi?», dice esa mirada. «¿Te viene alguna palabreja? ¿Qué te cuentas?».

—Me va bien —le dice a Marlowe—. Por aquí, tirando. ¿Y tú qué te cuentas?

Marlowe (al que algunas veces llaman Señor Narizotas) menea su artrítico trasero como respuesta.

«“Otra vez tú”, eso es lo que le dije. Y él preguntó: “¿Me recuerdas?”, puede que dijera… “Me recuerdas”. Le dije que tenía sed. Dijo que no tenía nada de beber, pidió perdón, y yo lo llamé mentiroso. Y tenía razón en llamarlo mentiroso porque no lo sentía ni un pelo. Le importaba una puta mierda si yo tenía sed porque Jake estaba muerto y él intentaba endosármelo a mí, el hijo de puta intentaba echarme a mí la culpa…».

—Pero nada de eso ocurrió en realidad —dijo King, viendo cómo Marlowe se alejaba meneando el trasero hacia la cocina, donde le echaría un vistazo a su plato antes de echarse una de sus siestas que cada día eran más largas. Ellos dos son los únicos que están en la casa, y en esas circunstancias King suele hablar solo—. Bueno, quiero decir, tú lo sabes, ¿no? Que en realidad no ocurrió nada de todo eso.

Supone que así es, pero fue tan raro que Jake muriese así… Jake está en todas sus notas, y no resulta sorprendente, porque se suponía que Jake tenía que estar presente hasta el final. De hecho, todos ellos tenían que estar. Está claro que ninguna historia, salvo las malas —las que tienen esos personajes que aparecen y ya los están asesinando— está por completo bajo el control del escritor, pero esta está tan descontrolada que resulta ridículo. En realidad es más bien como observar algo que ocurre, o escuchar una canción, que estar escribiendo una puta historia inventada.

Decide prepararse un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada para comer y olvidarse de todo ese rollo hasta otro día. Esta noche tiene que ir a ver una película de Clint Eastwood, *Deuda de sangre*, y se alegra de tener que ir a cualquier sitio, de tener que hacer cualquier cosa. Mañana volverá a su escritorio, y puede que algo de la película se cuele en el libro… sin duda Roland tiene algo de Clint Eastwood para empezar, el Hombre Sin Nombre de Sergio Leone.

Y… hablando de libros…

Sobre la mesita de café hay uno que ha llegado por FedEx de su despacho de Bangor justo esta mañana: *La obra poética completa de Robert Browning*. Incluye, por supuesto, «Childe Roland a la Torre Oscura llegó», el poema narrativo que se encuentra en el origen de la larga (y ardua) historia de King. De

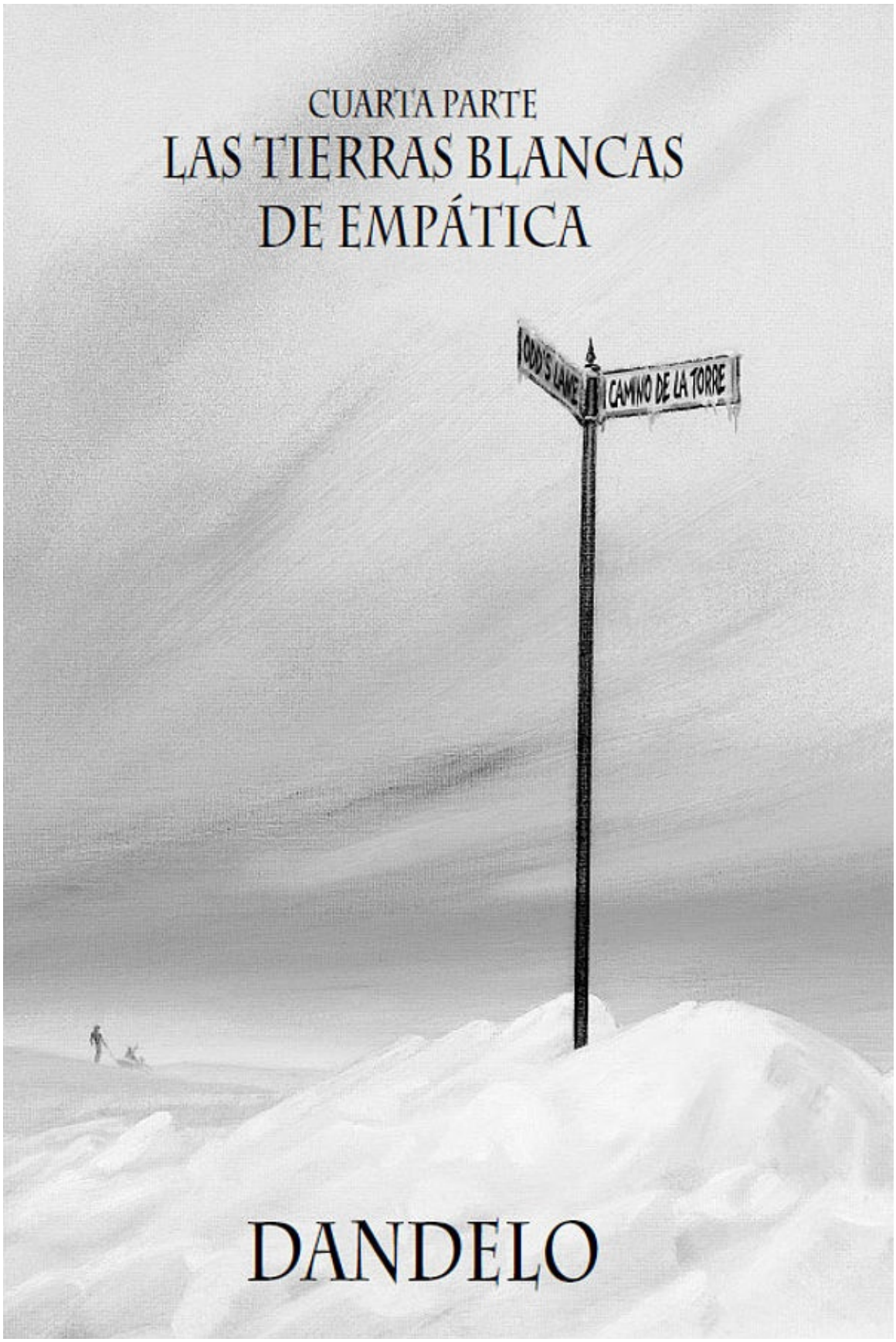
pronto se le ocurre una idea, y pone una expresión que se detiene casi al borde de una risotada. Como si estuviera interpretando sus sentimientos (y seguramente puede; King siempre ha sospechado que los perros son emigrantes recientes de ese gran país de «sé cómo te sientes» de Empática), la sonrisa endiablada de Marlowe parece ensancharse.

—Un lugar para el poema, viejo —dice King, y vuelve a poner el libro sobre la mesita de café. Es gordo, y aterriza con un ruido sordo—. Un lugar y solo uno. —Luego se recuesta aún más en la silla y cierra los ojos. «Me voy a quedar aquí sentado durante un minuto o dos», piensa, a sabiendas de que está autoengañándose, a sabiendas de que seguro que se quedará dormido, y así lo hace.



CUARTA PARTE

LAS TIERRAS BLANCAS DE EMPÁTICA



DANDELO

CAPÍTULO I
LA COSA DE DEBAJO DEL CASTILLO

UNO

Encontraron una cocina de enormes dimensiones y una despensa contigua en el primer piso de la Estación Experimental Arco 16, que no quedaba lejos de la enfermería. También encontraron algo más: el despacho de sai Richard P. Sayre, el que una vez fuera el Jefe de Operaciones del Rey Carmesí y que ahora estaba en el claro del final de la senda por cortesía de la veloz mano derecha de Susannah Dean. Colocados encima del escritorio de Sayre había unos informes increíblemente completos sobre cada uno de ellos cuatro. Los destruyeron con la trituradora de papel. En las carpetas había fotografías de Eddie y de Jake, cuya visión resultaba demasiado dolorosa. Los recuerdos eran mejores.

En la pared de Sayre había dos antiguos óleos enmarcados. En uno se veía un muchacho bello y fuerte. Iba sin camisa, descalzo, despeinado, estaba sonriente, vestido únicamente con unos vaqueros y llevaba una agarradera. Parecía de la edad de Jake. Esta imagen poseía cierta sensualidad no del todo agradable. Susannah pensó que el pintor o sai Sayre, o ambos, formaban parte de la mafia malva de Los Ángeles, como a veces había oído que llamaban a los homosexuales en el Village. El muchacho tenía el pelo negro. Los ojos azules. Los labios rojos. Tenía una cicatriz lívida en el costado y una marca de nacimiento en el talón izquierdo tan carmesí como los labios. Un caballo níveo yacía muerto junto a él. Había sangre en sus dientes que asomaban como en un gruñido. El pie marcado del muchacho descansaba sobre el flanco del equino, y sus labios estaban curvados en una sonrisa triunfal.

—Ese es Llamrei, el caballo de Arthur Eld —dijo Roland—. Su imagen se llevaba a la batalla en los pendones de Gilead, y era el sigul de todos los Mundos Interiores.

—Así que, según esta imagen, ¿el Rey Carmesí gana? —preguntó Susannah —. ¿O si no él, su hijo, Mordred?

Roland enarcó las cejas.

—Gracias a John Farson, los hombres del Rey Carmesí ganaron las tierras del Mundo Interior hace mucho tiempo —respondió Roland. Pero luego sonrió. Era una expresión alegre tan distinta a su expresión de siempre que verla mareaba un poco a Susannah—. Pero creo que nosotros ganaremos la batalla que importa. Lo que se ve en esta imagen no es más que el cuento soñado por alguien. —Entonces, con una violencia que la sobresaltó, Roland hizo añicos el cristal del marco con el puño y arrancó el cuadro, y lo desgarró casi por completo por la mitad al hacerlo. Antes de poder destrozarlo, como pretendía, ella lo detuvo y señaló el pie. Allí estaba escrito con una caligrafía diminuta aunque extravagante el nombre del artista: *Patrick Danville*. El otro cuadro era de la Torre Oscura, un cilindro negro como el hollín, como enrollado, de forma que se estrechaba a medida que ascendía. Se alzaba al fondo de Can'-Ka No Rey, el campo de rosas. En sus sueños, la Torre parecía más alta que el rascacielos más alto de Nueva York (para Susannah era el Empire State Building). En el cuadro no parecía medir más de ciento ochenta y dos metros, aunque eso no le restaba ni un ápice de su onírica majestuosidad. Las estrechas ventanas se elevaban en una espiral ascendente en torno a la torre como en sus sueños. En la cúspide había un mirador de varios colores: cada uno de ellos, Roland lo sabía, correspondía a uno de los cristales del Mago. El penúltimo círculo antes del central era del rosa de la bola que había quedado durante cierto tiempo a recaudo de una mujer llamada Rhea, el central era del ébano letal de la Trece Negra.

—La habitación que hay tras esa ventana es adonde yo iré —dijo Roland, dando un golpecito sobre el cristal del cuadro—. Allí es donde termina mi búsqueda. —Su voz era grave y atemorizada—. Este cuadro no se hizo a partir de ningún sueño, Susannah. Es como si pudiera tocar la textura de cada ladrillo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí. —Fue todo lo que ella pudo decir. Contemplarla allí, en la pared del difunto Richard Sayre le cortaba la respiración. De pronto, todo parecía posible. El final del asunto estaba, por fin, a la vista.

—La persona que lo pintó debe de haber estado allí —murmuró Roland—. Debe de haber colocado su caballete sobre las mismísimas rosas.

—Patrick Danville —dijo Susannah—. Es la misma firma que la que tenían Mordred y el caballo muerto, ¿lo ves?

—Lo veo perfectamente.

—¿Y ves la senda a través de las rosas que lleva a la escalera de la base?

—Sí. Diecinueve escalones, no me cabe duda: chassit. Y las nubes del cielo…

Ella también las vio. Formaban una especie de remolino antes de alejarse por separado de la Torre y dirigirse hacia el Lugar de la Tortuga, en el otro extremo del Haz que habían seguido hasta entonces. Además, Susannah vio otra cosa. En la parte exterior del cilindro de la Torre, en un intervalo que podía ser de unos quince metros, había balcones bordeados con unas barandillas de hierro forjado que llegaban a la altura de la cintura. En el segundo de estos balcones había una mancha roja y tres manchitas blancas: una cara demasiado pequeña para verla, y un par de manos levantadas.

—¿Es el Rey Carmesí? —preguntó Susannah, señalándolo. Ni siquiera se atrevió a apoyar la punta del dedo en el cristal sobre la pequeña imagen. Era como si esperase que la figura cobrara vida y la arrastrase al interior del cuadro.

—Sí —respondió Roland—. Encerrado y privado de lo único que siempre ha deseado.

—Entonces tal vez podamos subir por la escalera y dejarlo atrás. Y hacerle la típica pedorreta cuando pasemos por delante. —Y cuando Roland puso cara de perplejidad al oír aquello, ella sacó la lengua entre los labios y le hizo una demostración.

Esta vez la risa del pistolero fue distraída y de medio lado.

—No creo que sea tan fácil —comentó.

Susannah suspiró.

—En realidad, yo tampoco lo creo.

Tenían lo que habían ido a buscar, en realidad, bastante más, pero aun así, les resultaba difícil salir del despacho de Sayre. El cuadro los retenía. Susannah le preguntó a Roland si no quería llevárselo. Sin duda habría sido muy fácil sacarlo del marco con el abrecartas que estaba encima del escritorio de Sayre y enrollarlo. Roland pensó en hacerlo, pero luego sacudió la cabeza. Tenía cierta vida maléfica que podía atraer la atención que no deseaban, como las polillas a la luz intensa. Y aunque no fuera así, le daba la impresión de que los dos habían

pasado demasiado tiempo contemplándolo. El cuadro podía distraerlos o, lo que era aún peor, hipnotizarlos.

«Al final, a lo mejor es otra trampa mental —pensó Roland—. Como *Insomnia*».

—Lo dejaremos —dijo—. Muy pronto, dentro de unos meses, puede que incluso semanas, podremos ver la de verdad.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Susannah con desánimo—. ¿Roland, lo dices en serio?

—Sí.

—¿Los tres? ¿O Acho y yo moriremos también para poder abrirte camino hasta la Torre? Al fin y al cabo, tú empezaste solo, ¿verdad? A lo mejor tienes que acabar igual. ¿No es así como lo querría un escritor?

—Eso no quiere decir que pueda hacerlo —dijo Roland—. Stephen King no es el agua, Susannah… solo es la cañería por la que corre el agua.

—Entiendo lo que dices, pero no estoy segura de creerlo del todo.

Roland tampoco estaba completamente seguro de creerlo. Pensó en comentarle a Susannah que Cuthbert y Alain habían estado con él en el verdadero principio de su búsqueda, en Mejis, y, cuando partieron de Gilead en la ocasión siguiente, los acompañó Jamie DeCurry, y el trío se convirtió en cuarteto. Pero la búsqueda había empezado realmente tras la batalla en Jericho Hill, y sí, entonces él estaba solo.

—Empecé en solitario, pero no es así como acabaré —dijo. Ella había estado moviéndose con bastante maña en una silla de despacho con ruedas. Entonces él la levantó y la posó sobre su cadera derecha, la que ya no le dolía—. Acho y tú estaréis conmigo cuando suba la escalera y entre por la puerta, tú estarás conmigo y subirás la escalera, estarás conmigo cuando me enfrente al duende rojo saltarín, y estarás conmigo cuando entre a la habitación de la cúspide.

Aunque Susannah no lo dijo, le pareció todo una mentira. En realidad, a ambos les pareció una mentira.

DOS

Volvieron al hotel de Fedic con comida en conserva, una cacerola pequeña con un mango largo, dos ollas, dos platos y dos juegos de cubiertos. Roland había añadido una linterna que daba una luz débil a causa de unas pilas casi agotadas,

un cuchillo de carnicero y una hachuela muy útil con el mango de goma. Susannah había encontrado un par de bolsas de redecilla en las que meter todas esas nuevas artillas. También había encontrado tres latas de algo gelatinoso en una estantería alta de la despensa contigua a la cocina de la enfermería.

—Es Sterno, funciona como el alcohol etílico —le dijo al pistolero cuando él preguntó—. Está bien. Sirve para prender. Quema despacio y produce una llama azul lo bastante caliente como para cocinar.

—Pensé que íbamos a hacer una pequeña hoguera detrás del hotel —comentó Roland—. No necesito esa cosa apestosa para prenderlo, en realidad. —Lo dijo con una pizca de desprecio.

—No, supongo que no. Pero podría sernos útil.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero… —Susannah se encogió de hombros.

Cerca de la puerta que daba a la calle pasaron por lo que parecía un armario de conserje lleno con montones de cintas en zigzag. Susannah ya había tenido bastante del Dogan por un día y estaba ansiosa por salir, pero Roland quería echar un vistazo. Pasó por alto los cubos de la fregona y las escobas, y el material de la limpieza para fijarse en un montón de cuerdas y tiras amontonadas en un rincón. Susannah supuso, por los tablones de madera sobre los que estaban, que esas cosas se habían utilizado alguna vez para construir andamiajes. También se le ocurrió para qué quería Roland todas esas sujeciones, y el corazón le dio un vuelco. Era como volver al principio.

—Creí que se había acabado lo de llevarme a cuestas —dijo enfadada, y con más de un toque de Detta en la voz.

—Es la única forma, creo —dijo Roland—. Me alegro de estar lo suficientemente entero como para llevarte.

—¿Y ese pasadizo subterráneo es el único camino? ¿Estás seguro?

—Supongo que podría haber otra forma de llegar al castillo… —empezó a decir, pero Susannah ya estaba sacudiendo la cabeza.

—Ya he estado allí arriba con Mia, no lo olvides. En el interior del Discordia hay un hueco, es una caída de unos ciento cincuenta y dos metros, seguramente más. Puede que hace tiempo hubiera una escalera, pero ahora ya no está.

—Entonces nos espera el pasadizo —dijo Roland—, y el pasadizo es para nosotros. Puede que encontremos algo para que te desplaces en cuanto lleguemos al otro lado. En otra ciudad o pueblo.

Susannah estaba sacudiendo otra vez la cabeza.

—Creo que aquí termina la civilización, Roland. Y creo que será mejor que nos abriguemos lo mejor que podamos, porque va a hacer mucho frío.

Aunque, por lo visto, no había mucho con qué guarecerse, a diferencia de con qué alimentarse. Nadie había pensado en guardar un par de jerséis de reserva y chaquetas con cuello de borreguito en latas de envase al vacío. Había mantas, pero incluso estando en el almacén, habían quedado raídas y frágiles, casi inutilizables.

—Me importa una puta mierda —dijo Susannah con una voz masculina—. Siempre que nos vayamos de este lugar.

—Nos iremos —respondió Roland.

TRES

Susannah está en Central Park, y hace el frío suficiente como para que se vea su aliento. El cielo es blanco de lado a lado, es un cielo nevoso. Ella está mirando al oso polar (que está dando vueltas en su isla rocosa, y parece que disfruta del frío) cuando una mano la rodea por la cintura. Unos labios cálidos le plantan un beso en la mejilla helada. Se vuelve y allí están Eddie y Jake. Lucen idénticas sonrisas y unas gorras de lana roja casi iguales. La de Eddie lleva escrito FELIZ *y la de Jake* NAVIDAD*. Ella abre la boca para decirles: «Chicos, no podéis estar aquí, estáis muertos», pero se da cuenta entonces, con un profundo suspiro de alivio, que todo eso ha sido solo un sueño que ha tenido. Y, en realidad, ¿cómo podéis haberlo puesto en duda? No existen animales parlantes llamados bilibrambos, ni tampoco criaturas taheen con cuerpo de humano y cabeza de animal, ni lugares llamados Fedic ni Castillo Discordia.*

Y, sobre todo, no existen los pistoleros. John Kennedy fue el último; Andrew, el chófer, tenía razón en eso.

—Te he traído chocolate caliente —dice Eddie y se lo pasa. Es el vaso perfecto de chocolate, mit schlag *encima y unas virutas de nuez moscada que manchan la espuma de la leche; ella lo huele, y cuando lo agarra siente los dedos de Eddie dentro de los guantes y los primeros copos de la nieve de ese invierno que se cuelan entre ellos. Piensa en lo bueno que es estar viva en el sencillo Nueva York, en lo maravilloso que es que la realidad sea la realidad, en que estén juntos en el año de nuestro Señor de…*

¿Qué *año de nuestro Señor?*

Frunce el ceño, porque se trata de una pregunta importante, ¿verdad? Al fin y al cabo, Eddie es un hombre que ya ha cumplido los ochenta y ella jamás llegó más allá de 1964 (¿o era 1965?). En cuanto a Jake, Jake Chambers con la palabra NAVIDAD *escrita en su alegre gorra, ¿es de los años setenta? ¿Y si los tres representan tres décadas de la segunda mitad del siglo* XX*, qué tienen en común? ¿En qué año están?*

—DIECINUEVE *—dice una voz que sale de la nada (tal vez es la voz de Bango Skank, el Gran Personaje Perdido)—,* es el DIECINUEVE, es CHASSIT. Todos tus amigos están muertos.

Con cada palabra, el mundo se vuelve más real. Susannah ve a través de Eddie y Jake. Cuando mira al oso polar ve que yace muerto sobre su isla rocosa con las patas en el aire. El agradable aroma del chocolate caliente se está esfumando, lo está sustituyendo un olor a humedad: yeso viejo, madera antigua. El hedor de una habitación de hotel donde no ha dormido nadie durante años.

«No —*susurra su mente*—. No, quiero Central Park, quiero al señor FELIZ y al señor NAVIDAD, quiero el aroma del chocolate caliente y la visión de los primeros y tímidos copos de diciembre, ya estoy harta de Fedic, del Mundo Interior, del Mundo Medio y del Mundo Final. Quiero Mundo Mío. Me da igual si no veo jamás la Torre Oscura».

Los labios de Eddie y Jake se mueven al unísono, como si estuvieran cantando una canción que ella no puede oír, pero no es una canción; las palabras que lee en sus labios justo antes de que el sueño termine son:

CUATRO

—Cuidado con Dandelo.

Se despertó con esas tres palabras en los labios, temblando bajo una luz que todavía no era la del amanecer. Y la parte del sueño en que se le podía ver el aliento era real, cuando no todas las demás. Se tocó las mejillas y se enjugó parte de la humedad que había en ellas. No hacía el frío suficiente para congelarle las lágrimas en la piel, pero, de todas formas, hacía un frío de cojones.

Miró a su alrededor en la lúgubre habitación del hotel de Fedic y deseó con todo su corazón que el sueño de Central Park hubiera sido real. Para empezar, había tenido que dormir en el suelo —la cama no era más que una estructura

oxidada a punto de desintegrarse— y tenía la espalda molida. En segundo lugar, las mantas que había utilizado como colchón y las que había utilizado para envolverse se habían desgarrado por las vueltas que había dado durante la noche. El aire estaba cargado de polvo, le hacía cosquillas en la nariz y le resecaba la garganta, lo que la hacía sentir que estaba pillando el peor resfriado del mundo. Y, hablando de resfriados, estaba temblando. Y tenía que hacer un pis, lo que significaba arrastrarse hasta el vestíbulo sobre los muñones y con las manos medio entumecidas.

Sin embargo, lo que en realidad preocupaba a Susannah Odetta Holmes Dean esa mañana no era nada de eso, ¿verdad? El problema era el lugar donde el cielo se estaba iluminando no necesariamente por el este. El problema era que ella se sentía cansada y triste, nostálgica y abatida, desconsolada y deprimida. El problema era que, en esa hora previa al alba, en ese fronterizo hotel como de museo, donde el aire estaba lleno de mohosas fibras de manta, se sentía como si le hubieran exprimido las últimas dos gotas de ganas de joder a alguien. Quería volver a soñar.

Quería a Eddie.

—Ya veo que tú también estás despierta —dijo una voz, y Susannah se volvió, saltando sobre las manos con tanta rapidez que se clavó una astilla.

El pistolero se apoyó en la puerta entre la habitación y el vestíbulo. Había fabricado una especie de arnés con las cuerdas para transportar a Susannah, que a ella ya le resultaba demasiado familiar, y lo llevaba colgado del hombro izquierdo. Colgada del hombro derecho llevaba una bolsa de piel llena con sus nuevas posesiones y los Orizas que quedaban. Acho estaba sentado junto a los pies de Roland, mirando a Susannah con solemnidad.

—Me has dado un susto de muerte, ¡Jesús!, sai Deschain —dijo ella.

—Has estado llorando.

—No es asunto tuyo si he estado llorando o no.

—Nos sentiremos mejor en cuanto nos vayamos de aquí —dijo Roland—. Fedic está cortado.

Ella sabía exactamente a qué se refería. El viento golpeaba con rotundidad en la noche, y cuando ululaba alrededor de los aleros del hotel y del salón contiguo, a Susannah le sonaba como a los gritos de los niños, lloros tan perdidos en el tiempo y en el espacio que tal vez jamás encontraran el camino de vuelta a casa.

—Está bien, pero, Roland, antes de que crucemos la calle y nos dirijamos a ese Dogan, quiero que me prometas una cosa.

—¿Qué promesa quieres que haga?

—Si parece que algo va a atraparnos, algún monstruo que salga del Culo del Diablo o del exotránsito de entretierras, me meterás una bala en la cabeza antes de que ocurra. En cuanto a ti, puedes hacer lo que te dé la gana, pero… ¿qué? ¿Para qué sacas eso? —Era una de sus pistolas.

—Porque en la actualidad solo soy bueno con una de ellas. Y porque no podré ser yo quien te quite la vida. Sin embargo, si quieres tomar tú la decisión…

—Roland, tus putos escrúpulos de los cojones nunca dejarán de asombrarme —dijo ella. Luego cogió la pistola con una mano y señaló el arnés con la otra—. Y en cuanto a eso, si crees que voy a viajar en eso antes de que sea el único medio, estás loco.

Una tímida sonrisa afloró a los labios de Roland.

—¿Todo es mejor cuando estamos juntos los dos, verdad?

Ella suspiró y asintió con la cabeza.

—Sí, un poco, sí, pero le falta mucho para ser perfecto. Venga, hombretón, vamos a pirárnoslas de este lugar. Se me está quedando el culo hecho un cubito de hielo y el olor me está dejando la nariz hecha polvo.

CINCO

Roland volvió a colocar a Susannah en la silla de oficina en cuanto volvieron a entrar al Dogan y la empujó hasta la primera escalera, Susannah llevaba su artilla y la bolsa de Orizas en el regazo. En la escalera, el pistolero empujó con la bota la silla hasta el borde y se irguió con Susannah apoyada en la cadera, ambos hicieron una mueca de dolor al escuchar el eco de los golpes mientras la silla iba bajando por los escalones hasta el final del tramo de escalera.

—Ha llegado a su fin —dijo Susannah cuando los ecos por fin cesaron—. También podrías haberla dejado arriba ¡para lo que me va a servir allí abajo!

—Ya veremos —comentó Roland y empezó a bajar—. Podrías llevarte una sorpresa.

—Esa puta mierda no me va a servir de nada, coño, y lo sabemos los dos —dijo Detta. Acho soltó un breve y agudo ladrido, como diciendo: «Es verdad».

Sin embargo, la silla sí sobrevivió a ese golpe. Y al siguiente también. Pero cuando Roland se agachó para examinar el pobre trasto hecho polvo después de haberlo empujado por un tercer (y extremadamente largo) tramo de escalera, una de las ruedecitas se había doblado y había quedado del todo descentrada. A Roland le recordaba, en cierta forma, al aspecto de la silla de ruedas abandonada de Susannah cuando se la habían encontrado después de la batalla con los lobos en el Camino del Este.

—Ves, ¿no te lo he dicho? —preguntó Susannah, y se rio socarronamente—. Reconoce que ha llegado la hora de largar esa puta basura, ¡Roland!

Roland la miró.

—¿Puedes hacer que se vaya Detta?

Ella lo miró, sorprendida, luego utilizó la memoria para repetir lo último que había dicho. Se ruborizó.

—Sí —respondió con un hilo de voz bastante significativo—. Digo perdón, Roland.

Él la levantó y la colocó en el arnés. Entonces siguieron. Pese a lo desagradable que era estar bajo el Dogan —a lo asqueroso que era estar bajo el Dogan—, Susannah se alegraba de que estuvieran dejando atrás Fedic. Porque eso suponía que estaban dejando atrás todo lo demás: Lud, los Callas, Tronido, Algul Siento; la ciudad de Nueva York y también el oeste de Maine. El castillo del Rey Carmesí es lo que estaba por delante, aunque ella no creía que tuvieran que preocuparse mucho por ello, porque su más conocido habitante se había vuelto loco y había levantado el campamento para largarse a la Torre Oscura.

Lo superfluo estaba quedando atrás. Se estaban acercando al final de su largo recorrido, y no había mucho más de qué preocuparse. Y eso estaba bien. ¿Y si ella caía mientras se dirigía hacia la obsesión de Roland? Bueno, si no había más que oscuridad al otro lado de la existencia (como había creído durante gran parte de su vida adulta), entonces no se había perdido nada, a menos que fuera oscuridad de exotránsito, un lugar lleno de monstruos horripilantes. Y, ¡venga ya! Puede que hubiera una vida del más allá, un cielo, una reencarnación, puede que incluso hubiera resurrección en el claro al final de la senda. Le gustó esa última idea y, hasta la fecha, había visto suficientes maravillas como para creer que eso era cierto. Tal vez, Eddie y Jake la estarían esperando allí, abrigados y con los primeros copos de nieve del invierno cayendo y quedando atrapados en

sus cejas: el señor FELIZ y el señor NAVIDAD, y le ofrecerían su chocolate caliente. *Mit schlag*.

¡Chocolate caliente en Central Park! ¿Qué era la Torre Oscura comparada con eso?

SIETE

Pasaron por la rotonda con las puertas que lo ocupaban todo; al final llegaron al ancho pasadizo con el letrero de la pared que decía: MUESTRE SOLO EL PASE NARANJA, EL PASE AZUL NO SE ADMITE. Un poco más allá, bajo el brillo de uno de los fluorescentes que todavía funcionaba (y cerca del mocasín de goma abandonado), vieron algo escrito en una baldosa de la pared y se detuvieron para leerlo.

Roland, Susannah: ¡Vamos de camino! ¡Deseadnos buena suerte!
¡Os deseamos buena suerte!
¡Que Dios os bendiga!
¡Nunca os olvidaremos!

Debajo del mensaje habían firmado con sus nombres: Fred Worthington, Dani Rostov, Ted Brautigan y Dinky Earnshaw. Debajo de los nombres había dos líneas más, escritas con otra letra. Susannah pensó que era la letra de Ted, y leerlo le hizo sentir ganas de llorar:

Vamos a buscar un mundo mejor.
Ojalá vosotros también encontréis uno.

—Que Dios los acoja en su seno —dijo Susannah con voz ronca—. Que Dios les dé amor y los acoja a todos.

—Coja dos —dijo una vocecilla bastante tímida procedente de los pies de Roland. Ambos bajaron la vista.

—¿Te has decidido a hablar, cielito? —preguntó Susannah, pero esta vez Acho no respondió. Pasaron varias semanas antes de que volviera a hablar.

OCHO

Se perdieron dos veces. Una de ellas, Acho volvió a encontrar el camino a través del amasijo de túneles y pasadizos —algunos gemían con corrientes lejanas, algunos estaban vivos con sonidos que resultaban más cercanos y amenazadores —, y otra vez fue Susannah quien volvió a encontrar el camino, pues vio un envoltorio de una barrita de chocolate Mounds que Dani había tirado. El Algul tenía una buena provisión de golosinas, y la niña se había llevado un montón consigo. («Aunque ni una sola muda de ropa», había dicho Susannah riendo y sacudiendo la cabeza). En un momento determinado, delante de una antigua puerta de fustaferro que a Roland le pareció como las que había encontrado en la playa, escucharon un desagradable ruido de algo que masticaba. Susannah intentó imaginar qué podría estar haciendo un ruido así y no se le ocurrió nada más que una boca gigante, sin cuerpo, llena de colmillos amarillentos y plagados de sarro. En la puerta había un símbolo indescifrable. El simple hecho de mirarlo la perturbaba.

—¿Sabes qué quiere decir? —le preguntó a Roland, que, aunque hablaba más de media docena de idiomas y tenía nociones de otros muchos, sacudió la cabeza. Susannah se sintió aliviada. Le daba la impresión de que si sabías cómo sonaba la pronunciación de ese símbolo, tenías que pronunciarla. Podrías haberlo hecho. Y entonces la puerta se abriría. ¿Querrías correr al ver la cosa que estaba masticando del otro lado? Seguramente. ¿Podrías hacerlo?

Seguramente no.

Poco después de pasar junto a esa puerta llegaron a otro tramo de escaleras, más corto.

—Supongo que este lo olvidé cuando estuvimos hablando ayer, pero sí lo recuerdo ahora —comentó Susannah y señaló el polvo de las contrahuellas, que estaba removido—. Mira, ahí están nuestras huellas. Fred me bajó, luego Dinky cuando volvimos a subir. Ya casi hemos llegado, Roland, te lo prometo.

Pero Susannah volvió a perderse en la maraña de pasadizos divergentes al pie de la escalera, y esa fue la ocasión en que Acho los orientó, trotando por un pasadizo lúgubre, con aspecto de túnel, por el que el pistolero tuvo que caminar agachado con Susannah colgada de su cuello.

—No sé… —empezó a decir Susannah, y fue entonces cuando Acho los condujo hasta un pasillo más iluminado (en comparación con el otro: la mitad de los fluorescentes del techo no funcionaban, y muchas de las baldosas de la pared

se habían caído, lo que dejaba al descubierto la oscura y lodosa tierra de debajo). El brambo se sentó sobre un suelo que era un puro lío de huellas y los miró como diciendo: «¿Esto es lo que queríais?».

—Sí —respondió Susannah, evidentemente aliviada—. Está bien. Veamos, justo como te dije. —Señaló la puerta con el letrero de TEATRO FORD, 1865, **VÉASE ASESINATO DE LINCOLN**. Junto a ella, bajo un cristal, había un póster de *Nuestro primo americano* que parecía impreso el día anterior—. Lo que queremos está por aquí, un poco más allá. Hay que girar dos veces a la izquierda y una a la derecha… creo. De todas formas lo reconoceré cuando lo vea.

Durante todo ese tiempo Roland tuvo paciencia con ella. Se le ocurrió algo desagradable que no quiso compartir con Susannah: que el amasijo de pasadizos de allí podía estar en movimiento, al igual que los puntos cardinales de la brújula en lo que él ya consideraba «el Mundo de Arriba». De ser así, tenían un problema.

Allí abajo hacía calor y poco después ambos estaban sudando a chorros. Acho resollaba con severidad y constancia, como un motorcillo, pero seguía un ritmo incesante pegado a la bota izquierda del pistolero. No había polvo en el suelo, y las huellas que hasta ese momento habían visto de cuando en cuando habían desaparecido. Sin embargo, los ruidos de detrás de las puertas se oían cada vez más alto y cuando pasaron por delante de una de ellas, algo al otro lado la golpeó con la fuerza suficiente para hacer temblar el dintel. Acho le ladró, y echó las orejas hacia atrás, y Susannah soltó un gritito.

—Tranquila —dijo Roland—. No puede atravesarla. Ninguno de ellos puede atravesarlas.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí —respondió el pistolero con firmeza. No estaba seguro para nada. Se le ocurrió una expresión de Eddie: «No hay más apuestas».

Pasaron bordeando los charcos, teniendo cuidado de ni siquiera tocar los que brillaban con eso que podía ser radiación o una luz embrujada. Pasaron junto a una tubería rota de la que manaba una corriente de humo verde, y Susannah sugirió que aguantaran la respiración hasta que lo hubieran dejado atrás. Roland opinó que era una idea terriblemente buena.

A unos cuarenta o cincuenta metros más allá ella lo obligó a detenerse.

—No sé, Roland —dijo, y él notó que Susannah estaba luchando por no dejar que el pánico aflorase en su voz—. Creí que habíamos llegado a la sombra

cuando vimos la puerta de Lincoln, pero ahora esto… esto de aquí… —Le tembló la voz y Roland se dio cuenta de que ella inspiraba profundamente, luchando por no perder el control—. Esto parece distinto. Y los ruidos… cómo se te meten en la cabeza…

Roland sabía a qué se refería. A su izquierda había una puerta sin ningún letrero, colocada de forma torcida en los goznes, y del hueco que había en la parte de arriba salía el sonido átono de las campanillas del exotránsito, un ruido que resultaba a un tiempo horrible y fascinante. Con las campanillas llegaba una ráfaga constante de aire apestoso. Roland pensó que Susannah estaba a punto de sugerir que regresasen mientras pudieran, tal vez para repensar la idea de ir por debajo del castillo, y eso dijo ella:

—Vamos a ver qué hay allí arriba. De todas formas, está un poco más iluminado.

Mientras se acercaban a la intersección en la que los pasadizos y los pasillos embaldosados se bifurcaban en todas direcciones, Roland sintió que ella se movía, que se incorporaba.

—¡Allí! —gritó Susannah—. ¡En ese montón de escombros! ¡Pasamos evitándolos! Pasamos evitándolos, Roland, ¡lo recuerdo!

Parte del techo se había derrumbado en medio de la intersección, dejando un montón de escombros de baldosas, cristales rotos, enganches de cables y simple polvo. Después de ese montón había huellas.

—¡Por allí! —gritó Susannah—. ¡En línea recta! Ted dijo: «Creo que esto es lo que llamaban Calle Principal», y Dinky dijo que él también lo creía. Dani Rostov dijo que hacía mucho tiempo, más o menos cuando el Rey Carmesí hizo lo que hiciera que oscureció Tronido, un montón de personas utilizaban ese camino para salir. Solo que dejaron algunos pensamientos a su paso. Le pregunté qué se sentía y ella dijo que era un poco como ver los restos del jabón que quedan cuando sales del agua de la bañera. «No es agradable», dijo. Fred hizo una marca y luego subimos a la enfermería. No quiero alardear y fastidiarlo todo, pero creo que nos va a salir bien.

Y les salió bien, al menos por el momento. Ochenta pasos más allá de la pila de escombros llegaron a una salida con arcos. Más allá, brillantes círculos de luz que parpadeaba pendían del techo, y llevaban a un ángulo en pendiente. En la pared, con cuatro trazos de tiza que ya habían empezado a desaparecer por el moho que rezumaba entre las baldosas, estaba el último mensaje que habían dejado los Disgregadores liberados:



Descansaron durante un rato, comieron puñados de pasas de un envase al vacío. Incluso Acho picó un par, aunque estaba claro, por la forma en que lo hacía, que le importaban bastante poco. Cuando todos hubieron comido lo suyo y Roland había vuelto a guardar el envase en la bolsa de piel que había encontrado por el camino, le preguntó a Susannah:

—¿Estás lista para continuar?

—Sí. Ahora mismo, creo, antes de perder… Dios mío, Roland, ¿qué ha sido eso?

Desde detrás de ellos, seguramente desde uno de los pasadizos que conducía a la intersección plagada de escombros, había llegado un ruido fortísimo y sordo. Tenía cierta resonancia líquida, como si un gigante con botas de goma llenas de agua hubiera dado un solo paso.

—No lo sé —respondió.

Susannah miró desconcertada hacia atrás por encima del hombro, pero solo vio sombras. Algunas de ellas se estaban moviendo, pero eso podía ser porque algunas de las luces parpadeaban.

Podía ser.

—¿Sabes? —dijo Susannah—, creo que estaría bien si dejamos esta zona despejada lo más rápido que podamos.

—Creo que tienes razón —dijo el pistolero, apoyándose sobre una rodilla y la mano con los dedos separados, como un corredor a punto de salir disparado del suelo. Cuando ella volvió a estar puesta en su arnés, él se puso de pie y pasó junto a la flecha de la pared, a un ritmo que distaba poco de una carrera.

NUEVE

Habían estado avanzando a ese ritmo de semi carrera durante quince minutos cuando llegaron al lugar donde había un esqueleto vestido con los restos de un uniforme militar que se estaba desintegrando. Todavía tenía una tira de cuero cabelludo en el cráneo y un mechón de apático pelo negro desparramado encima.

La mandíbula sonreía, como dándoles la bienvenida al mundo subterráneo. En el suelo, junto a la pelvis desnuda de ese ser, había un anillo que había acabado cayéndose de uno de los dedos descompuestos de la mano derecha del muerto. Susannah le preguntó a Roland si podía mirarlo más de cerca. Lo levantó y se lo pasó. Ella lo examinó el tiempo suficiente para confirmar lo que había creído y lo apartó. Hizo un ruidito metálico y entonces solo se oyó el ruido del agua que goteaba y las campanillas de exotránsito, más leve aunque persistente.

—Justo lo que pensaba —comentó ella.

—¿Y qué era? —le preguntó él mientras continuaba caminando.

—El tipo era un Elk. Mi padre tenía el mismo puñetero anillo.

—¿Un elk? No entiendo.

—Es una fraternidad. Una especie de ka-tet de amigotes. Pero ¿qué coño estaba haciendo un elk aquí abajo? Ahora un santo, creo yo. —Y se rio, como un poco loca.

Las bombillas que colgaban estaban llenas de un gas brillante que latía con un latido rítmico aunque inconstante. Susannah sabía que tenía que haber algo que conseguir, y después de un rato lo consiguió. Mientras Roland iba deprisa, el latido de las luces de situación era rápido. Cuando disminuía la marcha (de todas formas, no se detenía, pero conservaba las energías), el latido de las bombillas también disminuía. Ella no creía que respondieran a los latidos de Roland, no exactamente, ni a los suyos, pero sí que era parte de la explicación. (De haber conocido el término biorritmo lo habría utilizado). A unos cuarenta y cinco metros más allá de donde se encontrarían en cualquier momento, la Calle Principal estaba oscura. Entonces, una a una, las luces se encendieron a medida que se acercaban. Resultaba cautivador. Ella se volvió para mirar hacia atrás —solo una vez, no quería desequilibrar a Roland—, y vio que, sí, las luces volvían a oscurecerse cuando estaba a unos cuarenta y cinco metros o así. Esas luces eran mucho más brillantes que las bombillas parpadeantes de la entrada de la Calle Principal, y ella supuso que habían consumido parte de la fuente de energía, una fuente que (como casi todo en ese mundo) estaba empezando a agotarse. Entonces se dio cuenta de que una de las bombillas a la que se estaban acercando seguía apagada. Cuando se aproximaron y luego pasaron por debajo de ella, ella se dio cuenta de que no estaba del todo apagada; un núcleo iluminado ardía con debilidad en su interior, moviéndose con el ritmo de sus cuerpos y su cerebro. A Susannah le recordaba a esas veces en que uno ve un cartel de luces de neón con una o más letras apagadas y que convierten

SALCHICHAS en CHICHAS, y SABROSA MERMELADA en ROSA ELADA. A unos noventa metros más allá se encontraron con otra bombilla quemada, luego con otra y luego con dos seguidas.

—Hay muchas probabilidades de que nos quedemos a oscuras dentro de nada —dijo Susannah con desánimo.

—Lo sé —respondió Roland. Parecía que se estaba quedando sin resuello.

El aire todavía estaba cargado, y el frío estaba siendo sustituido poco a poco por el calor. Había carteles en las paredes, la mayoría demasiado raídos para ser legibles. En una parte seca de la pared vio el dibujo de un hombre que acababa de perder una batalla en la arena contra un león. El enorme felino estaba arrancándole una tira sangrienta de intestinos del vientre mientras la multitud enloquecía. Había una frase escrita en media docena de idiomas. El inglés era el segundo empezando por arriba. ¡VISITE EL CIRCUS MAXIMUS! ¡**SE DIVERTIRÁ**!, decía.

—¡Por Dios, Roland! —comentó Susannah—. ¡Por Dios bendito!, ¿qué eran?

Roland no respondió, aunque sabía la respuesta: eran yentes que habían enloquecido.

DIEZ

Más o menos cada cuarenta y cinco metros, había tramos de escalera cortos, el más largo no tenía más que diez contrahuellas de arriba abajo, que los condujeron poco a poco a las profundidades de las entrañas de la tierra. Después de haber recorrido lo que Susannah calculó como unos doscientos cuarenta metros, llegaron a una puerta que había sido arrancada, tal vez por una especie de vehículo, y hecha añicos. Allí había más esqueletos, tantos que Roland tuvo que pisar algunos para poder pasar. No crujían, sino que producían una pequeña explosión húmeda que era en cierta forma peor. El olor que salía de ellos era añejo y húmedo. La mayoría de las baldosas estaban levantadas por debajo de sus cuerpos, y las que seguían en las paredes tenían agujeros de bala. Por tanto, se había producido un tiroteo. Susannah abrió la boca para decir algo al respecto, pero antes de poder hacerlo, volvió a oírse ese ruido sordo tan alto. Pensó que en esa ocasión se había escuchado un poco más fuerte. Un poco más cerca. Volvió a

mirar hacia atrás y no vio nada. Las luces que estaban a unos cuarenta y cinco metros volvían a estar apagadas en fila.

—No me gustaría parecer paranoica, Roland, pero creo que nos están siguiendo.

—Ya lo sé.

—¿Quieres que le dispare? ¿O que le tire un plato? Ese silbido puede resultar bastante espeluznante.

—No.

—¿Por qué no?

—Puede que no sepa dónde estamos. Si le disparas… lo averiguará.

Le llevó un momento darse cuenta de lo que Roland quería decir en realidad: no estaba seguro de que las balas, ni que un Oriza, detuvieran a lo que había ahí detrás. O, lo que era peor, tal vez sí estaba seguro.

Cuando Susannah volvió a hablar, se esforzó muchísimo por parecer tranquila y creyó que lo había hecho bastante bien.

—¿Crees que es algo que sale de esa grieta de la tierra?

—Podría ser —dijo Roland—. O podría ser algo que ha atravesado desde el espacio del exotránsito. Ahora calla.

El pistolero avanzó más deprisa hasta alcanzar el ritmo de carrera y al final aceleró aún más. Susannah estaba asombrada de su movilidad ahora que el dolor que le había dado problemas con la cadera había desaparecido, pero escuchaba su respiración al igual que sentía cómo la espalda se le movía hacia arriba y hacia abajo: con inspiraciones rápidas, ahogadas, seguidas por violentas espiraciones que sonaban prácticamente como gemidos de disgusto. Habría dado cualquier cosa por ir corriendo junto a él con sus propias piernas, las fuertes piernas que le había robado Jack Mort.

Las bombillas de arriba latían con más rapidez en ese momento, el latido era más fácil de ver porque había pocas luces. Entre ellas, la suma de sus sombras se extendía ante ellos, luego se recortaba poco a poco mientras se acercaban a la bombilla siguiente. El aire era más fresco; el material cerámico con que estaba pavimentado el suelo era cada vez menos regular. En algunos lugares estaba fragmentado y habían arrancado trozos, dejando trampas para los despistados. Acho las esquivaba con facilidad y también Roland había sido capaz de evitarlas hasta ese momento.

Susannah estaba a punto de decirle que llevaba un rato sin oír que nadie les siguiera cuando algo que estaba tras ellos inspiró ahogadamente. Ella sintió el

aire que la rodeaba moverse en dirección contraria; sintió que sus gruesos rizos de pelo se desparramaban de forma caótica a medida que el aire era succionado hacia atrás. Se produjo un tremebundo ruido de algo que babeaba que le hizo sentir ganas de gritar. Fuera lo que fuese que estaba ahí detrás, era tremendo.

No.

Era gigantesco.

ONCE

Bajaron a toda prisa por ese corto tramo de escalera. A unos cuarenta y cinco metros más allá, tres bombillas más de esa luz latente brillaban con un fulgor inconstante, pero después de aquello solo había oscuridad. Los laterales de baldosas hechas trizas del pasadizo y su suelo irregular y decadente se fundían en un vacío tan profundo que parecía una sustancia material: grandes nubes de fieltro negro empaquetado con descuido. Ella creyó que correrían para penetrar en aquel lugar, y, por el momento, la inercia los seguía llevando hacia delante. Luego esa cosa los arrastraría hacia atrás como un resorte y esa cosa, fuera lo que fuese, volvería a ir a por ellos. Ella le echaría un vistazo, sería algo tan espantoso y extraño que su mente no sería capaz de reconocerlo, y eso podría ser una bendición. Entonces se abalanzaría, y…

Roland corrió hacia la oscuridad sin reducir la marcha y por supuesto que no volverían atrás. Al principio apareció algo pequeño, algo que estaba detrás de ellos y en algunas bombillas del techo (algunas todavía daban una radiación mortecina desde el centro). Lo justo para ver otro tramo corto de escalera, la parte superior estaba flanqueada por esqueletos desmigajados que llevaban unos cuantos harapos de ropa. Roland bajó a toda prisa los escalones, había nueve en ese tramo, sin parar. Acho corría a su lado, con las orejas hacia atrás pegadas al cráneo, con el pelo lacio y brillante erizado, meneándose mientras bajaba. Entonces llegaron a la oscuridad pura y dura.

—Ladra, Acho, ¡para que no nos tropecemos entre nosotros! —soltó Roland de golpe—. ¡Ladra!

Acho ladró. Unos treinta pasos después, Roland le dio la misma orden y Acho volvió a ladrar.

—Roland, ¿y si llegamos a otra escalera?

—Llegaremos —dijo y otros diecinueve pasos más allá, así ocurrió. Susannah sintió que se agachaba hacia delante, con el paso inseguro. Sintió que los músculos de sus hombros saltaban cuando se puso los brazos por delante, pero no se cayeron. Susannah no pudo más que maravillarse ante sus reflejos. Sus botas taconeaban seguras hacia abajo en la oscuridad. ¿Habían sido doce pasos esta vez? ¿Catorce? Había vuelto a la superficie plana del pasadizo antes de que pudiera contarlos. Así que ahora sabía que él era capaz de arreglárselas con las escaleras incluso en la oscuridad, incluso a todo correr. Pero ¿y si metía el pie en un agujero? Dios sabía que eso podía ocurrir, dada la forma en que el suelo se había deteriorado. Supongamos por un momento que se quedaba atrapado en una barrera de huesos de esqueletos. En el pasadizo plano, a la velocidad que iba en ese momento, eso supondría, cuando menos, un buen topetazo. Supongamos que se encontraban con una pila de huesos al principio de uno de los tramos cortos de escalera. Intentó bloquear la visión de Roland tropezándose en la oscuridad como un saltador de grandes alturas tullido, pero le fue imposible olvidarlo. ¿Cuántos huesos se romperían cuando fueran a parar contra el suelo al final de la escalera? «Joder, cielito, escoge una cifra», habría dicho Eddie. Esa carrera frenética era una locura.

Pero no había otra opción. Susannah podía oír la cosa que tenían detrás con demasiada claridad en ese momento, no solo escuchaba su babosa respiración, sino una especie de ruido de lija cuando esa cosa se raspaba con una de las paredes del pasadizo… o tal vez con ambas paredes. Incluso en ese momento, y después, escuchó un traqueteo y un crujido cuando se resquebrajó una baldosa. Era imposible no formarse una imagen a partir de esos ruidos, y lo que Susannah empezó a ver era un gigantesco gusano negro cuyo cuerpo segmentado llenaba el pasadizo de lado a lado, y, de tanto en tanto, desgarraba los recuadros de cerámica y los aplastaba bajo su cuerpo gelatinoso mientras avanzaba sin tregua, hambriento, acortando la distancia que lo separaba de ellos.

Y la estaba acortando con más rapidez en ese instante. Susannah pensó que sabía por qué. Antes habían estado corriendo en una isla móvil de luz. Lo que fuera que iba detrás de ellos aborrecía la luz. Susannah pensó en la linterna que Roland había añadido a su artilla, pero, sin pilas nuevas, sería casi inservible. Veinte segundos después de encender su alargado cañón, la maldita cosa estaría apagada.

Salvo que… un momento.

Su cañón.

¡Su alargado cañón!

Susannah metió la mano en la bolsa de piel rebotando sobre el costado de Roland, encontró latas de comida, pero esas no eran las latas que quería. Al final encontró la que sí necesitaba, la reconoció por la canaleta circular que había alrededor de la tapa. No había tiempo para preguntase por qué le pareció de inmediato y tan íntimamente reconocible; Dettta tenía sus secretos, y algo relacionado con el Sterno seguramente era uno de ellos. Sacó la lata para olerla y asegurarse, de pronto se dio un golpe con ella en el tabique nasal cuando Roland tropezó con algo —puede que fuera un fragmento de suelo, puede que fuera otro esqueleto—, y tuvo que luchar otra vez por recuperar el equilibrio. Lo logró, pero al final volvió a perderlo y la cosa que llevaban detrás podría pillarlos antes de que se pusiera en pie. Susannah sintió la sangre caliente empezándole a caer por la cara y la cosa que llevaban detrás, que tal vez la había olido, soltó un tremendo grito de babosa sonoridad. Susannah imaginó un aligator gigantesco en un pantano de Florida, levantando su escamosa cabeza para aullarle a la luna. Y estaba tan cerca…

«Dios mío, dame tiempo —pensó Susannah—. No quiero irme así, que te disparen es una cosa, pero que te coman viva en la oscuridad…».

Era otra cosa bien distinta.

—¡Más rápido! —le gritó a Roland, y le golpeó en el costado con los muslos, como un jinete que azuza a un caballo cansado.

En cierto modo, Roland estaba cansado. Su respiración era en ese momento un gruñido agónico. No había respirado con tanta desesperación desde la vez en que había bailado el commala. Si seguía así se le incendiaría el corazón en el pecho. Pero…

—¡Más rápido, Tex! ¡Dale toda la caña que puedas, puñeta! ¡Puede que tenga un as guardado en la manga, pero tienes que darme todo lo que puedas, joder!

Y, allí, en la oscuridad bajo el Castillo Discordia, Roland le dio todo lo que pudo.

DOCE

Ella volvió a meter la mano que tenía libre en la bolsa y la cerró sobre el cañón de la linterna. La sacó y se la metió bajo el brazo (consciente de que si se le caía

la perdería para siempre), luego levantó la pestaña para abrir la lata de Sterno, y se sintió aliviada al escuchar el momentáneo silbido cuando se rompió el sello de envasado al vacío. Aliviada, pero no sorprendida. Si el sello hubiera estado roto, la gelatina inflamable del interior se habría evaporado hacía tiempo y la lata habría pesado menos.

—¡Roland! —gritó Susannah—. ¡Roland, necesito cerillas!

—¡Camisa… bolsillo! —dijo gimiendo—. ¡Cógelas tú!

Pero primero se puso la linterna en el hueco en que su entrepierna se unía con la espalda, luego la levantó de golpe justo antes de que pudiera escurrirse. Ahora, agarrándola bien fuerte, metió el cañón en la lata de Sterno. Para coger una de las cerillas mientras sostenía la lata y la linterna empapada habría necesitado una tercera mano, así que se deshizo de la lata. Había otras dos en la bolsa, pero si eso no funcionaba no tendría la oportunidad de coger ninguna de ellas.

La cosa volvió a rugir y, por el ruido, parecía que estaba justo detrás de ellos. En ese momento pudo olerlo, era el hedor de un montón de pescado pudriéndose al sol.

Se cogió al hombro de Roland y le sacó una sola cerilla del bolsillo. Tal vez tuviera tiempo para encender una; pero no dos. Roland y Eddie sabían encenderlas con la uña del pulgar, pero Detta Walker había aprendido un truco que valía el doble, lo había utilizado en más de una ocasión para impresionar a sus víctimas blancas en los moteles de carretera por los que había rondado. Hizo una mueca en la oscuridad para apartar los labios de los dientes y colocó la cabeza del fósforo entre las dos paletillas. «Eddie, si estás ahí, ayúdame, cielo… ayúdame a hacerlo bien».

Golpeó la cerilla. Algo caliente le quemó el velo del paladar y sintió el sabor del sulfuro en la lengua. La cabeza del fósforo casi cegó sus ojos adaptados a la oscuridad, pero en ese momento vio lo suficiente como para llevarla hasta el cañón empapado de la linterna. El Sterno prendió de inmediato, y convirtió el cañón en una antorcha. Era una luz tenue, pero era mejor que nada.

—¡Date la vuelta! —gritó.

Roland se paró en seco, sin preguntar, sin protestar, y se volvió de un salto sobre los talones. Susannah levantó la linterna en llamas ante sí y durante un instante ambos vieron la cabeza de un ser húmedo y cubierto de rosados ojos blancos. Bajo ellos había una boca del tamaño de una trampilla, llena de tentáculos que se retorcían. El Sterno no daba una llama brillante, pero en esa

oscuridad estigia era lo suficientemente luminosa para que ese ser retrocediera. Antes de que volviera a desaparecer en la oscuridad, Susannah vio todos esos ojos achinándose hasta cerrarse y tuvo un instante para pensar en lo sensibles que eran si el fulgor de una llamita como esa podía…

El suelo del pasadizo a ambos lados estaba repleto de pilas de huesos. En su mano, el extremo de la linterna donde estaba la bombilla se estaba calentando. Acho ladraba como loco, mirando a la oscuridad con la cabeza gacha y sus cortas patas desparramadas, con todo el pelo de punta.

—¡Agáchate, Roland, agáchate!

Roland así lo hizo y ella le pasó la antorcha de fabricación casera, que ya había empezado a agotarse, con las llamas amarillas que recorrían el cañón de acero inoxidable volviéndose azules. La cosa en la oscuridad soltó otro rugido ensordecedor, y ahora Susannah volvía a ver su silueta, meneándose de un lado para otro. Reptaba cada vez más cerca de ellos a medida que se agotaba la luz.

«Si el suelo está mojado aquí, ya casi hemos llegado», pensó Susannah, pero el tacto de los dedos cuando tocó a tientas el hueso de un muslo le indicó que no era así. Tal vez fuera un falso mensaje transmitido por sus esperanzados sentidos, prácticamente podía escuchar el agua goteando desde el techo en alguna parte de allí arriba, aunque no estaba convencida.

Metió la mano en la bolsa para sacar otra lata de Sterno, pero al principio se le resistió el aro de la tapa. La cosa se estaba acercando y entonces vio una gran cantidad de patas maltrechas bajo la cabeza erguida con aspecto de bulto. No era un simple gusano, sino un centípedo gigantesco. Acho se colocó delante de Susannah y seguía ladrando, enseñando todos los dientes. Sería Acho al primero que atraparía la cosa si ella no conseguía…

Entonces su dedo dio con otra argolla que estaba casi plana sobre la tapa de la lata. Se produjo un silbido de algo que se abría. Roland agitaba hacia delante y hacia atrás la linterna, intentado inyectar un poco de vida a las llamas que se agotaban (lo que podría haber funcionado de haber tenido combustible para ellas), y Susannah observó cómo se desvanecían entre sombras que se agitaban con delirio hacia delante y hacia atrás, sobre el fondo de las paredes de baldosas decadentes.

La circunferencia del hueso era demasiado grande para la lata. Colocada de forma extraña, despatarrada, con el cuerpo medio fuera y medio dentro del arnés, metió la mano dentro, sacó un puñado de gelatina y la untó en el hueso. Si el

hueso estaba mojado solo conseguirían unos segundos más de horror. Sin embargo, si estaba seco, entonces, quizá… solo quizá…

La cosa reptaba incluso más cerca. En medio de los tentáculos que le salían de la boca, Susannah vio unas fauces prominentes. En un segundo estaría lo suficientemente cerca como para atacar a Acho, y llevárselo con la velocidad de un geco que atrapa a una mosca al vuelo. Su hedor a pescado podrido era intenso y nauseabundo. ¿Y qué podía haber detrás de él? ¿Qué otras abominaciones?

Ahora no había tiempo para pensar en ello.

Tocó con la antorcha hecha con un fémur las llamas que se agotaban del cañón de la linterna. El fuego que prendió fue mayor de lo que había esperado, bastante mayor, y el grito de la cosa esta vez estuvo lleno de dolor y de sorpresa. Se produjo un asqueroso ruido como de succión, como si alguien sacara barro de una gabardina de vinilo estrujándola, y dio un tirón hacia atrás.

—Dame más huesos —dijo Susannah mientras Roland tiraba la linterna—. Y asegúrate de que están bien resecos, nene. —Se rio de su propio comentario (puesto que nadie más lo hizo), con una risotada grave y grosera de Detta.

Roland, a quien todavía le faltaba el resuello, obedeció la orden.

TRECE

Retomaron el avance por el pasadizo, Susannah iba vuelta de espaldas, una postura que era complicada aunque no imposible. Si salían de allí, la espalda la mataría del dolor durante un par de días. «Y me deleitaría con cada punzada», pensó para sí. Roland todavía llevaba la ka-miseta de Festival de los Tiempos Pasados de Bridgton que le había comprado Irene Tassenbaum. Se la pasó a Susannah. Ella la envolvió en la base del hueso y lo alargó todo lo que pudo mientras todavía mantenía el equilibrio. Roland no podía correr, ella seguramente se habría caído del arnés si él lo hubiera intentado, pero mantuvo un buen ritmo de caminata ligera, deteniéndose cada cierto tiempo para recoger los huesos que parecían de brazos o piernas. Acho no tardó en captar la idea y empezó a traérselos con la boca al pistolero. La cosa continuaba siguiéndolos. Cada tanto Susannah le echaba un vistazo a su piel resbaladiza y brillante, e incluso, cuando quedaba demasiado atrás para que la iluminase la incierta lumbre de su antorcha, escuchaban esos ruidos líquidos de pisada, como un gigante con botas embarradas. Susannah empezó a creer que era el ruido de la

cola del ser. Esto la llenó de un espanto que era irracional e íntimo y con un poder tal que casi podía hundirla psicológicamente.

«¡Eso tiene que ser una cola! —le gritaba su imaginación—. ¡Una cola que suena como si estuviera llena de agua o de gelatina o de sangre semicoagulada! ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Por Cristo bendito!».

Susannah pensó que no era solo la luz lo que evitaba que los atacara, sino el miedo al fuego. La cosa debía mantenerse retrasada mientras estaban en la parte del pasadizo donde las bombillas que relucían todavía funcionaban, pensando (si es que podía pensar) que esperaría y los atraparía en cuanto estuvieran en la oscuridad. Le daba la sensación de que si hubiera sabido que podían acceder al fuego, simplemente habría cerrado alguno de sus ojos, o todos, y se habría abalanzado sobre ellos donde hubiera un par de bombillas estropeadas o la luz fuera más tenue. En ese momento se había quedado sin suerte, porque los huesos eran unas antorchas estupendas (la idea de que el Haz en recuperación los estuviera ayudando ni se le pasó por la cabeza en ese instante). La única pregunta era si el Sterno aguantaría o no. Susannah podía racionarlo porque los huesos ardían solos en cuanto estaban encendidos, salvo un par de los que estaban húmedos, que ella tiró después de encender las antorchas con las puntas que se apagaban, pero había que conseguir que siguieran ardiendo, y ya estaba mojándolos en la tercera y última lata. Se arrepintió con amargura de los últimos que había tirado cuando el ser se les estaba acercando, pero no supo qué otra cosa podía haber hecho. También deseó que Roland hubiera ido más deprisa, aunque supuso que no podía mantener una gran velocidad, pese a que ella hubiera estado colocada como tocaba y bien agarrada. Puede que fuera capaz de una carrerita, pero no más. Susannah notaba que le temblaban los músculos bajo la camisa. Estaba a punto de caer exhausto.

Pasados cinco minutos, mientras conseguía un montón de calor en lata para untarlo en un huesudo bulbo de rodilla sobre una tibia, tocó con los dedos el fondo de la lata de Sterno. De la oscuridad que quedaba tras ellos llegó otro de esos ruidos acuosos y de pisada fuerte. Su mente insistió en recordarle que se trataba de la cola de su amigo. Los estaba alcanzando. Esperaba que se quedaran sin combustible y que el mundo volviera a oscurecerse. Entonces atacaría.

Entonces comería.

CATORCE

Iban a necesitar una estrategia alternativa. Susannah estuvo segura de ello en cuanto tocó con las puntas de los dedos el fondo de la lata. Diez minutos y tres antorchas después, Susannah se preparó para decirle al pistolero que se detuviera cuando se topasen con otro osario, si es que lo encontraban. Podrían hacer una hoguera con harapos y huesos, y en cuanto hubiera calor y luz, irse cagando leches. Cuando escuchasen al ser en su lado de la barrera de fuego de nuevo, si es que lo hacían, Roland podría aligerar su carga y correr dejándola atrás. Ella consideró esa idea no como un sacrificio, sino como algo sencillamente lógico, no había razón para que el centípedo monstruoso los cogiera a los dos si podían evitarlo. Y ella no tenía planes de dejar que la pillase, mientras pudiera. Al menos, no viva. Tenía la pistola de Roland y la usaría. Cinco tiros para sai Centípedo; si seguía acercándose después de eso, el sexto sería para ella.

Sin embargo, antes de que pudiera expresar en voz alta cualquiera de estas ideas, Roland pronunció tres palabras que acallaron todas las que ella iba a decir.

—Luz —soltó entre resuellos—. Ahí delante.

Ella volvió la cabeza y al principio no vio nada, seguramente por la antorcha que llevaba levantada. Luego lo vio: un fulgor blanco y tenue.

—¿Son más bombillas? —preguntó Susannah—. ¿Una hilera de las que todavía funcionan?

—Puede que sí, pero no lo creo.

Cinco minutos después, Susannah se dio cuenta de que veía el suelo y las paredes con la lumbre de su última antorcha. El suelo estaba cubierto con una fina capa de tierra y piedrecitas como las que solo podían haber procedido del exterior. Levantó los brazos por encima de la cabeza, en una mano sostenía un hueso ardiente envuelto con una camisa, y lanzó un bramido triunfal. La cosa que tenía detrás respondió con un rugido de furia y frustración que a Susannah le alegró el corazón y le puso la piel de gallina.

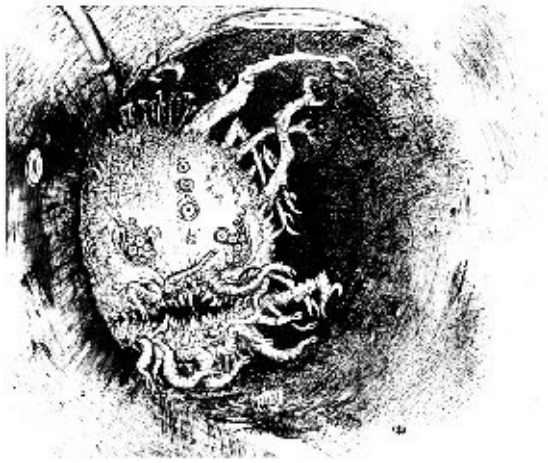
—¡Adiós, cielito! —gritó Susannah—. Adiós, ¡hijo de puta cubierto de ojos!

La cosa volvió a rugir y arremetió hacia delante. Durante un instante ella lo vio con claridad: era un bulto redondo al que no se podía llamar exactamente cara, pese a la boca babosa; el cuerpo segmentado, arañado y supurante por el contacto con las paredes rasposas; un cuarteto de apéndices rechonchos con aspecto de brazos, dos a cada lado. Estos acababan en pinzas cortantes. Susannah chilló y le tiró la antorcha, y la cosa se recreó con otro rugido ensordecedor.

—¿Es que tu madre no te enseñó que estaba mal engañar a los animales? —

le preguntó Roland, y su tono era tan seco que ella no supo si le estaba gastando o no una broma.

Pasados cinco minutos habían salido de allí.



CAPÍTULO II
EN LA VÍA DE LAS TIERRAS YERMAS

UNO

Salieron a través de una ladera que se desmigajaba junto a un cobertizo parecido al de la Estación Experimental de Arco 16, similar por la forma, aunque mucho más pequeño. El techo de ese pequeño edificio estaba cubierto de óxido. Había montones de huesos desparramados delante, que formaban un círculo imperfecto. Las rocas colindantes estaban ennegrecidas y esparcidas por todas partes; una piedra del tamaño de la casa de estilo decimonónico donde tenían a los Disgregadores estaba partida en dos, lo que dejaba a la vista su interior lleno de minerales brillantes. El aire era frío y se escuchaba el gemido incesante del viento, pero las piedras bloqueaban la peor parte, y Roland y Susannah volvieron sus rostros hacia el cielo de un azul intenso con una silenciosa gratitud.

—Aquí ha habido una especie de batalla, ¿verdad? —preguntó Susannah.

—Sí. Yo diría que sí. Una batalla grande, hace tiempo. —Parecía muy agitado.

Había un cartel tirado boca abajo en el suelo delante de la puerta entreabierta del cobertizo. Susannah insistió en que la bajase para poder darle la vuelta y leerlo. Roland hizo lo que le pidió y luego se sentó con la espalda apoyada contra una piedra, mirando al Castillo Discordia, que ahora había quedado tras ellos. Dos torres sobresalían en el azul, una entera y la otra destrozada, cerca de lo que Roland creyó que habría sido la parte más alta. Se concentró en recuperar el aliento. El suelo que pisaba estaba muy frío y, en ese momento, supo que su jornada por las Tierras Yermas iba a ser difícil.

Mientras tanto, Susannah había levantado el cartel. Lo sostenía con una mano y con la otra sacudía la antigua capa de polvo. Las palabras que dejó al descubierto estaban en inglés y le produjeron un fuerte escalofrío:

ESTE PUNTO DE CONTROL ESTÁ CERRADO. PARA SIEMPRE.

Justo debajo, en color rojo, como mirándola, estaba el Ojo del Rey.

DOS

No había nada en la sala principal del cobertizo más que un revoltijo de maquinaria que había volado por los aires hasta quedar inutilizada y más esqueletos, ninguno entero. Sin embargo, en el cuarto de almacenamiento anexo encontró unas sorpresas deliciosas: estanterías y más estanterías llenas de comida en conserva, más de la que podían llevarse, y también más Sterno. (Pensó que Roland no volvería a despreciar la idea del calor enlatado nunca más, y tenía razón). Asomó la cabeza por la puerta trasera del cuarto de almacenamiento casi como si hubiera sido una idea de último momento, sin esperar encontrar nada salvo un par de esqueletos más, y allí había uno. El premio fue el vehículo en el que descansaba esa caótica aglomeración de huesos: un carro de ruedas similar al que había encontrado para sentarse en lo alto del castillo, durante su garla con Mia. Este no solo era más pequeño, sino que tenía una forma más conveniente. En lugar de ser de madera, las ruedas eran de metal y tenían un reborde de un material sintético. Los manillares sobresalían de los lados y Susannah se dio cuenta de que no era para nada un carro, sino una especie de rickshaw.

«¡Mueve el culito para meterte dentro, pastelito!».

Ese era un pensamiento asqueroso típico de Detta Walker, pero la sorprendió de tal forma que, de todos modos, le arrancó una risa.

—¿Qué te ha parecido tan divertido? —le preguntó Roland con un grito.

—Ya lo verás —le respondió ella, luchando para que Detta, al menos, abandonara su voz. No lo consiguió del todo—. Pronto lo verás, chavalín.

Había un motorcillo en la parte de atrás del rickshaw, pero ambos se dieron cuenta a primera vista que hacía siglos que no se había puesto en marcha. En la sala de almacenamiento, Roland encontró un par de herramientas sencillas, entre las que se encontraba una llave inglesa. Estaba atascada con las pinzas abiertas, pero al ponerle aceite (con lo que a Susannah le resultó un conocido bote de color rojo y negro de 3 en 1) volvió a funcionar. Roland utilizó la llave inglesa para destornillar el motor del soporte y ponerlo de lado. Mientras trabajaba, Susannah hizo lo que Papi Mose habría llamado una observación profunda. Acho estaba sentado a cuarenta pasos del arco por el que habían salido al exterior, sin duda de vigilancia para evitar a la cosa que los había seguido en la oscuridad.

—No más de siete kilos —dijo Roland, limpiándose las manos en los vaqueros y mirando el motor volcado—, pero creo que nos alegraremos de deshacernos de él en cuanto hayamos acabado con esto.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Susannah.

—En cuanto hayamos cargado todas las conservas que creo que podemos llevar en la parte trasera —respondió Roland, y lanzó un profundo suspiro. Tenía el rostro blanco y barbudo. Tenía ojeras, nuevas líneas de expresión en las mejillas y que le descendían hasta la mandíbula desde las comisuras de la boca. Parecía delgado como un palo.

—¡Roland, no puedes hacerlo! ¡No tan pronto! ¡Estás agotado!

Roland le hizo un gesto a Acho, sentado pacientemente y en las fauces de la oscuridad, a unos cuarenta pasos.

—¿Quieres estar así de cerca de ese agujero cuando llegue la oscuridad?

—Podemos encender un fuego…

—Puede que esa cosa tenga amigos —dijo—, a los que no les dé miedo el fuego. Mientras estábamos más allá de la grieta, esa cosa no querría compartirnos porque no creía que tuviera que compartir. Ahora podría no importarle, sobre todo si tiene sed de venganza.

—Una cosa así no puede pensar. Seguro que no. —Eso resultaba más fácil de creer ahora que habían salido. Aunque Susannah sabía que podría cambiar de idea en cuanto las sombras empezaran a alargarse y se fusionasen.

—No creo que sea un riesgo que podamos correr —dijo Roland.

Susannah decidió, bastante a regañadientes, que el pistolero tenía razón.

CUATRO

Por suerte para ellos, ese primer tramo de camino estrecho que se adentraba en las Tierras Yermas era casi plano, y cuando llegaron a un tramo en pendiente, Roland no se opuso a que Susannah bajara y fuera saltando alegremente junto a él, detrás de lo que ella había apodado el Taxi de Lujo de Ho Fat, hasta que coronasen la cima de la colina. Poco a poco, el Castillo Discordia quedaba a sus espaldas. Roland seguía buscando las piedras que les habían impedido ver la torre derruida, pero cuando la otra también desapareció, señaló un refugio rocoso junto al camino y dijo:

—Allí acamparemos esta noche, a menos que tengas alguna objeción.

Susannah no la tenía. Reunieron los huesos y harapos de color kaki suficientes para prender un fuego, aunque Susannah sabía que el combustible no duraría mucho. Los retales de tela quemarían con tanta rapidez como el papel de periódico y los huesos desaparecían antes de que las manecillas del elegante reloj nuevo de Roland (que le había enseñado con cierto gesto reverencial) se unieran al tocar la medianoche. Y la noche del día siguiente no tendrían fuego y se comerían la comida fría directamente de las latas. Susannah era consciente de que las cosas podrían haber sido mucho peores, calculó que la temperatura del día sería de unos siete grados, grado arriba grado abajo, y tenían comida, pero habría dado su vida por un jersey; incluso más por un par de calzoncillos largos.

—Seguramente encontraremos más cosas que podamos utilizar como combustible en el camino —dijo, esperanzada, en cuanto el fuego estuvo encendido (los huesos en llamas producían un olor asqueroso, y tomaron la precaución de sentarse de espaldas al viento)—. Hierbas… arbustos… más huesos… incluso ramas secas.

—No lo creo —comentó Roland—. No en este lado del castillo del Rey Carmesí. Ni siquiera hierba del diablo, que crece casi por todas partes cerca de Mundo Medio.

—Eso no lo sabes. No con certeza. —Susannah no podía soportar la idea de pensar en días y días de frío constante, vestidos con prendas ligeras ideales para un día de primavera en Central Park.

—Creo que aniquiló esta tierra cuando oscureció Tronido —musitó Roland —. Seguramente no fue más que una sacudida para empezar, pero ahora es un suelo estéril. Pero tendré en cuenta tus esperanzas. —Se alargó y le tocó un grano que le había salido a Susannah junto a su grueso labio inferior—. Hace

cien años esto podría haberse oscurecido, propagado por la piel y habértela comido hasta los huesos. Se te habría metido en el cerebro y te habrías vuelto loca antes de morir.

—¿Cáncer? ¿Radiación?

Roland se encogió de hombros como para decir que no importaba.

—En algún lugar más allá del castillo del Rey Carmesí puede que lleguemos de nuevo a tierras verdes e incluso bosques, pero la hierba seguramente se habrá quemado bajo la nieve cuando lleguemos, porque la estación no es la adecuada. Puedo notarlo en el aire, lo veo por la forma en que se está oscureciendo el día rápidamente.

Ella soltó un gruñido, luchando por conseguir un efecto cómico, pero lo que le salió fue un ruido de miedo y cansancio tan real que la asustó. Acho levantó las orejas y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Por qué no me alegras un poco, Roland?

—Necesitas conocer la verdad —respondió él—. Podemos seguir tal como estamos durante bastante tiempo, Susannah, pero esto no va a ser agradable. Tenemos comida suficiente en el carro para un mes o más, si la aprovechamos… y lo haremos. Cuando volvamos a llegar a una tierra que esté viva, encontraremos animales, aunque haya nieve. Y eso es lo que quiero. No porque tengamos hambre de carne fresca llegados a ese punto, aunque sí la tendremos, sino porque necesitaremos las pieles. Espero que no las necesitemos desesperadamente, que no sea algo tan inmediato, pero…

—Pero temes que así sea.

—Sí —respondió Roland—. Me temo que sí. Porque durante un largo período de tiempo hay pocas cosas en la vida más descorazonadoras que el frío constante… no tan intenso como para matar, puede, pero que siempre está ahí, robándote las energías, la fuerza de voluntad y la grasa corporal, gramo a gramo. Me temo que nos espera un camino duro. Ya verás.

Y ella lo vio.

CINCO

«Hay pocas cosas en la vida más descorazonadoras que el frío constante».

Los días no fueron tan aciagos. Iban avanzando, al menos hacían ejercicio y mantenían unas pulsaciones saludables. Con todo, incluso durante el día,

Susannah empezó a temer los espacios abiertos a los que a veces llegaban, donde el viento aullaba durante kilómetros de pedregal fragmentado y sin vegetación, y entre la ocasional meseta o montículo. Esas formaciones rocosas apuntaban hacia el constante cielo azul, como los dedos rojos de gigantes de piedra enterrados. El viento parecía intensificarse a medida que caminaban con dificultad bajo los lechosos remolinos de nubes que avanzaban por el Camino del Haz. Ella llevaba las manos agrietadas haciendo de visera para protegerse el rostro, y odiaba la sensación de tener los dedos medio dormidos, como objetos llenos de zumbidos ocultos. Se le llenaban los ojos de agua, y luego le corrían las lágrimas por las mejillas. Esos caminos de lágrimas no llegaban a congelarse; el frío no era tan intenso. Era lo bastante duro como para que sus vidas se hundieran poco a poco en la miseria. ¿Por qué miseria habría vendido su alma inmortal durante esos desgraciados días y horribles noches? Algunas veces pensaba que por un jersey la habría vendido; y otras pensaba: «No, cielo, tienes demasiado amor propio, incluso ahora. ¿Te gustaría pasar toda una eternidad en el infierno, o tal vez en la oscuridad del exotránsito, por un jersey? ¡Pues claro que no!».

Bueno, puede que no. Pero si el Diablo la tentase con un par de orejeras…

¡En realidad habría hecho falta tan poco para que se sintieran bien! Pensaba en ello sin parar. Tenían comida y también tenían agua, porque cada veinticuatro kilómetros había bombas de agua que todavía funcionaban, que extraían montones de líquido a borbotones de las profundidades de las Tierras Yermas.

Yermas. Había tenido horas, días y, últimamente, semanas para pensar en esa palabra. ¿Qué convertía a las tierras en yermas? ¿El agua contaminada? El agua de allí no era potable, de ninguna forma, pero tampoco estaba contaminada. ¿La falta de alimento? Tenían comida, aunque ella suponía que podría convertirse en un problema más adelante, si no encontraban más. Mientras tanto ella se estaba cansando sobremanera del estofado de ternera y maíz, por no hablar de las pasas para desayunar y siempre que uno quisiera algo de postre. Aun así, era comida. Gasolina para el cuerpo. ¿Qué hacía que las Tierras Yermas fueran yermas si uno tenía comida y agua? Contemplar cómo el cielo se volvía dorado y luego de color rojizo en el oeste; contemplar cómo se volvía violeta y preñado de estrellas y negro en el este. Contemplaba el ocaso de los días con un miedo creciente: la idea de otra noche eterna, los tres acurrucados mientras el viento gemía y azotaba para abrirse paso entre las piedras y las estrellas iluminando la tierra. Tramos infinitos de purgatorio helado mientras los pies y los dedos de las manos

te zumbaban y pensabas: «Si al menos tuviera un jersey y un par de guantes, podría estar cómoda. Eso es lo único que haría falta, un jersey y un par de guantes. Porque en realidad no hace tanto frío».

Exactamente ¿cuánto frío hacía en cuanto se ponía el sol? Nunca descendía a menos de cero grados, Susannah lo sabía, porque el agua que le servía a Acho nunca se congelaba. Suponía que la temperatura descendía hasta menos cuatro entre la medianoche y el alba; un par de noches podía haber caído hasta menos uno, porque vio diminutas estalactitas alrededor del borde del cacharro que hacía de plato para Acho.

Empezó a mirar el pelaje del animal. Al principio se dijo que no era más que un ejercicio especulativo, una forma de pasar el rato… ¿cómo funcionaba el metabolismo del brambo exactamente, y cuánto calor podía dar ese pelaje (ese grueso pelaje, de lujoso grosor, ese maravilloso y grueso pelaje)? Poco a poco reconoció lo que sentía como lo que era en realidad: celos que le susurraban con la voz de Detta. «El pequeño bicharraco seguro que no siente dolor aunque se ponga el sol, ¿qué te apuestas? No, él no. ¿Te das cuenta de que te podrías hacer un par de manoplas con ese pelaje?».

Apartaba esas ideas, triste y horrorizada, preguntándose si se podía llegar más bajo, si se podía pensar de modo más asqueroso, calculador y egoísta, aunque, en realidad, no quería saberlo.

El frío les calaba cada vez más, día tras día, noche tras noche. Era como una astilla. Dormían acurrucados con Acho entre ambos, luego se ponían de lado para que el costado que había estado de cara a la noche volviera a quedar en el interior. El sueño verdaderamente reparador nunca duraba mucho, no importaba lo cansados que estuvieran. Cuando la luna empezaba a crecer, abrillantando la noche, pasaban dos semanas caminando de noche y durmiendo de día. Eso estaba algo mejor.

La única fauna que vieron eran enormes pájaros negros que o bien volaban en dirección sudeste hacia el horizonte o se reunían en una especie de convención sobre las mesetas. Si el viento era apropiado, Roland y Susannah podían escuchar su estridente conversación de charlatanes.

—¿Tú crees que esas cosas se pueden comer? —preguntó en una ocasión Susannah al pistolero. La luna casi se había ocultado y habían vuelto a viajar durante el día para poder ver cualquier posible peligro (o en varias ocasiones profundas grietas que habían cruzado el camino, y una vez se toparon con un agujero que parecía no tener fondo).

—¿Tú qué crees? —le preguntó Roland.

—Seguramente no, pero no me importaría probar uno y averiguarlo. —Susannah hizo una pausa—. ¿De qué crees que viven?

Roland se limitó a sacudir la cabeza. En ese punto la senda se abría a un fantástico jardín petrificado de formaciones rocosas afiladas como agujas. Más allá, unos cien o más pájaros negros, con aspecto de córvidos, estaban sobrevolando en círculo una meseta o sentados en el borde mirando en dirección a Roland y Susannah, como la tribuna de un jurado.

—Tal vez tendríamos que dar un rodeo —comentó Susannah—. A ver si podemos averiguarlo.

—Si dejamos el camino, quizá no volvamos a encontrarlo —dijo Roland.

—¡Eso es una mierda! Acho podría…

—Susannah, ¡no quiero oír una palabra más sobre eso! —Habló en un tono muy enojado que ella jamás había escuchado antes. Sí, enfadado sí que lo había escuchado. Pero en esa frase hubo mezquindad, y un malhumor que la preocupó. Y también la asustó un poco.

Siguieron caminando en silencio durante la siguiente media hora, Roland tiraba del Taxi de Lujo de Ho Fat y ella iba encima. Luego el estrecho camino (la Vía de las Tierras Yermas, llegó a llamarla Susannah) ascendía, y ella bajó de un salto, lo alcanzó y luego siguió caminando a su lado. Para esas ocasiones, Susannah había partido la ka-miseta de los Tiempos Pasados en dos y la usaba para envolverse las manos. La protegían de las piedras cortantes, y también le calentaban los dedos, al menos algo.

Roland bajó la vista para mirarla, luego volvía a mirar el camino que tenía por delante. Se mordía el labio inferior y ella pensó que seguramente él no tenía ni idea de lo estúpida que resultaba esa expresión, como la de un niño de tres años al que hubieran dejado sin excursión a la playa. No lo sabía y no iba a ser ella quien se lo dijera. Más tarde, quizá, cuando pudieran mirar en retrospectiva esa pesadilla y reír. Cuando ya no pudieran recordar qué, exactamente, era tan terrible de una noche en que la temperatura era de cero grados y estaban despiertos, temblando en el frío suelo, mirando algún que otro meteorito desgarrando el cielo con su frío fuego, pensando: «Solo un jersey, es lo único que necesito. Un jersey y me pondré contenta como un periquito a la hora de la comida». Y preguntándose si Acho tenía pelo suficiente para fabricarse un par de calzoncillos para cada uno y si matarlo no sería, en realidad, hacerle un favor a

la bestiecilla; había estado tan triste desde que Jake había pasado al claro al final de la senda…

—Susannah —dijo Roland—. Acabo de ser brusco contigo, y te ruego perdón.

—No hace falta —respondió ella—. Ya tenemos bastantes problemas para encima tener problemas entre nosotros. No nos hagamos reproches.

Se quedó callada y mirándolo mientras él contemplaba el sudeste, a los pájaros sobrevolando en círculo.

—Esos grajos… —dijo Roland.

Ella se quedó callada, a la espera.

—Cuando era pequeño, a veces los llamábamos pájaros negros de Gan. Aunque jamás grajos reales, porque eran aves carroñeras. Has preguntado de qué viven esos grajos. Puede que se estén alimentando de la carroña de los patios y calles de su castillo, ahora que él se ha ido.

—Le Casse Roi Russe, o Roi Rouge, o como quiera que lo llames.

—Sí. No lo digo con seguridad, pero…

Roland no terminó la frase y no hacía falta. Después de aquello, Susannah mantuvo vigilados a los pájaros, y sí, parecía que al mismo tiempo iban y venían del sudeste. Los pájaros podían ser un indicativo de que al final estaban avanzando. No era mucho, pero sí lo suficiente como para alegrarle el espíritu durante el resto de ese día y para adentrarse en las profundidades de otra noche de maldito frío estremecedor.

SEIS

A la mañana siguiente, mientras estaban tomando otro desayuno frío en otro campamento sin fuego (Roland había prometido que esa noche utilizarían algo de Sterno y comerían caliente), Susannah preguntó si podía ver el reloj que le habían regalado en la Tet Corporation. Roland se lo pasó de muy buena gana. Ella miró con detenimiento los tres siguls grabados en la tapa, sobre todo la Torre con su espiral ascendente de ventanas. Luego lo abrió y miró el interior. Sin levantar la vista para dirigirse a Roland dijo:

—Cuéntame otra vez lo que te dijeron.

—Me transmitieron lo que les dijo uno de sus pensadores positivos. Uno que tenía un talento especial, según les constaba, aunque no recuerdo cómo se

llamaba. Según él, el reloj podía pararse al estar cerca de la Torre Oscura, o incluso empezar a funcionar al revés.

—Es difícil imaginar un Patek Philippe funcionando al revés —comentó Susannah—. Según esto, en Nueva York son las ocho y dieciséis de la mañana o de la tarde. Aquí parece que sean las seis y media de la mañana, pero supongo que eso no significa mucho. ¿Cómo se supone que sabremos si este pequeño se retrasa o se adelanta?

Roland había dejado de acumular posesiones en su artilla y se estaba planteando la pregunta de Susannah.

—¿Ves la manecilla que hay abajo? ¿La que está sola?

—La segunda manecilla, sí.

—Dime cuando esté en posición vertical.

Susannah observó la segunda manecilla avanzar a toda velocidad en su propia esfera, y cuando estuvo en la posición de las doce, dijo:

—Ahora mismo.

Roland estaba agachado, una posición que ahora podía adoptar con facilidad porque el dolor de la cadera había desaparecido. Cerró los ojos y se abrazó las piernas a la altura de las rodillas. Con cada bocanada de aire exhalaba una fina bruma. Susannah intentó no contemplarlo; era como si el odiado frío realmente se hubiera hecho tan fuerte que pudiera aparecerse ante ellos, fantasmal aunque visible.

—Roland, ¿qué estás…?

Él levantó una mano con la palma hacia el exterior, seguía sin abrir los ojos, y ella se calló.

La segunda manecilla corría a toda prisa por su esfera, bajando primero y luego volviendo a subir hasta quedar vertical. Y cuando hubo alcanzado esa posición…

Roland abrió los ojos y dijo:

—Eso ha sido un minuto. Un verdadero minuto, como que yo vivo bajo el Haz.

Ella quedó boquiabierta.

—¿Cómo, en el nombre del cielo, has hecho eso?

Roland sacudió la cabeza. No lo sabía. Lo único que sabía es que Cort les había dicho que tenían que ser siempre capaces de calcular el tiempo mentalmente, porque no se podía depender de los relojes, y un reloj de sol no servía para nada en un día nublado. Ni a medianoche, para el caso. Un verano los

había enviado al Bosquecillo al oeste del castillo, noche tras incómoda noche (y estar allí fuera daba miedo, al menos cuando uno estaba solo, aunque por supuesto ninguno de ellos lo habría dicho en voz alta, ni siquiera entre ellos mismos), hasta que volvieran al patio que quedaba detrás de la Gran Muralla en el minuto exacto que había especificado Cort. Era curioso cómo funcionaba esa historia del reloj mental. En realidad, al principio no funcionaba. Y no funcionaba. Y no funcionaba. La mano callosa de Cort había bajado, se había convertido en un tortazo y Cort gruñía: «Arrrr, mocoso, ¡volverás al bosque mañana por la noche! ¡Debe de gustarte estar ahí fuera!». Pero en cuanto el reloj mental empezaba a hacer tictac, siempre funcionaba bien. Durante un tiempo, Roland lo había perdido, al igual que el mundo había perdido los puntos cardinales en la brújula, pero ahora había regresado y ello lo alegraba enormemente.

—¿Has contado el minuto? —preguntó Susannah—. ¿En plan uno Mississippi, dos Mississippi?

Él sacudió la cabeza.

—Lo sé y basta. Cuando ha pasado un minuto o una hora.

—Y un cojón de pato —soltó ella riendo—. Lo has adivinado.

—Si lo hubiera adivinado ¿habría hablado justo cuando ha terminado la vuelta de la manecilla?

—La suerte del novato —dijo Detta, y lo miró con sagacidad, con un ojo casi cerrado, una expresión que Roland despreciaba. (Pero nunca lo dijo; eso no habría hecho más que provocar que Detta lo provocara con eso en una de esas ocasiones en las que ella lo mirase).

—¿Quieres volver a intentarlo? —preguntó Roland.

—No —respondió Susannah, y suspiró—. Me fiaré de tu palabra de que el reloj mide el tiempo a la perfección. Y eso significa que no estamos cerca de la Torre Oscura. Todavía no.

—Puede que no lo bastante cerca como para que afecte al reloj, pero sí más cerca de lo que yo he estado jamás —respondió Roland con tranquilidad—. Estamos a punto de entrar en su sombra. Créeme, Susannah… lo sé.

—Pero…

Desde el cielo llegó un graznido sordo que era a un tiempo intenso y horrible: «cruuu, cruuu», en lugar de «graj, graj». Susannah levantó la vista y vio uno de esos enormes pajarracos negros, los que Roland había llamado grajos del castillo, volando encima de sus cabezas lo bastante bajo para que pudieran

escuchar el laborioso batir de sus alas. Colgando de sus alargados picos ganchudos había un pedazo fláccido de algo verde amarillento. A Susannah le pareció un trozo de alga seca. Aunque no estaba del todo seco.

Se volvió hacia Roland, y lo miró con consternación.

Él asintió con la cabeza.

—Hierba del diablo. Seguramente ha ido a buscarla para forrar el nido de su compañera. Seguro que no es para que se la coman sus polluelos. Esa cosa no. Pero la hierba del diablo siempre es lo último que uno ve cuando se dirige a las Tierras de Ninguna Parte, y siempre es lo primero que ve cuando sale de esas tierras, como nosotros. Como por fin estamos haciendo. Ahora, escúchame, Susannah, quiero que me escuches y te ruego que eches a esa agotadora bruja de Detta lo más lejos posible. Tampoco quiero que me hagas perder el tiempo diciéndome que no está ahí cuando la veo bailar el commala en tus ojos.

Susannah puso cara de sorpresa, luego de resentimiento, como si fuera a protestar. Apartó la vista sin decir nada. Cuando volvió a mirarlo, ya no sentía la presencia del Roland que había dicho «esa agotadora bruja». Y Roland debía de haber dejado de notar su presencia, porque continuó hablando.

—Creo que no tardaremos en salir de las Tierras Yermas, pero harías bien en no fiarte de lo que ves… un par de edificios y puede que cierto pavimento en los caminos no quiere decir que estemos a salvo ni que haya civilización. Y antes de que pase mucho tiempo llegaremos a su castillo, Le Casse Roi Russe. Casi con total seguridad, el Rey Carmesí se ha ido, pero puede que nos haya dejado una trampa. Quiero que observes y escuches. Si hay que hablar, quiero que me dejes encargarme a mí.

—¿Qué sabes tú que no sepa yo? —preguntó Susannah—. ¿Qué estás ocultando?

—Nada —respondió él (con lo que a él le pareció una peculiar seriedad)—. Es solo un presentimiento, Susannah. Nos estamos acercando a nuestro objetivo, no importa lo que diga el reloj. Estamos próximos al final del camino hasta la Torre Oscura. Pero mi maestro, Vannay, solía decir que no hay regla sin excepciones: «Antes de la victoria llega la tentación». Y cuanto mayor es la victoria que se puede conseguir, mayor será la tentación a la que resistirse.

Susannah se estremeció y se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Lo único que yo quiero es entrar en calor —dijo—. Si nadie me ofrece un buen montón de leña y un pijama de franela para desistir de la Torre, supongo que no tendremos problemas durante un tiempo más.

Roland recordó una de las misteriosas máximas de Cort, «¡Nunca digas en voz alta lo peor!», pero mantuvo la boca cerrada, al menos en lo que respectaba a ese tema. Apartó el reloj con cuidado y luego se levantó, dispuesto a continuar.

Sin embargo, Susannah se quedó quieta durante un instante más prolongado.

—He soñado con el otro —dijo. No hacía falta que dijera sobre quién estaba hablando—. Tres noches seguidas, siguiéndonos la pista. ¿Crees de verdad que está ahí?

—Oh, sí —asintió Roland—. Y creo que tiene el estómago vacío.

—Hambriento, Mordred tiene jambre —dijo Susannah, porque también había oído esas palabras en su sueño.

Susannah volvió a estremecerse.

SIETE

El camino por el que avanzaban se ensanchó, y esa tarde empezaron a aparecer en su superficie los primeros fragmentos roñosos de pavimento. Se ensanchó aún más, y no mucho después de que oscureciera llegaron a otro lugar en que otro camino (que seguramente había sido una carretera hacía mucho tiempo) se unía a esa senda. Allí había un oxidado poste que seguramente había sido el soporte de un letrero que indicaba el nombre de una calle, aunque en ese momento ya no tenía nada encima. Al día siguiente llegaron al primer edificio de ese lado de Fedic, una desplomada ruina con un cartel vuelto boca abajo, y adivinaron una palabra: CABALLERIZA. Debajo estaba el ojo rojo con el que se habían llegado a familiarizar tanto.

—Creo que la vía que hemos estado siguiendo fue otrora una carretera para diligencias entre el Castillo Discordia y Le Casse Roi Russe —dijo Roland—. Tiene sentido.

Empezaron a pasar junto a más edificios, más intersecciones. Era el extrarradio de una villa o pueblo, tal vez, incluso, de una ciudad que se había extendido en torno al castillo del Rey Carmesí. Pero a diferencia de Lud, quedaba poco de ella. Ramitos de hierba del diablo crecían en macizos lánguidos alrededor de las ruinas de algunos edificios, pero no quedaba otra cosa viva. Y el frío les ponía más freno que nunca. En su cuarta noche después de ver a los grajos, intentaron acampar en las ruinas de un edificio que todavía se mantenía en pie, aunque ambos escucharon voces susurrando en las sombras. Roland las

reconoció —con una seguridad que a Susannah le pareció espeluznante, como las voces de los fantasmas que llamaban «domésticos»— y sugirió que volvieran a trasladarse a la calle.

—No creo que puedan hacernos daño, pero podrían lastimar a nuestro amiguito —comentó Roland, y acarició a Acho, quien se había arrastrado hasta su regazo de una forma muy retraída que no era típica de sus costumbres.

Susannah estaba más que deseosa de retirarse. El edificio en el que habían intentado acampar le provocaba un escalofrío que en su opinión era peor que el frío físico. Los seres que habían escuchado susurrar allí podían ser viejos, pero ella creía que todavía podían tener hambre. Así que los tres se acurrucaron una vez más para darse calor en medio de la Vía de las Tierras Yermas, junto al Taxi de Lujo de Ho Fat, y esperaron a que el alba elevara la temperatura un par de grados. Intentaron encender un fuego con los tablones de uno de los edificios derruidos, pero lo único que consiguieron fue gastar el doble de Sterno. La gelatina ardía con una luz parpadeante por las astillas de una silla rota que habían utilizado para encender el fuego, luego se apagó. La madera sencillamente se negaba a arder.

—¿Por qué? —preguntó Susannah mientras observaba cómo se disipaban los últimos restos de humo—. ¿Por qué?

—¿Te sorprende, Susannah de Nueva York?

—No, pero quiero saber por qué. ¿Es demasiado vieja? ¿Está petrificada o algo?

—No quemará porque nos odia —dijo Roland, como si para ella tuviera que ser evidente—. Este es su lugar, es de él, todavía es suyo aunque se haya trasladado. Todo cuanto hay en este lugar nos odia. Pero… escucha, Susannah: ahora que estamos en el verdadero camino, aunque todavía no sea mayor el tramo pavimentado, ¿qué te parece volver a caminar de noche? ¿Lo intentarás?

—Claro —respondió ella—. Cualquier cosa tiene que ser mejor que quedarse ahí fuera en el suelo raso y temblando como un cachorro que acaba de meter toda la cabeza en el abrevadero.

Así que eso fue lo que hicieron… el resto de esa primera noche, y toda la noche siguiente, y las dos noches después de esa. Ella siguió pensando: «Me voy a poner enferma, no puedo seguir así sin decidir algo», pero no lo consiguió. Ninguno de los dos lo consiguió. Lo único que había era ese grano a la izquierda del labio inferior de Susannah, que a veces explotaba por la punta y dejaba caer un hilillo de sangre antes de coagularse y volver a encostrarse. Su único malestar

era el frío constante, que cada vez les corroía hasta más y más adentro. La luna había empezado a engordar una vez más, y una noche Susannah se dio cuenta de que habían estado caminando en dirección sudeste desde Fedic durante casi un mes.

Poco a poco, un poblado abandonado sustituyó a los fantásticos y puntiagudos jardines de piedra, pero Susannah se había tomado muy en serio lo que había dicho Roland: todavía estaban en las Tierras Yermas y, aunque en ese momento iban leyendo de vez en cuando algún que otro cartel donde decía que ese era EL CAMINO DEL REY (con el ojo, por supuesto; siempre estaba el ojo rojo), ella entendió que todavía estaban en la Vía de las Tierras Yermas.

Era una población misteriosa, y Susannah no podía ni empezar a imaginar qué tipo de gente monstruosa podría haber vivido allí en otro tiempo. Los callejones estaban adoquinados. Las casas eran de campo, estrechas y con techos muy inclinados, las puertas eran angostas y extrañamente altas, como si hubieran sido diseñadas para el tipo de personas angostas que se ven con las curvas distorsionadas de la casa de los espejos. Había casas tipo Lovecraft, tipo Clark Ashton Smith, casas limítrofes tipo William Hope Hodgson, todas apelotonadas bajo una luna en forma de hoz tipo Lee Brown Coye, las casas estaban todas inclinadas y colocadas en las colinas que crecían de forma gradual a lo largo del camino que seguían. Aquí y allá había una derruida, y esas ruinas tenían un aspecto orgánico que resultaba desagradable, como si fueran de carne desgarrada y corrompida, en lugar de ser de tablones de madera y cristales antiguos. Una y otra vez, Susannah se encontró contemplando caras de muertos espiándola desde alguna mezcla de tablones y sombras, rostros que parecían rotar con los escombros y seguir sus pasos con terribles ojos de muertos vivientes. Le recordaban al Guardián de la Puerta de Dutch Hill, y eso la estremecía.

En su cuarta noche en el Camino del Rey, llegaron a una intersección importante donde el camino principal daba un giro de ciento ochenta grados, giraba más al sur que al este y así se salía del Camino del Haz. Más allá, a menos de una noche de camino (o de montura, si es que uno iba a bordo de un Taxi de Lujo de Ho Fat), había una elevada colina con un enorme castillo negro enclavado en ella. Bajo la inconstante luz de la luna, a Susannah le pareció que tenía cierto aire oriental. Las torres sobresalían por la parte de arriba, como si desearan ser minaretes. Unos colosales pasos pendían entre ellas, entrecruzándose sobre el patio que quedaba delante del castillo propiamente

dicho. Algunos de esos pasos colgantes estaban derruidos, pero la mayoría todavía resistían. Susannah escuchó un ruido estruendoso y amortiguado. No era maquinaria. Le preguntó a Roland qué podía ser.

—Agua —respondió él.

—¿Qué agua? ¿Tienes idea?

Roland sacudió la cabeza.

—Pero yo no bebo nada que fluya cerca de ese castillo, ni aunque me estuviera muriendo de sed.

—Este lugar es malo —murmuró ella, y no se refería solo al castillo sino a la población sin nombre de las alineadas

(«y sospechosas»)

casas que se levantaban a su alrededor.

—Y, Roland… no está vacía.

—Susannah, si sentís que los espíritus llaman para entrar a vuestra cabeza, que llaman o roen, debéis deshaceros de ellos.

—¿Eso funcionaría?

—No estoy seguro de que así sea —admitió Roland—, pero he escuchado que esas cosas pueden conseguir la entrada y que son arteras, y la consiguen con trucos y artimañas.

Susannah había leído *Drácula* y había escuchado la historia del padre Callahan sobre Jerusalem’s Lot, y entendía a la perfección lo que Roland quería decir.

Él la cogió con delicadeza por los hombros y la volvió para que quedara de espaldas al castillo, que, según ella había decidido, tal vez no fuera negro por naturaleza, sino que se había oscurecido con el paso de los años. A la luz del día lo verían. Por el momento, los iluminaba una luna creciente tras un cúmulo de nubes.

Muchos otros caminos los alejaban del lugar donde se habían detenido, la mayoría eran tan tortuosos como dedos rotos. El que Roland quería que ella mirase era recto, no obstante, y Susannah se dio cuenta de que era la única vía completamente recta que había visto desde que la población abandonada había empezado a deslizarse en silencio hasta su campo de visión. Estaba delicadamente pavimentada en lugar de adoquinada y se dirigía hacia el sudeste, a lo largo del Camino del Haz. Sobre sus cabezas avanzaban las nubes irisadas por la luz de la luna como botes en una procesión.

—¿Vislumbráis un resplandor oscuro en el horizonte, querida? —murmuró

él.

—Sí. Un resplandor oscuro y una franja blanquecina justo delante. ¿Qué es? ¿Lo sabes?

—Se me ocurre algo, pero no estoy seguro —dijo Roland—. Vamos a descansar aquí. No queda mucho para el amanecer y entonces los dos veremos. Y además no quiero aproximarme más al castillo de noche.

—Si el Rey Carmesí se ha ido, y el Camino del Haz está en esa dirección… —Señaló con el dedo—. ¿Para qué tenemos que ir a ese puñetero castillo?

—Para asegurarnos de que el rey se ha ido, para empezar —dijo Roland—. Y puede que logremos atrapar al que va tras nosotros. Lo dudo, es astuto, pero hay una posibilidad.

—¿Lo matarás?

La sonrisa de Roland le pareció invernal a la luz de la luna. Despiadada.

—Sin dudarlo ni un segundo —respondió.

OCHO

Por la mañana, Susannah se despertó de un perturbador sueño entre los víveres desperdigados de la parte trasera del rickshaw y vio a Roland de pie en la intersección mirando en dirección al Camino del Haz. Ella se agachó, moviéndose con mucho cuidado porque estaba entumecida y no quería caerse. Se imaginó sus huesos fríos y quebradizos bajo la piel, listos para resquebrajarse como el cristal.

—¿Qué ves? —le preguntó ella—. Ahora que hay luz, ¿qué ves por ese camino?

La franja blanquecina era nieve, lo que a ella no le sorprendió teniendo en cuenta el hecho de que esas eran verdaderas tierras altas. Lo que sí le sorprendió, y le alegró el espíritu más de lo que ella habría creído posible, fueron los árboles que había tras la franja blanca de nieve. Eran verdes abetos. Seres vivos.

—¡Oh, Roland son preciosos! —exclamó—. Incluso con el metro y medio de nieve, ¡son preciosos! ¿Verdad?

Roland la levantó bien alto y la volvió en dirección al camino por donde habían llegado. Más allá del desagradable poblado multitudinario de casas muertas, Susannah vio algunas de las Tierras Yermas por las que habían pasado,

todas esas columnas vertebrales de piedra partidas por un montículo o meseta ocasional.

—Piensa en esto —dijo Roland—. Más atrás de donde tú miras está Fedic. Después de Fedic está Tronido. Más allá de Tronido, los Callas y el bosque que marca la frontera entre Mundo Medio y Mundo Final. Lud está aún más atrás en esa misma dirección, y Cruce del Río más allá todavía; el Mar de Oeste y el gran Desierto Mohaine, también. En algún lugar de por allá, perdido en las leguas y en el tiempo, también se encuentra Mundo Interior. Las Baronías, Gilead… Lugares donde todavía ahora hay personas que recuerdan el amor y la luz.

—Sí —afirmó ella, pero no lo entendía.

—Esa fue la forma en que el Rey Carmesí llegó a proyectar su mal genio —comentó Roland—. Quería ir hacia el otro lado, os consta, hacia la Torre Oscura, e incluso en su locura era suficientemente listo para no aniquilar la tierra por donde tenía que pasar, él y cualquier pandilla de seguidores que llevase consigo. —La acercó hacia él y la besó en la frente con una ternura que a ella le dio ganas de llorar—. Nosotros tres visitaremos su castillo, y atraparemos a Mordred allí si nuestra suerte es buena y él está enfermo. Entonces seguiremos adelante y volveremos a las tierras vivas. Habrá madera para hogueras, caza para proporcionarnos comida fresca y escondites para guarecernos. ¿Puedes seguir un poco más, querida? ¿Podéis?

—Sí —respondió ella—. Gracias, Roland.

Ella lo abrazó y mientras lo hacía contemplaba el castillo rojo. Con la creciente luz podía ver la piedra con la que lo habían construido, aunque oscurecida por los años, en otro tiempo había tenido el color de la sangre derramada. Esto le evocaba un recuerdo de su garla con Mia en el adarve del Castillo Discordia, un recuerdo que palpitaba con una constante luz carmesí en la distancia. De hecho, casi desde el mismo lugar donde se encontraban en ese momento.

«Ven a mí ahora, si es que vienes, Susannah —le había dicho Mia—. Pues el Rey puede fascinar, incluso en la distancia».

Fue ese pulsante fulgor rojo al que se refería, pero…

—¡Ha desaparecido! —le dijo a Roland—. La luz roja del castillo… Fragua del Rey, ¡así lo llamaba ella! ¡Ha desaparecido! ¡No la hemos visto ni una sola vez en esta ocasión!

—No —respondió él, y esta vez su sonrisa resultó más cálida—. Creo que se debe de haber apagado al mismo tiempo que pusimos fin al trabajo de los

Disgregadores. La Fragua del Rey se ha apagado, Susannah. Para siempre si los dioses son buenos. Eso es lo que hemos hecho, aunque puede salirnos muy caro.

Esa tarde llegaron a Le Casse Roi Russe, que, a fin de cuentas, resultó no estar del todo despoblada.



CAPÍTULO III
EL CASTILLO DEL REY CARMESÍ

UNO

Había un kilómetro y medio desde el castillo, y el rugido del río invisible se había vuelto muy intenso cuando empezaron a aparecer banderitas y carteles. Las banderitas eran guirnaldas rojas, blancas y azules que Susannah relacionó con el desfile del Día de los Veteranos de Guerra y las calles principales de los pueblitos el Cuatro de Julio. En las fachadas de esas angostas y misteriosas casas y en las vitrinas de las tiendas hacía tiempo cerradas y vacías del sótano al ático, esa decoración parecía como el colorete en las mejillas de un cadáver en descomposición.

Las caras de los carteles le resultaban bastante conocidas. Richard Nixon y Henry Cabot Lodge deslumbraban al hacer el gesto de la uve de victoria y con sus sonrisas de vendedor de coches (NIXON/LODGE PORQUE EL TRABAJO NO ESTÁ HECHO, decía ese cartel). John Kennedy y Lindon Johnson se tomaban del brazo y tenían las manos levantadas. Bajo sus pies estaba la contundente proclama ESTAMOS AL BORDE DE UNA NUEVA FRONTERA.

—¿Tienes idea de quién ganó? —preguntó Roland volviéndose hacia atrás. Susannah iba en ese momento montada en el Taxi de Lujo de Ho Fat, disfrutando de las vistas (y deseando tener un jersey: le habría bastado con una rebequita, ¡por Dios!).

—¡Oh, sí! —respondió ella. No cabía duda de que habían puesto esos pósters para ella—. Ganó Kennedy.

—¿Se convirtió en tu dinh?

—Dinh de todo Estados Unidos. Y Johnson se quedó con el trabajo cuando acabaron con Kennedy de un tiro.

—¿Le dispararon? ¿Lo dices en serio? —Roland se mostró interesado.

—Sea. Le disparó un francotirador oculto, un cobarde llamado Oswald.

—Y tu Estados Unidos era el país más poderoso del mundo.

—Bueno, Rusia nos estaba aflojando las tripas por nuestro dinero cuando tú me cogiste por el cuello y me arrastraste a Mundo Medio, pero sí, básicamente, sí.

—Y las personas de tu país escogían a su dinh. No es un cargo hereditario de padre a hijo.

—Eso es —dijo ella con algo de recelo. Se quedó medio a la espera de que Roland arremetiese contra el sistema democrático. O que estallase de risa.

En lugar de eso, Roland la sorprendió al decir:

—Citando a Blaine el Mono: eso mola mucho.

—Hazme el favor de no citarlo, Roland. Ni ahora, ni nunca, ¿vale?

—Como quieras —contestó él, luego siguió sin callarse, pero con un tono mucho más bajo—. Ten mi pistola lista, si a bien tienes.

—A bien tengo —accedió ella enseguida, y con el mismo tono bajo de voz. Se oyó algo como «a ien engo», porque ni siquiera quiso mover los labios. Tuvo la sensación de que los vigilaban desde el interior de los edificios de ese multitudinario extremo del Camino del Rey, semejantes a las tiendas y posadas de un poblado medieval (o el decorado de una película medieval). Susannah no sabía si eran humanos, robots o puede que cámaras de vídeo que todavía funcionaban, aunque estaba segura de su corazonada incluso antes de que Roland hablara y la confirmase. Ella solo tuvo que mirar la cabeza de Acho, balanceándose de atrás para adelante como el péndulo de un reloj con carillón, para saber que él también lo notaba.

—¿Y era un buen dinh ese tal Kennedy? —preguntó Roland, retomando su tono de voz habitual. La pregunta quedó pendida durante un buen rato en el silencio. Susannah se dio cuenta de algo bastante agradable: por una vez no sentía frío, a pesar de que estando tan cerca del río rugiente, el aire era húmedo y gélido. Estaba demasiado concentrada en el mundo que la envolvía para tener frío. Al menos de momento.

—Bueno, no todo el mundo opinaba igual, sin duda, el pirado que le disparó no lo creía así, pero yo sí —aclaró—. Cuando se presentó le decía a la gente que quería cambiar las cosas. Seguramente menos de la mitad de los votantes

creyeran que lo decía en serio, porque la mayoría de políticos mienten por la misma razón que un mono mueve el rabo, es decir, porque puede. Pero en cuanto lo eligieron empezó a hacer las cosas que había prometido. Hubo un tiroteo en un lugar llamado Cuba, y él fue tan valiente que… bueno, digamos que una habría tenido suerte de ir con él en el coche. Cuando unos tipos vieron lo en serio que iba, los hijos de puta contrataron a alguien para matarlo.

—Oz-walt.

Ella asintió, y no se molestó en corregirle, porque, en realidad, pensaba que no había nada que corregir. Oz-walt. Oz. Todo volvía a coincidir, ¿verdad?

—Y Johnson ocupó el puesto cuando cayó Kennedy.

—Eso mismo.

—¿Cómo le fue?

—Era demasiado pronto para saberlo cuando yo me fui, pero era más bien el tipo de tío para hacer el juego. «Dejarse llevar para que todo vaya bien», solía decir, solíamos decir. ¿Te consta?

—En realidad, sí —respondió Roland—. Y Susannah, creo que hemos llegado. —Roland detuvo el Taxi de Lujo de Ho Fat. Se quedó de pie con la correa con la que tiraba del vehículo enrollada en los puños, mirando en dirección a Le Casse Roi Russe.

DOS

Allí finalizaba el Camino del Rey, y se abría en un patio rectangular pavimentado que otrora había estado sin duda vigilado de forma tan asidua por los hombres del Rey Carmesí como el palacio de Buckingham vigilado por los Beefeaters de la reina Isabel. Un ojo que solo se había desvaído ligeramente por el tiempo estaba pintado sobre el adoquinado en color escarlata. Desde el nivel del suelo, solo se adivinaba lo que era, pero desde niveles superiores del mismo castillo, supuso Susannah, el ojo habría dominado toda la vista en dirección al noroeste.

«La misma maldita cosa seguro que está pintada en todos los otros puntos cardinales de la brújula», pensó.

Sobre ese patio más exterior, extendido entre dos torres de vigilancia abandonadas, había un cartel que parecía recién pintado. Escrito encima (también en rojo, blanco y azul) estaba esto:

¡BIENVENIDOS,
ROLAND Y SUSANNAH!
(¡ACHO TAMBIÉN!)
¡SEGUID DANDO CAÑA EN EL
MUNDO LIBRE![21]

El castillo que quedaba después del patio interior (y el río encajonado que hacía las veces de foso) en realidad era de bloques de piedra color rojo oscuro y se habían oscurecido de tal manera con los años que casi estaban negros. Torres y torretas brotaban en ascensión desde el castillo propiamente dicho, y destacaban de una forma que hacía daño a la vista y parecía desafiar la gravedad. El castillo que estaba en el interior de esos chabacanos soportes era austero y sin ornamentos, salvo por el ojo avizor grabado en el arco principal sobre la entrada. Dos de los pasos que estaban arriba se habían desplomado, y habían dejado el patio principal plagado de enormes fragmentos de piedra, aunque había otros seis que seguían en su sitio, entrecruzándose a distintas alturas de una forma que a Susannah le recordaba las entradas y salidas de los peajes donde se encontraban las principales autopistas. Como en las casas del pueblo, las puertas y ventanas eran extrañamente angostas e iban en ascenso recorriendo los pasos superiores, mirándolos.

Susannah bajó de un salto del rickshaw con la pistola de Roland metida en el cinturón, para poder cogerla con facilidad. Se reunió con él para mirar la puerta principal que quedaba de ese lado del foso. Estaba abierta. Tras ella un encorvado puente de piedra se extendía sobre el río. Bajo el puente, el agua negra salía a borbotones por una garganta de piedra de unos doce metros de ancho. El agua tenía un olor fuerte y desagradable, y en las partes que fluía entre bastantes piedras de un negro fangoso, la espuma era amarilla en lugar de blanca.

—¿Qué hacemos ahora, Roland?

—Para empezar a escuchar a esos tipos —dijo y señaló hacia las puertas de entrada del otro extremo del patio delantero adoquinado del castillo. Los portones estaban entreabiertos y por ellos llegaron dos hombres: hombres del todo normales, no tipos estrechos como en la barraca de los espejos, como Susannah había imaginado. Cuando estaban a punto de llegar al patio delantero apareció de repente un tercer hombre y se apresuró para alcanzarlos. Al parecer, ninguno de ellos iba armado y cuando los dos que iban delante se acercaron al

puente, Susannah no se quedó precisamente boquiabierta al darse cuenta de que eran gemelos. Y el de detrás era igual: blancos, bastante altos, pelo largo y negro. Entonces eran trillizos: dos está bien, tres son multitud. Llevaban vaqueros y pesados abrigos verdes de los que se sintió celosa al instante (y con dolor). Los dos de delante llevaban unas cestas de mimbre con asas de piel.

—Ponles gafas y barba y son igualitos a Stephen King como era cuando Eddie y yo lo conocimos —comentó Roland en voz baja.

—¿De verdad? ¿Dices verdad?

—Sí. ¿Recuerdas lo que te dije?

—Que te dejara hablar a ti.

—Y que antes de la victoria viene la tentación. Recuerda eso también.

—Lo haré. Roland, ¿te dan miedo?

—Creo que no hay mucho que temer en esos tres. Pero prepárate para disparar.

—No parecen armados. —Claro que estaban esas cestas de mimbre; dentro podía haber cualquier cosa.

—De todas formas mantente preparada.

—Cuenta con ello —respondió Susannah.

TRES

Pese al rugido del río que corría bajo el puente, podían escuchar el taconeo de las botas de los desconocidos. Los dos con las cestas avanzaron hasta la mitad del puente y se detuvieron en su punto cumbre. Allí dejaron sus cargas una junto a otra. El tercer hombre se detuvo en el lateral del castillo y permaneció de pie con las manos entrelazadas, con decoro, por delante de él. En ese momento, Susannah olió la carne asada que sin duda estaba en uno de los cestos. No era cerdo largo. Era ternera asada y pollo todo junto, un aroma que era celestial. Empezó a hacérsele la boca agua.

—¡Salve, Roland de Gilead! —dijo el hombre de pelo oscuro que estaba a su derecha—. ¡Salve, Susannah de Nueva York! ¡Salve, Acho de Mundo Medio! ¡Largos días y placenteras noches!

—Uno es feo y los otros son peores —señaló su compañero.

—No le hagáis caso —dijo el hombre de la derecha parecido a Stephen King.

—«No le hagáis caso» —repitió el otro burlándose, arrugando la cara en una mueca tan intencionadamente fea que resultó divertida.

—Que vosotros veáis el doble —dijo Roland en respuesta al más educado de los dos. Elevó el talón e hizo la reverencia de rigor con la pierna estirada. Susannah hizo una reverencia al estilo del Calla, abriéndose la imaginaria falda. Acho se sentó junto al pie izquierdo de Roland, limitándose a mirar a los dos hombres idénticos del puente.

—Somos uffis —dijo el hombre de la derecha—. ¿Te constan los uffis, Roland?

—Sí —respondió el pistolero, y luego en un aparte para Susannah—: Es una palabra antigua… de hecho, antiquísima. Dice que son metamorfoseadores. —A eso añadió en una voz mucho más baja que seguramente no se pudo oír con el rugido del río—: Dudo que sea cierto.

—Sí es cierto —dijo el de la derecha, con bastante complacencia.

—Cree el ladrón que son todos de su condición —observó el de la izquierda y puso un ojo azul en blanco. Solo uno. Susannah pensó que jamás había visto a alguien poner un solo ojo en blanco.

El que estaba detrás no dijo nada, se limitó a permanecer de pie y a mirar con las manos entrelazadas por delante del cuerpo.

—Podemos adoptar la forma que queramos —prosiguió el de la derecha—, pero nuestras órdenes fueron que adoptáramos la forma de alguien que reconocierais y en quien confiarais.

—Confío tanto en sai King como creo que podría derribar a su abuelo más corpulento —comentó Roland—. Ese es más problemático que una cabra zampapantalones.

—Hemos hecho lo que hemos podido —dijo el Stephen King de la derecha —. Podríamos haber adoptado la forma de Eddie Dean, pero pensamos que eso podría resultar doloroso para la señora.

—La «señora» tiene pinta de ponerse como loca si pudiera follarse a una cuerda, si pudiera metérsela entre las piernas, claro —comentó el Stephen King de la izquierda, y lanzó una mirada lasciva.

—No ha lugar —dijo el que permanecía detrás. Habló con el tono delicado de un juez de concurso. Susannah casi esperaba que sentenciase a King Malhablado a cinco minutos en el banquillo. No es que le hubiera importado, porque el oír la risa socarrona de King Malhablado le dolió en el alma; le recordó a Eddie.

Roland ignoró toda esa acción secundaria.

—¿Podríais adoptar cada uno de los tres una forma distinta? —le preguntó a King Bienhablado. Susannah escuchó al pistolero tragar saliva antes de hacer la pregunta, y supo que ella no era la única que luchaba por evitar ponerse a babear por los olores de las cestas de comida—. ¿Uno de vosotros podría haber sido sai King, el otro sai Kennedy y el otro sai Nixon, por ejemplo?

—Buena pregunta —dijo King Bienhablado, el de la derecha.

—Estúpida pregunta —dijo King Malhablado, el de la izquierda—. No tiene nada que ver. Será mejor que nos vayamos más allá del gran azul. Oh, bueno, ¿es que alguna vez ha existido un héroe de acción intelectual?

—El príncipe Hamlet de Dinamarca —dijo King Moderador con toda tranquilidad desde detrás—. Pero, puesto que es el único que se me ha ocurrido a bote pronto, puede que no sea más que una excepción que confirma la regla.

Bienhablado y Malhablado se volvieron para mirarlo. Cuando estuvo claro que había terminado, se volvieron de nuevo en dirección a Roland y Susannah.

—Puesto que en realidad somos un solo ser —dijo Bienhablado—, y por ello tenemos habilidades muy limitadas, la respuesta es que no. Todos podríamos ser Kennedy, o podríamos ser todos Nixon, pero…

—Hoy no se fía mañana sí —dijo Susannah. No tenía ni idea de por qué se le había ocurrido eso (ni mucho menos de por qué lo había dicho en voz alta), pero King Moderador dijo: «¡Exacto!». Y le echó la típica miradita que indicaba que había ganado el premio para la mejor de la clase.

—Muévete, por la gloria de tu padre —dijo King Malhablado, el de la izquierda—. Casi no puedo ni mirar a estos traidores del Señor del Rojo sin que me entren ganas de vomitar.

—Muy bien —dijo su compañero—. Aunque llamarlos traidores parece bastante injusto, al menos si se añade el ka a la ecuación. Puesto que los nombres que nos pusieron son impronunciables para vosotros…

—Como el del enemigo de Superman, el señor Mxyzptlk —añadió Malhablado.

—… puede que queráis usar esos que Los’ ha utilizado. Él es quien llamáis Rey Carmesí. Yo soy el ego, por así decirlo, y tengo el nombre de Feemalo. Este tipo que está a mi lado es Fumalo. Es nuestro ello.

—Así que el que está detrás de ti debe de ser Fimalo —dijo Susannah, pronunciándolo «*Fie*-ma-lo»—. ¿Quién es? ¿Tu superego?

—¡Oh, qué inteligente! —exclamó Fumalo—. Apuesto a que hasta sabes

decir que Freud no rima con esternocleidomastoideo. —Se inclinó hacia delante y le lanzó su sonrisita de sabelotodo—. Pero ¿sabes deletrearlo, mirlo paticorto de Nueva York?

—No le hagas caso —dijo Feemalo—, siempre se ha sentido amenazado por las mujeres.

—¿Sois el ego, el ello y el superego de Stephen King? —preguntó Susannah.

—¡Qué buena pregunta! —exclamó Feemalo con aprobación.

—¡Qué pregunta más idiota! —exclamó Fumalo con desaprobación—. ¿A tus padres les quedó algún hijo vivo, Mirlo?

—Será mejor que no me busques las cosquillas —dijo Susannah—, sacaré a Detta Walker y te cerraré el pico.

King Moderador dijo:

—No tengo nada que ver con sai King más que por haberme apropiado de algunas de sus características físicas durante un breve período. Y entiendo que ese breve período es en realidad el único tiempo que os queda. Y no siento un cariño especial por vuestra causa y no tengo intención de desviarme de mi camino para ayudaros, por lo menos, no de desviarme mucho de mi camino, y aun así entiendo que los dos sois bastante responsables de la huida de Los'. Puesto que me retuvo prisionero y me trató poco menos que como su bufón de la corte, o incluso como su monicaco, no sentiré en absoluto que se vaya. Incluso os ayudaré si puedo, un poco al menos, pero no, no me desviaré de mi camino para hacerlo. «Que eso vaya por delante», como habría dicho vuestro difunto amigo Eddie Dean.

Susannah intentó no hacer una mueca de dolor al escucharlo, pero dolía. Sí que dolía.

Como antes, Feemalo y Fumalo se habían vuelto para mirar a Fimalo mientras hablaba. En ese momento se volvió en dirección a Roland y Susannah.

—La sinceridad es la mejor política —afirmó Feemalo, con una mirada piadosa—. Cervantes.

—Los mentirosos siempre salen airosos —dijo Fumalo, con una sonrisa de cinismo—. Anónimo.

Feemalo dijo:

—Hubo una época en que Los' hacía que nos dividiéramos en seis, o incluso en siete, y sin otra razón que porque dolía. Aun así podemos vivir más que nadie del castillo, puesto que ha concedido una prórroga a todo lo que está tras sus murallas.

—Creíamos que nos mataría antes de irse —comentó Fumalo y sin una pizca del cinismo anterior. En el rostro lucía la expresión carilarga y reflexiva de alguien que recuerda un desastre tal vez evitado por los pelos.

Feemalo: Mató a muchos. Decapitó a su ministro de Estado.

Fumalo: Que tenía una sífilis avanzada y no más idea de lo que le estaba ocurriendo que un cerdo en el matadero cuando lo sedan, ¡qué lástima!

Feemalo: Alineó al personal de cocina y a las señoras de la limpieza…

Fumalo: Todos ellos le habían sido leales, muy leales, de hecho…

Feemalo: Y los obligó a tomar veneno mientras permanecían en pie delante de él. Los podría haber matado mientras dormían si hubiera querido.

Fumalo: Y sin más que desearlo.

Feemalo: Pero en lugar de eso los obligó a tomar veneno, matarratas. Tragaron montones de ese veneno marrón y murieron entre convulsiones justo delante de él, mientras permanecía sentado en su trono…

Fumalo: Que está hecho con calaveras, os consta…

Feemalo: Se sentó allí con el codo en la rodilla y el puño en la barbilla, como alguien que reflexiona largo y tendido, tal vez sobre la cuadratura del círculo o intentando encontrar el último número primo, mientras los contemplaba retorcerse y vomitar y convulsionarse en el suelo de la Sala de Audiencias.

Fumalo (con un aire de ansiedad que a Susannah le pareció a un tiempo lascivo y en extremo desagradable): Algunos murieron rogando que les dieran agua. Era un veneno que daba sed, ¡sea! ¡Y creímos que nosotros seríamos los siguientes!

Al escuchar esto, Feemalo se traicionó a sí mismo, si no por rabia, por un toque de despecho.

—¿Me dejaréis contar esto y acabar para que puedan seguir adelante o hacia atrás, como les apetezca?

—Tan mandón como siempre —comentó Fumalo, y se quedó en silencio, enfurruñado. Por encima de sus cabezas, los grajos del Castillo se peleaban por un sitio y miraban hacia abajo con sus ojos como cuentas. «No cabe duda de que esperan convertir en comida a quienes no se vayan», pensó Susannah.

—Tiene seis de las bolas de cristal del Mago que quedan —dijo Feemalo—. Y cuando vosotros todavía estabais en Calla Bryn Sturgis, vio algo en ellas que acabó con el trabajo de volverlo loco. No estamos seguros de lo que fue, porque no lo vimos, pero nos parece que fue vuestra victoria no solo en el Calla, sino

más allá, en Algul Siento. De ser así, suponía el fin de su plan de derribar la Torre desde lejos, partiendo los Haces.

—Por supuesto que eso era lo que quería —dijo Fimalo con tranquilidad, y una vez más los dos Stephen King que estaban en el puente se volvieron para mirarlo—. No podría haber sido otra cosa. Lo que lo llevó al borde de la locura en primer lugar fueron dos compulsiones enfrentadas en su mente: derribar la Torre y llegar allí antes de que tú llegaras, Roland, y ascender hasta lo más alto. Para destruirla… o para gobernarla. No estoy seguro de que le haya interesado mucho entenderlo, siempre que implique destrozarte por algo que quieres y luego arrebatártelo. Esas cosas sí que le importaban.

—Sin duda alguna te gustará saber lo enrabiado que estaba contigo y maldecía tu nombre semanas antes de aplastar sus valiosos juguetitos —comentó Fumalo—. ¡Cuánto llegó a temerte, hasta el punto que él podía temer!

—Eso no —le contradijo Feemalo, y Susannah opinó que con bastante tristeza—. Esto otro le gustará mucho más. Gana sin mejor gracia con la que pierde.

Fimalo dijo:

—Cuando el Rey Rojo vio que el Algul caería bajo tus manos, entendió que los Haces que todavía funcionaban se regenerarían. ¡Más! Que al final los Haces que funcionaban recrearían otros Haces, soldándolos de kilómetro en kilómetro y de rueda en rueda. Si eso ocurre, al final…

Roland estaba asintiendo con la cabeza. Susannah vio en sus ojos una expresión del todo nueva: sorpresa alegre. «A lo mejor sí sabe cómo ganar», pensó ella.

—Entonces, al final, lo que se ha movido podría volver —comentó el pistolero—. Tal vez Mundo Medio y Mundo Interior. —Hizo una pausa—. Tal vez incluso Gilead. La Luz. El Blanco.

—No hay un «tal vez» posible —dijo Fimalo—. Pues el ka es una rueda, y si la rueda no se rompe, siempre girará. A menos que el Rey Carmesí pueda convertirse bien en el Señor de la Torre o en su Alto Señor Ejecutor, todo lo que fue voluntad acabará regresando.

—Locura —dijo Fumalo—. Y locura destructiva, por cierto. Pero por supuesto que el Gran Rojo siempre fue el lado enloquecido de Gan. —Le lanzó a Susannah una fea sonrisita y dijo—: Eso es de *Froooooiiid*, señora Mirlo.

Feemalo retomó la palabra:

—Y después de que las bolas fueran aplastadas y se hubieran ejecutado todas

las muertes…

—Eso es lo que queremos que entendáis —dijo Fumalo—. Si esto es así, no tenéis la mente tan dura para haceros una idea.

—Después de que esas tareas estuvieron terminadas, él se suicidó —dijo Fimalo, y una vez más los otros dos se volvieron en su dirección. Era como si no pudieran evitar hacerlo.

—¿Lo hizo con una cuchara? —preguntó Roland—. Porque esa fue la profecía con la que crecimos mis amigos y yo. Estaba en el fragmento de un ripio.

—En realidad sí —respondió Fimalo—. Yo creía que se había cortado el cuello con ella, porque el borde de la cazoleta de la cuchara había sido afilado (como ciertos platos, os consta, el ka es una rueda y siempre vuelve al punto donde empezó), pero se la tragó. ¡Se la trago!, ¿te lo imaginas? Le salían enormes borbotones de sangre por la boca. ¡Arroyos! Luego montó al más imponente de los caballos grises, lo llama Nis, por la tierra del dormir y los sueños, y cabalgó en dirección al sudeste, hacia las blancas tierras de Empática con su pequeña artilla delante de él, sobre la silla. —Sonrió—. Aquí hay grandes tiendas de comida, pero él no la necesita, como ya os consta. Los' ya no come.

—Un momento, tiempo muerto —dijo Susannah, levantando las manos en forma de T (era un gesto que se había copiado de Eddie, aunque no se dio cuenta)—. Si se tragó una cuchara afilada y se rajó el pescuezo además de asfixiarse…

—La señora Mirlo empieza a ver la luz —exclamó Fumalo, y sacudió las manos en dirección al cielo.

—… entonces, ¿cómo iba a hacer nada?

—Los' no puede morir —dijo Feemalo, como si estuviera explicándole una obviedad a un niño de tres años—. Y vosotros…

—Pobres infelices… —añadió su compañero con amable malicia.

—No podéis matar a un hombre que ya está muerto —finalizó Fimalo—. Tal como estaba, Roland, podrías haberle dado muerte con tus pistolas…

Roland estaba asintiendo en silencio.

—Tus pistolas entregadas de padre a hijo, con cañones fabricados a partir de la gran espada de Arthur Eld, Excalibur. Sí, eso también forma parte de la profecía. Como él, evidentemente, sabrá.

—Pero ahora está a salvo de ellas. Se ha puesto por encima de ellas. Está no muerto.

—Tenemos razones para creer que lo han encerrado en un balcón de la Torre —dijo Roland—. No-muerto o vivo, jamás podría haber llegado a lo más alto sin algún sigul del Eld; seguramente si conocía hasta esa parte de la profecía, también sabía eso.

Fimalo estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Sea, pero al igual que Horacio defendió el puente en una historia que se contaba en el mundo de Susannah, también Los', el Rey Carmesí, defiende la Torre. Ha encontrado la forma de introducirse en su garganta, pero no de llegar hasta lo más alto, eso es lo cierto. Aun así, mientras resista en ella, tú tampoco podrás llegar.

—Parece que el viejo Rey Rojo no estaba del todo loco, al fin y al cabo —comentó Feemalo.

—Al pirao le mola joderla —añadió Fumalo. Se golpeó la sien con seriedad… y luego estalló en carcajadas.

—Pero si sigues adelante —dijo Fimalo—, le llevarás los siguls del Eld que necesita para tomar posesión de lo que ahora lo tiene cautivo.

—Primero tendrá que quitármelos —dijo Roland—. Que quitárnoslos. —Habló sin teatralidad, como si no hiciera más que hablar del tiempo.

—Cierto —accedió Fimalo—, pero piensa, Roland. No puedes matarlo con ellos, pero es posible que él pueda quitártelos, pues su mente es taimada y su alcance largo. Si lo hiciera… ¡bueno! Imagina un rey muerto y loco en lo más alto de la Torre Oscura con un par de grandes y viejas pistolas en su posesión. Podría gobernar desde allí, pero creo que, teniendo en cuenta su locura, decidirá, mejor, derribarla. Lo que podría conseguir, haya Haces o no.

Fimalo los analizó con seriedad desde donde se encontraba, en el extremo más alejado del puente.

—Y entonces —dijo— todo sería oscuridad.

CUATRO

Se hizo un silencio durante el cual, quienes estaban allí reunidos reflexionaron sobre la idea. A continuación Feemalo dijo, casi disculpándose:

—El precio podría no ser tan alto si uno piensa solo en este mundo, que podría llamarse Piedra Angular de la Torre, puesto que la Torre Oscura existe aquí no como una rosa, tal como ocurre en otros muchos mundos, ni como un

tigre inmortal, como ocurre en algunos, ni como el perro Rover, como ocurre al menos en uno…

—¿Un perro que se llama Rover? —preguntó Susannah, desconcertada—. ¿Lo dices en serio?

—Señora, tiene usted la imaginación de un palo medio calcinado —replicó Fumalo en un tono de profundo desprecio.

Feemalo no le hizo ni caso.

—En este mundo, la Torre es lo que es. En el mundo donde tú, Roland, has estado sobre todo últimamente, la mayoría de especies todavía se crían de verdad y muchas vidas son felices. Todavía queda energía y esperanza. ¿Te arriesgarías a destruir también ese mundo como este, y los demás mundos que sai King ha tocado con su imaginación, y de los que se aparta? Pues no fue él quien los creó, lo sabes. Mirar en el ombligo de Gan no significa ser Gan, aunque muchas personas creativas parecen creer lo contrario. ¿Arriesgarías todo eso?

—Solo estamos preguntando, no intentando convencerte —dijo Fimalo—. Pero la verdad está clara: ahora esta búsqueda es solo tuya, pistolero. Así son las cosas. Nada te hace ir más allá. En cuanto pases este castillo y te adentres en las Tierras Blancas, tus amigos y tú habréis ido más allá del mismo ka. Y no tienes por qué hacerlo. Todo lo que has pasado fue puesto en marcha para que pudieras salvar los Haces, y al salvarlos asegurar la existencia eterna de la Torre, el eje sobre el que los mundos y toda la vida giran. Eso ya está hecho. Si ahora te vuelves atrás, el Rey muerto quedará atrapado para siempre donde está.

—Eso lo dirás tú, guapo —comentó Susannah, con una brusquedad típica de sai Fumalo.

—Sea cierto o no lo que dices —añadió Roland—, yo seguiré adelante. Porque lo he prometido.

—¿A quién le hiciste esa promesa? —preguntó de golpe Fimalo. Por primera vez desde que se había detenido en el lateral del castillo junto al puente, desenlazó las manos y las utilizó para apartarse el pelo de la frente. El gesto fue breve, pero expresó su frustración con perfecta elocuencia—. Porque no hay profecía de esa promesa, ¡te lo digo yo!

—No podía haber existido. Porque es una promesa que me hice a mí mismo, y es una promesa que pienso cumplir.

—Este hombre está tan loco como Los’ el Rojo —dijo Fumalo, no sin respeto.

—Está bien —dijo Fimalo. Suspiró y una vez más entrelazó las manos

delante de sí—. Yo he hecho lo que he podido. —Asintió con la cabeza a sus otros dos tercios, que lo estaban mirando con atención.

Feemalo y Fumalo clavaron una rodilla en el suelo: Feemalo la derecha, Fumalo la izquierda. Levantaron las tapas de los cestos de mimbre que habían transportado y los inclinaron hacia delante. (Susannah recordó fugazmente la forma en que las azafatas de *El precio justo* y *Concentration* enseñaban los regalos a los concursantes).

En el interior de una de ellas había comida: pollo y cerdo asado, pedazos de ternera, y rosados y redondos jamones. Susannah sintió que se le ensanchaba el estómago al verlo, como si se estuviera preparando para engullirlo, y solo con un esfuerzo tremendo consiguió reprimir el sensual gemido que le subía por la garganta. Se le llenó la boca de saliva y levantó una mano para enjugársela. Seguro que ellos sabían lo que estaba haciendo, Susannah supuso que era inevitable, pero al menos podía impedir que se sintieran satisfechos al ver las pruebas físicas de su hambre brillándole en los labios y la barbilla. Acho ladró, pero continuó sentado junto a la bota izquierda del pistolero.

En el interior de la otra cesta había jerséis de punto grueso, uno verde y otro rojo: colores navideños.

—También hay calzoncillos largos, abrigos, botines y guantes forrados de borreguito —dijo Feemalo—. Porque en Empática hace un frío de muerte en esta época del año, y os quedan meses de camino.

—A las afueras de la ciudad os hemos dejado un ligero trineo de aluminio —comentó Fimalo—. Lo podéis meter en la parte trasera de vuestro pequeño vehículo y luego usarlo para llevar a la señora y la artilla, una vez que lleguéis a las tierras nevadas.

—Sin duda os preguntaréis por qué hacemos todo esto, puesto que desaprobamos vuestro viaje —dijo Feemalo—. El hecho es que nos sentimos agradecidos por nuestra supervivencia…

—De verdad creímos que nos había llegado el fin —interrumpió Fumalo—. «El quarterback está acabado», habría dicho Eddie.

Y eso también hizo daño a Susannah… pero no tanto como contemplar toda esa comida. No tanto como imaginar qué se sentiría al meterse esos mullidos jerséis por la cabeza y dejarlos caer hasta la mitad de los muslos.

—Tomé la decisión de intentar persuadiros de que no siguierais adelante si podía —dijo Fimalo, el único que hablaba de sí mismo en primera persona del

singular, según se había fijado Susannah—. Y si no podía, os daría las provisiones que necesitarais para continuar.

—¡No puedes matarlo! —soltó de sopetón Fumalo—. ¿No lo entiendes, máquina de matar con cabeza de chorlito, no lo entiendes? ¡Lo único que puedes hacer es sobreexcitarte para que él haga lo que quiera contigo con sus manos muertas! ¿Cómo puedes ser tan idio…?

—Chitón —dijo Fimalo con delicadeza, y Fumalo se calló al instante—. Ya ha tomado una decisión.

—¿Qué haréis? —preguntó Roland—. Es decir ¿una vez que nosotros nos hayamos ido?

Los tres se encogieron de hombros al unísono, perfectamente coordinados, como reflejos en un espejo, pero fue Fimalo, el supuesto superego del uffi, quien respondió.

—Esperar aquí —dijo—. Ver si la matriz de la creación vive o muere. Mientras tanto, intentaremos hacer reformas en Le Casse y recuperar parte de su antigua gloria. Era un hermoso lugar. Puede volver a serlo. Y ahora creo que nuestra garla ha terminado. Coged vuestros regalos con nuestras gracias y buenos deseos.

—Buenos deseos a regañadientes —dijo Fumalo, y de hecho, sonrió. Viniendo de él, esa sonrisa resultaba a un tiempo fascinante e inesperada.

Susannah estuvo a punto de abalanzarse hacia delante. Hambrienta como estaba de comida fresca (de carne fresca), eran los jerséis y la ropa interior térmica lo que realmente deseaba. Aunque se estaban quedando cortos de víveres (y seguramente se quedarían sin, antes de pasar el lugar que el uffi había llamado Empática), todavía quedaban latas de alubias y atún y guisado de ternera con maíz rodando en la parte trasera del Taxi de Lujo de Ho Fat, y sus estómagos estaban, hoy por hoy, llenos. Era el frío lo que la estaba matando. Al menos, esa era la sensación que tenía; un frío que se abría paso hacia el interior y en dirección a su corazón, un centímetro de dolor con cada paso.

Dos cosas la detuvieron. Una fue el darse cuenta de que dar un solo paso hacia delante habría destruido la poca voluntad que le quedaba; correría hasta el centro del puente y caería de rodillas ante esa honda cesta de prendas de vestir y rebuscaría entre ella como un ama de casa a la caza en las rebajas anuales de ropa para el hogar de Filene. En cuanto diera el primer paso, nada la detendría. Y perder su voluntad no habría sido lo peor; también habría perdido la autoestima

que a Odetta Holmes le había costado toda una vida conseguir, pese a la saboteadora cuya presencia apenas se sospechaba reptando en su mente.

Incluso eso no habría sido suficiente para retenerla. Lo que sí la retuvo fue un recuerdo del día en que había visto el cuervo con la cosa verde en el pico, el cuervo que había empezado a hacer «cruuu, cruuu» en lugar de «¡graj!, ¡graj!». Solo era hierba del diablo, cierto, pero, de todas formas, era una cosa verde. Ese fue el día en que Roland le había dicho que se mordiera la lengua, le había dicho… ¿qué era? «Antes de la victoria llega la tentación». Nunca habría sospechado que la tentación mayor de su vida iba a ser un jersey de lana gruesa de pescador, pero…

De pronto entendió lo que el pistolero debía de saber, si no desde del principio poco después de la aparición de los tres Stephen King: todo eso era una trampa. Ella no sabía exactamente qué había en esas cestas de mimbre, pero dudaba más que nunca que fuera comida y ropa.

Siguió conteniéndose.

—¿Bien? —preguntó Fimalo con impaciencia—. ¿Os acercaréis y tomaréis los presentes que os entrego? Debéis acercaros, si los queréis, porque todo el camino que puedo recorrer es hasta la mitad del puente. Justo después de Feemalo y Fumalo está el límite que impuso el Rey. Ella y tú podéis pasar en ambas direcciones. Nosotros no podemos.

Roland dijo:

—Agradecemos vuestra amabilidad, sai, pero vamos a rechazarla. Tenemos comida y nos espera la ropa allí arriba, ropa de cuero aún vivito y coleando. Además, en realidad no hace tanto frío.

—No —accedió Susannah sonriendo a los tres rostros idénticos y con aspecto idiota—. En realidad no hace tanto frío.

—Seguiremos adelante —dijo Roland e hizo otra reverencia con la pierna doblada.

—Os decimos gracias, decimos gracias y que a bien tengáis —añadió Susannah, y una vez más se abrió la falda invisible.

Roland y ella empezaron a volverse. Y ese momento fue cuando Feemalo y Fumalo, todavía arrodillados, metieron la mano en las cestas que tenían abiertas delante de ellos.

Susannah no necesitó recibir ninguna orden de Roland, no más que una palabra gritada. Agarró la pistola del cinturón y disparó al que le quedaba a la izquierda, Fumalo, justo cuando él sacó una pistola de plata de cañón largo de la

cesta. De ella colgaba algo que parecía una bufanda. Roland metió la mano en la cartuchera y desenfundó, con la rapidez cegadora de siempre, y disparó un solo tiro. Sobre sus cabezas, los grajos levantaron el vuelo, graznando enloquecidos, ennegreciendo momentáneamente el cielo azul. Feemalo, quien también sostenía una de las pistolas de plata, cayó poco a poco hacia delante sobre su cesta de comida con una expresión moribunda de sorpresa en el rostro y un agujero de bala mortal en medio de la frente.

CINCO

Fimalo permaneció donde estaba, en el extremo más distante del puente. Tenía las manos todavía entrelazadas por delante del cuerpo, aunque ya no parecía Stephen King. Ahora tenía la alargada cara de piel amarillenta de un viejo que agoniza poco a poco y no sin sufrimiento. El pelo era más bien de un gris ceniza en lugar del exuberante negro. El cuero cabelludo era un jardín descamado de eccemas. Las mejillas, la barbilla y la frente estaban plagadas de granos y heridas abiertas, algunas supurantes y otras sangrantes.

—¿Qué eres en realidad? —le preguntó Roland.

—Un hum, igual que tú —dijo Fimalo, con resignación—. Me llamaba Rando Thoughtful durante mis años como ministro de Estado del Rey Carmesí. Sin embargo, en un tiempo era simplemente el viejo Austin Cornwell, del norte del estado de Nueva York. No de Mundo Piedra Angular, siento decir, sino de otro. Dirigía el Centro Comercial Niágara en una época, y antes de eso tenía una exitosa carrera en publicidad. Podría interesarte saber que trabajé con cuentas tanto de Nozz-A-La como del Takuro Spirit.

Susannah pasó por alto ese extravagante e inesperado currículum.

—Así que al final no decapitó a su chico más importante —comentó Susannah—. ¿Qué hay de los tres Stephen King?

—No era más que una atracción —dijo el viejo—. ¿Vas a matarme? Adelante. Lo único que puedo pedir es que lo hagas rápido. No estoy bien, como debes de ver.

—¿Algo de lo que nos habéis contado es verdad? —preguntó Susannah.

Sus ojos ancianos la miraron con asombro acuoso.

—Todo era verdad —respondió y empezó a caminar hacia el puente, donde los otros dos ancianos, sus ayudantes en una época, a ella no le cabía duda,

yacían desparramados—. De todas formas todo era verdad, salvo por una mentira… y esto. —Le dio una patada a las cestas y el contenido se desparramó.

Susannah lanzó un grito involuntario de horror. Acho se levantó como el rayo, y se colocó delante de ella para protegerla con sus cortas patas separadas y la cabeza gacha.

—No pasa nada —dijo ella, pero todavía le temblaba la voz—. Es que… me he sobresaltado.

La cesta de mimbre que parecía contener todo tipo de asados recién hechos, en realidad, estaba llena de extremidades humanas en estado de putrefacción; al final resultó ser cerdo largo, y en mala forma incluso considerando lo que era. La carne estaba casi negra azulada y plagada de gusanos.

Y no había ropa en la otra cesta. Lo que Fimalo tiró fue una maraña brillante de serpientes agonizantes. Sus ojos como cuentas estaban apagados; sus lenguas bífidas entraban y salían con desgana; en realidad muchas de ellas habían dejado de moverse.

—Las habrías reanimado de maravilla si te las hubieras puesto sobre la piel —dijo Fimalo con pesar.

—¿No esperarías de verdad que eso ocurriera, no? —preguntó Roland.

—No —admitió el anciano. Se sentó en el puente y lanzó un suspiro de cansancio. Una de las serpientes intentó reptar a su regazo y él la empujó con un gesto que fue a un tiempo ausente e impaciente—. Pero tenía órdenes que cumplir, así que lo hice.

Susannah estaba contemplando los cadáveres de los otros dos con horripilante fascinación. Feemalo y Fumalo, que ahora no eran más que una pareja de hombres muertos, se estaban pudriendo con una rapidez nada natural, sus pieles apergaminadas se deshinchaban pegándose al hueso y supurando flácidas gotas de pus. Mientras miraba, las órbitas en el cráneo de Feemalo sobresalieron como periscopios idénticos, dándole al cadáver una momentánea expresión de impacto. Algunas serpientes reptaron y se retorcieron en torno a esos cuerpos putrefactos. Otras estaban metiéndose en el cesto de extremidades putrefactas, buscando sin duda alguna las zonas más cálidas en el fondo del montón. La putrefacción tenía sus propias fiebres temporales, y supuso que ella misma podría sentirse tentada de revolcarse en ella mientras pudiera. Si fuera una serpiente, claro.

—¿Vas a matarme? —preguntó Fimalo.

—Ni hablar —respondió Roland—, pues tus deberes no están realizados.

Tienes otro que viene justo detrás de ti.

Fimalo levantó la vista, había un destello de interés de sus viejos ojos legañosos.

—¿Tu hijo?

—Mi hijo y también el de tu señor. ¿Le podrás decir algo de mi parte en vuestra garla?

—Si estoy vivo para decírselo, claro.

—Dile que soy viejo y gruñón, mientras que él es joven. Dile que si permanece rezagado puede seguir vivo mientras sueña con su venganza… aunque no sé qué le he hecho yo para que quiera vengarse. Y dile que si sigue adelante, lo mataré e intentaré matar a su Padre Rojo.

—O bien oyes y no escuchas o escuchas y no crees —comentó Fimalo. Ahora que se había desvelado su trampa (que no era nada tan glamuroso como un uffi, pensó Susannah; no era más que un publicista retirado del norte del estado de Nueva York), parecía profundamente agotado—. No puedes matar a una criatura que se ha suicidado. Ni tampoco puedes entrar en la Torre Oscura, porque solo hay una entrada, y el balcón sobre el que Los' está encarcelado la gobierna. Y está armado con armas suficientes. Las sneetches te seguirán el rastro y te darán caza en cuanto estés en la mitad del campo de rosas.

—Eso es lo que nos preocupa —dijo Roland, y Susannah pensó que pocas veces había dicho algo más cierto: ella ya se estaba preocupando—. Y en cuanto a ti, ¿le transmitirás mi mensaje a Mordred cuando lo veas?

Fimalo hizo un gesto de consentimiento.

Roland sacudió la cabeza.

—No te limites a agitar esa mano hacia mí, desgraciado, quiero oírlo de tu boca.

—Le transmitiré el mensaje —dijo Fimalo, luego añadió—: Si es que lo veo y garlamos.

—Lo verás. Buenos días, señor. —Roland empezó a darse la vuelta, pero Susannah lo agarró por el brazo y él se volvió.

—Júrame que todo lo que nos has dicho es verdad —le soltó al feo viejo que estaba sentado en el puente adoquinado y bajo la fría mirada de los cuervos, que estaban empezando a volver a sus antiguos puestos. No tenía la menor idea de lo que quería saber ni probar con eso. ¿Sabría si ese hombre mentía, incluso ahora? Seguramente no. Pero, de todas formas, lo presionó—. Júralo por el nombre de tu padre, y por su rostro también.

El viejo levantó la mano derecha hacia ella, con la palma hacia fuera, y Susannah vio que incluso allí tenía heridas abiertas.

—Lo juro por el nombre de Andrew John Cornwell, de Tioga Springs, Nueva York. Y también por su rostro. El Rey de este castillo de verdad se ha vuelto loco, y de verdad hizo explotar esas bolas de cristal que llegaron a sus manos. De verdad obligó a su personal a tomar veneno y de verdad los contempló mientras morían. —Extendió la mano que había tenido levantada en dirección a la cesta de mimbre con diversos miembros—. ¿De dónde crees que he sacado esto, señora Mirlo? ¿De *Muñones R' Us*?

Ella no entendió la referencia, y permaneció callada.

—De verdad se ha ido a la Torre Oscura. Es como el perro de esa antigua fábula o alguna otra historia, que quiere asegurarse de que si no puede sacar ningún provecho del heno, nadie pueda hacerlo. Ni siquiera os he mentido sobre lo que había en estas cestas, en realidad no. Simplemente os he mostrado los productos y he dejado que sacarais vuestras conclusiones. —Su sonrisa de cínica complacencia hizo que Susannah se preguntase si tenía que recordarle que Roland, al menos, había descubierto su trampa. Decidió que no valía la pena.

—Solo os he dicho una mentira —dijo el antiguo Austin Cornwell—. Que él había ordenado que me decapitaran.

—¿Estás satisfecha, Susannah? —le preguntó Roland.

—Sí —respondió Susannah, pero no lo estaba; en realidad no—. Vamos.

—Sube al Ho Fat, entonces, y no volváis a hablarle en cuanto lo hayáis hecho. Es astuto.

—Dímelo a mí —respondió Susannah, y entonces hizo lo que le habían dicho.

—Largos días y placenteras noches —dijo el antiguo sai Cornwell desde donde permanecía sentado entre las serpientes moribundas y retorcidas—. Que Jesús Hombre os vigile y a todo vuestro clan familiar. Y que os dé buen juicio antes de que sea demasiado tarde para el buen juicio y os aleje de la Torre Oscura.

SEIS

Retrocedieron lo andado hasta la intersección donde se habían alejado del Camino del Haz para dirigirse al castillo del Rey Carmesí. Allí, Roland se

detuvo a descansar durante unos minutos. Se había levantado una ligera brisa, y la banderilla patriótica ondulaba con el viento. Susannah la miró y en ese momento le pareció vieja y desvaída. Las fotos de Nixon, Lodge, Kennedy y Johnson habían quedado cubiertas por unas pintadas que también eran viejas. Toda la atracción —una atracción tan harapienta como había logrado crear el Rey Carmesí, en todos los sentidos— había desaparecido.

«Máscaras fuera, máscaras fuera —pensó Susannah con cansancio—. Fue una fiesta fabulosa, pero ahora ha terminado… y la Muerte Roja lo domina todo».

Se tocó el grano que tenía junto a la boca, y se miró la punta del dedo. Esperaba ver sangre, pus o ambas cosas. No había nada, y eso fue un alivio.

—¿Cuánto te has creído? —le preguntó Susannah.

—Bastante —contestó Roland.

—¿Así que está allí arriba, en la Torre?

—No dentro de ella. Sino atrapado en ella. —Sonrió—. Hay una gran diferencia.

—¿Crees que si pudiera controlar tus pistolas, podría volver al interior de la Torre y ascender hasta lo más alto?

—Sí. —La respuesta no se hizo esperar.

—¿Y qué harás?

—Impedirle que haga nada de eso. —Habló como si se tratase de una evidencia, y Susannah supuso que podía serlo. Lo que había olvidado de alguna forma, ¡puñeta!, era lo literal que era Roland. Con todo.

—¿Estabas pensando en atrapar a Mordred, en el castillo?

—Sí —admitió Roland—, pero teniendo en cuenta lo que hemos encontrado allí, y lo que nos han dicho, me ha parecido mejor seguir adelante. Más simple. Mira.

Se sacó el reloj y levantó la tapa de golpe. Ambos observaron que la segunda manecilla corría a toda prisa por su cuenta. Pero ¿a la misma velocidad que antes? Susannah no lo sabía con seguridad, aunque no lo creía. Levantó la vista para mirar a Roland con las cejas arqueadas.

—Gran parte del tiempo sigue funcionando bien —comentó Roland—, pero ya no funciona bien todo el tiempo. Creo que se retrasa un segundo cada sesenta o setenta revoluciones. Tal vez entre tres y seis minutos al día, la verdad sea dicha.

—Eso no es mucho.

—No —reconoció Roland, apartando el reloj—, pero es un principio. Que Mordred haga lo que quiera. La Torre Oscura está cerca, pasadas esas blancas tierras, y tengo la intención de llegar hasta ella.

Susannah entendía su impaciencia. Lo único que esperaba es que no lo convirtiera en descuidado. Si lo hacía, la juventud de Mordred Deschain podría dejar de importar. Si Roland cometía el error adecuado en el momento inadecuado, ella, Acho y él podrían no ver jamás la Torre Oscura.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un gran revoloteo. No muy acallado por ese sonido se escuchó un ruido humano que empezó como un aullido y rápidamente se agudizó hasta convertirse en un chillido. Aunque la distancia apagó ese grito, el horror y el dolor del mismo resultaban demasiado nítidos. Al final, gracias a Dios, se acalló.

—El ministro de Estado del Rey Carmesí ha entrado en el claro —dijo Roland.

Susannah miró de nuevo hacia el castillo. Pudo ver sus murallas rojas ennegrecidas, pero nada más. Le alegró no ver nada más.

«Mordred tiene jambre», pensó. Le latía el corazón deprisa y pensó que jamás había estado tan asustada en toda su vida… ni siquiera cuando había estado tendida junto a Mia mientras daba a luz, ni siquiera en la oscuridad bajo el Castillo Discordia.

«Mordred tiene jambre… pero ahora será alimentado».

SIETE

El viejo que había empezado su vida como Austin Cornwell y que acabaría como Rando Thoughtful sentado en el extremo del castillo del puente. Los grajos habían esperado sobre él, tal vez con la sensación de que lo mejor del día todavía no había llegado. Thoughtful estaba bastante abrigado gracias a la trenca que llevaba, y se había agenciado un buen trago de coñac antes de salir a encontrarse con Roland y su amiga la señora Mirlo. Bueno… tal vez esa no fuera exactamente la verdad. Tal vez fueran Brass y Compson (también conocidos como Feemalo y Fumalo) quienes se habían dado el trago del mejor coñac del Rey, y el ex ministro de Estado de Los’ quien se había pulido el último tercio de la botella.

Sea cual fuere la causa, el viejo se quedó dormido y la llegada de Mordred Talón Rojo no lo despertó. Se sentó con la barbilla apoyada en el pecho y le caía la baba entre los labios cerrados, y parecía un bebé que se había quedado dormido en su trona. Los pájaros que estaban en los parapetos y pasos se habían agrupado más que nunca. Seguramente se habían acercado con la llegada del joven príncipe, aunque él los miró e hizo un gesto en el aire: la mano derecha abierta se agitó con brusquedad delante de su cara, luego la cerró en un puño y la bajó. «Esperad», decía el gesto.

Mordred se detuvo en el lado del puente que quedaba en la parte del pueblo, para olfatear con deleite la carne putrefacta. Ese olor había sido lo suficientemente atractivo para hacerlo ir hasta allí, pese a que sabía que Roland y Susannah habían seguido por el Camino del Haz. Que su mascota, el brambo, y ellos volvieran a su camino, pensó el niño. Ese no era el momento de acortar las distancias. Más tarde, su Papi Blanco bajaría la guardia, aunque fuera por un instante, y entonces Mordred lo haría suyo.

Esperaba que para la hora de la cena, aunque para el almuerzo o el desayuno también habría estado bien.

La última vez que vimos a este tipo no era más que un

(*hortelanito, mi niñito, mi pequeño, trae las bayas, presto*)

crío. La criatura que estaba más allá de las puertas del castillo del Rey Carmesí se había convertido en un niño de unos nueve años. No era un niño guapo; no era del tipo que nadie (salvo su madre loca) habría llamado bonito. Este tenía menos que ver con su compleja herencia genética que con el hambre pura y dura. La cara que se encontraba detrás del seco y negro mechón de pelo estaba demacrada y demasiado chupada. La carne bajo los ojos de bombardero de Mordred era de un descolorido y ojeroso violeta. Su piel era un picoteo de heridas y machucones. Estos, como el grano que tenía Susannah junto a la boca, podían haber sido el resultado de su viaje por las tierras ponzoñosas, pero seguramente la dieta de Mordred tenía algo que ver con ello. Podría haberse aprovisionado de latas de comida antes de partir desde el puesto control que estaba pasada la boca del túnel, Roland y Susannah habían dejado un montón de conservas, pero no había pensado en ello. Como Roland sabía, todavía estaba aprendiendo los trucos de la supervivencia. Lo único que Mordred se había llevado del cobertizo era una chaqueta acolchada de ferroviario, hecha harapos, y un par de botas utilizables. Encontrar las botas había sido un golpe de suerte, aunque estaban casi rotas a consecuencia de su viaje.

De haber sido un hum, o incluso una mera criatura viviente, para el caso, Mordred habría muerto en las Tierras Yermas, con abrigo o sin él, con botas o sin ellas. Como era lo que era, había llamado a los grajos cuando tuvo hambre y a los grajos no les había quedado otra que acudir. Los pájaros fueron un ágape asqueroso y los gusanos que había sacado de debajo de las piedras manchadas (y todavía ligeramente radioactivas) fueron incluso peores, pero los había engullido con ansia. Un día había tocado la mente de una comadreja y le había ordenado acudir a él. Era un ser canijo y horrible, a punto de morir de hambre, pero le pareció el mejor filete del mundo después de los pájaros y los gusanos. Mordred se había transformado en su otro ser y había envuelto a la comadreja con su abrazo de siete patas, y la había sorbido y comido hasta que no quedó más que un pedazo de pelaje desgarrado. De buena gana se habría zampado otra docena, pero esa había sido la única.

Y ahora tenía una cesta llena de comida ante él. Estaba toda podrida, cierto, pero ¿y qué? Incluso los gusanos resultaban nutritivos. Más que suficiente para conseguir llegar al bosque nevado al sudeste del castillo, que estaría plagado de caza.

Pero antes que la caza, estaba el viejo.

—Rando —dijo—. Rando Thoughtful.

El viejo se sobresaltó, masculló algo y abrió los ojos. Durante un instante miró al niño escuálido que estaba delante de él con una total falta de comprensión. Sus ojos reumáticos se llenaron de miedo.

—Mordred, hijo de Los’ —dijo, intentando esbozar una sonrisa—. Salve, futuro Rey. —Hizo un gesto arrastrando los pies, luego pareció que se daba cuenta de que estaba sentado y de que no podía hacerlo. Intentó encontrarse los pies, cayó hacia atrás con un sobresalto que divirtió al niño (la diversión había sido difícil de encontrar en las Tierras Yermas, y la agradecía), a continuación volvió a intentarlo. Esta vez consiguió levantarse.

—No veo más cuerpos que los de los dos tipos que parecían muertos e incluso más viejos que tú —comentó Mordred, echando un vistazo a su alrededor de una forma exagerada—. Está claro que no veo pistoleros muertos, de ninguna variedad, ni de los de piernas largas ni los de piernas cortas.

—Dices verdad, y yo digo gracias, por supuesto que lo digo, pero puedo explicarlo, sai, y con bastante facilidad…

—Oh, esperad, contened vuestra explicación, pese a lo excelente que estoy seguro que pueda ser. Deja que adivine. ¿Es que las serpientes se han dirigido

hacia el pistolero y su señora, largas y gordas serpientes, y tú has hecho que vayan más allá del castillo para que estén a salvo?

—Mi señor…

—De ser así —prosiguió Mordred—, tiene que haber habido un poderoso montón de serpientes en vuestra cesta, porque todavía veo muchas por aquí. Algunas parecen haberse alimentado de lo que iba a ser mi cena. —Aunque las groseras y podridas extremidades de la cesta todavía serían su cena, parte de ella, Mordred le echó al viejo individuo una mirada de reproche—. ¿Has escondido, entonces, a los pistoleros?

La mirada de miedo del viejo desapareció y fue sustituida por una mirada de resignación. Mordred consideró ese descaro exasperante. Lo que quería ver en el rostro del viejo no era miedo y, sin duda, no era resignación, sino esperanza. Esperanza que Mordred aprovecharía cuando le fuese bien. Su silueta tembló. Durante un instante, el viejo vio la negrura amorfa que acechaba debajo y las numerosas patas. Entonces desapareció y el niño volvió. Por el momento, al menos.

«Que no muera gritando —pensó el antiguo Austin Cornwell—. Al menos garantizadme eso, dioses que existís. Que no muera gritando en manos de más monstruosidades».

—Sabes lo que ha ocurrido aquí, joven sai. Está en mi mente y también en la tuya. ¿Por qué no coges el desastre que hay en la cesta, las serpientes también, si a bien tienes, y le dejas a un viejo la poca vida que le queda? Por la gloria de tu padre, si no por la tuya. Le serví bien, incluso al final. Simplemente podría haberme escondido en el castillo y dejarlos seguir su camino. Pero no lo he hecho. Lo he intentado.

—No tienes salida —le respondió Mordred desde el extremo del puente donde se encontraba. Sin saber si eso era cierto o no. No le importaba. La carne muerta era solo alimento. La carne viva y la sangre todavía fresca con el oxígeno del último aliento de un hombre… ¡ah, eso era otra cosa! ¡Eso era una buena comida!—. ¿Me ha dejado un mensaje?

—Sea, sabes que sí.

—Dámelo.

—¿Por qué no lo coges de mi mente?

Una vez más se produjo ese cambio vibrante y momentáneo. Durante un instante no fue ni el niño ni la araña con tamaño de niño en el extremo más alejado del puente, sino algo que era ambas cosas al mismo tiempo. A sai

Thoughtful se le secó la boca pese a la baba que le había caído durante la cabezadita y que todavía le brillaba en la barbilla. La versión infantil de Mordred volvió a solidificarse en el interior de su harapiento y podrido abrigo.



—Porque me agradará escucharlo de tu alcantarilla vieja y babosa —le dijo a Thoughtful.

El viejo se chupó los labios.

—Está bien, si a bien tienes. Ha dicho que él es viejo y tú eres joven, y sin una pizca de malicia. Ha dicho que si no te quedas donde perteneces, tendrá que arrancarte la cabeza de encima de los hombros. Ha dicho que le gustaría mantenerse firme ante tu Padre Rojo mientras él está atrapado en ese balcón.

Eso era mucho más de lo que Roland había dicho en realidad (como nosotros deberíamos saber habiendo estado presentes), y más que suficiente para Mordred.

Aun así no era suficiente para Rando Thoughtful. Puede que solo diez días antes hubiera bastado para el objetivo del viejo, que era provocar al niño para que lo matara pronto. Pero Mordred se había convertido en un experto a toda prisa y, en ese momento, contuvo su primer impulso de cruzar el puente dando grandes zancadas en dirección al patio del castillo, cambiar mientras avanzaba y arrancarle a Rando Thoughtful la cabeza de cuajo con un golpe de pata con púas.

En lugar de hacer eso, echó un vistazo a los grajos, eran cientos, y ellos le devolvieron la mirada, con la misma intención que los alumnos de una clase. El niño hizo un gesto vibrante con los brazos, entonces apuntó al viejo con el dedo. El aire se llenó de repente del aleteo creciente. El ministro del Rey se volvió para huir, pero antes de dar un solo paso, los grajos cayeron sobre él en una nube negra como la tinta. Él subió los brazos para protegerse la cara mientras ellos la emprendían con su cabeza y sus hombros, convirtiéndolo en un espantapájaros. Ese gesto instintivo no resultó útil; más grajos aterrizaron en sus brazos levantados hasta que el peso de los pájaros los obligó a descender. Los picos pellizcaban y pinchaban la cara del viejo, y hacían brotar la sangre en pequeñas puntitas, como tatuajes rojos.

—¡No! —gritó Mordred—. Dejad la piel para mí… podéis quedaros con los ojos.

Entonces, los ansiosos grajos le arrancaron los ojos a Rando Thoughtful de sus cuencas de rostro vivo. El ex ministro de Estado lanzó el poderoso aullido que Roland y Susannah habían escuchado mientras se aproximaban a la salida de la villa del castillo. Los pájaros que no encontraron un lugar para posarse revoloteaban a su alrededor creando una tormenta eléctrica de seres vivos. Le dieron la vuelta cogiéndolo por los talones y lo llevaron hasta el niño sustituido por otro al nacer, que en ese momento se había acercado hasta el centro del

puente y se había instalado allí. Las botas y el ajado abrigo acolchado habían quedado atrás, en el lado del puente que daba al pueblo; lo que le esperaba a sai Thoughtful, levantado sobre sus patas traseras, con las patas delanteras levantadas en el aire, una marca roja en el vientre demasiado visible, era Dan-Tete, el Pequeño Rey Carmesí.

El hombre levitó hacia su destino, chillando y sin ojos. Se puso las manos por delante, haciendo gestos para protegerse, y la araña lo atrapó con sus patas delanteras, y se lo llevó a las fauces, y lo mordisqueó como un palo de caramelo.

¡Rico, rico!

OCHO

Esa noche, más allá de las últimas casas del pueblo, extrañamente estrechas y extrañamente desagradables, Roland se detuvo delante de lo que seguramente era el granero de un modesto agricultor. Se quedó de cara a la ruina del edificio principal, olfateando.

—¿Qué, Roland, qué?

—¿Hueles la madera de ese lugar, Susannah?

Ella olfateó.

—De hecho, sí la huelo… ¿y qué?

Roland se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Si podemos olerla, podemos quemarla.

Eso resultó ser cierto. Tuvieron problemas al encender el fuego, incluso ayudados por uno de los trucos más astutos de viaje de Roland y media lata de Sterno, pero al final lo consiguieron. Susannah se sentó tan cerca de la lumbre como pudo, volviéndose a intervalos regulares para calentarse ambos lados por igual, disfrutando del calor que primero le brotó en el rostro y en los pechos, y luego en la espalda. Había olvidado lo que era estar caliente, y no paró de tirar maderos a las llamas hasta que el campamento era una rugiente hoguera. Para los animales de campo abierto de más allá del Camino del sanador Haz, ese fuego debía de ser como un cometa que había caído a la tierra, que todavía brillaba. Acho estaba junto a ella, con las orejas levantadas, mirando al fuego como si estuviera hipnotizado. Susannah seguía esperando que Roland protestase, que le dijera que dejase de alimentar la maldita hoguera y empezara a dejar que ardiera, por la gloria de su padre, pero no lo hizo. Se limitó a permanecer sentado con sus

pistolas desmontadas delante, las piezas llenas de aceite. Cuando el fuego se puso demasiado caliente, retrocedió un par de metros. Su sombra danzó delgada, describiendo el commala a la luz de la hoguera.

—¿Puedes resistir una o dos noches más de frío? —le preguntó al final a Susannah.

Ella asintió.

—Si tengo que hacerlo.

—En cuanto empecemos a ascender hacia las tierras nevadas hará frío de verdad —añadió Roland—. Y aunque no puedo prometerte que tengamos que pasar sin fuego solo una noche, no creo que puedan ser más que dos.

—Crees que será más fácil conseguir algo de caza si no hacemos fuego, ¿verdad?

Roland asintió y empezó a montar de nuevo sus pistolas.

—¿Tan pronto como pasado mañana habrá algo que cazar?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

Roland se lo pensó y sacudió la cabeza.

—No puedo decirlo… pero lo sé.

—¿Puedes olerlo?

—No.

—¿Les has tocado la mente?

—No, tampoco es eso.

Ella lo dejó estar.

—Roland, ¿y si Mordred envía a los pájaros contra nosotros esta noche?

Roland sonrió y señaló las llamas. Por debajo de ellas, un creciente lecho de brasas rojas se encendían y palidecían como el aliento de un dragón.

—No se acercarán a vuestra hoguera.

—¿Y mañana?

—Mañana estaremos más lejos de Le Casse Roi Russe de lo que puedan llegar, ni que los convenza Mordred.

—¿Y cómo sabes eso?

Volvió a sacudir la cabeza, aunque creyó que conocía la respuesta a esa pregunta. Lo que sabía provenía de la Torre. Podía sentir el latido de su despertar en la cabeza. Era como el verde que destacaba entre hierba seca. Aunque era demasiado pronto para decirlo.

—Túmbate, Susannah —dijo—. Tómate un descanso. Yo haré guardia hasta

medianoche; luego te despertaré.

—Así que ahora montamos guardia —comentó ella.

Él asintió con la cabeza.

—¿Y él nos está vigilando?

Roland no estaba seguro, aunque creía que Mordred los vigilaba. Lo que veía en su imaginación era un niño delgaducho (pero con la barriguita hinchada, pues había comido bien), desnudo, en el interior de un harapiento y sucio abrigo. Un niño delgaducho, guarecido en unas de esas casas artificialmente angostas, tal vez en la tercera planta, donde la línea de visión era buena. Está sentado en una ventana con las rodillas apoyadas contra el pecho para darse calor, tal vez le dolía la cicatriz del costado por el frío que se calaba hasta los huesos, contemplando el resplandor de su hoguera, celoso de ella. Celoso de su compañía, además. Media madre y Padre Blanco, dándole la espalda.

—Es probable —respondió Roland.

Ella iba a acostarse, pero entonces se detuvo. Se tocó la herida que tenía junto a la boca.

—Esto no es un grano, Roland.

—¿No? —Se quedó sentado en silencio, mirándola.

—Tenía una amiga en la facultad a la que le salió una igual —comentó Susannah—. Sangraba y luego dejó de sangrar, luego casi se curó, pero al final se oscureció y volvió a sangrar. Fue a ver al médico, un dermatólogo especializado o algo así, y le dijo que era un angioma. Un tumor de la sangre. Le metió un chute de novocaína y se lo sacó con el escalpelo. Dijo que se alegraba de que hubiera ido en ese momento, porque cada día que esperase la cosa iba echando raíces un poco más profundas. Al final, dijo el médico, habría llegado hasta el paladar y puede que incluso hasta los senos del cráneo.

Roland permanecía en silencio, a la espera. El término que Susannah había utilizado resonaba en su cabeza: «tumor de sangre». Pensó que podría acuñarse para describir al mismísimo Rey Carmesí. Y a Mordred también.

—Nosotros no tenemos novocaína, don Botines —dijo Detta Walker—, y que nadie me diga lo contrario, tío. Pero, si me llega la puta hora, más te vale sacarte la herramienta y arrancarme de cuajo al cabrón. Lo harás más rápido que el brambo ese caza una mosca al vuelo. ¿Te has enterao, bacalao? ¿Lo has cogido?

—Sí. Ahora túmbate. Descansa un poco.

Ella se tumbó. Cinco minutos después de que pareciera que se había quedado

dormida, Detta Walker abrió los ojos y le lanzó

(«te estoy vigilando, blanquito»)

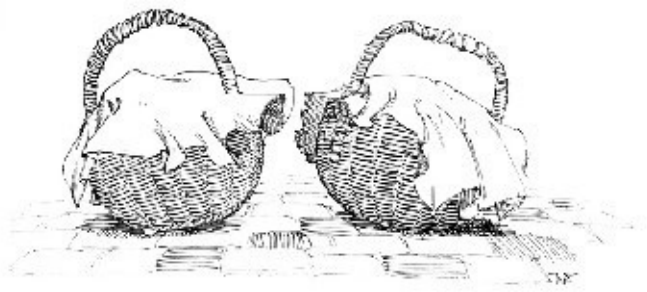
una mirada. Roland asintió con la cabeza en dirección a ella y ella volvió a cerrar los ojos. Pasados un par de minutos, los abrió por segunda vez. Ahora fue Susannah quien lo miró, y esta vez, cuando cerró los ojos, no volvió a abrirlos.

Roland había prometido despertarla a medianoche, pero la dejó dormir dos horas más, a sabiendas de que, al calor del fuego, su cuerpo estaba descansando de verdad, aunque solo fuera por esa noche. Cuando su nuevo y bonito reloj dijo que era la una en punto, sintió por fin cómo se deslizaba la mirada de su perseguidor. Mordred había perdido la batalla de conseguir mantenerse despierto en las horas más oscuras de la noche, como lo habían hecho incontables niños antes que él. Estuviera donde estuviese su habitación, el indeseado y solitario niño dormía con su maltrecho abrigo enrollado al cuerpo y la cabeza metida entre los brazos.

«¿Y acaso su boca, todavía cubierta de la sangre de sai Thoughtful, se frunce y tiembla, como si estuviera soñando con el pezón que no conoció más que en una ocasión, con la leche que jamás ha probado?».

Roland no lo sabía. No estaba especialmente interesado en saberlo. Le alegraba estar despierto en la quietud de la noche, tirando troncos de vez en cuando al fuego que se consumía. Pensó que no tardaría en apagarse. La madera era más nueva que la madera con la que habían sido construidas las casas del pueblo, pero aun así era vieja, endurecida hasta convertirse en un material que era prácticamente piedra.

Al día siguiente verían árboles. Los primeros desde que habían dejado Calla Bryn Sturgis, si no contamos los que crecían bajo el sol artificial de Algul Siento y los que había visto en el mundo de Stephen King. Eso estaría bien. Mientras tanto, la oscuridad era implacable. Más allá del círculo del fuego moribundo gemía el viento, y le levantaba el pelo de las sienes a Roland y le traía un ligero y agradable olor a nieve. Roland echó la cabeza hacia atrás y vio cómo el reloj de las estrellas encendía la oscuridad que tenía sobre la cabeza.



CAPÍTULO IV
PELLEJOS

UNO

Se habían quedado sin fuego tres noches en lugar de una o dos. La última fueron las doce horas más largas y más horribles de la vida de Susannah. «¿Es peor que la noche que murió Eddie? —se preguntó en cierto momento—. ¿De verdad dices que esto es peor que estar tú sola acostada, aunque despierta, en una de esas habitaciones, sabiendo que así es como estarás para el resto de tu vida? ¿Peor que lavarle la cara y las manos y los pies? ¿Lavárselos para entregarlo a la tierra?».

Sí. Esto era peor. Odiaba ser consciente de ello, y jamás habría podido reconocerlo ante nadie, pero el intenso e interminable frío de esa última noche fue mucho peor. Llegó a temer cualquier pequeña brisa procedente de las tierras nevadas que estaban al este y al sur. Era a un tiempo terrible y extrañamente humillante darse cuenta de lo rápido que el malestar físico podía tomar el control, extendiéndose como el gas venenoso hasta que se adueñaba de todo, se quedaba con todo el campo de juego. ¿Pena? ¿Pérdida? ¿Qué eran esas cosas cuando una sentía el frío en movimiento, pasando de los dedos de las manos y de los pies, arrastrándose hasta la puñetera nariz y luego yéndose adónde? Hacia el cerebro, si a bien tienes. Y hacia el corazón. Atrapada por un frío así, la pena y la pérdida no eran más que palabras. No, no, ni siquiera eso. No eran más que sonidos. Eran graznidos sin sentido mientras uno está sentado temblando bajo las estrellas a la espera de una mañana que nunca llega.

Lo que lo empeoraba era saber que había posibles hogueras a su alrededor, porque había llegado a la zona viva que Roland llamaba «la zona bajo nieve».

Era una serie de largas laderas verdes (la mayoría de esa hierba estaba blanca y muerta) y valles planos donde había arboledas aisladas, y arroyos cubiertos de hielo. Unas horas antes, con la luz del día, Roland había señalado varios agujeros en el hielo y le había dicho a Susannah que los había hecho un ciervo. Señaló, también, varios montones de excrementos. A la luz del día esa señal había resultado interesante, incluso esperanzadora. Sin embargo, en ese interminable agujero de noche, escuchando el constante y sordo tiritón de sus dientes, no significaba nada. Eddie no significaba nada, ni Jake tampoco. La Torre Oscura no significaba nada, ni tampoco la hoguera que habían encendido a las afueras de la ciudad del castillo. Recordaba que la había contemplado, pero la sensación del calor calentándole la piel hasta que la cubrió con una telilla de sudor, se había perdido para siempre. Como alguien que ha muerto y que ha visitado durante un par de segundos alguna otra vida, solo podía decir que había sido maravilloso.

Roland estaba sentado rodeándola con los brazos, algunas veces soltaba una tos seca y severa. Susannah pensó que a lo mejor estaba enfermando, pero tampoco ese pensamiento logró captar su atención. Solo el frío.

En un momento, poco antes de que el alba por fin empezase a teñir el cielo por el este, vio unas luces anaranjadas que bailaban a lo lejos, más allá del sitio donde empezaba la nieve. Le preguntó a Roland si tenía idea de lo que eran. En realidad no le interesaba, pero escuchar su propia voz le confirmaba que no estaba muerta. No de momento, al menos.

—Creo que son hornillos.

—¿Qué-é es-es eso-so? —Ahora lo tartamudeaba y lo farfullaba todo.

Al principio, Susannah solo oyó el silbido del viento. Luego se acalló y escuchó el rumor seco de la hierba bajo los pies de algo que caminaba sobre ella. Susannah sabía exactamente de qué se trataba: una pezuña pisando el fino hielo, que dejaba escapar el agua al frío del mundo de allí arriba. También sabía que en tres o cuatro días llevaría un abrigo hecho con la piel del animal que ahora estaba bebiendo por allí cerca, pero eso tampoco tenía ninguna importancia. El tiempo es un concepto inútil cuando estás sentada y despierta en la oscuridad, y con un dolor constante.

¿Había pensado en que alguna vez iba a tener tanto frío? Eso era bastante raro, ¿verdad?

—¿Qué pasa con Mordred? —preguntó Susannah—. ¿Crees que está aquí fuera?

—Sí.

—¿Y tiene frío como nosotros?

—No lo sé.

—No podré soportar esto mucho más, Roland… de verdad que no.

—No tendrás que hacerlo. Pronto amanecerá, y espero que podamos encender un fuego mañana por la noche. —Tosió con el puño en la boca, luego rodeó a Susannah con un brazo—. Te sentirás mejor en cuanto nos hayamos levantado y estemos en marcha. Mientras tanto, al menos estamos los dos juntos.

DOS

Sí, Mordred tenía tanto frío como ellos, a cada paso, y él estaba solo.

Sin embargo, se encontraba lo bastante cerca como para escucharlos: no las palabras en sí, sino el sonido de sus voces. Se encogía de hombros de forma incontrolada y se había llenado la boca de hierbajos muertos cuando sintió el temor de que Roland, con su agudeza de oído, captase el sonido del castañeteo de sus dientes. El abrigo de ferroviario no le servía de nada; lo había tirado cuando se había hecho pedazos de tal forma que no podía mantenerlo de una pieza. Se lo metió por las mangas al salir de la ciudad del castillo, pero entonces se había roto, empezando por las coderas, y las había tirado a la hierba baja que crecía a la vera del camino con un gesto de mal genio. Solo pudo seguir llevando las botas porque había conseguido convertir unos hierbajos largos en rudimentarios cordeles. Con estos se agarró lo que quedaba de las botas a los pies.

Había pensado en volver a adoptar la forma de araña, pues sabía que así su cuerpo sentiría menos frío, pero toda su corta vida había estado lacerada por el espectro de la hambruna, así que supuso que esa parte de él siempre la temería, sin importar la cantidad de comida que pudiera tener a su alcance. Los dioses sabían que ahora no había mucha; tres brazos heridos, cuatro piernas (en parte comidas), y un trozo de un torso de la cesta de mimbre, eso era todo. Si cambiaba, la araña engulliría ese poco alimento a la luz del día. Y aunque hubiera presas por ahí fuera —escuchaba cómo se movían los ciervos de alrededor con la misma claridad que lo había escuchado su Papi Blanco—, Mordred no estaba del todo seguro de su capacidad para atraparlas o derribarlas.

Así que se sentó y se estremeció, y escuchó el sonido de sus voces hasta que estas se acallaron. Quizá se habían dormido. Él mismo podría haber echado una cabezadita. Lo único que le hizo renunciar a esta posibilidad y retroceder fue el odio que sentía hacia ellos. El hecho de que ellos se pudieran tener uno al otro mientras él no tenía a nadie. A nadie en absoluto.

«Mordred tiene jambre —pensó con tristeza—. Mordred se caga de frío. Y Mordred no tiene a nadie. Mordred está solito».

Se metió el puño en la boca, mordió con fuerza, y chupó la calidez que emanaba. En la sangre saboreó el último resto de la vida de Rando Thoughtful… pero ¡era tan poca! ¡Pronto habría desaparecido! Y en cuanto desapareció, no hubo nada más que el inútil y reciclado sabor de su propio ser.

En la oscuridad, Mordred empezó a llorar.

TRES

Cuatro horas después del amanecer, bajo un blanco cielo que anunciaba lluvia o aguanieve (tal vez ambas cosas al mismo tiempo), Susannah Dean yacía temblando tras un tronco caído, contemplando los pequeños valles. «Escucharás a Acho —le había dicho el pistolero—. Y a mí también me escucharás. Yo haré lo que pueda, pero los estaré conduciendo por delante de mí y tú tendrás que disparar como nunca. Que cada disparo cuente».

Lo que empeoraba las cosas era su escalofriante presentimiento de que Mordred ya estaba muy cerca, y que podría intentar tenderle una emboscada mientras estaba de espaldas. Ella seguía mirando a su alrededor, aunque habían escogido un sitio relativamente despejado, y los matorrales que tenía delante no albergaron a ningún ser, salvo en una ocasión, cuando había visto a un enorme conejo marrón moviéndose torpemente por allí, con las orejas arrastrando por el suelo.

Al final escuchó el agudo ladrido de Acho desde la arboleda que quedaba a su izquierda. Un segundo después, Roland empezó a gritar.

—Oíd, oíd, arriba, arriba, os digo, no seáis perezosa. Ni un poquit…

Entonces lo escuchó toser. No le gustaba esa tos. No le gustaba para nada.

En ese momento vio movimiento en los árboles, y por una vez, desde que Roland la había obligado a admitir que había otra persona oculta en su interior, llamó a Detta Walker.

«Te necesito. Si quieres volver a sentir calor, arréglame las manos para que pueda tener buena puntería».

El incesante temblor de su cuerpo se detuvo. Mientras la manada de ciervos salía a toda prisa de entre los árboles —no era para nada una manada reducida, tenían que ser unos ochenta, guiados por un macho con una magnífica cornamenta—, sus manos dejaron de temblar. Con la derecha sujetaba el revólver por el mango de madera de sándalo de Roland.

Entonces llegó Acho, que salió disparado del bosque detrás del último rezagado. Se trataba de una hembra mutante, que corría (con estremecedora gracilidad) con cuatro patas de distinto tamaño y una quinta que le quedaba colgando, desosada, en el centro de la panza, como una tetilla. Al final salió Roland, en realidad no iba corriendo, ya no, sino avanzando a trompicones con una desalentadora carrera. Susannah no le prestó atención, seguía al ciervo con la pistola hasta que el tipo se situó en su línea de fuego.

—Por aquí —susurró Susannah—. Échate a la derecha, cielito, vamos a ver cómo lo haces. Ven, ven, commala.

Y aunque no había razón para que el ciervo lo hiciera, el macho que dirigía esa manada a la fuga orientó sus pasos ligeramente hacia donde estaba Susannah. En ese momento ella sintió una especie de frialdad que agradecía. Se le agudizó la visión hasta que pudo ver los músculos que se tensaban bajo el pellejo del ciervo, el blanco de luna creciente cuando entornó los ojos, la antigua herida de la pata delantera que quedaba más próxima a ella, donde el pelaje no había vuelto a crecer. Tuvo un instante para desear que Eddie y Jake estuvieran tumbados allí, a su lado, sintiendo lo que ella estaba sintiendo, viendo lo que ella estaba viendo, y luego la sensación desapareció.

«No mataré con mi pistola; la que mata con su pistola ha olvidado el rostro de su padre».

—Mataré con el corazón —murmuró, y empezó a disparar.

La primera bala alcanzó al ciervo jefe de la manada y el animal cayó desplomado sobre su flanco izquierdo. Los otros pasaron corriendo junto a él. Una hembra de gamo saltó por encima de su cuerpo y la segunda bala de Susannah la derribó en la cúspide del salto, así que cayó muerta hacia el otro lado, con una pata extendida y rota; toda la gracilidad desapareció.

Susannah escuchó el fuego de Roland tres veces, pero no miró para saber qué había conseguido; tenía que preocuparse de sus asuntos, y se ocupó de maravilla. Cada una de las cuatro balas del tambor derribaron un ciervo, y solo uno de ellos

siguió moviéndose tras caer abatido. No pensó que hubiera sido una actuación fabulosa —sobre todo teniendo en cuenta que lo había hecho con una sola pistola—, al fin y al cabo era un pistolera y disparar era lo suyo.

Además, esa mañana no hacía viento.

La mitad de la manada yacía muerta en el verde valle de más abajo. Los ciervos que quedaban, menos uno, viraron a la izquierda y bajaron a todo correr por la ladera, en dirección al arroyo. Pasados unos minutos se habían perdido en una arboleda de sauces. El último, un añojo, corrió directamente hacia ella. Susannah no se molestó en intentar recargar con el pequeño montón de balas que tenía junto a ella en un recuadro de gamuza, sino que agarró uno de los Orizas; con la mano encontró mecánicamente el lado romo por donde se agarraba.

—¡’Riza! —gritó, y lo lanzó. Pasó volando sobre la hierba seca, se elevó con gracilidad al tiempo que emitía ese extraño gemido. Golpeó al añojo corredor en pleno cuello. Gotas de sangre salieron disparadas como una guirnalda en torno a su cabeza: negro sobre el blanco del cielo. Un cuchillo de carnicero no habría hecho un trabajo más limpio. Por un instante, el añojo siguió corriendo, haciendo caso omiso del peligro, y sin cabeza, la sangre salía a chorros del muñón del cogote y el latido intenso de su corazón daba sus últimos doce golpes. Entonces cayó sobre las patas delanteras separadas, a menos de nueve metros del escondite de Susannah, y tiñó el amarillo de la hierba reseca de un rojo intenso.

La eterna tristeza de la noche anterior quedó en el olvido. El cosquilleo le había desaparecido de las manos y los pies. No sentía el luto, ni la pérdida, ni el miedo. Por el momento, Susannah era exactamente la mujer en que la había convertido el ka. La mezcla del olor a pólvora y la sangre del añojo derribado era acre; también era el perfume más delicado del mundo.

Se levantó erguida sobre los muñones y separó los brazos, con la pistola de Roland agarrada con la mano derecha, para dibujar una Y en el aire. Luego gritó. No hubo palabras en ese grito, ni eran necesarias. Nuestros grandes momentos de triunfo son siempre inarticulados.

CUATRO

Roland había insistido en que tomaran un opíparo desayuno, y la protesta de Susannah de que el estofado de ternera y maíz sabía demasiado a mejunje grumoso no provocó ninguna impresión en él. Pero a las dos de esa tarde, según

el *elegantoso* reloj de bolsillo de Roland —justo en el momento en que la persistente lluvia fría se convirtió en una llovizna gélida, en otras palabras—, se sentía contenta. Jamás había vivido un día de trabajo físico tan intenso, y la jornada no había terminado. Roland estuvo con ella todo el tiempo, estuvo a su altura pese a la tos, que estaba empeorando. Susannah había tenido tiempo (durante la breve aunque tremendamente deliciosa comida de filetes de ciervo dorados a fuego muy vivo) para pensar en lo peculiar que era Roland, en lo notable que era. Después de todo ese tiempo y de todas esas aventuras, todavía le quedaban cosas por ver en él; le faltaba mucho. Lo había visto reír y llorar, matar y bailar, lo había visto dormir y agachado tras unos arbustos con los pantalones bajados y el culo en pompa haciendo lo que él llamaba la Postura de la Soltura. Jamás había dormido con él como una mujer hace con un hombre, aunque pensó que lo había visto en todo tipo de situaciones, y… no. Aun así no lo conocía hasta el fondo.

—Esa tos suena cada vez más a pulmonía —comentó Susannah, poco después de que empezase a llover. Se encontraban entonces en la parte de los quehaceres diarios que Roland llamaba aven-carr: transportar las presas y prepararse para convertirlas en otra cosa.

—No te preocupes por eso —dijo Roland—. Tengo lo necesario aquí para curarla.

—¿En serio? —le preguntó con reservas.

—Sí, señora. Y esto, que nunca me dejo. —Se metió la mano en un bolsillo y sacó un puñado de aspirinas. Ella pensó que la expresión de su rostro era de sincera reverencia, y ¿por qué no? Tal vez Roland le debiera la vida a eso que llamaba astina. Astina y lodejaelcamarero.

Cargaron las presas de caza en la parte trasera del Taxi de Lujo de Ho Fat y lo arrastraron hasta el arroyo. Tuvieron que hacer tres viajes. Después de apilar los cadáveres, Roland colocó con cautela el macho de ciervo con la cornamenta sobre la pila, desde donde los miraba con sus ojos vidriosos.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó Susannah, con un toque de Detta en su voz.

—Vamos a necesitar todos los cerebros que podamos conseguir —anunció Roland y soltó una tos seca de nuevo con el puño en la boca—. Es una forma asquerosa de hacer el trabajo, pero es rápida, y funciona.

CINCO

Cuando tuvieron a las presas apiladas junto al arroyo congelado («Al menos no tendremos que preocuparnos de las moscas», comentó Roland), el pistolero empezó a recoger ramas secas. Susannah deseaba encender un fuego, aunque la tremenda urgencia de la noche anterior había desaparecido. Había estado trabajando duro y, por el momento, al menos, tenía calor suficiente. Intentó recordar la profundidad de su desesperación, el frío que la había calado hasta los huesos, convirtiéndolos en cristal, y no pudo hacerlo. Porque el cuerpo había ido olvidando las peores cosas, supuso, y sin la colaboración física, el cerebro tenía recuerdos como fotos instantáneas desvaídas.

Antes de empezar con su labor de recogida de ramas secas, Roland miró con detenimiento la orilla del arroyo congelado y extrajo del suelo una piedra. Se la pasó a Susannah y ella pasó un pulgar sobre su superficie lechosa y lamida por el agua.

—¿Cuarzo? —preguntó, aunque no lo creía. No estaba convencida del todo.

—No sé qué significa esa palabra, Susannah. Nosotros lo llamamos pedernal. Con esto se hacen herramientas que son primitivas, pero muy útiles: cabezas de hacha, cuchillos, trinchetas, raspadores. Lo que nos interesa son los raspadores. Y al menos un martillo de mano.

—Sé lo que vamos a raspar, pero ¿qué vamos a hacer con el martillo?

—Ya te lo enseñaré, pero primero ¿me acompañarías un momento? —Roland se arrodilló y la agarró de la fría mano con una de las suyas. Juntos encararon la cabeza del ciervo muerto.

—Te damos las gracias por lo que estamos a punto de recibir —dijo Roland a la cabeza, y Susannah se estremeció. Era igual que lo que había dicho su padre para bendecir la mesa en una ocasión en que toda la familia estaba reunida.

«Nuestra familia se ha roto», pensó Susannah, pero no lo dijo; lo hecho, hecho estaba. La respuesta que dio fue una respuesta que había aprendido de niña:

—Te damos las gracias, Señor.

—Guía nuestras manos y nuestros corazones al obtener vida de los muertos —dijo Roland. Luego la miró con las cejas arqueadas, preguntando sin decir ni una palabra si tenía algo más que decir.

Susannah descubrió que sí tenía algo que añadir.

—Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación, aléjanos del mal. Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor.

—Es una oración preciosa —dijo Roland.

—Sí —admitió ella—. No la he dicho bien, es que ha pasado mucho tiempo, pero aun así es una oración. Ahora vamos a hacer lo nuestro, mientras todavía me siento las manos.

Roland le respondió con un amén.

SEIS

Roland tomó la cabeza del maltrecho ciervo añojo (los cuernos facilitaron el levantamiento), se lo puso delante, y golpeó el cráneo con una piedra del tamaño de un puño. Se escuchó un crujido sordo que a Susannah le revolvió el estómago. Roland cogió los cuernos y tiró primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Cuando Susannah observó cómo el cráneo roto se movía bajo el pellejo, su estómago hizo algo más que revolverse; dio un salto mortal.

Roland dio dos golpes más, blandiendo el fragmento de pedernal con la precisión de un cirujano. Luego utilizó el cuchillo para cortar un círculo en el cuero de la cabeza, que extrajo como una gorra. Dejó al descubierto lo que había debajo del cráneo roto. Metió la hoja de su cuchillo en la grieta más ancha y lo utilizó como palanca. Cuando dejó al aire el cerebro del ciervo, lo sacó, y lo apartó con cuidado, y miró a Susannah.

—Necesitamos los cerebros de todos los ciervos a los que hemos matado, y para eso necesitamos el martillo.

—¡Oh! —dijo ella, atragantada—. Cerebros.

—Para preparar una especie de tinte. Pero al pedernal se le pueden dar otras utilidades. Mira. —Le mostró golpear dos fragmentos hasta que uno se hacía pedazos y dejaba piezas casi iguales en lugar de trozos irregulares. Susannah sabía que las piedras metamórficas se rompían así, aunque los esquistos y piedras por el estilo no solían servir para fabricar buenas herramientas. El material que tenía Roland era resistente.

—Cuando encuentres fragmentos que se hayan quedado gruesos para cogerlos por un extremo pero delgados por el otro —dijo Roland—, apártalos. Esos nos servirán de raspadores. Si tuviéramos más tiempo podríamos hacer mangos, pero no tenemos. Tendremos las manos llenas de llagas a la hora de dormir.

—¿Cuánto tiempo crees que nos costará conseguir los raspadores?

—No mucho —dijo Roland—. El pedernal se rompe con facilidad, o eso había oído.

Mientras tanto Roland recogía ramas secas para encender una hoguera en un bosquecillo que era una mezcla de sauces y alisos a la orilla del arroyo congelado, Susannah recorrió mirando detenidamente la orilla, en busca de pedernales. Cuando hubo encontrado una docena de fragmentos grandes, también localizó un afloramiento de granito que emergía del suelo y dibujaba una curva suave, alisada por el efecto del clima. Pensó que sería un yunque maravilloso.

Efectivamente, el pedernal se rompió con facilidad, y obtuvo treinta posibles raspadores en el momento en que Roland volvía con la tercera gran carga de leña. El pistolero formó una pequeña pila de astillas para encender el fuego a las que Susannah hizo de pantalla con las manos. A esas alturas caía aguanieve, y aunque estaban trabajando bajo un frondoso follaje, Susannah pensó que no tardarían mucho en quedar empapados.

Cuando el fuego estuvo encendido, Roland se alejó unos pasos, volvió a arrodillarse, y juntó las manos.

—¿Rezando otra vez? —preguntó Susannah, asombrada.

—Lo que aprendemos de niños suele marcarnos —dijo. Cerró los ojos durante unos minutos, luego se llevó las manos entrelazadas a los labios y se las besó. La única palabra que le escuchó decir fue «Gan». Entonces abrió los ojos y levantó las manos, las separó y realizó un hermoso gesto que a ella le pareció como unos pájaros al vuelo. Cuando volvió a hablar, tenía un tono seco y de aserción: don «Yo Me Encargo de Todo»—. Así está muy bien —dijo—. Manos a la obra.

SIETE

Hicieron cordeles con la hierba, igual que había hecho Mordred, y colgaron al primer ciervo —el que ya estaba degollado— por las patas traseras en la rama baja de un sauce. Roland utilizó su cuchillo para rajarlo por el vientre, luego metió la mano hasta tocar las vísceras, removió el interior y sacó dos órganos sangrantes que Susannah pensó que eran los riñones.

—Esto para la fiebre y la tos —comentó Roland, y mordió las vísceras como si se tratase de una manzana. Susannah hizo un ruido de arcada y se dio la vuelta para mirar al arroyo mientras terminaba. Cuando hubo terminado, ella se volvió de nuevo y vio cómo dibujaba unos círculos en torno a las patas colgantes, cerca de donde se habían reunido junto al cuerpo.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó a Roland con incomodidad.

—Lo estaré —dijo Roland—. Ahora ayúdame a despellejar a este tipo. Necesitaremos al primero todavía con el pelo… lo necesitaremos para preparar un cuenco de nuestro mejunje. Ahora mira.

Puso los dedos en el lugar donde el pellejo del ciervo todavía estaba pegado al cuerpo por una fina capa de grasa y músculo, y tiró de ella. El cuero se desgarró con facilidad hasta la parte central del vientre del ciervo.

—Ahora haz tu parte, Susannah.

Meter los dedos debajo fue la única parte difícil. Esta vez tiraron juntos y cuando el pellejo había llegado hasta las patas colgantes delanteras del animal, se parecía ligeramente a una camisa. Roland utilizó el cuchillo para desprenderlo, luego empezó a excavar la tierra algo lejos del rugiente fuego, aunque todavía bajo el refugio de los árboles. Susannah lo ayudó, deleitándose con el sudor que corría por su cara y su cuerpo. Cuando consiguieron un agujero en forma de vasija de casi un metro de ancho por cincuenta centímetros de profundidad, Roland lo cubrió con el cuero.

Toda esa tarde la ocuparon en despellejar a los otros ciervos que habían matado. Era importante hacerlo con toda la rapidez posible, porque cuando la capa de grasa y músculo que estaba debajo del pellejo se secara, el trabajo se haría más difícil y lento. El pistolero mantuvo el fuego avivado, cada cierto tiempo dejaba a Susannah rastrillar las cenizas sobre el suelo. Cuando esas cenizas estuvieron lo bastante frías como para no agujerear el pellejo que cubría el agujero, Roland las echó al agujero que habían excavado. A las cinco, a Susannah le dolían muchísimo la espalda y los brazos, pero siguió trabajando. Roland tenía el rostro, el cuello y las manos cómicamente manchadas con hollín.

—Pareces un cómico de feria —comentó Susannah en un momento—.

Negrito Zumbón.

—¿Quién es ese?

—El bufón de los blancos —respondió ella—. ¿Supones que Mordred está ahí, mirándonos mientras trabajamos? —Había estado todo el día con un ojo vigilante dirigido hacia él.

—No —respondió Roland, deteniéndose para descansar. Se apartó el pelo de la frente y se añadió una nueva mancha. A Susannah le recordó a los penitentes del Miércoles de Ceniza—. Creo que ha salido a cazar.

—Mordred tiene jambre —dijo Susannah. Y luego añadió—: Puedes tocarlo un poco, ¿verdad? Al menos para saber si está aquí o si se ha ido.

Roland lo pensó y luego se limitó a decir:

—Soy su padre.

OCHO

Cuando oscureció, tenían una enorme pila de pellejos de ciervo y una pila de esqueletos despellejados y decapitados, que seguramente habrían estado llenas de moscas negras si el tiempo hubiera sido más cálido. Disfrutaron de otra opípara comida de fabulosa carne de venado, en extremo deliciosa, y Susannah guardó un filete para Mordred, que estaba en alguna parte, en la oscuridad, seguramente comiendo una cena cruda. Puede que tuviera cerillas, pero no era idiota; si ellos divisaban otro fuego en la oscuridad, habrían corrido hacia él. Y hacia Mordred. Entonces, ¡pam, pam, pam!, adiós Niño-araña. Susannah sintió una increíble compasión por él y se obligó a sentirla con cautela. Seguramente él no habría sentido ninguna compasión ni por ella ni por Roland, de haberse girado las tornas.

Cuando terminaron de comer, Roland se limpió los grasientos dedos en la camisa y dijo:

—Qué buen sabor tenía.

—Y tú que lo digas.

—Ahora vamos a sacar los cerebros. Luego nos pondremos a dormir.

—¿Primero uno y luego otro? —preguntó Susannah.

—Sí… por lo que yo sé, los cerebros vienen en envases individuales.

Durante un segundo a ella le sorprendió demasiado el escuchar la expresión de Eddie

(«en envases individuales»)

en boca de Roland para darse cuenta de que había hecho una broma. Tonta, sí, pero era una auténtica broma. Entonces consiguió regalarle una sonrisa.

—Muy gracioso, Roland. Ya sabes a qué me refería.

Roland asintió con la cabeza.

—Dormiremos por turnos y haremos guardias, sí. Creo que eso será lo mejor.

El tiempo y la reiteración habían hecho el trabajo; en ese momento, ella había visto demasiadas tripas caídas para sentir asco por un par de cerebros. Partieron cabezas, utilizaron el cuchillo de Roland (que ahora tenía el filo romo) para levantar las tapas de los sesos, y extraer los cerebros de sus presas. Con gran cuidado los dejaron a un lado, como un puñado de gigantescos huevos grises. Cuando el último ciervo estuvo descerebrado, a Susannah le dolían tanto los dedos y los tenía tan hinchados que apenas podía doblarlos.

—Túmbate —dijo Roland—. Duerme. Yo haré la primera guardia.

Susannah no replicó. Teniendo en cuenta que tenía el estómago lleno y el calor del fuego, sabía que se dormiría rápido. También sabía que cuando se despertase al día siguiente iba a estar tan entumecida que incluso el hecho de sentarse sería difícil y doloroso. Sin embargo, en ese momento no le importaba. La invadió una sensación de tremenda satisfacción. En parte era por haber comido algo caliente, pero en absoluto era esa la única razón. La parte más importante de su bienestar era fruto de ese largo día de trabajo, nada más y nada menos. La sensación de no estar dejándose llevar, sino de estar actuando por sí mismos.

«Jesús —pensó—, creo que me estoy convirtiendo en una carrozona republicana».

Entonces se le ocurrió otra cosa: qué silencioso estaba todo. No se oían más ruidos que el aullido del viento, la susurrante aguanieve (que ahora empezaba a amainar), y el crepitar de la bendita hoguera.

—¿Roland?

El pistolero la miró desde el lugar que ocupaba junto a la hoguera, con las cejas arqueadas.

—Has dejado de toser.

Él sonrió y asintió con la cabeza. Susannah se llevó esa sonrisa al sueño más profundo, pero fue Eddie con quien soñó.

NUEVE

Se quedaron tres días en el campamento junto al arroyo y, durante ese tiempo, Susannah aprendió más sobre la confección con pellejos de lo que jamás habría imaginado (y mucho más de lo que en realidad le interesaba).

Alejándose un kilómetro y medio, aproximadamente, hacia cada lado, siguiendo el curso del arroyo, encontraron un par de troncos, uno para cada uno. Mientras buscaban, utilizaron su vasija de fabricación casera para dejar en remojo los pellejos en una mezcla de cenizas y agua. Colocaron los troncos levantados y apoyados contra dos sauces (cerca uno de otro para poder trabajar juntos) y usaron los raspadores de pedernal para quitar el pelo de los pellejos. Eso les llevó un día. Cuando esto estuvo hecho, vaciaron la «vasija», le dieron la vuelta a la funda de cuero y volvieron a llenarla, esta vez con una mezcla de agua y cerebros aplastados. Ese «curtido de pieles en frío» era algo nuevo para ella. Dejaron los pellejos remojándose en ese mejunje toda la noche y, mientras Susannah empezaba a hilar las cuerdas de cartílagos y tendones, Roland estaba volviendo a afilar su cuchillo, luego lo utilizó para tallar media docena de agujas de hueso. Cuando hubo terminado, tenía todos los dedos sangrando por docenas de cortes. Se los embadurnó de ceniza y durmió así, sus manos tenían el aspecto de estar cubiertas con toscos guantes negros. Cuando se las lavó en un arroyuelo al día siguiente, Susannah se asombró al ver que los cortes estaban casi curados. Ella intentó ponerse un poco de esa mezcla de ceniza en la herida que tenía junto a la boca, pero le ardía mucho y se la lavó a toda prisa.

—Quiero que me arranques esto —dijo.

Roland sacudió la cabeza.

—Le daremos algo más de tiempo para curarse solo.

—¿Por qué?

—Cortar una herida no es buena idea, a menos que uno esté completamente seguro de que tiene que hacerlo. Sobre todo estando aquí fuera, lo que Jake habría llamado «a la intempedie».

Ella accedió (sin molestarse en corregir a Roland), aunque le vinieron a la cabeza desagradables imágenes del grano empezando a propagarse, borrándole el rostro centímetro a centímetro, convirtiéndole la cabeza en un tumor enracimado, negro y sangrante. En la oscuridad, esas visiones tenían un terrible poder de convicción, pero, por suerte, estaba demasiado cansada para que la desvelaran durante mucho tiempo.

En su segundo día de lo que Susannah estaba empezando a considerar el Campamento Pellejo, Roland construyó un enorme y desvencijado marco sobre una nueva hoguera, que ardía con gravedad y lentitud. Ahumaron los pellejos de dos en dos y los dejaron a un lado. El olor del producto acabado resultaba sorprendentemente agradable. «Huele a cuero», pensó Susannah mientras se acercaba uno a la cara y luego tuvo que reír. Eso es lo que era, al fin y al cabo.

El tercer día lo dedicaron a la «confección», y en este aspecto Susannah por fin superó al pistolero. Roland daba unas puntadas enormes y apenas útiles. Susannah pensó que los chalecos y pantalones que había confeccionado el pistolero aguantarían sin deshacerse un mes, dos como máximo, y luego empezarían a desmontarse. Ella era mucho más hábil. Había aprendido a coser de su madre y de sus dos abuelas. Al principio, Susannah pensó que las agujas de hueso de Roland eran de una inutilidad pasmosa, e hizo una pausa suficiente para cubrir tanto el pulgar como el índice de la mano derecha con unos sombreritos de piel de ciervo que se ató. Después de eso fue más rápido y, a media tarde de ese día de confección, iba cogiendo las prendas del montón de Roland y repasando las puntadas del pistolero con las suyas, que eran mejores y más cercanas una de otra. A ella se le ocurrió que él podía poner alguna objeción a esto —los hombres y su amor propio—, pero no fue así, lo que seguramente era inteligente. Era bastante posible que hubiera sido Detta la que respondiera a cualquier queja o inquietud.

En el momento en que llegó la noche de su tercer día en el Campamento Pellejo, ambos tenían un chaleco, un par de pantalones y un abrigo. También tenían un par de manoplas cada uno. Eran grandes y cómicas, pero les mantenían las manos calientes. Y, hablando de manos, Susannah volvía a ser casi incapaz de doblar las suyas. Miró con recelo los pellejos que quedaban y le preguntó a Roland si tenían que pasar otro día de confección en aquel lugar.

Roland lo pensó y entonces sacudió la cabeza.

—Cargaremos lo que ha quedado en el Tac-si de Ho Fat, junto con parte de la carne y pedazos de hielo del arroyo para que se mantenga fresca y en buena calidad.

—El Taxi no servirá de nada cuando llegue la nieve, ¿verdad?

—No —admitió Roland—, pero entonces el resto de los pellejos estará convertido en prendas de vestir y nos habremos comido la carne.

—No te puedes quedar aquí durante más tiempo, ¿verdad? ¿A eso se reduce todo? Oyes cómo te llama. La Torre.

Roland miró a la hoguera que crepitaba y no dijo nada. Ni había necesidad de que lo hiciera.

—¿Cómo vamos a transportar nuestras artillas cuando lleguemos a las tierras blancas?

—Construiremos un catafalco. Y allí habrá mucha caza.

Susannah asintió con la cabeza y empezó a recostarse. Él la cogió por los hombros y le dio la vuelta hacia el fuego. Acercó la cara a la de ella, y durante un instante Susannah pensó que le iba a dar un beso de buenas noches. Roland miró durante largo rato la herida encostrada que ella tenía junto a la boca.

—¿Y bien? —preguntó Susannah por fin. Podría haber dicho algo más, pero él habría notado el temblor de su voz.

—Creo que está un poco más pequeña. En cuanto salgamos de las Tierras Yermas, quizá se cure sola.

—¿Lo dices de verdad?

El pistolero sacudió la cabeza enseguida.

—He dicho «quizá». Ahora acuéstate, Susannah. Tienes que descansar.

—Está bien, pero esta vez no me dejes dormir hasta tarde. Quiero hacer mi turno de vigilancia.

—Sí. Ahora túmbate.

Susannah le obedeció, y se quedó dormida incluso antes de que se le cerraran los ojos.

DIEZ

Ella está en Central Park y hace suficiente frío para que su respiración sea visible. El cielo es blanco de lado a lado, es un cielo de nieve, pero ella no tiene frío. No, no con su abrigo de piel de ciervo, sus pantalones, su chaleco y sus divertidas manoplas. También lleva algo en la cabeza, le llega hasta las orejas y las mantiene tan calentitas como al resto del cuerpo. Se quita la gorra, con curiosidad, y ve que no es de piel de ciervo como el resto de la ropa nueva, sino una gorra de lana roja y verde. Tiene esto escrito delante: FELIZ NAVIDAD.

La mira, sorprendida. ¿Se puede tener un déjà vu *en un sueño? Por lo visto sí. Mira a su alrededor y allí están Eddie y Jake, sonriéndole de oreja a oreja. Llevan la cabeza descubierta y ella se da cuenta de que tiene en las manos una combinación de las gorras que ellos llevan en algún otro sueño. Siente un gran y*

doliente estallido de júbilo, como si hubiera resuelto un problema irresoluble: la cuadratura del círculo, como quien dice, o haber encontrado el último número primo (chúpate esa, Blaine, que se te pudra el cerebro, tren chú-chú chiflado).

Eddie lleva una sudadera en la que pone ¡YO BEBO NOZZ-A-LA!

Jake lleva otra que dice ¡YO CONDUZCO UN TAKURO SPIRIT!

Los dos llevan vasos de chocolate caliente, con la perfecta espuma mit schlag *encima y pequeñas motas de nuez moscada que manchan la leche.*

—¿Qué mundo es este? —les pregunta, y se da cuenta de que en algún lugar cercano están cantando el villancico «What Child Is This».

—Tienes que dejar que siga solo su camino —dice Eddie.

—Eso, y debes tener cuidado con Dandelo —dice Jake.

—No lo entiendo —dice Susannah, y les pasa su gorra de lana—. ¿Esto es vuestro? ¿No la compartíais?

—Podría ser tuya, si la quisieras —dice Eddie, y le pasa su vaso—. Toma, te he traído chocolate caliente.

—Se acabaron los gemelos —dice Jake—. Solo hay una gorra, ¿no lo veis?

Antes de que pueda responder, se oye una voz que sale del aire y el sueño empieza a desenmarañarse.

—DIECINUEVE *—dice la voz—.* Esto es DIECINUEVE, esto es CHASSIT.

Con cada palabra, el mundo se vuelve más irreal. Ella puede ver a través de Eddie y de Jake. El rico aroma del chocolate caliente está desapareciendo, está siendo sustituido por el olor a ceniza

(del miércoles)

y a piel. Ve que los labios de Eddie se mueven y piensa que está pronunciando su nombre, y entonces:

ONCE

—Hora de levantarse, Susannah —dijo Roland—. Es tu turno.

Ella se incorporó y miró a su alrededor. La hoguera del campamento ardía con poca fuerza.

—Lo he oído merodeando por aquí fuera —dijo Roland—, pero ha sido hace un rato. Susannah, ¿te encuentras bien? ¿Estabas soñando?

—Sí —respondió ella—. Solo había una gorra en este sueño, y la llevaba yo.

—No te entiendo.

Ni tampoco ella se entendía a sí misma. El sueño ya se estaba desvaneciendo, como suele ocurrir con todos los sueños. Lo único que recordaba con certeza era que el nombre que había visto pronunciado en los labios de Eddie antes de que desapareciera para siempre era Patrick Danville.



CAPÍTULO V
JOE COLLINS DE ODD'S LANE

UNO

Tres semanas después del sueño, tres figuras (dos altas y la otra pequeña) emergieron de un camino que salía de un bosque de las tierras altas y empezaron a cruzar lentamente un gran campo abierto hacia otro bosque que había abajo. Una de las figuras altas tiraba de la otra en un artilugio que era más parecido a un trineo que a una rastra.

Acho iba corriendo hacia delante y hacia atrás entre Roland y Susannah, como si se mantuviera constantemente vigilante. Tenía el pelaje fuerte, lacio y brillante por el tiempo frío y una dieta constante de carne de ciervo. La tierra que los tres recorrían en ese momento podría haber sido un prado en estaciones más cálidas, pero en ese momento el terreno estaba cubierto con un metro y medio de nieve. Tirar se hacía más fácil, porque su camino por fin era cuesta abajo. En realidad, Roland deseaba con todas sus fuerzas que lo peor hubiera acabado. Y cruzar las Tierras Blancas no había estado tan mal, al menos, de momento. Había mucha caza, había un montón de madera para sus hogueras nocturnas y en cuatro ocasiones, en las que el tiempo se había puesto desagradable y se había levantado una ventisca, simplemente se habían resguardado y habían esperado a que las tormentas se dirigiesen hacia las cordilleras boscosas que se extendían hacia el sudeste. Al final, así sucedió, aunque la más virulenta de esas ventiscas duró dos días enteros, y cuando retomaron una vez más el Camino del Haz, encontraron un nuevo metro de nieve recién caída en el suelo. En los espacios abiertos, donde el chillón viento del noroeste había podido rugir con fuerza,

había corrientes como olas marinas. Algunas de estas ventiscas habían enterrado algunos pinos altos casi hasta la copa.

Después de su primer día en las Tierras Blancas, con Roland luchando por tirar de ella (y entonces la nieve había tenido menos de treinta centímetros de grosor), Susannah se dio cuenta de que podían pasar meses cruzando esas montañas elevadas y boscosas a menos que Roland tuviera un par de raquetas de nieve, así que esa primera noche se puso a fabricarle unas. Fue un proceso de prueba y error («de probar y rezar», dijo Susannah), pero el pistolero declaró su tercer intento un éxito. Los marcos estaban hechos con ramas de flexible abedul; la parte de en medio, de tiras de pellejo de ciervo entretejidas y superpuestas. A Roland le parecían dos lágrimas.

—¿Cómo has sabido fabricarlas? —le preguntó el segundo día que las llevaba. El aumento de la distancia cubierta era toda una sorpresa, sobre todo en cuanto hubo aprendido a caminar con una especie de zancada, como de barco que mantenía la nieve acumulada en las superficies laterales.

—En la televisión —dijo Susannah—. Había un programa que veía cuando era niña: *Sergeant Preston of the Yukon*. El sargento Preston no tenía un bilibrambo que le hiciera compañía, pero sí tenía un perro fiel, King. En todo caso, cerré los ojos e intenté recordar cómo eran las raquetas de nieve de ese individuo. —Señaló las que llevaba puestas Roland—. Eso es lo mejor que he conseguido.

—Lo has hecho bien —comentó Roland, y la sinceridad que ella apreció en su sencillo cumplido la hizo estremecerse. Esa no era la forma en que ella quería que Roland la hiciese sentir necesariamente (o ningún otro hombre, para el caso), pero al parecer lo aguantaba. Se preguntó si sería por naturaleza o por educación, y no estaba segura de querer saberlo.

—Irán bien mientras no se desmonten —concedió ella. Eso era precisamente lo que había ocurrido con el primer par que había fabricado.

—No tengo la sensación de que las tiras se estén soltando —dijo Roland—. Puede que estén dando un poco de sí, pero nada más.

En ese momento, mientras cruzaban el vasto espacio abierto, el tercer par de raquetas de nieve todavía aguantaba, y como ella se sentía como si hubiera hecho una especie de contribución, se sintió capaz de dejar que Roland tirase de ella sin sentirse muy culpable. Sí que se preguntaba por el paradero de Mordred de vez en cuando, y una noche, unos diez días después de haber cruzado la frontera nevada, se decidió a hablar y pedirle a Roland que le contase todo lo que

sabía. Lo que la animó fue la afirmación del pistolero de que no habría necesidad de poner en hora el reloj; podrían dormir diez horas, si eso es lo que necesitaba su cuerpo. Acho los despertaría si lo necesitaban.

Roland había suspirado y mirado hacia la hoguera durante casi un minuto, se abrazaba por las rodillas y tenía las manos entrelazadas pegadas a las piernas. Susannah acababa de decidir que no iba a hacerle la pregunta cuando Roland dijo:

—Aún nos sigue, pero cada vez se queda más y más atrás. Lucha para comer, para mantener el ritmo, lucha sobre todo para conservar el calor.

—¿Conservar el calor? —A Susannah le resultaba difícil de creer. Había árboles por todas partes.

—No tiene cerillas ni Sterno. Creo que una noche, a primera hora, llegó hasta una de nuestras hogueras con brasas candentes bajo las cenizas, y pudo llevarse unas cuantas para tener fuego por las noches. Así es como los antiguos habitantes de las montañas llevaban el fuego en sus viajes, o eso me contaron.

Susannah asintió en silencio. Le habían enseñado más o menos lo mismo en la clase de ciencias del colegio, aunque la profesora había admitido que gran parte de lo que habían aprendido sobre el hombre de la Edad de Piedra no era un conocimiento real en absoluto, sino suposiciones bien argumentadas. Se preguntó en qué medida lo que Roland le había dicho era una suposición, así que se lo preguntó a él.

—No es una suposición, pero no lo puedo explicar. Si es el toque, Susannah, no es como el que tenía Jake. No consiste en ver y oír, ni siquiera en soñar. Aunque… ¿crees que a veces tenemos sueños que no recordamos al despertar?

—Sí. —Pensó en contarlo, lo del movimiento rápido de los ojos y los experimentos sobre el sueño REM sobre los que había leído en la revista *Look*, pero entonces decidió que sería demasiado complejo. Se conformó con decirle que estaba segura de que la gente tenía sueños que no recordaba todas las noches.

—Puede que lo vea y lo escuche en esos sueños —dijo Roland—. Lo único que sé es que lucha por conseguir aguantar. Sabe tan poco sobre el mundo que en realidad es un milagro que siga vivo.

—¿Sientes pena por él?

—No. No puedo permitirme sentir pena, ni tú tampoco.

Sin embargo, Roland había dejado de mirarla al decir eso, y Susannah pensó que estaba mintiendo. Puede que no quisiera sentir pena por Mordred, pero ella

estaba segura de que la sentía. Quizá deseaba conservar la esperanza de que Mordred moriría siguiéndolos, seguro que había muchas posibilidades de que eso ocurriera, y la hipotermia sería la causa más probable, pero Susannah no creía que fuera capaz de desearlo. Tal vez se habían adelantado al ka, pero ella sabía que la sangre siempre tira.

Había algo más, no obstante, más poderoso incluso que el vínculo de sangre. Ella lo sabía, porque lo sentía latiendo en su cabeza, tanto dormida como despierta. Era la Torre Oscura. Susannah creía que ya estaban cerca. No tenía ni idea de qué iban a hacer con el guardián loco que había en ella, si llegaban y cuando llegasen, pero se dio cuenta de que ya no le importaba. Por el momento, lo único que ella quería era verla. La idea de entrar en la Torre era incluso más de lo que podía concebir su imaginación, pero ¿verla? Sí, eso sí lo podía imaginar. Y pensaba que con verla le bastaría.

DOS

Descendieron con lentitud el camino de la cuesta. Acho avanzaba a toda prisa a la zaga de Roland, luego se retrasaba para vigilar a Susannah, y volvía hacia Roland dando saltos. Enormes y azules agujeros se abrían sobre sus cabezas. Roland sabía que se trataba del Haz en acción, empujando sin cesar el cúmulo de nubes hacia el sudeste. De no ser así, el cielo estaría blanco de lado a lado, y tendría un aspecto «colmado» que ambos reconocerían. El viento se estaba levantando, y la humedad era suficiente para adormecer toda la piel que quedaba al aire (después de tres semanas de diligente trabajo de costura, la cantidad de piel al descubierto no era más que la de la frente y la punta de la nariz). Las ráfagas levantaban transparentes fulares de blanco. Estos ascendían junto a ellos y luego descendían por la ladera como maravillosas y fantásticas bailarinas que iban cambiando de forma.

—Qué bonito, ¿no? —dijo Susannah desde detrás, casi con añoranza.

Roland de Gilead, que no valoraba la belleza (salvo una vez, en las afueras de Mejis), soltó un gruñido. Sabía lo que sí le parecería bonito: un refugio como Dios manda cuando los pillase la tormenta, algo más que una densa arboleda. Así que prácticamente puso en duda lo que vio cuando la última ventisca sopló y la nieve amainó. Soltó el asa del remolque, se liberó de ella, se dirigió a la parte trasera, donde estaba Susannah (su artilla, que ahora volvía a ser cuantiosa, iba

atada al trineo que ella llevaba detrás), e hincó una rodilla en el suelo junto a ella. Vestido de pellejos, parecía más un hombre de las nieves sarnoso que un ser humano.

—¿Qué te parece eso? —le preguntó.

El viento volvió a levantarse, con más fuerza que nunca; al principio ocultó lo que él había visto. Cuando se mitigó, se abrió un agujero sobre ellos y el sol brilló momentáneamente a través de él, iluminando el campo de nieve con miles de millones de brillos en forma de diamante. Susannah se protegió los ojos con una mano y miró colina abajo. Lo que vio fue una T invertida en la nieve. Sin embargo, el trazo horizontal, el que quedaba más cercano a ellos (y aun así a unos kilómetros de distancia), era relativamente corto, tendría unos sesenta metros de lado a lado. Pero el trazo vertical de la T era muy largo, llegaba hasta la línea del horizonte y desaparecía en lontananza.

—¡Son carreteras! —exclamó Susana—. Alguien ha abierto un par de caminos por allá, ¡Roland!

Él asintió en silencio.

—Eso me ha parecido, pero quería que tú lo dijeras. Yo veo algo más.

—¿Qué? Tienes mejor vista que yo, mucho mejor.

—Cuando estemos un poco más cerca, lo verás con tus propios ojos.

Roland intentó alzarse y ella le tiró con impaciencia del brazo.

—No juegues a ese juego conmigo. ¿Qué es?

—Son tejados —dijo Roland y cedió—. Creo que allí abajo hay casas. Puede que incluso haya un pueblo.

—¿Personas? ¿Estás hablando de personas?

—Bueno, parece que sale humo de una de las casas. Aunque es difícil decirlo con seguridad porque el cielo está muy blanco.

Susannah no sabía si quería o no que hubiera personas. Seguro que eso complicaría las cosas.

—Roland, tenemos que andarnos con cuidado.

—Sí —respondió él, y volvió a colocarse el asa. Antes de levantarla, hizo una pausa para arreglarse el cinto de la pistola, soltó un poco la agarradera para que le quedara más cómoda y más cerca de la mano izquierda.

Pasada una hora llegaron a la intersección del camino con la carretera. Estaba marcada por un banco de nieve que fácilmente tendría tres metros de alto, era un banco que habían formado con una especie de arado. Susannah vio huellas, como las de una pala mecánica, surcadas en la nieve amontonada. De

este montículo salía un poste. El indicador de la calle que estaba allí no era distinto de los que Susannah había visto en toda clase de ciudades; en los cruces de Nueva York, para el caso. El que indicaba el nombre del breve camino decía:

ODD's LANE

Sin embargo, fue el otro cartel el que le paralizó el corazón

CAMINO DE LA TORRE

decía.

TRES

Todas las casonas, menos una, amontonadas alrededor del cruce estaban abandonadas, y muchas yacían medio enterradas bajo montículos de nieve, hundidas por el peso que se había acumulado sobre ellas. Sin embargo había una —que estaba a unos tres cuartos de camino a mano izquierda de Odd's Lane— que era claramente distinta a las demás. Alguien había retirado casi toda la nieve del techo, evitando así que pudiera hundirse, y el camino hasta la puerta estaba limpio desde la entrada hasta la casa. El humo, blanco como las plumas, salía de la chimenea de esa pintoresca casita rodeada de árboles. En una ventana se veía una intensa luz de color amarillo mantequilla, pero fue el humo lo que cautivó la atención de Susannah. Le parecía la guinda del pastel. La única pregunta que se le ocurría era quién abriría la puerta cuando la tocase. ¿Sería Hansel o su hermana Gretel? (¿Esos dos eran gemelos? ¿Alguien lo había investigado alguna vez?). Puede que fuera Caperucita Roja o Ricitos de Oro, con un inculpador resto de gachas en la barbilla.

—Quizá deberíamos limitarnos a pasar por su lado —dijo Susannah, consciente de que había bajado el volumen de la voz hasta convertirlo casi en un susurro, aunque todavía se encontraban sobre el elevado banco de nieve creado por el arado—. No poner el pie allí y decir gracias. —Hizo un gesto hacia el

cartel que decía **CAMINO DE LA TORRE**—. Tenemos un camino claro, Roland, tal vez deberíamos seguirlo.

—Y si nosotros debemos hacerlo, ¿crees que Mordred también tiene que hacerlo? —preguntó Roland—. ¿Crees que se limitará a pasar por aquí y dejar en paz a quienquiera que viva dentro?

Esa era una pregunta que a ella no se le había ocurrido, y por supuesto que la respuesta era no. Si Mordred decidía que podía matar a quien estuviera en la casa, lo haría. Por comida, si sus habitantes eran comestibles, pero la comida no sería más que una consideración secundaria. El bosque que quedaba tras ellos estaba plagado de caza, y aunque Mordred no hubiera podido cazar la cena (y en su forma de araña, Susannah estaba completamente segura de que podría hacerlo), habían dejado los restos de su comida en un montón de campamentos. No, saldría de las tierras altas nevadas, alimentado… pero no feliz. Para nada feliz. Así que asustaría a cualquiera que se cruzase en su camino.

«Por otro lado», pensó ella… solo que no había «otro lado», y de repente fue demasiado tarde. La puerta de entrada de la casa estaba abierta, y un viejo salió al porche. Llevaba botas, vaqueros y una pesada parka con una capucha forrada de piel. A Susannah le pareció que esa prenda podría haber sido comprada en una tienda de excedentes de ropa militar en Greenwich Village.

El anciano tenía las mejillas sonrosadas y era la viva imagen de la buena salud invernal, aunque cojeaba de forma exagerada, apoyándose en el grueso bastón que llevaba en la mano izquierda. Desde detrás de la pintoresca casita con su penacho de humo de cuento de hadas, llegó el penetrante relincho de un caballo.

—Que sí, Lippy, que ya los veo —gritó el anciano, volviéndose en esa dirección—. Al menos me queda un ojo izquierdo bueno, ¿no? —Luego se volvió hacia donde se encontraba Roland en el banco de nieve, con Susannah a un lado y Acho al otro. El anciano levantó el bastón con un gesto de salutación que parecía alegre y despreocupado. Roland levantó la mano en respuesta.

—Parece que vamos a iniciar una garla queramos o no —anunció Roland.

—Lo sé —respondió Susannah. Luego se dirigió al brambo—: Acho, ojo con los modales, ¿has oído?

Acho la miró y luego miró al anciano sin hacer ningún ruido. En el tema de «tener ojo con los modales», iba a reservarse la opinión.

La pierna mala del anciano estaba claramente muy grave, «de camino a ninguna parte», habría dicho Papi Moses Carver, pero el viejo se las arreglaba

bien con el bastón, se movía de un lado para otro con unos saltitos que a Susannah le parecían divertidos y admirables. «Saltarín como un saltamontes», era otro de los muchos dichos de Papi Moses, y tal vez este encajaba mejor con el anciano. Sin duda ella no había visto peligro ni inconveniente en un tipo de pelo canoso (el pelo, largo y fino como el de un bebé, le colgaba por los hombros de la parka) que tenía que avanzar a saltos con ayuda de un bastón. Y, a medida que se acercó, Susannah vio que tenía un ojo velado por una catarata. La pupila, que era ligeramente visible, parecía mirar un tanto hacia la izquierda. La otra, sin embargo, observaba a los recién llegados con vívido interés, a medida que el habitante de la casita de Odd's Lane se acercaba a ellos.

El caballo volvió a relinchar mientras el viejo agitaba el bastón con fuerza hacia el cielo blanco de nubes bajas.

—Cierra el pico, come hierba, fábrica de mierda, chocho viejo y cojo, ¿es que nunca has visto a alguien que haga pañía?, ¿es que ta criaron en un granero?, ¡ja, ja! (por que si no ta criaron en un granero, yo soy un monicaco de ojos azules, y eso nos xiste).

Roland se puso a reír con ganas, y el último coletazo de aprensión en la mirada de Susannah desapareció. El caballo volvió a relinchar desde el edificio que quedaba en el exterior de la casita, en la parte trasera —no era para nada del tamaño necesario para ser calificada de granero—, y el viejo volvió a menear el bastón en su dirección, y casi cayó sobre el banco de nieve al hacerlo. Su curioso y rápido modo de andar lo había conducido hasta la mitad del camino. Se ahorró lo que podría haber sido un golpe feo, dio un largo salto utilizando el bastón como pértiga, y luego lo agitó con alegría hacia donde ellos se encontraban.



—¡Salve, pistoleros! —gritó el anciano. Al menos tenía unos pulmones admirables—. ¿Así que son peregrinos que van a la Torre Oscura? Tienen que serlo, seguro, ¿pues acaso no veo los hierros largos con esos estúpidos mangos? Y el Haz ha vuelto, claro y fuerte, porque lo siento y Lippy también. Ha estado llena de fuego como un cigarrillo desde la Navidad, o lo que yo llamo Navidad, pues ni tengo un calendario ni viene a verme Papi Noel, aunque no lo espero porque ¿he sido un niño bueno? ¡Nunca! ¡Nunca! Los niños buenos van al cielo, y todos mis amigos están en otro lugar, sí señor, tirándose melcochas y bebiendo Nozzy con whisky en el garito del Diablo. Aaaggg, yo no, no, yo tengo la lengua cortada por la mitad y me cae por ambos lados. Salve a uno, salve al otro, y salve al bicho peludo que está en medio. Es un bilibrambo como que yo estoy vivo. Sí señor, ¡pero qué gusto da veros! Me llamo Joe Collins, Joe Collins de Odd's Lane, soy bastante rarito[22], tengo un ojo y soy cojo, pero de todos modos ¡estoy para lo que sirváis!

Había llegado al banco de nieve donde estaba el cartel que indicaba dónde acababa el Camino de la Torre… o donde empezaba, dependiendo del punto de vista y de la dirección en que uno viajara, pensó Susannah. Entonces levantó la vista para mirarlos, con un ojo brillante como el de un pájaro, y el otro perdido en las blancas tierras baldías con dormida fascinación.

—Largos días y placenteras noches, sí, señor, eso digo yo, y cualquiera que diga otra cosa, de todas formas no está aquí, así que ¿a quién le importa un carajo lo que diga? —Del bolsillo se sacó lo que solo podía ser una gominola y la tiró al aire. Acho la cogió al vuelo con facilidad: ¡pam! Y desapareció.

Al verlo, Roland y Susannah rieron. Parecía raro reírse, pero era una sensación agradable, como encontrar algo de valor mucho tiempo después de estar seguro de que lo habías perdido para siempre. Incluso Acho parecía estar sonriendo, y si la yegua lo hubiera molestado (volvió a relinchar mientras contemplaban a sai Collins desde su posición en el banco de nieve), no lo pareció.

—Tengo un millón de preguntas para vosotros, sí, señor —dijo Collins—, pero empezaré solo con una: ¿cómo coño vais a bajar dese banco de nieve?

CUATRO

Al final, Susannah se deslizó para bajar utilizando el travois como si fuera un trineo. Escogió el lado donde el extremo noroeste de Odd's Lane desaparecía bajo la nieve, porque el terraplén era un poco más plano allí. El recorrido que hizo fue corto, pero no fácil. Chocó contra un enorme y enracimado montón a unos tres cuartos del final del camino, se cayó del travois y realizó el resto del camino de descenso con un par de torpes volteretas, riendo como loca mientras caía. El travois se dio la vuelta —quedó patas arriba como una tortuga, si a bien tenéis—, la artilla quedó desperdigada por todos lados y el desayuno se fue a la porra.

Roland y Acho llegaron dando tumbos detrás de ella. Roland se agachó junto a Susannah de inmediato, sin duda preocupado, y Acho le olfateó con impaciencia la cara, pero Susannah seguía riéndose. El vejete estaba haciendo lo propio. Papi Mose habría dicho que estaba «contento como unas castañuelas».

—Estoy bien, Roland… me di peores trompazos en mi trineo cuando era pequeña, te lo digo en serio.

—Bien está lo que bien acaba —admitió Joe Collins. Le lanzó una mirada con el ojo bueno para asegurarse de que estaba bien de verdad, luego empezó a recoger algunos de los objetos desperdigados, apoyándose con gran esfuerzo en el bastón, con su hermoso pelo blanco revoloteando en torno a su rostro sonrosado.

—Ni hablar, ni hablar —dijo Roland, estirándose para cogerlo por el brazo —. Ya lo hago yo, caeréis de bruces.

Al escuchar esto el anciano rio con ganas, y Roland lo acompañó con gusto. Desde detrás de la casita, se oyó relinchar con agudeza una vez más a la yegua, como si protestase por todo ese buen humor.

—«Cajerse de ruces». Tío, esa sí que es buena. No tengo ni la más puñetera idea, que me parta un rayo, de lo que son las «ruces», aunque es muy buena. ¡Es buenísima! —Sacudió la nieve del abrigo de cuero de Susannah mientras Roland recogía con rapidez los objetos desparramados y los volvía a meter en el trineo de fabricación casera. Acho ayudó llevando varios paquetes de carne en las fauces y dejándolos de nuevo en el travois.

—¡Menuda bestiecilla más lista! —exclamó Joe Collins con admiración.

—Ha sido un buen compañero de viaje —reconoció Susannah. En ese momento se alegró mucho de que se hubieran detenido; ni en un millón de años se habría perdonado no conocer a ese simpático anciano—. Soy Susannah Dean, Susannah de Nueva York. Hija de Dan.

Ella extendió la mano y él la estrechó. Tenía la mano desnuda, y aunque los dedos estaban retorcidos por la artritis, su apretón era fuerte.

—¡De Nueva York! ¡Bueno!, yo una vez estuve allí. También en Akron, Omaha y en San Francisco. Soy hijo de Henry y Flora, si es que os interesa.

—¿Eres del lado de Estados Unidos? —preguntó Susannah.

—Oh, Dios, sí, pero hace mucho, mucho tiempo —dijo—. Lo que uno vendría llamando delah. —El ojo bueno le brilló; el ojo malo seguía mirando las tierras yermas nevadas con la misma falta de interés. Se volvió hacia Roland—. ¿Y quién vas a ser tú, amigo mío? Porque te llamaré amigo mío como haría con cualquiera, a menos que me demuestren lo contrario y, en ese caso, les parto el espinazo con mi Bessie, que es así como llamo a mi bastón.

Roland estaba sonriendo. No podía evitarlo, según valoró Susannah.

—Roland Deschain, de Gilead. Hijo de Steven.

—¡Gilead! ¡Gilead! —El ojo bueno de Collins le dio vueltas por la emoción —. Ese sí que es un nombre del pasado, ¿no? ¡Un nombre de libro! ¡Por Pedro bendito, tienes que ser más viejo que el bendito Dios!

—Algunos lo dirían —admitió Roland, ahora solo sonriendo, aunque con calidez.

—¿Y el chiquitín? —preguntó, inclinándose hacia delante. Se sacó del bolsillo dos gominolas, una roja y otra verde. Eran los colores de la Navidad, y Susannah sintió un ligero *déjà vu*. Barrió su mente como un ala y luego desapareció—. ¿Cómo te llamas, chiquitín? ¿Qué te gritan cuando quieren que vuelvas a casa?

—Él ya no…

«… habla más, aunque antes sí hablaba», era lo que Susannah quería decir, pero antes de poder hacerlo, el brambo dijo:

—¡Acho! —Y lo pronunció con la misma alegría y firmeza que utilizaba en su época con Jake.

—¡Buen chico! —dijo Collins, y le tiró las gominolas a la boca. Luego estiró esa misma mano nudosa y Acho levantó el hocico para tocarla. Se saludaron, bienhallados, en el cruce de Odd’s Lane con el Camino de la Torre.

—¡Que me aspen! —dijo Roland en voz baja.

—Así acabaremos todos, creo yo, con Haz o sin Haz —comentó Joe Collins, y soltó el hocico de Acho—. Pero no hoy. Lo que digo ahora es que tenemos que ir a donde haya calor y podamos garlar con una taza de café, porque yo tengo, sí señor, o una jarra de cerveza. Incluso tengo algo que yo llamo candeal, si a bien

tenéis. Me sienta de maravilla, sobre todo si le echo una miajilla de ron, pero ¿quién sabe? No percibo ni un sabor, pero nada de nada, desde hace cinco años o más. El aire de Discordia se ha cargado los cacharros que tenía para el gusto y los de la nariz también. De todas formas, ¿qué os parece? —Los miró con vivacidad.

—A mí me parece que suena de maravilla, ¡puñeta! —le dijo Susannah. Pocas veces había dicho algo así sintiéndolo tanto.

El anciano le dio un amigable golpecito en el hombro.

—¡Una buena mujer es una perla a la que no se pone precio! No sé si esto es de Shakespeare, de la Biblia o de una mezcla de los…

»Ay, ay, Lippy, malditos sean los ojos que tenías, ¿dónde te crees que vas? ¿Querías conocer a estos muchachos, verdad?

Su voz había adquirido ese tono cantarín que parece exclusivo de las personas que viven con la única compañía de una mascota o dos. Su yegua salió disparada hacia ellos y Collins la agarró por el cuello, le dio unas palmaditas de tosco afecto, y Susannah pensó que la bestia era el cuadrúpedo más feo que había visto en toda su vida. Parte de su buen humor desapareció al ver a la criatura. Lippy era ciega, no de un ojo sino de ambos, y esquelética como un espantapájaros. Mientras caminaba, el costillar se le movía de forma tan visible hacia delante y hacia atrás bajo su sarnoso pelaje que Susannah casi esperaba que se le salieran algunos huesos. Durante un segundo recordó el pasillo negro bajo el Castillo Discordia con una especie de viveza digna de una pesadilla: el ruido de deslizamiento de la cosa que los seguía, y los huesos. Todos esos huesos.

Collins pudo haber captado ese recuerdo en la expresión de su rostro, porque cuando volvió a hablar sonó casi a la defensiva.

—Es una cosa vieja y fea, lo sé, pero cuando seas tan vieja como ella, ¡no creo que ganes muchos concursos de belleza! —Le dio unas palmaditas a la yegua en el cuello irritado y de aspecto dolorido, luego miró su rala crin, la agarró por el pelo, desde la raíz (aunque Lippy pareció no sentir dolor) y le dio la vuelta en el camino para que quedara encarada hacia la casita de nuevo. Cuando hizo esto, empezaron a caer, en remolinos, los primeros copos de nieve de la tormenta que se acercaba.

—Vamos, Lippy, vieja cagona despreciable, leprosa cuadrúpeda de culo zumbón. ¿Es que no hueles la nieve en el aire? Porque yo sí la huelo, y mi nariz se fue a paseo hace ya años.

Se volvió hacia Roland y Susannah y dijo:

—Espero que os guste mi comida, sí, señor, porque creo que esto va a durar unos tres días. Sea, tres como mínimo antes de que la Luna del Diablo vuelva a mostrar su cara. Pero bienhallados seamos, sí, señor, y me apuesto el reloj y su garantía. Bueno, bueno, espero que no creáis que mi jama es como mi jaca, jua, jua, ¡yipiiii!

«Espero que no», pensó Susannah, y sintió un pequeño temblor. El anciano dio media vuelta, pero Roland lanzó a Susannah una mirada interrogativa. Ella sonrió y sacudió la cabeza como para decir «no pasa nada», lo que, por supuesto, no era así. No iba a decirle al pistolero que una jaca enferma con cataratas en los ojos y las costillas a la vista la ponía de los nervios. Roland jamás la había llamado tontorrona, y por Dios que no quería darle un motivo para hacer…

Como si estuviera escuchando sus pensamientos, la vieja jaca se dio la vuelta y enseñó los pocos dientes que le quedaban a Susannah. Los ojos situados en la huesuda cabeza de Lippy, sobre su socarrona sonrisa, estaban cubiertos de pus que la cegaban. Relinchó en dirección a Susannah como diciendo: «Tú piensa lo que quieras, doña Mirlo; yo estaré aquí mucho tiempo después de que vos hayáis seguido vuestro camino y hayáis muerto». Al mismo tiempo, el viento soplaba, levantando la nieve en remolinos hasta sus caras, ascendiendo con un murmullo hasta los abetos cargados de nieve, y chillando bajo los aleros de la casita de Collins. Empezó a amainar y volvió a levantarse durante un instante, y produjo un breve y doliente chillido que parecía casi humano.

CINCO

La edificación anexa estaba formada por un gallinero a un lado, la cuadra de Lippy al otro y un pequeño espacio diáfano abarrotado de paja.

—Puedo subir y retirarlo con la horca —dijo Collins—. Pero se me va la vida por las manos siempre que lo hago, gracias a esta cadera rota que tengo. Bueno, no puedo obligarte a que ayudes a un anciano, sai Deschain, pero ¿querrías…?

Roland subió por la escalera que estaba apoyada contra el bordillo del suelo del espacio diáfano y tiró hacia abajo la paja hasta que Collins le dijo que estaba bien, que había suficiente para que Lippy pasara esos cuatro días de tormenta. («Porque no es que coma que se diga un puñao, como ya se ve al mirarla»,

comentó). Luego el pistolero volvió a bajar y Collins los llevó por el corto camino trasero hacia su casa. La nieve que estaba acumulada a ambos lados de la senda llegaba a la altura de la cabeza de Roland.

—Bienvenidos a mi humilde hogar y bla, bla, bla —dijo Joe, y los hizo entrar a toda prisa en la cocina. Estaba forrada de tablones de pino nudoso que en realidad eran de plástico, Susannah se dio cuenta al mirarlos de cerca. Y su atmósfera era deliciosamente cálida. El nombre que había en la cocina eléctrica era Rossco, una marca que Susannah jamás había escuchado. La nevera era una Amana y tenía una puertecilla especial colocada delante, justo encima del manillar. Susannah se acercó más y leyó: CUBITOS MÁGICOS.

—¿Esta cosa hace cubitos de hielo? —preguntó, encantada.

—Bueno, no exactamente —respondió Joe—. Es el congelador el que hace los cubitos, guapa; esa cosa de delante solo te los tira en el vaso.

Eso le hizo gracia y se rio. Miró hacia el suelo y vio a Acho mirándola con su familiar sonrisa endiablada, y eso la hizo reír con más ganas aún. Aparte de los electrodomésticos modernos, el olor de la cocina evocaba en ella una deliciosa nostalgia de tiempos pasados: azúcar y especias, y un montón de cosas ricas.

Roland estaba mirando al techo, hacia los fluorescentes, y Collins asintió con la cabeza.

—Sí señor, sí señor, tengo léctrica —dijo—. Y un aparato de aire caliente, ¿a que está bien? Y nadie me ha enviado nunca una factura. La máquina gorda está en un cobertizo por el otro lado. Es un Honda, y silencioso como una mañana de domingo. Si te pones encima de su cobertizo no oyes más que mmmmmm. Bill Tartaja se encarga del tanque de propano y del mantenimiento cuando hace falta, que solo ha sido dos veces en todo el tiempo que llevo aquí. ¡Ay, no!, Joey ha dicho una trola, le va crecer la narizota. Han sido tres veces. Tres en total.

—¿Quién es Bill Tartaja? —le preguntó Susannah, al tiempo que Roland preguntaba:

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Joe Collins rio.

—De uno en uno, mis chisposos y nuevos amigos, ¡de uno en uno! —Había dejado el bastón a un lado para quitarse a duras penas el abrigo, había cargado el peso de su cuerpo en la pierna mala, había lanzado un largo ronquido y había estado a punto de caerse. Se habría caído si Roland no lo hubiera agarrado.

—Os doy las gracias, os doy las gracias, os doy las gracias —dijo Joe—. Aunque te diré algo, no habría sido la primera vez que acabo con los morros en el *lernóleo*. Pero como me has ahorrado un topetón, te toca a ti preguntar primero. Llevo aquí, yo el rarito Joe de Odd's Lane, hace unos diecisiete años. La única razón por la que no puedo darte la fecha buena es porque hace unos años que el tiempo se puso muy raro, ya sabes qué quiero decir.

—Sí, lo sabemos —dijo Susannah—. Créeme que lo sabemos.

Collins se estaba sacando en ese momento un jersey, y debajo de ese llevaba otro. La primera impresión de Susannah fue la de un viejo corpulento al que le faltaba poco para estar gordo. En ese momento se dio cuenta de que lo que había tomado por grasa no era más que acolchado. No era tan desesperadamente esquelético como su vieja jaca, aunque le faltaban varios kilos para ser robusto.

—Ahora lo de Bill Tartaja —prosiguió el anciano, quitándose el segundo jersey—, va a ser que es un robot. Limpia la casa y me mantiene el generador en marcha… y *aporsupuesto* que es el que se encarga del arado. Cuando llegué aquí, solo tartamudeaba de vez en cuando, ahora es cada dos o tres palabras. No sé qué haré cuando se estropee del todo. —A Susannah le pareció singularmente tranquilo acerca de ese tema.

—Puede que mejore ahora que el Haz vuelve a funcionar bien —comentó Susannah.

—Podría durar un poco más, pero dudo mucho, ¡puñeta!, que vaya a mejorar —replicó Joe—. Las máquinas no se curan como los seres vivos. —Al final llegó a la gruesa camiseta interior, y allí acabó el striptease. Susannah se sintió agradecida. Mirar el montón de huesos en cierta forma asquerosos de las costillas de la yegua bajo el corto pelaje gris había sido suficiente. No tenía ningún deseo de ver también la osamenta del amo.

—Fuera esos abrigos y esos pantalones —dijo Joe—. Os traeré el ponche o lo que queráis dentro de unos minutos, pero primero os voy a enseñar mi comedor, sí señor, porque es mi orgullo, vaya si lo es.

SEIS

Había una alfombra en el suelo del comedor que habría encajado a la perfección en la casa de la abuela Holmes, y una mecedora con una mesita al lado. La mesita estaba abarrotada de revistas, libros de tapa blanda, un par de gafas y una

botella marrón que contenía Dios sabe qué clase de medicina. Había una televisión, aunque Susannah no pudo ni imaginar qué vería en ella el viejo Joe (Eddie y Jake habrían reconocido el reproductor de vídeo que estaba colocado en la balda de debajo). Pero lo que captó por completo la atención de Susannah, y la de Roland también, fue la fotografía que había en una de las paredes. La habían clavado allí con una chincheta y estaba algo torcida, de una forma despreocupada que parecía (al menos en opinión de Susannah) casi sacrílega.

Era una fotografía de la Torre Oscura.

Se le cortó la respiración. Se abrió paso hacia ella, apenas sintiendo los nudos y bultos de la alfombra que tenía bajo las palmas de la mano, entonces levantó los brazos.

—¡Roland, levántame!

Así lo hizo, y Susannah se dio cuenta de que el pistolero estaba blanco como la cera salvo por dos intensos círculos de color que ardían en sus chupadas mejillas. Los ojos le brillaban. La Torre se alzaba con el cielo del ocaso de fondo y la puesta de sol teñía de naranja las colinas que quedaban detrás, las ventanas ojivales ascendían en su eterna espiral. Desde algunas de esas ventanas se proyectaba un tenue fulgor fantasmal. Veía los balcones que sobresalían de los laterales de piedra oscura cada dos o tres plantas, y las puertas achaparradas que había en ellos, todas cerradas. Cerradas con llave, a Susannah no le cabía ninguna duda. Delante de la Torre estaba el campo de rosas, Can’Ka No Rey, no muy iluminado pero aun así encantador entre las sombras. La mayoría de las rosas estaban cerradas por la creciente oscuridad, pero había algunas que todavía asomaban como ojos adormilados.

—¡Joe! —exclamó Susannah. Su voz era poco más que un susurro. Se sintió mareada, y le dio la sensación de que podía escuchar las voces que cantaban, lejos y muy bajo—. ¡Oh, Joe! ¡Esta foto!

—Sea, mami —dijo él, claramente encantado por su reacción—. Es buena, ¿verdad? Por eso la colgué. Tengo otras, pero esta es la mejor. Justo en la puesta de sol, para que la sombra parezca quedar para siempre atrás a lo largo del Camino del Haz. Que en cierta forma, así es como ocurre, y estoy seguro de que ambos lo sabéis.

Roland respiraba de forma rápida y entrecortada en la oreja derecha de Susannah, pero ella apenas se dio cuenta. Porque en ese momento estaba completamente maravillada por el tema de la foto.

—¡Es una Polaroid!

—Bueno… sí, señor —respondió Joe, y sonó sorprendido por la intensidad de la emoción de Susannah—. Supongo que Bill Tartaja me podría haber traído una Kodak si se la hubiera pedido, pero ¿cómo narices iba a revelar el afoto? Y cuando se me ocurrió lo de la cámara de vídeo, porque el cacharro que está debajo de la tele sirve para que se vean esas cosas, era demasiado viejo para volver, y la jaca era muy vieja para llevarme. Si pudiera lo haría, se está bien allí, es un lugar de fantasmas con buen corazón. He escuchado voces que cantan de amigos que se fueron hace tiempo; mi mama… y mi papa. Yo…

Roland estaba paralizado. Susannah se dio cuenta de la quietud de sus músculos. Luego desapareció y el pistolero se volvió hacia la fotografía con tanta rapidez que mareó a Susannah.

—¿Has estado allí? —preguntó el pistolero a Joe—. ¿Has estado en la Torre Oscura?

—Pues claro que sí —respondió el anciano—. ¿A ver quién te crees que echó ese afoto? ¿El puñetero Ansel Adams?

—¿Cuándo la sacaste?

—Es un afoto de mi último viaje. Hace dos años, en verano… aunque esa es la tierra baja, que lo sepas, y si nieva allí yo nunca lo he visto.

—¿A cuánto queda desde aquí?

Joe cerró el ojo malo y calculó. No tardó mucho, pero a Roland y a Susannah sí les pareció mucho, pero que mucho tiempo. En el exterior soplaba el viento. La vieja jaca relinchaba como si protestase por el ruido. Más allá de la ventana ribeteada de hielo, la nieve que caía empezaba a retorcerse y a bailar.

—Bueno —dijo—, ahora vais cuesta abajo, y Bill Tartaja mantiene el camino limpio hasta donde habéis llegado; ¿qué más va a hacer ese montón de chatarra con su tiempo? Por supuesto que querréis esperar hasta que se acabe esta nueva ventolera del noroeste…

—¿Cuánto tiempo en cuanto nos hayamos puesto en marcha? —preguntó Roland.

—Te matan las ganas de partir, ¿verdad? ¡Sea!, al rojo vivo y muerto de ganas, y ¿por qué no?, porque si vienes de Mundo Interior tenéis que haber viajado muchos años para llegar hasta tan lejos. Odio pensar en cuántos, sí, señor. Voy a decir que se tarda seis días en salir de las Tierras Blancas, puede que siete…

—¿Llamáis a esto las Tierras de Empática? —preguntó Susannah.

Joe pestañeó, la miró con expresión de confusión.

—Pues no, señora… esta parte de la creación solo he oído que se llame Tierras Blancas.

La mirada de confusión era falsa. Susannah estaba casi segura de ello. El viejo Joe Collins, alegre como Papá Noel en un parque infantil, le acababa de mentir. Susannah no estaba segura de la razón, y antes de que pudiera averiguarla, Roland preguntó con brusquedad:

—¿Puedes dejar eso ahora, puedes dejarlo ya, por la gloria de tu padre?

—Sí, Roland —respondió ella con docilidad—. Por supuesto.

Roland se volvió hacia Joe, sujetando todavía a Susannah con la cadera.

—Podríais tardar unos nueve días, supongo —dijo Joe, rascándose la barbilla —, pues ese camino está lleno de partes resbaladizas, sobre todo después de que Bill prensa la nieve, pero no se le puede detener. Tiene órdenes que seguir. Él lo llama su programación. —El anciano vio que Roland se estaba preparando para hablar y levantó la mano—. Ni hablar, ni hablar, no estoy aquí venga darle al pico para sacarle de sus casillas, señor o sai, o lo que usted prefiera… es que no estoy muy acostumbrado a tener visitas.

»En cuanto se pasa la zona nevada deben de quedar otros diez o doce días de paseíllo, pero no hace falta para nada caminar a menos que te guste. Hay otra de esas cabañas de Positronic por allí con una serie de vehículos con rueditas aparcados en el interior. Son como carritos de golf. Las baterías están todas agotadas, por supuesto, cierto como que hay cielo, pero allí también hay un generadorcillo, es Honda, como el mío, y estaba afuncionando la última vez que estuve por allí, porque Bill mantiene las cosas en forma como puede. Si pudieras cargar uno de esos con ruedecitas, pues te ahorrarías unos cuatro días como máximo. Así que esto es lo que yo creo: si tienes que patearte todo el camino, podrías tardar diecinueve días. Si puedes hacer la última pateada con uno de esos ruidosos, así los llamo yo, ruidosos, por el ruido que hacen cuando están en marcha, diría que diez días. Puede que once.

La habitación quedó en silencio. El viento soplaba, lanzaba la nieve contra el lateral de la casita, y Susannah se dio cuenta una vez más de que sonaba casi como un grito humano. Era un fenómeno producido por las esquinas y los alerones, sin duda.

—Menos de tres semanas, aunque tuviéramos que andar —dijo Roland. Se acercó a la fotografía de la Polaroid de la oscura torre alzada contra el cielo del ocaso, pero no la tocó. Susannah pensó que era como si tuviera miedo de tocarla —. Después de todos estos años y kilómetros.

«Por no hablar de los litros y litros de sangre derramada», pensó Susannah, pero no lo habría dicho aunque los dos hubieran estado solos. No había necesidad de decirlo; él sabía cuánta sangre se había derramado tan bien como ella. Pero había algo que desentonaba. Que desentonaba y que no estaba bien. Y, por lo visto, el pistolero no sabía qué era.

La compasión era sentir respeto por los sentimientos de otro. La empatía, en realidad, era compartir esos sentimientos. ¿Por qué la gente llamaría a una tierra Empática?

¿Y por qué iba a mentir ese agradable anciano?

—Dime una cosa, Joe Collins —dijo Roland.

—Sea, pistolero, si puedo.

—¿Has estado allí arriba? ¿Has puesto la mano sobre su piedra?

El anciano primero lo miró para ver si Roland se estaba quedando con él. Cuando estuvo seguro de que no era así, puso cara de sorpresa.

—No —dijo, y por primera vez sonó tan estadounidense como Susannah—. Ese afoto la saqué desde lo más cerca que me atreví a llegar. El linde del campo de rosas. Yo diría que a unos ciento treinta metros o algo así. Lo que el robot llama quinientos radios de la rueda.

Roland asintió en silencio.

—¿Y por qué no?

—Porque creía que si me acercaba más moriría, si no podía parar. Las voces me atraerían. Eso pensé en ese momento, y lo pienso ahora, incluso hoy en día.

SIETE

Después de la cena —que sin duda fue la mejor comida que Susannah había disfrutado después de ser secuestrada para llegar a este otro mundo, y seguramente la mejor de toda su vida—, la herida que tenía en la cara se abrió de par en par. Fue culpa de Joe Collins, en cierto sentido, pero incluso más tarde, cuando tenían mucho más en contra del único habitante de Odd’s Lane, no lo culpó a él. Con seguridad era lo último que el anciano deseaba.

Les sirvió pollo asado y especialmente sabroso después del ciervo. Con el pollo, Joe llevó a la mesa puré de patatas con la salsa de la carne, gelatina de arándano cortado en gruesas rodajas rojas, guisantes verdes («Solo los tenía en lata, digo lo siento», se disculpó), y un plato de cebollitas hervidas bañadas en

dulce crema de leche en conserva. También había ponche de huevo. Roland y Susannah lo bebieron con ansia infantil, aunque ambos pasaron de la «miajilla de ron». Acho disfrutó de su propia cena; Joe le sirvió un plato de pollo y patatas y se lo colocó en el suelo junto a la cocina. Acho dio buena cuenta del ágape a toda prisa y luego se acostó en la puerta entre la cocina y la combinación de comedor y sala, lamiéndose el morro para saborear hasta la última gota de salsa de carne que tenía en los bigotes mientras observaba a los hum con las orejas levantadas.

—No podría comer postre así que no me pregunte si quiero —dijo Susannah cuando acabó de limpiar su plato por segunda vez, mientras rebañaba los restos de salsa con un pedazo de pan—. Ni siquiera estoy segura de poder levantarme de esta silla.

—Bueno, eso está bien —dijo Joe, con cara de desilusión—, puede que más tarde. Tengo un pudin de chocolate y otro de caramelo.

Roland levantó la servilleta para acallar un eructo y luego dijo:

—Podría comer un trozo de cada uno, creo.

—Bueno, pues venga, yo también —accedió Susannah. ¿Cuántos montones de años habían pasado desde que no probaba el pudin de caramelo?

Cuando acabaron con el postre, Susannah se ofreció a echar una mano con los platos, pero Joe le hizo un gesto para que se apartara, diciendo que había puesto las ollas y los platos en el fregadero para enjuagarlos y que más tarde ya «se encargaría del fregoteo». A Susannah le pareció más vivaracho mientras Roland y ella entraban a la cocina y salían, le pareció menos dependiente del bastón. Susannah se preguntó si la miajilla de ron (o puede que bastante más, pues se sumaba a la miajilla de la sobremesa) tendría algo que ver.

Joe sirvió café y los tres (cuatro, contando a Acho) se sentaron en el salón. En el exterior estaba oscureciendo y el viento chillaba con más fuerza que nunca. «Mordred está ahí fuera en algún lugar, agazapado en algún agujero de nieve o en una arboleda», pensó Susannah, y una vez más tuvo que reprimir la pena que sentía por él. Habría sido más fácil de no haber sabido, tuviera o no instinto asesino, que todavía debía de ser un niño.

—Cuéntanos cómo llegaste hasta aquí, Joe —le sugirió Roland.

Joe sonrió de oreja a oreja.

—Si me pongo a contarlo nos saldrá barba —dijo—, pero si de verdad quieres escucharla, supongo que me da igual contarla. —La risa se dulcificó hasta convertirse en una sonrisa nostálgica—. Es bonito, tener amiguetes para

hablar durante un ratito. A Lippy se le da bien lo de escuchar, pero nunca responde con nada.

Empezó intentando ser profesor, dijo Joe, pero rápidamente descubrió que esa vida no estaba hecha para él. Le gustaban los niños, le encantaban, de hecho, pero odiaba toda la mierda administrativa y la forma en que el sistema parecía estar montado para no dejar escapar a los que no se dejaban modelar al proceso de unificación. Dejó la enseñanza después de tres años y se metió en el negocio del espectáculo.

—¿Cantabas o bailabas? —quiso saber Roland.

—Ninguna de las dos cosas —respondió Joe—. Yo me dedicaba al clásico numerito de estar de pie.

—¿Estar de pie?

—Quiere decir que era humorista —dijo Susannah—. Contaba chistes.

—¡Correcto! —dijo Joe con alegría—. En realidad había gente que pensaba que eran divertidos. Claro que era una minoría.

Consiguió un agente cuya empresa anterior, una tienda de ropa para hombre de descuento, se había arruinado. Una cosa llevó a la otra, dijo, y un numerito llevó al otro también. Al final se encontró trabajando en clubes nocturnos de segunda y de tercera, de costa a costa, conduciendo una ranchera Ford destartalada aunque fiable y yendo a los lugares a los que Shantz, su agente, lo enviaba. Casi nunca trabajaba los fines de semana; los fines de semana, incluso los clubes de tercera solo querían contratar bandas de rock and roll.

Esto ocurría a finales de la década de 1960 y principios de la década de 1970, y no había escasez de lo que Joe llamaba «material de actualidad»: hippies y yippies (los hippies anarquistas), quemadoras de sostenes y Panteras Negras, estrellas de cine y, como siempre, políticos, pero dijo que por lo general era un cómico más dado a los chistes de toda la vida. Que Mort Sahl y George Carlin se ocuparan de eso de los acontecimientos de actualidad si querían; él se ocuparía de «hablar de mi suegra» y «dicen que nuestros amigos los polacos son palurdos, pero dejen que les hable de una chica irlandesa que conocí».

Durante su parlamento ocurrió algo extraño (que a Susannah al menos le resultó bastante curioso). El acento de Mundo Medio de Joe Collins, con sus «sí, señor» y sus «y que lo digas» y «si a bien tienes» empezó a mezclarse con un acento que le parecía de listillo estadounidense. Seguía esperando que «pájaro» sonara «páijaro», o «escuché» como «esscucheé», pero supuso que le daba esa impresión por todo el tiempo que había pasado con Eddie. Pensó que Joe Collins

era uno de esos imitadores por naturaleza cuyas voces son el equivalente auditivo a Silly Puttey, que adoptan personalidades que desaparecen en cuanto emergen a la superficie. Si estuviera trabajando en un club de Brooklyn habría sido «pajáro» y «esscuchée», en Pittsburg habría sido «pájaro» y «escuche»; el supermercado Giant Eagle se habría convertido en «Jaunt Iggle».

Roland lo interrumpió al principio para preguntarle si un humorista era como un bufón de la corte, y el anciano se rio de todo corazón.

—Lo has pillado. Piensa en un puñado de gente sentada en una habitación llena de humo con copas en las manos, en lugar del rey y sus cortesanos.

Roland asintió con la cabeza, sonriendo.

—Aunque ser un gracioso que trabaja una noche a la semana en el Medio Oeste tiene sus ventajas —dijo—. Si acabas en Dubuque, lo que ocurre es que actúas veinte minutos en lugar de cuarenta y cinco y luego pasas al pueblo siguiente. Seguramente hay un lugar en Mundo Medio donde te cortan la cabeza por ensuciar el meadero.

Al escuchar esto, el pistolero estalló de risa, un sonido que todavía tenía el poder de sorprender a Susannah (aunque ella también estaba riendo).

—Dices verdad, Joe.

En el verano de 1972, Joe había estado actuando en un club llamado Jango’s, en Cleveland, que no estaba lejos del gueto. Roland volvió a interrumpirlo, esta vez quería saber qué era un gueto.

—En el caso de Hauck —dijo Susannah—, quiere decir una parte de la ciudad en la que la mayoría de las personas son negras y pobres, y la poli tiene la costumbre de menear sus porras primero y luego preguntar.

—¡Bingo! —exclamó Joe, y se tamborileó la cabeza con los nudillos—. Yo no podría haberlo dicho mejor.

Una vez más les llegó ese extraño llanto, como de niño, desde la entrada de la casa, pero esta vez el viento era más bien un arrullo. Susannah miró a Roland, pero si el pistolero lo había escuchado, no dio señal alguna de haberlo hecho.

«Ha sido el viento —se dijo Susannah—. ¿Qué iba a ser si no?».

«Mordred —le susurró su mente—. Mordred está ahí fuera, congelándose. Mordred está ahí fuera muriéndose, mientras nosotros estamos aquí sentados con nuestro café caliente».

Pero Susannah no dijo nada.

Se habían producido problemas en Hauck durante un par de semanas, dijo Joe, pero él había estado bebiendo bastante («empinando el codo a conciencia»,

fue lo que dijo) y apenas se dio cuenta de que el público en su segunda actuación era de un quinto del total en comparación con el primer día que había actuado.

—Joder, yo estaba de buena racha —dijo—. No sé cómo les iría a los demás, pero yo estaba matándome a trabajar, rompiendo en los escenarios.

Entonces alguien había tirado un cóctel molotov por la vitrina del club (cóctel molotov era un término que Roland entendía), y antes de poder decir «Por ejemplo, mi suegra… por favor» el sitio estaba en llamas. Joe salió corriendo hacia la parte trasera por la puerta del escenario. Estuvo a punto de llegar a la calle cuando tres hombres («todos muy negros, todos del tamaño de los pívots de la NBA»), lo agarraron. Dos lo aguantaban, el tercero le pegaba puñetazos. Entonces alguien tiró una botella. ¡Pam, pam!, y se fueron las luces. Se había despertado en una verde colina junto a un pueblo abandonado llamado Urdimbre de Piedra, según los letreros que había en los edificios vacíos de la calle principal. A Joe Collins le había parecido el decorado de una película del Oeste después de que todos los actores se hubieran ido a casa.

Fue más o menos en ese momento cuando Susannah decidió que no creía gran parte de la historia de sai Collins. Sin duda era entretenida, y teniendo en cuenta la primera entrada de Jake en Mundo Medio, después de ser atropellado y morir mientras iba a la escuela, no era del todo increíble. Pero aun así, Susannah no creía gran parte del relato. La pregunta era: ¿importaba eso?

—No es que se le pudiera llamar cielo, porque no había nubes ni coros de ángeles —dijo Joe—, pero yo decidí que era una especie de vida después de la muerte, así mismo.

Había estado errando. Había encontrado comida, había encontrado un caballo (Lippy) y había seguido adelante. Había conocido grupos de personas errantes, algunas amigables, otras no, algunas encauzadas, otras mutantes. Conoció a suficiente gente como para poder enterarse de parte de la jerga y la historia de Mundo Medio; así claro que tenía noticia de los Haces y de la Torre. En un momento intentó cruzar las Tierras Yermas, dijo, pero se había asustado y había vuelto cuando empezó a agrietársele la piel y a llenársele de toda clase de heridas y extrañas manchas.

—Me salió un forúnculo en el culo, y esa fue la gota que colmó el vaso —dijo—. Debe de haber sido hace unos seis u ocho años. Lippy y yo dijimos que a la porra con ir más lejos. Entonces fue cuando encontré este lugar, que se llama Círculo del Oeste, y cuando Bill Tartaja me encontró. Entiende algo de medicina y me sacó el forúnculo del trasero.

Roland quiso saber si Joe había sido testigo del paso del Rey Carmesí cuando esa criatura enloquecida había emprendido su última peregrinación a la Torre Oscura. Joe dijo que no, pero que hacía seis meses había estallado una tormenta horrible («un verdadero calderero») que lo había llevado a esconderse en el sótano. Mientras estaba allí abajo la luz eléctrica se había apagado, sin importar que estuviera el generadorcillo, y mientras se movía a tientas en la oscuridad, tuvo la sensación de que una horrible criatura andaba por allí cerca, y que, en cualquier momento, podría tocarle la mente y descubrir su escondite a través de sus pensamientos.

—¿Sabéis qué se siente? —les preguntó.

Roland y Susannah sacudieron la cabeza. Acho hizo lo mismo, en perfecta imitación.

—Comida para picar —dijo Joe—. Futura comida para picar.

«Esta parte de la historia es cierta —pensó Susannah—. Tiene que haberla cambiado un poco, pero es básicamente cierta». Y si tenía algún motivo para pensarlo era solo porque la idea del Rey Carmesí viajando con su propia tormenta portátil le parecía del todo posible.

—¿Qué hiciste? —preguntó Roland.

—Me fui a dormir —dijo—. Es una habilidad que siempre he tenido, como lo de hacer imitaciones, aunque no hago voces conocidas en mi actuación, porque nunca funcionan cuando uno está en la Cochinchina, no a menos que uno sea Rich Little. Es raro pero cierto, puedo dormir como una marmota cuando me apetece, así que eso hice en el sótano. Cuando volví a despertar las luces habían vuelto y eso… eso, fuera lo que fuese, se había ido. He oído hablar del Rey Carmesí, por supuesto, todavía veo a gente de vez en cuando, nómadas como vosotros tres, sobre todo, y ellos hablan sobre el Rey. Por lo general hacen la señal del ojo del diablo con los dedos y escupen a través de ellos al hacerlo. Creéis que era él, ¿no? Creéis que el Rey Carmesí en realidad pasó por Odd’s Lane de camino a la Torre. —Entonces, antes de que tuvieran oportunidad de responder, añadió—: Bueno, ¿por qué no? Al fin y al cabo, el Camino de la Torre es el pasaje principal. Atraviesa todo este lugar.

«Sabes que era él —pensó Susannah—. ¿A qué estás jugando, Joe?».

El grito agudo que sin duda parecía menos que nunca el del viento volvió a escucharse. Aunque Susannah dejó de creer que se trataba de Mordred. Pensó que tal vez procedía de la bodega donde Joe había ido a esconderse del Rey

Carmesí… o eso había dicho. ¿Quién estaría ahora ahí abajo? ¿Y se estaría escondiendo, como había hecho Joe, o estaba prisionero?

—No ha sido una mala vida —estaba diciendo Joe—. No era la vida que yo esperaba, de ninguna forma ni manera, pero tengo una teoría… los tipos que acaban viviendo las vidas que habían esperado con más frecuencia son los que toman pastillas para quedarse fritos o se meten el cañón de una pistola por la boca y aprietan el gatillo.

Seguía dando la impresión de que Roland se había quedado un poco retrasado, porque dijo:

—Eras bufón de la corte y los clientes de esas posadas eran tu público.

Joe sonrió, dejando a la vista una hilera de dientes blancos. Susannah frunció el ceño. ¿Acaso no le había visto antes los dientes? Habían estado riendo bastante y debería de haberlos visto, pero en realidad no recordaba haberlo hecho. Sin duda, no hacía ese ruidito que hace alguien que ha perdido casi todos los dientes (esas personas habían estado en la consulta de su padre en muchas ocasiones, la mayoría en busca de sustitutos artificiales para su dentadura). De haber tenido que adivinarlo un poco antes, habría dicho que sí, que el anciano tenía dientes, pero que no eran más que trozos de carne y puntitas…

«¿Qué te pasa, chica? Puede que esté mintiendo sobre un par de cosas, pero seguro que no le ha salido una nueva hilera de dientes desde que os habéis sentado a cenar. Estás dejando que la imaginación te vuelva loca».

¿Lo estaba haciendo? Bueno, era posible. Y también era posible que ese grito no fuera más que el ulular del viento en los alerones de la fachada de la casa, al fin y al cabo.

—Me gustaría escuchar algunos de tus chistes y anécdotas —dijo Roland—. Tal como los contabas cuando estabas en la carretera, si a bien tienes.

Susannah lo miró con detenimiento, preguntándose si el pistolero tenía algún motivo oculto para esa petición, aunque parecía interesado de verdad. Incluso antes de ver la Polaroid de la Torre Oscura pegada en la pared del comedor (volvía la mirada hacia la imagen constantemente mientras Joe relataba su historia), Roland había quedado imbuido por una suerte de buen humor febril que no era típico de él. Era casi como si estuviera enfermo, como cayendo en el delirio y despertando de él.

Joe Collins pareció sorprendido por la petición del pistolero, aunque para nada disgustado.

—¡Por Dios bendito! —exclamó—. Me da la impresión de que hace mil años

que no actúo como cómico… y teniendo en cuenta la forma en que desde hace unos años se estira el tiempo por aquí, puede que sí hayan pasado mil años. No estoy seguro de si sabré cómo empezar.

Susannah se sorprendió a sí misma al decir:

—Inténtalo.

OCHO

Joe lo pensó un momento y entonces se levantó, y se sacudió un par de migas sueltas que tenía en la camisa. Se situó cojeando en el centro de la sala, y dejó la muleta apoyada contra su silla. Acho levantó la vista para mirarlo con las orejas levantadas y su conocida sonrisa en los morros, como si anticipase la llegada de la hora del entretenimiento. Durante un instante, Joe pareció inseguro. Luego respiró hondamente, soltó el aire, y les dedicó una sonrisa.

—Prometedme que no me tiraréis tomates si me hago un lío —dijo—. Recordad que ha pasado mucho tiempo.

—No después de habernos acogido y habernos dado de comer —dijo Susannah—. Jamás en la vida.

Roland, siempre tan literal, dijo:

—En cualquier caso, no tenemos tomates.

—Vale, vale. Aunque hay un par de latas en la despensa… ¡olvidad que he dicho eso!

Susannah sonrió, también Roland.

Envalentonado, Joe dijo:

—Está bien, volvamos a ese mágico lugar llamado Jango’s en esa mágica ciudad que la gente llama el error del lago. Cleveland, Ohio, en otras palabras. Segundo pase. El que nunca llegué a terminar, y estaba en racha, creed lo que os digo. Dadme un segundín…

Cerró los ojos. Parecía que estaba reuniendo fuerzas. Cuando volvió a abrirlos, de alguna forma parecía diez años más joven. Era impresionante, y no sonaba a estadounidense cuando empezó a hablar, pero sí tenía pinta de estadounidense. Susannah no podría haberlo explicado con palabras, pero sabía que era cierto: ese era un Joe Collins hecho en Estados Unidos.

—Buenas, señoras y caballeros, bienvenido a Jango’s, soy Joe Collins y ustedes no.

Roland se rio y Susannah sonrió, sobre todo por educación… era un chiste muy viejo.

—La dirección me ha pedido que les recuerde que es la noche de dos birras por un pavo. ¿Lo cogen? Bien. Para ellos la motivación es el beneficio, para mí es el interés personal. Porque cuanto más beban ustedes, más divertido soy yo.

La sonrisa de Susannah se amplió. La comedia tenía cierto ritmo, Susannah lo sabía, pero no podría haber hecho cinco minutos de comedia delante del ruidoso público de un club nocturno, no, aunque su vida hubiera dependido de ello. Sí que tenía un ritmo, y después de un principio incierto, Joe estaba encontrando el suyo. Tenía los ojos medio cerrados, y Susannah se preguntó si estaría viendo los colores mezclados de los focos sobre el escenario —tan parecidos a los colores del arco iris del Mago ahora que lo pensaba— y oliendo el humo de cincuenta cigarrillos encendidos. Una mano en la barra de acero del micrófono; la otra libre para hacer cualquier gesto que desease. Joe Collins actuando en el Jango's un viernes por la noche…

«No, no un viernes. Ha dicho que todos los clubes contrataban a grupos de rock and roll los fines de semana».

—No va conmigo todo ese rollo del error en el lago, Cleveland es una hermosa ciudad —dijo Joe. Había acelerado un poco el ritmo. «Había empezado a rapear», habría dicho Eddie—. Mis viejos y yo somos de Cleveland, pero a los setenta se trasladaron a Florida. No querían, pero ¡joder!, así es la ley. ¡Bingo! —Joe se tamborileó la cabeza con los nudillos y se puso bizco. Roland volvió a reírse aunque no tenía ni idea de dónde estaba (ni de qué era) Florida. La sonrisa de Susannah se amplió aún más.

—Florida es un sitio cojonudo —dijo Joe—. Co-jo-nu-do. El hogar de los recién casados y de los casi muertos. Mi abuelo se fue a Florida cuando se jubiló, que descanse en paz. Cuando yo muera, quiero hacerlo tranquilo, mientras duermo, como el abuelo Fred. No gritando, como los pasajeros que iban en su coche.

Roland se partió de la risa con ese chiste, y Susannah también. La sonrisa de Acho era más amplia que nunca.

—Mi abuela también era genial. Decía que había aprendido a nadar cuando alguien la llevó al río Cuyahoga y la tiró de la barca. Yo decía: «Oye, yaya, no estaban intentando enseñarte a nadar».

Roland resopló, se limpió la nariz, y volvió a resoplar. Se le sonrosaron las mejillas. La sonrisa elevaba todo el metabolismo, lo ponía casi en situación de

enfrentamiento o huida; Susannah lo había leído en algún lugar. Lo que suponía que su metabolismo también se estaba elevando, porque también ella estaba riendo. Era como si todo el horror y la tristeza estuviera saliendo a borbotones de una herida abierta, saliendo a borbotones como…

Bueno, como la sangre.

Susannah escuchó una tenue campana de alarma que empezaba a sonar en el fondo de su mente, pero no le hizo caso. ¿De qué podía alarmarse? Estaba riendo, por el amor de Dios, lo estaban pasando bien.

—¿Puedo ponerme serio un minuto? ¿No? Bueno, que les den y al puto carro en el que han llegado… mañana cuando me levante, estaré sobrio, pero ustedes seguirán siendo feos.

»Y calvos…

(Roland resopló).

—Voy a ponerme serio, ¿vale? Si no les gusta, métanselo donde guardan el cambio. Mi yaya era una mujer estupenda. Por lo general, las mujeres son estupendas, ¿saben? Pero tienen sus debilidades, como los hombres. Si una mujer tiene que elegir entre coger una pelota al vuelo o salvar la vida de un bebé, por ejemplo, salvará al bebé sin pensar siquiera cuántos hombres hay en la base. ¡Bingo! —Se tamborileó la cabeza con los nudillos e hizo un gesto con los ojos, haciendo que parecieran saltones, que hizo reír a Susannah y a Roland. Roland intentó dejar la taza de café sobre la mesa y lo derramó. Se estaba aguantando la barriga. Escuchar cómo se reía con tantas ganas, entregándose a la risa por completo, era divertido, y Susananh soltó una risa natural.

—Los hombres son una cosa y las mujeres son otra. Si los juntas obtienes un nuevo sabor. Como las Oreo. Como las galletas de mantequilla de cacahuete. Como el pudin de pasas con salsa de mocos. Enséñenme un hombre y una mujer y yo les enseñaré la Institución Peculiar, no la esclavitud, sino el matrimonio. Pero me repito. ¡Bingo! —Se tamborileó la cabeza. Hizo el gesto con los ojos. Esta vez fue como si le salieran hasta casi la mitad de las cuencas

(«cómo lo hace»)

y Susannah tuvo que agarrarse el vientre, que había empezado a dolerle por la intensidad de la risa. Y las sienes empezaban a hinchársele. Dolía, pero era un dolor bueno.

—El matrimonio consiste en tener una esposa y un esposo. ¡Sí! ¡Mírenlo en el diccionario Webster’s! La bigamia es tener demasiados maridos o mujeres. Claro, que eso es casi monogamia. ¡Bingo!

Si Roland se reía más fuerte, pensó Susannah, se caería de la silla y acabaría en el charco de café derramado.

—Y luego está el divorcio, un término en latín que significa: «arrancar los genitales a un hombre a través de su cartera».

»Pero yo estaba hablando de Cleveland, ¿recuerdan? ¿Saben cómo empezó Cleveland? Un puñado de gente de Nueva York dijo: “Dios, empieza a gustarme la delincuencia y la pobreza, pero no hace suficiente frío. Vamos hacia el Oeste”.

La risa, como meditaría Susannah más adelante, es como un huracán: una vez que llega hasta cierto punto, se retroalimenta, se da autobombo. Uno se ríe no porque los chistes sean divertidos, sino porque el estado en que uno se encuentra es divertido. Joe Collins los llevó hasta ese punto con su siguiente ocurrencia.

—Eh, ¿recuerdan que en el colegio les decían que si había fuego tenían que formar una cola con la gente más bajita delante de la más alta, que siempre quedaba al final? ¿Qué sentido tiene eso? ¿Es que los altos tardan más en quemarse?

Susannah lloraba de la risa y se dio una bofetada en la mejilla. Esto produjo una repentina e inesperada punzada de dolor que la dejó sin risa durante un instante. La herida que tenía junto a la boca había vuelto a crecer, pero no había sangrado en dos o tres días. Cuando golpeó la herida con la palma abierta, se quitó la costra de rojo negruzco que la cubría. La herida no solo sangraba, la sangre salía a borbotones.

Durante un momento ella no se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir. Lo único que supo es que darse una bofetada le había dolido mucho más de lo normal. Joe tampoco se había dado cuenta (volvía a tener los ojos casi cerrados), no podía haberse dado cuenta, porque hablaba más rápido que nunca.

—Oigan, ¿y qué me dicen de la marisquería que tienen en Sea World? Llevaba media hamburguesa de pescado comida y me estaba preguntando si me estaba comiendo un alumno con problemas de aprendizaje. ¡Bingo! Y hablando de pescado…

Acho ladró preocupado. Susannah sintió una calidez húmeda, de pronto, que le recorría el cuello y le caía en el hombro.

—Para, Joe —ordenó Roland. Parecía sin aliento, débil. Susannah supuso que por la risa. Oh, pero le dolía la cara y…

Joe abrió los ojos con gesto molesto.

—¿Qué? Por Dios bendito, vosotros lo habéis querido y os lo estaba dando.

—Susannah se ha hecho daño. —El pistolero estaba de pie y la estaba mirando, la risa ya no importaba.

—No me he hecho daño, Roland, solo me he dado una bofetada algo más fuerte que de costum… —Entonces se miró la mano y se sintió consternada al ver que llevaba un guante rojo.

NUEVE

Acho volvió a ladrar. Roland sacó de golpe la servilleta que tenía debajo de su copa vuelta boca abajo. Una de las puntas estaba de color marrón, empapada por el café, pero la otra estaba seca. La presionó sobre la herida sangrante y Susannah se apartó con un gesto de dolor con el primer contacto, con los ojos anegados en lágrimas.

—Ni hablar, al menos deja que detenga la hemorragia —murmuró Roland, y la agarró por la cabeza, metiendo los dedos con amabilidad en la densa mata de sus rizos—. Estate quieta. —Y ella lo hizo, por él.

Con los ojos llorosos Susannah juzgó que Joe seguía pareciendo fastidiado porque ella le hubiera interrumpido el numerito cómico de forma tan drástica (por no hablar de lo asqueroso de la situación), y, en cierto modo, no lo culpaba por ello. Lo estaba haciendo muy bien; y ella lo había estropeado todo. Aparte del dolor, que se estaba mitigando un poco, se sentía terriblemente avergonzada y recordaba el día en que le había llegado la regla por primera vez durante la clase de gimnasia y un hilillo de sangre le había rodado por el muslo para que todo el mundo lo vie… esa parte del mundo con la que ella compartía educación física de tercero, en cualquier caso. Algunas chicas habían empezado a canturrear «¡Enchúfatelo!», como si hubiera sido lo más divertido del mundo.

Mezclada con el recuerdo estaba la preocupación de la herida. ¿Y si era cáncer? En otros momentos había podido desechar esa idea antes de que se formara del todo en su mente. En ese momento fue incapaz de hacerlo. ¿Y si había pillado un puñetero cáncer en su recorrido a través de las Tierras Yermas?

Se le hizo un nudo en el estómago, y luego se relajó. Seguía teniendo la deliciosa cena donde tocaba, pero puede que fuera solo por el momento.

De pronto deseó estar sola, necesitaba estar sola. Si iba a vomitar, no quería hacerlo delante de Roland y de ese desconocido. Aunque no fuera a vomitar, necesitaba tiempo para volver a tener el control. Una ráfaga de viento lo bastante

fuerte como para estremecer la casa entera pasó como un avión a reacción; las luces parpadearon y el estómago volvió a darle un vuelco con el movimiento mareante de las sombras en la pared.

—Tengo que ir… al baño… —consiguió decir. Durante un instante el mundo se tambaleó, pero entonces volvió a estabilizarse. Un nudo de madera estalló en la chimenea, y lanzó disparadas un montón de chispas.

—¿Estás segura? —preguntó Joe. Ya no estaba enfadado (si es que lo había estado alguna vez), pero la miraba con ciertas reservas.

—Déjala ir —dijo Roland—. Necesita tranquilizarse, creo.

Susannah iba a dedicarle una sonrisa de agradecimiento, pero la herida le dolió y empezó a sangrar de nuevo. No sabía qué más podría cambiar en un futuro inmediato gracias a la estúpida herida abierta, pero lo que sí sabía es que no quería seguir escuchando los estúpidos chistes durante un rato. Necesitaría una transfusión si se reía mucho más.

—Volveré —dijo—. No os vayáis a comer el resto de ese pudin sin mí. —El simple hecho de pensar en la comida la hacía sentir mareada, pero era algo que decir.

—Sobre lo del pudin, no puedo prometer nada —respondió Roland. Luego, cuando Susannah empezaba a volverse, añadió—: Si os sentís mareada en el baño, llamadme.

—Lo haré —contestó Susannah—. Gracias, Roland.

DIEZ

Aunque Joe Collins vivía solo, su baño tenía un agradable toque femenino. Susannah ya se había dado cuenta la primera vez que lo había utilizado. El papel de las paredes era rosa, con hojas verdes y, ¿qué más?, rosas silvestres. El váter parecía del todo moderno salvo por la tapa, que era de madera en lugar de ser de plástico. ¿La había tallado él? Ella creía que no era del todo imposible. Aunque seguramente había sido el robot quien la había traído de los objetos abandonados de alguna tienda. ¿Carl el Tartamudo? ¿Cómo había llamado Joe al robot? No, Bill. Bill Tartaja.

A un lado del váter había un taburete, al otro lado había una bañera de patas con una alcachofa de ducha que le hizo pensar en la película *Psicosis* de Hitchcock (aunque todas las duchas le hacían pensar en esa puñetera película

desde que la había visto en Times Square). También había un lavatorio de porcelana sobre un mueble de madera que llegaba a la altura de la cintura… de roble puro y duro más que de fustaferro, pensó. Encima había un espejo. Supuso que si lo abría encontraría pastillas y cremas. Todas las comodidades del hogar.

Se retiró la servilleta con una mueca de dolor y un gritito. Se había pegado con la sangre seca y quitarla de ahí dolía. Se sintió desconsolada por la cantidad de sangre que tenía en las mejillas, en los labios y la barbilla, por no hablar de la sangre que tenía en el cuello y en la camisa, a la altura del hombro. Se dijo para sí que no debía perder la cordura; cuando una se araña se pone a sangrar, eso es todo. Sobre todo, si una tenía la herida en la maldita cara.

En la otra habitación oyó a Joe decir algo, no supo qué, y la respuesta de Roland: un par de palabras con una risa al final. «Es tan raro oírlo hacer eso —pensó—. Casi como si estuviera borracho». ¿Había visto a Roland alguna vez borracho? Se dio cuenta de que nunca lo había visto así. Nunca lo había visto borracho, nunca desnudo como su madre lo trajo al mundo, nunca muerto de la risa… hasta ese momento.

«Tú a lo tuyo, tía», le dijo Detta.

—Está bien —murmuró—. Está bien, está bien.

Pensar en borrachera. Pensar en desnudez. Pensar en morirse de la risa. Pensar que estaban todos tan cerca de ser iguales.

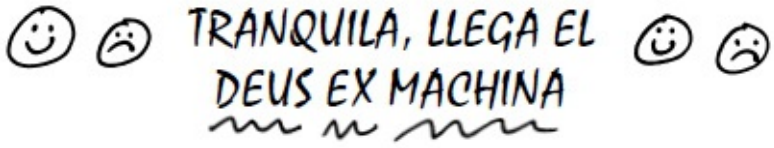
A lo mejor eran iguales.

Entonces se subió al taburete y abrió el grifo del agua. Salió un chorro, y acalló los sonidos de la otra habitación.

Se tiró agua fría, salpicándose con delicadeza la cara, luego utilizó una toalla de mano, con más delicadeza, para limpiar la piel que rodeaba la herida. Cuando hubo terminado, se dio un golpecito en la herida. Al hacerlo no le dolió tanto como había imaginado. Susannah se sintió algo envalentonada. Cuando terminó, enjuagó la toalla de mano de Joe antes de que se secaran las manchas de sangre y se acercó al espejo. Lo que vio le hizo lanzar un suspiro de alivio. Al abofetearse la cara como lo había hecho había arrancado la cabeza de la herida, pero quizá, al final, era lo mejor que podía haber ocurrido. Una cosa era cierta: si Joe tenía una botella de agua oxigenada o algún tipo de pomada antibiótica en su botiquín, limpiaría bien esa porquería mientras estuviera abierta. Y a la mierda con el dolor. Esa limpieza era necesaria y más que necesaria. En cuanto hubiera terminado, se pondría una tirita y esperaría lo mejor.

Colgó la toalla de mano del lavatorio para que se secara, luego sacó una

toalla (que era del mismo tono de rosa que el papel de las paredes) de una mullida pila que había en una estantería de al lado. Estaba a punto de llevársela a la cara cuando se quedó paralizada. Había una nota colocada sobre la toalla que estaba justo debajo de la que había cogido. Estaba encabezada por un banco cubierto de flores que sostenían un par de angelitos de caricatura. Debajo estaba escrito en negrita:



Y escrito con tinta desvaída de pluma estilográfica:

Odd's Lane
Odd Lane

Dale la vuelta a esto después de haber pensado en ello.

Frunciendo el ceño, Susannah sacó el pedazo de papel de la pila de toallas. ¿Quién lo había puesto allí? Lo dudaba muchísimo. Le dio la vuelta a la nota. Allí, con la misma letra, estaba escrito:

¡No lo has pensado!
¡Qué chica más mala!
Te he dejado algo en el botiquín, pero primero
PIENSA EN ELLO
(Pista: comedia + tragedia = FANTASÍA)

En la otra habitación, Joe siguió hablando y esta vez Roland se moría de la risa y no solamente reía. A Susannah le pareció que Joe había retomado su monólogo. En cierta forma podía entenderlo, estaba haciendo algo que le encantaba, algo que no había tenido la oportunidad de hacer desde hacía un buen montón de años, pero en parte no le gustaba en absoluto esa idea. El hecho de que Joe pudiera continuar mientras ella estaba en el baño ocupándose de sí

misma, que Roland le hubiera permitido continuar. Que estuviera escuchando y riendo mientras ella estaba bañada en sangre. Le parecía algo asqueroso, típico de los tíos que van a los clubes nocturnos. Supuso que se había acostumbrado a mejores modales con Eddie.

«¿Por qué no te olvidas de los tíos por el momento y te centras en lo que tienes delante? ¿Qué significa?».

Había algo que parecía evidente: alguien esperaba que ella entrara allí y encontrase la nota. Ni Roland, ni Joe. Sino ella. «Qué chica más mala», decía. «Chica».

Pero ¿quién podía haberlo sabido? ¿Quién podía haber estado seguro? No es que tuviera la costumbre de abofetearse la cara (ni el pecho ni la rodilla) cuando reía; no recordaba ni una sola vez en la que…

Pero sí. Una vez, mientras estaba viendo una película de Dean Martin y Jerry Lewis. *Vaya par de merluzos* o algo así. Entonces la habían encontrado haciendo lo mismo, riendo simplemente porque la risa había alcanzado una especie de punto crítico y se estaba retroalimentando. El público al completo, en el cine Clark, en Times Square, según recordaba, hacía lo mismo, se meneaba de un lado para otro, se le escapaban las palomitas de la boca pues habían dejado de tener el control sobre ella. Esas bocas pertenecían durante al menos unos minutos a Martin y a Lewis, ese par de merluzos. Pero solo había ocurrido esa vez.

«Comedia más tragedia igual a fantasía. Pero aquí no hay tragedia, ¿verdad?».

No esperaba una respuesta a eso, aunque la tenía. Y fue pronunciada con la fría voz de la intuición.

«Todavía no».

Sin ninguna razón aparente se dio cuenta de que estaba pensando en Lippy. La sonriente y desagradable Lippy. ¿Las yentes reían en el infierno? Susannah tuvo la certeza, en cierta forma, de que sí. Se reían como Lippy, la Jaca Maravillas, cuando Satán empezaba con su…

(«que alguien me coja el caballo por favor»)

trabajo, y entonces se reían. Sin poder evitarlo, perdidamente. Durante toda una eternidad, si a bien tenéis.

«¿Qué coño pasa contigo, tía?».

En la otra habitación, Roland volvía a reír. Acho ladraba y ese sonido también sonó a risa.

«Odd’s Lane. Odd Lane… piensa en ello».

¿Qué era lo que tenía que pensar? Uno era el nombre de la calle, el otro era lo mismo, solo que no tenía la…

—Ahora voy, esperad un minuto —dijo en voz baja. Poco más que un susurro, en realidad, y ¿quién creía que la iba a oír? Joe estaba hablando, al parecer sin parar, y Roland estaba riendo. ¿Así que quién creía que la iba a escuchar? ¿El habitante del sótano si es que había uno?

—Un segundo, esperad.

Cerró los ojos y una vez más vio los dos carteles indicadores de las calles en su poste, unos carteles que en realidad quedaban un poco por debajo de los viajeros porque los recién llegados habían permanecido sobre un banco de nieve de casi tres metros de alto. **CAMINO DE LA TORRE**, decía uno de los carteles, el que señalaba hacia el camino despejado de nieve que desaparecía en el horizonte. El otro, el que señalaba a la corta senda con las casas, decía **ODD’S LANE**, solo que…

—Solo que no decía eso —murmuró Susannah, cerrando la mano con la que no cogía la nota en un puño—. No decía eso.

Entonces lo vio con claridad mentalmente: ODD’*S* LANE, con la apóstrofe y la S añadidas, y ¿por qué alguien habría hecho eso? ¿Acaso quien lo había cambiado era un tiquis miquis compulsivo que no podía soportar…?

¿Qué? ¿Qué es lo que no podía soportar?

Al otro lado de la puerta cerrada del baño, Roland estaba riendo más alto que nunca. Algo se cayó y se rompió. «No está acostumbrado a reír así —pensó Susannah—. Será mejor que te andes con cuidado, Roland, o te harás daño. Te saldrá una hernia de tanto reír o algo así».

«Piensa en ello», le había aconsejado su remitente anónimo, y lo estaba intentando. ¿Acaso había algo en las palabras «odd» y «lane» que alguien no quería que viesen? De ser así, esa persona no tenía de qué preocuparse, porque ella no lo veía. Deseó que Eddie estuviera allí. A Eddie era quien se le daban bien las cosas raras: los chistes y los acertijos y…

Se quedó sin respiración. Una expresión de entendimiento empezó a posarse sobre su rostro y sobre el rostro gemelo del espejo. No tenía lápiz y era malísima con esos juegos mentales que en ese momento tenía que…

Manteniendo el equilibrio sobre el taburete, Susannah se inclinó sobre el mueble que llegaba a la altura de la cintura y empañó el espejo con el aliento.

Escribió *ODD LANE*. Lo miró con creciente entendimiento y desconcierto. En la otra habitación, Roland reía con más fuerza que nunca y entonces ella se dio cuenta de algo que debería haber visto hacía treinta valiosos segundos: esa risa no era de alegría. Era entrecortada y descontrolada, era la risa de un hombre que luchaba por respirar. Roland estaba riéndose como se ríen las yentes cuando la comedia se torna tragedia. Como se ríen las yentes en el infierno.

Utilizó la punta de un dedo para escribir, debajo de *ODD LANE*, *DANDELO*, el anagrama que Eddie habría visto enseguida, y seguramente justo después de darse cuenta de la S añadida para despistarlos.

En la otra habitación la risa disminuyó y se transformó. Se convirtió en un ruido que resultaba alarmante en lugar de entretenido. Acho ladraba con desesperación y Roland…

Roland se estaba asfixiando.



CAPÍTULO VI
PATRICK DANVILLE

UNO

Susannah no llevaba su pistola. Joe había insistido en que la dejara en la mecedora mientras volvían a la sala después de cenar, y ella había puesto la pistola sobre una mesita repleta de revistas, tras hacer rodar el tambor y sacar las balas. Las balas estaban en su bolsillo.

Susannah abrió de golpe la puerta del baño y volvió dando tumbos a la sala. Roland estaba tendido en el suelo entre el sofá y la televisión, con el rostro terriblemente morado. Se rascaba el cogote hinchado y seguía riendo. Su anfitrión estaba de pie justo encima de él y lo primero que vio Susannah fue que su pelo, ese pelo blanco —fino como el de un bebé y que le llegaba a los hombros— era casi totalmente negro. Las patas de gallo y las líneas de expresión habían desaparecido. En lugar de diez años más joven, Joe Collins parecía veinte o incluso treinta años más joven.

El muy hijo de puta.

El vampiro hijo de puta.

Acho se abalanzó sobre él de un salto y le mordió la pierna izquierda justo por encima de la rodilla.

—¡Veinticinco, sesenta y cuatro, diecinueve, *hike*, allá va la pelota! —gritó Joe alegremente y luego dio una patada, con la agilidad de Fred Astaire. Acho salió volando por los aires y fue a dar contra la pared con la fuerza suficiente para descolgar una placa que decía QUE DIOS BENDIGA NUESTRO HOGAR y tirarla al suelo. Joe se volvió hacia Roland.

—Lo que yo creo —dijo— es que las mujeres necesitan una razón para acostarse con alguien. —Joe puso un pie sobre el pecho de Roland, como un cazador de caza mayor con su trofeo, pensó Susannah—. Los hombres, por otro lado, solo necesitan un lugar. ¡Bingo! —Hizo el gesto de los ojos saltones—. Lo que pasa con el sexo es que Dios les da a los hombres un cerebro y una polla, pero solo les da sangre suficiente para que funcionen de uno en…

No llegó a oír cómo se acercaba ni cómo se subía a la mecedora para alcanzar la altura necesaria; estaba concentrado con demasiada atención en lo que estaba haciendo. Susannah unió las manos en un solo puño, las levantó hasta la altura de su hombro derecho, luego las bajó moviéndolas a ambos lados con toda la fuerza de la que era capaz. El primer golpe en la sien de Joe fue suficiente para aturdirlo. Sin embargo, había dado en el hueso y el dolor de las manos era insoportable.

Joe se tambaleó, meneaba los brazos para mantener el equilibrio y la miraba desorientado. Levantó el labio superior y dejó los dientes a la vista, unos dientes totalmente normales, y ¿por qué no? No era la clase de vampiro que sobrevivía de sangre. Al fin y al cabo, estaban en Empática. Y la cara que rodeaba esos dientes estaba cambiando: estaba oscureciéndose, contrayéndose, convirtiéndose en algo que ya no era humano. Era la cara de un payaso loco.

—Tú —dijo, pero antes de que pudiera decir nada más, Acho había contraatacado. No hubo necesidad de que el brambo utilizara los dientes en esta ocasión porque su anfitrión seguía tambaleándose. Acho se agachó detrás del tobillo de ese ser y Dandelo simplemente se desplomó sobre el animal, sus blasfemias se acallaron de repente cuando se golpeó la cabeza. El golpe podría haberlo aturdido de no haber sido por la hogareña alfombra que cubría el suelo. Tal como estaba se obligó a recuperar una vez más la posición de sentado, mirando a su alrededor con desmayo.

Susannah se arrodilló junto a Roland, que también estaba intentando sentarse aunque tampoco lo conseguía. Ella cogió la pistola de la funda, pero él cerró la mano en un puño en torno a la mano de Susannah antes de que consiguiera sacarla. Era el instinto, por supuesto, y era de esperar, pero Susannah estuvo a punto de tener un ataque de pánico cuando notó que la sombra de Dandelo se proyectaba sobre ellos.

—Puta zorra, yo te enseñaré a interrumpir a un hombre cuando está…

—Roland, suéltala —gritó Susannah y Roland le obedeció.

Dandelo cayó, con la intención de caer sobre ella y agarrar la pistola que

estaba entre ambos, pero ella fue un segundo más rápida. Se echó a un lado dando la vuelta y Dandelo aterrizó sobre Roland. Susannah escuchó un grito torturado cuando el pistolero soltó el aire que había conseguido retener. Ella se incorporó como pudo sobre un brazo, jadeando, y apuntó con la pistola al ser que estaba encima, el ser que estaba sufriendo una horrible transformación bajo la ropa. Dandelo levantó las manos, que estaban vacías. Por supuesto que estaban vacías, no solía matar con las manos. Al levantarlas, sus rasgos empezaron a tomar forma, convirtiéndose en algo cada vez más visible… no eran rasgos sino características de cierto pellejo animal o del caparazón de un insecto.

—¡Alto! —gritó con una voz que adquiría un tono similar al zumbido de una chicharra—. Quiero contarte el del obispo y la corista.

—Ya me lo sé —respondió ella, y le disparó dos veces, una bala tras otra que le dieron en los sesos justo encima de lo que había sido su ojo derecho.

DOS

Roland se puso en pie a duras penas. Tenía el pelo pegado a ambos lados de su dolorido rostro. Cuando Susannah intentó cogerlo de la mano, él la apartó de un manotazo y avanzó tambaleante hacia la puerta de entrada de la casa, que a Susannah le parecía en ese momento lúgubre y mal iluminada. Ella vio que había pisadas en la alfombra, y una enorme mancha de humedad en una pared. ¿Estaban ahí antes? Y por Dios del cielo, ¿qué era lo que habían comido exactamente para cenar? Decidió que no quería saberlo, mientras no la hiciera vomitar. Mientras no fuera venenoso.

Roland de Gilead abrió la puerta. El viento la arrancó del postigo y la lanzó contra la pared con un restallido. El pistolero dio dos pasos tambaleantes en dirección a la chirriante brisa, se agachó hacia delante con las manos sobre los muslos y vomitó. Susannah vio la explosión de sustancia expelida y cómo el viento la retiró de un plumazo en la oscuridad. Cuando Roland volvió a entrar, tenía la camisa y un lado de la cara ribeteados de nieve. Hacía muchísimo calor en la casita; eso era algo que el atractivo de Dandelo también les había ocultado hasta ese momento. Susannah vio el termostato, un sencillo y viejo Honeywell no muy distinto al que tenía ella en su piso de Nueva York, seguía en la pared. Se dirigió hacia el aparato y lo estudió con detenimiento. Estaba puesto al máximo, más allá de los treinta grados. Volvió a ponerlo en veintiuno con la

punta del dedo, luego se volvió para estudiar la habitación. La chimenea en realidad era el doble de grande de lo que les había parecido, y tenía los troncos suficientes para hacerla rugir como un horno de acero. Por el momento, Susannah no podía hacer nada al respecto, pero al final acabaría apagándose.

El ser muerto que yacía sobre la alfombra prácticamente se había consumido bajo la ropa. A Susannah le parecía una especie de bicho con apéndices deformes —que casi parecían brazos y piernas—, que le asomaban por las mangas de la camisa y las perneras de los vaqueros. La espalda de la camisa estaba hundida en el centro y lo que ella vio fue el vacío de una especie de concha sobre la cual había dibujados rudimentarios rostros humanos. Creía que no podía haber nada peor que Mordred con su forma de araña, pero aquello sí era peor. Gracias a Dios que estaba muerto.

La ordenada y bien iluminada casa, como salida de un cuento —¿acaso no era lo que había visto ella en un principio?—, era la cabaña tenebrosa y humeante de un campesino. Seguía habiendo bombillas, pero parecían viejas y muy usadas, como la clase de mobiliario que se puede encontrar en un albergue para vagabundos. La alfombra estaba negra por el polvo y llena de manchurrones de comida derramada y desenmarañada por algunas partes.

—Roland, ¿estás bien?

Roland la miró, y luego, poco a poco, se arrodilló ante ella. Durante un instante, Susannah pensó que se iba a desmayar, y se sintió alarmada. Cuando se dio cuenta, pasado un segundo, de lo que estaba ocurriendo, se sintió más alarmada todavía.

—Pistolera, me has dejado atónito —dijo Roland con una voz ronca y temblorosa—. Me han engañado como a un niño y ruego tu perdón.

—Roland, no, ¡arriba! —Esa era Detta, que siempre parecía surgir cuando Susannah estaba bajo una fuerte presión. Pensó: «Es un milagro que no haya dicho “arriba, mueve el culo”», y tuvo que contener una risotada histérica. Roland no lo habría entendido.

—Primero concédeme el perdón —dijo Roland sin mirarla.

Ella buscó una forma de decirlo y la encontró, lo cual fue un alivio. No podía soportar verlo así, arrodillado.

—Levántate, pistolero, te concedo el perdón de todo corazón. —Hizo una pausa; luego añadió—: Si te salvo la vida otras nueve veces, estaremos más o menos en paz.

Él dijo:

—Tu buen corazón me hace sentir vergüenza del mío. —Y se puso en pie. El espantoso color estaba desapareciendo de sus mejillas. Miró al ser de la alfombra, que proyectaba su horrible y deforme sombra en la pared por la lumbre del fuego. Miró a su alrededor en la cabaña con los muebles viejos y las luces eléctricas parpadeantes.

—Lo que nos dio de comer estaba bien —dijo. Era como si le hubiera leído la mente a Susannah y hubiera visto el peor miedo que contenía—. Jamás habría envenenado lo que quería… comerse.

Ella le estaba pasando la pistola a Roland por el mango. Roland la cogió y recargó las dos cámaras vacías antes de volver a ponerla en la cartuchera. La puerta de la cabaña seguía abierta y la nieve entraba empujada por el viento. Ya había creado un montículo blanco en la pequeña entrada, donde estaban colgados sus abrigos de fabricación propia. La habitación estaba un poco más fría, su atmósfera ya no se parecía tanto a la de una sauna.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Roland.

Susannah pensó en el hotel donde Mia había dejado la Trece Negra. Más adelante, después de que se hubieran marchado, Jake y Callahan habían conseguido llegar a la habitación 1919 porque alguien les había dejado una nota y

(¡tachán, tachán!)

una llave. En el sobre con una letra que era mezcla de cursiva y letra de imprenta estaban escritos el nombre de Jake y *Esta es la verdad*. Susannah estaba segura de que si comparaba ese sobre con el sucinto mensaje y el mensaje que había encontrado en el baño, descubriría que habían sido escritos por el mismo puño.

Según Jake, el recepcionista del hotel Plaza de Nueva York les había dicho que el mensaje lo había dejado un hombre llamado Stephen King.

—Acompáñame —dijo Susannah—. Al baño.

TRES

Al igual que el resto de la cabaña, el baño era más pequeño ahora, no mucho más grande que un armario. La bañera estaba vieja y oxidada, con una fina capa de polvo en la base. Parecía que la habían utilizado por última vez…

Bueno, la verdad era que a Susannah le parecía que no la habían utilizado nunca. La alcachofa de la ducha estaba atascada con óxido. El papel rosa de las paredes estaba desvaído y sucio, desprendido por algunas partes. No había rosas. El espejo seguía en su sitio, pero tenía una grieta que lo recorría por la mitad, y Susannah pensó que había sido un milagro que no se cortara la punta del dedo al escribir en él. El vapor de su aliento había desaparecido pero las palabras seguían ahí, visibles por la mugre: ODD LANE y debajo: DANDELO.

—Es un anagrama —dijo—. ¿Lo ves?

El pistolero analizó lo escrito, luego sacudió la cabeza, con una expresión un tanto asombrada.

—No es culpa tuya, Roland. Son nuestras letras, no las que tú sabes leer. Créeme, es un anagrama. Eddie se habría dado cuenta enseguida, me juego lo que quieras. No sé si esta es la idea que tenía Dandelo de una broma, o si hay una especie de reglas que los seres con la atracción como él tienen que cumplir, pero, lo que importa es que lo hemos averiguado a tiempo con una pequeña ayudita de Stephen King.

—Tú lo has averiguado —dijo Roland—. Yo estaba ocupado muriéndome de la risa.

—Lo hemos hecho los dos —dijo ella—. Tú eras un poco más vulnerable porque tu sentido del humor… perdóname, Roland, pero por norma, es bastante soso.

—Ya lo sé —respondió sombríamente. Entonces se volvió de repente en dirección a la habitación que quedaba a la izquierda.

A Susannah se le ocurrió algo terrible, y fue como si el pistolero hubiera regresado hacía mucho tiempo.

—Roland… ¿Todavía está…?

Él asintió con la cabeza, sonriendo ligeramente.

—Está tan muerto como siempre. Le has dado bien, Susannah, pero de repente he tenido la necesidad de estar seguro.

—Me alegro —se limitó a comentar ella.

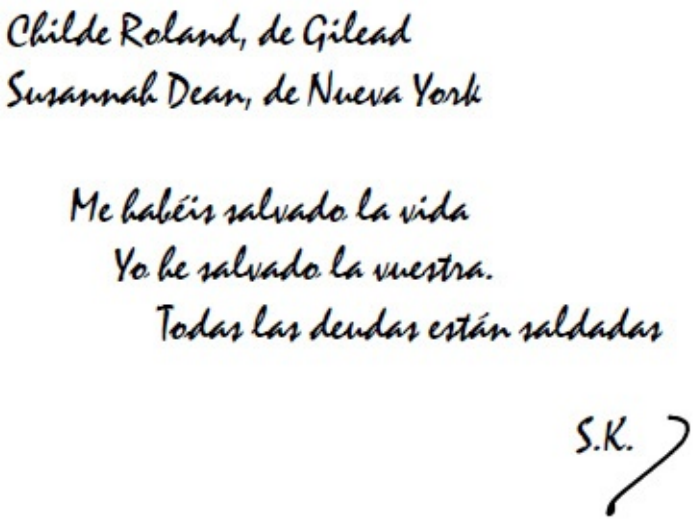
—Acho está de guardia. Si fuera a ocurrir algo, estoy seguro de que nos avisaría. —Roland agarró la nota del suelo y con cuidado intentó adivinar lo que decía en el reverso. El único término con el que Susannah tuvo que ayudarle fue *botiquín*—. «Te he dejado algo», ¿sabes qué es?

Ella sacudió la cabeza.

—No he tenido tiempo de mirarlo.

—¿Dónde está el botiquín?

Susannah señaló al espejo y Roland lo abrió. Chirriaron las bisagras. De hecho sí que había estantes detrás de él, pero en lugar de las hileras de pastillas y cremas que ella había imaginado, solo había otras dos botellas marrones, como la que había en la mesita junto a la mecedora, y algo que a Susannah le parecía la caja más antigua de jarabe para la tos de cereza silvestre de los Hermanos Smith. Sin embargo, también había un sobre, y Roland se lo pasó a ella. Escrito en la parte delantera, con esa misma y característica letra medio manuscrita medio impresa decía:



—¿Childe? —preguntó Susannah—. ¿Esa palabra te dice algo?

Él asintió sin decir nada.

—Es un término con el que se describe a un caballero, o a un pistolero, que va en búsqueda de algo. Un término formal, antiguo. Jamás lo usamos entre nosotros, debe constarte, porque significa sagrado, elegido por el ka. No nos gusta pensar en nosotros mismos en esos términos, y yo no he pensado en mí así desde hace muchos años.

—Pero ¿tú eres Childe Roland?

—Tal vez lo fuera en otro tiempo. Ahora estamos más allá de todo eso. Más allá del ka.

—Pero seguimos en el Camino del Haz.

—Sea. —Pasó el dedo por la última línea del sobre: «Todas las deudas están saldadas»—. Ábrelo, Susannah, para que vea lo que hay dentro.

Ella obedeció.

CUATRO

Era una fotocopia de un poema de Robert Browning. King había escrito el nombre del poeta con esa letra medio manuscrita medio impresa sobre el título. Susannah había leído algunos monólogos teatrales de Browning en la universidad, pero no conocía muy bien su obra poética. Sin embargo, conocía a la perfección el tema; el título del poema era: «Childe Roland a la Torre Oscura llegó». Era de estructura narrativa, la métrica era a-b-b-a-a-b, y tenía treinta y cuatro estrofas. Cada estrofa estaba encabezada por un número romano. Alguien, supuestamente King, había rodeado con un círculo las estrofas: I, II, XIII, XIV y XVI.

—Lee las que están marcadas —sugirió el pistolero con brusquedad—, porque yo solo entiendo alguna que otra palabra, y si supiera lo que quieren decir lo sabría bien.

—Estrofa primera —dijo Susannah, luego tuvo que aclararse la voz. Tenía la garganta seca. En el exterior el viento aullaba y la bombilla desnuda del techo parpadeaba en el aparato lleno de cagaditas de mosca.

Mi primer pensamiento fue que mentía en cada palabra,
aquel tullido canoso de mirada ladina
que observaba con recelo el efecto de su mentira
en la mía, y su boca apenas ocultaba
el júbilo, que fruncía y perfilaba
sus comisuras, por haberse hecho con una nueva víctima.

—Collins —dijo Roland—. Quienquiera que escribiera eso estaba hablando de Collins, tan cierto como que King hablaba de nuestro ka-tet en sus historias. «Mentía en cada palabra». ¡Sea, por supuesto que mentía!

—Collins, no —replicó ella—. Dandelo.

Roland asintió con la cabeza.

—Dandelo, dices verdad. Continúa.

—Vale. Estrofa segunda.

¿Para qué si no tendría listo su cayado?
¿Para qué, salvo para abordar con sus mentiras y atraer
a todo viajero que en esa pose lo pudiese ver
y le preguntase el camino? Pensé qué cadavérico carcajeo
estallaría, qué muleta escribiría mi epitafio
como pasatiempo en el polvoriento terraplén.

—¿Recordáis el bastón y cómo lo agitaba? —le preguntó Roland.

Por supuesto que lo recordaba. Y la calzada que estaba nevada en lugar de llena de tierra, pero que, de no ser por eso, era igual a la del poema. «De no ser por eso sería una descripción de lo que acababa de ocurrirles». Esa idea la hizo estremecer.

—¿Este poema era de tu época? —preguntó Roland—. ¿De tu cuando?

Ella sacudió la cabeza.

—Ni siquiera era de mi país. El poeta murió al menos sesenta años antes de mi cuando.

—Aun así tiene que haber visto lo que acaba de ocurrir. Una versión de lo que ha ocurrido.

—Sí. Y Stephen King conocía el poema. —Tuvo una corazonada repentina, una corazonada que brilló con demasiada intensidad para no ser cierta. Miró a Roland de forma salvaje y sorprendida—. ¡Fue este poema el que hizo que King siguiera adelante! ¡Fue su inspiración!

—¿Lo dices en serio, Susannah?

—¡Sí!

—Sí, ese tal Browning tiene que habernos visto.

Ella no lo sabía. Era todo demasiado confuso. Como intentar averiguar qué fue primero, el huevo o la gallina. O estar perdida en la casa de los espejos. La cabeza le daba vueltas.

—Lee la siguiente estrofa marcada, Susannah. Lee la equis, i, i, i.

—Es la estrofa decimotercera —aclaró ella.

En cuanto a la hierba, crecía exigua como la cabellera
en la lepra; delgadas hojas secas se erguían en el fango,
que por debajo parecía con sangre amasado.
Un yerto caballo ciego, a la vista toda su osamenta,
permanecía estupefacto; no sabe por qué allí se encuentra,
expulsado de su previo servicio en la caballeriza del diablo.

—Ahora la estrofa decimocuarta os leeré.

¿Vivo? Por lo que a mí concierne él podría estar muerto,
Con aquella roja delgadez y el cuello hundido por el trabajo
y bajo la enmohecida crin los ojos cerrados;
raramente tal monstruosidad iba de la mano de tal desconsuelo;
nunca vi una bestia a la que odiase con tanto desprecio;
debía de ser perversa para merecer tanto calvario.

—Lippy —dijo el pistolero, y lanzó un pulgar por encima del hombro—. Con el cuello hundido y todo, solo que es hembra en lugar de macho.

Susannah no hizo ningún comentario, no era necesario. Por supuesto que era Lippy: ciega y huesuda, el cuello enjuto hasta los huesos y rosado en carne viva en algunos lugares. «Ya sé que es una jaca vieja y fea», había dicho el anciano… el ser que parecía un anciano. «Vieja cagona despreciable, leprosa cuadrúpeda de culo zumbón». Y allí estaba, en negro sobre blanco, un poema escrito mucho antes de que sai King naciera siquiera, tal vez ochenta o incluso cien años antes: «… tan exigua como la cabellera/en la lepra».

—¡Expulsado de su previo servicio en la caballeriza del diablo! —exclamó Roland sonriendo con tristeza—. Y aunque nunca haya estado en un criadero de caballos ni nunca lo estará, la veremos volver con el diablo antes de marcharnos.

—No —dijo Susannah—. No la veremos. —Su voz sonó más seca que nunca. Necesitaba beber, pero tenía miedo de tomar cualquier cosa que fluyera de los grifos de ese sitio maligno. Dentro de muy poco rato saldría a por un poco de nieve y la fundiría. Entonces podría beber, no antes.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se ha ido. Se dirigió hacia la tormenta cuando nosotros disfrutábamos de lo mejor de su amo.

—¿Cómo lo sabéis?

Susannah sacudió la cabeza.

—Lo sé. —Pasó a la segunda página del poema, que tenía más de doscientos versos—. Estrofa decimosexta.

»“¡Eso no! Imaginé…”.

Se detuvo.

—¿Susannah? ¿Por qué te has…? —Entonces Roland clavó los ojos en la palabra que estaba al final del verso, que supo leer aunque estuviera escrita en

inglés—. Continúa —ordenó Roland. Habló en voz baja, las palabras no eran más que un susurro.

—¿Estás seguro?

—Lee, pues yo escucharé.

Ella se aclaró la voz.

—Estrofa decimosexta.

¡Eso no! Imaginé el enrojecido rostro de Cuthbert
bajo el ornamento de sus dorados rizos,
querido amigo, hasta que casi pude sentirlo
entrelazar su brazo con el mío para guiarme,
como él solía hacerlo. ¡Ay! ¡La desgracia de una noche!
Se apagó el fuego nuevo de mi corazón y lo dejó frío.

—Habla de Mejis —dijo Roland. Tenía los puños cerrados, aunque Susannah dudaba de que fuera consciente de ello—. Habla de cómo discutimos sobre Susan Delgado, porque después de aquello nunca volvió a ser lo mismo entre nosotros. Hemos reconstruido nuestra amistad lo mejor que hemos podido, pero no, jamás ha vuelto a ser lo mismo.

—Después de que la mujer vaya al hombre o el hombre vaya a la mujer, no creo que sea lo mismo jamás —dijo Susannah y le pasó las fotocopias—. Toma, he leído los que me has dicho. Si hay algo sobre la Torre Oscura en los demás, o no, descúbrelo tú. Lo conseguirás si lo intentas con ganas, yo creo. Por lo que a mí respecta, no quiero saberlo.

Por lo visto, Roland sí quería saberlo. Pasó las páginas, buscando la última. Las páginas no estaban numeradas, pero encontró el final con facilidad por el espacio en blanco que había después de la estrofa con el número XXXIV. Sin embargo, antes de poder leerla, volvió a oírse el agudo grito. Esta vez el viento había amainado del todo y no cabía duda de la procedencia del ruido.

—Es alguien que está allí abajo, en el sótano —dijo Roland.

—Lo sé. Y creo que sé quién es.

Él asintió moviendo la cabeza.

Susannah lo miraba firmemente.

—Todo encaja, ¿verdad? Es como un rompecabezas, y nosotros no hemos hecho más que poner las últimas piezas que faltaban.

Volvió a oírse el grito, agudo y distante. El grito de alguien que estaba a las puertas de la muerte. Salieron del baño con sus pistolas. Susannah no creía que fueran a necesitarlas en esta ocasión.

CINCO

El bicho que había adoptado la apariencia del viejo y alegre cómico llamado Joe Collins seguía tirado donde siempre, pero Acho había retrocedido uno o dos pasos. A Susannah no le extrañó. Dandelo había empezado a apestar, y delgados hilillos de una sustancia blanca empezaban a rezumar por su caparazón putrefacto. No obstante, Roland ordenó al brambo que permaneciera donde estaba y que siguiera vigilando.

El grito volvió a oírse cuando llegaron a la cocina, y se oyó más alto, aunque al principio no encontraban el lugar por el que bajar al sótano. Susannah se movió con cautela por el agrietado y sucio linóleo, buscando una trampilla oculta. Estaba a punto de decirle a Roland que no había nada cuando el pistolero dijo:

—Aquí. Detrás de la caja de frío.

La nevera había dejado de ser un frigorífico de primera marca Amana con un accesorio para fabricar cubitos en la puerta. Ahora era una cosa vieja y sucia con el aparato para congelar arriba con forma de tambor. La madre de Susannah tenía algo así cuando ella era una niña que respondía al nombre de Odetta, pero su madre se habría muerto antes de permitir que el suyo tuviera una décima parte de suciedad. Una centésima parte.

Roland apartó la nevera con facilidad, porque Dandelo, que había sido un monstruo astuto, la había colocado encima de una plataforma con ruedecitas. Susannah dudó que tuviera muchas visitas, no había salida de Mundo Final, pero estaba preparado para ocultar sus secretos por si se pasaba alguien por allí. Como le constaba a Susannah que hacían las yentes de vez en cuando. Imaginó que muy pocos habrían podido seguir su camino más allá de la pequeña cabaña de Odd Lane.

La escalera era estrecha y muy inclinada. Roland tocó a tientas detrás de la puerta y encontró un interruptor. Se encendieron dos bombillas desnudas, una situada a medio camino y la otra abajo. Como en respuesta a la luz, el grito

volvió a oírse. Estaba inundado de dolor y miedo, pero no contenía palabra alguna. El ruido la hizo temblar.

—¡Acércate al pie de la escalera, seas quien seas! —gritó Roland.

No hubo respuesta de allí abajo. En el exterior el viento soplaba y chillaba, y lanzaba la nieve contra la fachada lateral de la casa con tanta fuerza que parecía arena.

—¡Colócate donde podamos verte, o te dejaremos donde estás! —gritó Roland.

El habitante del sótano no se situó bajo la luz pero volvió a chillar, era un sonido sobrecargado de horror y espanto y… algo que Susannah temía: de locura.

Roland la miró. Ella asintió y habló entre susurros.

—Tú primero. Yo te sigo la corriente, si es que tienes una para que la siga.

—Ojo con los escalones, no te vayas a caer —dijo Roland, también en voz baja.

Ella volvió a asentir con la cabeza e hizo su propio gesto de girar la mano con impaciencia: «Venga, venga».

Eso dibujó una sonrisa fantasmal en los labios del pistolero. Empezó a bajar la escalera con el cañón de su pistola apoyado en el hombro derecho, y durante un instante se pareció tanto a Jake Chambers que Susannah estuvo a punto de llorar.

SEIS

El sótano era un amasijo de cajas, barriles y cosas amortajadas que colgaban de unos ganchos. Susannah no sintió deseo alguno de saber qué eran esas cosas colgando. Volvió a oírse el grito, una mezcla de lloriqueo y chillido. Desde la parte superior les llegaba el soplido y chirrido del viento, apagado y sordo.

Roland se volvió hacia la izquierda y se abrió paso haciendo zigzag por un pasillo lleno de cajones apilados hasta la altura de la cabeza a ambos lados. Susannah lo siguió, dejando una buena separación entre ambos, mirando constantemente hacia atrás. También estaba alerta del ladrido de Acho que les avisase de algo alarmante que ocurriese arriba. Vio una pila de cajones que tenían la etiqueta TEXAS INSTRUMENTS y otra pila con GALLETAS CHINAS DE LA SUERTE DE HO FAT S.A. impreso en un lado. No le sorprendió ver el nombre que le

había puesto de broma a su taxi hacía tiempo abandonado; ya nada podía sorprenderla.

Roland se detuvo por delante de ella.

—Lágrimas de mi madre —dijo en voz baja. Susannah lo había escuchado usar esa expresión antes, cuando se habían encontrado con el ciervo que se había caído en un barranco y yacía con las patas traseras y una delantera rotas, muerto de hambre y mirándolos sin verlos, pues las moscas habían devorado los ojos del infortunado animal.

Susannah se quedó donde estaba hasta que él hizo el gesto para que se reunieran, y entonces se colocó a toda prisa a su derecha, avanzando sobre las palmas de las manos.

En el rincón de paredes de piedra del sótano de Dandelo —el rincón del sudeste, si es que estaba bien orientada— había una celda de fabricación casera. La puerta estaba hecha con barrotes de acero entrecruzados. Al lado había una soldadora que Dandelo tenía que haber utilizado para construirla… pero debía de haber sido hacía mucho tiempo, a juzgar por la gruesa capa de polvo que había en el tanque de acetileno. Colgada en un gancho con forma de S clavado en la pared de piedra, colocado justo donde el prisionero no pudiera alcanzar, situado justo donde pudiera tentarlo, a Susannah no le cabía ninguna duda, había una enorme y antigua

(¡tachán, tachán!)

llave de plata. El prisionero en cuestión estaba pegado a los barrotes de su celda, agarrándolos con sus mugrientas manos. Estaba tan esquelético que a Susannah le recordó a unas fotos espeluznantes que había visto de los campos de concentración, imágenes de los supervivientes de Auschwitz y Bergen-Belsen y Buchenwald, las pruebas vivientes (aunque apenas) que ponían en evidencia a toda la humanidad, con ese uniforme de rayas que se les caía, las espantosas gorras de botones todavía en la cabeza y sus terribles ojos vidriosos, tan conscientes de la realidad. «Ojalá no supiéramos en qué nos hemos convertido —decían esos ojos—, pero, por desgracia, lo sabemos».

Algo así se leía en la mirada de Patrick Danville cuando estiraba las manos y emitía sonidos inarticulados de súplica. De cerca, a Susannah le parecían los chillidos burlones de un pájaro selvático de la banda sonora de una película: Aiiii, aiiii, aiooo, aiooo.

Roland descolgó la llave del gancho y se dirigió hacia la puerta. Danville lo agarró por la camisa con una mano y el pistolero lo apartó de un manotazo. Fue

un gesto carente del todo de rabia, pensó Susannah, pero el ser cadavérico de la celda se apartó con los ojos saliéndosele de las órbitas. Tenía el pelo largo, le llegaba a los hombros, aunque tenía poca barba en las mejillas. En la barbilla y el labio superior era un poco más poblada. Susannah pensó que podría tener diecisiete, no muchos más.

—No pretendía ofenderte, Patrick —dijo Roland en un tono desenfadado de conversación. Puso la llave en el cerrojo—. ¿Sois Patrick? ¿Sois Patrick Danville?

El ser esquelético con los vaqueros sucios y la camisa gris que estaba toda dada (le llegaba casi hasta las rodillas) retrocedió hasta el rincón de su celda triangular sin responder. Cuando tuvo la espalda pegada a la piedra, se dejó caer lentamente hasta quedar sentado junto a lo que Susannah supuso que era el recipiente donde hacía sus necesidades, la parte delantera de la camisa se arrugó y luego se deslizó hacia su entrepierna como el agua y levantó las rodillas hasta que prácticamente enmarcaron su rostro escuálido y aterrorizado. Cuando Roland abrió la puerta de la celda y la sacó cuanto pudo (no había goznes), Patrick Danville empezó de nuevo a emitir ese ruido de pájaro: aiiii, aiooo, aiii. A Susannah le chirriaron los dientes. Cuando Roland hizo el gesto de entrar en la celda, el chico lanzó un chillido incluso más agudo, y empezó a golpearse la nuca contra las piedras. Roland salió de la celda. El terrible golpeteo de la cabeza se detuvo, pero Danville miraba al extraño con miedo y desconfianza. Entonces tendió una vez más sus manos sucias y de largos dedos, como pidiendo socorro.

Roland miró a Susannah.

Avanzó sobre las manos para situarse en la puerta de la celda. El escuálido ser infantil del rincón lanzó su extraño chillido de pájaro y retiró las manos suplicantes, cruzándolas por los puños de forma que convirtió el gesto en una patética defensa.

—No, cielito. —Fue una Detta Walker que Susannah jamás había oído, ni tampoco había sospechado de su existencia—. No, cielito, no voy a hacerte daño, si quisiera hacerlo, te metería dos en la sesera, como lecho al joputa darriba.

Susannah vio algo en la mirada de Danville… tal vez un gesto fugaz que dejó entrever los ojos inyectados en sangre. Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Yastá, ñor Collins tá muerto. No va bajar más… ¿eign? ¿Que tá hecho, Patrick?

Arriba, acallado por la piedra, soplaba el viento. Las luces parpadearon; la casa crujió y chirrió como protesta.

—¿Qué tá hecho, chaval?

No era bueno. Él no la entendía. Ella acababa de darse cuenta cuando Patrick Danville se puso las manos en la barriga y se la aguantó. Hizo una mueca con la que quiso expresar, eso pensó ella, que se reía.

—¿Te ha hecho reír?

Patrick, acurrucado en su rincón, asintió en silencio. Retorció incluso más el gesto. Cerró las manos en puños y se las llevó a la cara. Se frotó las mejillas, luego se frotó los ojos y la miró. Susannah se dio cuenta de que tenía una pequeña cicatriz en el tabique nasal.

—También te ha hecho llorar.

Patrick asintió con la cabeza. Volvió a imitar el gesto de la risa, sujetándose la barriga y haciendo ja, ja, ja; hizo el gesto con el que imitaba el llanto, enjugándose las lágrimas de las mejillas velludas; esta vez añadió un tercer gesto de imitación, se llevaba las manos dobladas hacia la boca y hacía ruidos de ñam, ñam, con los labios.

Desde arriba y algo más atrás que Susannah, Roland dijo:

—Te ha hecho reír, te ha hecho llorar y te ha hecho comer.

Patrick sacudió la cabeza con tanta brusquedad que se dio con las paredes de piedra que eran los límites de su rincón.

—Él comía —dijo Detta—. Essos lo que tentas decir, ¿no? Dandelo comía.

Patrick asintió con energía.

—Te ha hecho reír, te ha hecho llorar y luego se comía lo que salía. Porq esos lo que hace.

Patrick volvió a asentir, y rompió a llorar. Emitía gemidos inarticulados. Susannah se abrió paso poco a poco hacia la celda, avanzando sobre las palmas de las manos, lista para retroceder si empezaba otra vez lo de los golpes en la cabeza. Pero no fue así. Cuando llegó al chico que estaba en el rincón, él apoyó la cara sobre su pecho y lloró. Susannah se volvió, miró a Roland y le dijo con la mirada que ya podía entrar.

Cuando Patrick levantó la vista para mirarla, lo hizo con una adoración muda y perruna.

—No te preocupes —dijo Susannah, Detta se había ido otra vez, seguramente espantada por toda esa cursilería—. No va a volver a por ti, Patrick,

está más tieso que la mojama, muerto como una piedra de río. Ahora quiero que hagas algo por mí. Quiero que abras la boca.

Patrick sacudió la cabeza sin dudarlo. Tenía el miedo en los ojos otra vez, y algo que a ella le disgustó más ver. Era vergüenza.

—Sí, Patrick, sí. Abre la boca.

Sacudió la cabeza con brusquedad, su largo pelo grasiento golpeaba a ambos lados como las tiras de un mocho.

—¿Qué…? —preguntó Roland.

—Chitón —le ordenó Susannah—. Abre la boca, Patrick, y muéstranoslo. Luego te sacaremos de aquí y no tendrás que volver nunca más aquí abajo. No tendrás que volver a ser la cena de Dandelo.

Patrick la miró, suplicante, pero Susannah se limitó a devolverle la mirada. Al final Patrick cerró los ojos y abrió poco a poco la boca. Tenía los dientes, pero no tenía la lengua. En algún momento, Dandelo tuvo que cansarse de la voz de su prisionero, o de las palabras que pronunciaba, y se la había arrancado.

SIETE

Pasados veinte minutos, los dos estaban en la puerta de la cocina, contemplando cómo Patrick Danville disfrutaba de un cuenco de sopa. Al menos la mitad del contenido había acabado en la camisa gris del muchacho, pero Susannah pensó que no pasaba nada; había sopa para dar y regalar, e incluso más camisas en la única habitación de la cabaña. Por no hablar de la pesada parka de Joe Collins que estaba colgada en el gancho de la entrada, y Susannah esperaba que Patrick la utilizara desde ese momento. En cuanto a los restos de Dandelo, es decir, Joe Collins, los habían envuelto en tres mantas y los había tirado sin ceremonia alguna a la nieve.

Susannah dijo:

—Dandelo era un vampiro que se alimentaba de emociones en lugar de sangre. Patrick… Patrick era su vaca. Hay dos formas de obtener alimento de una vaca: de la carne o de la leche. El problema de la carne es que, en cuanto te has comido los mejores cortes, los cortes no tan buenos, y luego has hecho un estofado, se acabó. Sin embargo, si solo le sacas la leche, puede durarte para siempre… suponiendo que le des de comer algo a la vaca de vez en cuando.

—¿Cuánto tiempo crees que puede haber estado encerrado aquí abajo? —preguntó Roland.

—No lo sé. —Pero recordó el polvo del banco de acetileno, lo recordó con total claridad—. Pero bastante tiempo de todas formas. Un período que se le debe haber hecho eterno.

—Y doloroso.

—Mucho. Tanto como le debe haber dolido cuando Dandelo le arrancó la lengua al pobre muchacho, supongo que lo de chupar la sangre emocional duele más. Ya ves cómo está.

Desde luego que Roland lo veía. No podía ver otra cosa.

—No podemos sacarlo con esta tormenta. Aunque le pongamos tres capas de ropa, estoy seguro de que lo mataríamos.

Susannah hizo un gesto de asentimiento. Ella también estaba segura. De eso y de algo más: ella no podía quedarse en la casa. Eso la mataría.

Roland estuvo de acuerdo cuando se lo comentó.

—Acamparemos fuera, en el granero de más allá hasta que la tormenta se acabe. Hará frío, pero predigo un par de posibles ventajas: Mordred puede llegar y Lippy puede volver.

—¿Los matarás a los dos?

—Sea, si puedo. ¿Tenéis algún problema con eso?

Ella lo pensó y luego sacudió la cabeza.

—Está bien. Vamos a reunir lo que nos llevaremos, porque no tendremos fuego durante dos días al menos. Puede que hasta cuatro.

OCHO

Resultó que pasaron tres noches y dos días antes de que la ventisca se ahogara por su propia virulencia y se agotara. Casi en el ocaso del segundo día, Lippy salió cojeando entre la tormenta y Roland le metió una bala en la pala ciega que tenía por cabeza. Mordred no llegó a aparecer, aunque Susannah tenía la sensación de que estaba merodeando por allí cerca la segunda noche. Puede que Acho tuviera la misma sensación, porque se quedó en la entrada del granero, ladrando con fuerza a la nieve levantada por el viento.

Durante esos días, Susannah averiguó mucho más sobre Patrick Danville de lo que esperaba. Su mente había quedado gravemente dañada por el período de

cautiverio, y eso no le sorprendía. Lo que sí la sorprendió fue la capacidad de recuperación del muchacho, pese a lo limitada que pudiera ser. Susannah se preguntó si ella podría haberse recuperado tras un órdago así. Puede que el talento del chico tuviera algo que ver con esa capacidad. Susannah había visto ese talento con sus propios ojos, en el despacho de Sayre.

Dandelo había dado a su prisionero la cantidad mínima de comida para mantenerlo con vida, y le había robado las emociones de forma constante: dos veces por semana, a veces tres, y de vez en cuando, incluso cuatro. En cada ocasión, Patrick se convencía de que la vez siguiente lo mataría, que aparecería alguien. Solo en el último período, Patrick se había ahorrado los peores expolios de Dandelo, pues había tenido más «visitas» que de costumbre. Más tarde, esa misma noche, Roland le contó a Susannah, cuando se habían acostado en el pajar, que creía que las últimas víctimas de Dandelo tenían que haber sido los exiliados que huían de Le Casse Roi Russe o del pueblo que la circundaba. Susannah no pudo más que sentir compasión al pensar en esos refugiados: «El Rey se ha ido, así que será mejor que nos demos el pire mientras podamos. Al fin y al cabo, el Gran Rojo puede tener la idea de volver, y se le ha ido la olla, le faltan unos tornillos, tiene un ascensor que ya no llega a la azotea».

En ciertas ocasiones, Joe había adoptado su verdadera apariencia de Dandelo delante de su prisionero y entonces se comía el terror que sentía el chico a resultas de verlo. Pero quería mucho más que terror de su vaca cautiva. Susannah supuso que cada emoción debía de tener un sabor peculiar: como comer carne de cerdo un día, pollo al día siguiente y pescado al siguiente.

Patrick no podía hablar, pero sí gesticular. Y podía hacer algo más, en cuanto Roland les hubo enseñado un extravagante hallazgo que había hecho en la despensa. En una de las baldas más altas había una pila de gigantescos cuadernos de dibujo con la marca MICHELANGELO, ESPECIALES PARA CARBONCILLO. No tenían carboncillo, pero cerca de los cuadernos había un montón de lápices nuevecitos del dos de Eberhard-Faber cogidos con una goma de pollo. Lo que convertía el hallazgo en algo verdaderamente extravagante era el hecho de que alguien (seguramente Dandelo) había cortado con sumo cuidado la goma de todos los lápices. Las gomas estaban almacenadas en un tarro de cristal junto a los lápices, además de unos cuantos clips y un sacapuntas que parecía el silbato dibujado en el reverso de los pocos platos Oriza que quedaban de Calla Bryn Sturgis. Cuando

Patrick vio los cuadernos, su mirada siempre apagada se iluminó y alargó ambas manos con ansia por tenerlos, emitiendo gritos de impaciencia.

Roland miró a Susannah, quien se encogió de hombros y dijo:

—Veamos qué puede hacer. Yo ya me hago una idea bastante clara, ¿y tú?

Resultó que podía hacer muchas cosas. La habilidad para el dibujo de Patrick Danville era poco menos que maravillosa. Y sus dibujos le otorgaban toda la voz que necesitaba. Los producía con rapidez y con placer evidente; no parecía molesto en absoluto por su desgarradora claridad. En un dibujo se veía a Joe Collins troceando con un machete la nuca de un visitante inesperado, con los labios metidos hacia dentro y con una sonrisa grotesca de deleite. Junto al punto de impacto el chico había escrito *¡CHAS!* y *¡SPLASH!* y con grandes letras de cómic. Por encima de la cabeza de Collins, Patrick había dibujado un bocadillo de pensamiento con las palabras **¡T'HE PILLAO, BACALAO!** dentro. En otra imagen se veía al mismísimo Patrick, tendido en el suelo, reducido a la indefensión por la risa que estaba pintada con terrible detallismo (no había necesidad de añadir los **JA, JA, JA** que estaban repartidos sobre su cabeza), mientras Collins estaba de pie junto a él con las manos en los muslos, observándolo. Patrick giró la hoja del dibujo y rápidamente hizo otro en el que se veía a Collins de rodillas, con una mano agarrando a Patrick por el pelo con los labios cerrados justo enfrente de la sonrisa de Patrick, de boca con gesto agonizante. Rápidamente, en un único movimiento practicado (la punta del lápiz jamás abandonaba el papel), el muchacho dibujó otro bocadillo de tira cómica sobre la cabeza del hombre y luego escribió siete letras y cuatro signos de exclamación a cada lado.

—¿Qué dice? —preguntó Roland, fascinado.

—«¡Ñam, qué rico!» —respondió Susannah. Su voz sonó susurrante y disgustada.

Salvo por esa cuestión, Susannah podría haberse quedado horas mirando cómo dibujaba; de hecho, así lo hizo. La velocidad del lápiz resultaba espeluznante, y ninguno de ellos pensó jamás en pasarle una de las gomas mutiladas, porque no parecía necesitarlas. Por lo que Susannah pudo ver, el chico o bien nunca cometía un error, o incorporaba los errores en sus dibujos de forma tal que los convertía, bueno, ¿por qué fijarse solo en las palabras si eran las que tocaban?, pequeños actos de genialidad. Y los dibujos resultantes no eran esbozo, en realidad no, sino obras de arte acabadas en sí mismas. Susannah sabía

de lo que Patrick, este o un Patrick de otro mundo del Camino del Haz, sería capaz de hacer con los óleos, y ese conocimiento le hizo sentir frío y calor al mismo tiempo. ¿Qué tenían allí? ¿Un Rembrandt sin lengua? Se le ocurrió que ese era su segundo sabio idiota. El tercero, si contaban a Acho y a Sheemie.

Susannah solo pensó en una ocasión en la falta de interés por las gomas, y lo atribuyó a la arrogancia del genio. Ni por un segundo se le ocurrió, ni a Roland, que esta versión joven de Patrick Danville no supiera todavía que existía algo como las gomas.

NUEVE

Cuando se acercaban al final de la tercera noche, Susannah se despertó en el espacio diáfano, miró a Patrick, que yacía dormido junto a ella, y bajó por la escalera. Roland estaba de pie en la entrada del granero, fumando un cigarrillo y contemplando el exterior. La nieve había parado. Una luna tardía hizo aparición, y convirtió la nieve recién caída en el Camino de la Torre en una tierra plagada de destellos de belleza callada. La atmósfera era tranquila y tan fría que Susannah sentía que la humedad de la nariz empezaba a resquebrajarse. En la distancia escuchó el sonido de un motor. Cuando escuchó con más atención, le pareció que se estaba acercando. Le preguntó a Roland si sabía qué podía ser o qué podía suponer para ellos.

—Creo que es probable que sea el robot llamado Bill Tartaja, que está haciendo su turno de tarde de limpieza del camino —dijo—. Puede que tenga una de esas cosas de antenas en la cabeza, como los lobos. ¿Te acuerdas?

Se acordaba muy bien, y lo dijo.

—Puede que tenga alguna especie de alianza especial con Dandelo —respondió Roland—. No creo que sea posible, pero no sería lo más raro que podría ocurrir. Prepárate para tener uno de tus platos preparados por si se presenta. Y yo estaré preparado con mi pistola.

—Pero no crees que sea posible. —Susannah quería tener una certeza del cien por cien en este aspecto.

—No —respondió Roland—. Nos llevaría, tal vez hasta la mismísima Torre. Y aunque no fuera así, podría llevarnos hasta la frontera de las Tierras Blancas. Eso estaría bien, porque el chico sigue estando débil.

Esto suscitó una pregunta a Susannah.

—Lo llamamos muchacho porque parece un muchacho —dijo—. Pero ¿cuántos años crees que tiene?

Roland sacudió la cabeza.

—Seguro que no tiene menos de dieciséis o diecisiete, pero también podría tener treinta. El tiempo era extraño cuando los Haces sufrían ataques, y daba extraños saltos y retorcijones. Lo puedo asegurar.

—¿Stephen King lo puso en nuestro camino?

—No puedo asegurarlo, solo sé que lo conocía, eso seguro. —Hizo una pausa—. ¡La Torre está tan cerca! ¿Lo sientes?

Susannah lo sentía, y todo el tiempo. Algunas veces era una pulsión, algunas veces era un canto, y muy a menudo eran ambos. Y la Polaroid todavía colgaba en la pared de la cabaña de Dandelo. Eso, al menos, no había sido parte de la atracción. Todas las noches, en sus sueños, al menos una vez, vio la Torre en esa fotografía, que se alzaba al final de su campo de rosas, con piedra de color gris hollín sobre un cielo turbulento donde las nubes se ramificaban en todas direcciones, junto con los dos Haces que todavía aguantaban. Susannah entendía lo que decían las voces —«commala, commala, commala-ven-ven»—, pero no creía que se lo cantaran a ella o para ella. No, digamos no, digamos nunca en la vida; esa era la canción de Roland, de Roland y de nadie más. Pero ella había empezado a albergar la esperanza de que eso no significara necesariamente que ella iba a morir entre ese momento y el final de la búsqueda.

Había estado teniendo sus propios sueños.

DIEZ

Menos de una hora después de que saliera el sol (con decisión en el este, y todos decimos gracias), un vehículo color naranja, una mezcla de camión y bulldozer, apareció por el horizonte y se acercó poco a poco aunque con regularidad hacia ellos, echando un tremendo montón de nieve recién caída hacia la derecha, lo que convirtió el alto banco de nieve en algo incluso más alto. Susannah supuso que al llegar al cruce de caminos de Camino de la Torre y Odd Lane, Bill Tartaja (que casi con total seguridad había sido el encargado de quitar la nieve) habría dado la vuelta y había despejado el camino hacia el otro lado. Puede que se detuviera allí por norma, no para tomar un café sino para echarse un chorro nuevo de aceite o algo así. Sonrió al pensarlo y otra cosa también. Había un

altavoz colocado en la capota del taxi y sonaba una canción de rock and roll que ella conocía. Susannah rio encantada:

—«California Sun», The Rivieras. ¡Oh, suena de maravilla!

—Si tú lo dices —admitió Roland—. Vos seguid aguantando vuestro plato.

—Puedes contar con ello —respondió Susannah.

Patrick se había unido a ellos. Como siempre desde que Roland los había encontrado en la despensa, llevaba el cuaderno de dibujo y un lápiz. En ese momento escribió una sola palabra con letras mayúsculas y le pasó la hoja a Susannah, pues sabía que Roland podía leer solo un poco de lo que escribía, incluso aunque estuviera escrito con letras grandes de verdad. La palabra en la esquina inferior de la libreta de dibujo era BILL. Estaba debajo de un dibujo impresionante de Acho, con un bocadillo de cómic encima de la cabeza que decía ¡GUAU! ¡GUAU! Había tachado ligeramente todo eso para que ella no creyera que era lo que Patrick quería que viera. La línea con forma de X le rompió el corazón, porque el dibujo que estaba debajo de ese cruce de líneas era la viva copia de Acho.

ONCE

El arado subió hasta la puerta de la cabaña de Dandelo, y aunque el motor continuaba sonando, la música se había apagado. Del asiento del conductor bajó, con la gracia de un elefante, un robot alto (como mínimo unos dos metros y medio) de cabeza brillante, que se parecía bastante a Nigel de la Estación Experimental Arco 16 y a Andy de Calla Bryn Sturgis. Levantó sus brazos metálicos y puso sus metálicas manos en las caderas de una forma que a Eddie podría haberle recordado a C3PO de George Lucas, si Eddie hubiera estado allí. El robot habló con una voz amplificada que se alejó rodando por los campos nevados:

—¡HOLA, JO-JOE! ¿QUÉ PA-PA-SA? ¿CÓMO VAN ESAS BRO-BRO-BRO-MAS?

Roland salió de los antiguos aposentos de Lippy.

—Salve, Bill —dijo con suavidad—. Largos días y placenteras noches.

El robot se volvió. Los ojos le brillaban de color azul. Susannah lo consideró como un gesto de sorpresa. No demostró estar alarmado, pero ella ya se había dado cuenta de la antena que le salía del centro de la cabeza, que no paraba de

dar vueltas bajo la intensa luz de la mañana, y tuvo la certeza de poder rebanarla con un Oriza si era necesario. Tranquila chata que no mata, habría dicho Eddie.

—¡Ah! —exclamó el robot—. Una arti-ti-ti-lla, ar-ti-tilla, llaaa… —Levantó un brazo que no tenía una sola articulación en el codo, sino dos, y se golpeó la cabeza. Del interior llegó un silbidito, piiii, y luego terminó—: ¡Un pistolero!

Susannah rio. No pudo evitarlo. Había recorrido todo ese camino para toparse con una versión de tamaño exagerado del cerdito Porky. «Eso, eso, eso, es, toto, toto, toto-do amigos».

—He oído rumores sobre esa ti-ti-ti-tierra —dijo el robot pasando por alto la risa de Susannah—. ¿Eres Ro-Ro-Ro-Roland de Gilead?

—Ese soy yo —respondió Roland—. ¿Y tú?

—William, D-746541-M, Robot de Mantenimiento, Muchas Otras Funciones. Joe Collins me llama Bill el Tar-tar-tar-tartaja. Tengo un *sircuito* chamuscado aquí dentro. Podría arreglarlo, pero me lo pro-pro-pro-prohibieron. Y como es el único humano que hay por aquí… o era… —Dejó de hablar. Susannah escuchó con bastante claridad el traqueteo de los relés en alguna parte del interior del robot y lo que pensó es que no era C3PO, a quien jamás había visto, sino Robby el Robot de *Planeta prohibido*.

Entonces Bill Tartaja la conmovió bastante al llevarse una mano de metal a la frente y hacer una reverencia… pero no se la dedicó ni a ella ni a Roland. Dijo:

—¡Salve, Patrick Dan-Danville, hijo de So-So-Sonia! ¡Es bueno verte en el exterior, a la lu-lu-luz del día, claro! —Y Susannah pudo apreciar con toda claridad la emoción en la voz de Bill. Era verdadera alegría, y se sintió mejor al bajar el plato.

DOCE

Garlaron en el patio. Bill había querido entrar en la cabaña, porque tenía un sistema olfativo rudimentario. Los hum estaban mejor equipados y sabían que la cabaña apestaba y ni siquiera estaba caliente como para recomendarla, porque tanto el mobiliario como el fuego estaban acabados. En cualquier caso, la garla no duró mucho. William el Robot de Mantenimiento (Muchas Otras Funciones) había contado con el ser que a veces se hacía llamar Joe Collins para que fuera su amo, pues no había nadie más a quien endosarle el trabajo. Además Collins/Dandelo tenía las palabras decodificadoras necesarias.

—No, no, no estaba au-au-au-torizado a darle las pa-pa-papalabras de-co-codificadoras cuando me las pre-preguntó —dijo Bill Tartaja—, pero mi pro-pro-programación no me pro-prohibía entregarle cier-ciertos ma-manuales donde estaba la ininformación que necesitaba.

—La burocracia es una maravilla —comentó Susannah.

Bill dijo que se había mantenido lejos de «Jo-Jo-Joe» siempre que había podido (y durante el mayor tiempo que había podido), aunque se había visto obligado a volver cuando era necesario despejar el Camino de la Torre, eso también estaba en su programación, y una vez al mes llevaba las provisiones (comida en conserva, sobre todo) desde lo que llamaba «la Federal». También le gustaba ver a Patrick, que en una ocasión le había dado a Bill una foto maravillosa de sí mismo que solía mirar a menudo (y de la que había hecho muchas copias). Aun así, cada vez que acudía a aquel lugar, les dijo a modo de confidencia, estaba seguro de que no encontraría a Patrick, de que estaría muerto y tirado con descuido por el bosque, en la parte trasera, en dirección a un lugar que Bill llamaba «las Yer-yer-yermas», como si se tratase de un desperdicio inservible. Pero ahora estaba vivo y libre, y Bill se sentía encantado.

—Porque tengo e-e-emociones ru-ru-rudimentarias —dijo, y a Susannah le pareció alguien que reconocía una mala costumbre.

—¿Necesitas palabras decodificadoras para nosotros, para poder aceptar nuestras órdenes? —preguntó Roland.

—Sí, sai —respondió Bill Tartaja.

—Mierda —murmuró Susannah. Tuvieron un problema parecido con Andy, en Calla Bryn Sturgis.

—Sin-sin-sin embargo —dijo Bill Tartaja— si quieren emitir sus órdenes en forma de su-su-sugerencia, estoy seguro de estar en-en-en-en… —Levantó el brazo y volvió a darse un golpetazo en la cabeza. El bip volvió a oírse una vez más, pero no le salió de la boca, sino de la zona del pecho, pensó Susannah—… Encantado de cumplirlas —finalizó.

—Mi primera sugerencia es que arregles ese puto tartamudeo —dijo Roland, y luego se volvió, maravillado. Patrick se había desmayado sobre la nieve, se agarraba el vientre y reía a voces, con gritos entrecortados. Acho correteaba a su alrededor, ladrando, pero Acho era inofensivo; esta vez nadie podía robarle la felicidad a Patrick. Le pertenecía solo a él. Y a esos pocos afortunados que pudieran oírlo.

TRECE

En el bosque, más allá del cruce de caminos despejado, hacia lo que Bill habría llamado «las Yermas», un adolescente que tiembla, envuelto en pellejos apestosos y a medio raspar, contemplaba el cuarteto que estaba delante de la cabaña de Dandelo. «Moríos —pensó—. Moríos, ¿por qué no me hacéis todos un favor y os morís?». Pero no se morían y el alegre sonido de sus risas cortaba como los cuchillos.

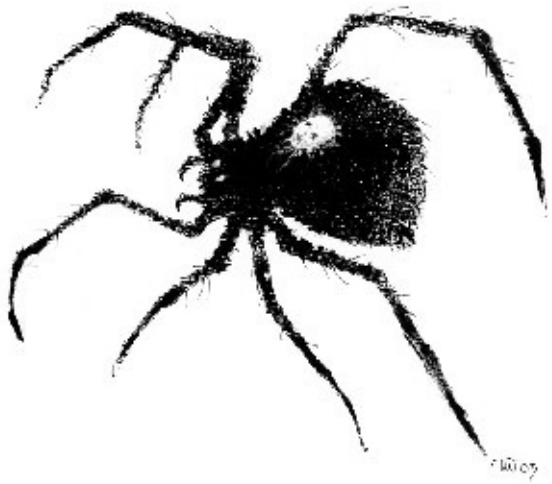
Más adelante, después de que hubieran cargado todo en la cabina del arado de Bill y se hubieran alejado, Mordred reptó hasta la cabaña. Allí se quedó durante al menos dos días, comiendo hasta hartarse conservas de la despensa de Dandelo, y comiendo también otras cosas, algo de lo que se arrepentiría durante toda su vida. Pasó esos días recuperando fuerzas, porque la gran tormenta había estado a punto de matarle. Creía que el odio lo mantenía vivo, simplemente eso.

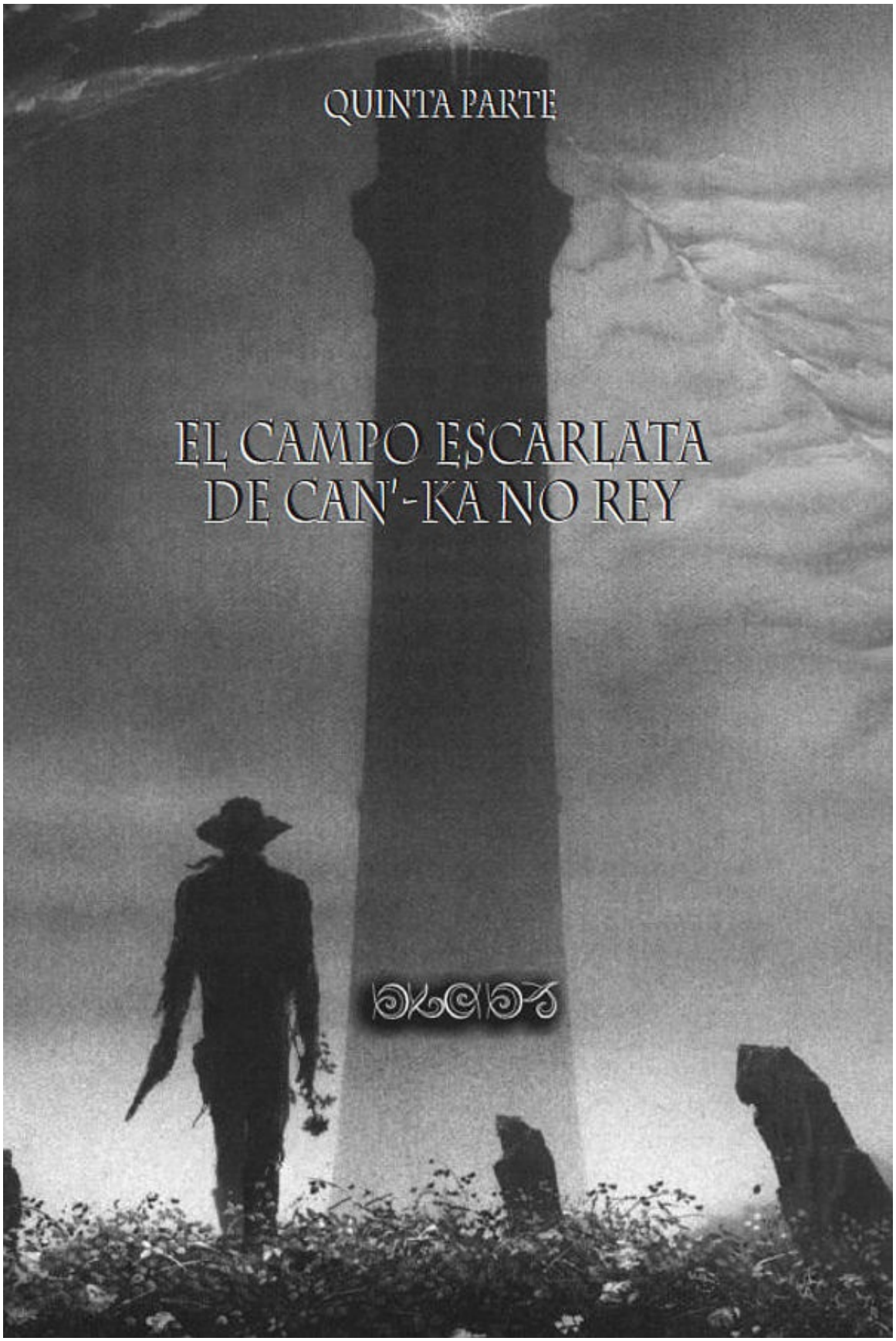
O tal vez fuera la Torre.

Pues él también lo sentía, esa pulsión, esos cantos. Pero lo que Roland, Susannah y Patrick escuchaban en un tono mayor, Mordred lo escuchaba en un tono menor. Y cuando ellos escuchaban muchas voces, Mordred escuchaba solo una. Era la voz de su Padre Rojo, diciéndole que fuera hacia él. Diciéndole que matase al niño mudo, y a la zorra mirlo, y sobre todo al pistolero de Gilead, el descuidado Papi Blanco que lo había dejado atrás. (Claro que su Papá Rojo también lo había dejado detrás, pero Mordred ni siquiera lo pensó).

Y cuando hubiera dado muerte a todos, la voz susurrante le prometió que destruirían la Torre Oscura y gobernarían en exotránsito juntos por los siglos de los siglos.

Así que Mordred comió, pues Mordred tenía jambre. Y Mordred durmió, pues Mordred tenía sueñito. Y cuando Mordred se vistió con las cálidas ropas de Dandelo y empezó desde cero el Camino de la Torre despejado, tirando de un repleto saco de artilla en un trineo que llevaba a las espaldas, sobre todo con conservas, se había convertido en un joven que tal vez aparentase veinte años, alto y esbelto y tan rubio como el sol del amanecer en verano, su forma humana tenía la única marca de la cicatriz en el costado que la bala de Susannah le había infligido, y la mancha de nacimiento en el talón. Ese talón, se lo había prometido a sí mismo, descansaría sobre el pescuezo de Roland, y pronto.




QUINTA PARTE
EL CAMPO ESCARLATA
DE CAN'-KA NO REY

CAPÍTULO I
LA HERIDA Y LA PUERTA
(ADIÓS, QUERIDA MÍA)

UNO

En los últimos días del largo viaje, después de que Bill —que ahora era Bill a secas y ya no más Bill Tartaja— los dejara en la Federal, en el límite de las Tierras Blancas, Susannah Dean empezó a sufrir ataques repentinos de llanto. Sentía los inminentes aguaceros y se excusaba ante los demás, diciendo que tenía que ir a los matorrales y hacer sus necesidades. Y allí se sentaba en algún árbol caído o puede que en el frío suelo, se llevaba las manos a la cara y dejaba fluir las lágrimas. Si Roland hubiera sabido qué estaba ocurriendo —y seguramente debía de haberse dado cuenta de sus ojos rojos cuando volvía al camino—, no habría hecho ningún comentario. Susannah suponía que Roland sabía qué ocurría.

El tiempo de Susannah en Mundo Medio, y en Mundo Final, prácticamente había llegado a su fin.

DOS

Bill los llevó en su bonita pala mecánica naranja hasta un solitario cobertizo con un letrero de letras desvaídas que decía:

PUESTO DE AVANZADA FEDERAL 19
VIGILANCIA DE LA TORRE
¡ESTÁ PROHIBIDO VIAJAR

MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO!

Susannah supuso que el Puesto de Avanzada Federal 19 estaba técnicamente todavía en las Tierras Blancas de Empática, pero la atmósfera se había calentado de forma considerable a medida que el Camino de la Torre descendía, y la nieve del suelo era poco menos que una gasilla. Las tierras que tenían a la vista estaban salpicadas de arboledas, aunque Susannah pensó que el paisaje no tardaría en quedar del todo despejado, como las praderas del Medio Oeste estadounidense. Había arbustos que con seguridad estarían cargados de bayas cuando el tiempo fuera más cálido, en esa época estaban desnudos y tambaleándose por el viento casi constante. La mayoría de cosas que veían a ambos lados del Camino de la Torre, que otrora había estado pavimentado pero que ahora había quedado reducido a poco más que un par de surcos interrumpidos, eran los altos hierbajos que asomaban a través de la fina capa de nieve. Susurraban en el viento y Susannah conocía su canción: ven-ven-commala, el viaje casi se acaba.

—No puedo ir más allá —anunció Bill, al tiempo que apagaba la pala mecánica y cortaba a Little Richard en pleno entusiasmo—. Os digo lo siento, como vosotros dijisteis en el Arco de las Tierras Fronterizas.

El viaje les había ocupado un día entero y la mitad de otro, y durante ese tiempo Bill los había entretenido con una emisión constante de lo que él llamaba «viejos clásicos de oro». Algunas de estas canciones a Susannah no le parecían en absoluto viejas; canciones como «Sugar Shack» y «Heart Wave» eran las más tocadas en la radio cuando ella regresó de sus breves vacaciones en Mississippi. Otras no las había escuchado en su vida. La música estaba almacenada no en discos ni en cintas, sino en hermosos discos plateados que Bill llamaba «ceedees». Los metía por una ranura del tablero lleno de instrumentación de la excavadora y la música salía al menos por ocho altavoces distintos. Supuso que cualquier música le habría sonado bien, pero se sintió conmovida en especial por esas dos canciones que no había escuchado nunca. Una de ellas era una de rock and roll tremendamente alegre titulado «She Loves You». La otra, triste y reflexiva, se titulaba «Hey Jude». De hecho, parecía que Roland conocía esta última; la cantaba mientras sonaba, aunque la letra que él sabía era distinta de la emitida por los numerosos altavoces de la excavadora. Cuando Susannah preguntó por la canción, Bill le dijo que eran de un grupo llamado The Bitels.

—¡Qué nombre tan curioso para una banda de rock and roll! —comentó Susannah.

Patrick, que iba sentado con Acho en el pequeño asiento trasero de la excavadora, le dio un golpecito en el hombro. Susannah se volvió y él le pasó el cuaderno con el que se las intentaba arreglar en ese momento. Debajo de un dibujo de Roland de perfil, había escrito: **BEATLES, no Bitels**.

—Es un nombre muy curioso para una banda de rock and roll sin importar cómo se escriba —comentó Susannah y eso le dio una idea—. Patrick, ¿tienes el toque? —Cuando el chico frunció el ceño y levantó las manos, como diciendo «no entiendo lo que dices», Susannah reformuló la pregunta—. ¿Puedes leerme la mente?

Patrick se encogió de hombros y sonrió. Con este gesto quería decir «no sé», aunque Susannah creía que sí sabía. Estaba convencida de que lo hacía muy bien.

TRES

Llegaron a «la Federal» casi al mediodía y allí Bill les sirvió una estupenda comida. Patrick devoró la suya y luego se echó hacia un lado con Acho enroscado a sus pies, mientras dibujaba a los demás sentados en torno a la mesa en lo que en un pasado había sido una sala de reuniones. Las paredes de esta habitación estaban cubiertas con monitores de televisión; Susannah supuso que habría unos cien o más. Deben de haberse fabricado para durar, porque algunos de ellos todavía funcionaban. En un par de ellos se veían las montañas que rodeaban el cobertizo, pero la mayoría no proyectaban más que imágenes de la nieve, y en una se veía una serie de líneas giratorias que la mareaban si las miraba durante demasiado tiempo. Las pantallas con nieve, dijo Bill, habían proyectado en el pasado imágenes de satélites en órbita alrededor de la Tierra, pero las cámaras de esos satélites se habían estropeado hacía mucho tiempo. La que tenía las líneas giratorias era más interesante. Bill les contó que, hasta hacía un par de meses, en esa pantalla se veía la imagen de la Torre Oscura. Pero, de pronto, la imagen se esfumó y se convirtió en esas líneas.

—No creo que al Rey Carmesí le gustase salir por televisión —les dijo Bill —. Sobre todo si sabía que podía tener visitas. ¿Queréis otro bocadillo? Hay muchos, os lo aseguro. ¿No? ¿Sopa, entonces? ¿Y tú, Patrick? Estás demasiado delgado, sabes… muy, muy delgado.

Patrick le dio la vuelta a su cuaderno y les enseñó un dibujo de Bill haciéndole una reverencia a Susannah, una bandeja llena de bocadillos cortados en una mano metálica, una jarra de té helado en la otra. Como todos los dibujos de Patrick, era mucho más que una caricatura, aunque lo había realizado con una velocidad manual que resultaba espeluznante. Susannah aplaudió. Roland sonrió y asintió. Patrick sonrió de oreja a oreja, manteniendo los dientes juntos para que los demás no tuvieran que ver el agujero vacío que había tras ellos. Luego giró la página y empezó un dibujo nuevo.

—Hay una flota de vehículos ahí detrás —comentó Bill—, y aunque muchos de ellos ya no funcionan, algunos sí. Puedo daros un camión con tracción en las cuatro ruedas, y aunque no puedo aseguraros que todavía funcione bien, creo que podéis contar con que os llevará al menos hasta la Torre Oscura, que no está a más de ciento veinte ruedas de aquí.

Susannah sintió un tremendo y batiente vuelco en el estómago. Ciento veinte ruedas eran ciento sesenta kilómetros, puede que un poco menos incluso. Estaban cerca, estar tan cerca resultaba espeluznante.

—No querréis subir hasta la Torre cuando anochezca —dijo Bill—. Al menos yo no lo pensaría, teniendo en cuenta a su nuevo habitante. Pero ¿qué es una noche más acampados junto al camino para unos grandes viajeros como vosotros? Me atrevería a decir que no mucho. Incluso si pasáis una noche más en el camino (a menos que tengáis alguna avería, que los dioses saben que siempre se pueden producir), tendréis vuestra meta a la vista a media mañana de mañana.

Roland lo pensó largo y tendido. Susannah tuvo que obligarse a respirar mientras el pistolero cavilaba, porque una parte de ella no quería ir.

«No estoy lista», pensaba esa parte de ella. Y había una parte más profunda, una parte que recordaba hasta el último detalle de lo que se había convertido en un sueño recurrente (y en evolución), que pensaba algo más: «Yo no quería ir en absoluto. No hasta el final».

Roland dijo:

—Te lo agradezco, Bill, todos decimos gracias, estoy seguro, pero creo que rechazaremos tu amable oferta. Si me preguntases por qué, no podría responderte. Solo que una parte de mí piensa que el día de mañana es muy pronto. Esa parte de mí cree que deberíamos realizar el resto del camino a pie, al igual que hemos viajado hasta ahora. —Inspiró hondamente y soltó el aire—: No estoy listo para llegar allí todavía. No del todo.

«Tú también —pensó Susannah, maravillada—. Tú también».

—Necesito algo más de tiempo para preparar mi mente y mi corazón. Puede que el alma. —Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó la fotocopia del poema de Robert Browning que les habían dejado en el botiquín de Dandelo—. Hay algo escrito aquí sobre recordar los tiempos pasados antes de llegar a la última batalla… o la última contienda. Está bien expresado. Y, tal vez, de verdad, lo que necesito es lo que dice este poeta… un sorbo de anteriores y más felices escenas. No sé. Pero si Susannah no tiene nada que objetar, creo que deberíamos seguir a pie.

—Susannah no tiene nada que objetar —dijo con tranquilidad—. Susannah cree que hay que hacer lo que ordene el médico. Susannah solo objeta que la lleven a rastras como una cañería rota.

Roland le dedicó una sonrisa de gratitud (aunque distraída), era como si se hubiera alejado de Susannah durante ese par de días, y luego se volvió hacia Bill.

—¿Tendrías un carro del que pudiera tirar? Porque tenemos que llevarnos al menos algo de artilla… y está Patrick. Tendrá que viajar con nosotros parte del camino.

Patrick puso cara de indignación. Levantó un brazo, cerró el puño y sacó músculo. El resultado, un diminuto huevo de oca levantado entre los bíceps del brazo con el que dibujaba, pareció avergonzarlo, pues lo bajó de inmediato.

Susannah sonrió y se agachó para darle un golpecito en la rodilla.

—No pongas esa cara, cielito. No es culpa tuya que te hayas pasado Dios sabe cuánto tiempo en esa jaula, como Hansel y Gretel en la casa de la bruja.

—Estoy seguro de que tengo algo así —dijo Bill—, y una versión que funciona con batería para Susannah. Lo que no tenga, lo puedo fabricar. Tardaría una o dos horas como máximo.

Roland estaba calculando.

—Si salimos de aquí con cinco horas de luz por delante, podríamos haber cubierto doce ruedas cuando se pusiera el sol. Lo que Susannah llamaría dieciséis o diecinueve kilómetros. Otros cinco días a una velocidad bastante tranquila nos llevaría hasta la Torre que he pasado toda la vida buscando. Llegaría allí alrededor del ocaso, si es posible, porque así es como la he visto siempre en mis sueños. ¿Susannah?

Y la voz de su interior, esa voz profunda, susurró: «Cuatro noches. Cuatro noches para soñar. Con eso debería ser suficiente. Tal vez más que suficiente». Por supuesto, el ka tendría que intervenir. De hecho, si hubieran dejado atrás su influencia, eso no habría ocurrido, no podría haber ocurrido. Sin embargo,

Susannah pensaba que el ka llegaba a todas partes, incluso a la Torre Oscura. Tal vez estaba representado por la Torre Oscura.

—Me parece bien —le dijo con un hilillo de voz.

—¿Patrick? —preguntó Roland—. ¿Y tú qué dices?

Patrick se encogió de hombros y meneó una mano en el aire en dirección a ellos, levantando la vista apenas de su cuaderno de dibujo. Lo que ellos quisieran, quería decir con ese gesto. Susannah supuso que Patrick no sabía mucho sobre la Torre Oscura, y le importaba aún menos. Y ¿por qué iba a importarle? Lo habían liberado del monstruo, y tenía el estómago lleno. Con eso le bastaba. Había perdido la lengua, pero podía dibujar para alegría de su corazón. Susannah estaba segura de que a Patrick aquello le parecía un trato justo. Y aun así… aun así…

«Él tampoco tiene que ir. Ni él, ni Acho, ni yo. Pero entonces ¿qué será de nosotros?».

Susannah no lo sabía, pero sentía una espantosa tranquilidad por ello. El ka diría. El ka y sus sueños.

CUATRO

Pasada una hora, los tres hum, el brambo y el robot Bill estaban apiñados en torno a un carrito con ruedas que parecía una versión más grande del Taxi de Lujo de Ho Fat. Las ruedas eran altas pero delgadas, y giraban de ensueño. Susannah pensó que incluso cuando estuviera lleno volaría como una pluma. Al menos mientras Roland estuviera despejado. Tirar de él colina arriba lo dejaría sin duda falto de energía durante un tiempo, pero a medida que comieran lo que llevaban, el Ho Fat II sería cada vez más ligero… además Susannah pensaba que no habría muchas colinas. Habían llegado a las tierras abiertas, a las praderas; todas las cordilleras cubiertas de nieve y de árboles habían quedado a sus espaldas. Bill le había dado un vehículo eléctrico que era más parecido a una escúter que a un carrito de golf. Sus días de ser arrastrada («como una tubería rota») habían terminado.

—Si me dais otra media hora, puedo lijar esto —dijo Bill pasando su mano de acero y tres dedos sobre el borde que había cortado de la parte delantera del pequeño carro que ahora era Ho Fat II.

—Decimos gracias, pero no será necesario —dijo Roland—. Le pondremos un par de pellejos encima y ya está.

«Está impaciente por salir —pensó Susannah—, y después de todo este tiempo, ¿por qué no iba a estarlo? Yo también estoy impaciente por salir».

—Bueno, si tú lo dices, que así sea —dijo Bill, y no pareció muy contento—. Supongo que no me gusta nada veros partir. ¿Cuándo volveré a ver hum?

Ninguno de ellos respondió a eso. No lo sabían.

—Hay una poderosa y sonora sirena en el tejado —comentó Bill, señalando a la Federal—. No sé qué clase de problema querían indicar con ella, filtraciones radioactivas, tal vez, o alguna especie de ataque, pero sí sé que el sonido llega al menos hasta cien ruedas de distancia. Más si el viento sopla en la dirección adecuada. Si viera a ese tipo que os está siguiendo, la pondré en marcha. Puede que la escuchéis.

—Gracias —dijo Roland.

—Si fuerais en un vehículo podríais adelantarlo con facilidad —comentó Bill —. Llegaríais a la Torre y no tendríais que verlo jamás.

—Eso es muy cierto —respondió Roland, pero no hizo ninguna señal de haber cambiado de opinión, y Susannah se sintió contenta.

—¿Qué haréis con el que llamas su Padre Rojo, si es que de verdad gobierna en Can’-Ka No Rey?

Roland sacudió la cabeza, aunque había hablado sobre esa posibilidad con Susannah. Pensaba que podrían rodear la Torre desde cierta distancia y llegar a sus pies desde una dirección que no fuera visible desde el balcón en que el Rey Carmesí estaba atrapado. Entonces podrían abrirse paso hacia la puerta que estaba justo debajo de él. No sabían si podrían hacerlo hasta que de verdad vieran la Torre y la disposición del terreno, por supuesto.

—Bueno, habrá agua si Dios quiere —dijo el robot antes conocido como Bill Tartaja—, o eso es lo que dice el pueblo antiguo. Y puede que os vuelva a ver, en el claro al final de la senda, si no en otro sitio. Si a los robots se les permite ir allí. Espero que sí, porque tengo muchos conocidos a los que volvería a ver.

A Susannah le sonó tan triste y desamparado que se dirigió hacia él y adelantó los brazos para que la levantara, sin pensar en lo absurdo de querer abrazar a un robot. Pero el robot la levantó y ella lo abrazó, y con bastante fervor, además. Bill era una compensación del malvado Andy, el de Calla Bryn Sturgis, y valía la pena abrazarlo por eso, aunque no hubiera otra razón. Cuando

la rodeó con sus brazos, Susannah pensó que Bill podía partirla en dos con esos brazos de acero y titanio si hubiera querido. Pero no quería. Fue delicado.

—Largos días y placenteras noches, Bill —dijo Susannah—. Que a bien tengáis, y todos lo decimos.

—Gracias, señora —respondió y la puso en el suelo—. Digo grace-gracia, digo gras-grace-gracia, biiip. —Y se dio un golpe en la cabeza y emitió un claro ruido metálico—. Digo gracias con amabilidad. —Hizo una pausa—. He arreglado el tartamudeo, digo verdad, pero como ya os he dicho, siento algunas emociones.

CINCO

Patrick los sorprendió a los dos al caminar durante casi cuatro horas junto a la escúter eléctrica de Susannah antes de cansarse y subir al Ho Fat II. Escucharon con atención para ver si oían la sirena que les advertía que Bill había visto a Mordred (o que los equipos de la Federal habían detectado su presencia), pero no la oyeron… y el viento estaba soplando en su dirección. Al atardecer, ya habían dejado atrás las últimas nieves. El terreno seguía alisándose y sus sombras se proyectaban ante ellos.

Cuando por fin se detuvieron para pasar la noche, Roland recogió suficiente maleza para encender un fuego y Patrick, que se había quedado dormido, se despertó el tiempo suficiente para disfrutar de la opípara comida consistente en salchichas vienesas y estofado de alubias. (Susannah, al ver cómo desaparecían las alubias en la boca deslenguada de Patrick, recordó desplegar sus pellejos de forma que quedase a contraviento de él cuando por fin recostase su agotada cabeza). Acho y ella también comieron con ganas, pero Roland apenas tocó su plato.

Cuando la cena hubo terminado, Patrick cogió su cuaderno de dibujo, miró su lápiz con el ceño fruncido, y le tendió una mano a Susannah. Ella sabía lo que el chico quería, y cogió el tarro de cristal de la bolsa de objetos personales que llevaba colgada en el hombro. Lo guardaba ella porque solo había un sacapuntas, y temía que Patrick pudiera perderlo. Claro que Roland podría afilar los Eberhard-Faber con su cuchillo, pero eso cambiaría la calidad de las puntas en cierto sentido. Giró el bote, y se desparramaron las gomas y los clips y el objeto requerido sobre su mano cóncava. Luego se lo pasó a Patrick, quien afiló su

lápiz con un par de rápidas vueltas, se lo devolvió y de inmediato se puso manos a la obra. Durante un instante, Susannah se quedó mirando las gomas rosas y se preguntó por qué se habría molestado Dandelo en cortarlas. ¿Para poder fastidiar al chico? De ser así, no había funcionado. Puede que si hubiera sido más mayor, cuando las sublimes conexiones entre su cerebro y sus dedos se hubieran oxidado un poco (cuando el pequeño aunque inestimablemente inteligente mundo de su talento se hubiera movido), podría necesitar las gomas. Porque en ese instante incluso sus errores seguían siendo inspiraciones.

No dibujó durante mucho tiempo. Cuando Susannah lo vio sacudir la cabeza sobre su cuaderno bajo el resplandor anaranjado del sol que se ocultaba, se lo quitó de los dedos que no se resistieron, lo acostó en la parte trasera del carro (apoyado por la parte de delante, en equilibrio, sobre un afloramiento de roca que salía del suelo), lo cubrió con los pellejos y lo besó en la mejilla.

Dormido, Patrick levantó una mano y le tocó la herida que tenía junto a la boca. Susannah hizo un gesto de dolor, luego se quedó quieta al sentir el agradable tacto. La herida había vuelto a coagularse, pero latía con fuerza y le dolía. Incluso reírse le dolía esos días. La mano cayó y Patrick se durmió.

Habían salido las estrellas. Roland las observaba absorto.

—¿Qué ves? —le preguntó Susannah.

—¿Qué ves tú? —le preguntó Roland.

Susannah contempló el celestial paisaje que iba adquiriendo luminosidad.

—Bueno —dijo—, ahí está la Vieja Estrella y la Vieja Madre, pero al parecer se han desplazado hacia el oeste. Y allí… oh, ¡Dios mío! —Susannah le puso las manos en las mejillas con barba de tres días a Roland (en realidad nunca le salía una barba de verdad, a lo más una pelusilla) y lo giró hacia sí—. Esa no estaba. Esa estaba en nuestro mundo, Roland… la llamamos ¡la Osa Mayor!

Roland asintió con la cabeza.

—Y, en una ocasión, según los libros antiguos que había en la biblioteca de mi padre, también estuvo en el firmamento de nuestro mundo. La llamaban la Osa de Lydia. Y ahora aquí está de nuevo. —Se volvió hacia Susannah, sonriendo—. Otra señal de vida y renovación. ¡Cómo debe de detestar el Rey Carmesí levantar la vista desde su confinamiento y verla surcar los cielos!

No mucho tiempo después, Susannah se quedó dormida. Y soñó.

SIETE

Vuelve a estar en Central Park, bajo un luminoso cielo gris del que vuelven a caer un par de copos de nieve más; hay corales navideñas que cantan por allí cerca, no entonan ni «Noche de Paz» ni «What Child Is This», sino la Canción del arroz: «El arroz es verdor, ved lo que nos, ved el verdor. Ven, ven, commala». Se quita la gorra con miedo de que haya cambiado de algún modo, pero sigue diciendo ¡FELIZ NAVIDAD!, y

(nada de gemelos)

se siente reconfortada.

Mira a su alrededor y allí están Eddie y Jake, sonriéndole de oreja a oreja. Llevan la cabeza al desnudo; ella tiene sus gorras. Ha mezclado sus gorras.

Eddie lleva una sudadera que dice ¡YO BEBO NOZZ-A-LA!

Jake lleva uno que dice ¡YO CONDUZCO EL TAKURO SPIRIT!

Nada de todo esto es precisamente una novedad. Lo que ella ve detrás de ellos, de pie junto a una calzada que lleva a la Quinta Avenida, sí que lo es, sin duda. Es una puerta de un metro ochenta y dos más o menos, y fabricada de sólido fustaferro, a juzgar por su apariencia. El mango de la puerta es de oro puro, y está ornamentado con una figura que la pistolera acaba reconociendo: son dos lápices cruzados. Son Eberhard-Faber del número 2, no le cabe ninguna duda. Y les han cortado las gomas.

Eddie sostiene un vaso de chocolate caliente. Es el chocolate perfecto mit schlag *encima, y un poco de nuez moscada manchando la leche.*

—Toma —dice—. Te he traído chocolate caliente.

Ella ignora la taza que le ofrecen. Se siente fascinada por la puerta.

—Es como las que había en la playa, ¿verdad? —pregunta.

—Sí —dice Eddie.

—No —dice Jake al mismo tiempo.

—Ya lo averiguarás —dicen a la vez, y se miran sonriendo entre sí, encantados.

Ella pasa por su lado caminando. Escrito sobre las puertas a través de las que los trajo Roland estaba EL PRISIONERO *y* LA DAMA DE LAS SOMBRAS *y* EL

CAMELLO. *Grabado en esta estaba*  *. Y justo debajo:*

EL ARTISTA

Ella se vuelve hacia Eddie y hacia Jake, pero han desaparecido.

Central Park ha desaparecido.

Está contemplando las ruinas de Lud, mirando las tierras baldías.

En una gélida y amarga brisa escucha unas palabras susurradas: «El tiempo… casi se ha… acabado… deprisa».

OCHO

Se despertó muerta de pánico, pensando: «Tengo que dejarle… y será mejor que lo haga antes de que pueda siquiera ver su Torre Oscura en el horizonte. Pero ¿adónde voy? Y ¿cómo puedo dejarlo para que se enfrente tanto a Mordred como al Rey Carmesí con la única ayuda de Patrick?».

Esta idea la hizo pensar en una amarga realidad: de producirse un enfrentamiento, casi sin ninguna duda Acho sería más valioso para Roland que Patrick. El brambo había demostrado su entereza en más de una ocasión y habría sido digno del calificativo de pistolero, de haber tenido una pistola para llevar colgando y una mano para tirar con ella. Sin embargo, Patrick… Patrick era… bueno, un tirador de lápiz. Era como un bólido, pero no se podía matar mucho con un Eberhard-Faber a menos que estuviera muy afilado.

Susannah se incorporó. Roland, que estaba recostado en un extremo alejado de su pequeña escúter y vigilando, no se había dado cuenta. Y ella no quería que se diera cuenta. Eso suscitaría preguntas. Volvió a recostarse, remetiéndose los pellejos y pensando en su primera caza. Recordó que el añojo de cervatillo había virado bruscamente y había corrido directamente hacia ella, y que ella lo había decapitado con el Oriza. Recordó el silbido en el aire helado, el producido cuando el viento soplaba a través del pequeño apéndice en la base del plato, el apéndice que tanto se parecía al sacapuntas de Patrick. Pensó que su mente estaba intentando establecer una especie de conexión, pero estaba demasiado cansada para saber qué podría ser. Y tal vez lo estaba intentando con demasiada concentración. De ser así, ¿qué podía hacer al respecto?

Había al menos una cosa que sí sabía, de la época que pasó en Calla Bryn Sturgis. El significado de los símbolos grabados sobre la puerta significaban: IGNOTA.

«El tiempo casi se acaba. Deprisa».

Al día siguiente empezaron sus lágrimas.

NUEVE

Había montones de arbustos tras los que podía ocultarse para hacer sus necesidades (y derramar sus lágrimas, cuando no podía aguantarlas más), pero el terreno seguía alisándose y abriéndose. En torno al mediodía de su segunda jornada en el camino, Susannah vio lo que al principio pensó que era la sombra de una nube avanzando desde muy arriba, solo que el cielo que tenían sobre sus cabezas estaba completamente despejado. Entonces la enorme mancha oscura empezó a virar de una forma que nada tenía que ver con una nube. Contuvo la respiración y detuvo su escúter eléctrica.

—¡Roland! —exclamó—. ¡Allí hay una manada de búfalos o tal vez sean bisontes! ¡Tan cierto como que hay muerte e impuestos!

—Sea, ¿lo dices en serio? —preguntó Roland, solo con interés pasajero—. Lo llamábamos *condumios* hace tiempo. Es una manada generosa.

Patrick estaba de pie en la parte trasera del Ho Fat II, dibujando como loco. Cambió la forma de agarrar el lápiz que estaba utilizando, lo agarraba por la barra amarilla sobre la palma y sombreaba con la punta del dedo. Susannah casi olía el polvo levantándose de la manada mientras Patrick la dibujaba con su lápiz. Sin embargo, a ella le parecía que Patrick se había tomado la libertad de acercar unos ocho o incluso dieciséis kilómetros la manada, a menos que su visión fuera mucho más aguda que la de Susannah. Eso era perfectamente posible, pensó ella. En cualquier caso, la vista de Susannah se había adaptado y veía mejor. Sus enormes cabezotas tambaleantes. Incluso sus negros ojos.

—No ha habido una manada de búfalos así de grande en Estados Unidos desde hace al menos un siglo —comentó ella.

—¿Sea? —Seguía siendo interés por cortesía—. Pero aquí hay un montón debo decir. Si un pequeño tet de ellos se pone a tiro, cazaremos un par. Me gustaría comer un poco de carne fresca que no sea de ciervo. ¿Y a ti?

Susannah dejó que su sonrisa respondiera por ella. Roland le correspondió. Y Susannah volvió a pensar que pronto no volvería a verlo más, ese hombre del que había creído que era o bien una visión o bien un demonio antes de haberlo conocido tanto an-tet como dan-dinh. Eddie estaba muerto, Jake estaba muerto, y pronto no volvería a ver a Roland de Gilead. ¿Él también moriría? ¿Y ella?

Miró hacia el fulgor del sol, deseando que Roland malinterpretase la razón de sus lágrimas si las veía. Y avanzaron hacia el sudeste de esa vasta y vacía tierra, hacia el latido siempre creciente que era la Torre en el eje de todos los mundos y del mismísimo tiempo.

Latido, latido, latido.

Ven-ven-commala, el viaje casi se acaba.

Esa noche ella se encargó del primer turno de vigilancia, después despertó a Roland a medianoche.

—Creo que está por ahí fuera —dijo Susannah señalando hacia el noroeste. No era necesario ser más concreto, solo podía ser Mordred. Todos los demás habían desaparecido—. Vigila bien.

—Lo haré —respondió Roland—. Y si oyes un disparo, despierta con cuidado. Y deprisa.

—Puedes contar con ello —respondió Susannah y se acostó en la hierba seca detrás de Ho Fat II. Al principio no estaba segura de poder quedarse dormida; seguía inquieta por la idea de ese otro enemigo en los alrededores. Pero se durmió.

Y soñó.

DIEZ

El sueño de la segunda noche es a un tiempo igual y distinto al sueño de la primera. Los elementos principales son exactamente los mismos: Central Park, el cielo gris, copos de nieve, voces corales (esta vez canturrean «Come Go With Me», el viejo éxito de Del-Vikings), Jake (¡YO CONDUZCO EL TAKURO SPIRIT!) y Eddie (que en esta ocasión lleva una sudadera que dice ¡CLICK! ES UNA CÁMARA SHINNARO). Eddie tiene chocolate caliente, pero no se lo ofrece a Susannah. Ella aprecia la ansiedad no solo en sus rostros, sino en el par de cuerpos en tensión. Esa es la principal diferencia en este sueño: hay algo que ver, o algo que hacer,

o tal vez sean las dos cosas. Sea lo que sea, ellos esperan que ella vea o haga algo en este momento y creen que se está retrasando.

A Susannah le asalta una pregunta bastante espantosa: ¿la están retrasando a propósito? ¿Hay algo aquí a lo que ella no quiera enfrentarse? ¿Podría ser posible que la Torre Oscura esté jodiendo las comunicaciones? Está claro que es una idea estúpida, estas personas que está viendo no son más que fruto de su nostálgica imaginación; ¡están muertos! Eddie por un disparo, Jake después de ser atropellado por un coche… uno muerto en este mundo, el otro en Mundo Piedra Angular, donde la diversión es diversión y lo hecho, hecho está (tenía que estar hecho, porque el tiempo siempre avanza en una sola dirección) y Stephen King es su poeta premiado.

Aun así, Susannah no puede negar esa mirada en sus rostros, esa mirada de pánico que es como si le dijera: «Lo tienes, Suze, tienes lo que queremos enseñarte, tienes lo que necesitas saber. ¿Vas a dejar que se te escape? En el cuarto cuarto. Es el cuarto cuarto y el reloj marca las horas y continuará haciéndolo, tiene que continuar haciéndolo porque se han agotado todos tus tiempos muertos. Tienes que darte prisa… prisa…».

ONCE

Se despertó de golpe con un grito ahogado. El alba estaba a punto de despuntar. Se pasó una mano por la frente y le quedó empapada de sudor.

«¿Qué quieres que sepa, Eddie? ¿Qué tienes que hacerme saber?».

No había respuesta para esta pregunta. ¿Cómo iba a haberla? «Sañó Dean, ha palmado», pensó y se tumbó. Se quedó en esa posición durante una hora, pero no pudo volver a dormir.

DOCE

Al igual que el Ho Fat I, el Ho Fat II tenía unas manillas. A diferencia de las asas del Ho Fat I, estas eran adaptables. Cuando Patrick tenía ganas de caminar, las manillas se apartaban para que él pudiera tirar de una y Roland de la otra. Cuando a Patrick le apetecía viajar en el vehículo, Roland juntaba las manillas y podía tirar solo del carro.

Se detuvieron a mediodía para comer. Cuando terminaron, Patrick se arrastró hasta la parte trasera del Ho Fat II para dormir un poco. Roland esperó hasta que escuchó al chico (porque así es como continuaba pensando en él, sin importar la edad que tuviera) roncar, entonces se volvió hacia Susannah.

—¿Qué os aflige, Susannah? Debéis contármelo. Debéis contármelo dan-dinh, aunque ya no haya tet y yo ya no sea tu dinh. —Roland sonrió, pero la tristeza en esa sonrisa fue tal que ella no pudo seguir conteniendo las lágrimas. Ni la verdad.

—Si todavía sigo contigo cuando veamos tu Torre, Roland, las cosas han salido mal.

—¿Mal? ¿Cuánto? —le preguntó.

Ella sacudió la cabeza y rompió a llorar con mayor intensidad.

—Se supone que tenía que haber una puerta. La Puerta Ignota. Pero ¡yo no sé cómo encontrarla! Eddie y Jake me visitan en sueños y me dicen que lo sé, me lo dicen con la mirada, pero yo no lo sé, ¡juro que no lo sé!

Roland la cogió en brazos, la levantó y la besó en la sien. En la comisura de los labios; la herida palpitó y le ardió. No estaba sangrando, pero había empezado a crecer una vez más.

—Que sea lo que tenga que ser —dijo el pistolero, como una vez le dijo su madre—. Que sea lo que tenga que ser y chitón, y que se encargue el ka.

—Has dicho que lo habíamos adelantado.

Roland la acunó entre sus brazos, la acunó y era agradable. Era relajante.

—Me he equivocado —dijo—. Y vos lo sabéis.

TRECE

Era el primer turno de vigilancia de Susannah durante las primeras horas de la tercera noche, y estaba mirando hacia atrás, en dirección al noroeste por el Camino de la Torre, cuando una mano la agarró por el hombro. El terror se apoderó de su mente como el muñeco que sale por sorpresa de una caja, y se volvió

(«¡está detrás de mí oh Dios mío Mordred ha conseguido ponerse detrás de mí y es la araña!»)

dirigiendo la mano hacia la pistola del cinto para sacarla de allí.

Patrick se apartó de ella, con el rostro también invadido por el terror, levantando las manos para protegerse. Si hubiera gritado, sin duda habría despertado a Roland, y entonces todo habría sido distinto. Pero estaba demasiado asustado para gritar. Emitió un sonido grave que le salió de la garganta y eso fue todo.

Susannah guardó la pistola, le mostró las manos vacías a Patrick, luego lo atrajo hacia sí y lo abrazó. Al principio el chico estaba tieso contra el cuerpo de Susannah —asustado todavía—, aunque, después de un rato se relajó.

—¿Qué ocurre, cariño? —le preguntó en voz baja. Luego, utilizando una expresión de Roland sin ni siquiera percatarse dijo—: ¿Qué os aflige?

Patrick se alejó de ella y señaló con el dedo hacia el norte. Durante un instante ella siguió sin entender nada, y entonces vio las luces naranjas bailando y moviéndose con rapidez. Consideró que, como mínimo estaban a unos ocho kilómetros y le costaba creer que no las hubiera visto antes.

Seguía hablando en voz baja para no despertar a Roland y dijo:

—No son más que luces. Roland las llama hornillos. Son como descargas eléctricas, o algo así.

Sin embargo, Patrick no tenía ni idea de lo que era una descarga eléctrica; ella se dio cuenta por su mirada insegura. Susannah empezó a hablar de nuevo para decirle que no podían hacerle daño, y, de hecho, eso era lo más cerca que jamás habían estado los hornillos. Incluso cuando se volvió a girar para mirarlos, empezaron a alejarse entre danzas y, pronto, la mayoría de ellos, habían desaparecido. O tal vez ella creyera que habían desaparecido. En algún tiempo se habría aferrado a esa idea, pero ya no.

Patrick empezó a tranquilizarse.

—¿Por qué no vuelves a acostarte, cielito? Tienes que descansar. —Y ella también lo necesitaba, pero lo temía. En cuanto despertase a Roland y se quedase dormida, el sueño llegaría. Los fantasmas de Jake y de Eddie la mirarían, con más impaciencia que nunca. Porque querían que ella supiera algo que no sabía, que no podía saber.

Patrick sacudió la cabeza.

—¿Todavía no tienes sueño?

El chico volvió a sacudir la cabeza.

—Bueno, entonces, ¿por qué no dibujas un poco? —El dibujo siempre lo tranquilizaba.

Patrick sonrió y asintió con la cabeza, y volvió al Ho Fat a buscar el

cuaderno de dibujo que estaba utilizando en ese momento, y lo hizo dando unos exagerados pasitos de puntillas para no despertar a Roland. Eso hizo reír a Susannah. Patrick siempre quería dibujar; ella supuso que una de las cosas que lo mantuvo vivo en el sótano de la cabaña de Dandelo fue saber que, de vez en cuando, el muy asqueroso le daría un cuaderno de dibujo y uno de los lápices. Era tan adicto como Eddie en sus peores tiempos, solo que la droga de Patrick era una delgada raya de grafito.

El chico se sentó y empezó a dibujar. Susannah retomó su vigilancia, pero no tardó en sentir un extraño hormigueo en el cuerpo, como si alguien la estuviera vigilando a ella. Pensó que volvía a tratarse de Mordred, y entonces sonrió (y eso le dolió; siempre dolía ahora que la herida se estaba hinchando). No era Mordred, sino Patrick. Patrick la estaba vigilando.

Patrick la estaba dibujando.

Susannah se quedó sentada en la misma postura durante al menos veinte minutos y luego le pudo la curiosidad. Para Patrick hubieran bastado veinte minutos para dibujar la *Mona Lisa*, y puede que la basílica de San Pablo en el fondo de regalo. Ese hormigueo era muy raro, no era algo psicológico, sino físico.

Susannah se acercó a Patrick, pero el chico se puso el cuaderno contra el pecho con una timidez poco típica de él. Aunque quería que ella lo viera; se le veía en la mirada. Era prácticamente una mirada de enamorado, aunque Susannah creía que se había enamorado de su dibujo.

—Vamos, caramelito —dijo ella y puso la mano sobre el cuaderno. Aunque no se lo quitó, ni siquiera aunque él quisiera que lo hiciera. Él era el artista; tenía que ser decisión de él y solo de él enseñar o no su obra—. ¿Por favor?

Patrick sujetó durante unos minutos más el cuaderno contra el pecho. Entonces, con timidez, sin mirarla, se lo pasó. Ella lo cogió y se contempló a sí misma. Durante un instante se quedó sin respiración, así de bueno era el dibujo. Los ojos abiertos como platos. Los pómulos salientes, que su padre llamaba «esas joyas de Etiopía». Los labios carnosos, que Eddie adoraba besar. Era ella, era ella en carne y hueso… aunque era más que ella. Jamás habría imaginado que el amor podía resplandecer con tal maravillosa desnudez a partir de las líneas trazadas por un lápiz, pero allí estaba el amor, oh digo verdad, ¡digo tanta verdad!; el amor del chico hacia la mujer que lo había salvado, que había tirado de él cuando estaba en el hoyo oscuro donde, de no haber llegado ella, habría muerto. El amor por ella como madre, el amor por ella como mujer.

—Patrick, ¡es maravilloso! —exclamó.

Él la miró con impaciencia. Con recelo. «¿De verdad?», le preguntaba su mirada, y ella se dio cuenta de que solo el chico —el pobre y necesitado Patrick que llevaba en el interior, que había vivido con ese don desde que nació y lo daba por sentado—, podía dudar de la belleza de su creación. Dibujar lo hacía feliz; eso era lo único que siempre había sabido. Esos dibujos podían hacer felices a otros… haría falta algún tiempo para que se acostumbrase a esa idea. Susannah volvió a preguntarse cuánto tiempo lo habría retenido Dandelo, y cómo se habría encontrado el malvado ser con Patrick para empezar. Supuso que jamás lo averiguaría. Mientras tanto, parecía muy importante convencerlo de su propia valía.

—Sí —respondió ella—. Sí, es maravilloso. Eres un gran dibujante, Patrick. Contemplar este dibujo hace que me sienta bien.

En esta ocasión, el chico olvidó mantener los dientes apretados. Y esa sonrisa, sin importar que no mostrase una lengua, fue tan maravillosa que Susannah se la habría comido. Hizo que todos sus miedos y angustias parecieran nimias y triviales.

—¿Puedo quedármelo?

Patrick asintió con entusiasmo. Hizo un movimiento de arrancar la hoja con una mano y la señaló. «Claro, arráncalo, tómalo, quédatelo».

Ella iba a hacerlo y se detuvo. El amor de Patrick (y su lápiz) la habían hecho bella. Lo único que estropeaba esa belleza era el manchurrón que tenía junto a la boca. Le dio la vuelta al dibujo para que Patrick lo viera, señaló con un golpecito la herida y luego se la tocó. Y dolía, incluso el toquecito más nimio le dolía.

—Esta es la única pega —dijo.

El chico se encogió de hombros y levantó las manos con las palmas abiertas hacia arriba, y ella tuvo que reír. A Susannah se le ocurrió la frase de una película muda: «Pinto lo que veo».

Solo que aquello no era pintura, y entonces se le ocurrió que el chico podía encargarse de esa cosa podrida, fea y dolorosa. Al menos tal como existía sobre el papel.

«Entonces la del dibujo sería mi gemela —pensó con dramatismo—. Mi mejor mitad; mi guapa hermana geme…».

Y de pronto lo entendió…

¿Todo? ¿Lo entendió todo?

Sí, según pensaría mucho más adelante. No de una forma coherente que pudiera ponerse por escrito —si *a* + *b* = *c*, entonces *c* - *b* = *a* y *c* - *a* = *b*—, pero sí, lo entendió todo. Lo intuyó todo. Claro que el Eddie y el Jake de sus sueños estaban impacientes por su reacción; ¡estaba tan claro!

Patrick, dibujándola.

No era la primera vez que alguien trazaba las líneas de su vida.

Roland había trazado la dirección de sus pasos en su mundo… con magia.

Eddie había trazado las líneas del amor en su existencia.

Como lo había hecho Jake.

¡Por Dios santo, había estado tanto tiempo y había pasado por tantas cosas sin ni siquiera saber lo que era el ka-tet, lo que significaba! ¡El ka-tet era su familia!

El ka-tet era amor.

Dibujar significa crear una imagen con un lápiz o con un carboncillo.

Dibujar también significa describir con propiedad una pasión del ánimo, y plasmarlo. Sacar el yo interior.

Esos dibujos vitales eran el alimento de Detta.

Patrick, ese genio sin lengua, encerrado en el bosque. Encerrado en los dibujos. ¿Y ahora? ¿Ahora?

«Ahoras mi platos pecial», pensó Susannah/Odetta/Detta y se metió la mano en el bolsillo en busca de su tarro de cristal, sabiendo exactamente qué iba a hacer y por qué iba a hacerlo.

Cuando devolvió el cuaderno sin haber arrancado la hoja con su dibujo, Patrick puso cara de sentirse muy desilusionado.

—Vamos, vamos… —le dijo ella (con voz de niñera)—. Es que hay algo que quiero que hagas antes de quedarme este hermoso y precioso dibujo para siempre y es saber cómo era en este donde, en este cuando.

Le pasó uno de los trozos de goma rosa, entendiendo en ese momento por qué Dandelo las había cortado. Porque había tenido sus motivos.

Patrick agarró lo que ella le ofreció y lo hizo bailar entre sus dedos, como si jamás hubiera visto nada igual. Susannah estaba segura de que sí lo había visto, pero ¿hacía cuántos años? ¿Cuántas veces había estado a punto de deshacerse de su torturador de una vez y para siempre? ¿Y por qué Dandelo no lo había matado en ese momento?

«Porque en cuanto le quitó las gomas pensó que estaría a salvo», pensó Susannah.

Patrick la estaba mirando, confuso. Empezaba a estar molesto.

Susannah se sentó junto a él y señaló el grano del dibujo. Entonces agarró con delicadeza la muñeca de Patrick y la dirigió hacia el papel. Al principio el chico se resistió, luego dejó que la mano con el bultito rosado avanzara.

Susannah pensó en la sombra del paisaje que no era una sombra, sino una manada de bestias enormes y lanudas de lo que Roland llamaba condumios. Pensó en que había olido la nube de polvo cuando Patrick lo dibujaba. Y pensó en cómo, cuando Patrick había dibujado la manada más cerca de lo que en realidad estaba (licencia artística, y todos decimos gracias), en realidad parecía estar más próxima. Recordó pensar que se le había adaptado la visión y ahora se asombraba de lo estúpida que había sido. Como si la visión se pudiera adaptar a la distancia tal como se adapta a la oscuridad.

No, Patrick había acercado a la manada. La había acercado dibujándola más cerca.

Cuando la mano que sostenía la goma estaba a punto de tocar el papel, Susannah apartó su mano, tenía que ser todo obra de Patrick, en cierta forma, estaba segura de ello. Movió los dedos hacia atrás y hacia delante para expresar lo que quería. Pero él no le entendió. Susannah repitió el gesto y luego señaló la herida que tenía junto al carnoso labio inferior.

—Haz que desaparezca, Patrick —dijo, sorprendida de la tranquilidad de su voz—. Es fea, haz que desaparezca. —Volvió a hacer el gesto de borrar en el aire —. Bórrala.

En esta ocasión, el chico lo entendió. Susannah vio el brillo en sus ojos. Levantó la goma rosada hacia ella. Era de un rosa perfecto, no tenía ni una mancha de grafito. Patrick la miró con las cejas enarcadas, como si le preguntase si estaba segura.

Ella asintió en silencio.

Patrick llevó la goma a la herida y empezó a frotarla sobre el papel, primero con ciertas reservas. Luego, al ver qué estaba ocurriendo, trabajó con más esmero.

CATORCE

Susannah sintió ese extraño hormigueo de nuevo, pero cuando Patrick la había dibujado lo había sentido por todo el cuerpo. Ahora solo lo sentía en un lugar, en

el lado derecho de la boca. Mientras Patrick tenía la goma agarrada y empujaba contra el papel, el hormigueo se convirtió en un intenso y monstruoso picor. Susannah tuvo que cerrar las manos en puños y clavarlas en la tierra que tenía a ambos lados para no levantarlas y clavarlas en la herida, para no rascarse con furia, sin importarle si la desgarraba y provocaba que la sangre saliera a borbotones sobre su camisa de piel de ciervo.

«Habrá terminado en un par de segundos, tiene que haber terminado en un par de segundos, tiene que haber terminado en un par de segundos, por favor Dios, QUE TERMINE YA…».

Mientras tanto, Patrick parecía haberse olvidado de ella. Estaba mirando su dibujo, con el pelo colgando a ambos lados de la cara y oscureciéndosela casi por completo, estaba totalmente absorto por lo maravilloso de su nuevo juguete. Borraba con delicadeza… luego un poco más fuerte (el picor se intensificó)… y otra vez con suavidad. Susannah sintió ganas de chillar. De pronto sentía el picor por todas partes. Le picaba en el lóbulo frontal, zumbaba en las húmedas superficies de sus ojos como nubes idénticas de mosquitos, se estremecía en las puntas de sus pezones, y los ponía terriblemente duros.

«Voy a gritar, no puedo aguantarlo, tengo que gritar…».

Estaba tomando aire para hacerlo justo cuando el picor terminó. El dolor también terminó. Se llevó la mano hacia la boca, pero dudó.

«Me da igual».

«Pues será mejor que no te dé igual —respondió Detta, indignada—. Después de todo lo que has pasado, lo que hemos pasado, tienen que quedarte huevos para tocarte la puta cara, ¡puta zorra chillona!».

Se acarició la piel con los dedos. La tersa piel. La herida que tantos problemas le había dado desde Tronido había desaparecido. Lo supo al verse reflejada en la quieta superficie de una charca, ni siquiera se veía una cicatriz.

QUINCE

Patrick trabajó un poco más —primero con la goma, luego con el lápiz y luego otra vez con la goma—, pero Susannah no sentía picor, ni tan solo un ligero hormigueo. Fue como si, en cuanto él había ido más allá de cierto punto, las sensaciones hubieran desaparecido. Susannah se preguntó cuántos años tendría Patrick cuando Dandelo quitó todas las gomas de los lápices. ¿Cuatro? ¿Seis?

Sea como fuere, era pequeño. Estaba segura de que esa mirada inicial de confusión había sido sincera, y, aun así, en cuanto empezó se acostumbró como un experto avezado.

«Puede que sea como ir en bicicleta —pensó—. Una vez que se aprende nunca se olvida».

Esperó con toda la paciencia que pudo, y después de cinco minutos muy largos, su paciencia se vio recompensada. Sonriendo, Patrick le dio la vuelta al cuaderno y le enseñó el dibujo. Había borrado el grano por completo y luego había sombreado ligeramente la zona para que quedase como el resto de la piel. Había quitado con cuidado hasta la última pizca de goma de borrar.

—Muy bonito —dijo ella, aunque era un cumplido bastante penoso para un genio, ¿verdad?

Así que se inclinó hacia delante, lo rodeó con los brazos y lo besó con fuerza en los labios.

—Patrick, es hermoso.

La sangre le subió con rapidez y virulencia al rostro y Susannah se asustó en un principio, porque no sabía si le iba a dar un infarto pese a su juventud. Pero estaba sonriendo cuando le pasó el cuaderno con la otra mano, haciendo un gesto para que arrancase la hoja con la otra mano. Quería que ella se lo quedara. Quería que ella lo tuviera.

Susannah lo arrancó con mucho cuidado, preguntándose en el lado oscuro de su mente qué ocurriría si lo desgarrase, si se desgarrase a sí misma, por la mitad. Se dio cuenta que al hacerlo él no tenía expresión de asombro, ni de sorpresa, ni de miedo. Tenía que haber visto la herida que tenía junto a la boca, porque era asquerosa y dominaba casi toda la cara desde que él la conocía, además, la había dibujado con una precisión casi fotográfica. Ahora que había desaparecido —ella lo supo al examinarse con los dedos—, Patrick no expresaba emoción alguna, al menos, no con respecto a ese hecho. La conclusión parecía bastante evidente. Cuando lo borró del dibujo también lo había borrado de su mente y de su memoria.

—¿Patrick?

Él la miró, sonriendo. Estaba contento de verla contenta. Y Susannah estaba muy contenta. En realidad, el hecho de que estuviera muerta de miedo no cambiaba ni un ápice de su felicidad.

—¿Podrías dibujar algo más para mí?

Él asintió. Dibujó algo en el cuaderno y lo volvió hacia ella para que viera:

?

Susannah se quedó mirando durante un rato el signo de interrogación, luego miró a Patrick. Se dio cuenta de que estaba agarrando la goma, su maravillosa y nueva herramienta, con firmeza.

Susannah dijo:

—Quiero que me dibujes algo que no está aquí.

Inclinó la cabeza con gesto dubitativo hacia un lado. Susannah tuvo que reír pese a que tenía desbocado el corazón, Acho tenía ese aspecto algunas veces, cuando no estaba al cien por cien seguro de lo que uno decía.

—No te preocupes, te lo explicaré.

Y así lo hizo, con mucho cuidado. Patrick escuchó. En un momento determinado, Roland escuchó la voz de Susannah y se despertó. Se acercó a donde estaban, la miró bajo la tenue luz roja de los rescoldos de la hoguera, entonces iba a apartar la mirada, pero de pronto se volvió de golpe, con los ojos abiertos como platos. Hasta ese instante, Susannah no estuvo segura de que Roland se hubiera dado cuenta de que había algo que faltaba en su rostro. Pensó que sería posible que la magia obrada por Patrick fuera tan poderosa que hubiera borrado el grano también de la memoria del pistolero.

—Susannah, ¡vuestro rostro! ¿Qué le ha pasado a vuestro…?

—Chitón, Roland, si me quieres.

El pistolero se calló. Susannah volvió a centrar la atención en Patrick y volvió a hablar, en voz baja pero con impaciencia. Patrick la escuchó, y mientras lo hacía, Susannah vio la luz de comprensión que empezaba a imbuir la mirada del chico.

Roland reavivó el fuego sin que se lo pidieran, pronto su pequeño campamento refulgía bajo las estrellas.

Patrick escribió una pregunta, y la colocó a la izquierda del interrogante que ya había dibujado:

¿De qué altura?

Susannah agarró a Roland por el codo y lo colocó delante de Patrick. El pistolero medía un metro ochenta y dos, más o menos. Susannah hizo que la levantase, luego le puso una mano a unos siete centímetros de la cabeza. Patrick asintió, sonriendo.

—Y mira algo que tiene que estar en el dibujo —dijo Susannah y cogió una ramita de la pila de maleza. La partió con la rodilla y se hizo un estilete. Recordaba los símbolos, pero lo mejor sería que no lo pensase mucho. Tenía la impresión de que debían ser perfectos o la puerta que quería que Patrick dibujase o bien se abriría en un lugar al que no quería ir o no se abriría para nada. Así es que, en cuanto empezó a dibujar sobre la mezcla de tierra y ceniza junto a la hoguera, lo hizo con la rapidez que lo habría hecho Patrick, sin detenerse ni un segundo para volver a mirar ni un solo símbolo. Porque si volvía a mirar algún símbolo sin duda los volvería a mirar todos, y la inseguridad le afectaría como una enfermedad.

Detta —la desenvuelta y malhablada Detta, que había resultado ser su salvación en más de una ocasión—, podría dar un paso adelante y coger las riendas, pero no podía contar con ello. En lo más profundo de su corazón, seguía sin creer que Detta lo mandara todo a la mierda en un momento crucial, y por ninguna otra razón que por el disfrute de su lado oscuro. Ni tampoco confiaba del todo en Roland, que podía querer retenerla por razones que él mismo no entendía del todo.

Así que dibujó con rapidez en la tierra y las cenizas, sin volver a mirar, y estos fueron los símbolos que fluyeron bajo la punta voladora de su herramienta de fabricación artesanal:



—Ignota —dijo Roland jadeante—. Susannah, ¿qué…? ¿Cómo…?

—Chitón —repitió Susannah.

Patrick se inclinó sobre su cuaderno y empezó a dibujar.

DIECISÉIS

Susannah seguía mirando a su alrededor en busca de la puerta, pero el círculo luminoso que emitía su hoguera era muy pequeño pese a que Roland lo había hecho arder con más intensidad. Era pequeño en comparación con la vastedad de la pradera. Susannah no vio nada, cuando se volvió hacia Roland vio la pregunta no expresada en su mirada, y por ello, mientras Patrick seguía dibujando, ella le enseñó el retrato que el chico le había hecho. Señaló el lugar donde estaba el grano. Sujetando la página muy cerca de la cara, Roland vio por fin las marcas de la goma de borrar. Patrick había ocultado las pocas huellas que habían quedado, con gran habilidad, y Roland las había descubierto solo tras una detallada observación; era como buscar una huella tras varios días de lluvia.

—No me extraña que el viejo le haya cortado las gomas —comentó, devolviéndole el dibujo.

—Eso es lo que pensé yo.

A partir de esa reflexión dio un salto a la intuición: si Patrick era capaz (al menos en este mundo) de eliminar borrando, podría ser capaz de crear dibujando. Cuando Susannah habló de la manada de condumios que se había acercado misteriosamente, Roland se frotó la frente como alguien con una terrible jaqueca.

—Tendría que haberme dado cuenta. Eso, claro, si me hubiera dado cuenta de lo que suponía. Susannah, me estoy haciendo viejo.

Ella pasó por alto el comentario —ya lo había oído antes— y le habló de los sueños sobre Eddie y Jake, y no olvidó comentarle las marcas de las sudaderas, las voces de la coral, la oferta de chocolate caliente, y el creciente pánico en las miradas de los dos hombres a medida que pasaban las noches y ella seguía sin darse cuenta de la razón de los sueños.

—¿Por qué no me has hablado de ese sueño hasta ahora? —le preguntó Roland—. ¿Por qué no me pediste ayuda para interpretarlo?

Ella lo miró con firmeza, pensando que no se había equivocado al no pedirle ayuda. Sí… no importaba lo mucho que pudiera dolerle.

—Ya has perdido a dos. ¿Cuántas ganas podrías tener de perderme a mí también?

Roland se sonrojó. Susannah se dio cuenta incluso a la luz de la hoguera.

—Habláis maldades de mí, Susannah, y habéis pensado aún peor.

—Puede que sí —respondió ella—. De ser así, lo siento. No estaba segura de lo que quería ni siquiera yo. Una parte de mí quiere ver la Torre, ya lo sabes. E incluso si Patrick puede dibujar la Puerta Ignota para que exista y puedo abrirla,

no se abrirá al mundo real. Eso es lo que significaban las marcas de las sudaderas, estoy segura.

—No debes pensar eso —dijo Roland—. La realidad no suele ser algo blanco o negro, creo, de es y no es, de ser y no ser.

Patrick lanzó una especie de silbido y ambos lo miraron. Estaba levantando el cuaderno, lo había vuelto hacia ellos para que vieran lo que había dibujado. Era una representación perfecta de la Puerta Ignota. EL ARTISTA estaba escrito encima, y el pomo era de brillante metal —sin lápices cruzados como ornamento —, pero estaba bien así. Ella no se había molestado en contarle esas cosas, lo que había acabado beneficiándola, además lo había hecho por la comprensión.

«Lo han hecho todo por mí menos dibujarme un mapa», pensó Susannah. Se preguntó por qué todo había tenido que ser tan rematadamente difícil, tan rematadamente

(«como el libro de las adivinanzas»)

misterioso y sabía que era una pregunta para la que jamás encontraría una respuesta satisfactoria… salvo que así era la condición humana, ¿verdad? Las respuestas que importaban jamás se encontraban con facilidad.

Patrick emitió otro sonido de esos, parecido a un silbido. Esta vez tuvo cierto tono interrogativo. Susannah se dio cuenta de pronto de que el pobre chico se estaba muriendo de impaciencia, y ¿por qué no? Acababa de realizar su primer encargo y quería saber qué opinaba su mecenas.

—Es genial, Patrick… maravilloso.

—Sí —admitió Roland, agarrando el cuaderno. La puerta le parecía igual a las que había encontrado cuando iba dando tumbos por la playa del Mar del Oeste, delirante y agonizando por el mordisco venenoso de las langostruosidades. Era como si la pobre criatura sin lengua hubiera mirado en su cabeza y hubiera visto una imagen real de esa puerta… una fotografía.

Mientras tanto, Susannah miraba a su alrededor con desesperación. Y cuando empezó a moverse sobre las manos en dirección al punto hasta donde llegaba la luz de la hoguera, Roland tuvo que exigirle con brusquedad que regresara, recordándole que Mordred podía estar en cualquier parte y que la oscuridad era la aliada del monstruo.

Pese a lo impaciente que estaba, se alejó del límite luminoso, pues recordaba con demasiada claridad lo que le había pasado a la madre biológica de Mordred, y lo rápido que le había sucedido. Aun así le dolió retroceder, fue un dolor casi

físico. Roland le había dicho que esperaba divisar por vez primera la Torre Oscura alrededor del final del día. Si seguía con él, si la veía con él, creía que la fuerza de la Torre podía resultar demasiado intensa para ella. Su atracción. Ahora bien, si tuviera que escoger entre la puerta y la Torre, sabía que escogería la puerta. Pero mientras se aproximaban a la Torre y su fuerza era mayor —su pulsión más intensa y más atractiva para su mente, y las voces cantaban con más dulzura—, escoger la puerta sería más difícil.

—No la veo —dijo con desesperación—. Puede que me haya equivocado. A lo mejor no hay una puñetera puerta. Oh, Roland…

—No creo que te hayas equivocado —le dijo Roland. Hablaba con desprecio evidente, pero era el tono de alguien con un trabajo pendiente o una deuda que saldar. Y sí tenía una deuda que saldar con esa mujer, pensó, porque ¿acaso no la había agarrado por el cuello y la había arrastrado a este mundo, donde había aprendido el arte de matar y se había enamorado para quedar viuda? ¿Acaso no la había secuestrado para traerla a este presente de dolor? Si podía compensárselo, tenía la obligación de hacerlo. El deseo de que se quedara con él, y arriesgando su vida, era puro egoísmo, y no era digno de sus enseñanzas.

Lo que era más importante que eso, no era digno de lo mucho que había llegado a quererla y respetarla. Le rompía lo que le quedaba de corazón pensar en despedirse de ella, la última de su extraño y maravilloso ka-tet, pero si eso era lo que ella quería, lo que ella necesitaba, entonces, que así fuera. Y pensó que podía hacerlo, porque había visto algo en el dibujo del muchacho que a Susannah se le había pasado por alto. No era algo que estuviera allí; era algo que no estaba.

—Mirad —ordenó con amabilidad, mostrándole el dibujo—. ¿Veis con cuántas ganas ha intentado complaceros, Susannah?

—¡Sí! —respondió ella—. Sí, por supuesto que lo veo, pero…

—Ha tardado diez minutos en hacerlo, diría yo, y la mayoría de dibujos, con lo buenos que son, son el resultado de unos tres o cuatro minutos de trabajo, ¿no te parece?

—¡No te entiendo! —Se lo dijo prácticamente chillando.

Patrick atrajo a Acho hacia sí y lo rodeó con un brazo, mientras contemplaba a Roland y a Susannah con los ojos abiertos de par en par y mirada triste.

—Se ha esforzado tanto por darte lo que querías que solo está la puerta. Está sola, no hay nada más sobre el papel. No tiene… no tiene…

Buscaba la palabra exacta. El fantasma de Vannay se la susurró con sequedad

en la oreja.

—¡No tiene contexto!

Durante un instante, Susannah siguió con la mirada de confusión, y después la iluminación de la comprensión empezó a aflorar en sus ojos. Roland no esperó; simplemente puso su mano izquierda, la sana, en el hombro de Patrick y le dijo que pusiera la puerta detrás del cochecito eléctrico de Susannah, que ella había empezado a llamar Ho Fat III.

Patrick obedeció contento. Para empezar, dibujar al Ho Fat III delante de la puerta le dio un motivo para utilizar la goma. Esta vez trabajó con mucha más rapidez, y de forma casi descuidada, podría haber dicho un observador, pero el pistolero estaba sentado justo a su lado y no creía que Patrick se dejase ni un solo trazo en la descripción del cochecito. Terminó dibujando la pequeña rueda delantera y dibujando un reflejo de la luz de la hoguera en el tapacubos. Luego soltó el lápiz, y cuando lo hizo, se notó un movimiento en el aire. Roland sintió un golpe en la cara. Las llamas de la hoguera, que habían ardido en línea recta hacia arriba en la quieta oscuridad, se movieron durante un instante hacia los lados. Y a menos de tres metros de la hoguera, detrás del cochecito eléctrico, había una puerta con la que Roland se había topado por última vez en Calla Bryn Sturgis, en la Cueva de las Voces.

DIECISIETE

Susannah esperó hasta el amanecer, al principio pasó el tiempo recogiendo su artilla, luego volvió a apartarla, ¿para qué le servirían sus escasas posesiones (por no hablar de la bolsita de cuero en la que las llevaba) en la ciudad de Nueva York? La gente se burlaría de ella. Seguramente se burlarían de todos modos… o gritarían y saldrían corriendo con solo verla. La Susannah Dean que de pronto aparecería en Central Park, para la mayoría de personas, no tendría pinta de una recién licenciada ni de heredera de una gran fortuna; ni siquiera parecería Sheena, Reina de la Jungla, digo perdón. No, a las personas civilizadas de la ciudad seguramente les parecería una especie de fugitiva de una parada de monstruos. Y en cuanto atravesase esa puerta, ¿habría un retorno? Jamás, en toda su vida.

Así que apartó la artilla y se limitó a esperar. Cuando el alba empezó a despuntar proyectando en primer lugar su tenue luz blanca en el horizonte,

Susannah llamó a Patrick y le preguntó si quería irse con ella. Para volver al mundo del que tú viniste, o a uno muy parecido, le dijo aunque sabía que el chico no recordaría ese mundo en absoluto… o bien porque se lo llevaron de allí cuando era demasiado pequeño o bien porque el trauma del secuestro lo había dejado sin recuerdos.

Patrick la miró, luego miró a Roland, que estaba en cuclillas, mirándolo.

—De cualquiera de las dos formas, hijo —le dijo el pistolero—. La puedes dibujar en cualquiera de los dos mundos, te digo verdad. Aunque en el lugar que ella va habrá más gente que sepa apreciarlo.

«Quiere que se quede», pensó Susannah, y se enojó. Luego Roland la miró y sacudió la cabeza rápidamente. Susannah no estaba segura, aunque creyó que eso significaba…

Y no, no solo lo creía. Sabía lo que significaba. Roland quería que supiera que estaba ocultando lo que pensaba a Patrick. Sus deseos. Aunque ella sabía que el pistolero mentía (cuando lo hizo de forma más espectacular fue en la reunión con el pueblo de Calla Bryn Sturgis, antes de la llegada de los lobos), no sabía que le podía mentir a ella. Puede que a Detta sí, pero no a ella. Ni a Eddie, ni a Jake. Sí se habían dado ocasiones en las que no les había contado todo lo que sabía, pero… ¿mentirles? No. Eran ka-tet, y Roland siempre había jugado limpio. Al diablo lo que es del diablo.

Patrick de pronto levantó el cuaderno y escribió a toda prisa en una hoja en blanco. Luego se la enseñó:

Me quedaré aquí.
Tengo miedo de ir a un lugar nuevo.

Como para subrayar exactamente lo que quería decir, separó los labios y se señaló la boca sin lengua.

¿Confiaba ella en el rostro de Roland? De ser así, lo odiaría por ello.

—Está bien, Patrick —dijo Susannah, intentando que no se notara lo que sentía en la voz. Incluso se acercó a él y le dio un golpecito en la mano—. Entiendo cómo te sientes. Y aunque sea cierto que las personas pueden ser crueles… crueles y malvadas… hay muchas personas amables. Escuchad: no voy a irme hasta el amanecer. Si cambias de opinión, la oferta sigue en pie.

Patrick asintió sin dudarlo. «Da gracias de que no me dé la gana que cambies didea —pensó Detta, enfadada—. Seguro que el viejales blanco también da las gracias».

«¡Calla!», le ordenó Susannah y, como por obra de un milagro, Detta la obedeció.

DIECIOCHO

Sin embargo, a medida que el día se iluminaba (dejando a la vista una manada de tamaño medio de condumios rumiando a menos de un kilómetro de distancia), dejó que Detta volviera a su mente. Fue Detta quien dio una vuelta más por el campamento, inspirando con vivacidad lo último de ese mundo para ambas, y almacenándolo en la memoria. Fue Detta quien rodeó la puerta, la abrió hacia un lado y luego hacia el otro con las callosas palmas de las manos, y vio que no había nada en el otro lado. Patrick caminaba a un lado de ella y Roland al otro. Patrick silbó sorprendido cuando vio que la puerta había desaparecido. Roland no dijo nada. Acho se acercó al lugar donde estaba la puerta, olisqueó el aire… y luego atravesó el lugar donde había estado, si uno estaba mirando desde el otro lado. «Si estuviéramos allí —pensó Detta—, lo veríamos pasando por allí, como si fuera un truco de magia».

Susannah regresó al Ho Fat III, con el que había decidido atravesar la puerta. Siempre que pudiera abrirse, claro está. Todo aquello resultaría ser como una broma si no se abría. Roland se acercó para ayudarla a subir al asiento; ella lo apartó con brusquedad y se montó sola. Apretó el botón rojo que había junto al volante y el motor eléctrico del vehículo se puso en marcha con un débil rugido. La aguja que marcaba CHG todavía pasaba con mucho de la parte verde. Giró el acelerador de la manilla derecha y avanzó poco a poco hacia la puerta cerrada con los símbolos que significaban IGNOTA, dibujados de lado a lado sobre ella. Se detuvo con el morro en forma de proyectil del cochecito tocándola.

Se volvió hacia el pistolero con una sonrisa fingida.

—Tá bien, Roland… te digo diós. Largos días y placenteras noches. Que llegues a tu puta Torre, y…

—No —dijo él.

Susannah lo miró, Detta lo miró con una mirada luminosa y risueña. Retándolo a que convirtiera ese momento en algo que ella no deseaba. Retándola

para que la echara ahora que ella estaba dentro. «Enga, chulito blanquito, a ver qué haces».

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Qué se ta ocurrido, hombretón?

—No pienso despedirme de ti así, después de todo este tiempo —dijo.

—¿Qué quieres decir? —Solo que con la voz de enfado y burlesca de Detta sonó algo así como: ¿Qué quiés cir?

—Ya lo sabes.

Sacudió la cabeza con gesto desafiante.

—Nidea.

—Para empezar —dijo Roland, cogiéndole con amabilidad su fuerte mano izquierda a base de caminar con ella con su mutilada mano derecha—, hay otra persona que debería tener la posibilidad de escoger si irse o quedarse, y no estoy hablando de Patrick.

Durante un instante ella no lo entendió. Luego miró hacia abajo, y vio cierto par de ojos ribeteados de dorado y unas orejas en punta y sí lo entendió. Se había olvidado de Acho.

—Si Detta se lo pregunta, seguramente se quedará, porque ella nunca ha sido de su gusto. Si lo pregunta Susannah… entonces, no sé.

Bastó decir eso para que Detta se fuera. Volvería —Susannah entendía que jamás se liberaría del todo de Detta Walker, y no pasaba nada, porque ya no quería librarse de ella—, pero en ese momento se fue.

—¿Acho? —preguntó con amabilidad—. ¿Vendrás conmigo, cielo? A lo mejor volvemos a ver a Jake. A lo mejor no es lo mismo, pero, aun así…

Acho, que había permanecido callado casi por completo durante su recorrido de las Tierras Yermas y las Tierras Blancas de Empática y el terreno abierto de las praderas, habló.

—¿Ake? —preguntó. Pero lo preguntó con reservas, como si apenas lo recordase, y a Susannah se le rompió el corazón. Se había prometido a sí misma que no lloraría, y Detta casi le había *garantizadooo* que no lloraría, pero Detta se había ido y las lágrimas volvían a aparecer.

—Jake —dijo ella—. Te acuerdas de Jake, pastelito, sé que te acuerdas. Jake y Eddie.

—¿Ake? ¿Ed? —lo dijo con un poco más de seguridad. Sí que se acordaba.

—Ven conmigo —lo animó, y Acho empezó a caminar como si fuera a saltar al carrito junto a ella. Entonces, sin saber por qué lo hacía, ella añadió—: Hay otros mundos aparte de estos.

Acho se detuvo en cuanto salieron esas palabras por su boca. Se sentó. Luego volvió a levantarse, y ella sintió una fugaz esperanza: quizá todavía pudiera existir un pequeño ka-tet, un dan-tete-tet, en alguna versión de Nueva York donde la gente condujera Takuro Spirit y se sacasen fotos bebiendo Nozz-A-La con sus cámaras Shinnaro.

En lugar de subir, Acho volvió trotando junto al pistolero y se sentó junto a sus ajadas botas. Esas botas habían llegado lejos. Habían recorrido kilómetros y ruedas, ruedas y kilómetros. Pero ahora su recorrido casi había finalizado.

—Olan —dijo Acho y la irrevocabilidad de su vocecilla clavó una espina en el corazón de Susannah. Se volvió con amargura hacia el anciano con el gran hierro en la cadera.

—Ya está —dijo—. Ya tienes tu propia atracción, ¿verdad? Siempre la has tenido. Arrastraste a Eddie a la muerte en una ocasión y a Jake en dos. Ahora a Patrick e incluso al brambo. ¿Estás contento?

—No —respondió Roland y Susannah vio que estaba siendo sincero. Creyó no haber visto jamás tanta tristeza y soledad en un rostro humano—. Jamás he estado más lejos de ser feliz, Susannah de Nueva York. ¿Cambiarás de opinión y te quedarás? ¿Me acompañaréis durante un tiempo más? Eso me haría feliz.

Durante un loco instante ella creyó que lo haría. Que simplemente apartaría el coche eléctrico de la puerta, que tenía una sola cara y no hacía promesas, y se iría con él a la Torre Oscura. Bastaría con otro día; acamparían a media tarde y así llegarían en el ocaso del día siguiente, como Roland quería.

Entonces recordó el sueño. Las voces que cantaban. El joven que sostenía el vaso de chocolate caliente… del bueno, *mit schlag*.

—No —dijo con dulzura—. Me arriesgaré y me iré.

Durante un segundo ella creyó que Roland se lo pondría fácil, que accedería y la dejaría marchar. Pero su furia, no, su desesperación, estalló con dolor.

—¡Pero no puedes estar segura! Susannah, ¿y si el sueño es un truco y una atracción? ¿Y si las cosas que ves incluso cuando la puerta esté abierta no son más que trucos y atracciones? ¿Y si entras directamente al espacio de exotránsito?

—Entonces iluminaré la oscuridad pensando en quienes amo.

—Y eso podría funcionar —dijo Roland, hablando con la amargura más grande que ella jamás había escuchado—. Durante los primeros diez años… o veinte… o incluso cien. ¿Y después? ¿Qué pasa con el resto de la eternidad? ¡Piensa en Acho! ¿Crees que ha olvidado a Jake? ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Ni en toda tu

vida! ¡Ni en toda su vida! ¡Siente que algo está mal! Susannah, no lo hagas. Te lo ruego, no te vayas. Me pondré de rodillas, si eso ayuda. —Y para su espanto, empezó a hacer exactamente eso.

—No me quedaré —dijo ella—. Y si esta es la última vez que te veo, y mi corazón me dice que sí, entonces no te pongas de rodillas. No te va el arrodillamiento, Roland, hijo de Steven, jamás ha ido contigo, y no quiero recordarte de esa forma. Quiero verte de pie, como estabas en Calla Bryn Sturgis. Como estabas con tus amigos en Jericho Hill.

Roland se levantó y se acercó a ella. Durante un instante, Susannah creyó que intentaría retenerla por la fuerza, y se asustó. Pero él se limitó a ponerle una mano en un brazo durante un segundo, y luego la retiró.

—Deja que te lo vuelva a preguntar, Susannah. ¿Estás segura?

Consultó su corazón y supo que sí estaba segura. Sabía cuáles eran los riesgos, pero, sí, estaba segura. Y ¿por qué? Porque el camino de Roland era el camino de la pistola. El camino de Roland era la muerte de los que cabalgaban y caminaban con él. Lo había demostrado una y otra vez, desde los primeros días de su búsqueda… no, incluso antes, desde que oyó a Hax el cocinero tramando la traición y ganándose así su muerte en la soga. Todo había sido por un buen fin (lo que él llamaba el Blanco), a ella no le cabía duda alguna, pero Eddie seguía en su tumba en un mundo y Jake en otro. No le cabía ninguna duda de que a Acho le esperaba el mismo destino, y al pobre Patrick.

Además, sus muertes no tardarían mucho en producirse.

—Estoy segura —dijo.

—Está bien. ¿Me darás un beso?

Ella lo agarró por un brazo, lo atrajo hacia sí y posó los labios en su boca. Cuando inspiró, saboreó el aliento de miles de años y miles de kilómetros. Y sí, saboreó la muerte.

«Pero no para ti, pistolero —pensó—. Para los demás, pero nunca para ti. Puede que yo escape de tu atracción y puede que a bien tenga».

Fue ella quien puso fin a su beso.

—¿Puedes abrirme la puerta? —le pidió.

Roland se dirigió hacia la puerta y puso la mano en el pomo, y el pomo giró con facilidad.

Salió soplando el aire frío, con fuerza suficiente para echar para atrás el largo pelo de Patrick, y con él llegaron los copos de nieve. Susannah vio hierba que

seguía verde bajo la fina capa de escarcha, y una senda, y una valla de forja. Las voces estaban cantando «What Child Is This», igual que en su sueño.

Podía ser Central Park. Sí, podía ser; Central Park de algún otro mundo en torno al eje, tal vez, y no el mundo del que ella procedía, pero era lo bastante parecido para que ella no pudiera notar la diferencia.

O tal vez se trataba, como había dicho el pistolero, de una atracción.

Quizá fuera la oscuridad del exotránsito.

—Podría ser un truco —dijo Roland, que casi con total seguridad le estaba leyendo el pensamiento.

—La vida es un truco, el amor es una atracción —respondió ella—. Puede que volvamos a encontrarnos, en el claro al final de la senda.

—Tal como lo dices, que así sea —le respondió. Sacó una pierna, con el tacón mellado de la bota clavado en el suelo, y le hizo una reverencia. Acho había empezado a gemir, pero se sentó con firmeza junto a la bota izquierda de Roland—. Adiós, querida mía.

—Adiós, Roland. —Entonces se encaró hacia la puerta, respiró hondo y giró el acelerador del carrito. Avanzó poco a poco.

—¡Espera! —gritó Roland, pero ella no se volvió, ni volvió a mirarlo. Pasó por la puerta. La puerta se cerró de golpe a su paso con un golpe seco y declamatorio que Roland conocía demasiado bien, era un ruido con el que había soñado desde su largo y febril recorrido por la orilla del Mar del Oeste. El sonido de los cantos había desaparecido y ahora solo se escuchaba el encantador soplido del viento de la pradera.

Roland de Gilead se quedó sentado delante de la puerta, que ahora parecía ajada y superflua. No volvería a abrirse jamás. Se llevó las manos a la cara. Se le ocurrió que si jamás los hubiera amado, jamás se habría sentido tan solo llegado este momento. Con todo, pese a sus múltiples reproches, el hecho de volver a haber abierto su corazón no estaba entre ellos, ni siquiera en ese instante.

DIECINUEVE

Más tarde —porque siempre hay un «más tarde», ¿verdad?— preparó el desayuno y se obligó a comer su parte. Patrick engulló la comida con ganas, luego se retiró para hacer sus necesidades mientras Roland recogía el campamento.

Había un tercer plato y estaba lleno.

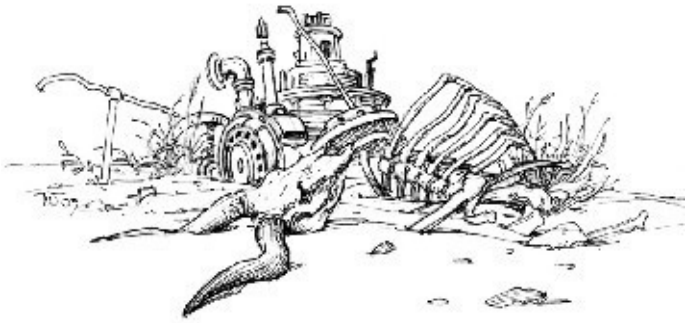
—¿Acho? —le preguntó Roland, inclinándolo hacia el bilibrambo—. ¿No probaréis ni un bocado?

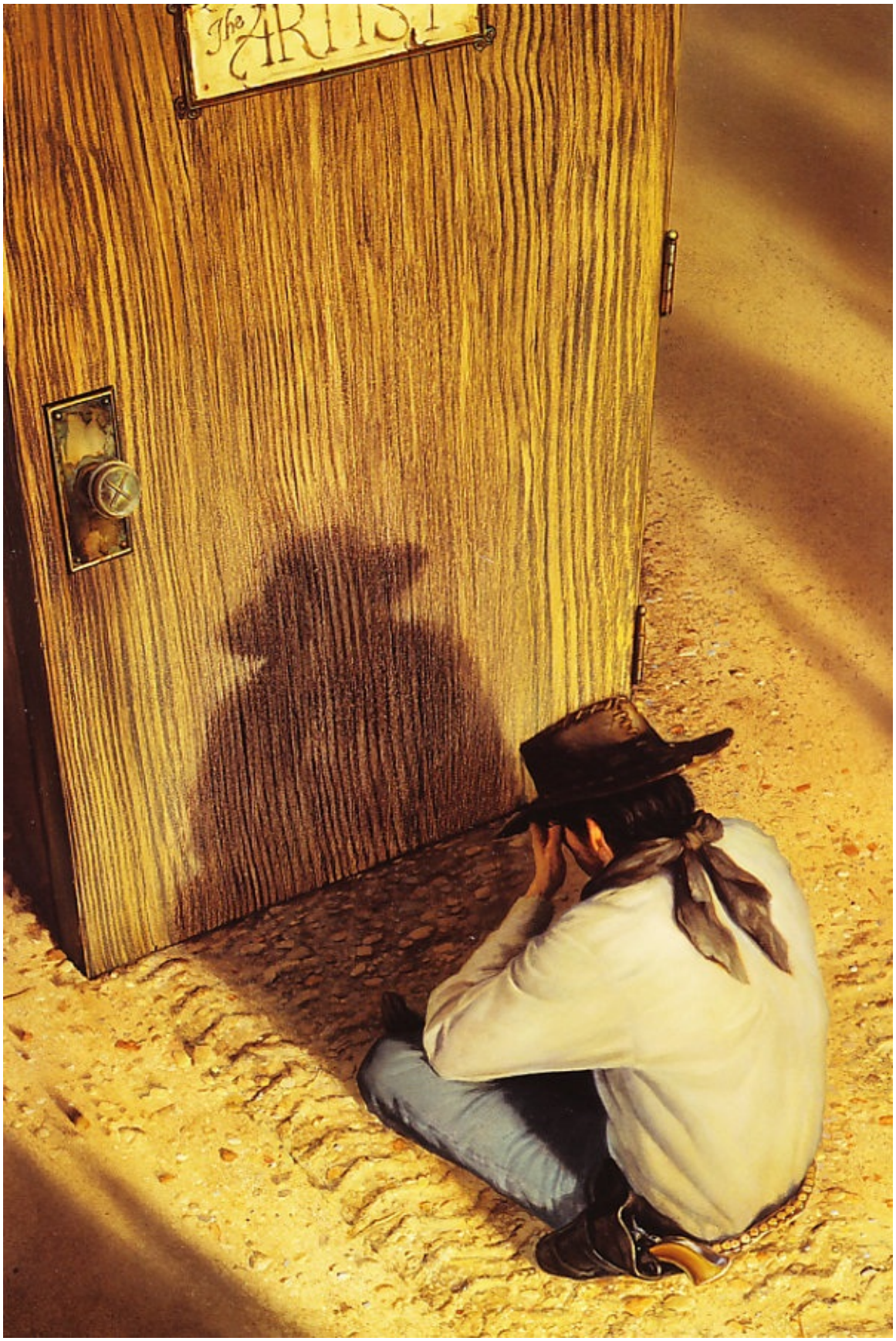
Acho miró el plato y retrocedió dos pasos firmes. Roland asintió con la cabeza y tiró la comida sobrante, desperdigándola por la hierba. Quizá Mordred llegara en un buen momento y encontrara algo de su gusto.

A media mañana continuaron la marcha, Roland tiraba del Ho Fat II y Patrick caminaba al lado, cabizbajo. Poco después el latido de la Torre volvió a apoderarse de la cabeza del pistolero. Estaba muy cerca. Esa pulsión regular borró todos los pensamientos sobre Susannah, y se sintió contento. Se entregó al latido regular y dejó que barriera todos sus pensamientos y todo su penar.

«Ven-ven-commala», cantaba la Torre Oscura, que ahora se vislumbraba en el horizonte. «Ven-ven-commala, pistolero, venga, avanza».

«Ven, Roland, commala, tu viaje casi acaba».




The ARTIST

CAPÍTULO II
MORDRED

UNO

El dan-tete los estaba contemplando cuando el tipo del pelo largo con el que viajaban había agarrado a Susannah por el hombro para señalarle los danzantes hornillos naranjas que se veían a lo lejos. Mordred la vigiló mientras ella iba dando vueltas, y había sacado uno de los enormes revólveres de Papi Blanco. Durante un instante los ojos acristalados para ver de lejos que había encontrado en Odd's Lane temblaron en las manos de Mordred, era por la fuerza con la que deseaba que su Mamá Mirlo disparase al Artista. ¡Cómo la habría corroído la culpa! Como la hoja de un machete romo, ¡sí, señor! Incluso era posible que, sobrecogida por el horror de lo que había hecho, se hubiera puesto el cañón de la pistola en la sien y hubiera apretado el gatillo una segunda vez, y ¿cuánto le habría gustado al Viejo Papi Blanco encontrarse eso al despertar?

Ah, los niños son tan soñadores…

No ocurrió, por supuesto, pero había mucho más que vigilar. Parte de lo que ocurría era difícil de ver, no obstante. Porque los prismáticos no temblaban solo por la emoción. Llevaba prendas que lo calentaban, varias capas de ropas hum que había encontrado en la casa de Dandelo, pero seguía teniendo frío. Salvo cuando estaba caliente. Y de una forma u otra, frío o caliente, temblaba como un viejo electricista desdentado en el rincón de una chimenea. Las cosas habían ido empeorando de forma gradual desde que había dejado atrás la casa de Joe Collins. La fiebre rugía en su osamenta como la brisa. Mordred ya no tenía jambre (porque Mordred ya no tenía apetito), pero Mordred estaba malito, malito, malito.

En realidad, estaba asustado. Mordred podía estar amuriéndose.

Sin embargo, vigilaba al grupo de Roland con creciente interés, y en cuanto reavivaron la hoguera, los vio incluso mejor. Vio la puerta que cobró vida, aunque no pudo leer los símbolos grabados en ella. Entendió que el Artista de alguna forma la había hecho realidad con el dibujo, ¡menudo talento de dioses! Mordred deseó comérselo con la idea de que fuera posible que ese talento se transmitiese. Lo dudaba, la cara espiritual del canibalismo estaba muy sobrevalorada, pero ¿qué podía tener de malo asegurarse?

Los vigiló mientras garlaban. Vio, y también entendió, la petición que Susannah le había hecho al Artista y al Chucho, y sus llorosas frases

(«ven conmigo para que no tenga que ir sola, venga, sé bueno, sé un amigo, en realidad seremos dos amigos, oh, buuu, buuu»)

y se deleitó con su pena y su furia cuando la petición fue rechazada tanto por el chico como por la bestia; Mordred se deleitó aunque sabía que esa decisión le complicaba el trabajo. (Solo un poco, de todas formas; ¿cuántos problemas podían darle en realidad un joven mudo y un bilibrambo, en cuanto hubiera cambiado de forma y hubiera hecho sus movimientos?). Durante un instante, por la rabia, ella podría haber disparado a Viejo Papi Blanco con su propia pistola, y eso sí que no lo quería Mordred. Viejo Papi Blanco tenía que ser suyo. La voz de la Torre Oscura se lo había dicho. Seguro que estaba malito, seguro que se amoría, pero Viejo Papi Blanco tenía que ser su comida, no la de Mami Mirlo. Pues claro, ¡ella dejaría que la carne se pudriera sin darle ni un mordisco! Pero no le disparó, en lugar de dispararle lo besó. Mordred no quería verlo, le hacía sentirse peor que nunca, así que bajó los prismáticos. Se tendió en la hierba entre un macizo de alisos, temblando, con frío y calor, intentando contener el vómito (se había pasado todo el día anterior vomitando y cagando, al parecer, hasta que los músculos del abdomen le dolían por la fuerza de tener una circulación tan intensa en ambas direcciones al mismo tiempo y no le subía nada a la garganta más que hilillos de espesa sustancia mucosa y no le salía por detrás más que puré marrón y estruendosos pedos). Cuando volvió a mirar por los prismáticos, le dio tiempo justo para ver la parte trasera del cochecito eléctrico desaparecer cuando Mami Mirlo pasaba por la puerta. Algo se puso a girar. Tal vez polvo, aunque pensó que era la nieve. También se oían canciones. Ese sonido lo hizo sentir casi tan mal como se había sentido al ver el beso que le había dado a Viejo Papi Blanco Pistolero. Luego la puerta se cerró de golpe a su paso y las canciones dejaron de oírse y el pistolero se quedó sentado junto a ella, con la cara entre las

manos, buuu, buuu, buuu, sniff, sniff. El brambo iba con él y posó su alargado hocico sobre una de sus botas para consolarlo, qué tierno, qué ganas de vomitar de tanta ternura. A esas alturas ya había amanecido, y Mordred durmió un rato. Cuando se despertó fue por el sonido de la voz de Viejo Papi Blanco. El escondite de Mordred estaba en la dirección del viento y las palabras le llegaron con total claridad: «Acho, ¿no probaréis ni un bocado?». Sin embargo, el brambo no lo hizo y el pistolero desparramó la comida que era para el pequeño y peludo bichejo. Más tarde, cuando emprendieron la marcha (Viejo Papi Blanco Pistolero tiraba del carrito que el robot había fabricado para ellos, abriéndose camino lentamente por los surcos del Camino de la Torre cabizbajo y todo alicaído), Mordred se arrastró hasta el lugar del campamento. De hecho, sí comió algunos de los alimentos desperdigados —seguro que Roland no los habría envenenado pues se suponía que serían engullidos por el gaznate del brambo—, pero dejó de comer después de solo tres o cuatro pedazos de carne, pues sabía que si seguía comiendo, sus tripas lo devolverían todo, por el norte y por el sur. No podía seguir así. Si no retenía al menos algo de alimento, se quedaría demasiado débil para seguirlos. Tendría que ser esa noche. Tenía que ser así, porque al día siguiente Viejo Papi Blanco llegaría a la Torre Oscura, y entonces sería demasiado tarde, casi con total seguridad. Se lo decía el corazón. Mordred caminaba lenta y pesadamente como lo había hecho Roland, aunque avanzaba incluso más despacio. Cada cierto tiempo se doblaba por las contracciones y su forma humana temblaba, la negrura emergía y se retiraba en su piel, el pesado abrigo se hinchaba constantemente mientras las demás patas intentaban salir, y luego volvían a colgar sueltas cuando él quería que volvieran a meterse, apretando los dientes y rugiendo por el esfuerzo. En una ocasión soltó más o menos medio litro de apestoso fluido marrón con los pantalones puestos, y en otra ocasión consiguió bajarse los pantalones, aunque tampoco es que le importase mucho. Nadie lo había invitado al Baile de la Cosecha, ja, ja. La invitación se había perdido en Correos, sin duda. Más adelante, cuando llegase el momento de atacar, dejaría libre al Pequeño Rey Carmesí. Pero si ocurría en ese momento, estaba casi seguro de que no podría volver a cambiar de forma. No tendría la fuerza suficiente. El metabolismo más rápido de la araña avivaría la enfermedad como las potentes ráfagas de viento avivan una hoguera hasta convertirla en un incendio forestal. Lo que lo estaba matando lentamente lo mataría a toda velocidad. Así que resistió y por la tarde se sintió algo mejor. La pulsión de la Torre aumentaba cada vez más deprisa, se intensificaba en fuerza y

premura. Y también la voz de su Papi Rojo, animándolo, animándolo a quedarse en una distancia asombrosa. Viejo Papi Blanco Pistolero no había dormido más de cuatro horas por noche durante semanas, porque había hecho turnos de vigilancia con Mami Mirlo, que ahora ya no estaba. Pero Mami Mirlo nunca tenía que tirar del carrito, ¿verdad? No, solo tenía que ir montada en él como la Puta Reina Mierda de la Colina Zurullo, ¿verdad? ¡Ja! Lo que significaba que Viejo Papi Blanco estaba muy cansado, aunque contara con la pulsión de la Torre para levantarle el ánimo y empujarlo hacia delante. Esa noche Viejo Papi Blanco o bien tendría que depender del Artista y el Chucho para que hicieran el primer turno de vigilancia o tendría que intentar hacerlo todo solo. Mordred pensó que él podría soportar una noche más en vela, por la simple razón de que sabía que no tendría que pasar otra. Vigilaría el campamento con los ojos cristalizados para ver de lejos al viejo hombre monstruo. Y cuando estuvieran dormidos, cambiaría por última vez y se abalanzaría sobre ellos. ¡Allá voy, allá voy, casi llego, ya estoy! ¡Ja! A lo mejor Viejo Papi Blanco no llega jamás a despertar, aunque Mordred esperaba que sí se despertase. Justo al final. Lo suficiente para que se diera cuenta de qué estaba ocurriéndole. Lo suficiente para que supiera que su hijo lo estaba arrastrando al país de la muerte solo unas horas antes de que llegara a su preciada Torre Oscura. Mordred apretó los puños y observó cómo se le ennegrecían los dedos. Sintió un terrible aunque placentero dolor que le ascendía por ambos lados del cuerpo a medida que las patas de araña intentaban emerger, siete en lugar de ocho, gracias a la asquerosahorrible Mami Mirlo que había estado preñada y no preñada al mismo tiempo, y ojalá estuviera pudriéndose para siempre y gritando en el espacio del exotránsito para siempre (o al menos hasta que uno de los Grandes que acechaban por allí la encontrasen). Se resistía y alentaba el cambio con la misma ferocidad. Al final solo se resistió, y la urgencia del cambio remitió. Soltó un pedo victorioso, aunque ya no era largo y oloroso, sino silencioso. Tenía el culo como un acordeón roto que ya no podía emitir melodías, sino solo un grito ahogado. Sus dedos recuperaron su color rosado pálido y el dolor que le ascendía y descendía por ambos lados del cuerpo remitió. La cabeza le daba vueltas y fue invadida por la fiebre; los brazos delgaduchos (poco más que dos palillos) le dolían por los escalofríos. La voz de su Papi Rojo se escuchaba a veces alta y otras baja, pero siempre estaba allí: «Ven a mí. Corre hacia mí. Apretad doblemente el paso. Ven, commala, buen hijo mío. Derrumbaremos la Torre, destruiremos toda la luz existente, y entonces gobernaremos la oscuridad juntos.

»Ven a mí.
»Ven».

DOS

Con seguridad esos tres que quedaban (cuatro, contándose a sí mismo) habían dejado atrás el brazo protector del ka. Desde que el *Prim* se retiró no habían existido criaturas como Mordred Deschain, que era en parte hum y en parte creado por esa rica y potente sopa. Con seguridad el ka jamás había pretendido que una criatura así tuviera una muerte tan mundana como la que en ese momento le amenazaba: fiebre provocada por intoxicación alimentaria.

Roland podría haberle dicho que comerse lo que había encontrado en la nieve cerca del granero de Dandelo era una mala idea; para el caso, también podría habérselo dicho Robert Browning. Malvada o no, caballo de verdad o no, Lippy (que seguramente llevaba el nombre de otro poema más conocido de Browning titulado «Fra Lippo Lippi») había sido un animal enfermo cuando Roland le puso fin a su vida con una bala en la cabeza. Sin embargo, Mordred tenía forma de araña cuando llegó hasta el ser que, al menos, tenía aspecto de caballo y casi nada podría haber evitado que se comiera la carne. No fue hasta que volvió a retomar la forma humana cuando se preguntó, angustiado, cómo podía haber tenido tanta carne la jaca huesuda de Dandelo y por qué estaba tan blanda y caliente, tan llena de sangre sin coagular. Al fin y al cabo se había acumulado la nieve por la ventisca y el animal había quedado allí tirado durante días. Los restos de la yegua tendrían que haber estado congelados.

Entonces empezaron los vómitos. Luego llegó la fiebre, y con ella la lucha por no cambiar de forma hasta que estuviera lo bastante cerca de su Papi Blanco para despedazarlo miembro a miembro. El ser cuyo advenimiento había sido profetizado hacía miles de años (sobre todo por las yentes Manni, y por lo general con susurros de temor), el ser que crecería como semihumano y semidiós, el ser que supervisaría el fin de la humanidad y el regreso del *Prim*… ese ser había llegado por fin como inocente y de mal corazón que estaba muriendo por tener la pancita llena de carne de caballo envenenada.

El ka no podía haber tenido nada que ver en esto.

TRES

Roland y sus dos compañeros no avanzaron mucho el día en que Susannah los dejó. Aunque no hubiera planeado viajar pocos kilómetros para llegar a la Torre en el ocaso del día siguiente, Roland no podría haber llegado más lejos. Se sentía desilusionado, solo y casi muerto de cansancio. Patrick también estaba cansado, pero al menos él podía escoger ir en el carrito y durante gran parte del día eso era lo que hacía, algunas veces iba durmiendo, otras dibujando, otras caminaba durante un rato antes de volver a montar en el Ho Fat II y dormir un tiempo más.

Roland sentía con fuerza en la cabeza y en el corazón la pulsión de la Torre, y su canción era poderosa y bella, en ese momento era como si la cantasen miles de voces, pero ni siquiera eso aliviaba el peso plúmbeo que sentía en los huesos. Entonces, mientras buscaba un lugar con sombra donde poder detenerse para comer a mediodía (en ese momento ya era media tarde), vio algo que por un momento hizo que olvidase tanto el cansancio como la tristeza.

A la vera del camino crecía una rosa silvestre, que era exactamente igual a la que había en el solar vacío. Florecía como acto de rebeldía contra la estación, que según los cálculos de Roland debía de ser principios de primavera. Era de un tono rosado claro por fuera y en el interior se oscurecía con un rojo intenso; era el mismo color, pensó, que el deseo del corazón. Cayó de rodillas ante ella, acercó la oreja a esa copa coralina y escuchó.

La rosa estaba cantando.

El cansancio permaneció, como la voluntad del cansancio (en este lado de la sepultura, al menos), pero la soledad y la tristeza marcharon, al menos durante un rato. Echó un vistazo en el interior de la rosa y vio un núcleo amarillo tan intenso que no podía mirarlo directamente.

«La puerta de Gan —pensó, sin estar seguro de lo que era, pero con la absoluta seguridad de que estaba en lo cierto—. Sea, la puerta de Gan, ¡es eso!».

No era como la rosa del solar vacío por una cuestión crucial: la sensación de malestar y las voces lejanas disonantes habían desaparecido. Esta rosa estaba llena de salud y de luz y de amor. Esta y todas las demás tenían… tenían…

«Alimentaban a los Haces, ¿verdad? Con sus canciones y su perfume. Y los Haces las alimentaban a ellas. Es un campo de energía viviente, que da y recibe, que gira desde la Torre. Y esta no es más que la primera, la más lejana escolta. En Can’-Ka No Rey hay decenas de miles, iguales a esta».

La idea lo hizo marearse por el asombro. Entonces tuvo otra que le llenó de ira y miedo: el único ser que tenía una visión de ese enorme manto rojo estaba loco. Los infestaría en un instante, si tenía vía libre para hacerlo.

Alguien le dio unos golpecitos dubitativos en el hombro. Era Patrick, con Acho a la zaga. Patrick señaló la zona cubierta de hierba que estaba junto a la rosa, y entonces hizo gestos de estar comiendo. Señaló la rosa e hizo movimientos como de dibujar. Roland no tenía mucha hambre, pero la otra idea del chico le gustó muchísimo.

—Sí —le dijo—. Comeremos algo, luego puede que me eche una siesta mientras tú dibujas la rosa. ¿Podrás hacer dos dibujos de ella, Patrick? —Le enseñó los dos dedos que le quedaban en la mano derecha para asegurarse de que el chico lo había entendido.

El joven frunció el ceño y ladeó la cabeza, seguía sin entenderlo del todo. El pelo le colgaba sobre el hombro en un haz brillante. Roland pensó en que Susannah había lavado esos cabellos en un arroyo pese a los chillidos de protesta de Patrick. Era el tipo de ocurrencia que Roland jamás habría tenido, pero gracias a ello el muchacho tenía mucho mejor aspecto. Mirar ese haz de pelo brillante lo hizo echar de menos a Susannah pese a la canción de la rosa. Había traído la gracia a su vida. Era una palabra que no se le había ocurrido hasta que ella hubo desaparecido.

Mientras tanto, allí estaba Patrick, con un gran talento pero terriblemente duro de mollera.

Roland hizo un gesto señalando su cuaderno, luego señaló a la rosa. Patrick asintió, esa parte la entendía. Entonces Roland levantó dos dedos con la mano buena y volvió a señalar el cuaderno. En esa ocasión a Patrick se le iluminó la cara. Señaló la rosa, el cuaderno, a Roland y luego a sí mismo.

—Eso es, grandullón —dijo Roland—. Un dibujo de la rosa para ti y uno para mí. A que es bonito, ¿verdad?

Patrick asintió entusiasmado, y se puso manos a la obra mientras Roland preparaba algo de manduca. Una vez más, Roland preparó tres platos y una vez más Acho se negó a comer su parte. Cuando el pistolero miró a los ojos ribeteados de dorado del brambo vio un vacío en ellos, una especie de pérdida, que le dolió en lo más profundo. Y Acho no podría aguantar si se saltaba muchas comidas; ya estaba demasiado delgado. Deshilachado, habría dicho Cuthbert, seguramente sonriendo. Necesitaba un poco de sasafrás y sal. Pero el pistolero no tenía nada sabroso.

—¿Por qué estáis así? —preguntó Roland al brambo, enfadado—. Si queríais ir con ella, deberíais haberos ido cuando se os dio la oportunidad. ¿Por qué me miráis con esos ojos de bichejo triste ahora?

Acho lo miró durante un rato más y Roland se dio cuenta de que había herido los sentimientos del pequeñajo; parecía ridículo pero era cierto. Acho se alejó, con el rabo como de garabato caído. Roland sintió ganas de llamarlo para que regresase, pero eso habría sido aún más ridículo, ¿verdad? ¿Qué planes tenía? ¿Disculparse ante un bilibrambo?

Se sintió furioso y mal consigo mismo, eran sentimientos que jamás había experimentado antes de traer a Eddie, Susannah y Jake desde el lado estadounidense a su vida. Antes de su llegada no sentía casi nada, y aunque esa era una forma limitada de vivir, en cierto modo no estaba tan mal; al menos no se perdía el tiempo preguntándose si uno debía disculparse con un animal por haber usado un tono demasiado brusco con él, por todos los dioses.

Roland se acuclilló junto a la rosa, acercándose a la fuerza relajante de su canción y el ardor de su luz, su saludable luz, procedente del núcleo. Entonces Patrick hizo un sonido silbante para llamar su atención, haciendo un gesto para que Roland se apartase, para poder ver la rosa y dibujarla. Esto se sumó a la sensación de descolocación y malestar del pistolero, pero se retiró sin chistar. Al fin y al cabo, él le había pedido a Patrick que la dibujara, ¿verdad? Pensó en que, si Susannah hubiera estado allí, sus miradas se habrían encontrado por la comprensión del momento, como las miradas de los padres cuando observan los divertidos gestos de un pequeño. Pero ella no estaba allí, por supuesto; había sido la última del grupo y se había ido, ella también.

—Está bien, ¿podéis ver un pelín mejor la rosilla? —preguntó con la intención de parecer gracioso, aunque solo sonaba enfadado, enfadado y cansado.

Al menos, Patrick no reaccionó ante la dureza de la voz del pistolero; «seguramente ni siquiera le ha constado lo que he dicho», pensó Roland. El chico mudo estaba sentado con los tobillos cruzados y el cuaderno de dibujo apoyado en los muslos, con el plato de comida a medio terminar dejado a un lado.

—No trabajes tanto que se te vaya olvidar comerte eso —le advirtió Roland —. Ahora tendrás que disculparme. —Hizo un nuevo gesto distraído para agradecerle las molestias y desistió—. Me voy a dormir, Patrick. Será una tarde larga. —«Y una noche incluso más larga», añadió para sí… y aun así tenía el

mismo motivo de consuelo que Mordred: esa noche seguramente sería la última. No tenía la certeza de qué le esperaba en la Torre Oscura al final del campo de rosas, pero aunque lograse ajustar las cuentas con el Rey Carmesí, tenía la seguridad de que esta sería su última marcha. Creía que no iba a dejar nunca Can'-Ka No Rey, y no le importaba. Estaba muy cansado. Y, pese al poder de la rosa, estaba triste.

Roland de Gilead se tapó los ojos con un brazo y se quedó dormido de inmediato.

CUATRO

No durmió mucho antes de que Patrick lo despertase con entusiasmo infantil para mostrarle el primer dibujo de la rosa que había hecho; la posición del sol sugería que no habían pasado más de diez minutos, quince como mucho.

Como todos sus dibujos, este emitía una extraña energía. Patrick había plasmado la rosa prácticamente como si fuera real, aunque no tuviera más que un lápiz para dibujarla. Con todo, Roland habría preferido dormir una hora más para apreciar esa obra de arte. Sin embargo, asintió para expresar su aprobación, no podía seguir estando gruñón y malhumorado delante de algo tan bello, se lo prometió a sí mismo, y Patrick sonrió, contento con tan poco. Cogió de nuevo la hoja y volvió a dibujar la rosa.

Roland podría haber vuelto a dormir, pero ¿qué sentido tenía? El chico mudo acabaría con el segundo dibujo en cuestión de minutos y volvería a despertarlo. En lugar de dormir se dirigió hacia Acho, y acarició el denso pelaje del brambo, algo que no solía hacer.

—Siento haberos hablado con dureza, compañero —dijo Roland—. ¿No me dirías una palabrita de ánimo?

Pero Acho no dijo nada.

Pasados quince minutos, Roland volvió a recoger un par de cosas que había sacado del carrito, se escupió en las palmas de las manos y volvió a coger las manillas. El carrito pesaba menos, así debía ser, aunque daba la sensación de pesar más.

«Por supuesto que pesa más —pensó Roland—. Lleva mi pena dentro. La llevo adondequiera que vaya, sí, la llevo».

Patrick Danville no tardó en montar en el Ho Fat II. Subió, se acurrucó un poco y se quedó dormido casi de inmediato. Roland iba avanzando, cabizbajo, mientras su sombra se alargaba cada vez más desde los pies. Acho caminaba junto a él.

«Una noche más —pensó el pistolero—. Una noche más, un día más y se habrá acabado. De una forma u otra».

Dejó que la pulsión de la Torre y sus múltiples voces cantarinas le llenaran la cabeza y aligerasen su paso… al menos un poco. Había más rosas en ese momento, docenas repartidas a cada lado del camino que iluminaban el campo, que de no ser por ellas resultaría lúgubre. Unas pocas crecían en la misma senda y Roland tenía cuidado de no pisarlas. Pese a lo cansado que pudiera estar, no podía aplastar ni una sola flor ni permitir que una rueda pasara por encima de un pétalo caído.

CINCO

Se detuvo para pasar la noche mientras el sol todavía estaba en lo alto del horizonte, estaba demasiado cansado para seguir adelante, aunque todavía quedasen unas dos horas más de luz. En aquel lugar había un arroyo que se había secado, pero en su lecho había crecido una profusión de esas bellas rosas silvestres. Sus canciones no disminuyeron el cansancio de Roland, pero le levantaban el ánimo en cierto modo. Roland pensó que a Patrick y Acho les ocurría lo mismo y eso estaba bien. Cuando Patrick se había despertado había mirado a su alrededor con impaciencia al principio. Después, se le ensombreció el gesto, y Roland supo que había vuelto a recordar que Susannah se había ido. El chico habría llorado en ese momento, pero tal vez, en ese lugar, no se produjera el llanto.

Había una alameda en la ribera, al menos el pistolero creía que eran álamos, pero se habían muerto con la desaparición del arroyo del que bebían sus raíces. Ahora tenían las ramas secas, sin hojas que revolotearan con el cielo de fondo. Roland veía en sus siluetas el número diecinueve una y otra vez, tanto en los números del mundo de Susannah como en los de su propio mundo. En un lugar parecía que las ramas formaban con toda claridad la palabra *CHASSIT* con el cielo cada vez más azul de fondo.

Antes de encender la hoguera y preparar una cena temprana —comida en conserva de la despensa de Dandelo estaría bien para esa noche—, Roland se acercó al arroyo seco y olió las rosas, paseando lentamente entre los árboles muertos y escuchando su cantar. Tanto el perfume como los sonidos resultaban refrescantes.

Como se sentía un poco más animado, recogió madera de debajo de los árboles (partió un par de ramas bajas por si acaso, dejando trocitos secos astillados que le recordaban un poco a los lápices de Patrick) y apiló las astillas para encender el fuego en el centro. Luego encendió el fuego, pronunciando el viejo catecismo sin ni siquiera escucharse a sí mismo: «La oscuridad enciende, ¿quién es mi padre? ¿Me tenderé? ¿Me quedaré? Bendice el campamento, haz que el fuego brille».

Mientras esperaba que el fuego creciese y luego se apaciguase hasta convertirse en un lecho de ascuas rosadas, Roland se quitó el reloj que le habían regalado en Nueva York. Se le había parado el día anterior, aunque le habían asegurado que tenía una pila que duraría al menos cincuenta años.

Ahora, mientras las últimas horas de la tarde se convertían en noche, las manecillas habían empezado a girar en el sentido contrario poco a poco.

Lo contempló durante un rato, fascinado, luego cerró la tapa y contempló los siguls que tenía grabados: una llave, una rosa y una Torre. Una fantasmagórica luz azul había empezado a destellar a través de las ventanas situadas en su espiral ascendente.

«No sabían que haría esto», pensó Roland y volvió a ponerse con cuidado el reloj en el bolsillo delantero izquierdo, aunque antes comprobó (como hacía siempre) que no hubiera ningún agujero por el que pudiera caerse. Luego preparó la cena. Patrick y él comieron bien.

Acho no probó ni un bocado.

SEIS

Aparte de la noche que había pasado garlando con el hombre de negro —la noche durante la cual a Walter le habían echado las cartas y le habían predicho una suerte aciaga, seguramente, con una baraja amañada—, esas doce horas de oscuridad junto al arroyo seco habían sido las más largas de la vida de Roland. El cansancio lo invadió con más intensidad y en lo más recóndito, hasta que era

como llevar un saco de piedras. Antiguos rostros y antiguos lugares pasaban por delante de sus agotados ojos: Susan, empeñada en bajar por la caída con su melena rubia volando al viento; Cuthbert bajando a toda prisa por la ladera de Jericho Hill de la misma forma, gritando y riendo; Alain Johns levantando un vaso para realizar un brindis; Eddie y Jake luchando en la hierba, gritando, mientras Acho daba saltos a su alrededor y ladraba.

Mordred estaba por allí fuera, en algún lugar, y cerca; aun así, una y otra vez Roland se daba cuenta de que estaba quedándose dormido. Cada vez se despertaba sobresaltado, y miraba a su alrededor, en la oscuridad, como un loco. Sabía que estaba a punto de caer en la inconsciencia. Cada vez que le ocurría esperaba encontrarse con la araña de la mancha roja en el vientre, encima de él, pero no veía más que los hornillos, danzando anaranjados en el horizonte. No escuchaba más que el murmullo del viento.

«Pero él espera. Aguarda el momento oportuno. Y si me duermo —cuando me duerma—, se abalanzará sobre nosotros».

A eso de las tres de la madrugada se despertó solo a base de fuerza de voluntad de una cabezadita que estuvo a punto de sumirlo en un sueño profundo. Miró a su alrededor con desesperación, y se frotó los ojos con los pulpejos de las manos con la fuerza suficiente para empezar a ver puntos negros y extrañas formas que explotaban en su campo de visión. El fuego ardía con poca fuerza. Patrick estaba tendido a unos seis metros de la hoguera, a los pies del retorcido tronco de un álamo. Desde donde Roland estaba sentado, el chico no parecía más que un montículo cubierto con un pellejo. No había rastro de Acho. Roland lo llamó pero no hubo respuesta. El pistolero estaba a punto de levantarse cuando vio al viejo amigo de Jake un poco más allá de la circunferencia luminosa de la débil hoguera, o al menos el brillo de sus ojos ribeteados de oro. Esos ojos miraron a Roland durante un instante, luego desaparecieron, seguramente cuando Acho posó el hocico sobre las patas.

«Él también está cansado —se dijo el pistolero—, y ¿por qué no?».

La mente de Roland intentó formular la pregunta de qué sería de Acho dentro de dos días, pero el pistolero estaba cansado y preocupado y se negó a contestar. Se levantó (aturdido por el cansancio, se llevó la mano a la cadera que antes le había dado problemas, como si esperase que el dolor siguiera allí), se dirigió hacia Patrick, y lo sacudió para que se despertase. Le costó un poco, pero al final el chico abrió los ojos. Pero a Roland no le bastaba con eso. Cogió a Patrick por los hombros y tiró de él hasta que lo dejó sentado. Cuando el chico

intentó volver a tumbarse, Roland lo zarandeó, con fuerza. Patrick lo miró con incomprensión deslumbrada.

—Ayúdame a avivar el fuego, Patrick.

Hacer eso lo despertó un poco. Y en cuanto el fuego se puso a arder con fuerza, Patrick se quedó a realizar un breve turno de vigilancia. A Roland no le gustaba la idea, sabía perfectamente que dejar al chico al mando durante la noche podría resultar peligroso, pero intentar vigilar solo el resto de las horas hubiera sido aún más peligroso. Necesitaba dormir. Con una hora o dos bastaría, y tenía la seguridad de que Patrick podría permanecer despierto durante ese tiempo.

El muchacho recogió animado unas ramitas y las echó al fuego, aunque se movía como la luz temblorosa de una vela… como un cadáver reanimado. Y cuando el fuego ardía con fuerza, se retiró al lugar donde estaba antes con los brazos metidos entre sus huesudas rodillas, más dormido que despierto. Roland pensó que podría haberle dado unas bofetadas al chico para que despertase, y más adelante desearía, con amargura, haberlo hecho.

—Patrick, escúchame. —Sacudió a Patrick por los hombros con la fuerza suficiente para que su larga melena se menease de un lado a otro, aunque algunos pelos le cayeron sobre los ojos. Roland se los apartó—. Necesito que permanezcas despierto y vigiles. Solo durante una hora… solo hasta que… mírame, ¡Patrick! ¡Mira! Dioses, ¡no te atrevas a dormirte otra vez mientras te estoy hablando! ¿Ves eso? La estrella más brillante de todas esas que está próxima a nosotros.

Roland estaba señalando la Vieja Madre, y Patrick asintió sin dudarlo. Había un destello de interés en su mirada, y eso le pareció alentador al pistolero. Era la mirada que Patrick ponía cuando quería dibujar. Y si se quedaba dibujando la Vieja Madre mientras brillaba sobre la horqueta más grande del álamo había muchas probabilidades de que permaneciera despierto. Puede que hasta el amanecer, si se concentraba por completo.

—Toma, Patrick. —Hizo que se sentara apoyado en el tronco del árbol. Era un tronco delgaducho y lleno de nódulos, y lo bastante incómodo para impedir el sueño, o eso esperaba Roland. Era como si todos los movimientos los realizase bajo el agua. ¡Oh, estaba tan cansado! ¡Tan cansado!—. ¿Sigues viendo la estrella?

Patrick asintió con entusiasmo. Al parecer se había olvidado del sueño, y el pistolero agradeció a los dioses ese favor.

—Cuando se oculte tras la gruesa rama y no puedas verla más ni seguir dibujándola sin ponerte de pie… me llamas. Me despiertas, no importa cuánto te cueste. ¿Lo has entendido?

Patrick asintió sin dudarlo, pero Roland no había viajado con él lo suficiente para saber que ese gesto de asentimiento tenía poco significado o ninguno. Lo que sí sabía es que le encantaba complacer a los demás. Si le preguntabas si nueve más nueve eran diecinueve, habría asentido con el mismo entusiasmo inmediato.

—Cuando no puedas verla desde donde estás sentado… —Le parecía que sus propias palabras llegaban desde lejos. Lo único que esperaba es que Patrick lo hubiera entendido. Al menos, el chico sin lengua había agarrado el cuaderno y un lápiz recién afilado.

«Esa es mi mejor protección —murmuró la mente de Roland mientras se recostaba sobre su pila de pellejos entre la hoguera y el Ho Fat II—. No se dormirá mientras esté dibujando, ¿verdad?».

Esperaba que no, pero supuso que no podía asegurarlo. Y no importaba, porque él, Roland de Gilead, iba a dormir de todas formas. Había hecho todo lo posible y tendría que ser suficiente.

—Una hora —murmuró, y su voz le sonó lejana y débil—. Despiértame dentro de una hora… cuando la estrella… cuando la Vieja Madre se ponga detrás…

Pero Roland no pudo terminar la frase. Ni siquiera sabía lo que decía. El agotamiento lo atrapó y lo sumió lentamente en un sueño tranquilo.

SIETE

Mordred lo vio todo a través de sus clarividentes ojos de cristal. La fiebre le había subido e, iluminado por su ardor, el cansancio había remitido al menos de forma temporal. Miró con ávido interés mientras el pistolero despertaba al chico mudo, al Artista, y le pedía a gritos que lo ayudase a avivar el fuego. Miró animando al mudo a que acabase su tarea y volviera a dormirse antes de que el pistolero pudiera impedírselo. Por desgracia, eso no ocurrió. Habían acampado cerca de una alameda seca, y Roland había dejado al Artista apoyado en el árbol de mayor tamaño. Allí había señalado el cielo. Estaba preñado de estrellas, pero Mordred supo que Viejo Papi Blanco Pistolero estaba señalando la Vieja Madre,

porque era la más brillante. Al final, el Artista, que parecía no tener mucha sustancia (al menos no en la mollera), lo entendió. Sacó su cuaderno y se puso a esbozar mientras Viejo Papi Blanco se alejaba tambaleante, mientras seguía murmurando las instrucciones y órdenes a las que, sin duda alguna, el Artista no había prestado ninguna atención. Viejo Papi Blanco cayó rendido de forma tan brusca que, por un instante, Mordred temió que el cacho de carne que le servía al muy hijo de puta de corazón hubiera dejado de latir. Entonces Roland se movió sobre la hierba, para recolocarse, y Mordred, tumbado sobre un montículo que estaba a unos ochenta metros hacia el oeste del arroyo seco, notó que los latidos de su corazón se ralentizaban. Y pese a lo profundo que pudiera ser el agotamiento de Viejo Papi Blanco Pistolero, su formación y su largo linaje, que se remontaba hasta el mismísimo Eld, bastarían para que se despertase con la pistola en la mano en cuanto el Artista lanzara uno de sus endemoniados chillidos inarticulados. Mordred sufrió el ataque de los calambres, fueron los más fuertes. Se doblegó, luchaba por conservar la forma humana, luchaba por no chillar, luchaba por no morir. Escuchó otro de esos ruidos ahogados procedentes de sus partes bajas y otro chorro grumoso de sustancia marrón empezó a correrle por las piernas. Pensó que el dolor no acabaría jamás, que se intensificaría hasta partirlo por la mitad, pero al final empezó a remitir. Se miró la mano izquierda y no le sorprendió del todo ver que los dedos se le habían ennegrecido y se habían juntado. Esos dedos no volverían a ser humanos; creyó que solo le quedaba un cambio. Mordred se enjugó el sudor de la frente con la mano derecha y volvió a ponerse los «pragmáticos» en los ojos, rogándole a su Papi Rojo que el estúpido mudito se hubiera quedado dormido. Pero no estaba dormido. Estaba recostado contra el tronco del álamo y mirando hacia el cielo entre las ramas, dibujando la Vieja Madre. Ese fue el instante en que Mordred Deschain se sintió más próximo a la desesperación. Al igual que Roland creía que el dibujo era lo único que mantenía al estúpido mocoso despierto. Por tanto, ¿por qué no intentaba cambiar mientras el calor de su último ataque febril le daba fuerzas con su energía destructiva? ¿Por qué no se arriesgaba? Al fin y al cabo, era Roland a quien quería, no al chico; sin duda alguna, con su forma de araña, se deslizaría hasta el pistolero con la rapidez necesaria para atraparlo y llevárselo a las fauces. Viejo Papi Blanco podría disparar una vez, puede que incluso dos, pero Mordred creía que podría resistir una o dos balas, si esos fragmentos voladores de plomo no daban en el núcleo blanco de su lomo: su cerebro de cuerpo dual. «Y en cuanto lo tenga en las fauces, no lo soltaré hasta haberle chupado toda la vida, no será

más que una momia polvorienta como esa otra, Mia». Se relajó, estaba listo para arriesgarse a abalanzarse sobre él, y entonces una voz le habló desde lo profundo de la mente. Era la voz de su Papi Rojo, el que estaba encarcelado en un lateral de la Torre Oscura y necesitaba a Mordred vivo, al menos durante un día más, para que lo liberase.

«Espera un poco más —le aconsejó esa voz—. Espera un poco más. Puede que tenga otro truco guardado en la manga. Espera… espera solo un poco más…».

Mordred esperó. Y pasados un par de minutos, sintió que la pulsión de la Torre Oscura cambiaba.

OCHO

Patrick también sintió ese cambio. La pulsión se volvió más relajante. Y producía palabras, unas palabras que aumentaban su entusiasmo por el dibujo. Trazó otra línea, se detuvo, luego apartó el lápiz y se limitó a mirar la Vieja Madre, que parecía latir al mismo tiempo que las palabras que escuchaba en su cabeza, palabras que Roland habría reconocido. Solo que estas las cantaba una voz masculina, temblorosa aunque delicada:

Mi hortelanito, mi amor,
ya ha vuelto a ponerse el sol.
Que tus sueños sean dulces y alegres.
Que sueñes con campos y frutos verdes.

Mi hortelanito, mi niñito,
mi pequeño, trae las bayas, presto.
¡Chussit, chissit, chassit!
¡Trae bastantes para llenar tu cesto!

A Patrick se le caía la cabeza. Tenía los ojos cerrados… abiertos… volvían a cerrársele.

«Bastantes para llenar mi cesto», pensó y se durmió a la luz de la hoguera.

NUEVE

«Ahora, mi buen hijo —susurró la fría voz procedente de lo más caliente y fundido de la sesera de Mordred—. Ahora. Ve hacia él y asegúrate de que no vuelve a despertar de su sueño. Asesínalo entre las rosas y gobernaremos juntos».

Mordred salió de su escondite, y se le cayeron los prismáticos de una mano que había dejado de ser tal. Al tiempo que se transformaba lo invadió una enorme sensación de seguridad. Un minuto más y todo habría terminado. Los dos estaban durmiendo y no había forma de que pudiera fallar.

Descendió a toda prisa hasta el campamento y sus hombres dormidos, era una pesadilla negra de siete patas que abría y cerraba sus fauces.

DIEZ

En algún lugar, a miles de kilómetros de distancia, Roland escuchó un ladrido, alto y apremiante, furioso y salvaje. Su agotada mente intentó apartase de él, borrarlo y hundirse. Pero entonces se oyó un terrible grito que lo despertó de golpe. Conocía esa voz, pese a lo distorsionada que estuviera por el dolor.

—¡Acho! —gritó al tiempo que se levantaba de un salto—. Acho, ¿dónde estás? ¡Ven aquí! ¡Ven…!

Allí estaba, retorciéndose entre las patas de la araña. Se les veía a los dos con claridad a la luz de la hoguera. Más allá, apoyado contra el tronco del álamo, Patrick miraba con cara de estúpido a través de una cortina de pelo que pronto volvería a estar sucio, ahora que Susannah ya no estaba. El brambo se retorcía con furia hacia delante y hacia atrás, y golpeaba el cuerpo de la araña mientras le salía espuma por la boca, aunque Mordred lo estuviera retorciendo hasta ponerlo en una postura que su espalda no estaba preparada para adoptar.

«Si no hubiera salido de entre la hierba alta —pensó Roland—, sería yo el que estaría entre las fauces de Mordred».

Acho clavó los dientes en una de las patas de la araña. Gracias a la luz de la hoguera, Roland pudo ver los hoyuelos del tamaño de una moneda en las mandíbulas del brambo al intensificar su mordisco. El ser se retorció y la fuerza de su agarre disminuyó. En ese momento, Acho podría haberse liberado, si hubiera decidido hacerlo. Pero no fue así. En lugar de saltar y aprovechar la libertad momentánea de la que disfrutaba antes de que Mordred volviera a atraparlo, Acho utilizó ese tiempo para estirar su alargado cuello y atrapar al ser

por la parte en que una de las patas se unía al abotargado cuerpo. Mordió con fuerza, e hizo salir un chorro de jugo rojo negruzco que corrió con libertad por las comisuras de su morro. A la luz del fuego le brillaba con reflejos anaranjados. Mordred chilló con más fuerza. No había contado con la presencia de Acho, y ahora lo estaba pagando. A la luz de la hoguera, las dos formas que se retorcían eran personajes salidos de una pesadilla.

No muy lejos, Patrick aullaba de miedo.

«El mudo hijo de puta al final se ha quedado dormido», pensó Roland con amargura. Pero ¿quién lo había dejado vigilando?

—¡Suéltalo, Mordred! —gritó—. ¡Suéltalo y te dejaré vivir un día más! ¡Lo juro por el nombre de mi padre!

Unos ojos inyectados en sangre, llenos de locura y maldad, lo miraron por encima del cuerpo retorcido de Acho. Por encima de ellos, en lo alto de la curva del lomo de la araña, había unos ojillos azules, apenas más grandes que la cabeza de un alfiler. Miraban al pistolero con un odio que era demasiado humano.

«Son mis ojos», pensó Roland, desconsolado, y entonces se oyó un crujido seco. Fue la columna vertebral de Acho, pero pese a esa lesión mortal no soltó la articulación de la pata de Mordred, aunque las férreas cerdas le habían desgarrado gran parte del hocico, y dejaban al descubierto unos dientes afilados que en algunas ocasiones habían atrapado la muñeca de Jake con amable cariño, para tirar de él hacia algo que Acho quería que el chico viera. «¡Ake!», gritaba en esas ocasiones. «¡Ake! ¡Ake!».

Roland se llevó la mano derecha a la cartuchera y la encontró vacía. No fue hasta ese instante, cuatro horas después de la partida de Susannah, cuando se dio cuenta de que ella se había llevado una de sus pistolas al otro mundo. «Bien —pensó—. Bien. Si lo que encuentra es la oscuridad, tendrá cinco para las cosas que pueda haber allí y una para ella. Bien».

Aunque ese pensamiento fue borroso y distante. Sacó el otro revólver mientras Mordred se preparaba para saltar sobre los cuartos traseros y utilizaba la pata central que le quedaba, la enroscaba por la cintura de Acho y tiraba del animal, que todavía gruñía, para alejarlo de la pata rota y sangrante. La araña lanzó hacia arriba el cuerpo peludo, que describió una terrible espiral. Durante un instante eclipsó el luminoso faro que era la Vieja Madre. Luego tiró a Acho lejos y Roland tuvo un momento de *déjà vu*, al darse cuenta de que ya había visto eso hacía tiempo, en el Cristal del Mago. Acho que salía lanzado a través de la oscuridad iluminada por el fuego y quedaba empalado en una de las ramas

del álamo que el propio Roland había partido para la hoguera. Lanzó un espantoso grito de dolor, un grito de muerte, y se quedó colgando, suspendido y laxo, sobre la cabeza de Patrick.

Mordred se acercó a Roland sin pausa, aunque su carga fue algo lenta y desgarbada; le habían arrancado una pata a pocos minutos de nacer, y ahora tenía otra que le colgaba muerta y rota, las pinzas se movían de forma espasmódica mientras la arrastraba por la hierba. La visión de Roland jamás había sido más clara, la frialdad que lo invadía en momentos como aquel jamás había sido más profunda. Vio el núcleo blanco y los ojos de color azul bombardero que eran sus ojos. Vio el rostro de su único hijo mirando por encima del lomo de la abominación, pero entonces desapareció entre una lluvia de sangre cuando la primera bala lo desgarró. La araña retrocedió, mientras sus patas entrechocaban en dirección al cielo negro preñado de estrellas. La siguiente bala que Roland disparó penetró por su vientre descubierto y salió por el lomo, e hizo saltar salpicaduras de líquido negro. La araña se tambaleó hacia un lado, tal vez en un intento de escapar, pero las patas que le quedaban no la sostenían. Mordred Deschain cayó al fuego, y salió disparada una columna de chispas rojas y naranjas. Se retorcía sobre las brasas, las cerdas del vientre se le empezaron a quemar, y Roland, que reía con amargura, volvió a disparar. La araña moribunda salió del fuego que ahora le cubría el lomo, las patas que le quedaban se juntaban y formaban un nudo y luego se separaban. Una pata cayó de nuevo al fuego y ardió. El olor era abominable.

Roland empezó a avanzar, con la intención de sofocar con el pie el fuego que había empezado a arder por las brasas en la hierba, y entonces un aullido de furia estalló en su cabeza.

«¡Mi hijo! ¡Mi único hijo! ¡Lo has asesinado!».

—También era mío —dijo Roland, mirando a la monstruosidad en llamas. Al menos podía decir la verdad. Sí, eso sí que podía hacerlo.

«Entonces, ven. Ven, parricida y contempla tu Torre, pero has de saber algo: ¡morirás de viejo al borde de Can’-Ka antes de que hayas llegado siquiera a tocar la puerta! ¡Jamás te dejaré entrar! ¡El mismísimo espacio del exotránsito se agotará antes de que yo te deje pasar! ¡Asesino! Asesino de tu madre, asesino de tus amigos, sea, de todos ellos, pues Susannah yace muerta con un tajo en el cuello al otro lado de la puerta que la obligaste a cruzar, y ahora, asesino de tu propio hijo».

—¿Quién lo envió a mí? —preguntó Roland a la voz de su cabeza—. ¿Quién

envió al niño (porque eso es lo que es bajo esa piel negra) a su propia muerte, tú, boggart[23] rojo?

No hubo respuesta, así que Roland metió de nuevo la pistola en su cartuchera y sofocó el fuego antes de que se propagase. Pensó en lo que había dicho la voz sobre Susannah, decidió que no lo creía. Podía estar muerta, sea, podría ser, aunque pensó que el Padre Rojo de Mordred tenía la misma seguridad sobre lo ocurrido que Roland.

El pistolero dejó ir ese pensamiento y fue hacia el árbol, donde estaba colgado el último miembro de su ka-tet, empalado… pero todavía vivo. Los ojos ribeteados de dorado miraban a Roland con lo que podría haber sido casi asombro.

—Acho —dijo Roland y alargó una mano, a sabiendas de que se la podía morder, sin importarle nada. Supuso que esa parte de él, que no era una parte pequeña, quería que lo mordiera—. Acho, todos te decimos gracias. Yo te digo gracias, Acho.

El brambo no le mordió, y dijo una sola palabra.

—Olan —dijo. Luego soltó un suspiro, le lamió la mano al pistolero una sola vez, dejó caer la cabeza y murió.

ONCE

Cuando el alba se solidificó con la clara luz de la mañana, Patrick se aproximó dubitativo al lugar en que el pistolero estaba sentado en el arroyo seco, entre las rosas, con el cuerpo de Acho tendido sobre su regazo como una estola. El joven emitió un suave y sibilante sonido interrogativo.

—Ahora no, Patrick —dijo Roland de forma distraída, mientras acariciaba el pelaje de Acho. Era denso pero suave al tacto. Le resultaba difícil creer que la criatura que estaba bajo ese pelaje ya no estuviera, pese a los tensos músculos y las partes nudosas donde la sangre se había coagulado. Peinó la suavidad con los dedos lo mejor que pudo—. Ahora no. Tenemos todo el día por delante para llegar, y lo haremos bien.

No, no había necesidad de darse prisa; no había razón para que no llorase al último de sus muertos. No había apreciado duda alguna en la voz del viejo rey cuando le había prometido que moriría de viejo antes de llegar siquiera al pie de la Torre. Irían hasta allí, claro, y Roland estudiaría el terreno, pero incluso en ese

momento sabía que la idea de llegar a la Torre por el lado que el viejo monstruo no pudiera ver y luego abrirse camino no era una idea, sino la esperanza de un loco. No había apreciado dudas en la voz del viejo villano; ni tampoco se ocultaba ninguna duda tras ella.

Y por el momento, nada de eso importaba. Allí estaba otro al que había matado, y si había algún consuelo era el siguiente: Acho sería el último. Ahora volvía a estar solo con la excepción de Patrick, y a Roland le daba la impresión de que el muchacho era inmune al terrible virus que portaba el pistolero, porque jamás había pertenecido al ka-tet para empezar.

«Solo mato a la familia», pensó Roland, mientras acariciaba al bilibrambo.

Lo que más le dolía era el recuerdo de la forma tan desagradable en que le había hablado a Acho el día anterior. «¡Si queríais ir con ella, deberíais haberos ido cuando se os dio la oportunidad!».

¿Se habría quedado porque sabía que Roland iba a necesitarle? ¿Que cuando llegara la hora de darse leches (era una expresión de Eddie, por supuesto), Patrick le fallaría?

«¿Por qué me miráis con esos ojos sumidos en tristeza?».

¿Porque sabía que sería su último día, y que su muerte sería terrible?

—Creo que sabías las dos cosas —dijo Roland, y sintió el pelaje bajo sus dedos mejor que nunca—. Siento tanto haberos hablado así… daría los dedos sanos de mi mano izquierda si pudiera retirar esas palabras. Lo haría, los daría todos, digo verdad.

Sin embargo, allí, como en Mundo Piedra Angular, el tiempo solo avanzaba en una dirección. Lo hecho, hecho estaba. No había forma de retirar lo dicho.

Roland habría dicho que no quedaba ira, que hasta la última gota de ira se había consumido, pero cuando sintió el hormigueo en la piel y entendió qué significaba, sintió una furia renovada que afloraba en su corazón. Y sintió la frialdad que se instalaba en sus cansadas aunque habilidosas manos.

¡Patrick lo estaba dibujando! Sentado junto al álamo, como si una valerosa y pequeña criatura, que valía diez veces más que él, no ¡cien veces más!, no hubiera muerto en ese mismo árbol, y tanto por Roland como por él mismo.

«Es su forma de ser —le habló Susannah con calma y amabilidad desde lo más profundo de su mente—. Es lo único que tiene, le han quitado todo lo demás, el mundo en que nació y a su madre y su lengua y el cerebro que pudo tener alguna vez. Él también está de luto, Roland. También está asustado. Es la única manera que tiene de tranquilizarse».

Sin duda, todo ello era cierto. Pero esa verdad aumentó su ira en lugar de calmarla. Apartó la pistola que le quedaba (quedó tendida y brillante entre dos de las rosas cantarinas) porque tenerla cerca de la mano no era adecuado, no con el humor en el que se encontraba en ese momento. Entonces se puso de pie, con la intención de darle a Patrick la regañina de su vida, aunque fuera por la única razón de sentirse un poco mejor consigo mismo. Roland podía escuchar las palabras de introducción: «¿Te gusta dibujar a los que te han salvado esa vida inútil que tienes, estúpido crío? ¿Te levanta el ánimo?».

Estaba abriendo la boca para empezar cuando Patrick soltó el lápiz y cogió su nuevo juguete. La goma estaba medio gastada ya, y no había otras; al igual que la pistola de Roland, Susannah se había llevado consigo los muñoncitos de color rosa, seguramente por la sola razón de que los llevaba en el tarro que tenía en el bolsillo y había tenido la mente ocupada en otras cuestiones más importantes. Patrick apoyó la goma sobre su dibujo, luego levantó la vista, tal vez para asegurarse de que lo quería borrar todo, y vio al pistolero de pie junto al arroyo y mirándolo con el ceño fruncido. Patrick supo de inmediato que Roland estaba enfadado, aunque seguramente no tenía ni idea de por qué, el rostro se le llenó de miedo e infelicidad. Roland lo vio en ese momento como debió de verlo Dandelo en repetidas ocasiones, y su ira se detuvo por esa idea. No haría que Patrick le tuviera miedo, por Susannah y no por él, no haría que Patrick le tuviera miedo.

Y descubrió que era mejor así por él, al fin y al cabo.

«Entonces ¿por qué no matarlo? —preguntó la voz maliciosa y pulsante que oía en su cabeza—. Mátalo y líbralo de su desgracia, ¿no sentís tanta ternura por él? El brambo y él pueden adentrarse juntos en el claro. Pueden guardarte un lugar a ti, pistolero».

Roland sacudió la cabeza e intentó sonreír.

—Ni hablar, Patrick, hijo de Sonia —dijo (porque así era como Bill el robot había llamado al chico)—. Ni hablar, estaba equivocado, otra vez, y no pienso regañaros. Pero…

Se encaminó hacia el lugar donde estaba sentado el chico. Patrick se alejó de él a rastras como un perro, con una sonrisa conciliadora que volvió a enfurecer a Roland, aunque logró controlar esa sensación con facilidad en esa ocasión. Patrick también quería a Acho, y esa era la única forma que tenía de enfrentarse a su penar.

A Roland poco le importaba.

Se agachó y le quitó la goma de entre los dedos. Patrick lo miró con expresión interrogativa, luego alargó la mano vacía para pedir con la mirada que el maravilloso (y útil) juguete le fuera devuelto.

—Ni hablar —dijo Roland con toda la amabilidad posible—. Puedes arreglártelas pues solo los dioses saben cuántos años lo habrás hecho sin ni siquiera saber que existían estas cosas; puedes seguir sin ellas todo un día, creo. Puede que más adelante tengas algo que dibujar, y que desdibujar. ¿Os consta, Patrick?

A Patrick no le constaba, pero en cuanto la goma estuvo puesta a buen recaudo en el bolsillo de Roland junto con el reloj, al parecer se olvidó de ella y se limitó a seguir dibujando.

—Apartad también vuestro dibujo —le dijo Roland.

Patrick obedeció sin chistar. Primero señaló el carro, luego el Camino de la Torre, y emitió su gemido interrogativo.

—Sea —dijo Roland—, pero primero deberíamos ver si Mordred llevaba una artilla, puede que haya algo útil en ella, y tenemos que enterrar a nuestro amigo. ¿Me ayudaréis a devolver a Acho a la tierra, Patrick?

Patrick fue servicial y el entierro no duró demasiado; el cuerpo era mucho más pequeño que el corazón que había contenido. A media mañana habían empezado a cubrir los últimos y escasos kilómetros del largo camino que conducía a la Torre Oscura.



CAPÍTULO III
EL REY CARMESÍ Y LA TORRE OSCURA

UNO

Tanto el camino como la historia han sido largos, ¿no os parece? El viaje ha sido largo y el coste ha sido elevado… pero ningún gran logro se obtiene fácilmente. Una larga historia, como una alta Torre, debe construirse piedra a piedra. Sin embargo, ahora, a medida que se aproxima el fin, debéis fijaros con detalle en aquellos dos viajeros que se dirigen hacia nosotros. El mayor —el del rostro tostado por el sol, con arrugas y con la pistola en la cadera— tira de un carro que llaman Ho Fat II. El más joven —el que lleva el tremendo cuaderno de dibujo bajo el brazo que le da aspecto de estudiante de otra época— camina junto al vehículo. Ascienden por una larga y suave colina no muy distinta a la centena de colinas por las que ya han ascendido. El camino lleno de maleza que recorren está flanqueado a ambos lados por restos de muros de piedra; rosas silvestres crecen en amable profusión entre las rocas caídas. En el espacio abierto, salteado de arbustos por detrás de esos muros derruidos, se levantan extraños edificios de piedra. Algunos parecen las ruinas de castillos; otros tienen aspecto de obeliscos egipcios; unos cuantos son sin duda círculos para la invocación, como los que podrían utilizar los demonios para sus aquelarres; una antigua ruina de columnas y zócalos de piedra se parece a Stonehenge.

Uno prácticamente espera encontrarse a druidas encapuchados en torno al centro de ese gran círculo, tal vez echando las runas. Sin embargo, los guardianes de esas construcciones, los precursores del Gran Monumento, han desaparecido. Solo quedan los pequeños pastores de condumios que pastorean en el lugar otrora dedicado al culto.

No importa. No hemos llegado casi al final de nuestro largo viaje para contemplar ruinas, sino al anciano pistolero tirando de las manillas de su carro. Estamos en la cima de una colina y le esperamos mientras se acerca a nosotros. Ahí llega. Y llega. Incansable como siempre, un hombre que siempre aprende a hablar la lengua de la tierra (al menos en parte) y las costumbres del país; todavía es un hombre que enderezaría los cuadros torcidos en extrañas habitaciones de hotel. Hay muchas cosas en él que han cambiado, pero esa no. Corona la cima, está tan cerca de nosotros que podemos oler el acre y penetrante aroma de su sudor. Levanta la vista, es una mirada rápida y mecánica que primero dispara hacia delante y luego a ambos lados siempre que corona una cima: «Juega siempre con ventaja», era la norma de Cort, y el último de sus pupilos todavía no lo ha olvidado. Mira hacia arriba sin interés, mira hacia abajo… y se detiene. Después de un instante en el que contempla el pavimento resquebrajado e invadido por la hierba del camino, vuelve a alzar la vista, esta vez con más lentitud. Con mucha más lentitud. Como si temiera haber visto lo que cree haber visto.

Y es aquí donde debemos reunirnos con él, penetrar en él, aunque cómo íbamos a aprovecharnos del corazón de Roland en un momento como este, cuando el único objetivo de su vida está a la vista, es más que la excusa mediocre que puede dar un cuentacuentos. Algunos momentos escapan a la imaginación.

DOS

Roland levantó la mirada a toda prisa al coronar la cima, no porque esperase encontrar problemas, sino porque era una costumbre que tenía marcada con fuego para olvidarla. «Juega siempre con ventaja», les había dicho Cort, inculcándoselo cuando no eran más que unos bebés. Volvió a mirar hacia abajo en el camino —se había hecho cada vez más difícil evitar las rosas sin pisarlas, aunque lo había conseguido hasta entonces— y, en ese instante, con retraso, se dio cuenta de lo que acababa de ver.

«Lo que crees haber visto —se dijo Roland, mirando todavía hacia el camino —. Seguramente es otra de esas extrañas ruinas por las que hemos pasado desde que retomamos la marcha».

Sin embargo, Roland sabía que no se trataba de eso. Lo que había visto no estaba a los lados del Camino de la Torre, sino justo delante.

Volvió a levantar la vista, y oyó que le crujía el cuello como las bisagras de una puerta vieja, y allí, a kilómetros de distancia pero ya visible en el horizonte, real como las rosas, se alzaba la Torre Oscura. La Torre que había visto en miles de sueños y que ahora veía con sus propios ojos. A unos cincuenta y cinco o setenta y pocos metros, el camino ascendía por una colina más elevada con un antiguo círculo para la invocación desmoronado por la hiedra y la madreselva por un lado y con una arboleda de fustaferros por el otro lado. En medio de ese cercano horizonte, la sombra oscura se elevaba en la proximidad, y eclipsaba una mínima porción del cielo azul.

Patrick se detuvo junto a Roland y lanzó uno de sus gemidos.

—¿La ves? —preguntó Roland. Tenía la voz ronca, rota por el asombro. Entonces, antes de que Patrick pudiera responder, el pistolero señaló lo que el chico llevaba en el cuello. Al final, los prismáticos habían sido el único objeto de la pequeña artilla de Mordred que había valido la pena llevarse.

—Dámelos, Pat.

Patrick obedeció de buen grado. Roland se los llevó a los ojos, ajustó rápidamente el enfoque con la ruedecilla estriada y luego contuvo la respiración cuando lo alto de la Torre entró en su campo de visión, tan cerca que parecía que podía tocarla. ¿Cuánto se veía en el horizonte? ¿Qué dimensión de la Torre estaba viendo? ¿Seis metros? ¿Quizá hasta quince? No lo sabía, pero podía ver al menos tres de las estrechas ventanas ojivales que ascendían por el cilindro de la Torre en espiral, y podía ver el mirador de la parte superior, sus numerosos colores destellaban bajo el sol de la primavera, parecía que el núcleo negro le devolvía la mirada a los prismáticos como el mismísimo Ojo del Exotránsito.

Patrick gimió y levantó una mano para que Roland le pasara los prismáticos. Quería verlo con sus propios ojos y Roland le pasó los binoculares renegando entre dientes. Se sentía mareado, como si no estuviera allí. Se le ocurrió que se había sentido así algunas veces semanas antes de su batalla con Cort, como si estuviera en un sueño o en un rayo de luna. Había sentido que algo se acercaba, un enorme cambio, y eso era lo que sentía en ese instante.

«Allí está —pensó—. Allí está mi destino, el fin de mi camino vital. Y aun así mi corazón todavía late (un poco más rápido que antes, es cierto), mi sangre sigue fluyendo, y no hay duda de que cuando me agache para coger las manillas

de este endemoniado carro me crujirá la espalda y se me escapará un pequeño gas. No ha cambiado nada».

Esperó lo que la desilusión de sus pensamientos presagiaba sin duda alguna: la decepción. Pero no llegó. Lo que sintió en su lugar fue un brillo extraño y creciente que empezaba en su mente y se propagaba por la musculatura. Por primera vez desde que habían partido a media mañana, los pensamientos sobre Acho y Susannah abandonaron su mente. Se sintió libre.

Patrick bajó los prismáticos. Cuando se volvió hacia Roland, tenía expresión de emocionado. Señaló el montículo negro que se recortaba sobre el horizonte y gimió.

—Sí —afirmó Roland—. Algún día, en algún mundo, una versión de ti la pintará, junto con Llamrei, el caballo de Arthur Eld. Eso lo sé, porque lo he visto y puedo probarlo. Por ahora, es allí adonde vamos.

Patrick volvió a gemir, luego puso cara larga. Se puso las manos en las sienes y meneó la cabeza hacia delante y hacia atrás, como si tuviera una terrible jaqueca.

—Sí —dijo Roland—, yo también tengo miedo. Pero es inevitable. Tengo que ir hasta allí. ¿Quieres quedarte aquí, Patrick? ¿Quedarte y esperarme? Si quieres, te doy la libertad de hacerlo.

Patrick sacudió la cabeza enseguida. Y, por si Roland no lo había entendido, el chico mudo lo agarró por el brazo con fuerza. La mano derecha, la mano con que dibujaba, era como el acero.

Roland asintió. Incluso intentó sonreír.

—Sí —dijo—, está bien. Quédate conmigo tanto como quieras. Siempre que entiendas que al final tendré que estar solo.

TRES

En ese momento, cuando salían de cada hondonada y coronaban cada cima, la Torre Oscura parecía elevarse cada vez más cerca. Se hicieron visibles más ventanas de las que ascendían en espiral por su enorme circunferencia. Roland podía ver dos postes de acero emergiendo de la cumbre. Las nubes que recorrían los Caminos de los dos Haces que funcionaban se dividían por las puntas, y formaban una enorme X en el cielo. Las voces se oían cada vez más alto, y Roland se dio cuenta de que estaban cantando los nombres del mundo. De todos

los mundos. No sabía cómo era posible que él lo supiera, pero estaba seguro de ello. Esa luminosidad siguió llenándolo. Al final, cuando coronaron una cima con gigantescos hombres de piedra que marchaban hacia el norte a su izquierda (los restos de las caras, pintados con algo de color rojo sangre, los miraban desde arriba), Roland le dijo a Patrick que subiera al carro. Patrick puso cara de sorpresa. Lanzó una serie de ululatos que Roland interpretó como: «Pero ¿no estás cansado?».

—Sí, pero necesito algo que me retenga. Si no lo tengo podría empezar a correr hacia la Torre, aunque parte de mí sabe que no debo hacerlo. Y si el simple agotamiento no me hace estallar el corazón, el Rey Carmesí me puede arrancar la cabeza con uno de sus juguetes. Sube, Patrick.

Patrick subió. Viajó encorvado hacia delante, con los prismáticos apretados contra los ojos.

CUATRO

Pasadas tres horas, llegaron a los pies de una colina más empinada. A Roland le decía el corazón que era la última colina. Can'-Ka No Rey estaba tras ella. En la cima, a la derecha, había un hito de piedras apiladas que en otro tiempo había sido una pequeña pirámide. Lo que quedaba tenía unos nueve metros de altura. Las rosas crecían en torno a la base formando un tosco aro carmesí. Roland clavó la vista en ello y emprendió la ascensión con lentitud, tirando del carro por las manillas. A medida que subía, la parte superior de la Torre Oscura reapareció. Cada nuevo paso dejaba a la vista una extensión mayor. Ahora veía los balcones con sus barandas que llegaban a la cintura. No hacían falta los prismáticos; el aire era de una claridad sobrenatural. Calculó que la distancia que quedaba no era de más de ocho kilómetros. Quizá de solo cuatro. Los pisos de la Torre se revelaban ante sus ojos ya no tan descreídos.

A pocos metros antes de llegar, con la pirámide de piedras derrumbadas a veinte pasos de ellos a la derecha, Roland se detuvo, se agachó y dejó las manillas del carro sobre la tierra del camino por última vez. Cada nervio de su cuerpo le advertía del peligro.

—¿Patrick? Baja.

Patrick obedeció mirando con impaciencia a Roland y ululando.

El pistolero sacudió la cabeza.

—Ahora mismo no puedo decirte por qué. Solo que es seguro. —Las voces cantaban en grandes coros, pero el aire que los rodeaba permanecía en calma. No había ni un pájaro planeando sobre sus cabezas ni trinando en la distancia. Las manadas errantes de condumios habían quedado todas atrás. La brisa soplaba y la hierba se mecía. Las rosas asentían con sus silvestres corolas.

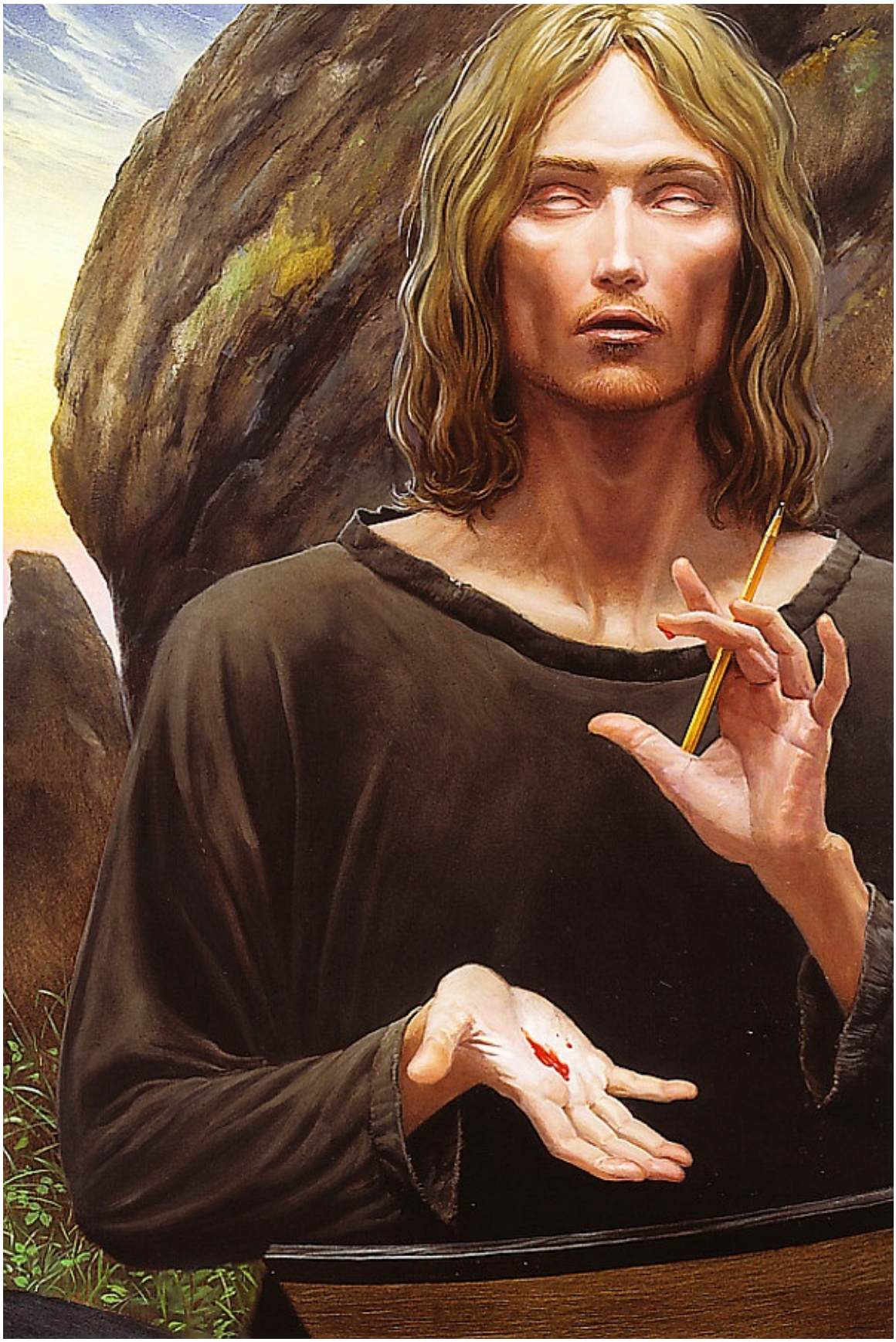
Caminaron los dos juntos y, mientras lo hacían, Roland sintió un tímido roce en el costado de los dos dedos de su mano derecha. Miró a Patrick. El chico mudo le devolvió una mirada impaciente, intentando sonreír. Roland lo cogió de la mano y de esta manera ambos coronaron la cima.

A sus pies había un gran manto rojo que se extendía hasta el horizonte en todas direcciones. El camino lo atravesaba como una polvorienta línea blanca de perfecta rectitud y de unos tres metros y medio de ancho. En medio del campo de rosas se elevaba la Torre Oscura de color ceniza, tal como se elevaba en sus sueños; con las ventanas brillando por el sol. Allí el camino se bifurcaba y formaba un círculo blanco en torno a la base de la Torre para continuar por el otro lado, en una dirección que Roland pensó que era justo hacia el este, en lugar de sur por el este. Había otro camino que partía desde el Camino de la Torre en ángulo recto: hacia el norte y hacia el sur, si estaba en lo cierto a la hora de creer que los puntos cardinales se habían reestablecido. Desde arriba, la Torre Oscura parecería el centro de la mirilla de una pistola inundada de sangre.

—Es… —empezó a decir Roland, y entonces un estruendoso y enloquecido chillido les llegó flotando con la brisa, aunque no parecía acallarse por la distancia. «Viene con el Haz —pensó Roland—. Y lo transportan las rosas».

—¡PISTOLERO! —gritó el Rey Carmesí—. ¡AHORA MUERE!

Se escuchó un silbido, débil al principio pero luego empezó a subir de volumen, y entrecortó la combinación de la canción de la Torre y la de las rosas como la cuchilla más afilada que se posa en una rueda poblada de diamantes. Patrick se quedó paralizado, mirando como atontado a la Torre. Habría volado por los aires de no ser por Roland, cuyos reflejos eran más rápidos que nunca. Tiró del chico mudo para situarlo tras el montón de piedras de la pirámide cogiéndolo de las manos. Había otras piedras ocultas en la alta hierba de acedera y belladona; cayeron sobre esas y quedaron despatarrados. Roland sintió el dolor del vértice de una piedra que se le clavaba en las costillas.



El silbido siguió subiendo de volumen, convirtiéndose en un pitido insoportable para el oído. Roland vio una especie de destello dorado que surcaba el aire… una de las sneetches. Impactó contra el carro y este saltó por los aires, la artilla quedó desparramada por todas partes. La mayoría de las cosas quedaron en el camino: latas que traqueteaban y rebotaban, algunas de ellas ardiendo.

Luego se escuchó una risa aguda y como de parloteo que le hizo rechinar los dientes a Roland; junto a él, Patrick se tapó los oídos. La locura de esa risa era prácticamente insoportable.

—¡SAL DE AHÍ! —apremió esa voz lejana, enloquecida y socarrona—. ¡SAL DE AHÍ Y JUEGA, ROLAND! ¡VEN A MÍ! ¡VEN A TU TORRE! ¿DESPUÉS DE TODOS ESTOS AÑOS NO VAS A VENIR?

Patrick lo miró, con los ojos llenos de desesperación y miedo. Apretaba su cuaderno de dibujo contra el pecho como si fuera un escudo.

Roland miró con cautela por un lado de la pirámide y allí, en un balcón a dos niveles por encima de la base de la Torre, vio exactamente lo que había visto en el cuadro de sai Sayre: una mancha roja y tres manchas blancas; una cara y dos manos levantadas. Sin embargo, aquello no era un cuadro, y una de las manos se movía con rapidez hacia delante, en un gesto de lanzamiento, y entonces les llegó otro de esos infernales y agudos pitidos. Roland volvió a colocarse tras las piedras de la pirámide. Se produjo un silencio que pareció interminable, y entonces la sneetch impactó contra el otro lado de la pirámide y explotó. La sacudida los tiró hacia delante y cayeron de morros al suelo. Patrick gritó aterrorizado. A ambos lados cayó una lluvia de piedras. Algunas de ellas salieron rodando camino abajo, pero Roland no vio ni un solo fragmento de metralla darle ni a una sola rosa.

El chico avanzó a gatas y habría corrido —seguramente de vuelta al camino —, pero Roland lo agarró por el cuello de su abrigo de pieles y tiró de él hacia abajo.

—Estamos seguros aquí —le susurró a Patrick—. Mira. —Se acercó a un agujero que había dejado al descubierto la piedra caída, golpeó su interior con los nudillos y se oyó un sonido metálico, entonces una sonrisa de oreja a oreja dejó la hilera de dientes al descubierto—. ¡Acero! ¡Sí, señor! Ya puede impactar contra esto con una docena de esas bolas de fuego voladoras que no la derribará. Lo único que está en su mano es hacer volar por los aires las piedras y los bloques, y dejar al aire lo que hay debajo. ¿Te consta? Y no creo que gaste toda su munición. No puede tener más que la carga transportada por un burro.

Antes que Patrick pudiera responder, Roland volvió a mirar por el lado recortado de la pirámide una vez más. Hizo bocina con las manos y gritó:

—¡VUELVE A INTENTARLO, SAI! ¡SEGUIMOS AQUÍ, PERO PUEDE QUE CON EL PRÓXIMO TIRO TENGAS SUERTE!

Hubo un momento de silencio y luego se oyó un grito enloquecido:

—¡AAAHHH! ¡NO TE BURLES DE MÍ! ¡NO TE ATREVAS! ¡AAAHHH!

Entonces se escuchó otro de esos estruendosos pitidos. Roland cogió a Patrick y se echó encima de él, detrás de la pirámide, pero sin apoyarse en ella. Le preocupaba que pudiera vibrar con demasiada fuerza con el impacto de la sneetch y que les provocara heridas por la sacudida, o que les convirtiera en gelatina las tripas.

Solo que en esta ocasión la sneetch no impactó contra la pirámide. Pasó volando por encima de ella, y llegó hasta el camino. Roland le dio la vuelta a Patrick y lo puso boca arriba. Vio con sus ojos la borrosidad dorada y fijó el lugar donde la parte trasera del proyectil con forma de botón regresaría a por sus blancos. Le disparó en el aire como un plato de cerámica. Se vio un destello cegador y desapareció.

—¡VAYA, TODAVÍA ESTÁS AHÍ! —gritó Roland, esforzándose por poner el tono justo de burla distendida en su voz. No era fácil cuando había que gritar a todo pulmón.

La respuesta fue otro chillido enloquecido:

—¡AAAHHH!

A Roland le maravilló que el Rey Carmesí no se abriera la cabeza con esos chillidos. Recargó la recámara que había vaciado —intentaba tener la pistola totalmente cargada durante todo el tiempo posible— y esta vez fue un doble pitido. Patrick gimoteó, se puso boca abajo y hundió la cara en la hierba llena de piedras, tapándose la cabeza con las manos. Roland se sentó con la espalda apoyada en la pirámide de piedra y acero, con el largo cañón de su pistola de seis tiros apoyado en el muslo, relajado y expectante. Sus ojos le pidieron agua en respuesta a ese agudo silbido que se aproximaba, pero Roland no cedió. Si alguna vez había necesitado la aguda visión sobrenatural por la que se había hecho famoso, era en esa ocasión.

Esos ojos azules todavía estaban claros cuando las sneetches pasaron como rayos por encima del camino. Esta vez una apuntaba hacia la izquierda y la otra hacia la derecha. Aplicaron una estrategia evasiva, tintineando como locas primero hacia un lado y luego hacia el otro. Eso no cambió nada. Roland esperó,

sentado con las piernas estiradas y las viejas botas rotas levantadas formando una V, con el corazón latiendo sereno y pausado, con los ojos llenos de la claridad y el color del mundo (ese último día había visto mejor de lo que creía que podía ver el viento). Entonces levantó la pistola de golpe, disparó a ambas sneetches en el aire y volvió a cargar una vez más las recámaras vacías mientras los negativos de las imágenes todavía latían al ritmo de su corazón en los ojos.

Se inclinó hacia la esquina de la pirámide, levantó los prismáticos, los colocó convenientemente en un espolón de roca y miró a su enemigo a través de ellos. El Rey Carmesí estuvo a punto de saltar sobre él, y por una vez en su vida Roland vio exactamente lo que había imaginado: un viejo con una narizota enorme, encorvado y cerúleo; con los labios rojos que destacaban en la nieve de una poblada barba; pelo canoso que caía por la espalda del Rey Carmesí y que le llegaba casi hasta su huesudo trasero. Su rostro sonrosado contemplaba a los peregrinos. El Rey llevaba una túnica de un rojo chillón, decorada aquí y allí con rayos y símbolos cabalísticos. A Susannah, Eddie y a Jake les habría parecido Papá Noel. A Roland le pareció lo que era: la encarnación del Infierno.

—¡QUÉ LENTO ERES! —gritó el pistolero con un tono de sorpresa burlona —. ¡INTÉNTALO CON TRES, A LO MEJOR CON TRES A LA VEZ LO CONSIGUES!

Mirar por los prismáticos era como mirar un reloj de arena mágico puesto de lado. Roland contemplaba al Gran Rey Rojo brincando de un lado para otro, sacudiendo las manos delante de la cara de una forma casi cómica. Roland pensó que había visto un cajón a los pies de esa figura vestida con una túnica, pero no estaba del todo seguro; los travesaños retorcidos de forja entre el suelo del balcón y la baranda lo ensombrecían.

«Debe de ser su suministro de munición —pensó—. Tiene que ser eso. ¿Cuánta munición puede tener en un cajón de ese tamaño? ¿Veinte? ¿Cincuenta?». No importaba. A menos que el Rey Rojo pudiera lanzar más de doce sneetches a la vez, Roland tenía la seguridad de que podría darles en el aire a todas las que el viejo demonio le lanzase. Al fin y al cabo, había nacido para eso.

Por desgracia, el Rey Carmesí lo sabía con la misma certeza que Roland.

El ser que estaba en el balcón lanzó otro espantoso y ensordecedor chillido (Patrick se limpió las sucias orejas con sus sucios dedos) e hizo el gesto de agacharse como si fuera a coger nuevos proyectiles. Sin embargo, se detuvo. Roland vio que se acercaba a la baranda del balcón… y entonces miró

directamente a los ojos del pistolero. Esa mirada fue roja y incendiaria. Roland bajó los prismáticos de golpe, para no dejarse embelesar.

Le llegó la llamada del Rey.

—¡ESPERA, UN POCO… Y PIENSA EN LO QUE HAS CONSEGUIDO, ROLAND! ¡PIENSA EN LO CERCA QUE ESTÁ! ¡Y… ESCUCHA! ¡ESCUCHA LA CANCIÓN QUE CANTA TU AMADA!

Entonces se quedó callado. No hubo más silbidos, ni más pitidos; no más sneetches proyectadas hacia él. Lo que Roland oyó fue el susurro del viento… y lo que Rey quiso que oyera.

La llamada de la Torre.

«Ven, Roland», cantaban las voces. Provenían de las rosas de Can'-Ka No Rey, procedían de los Haces fortalecidos del cielo, procedían, sobre todo, de la misma Torre, la Torre que había buscado toda su vida, que ahora estaba a su alcance… a la que le impedían llegar ahora, al final. Si se encaminaba hacia ella, lo matarían al instante. Aun así, la llamada era como un anzuelo para su mente, lo arrastraba. El Rey Carmesí sabía que lo conseguiría, le bastaba con esperar. Y cuando el tiempo transcurrió, Roland también lo supo. Porque las voces que lo llamaban no eran constantes. Donde se encontraba en ese momento podía soportarlas. Las estaba soportando. Pero a medida que avanzó la tarde, el volumen de las voces se intensificó. Empezó a entender —con creciente horror — por qué en los sueños y visiones que tenía siempre se veía llegando a la Torre Oscura en el ocaso, cuando la luz del cielo del oeste parecía reflejarse en el campo de rosas, convirtiendo el mundo entero en un cubo de sangre sostenido por un único montante, negro como la medianoche sobre el fondo del horizonte abrasador.

Se había visto llegando en el ocaso porque ese era el momento en que la creciente llamada de la Torre por fin superaría su fuerza de voluntad. Iría hacia ella. Ninguna fuerza terrestre sería capaz de detenerlo.

«Ven… ven…» se convirtió en «VEN… VEN…» y luego en «¡VEN! ¡VEN!». Le dolía la cabeza al escucharlo. Y porque lo estaba escuchando. Una y otra vez se descubría arrodillado y obligándose a sentarse una vez más con la espalda apoyada en la pirámide.

Patrick lo miraba cada vez más asustado. En cierta forma, el muchacho era inmune a esa llamada, Roland lo entendió, pero sabía qué estaba ocurriendo.

CINCO

Habían permanecido inmovilizados durante lo que Roland calculó como una hora cuando el Rey volvió a intentarlo con otro par de sneetches. Esta vez pasaron volando por el otro lado de la pirámide y volvieron casi de inmediato, al final llegaron hasta Roland en una perfecta formación, pero separadas por seis metros. Roland le dio a la de la derecha, movió rápidamente la muñeca hacia la izquierda y le dio a la otra en el aire. La explosión de la segunda se produjo lo suficientemente cerca como para tirarle a la cara una vaharada de aire caliente, aunque sin metralla; cuando estallaban por los aires, se desintegraban al parecer.

—¡INTÉNTALO DE NUEVO! —gritó el pistolero. Tenía la garganta seca y le raspaba, pero sabía que las palabras llegaban… el aire de ese lugar estaba hecho para las comunicaciones de ese tipo. Y sabía que cada palabra era como una daga que se clavaba en la carne del viejo lunático. Aunque él también tenía problemas. La llamada de la Torre se estaba intensificando de forma constante.

—¡VEN, PISTOLERO! —exhortaba la voz del loco—. ¡PUEDE QUE OS DEJE LLEGAR AL FIN Y AL CABO! AL MENOS PODRÍAMOS GARLAR SOBRE EL TEMA, ¿VERDAD?

Horrorizado, Roland creyó advertir cierta sinceridad en esa voz.

«Sí, claro —pensó en tono grave—. Y tomaremos un café. Incluso una pequeña fritanga».

Sacó el reloj del bolsillo y lo abrió de golpe. Las manecillas corrían a toda prisa en sentido contrario. Se recostó contra la pirámide y cerró los ojos, pero fue peor. La llamada de la Torre

(«ven, Roland, ven, pistolero, ven ven commala, ahora que el viaje se acaba»)

era más intensa, más insistente que nunca. Volvió a abrir los ojos y levantó la vista hacia el implacable cielo azul y las nubes que lo surcaban a toda prisa en cúmulos, en dirección a la Torre al final del campo de rosas.

Y la tortura prosiguió.

SEIS

Aguantó una hora más mientras las sombras de los arbustos y las rosas que estaban junto a la pirámide se alargaban, con la loca esperanza de que se le

ocurriera algo, de que alguna idea ingeniosa le librara de tener que poner su vida y su destino en manos del chico con talento pero poca sesera que estaba junto a él. Sin embargo, cuando el sol empezó a deslizarse hacia abajo por el arco del oeste del cielo y el azul que cubría sus cabezas empezó a oscurecerse, supo que no tenía otra salida. Las manecillas del reloj corrían en sentido contrario cada vez con mayor rapidez. Pronto empezarían a girar a toda pastilla. Y cuando eso ocurriese, él se iría. Sin importar que hubiera o no sneetches (¿y qué más podía tener oculto en la manga el loco?), se iría. Saldría corriendo, correría en zigzag, caería al suelo y avanzaría a gatas si era necesario, y no importaba lo que hiciera, sabía que tendría suerte si cubría la mitad de la distancia hacia la Torre Oscura antes de que las botas le salieran volando por los aires.

Moriría entre las rosas.

—Patrick —dijo. Tenía la voz ronca.

Patrick lo miró con desesperada intensidad. Roland miró las manos del chico —sucias, llenas de costras, pero, a su manera, muy habilidosas— y cedió. Se le ocurrió que se había resistido hasta ese momento por orgullo; que quería matar al Rey Carmesí y no solo enviarlo a la nada. Y por supuesto que no tenía ninguna garantía de que Patrick pudiera hacerle al Rey lo que había hecho con la herida de Susannah. Sin embargo, el tirón de la Torre no tardaría en ser tan fuerte que no pudiera resistirlo, y se había quedado sin más salidas.

—Ponte donde yo estoy, Patrick.

Patrick obedeció, pasó con cuidado por encima de Roland. En ese momento se encontraba en el borde de la pirámide que estaba más próximo al camino.

—Mira por el aparato para ver de lejos. Déjalo en esa muesca, sí, así, y mira.

Patrick miró durante un rato que a Roland se le hizo eterno. La voz de la Torre, mientras tanto, cantaba y emitía ruidos de campanillas e intentaba engatusarlo. Tras un largo rato, Patrick volvió a mirarlo.

—Ahora, tomad vuestro cuaderno, Patrick. Dibujad a aquel hombre. —No es que fuera un hombre, pero al menos parecía un hombre.

Sin embargo, al principio, Patrick se limitó a seguir mirando a Roland, mordiéndose el labio. Luego, al final, tomó la cabeza del pistolero entre sus manos y se la acercó hasta que estuvieron frente a frente.

«Muy difícil —le susurró una voz a Roland en lo más profundo de su mente. No era la voz del chico, sino la de un hombre adulto. Un hombre poderoso—. No está del todo allí. Se oculta en la oscuridad. Se tiñe de negro».

¿Dónde había escuchado Roland esas mismas palabras?

No había tiempo para pensar en ello.

—¿Me estás diciendo que no puedes hacerlo? —preguntó Roland, imprimiendo (con esfuerzo) un tono de incrédula desilusión en su voz—. ¿Que no puedes? ¿Que Patrick no puede? ¿Que el Artista no puede?

La mirada de Patrick se demudó. Durante un instante, Roland vio en sus ojos la expresión que permanecería allí para siempre si llegaba a ser un hombre… y los cuadros del despacho de Sayre lo atestiguaban, al menos en algún tiempo, en algún mundo. Llegaría a ser lo suficientemente mayor, al menos, para pintar lo que había visto ese día. Esa expresión sería la altivez, si se convertía en un hombre con algo de sabiduría pareja a su talento; ahora era solo arrogancia. La mirada de un niño que sabe que es más rápido que el rayo, el mejor y al que todo lo demás le da igual. Roland conocía esa mirada, ¿acaso no se la habían devuelto cientos de espejos y superficies acuáticas en calma cuando él era tan joven como Patrick Danville?

«Sí que puedo —dijo la misma voz en la cabeza de Roland—. Solo he dicho que no será fácil. Necesito la goma».

Roland sacudió la cabeza enseguida. Su mano se cerró en el bolsillo para apretar lo que quedaba del bultito rosa y lo agarró con fuerza.

—No —respondió—. Debéis dibujar en frío, Patrick. Cada trazo debe ser el primero. El borrar llegará más tarde.

Durante un instante desapareció la mirada de arrogancia, pero solo durante un instante. Cuando regresó, lo que llegó con ella complació al pistolero sobremanera, y también lo tranquilizó un poco. Fue una mirada de excitación enardecida. Era la mirada de quienes tienen un don y después de años de ir dando tumbos, encuentran por fin el reto de hacer algo que ponga a prueba sus habilidades, que los lleve al límite. Tal vez más allá de sus capacidades.

Patrick volvió a situarse ante los prismáticos, que había dejado inclinados justo debajo de la muesca. Miró durante largo rato mientras las voces cantaban su creciente exhortación en la cabeza de Roland.

Al final se apartó rodando, cogió su cuaderno y empezó a trazar el dibujo más importante de su vida.

SIETE

Fue un trabajo lento comparado con el método habitual de Patrick: rápidos trazos que daban como resultado un dibujo completo y atractivo en cuestión de minutos. Roland tenía que contenerse una y otra vez para no gritar al chico: «¡Date prisa! ¡Por el amor de todos los dioses! ¡Date prisa! ¿Es que no ves que me estoy muriendo de impaciencia?».

Sin embargo, Patrick no parecía darse cuenta y le habría dado igual de no ser así. Estaba completamente absorto en su trabajo, atrapado por el deseo de lo novedoso, hacía pausas cada cierto tiempo para volver a mirar por los prismáticos durante largo rato a su individuo de túnica roja. Algunas veces inclinaba el lápiz para sombrear un poco. Otras veces entornaba los ojos y solo dejaba que el mundo viera la cerúlea blancura de sus glóbulos. Era como si estuviera estudiando una versión del Rey Rojo que brillaba en su cerebro. Y, de hecho, ¿acaso Roland no creía que eso fuera posible?

«Me da igual lo que sea. Solo quiero que termine antes de que me vuelva loco y salga corriendo hacia lo que el Viejo Rey Rojo ha llamado, de forma tan acertada, “mi amada”».

Así pasó una media hora que fue como de tres días de duración. En una ocasión el Rey Carmesí llamó con un tono más exigente que nunca a Roland, para preguntarle si no iba a ir a la Torre para garlar. Tal vez, dijo, si Roland lo liberase de su cautiverio en el balcón, podrían enterrar el hacha de guerra y ascender hasta la habitación de la parte superior de la Torre con ese espíritu amistoso. No fue posible. ¡Los chaparrones crean extrañas parejas de cama en la posada! ¿Es que Roland nunca había escuchado ese dicho?

El pistolero conocía bien el dicho. También sabía que la oferta del Rey Rojo era básicamente la misma sugerencia falsa de antes, solo que esta vez iba disfrazada con chaqué y pajarita. Y esta vez Roland apreció preocupación que afloraba en la voz del viejo monstruo. No gastó sus energías en responderle.

Al darse cuenta de que la mano izquierda no funcionaba, el Rey Carmesí tiró otra sneetch. Esta pasó volando tan por encima de la pirámide que solo se vio una chispa, luego bajó en picado hacia ellos con el grito de una bomba. Roland se encargó de ella con un solo tiro y recargó para tener todas las balas. De hecho, deseó que el Rey lanzara más de sus granadas voladoras, porque así se distraería durante un rato de la horrible llamada de la Torre.

«Me ha estado esperando —pensó con consternación—. Por eso resulta tan difícil resistirse, creo… me está llamando a mí en particular. No a Roland exactamente, sino a todo el linaje de Eld… y de ese linaje solo quedo yo».

OCHO

Al final, cuando el sol del ocaso empezó a adoptar los primeros tonos anaranjados y Roland sintió que ya no podía aguantar más, Patrick dejó el lápiz a un lado y levantó el cuaderno hacia Roland, con el ceño fruncido. Esa mirada asustó a Roland. Jamás había visto esa expresión en particular en el repertorio del chico mudo. La arrogancia de Patrick se había esfumado.

Sin embargo, Roland tomó el cuaderno y durante un instante quedó tan maravillado por lo que vio que apartó la mirada, como si incluso los ojos del dibujo de Patrick tuvieran el poder de fascinarlo; de poder convencerlo, tal vez, de que se llevase la pistola a la sien y se volase la tapa de los sesos. Era bueno. La angurrienta e interrogante cara alargada, las mejillas y la frente marcadas por arrugas tan profundas que podrían no haber tenido fondo. Los labios entre la espumosa barba eran carnosos y crueles. Era la boca de un hombre que convertiría un beso en un mordisco si se dejaba llevar, y a menudo se dejaba llevar.

—¿QUÉ TE CREES QUE ESTÁS HACIENDO? —dijo la voz chillona y enloquecida—. ¡NO TE SALDRÁ BIEN, SEA LO QUE SEA! ¡YO GUARDO LA TORRE… AAAHHH SOY COMO LA ZORRA CON LAS UVAS, ROLAND! ¡LA TORRE ES MÍA AUNQUE NO PUEDA ASCENDER POR ELLA! ¡Y TÚ VENDRÁS! ¡AAAHHH! ¡DIGO VERDAD! ¡ANTES DE QUE LA SOMBRA DE LA TORRE LLEGUE A TU MALDITO ESCONDITE, VENDRÁS! ¡AAAHHH! ¡AAAHHH! **¡AAAAAAHHHHHH!**

Patrick se tapó los oídos con las manos, haciendo una mueca de dolor. Ahora que había terminado de dibujar, volvía a darse cuenta de los terribles gritos.

Ese dibujo era la mejor obra de la vida de Patrick, a Roland no le cabía ninguna duda. Al verse ante un reto, el chico había hecho algo más que superarse; se había crecido y se había convertido en un genio. «El aparato para ver de lejos no puede explicar esto —pensó Roland—. Es como si tuviera un tercer ojo, un ojo que mira desde su imaginación y lo ve todo. Mira a través de ese ojo cuando pone en blanco los otros dos. ¡Tener una habilidad como esa… y expresarla con algo tan modesto como un lápiz! ¡Por los dioses!».

Casi esperaba ver el latido en las hendiduras de las sienes del viejo, donde las venas, como resortes de la maquinaria de un reloj, estaban delineadas con

solo un par de sombras suaves y difuminadas. En la comisura de los carnosos y sensuales labios, el pistolero vio el guiño de un solo y afilado

(«colmillo»)

diente, y pensó que los labios del dibujo podían cobrar vida y separarse mientras los miraba, dejando a la vista una hilera de fauces: una mera manchita blanca (que no era más que una parte del papel sin pintar) provocaba que la imaginación viera el resto, e incluso que oliera la carne hedionda que acompañaría la vaharada de aliento. Patrick había captado a la perfección el mechón de pelo que asomaba de una de las fosas nasales del Rey, y una pequeña cicatriz que salía y se ocultaba en la ceja derecha del Rey como una cuerda. Era una obra maravillosa, mucho mejor que el retrato que había hecho de Susannah. Seguramente, si Patrick había podido borrar la herida de ese, entonces podría borrar al Rey Carmesí de este dibujo, no dejando más que la baranda del balcón que tenía delante y la puerta cerrada en el cilindro de la Torre que tenía detrás. Roland casi esperaba que el Rey Carmesí respirase y se moviese, así seguramente se habría terminado. Seguramente…

Pero no fue así. No fue así y el desearlo no iba a cambiar las cosas. Ni siquiera la necesidad podría hacerlo.

«Son sus ojos», pensó Roland. Eran grandes y terribles, los ojos de un dragón con apariencia humana. Estaban muy bien dibujados, pero no eran como tocaba. Roland sintió una especie de seguridad desesperada y miserable y tembló de pies a cabeza, con la fuerza suficiente para que le castañetearan los dientes. «No están b…».

Patrick agarró a Roland por el codo. El pistolero se había concentrado de forma tal en el dibujo que casi soltó un grito. Levantó la vista. Patrick asintió con la cabeza, luego se llevó los dedos al rabillo de sus ojos.

«Sí. Sus ojos. ¡Ya lo sé! Pero ¿qué les pasa?».

Patrick seguía tocándose el rabillo de los ojos. Encima de sus cabezas, una bandada de herrumbreros surcaba un cielo que pronto sería más violeta que azul, lanzando los severos chillidos que les habían valido ese nombre. Volaban hacia la Torre Oscura; Roland se levantó para seguirlos, para que no consiguieran lo que él no podía tener.

Patrick lo cogió por el abrigo de pieles y tiró de él hacia atrás. El chico sacudió la cabeza con violencia, y esta vez señaló al camino.

—¡LO HE VISTO, ROLAND! —dijo el grito—. CREES QUE LO QUE ES BUENO PARA LOS PÁJAROS TAMBIÉN ES BUENO PARA TI, ¿VERDAD?

¡AAAHHH! ¡Y ES CIERTO, ES CIERTO! ¡CIERTO COMO EL AZÚCAR, CIERTO COMO LA SAL, CIERTO COMO LOS RUBÍES DE LA CRIPTA DEL REY DANDO! ¡AAAHHH! ¡JA! ¡PODRÍA HACERTE MÍO AHORA MISMO! ¿PARA QUÉ MOLESTARME? CREO QUE PREFIERO VER CÓMO VIENES, ¡CABREADO Y TEMBLOROSO Y SIN PODER DETENERTE!

«Así lo haré —pensó Roland—. No podré detenerme. Puede que aguante aquí diez minutos más, tal vez otros veinte, pero al final…».

Patrick interrumpió su pensamiento, señalando una vez más al camino. Señalaba el camino por el que habían venido.

Roland sacudió la cabeza con cansancio.

—Aunque pudiera resistirme al tirón de esa cosa, y no podría, porque es lo único que puedo hacer para aguardar aquí, la retirada no nos serviría de nada. En cuanto dejemos de estar a cubierto, utilizará todo lo que le quede. Tiene algo, estoy seguro. Y sea lo que sea, es algo que las balas de mi pistola no pueden detener.

Patrick sacudió la cabeza con tanta fuerza que su larga melena se meneó a ambos lados. Agarró con tanta fuerza por el brazo a Roland que le clavó los dedos en la carne pese a las capas de ropa de piel. Sus ojos, siempre amables y por lo general confundidos, miraban a Roland casi con furia. Volvió a señalar con la mano que tenía libre, hizo tres rápidos gestos como de pinchazo con el mugriento índice. Sin embargo no señalaba al camino.

Patrick estaba señalando las rosas.

—¿Qué les pasa? —preguntó Roland—. Patrick, ¿qué les pasa?

Esta vez, Patrick señaló primero las rosas y luego los ojos del dibujo.

Y esta vez, Roland lo entendió.

NUEVE

Patrick no quería cogerlas. Cuando Roland le hizo un gesto para que avanzara, el chico sacudió la cabeza sin dudarlo, apartándose una vez más el pelo a ambos lados, con los ojos abiertos como platos. Lanzó un silbido soplando con los dientes cerrados, que fue una imitación buenísima de una sneetch que se aproximaba a ellos.

—Les dispararé a todas las que lance —dijo Roland—. Ya me has visto hacerlo. Si hubiera una rosa lo bastante cerca para cogerla lo haría yo. Pero no la

hay. Así que tienes que ser tú quien coja la flor, y yo te cubriré.

Pero Patrick se acuclilló contra el lado recortado de la pirámide. Patrick no quería hacerlo. Puede que no tuviera tanto miedo como talento, pero casi, casi. Roland calculó la distancia hasta la rosa más cercana. Quedaba fuera de la zona que podía cubrir, aunque tal vez por no mucho. Miró su disminuida mano derecha, que podría encargarse de arrancar la rosa, y se preguntó cuán difícil podía ser. La verdad, por supuesto, era que no tenía ni idea. No eran rosas corrientes. Las espinas que crecían en el verde tallo podían estar envenenadas y lo podían dejar paralizado entre la alta hierba, convirtiéndolo en un blanco fácil.

Y Patrick no lo haría. Patrick sabía que Roland había tenido amigos, y que, ahora, todos sus amigos estaban muertos, y Patrick estaba vivo. Si Roland hubiera tenido dos horas para convencer al muchacho —puede que una— podría haber superado su terror. Pero no tenía ese tiempo. La puesta de sol casi había terminado.

«Además, está cerca. Puedo hacerlo si tengo que hacerlo… y debo hacerlo».

La atmósfera se había caldeado lo suficiente así que no había razón para seguir llevando las burdas manoplas de piel de ciervo que les había confeccionado Susannah, pero Roland las había llevado toda la mañana, y todavía estaban metidas en su cinturón. Cogió una y cortó las puntas, para que los dos dedos que le quedaban pudieran asomar por ellas. El resto de la manopla le protegería la palma de la mano de los pinchazos. Se la puso, luego clavó una rodilla en la tierra con la pistola que le quedaba en la otra mano y miró la rosa más cercana. ¿Bastaría con una? Decidió que así tendría que ser. La siguiente rosa más cercana estaba a casi dos metros de distancia.

Patrick le apretó el hombro al tiempo que sacudía la cabeza como un poseso.

—Tengo que hacerlo —dijo Roland, y claro que tenía que hacerlo. Era su trabajo, no el de Patrick, y se había equivocado al intentar que lo hiciera el chico en primer lugar. Si lo conseguía, pues muy bien. Si no lo conseguía y saltaba por los aires al borde de Can’-Ka No Rey, al menos ese horrible tirón cesaría.

El pistolero respiró profundamente, saltó para cubrirse en dirección a la rosa. Al mismo tiempo, Patrick volvió a agarrarlo para intentar retenerlo. Agarró un pliegue del abrigo de Roland y se quedó con él en la mano. Roland aterrizó torpemente, de canto. La pistola le salió volando de la mano y cayó entre la alta hierba. El Rey Carmesí gritó (el pistolero apreció furia y triunfo en su voz) y luego llegó el silbido de otra sneetch que se aproximaba. Roland cerró su maltrecha mano derecha en torno al tallo de la rosa. Las espinas penetraron por

la dura piel de ciervo como si no fuera más que un velo de telas de araña. Llegaron a la mano, el dolor fue tremendo, pero la canción de la rosa era dulce. Vio un resplandor de amarillo intenso en su corola, como el resplandor del sol. O de un millón de soles. Sintió el calor de la sangre llenando el hueco de su palma y corriendo entre los dedos que le quedaban. Empapó la piel de ciervo e hizo florecer otra rosa en su mullida superficie marrón. Y entonces llegó la sneetch que lo mataría, enmudeciendo el canto de la rosa, llenándole la cabeza y amenazando con reventarle el cráneo.

El tallo jamás se rompió. Al final, la rosa fue arrancada de la tierra con raíces y todo. Roland se giró a la izquierda, agarró la pistola y disparó sin mirar. Su corazón le dijo que ya no había tiempo para mirar. Se oyó una fuerte explosión y, en esta ocasión, el aire cálido que abofeteó su rostro fue como un huracán.

«Por poco. Esta vez ha estado muy cerca».

El Rey Carmesí gritó de frustración —«AAAAAAHHHHHH»—, y el grito fue seguido por numerosos silbidos. Patrick apretó el cuerpo contra la pirámide, con la cara pegada a la pared. Roland, que apretaba la rosa con la sangrante mano derecha, se puso boca arriba, levantó la pistola y esperó a que las sneetches hicieran su paseíto. Cuando ocurrió, se encargó de ellas: una, dos y tres.

—¡SIGO AQUÍ! —le gritó al viejo Rey Rojo—. ¡SIGO AQUÍ, VIEJO CHUPAPOLLAS, QUE A BIEN TENGÁIS!

El Rey Carmesí lanzó otro de sus terribles aullidos, pero no lanzó más sneetches.

—¡ASÍ QUE AHORA TIENES UNA ROSA! —gritó—. ¡ESCÚCHALA, ROLAND! ¡ESCÚCHALA BIEN, PUES CANTA LA MISMA CANCIÓN! ¡ESCÚCHALA Y VEN-VEN COMMALA!

Ahora esa canción se había convertido en un imperativo en la cabeza de Roland. Ardía con furia en sus nervios. Agarró a Patrick y lo volvió hacia sí.

—Ahora —dijo—. Por mi vida, Patrick. Por las vidas de todos los hombres y mujeres que han muerto por mí para que yo pueda continuar.

«Y un niño», pensó, viendo a Jake en la imaginación. Jake primero pendiendo sobre la oscuridad y luego cayendo en ella.

Miró a los ojos aterrorizados del chico mudo.

—¡Acábalo! Demuéstrame que puedes.

Entonces Roland presenció algo increíble: cuando Patrick agarró la rosa no se cortó. Ni siquiera se hizo un arañazo. Roland se quitó la manopla desgarrada con los dientes y vio que no solo tenía la palma de la mano gravemente rasguñada, sino que uno de los dedos que le quedaban colgaba por un único y sangriento tendón. Desfallecía como un ser que quiere dormirse. Pero Patrick no se cortó. Las espinas no lo pincharon. Y el terror desapareció de su mirada. Estaba mirando desde la rosa a su dibujo, de un lado a otro, con delicada mirada calculadora.

—¡ROLAND! ¿QUÉ HACES? ¡VEN, PISTOLERO, PORQUE EL SOL YA CASI SE HA OCULTADO!

Y sí, iría. De una forma u otra. Saberlo lo tranquilizaba en cierto modo y le permitía permanecer donde estaba sin temblar demasiado. Tenía la mano derecha dormida hasta la muñeca, y sospechaba que no volvería a sentirla nunca más. No pasaba nada; no la había meneado mucho desde que las langostruosidades se habían hecho con ella.

Y la rosa cantaba: «Sí, Roland, sí… volverás a sentirla. Volverás a estar entero. Habrá renovación. Tú solo ven».

Patrick arrancó un pétalo de la rosa, lo valoró, luego arrancó otro para utilizarlo. Se lo puso en la boca. Durante un instante su rostro se imbuyó de una especie de éxtasis, y Roland se preguntó a qué sabría el pétalo. La sombra de la pirámide que había quedado oculta entre las rocas se alargaba hasta casi llegar al camino. Cuando la punta de esa sombra tocara el camino que lo había conducido hasta allí, Roland supuso que se dirigiría hacia la Torre sin importar que el Rey estuviera a la espera de su acercamiento.

—¿QUÉ ESTÁIS HACIENDO? ¡AAAAHHH! ¿QUÉ DIABLURA MAQUINÁIS EN VUESTRA CABEZA Y EN VUESTRO CORAZÓN?

«Pues menudo eres tú para hablar de diabluras», pensó Roland. Sacó el reloj y abrió la tapa de golpe. Debajo del cristal, las manecillas corrían en sentido contrario a toda prisa, de las cinco a las cuatro, de las cuatro a las tres, de las tres a las dos, de las dos a la una, y de la una a medianoche.

—Patrick, ¡deprisa! —le apremió—. Tan rápido como puedas, te lo ruego, porque mi tiempo casi se ha acabado.

Patrick se puso una mano debajo de la boca y escupió una pasta roja del color de la sangre fresca. El color de la túnica del Rey Carmesí. Y el color exacto

de los ojos del loco.

Patrick, a punto de utilizar el color por primera vez en su vida de artista, mojó la punta del índice de la mano derecha en esa pasta, pero entonces dudó. Una extraña certeza invadió a Roland en ese momento: las espinas de esas rosas solo pinchaban cuando las raíces estaban todavía plantadas en Mim, o Madre Tierra. De haber dejado que fuera Patrick, Mim habría cortado esas habilidosas manos en tiras y las habría dejado inutilizadas.

«Todavía es el ka —pensó el pistolero—. Incluso aquí fuera en Mundo Fin…».

Antes de que pudiera finalizar el pensamiento, Patrick cogió al pistolero por la mano derecha y miró en ella con la intensidad de un quiromante. Tomó parte de la sangre que fluía de la palma y la mezcló con la pasta de la rosa. A continuación, con cuidado, tomó una diminuta parte de esta mezcla con el dedo corazón de la mano derecha. Lo llevó hacia su dibujo… dudó… miró a Roland. Roland lo miró y asintió en silencio y Patrick respondió con un gesto de asentimiento, con la gravedad de un cirujano a punto de realizar la primera incisión en una operación delicada, entonces puso el dedo en el papel. La punta tocó la superficie con la delicadeza del pico de un colibrí enterrado en una flor. Coloreó el ojo izquierdo del Rey Carmesí y luego lo levantó. Patrick ladeó la cabeza, mirando lo que había hecho con una fascinación que Roland no había visto jamás en un rostro humano en toda su larga y errante vida. Era como si el chico fuera una especie de profeta manni, que al final recibió el regalo de la visión fugaz del rostro de Gan después de veinte años de espera en el desierto.

A continuación afloró una enorme y luminosa sonrisa en su rostro.

La respuesta de la Torre Oscura fue más inmediata y —al menos para Roland — inmensamente gratificante. La vieja criatura encerrada en el balcón aulló de dolor.

—¿QUÉ ESTÁIS HACIENDO? ¡AAAHHH! ¡AAAAAAHHHHHH! ¡BASTA! ¡QUEMA! ¡QUEMAAAAAA! **¡AAAAAAAAAAAA HHHHHHHHHHH!**

—Ahora termina el otro —dijo Roland—. ¡Deprisa! ¡Por tu vida y por la mía!

Patrick coloreó el ojo con la misma delicada punta del dedo. Ahora dos ojos carmesíes destacaban del dibujo en blanco y negro de Patrick, unos ojos que habían sido coloreados con aceite de rosa y sangre de Eld; ojos que ardían como el mismísimo fuego del infierno.

Ya estaba.

Roland por fin sacó la goma, y se la pasó a Patrick.

—Hazlo desaparecer —dijo—. Haz que ese hornillo loco abandone este mundo y todos los mundos. Haz que se vaya por fin.

ONCE

No había duda de que funcionaría. Desde el momento en que Patrick puso por primera vez la goma sobre su dibujo —fue en ese mechón de pelo que salía de la nariz—, el Rey Carmesí empezó a gritar de dolor y espanto desde su reducto del balcón. Y porque entendía lo que estaba ocurriendo.

Patrick dudó, miró a Roland en busca de confirmación, y Roland asintió con la cabeza.

—Sea, Patrick. Ha llegado su hora y tú tienes que ser su ejecutor. Adelante.

El Viejo Rey lanzó cuatro sneetches más, y Roland se encargó de todas ellas con tranquilidad. Después de aquello no volvió a tirar ninguna más, porque no tenía manos con las que lanzarlas. Sus chillidos subieron de volumen hasta convertirse en pitidos como murmullos que Roland pensó que jamás dejaría de oír.

El chico mudo borró la boca carnosa y sensual desde la espumosa barba y, mientras lo hacía, los gritos primero se ensordecieron y luego cesaron. Al final, Patrick lo borró todo menos los ojos, y lo poco que quedaba de goma ni siquiera logró difuminarlos. Aguantaron hasta que el pedazo de goma rosa (que en un principio había formado parte de un paquete de lápices comprados en una papelería de la cadena Woolworth’s, en Norwich, Connecticut, durante una oferta de vuelta al cole en agosto de 1958) había quedado reducido a un trozo que el chico ni siquiera podía sujetar entre sus largas y sucias uñas. Así que la tiró y le enseñó al pistolero lo que quedaba: dos órbitas maléficas e inyectadas en sangre flotando casi en la parte superior de la hoja.

El resto de su cuerpo había desaparecido.

DOCE

La sombra de la punta de la pirámide ya tocaba el camino; ahora, el cielo del oeste pasaba del naranja de una hoguera soplada por la corriente al caldero de sangre que Roland había visto en sus sueños desde niño. Cuando ocurrió, la llamada de la Torre redobló su intensidad, y luego la triplicó. Roland sintió que se acercaba y lo atrapaba con unas manos invisibles. La hora de su destino había llegado.

Aun así estaba el chico. Ese chico sin amigos. Roland no le permitiría morir allí al final del Mundo Final si podía evitarlo. No tenía ningún interés en la expiación, y aun así Patrick había hecho justicia contra todos los asesinatos y traiciones que al final lo habían llevado hasta la Torre Oscura. La familia de Roland estaba muerta; su hijo malnacido había sido el último. Ahora el Eld y la Torre se unirían.

Pero antes, o en último lugar, esto.

—Patrick, escúchame —dijo Roland, agarrándolo por el hombro con toda la mano izquierda y la derecha mutilada—. Si quieres vivir para realizar todos los cuadros que el ka te tiene reservados en el futuro, no me hagas ni una sola pregunta ni me pidas que te repita ni una sola cosa.

El chico lo miró con los ojos abiertos como platos y en silencio bajo la mortecina luz roja. Y la Canción de la Torre subió de volumen, envolviéndolos, hasta convertirse en un poderoso grito que no era otra cosa que commala.

—Vuelve al camino. Recoge todas las latas que estén enteras. Eso debería bastarte para alimentarte. Vuelve por el camino por el que hemos venido. No vuelvas a salir de él. A bien tendrás.

Patrick asintió con perfecto entendimiento. Roland se dio cuenta de que creía, y eso era bueno. El creer lo protegería incluso con más seguridad que una pistola, más que una pistola con mango de madera de sándalo.

—Vuelve a la Federal. Vuelve al robot, se llamaba Bill Tartaja. Dile que te lleve a una puerta que se abre en el lado de Estados Unidos. Si no se abre cuando la empujéis, dibujadla abierta con vuestro lápiz. ¿Me entendéis?

Patrick volvió a asentir. Por supuesto que le entendía.

—Si el ka al final te lleva al donde y al cuando de Susannah, dile que Roland todavía la ama, y que siempre la llevará en su corazón. —Atrajo a Patrick hacia sí y lo besó en los labios—. Dale esto. ¿Lo entendéis?

Patrick volvió a asentir.

—Está bien. Vete. Largos días y placenteras noches. Que nos encontremos en el claro al final de la senda cuando todos los mundos acaben.

Aunque incluso en ese momento sabía que eso no ocurriría, porque los mundos no acabarían nunca, no en ese instante, y para él no habría claro. Para Roland Deschain de Gilead, el último del linaje de Eld, la senda finalizaba en la Torre Oscura. Y eso le parecía bien.

Se puso en pie. El chico lo contempló con mirada de asombro y sorpresa, mientras agarraba su cuaderno. Roland se volvió. Inspiró aire hasta el fondo de los pulmones y lo dejo salir en un estruendoso grito.

—¡ALLÁ VA ROLAND HACIA LA TORRE OSCURA! ¡HE SIDO SINCERO Y TODAVÍA LLEVO LA PISTOLA DE MI PADRE Y TE ABRIRÁS AL TACTO DE MI MANO!

Patrick lo miró avanzar a grandes zancadas hacia el final del camino, era una silueta negra sobre el fondo del cielo abrasador y sanguinolento. Se quedó mirando hasta que Roland empezó a caminar entre las rosas, y se quedó sentado en las sombras cuando Roland empezó a gritar los nombres de sus amigos y de sus seres queridos y de sus compañeros de ka; los nombres viajaron con toda claridad en ese extraño aire, como si fueran a tener eco para siempre.

—¡Vengo en nombre de Steven Deschain, el de Gilead!

—¡Vengo en nombre de Gabrielle Deschain, la de Gilead!

—¡Vengo en nombre de Cortland Andrus, el de Gilead!

—¡Vengo en nombre de Cuthbert Allgood, el de Gilead!

—¡Vengo en nombre de Alain Johns, el de Gilead!

—¡Vengo en nombre de Jaime DeCurry, el de Gilead!

—¡Vengo en nombre de Vannay el Sabio, el de Gilead!

—¡Vengo en nombre de Hax el Cocinero, el de Gilead!

—¡Vengo en nombre de David el halcón, el de Gilead y del cielo!

—¡Vengo en nombre de Susan Delgado, la de Mejis!

—¡Vengo en nombre del Padre Callahan, el de Jerusalem’s Lot, y el de los caminos!

—¡Vengo en nombre de Ted Brautigan, el de Estados Unidos!

—¡Vengo en nombre de Dinky Earnshaw, el de Estados Unidos!

—¡Vengo en nombre de Tía Talitha, la de Cruce del Río, y dejaré su crucifijo aquí, tal como me encomendaron!

—¡Vengo en nombre de Stephen King, el de Maine!

—¡Vengo en nombre de Acho, el valiente, el de Mundo Medio!

—¡Vengo en nombre de Eddie Dean, el de Nueva York!

—¡Vengo en nombre de Susannah Dean, la de Nueva York!

—¡Vengo en nombre de Jake Chambers, el de Nueva York, a quien llamo mi verdadero hijo!

—Yo soy Roland de Gilead y vengo en mi propio nombre; te abrirás a mí.

Dicho esto se escuchó el sonido de un cuerno. Patrick sintió que se le helaba la sangre y que le bullía al mismo tiempo. Los ecos habían enmudecido en el silencio. Entonces, quizá pasado un minuto, se oyó el eco de otro estruendo: el sonido de una puerta que se cerraba para siempre.

Y tras eso se hizo el silencio.

TRECE

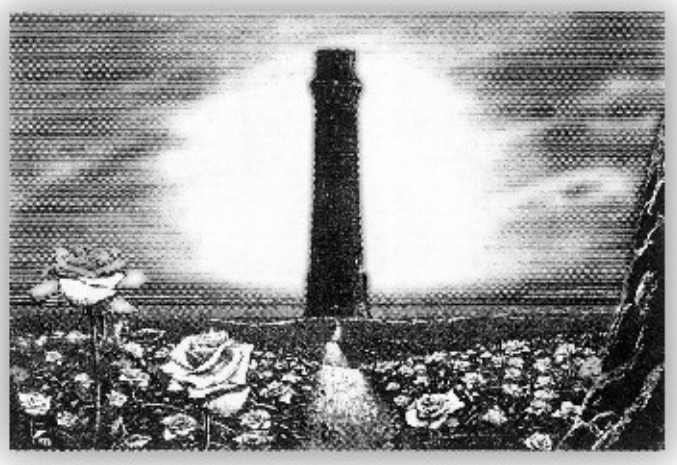
Patrick se quedó sentado donde estaba, en la base de la pirámide, temblando, hasta que la Vieja Estrella y la Vieja Madre aparecieron en el cielo. La canción de las rosas y de la Torre no había cesado, sino que había disminuido de volumen y se había vuelto somnolienta, poco más que un murmullo.

Al final regresó al camino, recogió tantas latas como pudo (había una cantidad sorprendente, teniendo en cuenta la fuerza de la explosión que había desintegrado el carro), y encontró una bolsa de piel de ciervo donde meterlas. Se dio cuenta de que se había dejado el lápiz y volvió a por él.

Junto al lápiz, brillando bajo la luz de las estrellas, estaba el reloj de Roland.

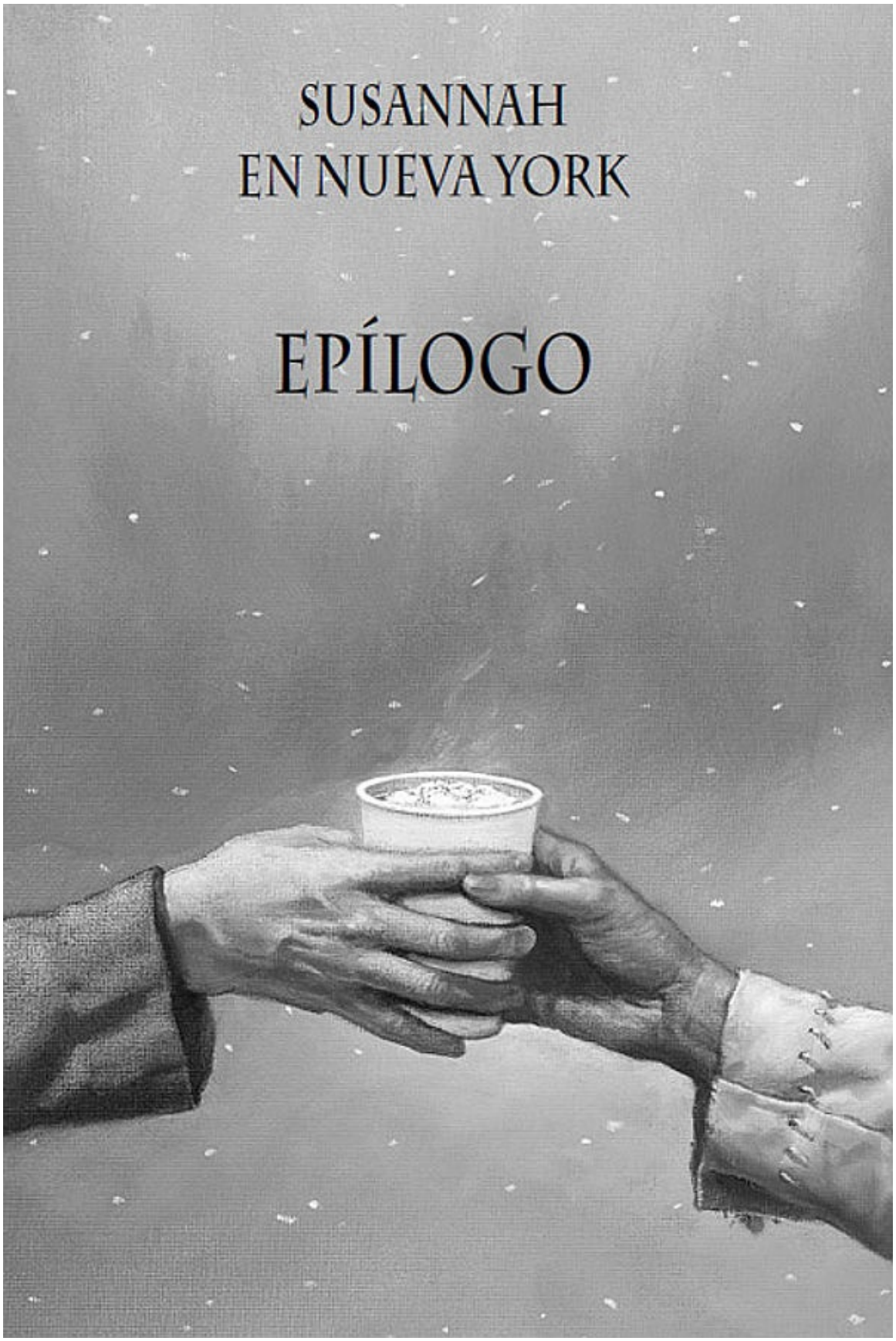
El muchacho lo recogió con un pequeño (y nervioso) ululato de regocijo. Se lo metió en el bolsillo. Luego volvió al camino y se echó su pequeña bolsa de artilla al hombro.

Puedo contaros que caminó hasta casi la medianoche, y que miró el reloj antes de detenerse para descansar. Puedo contaros que el reloj se paró por completo. Puedo contaros que, al mediodía del día siguiente, volvió a mirarlo y vio que había empezado a funcionar en el sentido correcto, aunque con gran lentitud. Sin embargo, no os puedo contar nada más sobre Patrick, no os puedo contar si consiguió llegar a la Federal, ni si encontró al que se llamaba Bill Tartaja, ni si al final volvió a ver el lado estadounidense. No os puedo contar ninguna de estas cosas, digo lo siento. En este punto, la oscuridad lo oculta a mi ojo de cuentacuentos y debe continuar en solitario.



SUSANNAH EN NUEVA YORK

EPÍLOGO



SUSANNAH EN NUEVA YORK
(EPÍLOGO)

Nadie se alarma cuando el cochecito eléctrico sale avanzando de ninguna parte, palmo a palmo, hasta que está en pleno Central Park; nadie lo ve, solo nosotros. La mayoría de personas que están aquí están mirando al cielo, a medida que los primeros copos de nieve de lo que acabará siendo una gran tormenta previa a Navidad empiezan a caer, en forma de remolino, desde el cielo. Los periódicos la llamarán la Gran Ventisca del 87. Los visitantes del parque que no están contemplando cómo empieza la nevada están contemplando a las corales de villancicos, que pertenecen a escuelas públicas de las afueras de la ciudad. Llevan o bien americanas de color rojo oscuro (los chicos) o bien jerséis de color rojo oscuro (las chicas). Se trata de la coral de la escuela de Harlem, a la que algunas veces llaman las Rosas de Harlem en el *Post* y el periódico sensacionalista que le hace la competencia, el *Sun* de Nueva York. Cantan un viejo himno con una maravillosa y rítmica armonía, chascando los dedos mientras recorren los pentagramas, convirtiéndolo en algo que suena casi como los primeros Spurs, Coasters o Dark Diamonds. Están no muy lejos del entorno donde los osos polares viven su existencia urbana, y la canción que están cantando es «What Child Is This».

Una de esas personas que está mirando cómo cae la nieve es un hombre que Susannah conoce bien, y el corazón le sale propulsado hacia el cielo cuando lo ve. En la mano izquierda lleva un enorme vaso de papel y está segura de que contiene chocolate caliente, del bueno, *mit schlag*.

Durante un instante, Susannah es incapaz de tocar los mandos del carrito, que procede de otro mundo. Los pensamientos relacionados con Roland y Patrick habían abandonado su mente. Lo único en lo que podía pensar era Eddie, Eddie delante de ella allí y en ese momento, Eddie, vivo de nuevo. Y si esto no es Mundo Piedra Angular, no del todo, ¿qué pasa? Si Co-Op City está en Brooklyn (¡o incluso en Queens!) y Eddie conduce un Takuro Spirit en lugar de un Buick Electra, ¿qué pasa con esas cosas? No importan. Solo importa una cosa, y es eso que le impide poner la mano en el acelerador y hacer rodar el carro hacia él.

¿Y si no la reconoce?

¿Y si cuando se da la vuelta no ve más que una negra sin techo en un cochecito eléctrico, cuya batería no tardaría en estar más muerta que una cucaracha aplastada, una mujer negra sin dinero, sin ropa, sin domicilio (no en este donde y este cuando, os digo gracias sai) y sin piernas? ¿Una mujer negra sin techo que no tenía ninguna relación con él? ¿Y si la reconoce, porque le da la sensación de recordarla, pero aun así la niega como Pedro a Jesús, porque los recuerdos resultan muy dolorosos?

Peor aún, ¿y si se da la vuelta hacia ella y ella ve esa puta mirada perdida, jodida y quemada del yonqui de toda la vida? Y si, y si… y ya llega la nieve que no tardará en cubrir de blanco el mundo entero.

«Dejad de lloriquear y dirigíos hacia él —le dice Roland—. No te has enfrentado a Blaine y al Cielo Azul de los taheen y al ser que vivía debajo del Castillo Discordia para irte con el rabo entre las piernas y salir corriendo, ¿verdad? Seguro que tienes muchas más agallas que todo eso».

Sin embargo, no está segura del todo hasta que ve su mano levantándose hacia el acelerador. Antes de que pueda girarlo, sin embargo, el pistolero vuelve a hablarle, esta vez parece raramente animado.

«Tal vez haya algo de lo que quieras deshacerte primero, Susannah».

Ella mira hacia abajo y ve la pistola de Roland arremetida en su cinturón, como la pistola de un bandido mexicano o el alfanje de un pirata. La saca y le sorprende lo agradable que es sentir su tacto en la mano… lo brutalmente adecuado que parece. Piensa que separarse de ella debe de ser como separarse de un amante. Y no tiene por qué hacerlo, ¿verdad? La cuestión es ¿por quién siente más amor? ¿Por la pistola o por el hombre? Todas las demás decisiones dependerán de esta.

Movida por un acto reflejo, hace girar el tambor y ve que los orificios de su

interior parecen viejos, y sus revestimientos apagados.

«Estas no volverán a disparar —piensa… y, sin saber por qué, ni qué quiere decir exactamente con ello—: Son plomo mojado».

Levanta la vista para mirar el cañón y extrañamente se entristece —aunque no se sorprende— al descubrir que por el cañón no penetra la luz. Está atascado. Hace décadas que está así, a juzgar por su aspecto. Esta pistola no volverá a disparar. Al fin y al cabo no hay nada que decidir. Esta pistola está acabada.

Susannah, que todavía sujeta el revólver por el mango de madera de sándalo con una mano, gira el acelerador con la otra. El cochecito eléctrico, el que ha llamado Ho Fat III, aunque en realidad empieza a olvidarlo, rueda en silencio hacia delante. Pasa por un cubo de basura de color verde con la frase **¡DEPOSITEN AQUÍ LA BASURA**! escrita en un lateral. Tira la pistola de Roland en ese cubo. Al hacerlo le duele el corazón, pero no duda. Es pesada y se hunde, como una piedra en el agua, entre envoltorios de comida rápida, folletos de propaganda y periódicos rechazados. Todavía es lo bastante pistolera como para arrepentirse de haber tirado un arma con tanta historia (aunque en su último viaje entre los mundos se hubiera estropeado), pero también es esa mujer que espera no detenerse ni mirar atrás una vez que el trabajo está hecho.

Antes de que pueda llegar al hombre con el vaso de papel, él se vuelve. De hecho, lleva la sudadera que dice ¡YO BEBO NOZZ-A-LA!, aunque ella apenas se da cuenta. Es él: de eso es de lo que se da cuenta. Es Edward Cantor Dean. Y en ese momento, incluso ese detalle se vuelve secundario, porque lo que ve en sus ojos es todo lo que había temido. Lo que ve es confusión total. No la conoce.

Entonces, de forma tentativa, él le sonríe, y es la sonrisa que ella recuerda, la que siempre ha adorado. Además sabe que está limpio, se da cuenta de inmediato. Lo ve en su cara. Sobre todo en los ojos. Los niños cantores de villancicos de Harlem entonan su melodía, y él sostiene el vaso de chocolate caliente.

—Gracias a Dios —dice él—. Acabo de decidir que me quiero beber esto yo solo. Que las voces no eran buenas y que me estaba volviendo loco. Que… bueno… —Retrocede y parece más que confuso. Parece asustado—. Escuche, usted está aquí por mí, ¿verdad? Por favor dígame que no estoy haciendo el imbécil. Porque, señora, ahora mismo estoy tan nervioso como un gato de rabo largo en una habitación llena de mecedoras.

—No lo estás —dijo ella—. No estás haciendo el imbécil, quiero decir. —Está recordando la historia que contaba Jake sobre que escuchaba voces que discutían en su cabeza, una gritaba que estaba muerto, la otra que estaba vivo. Las dos con una tremenda convicción. Susannah se hace una ligera idea de lo terrorífico que debe de ser eso, porque tiene cierta experiencia con otras voces. Extrañas voces.

—Gracias a Dios —dice él—. ¿Te llamas Susannah?

—Sí —responde ella—. Me llamo Susannah.

Tiene la garganta terriblemente seca, aunque al menos le salen las palabras. Agarra el vaso de chocolate de sus manos y le da un sorbo al chocolate caliente que está bajo la espuma de leche. Está dulce y bueno, es un sabor de este mundo. El ruido de los cláxones de los taxis, sus conductores que van a toda prisa para ganarse el día antes de que la nieve los deje bloqueados, es igual de bueno. Sonriente, él se inclina hacia ella para limpiarle un poquito de espuma de leche que tiene en la punta de la nariz. Su tacto es electrizante, y se da cuenta de que él siente lo mismo. De pronto ella piensa que él volverá a besarla de nuevo por primera vez, y volverá a hacer el amor con ella por primera vez. Puede que él sepa esas cosas porque las voces se lo han dicho, pero Susannah las sabe por un motivo mucho mejor: porque esas cosas ya han ocurrido. El ka es una rueda, decía Roland, y ahora ella sabe que es cierto. Sus remembranzas del

(«Mundo Medio»)

donde y el cuando del pistolero empezaban a nublarse, pero cree que recordará lo suficiente para saber que todo ha ocurrido antes, y esto tiene un carácter de una increíble tristeza.

Aunque al mismo tiempo es bueno.

Es un puñetero milagro, eso es lo que es.

—¿Tienes frío? —pregunta él.

—No. Estoy bien. ¿Por qué?

—Estabas temblando.

—Es por la dulzura de la crema de leche. —Luego, mirándolo mientras lo hace, saca la lengua y se lame la espuma con nuez moscada.

—Si no tienes frío, lo tendrás —dice él—. En la WRKO han dicho que las temperaturas van a caer seis grados esta noche. Así que te he comprado algo. —Del bolsillo trasero se saca un gorro de lana, de los que te tapan hasta las orejas.

Ella mira la parte frontal del gorro y ve las palabras impresas en letras rojas: FELIZ NAVIDAD.

—Te lo he comprado en Brendio’s, en la Quinta Avenida —dice él.

Susannah jamás ha oído hablar de Brendio’s. De Brentano’s, puede, es una librería, pero no de Brendio’s. Aunque, claro, en los Estados Unidos donde ella se crio jamás oyó hablar de Nozz-A-La ni de los coches Takuro Spirit.

—¿Tus voces te dijeron que lo compraras? —Lo está picando un poco.

Él se ruboriza.

—En realidad, sabes, más bien sí. Pruébatelo.

Le sienta de maravilla.

—Dime algo —le dice ella—. ¿Quién es el presidente? ¿No irás a decirme que Ronald Reagan, verdad?

La mira durante un instante con incredulidad, y luego sonríe.

—¿Qué? ¿Ese viejo actor que protagonizaba *Death Valley Days* en la tele? Estás de coña, ¿no?

—Nasti de plastis. Siempre creí que eras tú el que estaba de coña con lo de Ronnie Reagan, Eddie.

—No sé a qué te refieres.

—No pasa nada, tú dime quién es el presidente.

—Gary Hart —responde, como si le hablara a una niña—. De Colorado. Casi tuvo que abandonar la campaña electoral de 1980, como estoy seguro de que sabes, por esa historia de los trapicheos. Pero se lio la manta a la cabeza y aguantó donde estaba. Acabó ganando con una victoria aplastante.

Su sonrisa desaparece en parte mientras la mira con detenimiento.

—No me estás tomando el pelo, ¿no?

—¿Me estás tomando tú el pelo con lo de las voces? ¿Las que oyes en la cabeza? ¿Las que te despiertan a las dos de la madrugada?

Eddie la mira casi perplejo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Es una larga historia. Puede que algún día te la cuente. —«Si es que todavía la recuerdo», piensa.

—No es solo por las voces.

—¿No?

—No. He estado soñando contigo. Ya hace meses. He estado esperándote. Escucha, no nos conocemos… esto es una locura… pero ¿tienes un sitio donde

alojarte? No, ¿verdad?

Ella sacude la cabeza. Imitando a John Wayne de forma aceptable (o a lo mejor está imitando a Blaine el mono), dice:

—«Soy una forastera aquí en Dodge, colono».

A Susannah le late el corazón con lentitud y pesadez, pero siente un júbilo que va en aumento. Esto va a salir bien. No sabe cómo, pero sí, va a salir bien. Esta vez el ka está obrando en su favor, y la fuerza del ka es inconmensurable. Lo sabe por experiencia.

—Si te preguntase cómo te conozco… o de dónde vienes… —Hace una pausa, mirándola con ecuanimidad, y luego prosigue—: O cómo es posible que ya te ame…

Ella sonríe. Es agradable sonreír; ya no le duele el costado de la cara, porque fuera lo que fuera que tuviese allí (puede que una especie de cicatriz, no lo recuerda bien) ya no está.

—Cielo —le dice—, es lo que ya te he dicho: una larga historia. Con el tiempo te contaré una parte, bueno… lo que recuerde de ella. Y puede que todavía nos quede trabajo por hacer. Para un grupo llamado Tet Corporation. —Mira a su alrededor y dice—: ¿En qué año estamos?

—En 1987 —responde él.

—¿Y vives en Brooklyn? ¿O quizá en el Bronx?

El joven cuyos sueños y voces que pelean lo han llevado hasta allí, con un vaso de chocolate caliente en las manos y una gorra de FELIZ NAVIDAD en el bolsillo trasero, rompe a reír.

—¡Dios, no! ¡Soy de White Plains! He venido en tren con mi hermano. Está allí. Quería ver de cerca los osos polares.

El hermano. Henry, el gran sabio y eminente yonqui. Susannah siente una losa en el corazón.

—Deja que te lo presente —dice él.

—No, de verdad que no…

—Oye, si vamos a ser amigos, tienes que ser amiga de mi hermano pequeño. Estamos muy unidos. Jake, ¡eh, Jake!

Susannah no se ha fijado en el chico que está junto a la baranda que protege el entorno hundido de los osos polares del resto del parque, pero ahora el chico se gira y el corazón le da un alegre y vertiginoso vuelco. Jake la saluda y se acerca a ellos.

—Jake también ha estado soñando contigo —le dice Eddie—. Es la única razón por la que sé que no me estoy volviendo loco. Al menos no más loco de lo que estoy ya.

Susannah coge a Eddie de la mano, esa mano amada y conocida. Y cuando sus dedos se entrelazan, Susannah piensa que va a morir de felicidad. Tendrá muchas preguntas, y ellos también, pero, por el momento, solo tiene una que le parece importante. Mientras los copos que caen se vuelven cada vez más gruesos, y aterrizan en el pelo y las pestañas de Eddie y en los hombros de la sudadera, Susannah formula la pregunta.

—Jake y tú… ¿cómo os apellidáis?

—Toren —responde Eddie—. Es alemán.

Antes de que ninguno de ellos pueda decir nada, llega Jake. ¿Os diré que los tres vivieron felices y comieron perdices? No, porque a nadie le ocurre nunca eso. Pero sí hubo felicidad.

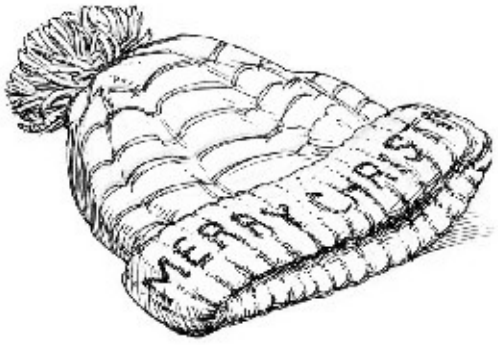
Y vivieron.

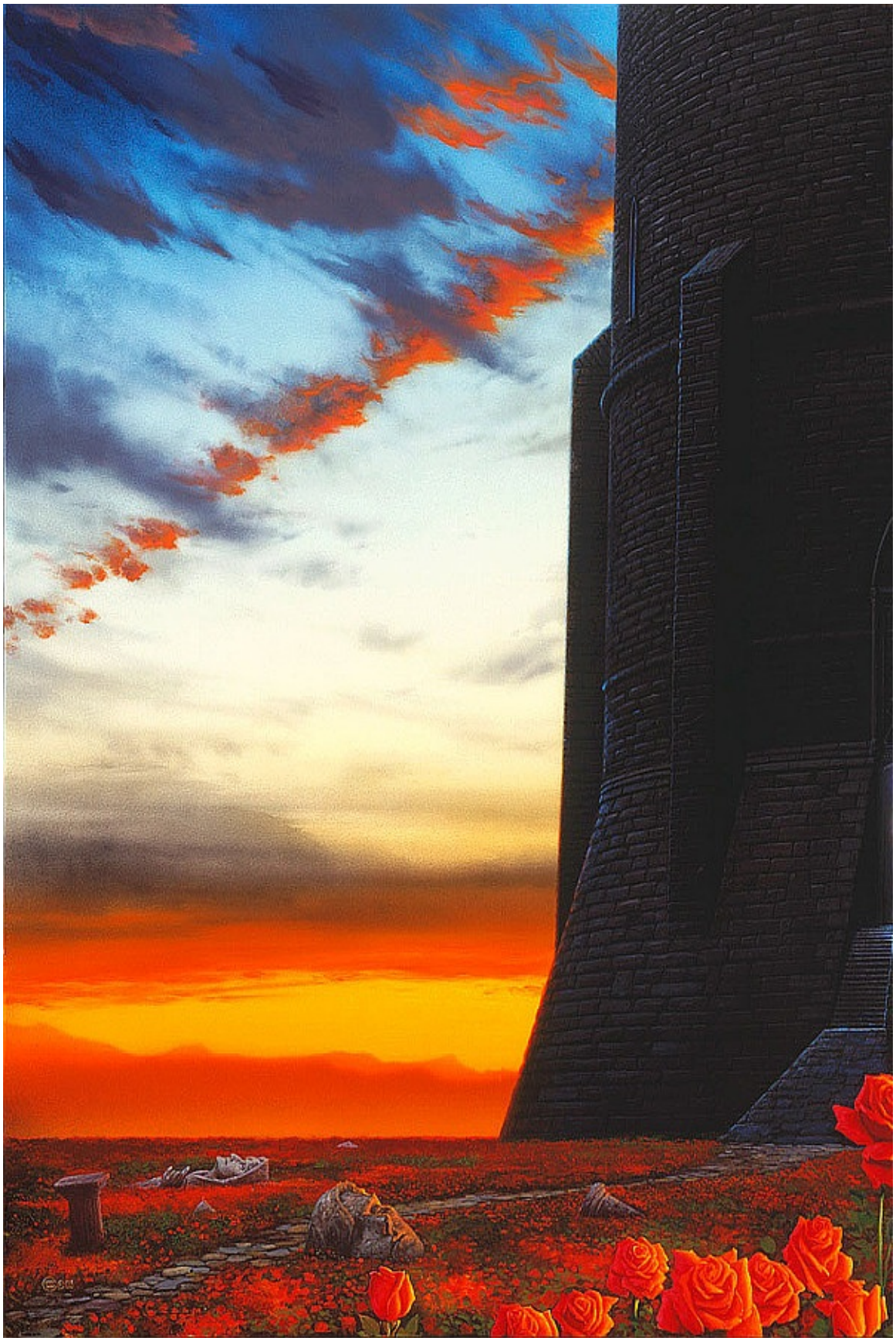
Bajo la fluida y a veces vislumbrada atracción del Haz que conecta a Shardik, el Oso, con Maturin, la Tortuga, por el camino de la Torre Oscura, vivieron.

Eso es todo.

Con eso basta.

Digo gracias.









CODA



HALLADA

HALLADA
(CODA)

He contado mi relato hasta el final, y me siento satisfecho. Ha sido la clase de relato (apuesto mi reloj y su garantía a que sí) que solo un buen Dios querría conservar; lleno de monstruos y maravillas y viajes aquí y allá. Ahora puedo parar, soltar la pluma y dar descanso a mi agotada mano (aunque quizá no para siempre; la mano que cuenta cuentos tiene mente propia, y un medio para volverse incansable). Puedo cerrar los ojos a Mundo Medio y a todas esas mentiras que hay después de Mundo Medio. Con todo, algunos de vosotros, quienes me habéis prestado esos oídos sin los que ningún cuento puede sobrevivir ni un solo día, seguramente no estaréis tan dispuestos a hacer lo mismo. Vosotros sois los denodados, obsesionados con la meta, que no creéis que el placer está en el viaje más que en el destino sin importar cuántas veces os lo hayan demostrado. Sois los desafortunados que confundís las relaciones sexuales con el mísero chorrito que sale al final de esas relaciones sexuales (el orgasmo es, al fin y al cabo, la forma que tiene Dios para decirnos que se ha acabado, al menos de momento, y que tenemos que dormirnos). Vosotros sois los crueles que negáis la existencia de los Refugios Grises, donde van a descansar los personajes agotados. Decís que queréis saber cómo acaba todo. Decís que queréis seguir a Roland cuando entra en la Torre; decís que para eso habéis pagado, que eso es lo que habéis venido a ver.

Espero que la mayoría de vosotros tengáis las cosas más claras. Que sepáis mejor lo que queréis. Espero que hayáis venido a escuchar la historia, y no a devorar páginas para llegar al final. Para llegar al final, basta con que vayáis a la

última página y veáis lo que en ella está impreso. Pero los finales son descorazonadores. Un final es una puerta cerrada que ningún hombre (ni manni) puede abrir. He escrito muchos, pero la mayoría de ellos por la misma razón por la que me pongo los pantalones por la mañana antes de salir de mi habitación: porque es una costumbre nacional.

Por ello, mi querido Lector Constante, te digo esto: puedes dejar de leer aquí. Puedes dejar que tu último recuerdo sea el de ver a Eddie, Susannah y Jake en Central Park, de nuevo juntos por primera vez, escuchando a los niños del coro cantar «What Child Is This». Puedes quedar satisfecho con la certeza de que tarde o temprano Acho (seguramente en su versión canina, con un largo cuello, extraños ojos ribeteados de dorado y un ladrido que a veces espeluzna por lo mucho que se parece al habla) también estará en la foto. Es una bonita foto, ¿verdad? Yo creo que sí. Y bastante parecida a lo de fueron felices y comieron perdices. «No exactamente la misma, pero sí bastante parecida, a todos los efectos», diría Eddie.

Si seguís adelante, seguramente quedaréis decepcionados, puede que incluso se os rompa el corazón. Solo me queda una llave en el cinto, pero lo único que abre es esa última puerta, la que tiene las marcas  . Lo que hay detrás no mejorará vuestra vida amorosa, ni hará que os crezca el pelo allí donde no hay, ni aumentará cinco años vuestra esperanza de vida (ni siquiera cinco minutos). Los finales felices no existen. Jamás he encontrado una forma equiparable a «Érase una vez».

Los finales son descorazonadores.

Final es otra forma de decir adiós.

DOS

¿Todavía queréis seguir?

Está bien, adelante pues. (¿Me oís suspirar?). Aquí está la Torre Oscura, al final de Mundo Final. Contempladla, os lo ruego.

Contempladla con atención.

Aquí está la Torre Oscura en el ocaso.

TRES

Llegó hasta ella con una extraña sensación de estarla recordando; lo que Susannah y Eddie llamaban *déjà vu*.

Las rosas de Can'-Ka No Rey se abrían ante él formando un camino hasta la Torre Oscura, los soles amarillos que estaban en lo más profundo de su corola parecían mirarlo a los ojos. Y mientras caminaba hacia esa gigantesca columna negra grisácea, Roland sentía como si se empezara a resbalar del mundo tal como siempre lo había conocido. Pronunció los nombres de sus amigos y seres queridos, como siempre se había prometido que haría; los pronunció en el ocaso y con la intensidad perfecta, pues ya no había necesidad de reservar la energía con la que combatir el tirón de la Torre. Dejarse llevar, por fin, fue el mayor alivio de toda su vida.

Pronunció los nombres de sus *compadres* y *amores*[24], y aunque cada uno de ellos procedía de lo más profundo de su corazón, le daba la impresión de que tenían cada vez que ver menos con él. Pronunció el nombre de Eddie y el de Susannah. Pronunció el de Jake, y al final pronunció su propio nombre. Cuando el sonido de ese nombre murió, la respuesta fue el estallido de un gran cuerno, no procedente de la Torre, sino de las rosas que alfombran el terreno que la rodea. Ese cuerno es la voz de las rosas, y grita dándole la bienvenida con un estruendo regio.

«En mis sueños, el cuerno siempre era mío —pensó—. Tendría que haberme dado cuenta, porque yo perdí el mío con Cuthbert, en Jericho Hill».

Una voz susurró por encima de él: «Te habría costado tres segundos agacharte y recogerlo. A pesar del humo y los muertos. Tres segundos. Tiempo, Roland, todo se reduce a eso».

Pensó que se trataba de la voz del Haz, al que ellos habían salvado. Si estaba hablando por gratitud podría haberse ahorrado la saliva, ¿qué podían aportarle ahora esas palabras? Recordó un verso del poema de Browning: «Un paladeo del tiempo pasado todo lo ordena».

Eso jamás había sido lo que él había experimentado. Sus propios recuerdos solo le procuraban tristeza. Eran el alimento para poetas y locos, dulces que dejaban un sabor amargo en la boca y la garganta.

Roland se detuvo durante un instante a unos diez pasos de la puerta de fustaferro en la base de la Torre, dejando que la voz de las rosas —el sonido del cuerno que le daba la bienvenida— llegara con su eco hasta el infinito. La sensación de *déjà vu* seguía siendo intensa, como si de verdad hubiera estado allí

antes. Levantó la vista para mirar al balcón donde había estado el Rey Carmesí, quien intentó desafiar al ka e impedir su paso. Allí, a un metro ochenta más o menos sobre las cajas de cartón donde estaban metidas las pocas sneetches que quedaban (al final resultó que el viejo loco no tenía otras armas), vio dos ojos rojos, flotando en la atmósfera que se oscurecía, mirándole con odio eterno. En la parte trasera de los glóbulos, el fino hilo plateado de los nervios ópticos (que ahora estaba teñido de naranja rojizo por la luz del sol que se ocultaba) no estaba unido a nada. El pistolero supuso que los ojos del Rey Carmesí se quedarían allí arriba para siempre, contemplando el Can'-Ka No Rey mientras su dueño erraba por el mundo al que la goma de Patrick y el embrujado ojo del Artista lo habían enviado. O, lo que era más probable, al espacio entre los mundos.

Roland siguió caminando donde la senda terminaba en un trozo de fustaferro negro con un banda metálica. Encima tenía impreso un sigul que Roland conocía bien en ese momento, grabado a tres cuartos del trozo:



Allí dejó dos cosas, las últimas de su artilla: el crucifijo de Tía Talitha y la pistola de seis tiros que le quedaba. Cuando se puso en pie, vio que los dos primeros signos del jeroglífico habían desaparecido:



IGNOTA se había convertido en HALLADA.

Levantó la mano como para tocar la puerta, pero esta se abrió sola antes de que pudiera tocarla, dejando a la vista los primeros escalones de una escalera de caracol. Se escuchó un suspiro: «Bienvenido, Roland, vos, el de Eld», era la voz de la Torre. El edificio no era en absoluto de piedra, aunque pudiera parecerlo, era un ser vivo. Era el mismo Gan, y la pulsión que había sentido en lo más profundo de su cabeza incluso a miles de kilómetros de distancia de la Torre siempre había sido la pulsión vital de Gan.

«Commala, pistolero. Ven, ven, commala».

Y de una vaharada recibió el olor del álcali, amargo como las lágrimas. El olor de… ¿de qué? ¿De qué exactamente? Antes de que pudiera identificarlo, el

hedor se había esfumado, y Roland tuvo que concluir que se lo había imaginado.

Entró y la Canción de la Torre, que siempre había escuchado —incluso en Gilead, donde se había ocultado en la voz de su madre que se la cantaba como si fueran nanas— dejó por fin de sonar. Se oyó otro suspiro. La puerta se cerró de golpe con un estruendo, pero Roland no quedó a oscuras. La luz que quedó fue la de las deslumbrantes ventanas que ascendían en espiral, mezclada con el resplandor de la puesta de sol.

Una escalera de piedra ascendía, era lo bastante ancha como para que pasase una persona.

—Aquí llega Roland —dijo, y fue como si las palabras ascendieran en espiral hacia el infinito—. Vos, el que estáis arriba, escuchadme y dadme la bienvenida si lo deseáis. Si sois mi enemigo, sabed que vengo desarmado y sin malas intenciones.

Empezó la ascensión.

Diecinueve peldaños lo condujeron al primer rellano (y a los que venían a continuación). Había una puerta abierta allí y más allá una pequeña puerta redondeada. Las piedras de ese muro estaban grabadas con miles de caras que se superponían. Había muchas que él conocía (una era la cara de Calvin Torre, que miraba con picardía un libro abierto). Las caras lo miraban y escuchó lo que murmuraban.

«Bienvenido, Roland, el de los muchos kilómetros y los muchos mundos; bienvenido vos el de Gilead, vos el de Eld».

En el fondo de la habitación había una puerta flanqueada por guirnaldas de color rojo oscuro trazadas con pan de oro. En la puerta, a un metro ochenta de la base, justo a la altura de los ojos de Roland, había una ventanilla circular, poco más grande que la mirilla de un bandido. Había un dulce perfume y este olor sí que pudo identificarlo: la bolsita de pino que su madre había puesto en su cuna, en primer lugar, y luego, en su primera cama de adulto. Lo llevó hasta esos días con gran claridad, como siempre ocurre con los olores; si hay un sentido que nos sirva como máquina del tiempo es el olfato.

A continuación, como la amarga esencia del álcali, desapareció.

La habitación estaba desamueblada, aunque había un único objeto en el suelo. Se acercó a él y lo levantó. Era una pequeña pinza de cedro, con el lazo rodeado por una cinta de seda azul. Había visto uno así hacía mucho tiempo, en Gilead; debió de llevar puesto uno igual. Cuando los dientes del cuchillo cortaban el cordón umbilical del recién nacido se ponía una pinza así en el

ombligo del pequeño, y allí se quedaba hasta que caía el resto del cordón umbilical, y la pinza caía con él. (El ombligo en sí se llamaba tet-ka can Gan). La cinta de seda que tenía aquella pinza revelaba que había pertenecido a un niño. La pinza de una niña habría tenido una cinta rosa.

«Es la mía», pensó. Se quedó mirándola durante un instante, fascinado, luego volvió a ponerla con cuidado donde estaba. En el lugar al que pertenecía. Cuando volvió a levantarse, vio la cara de un bebé

(«¿será mi querido bah-bo? Si tú lo dices, ¡que así sea!»)

entre los muchos otros rostros. Estaba retorcida, como si la primera inspiración de aire fuera del útero materno no hubiera sido de su agrado, como si ya estuviera preocupado por la muerte. Pronto emitiría un juicio sobre su nueva situación con un chillido que retumbaría en los aposentos de Steven y Gabrielle, provocando que los amigos y sirvientes que lo oigan sonrían aliviados. (Solo Marten Broadcloak fruncirá el ceño). El nacimiento había terminado, y el bebé había nacido vivo, digamos a Gan y a todos los dioses gracias. Había un heredero para el linaje de Eld, y así quedaba todavía una ligera esperanza de que la confusión del mundo destinada a su destrucción podría invertirse.

Roland salió de esa habitación, con la sensación de *déjà vu* más intensa que nunca. Al igual que la sensación de haber entrado en el cuerpo del mismísimo Gan.

Se volvió hacia la escalera y una vez más empezó a ascender.

CUATRO

Otros diecinueve escalones lo condujeron al segundo rellano y a la segunda habitación. Allí había desperdigados retales de tela sobre el suelo circular. Roland no tuvo duda de que en algún tiempo esos tejidos habían sido el pañal de un bebé, hecho jirones por algún intruso irascible, que en ese momento había salido al balcón para mirar al campo de rosas y descubrió que lo habían encerrado. Era una criatura de malicia monumental, lleno de sabiduría maligna… pero al final había dado un patinazo, y ahora lo pagaría por toda la eternidad.

«Si solo quería echar un vistazo, ¿por qué sacó la munición al salir al balcón?».

«Porque era su única artilla y la llevaba a la espalda», susurró uno de los rostros grabados en la curva del muro. Era el rostro de Mordred. Roland no apreció odio, sino la tristeza solitaria de un niño abandonado. Ese rostro era tan solitario como el silbido de un tren o una noche sin luna. No había habido pinza para el ombligo de Mordred cuando llegó al mundo, solo la madre que había tomado como primera comida. No había tenido pinza, nunca en la vida, porque Mordred jamás había sido parte del tet de Gan. No, él no.

«Mi padre Rojo jamás iba desarmado —susurró el niño de piedra—. No cuando se alejaba de su castillo. Estaba loco, pero no tanto».

En esa habitación olía a los polvos de talco que le ponía su madre mientras estaba tendido y desnudo sobre una toalla, fresco por el baño y jugando con sus recién descubiertos dedos de los pies. Ella le daba masajes con el talco y le cantaba mientras lo acariciaba: «¡Mi hortelanito, mi niñito, mi pequeño, trae aquí tu cesto!».

Ese olor desapareció con la misma rapidez con la que había llegado.

Roland cruzó la habitación hasta la ventanilla, pasó por encima de los jirones del pañal, y miró por ella. Los ojos sin cuerpo se percataron de su presencia y giraron vertiginosamente para mirarlo. Esa mirada estaba envenenada por la furia y la pérdida.

«¡Sal, Roland! ¡Sal y da la cara para que estemos frente a frente! ¡De hombre a hombre! ¡Ojo por ojo, si a bien tienes!».

—Me parece que no —dijo Roland—, porque me queda trabajo por hacer. Un poco más, incluso ahora.

Fue lo último que le dijo al Rey Carmesí. Aunque el loco le gritó sus pensamientos, le gritó en vano, porque Roland no volvió a mirar atrás. Tenía más escalones que subir y más habitaciones que investigar en su camino hacia la cima.

CINCO

En el tercer rellano miró por la puerta y vio un vestido de pana que sin duda alguna había sido suyo cuando tenía solo un año. Entre las caras de la pared vio la de su padre, pero como hombre mucho más joven. Más tarde esa cara se volvería cruel, los acontecimientos y las responsabilidades la habían hecho así. Pero allí no. Allí, los ojos de Steven Deschain eran los de un hombre que

contemplaba algo que le agradaba más de lo que podría haberle gustado cualquier otra cosa, o más de lo que le gustaría nada jamás. Allí, Roland captó un olor dulce e intenso que reconoció como el jabón de afeitarse de su padre. Una voz fantasmagórica susurró: «¡Mira, Gabby, mira! ¡Está sonriendo! ¡Me está sonriendo a mí! ¡Y tiene un diente nuevo!».

En el suelo de la cuarta habitación estaba el collar de su primer perro, Ring-A-Levio. Ringo, para abreviar. Murió cuando Roland tenía tres años, que fue una especie de regalo. A un niño de tres años todavía le estaba permitido llorar por la pérdida de una mascota, aunque se tratase de un niño con sangre de Eld en las venas. Allí el pistolero olió el perfume de algo maravilloso pero sin nombre, y lo reconoció como el olor del sol de Tierra Plena en el pelaje de Ringo.

A dos docenas de plantas más arriba de la Habitación de Ringo más o menos, había migas de pan desparramadas y un atado de plumas sueltas que una vez habían pertenecido a un halcón llamado David, él no era una mascota, era un verdadero amigo. El primero de los muchos sacrificios que hizo Roland por la Torre Oscura. En una parte del muro Roland vio a David en un grabado que lo representaba volando, con las pequeñas y gruesas alas extendidas por encima de toda la corte de Gilead en pleno (Marten, el hechicero, no era de los menos importantes entre ellos). Y a la izquierda de la puerta que llevaba al balcón, volvía a haber otro grabado de David. En él sus alas se replegaban y caía sobre Cort como una bala sin blanco, haciendo caso omiso del bastón levantado de Cort.

Viejos tiempos.

Viejos tiempos y viejos delitos.

No muy lejos de Cort estaba la sonriente cara de la puta con quien el muchacho había retozado esa noche. El olor de la Habitación de David era su perfume, barato y dulzón. Cuando el pistolero entró, recordó el tacto de los rizos del pubis de la puta y le chocó recordar ahora lo que había recordado entonces, mientras sus dedos se deslizaban hacia su raja dulcemente resbaladiza: el momento en que acababa de salir del baño, con las manos de su madre sobre su cuerpo.

Empezó a tener una erección y huyó con miedo de esa habitación.

Ya no había más rojo que iluminase su camino, solo el fantasmagórico fulgor azul de las ventanas… ojos de cristal que estaban vivos, ojos de cristal que observaban al intruso desarmado. En el exterior de la Torre Oscura, las rosas de Can'-Ka No Rey se habían cerrado por otro día. Parte de su mente estaba maravillada de que estuviera allí; de que hubiera superado los obstáculos interpuestos en su camino, tan decidido como siempre. «Soy como uno de esos robots del Pueblo Antiguo —pensó—. Un robot que o bien cumple la tarea para la que fue creado o bien pierde la vida en el intento».

Sin embargo, otra parte de su ser no estaba en absoluto sorprendida. Era la parte que había soñado como debían hacerlo los mismísimos Haces, y esta parte más oscura de su ser pensó de nuevo en el cuerno que había caído de los dedos de Cuthbert… Cuthbert, que había muerto riendo. El cuerno podía estar tirado ese mismo día donde había caído, en la pedregosa ladera de Jericho Hill.

«¡Y por supuesto que he visto estas habitaciones antes! Al fin y al cabo cuentan la historia de mi vida».

Por supuesto que sí. Piso a piso y cuento a cuento (por no decir muerto a muerto), las habitaciones en ascenso de la Torre Oscura narraban la vida y la búsqueda de Roland Deschain. Cada una contenía un momento crucial; cada una tenía su olor característico. Muchas veces había más de una habitación dedicada a todo un año, pero como mínimo había una. Y después de la habitación trigésimo octava (que es el doble de diecinueve, si es que no lo veis), deseó no ver más. Esa contenía la hoguera carbonizada en la que habían quemado a Susan Delgado. No entró, pero miró al rostro de la pared. Eso se lo debía a ella. «Roland, ¡os amo!», había gritado Susan Delgado, y él sabía que era cierto, pues era solo su amor lo que hacía que fuera reconocible. Y, con amor o sin él, al final ardió de todas formas.

«Este es un lugar de muerte —pensó Roland—, y no solo este. Todas estas habitaciones lo son. Todas las plantas».

«Sí, pistolero —susurró la voz de la Torre—. Pero solo porque tu vida ha hecho que sea así».

Después de la planta trigésimo octava, Roland subió más deprisa.

SIETE

Desde fuera, Roland había pensado que la Torre apenas tenía ciento ochenta y dos metros de alto. Pero al mirar en la centésima habitación, luego en la ducentésima, tuvo la seguridad de que había ascendido ocho veces ciento ochenta y dos metros. Pronto cubriría la distancia récord que sus amigos del lado estadounidense habían llamado una milla. Había más plantas de lo que fuera posible —¡ninguna torre podía tener un kilómetro y medio de alto!—, aun así siguió subiendo, y subió hasta que ya estaba a punto de correr, aunque no se cansaba nunca. En una ocasión se le ocurrió que jamás llegaría al final; que la Torre Oscura tenía una altura infinita como era eterna en el tiempo. Pero después de pensarlo un momento rechazó la idea, porque la Torre estaba contando su vida, y aunque esa vida había sido larga, de ninguna de las maneras era eterna. Y al igual que tenía un principio (señalado por la pinza de cedro y la cinta de seda azul), debía tener un final.

Seguramente llegaría pronto.

La luz que veía de reojo detrás de él se intensificó, y no parecía tan azul. Pasó por delante de una habitación donde estaba Zoltan, el pájaro de la cabaña de los comedores de malas hierbas. Pasó por una habitación donde estaba la bomba atómica de la Estación de Paso. Subió más escalones, se detuvo en el exterior de una habitación donde había una langostruosidad muerta, y en ese momento la luz dio la sensación de ser mucho más intensa y no más azul.

Era…

Estaba bastante seguro de que era…

Era la luz del sol. Podía haber pasado el crepúsculo, con la Vieja Estrella y la Vieja Madre brillando por encima de la Torre Oscura, pero Roland estaba bastante seguro de estar viendo —o sintiendo— la luz del sol.

Subió sin pararse a mirar más habitaciones, sin molestarse en oler los aromas del pasado. El hueco de la escalera se estrechó hasta que los hombros prácticamente le topaban en las paredes curvas de los lados. Ya no había canciones, a menos que el viento fuera una canción, porque Roland oía su gemido.

Pasó por la última puerta abierta. Tirado en el suelo de la diminuta habitación a la que conducía había una libreta de dibujo de la que había sido borrada la cara. Lo único que quedaban eran los dos ojos rojos, mirando hacia arriba.

«He llegado al presente. He llegado al ahora».

Sí, y allí estaba la luz del sol, commala, luz del sol en los ojos y esperándolo. Sintió calor y aspereza en la piel. El sonido del viento se intensificó, y ese

sonido también era áspero. Implacable. Roland observó la escalera que se curvaba en su ascenso; ahora los hombros le tocaban las paredes, porque el hueco ya no era más ancho que un ataúd. Diecinueve escalones más y la habitación en lo más alto de la Torre Oscura sería suya.

—¡Ya llego! —gritó—. Si me escucháis, escuchadme con atención, ¡ya llego!

Ascendió los peldaños uno a uno, caminando erguido y con la cabeza alta. Las otras habitaciones estaban abiertas a su mirada. La última estaba cerrada, el paso a ella estaba interrumpido por una puerta de fustaferro con una única palabra grabada. Esa palabra era:

ROLAND

Agarró el pomo. Tenía grabada una rosa silvestre enroscada en una pistola, una de esas enormes pistolas antiguas de su padre y ahora perdidas para siempre.

«Aunque volverá a ser tuya», susurró la voz de la Torre y la voz de las rosas… voces que ahora eran una sola.

«¿Qué quieres decir?».

No hubo respuesta, pero el pomo giró bajo su mano y tal vez esa fuera la respuesta. Roland abrió la puerta de la cima de la Torre Oscura.

Vio y entendió a un tiempo, el entendimiento lo golpeó como un mazazo, ardiente como el sol del desierto que era la apoteosis de todos los desiertos. ¿Cuántas veces había subido esta escalera para descubrirse despellejado, doblegado, rechazado? No al principio (cuando las cosas podrían haber cambiado y la maldición del tiempo podría haber desaparecido), sino en ese momento en el desierto de Mohaine cuando por fin había comprendido que esa búsqueda sin sentido y sin explicación al final tendría éxito. ¿Cuántas veces se había encontrado con una circunvalación como el lazo de la pinza que cayó de su ombligo, su propio tet-ka can Gan? ¿Cuántas veces la recorrería?

—¡Oh, no! —gritó—. ¡Por favor, otra vez no! ¡Ten piedad! ¡Ten misericordia!

Las manos tiraron de él hacia delante sin consideración. Las manos de la Torre no sabían de piedad.

Eran las manos de Gan, las manos del ka, y no sabían de piedad.

Roland olió el álcali, amargo como las lágrimas. El desierto que estaba tras la puerta era blanco; cegador; sin agua; sin una sola figura salvo por la tenue y nublada calima de las montañas que las dibujaba en el horizonte. El olor bajo el álcali era el de la hierba del diablo que provocaba dulces sueños, pesadillas, muerte.

«Pero no para ti, pistolero. Nunca para ti. Tú permaneces en la oscuridad. Tú tienes un matiz. ¿Puedo ser de una honestidad brutal?». Adelante.

«Y siempre olvidas la última vez. Para ti, cada vez es la primera».

Roland hizo un último esfuerzo por retirarse: fue inútil. El ka era más fuerte.

Roland de Gilead pasó por la última puerta, la que siempre veía, la que siempre encontraba. Se cerró con suavidad tras su paso.

OCHO

El pistolero se detuvo por un instante, balanceándose sobre los pies. Pensó que estaba a punto de desmayarse. Era por el calor, por supuesto; el maldito calor. Soplaba el viento, pero era seco y no aliviaba. Cogió su pellejo de agua, lo sopesó para calcular cuánto líquido quedaba, y supo que no debía beber —no era la hora de beber—, aunque de todas formas dio un trago.

Durante un rato había tenido la sensación de estar en otro lugar. En la misma Torre, acaso. Pero por supuesto el desierto era engañoso, y estaba lleno de espejismos. La Torre Oscura todavía estaba a miles de ruedas de distancia. Esa sensación de haber subido muchos escalones y haber mirado en muchas habitaciones con muchas caras que le habían devuelto la mirada estaba desapareciendo.

«Llegaré —pensó, bizqueando al mirar al sol impío—. Juro por el nombre de mi padre que llegaré».

«Y quizá cuando llegues allí será distinta», susurró una voz, seguramente era la voz de la locura del desierto, porque ¿qué otro momento había existido jamás? Era quien era y estaba donde estaba, simplemente, ni más ni menos. No tenía sentido del humor y era poco imaginativo, pero era categórico. Era pistolero. Y en su corazón, bien oculto, todavía sentía el amargo romanticismo de la búsqueda.

«Eres el que nunca cambia», le había dicho Cort en una ocasión, y en su voz Roland podría haber jurado que había percibido miedo… aunque la razón por la

que Cort podía temerle a él, un niño, escapaba al entendimiento de Roland. «Será tu maldición, muchacho. Llevarás cientos de pares de botas en tu camino al infierno».

Y Vannay: «Aquellos que no aprenden del pasado están condenados a repetirlo».

Y su madre: «Roland, ¿siempre tienes que estar tan serio? ¿Es que nunca puedes descansar?».

Con todo, la voz volvió a susurrar

(«esta vez será diferente, tal vez diferente»)

y Roland creyó oler algo distinto al álcali y la hierba del diablo. Pensó que podría tratarse de un perfume floral.

Pensó que podía ser el perfume de las rosas.

Se cambió la artilla de un hombro al otro, luego tocó el cuerno que llevaba en el cinturón, detrás de la pistola, en la cadera derecha. El antiguo cuerno de bronce que había sido en una ocasión soplado por el mismísimo Arthur Eld, o así contaba la historia. Roland se lo había dado a Cuthbert Allgood en Jericho Hill, y cuando Cuthbert cayó, Roland se había detenido el tiempo suficiente para volver a recogerlo, y había sentido el golpe del polvo mortífero de ese lugar en la garganta.

«Este es tu sigul», susurró la voz que se alejaba, que portaba con ella el perfume dulce como el anochecer de las rosas, el perfume del hogar en una noche de verano —¡Oh, pérdida!—, una piedra, una rosa, una puerta ignota; una piedra, una rosa, una puerta.

«Esta es tu promesa de que las cosas pueden ser diferentes, Roland, de que puede haber un descanso. Incluso una salvación».

Silencio y luego:

«Si resistes. Si eres sincero».

Roland sacudió la cabeza para aclararse las ideas, pensó en dar otro trago al agua, pero descartó la idea. Por la noche. Cuando encendiera la hoguera sobre los huesos de Walter. Entonces bebería. Por ahora…

Por ahora, retomaría el viaje. En algún lugar del camino estaba la Torre Oscura. Sin embargo, más cerca, mucho más cerca, estaba el hombre (¿era él el hombre?, ¿de verdad era él?) que tal vez pudiera decirle cómo llegar. Roland lo atraparía, y cuando lo hiciera, ese hombre hablaría, sea, sí, sí, señor, cuéntalo en la montaña como los has escuchado en el valle: Walter sería atrapado y Walter hablaría.

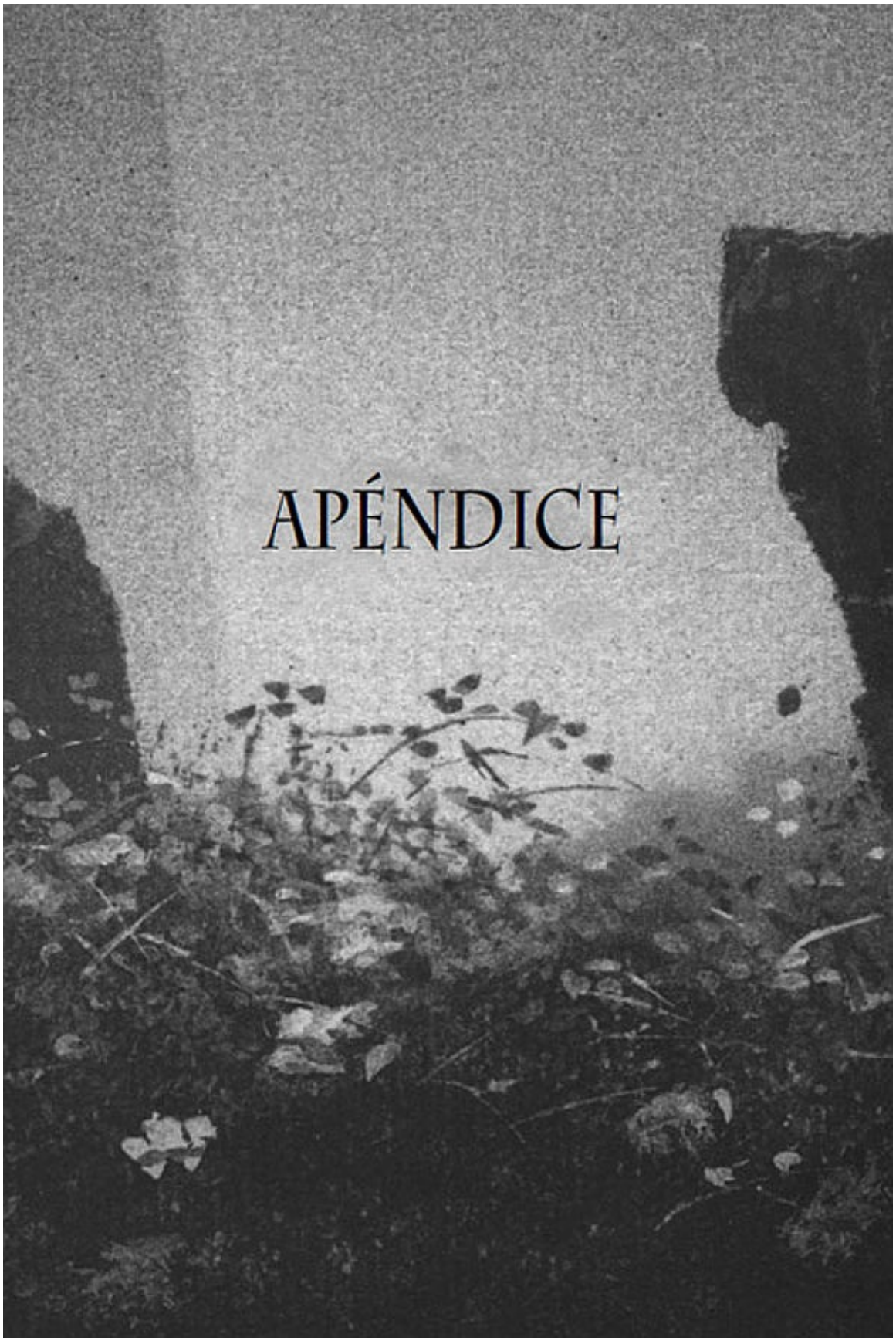
Roland volvió a tocar el cuerno, y su realidad resultaba extraña y reconfortante, como si jamás lo hubiera tocado antes.

«Es hora de moverse».

El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él.

19 de junio de 1970 - 7 de abril de 2004:
Digo a Dios gracias.




APÉNDICE

Robert Browning
«Childe Roland a la Torre Oscura llegó»

I

Mi primer pensamiento fue que mentía en cada palabra,
aquel tullido canoso de mirada ladina
que observaba con recelo el efecto de su mentira
en la mía, y su boca apenas ocultaba
el júbilo, que fruncía y perfilaba
sus comisuras, por haberse hecho con una nueva víctima.

II

¿Para qué si no tendría listo su cayado?
¿Para qué, salvo para abordar con sus mentiras y atraer
a todo viajero que en esa pose lo pudiese ver
y le preguntase el camino? Pensé qué cadavérico carcajeo
estallaría, qué muleta escribiría mi epitafio
como pasatiempo en el polvoriento terraplén.

III

De haber seguido su consejo me habría apartado
hacia esa vía de mal augurio en la que, sabido es,
se oculta la Torre Oscura. Aun así, lo acepté,
y me dirigí hacia donde él señalaba: no por orgullo

ni certeza al final reavivados,
sino por el júbilo de que el final existiese.

IV

Pues, pese a mi vagabundeo por el mundo entero,
pese a mi búsqueda, prolongada durante años, mi fe
mermaba hasta ser un espectro no pertrechado para poder
arrostrar el turbador júbilo que brindaría el éxito.
Apenas logré reprimir el brinco de desenfreno
que dio mi corazón, al hallar un fallo en su haber.

V

Como el hombre enfermo que se aproxima a la muerte
parece ya finado, y las sensaciones florecen y se marchitan
las lágrimas y acepta de sus amigos la despedida,
y oye que uno propone a otro marchar, para libremente
respirar en el exterior («pues acabará todo en breve
—dijo—. Y no hay lamento que compense la desdicha»).

VI

Mientras unos discuten si junto a las otras sepulturas
habrá espacio suficiente para esta, y qué momento
es el más propicio para trasladar al muerto,
poniendo cuidado en los estandartes, pañuelos y bordaduras:
el hombre aún lo oye todo, y solamente anhela en su cordura
no deshonrar tan considerado amor y seguir con ellos.

VII

Así pues, había sufrido largo tiempo por esta búsqueda,
había visto el fracaso tantas veces profetizado, mi ser
había sido tantas veces incluido en «El Grupo», a saber:
los caballeros en pos de la Torre Oscura,

cuyos fallos parecen victorias como ninguna,
que la única cuestión era entonces: ¿me adecuo yo a él?

VIII

Así, en silenciosa desesperación, me aparté de su vera,
de aquel condenado tullido, desviado de su camino,
hacia el sendero que él señalaba. Por fin a su destino
llegaba el día, monótono y de lúgubre espera,
y aún lanzó con gesto esquivo
su mirar rojo y lascivo para ver al llano atrapar al que yerra.

IX

¡Por la marca! Apenas me hube hallado
internado en el llano, tras un paso o dos,
al detenerme para captar una última visión
del camino seguro, este ya no estaba; por doquier gris plano:
nada salvo planicie hasta el confín del llano.
Debía seguir; nada más podía hacer yo.

X

Así que, continué. Creo que nunca antes vi
tan árida e innoble naturaleza; nada crecía:
por flores, esperar una arboleda de cedros podía.
La gramínea, el tártago lograban, pues su ley lo manda, sí,
propagar su especie, sin nada que temer, y así
pensaría uno que una carda como un tesoro escondido sería.

XI

¡No! Penuria, pereza y aspaviento,
de un curioso modo, eran parte de la tierra. «Mira
o cierra tus ojos —dijo la Naturaleza con ira—,
nada enseña, mi caso no tiene remedio;

es el fuego del Juicio Final el que ha de sanar este medio,
calcinar sus suelos y liberar a mis prisioneros».

XII

Si un desgarrado tallo de cardo iba a resurgir
sobre sus compañeros, lo degollaban, pues los torcidos
sentían celos. ¿Qué hizo esas rasgaduras y orificios
en las ásperas hojas de césped del embarcadero, aplastadas para impedir
toda esperanza de verdor? Existe una bestia que ha de vivir
destrozando sus vidas, con bestiales designios.

XIII

En cuanto a la hierba, crecía exigua como la cabellera
en la lepra; delgadas hojas secas se erguían en el fango,
que por debajo parecía con sangre amasado.
Un yerto caballo ciego, a la vista toda su osamenta,
permanecía estupefacto; no sabe por qué allí se encuentra,
expulsado de su previo servicio en la caballeriza del diablo.

XIV

¿Vivo? Por lo que a mí concierne él podría estar muerto,
Con aquella roja delgadez y el cuello hundido por el trabajo
y bajo la enmohecida crin los ojos cerrados;
raramente tal monstruosidad iba de la mano de tal desconsuelo;
nunca vi una bestia a la que odiase con tanto desprecio;
debía de ser perversa para merecer tanto calvario.

XV

Cerré los ojos y los volví hacia mi corazón.
Como un hombre pide vino antes de la guerra,
pedí un sorbo de anteriores y más felices escenas
esperando así poder cumplir bien mi misión.

Piensa primero, pelea después, el arte del luchador:
un paladeo del tiempo pasado todo lo ordena.

XVI

¡Eso no! Imaginé el enrojecido rostro de Cuthbert
bajo el ornamento de sus dorados rizos,
querido amigo, hasta que casi pude sentirlo
entrelazar su brazo con el mío para guiarme,
como él solía hacerlo. ¡Ay! ¡La desgracia de una noche!
Se apagó el fuego nuevo de mi corazón y lo dejó frío.

XVII

Luego a Giles, espíritu del honor; ahí se yergue él,
leal como hace diez años, recién armado caballero.
Lo que todo hombre honrado osó hacer (dijo él) no le dio miedo.
Bien —pero la escena cambia—. ¡Ah! ¿Qué manos viles
clavarían un pergamino sobre su pecho? Sus propios pares
lo leyeron. Pobre traidor, escupieron y maldijeron.

XVIII

Es preferible este presente que un pasado así;
¡De regreso hacia mi sombrío sendero otra vez!
No hay sonidos, hasta donde alcanza la vista nada ves.
¿Enviará la noche una lechuza o un murciélago hasta mí?
Pregunté, cuando algo en la lóbrega llanura vino a interrumpir
mis pensamientos y cambió el curso de mi parecer.

XIX

Un inesperado arroyo se atravesó en mi camino,
tan repentino como la aparición de una sierpe.
Corriente tumultuosa con las tinieblas discordante;
esta, por su espuma, un baño bien podría haber sido

para la ardiente pezuña de un demonio, tras haber advertido
la violencia del negro remolino con escamas y espuma en la superficie.

XX

¡Tan nimio y aun así tan malévolo! Por doquier,
los bajos y esmirriados alisos ante él se arrodillaban,
los empapados sauces de cabeza se arrojaban
en un arranque de muda desesperación para suicidio cometer:
el río que les había provocado tal padecer,
fuera lo que fuese, sin dejarse disuadir, se alejaba.

XXI

Río que, mientras vadeaba —¡Cielo santo, cómo temí
poder pisar la mejilla de un hombre muerto
a cada paso, o sentir la lanza que clavaba en busca de agujeros
enredada en su cabello o su barba, sí!—
pudo haber sido una rata de agua lo que ensartar conseguí
pero ¡aj!, sonó como el chillido de un pequeño.

XXII

Me sentí contento al llegar a la otra orilla.
Ahora en pos de una tierra mejor. ¡Vano Presagio!
¿Quiénes eran los contendientes, qué guerra libraron,
cuyo salvaje pisoteo de esa forma el húmedo terreno hollaría
y lo convertiría en una charca? Sapos en ponzoñosa piscina,
o gatos salvajes en una jaula de hierro inflamado.

XXIII

Así debió haberse visto la batalla en aquel claro talado.
¿Qué los acorraló allí, con toda la planicie a su disposición?
No había huellas en dirección a esos hórridos maullidos,
nada salvo eso. Loco brebaje elaborado, ideado

para que los cerebros piensen, como los de los galeotes por el Turco
enfrentados para su diversión, cristianos contra judíos.

XXIV

¡Y más que eso —un estadio más adelante— pues, ahí!
¿Para qué diabólico uso serviría ese mecanismo, esa rueda,
o freno, no rueda; esa trilla lista para devanar
cuerpos de hombres como si fuesen seda? Con todo el matiz
de la herramienta del Tofet, dejada en la tierra sin advertir,
o traída para afilar sus oxidados dientes de metal.

XXV

Luego llegó un tramo lleno de tocones, otrora un bosque,
después una ciénaga, o eso semejaba, y luego solo tierra
desesperada y agotada (como un tonto se alegra,
hace una cosa y luego la estropea, y entonces
¡cambia de humor y parte!) durante dieciocho pies:
lodo, fango y grava, arena y lúgubre desolación negra.

XXVI

Ora inflamadas erupciones de colores vivos y espantosos,
ora espacios donde la aridez de su superficie
se tornaba moho o de forúnculos un mejunje;
y apareció un roble entumecido, con una hendidura en el tronco
como una boca angustiada que su corteza había roto
asfixiada por la muerte, que mientras se repliega perece.

XXVII

¡Y tan distante como siempre del final!
Nada en lontananza, salvo la noche, nada.
¡Hacia dónde guiar mis pasos! Mientras lo pensaba,
un imponente pájaro negro, Apolión, conocida amistad,

pasó volando, sin aletear, de pluma de dragón sus alas amplias
que rozaron mi tocado; quizá fuese la guía que yo buscaba.

XXVIII

Pues, al alzar la vista, de algún modo me di cuenta,
pese al ocaso, de que la planicie había cedido su lugar
en derredor a las montañas; aunque llamarlos así es honrar
a los feos cerros y montículos que eclipsaban la escena.
Cómo de tal modo me habían sorprendido, acláralo, ¡venga!
Cómo salir de ellos era una cuestión por averiguar.

XXIX

Empero, una parte de mí descubrió cierto ardid
malévolo que me sobrevino, Dios sabe cuándo;
en alguna pesadilla tal vez. Aquí había terminado
seguir por ese camino. Cuando me invadió el sentir
de darme por vencido una vez más, escuché un clic
¡como el de una trampa al cerrarse: te hallas en el antro!

XXX

Como en una llamarada comprendí todo de súbito,
¡este era el lugar! Esas dos colinas a la derecha,
agazapadas como dos toros con las astas trabadas en pelea;
y a la izquierda, una alta y pelada montaña… Más que tonto,
viejo senil, justo ahora adormecido
¡tras pasar una vida preparándote para verla!

XXXI

¿Qué se erguía en el centro sino la Torre misma?
La redondeada y chata torreta, ciega como el corazón del orate,
construida en piedra parda, inigualable
en el mundo entero. El burlón elfo de la tempestad

señala con el dedo al marinero, el ser invisible de esta manera
lo ataca, solamente cuando el navío zarpe.

XXXII

¿No ves? ¿Quizá por la noche? Pues el día
¡regresó para eso! Antes de marchar,
el moribundo ocaso en una fisura arderá;
las colinas yacen como gigantes en cacería
contemplan la caza acorralada, la mano sujeta la barbilla:
«¡Ahora apuñala, hasta el mango, con la criatura has de acabar!».

XXXIII

¿No escuchas? ¡Si había ruido por doquier! Tañía
con creciente fuerza, como una campana. En mis oídos,
los nombres de los aventureros desaparecidos, pares amigos,
que tal tenía fuerza, y cual valentía,
y el otro fortuna, pero en los pasados días
¡perdidos!, ¡perdidos! Un momento de tañido
por los años de desdicha.

XXXIV

Ahí se encontraban, alineados en las laderas, congregados
para verme por última vez, un marco viviente
¡para un cuadro más! En un lienzo ardiente,
los vi y los reconocí a todos. Y sin embargo,
impávido, llevé el cuerno a mis labios:
«Childe Roland a la Torre Oscura llegó», toqué.

NOTA DEL AUTOR

Algunas veces creo que he escrito más sobre los libros de la Torre Oscura de lo que he escrito sobre la Torre Oscura propiamente dicha. Estos textos relacionados con la saga incluyen resúmenes, que van alargándose (calificados con la curiosa palabra «argumento»), al principio de cada uno de los primeros cinco volúmenes, y los epílogos (la mayoría de ellos totalmente innecesarios y algunos que resultan incluso vergonzosos vistos en retrospectiva) al final de todos los volúmenes. Michael Whelan, el extraordinario artista que ha ilustrado tanto el primero como el último de estos libros, demostró no ser manco tampoco en las lides de la crítica literaria cuando, después de leer el borrador del volumen VII, sugirió —en términos refrescantes por su franqueza— que en lugar del epílogo bastante alegre que yo había escrito, incluyera un final discordante y fuera de lugar. Le eché otro vistazo al borrador y me di cuenta de que estaba en lo cierto.

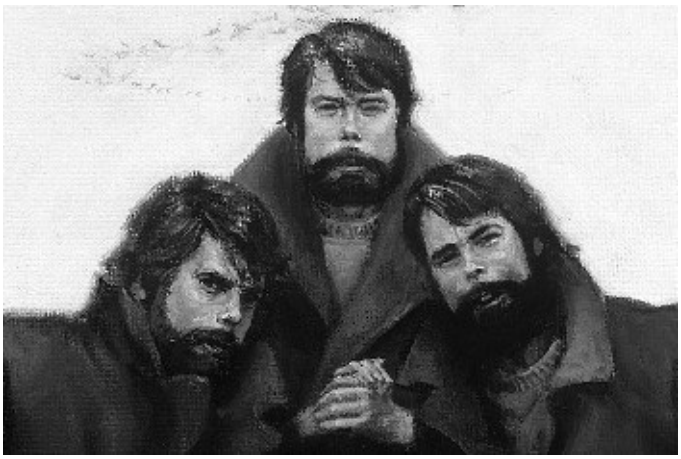
La primera mitad de esa redacción bienintencionada, aunque discordante, puede encontrarse en la actualidad como introducción a los cuatro primeros volúmenes de la serie; se titula: *On Being Nineteen* (Sobre ser diecinueve). Pensé en dejar el volumen VII sin epílogo; en dejar que el descubrimiento de Roland en lo más alto de la Torre fuera mi última palabra al respecto. Luego me di cuenta de que tenía algo más que decir, algo que en realidad necesitaba decir. Tiene que ver con mi presencia en el libro.

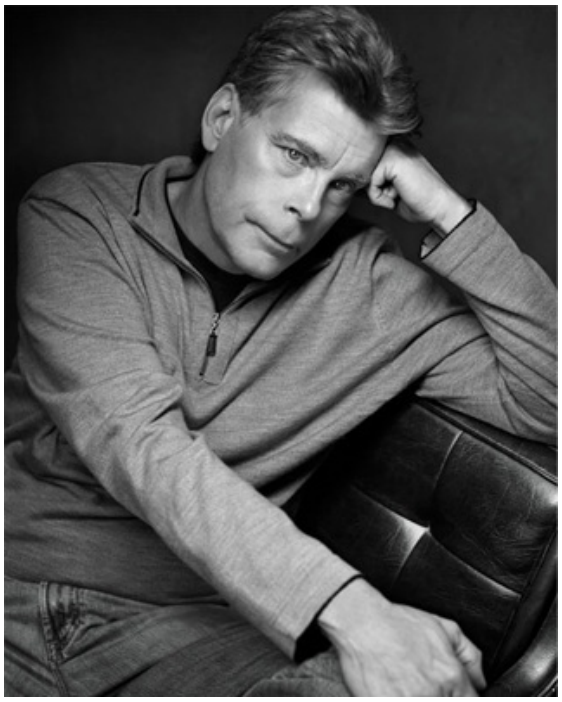
Existe un término adulador para este recurso: metaficción. Lo odio. Odio lo pretencioso que suena. Estoy en la historia por la única razón de que hace un tiempo que sé (conscientemente desde que escribí *Insomnia* en 1995, inconscientemente desde que perdí, por un tiempo, el rastro al padre Donald Callahan cerca del final de *El misterio de Salem's Lot*) que muchos de mis relatos de ficción hacen referencia al mundo de Roland y a su historia. Puesto que yo era quien las escribía, parecía lógico que formase parte del ka del pistolero. Lo que se me ocurrió fue utilizar las historias de *La Torre Oscura* como una especie de recapitulación, una forma de unificar en lo posible todas mis historias bajo el aura de cierto *metarrelato*. Nunca he tenido la intención de que esto resulte pretencioso (y espero que no lo sea), solo es una forma de demostrar cómo influye la vida en el arte (y viceversa). Creo que, si habéis leído estos tres volúmenes de *La Torre Oscura*, veréis que lo que he comentado sobre retirarme tiene más sentido en este contexto. En cierta manera, no queda nada que decir ahora que Roland ha alcanzado su meta… y espero que el lector vea que al descubrir el Cuerno de Eld, el pistolero puede iniciar el camino hacia su propia resolución. Incluso su camino hacia la redención. Veréis, todo trataba sobre llegar a la Torre —la mía como la de Roland— y ese objetivo por fin se ha satisfecho. Puede que no os guste lo que Roland ha encontrado en lo más alto, pero esa es una cuestión totalmente distinta. Y no me escribáis cartas enfurecidos al respecto. Sobre eso no hay nada que decir. No es que el final me encantase, no es eso, si queréis que os diga la verdad, pero es el final adecuado. El único final posible, de hecho. Debéis recordar que yo no me invento estas cosas, no exactamente; yo solo escribo lo que veo.

Los lectores pueden preguntarse cuánto hay de real en el Stephen King de estas páginas. La respuesta es: «no mucho», aunque el que conocen Roland y Eddie en Bridgton (*La canción de Susannah*) se parece mucho al Stephen King que recuerdo haber sido en aquella época. En cuanto al Stephen King que aparece en este último volumen… bueno, digámoslo así: mi mujer me pidió si sería tan amable de no facilitar a los fans de la saga los datos exactos de dónde vivimos o de cómo somos en realidad. Yo accedí. No porque quisiera, no exactamente —parte de lo que da vida a esta historia, creo, es la sensación del mundo ficticio penetrando en el mundo real—, sino porque resulta que esta es también la vida de mi mujer y no solo mía, y ella no debería ser castigada por amarme ni por vivir conmigo. Así que he tenido que manipular la geografía real del oeste de Maine en gran medida, confiando en que los lectores reconocerán el

propósito de la ficción y que entenderán por qué he tratado a mi personaje tal como lo he hecho. Y si sentís la necesidad de pasaros por aquí a saludar, por favor, pensadlo dos veces. Mi familia y yo tenemos mucha menos intimidad de la que teníamos antes, y no tengo intención de renunciar a más, si a bien tenéis. Mis libros son mi medio para conoceros. Permitid que también sean vuestro medio para conocerme. Y en nombre de Roland y de todo su ka-tet —ahora desperdigado, digo lo siento— os agradezco que hayáis venido, y que hayáis compartido esta aventura conmigo. Jamás he trabajado de forma más denodada en un proyecto en toda mi vida, y sé —nunca he estado tan convencido— que no ha sido un éxito rotundo. ¿Qué trabajo de la imaginación lo es? Aun así, por todo ello, no me arrepiento de un solo minuto del tiempo que he vivido en el donde y el cuando de Roland. Esos días en Mundo Medio y Mundo Final fueron extraordinarios. Fueron días en que mi imaginación era tan real que podía oler el polvo y oír el crujido del cuero.

STEPHEN KING
21 de agosto de 2003





STEPHEN KING. Stephen Edwin King nació en Portland (Maine), el 21 de septiembre de 1947.

Cuando tenía dos años de edad, sus padres se separaron y su madre que tuvo que salir adelante con él y su hermano mayor, con grandes problemas económicos. Empezó a escribir desde muy pequeño. Ya en el colegio, escribía cuentos que vendía a sus compañeros de clase. Cuando tenía 13 años, descubrió un montón de libros de su padre, lo que le animó a seguir escribiendo y a mandar sus trabajos a diferentes editoriales aunque sin mucha suerte.

Con 24 años se casó con una compañera de la facultad, Tabitha Spruce, que también llegaría a escribir libros. Vivieron en un remolque durante un tiempo y tuvo que trabajar en diversos oficios para salir adelante. Publicó algunas historias cortas en revistas, pero pronto comenzó a tener problemas de alcoholismo. De todas sus experiencias tomaría buena nota que quedarían reflejadas en futuras historias.

Una de sus primeras novelas fue la de una joven con poderes psíquicos que no terminó y desanimado la tiró a la basura. Su mujer rescató el trabajo y lo animó a terminarlo. Esa novela se titularía *Carrie* y sería la primera que vendiera. Unos años más tarde escribiría otra de sus famosas novelas *El Resplandor*. Para

escribir esta novela le sirvió de inspiración su propia experiencia: problemas con su trabajo de profesor de inglés le llevaron a aceptar un trabajo de cuidador de un hotel que cerraba en invierno, mientras aumentaban sus problemas con el alcohol y las drogas. De ambas novelas se hicieron sendas películas millonarias en taquilla.

Han adaptado libros suyos directores tan prestigiosos como Stanley Kubrick, Brian de Palma o John Carpenter. En muchas de las películas ha aparecido haciendo pequeños cameos.

En 1999, Stephen King fue atropellado por un conductor borracho y consigue salvar la vida de manera milagrosa. Este grave accidente que le mantuvo durante años con graves secuelas, fue el embrión de novelas como *Buick 8: Un coche perverso*. En ella uno de los protagonistas muere en un accidente de coche. En el séptimo tomo de *La torre oscura* vuelve a utilizar el accidente en la trama. Incluso en la serie para TV *Kingdom Hospital*, un escritor sufre un accidente exactamente igual al suyo.

Escribió algunos libros bajo el seudónimo Richard Bachman, hasta que fue reconocido y decidió matar a su otro yo y realizar un funeral para él. Muy disciplinado, Stephen King lee cuatro horas al día y escribe cuatro horas al día, necesarias según él para poder ser un buen escritor.

En 2000 publicó una novela a cuya lectura solo se podía acceder a través de Internet o en descarga para libros electrónicos: *Riding the Bullet*. Ese mismo año, otra novela *The plant* se podía descargar desde su página oficial en Internet, mediante un sistema de pago voluntario, pero se estanca en el capítulo sexto pues el experimento no sale como King esperaba.

Su estilo, efectivo y directo, y su capacidad para resaltar los aspectos más inquietantes de la cotidianidad, han convertido a Stephen King en el especialista de literatura de terror más vendido de la historia, contando con más de 100 millones de libros vendidos. Entre sus más conocidas novelas podemos encontrar *Carrie* (1974), *El resplandor* (1977), *La zona muerta* (1979), *It* (1986), *Los ojos del dragón* (1987), *Misery* (1987), *Dolores Claiborne* (1993), *Insomnia* (1994), *El retrato de Rose Madder* (1995), *Buick 8: un coche perverso* (2002), *Cell* (2006) y la serie de *La Torre Oscura*, que consta de 7 volúmenes.

NOTAS

[1] «¡Salud!» en alemán, como se dice después de que alguien estornuda. (*N. de la T.*) <<

[2] Principio de la canción «The Lion Sleeps Tonight»: *In the jungle, the mighty jungle, the lion sleeps tonight… In the jungle, the mighty jungle, the lion sleeps tonight, ohhh*. (*N. de la T*.) <<

[3] Continuación de la canción «The Lion Sleeps Tonight»: *Near the village, the quite village, the lion sleeps tonight… Near the village, the peaceful village, the lion sleeps tonight… hu-oh, a-wimeweh, a-wimeweh…* (*N. de la T.*) <<

[4] Letra de la canción popular estadounidense «Mrs. Murphy’s Chowder» (La sopa de la señora Murphy). (*N. de la T.*) <<

[5] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[6] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[7] Canción de Martha and the Vandellas «Nowhere to Run». (*N. de la T.*) <<

[8] Siglas en inglés de Space Transportation System (Sistema de Transporte Especial). (*N. de la T.*) <<

[9] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[10] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[11] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[12] Oye, diecinueve. (*N. de la T.*) <<

[13] Sueño número 19 de un *gangsta*. (*N. de la T.*) <<

[14] Tren chiflado. (*N. de la T.*) <<

[15] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[16] El marshall Dillon era un famoso personaje de *Gunsmoke*, conocido serial radiofónico del Oeste en las décadas de 1950 y 1960 en Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

[17] «*Taking him from me, and lynching his body on a sour apple tree*», letra de la canción «John Brown's Body», popular en la época de la guerra de Secesión estadounidense. (*N. de la T.*) <<

[18] En español en el original. <<

[19] Adelina dice que está cachonda. (*N. de la T.*) <<

[20] Ser diminuto, también llamado «mediano», perteneciente a la literatura fantástica. (*N. de la T.*) <<

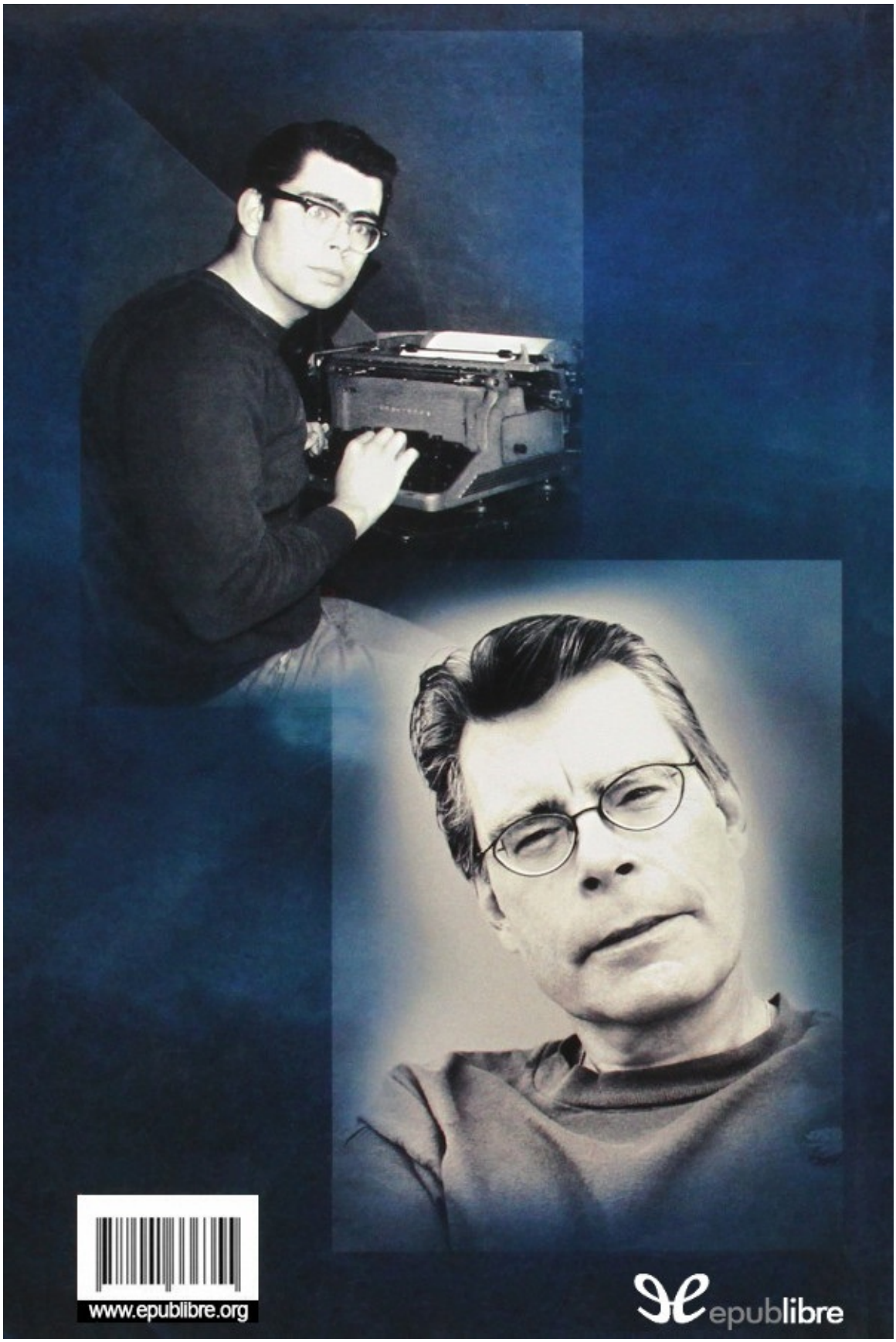
[21] *Keep on rocking in the free world*, frase de la canción de Neil Young «Rocking in The Free World». (*N. de la T.*) <<

[22] Broma que hace el personaje en referencia al nombre del lugar donde vive: « Odd’s Lane» significa, literalmente, «Sendero del raro». (*N. de la T.*) <<

[23] Espíritu de la cultura popular del norte de Inglaterra. Normalmente es invisible, pero en ocasiones se materializa en humano, animal o esqueleto. (*N. de la T.*) <<

[24] En español en el original. (*N. de la T.*) <<





www.epublibre.org

epublibre